Stephen King

LA TORRE OSCURA IV

LA BOLA DE CRISTAL

Título original: Wizard and Glass Traducción: Mª Antonia Menini 1ª edición: marzo 1999

© Stephen King, 1997

© Ediciones B, S.A., 1999

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

Publicado por acuerdo con el autor c/o Ralph M. Vicinanza, Ltd.

Printed in Spain

ISBN: 84-406-9013-4 Depósito legal: B. 6.539-1999

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L. Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

LA TORRE OSCURA IV

LA BOLA DE CRISTAL

Stephen King

Traducción de Mª Antonia Menini

Este libro está dedicado a Julie Eugley y Marsha DeFilippo, que se encargan de contestar la correspondencia, la mayor parte de ella destinada, durante los dos últimos años, a Rolando de Gilead, el pistolero. Julie y Marsha fueron sobre todo quienes con su insistencia me arrastraron de nuevo ante el procesador de textos. Julie, tú insististe con mayor fortuna, y por ello tu nombre figura en primer lugar.

ARGUMENTO

La bola de cristal es el cuarto volumen de un extenso relato inspirado en el poema narrativo de Robert Browning Childe Roland a la Torre Oscura llegó.

El primer volumen, titulado La hierba del diablo, narra cómo Rolando de Gilead persigue y finalmente logra dar alcance a Walter, el hombre de negro, que fingía haber sido amigo del padre de Rolando cuando en realidad actuaba al servicio de Marten, un poderoso hechicero. Atrapar al semihumano Walter no constituye la meta final de Rolando sino un medio para alcanzar un fin: en realidad Rolando pretende llegar hasta la Torre Oscura, donde espera atajar -y tal vez incluso impedir- la inminente destrucción del Mundo Medio.

Rolando es una especie de caballero andante, el último de su casta, obsesionado con la Torre, la cual constituye su única razón para vivir cuando lo encontramos por primera vez. Sabemos que Rolando fue sometido a una temprana prueba de hombría por Marten, quien sedujo a la madre de Rolando. Marten esperaba que Rolando no pasase la prueba y fuese «enviado al Oeste», siéndole negadas para siempre las armas de su padre. Sin embargo, Rolando frustra los planes de Marten y supera la prueba, gracias sobre todo a su intuición a la hora de escoger el arma utilizada.

Descubrimos que el mundo del pistolero está relacionado con el nuestro en un aspecto fundamental y terrible. Esa conexión queda revelada por primera vez cuando Rolando conoce a Jake, un chico del Nueva York de 1977, en una estación desierta. Existen puertas que conectan el mundo de Rolando con el nuestro; una de ellas es la Muerte, y a través de ella Jake llega al Mundo Medio, tras ser empujado en plena calle Cuarenta y tres y atropellado por un coche. El autor del empujón fue un hombre llamado Jack Mort... aunque la presencia que se hallaba oculta en la mente de éste, y que guió sus manos asesinas en dicho episodio, no era otra que la de Walter, el viejo enemigo de Rolando.

Antes de que Jake y Rolando logren dar con Walter, el chico muere de nuevo... esta vez porque el pistolero, enfrentado a la dolorosa disyuntiva de elegir entre este hijo simbólico y la Torre Oscura, elige la Torre. Las últimas palabras de Jake, antes de despeñarse por el abismo, fueron: «Ve, pues... Hay otros mundos aparte de éste.»

El enfrentamiento final entre Rolando y Walter tiene lugar en las cercanías del mar del Oeste. Durante una larga noche de conversación, el hombre de negro le cuenta a Rolando su futuro con una extraña baraja de Tarot, haciendo hincapié en tres cartas: el

Prisionero, la Dama de las Sombras y la Muerte («aunque no para ti, pistolero»).

El segundo volumen, titulado La invocación, empieza a orillas del mar del Oeste, no mucho después de que Rolando se despierte tras el enfrentamiento con su antiguo adversario y descubra que Walter lleva mucho tiempo muerto, sus huesos alimentando aquel lugar de huesos. El exhausto pistolero es atacado por una horda de carnívoras «langostruosidades» de las que finalmente consigue escapar, no sin sufrir graves lesiones y perder los dos primeros dedos de la mano derecha. Además, resulta infectado por la mordedura venenosa de las criaturas, de modo que cuando reanuda su viaje hacia el norte, por la costa del mar del Oeste, Rolando se halla enfermo... tal vez moribundo.

En el trayecto encuentra tres puertas que se alzan aisladas en la playa. Todas ellas conducen al Nueva York de nuestro mundo, en tres épocas distintas. De 1987 Rolando invoca a Eddie Dean, un adicto a la heroína. De 1964 invoca a Odetta Susannah Holmes, una mujer que ha perdido la parte inferior de las piernas en un accidente de metro... que en realidad no fue tal accidente. En realidad ella es la Dama de las Sombras, y posee una segunda personalidad hostil, oculta en el interior de la joven activista social negra que conocen sus amigos. Esta mujer oculta, la violenta y taimada Detta Walker, se propone matar tanto a Rolando como a Eddie cuando el pistolero la transporta al Mundo Medio.

En un punto temporal intermedio, en 1977, Rolando penetra en la diabólica mente de Jack Mort, quien ha lastimado a Odetta / Detta no una vez sino dos. «La Muerte -le dijo el hombre de negro a Rolando-. Pero no para ti, pistolero.» Tampoco es Mort la tercera de las figuras vaticinadas por Walter; Rolando impide que Mort asesine a Jake Chambers, y poco después Mort perece bajo las ruedas del mismo tren que dejó sin piernas a Odetta en 1959. Así pues, Rolando fracasa en la tarea de atraer al psicópata al Mundo Medio... aunque, se dice, ¿quién querría a un ser semejante, en cualquier caso?

Pero hay un precio que pagar por rebelarse contra el futuro predicho; ¿no sucede así siempre? «El ka, gusano -hubiera dicho Cort, el antiguo maestro de Rolando-. Tal es la gran rueda, y gira constantemente. Procura no colocarte delante cuando esté en movimiento, o te aplastará, poniendo así fin a tus estúpidos sesos y a tus inútiles bolsas de tripas y agua.»

Rolando piensa que tal vez ha invocado a tres personas en las figuras de Eddie y Susannah, dado que Odetta tiene doble personalidad, pero cuando Odetta y Detta se

funden en Susannah (gracias, en buena medida al amor y la valentía de Eddie Dean), el pistolero comprende que no es así. Y comprende también algo más: se siente atormentado por el recuerdo de Jake, el chico que al morir habló de otros mundos. En realidad parte de la mente del pistolero cree que nunca existió tal chico. Al evitar que Jack Mort empujara a Jake bajo el coche que debía matarlo, Rolando crea una paradoja temporal que lo está destrozando, y que en nuestro mundo está destrozando del mismo modo a Jake Chambers.

Las tierras baldías, el tercer volumen de la serie, se inicia con dicha paradoja. Después de matar a un oso gigantesco llamado Mir (por las viejas gentes que le profesaban temor) o Shardik (por los Grandes Antiguos que lo crearon... puesto que el oso resulta ser un ciborg), Rolando, Eddie y Susannah vuelven sobre los pasos de la bestia y descubren el Camino del Haz. Existen seis haces de este tipo que discurren entre los doce portales que jalonan los límites del Mundo Medio. En el punto en el que los haces se entrecruzan -en el centro del mundo de Rolando, y quizá de todos los mundos-, el pistolero piensa que él y sus amigos hallarán por fin la Torre Oscura.

A estas alturas, Eddie y Susannah no son ya prisioneros en el mundo de Rolando. Enamorados y en vías de convertirse ellos mismos en pistoleros, participan en la búsqueda y siguen de buena gana a Rolando por el Camino del Haz.

En un círculo parlante, no lejos del Pórtico del Oso, el tiempo se recompone, la paradoja se resuelve, y la auténtica tercera figura es invocada por fin. Jake entra de nuevo en el Mundo Medio al concluir un peligroso rito en el que los cuatro -Jake, Eddie, Susannah y Rolando- recuerdan los rostros de sus padres y se absuelven a sí mismos honorablemente. No mucho después, el cuarteto se convierte en quinteto cuando Jake hace amistad con un brambo. Los brambos, cuyo aspecto es un híbrido de tejón, mapache y perro, poseen una capacidad de habla limitada. Jake bautiza a su nuevo amigo con el nombre de Acho.

La senda de los peregrinos les conduce a Lud, un vasto erial urbano donde los degenerados supervivientes de dos antiguas facciones, los pubis y los grises, mantienen vivos los rescoldos de un antiguo conflicto. Antes de llegar a la ciudad, se detienen en Paso del Río, donde aún quedan algunos viejos residentes. Éstos ven en Rolando un vestigio de los viejos días, cuando el mundo todavía no se había movido, y lo honran a él y a sus amigos. Más tarde, los ancianos les hablan de un tren monorraíl que tal vez aún circule desde Lud a las tierras baldías, por el Camino del Haz hasta la Torre Oscura.

Jake se siente aterrorizado por estas noticias, pero no sorprendido. Antes de ser invocado desde Nueva York, obtuvo dos libros en una librería propiedad de un individuo con el inquietante nombre de Calvin Tower. Uno es un libro de adivinanzas con la lista de respuestas arrancada. El otro, titulado Charlie el Chu-Chú, es un libro infantil que trata de un tren. Un cuentecito gracioso, diría casi todo el mundo. Pero para Jake hay algo en Charlie que no resulta nada gracioso. Algo aterrador. Rolando sabe algo más: en la Alta Lengua de su mundo, la palabra char significa muerte.

Tía Talitha, matriarca de los habitantes de Paso del Río, le entrega a Rolando una cruz de plata, y los viajeros prosiguen su camino. Antes de llegar a Lud, descubren un avión estrellado de nuestro mundo... un caza de combate alemán de los años treinta. Atascado en la cabina se halla el cadáver momificado de un gigante, casi con toda seguridad el mítico forajido David Quick.

Al atravesar el desvencijado puente que se extiende sobre el río Send, Jake y Acho están a punto de perecer en un accidente. Mientras Rolando, Eddie y Susannah están distraídos, un forajido moribundo (y muy peligroso) llamado el Chirlas tiende una emboscada al grupo. Chirlas secuestra a Jake y lo conduce bajo tierra ante la presencia del señor Tic-Tac, último líder de los grises. Tic-Tac se llama en realidad Andrew Quick, y es bisnieto del piloto que murió al intentar aterrizar con un avión de otro mundo.

Mientras Rolando (ayudado por Acho) emprende la búsqueda de Jake, Eddie y Susannah encuentran la Cuna de Lud, donde Blaine el Mono despierta. Blaine es la última herramienta de la superficie perteneciente al inmenso sistema de ordenadores alojados bajo la ciudad de Lud, y le queda un único interés: las adivinanzas. Promete llevar a los viajeros a la última parada del monorraíl si consiguen resolver una adivinanza planteada por él. De lo contrario, manifiesta Blaine, el único viaje que harán será hacia el lugar donde el camino termina en el claro... en otras palabras, hacia la muerte. En ese caso, tendrán abundante compañía, pues Blaine planea descargar grandes cantidades de gas nervioso que aniquilará a todos cuantos quedan en Lud: pubis, grises y pistoleros por igual.

Rolando rescata a Jake, dando al señor Tic-Tac por muerto... pero Andrew Quick sigue vivo. Medio ciego, horriblemente herido en el rostro, es rescatado por un hombre que se hace llamar Richard Fannin. Sin embargo Fannin también se identifica como el Extraño Sin Edad, un demonio contra el que Walter había prevenido a Rolando.

Rolando y Jake se reúnen con Eddie y Susannah en la Cuna de Lud, y Susannah

-con ayuda de la «zorra» Detta Walker- logra resolver la adivinanza de Blaine. Obtienen así el acceso al mono, desoyendo por necesidad las terribles advertencias de la mente secundaria de Blaine, cuerda pero gravemente debilitada (Eddie llama a esta voz «Pequeño Blaine»), sólo para descubrir que Blaine pretende suicidarse con ellos a bordo. El hecho de que la mente actual que dirige el mono exista en ordenadores que cada vez quedan más y más atrás, bajo una ciudad que se ha convertido en un matadero, no entrañará diferencia alguna cuando la bala rosada descarrile en algún punto de la vía a una velocidad superior a los mil trescientos kilómetros por hora.

Sólo queda una esperanza de sobrevivir: la afición de Blaine por las adivinanzas. Rolando de Gilead propone un trato desesperado. Con dicho trato termina Las tierras baldías, y con él se inicia La bola de cristal.

ROMEO: Lady, by yonder blessed moon I vow, That tips with silver all these fruit-tree tops
JULIET: O, swear not by the moon, the inconstant moon,
That monthly changes in her circled orb,
Lest that thy love prove like wise variable.
ROMEO: What shall I swear by?
JULIET: Do not swear at all. Or, if thou wilt,
Swear by thy gracious self,
Which is the god of my idolatry,
And I'll believe thee.

-Romeo and Juliet
WILLIAM SHAKESPEARE

On the fourth day, to [Dorothy's] great joy, Oz sent for her, and when she entered the Throne Room, he greeted her pleasantly.
"Sit down, my dear. I think 1 have found a way to get you out of this country."
"And back to Kansas?" she asked eagerly.
"Well, I'm not sure about Kansas," said Oz, "for I haven't the faintest notion which way it lies

-The Wizard of Oz
L. FRANK BAUM

I asked one draught of earlier, happier sights,
Ere fitly I could hope to play my part.

Think first, fight afterwards -the soldier's art:
One taste of the old time sets all to rights!

-Childe Roland to the Dark Tower Came
ROBERT BROWNING

ROMEO: Os juro, señora, por esta bendita luna que tiñe de plata las copas de estos árboles frutales...
JULIETA: No juréis por la luna, por esta inconstante luna que cambia cada mes en su redonda órbita, no sea que vuestro amor sea igualmente mudable.
ROMEO: ¿Pues porqué juraré?
JULIETA: No juréis por nada. O, si lo preferís, jurad por vos mismo, que sois el dios al que idolatro y en el que yo creo.

Romeo y Julieta
WILLIAM SHAKESPEARE

Al cuarto día, para su [de Dorothy] gran alegría, Oz la llamó a su presencia, y cuando ella entró en el Salón del Trono, la saludó amablemente.
«Siéntate, querida, creo que ya he encontrado la manera de sacarte de este país.»
«¿Para que yo pueda volver a Kansas?», preguntó ansiosamente ella.
«Bueno, no sé si a Kansas-dijo Oz-, pues no tengo ni la más remota idea de dónde está...»

El mago de Oz
L. FRANK BAUM

Antes de permitirme la esperanza de hacer mi papel, pedí un trago de visiones más tempranas y alegres. Primero piensa, lucha luego; es el arte del soldado: ¡un sorbo de los viejos tiempos lo arregla todo!

Childe Roland a la Torre Oscura llegó
ROBERT BROWNING

PRÓLOGO

BLAINE

—DECIDME UNA ADIVINANZA —propuso Blaine.

—Vete a tomar por el culo —respondió Rolando sin levantar la voz.

—¿QUÉ HAS DICHO? —Aquel tono de evidente incredulidad hacía que la voz del Gran Blaine se pareciese mucho a la de su insospechado gemelo.

—Que te vayas a tomar por el culo —respondió Rolando con calma—. Pero si eso te desconcierta, Blaine, puedo expresarme con más claridad. La respuesta es «no».

Blaine tardó bastante en responder, y no lo hizo con palabras. En vez de eso, las paredes, el suelo y el techo comenzaron a perder de nuevo el color y la solidez. Transcurridos diez segundos, el Coche de la Baronía dejó nuevamente de existir. Ahora se encontraban volando a través de la cordillera montañosa que habían oteado en el horizonte. Los picachos grisáceos se precipitaron hacia ellos a una velocidad suicida, y seguidamente se apartaron para revelar un conjunto de valles yermos donde gigantescos escarabajos se arrastraban de un lado para otro como tortugas confinadas en tierra. Rolando vio surgir repentinamente de la boca de una cueva una criatura parecida a una enorme serpiente. Apresó uno de los escarabajos y, con movimientos rápidos, volvió a introducirse en su guarida. Rolando, que jamás había visto animales ni paisajes semejantes, notó como si la piel fuera a desprendérsele de la carne. Era posible que Blaine los hubiera transportado a otro mundo.

—TAL VEZ DEBERÍA DESCARRILAR AQUÍ —comentó Blaine. Lo dijo en tono meditabundo, pero el pistolero percibió en su voz una rabia profunda y palpitante.

—Sí, tal vez —musitó el pistolero con indiferencia.

A Eddie se le descompuso el rostro; formó con los labios las palabras «Pero ¿qué estás haciendo?», pero Rolando no le prestó atención. Tenía las manos ocupadas con Blaine, y sabía muy bien lo que hacía.

—ERES MALEDUCADO Y ARROGANTE —bramó Blaine—. QUIZÁ DICHAS CARACTERÍSTICAS TE RESULTEN INTERESANTES, PERO A MÍ NO.

—Puedo ser mucho más maleducado de lo que he sido hasta ahora.

Rolando de Gilead extendió las manos y se levantó lentamente. Permaneció de pie sin que al parecer hubiera nada que lo sostuviera, con las piernas separadas, la mano derecha en la cadera y la izquierda en la empuñadura de sándalo de su revólver. Permaneció de pie como había hecho tantas otras veces, en las calles polvorientas de

un centenar de pueblos olvidados, en un sinfín de zonas de matanza situadas en cañones rocosos, en innumerables tabernas oscuras impregnadas de olor a cerveza amarga y frituras rancias. Se trataba únicamente de otro duelo en otra calle desierta, pero era suficiente. Era khef, ka y ka-tet. La certeza de que siempre se produciría el duelo constituía el hecho central de su vida y el eje sobre el que giraba su ka. El hecho de que esta vez la batalla se librase con palabras en lugar de balas no suponía diferencia alguna; sería una batalla a muerte, como las demás. El hedor a matanza que impregnaba el aire era tan claro e inequívoco como el hedor de la carroña al pudrirse en una ciénaga. La furia de la lucha descendió sobre él, como solía ocurrir siempre... y Rolando dejó de ser consciente de su propia existencia.

—Puedo llamarte máquina absurda, ignorante y sesos de mosquito. Puedo llamarte criatura estúpida y necia, de inteligencia tan insustancial como el silbido del viento invernal en un tronco hueco.

—BASTA.

Rolando siguió hablando con el mismo tono sereno, sin hacer el menor caso de Blaine.

—Eres lo que Eddie llama un «trasto». Si fueras algo más, podría mostrarme todavía más maleducado.

—SOY MUCHO MÁS QUE UN SIMPLE...

—Podría llamarte chupapollas, por ejemplo, pero no tienes boca. Podría decir que eres peor que el pordiosero más vil que jamás se haya arrastrado por la calle más inmunda de la creación, pero incluso dicha criatura es superior a ti; careces de rodillas con las que arrastrarte. Y aunque las tuvieras, jamás te arrodillarías, porque desconoces por completo ese defecto humano que se llama piedad. Podría incluso decir que te has follado a tu madre, si tuvieras madre.

Rolando se detuvo para tomar aliento. Sus tres compañeros contenían el suyo. En torno a todos ellos se cernía, sofocante, el atónito silencio de Blaine el Mono.

—Puedo decir que eres una máquina desleal que permitió que su única compañera se matara a sí misma; un cobarde que se ha deleitado con la tortura de ignorantes y la matanza de inocentes; un trasgo mecánico perdido y gimoteante que...

—¡TE ORDENO QUE TE CALLES, U OS MATARÉ A TODOS AHORA MISMO!

Los ojos de Rolando brillaron de rabia con un fuego azulado tan intenso y salvaje que Eddie se apartó de él. Oyó confusamente cómo Jake y Susannah emitían un jadeo sofocado.

—¡Mátanos si te place, pero no me des órdenes! —rugió el pistolero—. ¡Has olvidado los rostros de quienes te crearon! ¡Y ahora mátanos o guarda silencio y escucha a Rolando de Gilead, hijo de Steven, pistolero, señor de las tierras antiguas! ¡No he recorrido tantos kilómetros durante tantos años para escuchar tus parloteos infantiles! ¿Has comprendido? ¡Vas a escucharme!

Se produjo otro instante de estupefacto silencio. Nadie respiró siquiera. Rolando siguió mirando al frente con expresión severa, la cabeza alta y la mano apoyada en la culata de la pistola.

Susannah Dean se llevó la mano a la boca y se palpó la débil sonrisa que curvaba sus labios, con un ademán semejante al de cualquier mujer que se palpara alguna prenda de vestir nueva -un sombrero, por ejemplo- para asegurarse de que está bien puesta. Temía que hubiese llegado el fin de su vida, pero el sentimiento que dominaba su corazón no era de miedo sino de orgullo. Miró de soslayo a su izquierda y vio que Eddie contemplaba a Rolando con una satisfecha mueca de asombro. La expresión de Jake era aún más simple, de pura adoración.

—¡Que se entere! —resolló Jake—. ¡Dale una patada en el culo! ¡Venga!

—Más vale que le hagas caso, Blaine —terció Eddie—. La verdad es que no se anda con chiquitas. No le llaman el Perro Rabioso de Gilead por nada.

Al cabo de largos instantes, Blaine inquirió:

—¿ES CIERTO QUE TE LLAMABAN ASÍ, ROLANDO, HIJO DE STEVEN?

—Tal vez —repuso Rolando, quien seguía tranquilamente de pie en el aire sobre las yermas estribaciones montañosas.

—¿DE QUÉ ME SERVÍS SI NO QUERÉIS PONERME ADIVINANZAS? —preguntó Blaine. Ahora parecía un niño gruñón y malhumorado al que se ha permitido seguir levantado hasta mucho después de su hora habitual de acostarse.

—No he dicho que no queramos —replicó Rolando.

—¿NO? —Blaine pareció perplejo—. NO LO ENTIENDO. SIN EMBARGO, EL ANÁLISIS DE IMPRESIONES VOCALES INDICA QUE TU DISCURSO ES RACIONAL. HAZ EL FAVOR DE EXPLICARTE.

—Dijiste que las querías inmediatamente —aclaró Rolando—. A eso fue a lo que me negué. Tu ansia te ha vuelto indecoroso.

—NO COMPRENDO.

—Te ha vuelto maleducado. ¿Comprendes eso?

Blaine guardó unos largos instantes de pensativo silencio. Hacía siglos que el

ordenador no presenciaba reacciones humanas que no fuesen de ignorancia, dejadez o servilismo supersticioso. Hacía eones que no se veía expuesto a algo tan simple como la valentía humana.

—SI LO QUE HE DICHO TE HA PARECIDO DE MALA EDUCACIÓN, PIDO DISCULPAS —declaró al fin.

—Las acepto, Blaine. Pero hay otro problema más grave.

—EXPLÍCATE.

—Vuelve a cerrar el vagón y lo haré. —Rolando se sentó, como si ya estuviera descartada la posibilidad de que se prolongara la discusión y de que sufrieran una muerte inmediata.

Blaine hizo lo que se le pedía. Las paredes se cubrieron de color y el paisaje de pesadilla que se extendía abajo desapareció otra vez de la vista. El indicador del mapa de ruta parpadeaba ahora cerca del punto marcado con el nombre de Candleton.

—Muy bien —prosiguió Rolando—. La falta de educación es disculpable, Blaine; así me lo enseñaron en mi juventud. Pero también me enseñaron que no sucede lo mismo con la estupidez.

—¿EN QUÉ SENTIDO HE SIDO ESTÚPIDO, ROLANDO DE GILEAD? —La voz de Blaine era suave y ominosa. A Susannah se le pasó por la cabeza la imagen de un gato agazapado junto a la entrada de una ratonera, meneando la cola de un lado a otro, los ojos verdes brillando con malevolencia.

—Tenemos algo que te interesa —explicó Rolando—, pero la única recompensa que nos ofreces si te lo damos es la muerte. Eso es una estupidez.

Se produjo una larga pausa durante la cual Blaine reflexionó al respecto.

—LO QUE DICES ES CIERTO, ROLANDO DE GILEAD —declaró al fin—, PERO LA CALIDAD DE VUESTROS ACERTIJOS AÚN NO ESTÁ PROBADA. NO OS RECOMPENSARÉ CON LA VIDA A CAMBIO DE MALAS ADIVINANZAS.

Rolando asintió con la cabeza.

—Comprendo, Blaine. Ahora, escucha e intenta comprenderme tú a mí. De esto ya les he contado algo a mis amigos. Cuando yo era niño, en la Baronía de Gilead, celebrábamos siete días de fiesta a lo largo del año: el Día del Invierno, el de la Tierra Vacía, la Siembra, Pleno Verano, Tierra Llena, Siega y Final de Año. Las adivinanzas constituían una parte importante en esos días de fiesta, y el evento principal durante las fiestas de la Tierra Vacía y la Tierra Llena, pues se suponía que los acertijos que se propusieran auguraban la buena o la mala marcha de las cosechas.

—UNA SUPERSTICIÓN CARENTE POR COMPLETO DE BASE REAL —observó Blaine—. LO ENCUENTRO MOLESTO Y DESCONCERTANTE.

—Naturalmente que se trataba de una superstición —concedió Rolando—, pero te sorprendería saber hasta qué punto las adivinanzas vaticinaban el futuro de las cosechas. Por ejemplo, Blaine, a ver si aciertas ésta: ¿En qué se parecen un granero y un mentiroso discreto?

—ESE ACERTIJO ES ANTIGUO Y NO MUY INTERESANTE —respondió Blaine, aunque a pesar de todo pareció contento de tener algo que resolver—. EN EL GRANERO SE GUARDA LA SIMIENTE, Y EL MENTIROSO DISCRETO SI MIENTE SE LO GUARDA. UN JUEGO DE PALABRAS BASADO EN LA COINCIDENCIA FONÉTICA. CONOZCO OTRO PARECIDO QUE SE CUENTA EN EL NIVEL DONDE SE HALLA LA BARONÍA DE NUEVA YORK. DICE ASÍ: ¿EN QUÉ SE DIFERENCIA UN GATO DE UNA ORACIÓN COMPUESTA?

—Yo lo sé —exclamó Jake—. El gato tiene zarpas provistas de uñas que acaban en punta, y la oración compuesta tiene varias proposiciones y no acaba hasta que no llega el punto.

—SÍ —asintió Blaine—. UN ACERTIJO ANTIGUO Y ESTÚPIDO, VÁLIDO ÚNICAMENTE COMO PROCEDIMIENTO NEMOTÉCNICO.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, Blaine, colega.

—YO NO SOY COLEGA TUYO, EDDIE DE NUEVA YORK.

—Vaya, hombre. Bésame el culo y sube al cielo.

—NO EXISTE NINGÚN CIELO.

Eddie no supo qué responder a eso.

—QUISIERA OÍR MÁS SOBRE LAS ADIVINANZAS QUE SE DECÍAN EN GILEAD EN LOS DÍAS DE FIESTA, ROLANDO, HIJO DE STEVEN.

—A mediodía, en los días de la Tierra Ancha y la Tierra Llena, un número de narradores de adivinanzas que oscilaba entre los dieciséis y los treinta solían reunirse en el Salón de los Abuelos, que se abría especialmente para la ocasión. Eran las únicas fechas del año en las que la gente común, los mercaderes, granjeros, rancheros y demás, tenía permiso para entrar en el Salón de los Abuelos, y aquellos días en concreto todos acudían en tropel.

Los ojos del pistolero adoptaron un aire distante y soñador; tenía la misma expresión que Jake había visto en su rostro en aquella otra vida nebulosa, cuando Rolando le contó que una vez él y sus amigos Cuthbert y Jamie se habían colado a

hurtadillas en la galería superior de aquel mismo Salón para observar una especie de baile. Jake y Rolando se hallaban escalando las montañas, siguiendo de cerca la pista de Marten, cuando el pistolero le había narrado aquel episodio.

«Marten estaba sentado al lado de mi padre y de mi madre -había explicado Rolando-. Los reconocí incluso desde aquella altura. En un determinado momento, Marten y mi madre salieron a bailar. Los demás se retiraron para dejarles sitio, mientras ellos bailaban lentamente y se deslizaban dando vueltas por la pista, y todos les aplaudieron al terminar. Pero los pistoleros no aplaudieron...»

Jake miró con curiosidad a Rolando, preguntándose una vez más de dónde vendría aquel hombre tan extraño... y para qué.

—En el centro del Salón se colocaba un gran barril —siguió diciendo el pistolero—, y cada participante depositaba en él pergaminos de corteza en los que figuraban escritas las adivinanzas. Muchas eran antiguas, adivinanzas que habían aprendido de los ancianos (en algunos casos incluso estaban extraídas de libros), pero muchas otras eran nuevas, inventadas para la ocasión. Tres jueces, de los cuales uno era siempre pistolero, escuchaban atentamente mientras las adivinanzas se leían en voz alta. Sólo se aceptaban las que los jueces consideraran justas.

—SÍ, LAS ADIVINANZAS SIEMPRE DEBEN SER JUSTAS —convino Blaine.

—Y así comenzaba la sesión de adivinanzas —prosiguió Rolando. Una débil sonrisa le afloró a los labios mientras evocaba aquellos tiempos, tiempos en los que tenía la edad del chico magullado que se sentaba frente a él con el brambo en el regazo—. Durante horas ininterrumpidas se planteaban acertijos. En el centro del Salón de los Abuelos se formaba una fila. La posición que uno ocupara en dicha fila se decidía por sorteo, y dado que era mucho mejor estar en el final de la cola que en el principio, todos esperaban sacar un número alto. De todos modos, el ganador tenía que resolver correctamente al menos una adivinanza.

—POR SUPUESTO.

—Cada hombre o mujer (pues muchos de los mejores expertos en adivinanzas de Gilead eran mujeres) se acercaba al barril y extraía una adivinanza; si no conseguía resolverla antes de los tres minutos que marcaba un reloj de arena, el participante tenía que abandonar la fila.

—¿Y LA ADIVINANZA PASABA A LA SIGUIENTE PERSONA EN LA COLA?

—Sí.

—DE MODO QUE LA SIGUIENTE PERSONA DISPONÍA DE UN TIEMPO

EXTRA PARA PENSAR.

—Sí.

—COMPRENDO. PARECE BASTANTE PIPA.

—¿«Pipa»? —preguntó Rolando con el ceño fruncido.

—Quiere decir que le parece divertido —aclaró Susannah en voz baja.

Rolando se encogió de hombros.

—Sería divertido para los espectadores, imagino, pero los concursantes se lo tomaban muy en serio. Con frecuencia se producían discusiones y peleas a puñetazo limpio, una vez había concluido el concurso y se había entregado el premio.

—¿QUÉ PREMIO ERA ÉSE, ROLANDO, HIJO DE STEVEN?

—El ganso más grande de la Baronía. Y año tras año, Cort, mi maestro, se llevaba ese ganso a su casa.

—OJALÁ ESTUVIERA AQUÍ —dijo Blaine en tono respetuoso—. DEBÍA DE SER UN AUTÉNTICO EXPERTO EN ADIVINANZAS.

—Y tanto que lo era —afirmó Rolando—. ¿Estás listo para oír mi propuesta, Blaine?

—DESDE LUEGO. TE ESCUCHARÉ CON GRAN INTERÉS, ROLANDO DE GILEAD.

—Propongo que las próximas horas sean nuestro día de feria. No nos preguntarás adivinanzas, pues deseas aprender acertijos nuevos y no repetir algunos de los millones que ya conoces...

—CORRECTO.

—De todas maneras, tampoco seríamos capaces de resolverlas —prosiguió Rolando—. Estoy convencido de que sabes adivinanzas que hubieran dejado perplejo incluso a Cort, si éste las hubiera extraído del barril. —No estaba seguro de ello en absoluto, pero la hora de utilizar los puños había pasado y era el momento de actuar con diplomacia.

—NATURALMENTE —convino Blaine.

—En lugar de un ganso, nuestras vidas serán el premio —agregó Rolando—. Te plantearemos adivinanzas mientras viajamos, Blaine. Si cuando lleguemos a Topeka has resuelto todas y cada una de esas adivinanzas, podrás llevar a cabo tu plan original y matarnos. Pero si logramos vencerte, si hay una sola adivinanza en el libro de Jake o en nuestras cabezas que no conozcas y no sepas responder, deberás llevarnos a Topeka y dejarnos libres para proseguir nuestra búsqueda. Ése será nuestro ganso.

Silencio.

—¿Lo has entendido?

—SÍ.

—¿Y aceptas?

Más silencio por parte de Blaine el Mono. Eddie permanecía sentado rígidamente con el brazo echado en torno a Susannah, mirando el techo del Coche de la Baronía. Susannah se pasó la mano izquierda por el vientre, acariciando el secreto que pudiera haber oculto en su interior. Jake revolvió levemente el pelo de Acho, evitando tocar los enredos sanguinolentos que el brambo tenía allí donde había sido acuchillado. Esperaron en tanto Blaine -el auténtico Blaine, que muy lejos de ellos vivía su remedo de vida bajo una ciudad cuyos habitantes yacían muertos por su mano- reflexionaba sobre la propuesta de Rolando.

—SÍ —convino al fin—. ACEPTO SI CONSIGO RESOLVER TODAS LAS ADIVINANZAS QUE ME PONGÁIS, OS LLEVARÉ CONMIGO AL LUGAR DONDE EL SENDERO TERMINA EN EL CLARO. PERO SI ALGUNO DE VOSOTROS PLANTEA UNA ADIVINANZA QUE NO PUEDA RESOLVER, OS PERDONARÉ LA VIDA Y OS DEJARÉ EN TOPEKA, DESDE DONDE PODRÉIS CONTINUAR LA BÚSQUEDA DE LA TORRE OSCURA, SI ASÍ LO DECIDÍS. ¿HE ENTENDIDO CORRECTAMENTE LAS CONDICIONES Y LOS LÍMITES DE TU PROPUESTA, ROLANDO, HIJO DE STEVEN?

—Sí.

—MUY BIEN, ROLANDO DE GILEAD. »MUY BIEN, EDDIE DE NUEVA YORK. »MUY BIEN, SUSANNAH DE NUEVA YORK. »MUY BIEN, JAKE DE NUEVA YORK.

»MUY BIEN, ACHO DE MUNDO MEDIO.

Acho alzó momentáneamente la vista al oír pronunciar su nombre.

—SOIS KA-TET; DE UNO, MUCHOS. IGUAL QUE YO. QUIÉN TIENE EL KA-TET MÁS FUERTE ES ALGO QUE AHORA DEBEMOS DEMOSTRAR.

Se produjo un momento de silencio, roto únicamente por el zumbido firme y constante de las turbinas slotrans que los transportaban por las tierras baldías, que los llevaban por el Camino del Haz hacia Topeka, donde terminaba Mundo Medio y comenzaba Mundo Final.

—DE ACUERDO —aulló la voz de Blaine—. ¡ECHAD VUESTRAS REDES, VIAJEROS! PONEDME A PRUEBA CON VUESTRAS PREGUNTAS, Y QUE EMPIECE LA CONTIENDA.

PRIMERA PARTE

ADIVINANZAS

CAPÍTULO 1

BAJO LA LUNA DEL DEMONIO (I)

1

El pueblo de Candleton era una mole ruinosa irradiada y envenenada, pero no estaba muerto; después de tantos siglos, aún latía con tenebrosa vida: escarabajos del tamaño de tortugas que se arrastraban trabajosamente, aves parecidas a diminutos dragoncillos deformes, unos cuantos robots tambaleantes que entraban y salían de los edificios carcomidos cual zombis de acero inoxidable, con sus junturas emitiendo agudos chirridos y sus ojos nucleares aún parpadeando...

—¡Enseñe su pase, amigo! —vociferaba uno que llevaba atascado en un rincón del vestíbulo del Hotel de Viajeros de Candleton los últimos doscientos treinta y cuatro años. En el recuadro herrumbroso de su cabeza tenía estampada una estrella de seis puntas. Con el transcurso de los años, había conseguido abrir un pequeño boquete cóncavo en la pared revestida de acero que le bloqueaba el paso, pero eso era todo.

»¡Enseñe su pase, amigo! ¡Posibles niveles altos de radiación al sur y al este de la ciudad! ¡Enseñe su pase, amigo! ¡Posibles niveles altos de radiación al sur y al este de la ciudad!

Una rata hinchada y ciega, que llevaba a rastras las tripas en una bolsa semejante a una placenta putrefacta, pasó renqueando por encima de los pies del robot policía, pero éste no pareció darse cuenta. Siguió hundiendo una y otra vez su cabeza de acero en la pared.

—¡Enseñe su pase, amigo! ¡Posibles niveles altos de radiación, maldita sea!

Detrás, en el bar del hotel, se alineaban los cráneos de los hombres y las mujeres que habían entrado a tomar una última copa antes de que el cataclismo los sorprendiera con un rictus en el rostro, como si hubieran muerto riendo. Y quizás así había sido en algunos casos.

Cuando Blaine el Mono retumbó en lo alto, emergiendo de la noche como una bala del cañón de una pistola, las ventanas estallaron, se levantó una humareda de polvo, y varios cráneos se desintegraron como vasijas de cerámica antiguas. En el exterior, un fugaz huracán de polvo radiactivo barrió la calle, y el poste destinado a amarrar los caballos que había frente al Restaurante Asador Elegante quedó absorbido en el turbulento remolino como si de humo se tratase. En la plaza del pueblo, la Fuente

de Candleton se dividió por la mitad y vomitó no agua sino polvo, serpientes, escorpiones mutados y unos cuantos de aquellos escarabajos-tortuga ciegos y renqueantes.

Luego, la forma que había pasado rauda sobre el pueblo desapareció como si nunca hubiera existido, y Candleton volvió a sumirse en la decadente actividad que había constituido su remedo de vida durante los últimos dos siglos y medio... Fue entonces cuando se produjo la explosión de sonido resultante, con un estallido atronador que no se oía sobre el pueblo desde hacía siete años; las vibraciones fueron tan intensas que el mercado situado en el lado opuesto a la fuente se desplomó. El robot policía intentó lanzar una última advertencia:

—Posibles niveles altos de radi... —Y enmudeció para siempre, de cara al rincón como un niño que se hubiera portado mal.

A unas doscientas o trescientas ruedas de Candleton, según se avanzaba por el Camino del Haz, los niveles de radiación y las concentraciones de DEP3 del suelo disminuían considerablemente. Allí el raíl del mono inició un vertiginoso descenso hasta quedar a menos de tres metros del suelo, y allí un gamo hembra de aspecto casi normal salió garbosamente de un bosque de pinos para beber en un arroyo cuya agua se había purificado en sus tres cuartas partes.

La gama no era normal. Una quinta pata atrofiada le colgaba del centro del bajo vientre como una ubre, bamboleándose fláccidamente hacia los lados conforme el animal caminaba, y un tercer ojo ciego le sobresalía, blancuzco, en la parte izquierda del hocico. Aun así, la gama era fértil y su ADN gozaba de un estado razonablemente bueno para pertenecer a una duodécima generación mutada. En sus seis años de vida, el animal había parido tres crías vivas. Dos de los cervatos habían sido no sólo aceptables sino normales. Lo que la Tía Talitha, de Paso del Río, hubiera denominado «ganado con motas». El tercero, un horror chillón desprovisto de piel, había sido sacrificado rápidamente por su padre.

El mundo -aquella parte, como mínimo- se estaba curando.

La gama hundió el hocico en el agua y se puso a beber. Luego miró hacia arriba, con los ojos muy abiertos y el hocico goteando. Oyó un débil zumbido a lo lejos. Momentos más tarde, el sonido se vio acompañado de un parpadeo de luz. La alarma se disparó en los nervios de la gama, pero aunque sus reflejos eran rápidos y la luz se hallaba a bastantes ruedas en el campo desolado cuando la vislumbró, el animal no tuvo oportunidad de escapar. Antes incluso de que pudiera accionar sus músculos, la

chispa distante se había convertido en una abrasadora bola de luz que inundó con su fulgor el arroyo y el claro. Con la luz llegó el desesperante zumbido de los motores slotrans de Blaine, funcionando a pleno rendimiento. Un fugaz borrón rosáceo pasó por encima del caballete de hormigón que sostenía el rail, seguido de una arremolinada estela de polvo, piedras, animalillos desmembrados y hojarasca. La gama murió instantáneamente, víctima de la sacudida que produjo el paso de Blaine. Aunque demasiado voluminosa para resultar absorbida en la estela del mono, fue no obstante arrastrada unos sesenta metros, con el agua chorreándole del hocico y las pezuñas. La mayor parte de la piel (así como la quinta pata sin huesos) se le desprendió del cuerpo y salió despedida tras Blaine como una prenda de vestir desechada.

Tras un breve silencio, tenue como la piel recién regenerada o el hielo temprano de un estanque en Año Nuevo, la explosión sónica llegó velozmente como una criatura ruidosa que acudiese tarde a un banquete de boda, quebrando el silencio y matando a un solitario pájaro mutado -un cuervo, quizás- en pleno vuelo. El ave cayó como una piedra y se zambulló en el arroyo.

A lo lejos, un ojo rojo menguante: el rastro de luz de Blaine.

Una luna llena emergió de una cortina de nubes, tiñendo el claro y el arroyo con chillones tonos de oropel. Se dibujaba un rostro en la luna, pero no era un rostro que desearan mirar los amantes. Parecía el semblante descarnado de un cráneo, como los que se apilaban en el Hotel de viajeros de Candleton; un rostro que miraba, con el regocijo de un lunático, a los pocos seres que aún vivían y bregaban abajo. En Gilead, antes de que el mundo se hubiese movido, a la luna llena de fin de año se la denominaba «Luna del Demonio», y se creía que mirarla directamente daba mala suerte.

Pero ahora tal creencia no importaba. Ahora había demonios por todas partes.

2

Susannah miró el mapa de ruta y vio que el punto verde que señalaba su posición actual se hallaba a medio camino entre Candleton y Rilea, la siguiente parada de Blaine.

«Aunque, ¿quién se va a detener?», se preguntó.

Retiró los ojos del mapa de ruta y se volvió hacia Eddie. Seguía con la mirada fija en el techo del Coche de la Baronía. Susannah la siguió y vio un recuadro que sólo

podía ser una trampilla -aunque cuando uno trataba con mierda futurista como un tren parlante, supuso, había que utilizar el término «escotilla» u otro aún más espectacular-. En su superficie había estarcido un sencillo dibujo rojo que mostraba a un hombre saliendo por la abertura. Susannah trató de imaginar cómo sería seguir aquella instrucción implícita y asomarse por la escotilla a casi 1.300 km por hora. Evocó una imagen fugaz, aunque clara, de la cabeza de una mujer, arrancada del cuello como una flor de su tallo; vio salir volando la cabeza hacia atrás, por encima del Coche de la Baronía, dando quizás algún tumbo, y luego perderse en la oscuridad, con los ojos fijos y el cabello ondeando.

Desterró de su mente la imagen tan deprisa como pudo. Al fin y al cabo, la escotilla estaría cerrada casi con toda certeza. Blaine el Mono no tenía la menor intención de dejarlos escapar. Tal vez lograran ganarse la huida, aunque Susannah no lo daba por seguro, ni siquiera en el caso de que consiguieran vencer a Blaine con alguna adivinanza.

«Lamento tener que decirlo, pero a mí tan sólo me pareces otro hijoputa blanco más -dijo mentalmente con una voz que no era en absoluto la de Detta Walker-. No me fío de tu trasero mecánico. Seguro que eres más peligroso derrotado que con el galardón del triunfo prendido en tus bancos de memoria.»

Jake tendió su andrajoso libro de adivinanzas al pistolero, como si ya no deseara la responsabilidad de tenerlo consigo. Susannah sabía cómo debía de sentirse el chico; sus vidas podían muy bien depender de aquellas páginas mugrientas y manoseadas. Tampoco ella estaba muy segura de querer cargar con la responsabilidad de llevarlo.

—¡Rolando! —susurró Jake—. ¿Lo quieres?

—¡Ando! —farfulló Acho, dirigiendo al pistolero una mirada severa—. ¿Loo-ie-ees?—El brambo apresó el libro con los dientes, se lo quitó a Jake de la mano y estiró su cuello, desproporcionadamente largo, para ofrecerle a Rolando ¡Adivina, adivinanza! Enigmas y acertijos para todas las edades.

El pistolero se quedó mirándolo un momento, con expresión distante y abstraída. Luego negó con la cabeza.

—Todavía no. —Miró al frente, hacia el mapa de ruta.

Blaine no tenía cara, así que el mapa debía servirles de referencia. El relampagueante punto verde se hallaba más cerca de Rilea. Susannah se preguntó por un momento cómo sería el paisaje que estaban atravesando, y decidió que en realidad prefería no saberlo. Y menos después de lo que habían visto tras abandonar la ciudad

de Lud.

—¡Blaine! —llamó Rolando en voz alta.

—¿Sí?

—¿Puedes salir de la habitación? Tenemos que conferenciar.

«Estás majara si piensas que va a aceptar», se dijo Susannah.

Pero la respuesta de Blaine fue rápida y ansiosa.

—SÍ, PISTOLERO. DESCONECTARÉ MIS SENSORES EN EL INTERIOR DEL COCHE DE LA BARONÍA. CUANDO VUESTRA CONFERENCIA HAYA TERMINADO Y ESTÉIS LISTOS PARA INICIAR LA SESIÓN DE ADIVINANZAS, REGRESARÉ.

—Sí, con el general MacArthur —musitó Eddie.

—¿QUÉ HAS DICHO, EDDIE DE NUEVA YORK?

—Nada. Hablaba solo, eso es todo.

—PARA LLAMARME, TOCAD SIMPLEMENTE EL MAPA DE RUTA. MIENTRAS EL MAPA ESTÉ EN ROJO, MIS SENSORES ESTARÁN APAGADOS. HASTA LUEGO, COCODRILO. NOS VEMOS, CAIMÁN. NO OS OLVIDÉIS DE ESCRIBIR. —Después de una pausa, agregó—: ACEITE DE OLIVA, PERO NO DE RICINO.

El rectángulo del mapa de ruta, situado en la parte delantera del vagón, se volvió repentinamente de un rojo tan intenso que Susannah tuvo que entrecerrar los ojos para mirarlo.

—¿Aceite de oliva, pero no de ricino? —preguntó Jake—. ¿Qué narices habrá querido decir con eso?

—No importa —contestó Rolando—. No disponemos de mucho tiempo. El mono viajará igual de rápido hacia su punto de destino tanto si Blaine está con nosotros como si no.

—No creerás en serio que un zorro ladino como él se haya ido, ¿verdad? —inquirió Eddie—. Nos está espiando, os lo digo yo.

—Lo dudo mucho —repuso Rolando, y Susannah estuvo de acuerdo. Por lo menos, de momento—. Ya visteis lo entusiasmado que estaba con la idea de volver a resolver adivinanzas después de tantos años. Además...

—Además se siente confiado —añadió Susannah—. No espera que unos tipos como nosotros le planteemos muchas dificultades.

—Pero ¿se las plantearemos? —preguntó Jake al pistolero—. ¿Le plantearemos dificultades?

—No lo sé —contestó Rolando—. No tengo ningún truco oculto en la manga, si es

eso lo que quieres saber. Será un juego limpio... Pero al menos se trata de un juego al que ya he jugado antes. En cierto modo, todos hemos jugado a él. Y contamos con eso. —Señaló—con la barbilla el libro que Jake había vuelto a tomar de Acho—. Aquí operan fuerzas, fuerzas poderosas, y no todas ellas trabajan para mantenernos alejados de la Torre.

Susannah oía hablar a Rolando, pero era en Blaine en quien pensaba... Blaine, que se había marchado y los había dejado solos, como el chico que se la queda y que, obedientemente, se tapa los ojos mientras sus compañeros de juego se esconden. Y, ¿acaso no eran eso? ¿Los compañeros de juego de Blaine? En cierto modo aquel pensamiento aún fue peor que la imagen que había visualizado de sí misma, intentando escapar por la escotilla y perdiendo la cabeza.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —preguntó Eddie—. Algo tendrás pensado, o no le habrías pedido que se fuera.

—Su gran inteligencia, unida al largo período de soledad e inactividad forzosa al que ha estado sometido, puede haberlo hecho más humano de lo que piensa. En eso confío, al menos. De entrada, debemos bosquejar lo que podría denominarse una «geografía». Hay que averiguar, si es posible, qué se le da mejor y qué se le da peor. En las adivinanzas no sólo cuenta la astucia de quien que las formula, no creáis. También influyen los puntos débiles de quien que las resuelve.

—Pero ¿tendrá Blaine puntos débiles? —inquirió Eddie.

—Si no los tiene —respondió Rolando con calma—, moriremos en este tren.

—Me gusta tu manera de tranquilizarnos en los momentos difíciles —comentó Eddie con una débil sonrisa—. Es uno de tus muchos encantos.

—Para abrir boca, le propondremos cuatro adivinanzas —siguió diciendo Rolando—. Fácil, menos fácil, difícil y muy difícil. Acertará las cuatro, de eso no me cabe duda, pero estaremos muy pendientes de cómo contesta.

Eddie asintió, y Susannah sintió un tenue y casi desganado asomo de esperanza. Parecía el enfoque correcto, desde luego.

—Después le pediremos que se retire otra vez y volveremos a deliberar —prosiguió el pistolero—. Quizá nos hagamos una idea de en qué dirección debemos enviar nuestros caballos. Esas primeras adivinanzas podrán estar sacadas de cualquier parte, pero... —Hizo un severo movimiento de cabeza en dirección al libro—. A tenor de la historia de Jake sobre la librería, la respuesta que realmente necesitamos debe de estar ahí, y no en mis recuerdos de las sesiones de adivinanzas del Día de Feria. Debe

de estar ahí.

—La pregunta —corrigió Susannah.

Rolando la miró, con las cejas enarcadas sobre sus ojos deslustrados y peligrosos.

—Buscamos una pregunta, no una respuesta —explicó ella—. Esta vez, son las respuestas las que pueden matarnos.

El pistolero asintió. Parecía confundido -frustrado incluso-, y no era aquélla una expresión que a Susannah le gustara ver en su rostro. Pero esta vez, cuando Jake le tendió el libro, Rolando lo tomó. Lo sostuvo un momento (la cubierta desgastada, pero aún de un vistoso color rojo, se veía muy extraña en sus manos quemadas por el sol... sobre todo en la derecha, con la falta de dos dedos) y luego se lo pasó a Eddie.

—Tú, la fácil —indicó Rolando, volviéndose hacia Susannah.

—Bueno —contestó ella con un amago de sonrisa—. Aunque no resulta muy cortés decirle eso a una dama, Rolando.

El pistolero se giró hacia Jake.

—Tú intervendrás el segundo, con una adivinanza un poco más difícil. Yo seré el tercero. Y tú el último, Eddie. Busca una en el libro que te parezca complicada...

—Las difíciles están hacia el final —informó Eddie—, pero no cometas una de tus estupideces, te lo advierto. Esto es a vida o muerte. La hora de las estupideces quedó atrás.

Eddie se quedó mirando a aquel hombre viejo, alto y feo, que sólo Dios sabía cuántas cosas feas habría hecho en nombre de la búsqueda de su Torre, y se preguntó si Rolando tendría idea de lo mucho que le había dolido aquella advertencia despreocupada de que no se comportara como un crío, risueño y chistoso, ahora que sus vidas corrían peligro.

Abrió la boca para decir algo -un Especial de Eddie Dean, algo gracioso e hiriente al mismo tiempo; el tipo de comentario que siempre había sacado de quicio a su hermano Henry-, pero volvió a cerrarla. Quizás el hombre viejo, alto y feo tenía razón; quizás había llegado la hora de olvidar las observaciones jocosas y los chistes fáciles. Quizás había llegado por fin la hora de madurar.

3

Después de tres minutos más de deliberación, hecha entre susurros, y de que

Eddie y Susannah hojearan apresuradamente, el ¡Adivina, adivinanza! (Jake ya sabía con qué adivinanza quería probar a Blaine en la primera ronda, según dijo), Rolando avanzó hasta la parte delantera del Coche de la Baronía y posó la mano en el rectángulo de incandescente brillo. El mapa de ruta reapareció al momento. Aunque no se apreciaba sensación de movimiento ahora que el vagón estaba cerrado, el punto verde se hallaba más cerca que nunca de Rilea.

—¡Y BIEN, ROLANDO, HIJO DE STEVEN! —exclamó Blaine con una voz que a Eddie se le antojó más que jovial; casi rayaba en la hilaridad—. ¿ESTÁ VUESTRO KA-TET LISTO PARA EMPEZAR?

—Sí. Susannah de Nueva York será la primera. —Se volvió hacia Susannah, bajó un poco el tono (aunque ella sabía que eso no serviría de mucho si Blaine se proponía escucharlos) y le dijo—: No tendrás que dar un paso al frente, como los demás, por lo de tus piernas. Pero deberás hablar claro y llamarlo por su nombre cada vez que te dirijas a él. Si acierta... no, cuando acierte la adivinanza, di: «Gracias, Blaine, has respondido correctamente.» A continuación Jake saldrá al pasillo y formulará su adivinanza. ¿De acuerdo?

—¿Y si se equivoca o no la acierta en absoluto?

Rolando esbozó una grave sonrisa.

—Me parece que esa posibilidad no debe preocuparnos aún. —Alzó de nuevo la voz—. ¿Blaine?

—SÍ, PISTOLERO.

Rolando respiró hondo.

—Empecemos ya.

—¡EXCELENTE!

Rolando hizo un gesto de asentimiento a Susannah. Eddie le apretó una mano; Jake le dio una palmadita en la otra. Acho la miró arrobadamente con sus ojos rodeados de círculos dorados.

Ella les sonrió con nerviosismo, y luego alzó la cabeza para mirar el mapa de ruta.

—Hola, Blaine.

—QUÉ TAL, SUSANNAH DE NUEVA YORK.

A Susannah, el corazón le latía con fuerza. Las axilas se le empaparon conforme recordaba algo que había descubierto en la escuela primaria: que costaba empezar. Costaba ponerse de pie delante de la clase y ser la primera en contar un chiste, cantar una canción, leer la propia redacción sobre las vacaciones de verano... o decir una

adivinanza, para el caso. La escogida por Susannah procedía del disparatado ensayo de Jake Chambers, que él les había recitado, casi textualmente, durante la prolongada charla que mantuvieron tras dejar a los ancianos de Paso del Río. El ensayo, titulado «Mi comprensión de la verdad», contenía dos adivinanzas. Eddie ya le había planteado una a Blaine.

—¿ESTÁS AHÍ, PEQUEÑA VAQUERA?

De nuevo la estaba provocando, pero esta vez la provocación parecía desenfadada, casi cariñosa. Afable. Blaine sabía mostrarse encantador cuando obtenía lo que deseaba. Como ciertos niños malcriados que Susannah había conocido.

—Sí, Blaine, estoy aquí. Y ahí va mi adivinanza. ¿Qué animal es doblemente animal?

Se oyó un sonido peculiar, como si Blaine emulara a alguien que chasquease la lengua contra el cielo del paladar. Siguió una breve pausa. Cuando Blaine contestó, su voz había perdido casi todo rastro de jocosidad.

—EL GATO, NATURALMENTE, PORQUE ES GATO Y ARAÑA. UN ACERTIJO PROPIO DE CRÍOS. COMO EL RESTO DE VUESTRAS ADIVINANZAS NO SEAN MEJORES, LAMENTARÉ MUCHÍSIMO HABEROS PERDONADO LA VIDA AUNQUE HAYA SIDO POR POCO TIEMPO.

El mapa de ruta destelló, aunque esta vez no en rojo sino en un tono rosado pálido.

—No le hagáis enfadar —suplicó la voz del Pequeño Blaine. Cada vez que éste hablaba, Susannah imaginaba, sin poderlo remediar, a un hombrecillo calvo y sudoroso que continuamente se encogía de miedo. La voz del Gran Blaine procedía de todas partes (como la voz de Dios en una película de Cecil B. DeMille, pensó Susannah), pero la del Pequeño Blaine salía de un único lugar: del altavoz situado justamente sobre sus cabezas—. Por favor, amigos, no le hagáis enfadar; ya ha puesto el mono al rojo, en lo que a velocidad atañe, y los compensadores del raíl apenas se tienen. La vía se ha deteriorado terriblemente desde la última vez que hicimos este recorrido.

Susannah, que en su día había viajado con frecuencia en incómodos tranvías y vagones de metro, no notaba nada -el viaje era tan plácido ahora como cuando salieron de la Cuna de Lud-, pero de todos modos dio crédito al Pequeño Blaine. Supuso que si percibían alguna sacudida, sería lo último que notarían jamás.

Rolando le propinó un codazo en el costado, devolviéndola a la realidad de la situación presente.

—Gracias —musitó. Luego, a manera de remate improvisado, se dio tres rápidos toquecitos en el cuello con los dedos de la mano derecha. Lo mismo que había hecho Rolando cuando charló por primera vez con Tía Talitha.

—SE AGRADECE LA CORTESÍA —respondió Blaine. De nuevo hablaba en tono divertido, y Susannah se alegró aunque aquella diversión fuese a su costa—. SIN EMBARGO NO SOY HEMBRA. EN LA MEDIDA EN QUE PUEDE ATRIBUÍRSEME ALGÚN GÉNERO, SOY VARÓN.

Susannah se quedó mirando a Rolando, desconcertada.

—Para los hombres es con la mano izquierda —le explicó él—. En el esternón. —Hizo una demostración dándose unos golpecitos.

—Oh.

Rolando se volvió hacia Jake. El chico se levantó, depositó a Acho en la silla (lo cual sirvió de poco; Acho saltó inmediatamente al suelo y siguió a Jake cuando éste salió al pasillo para colocarse ante el mapa de ruta), y centró su atención en Blaine.

—Hola, Blaine. Soy Jake. Ya sabes, el hijo de Elmer.

—DI TU ADIVINANZA.

—¿Qué corre pero nunca anda, tiene boca pero nunca habla, tiene lecho pero nunca duerme y tiene cabecera pero no cabeza?

—¡VAYA, NO ESTÁ NADA MAL! ESPERO QUE SUSANNAH APRENDA DE TU EJEMPLO, JAKE, HIJO DE ELMER LA RESPUESTA ES OBVIA PARA CUALQUIERA CON UN MÍNIMO DE INTELIGENCIA, PERO NO POR ELLO DEJA DE SER UN ESFUERZO DECENTE. UN RÍO.

—Gracias, Blaine, has respondido correctamente. —Con los dedos de la mano izquierda muy juntos, se dio tres toquecitos en el esternón y luego volvió a tomar asiento. Susannah lo rodeó con el brazo y le dio un breve apretón. Jake la miró agradecido.

Rolando se puso de pie.

—Hile, Blaine —saludó.

—HILE, PISTOLERO. —Blaine se mostraba otra vez divertido... posiblemente debido a aquel saludo que Susannah nunca había oído hasta entonces.

«¿Hile, qué?», se preguntó. Hitler le acudió a la mente, y eso le hizo pensar en el avión estrellado que habían descubierto en las afueras de Lud. Un Focke-Wulf, había asegurado Jake. Ella no entendía de esas cosas, pero sí sabía que el aparato albergaba a un piloto muerto desde hacía tanto tiempo que ni siquiera hedía.

—DI TU ADIVINANZA, ROLANDO. Y QUE SEA ATRACTIVA.

—Atractiva con todas las letras, Blaine. En cualquier caso, ahí va: ¿Qué tiene cuatro piernas por la mañana, dos por la tarde y tres por la noche?

—PUES SÍ QUE ES ATRACTIVA —concedió Blaine—. SENCILLA, PERO ATRACTIVA PESE A TODO LA RESPUESTA ES UN SER HUMANO, QUE SE ARRASTRA SOBRE LAS MANOS Y LAS RODILLAS EN LA NIÑEZ, CAMINA SOBRE DOS PIERNAS EN LA EDAD ADULTA, Y SE AYUDA CON UN BASTÓN EN LA VEJEZ.

Blaine parecía decididamente pagado de sí mismo, y de golpe Susannah descubrió un hecho no exento de cierto interés: aborrecía a aquel cacharro presuntuoso y asesino. Ya fuese máquina o persona, hombre o cosa, odiaba a Blaine. Sospechaba que habría sentido lo mismo aunque no les hubiera obligado a apostar sus vidas en una estúpida competición de adivinanzas.

Sin embargo Rolando no mostró el menor asomo de desconcierto.

—Gracias, Blaine, has respondido correctamente. —Tomó asiento, sin golpearse el esternón, y miró a Eddie. Éste se levantó y salió al pasillo.

—¿Cómo va eso, Blaine, coleguita? —preguntó.

Rolando esbozó una mueca de disgusto y meneó la cabeza, alzando la mano derecha mutilada para cubrirse brevemente los ojos. Por parte de Blaine, silencio.

—¿Blaine? ¿Sigues ahí?

—SÍ, PERO NO ESTOY DE HUMOR PARA FRIVOLIDADES, EDDIE DE NUEVA YORK. DI TU ADIVINANZA. SOSPECHO QUE SERÁ DIFÍCIL, A PESAR DE TUS ESTÚPIDAS POSES LA ESPERO CON IMPACIENCIA.

Eddie miró de soslayo a Rolando, quien le hizo una señal con la mano -«¡Adelante, por tu padre, adelante!»-, y luego volvió a mirar hacia el mapa de ruta, donde el indicador verde acababa de sobrepasar el punto señalado como Rilea. Susannah comprendió que Eddie sospechaba algo que ella misma sabía, prácticamente: Blaine se había percatado de que intentaban poner a prueba su capacidad con un abanico de adivinanzas. Sí, Blaine lo sabía... y lo aprobaba.

Susannah sintió que el corazón se le hundía mientras todas sus esperanzas de hallar una escapatoria rápida y fácil se iban extinguiendo.

—Bueno —dijo Eddie—, no sé si te resultará difícil, pero a mí me parece dura de roer. —Tampoco conocía la solución, puesto que la lista de respuesta del ¡Adivina, adivinanza! había sido arrancada, pero no creía que eso importase; conocer las respuestas no entraba en las reglas obligatorias del juego.

—LA OIRÉ Y LA RESOLVERÉ.

—Se rompe en cuanto se nombra. ¿Qué es?

—EL SILENCIO, ALGO DE LO QUE TÚ SABES MUY POCO, EDDIE DE NUEVA YORK —respondió Blaine al instante, y Eddie se sintió desmoralizado. No hacía falta consultarlo con los demás; la respuesta caía por su propio peso. Y haberla recibido con tal celeridad constituía el auténtico mazazo. Eddie jamás lo hubiera confesado, pero había tenido la esperanza (la certeza, casi) de que batiría al mono con una sola adivinanza... Catapumba, y ni todos los caballos ni todos los hombres del rey podrían recomponer de nuevo a Blaine. Se trataba, supuso, de la misma seguridad secreta que experimentaba cada vez que se disponía a lanzar los dados cuando jugaba una partida en el cuartucho trasero de algún fullero. O cada vez que se plantaba con diecisiete jugando a la veintiuna. La sensación de que uno no podía fallar, porque uno era el mejor, único e inimitable.

—Sí —respondió con un suspiro—. El silencio, algo de lo que sé muy poco. Gracias, Blaine. Has respondido correctamente.

—ESPERO QUE HAYAS APRENDIDO ALGO QUE TE SEA DE PROVECHO —añadió Blaine.

«Maldito hipócrita mecánico», pensó Eddie. La voz de Blaine había recuperado su tono de autosuficiencia, y a Eddie le causó cierto interés pasajero que una máquina pudiese expresar semejante gama de emociones. ¿Se la habrían otorgado los Grandes Antiguos? ¿Habría desarrollado Blaine un arco iris emocional en algún momento? ¿Una pequeña preciosidad bipolar con la que entretener las largas décadas y centurias?

—¿QUERÉIS QUE ME RETIRE DE NUEVO Y OS DEJE CONSULTAR A SOLAS?

—Sí —contestó Rolando.

El mapa de ruta refulgió con un rojo intenso. Eddie se volvió hacia el pistolero. Antes de que Rolando compusiera rápidamente su rostro, Eddie atisbó en él algo horrible: una expresión fugaz de completa desesperanza. Eddie jamás le había visto dicha expresión, ni cuando Rolando se hallaba moribundo por las mordeduras de las

langostruosidades, ni cuando él mismo apuntó al pistolero con su propio revólver; ni siquiera cuando el horrendo Chirlas tomó prisionero a Jake y desapareció con él en Lud.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió Jake—. ¿Otra ronda de adivinanzas?

—Creo que de poco serviría —observó Rolando—. Blaine debe de conocer miles de acertijos, tal vez millones, y eso ya es grave. Pero lo peor es que comprende el «cómo» del juego de las adivinanzas... Sabe a qué lugar ha de acudir la mente para plantearlas y resolverlas. —Se giró hacia Eddie y Susannah, quienes de nuevo estaban sentados rodeándose mutuamente con el brazo—. ¿Tengo o no tengo razón? —les preguntó—. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—Sí —afirmó Susannah, y Eddie asintió a disgusto. No deseaba estar de acuerdo... pero lo estaba.

—Bueno —insistió Jake—, y ahora qué vamos a hacer, Rolando. Me refiero a que habrá algún modo de salir de ésta... ¿Verdad?

«Miéntele, so hijo de puta», espetó Eddie mentalmente a Rolando, con furia.

El pistolero, tal vez captando el pensamiento, hizo cuanto pudo. Posó la mano amputada en el cabello de Jake y se lo revolvió.

—Creo que siempre hay una respuesta, Jake. La verdadera pregunta es si dispondremos o no de tiempo para hallar la adivinanza adecuada. Dijo que tardaría algo menos de nueve horas en recorrer la ruta...

—Ocho horas y cuarenta y cinco minutos —precisó Jake—, y eso no es mucho tiempo. Ya llevamos casi una hora viajando...

—Y si ese mapa es correcto, estamos casi a medio camino de Topeka —añadió Susannah con voz tensa—. Puede que nuestro colega mecánico nos haya mentido sobre la duración del viaje. Para compensar un poco sus apuestas.

—Puede —convino Rolando.

—¿Y qué vamos a hacer? —repitió Jake.

Rolando aspiró hondo, retuvo el aire y luego fue soltándolo.

—Permitidme que de momento le plantee adivinanzas yo solo. Le preguntaré las más difíciles que recuerdo de los Días de Feria de mi juventud. Después, Jake, si nos aproximamos al punto de... Si nos aproximamos a Topeka a esta misma velocidad y Blaine sigue invicto, creo que deberías preguntarle las últimas adivinanzas de tu libro. Las más complicadas. —Se restregó la mejilla distraídamente y miró la escultura de hielo. Aquella gélida interpretación de sí mismo se había derretido, convirtiéndose en

un bulto irreconocible—. Sigo pensando que la respuesta tiene que estar en el libro. ¿Por qué, si no, fuiste atraído hasta él antes de regresar a este mundo?

—¿Y nosotros? —preguntó Susannah—. ¿Qué hacemos Eddie y yo?

—Pensad —respondió Rolando—. Pensad, por la gloria de vuestro padre.

—Yo no disparo con la mano —dijo Eddie. De repente se sintió muy lejos de allí, ajeno a sí mismo. Era la misma sensación que había experimentado cuando vio primero la honda y luego la llave en los trozos de madera, esperando a que él las liberase tallándolas... Pero al mismo tiempo se trataba de una sensación totalmente distinta.

Rolando lo miraba de un modo extraño.

—Sí, Eddie, estás en lo cierto. Un pistolero dispara con la mente. ¿Se te ha ocurrido algo?

—No, nada. —Podía haber dicho algo más, pero, de pronto, una imagen extraña, un recuerdo extraño, intervino: Rolando acuclillado junto a Jake en una de las paradas del trayecto hacia Lud. Ambos delante de una hoguera de campamento apagada. Rolando impartiendo, como de costumbre, una de sus sempiternas lecciones. Ahora le había tocado a Jake. Jake con el pedernal y el eslabón, tratando de avivar el fuego. Chispas y más chispas que saltaban y expiraban en la oscuridad. Y Rolando había dicho que estaba siendo tonto. Que estaba siendo... en fin, tonto.

—No —bisbiseó Eddie—. No dijo eso en absoluto. Al menos, no se lo dijo al chico.

—¿Eddie?

Susannah. Parecía preocupada. Casi aterrorizada.

«Bueno, ¿y por qué no le preguntas qué fue lo que dijo, hermanito?»

Era la voz de Henry. La voz del Gran Sabio y Yonqui Eminente. Por primera vez en mucho tiempo.

«Pregúntale, lo tienes sentado prácticamente a la vera. Adelante, pregúntale qué dijo. Deja de dar vueltas como un crío con el pañal lleno de mierda.»

Salvo que no era una buena idea, porque las cosas no funcionaban así en el mundo de Rolando. En el mundo de Rolando todo era una adivinanza; uno no disparaba con la mano, sino con la mente, con la jodida mente. ¿Y qué se le decía a alguien que no lograba que las chispas prendieran? Que acercase más el pedernal, por supuesto, y eso fue lo que había dicho Rolando: «Acerca más el pedernal y sostenlo con firmeza.»

Aunque nada de eso tenía relación con lo que estaba sucediendo ahora. Casi la tenía, sí, pero el «casi» sólo importaba cuando se hablaba de herraduras, como solía decir Henry antes de convertirse en el Gran Sabio y Yonqui Eminente. La memoria de Eddie se estaba descentrando porque Rolando lo había puesto en evidencia... Lo había avergonzado... Había hecho una broma a su costa...

Probablemente no había sido adrede, pero... Le había hecho sentirse como Henry siempre solía hacer que se sintiera. Desde luego. ¿Por qué, si no, Henry había vuelto después de tan larga ausencia?

Todos lo miraban. Incluso Acho.

—Adelante —le dijo a Rolando con cierta acritud—. Quieres que pensemos, y ya estamos en ello. —Él mismo pensaba con tal ahínco (Yo disparo con la mente) que los malditos sesos casi le ardían, pero no iba a decírselo al viejo feo larguirucho—. Adelante, ponle a Blaine unas cuantas adivinanzas. Cumple con tu parte.

—Como quieras, Eddie. —Rolando se levantó de su asiento, avanzó y plantó de nuevo la mano en el rectángulo escarlata. El mapa de ruta reapareció al instante. El punto verde se había distanciado más de Rilea, pero Eddie constató que el mono había aminorado significativamente la velocidad, bien obedeciendo algún programa incorporado, bien porque se divertía demasiado como para darse prisa.

—¿ESTÁ VUESTRO KA-TET LISTO PARA CONTINUAR NUESTRO DÍA DE FERIA, ROLANDO, HIJO DE STEVEN?

—Sí, Blaine —respondió Rolando con una voz que a Eddie se le antojó pesarosa—. De momento te preguntaré adivinanzas yo solo. Si no tienes nada que objetar, claro.

—COMO DINH Y PADRE DE VUESTRO KA-TET, ESTÁS EN TU DERECHO. ¿SERÁN ADIVINANZAS DE LOS DÍAS DE FERIA?

—Sí.

—BIEN. —Su voz denotaba una repugnante satisfacción—. ME APETECE OÍR MÁS DE ÉSAS.

—De acuerdo. —Rolando respiró hondo y empezó—. Si me alimentas, viviré. Si me das de beber, moriré. ¿Qué soy?

—EL FUEGO. —Ni un titubeo. Sólo aquel engreimiento insufrible, aquel tono que parecía decir: «Ésa para mí ya era vieja cuando tu abuela era joven, pero sigue intentándolo. Hacía siglos que no me divertía tanto, así que sigue intentándolo.»

—Paso por delante del sol, Blaine, pero no proyecto sombra. ¿Qué soy?

—EL VIENTO. —Ni un titubeo.

—Has respondido correctamente. La siguiente. Es ligero como una pluma, pero nadie puede retenerlo durante mucho tiempo.

—EL ALIENTO. —Ni un titubeo.

Pero de pronto Eddie se dijo que él sí titubeaba. Jake y Susannah observaban a Rolando con una concentración angustiosa y los puños crispados, pendientes de que preguntara a Blaine el acertijo correcto, el definitivo, el que contenía el pase oculto que les liberaría de aquel cautiverio. Eddie no podía mirarlos -en particular, a Susana- sin perder la concentración. De modo que agachó la cabeza, clavó la vista en las manos, también crispadas sobre su regazo, y se obligó a abrirlas. Oyó a Rolando que desde el pasillo seguía recitando antiguas adivinanzas de su juventud.

—A ver si aciertas ésta, Blaine: Si me rompes, no dejaré de funcionar. Si llegas hasta mí, mi trabajo estará hecho. Si me pierdes, me encontrarás poco después con un anillo. ¿Qué soy?

Susannah contuvo la respiración un momento y, aunque permanecía con la cabeza baja, Eddie comprendió que pensaba lo mismo que él: que aquel acertijo era bueno, condenadamente bueno, y que tal vez...

—EL CORAZÓN HUMANO —respondió Blaine sin un atisbo de duda—. SE TRATA DE UNA ADIVINANZA BASADA PRINCIPALMENTE EN LAS VELEIDADES POÉTICAS DE LOS HUMANOS. VÉASE, POR EJEMPLO, A JOHN AVERY, SIRONIA HUNTZ, ONDOLA, WILLIAM BLAKE, JAMES TATE, VERONICA MAYS, Y OTROS EXTRAORDINARIO CÓMO LOS SERES HUMANOS SE OBSESIONAN CON EL AMOR. SIN EMBARGO, ES ALGO CONSTANTE EN TODOS LOS NIVELES DE LA TORRE, INCLUSO EN ESTOS TIEMPOS DE DEGENERACIÓN. CONTINÚA, ROLANDO DE GILEAD.

Susannah volvió a respirar. Las manos de Eddie quisieron crisparse de nuevo, pero él no las dejó.

«Acerca más el pedernal -pensó con la voz de Rolando-. ¡Acerca más el pedernal, por tu padre!»

Y Blaine el Mono siguió viajando rumbo al sudoeste, bajo la Luna del Demonio.

CAPÍTULO II

LAS CATARATAS DE LOS PERROS

1

Jake no sabía si a Blaine le parecerían fáciles o difíciles los diez últimos acertijos del ¡Adivina, adivinanza!, pero a él se le antojaban bastante complicados. Naturalmente, se dijo, él no era una máquina pensante con el respaldo de un banco de ordenadores que abarcaba una ciudad entera. Si las diez últimas adivinanzas fallaban, probaría con el acertijo de Sansón de Aaron Deepneau («Del comedor procedía la carne», etcétera). Si también ésa fallaba, entonces probablemente... ¡Mierda, no sabía qué haría en ese caso, ni cómo se sentiría!

«La verdad -se dijo Jake- es que estoy frito.»

¿Y no era lógico? Había atravesado un extraordinario vendaval de emociones durante las últimas ocho horas. Primero había sentido pánico: cuando estuvo convencido de que Acho y él se caerían del puente colgante y morirían ahogados en el río Send; cuando el Chirlas lo arrastró por el loco laberinto que era Lud; cuando tuvo que mirar los terribles ojos del señor Tic-Tac e intentar responder sus incontestables preguntas sobre el tiempo. Ser interrogado por Tic-Tac había sido como hacer un examen final en el Infierno.

Después había sentido euforia al ser rescatado por Rolando (y por Acho; gracias a Acho, sin duda, no había acabado fiambre); asombro ante todo lo que habían visto debajo de la ciudad; admiración por el modo en que Susannah había resuelto la adivinanza de acceso de Blaine. Y por último la frenética carrera para subir a bordo del mono antes de que Blaine liberase el gas nervioso almacenado debajo de Lud.

Después de sobrevivir a todo eso, una suerte de jubilosa seguridad se había apoderado de él... Claro que Rolando derrotaría a Blaine, quien a continuación cumpliría con su parte del trato y los dejaría sanos y salvos en la última parada (fuera lo que fuese aquello que llamaban Topeka en aquel mundo). Luego encontrarían la Torre Oscura y harían lo que, teóricamente, debían hacer. Corregirían lo que había que corregir y arreglarían lo que había que arreglar. Y después, ¿qué? Vivirían felices y comerían perdices, desde luego. Como los protagonistas de un cuento de hadas.

Salvo que...

Compartían los pensamientos, según había dicho Rolando; compartir khef formaba parte de lo que significaba ka-tet. Y lo que se había filtrado en los pensamientos de Jake -desde que Rolando salió al pasillo para retar a Blaine con adivinanzas de sus tiempos mozos había sido una sensación de fatalidad. No procedía sólo del pistolero; Susannah también irradiaba la misma sombría vibración negroazulada. El único que no la emitía era Eddie, porque estaba ausente, enfrascado en sus propios pensamientos. Ese detalle podía ser positivo, pero no existían garantías al respecto, y... y Jake volvía a tener miedo. Peor aún, se sentía desesperado, como una criatura que se viera acorralada, cada vez más, en un último rincón por algún enemigo implacable. Sus dedos recorrieron nerviosamente el pelo de Acho, y al mirárselos se dio cuenta de algo sorprendente: la mano que Acho le había mordido para no caerse del puente ya no le dolía. Aún se distinguían las marcas de los dientes del brambo, y tenía costras de sangre en la palma y en la muñeca. Pero la mano en sí no le dolía. La flexionó con cautela. Notó cierto dolor, pero amortiguado y lejano, como si apenas existiera.

—Blaine, ¿qué puede subir por una chimenea estando cerrada, y no puede bajar por una chimenea estando abierta?

—LA SOMBRILLA DE UNA SEÑORA —respondió Blaine con aquel tono de jovial complacencia que también Jake empezaba a detestar.

—Gracias, Blaine, de nuevo has logrado responder correctamente. Otra...

—¿Rolando?

El pistolero giró la cabeza para mirar a Jake, y su semblante concentrado se relajó un poco. No se trataba de una sonrisa, pero se encaminaba en aquella dirección, lo cual alegró a Jake.

—¿Qué sucede, Jake?

—Mi mano. ¡Sentía un dolor espantoso, pero de pronto ha cesado!

—CARAMBA —exclamó Blaine con la voz arrastrada de John Wayne—. NO SOPORTARÍA VER A UN PERRO SUFRIR CON LA ZARPA HECHA PURÉ, NO DIGAMOS A UN BUEN VAQUERITO COMO TÚ. ASÍ QUE TE LA HE CURADO.

—¿Cómo? —inquirió Jake.

—MIRA EL BRAZO DE TU ASIENTO.

Jake así lo hizo, y vio un entramado de finas líneas. Parecía el altavoz del transistor que había tenido a los siete u ocho años.

—OTRA VENTAJA DE VIAJAR EN CLASE DE BARONÍA —prosiguió Blaine con

su voz engreída. A Jake se le ocurrió que Blaine encajaría perfectamente en la Escuela Piper. El primer empollón bipolar slotrans del mundo—. EL AMPLIFICADOR-EXPLORADOR DE ESPECTRO MANUAL ES TAMBIÉN UNA BUENA HERRAMIENTA DE DIAGNÓSTICO CAPAZ DE ADMINISTRAR PRIMEROS AUXILIOS BÁSICOS, COMO EL QUE ACABO DE PRACTICARTE. ADEMÁS, ES UN SISTEMA DE APORTACIÓN DE NUTRIENTES, UN MECANISMO PARA EL REGISTRO DE LAS PAUTAS CEREBRALES, UN ANALIZADOR DEL ESTRÉS Y UN INTENSIFICADOR DE EMOCIONES QUE PUEDE ESTIMULAR NATURALMENTE LA PRODUCCIÓN DE ENDORFINAS. ¿TE APETECERÍA TENER TU PRIMERA EXPERIENCIA SEXUAL CON ALGUNA CÉLEBRE DIOSA SEXUAL DE TU NIVEL DE LA TORRE, JAKE DE NUEVA YORK? ¿TAL VEZ CON MARILYN MONROE, RAQUEL WELCH, O EDITH BUNKER?

Jake se echó a reír, sin poderse reprimir, aunque imaginó que reírse de Blaine podía resultar arriesgado.

—Edith Bunker no existe —explicó—. No es más que un personaje de una serie de televisión. La actriz que la interpreta se llama... Jean Stapleton. Y tiene el aspecto de la señora Shaw, nuestra ama de llaves. Guapa, pero no es... ya sabes, ninguna jovencita.

Un largo silencio por parte de Blaine. Cuando la voz del ordenador regresó, su anterior tono jocoso había dado paso a una indudable frialdad.

—TE PIDO PERDÓN, JAKE DE NUEVA YORK. TAMBIÉN RETIRO LA OFERTA DE LA EXPERIENCIA SEXUAL.

«Así aprenderé», se dijo Jake al tiempo que se llevaba una mano a la boca para ocultar una sonrisa. Luego, en voz alta (y con un tono que confiaba fuese adecuadamente humilde), agregó—: No pasa nada, Blaine. Al fin y al cabo, creo que aún soy joven para eso.

Susannah y Rolando se miraron. Susannah ignoraba quién era Eddie Bunker. All in the Family no se daba por la tele en su tiempo. Aun así, igualmente comprendió lo esencial de la situación; Jake vio que formaba con sus labios carnosos una palabra silenciosa y se la enviaba a Rolando como un mensaje en una pompa de jabón:

«Error.»

Sí. Blaine había cometido un error. Más aún, Jake Chambers, un niño de once años, había sido capaz de rectificarlo. Tal vez aún había esperanza, después de todo. Jake decidió tomarse aquella posibilidad del mismo modo que había tomado el Graf de

Paso del Río: limitándose a un pequeño sorbo.

2

Rolando hizo un imperceptible gesto afirmativo a Susannah y luego se volvió hacia la parte delantera del vagón, presumiblemente para reanudar la sesión de adivinanzas. Pero antes de que tuviera ocasión de abrir la boca, Jake notó que el cuerpo se le proyectaba hacia delante. Era curioso. No se notaba nada cuando el mono corría a toda pastilla, pero en cuanto empezaba a aminorar la marcha, uno se daba cuenta enseguida.

—AQUÍ HAY ALGO QUE REALMENTE DEBERÍAIS VER —declaró Blaine. Parecía alegre de nuevo, aunque Jake no se fiaba de aquel tono. En ocasiones había oído a su padre iniciar alguna que otra conversación telefónica con aquel talante (casi siempre con algún subordinado que la había cagado a base de bien). Al final Elmer Chambers solía acabar de pie, encorvado sobre la mesa como si sintiera punzadas en el estómago, gritando a voz en cuello, con las mejillas rojas como tomates y las bolsas de los ojos moradas como berenjenas—. DEBO PARAR AQUÍ, DE TODAS FORMAS, PUES LLEGADOS A ESTE PUNTO TENDRÉ QUE FUNCIONAR CON BATERÍAS, Y PARA ESO HAY QUE PRECARGARLAS.

El mono se detuvo con una sacudida apenas perceptible. Las paredes en torno a ellos se vaciaron de color y se hicieron transparentes. Susannah exhaló un jadeo de miedo y asombro. Rolando se desplazó hacia la izquierda, buscó a tientas el costado del vagón para no golpearse la cabeza, y luego se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas y los ojos entornados. Acho se puso a ladrar otra vez. Eddie era el único que parecía indiferente ante la pasmosa vista que les brindaba el modo visual del Coche de la Baronía. Echó un vistazo a su alrededor con expresión abstraída -y de algún modo pensativamente legañosa-, y a continuación volvió a concentrarse en sus manos. Jake le echó una breve ojeada de curiosidad, y luego se fijó de nuevo en el exterior.

Se hallaban en mitad de un inmenso abismo, suspendidos sobre lo que parecía el aire polvoriento de la Luna. Jake distinguió a lo lejos un río anchuroso y bullidor. No era el Send, a menos que los ríos del mundo de Rolando fluyesen en direcciones distintas en distintos puntos de sus cursos (y Jake no sabía lo suficiente sobre Mundo Medio para descartar totalmente dicha posibilidad). Además, las aguas de aquel río no eran

plácidas sino turbulentas, un torrente que surgía a borbotones de las montañas como una bestia furiosa que buscarse pelea.

Jake contempló por un momento los árboles que vestían las escarpadas laderas que flanqueaban ambas márgenes del río, constatando con alivio que ofrecían un aspecto bastante normal (similar al de los abetos que uno esperaba encontrar en las montañas de Colorado o Wyoming), y luego sus ojos se vieron nuevamente atraídos hacia los bordes del abismo. Allí el torrente se dividía y caía formando una cascada tan ancha y profunda que Jake pensó que a su lado la de Niágara, adonde había estado con sus padres (recordaba haber ido de vacaciones con la familia tres veces; dos de ellas habían sido interrumpidas por llamadas urgentes de la Cadena de su padre), parecía una de esas que podían verse en un parque temático de tres al cuarto. El aire que llenaba el menguante semicírculo de las cataratas se iba espesando merced a una fragorosa bruma ascendente parecida al vapor; en ella media docena de arco iris resplandecían en ella como hoyas de ensueño entrelazadas. A Jake le recordaron los aros superpuestos que simbolizaban las Olimpiadas.

En el centro de la cascada, quizás unos sesenta metros por debajo del punto donde el río iniciaba realmente su caída, sobresalían dos enormes protuberancias de roca. Aunque Jake no tenía idea de cómo un escultor (o un equipo de escultores) podía haber descendido al lugar donde estaban situadas, le resultaba casi imposible creer que fuesen producto de la erosión natural. Parecían las cabezas de dos perros inmensos y rugientes.

«Las Cataratas de los Perros», se dijo. Quedaba una parada aparte de aquélla –Dasherville-, y luego llegarían a Topeka. El último destino. Fuera todos.

—UN MOMENTO —dijo Blaine—. AJUSTARÉ EL VOLUMEN PARA QUE DISFRUTÉIS DEL EFECTO COMPLETO.

Se produjo un breve sonido bajo y susurrante -una especie de carraspeo mecánico-, y luego fueron asaltados por un rugido ensordecedor. Era el ruido del agua -cuatro mil millones de litros por minuto, calculaba Jake-, precipitándose por el borde del abismo y cayendo, tal vez, unos sesenta metros en el interior de la honda cuenca rocosa situada al pie de las cataratas. Junto a los rostros sin rasgos de los protuberantes canes flotaban chorros de neblina que parecía vapor surgido de los respiraderos del infierno. El nivel del sonido no dejaba de aumentar. Jake notó que toda la cabeza le vibraba. Mientras se tapaba los oídos con las manos, vio que Rolando, Eddie y Susannah hacían lo mismo. Acho estaba ladrando, pero Jake no podía oírlo.

Los labios de Susannah se movían, y de nuevo Jake pudo leer las palabras que formaban -«¡Páralo, Blaine, páralo!»-, pero al igual que le ocurría con los ladridos de Acho no conseguía oír la voz de Susannah, aunque estaba convencido de que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

Blaine incrementó el sonido de la cascada, hasta que Jake sintió que los ojos le retemblaban en las cuencas y estuvo seguro de que los oídos se le fundirían como los altavoces de un estéreo, forzados en exceso.

De pronto cesó. Seguían suspendidos sobre la brumosa catarata. Los arco iris proseguían sus lentas y ensoñadoras revoluciones ante la sempiterna cortina de agua descendente. Los húmedos y brutales rostros pétreos de los perros guardianes seguían sobresaliendo en mitad del torrente. Pero el tronido apocalíptico había desaparecido.

Jake pensó por un instante que había sucedido lo que tanto temía, que se había quedado sordo. Luego se dio cuenta de que oía a Acho, que seguía ladrando, y a Susannah, que estaba llorando. Al principio los sonidos le parecieron amortiguados y distantes, como si tuviera los oídos llenos de migajas de galleta, pero enseguida comenzaron a aclararse.

Eddie pasó un brazo por encima de los hombros de Susannah y miró hacia el mapa de ruta.

—Muy simpático, Blaine.

—PENSÉ QUE DISFRUTARÍAIS OYENDO EL RUIDO DE LAS CATARATAS A PLENO VOLUMEN —repuso el mono. Su voz retumbante parecía risueña y dolida al mismo tiempo—. SUPUSE QUE OS AYUDARÍA A OLVIDAR MI LAMENTABLE DESLIZ EN LO REFERENTE A EDITH BUNKER.

«Yo he tenido la culpa -se dijo Jake-. Puede que Blaine sea sólo una máquina, y suicida además, pero no le gusta que se rían de él.»

Se sentó al lado de Susannah y la rodeó con el brazo. Aún oía las Cataratas de los Perros, pero el ruido era ahora remoto.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Rolando—. ¿Cómo cargas tus baterías?

—LO VERÁS EN BREVE, PISTOLERO. MIENTRAS TANTO, PONME A PRUEBA CON UNA ADIVINANZA.

—Muy bien, Blaine. Te diré una, inventada por Cort, que circuló mucho en su tiempo.

—LA ESPERO CON GRAN INTERÉS.

Rolando hizo una pausa -tal vez para organizar sus pensamientos-, alzando la

mirada hacia lo que antes había sido el techo del vagón y ahora era una franja de cielo negro salpicado de estrellas (Jake pudo identificar Atón y Lidia -la Vieja Estrella y la Vieja Madre-, y se sintió extrañamente aliviado al verlas allí, contemplándose la una a la otra desde sus posiciones habituales). Entonces el pistolero miró de nuevo el rectángulo iluminado que hacía las veces de rostro de Blaine.

—Somos unas criaturas muy pequeñas; todas tenemos rasgos diferentes. Una de nosotras en paz está; otra se halla en una red; a otra en ti la encontrarás; la cuarta en la flor se esconde; y si la quinta deseas buscar, la has encontrado ya. ¿Qué somos?

—LA A, LA E, LA 1, LA O Y LA U —contestó Blaine—. LAS CINCO VOCALES. —Ni el menor asomo de vacilación. Tan sólo aquella voz burlona y próxima a la risa; la voz de un niño cruel que observara unos insectos correteando encima de un hornillo caliente—. AUNQUE ESA ADIVINANZA NO ES DE TU MAESTRO, ROLANDO DE GILEAD LA CONOZCO DE JONATHAN SWIFT DE LONDRES... UNA CIUDAD DEL MUNDO DEL QUE PROVIENEN TUS AMIGOS.

—Gracias —repuso Rolando, y el final de la palabra sonó como un suspiro—. Has respondido correctamente, Blaine, y sin duda tu opinión acerca del origen de la adivinanza también es correcta. Durante mucho tiempo sospeché que Cort tenía conocimiento de otros mundos. Creo que pudo parlamentar con los manni, que vivían en el exterior de la ciudad.

—ME TRAEN SIN CUIDADO LOS MANNI, ROLANDO DE GILEAD SIEMPRE FUERON UNA SECTA DE NECIOS. PONME A PRUEBA CON OTRA ADIVINANZA.

—De acuerdo. ¿Qué tiene...?

—ALTO, ALTO LA FUERZA DEL HAZ SE CONCENTRA. ¡NO MIRÉIS DIRECTAMENTE A LOS PERROS, MIS NUEVOS E INTERESANTES AMIGOS! ¡Y PROTEGEOS LOS OJOS!

Jake apartó la mirada de las colosales esculturas de piedra que emergían de las cataratas, pero no consiguió alzar la mano a tiempo. Con su visión periférica vio que en las cabezas sin rasgos se desarrollaban ojos de un intenso azul destellante. De ellos saltaban púas melladas de luz que se dirigían hacia el mono. Al momento, Jake se hallaba tendido en el suelo alfombrado del Coche de la Baronía, con las palmas de las manos apretadas contra los ojos cerrados y los gemidos de Acho resonándole en un tímpano levemente ensordecido. Por encima de los gemidos de Acho, oía el chisporroteo de la electricidad que se arremolinaba en torno al mono.

Cuando Jake volvió a abrir los ojos, las Cataratas de los Perros ya no estaban;

Blaine había opacado el vagón. No obstante, aún se oía el ruido... Una cascada de electricidad, una fuerza extraída, de algún modo, del Haz y proyectada por los ojos de las cabezas de piedra. Blaine se estaba alimentando de esa energía.

«Cuando reanudemos el viaje -pensó Jake-, funcionará con baterías. Entonces Lud habrá quedado realmente atrás. Para siempre.»

—Blaine —musitó Rolando—. ¿Cómo se almacena la energía del Haz en ese lugar? ¿Qué es lo que la hace salir de los ojos de esos perros de roca? ¿Cómo la utilizas?

Blaine se mantuvo en silencio.

—Y ¿quién los esculpió? —preguntó Eddie—. ¿Los Grandes Antiguos? No fueron ellos, ¿verdad? Existieron personas incluso antes que ellos. ¿0... eran ellos personas?

Más silencio por parte de Blaine. Y quizás era mejor así. Jake no estaba seguro de querer saber mucho acerca de las Cataratas de los Perros o de lo que habría debajo. Ya había estado antes en la oscuridad del mundo de Rolando, y había visto lo suficiente para opinar que casi nada de lo que crecía allí sería bueno o inofensivo.

—Es mejor que no lo preguntéis. —La voz del Pequeño Blaine reverberó desde lo alto—. Menos arriesgado.

—No le hagas preguntas tontas, y no jugará a juegos tontos —farfulló Eddie. Su rostro había vuelto a recuperar aquella distante expresión soñadora. Y cuando Susannah pronunció su nombre, no pareció oírla.

3

Rolando se sentó frente a Jake y se pasó lentamente la mano izquierda por la barba de la mejilla derecha, un gesto instintivo que al parecer sólo hacía cuando se sentía cansado o inseguro.

—Me estoy quedando sin adivinanzas —confesó.

Jake lo miró sorprendido. El pistolero había puesto unos cincuenta acertijos o más al ordenador. Jake sabía que eran bastantes -y más dichos así, de memoria y sin preparación-, pero si se consideraba que las adivinanzas habían tenido tantísima importancia en el sitio donde se había criado Rolando...

El pistolero pareció leer dicha inquietud en la faz de Jake pues una tenue sonrisa, amarga como la hiel, le curvó las comisuras de la boca, e hizo un gesto afirmativo como si el chico le hubiese hablado en voz alta.

—Yo tampoco lo comprendo. Si me hubierais preguntado ayer o anteayer, os habría dicho que tenía como mínimo mil adivinanzas almacenadas en el fondo de la mente. Quizá dos mil. Pero... —Encogió un hombro, meneó la cabeza y se frotó de nuevo la mejilla con la mano—. No es que las haya olvidado. Es como si nunca hubieran estado ahí desde un principio. Supongo que lo que le está pasando al resto del mundo también me está pasando a mí.

—Te estás moviendo —observó Susannah, y miró a Rolando con tal expresión de lástima que el pistolero sólo pudo sostenerle la mirada durante un par de segundos; era como si la preocupación de ella le quemara—. Igual que todo lo demás.

—Sí, eso me temo. —Rolando miró a Jake, los labios tensos, la mirada penetrante—. ¿Tendrás listas las adivinanzas del libro cuando te avise?

—Sí.

—Bien. Y tened ánimo. Aún no estamos acabados.

El chisporroteo tenue de la electricidad cesó en el exterior.

—HE CARGADO MIS BATERÍAS Y TODO ESTÁ EN ORDEN —anunció Blaine.

—Fenómeno —comentó Susannah con sorna.

—Mennoo —convino Acho, imitando a la perfección el tono sarcástico de Susannah.

—AÚN DEBO REALIZAR UNAS CUANTAS FUNCIONES DE CONMUTACIÓN. LLEVARÁN UNOS CUARENTA MINUTOS, Y SON BÁSICAMENTE AUTOMÁTICAS. MIENTRAS TIENE LUGAR DICHO CAMBIO Y SE LLEVA A CABO EL CHEQUEO PARALELO, PROSEGUIREMOS LA CONTIENDA. ESTOY DISFRUTANDO MUCHÍSIMO.

—Es como cuando cambian la energía eléctrica por diesel en el tren que va a Boston —explicó Eddie. Todavía hablaba como si no estuviera en absoluto con ellos—. A la altura de Hartford, o New Haven, o alguno de esos sitios donde nadie que esté en su sano juicio querría vivir.

—¿Eddie? —preguntó Susannah—. ¿Qué estás...?

Rolando le tocó el hombro y sacudió la cabeza.

—NO HAGÁIS CASO DE EDDIE DE NUEVA YORK —terció Blaine con aquel tono expansivo, de caray-pero-qué-bien-me-lo-paso.

—Exacto —dijo Eddie—. No hagáis caso de Eddie de Nueva York.

—NO SABE BUENAS ADIVINANZAS. PERO TÚ SABES MUCHAS, ROLANDO DE GILEAD. PONME A PRUEBA CON OTRA

Y mientras Rolando así lo hacía, Jake se acordó de su Ensayo Final. «Blaine es un incordio», había escrito en él. «Blaine es un incordio y ésa es la verdad.» Sí, la verdad.

La cruda verdad.

Poco antes de una hora más tarde, Blaine el Mono volvió a ponerse en marcha.

4

Susannah observó con aterrada fascinación cómo el punto relampagueante se aproximaba a Dasherville, lo pasaba, y luego trazaba un último ángulo abrupto en dirección al punto de destino. El movimiento del punto indicaba que Blaine avanzaba un poco más lentamente ahora que funcionaba con baterías, y a Susannah se le antojó que las luces del Coche de la Baronía eran más tenues, aunque no creía que eso marcase ninguna diferencia, en definitiva. Blaine podía llegar a la terminal de Topeka a mil kilómetros por hora en lugar de a mil trescientos, pero su última tanda de pasajeros acabarían hechos fosfatina, de un modo u otro.

Rolando también actuaba con mayor lentitud, profundizando más y más en su receptáculo mental para buscar adivinanzas. No obstante las encontraba, y rehusaba rendirse. Como siempre. Desde que empezara a enseñarle a disparar, Susannah había sentido cierto amor reticente hacia Rolando de Gilead, un sentimiento en el que parecían mezclarse la admiración, el miedo y la compasión. Pensaba que nunca llegaría a caerle bien (y que su parte de Detta Walker acaso lo odiaría siempre por la forma en que la había agarrado y arrastrado, vociferando, hacia el sol), pero su amor por él era, sin embargo, intenso. Al fin y al cabo, había salvado la vida y el alma de Eddie Dean; había rescatado a su amado. Sólo por eso ya debía amarlo. Pero lo amaba aún más, sospechaba, por el modo que tenía de no rendirse nunca. La palabra «retirada» no parecía formar parte de su vocabulario, ni siquiera cuando se hallaba desalentado... como era evidente que se hallaba ahora.

—Blaine, ¿dónde se pueden encontrar caminos sin carretas, bosques sin árboles y ciudades sin casas?

—EN UN MAPA.

—Has respondido correctamente. Otra. Tengo cien piernas pero no puedo permanecer de pie, y un largo cuello pero no cabeza. Consumo la vida de la doncella. ¿Qué soy?

—UNA ESCOBA, PISTOLERO. HAY OTRA VERSIÓN QUE ACABA DICIENDO: «FACILITO LA VIDA DE LA DONCELLA.» LA TUYA ME GUSTA MÁS.

Rolando hizo oídos sordos a esto último.

—No se ve, ni se siente, ni se oye, ni se huele. Se encuentra detrás de las estrellas y al pie de las colinas. Pone fin a la vida y mata la risa. ¿Qué es, Blaine?

—LA OSCURIDAD.

—Gracias, has respondido correctamente. —Se pasó la mano derecha lisiada por la mejilla derecha, en aquel característico ademán de inquietud, y el tenue ruido rasposo producido por las almohadillas encallecidas de sus dedos produjo un escalofrío a Susannah. Jack estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, mirando al pistolero con una especie de feroz intensidad—. Corre pero no camina, a veces canta pero nunca habla. Carece de brazos pero tiene manos; carece de cabeza pero tiene cara. ¿Qué es, Blaine?

—UN RELOJ.

—Mierda —susurró Jake con los labios apretados.

Susannah miró a Eddie y experimentó una pasajera oleada de irritación. Parecía haber perdido todo interés en la situación... Estaba «colgado», como diría él en su extraña jerga de los 80. Pensó en darle un codazo en el costado, para que se espabilara un poco, pero recordó que Rolando le había indicado que no con la cabeza y se contuvo. Nadie diría que estaba pensando, por su rostro vacío de expresión, pero quizá lo estuviera haciendo.

«En ese caso, más vale que te des un poquito de prisa, guapo», pensó Susannah. El punto del mapa de ruta seguía más cerca de Dasherville que de Topeka, pero unos quince minutos después alcanzaría una posición intermedia.

Y la prueba continuó, Rolando planteando preguntas, y Blaine silbándole las respuestas a través de la red, fuera de alcance.

—¿Qué sirve para construir castillos y desmoronar montañas, ciega a algunos y ayuda a otros a ver?

—LA ARENA.

—Gracias. ¿Qué vive en invierno, muere en verano, y crece con las raíces hacia arriba?

—UN CARÁMBANO.

—Has respondido correctamente, Blaine. Los hombres pasan por encima; los hombres pasan por debajo; en tiempos de guerra suelen quemarlo.

—UN PUENTE.

—Gracias.

Una interminable retahíla de adivinanzas desfiló ante Susannah, una tras otra, hasta que perdieron para ella cualquier aspecto divertido y lúdico. ¿Habría sido igual en la juventud de Rolando, se preguntó, durante los concursos de adivinanzas de la Tierra Ancha y la Tierra Llena, cuando él y sus amigos (aunque sospechaba que no todos habían sido amigos suyos; no, ni por asomo) competían por el ganso del Día de Feria? Supuso que la respuesta sería probablemente afirmativa. El ganador sería seguramente aquel que lograse permanecer fresco por más tiempo y mantener sus castigados sesos ventilados.

Lo alucinante era la puñetera prontitud con la que Blaine soltaba las respuestas cada vez. Por difícil que le pareciera a Susannah determinada adivinanza, Blaine les devolvía raudo la pelota a su lado de la pista.

—Blaine, ¿qué tiene ojos pero no puede ver?

—HAY CUATRO POSIBLES RESPUESTAS —contestó Blaine—. LAS AGUJAS, LAS TORMENTAS, LAS PATATAS Y ALGUIEN QUE AME DE VERAS.

—Gracias, Blaine, has respondido...

—ESCUCHA, ROLANDO DE GILEAD. ESCUCHAD, KA-TET.

Rolando se quedó callado al instante, con los ojos entrecerrados y la cabeza ligeramente ladeada.

—EN BREVE OIRÉIS QUE MIS MOTORES EMPIEZAN A AUMENTAR SUS CICLOS —explicó Blaine—. AHORA ESTAMOS EXACTAMENTE A SESENTA MINUTOS DE TOPEKA. EN ESTE PUNTO...

—Si llevamos viajando siete horas o más, yo me he criado con la Tribu de los Brady —comentó Jake.

Susannah miró a su alrededor con aire aprensivo, esperando algún nuevo horror o algún pequeño acto de crueldad en respuesta al sarcasmo de Jake, pero Blaine se limitó a soltar una risita. Cuando volvió a hablar, la voz de Humphrey Bogart había reaparecido.

—EL TIEMPO ES DIFERENTE AQUÍ, CIELO. DEBERÍAS SABERLO A ESTAS ALTURAS. PERO NO TE PREOCUPES; LO FUNDAMENTAL PERMANECE AUNQUE EL TIEMPO PASE. ¿SERÍA YO CAPAZ DE MENTIRTE?

—Sí —musitó Jake.

Al parecer, aquello a Blaine le resultó de lo más gracioso, porque se echó a reír

de nuevo... con aquella risa loca y mecánica que hacía que Susannah pensara en casas del terror situadas en sórdidos parques de atracciones. Cuando las luces empezaron a parpadear, en sintonía con la risa, Susannah cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos.

—¡Basta ya, Blaine! ¡Basta!

—LE PIDO PERDÓN, SEÑORITA —dijo arrastradamente la voz contrita de James Stewart—. LAMENTO SI LE HE DESTROZADO LOS OÍDOS CON MI HILARIDAD.

—Destroza esto —repuso Jake, y estiró el dedo corazón ante el mapa de ruta.

Susannah esperaba que Eddie se riera -uno siempre podía suponer que le haría gracia una zafiedad en cualquier momento del día o de la noche, habría asegurado Susana-, pero Eddie siguió con la vista clavada en su regazo, la frente fruncida, los ojos vacíos, la boca ligeramente entreabierta. Parecía el tonto del pueblo hasta extremos preocupantes, se dijo Susannah, y de nuevo tuvo que contenerse para no arrearle un codazo en las costillas y borrarle de la cara aquella expresión bobalicona. Pero no sería capaz de contenerse mucho más; si iban a morir al final del trayecto de Blaine, deseaba sentir los brazos de Eddie estrechándola cuando sucediera. Deseaba sentir los ojos de Eddie mirándola, la mente de Eddie acompañándola.

Pero de momento más valía dejarlo estar.

—EN ESTE PUNTO —prosiguió Blaine con su voz normal—, PRETENDO INICIAR LO QUE ME GUSTA CONSIDERAR COMO MI CARRERA KAMIKAZE. ESO AGOTARÁ RÁPIDAMENTE MIS BATERÍAS, PERO OPINO QUE EL TIEMPO DE LA CONSERVACIÓN HA QUEDADO ATRÁS, ¿ESTÁIS DE ACUERDO? CUANDO CHOQUE CON LOS TOPES DE TRANSACERO AL FINAL DE LA VÍA, IRÉ A MÁS DE MIL QUINIENTOS KILÓMETROS POR HORA... ES DECIR, A UNAS QUINIENTAS TREINTA RUEDAS. HASTA LUEGO, COCODRILO. NOS VEMOS, CAIMÁN NO OLVIDÉIS ESCRIBIR. OS CUENTO ESTO PORQUE QUIERO JUGAR LIMPIO, MIS NUEVOS E INTERESANTES AMIGOS SI HABÉIS RESERVADO LAS MEJORES ADIVINANZAS PARA EL FINAL, CONVENDRÍA QUE ME LAS PLANTEARAIS YA.

La inconfundible avidez que denotaba la voz de Blaine -su palmario deseo de oír y resolver las mejores adivinanzas antes de matarlos- hizo que Susannah se sintiera vieja y cansada.

—Puede que ni aun así tenga tiempo de plantearte la totalidad de los mejores acertijos que me sé —objetó Rolando en tono meditabundo y espontáneo—. Sería una

lástima, ¿no crees?

Siguió una pausa -breve aunque de mayor indecisión que la demostrada por el ordenador ante cualquiera de las adivinanzas de Rolando-, y luego Blaine rió entre dientes. Susannah detestaba el sonido de su risa demencial, pero aquella risita sofocada tenía un componente de cínico cansancio que la estremecía aún más hondamente. Tal vez porque era casi cuerda.

—MUY BUENO, PISTOLERO. UN ESFUERZO VALIENTE. PERO NO ERES SCHEREZADE, NI DISPONEMOS DE MIL Y UNA NOCHES PARA PARLAMENTAR.

—No te comprendo. No conozco a ese tal Scherezade.

—DA IGUAL. SUSANNAH PODRÁ PONERTE AL CORRIENTE SI DE VERAS QUIERES SABERLO. O QUIZÁS INCLUSO EDDIE LA CUESTIÓN, ROLANDO, ES QUE NO ME DEJARÉ ENGATUSAR POR LA PROMESA DE MÁS ADIVINANZAS. NOS DISPUTAMOS EL GANSO. UNA VEZ EN TOPEKA, QUEDARÁ ADJUDICADO, EN FAVOR DE UNO U OTRO BANDO. ¿COMPRENDES ESO?

De nuevo la mano mutilada ascendió por la mejilla de Rolando; y de nuevo Susannah oyó el tenue ruido rasposo que producían sus dedos al rozar la hirsuta barba de varios días.

—Jugaremos hasta el final. Nadie se raja.

—CORRECTO. NADIE SE RAJA.

Rolando miró a Jake.

—Ten dispuestas tus adivinanzas, Jake. Yo casi he terminado con las mías.

Jake asintió.

Bajo ellos, los motores slotrans de Blaine continuaron aumentando sus ciclos... produciendo aquel chaca-chaca-chaca que Susannah, más que oírlo, sentía en las coyunturas de la mandíbula, en la concavidad de las sienes, en el pulso de las muñecas.

«No será posible a menos que haya algún acertijo indescifrable en el libro de Jake -se dijo-. Rolando no puede pillar a Blaine, y creo que lo sabe. Creo que ya lo sabía hace una hora.»

—Blaine, ocurro una vez cada minuto, dos veces cada momento, pero ni una sola vez en cien mil años. ¿Qué soy?

Y así proseguiría la contienda, comprendió Susannah, Rolando preguntando y Blaine respondiendo con aquella falta de vacilación cada vez mayor, como un dios omnisciente y omnisapiente. Susannah permaneció sentada, con las manos crispadas

en el regazo, y observó cómo el punto resplandeciente se aproximaba a Topeka, el lugar donde terminaba la red de raíles, donde el sendero de su ka-tet acabaría en el claro. Se acordó de los Perros de las Cataratas, de cómo sobresalían por entre las furiosas cascadas blancas bajo el cielo oscuro y estrellado; se acordó de sus ojos.

Sus ojos de color azul eléctrico.

CAPÍTULO III

EL GANSO DEL DÍA DE FERIA

1

Eddie Dean —que ignoraba que Rolando a veces pensaba en él como kamai, tonto del ka, lo oía todo y no oía nada; lo veía todo y no veía nada. Lo único que realmente le causó cierta impresión, una vez iniciada la sesión de adivinanzas, fue el fuego que resplandecía en los ojos pétreos de los Perros; mientras alzaba la mano para protegerse la vista de aquel brillo relampagueante, se acordó del Portal del Haz, en el Claro del Oso, de cómo había pegado la oreja a su superficie y percibido el ronroneo distante e hipnotizador de la maquinaria.

Al observar cómo se encendían los ojos de los Perros y oír cómo Blaine absorbía esa corriente con sus baterías, cargándose para realizar su descenso final a través de Mundo Medio, Eddie había pensado: «No todo es silencio en los salones de los muertos y las estancias de la perdición. Incluso ahora, algunos de los chismes que los Antiguos dejaron atrás aún funcionan. Y eso es lo más horrible, ¿no te parece? Sí, eso es precisamente lo más horrible.»

Eddie había estado con sus amigos durante un breve lapso después de aquello, no sólo físicamente si no mentalmente, pero luego había vuelto a sumirse en sus pensamientos.

«Eddie está colgado -hubiera dicho Henry-. Dejadlo estar.»

Era la imagen de Jake entrechocando el eslabón y el pedernal la que evocaba de forma recurrente; permitía que su mente se recreara en ella durante unos instantes, como una abeja que se posara en una flor dulce, y luego volvía a distanciarse. Porque aquel recuerdo no era el que deseaba; sólo era la vía de acceso hacia lo que deseaba, otra puerta como las que se alzaban en la playa del Mar del Oeste, o como la que había arañado en la tierra del círculo parlante, antes de invocar a

Jake... Sólo que esta puerta se hallaba en su mente. Aquello que él deseaba estaba en el otro lado; lo que hacía era algo así como... en fin... burlar la cerradura.

Colgado, en el idioma de Henry.

Su hermano había dedicado la mayor parte de su tiempo a poner a parir a Eddie -porque Henry le tenía miedo y envidia, había comprendido Eddie al final-, pero se acordaba de un día en que Henry le había sorprendido diciéndole algo amable. En

realidad más que amable: anonadante.

Algunos chicos de la pandilla se habían sentado en el callejón situado detrás de Dahlie's; unos comían polos y helados, otros fumaban Kents de una cajetilla que Jimmy Polio -así lo llamaban todos porque tenía ese puto defecto, el pie zopo- había sisado del cajón de la cómoda de su madre. Henry, como era de esperar, había sido uno de los que fumaban.

Había ciertas maneras de llamar a las cosas en la pandilla de la que formaba parte Henry (y Eddie, su hermanito pequeño); el argot de su miserable ka-tet. En la pandilla de Henry no se le daba una paliza a nadie: se le mandaba a casita con una buena fractura. En la pandilla nadie se daba el lote con una chica: se la follaba hasta que la muy zorra se ponía a chillar. Nadie se colocaba; pillaba un ciego del copón. Y nadie se peleaba con otra pandilla; se metía en una bronca de cojones.

Aquel día habían hablado de a quién querría cada uno a su lado en una gran bronca. Jimmy Polio (él fue el primero en hablar porque había suministrado los cigarrillos, que los colegas de Henry denominaban «palitos del cáncer») eligió a Skipper Brannigan, porque, según contó, Skipper se cabreó con su profesor -durante uno de los bailes que se celebraban los viernes por la noche, concretamente- y le dio de hostias hasta en el paladar. Dicho con pocas palabras, lo mandó a casa con una fractura de campeonato.

Todos lo escuchaban con solemnidad, afirmando con la cabeza mientras comían los helados, lamían los polos o fumaban los Kents. Sabían que Skipper Brannigan era un gallina, y que Jimmy era un cuentista, pero nadie dijo nada. Si no fingían creer las mentiras escandalosas de Jimmy Polio, nadie fingiría creer las de los demás.

Tommy Fredericks eligió a John Parelli. Georgie Pratt se decantó por Csaba Drabnik, también conocido en el barrio como el Puto Húngaro Loco. Frank Duganelli propuso a Larry McCain, aunque Larry estaba bajo la tutela del tribunal de menores; Larry era la hostia, dijo Frank.

Entonces le llegó el turno a Henry Dean. Meditó la cuestión con el profundo detenimiento que requería, y luego le echó el brazo por los hombros a su sorprendido hermano.

—Eddie —dijo—. Mi hermanito. Él es el hombre.

Todos lo miraron atónitos... y ninguno más atónito que el propio Eddie. La mandíbula se le había descolgado a la altura de la hebilla del cinturón.

Entonces Jimmy Polio protestó:

—Venga ya, Henry, déjate de gilipolleces. Es un asunto serio. ¿Quién querrías tener a tu lado si la situación se pusiera chunga?

—Estoy hablando en serio —había replicado Henry.

—¿Por qué Eddie? —inquirió Georgie Pratt, formulando la pregunta que rondaba en la propia mente de Eddie—. No sería capaz ni de romper una bolsa de papel que le colaran en la cabeza. Ni aunque estuviera mojada. ¿Por qué coño él?

Henry reflexionó un poco más... no porque no supiera por qué, Eddie estaba convencido de ello, sino porque debía pensar en cómo expresarlo.

—Porque —explicó al fin— cuando Eddie está en esa puta zona suya, es capaz de convencer al diablo de que se prenda fuego a sí mismo.

La imagen de Jake regresó, un recuerdo se superpuso a otro. Jake frotando el eslabón en el pedernal, haciendo saltar chispas sobre la leña del fuego de campamento, chispas que brotaban y se extinguían antes de prender.

«Es capaz de convencer al diablo de que se prenda fuego a sí mismo.»

—Acerca más el pedernal —dijo Rolando, y entonces surgió un tercer recuerdo, de Rolando ante la puerta que habían encontrado al final de la playa; Rolando ardiendo de fiebre, al borde de la muerte, temblando como una hoja, tosiendo, sus ojos azules de bombardero clavados en Eddie; Rolando diciendo: «Acércate un poco más, Eddie... ¡Acércate un poco más, por tu padre!»

«Porque quería pescarme», se dijo Eddie. Débilmente, cómo si la voz procediera de una de las puertas mágicas de algún otro mundo, oyó que Blaine les decía que la última partida había comenzado; que si habían reservado las mejores adivinanzas, debían plantearlas ya. Disponían de una hora.

«¡Una hora! ¡Solamente una hora! »

Su mente trató de centrarse en el detalle, pero Eddie lo apartó de un codazo. Algo estaba teniendo lugar en su interior (al menos rezaba para que así fuera), algún desesperado juego de asociaciones, y no podía dejar que el término del plazo, las consecuencias y demás mierda le jodieran la mente. Si lo permitía, perdería cualquier oportunidad que pudiera tener. En cierto modo era como mirar algo en un trozo de madera, algo que podías tallar... un arco, un tirachinas, o quizás una llave que abriera alguna puerta inimaginable. No podías mirar durante demasiado tiempo, por lo menos al principio. Si mirabas demasiado, se te escapaba. Era como si tuvieras que tallar siempre vuelto de espaldas.

Notó bajo sus pies cómo se activaban los motores de Blaine. Con el ojo de su

mente vio el pedernal relampagueando contra el eslabón, y con el oído de su mente oyó a Rolando gritándole a Jake que acercara más el pedernal. «Y no lo golpees con el eslabón, Jake; frótalo.»

«¿Por qué estoy aquí? Si no es esto lo que quiero, ¿por qué mi mente siempre regresa a este sitio?

»Porque es lo más cerca que puedo llegar sin entrar en la zona del daño. Un daño de tamaño mediano, en realidad, pero me ha hecho pensar en Henry. En Henry humillándome.

»Henry dijo que podías convencer al diablo de que se prendiera fuego a sí mismo.

»Sí. Siempre lo he adorado por ese comentario. Fue genial.»

Y ahora Eddie vio que Rolando movía las manos de Jake, una sosteniendo el pedernal y la otra el eslabón, más cerca de la leña. Jake estaba nervioso. Eddie podía verlo; Rolando también lo había visto. Y para relajar sus nervios y librarlo de la responsabilidad de encender el fuego, Rolando había...

«Le había puesto al chico una adivinanza.»

Eddie Dean sopló en el ojo de la cerradura de su memoria. Y, esta vez, los rodetes giraron.

2

El punto verde se estaba aproximando a Topeka, y por primera vez Jake notó la vibración... como si la vía que tenían debajo se hubiese deteriorado hasta un punto en el que los compensadores de Blaine ya no podían manejar del todo el problema. Con la sensación de vibración llegó por fin la sensación de velocidad. Las paredes y el techo del Coche de la Baronía seguían opacados, pero Jake descubrió que no precisaba ver el paisaje que discurría raudo como un borrón para imaginarlo. Blaine transitaba a toda máquina, dirigiendo su postrera explosión sónica a través de las tierras baldías hasta el lugar donde acababa el Mundo Medio, y a Jake se le antojó fácil imaginar también los topes de transacero al término del monorraíl. Estarían pintados con franjas diagonales amarillas y negras. Ignoraba cómo podía saberlo, pero lo sabía.

—VEINTICINCO MINUTOS —comunicó Blaine satisfecho—. ¿QUIERES VOLVER A PONERME A PRUEBA, PISTOLERO?

—Creo que no, Blaine. —Rolando parecía exhausto—. Ya he acabado contigo; me has derrotado. ¿Jake?

Jake se incorporó y encaró el mapa de ruta. El corazón parecía latirle pausadamente pero con fuerza en el pecho, cada latido como un puñetazo en el parche de un tambor. Acho se acuclilló entre sus pies, mirándolo a la cara con ansiedad.

—Hola, Blaine —saludó Jake, y se humedeció los labios.

—HOLA, JAKE DE NUEVA YORK. —Su voz era cordial... la voz, quizá, de un vejete amable con el hábito de abusar de los niños y llevárselos de cuando en cuando detrás de los arbustos—. ¿QUIERES PONERME A PRUEBA CON ADIVINANZAS DE TU LIBRO? NUESTRO TIEMPO JUNTOS SE AGOTA.

—Sí —convino Jake—. Voy a ponerte a prueba con estas adivinanzas. Bríndame tu comprensión de la verdad de cada una, Blaine.

—HAS HABLADO EN TÉRMINOS JUSTOS, JAKE DE NUEVA YORK. HARÉ LO QUE ME PIDES.

Jake abrió el libro por el lugar que tenía señalado con el dedo. Diez adivinanzas. Once, contando la adivinanza de Sansón, que reservaba para el final. Si Blaine las acertaba todas (como Jake consideraba probable), Jake se sentaría junto a Rolando, tomaría a Acho en su regazo y aguardaría el final. Al fin y al cabo existían otros mundos aparte de éste.

—Escucha, Blaine: en un túnel de tinieblas yace una bestia de hierro. Tan sólo puede atacar cuando recula. ¿Qué es?

—UNA BALA. —Ni un atisbo de vacilación.

—Písalas vivas, y ni siquiera mascullan. Písalas muertas, y refunfuñen y farfullan. ¿Qué son?

—LAS HOJAS CAÍDAS. —Ni el más leve titubeo. Si Jake sabía, en el fondo, que el juego estaba perdido, ¿por qué sentía tanta desesperación, tanta amargura, tanta rabia?

«Porque es un incordio, por eso. Blaine es un incordio de los grandes, y me gustaría darle en los hocicos aunque sólo fuera una vez. Creo incluso que hacer que pare va por detrás de eso en mi lista de deseos.»

Jake pasó la página. Se aproximaba a la lista de las respuestas de Adivina, adivinanza, la que estaba arrancada; lo percibía con la yema del dedo, una especie de protuberancia rugosa. Muy cerca del final del libro. Se acordó de Aaron Deepneau en el Restaurante de la Mente, en Manhattan; Aaron Deepneau diciéndole que regresara cuando quisiera para jugar una partidita de ajedrez, y que por cierto el viejo gordinflas hacía un café de rechupete. Lo embargó una oleada de morriña tan intensa que era

como sentirse morir. Pensó que hubiera vendido el alma por un vistazo a Nueva York; qué coño, la hubiera vendido por una bocanada profunda de aire en la calle Cuarenta y dos a la hora punta.

Rechazó aquel sentimiento y prosiguió con la siguiente adivinanza.

—Soy esmeraldas y diamantes que la luna pierde. El sol me encuentra y pronto me recoge. ¿Qué soy?

—EL ROCÍO.

De nuevo resuelto. De nuevo implacable.

El punto verde se seguía acercando a Topeka, acortando el último tramo de distancia del mapa de ruta. Una tras otra, Jake fue planteando sus adivinanzas; una tras otra, Blaine las fue respondiendo. Al llegar a la última página, Jake vio un mensaje enmarcado del autor, o del editor, o como se llamara la persona que componía un libro semejante: ¡Esperamos que haya disfrutado con la combinación inigualable de lógica e imaginación que se da en llamar ADIVINANZA!

«Pues yo no he disfrutado -pensó Jake-. No he disfrutado ni una pizca, y ojalá se os atragante.» Pero al mirar la pregunta que figuraba encima del recuadro, descubrió un resquicio de esperanza. Le pareció que, en aquel caso, al menos, sí habían dejado la mejor para lo último.

En el mapa de ruta, el punto verde se hallaba a una distancia de Topeka no superior al grosor de un dedo.

—Date prisa, Jake —murmuró Susannah.

—¿Blaine?

—¿SÍ, JAKE DE NUEVA YORK?

—Vuelo sin alas. Veo sin ojos. Trepo sin brazos. Soy más aterradora que cualquier bestia, más fuerte que cualquier adversario. Soy astuta, implacable y alta; en definitiva, lo gobierno todo. ¿Qué soy?

El pistolero había alzado la vista, y sus ojos azules brillaban intensamente. Susannah empezó a mirar con expresión expectante de Jake al mapa de ruta. Pero la respuesta de Blaine fue tan rápida como de costumbre.

—LA IMAGINACIÓN DEL HOMBRE Y DE LA MUJER.

Jake se planteó brevemente contradecirlo, pero enseguida pensó: «¿Para qué perder el tiempo?»

Como siempre, la respuesta correcta casi parecía caer por su propio peso.

—Gracias, Blaine. Has respondido correctamente.

—Y POR TANTO, EL GANSO DEL DÍA DE FERIA ES CASI MÍO. FALTAN DIECINUEVE MINUTOS Y CINCUENTA SEGUNDOS PARA EL FIN. ¿DESEAS DECIR ALGO MÁS, JAKE DE NUEVA YORK? MIS SENSORES VISUALES INDICAN QUE HAS LLEGADO AL FINAL DE TU LIBRO, QUE POR CIERTO NO ERA TAN BUENO COMO HABÍA ESPERADO.

—Todo el mundo es un jodido crítico —dijo Susannah en voz queda, enjugándose una lágrima; sin mirarla directamente, el pistolero le agarró la mano libre. Ella le dio un tenso apretón.

—Sí, Blaine. Tengo una más —anunció Jake.

—EXCELENTE.

—Del devorador salió el manjar, y del fuerte salió la dulzura.

—ESA ADIVINANZA ESTÁ SACADA DEL LIBRO SAGRADO CONOCIDO COMO ANTIGUO TESTAMENTO DE LA BIBLIA. —Blaine parecía divertido, y Jake sintió que sus últimos restos de esperanza se desvanecían. Sintió deseos de echarse a llorar... no tanto de miedo como de frustración—. FUE FORMULADA POR SANSÓN EL FUERTE. EL DEVORADOR ES UN LEÓN; LA DULZURA ES MIEL, HECHA POR ABEJAS QUE HABÍAN FABRICADO UN PANAL DENTRO DEL CRÁNEO DEL LEÓN. ¿ALGUNA MÁS? AÚN DISPONES DE DIECIOCHO MINUTOS, JAKE.

Jake negó con la cabeza. Soltó ¡Adivina, adivinanza!, y sonrió cuando Acho atrapó el libro entre las mandíbulas y luego estiró su largo cuello hacia él para ofrecérselo de nuevo.

—Ya las he dicho todas. He acabado.

—ES UNA LÁSTIMA, PEQUEÑO VAQUERO —repuso Blaine. En aquellas circunstancias, a Jake le resultó casi insoportable aquella imitación lenta y arrastrada de John Wayne—. PARECE QUE ME LLEVO EL GANSO, A NO SER QUE ALGUIEN MÁS QUIERA DECIR ALGO. ¿QUÉ TAL TÚ, ACHO DE MUNDO MEDIO, COLEGUILLA BRAMBO? ¿SABES ALGUNA ADIVINANZA?

—¡Acho! —respondió el brambo, con la voz amortiguada por el libro. Aún sonriendo, Jake se lo quitó y tomó asiento al lado de Rolando, quien lo rodeó con el brazo.

—¿SUSANNAH DE NUEVA YORK?

Susannah negó con la cabeza sin alzar la vista. Había girado la mano de Rolando sobre la suya y le acariciaba suavemente los muñones cicatrizados donde había tenido los dos primeros dedos.

—¿ROLANDO, HIJO DE STEVEN? ¿HAS RECORDADO ALGUNA OTRA ADIVINANZA DE LOS DÍAS DE FERIA DE GILEAD?

También Rolando sacudió la cabeza... y entonces Jake vio que Eddie Dean erguía la suya. Había una sonrisa peculiar en la cara de Eddie, un brillo peculiar en sus ojos, y Jake descubrió que aún no lo había abandonado la esperanza. Súbitamente floreció otra vez en su mente, roja, cálida y vívida. Como... en fin, como una rosa. Una rosa en la fiebre más álgida de su verano.

—¿Blaine? —preguntó Eddie con una voz que a Jake le pareció extrañamente ahogada.

—SÍ, EDDIE DE NUEVA YORK. —Desdén inconfundible.

—Yo tengo un par de adivinanzas —anunció Eddie—. Sólo para pasar el rato mientras llegamos a Topeka, tú ya me entiendes.

Jake se dio cuenta entonces de que Eddie no hablaba como si se estuviera ahogando; hablaba como si intentara contener la risa.

—HABLA, EDDIE DE NUEVA YORK.

3

Mientras escuchaba sentado cómo Jake recitaba sus últimas adivinanzas, Eddie había meditado acerca del relato de Rolando sobre el ganso del Día de Feria. A partir de ahí, su mente había vuelto a centrarse en Henry, viajando desde el punto A hasta el punto B mediante la magia del razonamiento asociativo. O por expresarlo más al estilo Zen, mediante las Líneas Aéreas Trans-Animales: del ganso al mono. Henry y él habían hablado en cierta ocasión de la dificultad de dejar la heroína. Henry había afirmado que padecer un mal mono no era la única forma; también existía, según dijo, lo que se denominaba el «mono bueno» [1]. Eddie le había preguntado cómo se llamaba a un drogata que acabara de chutarse una sobredosis y, sin perder comba, Henry había respondido: «A eso se le llama mono fiambre.» Cómo se habían reído... Pero ahora, después de un tiempo tan largo y extraño, parecía que el chiste iba a aplicarse al menor de los hermanos Dean, por no mencionar a los amigos del menor de los Dean. Parecía que todos iban a acabar convertidos en monos fiambres en poco

[1] En el original, juego de palabras intraducible con las expresiones «cool turkey» y «cold turkey» (literalmente, «pavo frío»), en alusión al síndrome de abstinencia. (N. de la

tiempo.

«A no ser que salgas de la zona.»

Sí.

«Pues hazlo, Eddie.» Era otra vez la voz de Henry, el viejo habitante de su mente, pero ahora la voz sonaba sobria y serena. Henry no parecía un enemigo sino un amigo, como si los antiguos conflictos se hubieran zanjado por fin y las hachas de guerra estuvieran enterradas. «Adelante... haz que el diablo se prenda fuego. Dolerá un poco, tal vez, pero tú has soportado daños peores. Yo mismo te hice daño, y sobreviviste. Sobreviviste perfectamente. Y sabes hacia dónde mirar.» Desde luego. Durante la charla que mantuvieron en torno a la hoguera de campamento, Jake había conseguido encender por fin el fuego. Rolando le había puesto al chico una adivinanza para relajarlo, Jake había hecho saltar una chispa en la leña y luego todos se habían sentado alrededor del fuego, a charlar. A charlar y a formular adivinanzas.

Eddie sabía algo más. Blaine había respondido cientos de adivinanzas conforme viajaban hacia el sudoeste por el Camino del Haz, y los demás habían creído que las había acertado todas sin titubear. Eddie también había pensado lo mismo... pero ahora, al repasar mentalmente la contienda, cayó en un detalle interesante: Blaine había titubeado.

Una vez.

«Y se había cabreado. Igual que Rolando.»

Aunque con frecuencia se exasperaba con Eddie, el pistolero sólo se había mostrado verdaderamente encolerizado con él una vez, después del asunto de la talla de la llave, cuando Eddie estuvo a poco de ahogarse. Rolando había intentado enmascarar la profundidad de esa cólera -tratando de hacer que pareciese mera exasperación-, pero Eddie había percibido lo que yacía debajo. Había convivido con Henry mucho tiempo y estaba exquisitamente armonizado con las emociones negativas. Y le había dolido... No la cólera de Rolando en sí, sino el desprecio del que estaba envuelta. El desprecio siempre había sido una de las armas predilectas de Henry.

«¿Por qué cruzó el bebé muerto la carretera? -había preguntado Eddie-. ¡Porque estaba sujeto a la gallina, ñac, ñac, ñac!»

T)

Después, cuando Eddie intentó defender su adivinanza, argumentando que carecía de buen gusto pero no de sentido, la respuesta de Rolando había sido extrañamente similar a las de Blaine: «No me importa el buen gusto. Es absurda e insoluble, y por eso resulta estúpida. Una buena adivinanza no es ni lo uno ni lo otro.»

Pero cuando Jake terminó de plantear adivinanzas a Blaine, Eddie comprendió un hecho maravilloso y liberador: que el concepto «bueno» estaba a disposición de cualquiera. Siempre había sido así y siempre lo sería. Aunque el hombre que lo utilizara tuviera quizá mil años de edad y disparara con la pericia de Búfalo Bill, ese concepto seguía dependiendo del criterio de cada cual. El propio Rolando había reconocido que jamás se le dio bien el juego de las adivinanzas. Su tutor sostenía que pensaba con excesiva profundidad; su padre lo achacaba a una escasez de imaginación. En cualquier caso, y fuera cual fuese el motivo, Rolando de Gilead nunca había ganado el concurso de adivinanzas del Día de Feria. Había sobrevivido a todos sus coetáneos, y eso constituía sin duda una suerte de premio, pero jamás se había llevado a casa un ganso. «Podía desenfundar una pistola más rápidamente que cualquiera de mis compañeros, pero nunca fui muy diestro a la hora de pensar con imaginación.»

Eddie recordaba haberle dicho a Rolando que los chistes eran adivinanzas diseñadas para ayudarte a desarrollar ese talento a menudo ignorado, pero Rolando no le escuchó. Del mismo modo, supuso Eddie, que una persona ciega a los colores no escucharía la descripción que alguien hiciese del arco iris.

Eddie se dijo que quizá también Blaine podía tener dificultades para pensar con imaginación.

Reparó en que podía oír a Blaine preguntándoles a los demás si sabían más adivinanzas... preguntándole incluso a Acho. Podía oír el punto burlón en la voz de Blaine. Podía oírlo muy bien. Ya lo creo que sí. Porque estaba regresando. Regresando de la legendaria zona, para ver si podía convencer al diablo de que se prendiera fuego a sí mismo. Ninguna pistola serviría esta vez, aunque quizás eso estuviera bien. Quizás estuviera bien porque...

«Porque yo disparo con la mente. Con mi mente. Que Dios me ayude a dispararle a esa calculadora gigantesca con la mente. A dispararle con imaginación.»

—¿Blaine? —dijo, y cuando el ordenador le hubo contestado, anunció—: Tengo un par de adivinanzas. —Mientras hablaba, tomó conciencia de un detalle maravilloso: estaba haciendo esfuerzos por contener la risa.

4

—HABLA, EDDIE DE NUEVA YORK.

No había tiempo de decirle a los otros que se pusieran en guardia, que podía ocurrir cualquier cosa, y a juzgar por sus expresiones tampoco resultaba necesario. Eddie se olvidó de ellos y centró toda su atención en Blaine.

—¿Qué tiene cuatro ruedas y moscas?

—EL CAMIÓN MUNICIPAL DE LA BASURA [2], COMO YA RESPONDÍ ANTES. —Desaprobación... ¿y disgusto? Sí, probablemente... El disgusto casi rezumaba de aquella voz—. ¿ERES TAN ESTÚPIDO O TAN DISTRAÍDO COMO PARA NO RECORDARLO? FUE LA PRIMERA ADIVINANZA QUE ME PUSISTE.

«Sí -se dijo Eddie-. Y lo que a todos se nos escapó, porque estábamos concentrados en hacerte tropezar con algún acertijo sesudo del pasado de Rolando o del libro de Eddie, es que la contienda casi terminó ahí.»

—Ésa no te gustó, ¿verdad, Blaine?

—LA ENCONTRÉ DEMASIADO ESTÚPIDA —convino Blaine—. QUIZÁ POR ESO HAS VUELTO A FORMULÁMELA LA CABRA SIEMPRE TIRA AL MONTE, ¿NO ES ASÍ, EDDIE DE NUEVA YORK?

Una sonrisa iluminó el rostro de Eddie; agitó el dedo en dirección al mapa de ruta.

—Con palos y piedras podrás romperme los huesos, pero con palabras jamás me harás daño. O como solíamos decir en mi barrio, «puedes ponerme a parir, pero no perderé la erección con la que me follo a tu madre».

—¡Date prisa! —le susurró Jake—. ¡Si puedes hacer algo, hazlo ya!

—No le gustan las preguntas tontas —dijo Eddie—. No le gustan los juegos tontos. Y ya lo sabíamos. Lo sabíamos por Charlie el Chu-chú. ¿Cómo se puede ser tan estúpido? Ése era el libro que contenía las respuestas, y no Adivina, adivinanza, pero no supimos verlo.

Eddie buscó mentalmente la otra adivinanza del Ensayo final de Jake, la encontró y la formuló.

—Blaine: ¿cuándo una puerta no es una puerta?

---

[2] En el original, juego de palabras intraducible con el doble significado de «flies»: plural de «fly» (mosca) y segunda persona del presente singular del verbo «to fly» (volar).

De nuevo, por primera vez desde que Susannah le había preguntado a Blaine qué animal era doblemente animal, se produjo un sonido peculiar, como el de alguien que chasqueara la lengua contra el paladar. La pausa fue más breve que la que había sucedido a la adivinanza inicial de Susannah, pero aun así se produjo... Eddie lo percibió.

—CUANDO ESTÁ ENTREABIERTA [3] —respondió Blaine. Parecía huraño, descontento—. QUEDAN TRECE MINUTOS Y CINCO SEGUNDOS PARA EL FINAL, EDDIE DE NUEVA YORK... ¿DESEAS MORIR CON ADIVINANZAS TAN ESTÚPIDAS EN LOS LABIOS?

Eddie se incorporó dando un respingo, con los ojos clavados en el mapa de ruta, y aunque notaba que le caían hilillos de sudor tibio por la espalda, la sonrisa de su rostro se ensanchó.

—Deja de gimotear, colega. Si quieres tener el privilegio de despachurrarnos contra el paisaje, antes deberás pechar con unas cuantas adivinanzas que no se ajustan a tus baremos lógicos.

—NO ME HABLES DE ESE MODO.

—¿O qué? ¿Me liquidarás? No me hagas reír. Juega y ya está. Accediste a participar en el juego; pues síguelo.

Una débil luz rosada relampagueó fugazmente en el mapa de ruta.

—Lo estás enojando —se lamentó el Pequeño Blaine—. Ay, cómo lo estás enojando.

—Piérdete, renacuajo —le espetó Eddie aunque sin acritud, y cuando el fulgor rosado remitió, dejando otra vez al descubierto el punto verde que ya casi se situaba en Topeka, agregó—: Contéstame ésta, Blaine: un tonto grande y un tonto chico estaban de pie en el puente del río Send. El tonto grande se cayó. ¿Por qué el tonto chico no se cayó también?

—ESO ES INDIGNO DE NUESTRA CONTIENDA NO CONTESTARÉ. —La voz de Blaine adquirió un registro más bajo en la última palabra, lo que le hizo parecer un quinceañero que estuviera experimentando un cambio de voz.

Los ojos de Rolando no sólo brillaban sino que refulgían.

—¿Qué dices, Blaine? No quiero interpretarte mal. ¿Estás diciendo que te rajas?

(N. de la T)

[3] En el original, juego de palabras intraducible basado en la similitud fonética de las palabras «a jar» (una jarra) y «ajar» (entreabierta). (N. de la T)

—¡NO! ¡POR SUPUESTO QUE NO! PERO...

—Entonces responde, si eres capaz. Responde la adivinanza.

—¡NO ES UNA ADIVINANZA! —dijo Blaine con voz casi quejumbrosa—. ¡ES UN CHISTE, UNA TONTERÍA DE ESAS QUE LOS CRÍOS ESTÚPIDOS SE CUENTAN PARA REÍRSE EN EL PATIO DE RECREO!

—Respóndela ya o declararé el final de la contienda y nuestro ka-tet como vencedor —dijo Rolando. Habló con el tono de autoridad confiado que Eddie le había oído por primera vez en la ciudad de Paso del Río—. Debes responder, pues es de estupidez de lo que te quejas, y no de una trasgresión de las reglas que establecimos de mutuo acuerdo.

Se oyó otro de esos chasquidos, aunque esta vez fue mucho más alto... En realidad tan alto que Eddie hizo una mueca. Acho se aplastó las orejas contra el cráneo. Luego siguió la pausa más larga hasta entonces; de tres segundos por lo menos. Y por fin:

—EL TONTO CHICO NO SE CAYÓ PORQUE ESTABA UN POCO MÁS ARRIBA. [4] —Blaine se mostró mohíno—. OTRA COINCIDENCIA FONÉTICA. EL SOLO HECHO DE RESPONDER A UNAS ADIVINANZAS TAN INDIGNAS HACE QUE ME SIENTA SUCIO.

Eddie levantó la mano derecha y se frotó el pulgar con el índice.

—¿QUÉ SIGNIFICA ESO, CRIATURA NECIA?

—Es el violín más pequeño del mundo, tocando Mi corazón bombea pis púrpura por ti —respondió Eddie. A Jake le sobrevino un ataque incontrolable de risa—. Pero qué más da el humor barato de Nueva York. Sigamos con la contienda. ¿Por qué los tenientes de la policía llevan cinturones?

Las luces del Coche de la Baronía empezaron a parpadear. Algo extraño les sucedía también a las paredes; comenzaron a desaparecer y reaparecer sin ton ni son, precipitándose hacia la transparencia, quizá, para luego volver a opacarse de nuevo. Al contemplar el fenómeno, aunque sólo fuese por el rabillo del ojo, Eddie se sintió un poco excitado.

—¿Blaine? Responde.

—Responde —convino Rolando—. Responde, o daré la contienda por terminada y deberás cumplir tu promesa.

---

[4] En el original, juego de palabras intraducible basado en la similitud fonética de «little

Algo rozó el codo de Eddie. Al bajar la mirada vio la mano pequeña y bien formada de Susannah. La tomó entre las suyas y le sonrió. Esperaba que aquella sonrisa reflejara más confianza de la que en realidad sentía el hombre que la había esbozado. Iban a ganar la contienda -estaba casi seguro de ello-, pero ignoraba cómo reaccionaría Blaine cuando lo consiguieran.

—¿PARA... PARA SUJETARSE LOS PANTALONES? —indicó la voz de Blaine, y luego repitió la pregunta como una afirmación—. PARA SUJETARSE LOS PANTALONES. UNA ADIVINANZA BASADA EN LA EXAGERADA SIMPLICIDAD DE...

—Exacto. Buen intento, Blaine, pero no te molestes en intentar matar el tiempo... No te dará resultado. La siguiente...

—INSISTO EN QUE DEJES DE PREGUNTAR ESAS ABSURDAS...

—Pues detén el mono —replicó Eddie—. Si estás tan disgustado, párate ahora mismo, y me callaré.

—NO.

—De acuerdo. Sigamos, pues. Se alza el telón y se ve a una rubia despampanante a la que le faltan los dientes. ¿Cómo se llama la susodicha rubia?

Se oyó otro de aquellos chasquidos, esta vez tan alto que Eddie sintió como si le insertaran un clavo romo en el tímpano. El resplandeciente punto verde se hallaba tan cerca de Topeka que iluminaba la palabra como un foco de neón cada vez que relampagueaba. Por fin:

—MARYLIN NON-ROE.

Era la respuesta correcta a un chiste que Eddie había oído en el callejón de Dahlie's, o en algún otro lugar de encuentro del mismo tenor, pero al parecer Blaine había pagado un alto precio por forzar su mente a un canal capaz de concebir dicha respuesta: las luces del Coche de la Baronía relampagueaban más frenéticamente que nunca, y Eddie podía oír un zumbido sordo en el interior de las paredes... la clase de sonido que el amplificador de un estéreo emitía antes de reventar hecho mierda.

Un resplandor rosado brotó en el mapa de ruta.

—¡Basta! —chilló el Pequeño Blaine, con voz tan titubeante que parecía la de un personaje de algún dibujo animado antiguo de la Warner Bros—. ¡Basta, lo vas a matar!

«¿Y qué crees que él quiere hacernos a nosotros, renacuajo?», pensó Eddie.

Se planteó dispararle a Blaine con una adivinanza que Jake había contado la

---

moron» (tonto chico) y «little more on» (un poco más arriba). (N. de la T)

noche en que se sentaron alrededor del fuego —¿Qué es verde, pesa cien toneladas y vive en el fondo del océano? ¡Moby Mocarro!—... pero no lo hizo. Quería escarbar en los límites de la lógica aún más hondo de lo que aquella adivinanza permitía. No creía que fuese necesario ponerse más surrealista que, dijéramos, un estudiante de tercero de básica con una colección completa de cromos de los Garbage Pail Kids para joder a Blaine a base de bien... y permanentemente. Porque por muchas emociones que sus sofisticados circuitos bipolares le hubieran permitido emular, Blaine seguía siendo un trasto... un ordenador. Internarse hasta ese punto con Eddie en la Zona Muerta de las adivinanzas había hecho tambalear su cordura.

—¿Por qué la gente se va a la cama, Blaine?

—PORQUE... PORQUE... QUE LOS DIOSES TE MALDIGAN, PORQUE...

Un chillido amortiguado se empezó a oír por debajo de ellos, y de repente el Coche de la Baronía osciló violentamente de derecha a izquierda. Susannah gritó. Jake se estrelló en su regazo. El pistolero los sujetó a ambos.

—¡PORQUE LA CAMA NO VA HASTA ELLOS, QUE LOS DIOSES TE MALDIGAN! ¡NUEVE MINUTOS Y CINCUENTA SEGUNDOS!

—Ríndete, Blaine —advirtió Eddie—. Para antes de que tenga que reventarte la mente por completo. Si no abandonas, eso es lo que ocurrirá. Los dos lo sabemos.

—¡NO!

—Me sé un millón de esas ricuras. Llevo toda la vida oyéndolas. Se me pegan como las moscas al papel matamoscas. A algunos les pasa lo mismo con las recetas de cocina. ¿Qué me dices? ¿Abandonas?

—¡NO! ¡NUEVE MINUTOS Y TREINTA SEGUNDOS!

—De acuerdo, Blaine. Tú lo has querido. Ahí va la definitiva. ¿Por qué cruzó el bebé muerto la carretera?

El mono dio otro de aquellos bandazos gigantescos; Eddie no se explicaba cómo podía seguir en la vía después de aquello, pero de algún modo seguía encarrilado. Los chillidos procedentes de debajo se hicieron más estentóreos; las paredes, el suelo y el techo empezaron a oscilar alocadamente entre la transparencia y la opacidad. En un momento se hallaban encerrados, y al siguiente se precipitaban sobre un paisaje gris, iluminado por la luz diurna, que se extendía plano y monótono hasta un horizonte que atravesaba el mundo en línea recta.

La voz que salía de los altavoces era ahora la de un niño aterrorizado:

—LO SÉ, UN MOMENTO, LO SÉ, RECUPERACIÓN EN MARCHA, TODOS LOS

CIRCUITOS LÓGICOS OPERANDO...

—Responde —lo apremió Rolando.

—¡PRECISO MÁS TIEMPO! ¡DEBÉIS DÁRMELO! —Se percibió una especie de tono cascado de triunfo en su voz astillada—. ¡NO SE ESTABLECIERON LÍMITES DE TIEMPO PARA LAS RESPUESTAS, ROLANDO DE GILEAD, ODIOSO PISTOLERO DE UN PASADO QUE DEBIÓ HABER PERMANECIDO MUERTO!

—No —convino Rolando—, no establecimos límites de tiempo, en eso tienes razón. Pero quizá no quieras matarnos dejando una adivinanza sin resolver, Blaine, y Topeka ya está cerca. ¡Responde!

—¡Dejadlo en paz! —gimoteó la voz del Pequeño Blaine—. ¡Vais a matarlo, ya os lo he dicho! ¡A matarlo!

—¿Y no es eso lo que quiere? —inquirió Susannah con la voz de Detta Walker—. Morir. Eso fue lo que dijo. Y a nosotros tampoco nos importaría. Tú no eres malo, Pequeño Blaine, pero incluso un mundo tan jodido como éste estará mejor con tu hermano mayor liquidado.

—La última oportunidad —dijo Rolando—. Responde o cédenos el ganso, Blaine.

—YO... YO... DIECISÉIS LOGARITMO TREINTA Y TRES... TODOS LOS SUBÍNDICES DEL COSENO... ANTI... ANTI... EN TODOS ESTOS AÑOS... HAZ... FLUJO... LÓGICA CARTESIANA... PITAGÓRICA... ¿PUEDO...? ¿ME ATREVO A...? UN MELOCOTÓN... COMER UN MELOCOTÓN... HERMANOS ALLMAN... PATRICIA... SONRISA DE TRALLA Y DE COCODRILO... RELOJ DE CUADRANTES... TIC-TAC, LAS ONCE EN PUNTO, EL HOMBRE ESTÁ EN LA LUNA Y LISTO PARA BAILAR EL ROCK... INCESSAMENT... INCESSAMENT, MON CHERI... AY MI CABEZA... BLAINE... BLAINE SE ATREVE... BLAINE RESPONDERÁ... YO...

Blaine, que vociferaba con la voz de una criatura, cambió de idioma y empezó a cantar. A Eddie le pareció que era francés. No reconocía ninguna de las palabras, pero cuando sonó la batería identificó perfectamente la canción: Velcro Fly, de Z.Z. Top.

El cristal del mapa de ruta saltó hecho añicos. Un momento después, el propio mapa de ruta estalló dejando al descubierto la oquedad salpicada de luces titilantes y el laberinto de tarjetas de circuitos que se ocultaba detrás. Las luces latieron al compás de la batería. De pronto brotó una llamarada de fuego azul que recorrió la superficie de la pared en torno a la oquedad donde había estado el mapa, ennegreciéndola. De lo más recóndito de esa pared, desde el achatado morro en forma de bala de Blaine, llegó un sonido turbio y rechinante.

—¡Cruzó la carretera porque estaba grapado a la gallina, gilipollas! —gritó Eddie.

Se levantó y echó a andar hacia el agujero donde había estado el mapa de ruta. Susannah lo agarró de la camiseta por la espalda, pero Eddie apenas si se percató. En realidad casi no sabía dónde estaba. El fuego de la batalla se había abatido sobre él, abrasándolo por todas partes con su calor de justicia, churruscándole la vista, achicharrándole las sinapsis y chamuscándole el corazón con su fulgor glorioso. Tenía a Blaine en la mira, y aunque la criatura detrás de la voz estaba herida de muerte, él era incapaz de dejar de apretar el gatillo: «Yo disparo con la mente.»

—¿En qué se diferencia un camión lleno de bolos de bolera de un camión lleno de marmotas muertas? —bramó Eddie—. ¡En que un camión lleno de bolos de bolera no se puede descargar con una horca!

Un alarido espantoso de furia y agonía emergió del agujero donde había estado el mapa de ruta. Al alarido siguió una ráfaga de fuego azulado, como si en algún lugar más avanzado del Coche de la Baronía hubiese exhalado violentamente un dragón eléctrico. Jake lanzó una advertencia, pero Eddie no la necesitó; sus reflejos habían sido reemplazados por hojas de cuchilla. Se agachó, y la ráfaga de electricidad le pasó por encima del hombro derecho, erizándole el vello de esa parte de la nuca. Sacó el arma que llevaba... un pesado ejemplar del 45 con cachas de sándalo desgastadas; era uno de los dos revólveres que Rolando había extraído de las ruinas de Mundo Medio. Siguió avanzando inexorable hacia la parte delantera del vagón... y, naturalmente, siguió hablando. Como Rolando había dicho, Eddie moriría hablando. Lo mismo que su viejo amigo Cuthbert. A Eddie se le ocurrían muchas formas peores de palmarla, y tan sólo una mejor.

—¡Oye, Blaine, feo y sádico gilipollas! Ya que hablamos de adivinanzas, ¿cuál es la mejor adivinanza de Oriente? ¡Muchos hombres fuman salvo Fu Manchú! ¿Lo pillas? ¿No? ¡Pues te jodes como Herodes! ¿Qué te parece ésta? ¿Por qué la mujer le puso a su hijo de nombre Siete y Medio? ¡Porque sacó el nombre de un sombrero!

Había llegado hasta el recuadro pulsante. Alzó el arma de Rolando y súbitamente el Coche de la Baronía se llenó de un ruido atronador. Eddie vació los seis proyectiles en el interior del agujero, aireando el percutor con la palma de la mano como Rolando les había enseñado, consciente de que era lo correcto, lo adecuado... Era ka, maldito fuera, puto ka, el modo en que zanjabas las cosas si eras un pistolero. Él formaba parte de la tribu de Rolando, sí, su alma estaría probablemente condenada al foso más hondo del infierno, y no cambiaría eso ni por toda la heroína de Asia.

—¡TE ODIO! —gritó Blaine con su voz aniñada. Ya no tenía estridencias; se estaba tornando suave, lastimera—. ¡TE ODIARÉ ETERNAMENTE!

—No es morir lo que te fastidia, ¿verdad? —inquirió Eddie. Las luces del agujero donde había estado el mapa de ruta comenzaban a extinguirse. Brotó más fuego azulado, pero Eddie apenas tuvo que echar la cabeza hacia atrás para esquivarlo; la llama era minúscula y débil. Blaine no tardaría en estar tan muerto como los pubis y los grises de Lud—. Lo que te fastidia es perder.

—ODIARÉ... ETERRRRRrrr...

La palabra degeneró en un zumbido. El zumbido se convirtió en una especie de sonido sordo y tartamudeante. Y luego cesó.

Eddie miró en derredor. Allí estaba Rolando, sosteniendo a Susannah con un brazo curvado en torno a su trasero, como uno podía sostener a un crío. Los muslos de ella le estrechaban la cintura. Jake estaba de pie al otro lado del pistolero, con Acho en los talones.

Del agujero donde había estado el mapa de ruta brotaba un peculiar olor a chamusquina, que por algún motivo, no resultaba desagradable. A Eddie le recordó el aroma del rastrojo quemado en octubre. Por lo demás, el agujero estaba tan oscuro y muerto como el ojo de un cadáver. Todas las luces del interior se habían apagado.

«Tu ganso está cocinado, Blaine —pensó Eddie—, y tu mono está fiambre. Feliz puto día de Acción de Gracias.»

5

Los alaridos procedentes de debajo del mono habían cesado. Hubo un último estrépito chirriante en la parte superior delantera, y luego también esos sonidos se acallaron. Rolando notó que las piernas y las caderas se le cimbreaban ligeramente hacia delante y alargó la mano libre para mantenerse firme. Su cuerpo supo lo que sucedía antes que su cabeza: los motores de Blaine se habían parado. Ahora simplemente avanzaban deslizándose por la vía. Pero...

—Retrocedamos —indicó—. Hasta el fondo. Nos estamos deslizando cuesta abajo. Si nos hallamos muy cerca del final del recorrido de Blaine, aún es posible que nos estrellemos. —Los condujo más allá de los restos encharcados de la gélida escultura de bienvenida de Blaine, hasta la parte trasera del vagón—. Y manteneos lejos de ese trasto. —Señaló el instrumento que parecía un cruce de piano y

clavicordio. Se alzaba sobre una pequeña plataforma—. Podría caerse. ¡Dioses, ojalá pudiéramos ver dónde estamos! Tumbaos, y poned los brazos sobre la cabeza.

Siguieron sus indicaciones. Rolando hizo lo mismo. Permaneció allí tendido, con el mentón presionado contra la lanilla de la moqueta azul marino, con los ojos cerrados, pensando en lo que acababa de suceder.

—Te pido perdón, Eddie —dijo—. ¡Qué vueltas da la rueda del ka! Una vez tuve que pedirle disculpas a mi amigo Curhbert... por el mismo motivo. Padezco una ceguera especial. Una ceguera arrogante.

—No creo que tengas que disculparte —replicó Eddie. Parecía incómodo.

—Pues yo pienso que sí. Desprecié tus chistes. Y nos han salvado la vida. Te pido perdón. He olvidado el rostro de mi padre.

—No tienes que pedir perdón ni has olvidado el rostro de nadie —repuso Eddie—. Uno no puede luchar contra su naturaleza, Rolando.

El pistolero meditó sobre ello cuidadosamente y descubrió algo maravilloso y terrible al mismo tiempo: esa idea nunca se le había ocurrido. Ni una sola vez en toda su vida. Que era cautivo del ka, sí ... lo había sabido desde su más tierna infancia. Pero de su naturaleza... de su propia naturaleza...

—Gracias, Eddie. Creo que...

Antes de que Rolando pudiera expresar sus pensamientos, Blaine el Mono se detuvo definitivamente con una colisión brusca. Los cuatro salieron despedidos violentamente hacia el pasillo central del Coche de la Baronía, Acho entre los brazos de Jake, ladrando. La pared frontal de la cabina se combó hacia dentro y Rolando se estrelló contra ella, golpeándose el hombro. A pesar del relleno (la pared estaba enmoquetada y, a juzgar por el tacto, forrada con una capa de material acolchante), el golpe fue tan fuerte que lo dejó entumecido. La lámpara de araña osciló hacia delante y se desgajó del techo, acribillándolos con una lluvia de colgantes de cristal. Jake rodó hacia un lado, alejándose de la zona del impacto justo a tiempo. El piano-clavicordio resbaló del podio, chocó con uno de los sofás y se volteó, aterrizando con un brrrrannngg discordante. El mono se ladeó hacia la derecha, y el pistolero afianzó su equilibrio para proteger a Jake y a Susannah con su cuerpo si volcaban completamente. Entonces el vagón volvió a asentarse; el suelo seguía un tanto inclinado, pero ya inmóvil.

El viaje había terminado.

El pistolero se puso en pie. Aún tenía el hombro entumecido, pero pudo apoyarse

en el brazo, y eso era una buena señal. A su izquierda, Jake se incorporaba al tiempo que se quitaba las cuentas de cristal del regazo con expresión de aturdimiento. A su derecha, Susannah le acariciaba a Eddie un corte que se había hecho bajo el ojo izquierdo.

—Muy bien —dijo Rolando—. ¿Alguno está Neri...?

Se produjo una explosión en lo alto, un ¡pum! sordo que a Rolando le recordó los petardos que en ocasiones Cuthbert y Alain encendían y echaban en los desagües, o en los retretes del fondo de la trascocina en plan de gamberrada. Y una vez Cuthbert había lanzado unos cuantos petardos con su honda. Aquello no había sido una gamberrada ni una chiquillada. Había sido...

Susannah profirió un grito breve -más de sorpresa que de miedo, pensó el pistolero- y en ese instante la brumosa luz diurna resplandeció sobre su rostro. Sentaba bien. El sabor del aire que se filtraba por la salida de emergencia destruida sentaba aún mejor... perfumado con el aroma de la lluvia y la tierra mojada.

Se produjo un castañeteo seco, y una escalerilla -que parecía equipada con peldaños hechos de cable de acero trenzado- se descolgó de una abertura del techo.

—Primero le tiran a uno la araña, y luego lo invitan a salir —comentó Eddie. Se incorporó con dificultad y luego levantó a Susannah—. De acuerdo, sé cuándo no se me quiere. Hagamos como las abejas y vámonos zumbando.

—Me parece bien. —Susannah acercó otra vez la mano al corte que Eddie tenía en la cara. Él le tomó los dedos, los besó y le dijo que dejara de manosear la mercancía.

—¿Jake? —preguntó el pistolero—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió Jake—. ¿Y tú, Acho?

—¡Acho!

—Me figuro que está bien —confirmó Jake. Alzó su mano herida y la miró con aflicción.

—Te duele otra vez, ¿verdad? —inquirió el pistolero.

—Sí. Le hiciera lo que le hiciese Blaine, está pasando el efecto. Aunque no me importa... Lo que me alegra es seguir vivo.

—Sí. La vida es buena. Como lo es la astina. Quedan unas cuantas.

—Aspirina, querrás decir.

Rolando asintió. Una pastilla con propiedades mágicas, pero su nombre era una de esas palabras del mundo de Jake que jamás conseguiría pronunciar correctamente.

—Nueve de cada diez médicos recomiendan el Anacin, cielo —terció Susannah, y cuando Jake la miró burlón agregó—: Imagino que ya no se utiliza en tu época, ¿eh? No importa. Aquí estamos, bizcochito, sanos y salvos, y eso es lo importante. —Tomó a Jake entre sus brazos y le dio un beso entre los ojos, otro en la nariz y otro al filo de la boca. Jake se echó a reír y enrojeció como un tomate—. Eso es lo importante, y en estos momentos es lo único que cuenta en el mundo.

—Los primeros auxilios pueden esperar —dijo Eddie. Le echó el brazo a Jake sobre los hombros y llevó al chico hacia la escalerilla—. ¿Podrás valerte de esa mano para subir?

—Sí, pero no podré cargar con Acho. ¿Quieres llevarlo tú, Rolando?

—Sí. —Rolando recogió a Acho y se lo introdujo en la camisa, como había hecho mientras descendía por un pozo del subsuelo de la ciudad en plena persecución de Jake y el Chirlas. Acho se asomó y miró a Jake con sus ojos brillantes rodeados de círculos dorados—. Allá vamos.

Rolando subió tras Jake, lo bastante cerca de él como para que Acho pudiese olfatear los talones del chico con sólo estirar su largo cuello.

—¿Suze? —preguntó Eddie—. ¿Necesitas que te dé impulso?

—¿Para sobar mi elegante culo con tus cochinas manos? ¡Ni hablar, chico blanco! —Le lanzó un guiño y empezó a subir, impulsándose fácilmente con sus brazos musculosos y conservando el equilibrio con los muñones de sus piernas. Ascendía deprisa, pero no lo suficientemente para Eddie; él se impulsó hacia arriba y le dio un pellizquito suave allí donde mejor sentaban los pellizcos—. ¡Ay, mi honra! —exclamó Susannah, riendo y poniendo los ojos en blanco. Luego salió. Ya sólo quedaba Eddie, plantado al pie de la escalerilla, mirando en torno del lujoso vagón que había llegado a pensar que sería el ataúd de su ka-tet.

«Lo conseguiste, chaval —le dijo Henry—. Conseguiste que se prendiera fuego a sí mismo. Sabía que podrías, cabrón. ¿Recuerdas cómo se rieron cuando se lo dije a esos drogatas detrás de Dahlie's? Pero lo lograste. Lo mandaste a casa con una buena fractura.»

«Bueno, al menos dio resultado —se dijo Eddie, y tocó la culata del revólver de Rolando sin apenas darse cuenta—. Lo bastante como para que hayamos escapado una vez más.»

Subió dos peldaños, y luego miró hacia abajo. El Coche de la Baronía ya parecía muerto. Muerto desde hacía mucho tiempo, en realidad, otro simple artefacto de un

mundo que se había movido.

—Arrivederci, Blaine —dijo Eddie—. Hasta la vista, socio.

Y siguió a sus amigos por la salida de emergencia del techo.

CAPÍTULO IV

TOPEKA

1

Jake permaneció de pie en el techo levemente inclinado de Blaine el Mono, mirando hacia el sudoeste a lo largo del Camino del Haz. El viento le alborotaba el cabello (ahora de un largo decididamente inapropiado para un alumno de la Piper School), apartándoselo en ondas de las sienes y la frente.

No sabía qué había esperado ver -quizás una versión más pequeña y provinciana de Lud-, pero lo que no esperaba era lo que asomaba por encima de los árboles de un parque cercano. Era una señal de carretera verde (contra el gris apagado del cielo otoñal, su colorido casi resultaba chillón) con una placa azul:

Rolando se acercó a él, se sacó cuidadosamente a Acho de la camisa y lo soltó. El brambo olfateó la superficie rosada del techo de Blaine y luego miró hacia la parte frontal del mono. Allí, la lisa forma de bala del tren se hallaba destrozada por el retorcijo de metal que se había desprendido en lascas dentadas. Dos brechas oscuras -que partían del morro del mono y se prolongaban hasta un punto situado a unos diez metros de donde se encontraban Jake y Rolando- surcaban el techo en paralelo. Al final de cada una había sendos postes planos de metal pintados a rayas negras y amarillas. Parecían sobresalir de la parte superior del mono en un punto más avanzado del Coche de la Baronía. A Jake le parecieron los postes de una portería de fútbol.

—Ésos son los topes con los que decía que iba a chocar —murmuró Susannah.

Rolando asintió.

—Tuvimos suerte, grandullón, ¿te das cuenta? Si este trasto hubiera llevado más velocidad...

—Ka —terció Eddie detrás de ellos. Lo dijo como si estuviera sonriendo.

Rolando asintió.

—Eso exactamente. Ka.

Jake se olvidó de los postes de transacero y se giró de nuevo hacia la señal. Estaba medio convencido de que se habría esfumado, o de que diría otra cosa

(CARRETERA DE PEAJE DE MUNDO MEDIO, quizás, o CUIDADO CON LOS DEMONIOS), pero seguía allí y seguía diciendo lo mismo.

—¿Eddie? ¿Susannah? ¿Veis eso?

Siguieron la dirección de su dedo extendido. Por un momento -lo bastante largo como para que Jake temiera estar sufriendo una alucinación- ninguno de los dos dijo nada. Entonces, con tono suave, Eddie exclamó:

—Mierda bendita. ¿Hemos vuelto a casa? En ese caso, ¿dónde está la gente? Y si algo como Blaine tiene la parada en Topeka, nuestra Topeka, Topeka, Kansas, ¿cómo es que no he visto nada al respecto en Sesenta minutos?

—¿Qué es Sesenta minutos? —preguntó Susannah, que haciendo pantalla con la mano, miraba al sudoeste, hacia la señal.

—Un programa de televisión —explicó Eddie—. No lo pillaste por cinco o diez años. Viejos blancos con corbata. No importa. Esa señal...

—Es Kansas, sí —comunicó Susannah—. Nuestro Kansas. Supongo. —Había oteado otra señal, visible por encima de los árboles. Señaló hasta que Jake, Eddie y

Rolando la hubieron visto:

—¿Hay un Kansas en tu mundo, Rolando?

—No —respondió él, mirando las señales—. Hemos sobrepasado en mucho los límites del mundo que yo conocía. Ya estaba lejos del mundo que conocía cuando os encontré a vosotros tres. Este lugar...

Se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado, como si escuchara algún sonido demasiado remoto para ser oído. A Jake no le hizo mucha gracia la expresión de su rostro.

—¡Atención, chavales! —exclamó Eddie animadamente—. Hoy vamos a estudiar la Disparatada Geografía de Mundo Medio. Veréis, chicos y chicas, en Mundo Medio uno sale de Nueva York, viaja por el sudoeste hasta Kansas, y luego continúa por el Camino del Haz hasta llegar a la Torre Oscura... que resulta que está en medio de todas partes. ¡Primero luchas con las langostas gigantes! ¡Después te subes en el tren sicótico! Y luego, tras una visita a nuestra cafetería para tomar un tentempié o dos...

—¿Oís algo? —lo interrumpió Rolando—. ¿Alguno oye algo?

Jake escuchó. Oyó el viento que soplaba por entre los árboles del parque próximo -cuyas hojas empezaban a perder el color-, y oyó el repiqueteo de las uñas de Acho conforme caminaba de nuevo hacia ellos por el techo del Coche de la Baronía. Entonces Acho se detuvo, e incluso ese sonido se...

Una mano lo asió del brazo, sobresaltándolo. Era Susannah. Tenía la cabeza ladeada y los ojos abiertos como platos. Eddie también escuchaba. Y Acho; tenía las orejas enhiestas y un quejido le surgía del fondo de la garganta.

Jake notó que se le ponía la piel de gallina. Al mismo tiempo sintió que la boca se le tensaba en una mueca. El sonido, aunque débil, era el equivalente auditivo de morder un limón. Y había oído algo parecido antes. Cuando sólo contaba cinco o seis años, había en Central Park un loco que se consideraba músico... Bueno, había montones de locos en Central Park que se consideraban músicos, pero aquél era el único al que Jake había visto hacer música con una herramienta de carpintería. El tipo colocaba un letrero junto al sombrero vuelto boca arriba que decía: ¡EL MEJOR INTÉRPRETE DE SIERRA DEL MUNDO! PARECEN RITMOS HAWAIANOS, ¡A QUE Sí! ¡SEAN TAN AMABLES DE APORTAR SU AYUDA PARA MI MANUTENCIÓN!

Jake iba con Greta Shaw la primera vez que vio al intérprete de sierra, y recordó que ella pasó de largo apresuradamente. El tipo permanecía allí sentado como un violonchelista en una orquesta sinfónica, con una sierra de mano salpicada de manchas de óxido extendida entre las piernas abiertas; Jake recordó la expresión de terror cómico del rostro de la señorita Shaw, de cómo se le estremecían los labios fruncidos, como si... Sí, como si acabara de morder un limón.

Este sonido no era exactamente como el (RITMOS HAWAIANOS, A QUE Sí) que había producido el tipo del parque haciendo vibrar la hoja de la sierra, pero se le acercaba: un sonido metálico, roto, entrecortado, que te hacía sentir como si tuvieras saturados los senos del cráneo y los ojos a punto de derramar lágrimas. ¿Procedía de delante de ellos? Jake no sabía precisarlo. Parecía salir de todas partes y de ninguna parte; al mismo tiempo era tan bajo que se habría sentido tentado de creer que todo era producto de su imaginación si los demás no hubieran...

—¡Cuidado! —gritó Eddie—. ¡Ayudadme, tíos! ¡Me parece que se va a desmayar!

Jake se giró hacia el pistolero y vio que el semblante se le había puesto tan blanco como la leche, por encima de su polvorienta camisa descolorida. Tenía los ojos abiertos de par en par e inexpresivos, y una comisura de la boca curvada espasmódicamente hacia arriba, como si un anzuelo invisible tirara de ella.

—Jonas, Reynolds y Depape —farfulló—. Los Grandes Cazadores del Ataúd. Y ella. El Cóos. Fueron ellos. Fueron ellos quienes...

Plantado en el techo del mono con sus botas estragadas y polvorientas, Roland empezó a tambalearse. En el rostro tenía la expresión más desdichada que Jake había visto nunca.

—Oh, Susan —exclamó—. Oh, querida mía.

2

Lo sostuvieron, formando un círculo protector en torno a él, y Rolando se sintió sofocado por el sentimiento de culpa y de asco hacia sí mismo. ¿Qué había hecho para merecer unos protectores tan entusiastas? ¿Qué había hecho, aparte de arrancarlos de sus vidas conocidas y ordinarias tan implacablemente como un hombre arrancaría los hierbajos de su jardín?

Trató de decirles que estaba perfectamente, que podían retirarse, que se encontraba bien, pero no le salieron las palabras; aquel terrible sonido entrecortado lo había transportado a los cañones del oeste de Hambry, muchos años atrás. Depape, Reynolds y el viejo cojitranco de Jonas. Pero, por encima de todos, era a la mujer de la colina a quien odiaba, desde las oscuras profundidades del sentimiento que sólo podía alcanzar un hombre muy joven. Ah, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho sino odiarlos? Se le había roto el corazón. Y ahora, al cabo de tantos años, le parecía que el hecho más horrible de la existencia humana era que los corazones rotos acababan sanando.

«Mi primer pensamiento fue, mentía en cada palabra / Ese tullido canoso con ojo malicioso...»

¿Qué palabras? ¿De quién era el poema?

Lo ignoraba, pero sabía que las mujeres también podían mentir; mujeres que brincaban, y sonreían, y veían demasiado por los rabillos de sus ancianos ojos pitañosos. No tenía importancia quién había escrito esos versos; las palabras eran ciertas, y eso era lo principal. Ni Eldred Jonas ni la arpía de la colina habían tenido la categoría de Marten -ni siquiera la de Walter-, pero en lo tocante a maldad habían poseído la suficiente.

Luego, más tarde... en los cañones del oeste de la ciudad... ese sonido... y los gritos de los hombres y los caballos heridos... por una vez en su vida, incluso el habitualmente locuaz Cuthbert había guardado silencio.

Pero todo eso había sucedido hacía muchísimo tiempo, en otro tiempo; aquí y ahora, el sonido gorjeante había cesado, o bien había quedado temporalmente fuera del alcance del oído. No obstante, volverían a oírlo. Rolando lo sabía con la misma certeza con que comprendía que el camino que recorría llevaba a la perdición.

Irguió la cabeza para mirar a los demás y logró esbozar una sonrisa. El temblor de la comisura de la boca había cesado, y eso ya era algo.

—Me encuentro bien —anunció—. Pero escuchadme con atención: estamos muy cerca de donde acaba el Mundo Medio, y muy cerca de donde empieza el Mundo Final. La primera gran etapa de nuestra búsqueda ha terminado. Y lo hemos hecho bien; hemos recordado los rostros de nuestros padres; hemos permanecido juntos y hemos sido leales entre nosotros. Pero ahora hemos llegado a una raedura. Debemos andarnos con mucho cuidado.

—¿Una raedura? —preguntó Jake, mirando con nerviosismo a su alrededor.

—Las raeduras son lugares donde el tejido de la existencia está casi totalmente desgastado. Son más numerosas desde que la fuerza de la Torre Oscura empezó a decaer. ¿Recordáis lo que vimos debajo de nosotros al abandonar Lud?

Asintieron solemnemente, recordando el suelo que se había tornado de cristal negro, las vetustas tuberías que refulgían con un mágico resplandor turquesa, las monstruosas aves deformes con alas que parecían enormes velas de cuero. De repente Rolando no pudo soportar que siguieran rodeándolo de aquella manera, mirándolo como quien mira a un camorrista que acaba de caer redondo en una pendencia de bar.

Alargó las manos hacia sus amigos... sus nuevos amigos. Eddie se las tomó y lo ayudó a ponerse en pie. El pistolero hizo acopio de su enorme fuerza de voluntad para no bambolearse y permanecer firme.

—¿Quién era Susan? —preguntó Susannah. El entrecejo fruncido sugería que estaba preocupada, y no sólo por la similitud casual de los nombres.

Rolando la miró, luego miró a Eddie y, por último, a Jake, que se había dejado caer sobre una rodilla para rascar a Acho detrás de las orejas.

—Ya os lo diré —respondió—, pero ahora no es el momento ni éste el lugar.

—Eso dices siempre —protestó Susannah—. No querrás darnos largas otra vez, ¿verdad?

Rolando negó con la cabeza.

—Oiréis mi historia, o al menos esa parte, pero no encima de este cadáver de

metal.

—Sí —convino Eddie—. Estando aquí arriba me siento como si jugara encima de un dinosaurio muerto o algo así. No dejo de pensar que Blaine resucitará y empezará a, no sé, a mangonearnos la cabeza otra vez.

—El ruido ese ha cesado —observó Eddie—. Eso que sonaba como un pedal wah-wah.

—Me recordó a un viejo al que solía ver en Central Park —dijo Jake.

—¿El hombre de la sierra? —preguntó Susannah. Jake la miró, con ojos sorprendidos, y ella asintió—. Salvo que no era viejo cuando yo solía verlo. No sólo la geografía es disparatada aquí. El tiempo también es un poco raro.

Eddie le pasó un brazo por los hombros y le dio un breve apretón.

—Amén a eso.

Susannah se giró hacia Rolando. Su mirada no era acusadora, pero en sus ojos se reflejaba una determinación franca y juiciosa que el pistolero no pudo sino admirar.

—Exijo que cumplas tu promesa, Rolando. Quiero que me cuentes lo de esa chica que tiene mi mismo nombre.

—Y te lo contaré —repitió Rolando—. Pero, de momento, bajémonos del lomo de este monstruo.

3

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Al detenerse Blaine había quedado en una posición ligeramente oblicua, como una versión al aire libre de la Cuna de Lud (un retorcido rastro de metal rosa desgarrado se extendía por uno de sus lados, marcando el final del último viaje de Blaine), y había casi ocho metros desde el techo del Coche de la Baronía hasta el cemento del suelo. Si había una escalerilla para bajar, como la que surgió convenientemente de la escotilla de emergencia, se había atascado a resultas de la colisión.

Rolando se descolgó el zurrón del hombro, rebuscó dentro y extrajo el arnés de piel de ciervo que habían utilizado para transportar a Susannah cuando el trayecto se hizo demasiado penoso para su silla de ruedas. Al menos ya no tendrían que preocuparse de la silla, reflexionó el pistolero; la habían dejado atrás en su frenética carrera para subir a bordo de Blaine.

—¿Para qué es eso? —inquirió Susannah en tono duro.

Siempre se ponía agresiva cuando el arnés estaba a la vista. «Odio a esos blancos hijoputas de Misisipí más de lo que odio ese arnés -le había dicho en cierta ocasión a Eddie con la voz de Detta Walker-, pero a veces por muy poco, cielo.»

—Calma, Susannah Dean, calma —la tranquilizó el pistolero, sonriéndose un poco. Destrenzó la red de correíllas que formaban el arnés, separó la pieza del asiento y a continuación volvió a trenzar las correas. Luego las unió al último buen cabo de cuerda que le quedaba con un tradicional nudo de tejedor. Mientras trabajaba, permaneció a la escucha del gorjeo de la raedura... de igual forma que los cuatro habían esperado escuchar los tambores de los dioses; de igual forma que Eddie y él habían esperado que las langostruosidades comenzaran a formular sus apremiantes preguntas («¿Dada chama? ¿Dica chica? ¿Duma chuma?») cuando emergían tambaleándose de las olas cada noche.

«El ka es una rueda», pensó. O, como a Eddie le gustaba decir, lo que se iba solía volver.

Cuando hubo acabado con la cuerda, formó un lazo en la parte inferior de la sección trenzada. Jake introdujo en él un pie con absoluta confianza, asió la cuerda con una mano y se colocó a Acho en el pliegue del otro brazo. Acho miró en torno nerviosamente, gimió, estiró el cuello y le dio a Jake un lametón en la cara.

—No tienes miedo, ¿verdad? —le preguntó Jake al brambo.

—Iedo —asintió Acho, pero se mostró lo bastante tranquilo cuando Eddie y Rolando hicieron descender a Jake por el costado del Coche de la Baronía. La cuerda no era lo suficientemente larga para conducirlo hasta el suelo, pero Jake no tuvo problemas para sacar el pie del lazo y saltar el metro y medio que restaba. Después soltó a Acho. El brambo echó a trotar, husmeando, y alzó la pata contra el flanco del edificio de la terminal. Éste no era ni de lejos tan grandioso como la Cuna de Lud, pero tenía un aire antiguo que a Rolando le gustaba: tablas blancas, aleros en voladizo, ventanas alargadas y angostas que parecían ripias de pizarra. Una estética típicamente del Oeste. En un letrero de letras doradas que se extendía sobre la hilera de puertas de la terminal, aparecía el siguiente mensaje:

ATCHISON, TOPEKA Y SANTA FE

Pueblos, supuso Rolando; y el último nombre le resultaba familiar. ¿No había habido una Santa Fe en la Baronía de Mejis? Pero eso le retrotrajo hasta Susan, hasta

la bella Susan, puesta ante la ventana con el cabello suelto sobre la espalda, con su olor a jazmines y a rosas, a madreselva y a dulce heno maduro; aromas que el oráculo de las montañas sólo había podido reproducir con una palidísima imitación. Susan tumbada boca arriba y mirándolo solemnemente, luego sonriendo y entrelazando las manos detrás de la cabeza, de modo que sus pechos se elevaban como si rabiaran por sentir las manos de él.

«Si me quieres, Rolando, ámame... pájaro y oso y liebre y pez...» -¿... siguiente?

Giró la cabeza hacia Eddie, debiendo hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para regresar de la época de Susan Delgado. Había raeduras en Topeka, desde luego, y de muchas clases.

—Estaba soñando despierto, Eddie. Te ruego que me perdones.

—¿Susannah será la siguiente? Te preguntaba eso.

Rolando meneó la cabeza.

—Primero tú, y luego Susannah. Yo bajaré el último.

Eddie asintió y coló el pie en el lazo. En los tiempos en que Eddie acababa de penetrar en el Mundo Medio, Rolando podía haberlo bajado solo fácilmente, pese a los dos dedos que le faltaban. Pero Eddie llevaba meses apartado de la droga y había puesto unos seis o siete kilos de músculo. Rolando aceptó gustoso la ayuda de Susannah, y juntos lo bajaron.

—Ahora usted, señorita —indicó Rolando, sonriéndole. Parecía algo muy natural sonreír en aquellos días.

—Sí. —Pero de momento ella permaneció allí de pie, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué sucede?

Susannah se llevó la mano al vientre y se lo frotó, como si le doliera o tuviera retortijones. Rolando pensó que se disponía a hablar, pero ella hizo un ademán negativo con la cabeza y dijo:

—Nada.

—No te creo. ¿Por qué te frotas la barriga? ¿Estás herida? ¿Te hiciste daño cuando nos detuvimos?

Ella se retiró la mano de la túnica como si la carne por debajo de su ombligo abrasara de pronto.

—No. Estoy bien.

—¿De veras?

Susannah pareció reflexionar sobre ello con detenimiento.

—Hablaremos —dijo por fin—. Conversaremos, si lo prefieres.

Pero antes tenías razón, Rolando. No es el momento ni el lugar.

—¿Los cuatro, o sólo tú, Eddie y yo?

—Sólo tú y yo, Rolando —respondió ella al tiempo que introducía el muñón de la pierna en el lazo—. Sólo una gallina y un gallo, al menos en principio. Ahora bájame, si eres tan amable.

Rolando así lo hizo, mirándola con el ceño fruncido, esperando de todo corazón que su idea inicial -la que se le había pasado por la cabeza en cuanto la vio frotarse el vientre- fuese errónea. Porque Susannah había estado en el círculo parlante, y el demonio que allí moraba la había poseído mientras Jake trataba de cruzar la frontera entre ambos mundos. A veces -a menudo- el contacto demoníaco alteraba las cosas.

Y nunca para bien, según la experiencia de Rolando.

Tiró de la cuerda después de que Eddie agarrara a Susannah por la cintura y la ayudara a bajar hasta el andén. El pistolero avanzó hacia uno de los postes que habían desgarrado el morro en forma de bala del tren, formando un lazo corredizo con el cabo de cuerda mientras caminaba. Pasó el lazo por el poste, lo tensó (cuidando de que la cuerda no quedase torcida hacia la izquierda) y a continuación fue descolgándose hasta el andén, doblado por la cintura y estampando las huellas de sus botas por el lateral rosado de Blaine.

—Qué lástima perder la cuerda y el arnés —comentó Eddie cuando Rolando estuvo junto a ellos.

—Yo no lamento lo del arnés —manifestó Susannah—. Prefiero ir arrastrándome por el suelo hasta que los brazos se me pongan de chicle hasta los codos.

—No se ha perdido nada —repuso Rolando. Deslizó la mano en la lazada de cuero y dio un tirón brusco hacia la izquierda. La cuerda se salió del poste y Rolando fue recogiéndola casi con la misma rapidez con que descendía.

—¡Truco chachi! —exclamó Jake.

—¡Cuco! ¡Cachi! —convino Acho.

—¿Cort? —preguntó Eddie.

—Cort —afirmó Rolando, sonriendo.

—El instructor del infierno —apostilló Eddie—. Mejor tú que yo, Rolando. Mejor tú que yo.

4

Conforme se dirigían hacia las puertas que conducían al interior de la estación, empezó a oírse otra vez aquel sonido líquido, borboteante. A Rolando le hizo gracia ver cómo sus tres acompañantes fruncían la nariz y crispaban las comisuras de la boca al mismo tiempo; aquel gesto les hacía parecer parientes de sangre además de ka-tet. Susannah señaló hacia el parque. Las señales que sobresalían por encima de los árboles oscilaban ligeramente, como inmersas en una vaporosa calina.

—¿Es debido a la raedura? —inquirió Jake. Rolando asintió.

—¿Podremos evitarla nosotros?

—Sí. Las raeduras son peligrosas en el mismo sentido en que son peligrosos los pantanos llenos de arenas movedizas y los saligs. ¿Conocéis tales cosas?

—Sabemos lo que son las arenas movedizas —contestó Jake—. Y si los saligs son bichos verdes, alargados y con grandes colmillos, también los conocemos.

—Eso es lo que son.

Susannah se volvió para mirar a Blaine por última vez.

—Nada de preguntas tontas ni de juegos tontos. El libro no se equivocaba en eso. —Ella trasladó la mirada de Blaine a Rolando—. ¿Qué me dices de Beryl Evans, la mujer que escribió Charlie el Chu-chú? ¿Crees que ella forma parte de todo esto, y que a lo mejor incluso podemos llegar a conocerla? Me gustaría darle las gracias. Eddie encontró la solución, pero...

—Es posible, supongo —contestó Rolando—. Pero realmente no lo creo. Mi mundo es como un inmenso navío que naufragó lo bastante cerca de la orilla como para que la mayoría de los despojos resultaran arrastrados hasta la playa. Muchas de las cosas que encontramos son fascinantes, y algunas pueden ser útiles, si el ka lo permite, pero en definitiva no son más que despojos. —Miró a su alrededor—. Como este sitio, creo.

—Yo no lo calificaría de «despojo» —opinó Eddie—. Fijaos en la pintura de la estación. Está un poco oxidada por los canalones que corren bajo los aleros pero, que yo vea, no se ha desprendido en ningún punto. —Se detuvo frente a las puertas y pasó los dedos por uno de los paneles de vidrio. Dejaron tras de sí cuatro rastros claros—. Polvo a mansalva, pero ni un solo arañazo. Para mí que este edificio lleva desatendido, a lo sumo, desde... ¿principios del verano, tal vez?

Miró a Rolando, quien se encogió de hombros y asintió. Estaba escuchando sólo a medias y prestando atención con la mitad de su mente. El resto de sí estaba

concentrado en dos cosas: en el borboriteo de la raedura, y en mantener a raya los recuerdos que querían engullirlo.

—Pero Lud llevaba siglos en ruinas —dijo Susannah—. Este lugar puede ser o no ser Topeka, pero a mí me recuerda a uno de esos pueblecitos espeluznantes de La zona muerta. Tal vez vosotros no lo recordéis, chicos, pero...

—Yo sí —dijeron Eddie y Jake al unísono, después se miraron y se echaron a reír. Eddie puso la mano y Jake le dio una palmada.

—Todavía siguen dando reposiciones —explicó Jake.

—Sí, continuamente —agregó Eddie—. Casi siempre patrocinadas por leguleyos especialistas en quiebras con pinta de terriers pelicortos. Pero tienes razón. Este sitio no es como Lud. ¿Por qué iba a serlo? No está en el mismo mundo que Lud. No sé dónde cruzamos la frontera, pero... —Señaló nuevamente la placa azul de la Interestatal 70, como para demostrar su teoría sin que quedase una sombra de duda.

—Si esto es Topeka, ¿dónde está la gente? —preguntó Susannah.

Eddie se encogió de hombros y alzó las manos. A saber.

Jake pegó la frente en el vidrio de la puerta central, colocó las manos en los flancos de la cara y echó un vistazo. Miró durante varios segundos, y entonces vio algo que le hizo retroceder de un salto.

—Oh, oh —exclamó—. Con razón el pueblo está tan silencioso.

Rolando se colocó detrás de Jake y miró por encima de la cabeza del chico, haciendo pantalla con sus manos para reducir los reflejos. Antes incluso de atisbar lo que Jake había visto, el pistolero sacó dos conclusiones. La primera, que aunque aquello era seguramente una estación de trenes, no era una estación de Blaine. No era una cuna. La segunda, que la estación pertenecía, en efecto, al mundo de Eddie, Jake y Susannah... pero quizá no a su época.

«Es la raedura. Tendremos que andarnos con cuidado.»

Dos cadáveres, muy juntos, se hallaban apoyados en uno de los largos bancos que ocupaban casi toda la sala; por sus mustios rostros desencajados y sus manos ennegrecidas, podían haber sido juerguistas que se hubieran quedado dormidos en la estación, después de una agotadora parranda, y perdido el último tren a casa. En la pared de detrás había un tablón con el epígrafe SALIDAS y una lista de nombres de ciudades, pueblos y baronías. DENVER, rezaba una de las entradas. WICHITA, rezaba otra. OMAHA, rezaba una tercera. Rolando había conocido una vez a un jugador tuerto llamado Omaha; había muerto de un navajazo en la garganta ante una mesa de

«Mírame». Se había adentrado en el claro al final del haz con la cabeza reclinada hacia atrás, y con su último resuello había salpicado de sangre hasta el techo. Colgando del techo de esta otra sala (que la mente estúpida y rezagada de Rolando se empeñaba en considerar una estación de diligencias, como si se tratase de una parada en algún camino medio olvidado, similar al que le había conducido a Tull) había un precioso reloj de cuatro caras. Las manecillas se habían detenido en las 4.14, y Rolando sospechó que jamás volverían a moverse. Fue un pensamiento triste... pero aquél era un mundo triste. No vio a más gente muerta, pero la experiencia sugería que donde había dos muertos, probablemente podía haber cuatro más fuera del alcance de la vista. 0 cuatro docenas.

—¿Entramos? —preguntó Eddie.

—¿Para qué? —respondió el pistolero—. No tenemos nada que hacer ahí; no está en la trayectoria del Camino del Haz.

—Serías un guía turístico fenomenal —bromeó Eddie en tono irónico—. Sigan adelante, y hagan el favor de no despistarse y meterse en...

Jake lo interrumpió con una petición que Rolando no comprendió.

—¿Alguno de vosotros tiene veinticinco centavos, muchachos?

El chico estaba mirando a Eddie y a Susannah. Próxima a él había una caja cuadrada de metal. En su superficie, escrito con letras azules, podía leerse:

CAPITAL JOURNAL DE TOPEKA
¡INFORMA SOBRE KANSAS COMO NINGÚN OTRO!
¡EL PERIÓDICO DE SU PUEBLO!
¡LÉALO A DIARIO!

Eddie meneó la cabeza, divertido.

—Perdí toda la calderilla en algún punto del viaje. Probablemente al subirme a un árbol, antes de que tú llegaras, en un intento desesperado por no acabar convertido en el aperitivo de un oso robot. Lo siento.

—Esperad un momento... un momento... —Susannah había abierto su mochila y hurgaba dentro de un modo que hizo sonreír a pesar de sus muchas preocupaciones. Sacó unos cuantos Kleenex arrugados, los sacudió para cerciorarse de que no hubiese nada atrapado entre los pliegues del papel, extrajo un compacto, lo miró, volvió a dejarlo en su sitio, luego sacó un peine, lo guardó...

Estaba tan absorta que no vio que Rolando pasaba por su lado a grandes trancos,

sacando al pasar el revólver de la cartuchera que le habían fabricado. Disparó una sola vez. Susannah profirió un gritito, dejó caer la mochila y palmeó la pistolera vacía que le quedaba por debajo del pecho izquierdo.

—¡Blanco, me has dado un susto de muerte!

—Cuida mejor de tu revólver, Susannah, o la próxima vez que alguien te lo quite, puede que el agujero esté entre tus ojos, y no en... ¿qué es, Jake? ¿Un artilugio narrador de noticias? ¿O contiene papel?

—Ambas cosas. —Jake parecía sobresaltado. Acho había retrocedido hasta la mitad del andén y miraba a Rolando con desconfianza. Jake introdujo el dedo en el agujero de bala abierto en el centro de la máquina expendedora de periódicos. Del interior salía una minúscula espiral de humo.

—Venga —lo animó Rolando—, ábrelo.

Jake tiró de la manija, que por un momento se resistió; luego una pieza de metal cayó por dentro con un tintineo y se abrió la puerta. La máquina en sí estaba vacía; un letrero en la pared del fondo rezaba:

CUANDO SE HAYAN AGOTADO TODOS LOS PERIÓDICOS, TOME EL EJEMPLAR DEL EXPOSITOR.

Jake lo extrajo del soporte de alambre y todos se apiñaron a su alrededor.

—Dios mío... —El susurro de Susannah era tanto de reproche como de espanto—. ¿Qué significa eso? ¿Qué ha sucedido?

Bajo el nombre del diario, ocupando casi toda la mitad superior de la primera página, se leía en destacados caracteres negros:

LA SUPER GRIPE «CAPITÁN TROTAMUNDOS»
SIGUE PROPAGÁNDOSE SIN CONTROL
LOS MIEMBROS DEL GOBIERNO PUEDEN HABER HUIDO DEL PAÍS
LOS HOSPITALES DE TOPEKA SATURADOS DE ENFERMOS Y MORIBUNDOS
MILLONES DE PERSONAS REZAN POR EL HALLAZGO DE UN REMEDIO

—Léelo en voz alta —pidió Rolando—. Las letras están en tu lengua. No sé interpretarlas todas, y quiero conocer bien la historia.

Jake miró a Eddie, quien asintió con impaciencia.

Jake abrió el periódico, revelando una imagen compuesta de puntos (Rolando

había visto imágenes de ese tipo; las llamaban «fetografías») que los estremeció a todos: mostraba una ciudad en la ribera de un lago con el perfil en llamas. LOS INCENDIOS DE CLEVELAND SE PROPAGAN SIN CONTROL, rezaba el pie de foto.

—¡Lee, chaval! —lo apremió Eddie. Susannah no dijo nada; ella ya estaba leyendo la crónica, la única que ocupaba la primera página, por encima del hombro de Jake. Éste se aclaró la garganta, como si de repente la notara seca, y empezó.

5

—Figura como autor John Corcoran, más informes de redacción y de agencia de prensa. Eso significa que muchas personas distintas han trabajado en la noticia, Rolando. De acuerdo. Empiezo: «La mayor crisis de América, y quizá del mundo, se ha agravado de la noche a la mañana a medida que continúa propagándose la denominada supergripe, llamada Síndrome del cuello de neumático en el Medio Oeste y Capitán Trotamundos en California.

»Aunque sólo puede establecerse una estimación aproximada del número de víctimas, los expertos médicos indican que el total, en estos momentos es horrible más allá de toda comprensión: de veinte a treinta millones de muertos solamente en Estados Unidos es la estimación ofrecida por el doctor Morris Hackford, del Hospital St. Francis y Centro Médico de Topeka. Se están incinerando cadáveres desde Los Ángeles, California, hasta Boston, Massachussets, en crematorios, altos hornos y vertederos de basuras.

»Aquí, en Topeka, se recomienda a quienes aún conserven ánimos y fuerzas suficientes para hacerlo que trasladen a sus fallecidos a uno de los tres sitios siguientes: la planta de desechos al norte de Oakland Billard Park; los fosos del autódromo de Heartland Park; el vertedero de la calle Sesenta y uno sureste, al este de Forbes Field. Quienes utilicen el vertedero deben acceder por la carretera de Berryton; California ha quedado bloqueada por los embotellamientos de automóviles, y al menos un avión de transporte de Air Force estrellado, según indican diversas fuentes.

Jake miró a sus amigos con ojos aterrorizados, volvió la vista hacia la silenciosa estación de tren, y después se centró de nuevo en el diario.

—La doctora April Montoya, del Centro Médico Regional de Stormont-Vail, señala que el número de víctimas, aunque horripilante, constituye sólo una parte de esta terrible historia: «Por cada persona fallecida hasta ahora a causa del nuevo tipo de gripe (declaró Montoya) hay seis más que aún siguen enfermas en sus hogares, o tal

vez el doble. Y de momento, por lo que hemos podido determinar, el índice de recuperación es nulo.» A continuación, la doctora añadió tosiendo: «Personalmente, no voy a hacer planes para este fin de semana.»

»Otros sucesos de interés local:

»Todos los vuelos comerciales procedentes de Forbes y Phillip Billard han sido cancelados.

»Todo el tráfico ferroviario de Amtrak ha sido suspendido, no sólo en Topeka sino en todo Texas. La estación de Amtrak de Gage Boulevard ha sido cerrada hasta nuevo aviso.

»Asimismo, todas las escuelas de Topeka se han cerrado hasta nueva orden. Se incluyen los distritos 437, 345, 450 (Shawnee Heights), 372 y 501 (área metropolitana de Topeka). El Topeka Lutheran y el Topeka Technical College también se han cerrado, así como la KU de Lawrence.

»Los habitantes de Topeka deben contar con fallos en el suministro eléctrico y quizás apagones en los días y semanas venideros. La compañía eléctrica de Kansas ha anunciado un "cierre paulatino" de la planta nuclear de Kaw River, en Wamego. Aunque ningún miembro del despacho de relaciones públicas de KawNuke ha contestado a las llamadas de este diario, un aviso grabado advierte que la planta no se halla en situación de emergencia sino que se trata de una simple medida de seguridad. KawNuke volverá a entrar en funcionamiento, concluye el aviso, "cuando la crisis actual haya pasado". La tranquilidad que inspira dicha declaración queda invalidada en gran medida por las últimas palabras de la grabación, que no son "adiós" o "gracias por llamar", sino "Dios nos ayudará en estos momentos de adversidad".

Jake hizo una pausa y pasó a la página siguiente de la crónica, donde figuraban más fotografías: la carrocería calcinada de un furgón de reparto, volcado en la escalinata del Museo de Historia Natural de Kansas; el tráfico atascado, parachoques con parachoques, en el puente Golden Gate de San Francisco; los montones de cadáveres apilados en Times Square. Susannah vio un cuerpo colgado de una farola, y eso le trajo espeluznantes recuerdos de la carrera que Eddie y ella emprendieron hacia la Cuna de Lud tras separarse del pistolero; recuerdos de Luster, de Winston, de Jeeves y de Maud. «Cuando empezaron a sonar los tambores de los dioses, fue la piedra del Azotes la que salió del sombrero -había dicho Maud-. Lo pusimos a bailar.» Pero lo que naturalmente quiso decir fue que lo habían puesto a colgar. Como habían colgado a otra gente, por lo visto, allá en el viejo Nueva York. Al parecer, cuando las

cosas se ponían raras, alguien se ganaba siempre una soga.

Ecos. Todo levantaba ecos ahora. Se proyectaban desde un mundo al otro y a la inversa, sin desvanecerse como los ecos normales, sino creciendo y tornándose más terribles. «Como los tambores de los dioses», pensó Susannah con un estremecimiento.

—En cuanto a la situación a nivel nacional —continuó leyendo Jake—, sigue aumentando la convicción de que, tras negar la existencia de la supergripe en un primer momento, cuando aún hubieran sido efectivas las medidas de cuarentena, los líderes nacionales han huido a retiros subterráneos que habían sido creados como refugios para grupos de asesores y expertos en caso de una guerra nuclear. El vicepresidente Bush y los miembros clave del gabinete Reagan no han sido vistos en las últimas cuarenta y ocho horas. El propio Reagan no ha hecho ninguna aparición pública desde la mañana del pasado domingo, cuando asistió a los oficios religiosos en la Iglesia Metodista de Green Valley, en San Simeon.

»"Se han metido en los bunkers como Hitler y las demás ratas de alcantarilla nazis al final de la Segunda Guerra Mundial", declaró el republicano Steve Sloan. Al preguntársele si tenía alguna objeción con respecto a que se citara su nombre, el diputado republicano por Kansas se rió y dijo: "¿Por qué voy a tenerla? Yo también tengo encima un buen caso de gripe. La semana que viene a estas horas seré polvo en el viento."

»Una serie de incendios, probablemente provocados, siguen arrasando Cleveland, Indianápolis y Terre Haute.

»La gigantesca explosión localizada cerca del Riverfront Stadium de Cincinnati no era al parecer de naturaleza nuclear, como se temió al principio, sino que se produjo como consecuencia de una concentración de gas natural causada por un descuido en la supervisión de...

Jake dejó que el periódico se le cayera de las manos. Una racha de viento lo arrastró a lo largo del andén, deshaciendo el puñado de hojas dobladas conforme revoloteaban. Acho estiró el cuello y atrapó una de ellas al vuelo. Luego echó a trotar hacia Jake con la hoja en la boca, obediente como un perro con un palo.

—No, Acho, no lo quiero —le dijo Jake. Su voz parecía enferma y muy joven.

—Al menos ahora sabemos dónde está la gente —comentó Susannah inclinándose y tomando el papel de las fauces de Acho. Eran las dos últimas páginas. Estaban repletas de esquelas impresas en los caracteres más diminutos que había

visto jamás. No contenían fotografías, ni se mencionaba las causas de los fallecimientos, ni figuraban anuncios de los funerales. Sólo los consabidos «falleció fulano, amado que fue de tal y cual», «falleció mengano, amado que fue de éstos y los otros», «falleció zutano, amado que fue de aquellos y los de más allá». Todo en el mismo tipo de letra minúsculo y desigual. Fue la irregularidad de los caracteres lo que la convenció de que todo era real.

«Pero con qué ahínco procuraron honrar a sus muertos, incluso al final —pensó, y notó un nudo en la garganta—. Con qué ahínco.»

Dobló el pliegue de papel y ojeó el final... la última página del Capital Journal. Mostraba un retrato de Jesucristo, con los ojos tristes, las manos extendidas, y la frente señalada con las marcas de la corona de espinas. Debajo, tres escuetas palabras en caracteres enormes:

REZA POR NOSOTROS

Susannah miró a Eddie con ojos acusadores. Luego le pasó el diario, señalando con un dedo marrón la fecha reseñada en la sección superior. Era el 24 de junio de 1986. Eddie había sido atraído al mundo del pistolero un año más tarde.

Él lo sostuvo durante un buen rato, pasando las yemas de sus dedos una y otra vez por la fecha, como si el roce pudiera alterarla de alguna forma. Entonces alzó la vista hacia sus compañeros y meneó la cabeza.

—No. No tengo explicación para lo sucedido en este pueblo, ni para el periódico, ni para los muertos de esa estación. Pero hay algo que sí puedo aclararos... En Nueva York todo iba bien cuando yo me marché. ¿No es cierto, Rolando?

El pistolero se mostró un tanto desabrido.

—A mí nada de tu ciudad me parecía bien, pero la gente que vivía allí no daba la impresión de ser superviviente de una plaga como ésta, desde luego.

—Existía una enfermedad llamada «mal de los legionarios» —matizó Eddie—. Y el sida, claro está...

—Ésa es la del sexo, ¿no? —lo interpeló Susannah—. ¿La que transmiten los sarasas y los drogadictos?

—Sí, pero en mi época no se estila llamar «sarasas» a los gays —explicó Eddie. Ensayó una sonrisa, pero se le antojó tan forzada y poco natural que la borró enseguida.

—Así que... esto nunca ocurrió —musitó Jake, palpando como indeciso el rostro del Cristo de la última página del diario.

—Sí ocurrió —repuso Rolando—. Sucedió en junio-siembra del año mil novecientos ochenta y seis. Y aquí estamos, en el escenario resultante de esa plaga. Si Eddie tiene razón acerca del tiempo transcurrido, la plaga de «supergripe» tuvo lugar el pasado junio-siembra. Estamos en Topeka, Kansas, en la Cosecha del 86. Ése es el cuándo. Con respecto al dónde, lo único que sabemos es que no es el de Eddie. Podría ser el tuyo, Susannah, o el tuyo, Jake, porque abandonaste tu mundo antes de que esto sucediera. —Dio unos golpecitos con el dedo en la fecha del diario, y luego miró a Jake—. En cierta ocasión me dijiste algo. No creo que lo recuerdes, pero yo sí; es una de las cosas más importantes que alguien me haya dicho nunca: «Ve, pues... Hay otros mundos aparte de éste.»

—Más adivinanzas —comentó Eddie ceñudo.

—¿No es un hecho que Jake Chambers murió una vez, y que ahora lo tenemos delante, vivito y coleando? ¿O acaso dudas de mi relato de su muerte bajo las montañas? Sé bien que de vez en cuando has cuestionado mi honestidad, y me figuro que tendrás tus motivos.

Eddie se quedó pensativo, y finalmente negó con la cabeza.

—Mientes cuando te conviene, pero creo que cuando nos contaste lo de Jake, estabas demasiado jodido como para inventarte algo que no fuese verdad.

A Rolando le asombró sentirse herido por el comentario de Eddie -«Mientes cuando te conviene»-, pero prosiguió. Al fin y al cabo, todo era básicamente cierto.

—Volvimos al estanque del tiempo —explicó el pistolero—, y lo sacamos antes de que se ahogara.

—Tú lo sacaste ——corrigió Eddie.

—Pero con vuestra ayuda —recalcó Rolando—. Me ayudasteis, aunque sólo fuese manteniéndome vivo. Pero dejemos ese asunto por ahora. No viene al caso. Lo importante es que existen varios mundos, y una infinidad de puertas que conducen a ellos. Éste es uno de esos mundos; la raedura que podemos oír es una de esas puertas... sólo que mucho mayor que las que encontramos en la playa.

—¿Cómo de grande? —inquirió Eddie—. ¿Como la puerta de carga y descarga de un almacén, o como el propio almacén?

Rolando hizo un gesto de negación con la cabeza y elevó las palmas de las manos hacia el cielo. ¿Quién sabía?

—Esa raedura... —terció Susannah—. No sólo estamos cerca de ella, ¿verdad? Vinimos a través de ella. Así es como hemos llegado hasta aquí, a esta versión de Topeka.

—Es muy posible —admitió Rolando—. ¿Alguno de vosotros sintió algo extraño, una sensación de vértigo o una náusea pasajera?

Todos negaron con la cabeza. Acho, que había estado observando a Jake de cerca, también meneó la cabeza.

—No —confirmó Rolando, como si hubiera esperado tal reacción—. Aunque estábamos concentrados en las adivinanzas...

—Concentrados en no dejarnos matar —gruñó Eddie.

—Sí, de modo que es posible que la atravesáramos sin apercibirnos de ello. En cualquier caso, las raeduras no son fenómenos naturales. Son úlceras en la piel de la existencia, capaces de existir porque todo está mal. En todos los mundos.

—Porque todo está mal en la Torre Oscura —dedujo Eddie. Rolando asintió.

—Y aunque este lugar, este cuándo, este dónde, no sea el ka de tu mundo ahora, puede llegar a convertirse en ese ka. Esta plaga, u otras aún peores, podría propagarse. Del mismo modo que las raeduras seguirán extendiéndose y aumentando en tamaño y en número. Quizás he llegado a ver media docena en los años que llevo buscando la Torre... y tal vez he oído dos docenas más. La primera... la primera la vi cuando todavía era muy joven. Cerca de un pueblo llamado Hambry.

Volvió a frotarse la mejilla con la mano, y no le extrañó hallar sudor entre los pelos de la barba. «Ámame, Rolando. Si me quieres, ámame.

—Sea lo que sea lo que nos ha ocurrido, hemos sido expulsados de tu mundo, Rolando —observó Jake—. Nos hemos caído del Haz. Mirad. —Señaló el cielo. Las nubes seguían discurriendo lentamente en lo alto, pero ya no en la dirección hacia donde apuntaba el morro estrujado de Blaine. El sudeste seguía siendo el sudeste, pero las señales del Haz, que tan habituados estaban ya a seguir, se habían esfumado.

—¿Acaso importa? —preguntó Eddie—. Es decir... puede que el Haz haya desaparecido, pero la Torre existe en todos los mundos, ¿no es así?

—Sí —confirmó Rolando—. Pero puede no ser accesible desde todos los mundos.

El año antes de iniciar la maravillosa y satisfactoria carrera de adicto a la heroína, Eddie había trabajado brevemente y con escaso éxito de mensajero en bicicleta. Ahora se acordó de los ascensores de ciertos edificios de oficinas donde solía realizar

entregas. Se trataba de edificios que albergaban sobre todo bancos y compañías de inversiones. Había algunas plantas donde uno no podía detener el ascensor y bajarse a menos que introdujese una tarjeta especial en la ranura situada debajo de los números. Cuando el ascensor pasaba por una de esas plantas protegidas, el número de la ventana era reemplazado por una X.

—Creo —prosiguió Rolando— que será preciso encontrar de nuevo el Haz.

—Estoy convencido de ello —convino Eddie—. Venga, pongámonos en marcha. —Avanzó un par de pasos, y luego se giró hacia Rolando con una ceja enarcada—. ¿En qué dirección?

—En la que hemos seguido hasta ahora —contestó Rolando como si fuese una obviedad, y pasó junto a Eddie con sus botas polvorientas y destrozadas en dirección al parque que se extendía más adelante.

CAPÍTULO V

DE AUTOPISTA

1

Rolando caminó hasta el final del andén, apartando con el pie fragmentos de metal rosado conforme avanzaba. Al llegar a las escaleras, se detuvo y se volvió hacia sus compañeros, dirigiéndoles una mirada lúgubre.

—Más muertos. Estad preparados.

—No estarán... pringosos, ¿verdad? —inquirió Jake.

Rolando arrugó el ceño, pero su rostro se relajó enseguida al comprender a qué se refería Jake.

—No. Pringosos no. Secos.

—Entonces, está bien —dijo Jake, pero alargó la mano hacia Susannah, que de momento estaba siendo llevada por Eddie. Ella le sonrió y cerró los dedos en torno a los suyos.

Al pie de las escaleras que descendían hasta los aparcamientos para vehículos de cercanías, a un lado de la estación, había media docena de cadáveres que yacían juntos como un ramillete de tallos de maíz tronchados. Dos eran mujeres, y tres eran hombres. El sexto era un niño en un cochecito. Estar muerto y pasar todo un verano a merced del sol, la lluvia y el calor (por no decir a merced de cualquier gato callejero, mapache o marmota que se acercara por allí) había conferido al pequeño un aspecto de antigua sabiduría y de misterio, como si fuese la momia de un infante descubierta en una pirámide inca. Jake supuso, por la descolorida ropa azul que llevaba, que había sido un niño, aunque era imposible asegurarlo. Sin ojos, sin labios, y con la piel desteñida hasta adquirir una tonalidad gris oscura, parecía un acertijo macabro... ¿Por qué cruzó el bebé muerto la carretera? Porque estaba grapado a la supergripe.

Aun así, el pequeño parecía haber resistido los vacíos meses de Topeka posteriores a la epidemia mejor que los adultos que lo rodeaban. Eran poco más que esqueletos con pelo. Con un escuálido manojo de huesos recubiertos de piel, que antaño habían sido dedos, uno de los hombres aferraba el asa de un maletín similar a los Samsonite que poseían los padres de Jake. Como le sucediera al bebé (y a todos ellos), había perdido los ojos; sus enormes cuencas oscuras escrutaban fijamente a Jake. Debajo, una hilera de dientes descoloridos sobresalía dibujando un rictus

agresivo. «¿Por qué has tardado tanto, chico?», parecía preguntar el muerto que seguía aferrado a su maletín. «Te hemos estado esperando, y ha sido un verano largo y caluroso.»

«¿Adónde esperabais ir, tíos? -se preguntó Jake-. ¿Dónde mierda pensabais que podríais estar a salvo? ¿Des Moines? ¿Sioux City? ¿Fargo? ¿La Luna?»

Descendieron por las escaleras, Rolando en cabeza y los demás detrás, Jake agarrado aún de la mano de Susannah y con Acho en los talones. El largo cuerpo del brambo parecía bajar cada escalón en dos fases, como un trailer de dos piezas que pasara sobre una banda de frenado.

—Un momento, Rolando —dijo Eddie—. Antes de seguir, quiero echar un vistazo en los espacios para minus. A lo mejor tenemos suerte.

—¿Espacios para minus? —se extrañó Susannah—. ¿Eso qué es? Jake se encogió de hombros. No lo sabía. Ni tampoco Rolando. Susannah volvió a centrar su atención en Eddie.

—Sólo lo pregunto, cariño, porque suena un pelín a eufemismo. Ya sabes, como llamar «personas de color» a los negros o «sarasas» a los maricones. Ya sé que sólo soy una ignorante negrita de los oscuros tiempos de 1964, pero...

—Allí.

Eddie señaló la hilera de letreros que demarcaban la fila de aparcamientos más cercana a la estación. En realidad eran dos letreros colocados en sendos postes. La parte superior de cada uno era azul y blanca, y la inferior roja y blanca. Al aproximarse un poco más, Jake vio que en la parte superior figuraba el símbolo de una silla de ruedas. En la inferior rezaba una advertencia:

MULTADO CON 200 DÓLARES POR EL USO INDEBIDO DE LOS APARCAMIENTOS RESERVADOS PARA MINUSVÁLIDOS.
DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE TOPEKA

—¡Fijaos en eso! —exclamó Susannah en tono triunfante—. ¡Tendrían que haberlo hecho mucho antes! En mi tiempo tenías suerte si podías meter la puñetera silla de ruedas por las puertas de cualquier local más pequeño que el Shop and Save. Bueno, en realidad tenías suerte si conseguías subirla por los bordillos de las aceras ¿Y aparcamientos especiales? De eso nada de nada, cariño.

El aparcamiento estaba casi repleto, pero incluso con el fin del mundo a la vuelta

de la esquina, sólo había dos coches sin el pequeño símbolo de la silla de ruedas en la matrícula aparcados en la fila que Eddie había denominado «espacios para minus».

Jake supuso que respetar los «espacios para minus» era uno de esos actos misteriosamente arraigados de por vida en la gente, igual que poner el código postal en las cartas, hacerse la raya en el pelo o cepillarse los dientes antes de desayunar.

—¡Y ahí está! —gritó Eddie—. ¡No soltéis aún los cartones, chicos, pero creo que tenemos un bingo!

Aún cargando con Susannah en el regazo -algo que tan sólo un mes atrás no habría podido hacer por mucho rato-, se apresuró hacia una barca remolcada por un Lincoln. En el techo del vehículo, sujeta con correas, había una sofisticada bicicleta de carreras, y del maletero medio abierto sobresalía una silla de ruedas. No era la única; al examinar la hilera de «espacios para minus», Jake vio al menos cuatro sillas de ruedas más, la mayoría sujetas en las bacas de los automóviles, otras encajadas en la trasera de camionetas y furgonetas, y una (que parecía antigua y espantosamente pesada) arrumbada en la sección de carga de una furgoneta de reparto.

Eddie soltó a Susannah y se agachó para examinar el aparejo que aseguraba la silla en el maletero. Había un montón de cuerdas elásticas entrecruzadas, además de una especie de barra de sujeción. Eddie sacó la Ruger que Jake se había llevado del cajón de la mesa de su padre.

—¡Tiro va! —exclamó animadamente, y antes de que a nadie se le ocurriera taparse los oídos, apretó el gatillo y voló la cerradura de la barra de seguridad. El estruendo se perdió en el silencio, y luego regresó en forma de eco. Con él volvió a oírse el borboteo de la raedura, como si el disparo lo hubiese despertado.

«Sonidos hawaianos, ¿a que sí?», se dijo Jake con una mueca de repugnancia. Media hora antes no hubiese creído que un sonido pudiera ser tan desagradable físicamente como... bueno, como el olor de la carne descompuesta, dijéramos, pero ahora sí lo creía. Se fijó en las señales de la autopista. Desde aquel ángulo sólo veía la parte de arriba, pero le bastó para confirmar que estaban brillando de nuevo. «Emite una especie de campo -pensó Jake-. Igual que las batidoras y las aspiradoras crean estática en la radio o la tele, o como el ciclotrón ese me erizó el vello de los brazos cuando el señor Kingery lo mostró en clase y pidió voluntarios para que se levantaran y se pusieran al lado del trasto.»

Eddie arrancó de un tirón la barra de sujeción, y luego utilizó el cuchillo de Rolando para cortar los elásticos. Después de sacar la silla del maletero y de

inspeccionarla, la desplegó y ajustó el soporte que cruzaba el respaldo a la altura del asiento.

—¡Voila! —exclamó.

Susannah se había incorporado apoyándose en una mano -Jake pensó que se parecía un poco a la mujer del cuadro de Andrew Wyeth que tanto le gustaba, El mundo de Christina- y examinaba la silla con expresión maravillada.

—¡Dios todopoderoso, y qué pequeña y ligera parece!

—Tecnología moderna de la mejor, cariño —dijo Eddie—. Para eso luchamos en Vietnam. Arriba.

Se inclinó para ayudarla. Ella no se resistió, pero tenía el rostro serio y ceñudo mientras Eddie la acomodaba en el asiento, como si esperara que la silla fuera a derrumbarse debajo de ella. Conforme pasaba las manos por los brazos de su nuevo vehículo, su expresión se fue relajando paulatinamente.

Jake se alejó un poco y recorrió otra hilera de vehículos, pasando los dedos por los capos y dejando surcos en el polvo. Acho fue tras él y sólo se detuvo una vez para alzar la pata y mear en un neumático, como si lo hubiera hecho toda su vida.

—¿Te has puesto nostálgico, cariño? —preguntó Susannah a espaldas de Jake—. Seguramente creíste que nunca volverías a ver un automóvil americano de los de verdad. ¿Me equivoco?

Jake reflexionó sobre ello y decidió que se equivocaba. Nunca se le había pasado por la cabeza que permanecería en el mundo de Rolando para siempre, que nunca volvería a ver un coche. En realidad no creía que eso le molestase, pero tampoco pensaba que semejante posibilidad figurase en las cartas. Al menos, de momento. Había cierto solar vacío en el Nueva York del que él procedía. En otros tiempos había estado ocupado por un delicatessen -Tom y Gerry's, Especialidades en Platos para Fiestas-, pero ahora sólo había escombros, vidrios rotos, y...

... y una rosa. Una única rosa silvestre que crecía en un solar vacío donde ya estaba programada para alguna fecha la edificación de un bloque de apartamentos. Pero Jake tenía la sospecha que no crecía nada semejante en ningún otro lugar de la Tierra. Y quizá tampoco en ninguno de los mundos que había mencionado Rolando. Había rosas conforme uno se aproximaba a la Torre Oscura; rosas a millones, según Eddie, una inmensidad de acres de rosas. Las había visto en un sueño. No obstante, Jake sospechaba que su rosa era distinta incluso de aquéllas... y que hasta que su destino se decidiera, de un modo u otro, no debía despedirse del mundo de los coches,

ni de los televisores, ni de los policías que siempre te pedían el carné y te preguntaban el nombre de tus padres.

«Y hablando de padres, puede que aún no deba despedirme de ellos tampoco», se dijo Jake. La idea hizo que el corazón le latiese con una mezcla de esperanza y de alarma.

Se detuvieron en mitad de la hilera de automóviles, y Jake se quedó mirando con desconcierto una anchurosa calle (Gage Boulevard, supuso) mientras meditaba sobre aquellas cuestiones. Rolando y Eddie los alcanzaron.

—Esta ricura estará de miedo después de un par de meses empujando a la Doncella de Hierro —comentó Eddie con un tono socarrón—. Seguro que se podrá llevar soplándole. —Lanzó un fuerte resoplido en la espalda de la silla a modo de demostración. Jake pensó en decirle que en los «espacios para minus» probablemente habría sillas con motor, pero luego cayó en la cuenta de que las baterías estarían agotadas, lo mismo que ya habría pensado Eddie.

Susannah no le hizo caso, de momento; era Jake en quien estaba interesada.

—No me has contestado, cielo. ¿No sientes añoranza al ver todos estos coches?

—No. Pero sentí curiosidad por comprobar si eran coches que conozco. Pensé que, tal vez... si esta versión de 1986 ha derivado de otro mundo que no sea mi 1977, habría algún modo de saberlo. Pero no lo sé. Porque las cosas cambian increíblemente deprisa. Aunque sea en nueve años... —Se encogió de hombros y miró a Eddie—. Tal vez tú sí puedas saberlo. Es decir, viviste de veras en 1986.

Eddie soltó un bufido.

—Viví en ese año, pero no observé exactamente lo que me rodeaba. Estaba casi todo el tiempo en las nubes. Aun así... supongo que a lo mejor...

Eddie empezó a empujar de nuevo a Susannah por el liso macadán del aparcamiento, señalando los coches conforme pasaban junto a ellos.

—Ford Explorer... Chevrolet Caprice... y ese de ahí es un Pontiac antiguo, se nota por la doble rejilla...

—Pontiac Boneville —dijo Jake. Le divertía y le conmovía un poco la expresión maravillada de los ojos de Susannah... La mayoría de aquellos coches debían de parecerle tan futuristas como las naves espaciales de Buck Rogers. Eso hizo que se preguntara qué pensaría Rolando, y Jake miró hacia él.

El pistolero no mostraba el menor interés por los coches. Tenía la mirada fija en la calle, en el parque, en la autopista... aunque Jake no creía que en realidad estuviera

mirando nada de eso. Tenía la sospecha de que Rolando escrutaba sus propios pensamientos. Y en tal caso, la expresión de su rostro sugería que no encontraba nada bueno en ellos.

—Ése es uno de esos pequeños Chrysler K —prosiguió Eddie, señalándolo—, y ése un Subaru. Un Mercedes SEL 450, excelente, el coche de los campeones... Mustang... Chrysler Imperial en buen estado, aunque debe de tener más años que Dios...

—Ojo, muchacho —protestó Susannah con una nota de lo que Jake reconoció como auténtica aspereza en su voz—. Ése lo reconozco. Y a mí me parece nuevo.

—Lo siento, Suze. De veras. Ése es un Cougar... otro Chevy... y otro más... En Topeka adoran la General Motors, vaya puta sorpresa... Honda Civic... VW Rabbit... un Dodge... un Ford... un... —Eddie se detuvo y miró un pequeño automóvil, blanco y con accesorios rojos, estacionado casi al final de la hilera—. Un Takuro —musitó, mayormente para sí. Luego lo rodeó para echar una ojeada al capó—. Un Takuro Spirit, para ser exactos. ¿Has oído hablar de la marca y el modelo, Jake de Nueva York?

Jake negó con la cabeza.

—Yo tampoco —se lamentó Eddie—. Yo tampoco, mierda.

Comenzó a empujar a Susannah hacia Gage Boulevard (Rolando los seguía pero aún en su propio mundo, caminando cuando ellos caminaban, deteniéndose cuando ellos se detenían). Poco antes de llegar a la entrada automática del aparcamiento, Eddie hizo un alto.

—A este paso nos haremos viejos antes de llegar a ese parque, y habremos muerto antes de pisar la autopista —comentó Susannah.

Esta vez Eddie no se disculpó. Ni siquiera pareció haberla oído. Estaba mirando la pegatina del parachoques delantero de un viejo y oxidado AMC Pacer. La pegatina era azul y blanca, como las minúsculas señales con la silla de ruedas que demarcaban los «espacios para minus». Jake se agachó para verla de cerca, y cuando Acho recostó la cabeza en su rodilla, el chico se la acarició con aire ausente. Después alargó la otra mano y tocó la pegatina, como para verificar su autenticidad. «KANSAS CITY MONARCHS», rezaba. La O de Monarchs era una pelota de béisbol con una estela de líneas de movimiento, como si se estuviera saliendo del aparcamiento.

—Corrígeme si me equivoco, colega —dijo Eddie—, porque apenas sé nada del béisbol que se juega al Oeste del Yankee Stadium, pero ¿no debería poner Kansas City Royals? Ya sabes, el equipo de George Brett y demás...

Jake asintió. Conocía a los Royals, y conocía a Brett, aunque había sido un jugador joven en su época y bastante viejo en la de Eddie.

—Kansas City Athletics, querréis decir —rectificó Susannah, perpleja. Rolando no prestó atención; continuaba navegando en su propia capa de ozono personal.

—No en el ochenta y seis, cariño —repuso Eddie con amabilidad—. En el ochenta y seis los Athletics eran de Oakland. —Trasladó la mirada de la pegatina a Jake—. ¿Se tratará de un equipo de segunda? —inquirió—. ¿De la Triple A?

—Los Royals de la Triple A siguen siendo los Royals —informó Jake—. Juegan en Omaha. Venga, sigamos.

Y aunque ignoraba qué sentían los demás, Jake siguió adelante con el corazón más animado. Tal vez era una estupidez, pero se sentía aliviado. No creía que aquella plaga terrible aguardase a su mundo, porque en su mundo no había unos Kansas City Monarchs. Quizá no era información suficiente para extraer una conclusión sólida, pero le parecía cierto. Y constituía un alivio tremendo pensar que su padre y su madre no estaban destinados a perecer por culpa de un germen llamado Capitán Trotamundos, ni a ser quemados en un... en un vertedero o algún sitio similar.

Pero no se trataba de algo seguro, aunque aquélla no fuese la versión de 1986 de su mundo de 1977. Porque aunque aquella plaga espantosa había tenido lugar en un mundo donde existían coches llamados Takuro Spirit y donde George Brett jugaba en los K.C. Royals, Rolando había explicado que el problema se estaba extendiendo... Que los males como la supergripe se estaban abriendo paso por el tejido de la existencia como el ácido de una pila corroyendo un trozo de tela.

El pistolero había hablado del estanque del tiempo, nombre que al principio a Jake le resultó romántico y encantador. Pero ¿y si el estanque se estaba estancando y empantanándose? ¿Y si aquellos fenómenos del tipo Triángulo de las Bermudas que Rolando denominaba raeduras, y que en otro tiempo habían sido anomalías inhabituales, dejaban de ser la excepción para convertirse en la regla? ¿Y si -ah, y ahora venía un pensamiento horrendo, de esos que lo mantenían a uno despierto hasta bien pasadas las tres- la realidad entera se estaba combando conforme aumentaban las debilidades estructurales de la Torre? ¿Y si se producía un choque, y un nivel se derrumbaba sobre el siguiente... y el siguiente... y el siguiente... hasta que...?

Cuando Eddie lo asió del hombro y le dio un apretón, Jake se tuvo que morder la lengua para no gritar.

—Te estás comiendo el tarro —dijo Eddie.

—¿Y tú qué sabes? —inquirió Jake. Se mostró grosero, pero estaba furioso. ¿Por tener miedo o porque lo habían calado? No lo sabía. Ni le importaba demasiado.

—En lo que se refiere a las comeduras de tarro, soy perro viejo —contestó Eddie—. No sé exactamente qué te ronda por la cabeza, pero, sea lo que sea, es un momento excelente para que dejes de pensar en ello.

Jake pensó que seguramente era un buen consejo. Atravesaron la calle juntos. Hacia Gage Park y una de las peores impresiones en la vida de Jake.

2

Tras pasar por el arco de hierro forjado con el nombre de GAGE PARK escrito en antiguas letras ensortijadas, se hallaron en un sendero de ladrillo que desembocaba en un jardín a medio camino entre el estilo formal inglés y la selva ecuatoriana. Sin nadie que lo cuidase durante el tórrido verano del Medio Oeste, la vegetación había proliferado caóticamente; y después, al haber permanecido descuidado durante el otoño, había dado en granar. Un letrero ubicado justo en el interior del arco lo proclamaba como el Jardín Reinisch de las Rosas, y había rosas, sí; rosas por doquier. La mayoría se había perdido, pero algunas de las silvestres aún prosperaban, evocando a Jake la imagen de la rosa del solar vacío situado entre la calle Cuarenta y dos y la Segunda Avenida. Experimentó una añoranza tan honda que casi le dolía.

A un lado, conforme se entraba en el parque, había un precioso tiovivo de antaño, con los encabritados corceles y los caballos de carreras aún en su sitio. El propio silencio del tiovivo, con sus luces relampagueantes y su vaporosa música de órgano acalladas para siempre, produjo escalofríos a Jake. Enganchado en el cuello de un caballo, pendiendo de una tira de cuero, había un guante de béisbol de niño. Jake apenas fue capaz de mirarlo.

Más allá del tiovivo el follaje se hacía aún más espeso, bloqueando el sendero y obligando a los viajeros a bordearlo en fila india, como críos extraviados en un bosque de cuento de hadas. A Jake se le enganchó la ropa en las espinas de los crecidos y descuidados rosales. De algún modo se había puesto en cabeza del grupo (probablemente porque Rolando seguía perdido en la profundidad de sus pensamientos) y por eso fue el primero en ver a Charlie el Chu-Chú.

En lo único que pensó conforme se aproximaba a los angostos raíles atravesados en el sendero -en realidad eran poco más que raíles de juguete-, fue en el pistolero

diciendo que el ka era como una rueda que giraba sin cesar hasta volver, una y otra vez, al mismo sitio.

«Nos persiguen los trenes y las rosas —se dijo—. ¿Por qué? No lo sé. Supongo que se trata de otra adivi...»

Entonces miró hacia la izquierda, y la exclamación «OhDiosBendito» escapó de sus labios en un solo golpe de voz. La fuerza se le fue de las piernas y se sentó. Su voz sonó acuosa y distante a sus propios oídos. No llegó a desmayarse, pero el mundo se vació de color hasta que el caótico follaje del lado oeste del parque le pareció casi tan gris como el cielo otoñal que se extendía en lo alto.

—¡Jake! ¡Jake, qué te pasa! —Era Eddie, y Jake pudo oír la preocupación genuina de su voz, pero parecía llegarle mediante una mala conexión de larga distancia. Desde Beirut, por ejemplo, o tal vez desde Urano. Y pudo sentir la mano tranquilizadora de Rolando en el hombro, pero su contacto era tan remoto como la voz de Eddie.

—¡Jake! —Susannah—. ¿Qué te ocurre, cielo? ¿Qué...?

Entonces ella lo vio, y dejó de hablarle. Eddie lo vio, y dejó de hablarle también. La mano de Rolando se retiró. Todos permanecieron allí de pie, mirando... Todos salvo Jake, que permaneció sentado, mirando... Supuso que sus piernas recuperarían la fuerza y la sensación tarde o temprano, y que podría levantarse, pero en aquel momento las tenía como macarrones fláccidos.

El tren estaba estacionado unos quince metros más adelante, junto a una estación de juguete que emulaba la situada al otro lado de la calle. Colgado de los aleros había un cartel con el nombre de TOPEKA. El tren era Charlie el Chu-Chú, con su quitapiedras y todo; una locomotora de vapor Big Boy 402. Y Jake sabía que si tuviera fuerzas suficientes para ponerse en pie y acercarse, encontraría una familia de ratones anidando en el asiento donde el maquinista (que sin duda se había llamado Bob Noséqué) se sentaba antaño. Y habría otra familia, ésta de golondrinas, anidando en la chimenea.

«Y las oscuras lágrimas de aceite -pensó Jake, mirando el diminuto trenecillo que aguardaba frente a la diminuta estación, con la piel de gallina en todo el cuerpo, los huevos prietos y un nudo en el estómago-. De noche derrama esas oscuras lágrimas de aceite, que oxidan su estupendo faro Stratham. Pero en tus tiempos, Charlie, chico, llevaste a una buena cantidad de niños, ¿verdad? Dabas vueltas y más vueltas por Gage Park, y los niños reían. Salvo que algunos no reían, en realidad; algunos, los que

te conocían, gritaban. Como gritaría yo ahora, si tuviera fuerzas.»

Pero sus fuerzas estaban regresando, y cuando Eddie le colocó una mano debajo del brazo, y Rolando lo sujetó del mismo modo por el otro, Jake pudo levantarse. Se tambaleó una vez, y luego se estabilizó.

—Que conste que no te culpo —dijo Eddie. Su voz era grave, al igual que su rostro—. Yo también he estado a punto de caerme de culo; ése es el tren de tu libro; ahí lo tienes, en vivo.

—Bueno, ya sabemos de dónde sacó la señorita Beverly Evans la idea de Charlie el Chu-chú —terció Susannah—. O vivió aquí, o antes de que el maldito libro se publicara, en 1942, visitó Topeka...

—... y vio el tren para niños que pasa por el Jardín Reinisch de las Rosas y recorre Gage Park —concluyó Jake. Empezaba a superar el miedo y (no sólo como hijo único que era, sino como el chiquillo que había estado la mayor parte de su vida solo) sentía un poderoso estallido de amor y de gratitud hacia sus amigos. Habían visto lo que él había visto, habían comprendido el origen de su miedo. Por supuesto... eran ka-tet.

—No responderá preguntas tontas, ni jugará a juegos tontos —comentó Rolando divertidamente—. ¿Te ves capaz de continuar, Jake?

—Sí.

—¿Seguro? —preguntó Eddie y, al ver que Jake asentía, empujó a Susannah por encima de los raíles.

Rolando los siguió. Jake se demoró un momento, recordando un sueño que había tenido: Acho y él se hallaban ante un paso a nivel, y de pronto el brambo había saltado sobre la vía, ladrando frenéticamente al faro que se aproximaba.

Jake se inclinó y agarró con rapidez a Acho. Miró el oxidado tren que permanecía silencioso en la estación, su oscuro faro semejante a un ojo muerto.

—No tengo miedo —dijo en tono quedo—. No te tengo miedo.

El faro cobró vida y relampagueó una vez, brevemente pero con un fogonazo intenso, enfático: Yo sé la verdad; sé la verdad, mi querido pequeñuelo.

Y se apagó.

Nadie más que él lo había visto. Jake echó una última ojeada al tren, esperando que la luz relampagueara otra vez -esperando, quizá, que el maldito cacharro arrancara y echara a correr hacia él-, pero no sucedió nada.

Con el corazón golpeteándole fuertemente en el pecho, Jake se apresuró tras sus

compañeros.

3

El Zoo de Topeka (el mundialmente famoso Zoo de Topeka, según rezaban los letreros) estaba lleno de jaulas vacías y animales muertos. Algunos de los animales liberados se habían ido, pero otros habían muerto allí mismo. Los grandes monos aún estaban en la zona señalizada con la indicación de Hábitat de los Gorilas, y al parecer habían muerto tomados de la mano. Esto hizo que Eddie sintiera casi deseos de echarse a llorar. Desde que los últimos restos de heroína habían dejado de hacerle efecto, parecía que sus emociones siempre estuvieran a punto de estallar cual si fueran un ciclón. Sus viejos compañeros se hubieran burlado de él.

Más allá del Hábitat de los Gorilas, un lobo gris yacía muerto en el camino. Acho se acercó cautelosamente a él, lo husmeó y después estiró el largo cuello y se puso a aullar.

—Haz que se calle de una vez, Jake, ¿me oyes? —dijo Eddie en tono malhumorado.

De repente se había dado cuenta de que había en el aire un olor de animales putrefactos. El olor era leve, hervido en buena parte por los calurosos días del verano recién terminado, pero lo que todavía quedaba le producía ganas de vomitar. Y eso que ni siquiera recordaba con exactitud cuándo había comido por última vez.

—¡Acho, ven aquí!

Acho soltó un último aullido, regresó junto a Jake y se quedó inmóvil a los pies del chico, mirándole con sus fantasmagóricos ojos de anillo de boda. Jake lo tomó en brazos, rodeó con él el cuerpo del lobo y lo volvió a depositar en el suelo del camino de ladrillo.

El camino los condujo a unos empinados peldaños (las malas hierbas ya habían empezado a crecer entre las piedras), en lo alto de los cuales Rolando estaba contemplando el zoo y los jardines. Desde allí podían ver fácilmente el circuito que seguían las vías del tren de juguete, permitiendo que los jinetes de Charlie recorrieran todo el perímetro del Gage Park. Más allá, las hojas caídas bajaban crujiendo por el Gage Boulevard, empujadas por el frío viento.

—Así cayó lord Perth —murmuró Rolando.

—Y la campiña se estremeció con aquel trueno —dijo Jake, terminando la frase.

Rolando lo miró sorprendido, como un hombre que acabara de despertar de un profundo sueño, y después esbozó una sonrisa y le rodeó los hombros con su brazo.

—Yo hice el papel de lord Perth en mis tiempos —dijo.

—¿De veras?

—Sí. No tardarás en saberlo.

4

Más allá de los peldaños había una gran pajarera llena de pájaros exóticos muertos, y más allá de la pajarera un snack bar anunciaba (quizá con cierta crueldad, dado el lugar) LA MEJOR HAMBURGUESA DE BÚFALO DE TOPEKA; y más allá del snack bar, un letrero fijado a otro arco de hierro forjado decía ¡VUELVA PRONTO A GAGE PARK!

Al fondo se veía la curvada cuesta de la rampa de entrada de una autopista de acceso limitado. Por encima de ella destacaban con toda claridad los letreros verdes que ellos habían visto al principio desde el otro lado del camino.

—Otra vez la autopista —dijo Eddie en un susurro casi inaudible—. Maldita sea —añadió, lanzando un suspiro. —¿Qué es la autopista, Eddie?

Jake no creía que Eddie le contestara; cuando Susannah estiró el cuello y se volvió a mirarle mientras él rodeaba con los dedos los mangos de la nueva silla de ruedas, Eddie apartó los ojos. A continuación volvió a mirar a Susannah y después a Jake.

—No es muy agradable. No puedo contar gran cosa de mi vida antes de que Gary Cooper aquí presente me arrojara violentamente al otro lado de las Montañas Rocosas.

—No es necesario que...

—Y además no era nada del otro mundo. Algunos de nosotros solíamos reunirnos, generalmente yo, mi hermano, Henry, Bum O'Hara, porque tenía coche, Sandra Corbitt, y a veces un amigo de Henry a quien llamábamos Jimmy Polio, y poníamos nuestros nombres en un sombrero. El nombre que se extraía era el del... el guía del viaje, lo llamaba Henry. Él, o ella si era Sandi, tenía que mantenerse sobrio. Más o menos. Todos los demás nos colocábamos a tope. Entonces nos apretujábamos en el Chrysler de Bum y subíamos por la 1-95 para dirigirnos a Connecticut o tomábamos la Carretera de Taconic en dirección a la parte superior del estado de Nueva York... que nosotros la llamábamos la Carretera Catatónica. Y escuchábamos en el reproductor de cintas a Creedence o a Marvin Gaye o a veces incluso Los

Grandes Hits de Elvis.

»De noche era mejor, sobre todo cuando había luna llena. Nos pasábamos horas y horas circulando, a veces asomando las cabezas por las ventanillas como hacen los perros cuando van en coche, contemplando la luna y las estrellas fugaces. Lo llamábamos hacer la autopista. —Eddie esbozó una sonrisa, como si le costara un gran esfuerzo hacerlo—. Una vida encantadora, muchachos.

—Debía de ser divertido —dijo Jake—. No me refiero a la droga sino a eso de circular por ahí de noche con los amiguetes, contemplando la luna y escuchando música... debía de ser estupendo.

—Y lo era —dijo Eddie—. Estábamos tan colocados que nos daba lo mismo mearnos en los zapatos que en unos arbustos, pero lo pasábamos de puta madre. —Hizo una pausa—. Eso es lo más horrible, ¿comprendes?

—La autopista—dijo el pistolero—. Vamos a hacerlo un poco.

Abandonaron el Gage Park y cruzaron el camino para dirigirse a la rampa de entrada.

5

Alguien había pintado con spray los dos letreros de señalización de la curva ascendente de la rampa.

En el que decía ST. LOUIS 215, alguien había pintado en grandes trazos negros

OJO CON EL CAMINANTE

En el que decía PRÓXIMA ÁREA DE DESCANSO 15 KM, había escrito con

¡Que Todos aclamen al Rey Carmesí

grandes letras rojas:

El color escarlata conservaba la suficiente intensidad como para seguir llamando la atención después de todo un verano. Cada letrero se había adornado con el símbolo

—¿Sabes lo que significa este galimatías, Rolando? —preguntó Susannah.

Rolando sacudió la cabeza pero parecía preocupado, y aquella mirada

introspectiva no se borraba de sus ojos. Siguieron adelante.

6

En el punto donde la rampa se juntaba con la autopista, los dos hombres, el muchacho y el brambo se apretujaron alrededor de Susannah en su nueva silla de ruedas. Todos miraron hacia el este.

Eddie no sabía cómo estaría el tráfico una vez se hubieran alejado de Topeka, pero allí todos los carriles, los que se dirigían al oeste y también los del este por los que ellos circulaban, estaban llenos a rebosar de automóviles y camiones. Casi todos los vehículos iban cargados con montones de pertenencias oxidadas después de toda una estación lluviosa.

Pero el tráfico no era su mayor preocupación mientras ellos permanecían allí, mirando en silencio hacia el este. La ciudad se extendía a ambos lados a lo largo de más de un kilómetro y medio y ellos podían ver las torres de las iglesias, una hilera de restaurantes de comida rápida (Arby's, Wendy's, McDonald's, Pizza Huts, y uno del que Eddie jamás había oído hablar llamado Boing Boing Burgers), concesionarios de automóviles, y el tejado de una bolera llamada Heartland Lanes. Vieron más adelante otra salida de la autopista, con un letrero junto a la rampa que decía Hospital Estatal de Topeka y S.W 6. Más allá de la rampa de salida había un viejo y enorme edificio de ladrillo rojo con unas ventanitas que parecían unos ojos desesperados mirando a través de la hiedra que se encaramaba por la pared. Eddie pensó que un lugar que se parecía tanto a Attica tenía que ser un hospital, probablemente la clase de purgatorio del estado de bienestar en el que los pobres permanecían sentados horas y horas en una mierda de sillas de plástico para que un médico les pudiera echar el mismo vistazo que hubiera echado a una cagada de perro.

Más allá del hospital, la ciudad terminaba bruscamente y empezaba la raedura.

A Eddie su aspecto le recordaba el del agua estancada de un pantano. Subía hasta ambos lados del elevado cilindro de la 1-70 y su plateado brillo hacía que los letreros, las barandillas y los automóviles atascados que se reflejaban en ella parpadearan como si fueran espejismos mientras dejaba escapar una especie de líquido zumbido cuyo efecto era muy semejante al de un pestazo.

Susannah se cubrió los oídos con las manos y curvó las comisuras de los labios hacia abajo.

—No sé si lo podré resistir. En serio. No quisiera parecer una maniática, pero ya me están entrando ganas de vomitar y eso que no he comido nada en todo el día.

A Eddie le ocurría lo mismo. Sin embargo, a pesar de lo mareado que estaba, apenas podía apartar los ojos de la raedura. Era como si a la irrealidad se le hubiera otorgado... ¿qué? ¿Un rostro? No. Como si el vasto y sibilante resplandor que se extendía ante sus ojos no tuviera rostro y fuera, de hecho, la antítesis de un rostro; pero tenía un cuerpo... un aspecto... una presencia.

Sí; esto último era lo mejor. Tenía una presencia como la del de mono que se había acercado al círculo de piedras mientras ellos trataban de atraer a Jake.

Entretanto, Rolando estaba rebuscando en las profundidades de su bolsa. Tuvo que rebuscar hasta el fondo para encontrar lo que estaba buscando: un puñado de balas. Tiró de la mano derecha de Susannah para apartarla del brazo de la silla y depositó dos balas en la palma de su mano. Después tomó otras dos y se las introdujo en los oídos, colocándoselas por la parte inferior. Primero Susannah pareció sorprenderse, después la cosa le hizo gracia, y a continuación pareció dudar. Pero finalmente siguió su ejemplo. Casi al instante una expresión de extasiado alivio inundó su rostro.

Eddie se descolgó del hombro la mochila que llevaba y sacó una caja medio llena de proyectiles del 44 para la Ruger de Jake. El pistolero sacudió la cabeza y alargó la mano. Aún quedaban cuatro balas, dos para Eddie y dos para Jake.

—¿Qué les ocurre a éstos?

Eddie sacó dos cartuchos de la caja que había detrás de los archivadores del cajón del escritorio de Elmer Chambers.

—Proceden de tu mundo y no bloquearán el sonido. No me preguntes cómo lo sé; lo sé y basta. Pruébalos si quieres, pero no funcionarán.

Eddie señaló las balas que Rolando le estaba ofreciendo.

—Éstas también son de nuestro mundo. De la armería de la esquina entre la Séptima y la Cuarenta y nueve. Se llamaba Clements, ¿verdad?

—Éstas no son de allí. Éstas son mías, Eddie, recargadas varias veces pero traídas inicialmente de la tierra verde. De Gilead.

—¿Te refieres a los mojados? —preguntó Eddie con incredulidad—. ¿A los últimos cartuchos mojados de la playa? ¿A los que se quedaron realmente empapados?

Rolando asintió con la cabeza.

—Dijiste que con ésos jamás se podría volver a disparar por mucho que se secaran. Que la pólvora se había... ¿cómo dijiste? Aplanado.

Rolando volvió a asentir con la cabeza.

—¿Pues por qué los guardaste? ¿Por qué llevar hasta aquí un montón de balas inservibles?

—¿Qué te enseñé a decir después de una muerte, Eddie, para centrar la mente?

—«Padre, guía mis manos y mi corazón para que ninguna parte del animal se estropee.»

Rolando asintió por tercera vez con la cabeza. Jake sacó dos cartuchos y se los introdujo en los oídos. Eddie tomó los dos últimos, pero primero probó los que había sacado de la caja. Amortiguaban el sonido de la raedura, pero él seguía oyendo su vibración en el centro de su frente y los ojos le lagrimeaban como cuando estaba resfriado y tenía la sensación de que estaba a punto de estallarle el puente de la nariz. Se los sacó y en su lugar se puso las balas más grandes, las de los antiguos revólveres de Rolando. «Me estoy poniendo balas en los oídos –pensó-. Ma se cagaría.» Pero no importaba. El rumor de la raedura había desaparecido -o por lo menos, no era más que un distante zumbido- y le bastaba con eso. Cuando se volvió para hablar con Rolando, pensó que su voz sonaría amortiguada como cuando uno lleva tapones en los oídos, pero descubrió que la oía con toda claridad.

—¿Hay algo que tú no sepas? —le preguntó a Rolando.

—Sí —contestó Rolando—. Muchas cosas.

—¿Qué me dices de Acho? —preguntó Jake.

—Creo que a Acho no le ocurrirá nada —dijo Rolando—. Vamos a ver si hacemos unos cuantos kilómetros antes de que anochezca.

7

A Acho no parecía molestarle el gorjeo de la raedura, pero se pasó toda la tarde pegado a Jake Chambers, contemplando con recelo los coches atascados que llenaban toda la 1-70 en dirección este. Sin embargo, Susannah vio que los coches no llenaban por completo la autopista. La congestión disminuyó cuando los viajeros dejaron a su espalda el centro de la ciudad, pero en los lugares donde el tráfico había sido muy intenso, los vehículos muertos habían sido empujados a uno u otro lado; varios habían sido sacados totalmente de la autopista y dejados en la mediana, que era una divisoria de hormigón del área metropolitana y la hierba de las afueras de la ciudad.

«Creo que alguien ha estado trabajando con una grúa», pensó Susannah. La idea

la hizo feliz. Nadie se hubiera molestado en despejar un camino en el centro de la autopista estando la peste en pleno apogeo, y si alguien lo hubiera hecho después -si alguien se había tomado la molestia de hacerlo después-, eso significaba que la peste aún no había alcanzado a todo el mundo; que todas aquellas necrologías amontonadas no eran toda la historia.

En algunos coches había cadáveres pero, al igual que los que se amontonaban al pie de las gradas de la estación, estaban secos y no goteaban... casi todos eran unas momias que llevaban puestos los cinturones de seguridad. La mayoría de los vehículos estaban vacíos. Ella suponía que muchos conductores y pasajeros atrapados en los atascos de tráfico habrían tratado de abandonar a pie la zona de la peste, aunque ésta no habría sido la única razón.

Susannah sabía que la hubieran tenido que encadenar al volante para mantenerla en el interior del vehículo en cuanto hubiera empezado a experimentar los primeros síntomas de una grave enfermedad; si tenía que morir, hubiera preferido hacerlo al aire libre. Una colina hubiera sido lo mejor, un paraje ligeramente elevado, aunque en último extremo también le hubiera servido un trigal. Cualquier cosa menos exhalar el último aliento entre accesos de tos, aspirando el olor del ambientador que colgaba del espejo retrovisor.

En determinado momento, Susannah imaginó que hubieran podido ver muchos cadáveres de los muertos que huían, pero ahora no. Por culpa de la raedura. Se estaban acercando progresivamente a ella, y ella supo exactamente en qué momento lo hicieron. Una especie de tembloroso hormigueo le recorrió el cuerpo y la indujo a levantar los muñones de las piernas, lo cual dio lugar a que la silla de ruedas se detuviera momentáneamente. Al volverse, observó que Rolando, Eddie y Jake se estaban sujetando el vientre y haciendo muecas, como si a los tres les hubiera dado un dolor de tripa simultáneamente. Después Eddie y Rolando enderezaron la espalda. Jake se inclinó para acariciar a Acho, que le estaba mirando con inquietud.

—¿Estáis bien, chicos? —preguntó Susannah.

La pregunta se formuló con la semiquejumbrosa y semiburlona voz de Detta Walker. No tenía previsto utilizar aquella voz; le había salido sin pensar.

—Sí —contestó Jake—. Pero es como si tuviera una burbuja en la garganta.

Estaba contemplando la raedura con inquietud. Ahora su plateada y vacía extensión los rodeaba por entero, como si todo el mundo se hubiera convertido en una plana ciénaga al llegar el anochecer. Cerca de allí, las copas de unos árboles

asomaban por encima de la plateada superficie, arrojando unos deformados reflejos que en ningún momento estaban quietos ni bien enfocados.

Algo más adelante, Susannah vio un silo que parecía flotar en el aire. Las palabras PIENSOS GADDISH figuraban escritas en la parte lateral con unas letras de color de rosa que en condiciones normales quizás hubieran sido de color rojo.

—Pues a mí me da la sensación de tener una burbuja en el cerebro —dijo Eddie—. Fijaos en este resplandor de mierda.

—¿Oyes todavía el zumbido? —le preguntó Susannah.

—Sí. Pero muy flojo. Lo puedo resistir. ¿Y tú?

—Más o menos. Vamos.

Era como viajar en la cabina abierta de un avión a través de unas nubes dispersas, pensó Susannah. Recorrieron lo que a ellos les parecieron varios kilómetros a través de aquel sonoro resplandor que no era ni del todo niebla ni del todo agua y en el que de vez en cuando veían surgir unas confusas siluetas (un granero, un tractor, una valla publicitaria de Stuckey), tras las cuales sólo quedaba la carretera elevándose por encima de la brillante pero en cierto modo borrosa superficie de la raedura.

De repente se tropezaban con una zona libre en la que el rumor se convertía en un ligero y monótono zumbido; incluso se podían destapar los oídos sin que les molestara, hasta que llegaban al otro lado de la brecha. Y entonces otra vez los panoramas...

Bueno, no, eso hubiera sido demasiado, Kansas no tenía lo que se dice panoramas sino vastos campos y alguna que otra arboleda de árboles pintados con los brillantes colores del otoño que señalaban la presencia de una fuente o un estanque donde abrevaban las vacas. Allí no había ningún Gran Cañón ni oleajes que rompieran contra el Faro de Portland, pero por lo menos uno podía ver un impresionante horizonte en la lejanía y librarse de la desagradable sensación de estar encerrado en una tumba.

Después, vuelta a la pegajosa sensación. Jake casi había estado a punto de describirla, pensó Susannah, al decir que el hecho de estar en la raedura era como llegar finalmente al resplandeciente espejismo que a menudo se veía a lo lejos cuando uno circulaba por una autopista en los días calurosos.

Pero fuera lo que fuese y se describiera como se describiese, estar allí dentro era algo así como hallarse en un claustrofóbico purgatorio en el que desaparecía todo menos los dos cilindros gemelos de la autopista de peaje y los cascarones de los automóviles que parecían unos barcos abandonados en un océano congelado. «Por

favor, ayúdanos a salir de ésta», le rezó Susannah a un Dios en el que ya no creía exactamente. Seguía creyendo en algo, pero desde que despertara al mundo de Rolando en la playa del Mar Occidental, su concepto del mundo invisible había cambiado considerablemente. «Por favor, ayúdanos a encontrar nuevamente el Haz. Por favor, ayúdanos a huir de este mundo de silencio y de muerte.»

Llegaron al claro más grande con que se habían tropezado hasta entonces, junto a un letrero de señalización que decía BIG SPRINGS 3 KM. A su espalda, en el oeste, el sol poniente brillaba a través de un resquicio de las nubes, arrojando unos rayos escarlata sobre la superficie de la raedura e iluminando con colores de fuego las ventanillas y los faros posteriores de los coches atascados. Los desiertos campos se extendían a ambos lados, en la distancia. «La Tierra Llena ha venido y se ha ido -pensó Susannah-. La Siega también ha venido y se ha ido. Eso es lo que Rolando llama el cierre del año.» La idea le produjo un estremecimiento.

—Nos detendremos aquí a pasar la noche —dijo Rolando poco después de la rampa de salida de Big Springs. Más adelante la raedura volvía a invadir la autopista, pero para eso faltaban todavía varios kilómetros; Susannah estaba comprobando que en el oeste de Kansas se podía ver hasta muy lejos—. Podremos conseguir leña sin necesidad de acercarnos demasiado a la raedura, y el ruido no será excesivo. A lo mejor incluso podamos dormir sin necesidad de taparnos los oídos con balas.

Eddie y Jake saltaron por encima de las barandillas, bajaron por el terraplén y empezaron a buscar leña por la orilla del lecho seco de un riachuelo sin separarse el uno del otro, tal como Rolando les había advertido que hicieran.

Cuando regresaron, las nubes habían vuelto a ocultar el sol y un ceniciento y anodino crepúsculo estaba reptando lentamente sobre el mundo.

El pistolero hizo astillas con las ramas para encender el fuego y echó el combustible a su alrededor, tal como él tenía por costumbre hacer, construyendo una especie de chimenea de madera en el carril de averías. Mientras lo hacía, Eddie cruzó la mediana y se quedó allí mirando hacia el este, con las manos en los bolsillos. Al poco rato, Jake y Acho se reunieron con él.

Rolando sacó el eslabón y el pedernal, rascó para hacer fuego en el cañón de su chimenea y encendió en un instante la pequeña hoguera de campamento.

—¡Rolando! —gritó Eddie—. ¡Suze! ¡Venid aquí! ¡Venid a ver eso!

Susannah puso en marcha su silla para acercarse y entonces Rolando -tras haber echado un último vistazo a su hoguera de campamento- tomó las empuñaduras de la

silla y la empujó.

—¿Ver qué? —preguntó Susannah.

Eddie se lo señaló. Al principio Susannah no vio nada, a pesar de que la autopista de peaje resultaba perfectamente visible incluso más allá del punto en que la raedura volvía a cerrarse, a unos cuatro kilómetros y medio más adelante. Después... sí, le pareció ver algo. Quizás. Una especie de forma en el borde exterior de su campo visual. De no haber sido por la falta de luz...

—¿Es un edificio? —preguntó Jake—. ¡Pero si parece que lo hayan construido justo al otro lado de la autopista!

—¿Qué es, Rolando? —preguntó Eddie—. Tú tienes la mejor vista de todo el universo.

El pistolero permaneció callado unos momentos, limitándose a mirar directamente hacia delante desde la mediana, con los pulgares metidos en el cinturón. Al final, dijo:

—Lo veremos mejor cuando estemos más cerca.

—¡Vamos, hombre! —dijo Eddie—. ¡Mierda, quiero decir! ¿Sabes lo que es o no?

—Lo veremos mejor cuando estemos más cerca —repitió el pistolero... lo cual no era una respuesta, naturalmente.

Cruzó muy despacio los carriles del este para echar un vistazo a la hoguera mientras los tacones de sus botas repiqueteaban sobre el asfalto. Susannah miró a Jake y Eddie, y se encogió de hombros. Ellos le contestaron con otro encogimiento de hombros... después Jake estalló en una sonora carcajada. Por regla general, pensó Susannah, el chico se comportaba más como un joven de dieciocho años que como un niño de once, pero la carcajada fue la propia de un chaval de entre nueve y diez años, cosa que a ella no le importó en absoluto.

Miró a Acho, que los estaba mirando a todos con la cara muy seria, moviendo los hombros en un intento de encogerlos.

8

Se comieron los exquisitos bocados envueltos en unas hojas que Eddie llamaba «burritos de pistolero», se acercaron un poco más a la hoguera y le echaron un poco más de leña cuando empezó a oscurecer.. .hacia el sur se oyó el grito de un pájaro que a Eddie le pareció el sonido más desolado que había oído en su vida. Apenas hablaron, y a Eddie se le ocurrió pensar que a aquella hora del día casi nadie hablaba, como si el momento en que la tierra pasaba del día a la noche fuera un momento especial que en

cierto modo los excluyera de la poderosa hermandad que Rolando llamaba ka-tet.

Jake le dio de comer a Acho un poco de carne seca de venado de su último burrito; Susannah se sentó en su saco de dormir con las piernas cruzadas bajo su vestido de cuero, contemplando la hoguera con expresión soñadora; Rolando se tendió boca arriba con los brazos cruzados detrás de la cabeza y contempló el cielo, donde las nubes ya habían empezado a alejarse de las estrellas. Al levantar la vista, Eddie observó que la Vieja Estrella y la Vieja Madre habían desaparecido para dar paso a la estrella polar y la Osa Mayor. Puede que éste no fuera su mundo -los automóviles Takuro, los Monarchs de Kansas City y una franquicia del sector de la alimentación llamada Boing Boing Burgers parecían indicar que no-, pero a Eddie le parecía demasiado cercano como para sentirse a gusto. «Puede que el mundo de la puerta que viene», pensó.

Cuando el pájaro volvió a emitir un grito a lo lejos, se incorporó y miró a Rolando.

—Tenías que contarnos algo —le dijo—. Creo que una emocionante historia de tu juventud. Susan... así se llamaba, ¿verdad?

El pistolero siguió contemplando el cielo durante unos momentos -ahora era Rolando el que debía de sentirse a la deriva entre las constelaciones, pensó Eddie- y después desplazó la mirada hacia sus amigos con una extraña e inquieta expresión de disculpa.

—¿Pensaríais que os quiero engañar —dijo— si os pidiera un día más para pensar en estas cosas? O a lo mejor lo que realmente quiero es una noche para soñar con ellas. Son cosas viejas, cosas muertas tal vez, pero yo... —Levantó las manos en una especie de gesto trastornado—. Ciertas cosas no descansan fácilmente ni siquiera cuando están muertas. Sus huesos gritan desde el suelo.

—Los fantasmas existen —dijo Jake, y Eddie vio en sus ojos una sombra del horror que debió de sentir en el interior de la casa de Dutch Hill. El horror que debió de sentir cuando el Portero salió de la pared y alargó las manos hacia él—. A veces hay fantasmas, y a veces regresan.

—Sí —corroboró Rolando—. A veces hay fantasmas y a veces regresan.

—Quizás es mejor no pensar demasiado —dijo Susannah—. A veces, sobre todo cuando sabes que una cosa va a ser difícil, es mejor montar en tu caballo y cabalgar.

Rolando lo pensó cuidadosamente y después levantó los ojos para mirarla.

—Mañana por la noche, junto a la hoguera, os hablaré de Susan —le dijo—. Lo prometo en nombre de mi padre.

—¿Hace falta que nos lo cuentes? —preguntó bruscamente Eddie, casi sorprendido de oír brotar aquella pregunta de sus labios; nadie había sentido más curiosidad que él por el pasado del pistolero—. Quiero decir que si resulta realmente doloroso, Rolando... si es algo que duele mucho... quizá...

—No estoy muy seguro de que sea necesario que lo oigáis, pero necesito contarlo. Nuestro futuro es la Torre, y para acercarme a ella con el corazón entero tengo que enterrar mi pasado lo mejor que pueda. No os lo podría contar todo (en mi mundo, hasta el pasado se mueve y se reorganiza de muchas maneras esenciales), pero puede que este relato sea una representación de todo lo demás.

—¿Es un relato del Oeste? —preguntó súbitamente Jake.

Rolando lo miró perplejo.

—No entiendo lo que quieres decir, Jake. Gilead es efectivamente una Baronía del Mundo Occidental y Mejis también, pero...

—Será un cuento del Oeste —dijo Eddie—. En el fondo las historias de Rolando son cuentos del Oeste.

Se tendió y se tapó bien con la manta. Oía débilmente desde el este y el oeste el gorjeo de la raedura. Rebuscó en su bolsillo las balas que Rolando le había dado y asintió satisfecho con la cabeza cuando las encontró. Pensaba que podría dormir sin ellas esta noche, pero mañana las volvería a necesitar. Aún no habían terminado su recorrido por la autopista. Susannah se inclinó hacia él y le besó la punta de la nariz.

—¿Ya has terminado por hoy, cariño?

—Sí —contestó Eddie, entrelazando las manos detrás de la cabeza—. No todos los días puedo viajar en el tren más rápido del mundo, destruir el ordenador más inteligente del mundo y descubrir después que todo el mundo ha sido estrangulado por la gripe. Y todo antes de cenar. Mierda, hay que ver lo que cansa eso a un hombre.

Eddie sonrió y cerró los ojos. Aún estaba sonriendo cuando se quedó dormido.

9

En su sueño, todos estaban en la esquina de la Segunda Avenida y la calle Cuarenta y seis, contemplando por encima de la baja valla de tablas de madera el vacío solar cubierto de maleza del otro lado. Iban vestidos con su ropa del Mundo Medio -una abigarrada combinación de gamuza y camisas viejas, casi todas ellas sujetas con saliva y cordones de zapatos-, pero ninguno de los peatones que apuraban el paso por la Segunda parecía darse cuenta. Nadie reparó tampoco en el brambo que

Jake sostenía en brazos ni en la artillería que estaban empaquetando.

«Porque somos unos fantasmas -pensó Eddie-. Somos unos fantasmas y no descansamos fácilmente.»

En la valla habían fijado unos carteles, uno de los Sex Pistols (una gira de reunificación según el cartel, cosa que a Eddie le hizo mucha gracia pues los Pistols eran un grupo que jamás se volvería a reunificar), uno de un cómico, un tal Adam Sandler del que Eddie jamás había oído hablar, y otro de una película titulada The Craft, sobre el tema de los brujos adolescentes. Al lado de este último, escrito con unas letras del mismo color rosa oscuro de las rosas estivales, figuraba lo siguiente:

¡Vean al OSO de gigantescas proporciones!

Todo el MUNDO está en sus ojos.

El TIEMPO se reduce, el pasado es una adivinanza; la TORRE les espera en el centro.

—Allí —dijo Jake, señalando con el dedo—. La rosa. Mirad cómo nos espera en el centro del solar.

—Sí, es muy bonita —dijo Susannah. Después señaló el letrero que había al lado de la rosa y que miraba hacia la Segunda Avenida. Su voz y sus ojos estaban inquietos—. ¿Y eso qué?

Según decía el letrero, dos empresas -Mills Construction y Sombra Real Estate- iban a participar en algo llamado Urbanización Turtle Bay y los edificios se iban a levantar justo en aquel lugar. ¿Cuándo? PRÓXIMAMENTE, se limitaba a decir el letrero.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo Jake—. Este letrero ya estaba aquí antes. Seguramente es tan antiguo como...

En aquel momento el ruido de un motor desgarró el aire. Desde el otro lado de la valla, en el lado del solar que daba a la calle Cuarenta y seis, unas nubes de gases de escape de un sucio color marrón ascendieron como si fueran unas señales de humo de malas noticias. De repente se abrieron los tablones de aquel lado y un enorme bulldozer rojo entró en el solar. En el asiento de arriba, con el putrefacto rostro mirándolos por encima de los mandos, estaba sentado el hombre que había secuestrado a Jake del puente sobre el río Send... su viejo compinche el Chirlas. En la parte anterior de su casco protector, echado hacia atrás, destacaban las palabras FUNDICIÓN LAMERK, escritas en negro. Por encima de ellas habían pintado un ojo

abierto.

El Chirlas bajó la hoja del bulldozer. Ésta barrió el solar en sentido diagonal, rompiendo ladrillos, pulverizando botellas de cerveza y gaseosa hasta dejarlas convertidas en una reluciente arena y arrancando destellos de las rocas. Situada directamente en su camino, la rosa inclinó su delicada cabeza.

—¡Vamos a ver si ahora hacéis alguna de vuestras estúpidas preguntas! —dijo la inoportuna aparición—. Preguntad todo lo que queráis, pedazos de mierda, ¿por qué no? ¡A vuestro viejo amigo el Chirlas le encantan las adivinanzas! Preguntad lo que queráis, que yo voy a arrollar esta cosa tan fea, la voy a aplastar, ¡vaya si lo haré! ¡Y después le volveré a pasar por encima! ¡Aplastaré la raíz y el tallo, mis pequeños pedazos de mierda! ¡Aplastaré bien aplastados la raíz y el tallo!

Susannah lanzó un grito al ver que la hoja del bulldozer escarlata se acercaba a la rosa, y Eddie se agarró a la valla. Saltaría por encima de ella, se echaría encima de la rosa, trataría de protegerla...

... pero ya era demasiado tarde. Y él lo sabía.

Levantó los ojos hacia la cosa que se carcajeaba en el asiento de arriba de la apisonadora y vio que el Chirlas había desaparecido. Ahora el hombre que estaba a los mandos era el ingeniero Bob, de Charlie el Chu-Chú.

—¡Detente! —le gritó Eddie—. ¡Detente, por el amor de Dios!

—No puedo, Eddie. El mundo ha seguido adelante y yo no puedo detenerme. Tengo que seguir adelante con él.

Mientras la sombra del bulldozer caía sobre la rosa y la hoja destrozaba uno de los postes que sostenían el letrero (Eddie observó que el PRÓXIMAMENTE se había convertido en AHORA MISMO), se dio cuenta de que el hombre que estaba a los mandos tampoco era el ingeniero Bob.

Era Rolando.

10

Eddie se incorporó en el carril de averías de la autopista, vio su aliento en el aire y sintió que el sudor ya se estaba enfriando sobre su ardiente piel. Estaba seguro de que había gritado, tenía que haber gritado, pero Susannah seguía durmiendo a su lado con la cabeza asomando por la parte superior del saco de dormir que ambos compartían, y Jake estaba roncando suavemente a la izquierda, con un brazo por fuera de las mantas alrededor de Acho. El brambo también dormía.

Pero Rolando no. Rolando estaba tranquilamente sentado en el extremo más alejado de la apagada hoguera de campamento, limpiando sus armas bajo la luz de las estrellas y mirando a Eddie.

—Una pesadilla.

No era una pregunta.

—Sí.

—¿Una visita de tu hermano?

Eddie sacudió la cabeza.

—¿La Torre entonces? ¿El campo de rosas y la Torre?

El rostro de Rolando se mantenía impasible, pero Eddie percibió el ansia sutil que siempre se advertía en su voz cuando se hablaba de la Torre Oscura. Una vez Eddie había llamado al pistolero «yonqui de la Torre», y Rolando no lo había negado.

—Esta vez no.

—Entonces ¿qué?

Eddie se estremeció.

—Hace frío.

—Sí. Gracias a tus dioses, por lo menos no llueve. La lluvia de otoño es un mal que hay que evitar siempre que se pueda. ¿De qué iba tu sueño?

Eddie seguía dudando.

—Tú nunca nos traicionarías, ¿verdad, Rolando?

—Eso nadie lo puede decir con certeza, Eddie, y yo ya he sido traidor más de una vez. Para mi gran vergüenza. Pero... creo que esos días ya terminaron. Ahora somos una sola cosa, ka-tet. Si yo traiciono a alguno de vosotros, puede que incluso al peludo amigo de Jake, me traiciono a mí mismo.

—¿Y nunca traicionarías tu búsqueda?

—¿Renunciar a la Torre? No, Eddie, eso jamás. Ahora cuéntame tu sueño.

Eddie así lo hizo, sin omitir nada. Al terminar, Rolando contempló sus armas frunciendo el ceño.

Mientras Eddie hablaba, fue como si ambos se hubieran vuelto a ensamblar.

—¿Qué significa que yo te viera al final conduciendo el bulldozer? ¿Que todavía no me fío de ti? ¿Que subconscientemente...?

—¿Es esta ciencia de la psique? ¿La extraña doctrina de que os he oído hablar a ti y a Susannah?

—Sí, creo que sí.

—Eso es una mierda —dijo Rolando en tono despectivo—. Bobadas de la mente. Los sueños o no significan nada o lo significan todo... y, cuando lo significan todo, casi siempre son mensajes de... bueno, de otros niveles de la Torre. —Miró a Eddie con astucia—. Y no todos los mensajes los envían los amigos.

—¿Algo o alguien está jugando con mi cabeza? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Lo creo posible. Pero de todos modos, tú me tienes que vigilar. No me importa que me vigilen, como tú sabes muy bien.

—Confío en ti —dijo Eddie, y la torpeza con que lo dijo confirió sinceridad a sus palabras.

Rolando parecía conmovido y casi trastornado, y Eddie se preguntó cómo era posible que hubiera pensado alguna vez que aquel hombre era un robot insensible. Puede que a Rolando le faltara un poco de imaginación, pero tenía sentimientos, vaya si los tenía.

—Hay un detalle de tu sueño que me preocupa mucho, Eddie.

—¿El bulldozer?

—La máquina, sí. La amenaza a la rosa.

—Jake vio la rosa, Rolando. Estaba bien.

Rolando asintió con la cabeza.

—En su cuando, el cuando de aquel día en particular, la rosa estaba en todo su esplendor. Pero eso no significa que lo siga estando. Si se lleva a cabo la construcción de la urbanización de la que hablaba el letrero... si viene el bulldozer...

—Hay otros mundos aparte de éstos —dijo Eddie—. ¿No lo recuerdas?

—Ciertas cosas puede que sólo existan en uno. En un donde y en un cuando. —Rolando se tendió boca arriba y contempló las estrellas—. Tenemos que proteger aquella rosa —añadió—. La tenemos que proteger a toda costa.

—Crees que es otra puerta, ¿verdad? Una puerta que se abre a la Torre Oscura.

El pistolero le miró con unos ojos que refulgían como estrellas.

—Creo que podría ser la Torre —dijo—. Y si la destruyeran...

Sus ojos se cerraron y no dijo más.

Eddie permaneció despierto hasta muy tarde.

11

El nuevo día amaneció claro, brillante y frío. Bajo la fuerte luz matutina, la cosa que Eddie había visto la víspera resultaba visible con más claridad... pero él todavía no

lograba adivinar lo que era. Otra adivinanza; ya estaba hasta la coronilla de adivinanzas.

Se la quedó mirando con los párpados entornados, protegiéndose los ojos del sol con la mano, con Susannah a un lado y Jake al otro. Rolando había regresado junto a la hoguera de campamento y estaba recogiendo su «artilla», una palabra que al parecer significaba todos sus bienes mundanos. Por lo visto no estaba preocupado por la cosa que había allí delante, o no sabía lo que era.

¿A qué distancia estaría? ¿A cincuenta kilómetros? ¿A sesenta? La respuesta parecía depender de la distancia que uno pudiera alcanzar con la vista en todo aquel llano territorio, y Eddie no conocía la respuesta. De lo que sí estaba seguro era de que Jake había estado en lo cierto por lo menos en dos cosas: en que era una especie de edificio y en que se extendía a lo largo de los cuatro carriles de la autopista. Tenía que extenderse pues de lo contrario no lo hubieran podido ver. Se hubiera perdido en la raedura... ¿verdad?

«A lo mejor, se levanta en uno de esos fragmentos abiertos... eso que Suze llama "los agujeros de las nubes". O, a lo mejor, la raedura termina antes de que nosotros lleguemos allí. O, a lo mejor, es una maldita alucinación. En cualquier caso, lo mejor que puedes hacer de momento es quitártelo de la cabeza. Nos queda un poco más de autopista por recorrer.»

Pero el edificio lo tenía atrapado. Parecía una etérea imagen de las mil y una noches en azul y oro... sólo que Eddie sospechaba que el azul había sido robado del cielo y el oro del sol recién nacido.

—¡Rolando, ven aquí un momento!

Al principio no pensaba que el pistolero accediera a hacerlo, pero entonces Rolando ató la mochila de Susannah con una correa de cuero, se pasó las manos por la región lumbar, y tras desperezarse se acercó a ellos.

—Qué barbaridad. Cualquiera diría que en este grupo nadie más que yo tiene capacidad para llevar la casa —dijo Rolando.

—Ya te echaremos una mano —dijo Eddie—, siempre lo hacemos, ¿verdad? Pero primero mira esto.

Rolando lo hizo, pero sólo dio un rápido vistazo, como si ni siquiera le apeteciera reconocerlo.

—Es cristal, ¿verdad?

Rolando le echó otro breve vistazo.

—Sé —contestó, una expresión que al parecer significaba «creo que sí, compañero».

—Allí de donde yo vengo hay muchos edificios de cristal, pero casi todos son edificios de oficinas. Esta cosa que hay allí más bien parece algo de Disney World. ¿Sabes lo que es?

—No.

—Pues entonces, ¿por qué no quieres mirarlo? —preguntó Susannah.

Rolando volvió a echar otro vistazo al lejano resplandor de luz sobre cristal, pero fue un vistazo tan rápido como los anteriores, una simple ojeada.

—Porque es una complicación —contestó Rolando— y está en nuestro camino. No hay por qué complicarse la vida antes de tiempo.

—¿Crees que hoy llegaremos allí? —preguntó Jake.

Rolando, con expresión aún impenetrable, se encogió de hombros.

—Habrá agua, si Dios quiere —dijo.

—Te podrías haber hecho millonario escribiendo tarjetas para las galletitas chinas de la buena suerte —dijo Eddie.

Esperaba una sonrisa por lo menos, pero no la hubo. Rolando se limitó a cruzar de nuevo la carretera, dobló una rodilla, se echó al hombro la bolsa y la mochila y esperó a los demás. Cuando estuvieron preparados, los peregrinos reanudaron su marcha hacia el este por la Interestatal 70.

El pistolero los guiaba, caminando con la cabeza gacha y los ojos clavados en las puntas de sus botas.

12

Rolando estuvo todo el día muy taciturno, pero a medida que se acercaban al edificio («una complicación y está en nuestro camino», había dicho), Susannah comprendió que lo de Rolando no era malhumor ni preocupación por nada que tuvieran por delante aquella noche. En realidad estaba pensando en la historia que había prometido contarles y la cuestión lo tenía más que preocupado.

Cuando hicieron un alto para la comida del mediodía, vieron con toda claridad el edificio: era un palacio con muchos torreones, al parecer construido todo él en cristal de espejo. Lo rodeaba la raedura, pero el palacio se elevaba serenamente por encima de ella y sus torreones parecían querer alcanzar el cielo. Por supuesto que resultaba muy extraño en aquella llana campiña del oeste de Kansas, pero a Susannah le parecía el

edificio más hermoso que había visto en su vida; más hermoso que el Edificio Chrysler, que ya era decir.

Cuanto más se acercaban, más le costaba contemplar otras cosas. El reflejo de las voluminosas nubes que surcaban los revestimientos y los muros azul cielo del castillo de cristal era como una espléndida ilusión... que sin embargo también tenía su solidez. Una solidez indiscutible. Parte de ella se debía probablemente a la sombra que arrojaba -que ella supiera, los espejismos no creaban sombras-, pero no toda. Simplemente existía. Susannah no tenía ni idea de lo que estaba haciendo aquel fabuloso edificio en el país de Stuckey y Hardee (por no hablar del Boing-Boing Burger), pero allí estaba. Esperaba que el tiempo le explicara el resto.

13

Acamparon en silencio, observaron cómo Rolando construía en silencio la chimenea de leña que sería su hoguera, se sentaron delante de ella en silencio y contemplaron cómo el ocaso convertía el enorme edificio de cristal en un castillo de fuego. Al principio, sus torres y almenas brillaron con un intenso fulgor rojo que después se transformó en anaranjado y posteriormente en un dorado que rápidamente se enfrió en un ocre cuando la Vieja Estrella apareció en el firmamento por encima de sus cabezas...

«No -pensó Susannah con la voz de Detta-. No es ésta, muchacha. De ninguna manera. Ésta es la estrella polar. La misma que veías en casa, sentada sobre las rodillas de papá.»

Pero descubrió que lo que ella quería era la Vieja Estrella; la Vieja Estrella y la Vieja Madre. Le extrañó echar de menos el mundo de Rolando y después se preguntó por qué. A fin de cuentas era un mundo en el que nadie la había llamado negra de mierda (por lo menos, todavía no), un mundo en el que había encontrado a alguien a quien amar... y en el que también había hecho buenos amigos. Esto último la impulsó a echarse a llorar, y entonces abrazó a Jake. Él se dejó abrazar, sonriendo, con los ojos entornados. Desde cierta distancia, desagradable pero soportable incluso sin taparse los oídos con las balas, la raedura estaba gorjeando su quejumbrosa canción.

Cuando los últimos vestigios de amarillo empezaron a desvanecerse en el castillo que tenían delante, Rolando permitió que se sentaran en el carril de viajeros de la autopista y regresó junto a la hoguera. Asó un poco más de carne de venado envuelta en hojas y distribuyó la comida. Mientras comían en silencio, Susannah observó que

Rolando apenas probaba bocado. Cuando terminaron, vieron la Vía Láctea diseminada por los muros del castillo, un reflejo de puntos luminosos que ardían como el fuego en el agua.

Al final fue Eddie quien rompió el silencio.

—No tienes por qué —dijo—. Estás disculpado. O absuelto. O lo que haga falta para que se te borre esta cara que pones.

Rolando no le hizo caso. Bebió con la bota inclinada sobre el codo, como un palurdo que bebiera licor destilado ilegalmente de una jarra, contemplando las estrellas con la cabeza echada hacia atrás. Escupió el último trago al borde del camino.

—Daría la vida por saber lo que piensas —dijo Eddie sin sonreír.

Rolando no dijo nada, pero palideció como si hubiera visto un fantasma. O lo hubiera oído.

14

El pistolero se volvió hacia Jake, quien lo miró con la cara muy seria.

—Pasé por la prueba de hombría a la edad de catorce años, el más joven de mi ka-tel, de mi clase, se podría decir, y quizás el más joven que jamás lo hubiera hecho. En parte te lo conté, Jake. ¿Lo recuerdas?

«En parte nos lo contaste a todos», pensó Susannah, pero mantuvo la boca cerrada y advirtió a Eddie con los ojos que hiciera lo mismo. Rolando no había sido él mismo en el transcurso de la narración. Teniendo a Jake vivo y muerto dentro de la cabeza, el hombre se había pasado el rato luchando contra la locura.

—Quieres decir cuando perseguías a Walter —dijo Jake—. Después del apeadero, pero antes de que yo... de que yo cayera.

—Exacto.

—Recuerdo algo, pero no mucho. Tu manera de recordar las cosas que sueñas.

Rolando asintió con la cabeza.

—Escucha pues. Esta vez te contaré más cosas, Jake, porque eres mayor que entonces. Supongo que todos lo somos.

La segunda vez, Susannah se sintió tan fascinada por la historia como la primera: cómo el muchacho Rolando había descubierto por casualidad a Marten, el asesor de su padre (el mago de su padre) en el apartamento de su madre. Sólo que nada había sido casual, naturalmente; el muchacho habría pasado por delante de la puerta de su madre echando un simple vistazo si Marten no hubiera abierto la puerta y lo hubiera invitado a

entrar. Marten le dijo a Rolando que su madre deseaba verlo, pero la contemplación de la sonrisa triste y la mirada afligida mientras ella permanecía sentada en su silla de bajo respaldo le hizo comprender al chico que él era la persona que Gabrielle Deschain menos deseaba ver en aquel momento.

El arrebol de sus mejillas y el mordisco de amor en la parte lateral de su cuello le dijo todo lo demás.

Así fue cómo Marten lo empujó a pasar por aquella temprana prueba de hombría y, empleando un arma que su maestro no esperaba -su halcón David-, Rolando derrotó a Cort, le arrebató la varita... y convirtió a Marten Broadcloak en el enemigo de su vida.

Gravemente golpeado, con el rostro tan hinchado como una máscara infantil de duende, a punto de entrar en coma, Cort había luchado contra la pérdida de conocimiento el tiempo suficiente como para ofrecer a su más reciente aprendiz un consejo de pistolero: mantente alejado de Marten algún tiempo, le dijo Cort.

—Me dijo que dejara que el relato de nuestra batalla se convirtiera en una leyenda —les dijo el pistolero a Eddie, Susannah y Jake—. Que esperara a que le creciera vello en la cara a mi sombra y hubiera perseguido a Marten en sus sueños.

—¿Seguiste su consejo? —preguntó Susannah.

—No tuve ocasión —contestó Rolando mientras su rostro se contraía en una triste y dolorosa sonrisa—. Quería pensarlo en serio, pero antes de que pudiera hacerlo cambiaron las cosas.

—Suelen hacerlo, ¿verdad? —dijo Eddie—. Vaya si lo hacen.

—Enterré a mi halcón, la primera arma que empuñaba y quizá la mejor. Y después, esta parte estoy seguro de que no te la he contado antes, Jake, bajé a la ciudad inferior. El calor de aquel verano estalló en unas tormentas de truenos y granizo, y en una habitación del piso de arriba de uno de los burdeles donde Cort solía retozar, me acosté por vez primera con una mujer.

Atizó el fuego con un palo, con aire pensativo, pareció reparar en el inconsciente simbolismo de lo que estaba haciendo y arrojó el palo, esbozando una torcida sonrisa. El palo aterrizó ardiendo sin llama junto al neumático de un Dodge Aspen abandonado, y se apagó.

—Fue bueno. El sexo fue bueno. No tan fabuloso como mis amigos y yo imaginábamos y sobre lo que hablábamos en susurros y hacíamos conjeturas, claro...

—Yo creo, cariño, que los jóvenes suelen sobrevalorar en exceso el amor comprado —dijo Susannah.

—Me quedé dormido escuchando los cantos de los imbéciles de abajo, la música del piano que los acompañaba y el rumor del granizo contra los cristales de la ventana. A la mañana siguiente me desperté con... bueno... digamos simplemente que me desperté de una manera que jamás hubiera imaginado.

Jake echó más leña al fuego. Las llamas se elevaron pintando las mejillas de Rolando y trazando medias lunas de sombras bajo sus cejas y su labio inferior. Mientras él hablaba, Susannah descubrió que casi podía ver lo que había ocurrido aquella lejana mañana que debía de oler a adoquines mojados y a aire estival suavizado por la lluvia; lo que había ocurrido en una casa de putas situada encima de una taberna de mala muerte en la ciudad inferior de Gilead, sede de la Baronía de Nuevo Canaán, una pequeña partícula de tierra de las regiones occidentales del Mundo Medio.

Un chico todavía dolorido a causa de la batalla de la víspera y recién iniciado en los misterios del sexo. Un chico que ahora aparentaba doce años y no catorce, con unas largas y espesas pestañas que le bajaban sobre las mejillas y unos párpados que cubrían unos extraordinarios ojos azules; un chico que apresaba sin fuerza en su mano el pecho de una puta mientras su bronceada muñeca, con las señales dejadas por el halcón, descansaba sobre la cubrecama. Un chico en los instantes finales del último buen sueño de su vida, que está a punto de ponerse en marcha y que caerá como cae un guijarro suelto por una empinada, abrupta y pedregosa ladera; un guijarro que al caer golpea a otro, y a otro y a otro, los cuales golpean a su vez a otros hasta que toda la ladera se pone en movimiento y la tierra tiembla a causa del fragor del corrimiento.

Un chico, un guijarro de una ladera, suelto y a punto de resbalar. Un nudo de una rama estalló en la hoguera. En algún lugar de aquel sueño de Kansas un animal aulló. Susannah contempló cómo las chispas se elevaban por delante del rostro increíblemente antiguo de Rolando y vio en aquel rostro al muchacho dormido de una mañana estival, acostado en la cama de una puta. Y después vio cómo la puerta se abría violentamente y terminaba con el último y turbado sueño de Gilead.

15

El hombre que entró y cruzó la estancia acercándose a la cama antes de que Rolando tuviera tiempo de abrir los ojos (y antes de que la mujer que estaba a su lado hubiera tenido tiempo de percatarse del ruido) era alto y delgado y vestía unos desteñidos tejanos y una polvorienta camisa azul de batista. Llevaba un sombrero gris

oscuro con una cinta de piel de serpiente. Dos viejas pistoleras de cuero descansaban sobre la parte inferior de sus caderas. Por ellas asomaban las culatas de madera de sándalo de las pistolas que el chico se llevaría algún día a unas tierras con las que el hombre de los enfurecidos ojos azules jamás podría soñar.

Rolando se puso en movimiento antes incluso de abrir los ojos, rodó hacia la izquierda y buscó a tientas lo que había debajo de la cama. Fue rápido, tan rápido que hasta dio miedo verlo, pero -esto Susannah también lo vio con toda claridad- el hombre de los tejanos desteñidos aún lo fue más. Agarró al chico por los hombros y tiró de él, sacándolo desnudo de la cama para arrojarlo al suelo. Una vez en el suelo, el chico volvió a alargar la mano con la velocidad de un rayo para tomar lo que había debajo de la cama. El hombre de los tejanos le pisó los dedos antes de que éstos pudieran agarrar el objeto.

—¡Hijo de puta! —exclamó el chico entre jadeos—. Eres un hij...

Pero ahora ya había abierto los ojos, y entonces vio que el entrometido hijo de puta era su padre.

La puta se había incorporado en la cama con los ojos hinchados y el rostro fláccido e irritado.

—¡Un momento! —gritó—. ¡Un momento, un momento! ¡No se puede entrar así sin más de esta manera, no se puede! Si me pongo a gritar...

Sin prestarle atención, el hombre se agachó, alargó la mano bajo la cama y sacó dos cintos. Cerca del extremo de cada uno de ellos colgaba un revólver enfundado. Eran grandes y sorprendentes en aquel mundo, en buena parte del cual no existían las armas de fuego, pero no tan grandes como las del padre de Rolando, y las culatas eran unas desgastadas placas metálicas y no unas piezas de madera con incrustaciones. Cuando la puta vio las armas en las caderas del invasor y las que éste sostenía en sus manos —las mismas que su joven cliente de la víspera llevaba encima hasta que ella lo acompañó al piso de arriba y lo despojó de todas las armas menos de aquella con la que ella estaba más familiarizada—, su rostro perdió la expresión de adormilada irritación y adquirió la taimada apariencia de una superviviente nata. Se levantó de la cama, cruzó la estancia y salió por la puerta antes de que su desnudo trasero hubiera tenido ocasión de contonearse brevemente bajo el sol matutino.

Ni el padre que se encontraba junto a la cama ni el hijo desnudo a sus pies en el suelo la miraron siquiera. El hombre de los tejanos extendió la mano en la que sostenía los cintos que Rolando había sacado la tarde anterior del depósito que había bajo los

barracones de los aprendices, utilizando la llave de Cort para abrir la puerta del arsenal.

El hombre sacudió los cintos delante de las narices de Rolando, como alguien hubiera podido sacudir una prenda de vestir delante del hocico del irresponsable cachorro que la ha destrozado a mordiscos. Los sacudió con tal fuera que uno de los revólveres se cayó. A pesar de su estupefacción, Rolando lo atrapó al vuelo.

—Creía que estabas en el oeste —dijo Rolando—. En Cressia. Persiguiendo a Farson y a su...

El padre le soltó un fuerte guantazo que lo envió dando tumbos a un rincón del otro lado de la estancia con un hilillo de sangre escapándose por la comisura de los labios. El primer y terrible impulso de Rolando fue el de levantar el arma que todavía sostenía en la mano.

Steven Deschain lo miró con las manos apoyadas en las caderas, leyéndole el pensamiento antes de que él hubiera acabado de formularlo. Sus labios se curvaron en una sonrisa singularmente triste que dejó al descubierto todos los dientes y casi todas las encías.

—Dispara contra mí si quieres. ¿Por qué no? Así se completará del todo este aborto. ¡Ay, dioses, cuánto me gustaría!

Rolando dejó el arma en el suelo y la apartó con el dorso de la mano. De repente, experimentó el deseo de que sus dedos no se acercaran al gatillo de un arma de fuego. Aquellos dedos ya no estaban enteramente bajo su control. Lo había descubierto la víspera, aproximadamente en el momento en que le había roto la nariz a Cort.

—Padre, ayer me sometieron a una prueba. Tomé la vara de Cort. Gané. Soy un hombre.

—Eres un imbécil —le dijo su padre. Ahora ya no sonreía y ofrecía un aspecto ojeroso y envejecido. Se sentó pesadamente en la cama de la puta, contempló los cintos que todavía sostenía en sus manos y los arrojó al suelo entre sus pies—. Eres un imbécil de catorce años, y ésta es la peor y la más irremediable clase que puede haber. —Volvió a mirar a su hijo con furia, pero a Rolando no le importó; la furia era mejor que aquella expresión de cansancio. Aquella expresión de vejez—. Sé desde tu más tierna infancia que no eres un genio, pero jamás hasta ayer había creído que fueras un idiota. ¡Mira que dejar que te manejara como a una vaca! ¡Dioses del cielo! ¡Has olvidado el rostro de tu padre! ¡Dilo!

Eso hizo que se encendiera la cólera del chico. Todo lo que había hecho la

víspera lo había hecho con el rostro de su padre claramente grabado en su mente.

—¡Eso no es cierto! —gritó desde el lugar en el que ahora estaba sentado, con el trasero desnudo en contacto con las astilladas tablas del suelo del cuchitril de la puta y la espalda apoyada contra la pared mientras el sol que penetraba a través de la ventana le acariciaba la pelusa de su bello rostro no marcado todavía por ninguna cicatriz.

—¡Vaya si es cierto, mozalbete! ¡Estúpido mozalbete! Di unas palabras de expiación si no quieres que te arranque a tiras el pellejo del...

—¡Estaban juntos! —estalló repentinamente Rolando—. ¡Tu mujer y tu ministro... tu mago! ¡Vi la señal de su boca en su cuello! ¡En el cuello de mi madre! —Alargó la mano hacia la pistola y la tomó, pero a pesar de su vergüenza y de su furia tuvo buen cuidado de que sus dedos no se acercaran al gatillo y sostuvo la pistola de aprendiz por la parte del sencillo metal sin adornos del cañón—. Hoy acabo con su vida de traidor seductor gracias a esto, y ya que tú no eres lo bastante hombre como para ayudarme, apártate a un lado por lo menos y deja que...

Uno de los revólveres de la cadera de Steven fue de su funda a su mano antes de que los ojos de Rolando vieran el movimiento. En la pequeña estancia sonó un disparo tan ensordecedor como un trueno; transcurrió un minuto largo antes de que Rolando pudiera oír el rumor de las preguntas y el alboroto de abajo. Entretanto, la pistola de aprendiz hacía rato que se le había escapado volando de la mano, dejando en su lugar una especie de hormigueo. Salió volando por la ventana y desapareció con la culata convertida en una metálica ruina, tras haber finalizado su breve papel en el largo relato del pistolero.

Rolando miró a su padre con escandalizado asombro. Steven lo miró a su vez y tardó un buen rato en hablar. Pero ahora su rostro era el mismo que Rolando recordaba desde su más tierna infancia: sereno y seguro. El cansancio y la expresión de enloquecida furia se habían disipado como la tormenta de la víspera.

—Me he equivocado en lo que he dicho y pido perdón —dijo finalmente su padre—. No olvidaste mi rostro, Rolando. Pero fuiste un imbécil... te dejaste llevar por uno que es mucho más listo de lo que tú serás en toda tu vida. Sólo por la gracia de los dioses y por obra de ka no has sido enviado al oeste y no se ha apartado a un buen pistolero más del camino de Marten... del camino de John Farson... y del camino que conduce a la criatura que los gobierna a todos. —Extendiendo los brazos, añadió—: Si te hubiera perdido, Rolando, me habría muerto.

Rolando se levantó y se acercó desnudo a su padre, el cual lo abrazó con fuerza. Cuando Steven Deschain le besó en las mejillas, Rolando se echó a llorar. Entonces Steven Deschain murmuró seis palabras al oído de Rolando.

16

—¿Cómo? —preguntó Susannah—. ¿Qué seis palabras?

—«Lo sé desde hace dos años» —contestó Rolando—. Eso es lo que me susurró al oído.

—¡Dios bendito! —exclamó Eddie.

—Me dijo que yo no podía volver al palacio, y que si lo hacía moriría al anochecer. Me dijo: «Has nacido para seguir tu destino a pesar de todo lo que Marten pueda hacer; sin embargo, ha jurado matarte antes de que te conviertas en un problema para él. Al parecer, tanto si has ganado la prueba como si no, tienes que abandonar Gilead. Aunque sólo durante algún tiempo te irás al este en lugar de al oeste. Pero yo no sería capaz de enviarte solo o sin un propósito determinado.» Después añadió, como si fuera algo que se le acabara de ocurrir: «O con un par de tristes revólveres de aprendiz.»

—¿Con qué propósito? —preguntó Jake. Estaba claro que el relato lo había cautivado; sus ojos brillaban casi tanto como los de Acho—. ¿Y con qué amigos?

—Éstas son las cosas que vais a oír ahora —contestó Rolando— y la manera en que me juzguéis vendrá a su debido tiempo.

Lanzó un suspiro -el profundo suspiro propio de un hombre que tiene una difícil tarea por delante- y arrojó más leña al fuego. Cuando se elevaron las llamas obligando a las sombras a retroceder un poco más, inició su relato. Se pasó toda aquella noche larga y extraña hablando, y no terminó la historia de Susan Delgado hasta que el sol asomó por el este, pintando el castillo de cristal de la lejanía con todos los brillantes colores de un nuevo día, los cuales se añadieron al extraño tono verdoso que era su verdadero color.

SEGUNDA PARTE

SUSAN

CAPÍTULO I

BAJO LA LUNA BESADORA

1

Un perfecto disco de plata -la Luna Besadora, tal como la llamaban en la Tierra Llena- permanecía en suspenso sobre la mellada colina situada a ocho kilómetros al este de Hambria y a quince al sur del Cañón de la Armella. Al pie de la colina aún perduraba el calor de finales de verano, todavía sofocante dos horas después de la puesta de sol, pero en lo alto de Cos era como si la Siega ya hubiera llegado con sus fuertes brisas y su gélido aire. La noche iba a ser muy larga para la mujer que allí vivía sin más compañía que la de una serpiente y un viejo gato mestizo.

«No importa –pensó-; no importa, cariño. Unas manos ocupadas son unas manos felices. Vaya si lo son.»

Esperó a que se desvaneciera el rumor de los cascos de los caballos de sus visitantes, sentada en silencio junto a la ventana de la habitación grande de la choza (sólo había otra, un dormitorio algo más grande que un armario). Musty, el gato de seis patas, se había encaramado a su hombro. Su regazo estaba lleno de luz de luna.

Los tres caballos se estaban llevando a los tres hombres, los Grandes Cazadores de Ataúdes, tal como ellos mismos se llamaban.

La mujer soltó un resoplido. Qué graciosos eran los hombres, Dios mío, pero lo más gracioso de todo era que ellos apenas lo sabían. Los hombres, con su fanfarronería y su presunción. Los hombres, tan orgullosos de sus músculos y de su capacidad de beber y comer; y tan perennemente orgullosos de sus pollas. Sí, incluso en los tiempos que corrían, en que muchos de ellos soltaban una extraña semilla averiada que sólo producía hijos aptos para ser ahogados en el pozo más próximo. Ah, pero la culpa jamás era suya, ¿verdad, cariño?

No, la culpa siempre la tenía la mujer... su vientre, su defecto. Los hombres eran unos cobardes descomunales. Unos sonrientes cobardes. Aquellos tres no habían sido distintos de lo que solían ser los hombres en general. El viejo renco era digno de ver; sus claros ojos rebosantes de curiosidad se habían clavado inquisitivamente en ella, pero ella no había visto en aquellos ojos nada con lo que no pudiera enfrentarse

llegado el caso.

¡Los hombres! No comprendía por qué razón tantas mujeres les tenían miedo. ¿Acaso los dioses no los habían creado con la parte más vulnerable de sus entrañas, colgando en el exterior de sus cuerpos como un trozo de intestino colocado fuera de su sitio? Si les pegabas una patada en aquel lugar se encogían como unos caracoles. Y si les acariciabas aquel sitio se les fundía el cerebro. Cualquiera que dudara de aquella segunda manifestación de su sabiduría no tenía más que contemplar su segundo trabajo de aquella noche, el que todavía tenía por delante. ¡Thorin! ¡El alcalde de Hambria! ¡El Guardia Mayor de la Baronía! ¡No hay peor necio que un viejo necio!

Sin embargo, ninguno de aquellos pensamientos tenía verdadero poder sobre ella ni encerraba la menor malicia, por lo menos no ahora; los tres hombres que se llamaban a sí mismos los Grandes Cazadores de Ataúdes le habían entregado una maravilla y ella la contemplaría hasta llenarse los ojos, vaya si lo haría.

Jonas, el lisiado, había insistido en que la guardara. Le habían dicho que ella tenía un lugar para aquellas cosas, aunque no es que él lo quisiera ver o quisiera ver alguno de sus escondrijos, los dioses lo libraran de ello (al oír aquel comentario, Depape y Reynolds se habían reído como enanos) y así lo había hecho ella, pero ahora que el viento ya se había tragado el rumor de los cascos de sus caballos, haría lo que le diera la gana. La chica cuyas tetas le habían robado a Hart Thorin el poco cerebro que le quedaba, aún tardaría por lo menos una hora en llegar (la vieja había insistido en que la chica abandonara la ciudad, alegando como excusa el valor purificador de aquel paseo bajo la luna, aunque en realidad lo único que ella quería era interponer un parachoques de tiempo entre sus dos citas), y en el transcurso de aquella hora haría lo que quisiera.

—Oh, qué preciosidad —murmuró. ¿Experimentó una cierta sensación de calor en aquel lugar donde se juntaban sus viejas y arqueadas piernas? ¿Una cierta humedad en el seco arroyo que allí se ocultaba? ¡Oh, dioses!—. Sí, incluso a través de la caja donde ellos la guardaron, yo percibí su belleza. Es tan bella como tú, Musty. —Tomó el gato encaramado a su hombro y lo sostuvo delante de sus ojos. El viejo gato ronroneó y acercó su cara de perro faldero a la suya. Ella le besó la nariz. El gato cerró extasiado sus lechosos ojos verdegrises—. ¡Tan requetebonita como tú, sí señor! ¡Hala!

Depositó el gato en el suelo y éste se acercó lentamente a la chimenea, donde todavía ardía perezosamente un fuego que estaba devorando esporádicamente un

tronco solitario. La cola de Musty, con la punta partida como el bifurcado rabo del demonio de un viejo dibujo, se movió hacia delante y hacia atrás en medio del apagado aire anaranjado de la estancia. La sombra que lo siguió por el suelo y trepó por la pared era un horror: una cosa que parecía un cruce de gato y araña.

La vieja se levantó y se dirigió a una especie de cama-escondrijo en la que dormía, adonde había llevado la cosa que le había entregado onas.

—Si la pierdes, perderás la cabeza —le había dicho éste.

—No temas, mi buen amigo —le había contestado ella, esbozando por encima del hombro una servil y aduladora sonrisa mientras pensaba: que los hombres eran unas criaturas necias y presuntuosas.

La vieja se acercó al pie de la cama, se arrodilló y pasó una mano por el suelo. Al hacerlo aparecieron unas líneas en la tierra, unas líneas que formaban un cuadrado. Empujó con los dedos una de aquellas líneas, que cedió a su tacto. A continuación levantó la tapa oculta (una tapa oculta de tal manera que nadie que no tuviera su tacto podría descubrir jamás) y dejó al descubierto un compartimiento de unos treinta centímetros cuadrados por sesenta de profundidad. Dentro había una caja de madera de jabí. Enroscada sobre la caja había una delgada serpiente de color verde. Cuando ella le rozó la piel, la serpiente levantó la cabeza, abrió la boca en un silencioso silbido y exhibió cuatro pares de colmillos. Dos arriba y dos abajo.

La vieja tomó la serpiente y la empezó a arrullar. Cuando acercó su rostro al suyo, la serpiente abrió todavía más la boca y el silbido se hizo audible. La vieja abrió a su vez la boca y entre sus grises y arrugados labios asomó la maloliente y amarillenta estera de su lengua. Dos gotas de veneno -suficientes para matar a todos los convidados a una cena si se hubieran mezclado con el ponche- cayeron sobre ella. La anciana tragó, sintiendo que le ardía la boca, la garganta y el pecho como si hubiera ingerido un trago de un fuerte licor. Por un instante se le desenfocó la visión de la estancia y oyó el murmullo de unas voces en la hedionda atmósfera de la choza, las voces de aquellos a quienes ella llamaba «los amigos invisibles». De sus ojos se escapó un pegajoso líquido que bajó por las trincheras que el tiempo había excavado en sus mejillas. Después lanzó un suspiro y la habitación recuperó el equilibrio. Las voces se desvanecieron.

Besó a Ermot entre sus ojos sin párpados (la hora de la Luna Besadora, pensó) y la apartó a un lado. La serpiente se deslizó bajo la cama, se enroscó y la observó mientras ella acariciaba con las palmas de las manos la tapa de la caja de madera de

jabí. La vieja percibió el temblor de los músculos de la parte superior de sus brazos y la intensificación de la sensación de calor en la región lumbar. Hacía años que no sentía la llamada del sexo, pero ahora la estaba sintiendo y no era obra de la Luna Besadora, o no lo era en buena parte.

La caja estaba cerrada y Jonas no le había entregado ninguna llave, pero eso no era nada para ella que había vivido mucho tiempo y había estudiado mucho y mantenido tratos con unas criaturas de las que casi todos los hombres, a pesar de sus pavoneos y de su jactanciosa manera de hablar, hubieran huido como del fuego de haberlas visto aunque sólo fuera fugazmente. Alargó la mano hacia la cerradura, sobre la que figuraba grabada la forma de un ojo y un lema del Alto Lenguaje (VEO QUIÉN ME ABRE) y la retiró. De repente aspiró el olor de lo que su nariz ya no percibía en circunstancias normales: moho y polvo y un colchón sucio y restos de comida consumida en la cama; olor de la ceniza mezclado con el del antiguo incienso; el olor de una vieja de ojos húmedos y (generalmente, por lo menos) chocho seco. Allí dentro no abriría la caja para contemplar la maravilla que contenía; saldría fuera, donde el aire era limpio y los únicos olores eran los de la salvia y el mezquite.

La examinaría bajo la luz de la Luna Besadora.

Rea de la Colina de Cos sacó la caja del escondrijo soltando un gruñido, se levantó con otro gruñido (éste procedente de sus regiones inferiores), se colocó la caja bajo el brazo y abandonó la estancia.

2

La choza estaba lo bastante protegida por la cumbre de la colina como para que no le llegaran las más fuertes ráfagas del viento invernal que soplaba casi incesantemente en aquellas alturas desde la Siega hasta el final de la Tierra Ancha. Un camino conducía a lo alto de la colina; bajo la luna llena, ésta parecía una zanja plateada. La anciana subió resoplando a causa del esfuerzo con el blanco cabello rodeándole la cabeza en sucios mechones y las viejas tetas oscilando de uno a otro lado bajo su negro vestido. El gato la siguió pisando su sombra sin dejar de emitir un oxidado ronroneo.

En lo alto de la colina, el viento levantó el cabello de la vieja, lo apartó de su rostro y le llevó el quejumbroso susurro de la raedura que se había abierto camino hasta el extremo más alejado del Cañón de la Armella. Sabía que era un sonido que no gustaba a casi nadie, pero a ella le encantaba; para Rea de Cos era como una canción de cuna.

La luna surcaba el cielo y las sombras de su brillante piel dibujaban los rostros de los amantes que se besaban... eso siempre y cuando uno creyera lo que decían los imbéciles de abajo. Los imbéciles de abajo veían en cada luna llena un rostro distinto o una serie de rostros distintos, pero la vieja bruja sabía que sólo había uno: el rostro del demonio. El rostro de la muerte.

Sin embargo, ella jamás se había sentido más viva.

—Pero qué preciosa eres —murmuró, acariciando la cerradura con sus deformes dedos. Un ligero resplandor rojizo apareció entre sus abultados nudillos, y se oyó un clic. Respirando fuertemente como una mujer que acabara de participar en una carrera, dejó la caja en el suelo y la abrió.

Una luz de color rosa, más apagada que la de la Luna Besadora pero infinitamente más bella, se derramó al exterior. La luz tocó el devastado rostro inclinado sobre la caja y, por un instante, lo convirtió de nuevo en el rostro de una muchacha.

Musty olfateó el aire y se estiró hacia delante con las orejas echadas hacia atrás y los viejos ojos rodeados de rosada luz. Rea se sintió inmediatamente celosa.

—¡Largo de aquí, bobo, eso no es para los bichos como tú!

Le dio un manotazo y Musty se apartó sibilando como una tetera y se retiró hecho una furia a la elevación que señalaba la cumbre de la Colina de Cos. Allí permaneció sentado, lamiéndose una pata con aparente desdén mientras el viento le peinaba incesantemente el pelaje.

En el interior de la caja había una bola de cristal llena de una rosada luz que fluía en suaves pulsaciones semejantes a los latidos de un corazón satisfecho.

—Eres un encanto —musitó Rea, sacándola de la caja. Después la sostuvo delante de ella para que su pulsante fulgor le recorriera el arrugado rostro como una lluvia.

—¡Estás viva, vaya si lo estás!

De repente, el color del interior de la bola se oscureció, tornándose escarlata. La vieja sintió en sus manos una monótona vibración semejante a la de un motor muy potente y volvió a experimentar la sorprendente humedad entre sus piernas, aquella especie de reflujo de marea que creía perdido desde hacía mucho tiempo.

Después cesó la vibración y la luz de la bola pareció abrirse como los pétalos de una flor. En su lugar quedó un rosado resplandor, del que surgieron tres jinetes. Al principio creyó que eran los hombres que le habían llevado la bola, Jonas y los otros. Pero no, éstos eran más jóvenes, más jóvenes incluso que Depape, el cual tenía unos

veinticinco años. El de la izquierda del trío tenía algo que parecía el cráneo de un pájaro fijado al arzón de su silla de montar... extraño, pero cierto. Este jinete y el de la derecha desaparecieron como por efecto del poder de la bola y sólo quedó el de en medio. Al ver los tejanos y las botas que llevaba, el sombrero de ala plana que le ocultaba la mitad superior del rostro y la soltura con que montaba a caballo, la vieja pensó alarmada: «¡Es el pistolero que ha venido al este desde las Baronías Interiores, quizá desde la mismísima Gilead! » Pero no hubiera hecho falta que viera la mitad superior del rostro del jinete para comprender que era poco más que un chiquillo que no llevaba pistolas en las caderas. Aun así, no creía que el chico se hubiera presentado allí desarmado. Si pudiera verlo un poco mejor...

Se acercó la bola casi hasta la punta de la nariz y musitó:

—¡Más cerca, cariño! ¡Un poquito más cerca!

No sabía qué esperar -no había nada que pareciera lo más probable-, pero la figura se acercó en el interior del oscuro círculo de la bola. Se acercó casi nadando como un caballo y un jinete bajo el agua, y entonces ella vio que llevaba en la espalda un carcaj de flechas. Delante de él, lo que había en el arzón de la silla no era un cráneo de pájaro sino un arco. A la derecha de la silla, en el lugar donde un pistolero hubiera podido llevar un rifle en una funda, se veía el asta emplumada de una lanza. No era un miembro del Pueblo Antiguo, su rostro no tenía en absoluto aquel aspecto... pero aun así, la vieja tampoco creía que perteneciera al Arco Exterior.

—Pero ¿quién eres tú, bobo? —preguntó en voz baja—. ¿Y cómo te conoceré? ¡Llevas el sombrero tan encasquetado que no puedo verte los malditos ojos! Por el caballo quizás... o quizá por el... ¡largo de aquí, Musty! ¡No me molestes! ¡Fuera!

El gato había abandonado su lugar de vigilancia y se estaba restregando contra los viejos e hinchados tobillos de la vieja, maullando con una voz todavía más oxidada que su ronroneo. Cuando ella le soltó un puntapié, Musty lo esquivó ágilmente... pero regresó de inmediato y volvió a mirarla con ojos aturdidos mientras emitía unos suaves maullidos.

Rea volvió a soltarle un puntapié tan inútil como el primero y contempló una vez más la bola. El caballo y su interesante y joven jinete habían desaparecido. La luz rosada también había desaparecido. Ahora la vieja sostenía en sus manos una bola de cristal muerta cuya única luz era el reflejo de la luna.

Las ráfagas de viento ceñían el vestido contra la ruina de su cuerpo. Musty, impertérrito ante los débiles puntapiés de su ama, se acercó con la velocidad de un

rayo y volvió a restregarse contra sus tobillos sin dejar de maullar.

—Ya está, ¿ves lo que has hecho, saco de pulgas y enfermedades? La luz ha desaparecido, justo cuando yo...

De pronto oyó un sonido procedente del camino de carros que subía hasta su cabaña y comprendió por qué Musty se había comportado de aquella manera. Lo que oía eran unos cantos. Oía a la chica. La chica llegaba temprano.

Haciendo una horrible mueca -no soportaba que la pillaran por sorpresa, y la señorita de allí abajo lo pagaría caro- se inclinó y volvió aguardarla bola en la caja. La caja tenía un forro de seda acolchada y la bola encajaba en ella con tanta precisión como el huevo del desayuno de Su Señoría. Desde abajo -el maldito viento debía de haber soplado muy fuerte, de lo contrario ella lo hubiera oído antes-, seguía llegando el canto de la chica, ahora más cerca que nunca:

Amor, oh, amor, oh, amor desconsiderado,
¿No ves lo que ha hecho tu desconsiderado amor?

—Ya te daré yo a ti un amor desconsiderado, puta virgen —dijo la vieja. Percibía el agrio tufo del sudor de sus axilas, pero la otra humedad se había vuelto a secar—. ¡Ya te daré yo el pago que mereces por haber venido a ver demasiado temprano a la vieja Rea, verás tú!

Pasó los dedos por la cerradura de la parte anterior de la caja, pero ésta no se cerró. Pensó que, en su afán por abrirla, habría roto algún mecanismo de su interior al utilizar el contacto de sus manos. El ojo y el lema parecían burlarse de ella: VEO QUIÉN ME ABRE. Lo podría arreglar en un santiamén, pero en aquellos momentos no disponía ni de un santiamén.

—¡Puta pelmaza! —gimoteó, levantando brevemente la cabeza hacia la voz cada vez más cercana (¡ahora ya la tenía casi allí y con cuarenta y cinco minutos de adelanto!).

Después cerró la tapa de la caja. Le dolió tener que hacerlo pues la bola estaba cobrando nuevamente vida y llenándose de rosado resplandor, pero ahora no había tiempo para mirar ni para soñar. Más tarde quizá, cuando el objeto de la indecorosa y tardía lujuria de Thorin se hubiera ido.

«Debes abstenerte de hacerle a la chica cualquier cosa que sea demasiado horrible -se advirtió a sí misma-. Recuerda que está aquí por él, y por lo menos no es

una de estas inexpertas muchachas con la cabeza a pájaros y un novio que se hace el estrecho ante la idea del matrimonio. Eso es obra de Thorin, ésta es la hembra en la que él piensa cuando la muy bruja de su mujer duerme y él se agarra con la mano y empieza el ordeño de la noche; es obra de Thorin y éste tiene la ley de su parte y ostenta el poder. Además, lo que hay en esta caja es asunto de su hombre y, si Jonas descubriera que lo has visto... que lo has utilizado...»

Ya, pero no hay cuidado. Entretanto, la posesión equivale a nueve décimas partes de la ley, ¿verdad?

Se colocó la caja bajo el brazo, se sujetó la falda con la otra mano y regresó corriendo por el camino a la choza. Aún podía correr en caso necesario, aunque muy pocos lo creyeran.

Musty corría pisándole los talones, brincando con la hendida cola levantada y las patas de más saltando arriba y abajo bajo la luz de la luna.

CAPÍTULO II

LA DEMOSTRACIÓN DE LA HONRA

1

Rea entró en la choza, pasó por delante del fuego medio apagado y se detuvo en la puerta de su minúsculo dormitorio, alisándose nerviosamente el cabello con la mano. La muy puta no la había visto en el exterior de la choza, de lo contrario hubiera dejado de cantar, o por lo menos hubiera titubeado, y eso era bueno, pero el jodido escondrijo se había vuelto a cerrar y eso era malo. Tampoco tenía tiempo de volver a abrirlo. Rea se acercó corriendo a la cama, se arrodilló y empujó la caja hacia las sombras de allí abajo.

Sería más que suficiente hasta que Susy Faldaverde se largara. Sonriendo con el lado derecho de la boca (el izquierdo lo tenía en buena parte congelado), Rea se levantó, alisándose el vestido, y salió para acudir al encuentro de su segunda cita de aquella noche.

2

La tapa de la caja se levantó tan sólo un par de centímetros, pero fue suficiente para que se escapara una franja de pulsante luz rosada.

3

Susan Delgado se detuvo a unos cuarenta metros de la choza de la bruja mientras el sudor se le helaba en los brazos y en la nuca. ¿Acababa de ver a una vieja (sin duda la que ella había acudido a visitar), recorriendo a toda prisa el último trecho del camino que bajaba desde la cumbre de la colina? Creía que sí.

No dejes de cantar... cuando una anciana corre de esta manera, es que no quiere que la vean. Si dejas de cantar, sabrá que la han visto.

Por un instante, Susan creyó que se detendría de todos modos, que su memoria se cerraría como una mano sobresaltada y se negaría a darle otra estrofa de la vieja canción que había entonado desde su más tierna infancia. Pero le vino a la memoria la siguiente estrofa y siguió cantando (no sólo con la voz sino también con los pies):

Antes mis cuitas estaban muy lejos. Sí, antes mis cuitas estaban muy lejos. Ahora de mí se ha apartado mi amor, y en mi corazón sólo queda el dolor.

Puede que no fuera una canción muy apropiada para una noche como aquélla, pero su corazón iba a lo suyo sin preocuparse demasiado por lo que pensaba o quería su cabeza; siempre había hecho lo mismo. Tenía miedo de andar por allí bajo la luz de la luna cuando decían que los hombres lobos salían a pasear, tenía miedo del asunto que se llevaba entre manos y de lo que aquel asunto significaba. Y sin embargo, cuando había llegado al Gran Camino que salía de Hambria y su corazón le había exigido correr, ella había corrido bajo la luz de la Luna Besadora y, sujetándose la falda por encima de las rodillas, había galopado como un pony mientras su sombra galopaba a su lado. Había corrido a lo largo de más de un kilómetro y medio hasta sentir un hormigueo en todos los músculos del cuerpo y que el aire que le entraba por la garganta sabía cono un dulce líquido caliente. Y al llegar al camino que subía hasta aquel siniestro y elevado lugar, se había puesto a cantar porque así se lo había exigido su corazón. Y ella creía que en el fondo no había sido mala idea; si no otra cosa, por lo menos había mantenido a raya sus peores inquietudes. Cantar era bueno, por lo menos para eso.

Ahora llegó al final del camino cantando el estribillo de Amor desconsiderado. Al pisar la débil luz que salía de la puerta abierta y que iluminaba el porche de la entrada, una áspera voz de cuervo le espetó desde las sombras:

—¡Deja tus berridos, señorita! ¡Se me clavan en el cerebro como un anzuelo de pescar!

Susan, a quien durante toda su vida le habían dicho que tenía una voz muy bonita, un regalo de su abuela sin duda, enmudeció, súbitamente avergonzada, y permaneció de pie en el porche de la entrada con las manos cruzadas sobre el delantal. Debajo del delantal llevaba su segundo mejor vestido (sólo tenía dos). Y, debajo de éste, el corazón le palpitaba con fuerza.

Un gato -una cosa horrible con dos patas de más que asomaban en sus costados como unos tenedores de tostar- fue el primero en salir a la puerta. La miró como si la estuviera calibrando, y después torció el gesto en una expresión de desprecio pavorosamente humana. Le soltó un silbido y se perdió rápidamente en la oscuridad.

«Bueno, pues, que tengas muy buenas noches», pensó Susan.

La vieja a la que ella había sido enviada salió a la puerta. Miró a Susan de arriba abajo con la misma expresión de impasible desprecio de su gato, y retrocedió.

—Pasa. Y cierra bien la puerta. ¡El viento tiene la mala costumbre de abrirla, ya lo

verás!

Susan entró en la choza. No quería encerrarse en aquella maloliente habitación con la vieja, pero la vacilación era siempre un error cuando no había más remedio que hacer algo. Eso le había dicho su padre, tanto si la cuestión eran unas sumas y unas restas como si se trataba de mantener a raya a los chicos en los bailes populares cuando sus manos se volvían excesivamente atrevidas. Empujó con firmeza la puerta y oyó cerrarse la aldaba.

—Conque ya estás aquí —dijo la vieja, esbozando una grotesca sonrisa de bienvenida.

Era una sonrisa de esas que inducen a una chica, por muy valiente que sea, a recordar los cuentos del cuarto de los niños, los cuentos invernales sobre viejas desdentadas e hirvientes calderas llenas de líquido de color verde sapo. En aquella habitación no había ninguna caldera sobre el fuego (y el fuego tampoco era gran cosa, en opinión de Susan) pero ella dedujo que quizás en otro momento la había habido y mejor no pensar en las cosas que contenía. Susan tuvo la certeza de que aquella mujer era una auténtica bruja y no una anciana corriente que se hacía pasar por tal en cuanto vio a Rea corriendo hacia su choza seguida del gato malformado. Era algo que casi se captaba en el aire, como el tufo que despedía la piel de la bruja.

—Sí—dijo ella sonriendo. Procuró que su sonrisa resultara alegre y despreocupada—. Aquí estoy.

—Pronto has venido, encanto. ¡Muy pronto! ¡Ji, ji!

—Parte del camino lo he hecho corriendo. Supongo que la luna me entró en la sangre. Eso es lo que hubiera dicho mi padre.

La horrible sonrisa de la vieja se ensanchó hasta convertirse en algo que a Susan le hizo recordar la manera en que a veces parecían sonreír las anguilas después de muertas, antes de que las echaran a la cazuela.

—Sí, pero hace ya años que murió Pat Delgado, el del cabello y la barba pelirrojos; su caballo le arrebató la vida y él entró en el claro del final del camino con la música de sus huesos rotos sonando todavía en sus oídos.

La sonrisa nerviosa se borró del rostro de Susan como si alguien la hubiera hecho desaparecer de un manotazo. Sintió que las lágrimas le escocían en el fondo de los ojos, como le ocurría siempre cuando oía mencionar el nombre de su padre. Pero no dejaría que se derramaran. No lo permitiría en presencia de aquella vieja bruja despiadada.

—Terminemos de una vez este asunto —dijo en un tono de voz seco muy distinto del que habitualmente utilizaba; su voz solía ser alegre, jovial, como si siempre estuviera dispuesta a pasarlo bien.

Pero ella era la hija de Pat Delgado, la hija del mejor caballerizo que jamás hubiera trabajado en la Pendiente Occidental, y recordaba muy bien su rostro; podía actuar con más fuerza cuando era necesario, y en aquel caso estaba claro que lo era. La vieja tenía intención de alargar la mano y rascar todo lo que pudiera, y cuanto más fructíferos viera que eran sus esfuerzos tanto más empeño pondría en redoblarlos.

Entretanto, la vieja bruja estaba estudiando con expresión taimada a Susan, con las manos de abultados nudillos apoyadas en las caderas mientras el gato se restregaba contra sus tobillos. Le lagrimeaban los ojos, pero Susan pudo ver de ellos lo suficiente como para darse cuenta de que eran del mismo color verdegris que los del gato y para preguntarse qué clase de siniestra magia debía de ser aquélla. Aunque sintió el imperioso impulso de bajar los ojos, no lo hizo. Tener miedo estaba bien, pero a veces el hecho de darlo a entender no era muy buena idea.

—Me miras con descaro, señorita —le dijo Rea al final.

Su sonrisa estaba dando paso lentamente a un irritado fruncimiento del ceño.

—No, abuela —contestó serenamente Susan—. La miro tan sólo como alguien que quiere resolver el asunto por el que ha venido y marcharse. He venido obedeciendo el deseo de Milord Alcalde de Mejis y el de mi tía Cordelia, la hermana de mi padre. De mi querido padre, de quien no permito que se hable mal.

—Yo hablo corno hablo —dijo la vieja. Las palabras pretendían quitar trascendencia a la cuestión, pero en la voz de la bruja se advertía un vestigio de adulador servilismo. Susan no le dio importancia; probablemente era un tono de voz que la mujer llevaba utilizando toda la vida y le salía tan espontáneo como respirar—. Vivo sola desde hace mucho tiempo sin más dueña que mi propia persona y, cuando empieza, mi lengua va por donde quiere.

—En tal caso, a veces es mejor no permitir que empiece. En los ojos de la vieja se encendió un destello de furia.

—¡Reprime la tuya, niña bonita, si no quieres que se te muera en la boca, donde se pudrirá y hará que el alcalde lo piense dos veces antes de besarte cuando perciba el pestazo, incluso bajo una luna tan hermosa como ésta!

El corazón de Susan se llenó de angustia y perplejidad. Había acudido allí con un solo propósito: resolver el asunto cuanto antes, un rito apenas explicado que quizá

fuera doloroso y que sin duda sería vergonzoso. Y ahora aquella vieja la estaba mirando con un odio absoluto y total. ¿Cómo era posible que las cosas se hubieran estropeado de una manera tan repentina? ¿O acaso siempre ocurría lo mismo con las brujas?

—Hemos empezado muy mal, señora... ¿Podemos volver a empezar por el principio? —preguntó súbitamente Susan, tendiéndole la mano a la vieja.

La bruja pareció sorprenderse, pero alargó la mano para establecer un breve contacto, rozando con las arrugadas yemas de sus dedos los dedos de la mano de la muchacha de dieciséis años que permanecía delante de ella con su resplandeciente rostro de clara tez y el largo cabello trenzado a la espalda. Susan tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para que su rostro no se torciera en una mueca al percibir el contacto, pese a su brevedad. Los dedos de la vieja estaban tan fríos como los de un cadáver, pero Susan ya había tocado dedos fríos otras veces («Manos frías, corazón caliente», decía a veces tía Cord). Lo realmente desagradable estaba en la textura, la sensación de la fláccida, fría y esponjosa carne sobre los huesos, como si la mujer a la que estaban pegados se hubiera ahogado y hubiese permanecido mucho tiempo en el fondo de un estanque.

—No, no, no se puede volver a empezar —dijo la vieja—, pero puede que sigamos adelante mejor de lo que hemos empezado. Tienes a un amigo muy poderoso en el alcalde y no me gustaría tenerlo por enemigo.

Por lo menos es honrada, pensó Susan, pero después no pudo por menos que reírse de sí misma. Aquella mujer debía de ser honrada sólo cuando no tenía más remedio que serlo; abandonada a sus propios recursos y deseos, debía de mentir sobre cualquier cosa, el tiempo, las cosechas, el vuelo de los pájaros que venían a la Siega.

—Has venido antes de lo que yo esperaba y me he puesto de mal humor, eso es lo que ha ocurrido. ¿Me traes algo, señorita? ¡Apuesto a que sí!

Sus ojos se volvieron a encender, pero esta vez no de furia.

Susan buscó debajo de su delantal (qué estupidez llevar un delantal para hacer un recado en la parte de atrás de ningún lugar, pero eso era lo que exigía la costumbre) y en el interior de su bolsillo. Allí, atada con un cordel para que no se perdiera (por culpa de unas jovenzuelas que pudieran echar repentinamente a correr bajo la luz de la luna) estaba la bolsa de tela. La muchacha la depositó en la palma de la mano extendida que tenía delante, una palma tan gastada que las líneas que ahora la

marcaban eran poco más que unos espectros. Tuvo buen cuidado de no volver a tocar a Rea... a pesar de que la anciana la volvería a tocar a ella, y muy pronto.

—¿Es el rumor del viento el que te hace temblar, señorita? —preguntó Rea, pero Susan adivinó que su mente estaba casi enteramente centrada en la bolsita mientras sus dedos trataban de deshacer el nudo del cordel que la cerraba.

—Sí, es el viento.

—Como debe ser. Lo que se oye en el viento son las voces de los muertos, y cuando gritan tanto es porque sienten añoranza ...¡Ah!

La vieja había conseguido deshacer el nudo. Al aflojar el cordel le cayeron dos monedas de oro en la palma de la mano. Eran muy toscas e irregulares -hacía muchas generaciones que no se acuñaban monedas como aquéllas-, pero pesaban mucho y las águilas grabadas en ellas poseían un cierto poder. Rea se acercó una a la boca, abrió los labios dejando al descubierto sus espantosos dientes y la mordió. La bruja contempló las pequeñas depresiones que sus dientes habían dejado en el oro. Tras unos segundos de contemplar extasiada las monedas, cerró fuertemente la mano sobre ellas.

Mientras Rea había estado contemplando las monedas, Susan miró por casualidad hacia la puerta abierta de la izquierda y hacia el interior de lo que ella imaginaba que sería el interior del dormitorio de la bruja. Y allí vio algo extraño e inquietante: una luz bajo la cama. Una rosada y palpitante luz que parecía proceder de una especie de caja, aunque ella no podía...

La bruja levantó la mirada y Susan se apresuró a desviar los ojos hacia un rincón de la estancia, donde había un gancho del que colgaba una red que contenía tres o cuatro extraños frutos blancos. Cuando la vieja se apartó y su enorme sombra se alejó danzando de aquella zona de la pared, Susan vio que no eran frutos sino cráneos. Entonces experimentó una sensación de náuseas.

—Hay que echar leña al fuego, señorita. Rodea la casa y tráete una brazada de leña. Necesitamos unos buenos troncos, y no protestes diciendo que no puedes acarrearlos. Se ve enseguida que eres una chica fuerte.

Susan, que había dejado de protestar acerca de las tareas que se le encomendaban, aproximadamente desde que dejó de mearse en los pañales, no dijo nada... aunque se le pasó por la cabeza la idea de preguntarle a Rea si a todos los que le llevaban el oro les exigía que le acarrearan la leña. En realidad le daba igual; el aire del exterior le sabría a vino en comparación con el nauseabundo olor de la choza. Ya

casi había alcanzado la puerta cuando su pie rozó algo cálido y flexible. El gato soltó un maullido. Susan dio un traspié y estuvo a punto de caer. A su espalda, la vieja soltó una serie de entrecortados sonidos y jadeos que Susan identificó finalmente como una carcajada.

—¡Cuidado con Musty, cariño! ¡Es muy juguetón! ¡Y a veces también muy guasón! —dijo la bruja, soltando otra risotada.

El gato miró a Susan con los ojos verdegrises muy abiertos y las orejas echadas hacia atrás. Después soltó un silbido. Y Susan, sin darse cuenta de lo que iba a hacer hasta que ya estaba hecho, le contestó con otro silbido. La mirada de asombro de Musty fue tan pavorosa y cómicamente humana como su expresión de desprecio. El animal dio media vuelta y huyó al dormitorio de Rea, agitando la bifurcada cola. Susan abrió la puerta para ir a por la leña. Tenía la sensación de llevar allí mil años y de que tendrían que transcurrir otros mil antes de que pudiera regresar a casa.

4

El aire era tan dulce como ella esperaba, o incluso más; por un instante se limitó a permanecer en el porche, aspirando con fruición para limpiarse los pulmones... y la mente.

Tras haber hecho cinco profundas inspiraciones se puso en marcha. Rodeó la casa... pero al parecer se había equivocado de lado pues allí no había ningún montón de leña. Lo que sí había era una especie de estrecha ventana medio enterrada en medio de una fea y desagradable enredadera. Se encontraba hacia la parte posterior de la casa y posiblemente correspondía al cuartito donde dormía la vieja.

«No mires ahí dentro, lo que tenga debajo de la cama no es asunto tuyo, además como te pille...»

A pesar de sus propias advertencias se acercó a la ventana y miró.

No era probable que Rea pudiera ver el rostro de Susan a través de la tupida hiedra aunque mirara en aquella dirección, pero además no miraba. Se había puesto de rodillas, sujetando el cordel de la bolsa con los dientes, y estaba metiendo el brazo bajo la cama.

Sacó una caja y levantó la tapa que ya estaba abierta. Su rostro quedó inundado por un suave resplandor rosado, y Susan emitió un jadeo. Por un instante, el rostro de la vieja se convirtió en el de una joven, aunque lleno no sólo de juventud sino también de crueldad, un rostro de joven testaruda firmemente dispuesta a aprender toda suerte

de cosas malas por toda suerte de motivos equivocados. La luz parecía proceder de una especie de bola de cristal.

La vieja la contempló un buen rato, con los ojos muy abiertos y una expresión fascinada. Sus labios se movían como si le estuviera hablando o quizá cantando; el cordel de la bolsita que Susan le había traído de la ciudad colgaba todavía de la boca de la bruja y se movía arriba y abajo mientras hablaba. Después, al parecer con un gran esfuerzo, la vieja cerró la caja y la rosada luz se quedó dentro. Susan lanzó un suspiro de alivio... allí había algo que no le gustaba.

La vieja colocó la mano sobre la cerradura de plata que había en el centro de la tapa y un fugaz fulgor escarlata se escapó de entre sus dedos, mientras la bolsita seguía colgando de su boca. A continuación depositó la caja encima de la cama, se arrodilló y empezó a pasar las manos por la tierra del suelo, junto a los pies de la cama. A pesar de que sólo tocaba la tierra con las palmas de las manos, aparecieron en ella unas líneas como si hubiera utilizado un instrumento de dibujo. Después las líneas se oscurecieron, convirtiéndose en una especie de surcos.

«¡La leña, Susan! ¡Ve a por la leña antes de que se dé cuenta de lo mucho que estás tardando! ¡Hazlo por el amor de tu padre!»

Susan se levantó la falda del vestido hasta la cintura -no quería que la vieja viera hojas o tierra en su ropa cuando volviera a entrar en la choza ni responder a las preguntas que aquellas manchas pudieran suscitar cuando las viera- y pasó agachada por debajo de la ventana con sus blancas bragas de algodón iluminadas por la luz de la luna. Tras haber dejado atrás la ventana, se incorporó y corrió silenciosamente al otro lado de la choza. Allí encontró un montón de leña cubierto por un viejo y mohoso pellejo. Tomó media docena de gruesos troncos y regresó a la parte anterior de la choza, llevándolos en brazos.

Cuando entró de lado para poder pasar por la puerta sin que le cayera ningún tronco, la vieja ya se encontraba de nuevo en la estancia principal contemplando con expresión ensimismada la chimenea, donde ahora apenas quedaban unos rescoldos. De la bolsita ya no se veía ni rastro.

—Cuánto has tardado, señorita —dijo Rea sin apartar los ojos de la chimenea, como si Susan no tuviera la menor importancia... pero uno de sus pies estaba golpeando el suelo bajo la sucia orla de su vestido y tenía el ceño fruncido.

Susan cruzó la habitación, mirando con cautela por encima de la leña que sostenía en sus brazos mientras caminaba. No le hubiera extrañado lo más mínimo ver

al gato acechando allí cerca para hacerle dar un traspié.

—He visto una araña —dijo—. Sacudí el delantal para que se fuera. No las soporto.

—Muy pronto verás algo que todavía te gustará menos —dijo Rea, esbozando su curiosa sonrisa torcida—. ¡Saldrá de la camisa de dormir del viejo Thorin tan tieso como un palo y tan colorado como el ruibarbo! ¡Ji, ji! Espera un momento, chica. Qué barbaridad, has traído leña suficiente para una hoguera de un día de feria.

Rea tomó dos gruesos troncos del montón de Susan y los echó con aire indiferente sobre los rescoldos. Unas pavesas se elevaron hacia el oscuro cañón de la chimenea con un ligero chisporroteo. «Ahora has desperdigado lo que quedaba del fuego, vieja estúpida, y probablemente tendremos que volver a encenderlo», pensó Susan. Rea alargó entonces la mano hacia la chimenea, pronunció una palabra con voz gutural y los troncos se encendieron como si estuvieran impregnados de aceite.

—Deja el resto allí —dijo la vieja, señalándole la caja de la leña—. Y procura no ensuciar el suelo, señorita.

«Vaya, ni que eso estuviera como una patena», pensó Susan. Se mordió la parte interior de las mejillas para evitar que se le escapara la risa que pugnaba por salir de sus labios.

Pero Rea lo debió de adivinar, pues cuando Susan volvió a enderezar la espalda la miró con una expresión hosca y perspicaz.

—Bueno, señora, vamos a nuestro asunto y terminemos de una vez. ¿Sabes por qué estás aquí?

—Estoy aquí por deseo del Alcalde Thorin —contestó Susan, sabiendo que aquélla no era la verdadera respuesta. Ahora tenía miedo, más que cuando había mirado por la ventanita y había visto a la vieja arrullando a la bola de cristal—. Su mujer se ha vuelto estéril porque se le ha terminado la regla, y él quiere tener un hijo antes de que tampoco pueda...

—Calla y ahórrame todas estas memeces y estas bonitas palabras. Quiere unas tetas y un trasero que no se le deshagan en las manos, y una caja que agarre lo que él meta dentro. Siempre y cuando sea todavía lo bastante hombre como para empujar, claro. Si de eso sale un hijo, muy bien, te lo entregará a ti para que lo cuides y lo críes hasta que tenga edad suficiente para ir a la escuela, y entonces ya no lo volverás a ver. Si es una niña, lo más seguro es que te la quite y se la entregue a su nuevo hombre, el cojo del cabello de muchacha, para que la ahogue en el más cercano revolcadero de

ganado.

Susan la miró, presa de un inmenso sobresalto.

Al ver su mirada, la vieja se echó a reír.

—No te gusta cómo suena la verdad, ¿no es cierto? A casi nadie le gusta, señorita. Pero eso no es de aquí ni de allí; tu tita siempre ha sido muy lista y le habrá sacado a Thorin y al tesoro de Thorin todo el jugo que ha podido. El oro que puedas sacar de ello no es mío, ni tampoco será tuyo como no te andes con cuidado. ¡Ji, ji! ¡Quítate este vestido!

«No quiero», fue lo primero que le vino a los labios, pero entonces, ¿qué? ¿Ser expulsada de aquella choza (no convertida en un lagarto o un sapo saltarín sería probablemente la mejor suerte que podría esperar) y enviada al este tal como ahora estaba, sin ni siquiera las dos monedas de oro que había llevado allí arriba? Y eso no era lo importante de la cuestión. Lo más importante era que había dado su palabra. Al principio se había resistido, pero cuando tía Cord invocó el nombre de su padre, había cedido. Como siempre. En realidad no tenía otra alternativa. Y cuando no había más remedio que hacer una cosa, la vacilación siempre era un error.

Se alisó la parte anterior del delantal en la que habían quedado adheridos algunos restos de cortezas y se lo quitó. Una vez doblado lo puso sobre un sucio y pequeño almohadón para apoyar los pies que había junto a la chimenea y se desabrochó el vestido hasta la cintura. A continuación se lo quitó y lo puso encima del delantal, procurando no prestar atención a la ávida mirada con que Rea de Cos la estaba contemplando bajo la luz del fuego de la chimenea. El gato cruzó muy despacio la estancia con sus grotescas patas de más brincando en sus costados y se sentó a los pies de Rea. La chimenea daba mucho calor, pero Susan tenía frío, como si el viento le hubiera penetrado en el cuerpo.

—¡Date prisa, chica, por tu padre!

Susan se quitó la camisola por la cabeza, la depositó doblada encima de su vestido y se quedó en bragas, con los brazos cruzados sobre el pecho. El fuego pintaba de cálido anaranjado los puntos más destacados de sus muslos, y unos negros círculos de sombras en los tiernos pliegues de la parte posterior de sus rodillas.

—¡Y todavía no estás desnuda! —dijo la vieja bruja, soltando una carcajada—. ¡Pero qué finas somos! ¡Hay que ver lo requetefinas que somos! ¡Quítate las bragas, señora, y quédate tal como saliste de tu madre! Aunque entonces no tenías tantas cosas buenas que pudieran interesar a los hombres como Hart Thorin, ¿verdad? ¡Ji, ji!

Como si estuviera atrapada en una pesadilla, Susan hizo lo que le mandaban. Con el pubis al aire, le pareció una estupidez mantener los brazos cruzados y los bajó a los costados.

—Bueno, no me extraña que te quiera —dijo la vieja—. No cabe duda de que eres muy guapa. ¿Verdad, Musty? El gato soltó un maullido.

—Llevas tierra en las rodillas —dijo Rea de repente—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Susan experimentó un instante de pánico atroz. Se había levantado la falda para gatear bajo la ventana de la bruja... y con ello se había condenado.

Con toda la tranquilidad de la que fue capaz, dio la respuesta que se le acababa de ocurrir.

—Cuando vi la choza me asusté. Entonces me arrodillé para rezar, levantándome la falda para no mancharla.

—¡Me conmueve que quisieras presentarte con un vestido limpio delante de una persona como yo! ¡Qué buena eres! ¿No te parece, Musty?

El gato soltó un maullido y empezó a lamerse una de las patas delanteras.

—Sigamos —dijo Susan—. A usted le han pagado y yo obedezco, pero dejémonos de bromas y terminemos de una vez.

—Tú sabes muy bien lo que tengo que hacer, señora.

—No lo sé —dijo Susan. Las lágrimas le estaban volviendo a escocer en la parte posterior de los ojos, pero no quiso derramarlas. No lo permitiría—. Tenía cierta idea, pero cuando le pregunté a tía Cord si estaba en lo cierto, ella me contestó que usted se encargaría de educarme a este respecto.

—No se quiso ensuciar la boca con las palabras, ¿verdad? Bueno, no importa. Tu tía Rea no es tan fina como para no decir lo que tu tía Cordelia no quiere decir. Tengo que asegurarme de que estás física y espiritualmente intacta, señorita. Los antiguos lo llamaban la demostración de la honra, y me parece muy apropiado. Acércate a mí.

Susan se adelantó dos pasos a regañadientes hasta casi rozar con los dedos de sus pies descalzos las zapatillas de la vieja, y con los pechos su vestido.

—Si un diablo o un demonio ha contaminado tu espíritu de tal forma que eso pueda corromper al hijo que probablemente concebirás, deja una huella. A menudo es una señal de succión o un mordisco de enamorado, pero hay otras... ¡Abre la boca!

Susan así lo hizo, pero cuando la vieja se inclinó hacia ella, el hedor fue tan intenso que se le contrajo el estómago. Contuvo la respiración, rezando para que

pronto terminara aquel suplicio.

—Pásate la lengua por la boca.

Susan se la pasó.

—Ahora échame el aliento a la cara.

Susan soltó el aliento que había contenido. Rea lo aspiró y después, misericordiosamente, apartó un poco la cabeza. Estaba tan cerca de Susan que ésta vio incluso los piojos que brincaban en su cabello.

—Es muy dulce —dijo la vieja—. Casi dan ganas de comérselo. Ahora date la vuelta.

Cuando lo hubo hecho, Susan sintió los dedos de la vieja bruja resbalando por su espalda hasta las nalgas. Sus yemas estaban tan frías como el barro.

—¡Inclínate y separa las cachas, señorita! ¡No seas tímida, Rea ha visto más de una retaguardia en sus tiempos!

Con el rostro arrebolado -sentía el latido de su corazón en el centro de la frente y en los huecos de sus sienes-, Susan hizo lo que le mandaban. Y entonces sintió que uno de aquellos dedos de cadáver penetraba en su ano. Se mordió los labios para no gritar.

Afortunadamente, la incursión fue muy breve... pero Susan temía que hubiera otra.

—Date la vuelta.

Susan se volvió. La vieja le pasó las manos por los pechos, le acarició suavemente los pezones con los pulgares y después examinó cuidadosamente las partes inferiores. Introdujo un dedo en su ombligo, se levantó la falda y cayó de rodillas, soltando un gruñido. Pasó las manos por las piernas de Susan, primero por delante y después por detrás. Pareció prestar especial atención a la zona situada justo por debajo de las pantorrillas, por la que discurrían los tendones.

—Levanta el pie derecho, chica.

Susan lo levantó y soltó una nerviosa y estridente risa cuando Rea le pasó la uña del pulgar por el empeine hasta el talón. La vieja le separó los dedos de los pies y examinó el espacio entre ellos.

Tras repetir el proceso con el otro pie, la vieja, todavía de rodillas, dijo:

—Ahora ya sabes lo que va a venir a continuación.

—Sí.

La palabra brotó de ella en un trémulo susurro.

—No te muevas, señorita... todo lo demás está bien, limpia como un espejo, pero ahora hemos llegado a este rinconcito tan acogedor que es lo único que a Thorin le interesa; hemos llegado al lugar donde se tiene que demostrar realmente la honra. ¡O sea que estate quieta!

Susan cerró los ojos y pensó en los caballos que corrían por la Pendiente, oficialmente eran los caballos de la Baronía, vigilados por Rimer, el canciller de Thorin y ministro de Inventarios de la Baronía, aunque eso los caballos no lo sabían; ellos creían ser libres y, cuando uno se cree libre, ¿qué importa lo demás?

Que me crea libre, tan libre como los caballos de la Pendiente, y que no me haga daño. Por favor, que no me haga daño. Y si me hace daño, ayúdame a soportarlo en decoroso silencio.

Unos fríos dedos separaron el suave vello y penetraron en su interior. Sintió un instante de dolor, pero no fue muy intenso; se había hecho más daño tropezando con una piedra o despellejándose la espinilla cuando iba al retrete en mitad de la noche. La humillación fue lo peor, y también la repugnancia que le inspiraba el contacto de la vieja.

—¡Qué bien calafateada estás! —exclamó Rea—. ¡Estás buenísima! ¡Pero de eso ya se encargará Thorin! En cuanto a ti, chica, te voy a contar un secreto que tu remilgada tía con su larga nariz, sus labios fruncidos y sus puntiagudas tetitas nunca ha sabido; ni siquiera una chica intacta tiene por qué renunciar a un poco de diversión, si sabe cómo hacerlo.

Los dedos de la bruja al retirarse rodearon suavemente la pequeña protuberancia carnosa situada en la parte superior de la hendidura de Susan. Por un terrible segundo temió que le pellizcara aquel punto tan sensible que a veces la obligaba a contener la respiración cuando se lo rozaba con el arzón de la silla de montar mientras cabalgaba, pero en vez de ello los dedos se lo acariciaron... y después se lo comprimieron... y ella se horrorizó al sentir que en su vientre se encendía un calor en modo alguno desagradable.

—Es como un botoncito de seda —dijo la vieja en un suave susurro mientras sus dedos se movían con más rapidez.

Susan sintió que sus caderas se inclinaban hacia delante como si tuvieran mente y vida propias y entonces pensó en el codicioso y porfiado rostro de la vieja, tan sonrosado como el de una puta bajo una lámpara de gas, inclinado sobre la caja abierta; pensó en la bolsa de las monedas de oro colgando de la arrugada boca como

si fuera un trozo de carne vomitado, y el calor que sentía desapareció de golpe. Se apartó temblando mientras los brazos, el vientre y los pechos se le ponían de carne de gallina.

—Ya ha terminado el trabajo por el que le han pagado —dijo Susan en tono áspero y seco.

Rea torció el gesto.

—¡Tú a mí no me dices ni sí ni no ni quizá, muchacha descarada! Yo sé cuándo he terminado, yo, Rea, la Bruja de Cos, y...

—¡Estese quieta y levántese antes de que la arroje al fuego de un puntapié!

Los labios de la vieja esbozaron una sonrisa de perro que dejó al descubierto los pocos dientes que le quedaban, y entonces Susan se dio cuenta de que ahora ella y la bruja estaban como al principio: listas para arrancarse mutuamente los ojos.

—Como me levantes una mano o un pie, puta asquerosa, lo que salga de esta casa lo hará sin manos, sin pies y ciega.

—No dudo que sería capaz de hacerlo, pero Thorin se lo tomaría a mal —dijo Susan.

Era la primera vez en su vida que invocaba el nombre de un varón para protegerse. Al darse cuenta se sintió avergonzada y en cierto modo pequeña. No sabía por qué razón tenía que ser así, habida cuenta que ella había accedido a acostarse en su cama y darle un hijo.

La vieja la miró, y su arrugado rostro se fue contrayendo hasta convertirse en la parodia de una sonrisa mucho peor que su gruñido. Mientras se levantaba, resollando y apoyándose en el brazo de su silla, Susan aprovechó para vestirse rápidamente.

—Se lo tomaría a mal, desde luego. Puede que en el fondo tú lo sepas mejor que nadie, señorita; he tenido una noche muy rara que ha despertado unas partes de mi persona que mejor hubiera sido dejar dormidas. Cualquier otra cosa que haya podido ocurrir, acéptalo como un cumplido a tu pureza y tu juventud... y también a tu belleza. Sí, eres preciosa, de eso no cabe duda. Tu cabello... cuando te lo sueltes para Thorin, cuando te acuestes con él, resplandecerá como el sol, ¿verdad?

Susan no quería obligar a la vieja bruja a abandonar su forma de ser, pero tampoco quería fomentar aquellas serviles lisonjas. Sobre todo viendo el odio que todavía anidaba en sus lagrimosos ojos y percibiendo aún la sensación de su contacto, reptando como un escarabajo por su piel. Se puso en silencio el vestido, y empezó a abrochárselo por delante.

Tal vez Rea adivinara sus pensamientos pues desapareció la sonrisa de su boca y su actitud se volvió más práctica, lo cual fue un alivio para Susan.

—Bueno, no importa. Has demostrado tu honestidad; ahora puedes acabar de vestirte y retirarte. ¡Pero sobre todo ni una palabra a Thorin de lo que ha ocurrido entre nosotras! Las palabras entre mujeres no tienen por qué llegar a los oídos de un hombre, especialmente si éste es tan importante como él. —Pero al decirlo, Rea no pudo reprimir una despectiva expresión de burla. Susan no supo si ésta había sido consciente de ella o no—. ¿Estamos de acuerdo?

«Cualquier cosa, cualquier cosa, con tal de poder salir de aquí y largarme.»

—¿Me declara honesta?

—Sí, Susan, hija de Patrick. Te declaro honesta. Pero lo importante no es lo que yo diga. Ahora... espera... por aquí tengo...

Rebuscó en la repisa de la chimenea, apartando platitos con restos de velas, levantando primero una linterna de petróleo y después una linterna de bolsillo de pilas, contemplando por un instante el dibujo de un joven y después apartándolo a un lado.

—¿Dónde... dónde.... está?... ¡Aquí!

Tomó un bloc con la tapa manchada de hollín (CITGO, decían unas antiguas letras doradas) y un resto de lápiz. Pasó las hojas hasta llegar casi al final antes de encontrar una en blanco. En ella garabateó algo y después la arrancó de la espiral del bloc. Le entregó la hoja a Susan, que se la quedó mirando.

Al principio no comprendió el garabato:

onhesta

Debajo había un símbolo:

—¿Qué es eso? —preguntó, dando unas palmadas al dibujo.

—Rea, su marca. Conocida en seis Baronías a la redonda, y no se puede copiar. Enséñale este papel a tu tía. Y después a Thorin. Si tu tía te lo pide para enseñárselo ella misma a Thorin, la conozco muy bien, y conozco sus modales autoritarios, dile que no, que Rea ha dicho que no, que ella no lo puede guardar.

—¿Y si Thorin lo quiere?

Rea se encogió de hombros con indiferencia.

—Que se lo quede, que lo queme o que se limpie el trasero con él, a mí me da igual. A ti también te da igual porque tú ya sabías que eras honrada, ¿verdad?

Susan asintió con la cabeza. Una vez, cuando regresaba a casa después de un

baile, le había permitido un chico deslizar un momento la mano al interior de su blusa, pero ¿y qué? Ella era honrada. Y de otras maneras que aquella desagradable criatura ni siquiera imaginaba.

—Pero no pierdas el papel. A no ser que tengas que volver a verme otra vez por el mismo asunto.

«Que los dioses me libren», pensó Susan, reprimiendo un estremecimiento. Se guardó el papel en el mismo bolsillo en el que antes había llevado la bolsita de las monedas.

—Y ahora te acompañaré a la puerta, señorita.

Rea hizo ademán de tomar a Susan del brazo, pero lo pensó mejor. Ambas se encaminaron hacia la puerta, la una al lado de la otra, poniendo tanto cuidado en no tocarse que la situación resultaba casi embarazosa. Al llegar a la puerta, Rea asió el brazo de Susan y, con la otra mano, señaló el brillante disco plateado que permanecía en suspenso sobre la cima de Cos.

—La Luna Besadora —dijo—. Estamos en plena canícula.

—Sí.

—Dile a Thorin que no deberá tenerte en su cama, en un pajar, en el suelo de la

trascocina ni en ningún otro lugar, hasta que aparezca en el cielo La Luna del Demonio.

—¿No hasta la Siega?

Para eso faltaban tres meses... toda una vida para ella. Susan procuró disimular su alegría ante aquella tregua. Pensaba que Thorin acabaría con su virginidad cuando saliera la luna a la noche siguiente. No le había pasado inadvertida su manera de mirarla.

Entretanto, Rea estaba contemplando la luna como si calculara algo. Alargó la mano hacia la larga cola de caballo de la melena de Susan y la acarició. Susan lo resistió lo mejor que pudo, y cuando Rea se dio cuenta de que la joven ya no podía más, apartó la mano y asintió con la cabeza.

—En efecto, y no sólo hasta la Siega sino hasta el verdadero fin de año, dile que hasta la Noche Hermosa. Dile que te podrá tener después de la hoguera. ¿Has comprendido?

—Sí, hasta el auténtico fin de año.

Susan apenas podía disimular su júbilo.

—Cuando se esté apagando el fuego del Corazón Verde y los últimos hombres de las manos rojas se conviertan en ceniza —dijo Rea—. Entonces y sólo hasta entonces. Tienes que decírselo así.

—Lo haré.

La mano volvió a acariciarle el cabello. Susan lo resistió. Tras haber recibido aquella buena noticia, hubiera sido una mezquindad por su parte resistirse.

—El tiempo que medie entre ahora y la Siega lo dedicarás a la meditación y a hacer acopio de todas tus fuerzas para dar a luz el hijo varón que desea el Alcalde... o quizá también a cabalgar por la Pendiente y arrancar las últimas flores de tu virginidad. ¿Has comprendido?

—Sí —dijo Susan, haciendo una reverencia—. Muchas gracias.

Rea la rechazó con un gesto de la mano, como si fuera una lisonja.

—Sobre todo, no hables de lo que ha ocurrido entre nosotras. No es asunto de nadie sino sólo nuestro.

—No lo haré. ¿Y nuestro asunto ya ha terminado?

—Bueno, puede que haya otra cosita...

Rea sonrió para dar a entender que sería muy pequeña, y después levantó la mano izquierda delante de los ojos de Susan con tres dedos juntos y uno separado. En el espacio intermedio apareció un reluciente medallón de plata, aparentemente surgido de la nada. Los ojos de la muchacha se clavaron al instante en él. Hasta que Rea pronunció con voz gutural una sola palabra.

Entonces se cerraron.

5

Rea contempló a la muchacha dormida en su porche bajo la luz de la luna. Mientras se volvía a guardar el medallón en la manga (sus dedos eran viejos y estaban deformados, pero se movían con pasmosa agilidad cuando era necesario), la formal expresión de su rostro dio paso a otra de furia asesina. «Conque querías arrojarme al fuego de un puntapié, ¿eh, furcia? E irle con el cuento a Thorin, ¿no es cierto?» Pero sus amenazas y su desvergüenza no eran lo peor. Lo peor había sido la expresión de repugnancia de su rostro al apartarse de su contacto.

¡Rea no era digna de ella! Y también se debía de considerar superior a Thorin, con su cabello de fina blonda valorado en dieciséis años, un cabello en el que Thorin

debía de estar soñando con meter las manos mientras la empujara y embistiera por abajo.

Rea no podía lastimar a la chica por mucho que lo quisiera y por mucho que la chica lo mereciera pues a lo mejor Thorin le arrebataría la bola de cristal y ella no podría soportarlo. Todavía no, por lo menos. O sea que no podía hacerle daño a la chica pero podía hacer otra cosa que estropearía el placer que Thorin pudiera experimentar con ella, por lo menos durante algún tiempo.

Rea se inclinó sobre la chica, tomó la larga trenza que descansaba sobre su espalda y la deslizó por el interior de su mano cerrada en un puño, disfrutando de su sedosa suavidad.

—Susan —murmuró—. ¿Me oyes, Susan, hija de Patrick?

—Sí.

Los ojos no se abrieron.

—Pues presta atención. —La luz de la Luna Besadora iluminó el rostro de Rea y lo convirtió en una calavera de plata—. Escucha con atención y recuérdalo. Recuérdalo en la profunda caverna, que tu mente despierta jamás visita.

La bruja tiró de la trenza una y otra vez. Sedosa y suave. Como el botoncito de su entrepierna.

—Recuérdalo —repitió la chica en la puerta.

—Sí. Hay algo que tendrás que hacer cuando él te arrebate la virginidad. Lo harás enseguida y sin pensar. Presta atención, Susan, hija de Patrick, y óyeme bien.

Sin dejar de acariciar el cabello de la chica, Rea acercó los arrugados labios a la delicada copa del oído de Susan y le musitó algo bajo la luz de la luna.

CAPÍTULO III

ENCUENTRO EN LA CARRETERA

1

Jamás en su vida había tenido una noche tan extraña, y probablemente por eso no resultó sorprendente que no oyera al jinete que se acercaba a sus espaldas hasta que casi lo tuvo encima.

Lo que más la preocupaba mientras regresaba a la ciudad era el nuevo pacto que había hecho. Era bueno que hubiera una tregua -que transcurrieran varios meses antes de que ella tuviera que cumplir su parte del trato-, pero la tregua no modificaba el hecho esencial: cuando la Luna del Demonio estuviera llena, ella perdería su virginidad por obra del Alcalde Thorin, un hombre huesudo y nervioso cuyo blanco cabello alborotado se levantaba como una nube alrededor de la calva de su coronilla. Un hombre cuya esposa lo miraba con una hastiada tristeza muy dolorosa de contemplar. Hart Thorin era un hombre que soltaba sonoras carcajadas cuando un grupo de jugadores organizaba alguna diversión consistente en darse cabezadas o propinarse puñetazos de mentirijillas o arrojarse fruta podrida, pero que se mostraba perplejo cuando le contaban alguna historia patética o trágica. Chasqueaba los nudillos, daba palmadas en la espalda, eructaba en la mesa y miraba con inquietud a su Canciller cada dos palabras que decía, temiendo haber ofendido a Rimer.

Susan había observado muy a menudo aquellas cosas, pues su padre se había encargado durante muchos años del caballo de la Baronía y había ido muchas veces a la Costa por asuntos de negocios. Y muchas veces había llevado consigo a su querida hija. Ella había visto en muchas ocasiones a Hart Thorin durante aquellos años, y Hart Thorin la había visto muchas veces a ella. Demasiadas tal vez, pues el hecho que ahora parecía el detalle más importante de su persona era que tenía casi cincuenta años más que la chica que tal vez le daría un hijo.

Había hecho el trato un poco a la ligera...

No, no a la ligera, eso hubiera sido injusto para consigo misma, aunque lo cierto es que no había perdido demasiado el sueño por él. Tras escuchar los argumentos de tía Cord, había pensado: «Bueno, en realidad no es demasiado a cambio de un título de propiedad de las tierras; a cambio de poder ser finalmente propietarios de un pedazo de la Pendiente no sólo de hecho sino también de nombre... tener papeles de

verdad, uno en nuestra casa y otro en los archivos de Rimer, en los que se dijera que aquello era nuestro. Y volver a tener caballos. Sólo tres, desde luego, pero eso sería tres más de los que tenemos ahora. ¿Y a cambio de qué? De acostarme una o dos veces con él y darle un hijo, algo que millones de mujeres han hecho antes que yo sin que ocurra nada. Al fin y al cabo no me piden que me acueste con un mutante o un leproso sino con un viejo al que le suenan los nudillos. No será para siempre y, tal como dice tía Cord, puede que aún consiga casarme si el tiempo y ka así lo deciden. No sería la primera mujer que acudiera al lecho de su marido siendo madre. ¿Acaso el hecho de hacerlo me convierte en una puta? La ley dice que no, pero no importa; lo que importa es la ley de mi corazón, y mi corazón me dice que si con ello puedo ganar la tierra que era de mi padre y tres caballos para cabalgar por ella, seré una puta y a mucha honra.»

Había otra cosa: Tía Cord se había aprovechado -con cierta crueldad tal como Susan estaba viendo ahora- de la inocencia de una niña. Tía Cord había hecho hincapié en el hijo, en el precioso chiquillo que tendría. Tía Cord sabía que a Susan, que no llevaba mucho tiempo apartada de las muñecas de su infancia, le encantaría la idea de tener un hijo, un muñeco viviente al que vestir, dar de comer y acunar durante las calurosas horas de la tarde.

Lo que Cordelia no sabía («quizás es demasiado inocente para haberlo tomado en consideración», pensó Susan sin acabar de creérselo) era lo que la bruja le había explicado con brutal claridad aquella noche: Thorin quería algo más que un hijo.

«Quiere unas tetas y un trasero que no se le deshagan en las manos y una caja que agarre lo que él le meta dentro.»

El solo hecho de pensar en aquellas palabras la hizo estremecerse mientras se dirigía a la ciudad en medio de la oscuridad de la noche tras haberse ocultado la luna (esta vez sin correr alegremente ni cantar). Había dado su consentimiento recordando cómo se apareaba el ganado: les permitían seguir «hasta que prendía la semilla» y entonces los volvían a separar. Pero ahora sabía que a lo mejor Thorin querría acostarse con ella una y otra vez, que probablemente la querría tener una y otra vez, y el férreo derecho consuetudinario de varios centenares de generaciones decía que él podía seguir acostándose con ella hasta que la que había demostrado ser honrada con el cónyuge demostrara su honradez también con un hijo y que el hijo honrado en sí y de por sí... no, eso era una aberración propia de mutantes. Susan había hecho discretas averiguaciones y sabía que la segunda demostración solía producirse hacia el

cuarto mes de embarazo... cuando éste ya se empezaba a notar incluso con la ropa puesta. El veredicto dependería de Rea, y Rea no le tenía simpatía.

Ahora que ya era demasiado tarde, ahora que ya había aceptado el pacto oficialmente propuesto por el Canciller, ahora que aquella extraña puta había comprobado su honradez, se arrepentía de haber hecho el trato. En lo que más pensaba era en la pinta que tendría Thorin sin pantalones, con sus blancas y huesudas piernas tan delgadas como las patas de una cigüeña y en el crujido de sus largos huesos cuando se acostaran juntos: los huesos de las rodillas, de la espalda, de los codos y del cuello.

«Y de los nudillos. No te olvides de los nudillos.»

Sí. Unos grandes y peludos huesos de viejo. Susan se rió al pensarlo pues le parecía muy gracioso, pero al mismo tiempo una cálida lágrima le resbaló por la mejilla. Se la enjugó sin darse cuenta, de la misma manera que no se dio cuenta del rumor de los cascos de un caballo acercándose sobre la suave tierra del camino. Su mente estaba todavía muy lejos, junto a la extraña cosa que había visto a través de la pequeña ventana del dormitorio de la vieja, la delicada pero en cierto modo desagradable luz que irradiaba el rosado globo y la hipnotizada manera con que la bruja la contemplaba...

Cuando finalmente oyó el ruido de los cascos del caballo, su primer impulso fue esconderse en la arboleda que en aquellos momentos estaba cruzando. Consideró que había muy pocas posibilidades de que alguien honrado anduviera por el camino a aquella hora tan tardía, sobre todo ahora que corrían tiempos tan malos en el Mundo Medio, pero ya era demasiado tarde para pensar en eso.

A la cuneta entonces, y bien estirada. Ahora que la luna se había ocultado, al menos cabía la posibilidad de que quienquiera que fuera pasara sin...

Pero antes de que pudiera dirigirse hacia allí, el jinete que se había acercado sigilosamente mientras ella permanecía enfrascada en sus largos y tristes pensamientos, la saludó.

—Buenas noches señora, le deseo unos largos días en la tierra.

Susan se volvió, pensando: «¿Y si fuera uno de los nuevos hombres que andan siempre haraganeando en la Casa del Alcalde o en el Descanso de los Viajeros? No debía de ser el más viejo pues la voz no temblaba como la suya, pero quizá fuera uno de los otros... podía ser el que llamaban Depape...»

—Buenas noches —oyó Susan que su voz le decía a la sombra masculina

montada en el alto caballo—. Le deseo que los suyos también lo sean.

No notó que le temblara la voz. No creía que fuera Depape ni tampoco el llamado Reynolds. Lo único que podía decir con toda certeza de aquel hombre era que llevaba un sombrero de ala ancha, de los que ella asociaba con las Baronías Interiores, allá por la época en que los viajes entre el este y el oeste eran más habituales que ahora. Antes de la llegada de John Farson -el Hombre Bueno- y del comienzo de los derramamientos de sangre.

Cuando el forastero se acercó a ella, Susan comprendió que no le hubiera oído acercarse: no llevaba hebilla ni cinturón, y en su atuendo todo estaba abrochado y ajustado de tal forma que no se moviera ni crujiera. Era casi el atuendo de un forajido o un saqueador (tenía la sospecha de que quizá Jonas, el de la trémula voz, y sus dos amigos habían sido ambas cosas en otros tiempos y otros climas) o tal vez incluso de un pistolero. Pero aquel hombre no llevaba armas de fuego, o por lo menos no las llevaba a la vista. Un arco en el arzón de su silla y algo que parecía una lanza en una vaina. Y además ella no creía que jamás hubiera habido un pistolero como aquél.

El hombre chasqueó la lengua torciendo la boca como solía hacer su padre (y ella también, naturalmente), y el caballo se detuvo de inmediato. Mientras el forastero levantaba la pierna con naturalidad y soltura por encima de la silla de montar, Susan le dijo:

—¡No, no, no se moleste, forastero, siga adelante!

El caballero no pareció reparar en el tono alarmado de su voz. Desmontó del caballo sin molestarse en soltar la espuela y aterrizó limpiamente delante de ella, mientras el polvo del camino formaba una nube alrededor de sus botas de punta cuadrada. Bajo la luz de las estrellas, Susan observó que era efectivamente muy joven, más o menos de su edad, año más año menos. Su ropa era la propia de alguien que trabajara de vaquero, aunque muy nueva.

—Will Dearborn, para servirla —dijo quitándose el sombrero, extendiendo un pie apoyado sobre el talón de la bota y haciendo una reverencia según la costumbre de las Baronías Interiores.

Aquella absurda cortesía versallesca, allí en medio de ninguna parte, mientras el acre olor del yacimiento de petróleo de las afueras de la ciudad ya le estaba empezando a llegar a la nariz, le provocó un sobresalto que disipó su temor y le provocó un acceso de risa. Pensó que el forastero se lo tomaría a mal, pero éste la miró sonriendo. Una sonrisa honrada y natural que dejaba a la vista una dentadura

regular.

Tomando un lado de su vestido, ella le correspondió con una breve reverencia.

—Susan Delgado, para servirle.

El forastero se dio tres palmadas en la garganta con la mano derecha.

—Gracias, Susan Delgado. Espero que el encuentro no haya sido desagradable. No quería asustarla...

—Pues me ha asustado un poco.

—Sí, me lo ha parecido. Le pido disculpas.

Un escueto «sí». No «en efecto» sino «sí». Un joven de las Baronías Interiores por su forma de hablar. Susan lo miró con renovado interés.

—No, no tiene por qué disculparse, porque yo estaba profundamente enfrascada en mis pensamientos —contestó Susan—. Había ido a ver a... una amiga... y no me di cuenta del tiempo que había transcurrido hasta que vi que la luna ya se había ocultado. Si se ha detenido usted movido por la preocupación, le doy las gracias, forastero, pero puede seguir su camino y yo seguiré el mío. Voy sólo hasta las afueras de la aldea... Hambria. Ya está muy cerca.

—Unas palabras muy bonitas y unos sentimientos encantadores —contestó el forastero sonriendo—, pero es tarde, está usted sola y creo que podríamos hacer el recorrido juntos. ¿Monta usted, señora?

—Sí, pero la verdad es que...

—Pues monte y le presentaré a mi amigo Rusher. Él la llevará en estos últimos tres kilómetros. Está castrado y es muy cariñoso.

Susan miró a Will Dearborn con una mezcla de diversión y enojo. «Como me vuelva a llamar señora, como si fuera una maestra o su vieja y decrépita abuela, me quito este estúpido delantal y lo sacudo con él.»

—Jamás me importó que tuviera un poco de temperamento un caballo lo suficientemente dócil como para soportar una silla de montar. Hasta su muerte, mi padre era el caballerizo del Alcalde, y el Alcalde de este lugar es también el Guarda de la Baronía. Llevo toda la vida montando.

Pensó que él le pediría disculpas o que quizá tartamudearía un poco, pero el forastero se limitó a asentir con una serena consideración que a ella le complació bastante.

—Pues entonces suba al estribo, señora. Yo caminaré a pie a su lado y no hace falta que me dé conversación si no le apetece. Es tarde y algunos dicen que la

conversación pierde interés cuando se pone la luna.

Susan sacudió la cabeza y suavizó la negativa con una sonrisa.

—No, le agradezco su amabilidad, pero no estaría muy bien que me vieran montada en el caballo de un joven desconocido a las once de la noche. El zumo de limón no quita la mancha de la reputación de una dama como quita la de una blusa, ¿sabe usted?

—Aquí no hay nadie que pueda verla —dijo el joven con un tono de voz tremendamente razonable—. Y veo que está usted muy cansada. Vamos, señora...

—Por favor, no me dé este tratamiento. Me hace sentir tan vieja como una... —Susan vaciló brevemente, cambiando la palabra que le había venido a la mente («bruja»)— anciana.

—Señorita Delgado entonces. ¿Está segura de que no quiere montar?

—Todo lo segura que puedo estar. Y en todo caso no cabalgaría a horcajadas con un vestido, señor Dearborn, ni aunque fuera usted mi hermano. No sería correcto.

El forastero subió al estribo, alargó la mano hacia el extremo de la silla (Rusher lo soportó dócilmente, limitándose a sacudir las orejas, unas orejas tan preciosas que a la propia Susan le hubiera gustado sacudir alegremente de haber estado en el lugar de Rusher) y bajó sosteniendo en la mano una prenda enrollada y atada con una tira de cuero. A Susan le pareció que era un poncho.

—Se puede cubrir con esto el regazo y las piernas —dijo el forastero—. Hay suficiente tela como para que quede a salvo el decoro; pertenecía a mi padre y él es más alto que yo.

El forastero miró un instante hacia las colinas occidentales y ella observó que la dureza de sus hermosos rasgos contrastaba en cierto modo con su juventud. Experimentó un leve estremecimiento y pensó por milésima vez que ojalá la sucia vieja hubiera utilizado las manos exclusivamente para llevar a cabo la tarea que le habían encomendado, por muy desagradable que ésta hubiera sido. Susan no quería contemplar a aquel apuesto forastero y recordar el contacto de Rea.

—No —dijo dulcemente—. Le doy nuevamente las gracias, es usted muy amable, pero tengo que rechazar su invitación.

—Pues entonces la acompañaré, y Rusher será nuestra carabina —dijo alegremente el forastero—. Por lo menos hasta las afueras de la ciudad no habrá ojos que puedan pensar mal de una joven absolutamente correcta y de un joven más o menos correcto. Una vez allí, me quitaré el sombrero y le desearé muy buenas noches.

—Preferiría que no. De veras. —Susan se pasó una mano por la frente—. Es fácil para usted decir que no habrá ojos que nos vean, pero a veces los hay donde no tendría que haberlos. Y en estos momentos mi situación es un poco... delicada.

—Aun así la acompañaré —insistió el joven. La expresión de su rostro adquirió un tinte sombrío—. No corren buenos tiempos, señorita Delgado. Aquí en Mejis están muy lejos del peor de los problemas, pero a veces los problemas se alargan.

Susan abrió la boca -para volver a protestar o quizá para decirle que la hija de Pat Delgado podía cuidar de sí misma- pero entonces pensó en los nuevos hombres del Alcalde y en la fría manera con que sus ojos la contemplaban cuando la atención de Thorin estaba en otro lugar. Los había visto a los tres justo aquella misma noche al salir para dirigirse a la choza de la bruja. A ellos sí los había oído acercarse y había tenido tiempo de apartarse del camino y descansar detrás del tronco de un piñón (se negaba a considerarlo un escondite). Los hombres habían regresado a la ciudad y ella suponía que en aquellos momentos debían de esta bebiendo en el Descanso de los Viajeros -y lo seguirían haciendo hasta que Stanley Ruiz cerrara el bar-, pero no podía saberlo con certeza. Podían regresar.

—Bueno, si no puedo convencerlo... —dijo Susan, lanzando un suspiro de ofendida resignación que en realidad no sentía—. Pero sólo hasta el primer buzón, el de la señora Beech. Eso marca el límite de la ciudad.

El forastero volvió a darse unas palmadas en la garganta e hizo otra de aquellas absurdas y encantadoras reverencias, adelantando el pie como si quisiera hacer tropezar a alguien, con el tacón firmemente plantado en el suelo.

—¡Gracias, señorita Delgado!

«Por lo menos no me ha llamado señora -pensó ella-. Algo es algo.»

2

Susan pensó que el forastero charlaría como una cotorra a pesar de su promesa de guardar silencio, porque eso era lo que hacían los chicos que la rodeaban; no se vanagloriaba de su aspecto, pero pensaba que era bastante guapa, aunque sólo fuera porque los chicos no paraban de hablar o de arrastrar los pies por el suelo en su presencia. Y éste le querría hacer muchas preguntas que los chicos de la ciudad no necesitaban hacerle: cuántos años tenía, si había vivido siempre en Hambria, dónde vivían sus padres y otras cincuenta preguntas más tan aburridas como éstas, pero todas girarían en torno a lo mismo: ¿tenía novio formal?

Sin embargo, Will Dearborn de las Baronías Interiores no le preguntó por los estudios, ni por su familia o sus amigos (la manera más habitual de iniciar una romántica relación, según ella había comprobado). Will Dearborn se limitó a caminar a su lado con una mano en torno a la brida de Rusher, mirando hacia el Mar Limpio del este. Ya estaban lo bastante cerca de él como para aspirar el picante olor de la sal mezclado con el alquitranado olor del petróleo, aunque soplara viento del sur.

Ahora estaban pasando por Citgo y Susan se alegró de la presencia de Will Dearborn, por más que su silencio le resultara un poco molesto. El yacimiento de petróleo con su esquelético bosque de torres siempre le había parecido un poco espectral. Hacía mucho tiempo que aquellas torres de acero ya habían dejado de bombear y no había piezas, ni necesidad, ni conocimientos para repararlas. Y las que todavía seguían funcionando -diecinueve sobre un total de unas doscientas- no se podían detener. Seguían bombeando sin cesar porque el yacimiento de petróleo de abajo era aparentemente inagotable. Se seguía utilizando, pero muy poco; buena parte del petróleo bajaba de nuevo a los pozos que había bajo las instalaciones de extracción. Ahora había menos máquinas que funcionaban a base de petróleo y su número se reducía cada año. El mundo había seguido adelante y a ella aquel lugar le recordaba un extraño cementerio mecánico en el que algunos cadáveres aún no...

Algo frío y suave le rozó la espalda y ella no pudo reprimir del todo un pequeño grito. Will Dearborn se acercó a ella, bajando las manos hacia el cinturón. Pero enseguida se relajó y esbozó una sonrisa.

—Es la manera que tiene Rusher de decir que se siente ignorado. Perdone, señorita Delgado.

Susan miró al caballo. Rusher le devolvió una dulce mirada y después inclinó la cabeza como si quisiera decirle que él también lamentaba haberla asustado.

«Eso es una bobada, muchacha -pensó, oyendo la cordial y sensata voz de su padre-. Quiere saber por qué estás tan retraída, eso es todo. Y yo también quisiera saberlo. No es propio de ti, desde luego.»

—Señor Dearborn, he cambiado de idea —dijo—. Me gustaría montar.

3

Él se volvió de espaldas mirando hacia Citgo, con las manos metidas en los bolsillos mientras ella extendía primero el poncho sobre el arzón de la silla (una sencilla silla negra de vaquero trabajador sin ninguna marca de Baronía y ni siquiera de un

rancho) y subió al estribo. Después se levantó la falda y miró a su alrededor para asegurarse de que él no la estuviera mirando furtivamente, pero el forastero se encontraba todavía de espaldas a ella, contemplando con aparente fascinación las oxidadas torres del yacimiento de petróleo.

«¿Qué tienen de interesante, tontuelo? -pensó algo enojada, suponía que por lo tardío de la hora y los residuos de sus alteradas emociones-. Estas cosas tan sucias llevan aquí seis siglos e incluso más y yo me he pasado toda la vida aspirando su mal olor.»

—Quieto, muchacho —dijo cuando ya tenía el pie en el estribo.

Con una mano sujetaba el arzón de la silla y con la otra las riendas. Entretanto, Rusher movía las orejas como para decirle que se estaría quieto toda la noche si ella quería.

Se dio impulso y, mientras un largo muslo desnudo brillaba bajo la luz de las estrellas, experimentó el júbilo que siempre le había producido el hecho de montar a caballo... sólo que el de aquella noche le pareció un poco más intenso, dulce y definido. Tal vez porque el caballo era muy hermoso, tal vez porque el caballo le era desconocido...

«Quizá porque el propietario del caballo es un desconocido muy guapo», pensó.

Todo aquello era una tontería, claro, una tontería potencialmente peligrosa. Y sin embargo era verdad. El forastero era guapo.

Mientras ella desdoblaba el poncho y se cubría las piernas, Dearborn se puso a silbar. Y ella se percató con una mezcla de asombro y supersticioso temor, que la melodía era Amor desconsiderado, precisamente la canción que ella había entonado mientras subía a la choza de Rea.

«A lo mejor es ka, muchacha», le susurró la voz de su padre.

«No creo -le contestó ella con el pensamiento-. No veré ka en todos los vientos y todas las sombras que pasen, como las viejas que se reúnen las noches estivales en Corazón Verde.»

«Puede que tengas razón -dijo la voz de Pat Delgado-. Pues si es ka, vendrá como un viento y tus planes resistirán tan poco ante él como resistía el granero de mi padre cuando llegaba el ciclón.»

No era ka; Susan no se dejaría engañar por la oscuridad y las siniestras sombras de las torres del yacimiento de petróleo. No era ka sino tan sólo un encuentro casual con un simpático joven en el solitario camino que la llevaba de vuelta a la ciudad.

—He demostrado mi honra —dijo en un seco tono de voz que no se parecía demasiado al suyo—. Puede dar media vuelta si quiere, señor Dearborn.

Él se volvió a mirarla. Por un instante no dijo nada, pero Susan podía ver lo suficientemente bien la mirada de sus ojos como para saber que él también la encontraba guapa a ella. Y a pesar de que tal cosa la inquietaba -quizá por la melodía que él había estado silbando-, no cabía duda de que también se alegraba.

—Está usted muy bien aquí arriba —dijo finalmente el forastero—. Monta muy bien a caballo.

—Y no tardaré mucho en poder montar en caballos de mi propiedad —dijo Susan.

«Ahora vendrán las preguntas», pensó.

Pero él se limitó a asentir con la cabeza, como si ya lo supiera todo, y reanudó la marcha hacia la ciudad. Sintiéndose un poco decepcionada sin saber exactamente por qué, Susan le chasqueó la lengua a Rusher, torciendo la boca, y apretó las rodillas contra sus flancos. El caballo se puso en movimiento y alcanzó a su amo, el cual le acarició cariñosamente el hocico.

—¿Cómo se llama aquel sitio de allí? —preguntó, señalando las torres.

—¿El yacimiento de petróleo? Citgo. No sé por qué.

—¿Algunas torres todavía bombean?

—Sí, y no hay manera de detenerlas. Ni nadie que aún sepa cómo hacerlo.

—Ah —dijo él, y eso fue todo. Simplemente «Ah».

Pero se apartó un instante del lugar que ocupaba junto a la cabeza de Rusher cuando llegaron al camino cubierto de maleza que conducía a Citgo y 1o cruzó para echar un vistazo a la caseta abandonada del vigilante.

En su infancia había un letrero que decía SÓLO PERSONAL AUTORIZADO, pero seguramente habría sido arrancado por algún vendaval. Will Dearborn echó el vistazo y regresó con paso pausado junto a su caballo mientras sus botas levantaban el polvo estival del camino y éste se posaba en su ropa nueva.

Ambos se estaban acercando a la ciudad, un joven a pie tocado con un sombrero de ala plana y una joven amazona con el regazo y las piernas cubiertos por un poncho. La luz de las estrellas les llovía encima como lo ha venido haciendo sobre los muchachos y las muchachas desde los primeros albores del tiempo. En determinado momento ella levantó los ojos y vio el destello de un meteorito, una fugaz y brillante pincelada de color anaranjado cruzando la bóveda del firmamento. Quiso formular un deseo pero, presa de algo muy parecido al pánico, se dio cuenta de que no tenía ni

idea de lo que podía desear. Ninguna en absoluto.

4

Permaneció en silencio hasta que estuvieron a poco más de un kilómetro de la ciudad, y entonces hizo la pregunta que tenía en la mente. Había tomado la determinación de formularla cuando él empezó a hacerle las suyas y le fastidió tener que ser ella quien rompiera el silencio, pero al final la venció la curiosidad.

—¿De dónde viene usted, señor Dearborn, y qué lo trae a nuestro pedacito del Mundo Medio, si no le molesta la pregunta?

—De ninguna manera —contestó él, mirándola con una sonrisa en los labios—. Me alegro de poder hablar y precisamente estaba tratando de encontrar la manera de empezar. La conversación no es mi especialidad.

«¿Cuál es entonces, Will Dearborn?», se preguntó ella. Sí, sentía mucha curiosidad pues mientras cambiaba de posición en la silla de montar, había apoyado la mano en la manta enrollada que había en la parte de atrás... y había tocado algo escondido en el interior de la manta. Algo que parecía una pistola. No tenía por qué serlo, claro, pero recordaba la forma en que las manos del forastero habían bajado instintivamente hacia su cinturón cuando ella soltó un grito de sorpresa.

—Vengo del Mundo Interior. Probablemente usted ya lo habrá adivinado. Tenemos nuestra propia manera de hablar.

—Sí. ¿En qué Baronía tiene su hogar, si me permite la pregunta?

—En Nuevo Canaán.

Susan experimentó una chispa de auténtica emoción al oírlo. ¡Nuevo Canaán! ¡El Centro de la Afiliación! Ya no tenía el significado de antes, claro, pero aun así...

—¿No de Gilead? —preguntó, aborreciendo la pizca de infantil emoción que advirtió en su voz, y puede que algo más que una pizca.

—No —contestó él, soltando una carcajada—. No es un sitio tan importante como Gilead. Es simplemente Hemphill, una aldea situada a unas cuarenta ruedas al oeste de aquí. Más pequeña que Hambria, creo.

«Ruedas -pensó Susan, sorprendiéndose ante aquel arcaísmo-. Ha dicho "ruedas".»

—¿Y me puede usted decir qué le trae a Hambria?

—¿Por qué no? He venido con dos amigos míos, el señor Richard Stockworth de Pennilton, Nuevo Canaán, y el señor Arthur Heath, un simpático joven que en realidad

viene de Gilead. Estamos aquí por orden de la Afiliación y hemos venido como contadores.

—¿Contadores de qué?

—Contadores de cualquier cosa y de todo lo que pueda ayudar a la Afiliación en los años venideros —contestó el forastero con un tono de voz en el que ella no percibió ahora la menor ligereza—. La cuestión del Hombre Bueno se ha agravado.

—¿De veras? Aquí, tan al sur y al este del centro, casi no nos enteramos de las noticias.

El forastero asintió con la cabeza.

—La distancia de la Baronía del centro es la principal razón de que estemos aquí. Mejis siempre ha sido leal a la Afiliación, y si fueran necesarios suministros de esta parte de las Exteriores nos los mandarían.

Lo que hay que establecer ahora es la cantidad con que puede contar la Afiliación.

—¿La cantidad de qué?

—Sí —convino el joven como si ella hubiera hecho una afirmación y no una pregunta—. Y la cantidad de qué.

—Habla usted como si el Hombre Bueno fuera una amenaza real. ¿No es acaso un simple bandido que adorna sus robos y asesinatos con palabras de «democracia» e «igualdad»?

Dearborn se encogió de hombros y ella pensó que no haría ningún otro comentario al respecto, pero entonces él dijo a regañadientes:

—Antes puede que sí. Los tiempos han cambiado. En determinado momento, el bandido se convirtió en general, y ahora el general pretende convertirse en gobernante en nombre del pueblo. —Hizo una pausa antes de añadir en tono muy serio—: Las Baronías del Norte y del Oeste están ardiendo, señora.

—¡Pero se encuentran a miles de kilómetros de distancia!

La conversación la estaba trastornando, pero al mismo tiempo le estaba produciendo una extraña excitación. Más que nada le resultaba exótica en comparación con el vulgar y anodino mundo de cada-día-lo-mismo de Hambria, donde el hecho de que a alguien se le secara el pozo era motivo de animadas conversaciones a lo largo de tres días.

—Sí —dijo él. No «en efecto» sino «sí», cosa que a ella le pareció extraño, pero agradable de oír—. Pero el viento sopla en esta dirección. —Se volvió hacia ella y

sonrió. La sonrisa suavizó una vez más la dureza de sus hermosos rasgos y le confirió la apariencia de un niño que no se hubiera ido a la cama a la hora debida—. Pero no creo que esta noche veamos a John Farson, ¿verdad?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Si lo viéramos, ¿me protegería usted de él, señor Dearborn?

—Sin la menor duda —contestó el forastero sin dejar de sonreír—, pero creo que lo haría con más entusiasmo si usted me permitiera llamarla con el nombre que le puso su padre.

—Pues entonces, por mi seguridad, puede usted hacerlo. Y supongo que por esta misma seguridad yo le tendré que llamar a usted Will.

—Sabia y bonita manera de expresarlo —dijo él mientras su atractiva sonrisa se ensanchaba cautivadoramente—. Yo...

Caminando con el rostro vuelto y levantado hacia ella, el nuevo amigo de Susan tropezó con una piedra del camino y estuvo a punto de caer. Rusher relinchó y se encabritó un poco. Susan soltó una alegre carcajada. El poncho se desplazó y dejó al descubierto una pierna desnuda que ella tardó un momento en volverse a cubrir. Le gustaba el chico, vaya si le gustaba. ¿Qué mal podía haber en ello? A fin de cuentas era sólo un muchacho. Cuando se reía, Susan veía que estaba a sólo uno o dos años de distancia de los saltos en los pajares. (La idea de que ella se había graduado recientemente de los saltos en los pajares se había borrado en cierto modo de su mente.)

—No suelo ser tan torpe —dijo él—. Espero no haberla asustado.

«En absoluto, Will; los chicos llevan tropezando a mi alrededor desde que me crecieron las tetas», pensó.

—En absoluto —contestó Susan, regresando al tema anterior que tanto interés tenía para ella—. O sea que usted y sus amigos han venido en nombre de la Afiliación para contar nuestros bienes, ¿verdad?

—Sí. La razón por la que he tomado especialmente nota de aquel yacimiento de petróleo es que uno de nosotros tendrá que regresar para contar las torres que todavía están en funcionamiento...

—Les puedo ahorrar el trabajo, Will. Son diecinueve.

Él asintió con la cabeza.

—Estoy en deuda con usted. Pero también necesitamos saber, si es posible, cuánto petróleo extraen esas torres.

—¿Tantas son las máquinas que todavía funcionan con petróleo en Nuevo Canaán como para que este dato tenga importancia? ¿Y disponen ustedes de la alquimia necesaria para transformar el petróleo en la sustancia que utilizan sus máquinas?

—Eso se llama refinería y no alquimia, por lo menos yo así lo creo, y me parece que hay una que todavía funciona. Aunque en realidad no tenemos muchas máquinas, si bien en la Gran Sala de Gilead aún quedan algunas lámparas incandescentes.

—¡Imagínese! —dijo Susan, extasiada.

Había visto dibujos de lámparas incandescentes y de antorchas eléctricas, pero jamás había visto las luces propiamente dichas. Las últimas que quedaban en Hambria (en aquella parte del mundo las llamaban «luces de chispa», pero ella estaba segura de que eran las mismas) se habían apagado hacía dos generaciones.

—Ha dicho usted que su padre había sido el caballerizo del Alcalde hasta su muerte —dijo Will Dearborn—. Se llamaba Patrick Delgado, ¿no es verdad?

Ella lo miró desde la grupa del caballo presa de un gran sobresalto, pero al instante volvió a la realidad.

—¿Cómo lo sabe?

—Su nombre figuraba en nuestras lecciones de capacitación profesional. Tenemos que contar el ganado, las ovejas, los cerdos, los bueyes... y los caballos. De todo el ganado, los caballos son lo más importante. Patrick Delgado era el hombre con quien teníamos que hablar a este respecto. Lamento saber que ha llegado al claro del final del camino, Susan. ¿Querrá aceptar mi pésame?

—Sí, y se lo agradezco.

—¿Fue un accidente?

—Sí —contestó Susan, confiando en que su voz transmitiera lo que ella quería decir y que era: dejemos el tema y no me haga más preguntas.

—Permítame que le sea sincero —dijo él, y por primera vez Susan creyó percibir una nota falsa en su tono de voz.

Puede que sólo fueran figuraciones suyas. Ciertamente, tenía muy poca experiencia del mundo (tía Cord se lo recordaba casi a diario), pero le daba la impresión de que, cuando la gente empezaba diciendo «permítame que le sea sincero», lo más probable era que te dijera con la cara muy seria que la lluvia caía hacia arriba, que el dinero crecía en los árboles y que a los niños los traía la Gran Penígera.

—Sí, Will Dearborn —contestó con una leve sequedad en la voz—. Dicen que la sinceridad es el mejor sistema.

Él la miró con expresión ligeramente desconcertada, pero enseguida volvió a sonreír. Aquella sonrisa era peligrosa, pensó Susan; una sonrisa de arenas movedizas donde las hubiera. Muy fácil de entrar en ella, pero quizá más difícil de salir.

—Últimamente no hay mucha Afiliación en la Afiliación. A eso se debe en parte que Farson haya llegado tan lejos como ha llegado; por eso se han multiplicado tanto sus ambiciones. Se ha alejado mucho del ladrón que empezó asaltando diligencias en Garlan y Desoy y llegará todavía más lejos si no se revitaliza la Afiliación. Puede que llegue hasta Mejis.

Susan no acertaba a imaginar qué podía buscar el Hombre Bueno en aquella pequeña y soñolienta ciudad de la Baronía que estaba más cerca del Mar Limpio que ninguna otra, pero no dijo nada.

—En cualquier caso, no ha sido la Afiliación la que realmente nos ha enviado —dijo Will—. No hemos recorrido este largo camino sólo para contar vacas, torres petrolíferas y hectáreas de tierras de cultivo.

Will hizo una pausa con los ojos clavados en el suelo, como si buscara otras piedras con las que sus botas pudieran tropezar, mientras acariciaba la nariz de Rusher con distraída dulzura. A Susan le pareció que estaba turbado y puede que incluso avergonzado.

—Nos enviaron nuestros padres.

—Sus padres...

Susan lo comprendió de pronto. Eran unos chicos malos enviados a cumplir una tarea ficticia que no era exactamente un exilio. Adivinó que quizá su verdadera misión en Hambria sería la de rehabilitar su reputación. «Bueno –pensó-, eso explica la sonrisa de arenas movedizas. Guárdate de éste, Susan; es de los que queman puentes y vuelcan carros postales sin volver ni una sola vez la vista atrás. No por maldad sino por simple despreocupación juvenil.»

—Nuestros padres, sí.

Susan Delgado también había cometido alguna que otra travesura en sus tiempos (un par de docenas tal vez) y Will Dearborn le inspiraba simpatía y también recelo. E interés. Los chicos malos podían ser divertidos. La cuestión era saber hasta qué extremo habían sido malos Will Dearborn y sus compinches.

—¿Travesuras?

—Travesuras —convino Will, en tono todavía muy serio aunque tal vez se advirtiera un poco de alivio en sus ojos y su boca—. Nos avisaron; sí, nos avisaron muy bien. Pero... bebimos más de la cuenta.

«Y a lo mejor estrujasteis a unas cuantas chicas con la mano que no estaba ocupada estrujando la jarra de cerveza, ¿verdad?» Era una pregunta que una chica formal no podía hacer así por las buenas, pero que no podía por menos que venirle a la mente.

Ahora la sonrisa que había jugueteado en las comisuras de la boca de Will se disipó.

—Llegamos demasiado lejos y se acabó la diversión. Es lo que les suele ocurrir a los necios. Una noche hubo una carrera. Una noche sin luna. Pasada la medianoche. Todos estábamos borrachos. Uno de los caballos se enganchó el casco en la madriguera de una ardilla de tierra y se rompió una pata delantera. Tuvimos que sacrificarlo.

Susan hizo una mueca. No era lo peor que pudiera imaginar, pero casi. Y cuando él volvió a abrir la boca, la cosa se agravó.

—El caballo era un purasangre, uno de los tres que tenía el padre de mi amigo Richard, que no está en muy buena posición. Hay ciertas escenas domésticas que no deseo recordar y de las que menos aún me apetece hablar. Diré para resumir que después de mucho hablar y de muchas propuestas de castigo, nos enviaron aquí, a cumplir esta misión. La idea se le ocurrió al padre de Arthur. Creo que Arthur siempre ha tenido un poco aterrorizado a su padre. Desde luego los alborotos que armaba Arthur no le venían de su familia.

Susan sonrió para sus adentros al recordar lo que solía decir tía Cordelia: «Desde luego eso no le viene de nuestra familia.» Tras una deliberada pausa, su tía añadía: «Tenía una tía abuela por parte de madre que se volvió loca... ¿no lo sabíais? ¡Pues sí! Se prendió fuego y se arrojó por la Pendiente. Fue el año del cometa.»

—Sea como fuere —prosiguió diciendo Will—, el caso es que el señor Heath nos envió con un dicho de su propio padre: «Hay que meditar en el purgatorio.» Y aquí estamos.

—Hambria dista mucho de ser el purgatorio.

Will volvió a hacer su graciosa reverencia.

—Si lo fuera, todo el mundo desearía ser lo bastante malo como para venir aquí a conocer a sus encantadores habitantes.

—Explíquese un poco mejor —dijo ella con el tono de voz más seco que pudo encontrar—. Me temo que no se entiende muy bien. Quizá...

Se calló, consternada al darse cuenta de que no tendría más remedio que esperar que aquel chico formara con ella una conspiración limitada. De lo contrario, lo más probable era que se viera metida en una situación embarazosa.

—¿Susan?

—Estaba pensando. ¿Está todavía ahí, Will? Oficialmente, quiero decir.

—No —contestó él, captando inmediatamente el significado de sus palabras, y probablemente comprendiendo en qué iba a acabar todo aquello. Parecía bastante listo a este respecto—. Hemos llegado a la Baronía justo esta tarde y usted es la primera persona con quien cualquiera de los tres ha hablado... a no ser que Richard y Arthur hayan conocido a alguien. Como no podía dormir, salí a dar un paseo a caballo y a pensar un poco en las cosas. Estamos acampados allí. —Señaló con la mano hacia la derecha—. En aquella larga ladera que baja hacia el mar.

—Sí, se llama la Pendiente.

Susan se dio cuenta de que, a lo mejor, Will y sus compañeros estaban acampados en las que dentro de no mucho tiempo serían legalmente sus tierras. La idea le pareció divertida, emocionante y un poco sorprendente.

—Mañana iremos a la ciudad a presentar nuestros respetos a Milord el Alcalde Hart Thorin. Al parecer es un necio, según nos dijeron antes de abandonar Nuevo Canaán.

—¿De veras se lo dijeron? —preguntó Susan, enarcando una ceja.

—Sí... que es un charlatán muy aficionado a la bebida y todavía más aficionado a las chicas —contestó Will—. ¿Diría usted que eso es cierto?

—Creo que será mejor que juzguen por sí mismos —contestó ella sin apenas poder reprimir una sonrisa.

—Sea como fuere, también presentaremos nuestros respetos al Honorable Kimba Rimer, el Canciller de Thorin, que según tengo entendido sabe muy bien lo que se lleva entre manos. Y se sabe ganar muy bien los garbanzos.

—Thorin les invitará a cenar en la Casa del Alcalde —dijo Susan—. Puede que no lo haga mañana por la noche, pero lo hará a la noche siguiente.

—Una cena de Estado en Hambria—dijo Will sonriendo, sin dejar de acariciar la nariz de Rusher—. Dioses, no sé si podré resistir la emoción de la espera.

—Deje de hablar con su boca provocadora y preste atención si es mi amigo —le

dijo Susan—. Es importante.

La sonrisa se esfumó del rostro de Will y Susan vio una vez más, tal como había captado un momento antes, al hombre que sería dentro de no muchos años. El duro rostro, la concentrada expresión de sus ojos, la despiadada boca. Era en cierto modo un rostro temible, una perspectiva temible. Pero a pesar de todo, el lugar que la bruja había tocado se notaba caliente y ella no conseguía apartar los ojos de él. ¿Cómo debía de ser su cabello, se preguntó, bajo aquel estúpido sombrero que llevaba?

—Dígame, Susan.

—Si usted y sus amigos se sientan a la mesa de Thorin, puede que me vean allí. Si me ve, Will, quiero que me vea por primera vez. Mire a la señorita Delgado y yo miraré al señor Dearborn. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Perfectamente —contestó Will, mirándola con expresión pensativa—. ¿Sirve usted allí? Si su padre era el caballerizo de la Baronía, no creo que...

—No se preocupe por lo que yo haga o deje de hacer. Prométame simplemente que si nos vemos en la Costa, nos veremos por primera vez.

—Se lo prometo, pero...

—Ya basta de preguntas. Ya estamos a punto de llegar al lugar donde tendremos que despedirnos y quiero hacerle una advertencia... quizá para corresponder como es debido al agradable paseo con este precioso caballo que tiene. Si cenan con Thorin y Rimer, no serán los únicos nuevos comensales de su mesa. Es probable que haya otros tres, los hombres que Thorin ha contratado como guardias privados de la casa.

—¿No como agentes del Sheriff?

—No, sólo obedecen órdenes de Thorin... y puede que de Rimer. Se llaman Jonas, Depape y Reynolds. A mí me parecen unos chicos muy duros... aunque la juventud de Jonas queda tan lejos que supongo que ya la ha olvidado.

—¿Jonas es el jefe?

—Sí. Es cojo, el cabello le llega hasta los hombros como el de una chica y tiene la trémula voz de un vejestorio que se pasa la vida limpiando la chimenea... pero aun así, me parece el más peligroso de los tres. Creo que esos hombres han olvidado más trapisondas de las que ustedes jamás podrán aprender.

Pero ¿por qué le estaba diciendo todo aquello? No lo sabía muy bien. Por gratitud tal vez. Le había prometido guardar el secreto de su encuentro de aquella noche y daba la impresión de que cumpliría la promesa, tanto si estaba al servicio de su padre como si no.

—Tendré cuidado con ellos. Y le agradezco el consejo. —Ahora estaban subiendo por una larga y suave ladera. Arriba, la Vieja Madre brillaba implacablemente—. Guardaespaldas —dijo Will en tono meditabundo—. Unos guardaespaldas en la pequeña y soñolienta Hambria. Corren tiempos extraños, Susan. Francamente extraños.

—Sí.

Ella también se había extrañado de la presencia de Jonas, Depape y Reynolds en la ciudad y no se le ocurría ninguna razón que la explicara. ¿Estarían allí por decisión de Rimer? Parecía probable... Thorin no era la clase de hombre que piensa en guardaespaldas, pensaba ella; el Sheriff siempre había sido más que suficiente para él, pero aun así... ¿por qué?

Llegaron a la cima de la colina. A sus pies, un racimo de edificios, la aldea de Hambria. Aún brillaban algunas luces, sobre todo la que correspondía al Descanso de los Viajeros. Desde allí, llevadas por la cálida brisa, se oían las notas del piano tocando Hey Jude y un puñado de voces borrachas asesinando alegremente el estribillo. Pero no eran los tres hombres sobre los que ella había advertido a Will Dearborn; éstos debían de estar acodados en la barra, observando el local con sus inexpresivos ojos. Aquellos tres no eran aficionados a los cantos. Los tres ostentaban en la mano derecha un pequeño tatuaje azul en forma de ataúd, grabado en el hueco entre el índice y el pulgar. Tenía intención de decírselo a Will, pero comprendió que él ya 1o vería por sí mismo. En su lugar, le indicó un poco más abajo una oscura sombra que colgaba de una cadena al borde del camino.

—¿Ve usted eso?

—Sí. —Will lanzó un profundo suspiro un tanto cómico—. ¿Es el objeto que yo temo por encima de cualquier otro? ¿Es la temida silueta del buzón de la señora Beech?

—Sí. Allí tendremos que separarnos.

—Si usted dice que tendremos que hacerlo, no habrá más remedio. Pero quisiera...

Justo en aquel momento cambió la dirección del viento, tal como a veces ocurría en verano, y una fuerte ráfaga sopló desde el oeste. El olor de la sal marina desapareció de golpe. Las voces de los borrachos fueron sustituidas por un sonido mucho más siniestro que siempre le ponía la carne de gallina en la espalda: un bajo sonido átono, como el silbido de una sirena accionada por un hombre al que ya no le

quedara mucho tiempo de vida.

Will dio un paso atrás, abrió un poco más los ojos y ella volvió a observar que sus manos bajaban hacia el cinturón, como si quisieran agarrar algo que no estaba allí.

—¿Qué demonios es eso?

—Es una raedura —le contestó serenamente ella—. En el Cañón de la Armella. ¿Nunca ha oído ninguna?

—He oído hablar de ellas, por supuesto, pero jamás las había oído hasta ahora. Dioses, ¿cómo pueden ustedes resistirlo? ¡Suena como si estuviera viva!

Susan nunca lo había imaginado de aquella manera, pero ahora, escuchando en cierto modo con los oídos de Will en lugar de los suyos, le pareció que tenía razón. Era como si una parte enferma de la noche hubiera adquirido voz y estuviera tratando de cantar. Se estremeció al pensarlo. Rusher percibió la momentánea presión de sus rodillas y soltó un pequeño relincho, volviendo la cabeza para mirarla.

—No se suele oír con tanta claridad en esta época del año —dijo—. En otoño los hombres la queman para calmarla.

—No entiendo.

¿Y quién lo entendía? ¿Quién seguía entendiendo algo? Dioses, si ni siquiera podían cerrar las pocas torres de extracción de petróleo que todavía seguían funcionando en Citgo, a pesar de que la mitad de ellas chillaban como cerdos en el matadero. Últimamente la gente se podía dar por satisfecha de que algunas cosas todavía funcionaran.

—En verano, cuando hay tiempo, los caballerizos y los vaqueros transportan montones de maleza a la entrada del Cañón de la Armella —dijo Susan—. La maleza seca es buena, pero la viva que crece allí lo es todavía más porque lo que hace falta es humo, cuanto más denso mejor. El de la Armella es un cañón muy corto y con unas paredes muy verticales. Es como una chimenea tendida de lado, ¿comprende?

—Sí.

—El momento tradicional de la quema es la Mañana de la Siega: el día después de la feria, de la fiesta y de las hogueras.

—El primer día de invierno.

—Sí, aunque en estos parajes no parece invierno tan pronto. Pero en realidad no es una tradición, a veces la maleza se quema antes si los vientos son caprichosos o si el sonido es especialmente fuerte. El ganado se pone nervioso, ¿sabe?, las vacas dan poca leche cuando el sonido de la raedura es muy intenso, y la gente no puede dormir.

—Lo creo.

Will aún estaba mirando hacia el norte cuando una fuerte ráfaga de viento le echó hacia atrás el sombrero y la cinta de cuero se le pegó a la garganta. El cabello que quedó al descubierto era un poco largo y más negro que ala de cuervo. Susan experimentó un súbito y ansioso deseo de acariciarlo con las manos para que sus dedos percibieran su textura... ¿áspera o suave como la seda? ¿Y qué olor debía de tener? Al pensarlo volvió a experimentar un nuevo estremecimiento de calor en la parte inferior del vientre. Will se volvió hacia ella como si le hubiera leído el pensamiento y ella se puso colorada como una amapola alegrándose de que él no pudiera ver el rubor de sus mejillas en medio de la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí la raedura?

—Desde antes de que yo naciera —contestó Susan—, pero no antes de que naciera mi padre. Él decía que antes de su aparición la tierra tembló como en un terremoto. Algunos afirman que la trajo el terremoto, y otros dicen que eso es una estupidez supersticiosa. Yo sólo sé que siempre ha estado ahí. El humo la calma durante algún tiempo, como calma a un enjambre de abejas o avispas, pero el sonido siempre vuelve. La maleza amontonada a la entrada del cañón impide que el ganado se pierda por allí... a veces los animales se sienten atraídos por ella, los dioses sabrán por qué. Pero si una vaca o una oveja entra en ella, después de la quema y antes de que vuelva a crecer la maleza del año siguiente, ya no vuelve a salir. Por la razón que sea, la raedura la devora.

Susan apartó el poncho a un lado, levantó la pierna derecha sobre la silla de montar sin apenas rozar el arzón y desmontó de Rusher en un solo y ágil movimiento. Era una proeza más propia de unos pantalones que de una falda, y ella comprendió por la forma en que Will abrió los ojos que éste había visto una buena parte de su anatomía... aunque nada que ella tuviera que lavarse con la puerta del cuarto de baño cerrada. Por consiguiente, ¿qué importaba? Aquella rápida manera de desmontar siempre había sido una de sus hazañas preferidas cuando le apetecía exhibirse.

—¡Qué bonito! —exclamó Will.

—Lo aprendí de mi padre —dijo ella, respondiendo a la interpretación más inocente del cumplido.

Sin embargo, la sonrisa que le dirigió al entregarle las riendas dio a entender que estaba dispuesta a aceptar el cumplido en cualquiera de sus interpretaciones.

—Susan, ¿usted ha visto alguna vez la raedura?

—Sí, una o dos veces. Desde arriba.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Feo —contestó Susan de inmediato. Hasta aquella noche en que había contemplado de cerca la sonrisa de Rea y había soportado el contacto de sus atrevidos dedos, hubiera dicho que era la cosa más fea que jamás en su vida había visto—. En parte parece el lento fuego de una turbera, y en parte un pantano lleno de espumosa agua verde. Y está cubierta por una especie de bruma. A veces la bruma es como unos largos y huesudos brazos, con manos en los extremos.

—¿Está creciendo?

—Sí, dicen que sí, que todas las raeduras crecen, aunque muy despacio. No se escapará del Cañón de la Armella ni durante su vida ni durante la mía.

Susan levantó los ojos al cielo y vio que las constelaciones se habían seguido desplazando por sus caminos mientras ellos hablaban. Se hubiera pasado toda la noche hablando con él -de la raedura, de Citgo, de su insoportable tía o de cualquier otra cosa- y la idea la dejó consternada. Por el amor de los dioses, ¿por qué tenía que ocurrirle aquello justo ahora? Después de haberse pasado tres años dando calabazas a los chicos de Hambria, ¿por qué tenía que conocer ahora a un chico que despertaba en ella un interés tan extraño? ¿Por qué era la vida tan injusta? Le volvió a la mente el primer pensamiento, el que había oído en la voz de su padre: «Si es ka, vendrá como el viento, y tus planes resistirán tan poco ante él como un granero ante un ciclón.»

Pero no, no y no. Con toda su considerable determinación, su mente se rebeló ante aquella idea. Aquello no era un granero; aquello era su vida. Susan alargó la mano y tocó la oxidada hojalata del buzón de la señora Beech como para no perder el equilibrio. Tal vez sus pequeñas esperanzas y ensoñaciones no tuvieran demasiada importancia, pero su padre le había enseñado a valorarse según la capacidad que ella tuviera de hacer las cosas que se había comprometido a hacer y ahora no iba a arrojar por la borda sus enseñanzas por el simple hecho de haber conocido a un chico guapo en un momento en que su cuerpo y sus emociones estaban tan alterados.

—Le dejo aquí para que se reúna con sus amigos o reanude su paseo —le dijo. La seriedad que percibió en su tono de voz la entristeció un poco, pues era una seriedad de persona adulta—. Pero recuerde su promesa, Will, si me ve en la Costa, en la Casa del Alcalde, y si es mi amigo, me verá allí por primera vez. Tal como yo le veré a usted.

Él asintió con la cabeza, y entonces ella vio su propia seriedad reflejada en sus

ojos. Y quizá también su propia tristeza.

—Nunca le pediría a una chica que saliera a cabalgar conmigo ni que aceptara mis visitas. Pero a usted, Susan, hija de Patrick, se lo pediría e incluso le traería flores para endulzar mis posibilidades, pero creo que no serviría de nada.

Susan sacudió la cabeza.

—No. No serviría de nada.

—¿Está comprometida en matrimonio? Es un atrevimiento preguntarlo, sin duda, pero no lo hago con mala intención.

—Ya lo sé, pero preferiría no contestar. Mi situación es muy delicada en estos momentos, ya se lo he dicho. Y además, es muy tarde. Nos tenemos que separar aquí, Will. Pero espere... un momento...

Susan rebuscó en el bolsillo de su delantal y sacó medio pastel envuelto en una hoja verde. La otra mitad se la había comido mientras subía a Cos... en lo que ahora le parecía la mitad de su vida. Le ofreció lo que quedaba de su pequeña cena a Rusher y éste lo olfateó, se lo comió y le hocicó la mano. Ella aceptó con una sonrisa el agradable y aterciopelado cosquilleo en la palma de su mano.

—Eres un buen caballo, vaya si lo eres.

Miró a Will Dearborn y vio que éste la miraba con tristeza, restregando las polvorientas botas sobre la tierra del camino. Había desaparecido la dureza de su rostro y su aspecto volvía a ser el de un chico de su edad o tal vez más joven.

—Ha sido un buen encuentro, ¿verdad? —le preguntó.

Ella se le acercó y, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, apoyó las manos en sus hombros, se puso de puntillas y le dio un beso en la boca. El beso fue breve, pero no fraternal.

—Sí, ha sido un buen encuentro, Will.

Sin embargo, cuando él se adelantó hacia ella con la misma naturalidad con que una flor vuelve el rostro hacia el sol, en un intento de repetir la experiencia, ella lo empujó hacia atrás con una suavidad no exenta de firmeza.

—No, ha sido sólo una muestra de gratitud y a un caballero le basta una sola. Siga su camino en paz, Will.

Él tomó las riendas como si estuviera soñando, las miró como si no supiera lo que eran y después la volvió a mirar a ella. Susan vio que estaba tratando de librar su mente y sus emociones del efecto de su beso. Le gustó que lo hiciera. Y se alegró mucho de haberlo hecho.

—Y usted siga el suyo —dijo él, subiendo a la silla de montar—. Estoy deseando verla por primera vez.

La miró sonriendo y ella vio en su sonrisa no sólo anhelo sino también deseo. Después espoleó su montura, le hizo dar media vuelta y regresó por donde había venido... quizá para echar otro vistazo al yacimiento de petróleo. Ella se quedó donde estaba, junto al buzón de la señora Beech, deseando que él se volviera y la saludara con la mano para poder verle el rostro una vez más. Estaba segura de que lo haría, pero él no lo hizo. Después, cuando estaba a punto de apartarse y bajar por la ladera para regresar a la ciudad, él se volvió y su mano levantada se agitó un instante en la oscuridad como si fuera una mariposa nocturna.

Susan levantó la suya y siguió su camino, sintiéndose feliz y desdichada al mismo tiempo. Pero, y quizás eso fuera lo más importante, ya no se sentía mancillada. Cuando rozó los labios del chico, el contacto de Rea pareció abandonar su piel. Un pequeño sortilegio tal vez, pero ella lo aceptó con agrado. Siguió adelante con una leve sonrisa en los labios, contemplando las estrellas con más frecuencia de lo que tenía por costumbre hacer después de anochecido.

CAPÍTULO IV

MUCHO DESPUÉS DE LA PUESTA DE LA LUNA

1

Cabalgó sin descanso casi dos horas arriba y abajo por lo que ella llamaba la Pendiente sin obligar en ningún momento a Rusher a abandonar el trote, a pesar de que le hubiera gustado que el gran caballo castrado galopara bajo las estrellas hasta que la sangre se le empezara a enfriar un poco.

Se enfriará del todo si prestas atención a tu propia persona, pensó, y es probable que ni siquiera te la tengas que enfriar tú mismo. Los necios son los únicos que están absolutamente seguros de que conseguirán lo que se merecen. Aquel viejo dicho le hizo pensar en el patizambo de la cicatriz que había sido el mejor maestro de su vida.

Al final bajó con su caballo hasta el riachuelo que discurría al pie de la ladera y siguió su curso a lo largo de un par de kilómetros corriente arriba, pasando por delante de varios grupos de caballos que miraron a Rusher con una especie de soñoliento y absorto asombro. Al llegar a una salceda, un caballo soltó un suave relincho. Rusher contestó con otro, golpeando el suelo con un casco mientras movía la cabeza arriba y abajo.

Su jinete agachó la cabeza al pasar por debajo de las ramas de los sauces, y de pronto apareció delante de él un rostro inhumanamente blanco cuya mitad superior estaba prácticamente ocupada por unos negros ojos sin pupilas.

Bajó las manos hacia las pistolas, la tercera vez que lo hacía, y la tercera vez que no encontraba nada, malditos fueran los dioses. Pero no le importó. Ya había reconocido lo que colgaba de una cuerda delante de sus ojos: aquel estúpido cráneo de grajo.

El joven que en aquellos momentos se llamaba Arthur Heath lo había sacado de su silla de montar (le hacía gracia llamar centinela al cráneo, «más feo que una vieja pero muy barato de mantener») y lo había colgado allí para gastarle una broma a modo de saludo. ¡Siempre con sus bromas! El dueño de Rusher le propinó un manotazo tan fuerte que rompió la cuerda y lo envió volando hacia la oscuridad.

—Vergüenza debería darte, Rolando —dijo una voz desde las sombras.

El tono era de reproche pero contenía una carcajada burbujeando justo a ras de la superficie... como siempre. Cutberto era su amigo más antiguo -las señales de los

primeros dientes de ambos estaban grabadas en los mismos juguetes-, pero Rolando jamás lo había comprendido por entero. Y no sólo por su manera de reírse. Aquel lejano día en que Hax, el cocinero de palacio, tenía que ser colgado por traidor en la Colina de la Horca, Cutberto se moría de terror y remordimiento. Le había dicho a Rolando que no podría quedarse, que no podría presenciarlo... pero al final hizo ambas cosas. Porque ni las estúpidas bromas ni las fáciles emociones superficiales eran la auténtica verdad de Cutberto Allgood.

Cuando Rolando entró en el claro del centro de la salceda, una oscura sombra emergió de detrás del árbol donde se ocultaba. En medio del claro se convirtió en un alto muchacho de estrechas caderas, descalzo, por debajo los vaqueros y desnudo por encima de ellos. Sostenía en una mano un enorme revólver antiguo, de una clase que a veces se llamaba de barril de cerveza por el tamaño del barrilete.

—Vergüenza debería darte —repitió Cutberto como si le gustara el sonido de aquella frase que no sonaba anticuada más que en los lugares olvidados y atrasados como Mejis—. ¡Menuda manera de tratar al centinela, propinándole un tortazo que ha enviado al pobrecito carilargo a la cordillera montañosa!

—Si hubiera llevado una pistola, lo más probable es que lo hubiera hecho añicos y hubiera despertado a media campiña.

—Yo sabía que no saldrías por ahí armado —contestó Cutberto en un suave susurro—. Te veo muy mala cara, Rolando, hijo de Steven, pero aquí nadie es tonto aunque esté a punto de cumplir la antigua edad de quince años.

—Pensé que estábamos de acuerdo en utilizar los nombres con los que estamos viajando. Incluso para hablar entre nosotros.

Cutberto adelantó la pierna, apoyó el talón desnudo en el suelo y se inclinó con los brazos extendidos y las muñecas fuertemente dobladas en una inspirada imitación de un hombre para quien la corte se ha convertido en una profesión. Pero su aspecto también recordaba el de una garza en una marisma, por lo que Rolando no pudo por menos que soltar una carcajada, muy a su pesar. Después se rozó la frente con la parte inferior de su muñeca izquierda para ver si tenía fiebre. Bien sabían los dioses que dentro de la cabeza se sentía febril, pero la piel por encima de los ojos estaba fría.

—Te pido perdón, pistolero —dijo Cutberto, con los ojos y las manos todavía humildemente inclinados.

La sonrisa del rostro de Rolando se desvaneció.

—No vuelvas a llamarme así, Cutberto. Por favor. Ni aquí ni en ningún sitio. No lo

hagas si me aprecias.

Cutberto abandonó su postura inmediatamente y se acercó al lugar donde Rolando todavía permanecía montado en su caballo. Parecía sinceramente avergonzado.

—Rolando... Will... perdóname.

Rolando le dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes. Pero recuérdalo a partir de ahora. Puede que Mejis esté en los confines del mundo, pero sigue siendo el mundo. ¿Dónde está Alain?

—¿Te refieres a Dick? ¿Dónde crees tú que está?

Cutberto señaló al otro lado del claro, donde una sombra oscura estaba roncando o asfixiándose lentamente.

—Ése no se despertaría ni con un terremoto —dijo Cutberto.

—Pero tú me has oído acercarme y te has despertado.

—Sí —dijo Cutberto, estudiando el rostro de Rolando con tanta intensidad que éste se sintió un poco incómodo—. ¿Te ha ocurrido algo? Te veo raro.

—¿De veras?

—Sí. Excitado. Y como alterado.

Si quería hablarle de Susan a Cutberto, aquél era el momento. Decidió sin pensarlo (casi todas sus decisiones, y por supuesto las mejores, las tomaba de la misma manera) no decirle nada. Si la conociera en la Casa del Alcalde, también sería la primera vez a los ojos de Cutberto y Alain. ¿Qué mal habría en ello?

—Un poco alterado sí estoy —dijo Rolando, desmontando e inclinándose para soltar las cinchas de su silla de montar—. Y he visto además algunas cosas interesantes.

—¿De veras? Cuéntame, compañero del más querido inquilino de mi pecho.

—Creo que esperaré hasta mañana, cuando aquel oso se despierte de su letargo. De esta manera sólo tendré que contarlo una vez. Además, estoy muy cansado. Pero te voy a decir una cosa: hay demasiados caballos en esta zona, incluso para una Baronía famosa por sus caballos. Francamente demasiados.

Antes de que Cutberto pudiera hacerle alguna pregunta, Rolando retiró la silla de la grupa de Rusher y la depositó al lado de tres jaulas de mimbre atadas entre sí con una correa de cuero para poder ajustarlas a la grupa de un caballo. Dentro, tres palomas con unos anillos blancos alrededor del cuello zureaban en tono adormilado. Una de ellas sacó la cabeza de debajo del ala, echó un vistazo a Rolando y volvió a

esconderla.

—¿Están bien los bichos?

—Perfectamente. Picoteando y cagando alegremente en la paja. Para ellas, eso son unas vacaciones. ¿Qué has querido decir con eso de que...?

—Mañana —dijo, y Cutberto, viendo que no le podría sacar nada más, se limitó a asentir con la cabeza y fue en busca de su flaco y huesudo centinela.

Veinte minutos después, tras haber descargado, almohazado y dado de comer a Rusher junto con Buckskin y Glue Boy (Cutberto ni siquiera era capaz de poner a su caballo un nombre normal, como hubiera hecho cualquier persona en su sano juicio), Rolando se acostó en su saco de dormir, contemplando las últimas estrellas que aún quedaban en el cielo. Cutberto se había vuelto a dormir tan fácilmente como se había despertado al oír el rumor de los cascos de Rusher; en cambio Rolando jamás en su vida se había sentido más desvelado.

Su mente retrocedió un mes, a la habitación del prostíbulo, donde su padre se había sentado en la cama de la puta mientras él se vestía. Las palabras de su padre «Hace dos años que lo sé» habían reverberado en su cabeza como el sonido de un gong. Y él sospechaba que lo seguirían haciendo a lo largo de toda su vida.

Pero su padre tenía muchas más cosas que decir. Sobre Marten. Sobre la madre de Rolando, que más que pecadora había sido objeto del pecado de otros. Sobre los bandidos que se llamaban a sí mismos patriotas. Y sobre John Farson, que había estado efectivamente en Cressia y que había desaparecido de aquel lugar, disipándose, tal como tenía por costumbre hacer, como el humo en medio de un vendaval. Antes de irse, él y sus hombres habían incendiado y prácticamente arrasado al suelo Indrie, la sede de la Baronía. Las víctimas de la carnicería se habían contado por centenares y quizá no fuera de extrañar que a partir de aquel momento Cressia hubiera renegado de la Afiliación y hubiera hablado en favor del Hombre Bueno. El Gobernador de la Baronía, el Alcalde de Indrie y el Sheriff habían terminado aquel día de principios de verano con el que había concluido la visita de Farson con las cabezas en la muralla que defendía la entrada de la ciudad. Lo cual, en palabras de Steven Deschain, había sido «una política muy convincente».

Era un juego de Castillos en el que, tal como había dicho el padre de Rolando, ambos ejércitos habían salido de detrás de sus Lomas para dar comienzo a las últimas acciones bélicas. Tal como solía ocurrir en las revoluciones populares, lo más probable era que el juego terminara antes de que las Baronías del Mundo Medio empezaran a

darse cuenta de que John Farson constituía una grave amenaza... o, en caso de que tú fueras uno de los que creían apasionadamente en su visión de la democracia y en el final de lo que él llamaba «la esclavitud de clase y los antiguos cuentos de hadas», un importante motor del cambio.

Rolando se asombró mucho al enterarse de que a su padre y al pequeño ka-tet de pistoleros de su padre les importaba muy poco Farson, cualquiera que fuera el papel que éste desempeñara; lo consideraban un asunto de poca monta. Y en el fondo, la Afiliación también era para ellos un asunto de poca monta.

«Te voy a enviar lejos de aquí -había dicho Steven, sentado en la cama, contemplando a su único hijo, el que había sobrevivido-. Ya no queda ningún lugar seguro en el Mundo Medio, pero la Baronía de Mejis en la Costa es lo más seguro que hay en los tiempos que corren. Por consiguiente irás allí con dos de tus compañeros por lo menos. Supongo que uno de ellos será Alain. Pero que el otro no sea ese chico que no para de reírse, por lo que más quieras. Mejor sería que te fueras con un perro ladrador.»

Rolando, que en cualquier otro día de su vida, se hubiera llenado de alegría ante la perspectiva de ver en parte el ancho mundo, protestó enérgicamente. Si tenía que haber unas batallas finales contra el Hombre Bueno, él quería participar en ellas al lado de su padre. A fin de cuentas ahora era un aprendiz de pistolero y....

Su padre había sacudido la cabeza con una lentitud no exenta de firmeza. «No, Rolando. No lo entiendes. Pero ya lo entenderás; lo encenderás en toda la medida de lo posible.»

Más tarde, ambos habían subido a las altas murallas de la última ciudad viva del Mundo Medio, la hermosa y espléndida Gilead, brillando bajo el sol matinal con sus estandartes ondeando al viento, los vendedores callejeros del Barrio Viejo y los caballos trotando por los senderos para caballos que irradiaban desde el palacio, que era el centro de todo. Su padre le había revelado más cosas, no todas, y él había comprendido algo más aunque no todo ni mucho menos pues su padre tampoco lo comprendía todo. Ninguno de los dos había mencionado la Torre Oscura, pero ésta ya figuraba en el pensamiento de Rolando como una posibilidad semejante a una nube de tormenta en el lejano horizonte.

¿Sería la Torre la verdadera razón de todo? ¿Sería la Torre Oscura y no el arrogante bandido que soñaba con gobernar el Mundo Medio, ni el mago que había encantado a su madre, ni la bola de cristal que Steven y su cuadrilla esperaban

encontrar en Cressia?

No lo había preguntado. No se había atrevido a preguntarlo.

Ahora se revolvió en su saco de dormir y cerró los ojos. Inmediatamente vio el rostro de la chica; volvió a sentir sus labios contra los suyos, aspiró el perfume de su piel. Experimentó inmediatamente una sensación de calor desde la coronilla hasta la base de la columna vertebral y una sensación de frío desde la base de la columna hasta las puntas de los dedos de los pies. Después recordó el brillo de sus piernas cuando había desmontado de Rusher (y también el brillo de su ropa interior bajo la falda fugazmente levantada) y entonces las sensaciones de frío y calor cambiaron de sitio.

La puta se había llevado su virginidad, pero no lo había besado; había apartado el rostro cuando él había intentado besarla. Le había permitido hacer todo lo que quisiera menos eso. En aquellos momentos él había sufrido una amarga decepción. Pero ahora se alegraba.

El ojo de su mente adolescente, inquieto y penetrante a la vez, contempló la trenza que bajaba por la espalda de la chica hasta su cintura, los suaves hoyuelos que se formaban en las comisuras de su boca cuando sonreía, la cadencia de su voz y su anticuada manera de expresarse. Recordó la sensación de sus manos en sus hombros cuando se había puesto de puntillas para besarle, y pensó que hubiera sido capaz de dar todo lo que tenía para volver a percibir la sensación de aquellas manos tan suaves y firmes. Y su boca en la suya. Intuía que era una boca que no sabía mucho de besos, pero, por poco que supiera, ya sería algo más de lo que sabía él.

«Ten cuidado, Rolando. No permitas que tus sentimientos por esta chica provoquen el derrumbamiento de algo. De todos modos, no es libre. Ella misma te lo ha dicho. No esta casada, pero sí comprometida de algún modo.»

Rolando distaba mucho de ser la inflexible criatura en la que más adelante se transformaría, pero las semillas de aquella inflexibilidad ya estaban en él... unas cosas pequeñas y duras que a su debido tiempo se convertirían en árboles de raíces profundas y frutos amargos. Ahora se abrió una de aquellas semillas y de ella brotó una primera y afilada hoja.

«Lo que se ha comprometido se puede descomprometer y lo que se ha hecho se puede deshacer. Nada es seguro pero... yo la quiero.»

Sí. Eso era lo único que sabía, y lo sabía tan bien como conocía el rostro de su padre: la quería. No como había querido a la puta que, desnuda en la cama y con las

piernas separadas, le había mirado con los párpados entornados, sino como quería comer cuando estaba hambriento o beber cuando tenía sed. Suponía que tal como quería arrastrar el polvoriento cuerpo de Marten detrás de su caballo por la Calle Mayor de Gilead en castigo por lo que el mago le había hecho a su madre.

La quería; quería a la chica llamada Susan.

Rolando se volvió del otro lado, cerró los ojos y se quedó dormido. Su descanso fue muy ligero y estuvo poblado por los sueños cruelmente poéticos que sólo los muchachos adolescentes pueden tener, unos sueños en los que la atracción sexual se junta con el amor romántico y ambos resuenan con una fuerza que jamás volverán a tener. En aquellas sedientas visiones, Susan Delgado apoyaba una y otra vez las manos en los hombros de Rolando, lo besaba una y otra vez en la boca, le decía una y otra vez que se acercara a ella por vez primera, que estuviera con ella por vez primera, que la viera por vez primera y que la viera muy bien.

2

A unos ocho kilómetros del lugar donde Rolando tenía aquellos sueños, Susan Delgado, yacía en su cama y veía a través de la ventana cómo la Vieja Estrella empezaba a palidecer al acercarse la aurora. Estaba tan desvelada como cuando se había acostado y experimentaba unas pulsaciones en el lugar de la entrepierna que la vieja le había tocado. Era una sensación turbadora, pero ahora ya no le resultaba desagradable porque la asociaba con el chico al que había conocido por el camino y había besado impulsivamente bajo la luz de las estrellas. Cada vez que movía las piernas, las pulsaciones se acentuaban y se convertían en un breve y dulce dolor.

Cuando llegó a casa, tía Cord (que normalmente ya hubiera llevado una hora acostada en su cama) estaba sentada en la mecedora delante de la chimenea -apagada, fría y limpia de cenizas en aquella época del año-, con el regazo cubierto por un montón de encajes que parecían la espuma de una ola sobre el trasfondo de su anticuado vestido negro. Los estaba ribeteando con una velocidad que a Susan siempre le había parecido casi sobrenatural, y no levantó los ojos cuando se abrió la puerta y entró su sobrina envuelta en un remolino de brisa.

—Te esperaba hace una hora —dijo tía Cord. Y después añadió, aunque por el tono de su voz no lo pareciera—: Estaba preocupada.

—¿De veras? —dijo Susan sin añadir nada más.

Pensó que cualquier otra noche hubiera dado una de aquellas endebles excusas que a ella misma le sonaban como mentiras -era el mismo efecto que tía Cord le había producido a ella toda la vida-, pero aquélla no había sido una noche corriente. Jamás en su vida había habido una noche como aquélla. Descubrió que no podía quitarse a Will Dearborn de la cabeza.

Entonces tía Cord levantó los ojos, aquellos ojos tan juntos que parecían unas pequeñas cuentas de cristal, penetrantes e inquisitivos, por encima de su afilada nariz. Algunas cosas no habían cambiado desde que Susan emprendiera su camino hacia Cos; aún podía sentir los ojos de su tía recorriéndole el rostro y el cuerpo como si fueran unos cepillitos de la ropa de ásperas cerdas.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó tía Cord—. ¿Ha habido algún problema?

—Ninguno —contestó Susan, pero por un instante recordó a la bruja de pie a su lado junto a la puerta, asiéndole la trenza entre sus dedos nudosos. Recordó que le había preguntado a Rea si ya había terminado su tarea, impaciente por marcharse.

«A lo mejor hay otra cosita», le había contestado la vieja, o eso creía ella recordar. Pero ¿qué era aquella cosita? Ya no se acordaba. Y además, ¿qué importaba? Se vería libre de Rea hasta que se le empezara a hinchar el vientre con el hijo de Thorin... y si el hijo no se empezara a hacer hasta la Noche de la Siega, ella no regresaría a Cos hasta bien entrado el invierno, como muy pronto. ¡Toda una eternidad! Y aún podría retrasarse más, si ella tardara en concebir...

—He vuelto a casa paseando muy despacio, tía. Eso es todo.

—Pues entonces, ¿por qué pones esta cara? —preguntó tía Cord, acercando las ralas cejas a la raya vertical que le arrugaba el entrecejo.

—¿Qué cara? —preguntó Susan, quitándose el delantal, anudando las cintas y colgándolo del gancho que había junto a la puerta de la cocina.

—Arrebolada. Llena de espuma. Como la leche recién ordeñada.

Estuvo casi a punto de echarse a reír. Tía Cord, que sabía tan poco de hombres como Susan sabía de estrellas y planetas, había dado directamente en el blanco. Arrebolada y llena de espuma, así se sentía ella.

—Habrá sido el aire nocturno, supongo —contestó ella—. He visto un meteoro, tía. Y he oído el rumor de la raedura. Esta noche sonaba muy fuerte.

—¿De veras? —preguntó su tía sin el menor interés, regresando al tema que sí le interesaba—. ¿Te ha dolido?

—Un poco.

—¿Has llorado?

Susan sacudió la cabeza.

—Muy bien. Mejor que no. Siempre es mejor. He oído decir que a ella le gusta que lloren. Vamos a ver, Sue... ¿te ha dado algo? ¿Te ha dado algo la vieja?

—Sí.

Susan se introdujo la mano en el bolsillo y sacó el papel en el que figuraba escrita

la palabra

Lo sostuvo en alto y su tía se lo arrebató de la mano con ansiosa mirada.

Cordelia se había pasado aproximadamente un mes tratándola con dulzura, pero ahora que ya tenía lo que quería (y ahora que Susan había llegado demasiado lejos y daba la impresión de que iba a cambiar de idea) había vuelto a ser la áspera, arrogante y a menudo recelosa mujer con la que Susan había crecido; la mujer que sufría ataques casi semanales de furia por culpa de su flemático y despreocupado hermano.

En cierto modo era un alivio. Le atacaba los nervios que tía Cord se pasara un día tras otro interpretando el papel de bondadosa hada madrina.

—Sí, es verdad, aquí está su marca —dijo su tía, recorriendo con los dedos la parte inferior de la hoja—. Algunos dicen que eso es una garra de demonio, pero a nosotras nos da igual, ¿verdad, Sue? A pesar de ser una criatura tan desagradable y horrenda, aún es capaz de conseguir que dos mujeres vivan un poco más y mejor en el mundo. Y sólo tendrás que verla otra vez, probablemente hacia Fin de Año, cuando ya estés bien preñada.

—Será más tarde —dijo Susan—. No tengo que acostarme con él hasta la Luna Llena del Demonio. Después de la Feria de la Siega y las hogueras.

Tía Cord la miró boquiabierta de asombro.

—¿Eso ha dicho?

«¿Me estás llamando mentirosa, tiíta?», pensó Susan con una dureza impropia de ella; por regla general, su temperamento se parecía más al de su padre.

—Sí.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tan tarde?

Tía Cord estaba visiblemente contrariada. Hasta entonces se habían recibido por aquel motivo ocho monedas de plata y cuatro de oro, guardadas dondequiera que tía Cord escondiera el dinero (Susan sospechaba que tenía mucho, aunque Cordelia gustara de hacerse la pobre en todo momento) y todavía les debían o les pagarían el doble cuando la sábana manchada de sangre se enviara a la lavandera de la Casa del Alcalde. La misma cantidad se pagaría cuando Rea confirmara la existencia de la criatura y la honradez de la criatura. Mucho dinero en total. Muchísimo para un lugar tan pequeño como aquél y para una gente tan insignificante como ellas. Y que ahora el pago se tuviera que retrasar tanto...

Entonces se cometió el pecado que Susan había pedido en sus oraciones (aunque sin demasiado entusiasmo) antes de irse a dormir: le había encantado ver la expresión de frustración del rostro de tía Cord, la expresión de avara contrariada.

—¿Por qué tan tarde? —repitió tía Cord.

—Podrías ir a Cos a preguntárselo a ella.

Los labios de Cordelia Delgado, ya muy finos de por sí, se juntaron con tal fuerza que casi desaparecieron.

—¿Quieres ser impertinente, señorita? ¿Quieres ser impertinente conmigo?

—No. Estoy demasiado cansada como para ser impertinente con nadie. Quiero lavarme, aún me noto la sensación de sus manos encima, e irme a la cama.

—Pues hazlo. Quizá mañana podremos discutir la cuestión con modales más propios de unas señoras. Y además tenemos que ir a ver a Hart, claro.

Cord dobló el papel que Rea le había entregado a Susan, contenta al parecer ante la perspectiva de visitar a Hart Thorin, y su mano se desplazó hacia el bolsillo de su vestido.

—No —dijo Susan con un tono de voz tan insólitamente cortante que la mano de su tía quedó en suspenso en el aire.

Cordelia la miró, sinceramente asustada. Susan se avergonzó un poco al darse cuenta, pero no bajó la mirada, y alargó la mano sin que ésta le temblara.

—Eso tengo que guardarlo yo, tía.

—¿Quién te ha dicho que me hables así? —preguntó tía Cord con una voz casi quejumbrosa ante aquel ultraje que era casi una blasfemia, pensó Susan, aunque por un instante la voz de tía Cord le había recordado el sonido de la raedura—. ¿Quién te ha dicho que le hables así a la mujer que ha criado a una chica huérfana de madre? ¿A la hermana del pobre y difunto padre de aquella chica?

—Tú ya sabes quién —contestó Susan con la mano todavía extendida—. Tengo que guardarlo yo y se lo tengo que dar yo al Alcalde Thorin. Me dijo que a partir de aquel momento a ella ya no le importaría lo que ocurriera con el papel, que por ella el Alcalde se podía limpiar el trasero con el papel si quisiera —Susan se alegró al ver el rubor que se encendía en el rostro de su tía al oír sus palabras—, pero que hasta entonces lo tendría que guardar yo.

—En mi vida he oído semejante cosa—murmuró tía Cordelia, devolviéndole el trozo de papel—. Encomendarle la custodia de un documento tan importante a una chica tan insignificante como tú.

«Pero no tan insignificante como para ser su querida, ¿verdad? Para tenderme debajo de él y oír el crujido de sus huesos, recibir su semilla y quizá concebir su hijo.»

Bajó los ojos hacia su bolsillo mientras se guardaba el trozo de papel para que tía Cord no viera su mirada de resentimiento.

—Levántate —dijo tía Cord, apartando el montón de espumoso encaje de su regazo y empujándolo hacia el costurero, donde quedó abandonado en un insólito ángulo—. Y cuando te laves, límpiate la boca con especial cuidado. Límpiala del descaro y la falta de respeto hacia quienes tanto han dado por amor a su dueña.

Susan se retiró en silencio, reprimiendo mil respuestas insolentes mientras subía por la escalera tal como tantas veces había hecho, dominada por una mezcla de vergüenza y rencor.

Y ahora allí estaba, acostada en su cama y todavía despierta mientras las estrellas palidecían y el cielo empezaba a colorearse con las primeras luces. Los acontecimientos de la víspera cruzaron por su mente a una fantástica y borrosa velocidad semejante a la de alguien que baraja unas cartas, y lo que con más persistencia aparecía en su mente era el rostro de Will Dearborn. Recordó la dureza de aquel rostro capaz de suavizarse inesperadamente en un instante. ¿Era un rostro bello? Sí, ella así lo creía. Para ella era bello.

«Nunca le pediría a una chica que saliera a dar un paseo a caballo conmigo ni que aceptara mis visitas. Pero a usted, Susan, hija de Patrick, se lo pediría.»

¿Por qué ahora? ¿Por qué he tenido que conocerlo ahora, cuando nada bueno puede salir de ello?

«Si es ka, vendrá como el viento. Como un ciclón.»

Dio varias vueltas en la cama, y al final se tendió boca arriba. Pensaba que no podría conciliar el sueño durante lo que quedaba de noche. Hubiera sido mejor que se

dirigiera a la Pendiente para contemplar la salida del sol.

Pero permaneció tendida en la cama, sintiéndose simultáneamente mareada y a gusto, contemplando las sombras y prestando atención a las primeras voces de los pájaros de la mañana, recordando la sensación de la boca de Will sobre la suya, su tierno roce, sus dientes bajo los labios; el perfume de su piel y la áspera textura de su camisa bajo las palmas de sus manos.

Ahora apoyó aquellas palmas en la parte anterior de su camisa y se asió los pechos con los dedos. Los pezones estaban duros como pequeños guijarros. Al tocarlos, el calor de su entrepierna adquirió una repentina urgencia.

Podría dormir, pensó. Podría si prestara la debida atención a aquella sensación de calor. Si supiera cómo hacerlo.

Y supo. La vieja se lo había enseñado. «Ni siquiera una chica intacta tiene por qué renunciar a un poco de diversión, si sabe cómo hacerlo. Es como un botoncito de seda.»

Susan se revolvió en la cama y deslizó una mano bajo la sábana. Hizo un esfuerzo y se quitó de la cabeza los brillantes ojos y las hundidas mejillas de la vieja -descubrió que no era muy difícil si ponía verdadero empeño en hacerlo- y sustituyó ambas cosas por el rostro del chico del gran caballo castrado y del estúpido sombrero de ala plana. La visión de su mente fue tan clara y tan dulce que casi le pareció real, y el resto de su vida se convirtió en un aburrido sueño. En la visión, él la besaba una y otra vez, las bocas de ambos se abrían y sus lenguas se tocaban; lo que él exhalaba, ella lo aspiraba.

Estaba ardiendo. Ardía en la cama como una antorcha. Cuando poco después el sol asomó finalmente por el horizonte, ella estaba profundamente dormida con una leve sonrisa en los labios y el cabello suelto derramado sobre su rostro y la almohada, como si fuera oro fundido.

3

En la última hora que precede al amanecer, la sala pública del Descanso de los Viajeros estaba más tranquila que nunca. Las luces de gas que casi todas las noches convertían la araña de cristal en una fulgurante joya hasta las dos de la madrugada aproximadamente estaban ahora bajadas hasta no ser más que unos puntos azules, y la larga estancia de alto techo aparecía envuelta en unas sombras espectrales.

En un rincón había un revoltijo de madera amontonada: los restos de un par de

sillas rotas en el transcurso de una pelea provocada por una partida de cartas (los combatientes residían en aquellos momentos en la celda de los borrachos del Sheriff). En otro rincón se veía un gran charco de vómito. En la plataforma del extremo oriental de la sala había un desvencijado piano y, apoyada en su banqueta, la porra de madera de jabí de Barkie, el vigilante y hombre duro del local. El propio Barkie, cuyo abultado vientre lleno de cicatrices asomaba por encima de la cintura de sus pantalones de pana como si fuera un trozo de masa de pan, permanecía tendido, roncando bajo la banqueta con una carta en la mano: el dos de diamantes.

En el extremo occidental de la sala estaban las mesas de juego. Dos borrachos roncaban con las cabezas apoyadas en una de ellas, soltando un hilillo de saliva sobre el tapete verde, con las manos extendidas entrelazadas. En la pared por encima de ellos colgaba un retrato de Arturo, el Gran Rey de Eld a lomos de su blanco corcel con un letrero que decía (en una curiosa mezcla de Alto y Bajo Lenguaje): NO ERES LA MANO QUE SE BARAJA EN LAS CARTAS Y EN LA VIDA.

Detrás de la barra que cubría toda la longitud de la sala se podía ver un monstruoso trofeo: un alce de dos cabezas con unas astas que parecían un bosque y cuatro ardientes ojos. Los clientes habituales del Descanso de los Viajeros lo llamaban La Retozona. Nadie hubiera sabido decir por qué. Algún guasón había colocado cuidadosamente unos preservativos que parecían las tetas de una gorrina en dos de sus cuernos. Tendida en la barra directamente debajo de la mirada de reproche de La Retozona estaba Pettie la Trotona, una de las bailarinas y pelanduscas del Descanso de los Viajeros... que hacía mucho tiempo que había dejado la juventud a su espalda y que muy pronto tendría que hacer su trabajo de rodillas detrás del Descanso de los Viajeros y no en uno de los minúsculos cuchitriles de arriba. Mantenía las gruesas piernas separadas, una colgando por la parte interior de la barra y la otra por la exterior, con el sucio revoltijo de sus faldas amontonado en la entrepierna. Respiraba emitiendo unos profundos ronquidos y de vez en cuando sus pies y sus rechonchos dedos experimentaban una sacudida. Los demás rumores que se escuchaban eran los del cálido viento estival del exterior y el suave y regular chasquido de las cartas pasadas una a una.

Una mesita estaba situada junto a la puerta de vaivén que daba a la Calle Mayor de Hambria; allí se sentaba Coral Thorin, la propietaria del Descanso de los Viajeros (y hermana del Alcalde) las noches en que bajaba de su suite «para unirse a la compañía». Las veces que bajaba lo hacía temprano -cuando en la vieja y arañada

barra todavía se servían más bistecs que whiskys-, y volvía a subir aproximadamente a la hora en que Sheb, el pianista, se sentaba y empezaba a aporrear su horrible instrumento. El Alcalde jamás aparecía por allí aunque todo el mundo sabía que era propietario de por lo menos la mitad de los beneficios del Descanso. El clan Thorin disfrutaba del dinero que el local les reportaba; lo que no le gustaba era el aspecto que éste adquiría pasada la medianoche, cuando el aserrín del suelo empezaba a empaparse de cerveza y de sangre derramada. Pero Coral, que veinte años atrás había sido lo que se llamaba «una chica alocada», poseía una cierta dureza. Era guapa, más joven que su político hermano y no tan delgada, tenía unos grandes ojos y se comportaba como una comadreja. Nadie se sentaba junto a su mesa mientras el local permanecía abierto -Barkie le habría parado los pies en un santiamén a cualquiera que lo hubiera intentado-, pero ahora el local estaba cerrado, los borrachos se habían ido o estaban durmiendo la mona en el piso de arriba y Sheb dormía como un tronco en un rincón, detrás del piano. El chico medio tonto que limpiaba el local se había ido hacia las dos (perseguido como siempre por las burlas y los insultos y por algunas jarras de cerveza; Roy Depape en particular le tenía una manía especial al pobre chico). Regresaría hacia las nueve para empezar a preparar el viejo palacio de fiestas para otra noche de diversión, pero hasta entonces el hombre que ocupaba la mesa de la señorita Thorin disponía del local para él solo. Tenía delante un juego de la Paciencia: negro sobre rojo, rojo sobre negro y encima de todo un Cuadrado de juego parcialmente formado. El jugador sostenía en la mano izquierda el resto de la baraja. Mientras repartía las cartas una a una, se le movía el tatuaje de la mano derecha. Resultaba un poco desconcertante porque parecía que el ataúd estuviera respirando. El jugador era un tipo algo mayor, no tan delgado como el Alcalde o su hermana, pero delgado. El largo y desgreñado cabello blanco le llegaba hasta la cintura. Estaba intensamente bronceado, exceptuando el cuello que siempre se le quemaba; la piel de allí le colgaba en varios puntos. Llevaba un bigote tan largo que sus irregulares extremos le colgaban hasta casi rozarle la mandíbula; muchos pensaban que era un bigote de falso pistolero, pero nadie utilizaba la palabra «falso» delante de Eldred Jonas. Éste llevaba una camisa blanca de seda y un revólver de negra culata en la cadera. A primera vista, sus grandes ojos inyectados en sangre parecían tristes, pero si se examinaban con más detenimiento se podía ver que simplemente lagrimeaban. Manifestaban tan pocas emociones como los de La Retozona.

Sacó el As de Bastos. No había lugar para él.

—Maldita sea tu estampa —dijo en una extraña y chirriante voz.

Era una voz que temblaba como la de un hombre que estuviera a punto de echarse a llorar, y encajaba muy bien con sus húmedos ojos bordeados de rojo. Volvió a juntar las cartas.

Antes de que le diera tiempo a barajarlas, una puerta se abrió y cerró suavemente en el piso de arriba. Jonas apartó las cartas a un lado y acercó la mano a la culata de su revólver. Después, al reconocer el sonido de las botas de Reynolds bajando por la galería, soltó el arma, y en su lugar sacó la tabaquera del cinto. Primero asomó la orla de la capa de la que Reynolds jamás se separaba, e inmediatamente después apareció él bajando los peldaños con la cara recién lavada y el rizado cabello pelirrojo alrededor de las orejas. El viejo y querido señor Reynolds estaba muy orgulloso de su aspecto, ¿por qué no? Había enviado a su polla en misiones de exploración por más húmedas y acogedoras grietas de las que Jonas jamás hubiera visto en su vida, y eso que Jonas le doblaba la edad.

Al llegar al pie de la escalera se encaminó hacia la barra, deteniéndose para dar un pellizco a uno de los redondos muslos de Pettie, y después se acercó al lugar donde Jonas permanecía sentado con el tabaco y la baraja de cartas.

—Buenas noches, Eldred.

—Buenos días, Clay. —Jonas abrió la tabaquera, sacó un papelillo y le echó tabaco encima. Le temblaba la voz, pero sus manos estaban muy firmes—. ¿Te apetece fumar?

—No me vendría mal un pitillo.

Reynolds acercó una silla, le dio la vuelta y se sentó con los antebrazos cruzados sobre su respaldo. Cuando Jonas le entregó el cigarrillo, Reynolds lo hizo bailar sobre el dorso de sus dedos, una antigua habilidad de pistolero. Los Grandes Cazadores de Ataúdes conocían muchas antiguas habilidades de pistolero.

—¿Dónde está Roy? ¿Con Su Señoría?

Durante el mes que llevaban en Hambria, Depape se había enamorado apasionadamente de una puta de quince años llamada Deborah. Su patizamba manera de caminar y su mirada perdida en la distancia inducía a Jonas a sospechar que era otra vaquera más de las muchas que había por allí, pero la chica tenía ínfulas de reina. Era Clay quien había empezado a llamarla Su Señoría o Su Majestad, y a veces (cuando estaba borracho) «el Coño de la Coronación de Roy».

Reynolds asintió con la cabeza.

—Está encoñado.

—No pasa nada. No nos va a dejar en la estacada por esta pequeña furcia de mierda con granos en las tetas. Es tan ignorante que ni siquiera sabe cómo se escribe la palabra «gato». Ni siquiera eso. Se lo pregunté.

Jonas lió otro cigarrillo, sacó un fósforo de la tabaquera y lo encendió con la uña del pulgar. Primero encendió el de Reynolds y después el suyo.

Un perrito bastardo de color rubio pasó por debajo de la puerta de vaivén. Los hombres lo observaron, fumando en silencio. El perrito cruzó la sala, primero husmeó el vómito solidificado del rincón y después empezó a comérselo meneando la corta cola hacia delante y hacia atrás.

Reynolds señaló con la cabeza el letrero en el que se rogaba no discutir sobre las cartas que se repartían.

—Yo creo que este bicho lo entendería.

—No, hombre, no —protestó Jonas—. Es sólo un perro, un perro que come vómitos. He oído un caballo hace veinte minutos. Primero a la ida y después a la vuelta. ¿Podría ser uno de los vigilantes que hemos alquilado?

—A ti no se te escapa ni una, ¿eh?

—Lo contrario da mal resultado, muy malo. ¿Lo era?

—Sí. El tipo que trabaja para uno de los pequeños propietarios del extremo oriental de la Pendiente. Los vio entrar. Tres. Jóvenes. Unos beibis. —Reynolds pronunció esta última palabra como se hacía en las Baronías Septentrionales—. No hay que preocuparse.

—Bueno, eso no lo sabemos —dijo Jonas con la trémula voz propia de un anciano que quisiera contemporizar—. Dicen que los ojos jóvenes ven muy lejos.

—Los ojos jóvenes ven lo que les enseñan —replicó Reynolds.

El perrito pasó por su lado relamiéndose de gusto. Reynolds lo ayudó a salir propinándole un puntapié, que el animal no logró esquivar. Echó a correr y salió por debajo de la puerta de vaivén, soltando unos quejumbrosos gañidos que estimularon a Barkie a roncar con más fuerza desde su lugar de reposo bajo la banqueta del piano. Se abrió su mano y cayó una carta al suelo.

—Puede que sí y puede que no —dijo Jonas—. En cualquier caso, son unos mocosos de la Afiliación, hijos de grandes haciendas de las inmediaciones de la Verde Alguna Parte, si Rimer y este necio para quien trabaja no están equivocados. Lo cual significa que tendremos que andarnos con mucho cuidado. Y caminar con precaución

como si pisáramos huevos. Nos quedan por lo menos tres meses de estancia aquí, y puede que esos jóvenes también se queden aquí durante todo este tiempo, contando esto y aquello y anotándolo todo en un papel. Los tipos que cuentan cosas no nos interesan en estos momentos. Eso no es para unos hombres que trabajan en el sector del reabastecimiento.

—¡Vamos, hombre! Eso no es ni más ni menos que un simulacro de trabajo, un tirón de orejas por haberse portado mal. Sus papás...

—Sus papás saben que ahora Farson tiene en sus manos todo el Borde Sudoccidental y pisa terreno firme. Puede que los mocosos también lo sepan... la hora de los juegos ya está tocando a su fin para la Afiliación y los repugnantes miembros de su realeza. Nunca se sabe, Clay. Con gente así nunca se sabe por qué lado van a saltar. En el mejor de los casos, puede que intenten hacer un trabajo medio bien para volver a ganarse el favor de sus progenitores. Lo sabremos mejor cuando los veamos, pero te voy a decir una cosa: en caso de que vean lo que no deben, no podemos acercarles el cañón de unos revólveres a la nuca y pegarles un tiro como si fueran caballos con la pata rota. Puede que sus padres estén enojados con ellos por lo que han hecho estando vivos, pero serán muy sensibles a su muerte si los liquidamos. Los padres suelen ser así. Tendremos que ser muy finos, Clay. Todo lo finos que podamos.

—En tal caso, mejor que Depape quede al margen.

—Roy estará muy bien fuera—dijo Jonas con trémula voz. Arrojó la colilla del cigarrillo al suelo y la aplastó con el tacón de la bota. Después levantó la vista hacia los ojos de cristal de La Retozona y entornó los párpados como si calculara—. ¿Esta noche ha dicho tu amigo?

—Sí.

—Supongo que mañana irán a ver a Avery.

Se referían a Herk Avery, el Sheriff de Mejis y jefe de Policía de Hambria, un corpulento individuo más desmadejado que el carrito de una lavandería.

—Supongo que sí —dijo Clay Reynolds—. Para presentar su documentación y demás.

—Sí, señor, no faltaría más, señor. Encantado de conocerle, señor, mucho gusto, señor.

Reynolds no dijo nada. Muchas veces no entendía a Jonas, pero llevaba cabalgando con él desde los quince años y sabía que, por regla general, era mejor no hacerle preguntas ni pedir explicaciones. En caso de hacerlo, lo más probable era que

le soltara una docta conferencia sobre los otros mundos que los viejos buitres habían visitado cruzando lo que él llamaba «las puertas especiales». Por lo que a Reynolds respectaba, en el mundo ya había suficientes puertas normales como para mantenerlo ocupado.

—Hablaré con Rimer y Rimer hablará con el Sheriff sobre el lugar en el que deberán alojarse —dijo Jonas—. Creo que estaría bien el barracón de los peones del viejo rancho de la Franja K. ¿Sabes dónde quiero decir?

Reynolds lo sabía. En una Baronía como Mejis, era necesario aprenderse enseguida las pocos elementos característicos del lugar. La Franja K era un desierto territorio situado al noroeste de la ciudad, no muy lejos del cañón que emitía aquellos gritos tan extraños. Cada otoño quemaban maleza a la entrada del cañón y una vez, hacía de eso seis o siete años, cambió la dirección del viento y se quemó buena parte de la Franja K, los graneros, los establos y la vivienda. Pero quedó en pie el barracón de los peones y ahora sería un buen lugar para los tres novatos de las Baronías Interiores. Lejos de la Pendiente y también del yacimiento de petróleo.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó Jonas, imitando el acento de Hambria—. Sí, ya veo que te gusta, tonto. ¿Sabes que dicen en Cressia? Si robas la plata del comedor, guarda primero al perro en la despensa.

Reynolds asintió con la cabeza. Era un buen consejo.

—¿Y los trastos, esos depósitos como se llamen?

—Están muy bien donde están —contestó Jonas—. Ahora no los podríamos mover de sitio sin llamar la atención, ¿comprendes? Tú y Roy iréis allí pasado mañana y los cubriréis bien cubiertos con maleza.

—¿Y tú dónde estarás mientras nosotros hagamos trabajar los músculos en Citgo?

—¿De día? Preparando la cena en la Casa del Alcalde, tonto, la cena que Thorin ofrecerá para presentar a sus invitados del Gran Mundo a la miserable sociedad del más pequeño. —Jonas empezó a liar otro cigarrillo. A pesar de que estaba mirando a La Retozona sin prestar atención a lo que estaba haciendo, apenas se le cayó una brizna de tabaco—. Me bañaré, me afeitaré, peinaré estos enmarañados bucles de viejo... puede que incluso me engrase los bigotes, Clay, ¿qué dices a eso?

—No te canses demasiado, Eldred.

Jonas soltó una carcajada lo bastante estridente como para que Barkie murmurara por lo bajo y Pettie se removiera con inquietud en su improvisada cama de

la barra.

—O sea que Roy y yo no estamos invitados a esa fiesta tan fina.

—Seréis invitados, hombre, seréis cordialmente invitados —dijo Jonas, entregándole a Reynolds el cigarrillo recién liado y empezando a liar otro para él—. Pediré disculpas en vuestro nombre. Haré que os sintáis orgullosos de mí, contad conmigo. Los hombres fuertes pueden llorar.

—Para que podamos pasarnos todo el día allí en medio del polvo y el pestazo, cubriendo aquellos depósitos. Eres demasiado amable, Jonas.

—Además, haré preguntas —dijo Jonas con expresión soñadora—. Me desplazaré de un lado a otro... iré elegantemente ataviado, oleré a bayas de laurel... y haré preguntas como el que no quiere la cosa. Conozco a tipos de nuestro sector que, para enterarse de los chismorreos, entablan conversación con un jovial gordinflón que puede ser el encargado de una taberna o un bar, a veces el propietario de una caballeriza o uno de esos tipos regordetes que siempre andan por los alrededores de las cárceles y las salas de justicia con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco. Por mi parte, Clay, creo que lo mejor es una mujer, y cuanto más delgada mejor... una que tenga más nariz que tetas. Busco a una que no se pinte los labios y que se peine con el cabello echado hacia atrás y bien aplanado sobre la cabeza.

—¿Has pensado en alguien?

—Sí. Se llama Cordelia Delgado.

—¿Delgado?

—Conoces el apellido, creo que anda en boca de todos los habitantes de esta ciudad. Susan Delgado, la futura fulana de nuestro apreciado Alcalde. Cordelia es su tía. He descubierto una característica de la naturaleza humana: es más probable que la gente hable con alguien como ella que se esfuerza en inspirar confianza que con esos tipos tan simpáticos que te invitan a tomar una copa. Y esta señora quiere inspirar confianza. Me sentaré a su lado en la cena, la felicitaré por el perfume que sin duda se habrá puesto y le mantendré la copa de vino llena. ¿Qué te parece el plan?

—¿El plan para qué? Eso es lo que yo quiero saber.

—Para el juego de los Castillos al que tal vez tendremos que jugar —contestó Jonas, abandonando de golpe el tono frívolo que había utilizado hasta aquel momento. Tenemos que creer que estos chicos han sido enviados más como castigo que para cumplir una auténtica tarea. Parece verosímil. He conocido a muchos bribones en mis tiempos y parece verosímil. Lo creo cada día hasta las tres de la madrugada y después

empiezo a dudarlo un poco. ¿Y sabes una cosa, Clay?

Reynolds sacudió la cabeza.

—Hago bien en dudar. Tal como hice bien yendo con Rimer a ver al viejo Thorin y convencerle de que de momento la bola de cristal de Farson estaría mejor en manos de la bruja. Ella la guardará en un lugar donde un pistolero no la podrá encontrar, y menos aún un mozuelo entrometido que aún no se ha acostado con una chica. Corren tiempos muy extraños. Se avecina una tormenta. Y cuando sabes que va a soplar viento, es mejor asegurar los aparejos.

Contempló el cigarrillo que había liado. Lo había estado haciendo bailar sobre los nudillos, tal como antes había hecho Reynolds. Jonas se alisó el cabello hacia atrás y se colocó el cigarrillo encima de la oreja.

—No quiero fumar —dijo, levantándose y desperezándose. Le crujió la espalda—. Es una locura fumar a esta hora de la mañana. Demasiados cigarrillos pueden desvelar a un viejo como yo.

Se encaminó hacia la escalera, pellizcando un muslo de Pettie al pasar como también había hecho Reynolds. Al llegar al pie de la escalera, se volvió.

—No quiero matarlos. La situación ya es bastante delicada de por sí. Aunque olfatee en ellos alguna maldad, no pienso levantar un dedo, no levantaré ni un solo dedo de la mano. Pero... me gustaría hacerles comprender claramente el lugar que les corresponde en el plan general de las cosas.

—Darles una buena tunda.

El rostro de Jonas se iluminó.

—Sí, compañero, una buena tunda es lo que me gustaría darles. Para que lo piensen dos veces antes de meterse con los Grandes Cazadores de Ataúdes más adelante cuando convenga. Para obligarles a dar un buen rodeo cuando nos vean en su camino. Sí, señor, eso habría que pensarlo muy en serio. De veras.

Empezó a subir los peldaños soltando una risita. Su cojera era muy visible pues se acentuaba a última hora de la noche. Era una cojera que Cort, el viejo maestro de Rolando, quizás hubiera reconocido, pues Cort había sido testigo del golpe que la había provocado. El padre de Cort le había roto la pierna a Eldred Jonas con una porra de madera de jabí en el patio de atrás de la Gran Sala de Gilead antes de apoderarse del arma del muchacho y enviarlo desarmado al exilio en el oeste.

Más adelante, el hombre en que el muchacho se había convertido había encontrado un arma, naturalmente; los exiliados siempre las encontraban si buscaban

bien. El hecho de que las armas nunca pudieran ser exactamente iguales que las otras más grandes que tenían culatas de madera de sándalo era algo que a veces les obsesionaba a lo largo de toda su vida, pero los que necesitaban armas de fuego las podían encontrar, incluso en este mundo. Reynolds se lo quedó mirando hasta que desapareció. Después se sentó junto a la mesa de Coral Thorin, barajó las cartas y siguió adelante con el juego que Jonas había dejado interrumpido.

Fuera estaba amaneciendo.

CAPÍTULO V

BIENVENIDOS A LA CIUDAD

1

Dos noches después de su llegada a la Baronía de Mejis, Rolando, Cutberto y Alain, a lomos de sus monturas, cruzaron un arco de adobe, sobre el cual figuraban inscritas las palabras ENTRAD EN PAZ. Al otro lado había un patio adoquinado, iluminado por unas antorchas. La resina que las cubría había sido tratada de tal forma que las antorchas ardieran emitiendo luces de distintos colores: verde, rojo anaranjado y una especie de chisporroteos de color de rosa que a Rolando le hicieron recordar los fuegos artificiales. Éste oyó sonidos de guitarra, murmullos de voces y risas de mujeres. El aire olía a sal marina, petróleo y pinos, unos olores que siempre le harían recordar a Mejis.

—No sé si lo podré hacer —murmuró Alain, un corpulento muchacho cuya mata de desgreñado cabello rubio se le escapaba por debajo de un sombrero de vaquero.

Aunque se había aseado muy bien —los tres lo habían hecho—, estaba muerto de miedo, pues ni en las condiciones más favorables se le podía considerar ni remotamente un experto en relaciones sociales. Cutberto parecía más tranquilo, pero Rolando sospechaba que la pátina de despreocupación de su viejo amigo no era demasiado gruesa. Si tuviera que haber alguien que llevara la voz cantante, tendría que ser él.

—Todo irá bien —le dijo a Alain—. Tú procura...

—Pero si tiene una pinta estupenda —dijo Cutberto, soltando una nerviosa carcajada mientras cruzaban el patio. Más allá estaba la Casa del Alcalde, una hacienda alargada de adobe con varias alas, que parecía derramar risas y luz a través de todas sus ventanas—. Blanco como una sábana, feo como un...

—Cállate —le dijo secamente Rolando, y la burlona sonrisa se desvaneció de inmediato en el rostro de Cutberto. Rolando se dio cuenta y se dirigió de nuevo a Alain—: No bebas nada que contenga alcohol. Ya sabes lo que tienes que decir a este respecto. Recuerda también el resto de nuestra historia. Sonríe. Sé amable. Utiliza todos los modales sociales que tengas. Recuerda todas las molestias que se tomó el Sheriff para conseguir que nos sintiéramos a gusto.

Alain asintió con la cabeza y pareció tranquilizarse un poco.

—En cuanto a los modales sociales —dijo Cutberto—, no es que ellos tengan

muchos y creo que en eso les daremos ciento y raya.

Rolando asintió con la cabeza, y de repente se dio cuenta de que el cráneo del pájaro volvía a ocupar su lugar en el arzón de la silla de montar de Cutberto.

—¡Y quita esto de aquí ahora mismo!

Con expresión culpable, Cutberto se apresuró a guardar al «centinela» en la alforja. Dos hombres con chaquetas, pantalones y sandalias blancas se adelantaron sonriendo e inclinando la cabeza.

—Mantened la calma —dijo Rolando, bajando la voz—. Los dos. Recordad por qué estáis aquí. Y recordad los rostros de vuestros padres. —Le dio una palmada en el hombro a Alain, que aún parecía dudar un poco, y después se volvió hacia los mozos de cuadra para saludarlos—: Buenas noches, caballeros. Que vuestros días sean muy largos en la tierra.

Cuando ambos sonrieron, sus dientes brillaron bajo la extravagante luz de las antorchas. El mayor de los dos hizo una reverencia.

—Que también lo sean los vuestros, jóvenes señores. Bienvenidos a la Casa del Alcalde.

2

El Sheriff les había dado la bienvenida la víspera con tanta cordialidad como los mozos de cuadra.

Hasta el momento todo el mundo los había acogido jovialmente, incluso los carreteros con quienes se habían cruzado por el camino que los conducía a la ciudad, y eso había hecho que Rolando recelara y se pusiera en guardia. Se dijo que seguramente era un tonto -pues claro que los lugareños eran amables y serviciales, por eso precisamente los habían envido allí, porque Mejis era un lugar fuera de lo común y muy leal a la Afiliación- y puede que fuera efectivamente una tontería, pero lo mejor era estar alerta por si acaso. Y estar un poquito temerosos. A fin de cuentas los tres eran poco más que unos niños y, si allí se metieran en alguna dificultad, probablemente se debería a haberse tomado las cosas al pie de la letra.

La combinación de oficina del Sheriff y cárcel de la Baronía estaba en la calle de la Colina y miraba a la bahía. Rolando no lo sabía con certeza pero suponía que muy pocos borrachos con resaca y agresores de esposas de otros lugares del Mundo Medio se despertaban con unas vistas tan pintorescas: una hilera de multicolores cobertizos para embarcaciones al sur, los muelles directamente debajo, muchachos y ancianos

pescando con caña, mujeres remendando redes y velas y, más allá, la pequeña flota de Hambria surcando arriba y abajo las fulgurantes y azules aguas de la bahía, echando las redes por la mañana y recogiéndolas por la tarde.

Casi todos los edificios de la Calle Mayor eran de adobe, pero allí arriba, los que daban a la zona comercial de Hambria, eran de ladrillo y tan achaparrados como los de cualquier angosta callejuela del Barrio Antiguo de Gilead. Y además estaban tan bien cuidados como aquellos, casi todos con verjas de hierro forjado en la parte anterior y caminos protegidos por la sombra de los árboles. Los tejados eran de tejas de color anaranjado y las persianas estaban cerradas contra el sol estival. Les costó creer, mientras bajaban por aquella calle en cuyo adoquinado impecablemente barrido resonaban los cascos de sus caballos, que la parte noroccidental de la Afiliación -el antiguo país de Eld, el reino de Arturo- pudiera estar ardiendo y corriera el peligro de desplomarse.

La cárcel era una simple versión ampliada del edificio de correos y la oficina del catastro; y una versión reducida de la Sala de Reuniones Municipal, si se exceptuaban, naturalmente, los barrotes de las ventanas que miraban al pequeño puerto.

El Sheriff Herk Avery era un hombre de barriga prominente, vestido con los pantalones y la camisa caqui propios de los representantes de la ley. Les debía de haber visto acercarse a través de la mirilla del centro de la puerta blindada de la cárcel pues ésta se abrió antes de que a Rolando le diera tiempo de alargar la mano hacia el timbre giratorio. El Sheriff Avery apareció en el porche, precedido por su barriga al modo en que un alguacil hubiera podido preceder a Milord Juez al entrar en la sala de justicia. Extendió los brazos en el más cordial de los saludos.

Acto seguido se inclinó en profunda reverencia ante ellos (Cutberto dijo más tarde que temió que el hombre perdiera el equilibrio y bajara rodando por los peldaños; y hasta es posible que rodando incluso hasta el puerto) y les dio varias veces los buenos días, dándose repetidas palmadas en la base del cuello. Su sonrisa era tan ancha que parecía que fuera a cortarle limpiamente la cabeza por la mitad. Tres agentes con acusada pinta de palurdos, vestidos con uniformes caqui como el Sheriff, entraron en la estancia detrás de Avery y miraron con auténtica cara de tontos a los recién llegados. Cara de tontos; ninguna otra expresión mejor para describir aquella especie de mirada descaradamente curiosa y totalmente natural.

Avery estrechó la mano de cada uno de los muchachos haciendo unas efusivas reverencias que no interrumpió hasta haberlos saludado, a pesar de todos los

esfuerzos de Rolando por conseguir que se detuviera. Cuando terminó por fin los hizo pasar. El despacho estaba deliciosamente fresco a pesar del ardiente sol canicular. Ésta era la ventaja del ladrillo, claro. Además era muy espacioso y estaba tan limpio que Rolando jamás había visto un despacho de Sheriff igual... y eso que había estado por lo menos en media docena en el transcurso de los últimos tres años, acompañando a su padre en varios de sus cortos viajes y en una patrulla más larga.

Había un escritorio de tapa corredera en el centro de la estancia, un tablón de anuncios a la derecha de la puerta (las mismas hojas de papel de oficio se utilizaban varias veces para garabatear anotaciones pues en el Mundo Medio el papel era una mercancía escasa) y, en el rincón del fondo, dos rifles en un estuche acolchado. Éstos eran unos trabucos tan antiguos que Rolando se preguntó si habría municiones para ellos y si, llegado el caso, estarían en condiciones de disparar. A la izquierda del estuche, una puerta abierta daba acceso a la cárcel propiamente dicha: tres celdas a cada lado de un corto pasillo y un fuerte olor a jabón de lejía que se escapaba a través de la puerta.

«Lo han limpiado para nuestra visita -pensó Rolando. Le hizo gracia pero al mismo tiempo se llenó de inquietud-. Lo han limpiado como si fuéramos un contingente de soldados de caballería de la Baronía Interior que quiera efectuar una severa inspección, y no tres muchachos que están llevando a cabo una tarea impuesta como castigo.»

Pero ¿de veras era tan extraña aquella nerviosa preocupación por parte de sus anfitriones? Al fin y al cabo ellos procedían de Nuevo Canaán y tal vez la gente de aquel apartado rincón del mundo los considerara una especie de miembros de la realeza en visita oficial.

El Sheriff Avery presentó a sus agentes. Rolando les estrechó la mano a todos sin intentar aprenderse de memoria sus nombres. De los nombres se encargaba Cutberto, y rara era la vez que éste olvidaba alguno. El tercero, un tipo calvo con un monóculo que le colgaba de una cinta alrededor del cuello, llegó incluso al extremo de hincar la rodilla ante ellos.

—¡No hagas eso, idiota! —le gritó Avery, agarrándolo violentamente por el pescuezo para levantarlo—. Te van a tomar por un ceporro. ¡Y además los has avergonzado, eso es lo que has hecho!

—No importa —dijo Rolando (estaba efectivamente muy avergonzado pero procuraba que no se le notara)—. La verdad es que no tenemos nada de especial,

¿sabe?

—¡Nada de especial! —dijo Avery, riéndose. Rolando observó que su barriga no temblaba tal como hubiera cabido esperar; era más dura de lo que parecía. Y puede que lo mismo ocurriera con su propietario—. ¡Nada de especial, dice! ¡Han recorrido ochocientos kilómetros o más desde el Mundo Interior del que proceden, son nuestros primeros visitantes oficiales de la Afiliación desde que hace cuatro años pasó un pistolero por el Gran Camino, y dice que no tienen nada de especial! Supongo que querrán sentarse. Tengo graf que ustedes no querrán tomar a esta hora tan temprana del día y puede que a ninguna dada su edad (si me perdonan la franqueza de referirme con tanto descaro a su juventud, pues la juventud no es nada de lo que uno tenga que avergonzarse, ¿verdad?, todos hemos sido jóvenes alguna vez) y también tengo té blanco helado, que les recomiendo muy encarecidamente pues lo hace la mujer de Dave, que tiene muy buena mano con casi todo lo que es potable.

Rolando miró a Cutberto y Alain, los cuales asintieron con la cabeza, sonriendo y volvió a mirar al Sheriff Avery. El té blanco sería una auténtica delicia para una garganta sedienta, dijo.

Uno de los agentes fue a buscarlo, acercaron unas sillas, se colocaron en fila a un lado del escritorio de tapa corredera del Sheriff Avery y dieron comienzo al asunto del día.

—Ustedes saben quiénes son y de dónde vienen y yo también lo sé —dijo el Sheriff Avery sentado en su silla, la cual emitió un leve gruñido bajo su mole pero resistió heroicamente—. Oigo en sus voces el Mundo Interior pero sobre todo, lo veo en sus rostros.

»Pero aquí en Hambria nosotros nos atenemos a nuestras antiguas costumbres, por muy adormilados y rústicos que podamos parecer; mantenemos nuestro rumbo y recordamos los rostros de nuestros padres todo lo que podemos. Por consiguiente, aunque no quisiera mantenerles mucho tiempo apartados de sus obligaciones y si ustedes me perdonan la impertinencia, me gustaría echar un vistazo a cualquier papel o documento de derecho de paso que casualmente hayan podido traer a esta ciudad.

«Casualmente» llevaban consigo todos sus papeles, tal como Rolando estaba seguro de que el Sheriff Avery sabía muy bien que llevarían. El Sheriff los examinó con mucho detenimiento para ser un hombre que había prometido no mantenerlos apartados mucho tiempo de sus obligaciones, recorriendo las bien dobladas hojas (cuyo contenido de lino era tan elevado que quizá los documentos estaban más cerca

del tejido que del papel) con un rechoncho dedo mientras sus labios se movían sin cesar. De vez en cuando el dedo retrocedía, y él volvía a leer una línea. Los otros dos agentes permanecían de pie a su espalda, mirando hacia abajo, con la cara muy seria, por encima de sus anchos hombros. Rolando se preguntó si sabrían leer.

William Dearborn. Hijo de caballerizo.

Richard Stockworth. Hijo de ranchero.

Arthur Heath. Hijo de ganadero.

El documento de identidad de cada uno de ellos estaba firmado por un testigo, James Reed (de Hemphill) en el caso de Dearborn, Piet Ravenhead (de Pennilton) en el caso de Stockworth, Lucas Rivers (de Gilead) en el caso de Heath. Todo estaba en orden y las descripciones coincidían a la perfección.

Los documentos fueron devueltos a sus propietarios con efusivas muestras de gratitud. Después Rolando le entregó a Avery una carta que sacó cuidadosamente del billetero. Avery la trató con el mismo cuidado que los documentos y abrió unos ojos como platos al ver el sello que figuraba al pie de la carta.

—¡Por mi alma, muchachos! ¡Eso lo ha escrito un pistolero! —Pues sí —convino Cutberto con asombro.

Rolando le propinó un fuerte puntapié en el tobillo sin apartar la respetuosa mirada del rostro de Avery.

La carta escrita por encima del sello era de un tal Steven Deschain de Gilead, un pistolero (lo cual equivalía a decir, un caballero, señor, pacificador y Barón... este último título prácticamente sin ningún significado en la época moderna, a pesar de todos los desvaríos de John Farson) perteneciente a la vigésimo novena generación descendiente de Arturo de Eld, de la rama colateral (en otras palabras, la larga estirpe de una de las muchas fulanas de Arturo). La carta enviaba saludos al Alcalde Hartwell Thorin, al canciller Kimba Rimer y al Sheriff Herkimer Avery, y encomendaba a éstos los tres jóvenes portadores del documento, los señores Dearborn, Stockworth y Heath, los cuales habían sido enviados en una misión especial de la Afiliación para que actuaran como contadores de todos los artículos que pudieran servir a la Afiliación en momentos de necesidad (la palabra «guerra» no figuraba en el documento, pero brillaba entre líneas). Steven Deschain, en nombre de las Baronías de la Afiliación, exhortaba a los señores Thorin, Rimer y Avery a prestar a los jóvenes contadores nombrados por la Afiliación toda la ayuda posible en su tarea y a ser especialmente precisos en el cálculo de todo el ganado, todos los víveres y todos los medios de

transporte. Dearborn, Stockworth y Heath permanecerían por lo menos tres meses en Mejis, escribía Deschain, y hasta es posible que un año. El documento terminaba invitando a todos y cada uno de los cargos públicos a quienes se dirigía la carta a «escribirnos unas líneas acerca de estos jóvenes y de su comportamiento con todos los detalles que consideren de interés para nosotros». Y suplicaba: «No sean remisos a este respecto, si nos aman.»

En otras palabras, dígannos si se han portado bien. Dígannos si han aprendido bien la lección.

El agente del monóculo regresó mientras el Sheriff estaba examinando cuidadosamente el documento. Llevaba una bandeja con cuatro vasos de té blanco y se inclinó con ella como un mayordomo. Rolando le dio las gracias en un susurro y repartió los vasos. Tomó el último para él, se lo acercó a los labios y observó que Alain le miraba con los azules ojos de su imperturbable rostro iluminados por un curioso fulgor.

Alain meció ligeramente el vaso -lo justo para que tintineara el cubito de hielo- y Rolando respondió con un levísimo movimiento de la cabeza. Pensaba que sería un té frío de una jarra colocada en proximidad de un manantial, pero en los vasos había auténticos cubitos de hielo. Muy interesante.

Y el té era, según lo prometido, delicioso.

Avery terminó de leer la carta y se la devolvió a Rolando con el mismo respeto de alguien que hubiera sostenido en su mano una sagrada reliquia.

—¡Seguramente la querrá usted guardar muy bien, Will Dearborn, y con sumo cuidado!

—Sí, señor. —Rolando se volvió a guardar la carta y el documento de identificación en la cartera. Sus amigos «Richard» y «Arthur» estaban haciendo lo mismo.

—Es un té blanco excelente, señor —comentó Alain—. Jamás he tomado otro mejor.

—Sí —dijo Avery, tomando un sorbo de su propio vaso—. Es la miel la que le da este sabor tan exquisito, ¿verdad, Dave?

El agente del monóculo esbozó una sonrisa desde el lugar que ocupaba junto al tablón de anuncios.

—Creo que sí, pero Judy no lo quiere decir. La receta se la dio su madre.

—Sí, también tenemos que recordar los rostros de nuestras madres, por supuesto

que sí.

El Sheriff Avery se puso sentimental por un instante, pero Rolando tuvo la impresión de que el rostro de su madre era lo que más lejos estaba de la mente del corpulento sujeto en aquellos momentos. El Sheriff se volvió hacia Alain y el sentimiento dio paso a una sorprendente muestra de sagacidad.

—Le ha extrañado la presencia del hielo, señor Stockworth.

Alan experimentó un sobresalto.

—Bueno, yo...

—Apuesto a que no esperaba semejante refinamiento en un lugar tan atrasado como Hambria —dijo Avery sin poder evitar un cierto tono de chanza.

Rolando pensó que debajo de él debía de haber algo totalmente distinto.

«No le gustamos. No le gustan lo que él considera nuestras "costumbres urbanas". No nos conoce lo bastante como para saber qué clase de costumbres tenemos, si es que tenemos alguna, pero no le gustan de entrada. Cree que somos un trío de fisgones; que lo consideramos a él y a todos los demás una pandilla de palurdos.»

—No sólo en Hambria —dijo suavemente Alain—. El hielo es actualmente tan insólito en el Arco Interior como en cualquier otro lugar, Sheriff Avery. Cuando yo era pequeño, lo veía casi siempre como un placer muy especial en las fiestas de cumpleaños y acontecimientos por el estilo.

—Siempre había hielo el Día Resplandeciente —terció Cutberto, hablando con un sosiego muy poco cutbertiano—. Dejando aparte los fuegos artificiales, eso era lo que más nos gustaba.

—Lo creo, lo creo —dijo el Sheriff Avery en un asombrado tono de hay-que-ver-las-cosas-que-ocurren.

A lo mejor a Avery no le gustaba que viajaran de aquella manera, no le gustaba tener que perder con ellos lo que probablemente llamaría «media maldita mañana»; no le gustaban su ropa, sus importantes documentos de identificación, sus acentos o su juventud. Su juventud lo que menos. Rolando lo comprendía muy bien, pero se preguntaba si eso sería todo. En caso de que debajo hubiera alguna otra cosa, ¿qué era?

—En la Sala de Reuniones Municipal hay un frigorífico de gas y una estufa —dijo Avery—. Ambos funcionan. Hay mucho gas natural en Citgo, el yacimiento de petróleo del este de la ciudad. Creo que habrán pasado ustedes por delante de él al venir.

Ellos asintieron con la cabeza.

—En la actualidad, la estufa no es más que una curiosidad, una lección de historia para los escolares, pero el frigorífico es muy útil, ya lo creo. —Avery levantó el vaso y miró a través del cristal—. Sobre todo en verano. —Tomó un sorbo de té, chasqueó los labios y miró sonriendo a Alain—. ¿Lo ve? No hay ningún misterio.

—Me sorprende que no le hayan buscado ustedes alguna utilidad al petróleo —dijo Rolando—. ¿ No hay generadores en la ciudad, Sheriff?

—Sí, cuatro o cinco —contestó Avery—. El más grande está en el rancho Mecedora B de Francis Lengyll, y recuerdo cuándo funcionaba. Es HONDA. ¿Conocen el nombre, muchachos? ¿HONDA?

—Lo he visto una o dos veces —contestó Rolando—, en viejas motocicletas.

—¿De veras? En cualquier caso, ninguno de los generadores funcionaría con el petróleo del yacimiento de Citgo. Es demasiado espeso. Puro alquitrán. Aquí no tenemos refinerías.

—Comprendo —dijo Alain—. En cualquier caso, el hielo en verano es una delicia. Cualquiera que sea su procedencia.

Se introdujo un cubito de hielo en la boca y lo trituró con los dientes.

Avery se lo quedó un rato mirando como si quisiera asegurarse de que el tema ya estaba cerrado, y a continuación su mirada se desplazó de nuevo hacia Rolando. Su mofletudo rostro volvió a iluminarse con una ancha e hipócrita sonrisa.

—El Alcalde Thorin me ha pedido que les ofrezca de su parte sus mejores saludos y les transmita su pesar por el hecho de no haber podido estar hoy aquí... nuestro Lord Alcalde está muy, pero que muy ocupado. Sin embargo, ha organizado una cena para mañana por la noche en la Casa del Alcalde, a las siete, para casi todo el mundo, y a las ocho para ustedes, jóvenes... supongo que para que puedan hacer una entrada espectacular, que confiera al acontecimiento una cierta teatralidad. No necesito decirles a ustedes, que probablemente asisten a muchas más fiestas que yo a comidas rápidas, que lo mejor sería que llegaran puntuales.

—¿Será una cena de etiqueta? —preguntó Cutberto con inquietud—. Porque venimos de muy lejos, hemos recorrido casi cuatrocientas ruedas y ninguno de nosotros lleva en su equipaje prendas de etiqueta ni bandas.

Avery se rió... esta vez con más sinceridad, pensó Rolando, quizá porque le pareció que «Arthur» había puesto de manifiesto un rasgo de naturalidad e inseguridad.

—No, mi joven señor. Thorin sabe que han venido ustedes para llevar a cabo una

tarea... ¡son casi unos vaqueros! ¡Como no se anden con cuidado, la próxima vez los obligarán a arrastrar redes dé pesca en la bahía!

Desde su rincón, Dave -el agente del monóculo- soltó una inesperada carcajada. A lo mejor era el tipo de humor que sólo entendían los lugareños, pensó Rolando.

—Pónganse lo mejor que tengan y estarán muy bien. No se preocupe, no habrá nadie que luzca una banda... no es lo que suele hacerse en Hambria.

Rolando volvió a sorprenderse de las constantes burlas despectivas que el hombre lanzaba contra su ciudad y su Baronía... y del latente rencor de forastero que en ellas se ocultaba.

—En cualquier caso, supongo que mañana por la noche se pasarán el rato trabajando, más que jugando. Hart ha invitado a los más importantes rancheros, criadores y ganaderos de esta parte de la Baronía... aunque no es que haya muchos, ¿saben?, porque Mejis es prácticamente un desierto al oeste de la Pendiente. Sin embargo asistirán todos aquellos cuyos bienes y pertenencias ustedes han venido a contar, y creo que podrán comprobar que todos ellos son fieles a la Afiliación y están dispuestos a prestar ayuda y colaboración. Estará Francis Lengyll de la Mecedora B... John Croyden del Rancho Piano... Henry Wertner, que es con todo merecimiento el criador de ganado y de caballos más importante de la Baronía ... Hash Renfrew, propietario del Lazy Susan, el rancho más importante de cría de caballos de Mejis (aunque apuesto a que eso no debe de ser mucho en comparación con las magnitudes a que ustedes deben de estar acostumbrados)... y habrá otros también. Rimer se los presentará y les ayudará con gran eficacia a llevar a cabo su tarea.

Ronaldo asintió con la cabeza y se volvió hacia Cutberto.

—Mañana por la noche estarás en tu elemento.

—No te preocupes, Will —dijo Cutberto, asintiendo a su vez con la cabeza—, tomaré nota de todo.

Avery bebió otro poco de té, mirándolos por encima del borde del vaso con una pícara expresión tan hipócrita que Rolando sintió el impulso de cambiar de posición.

—Casi todos ellos tienen hijas en edad de merecer y las llevarán a la fiesta. Les gustará verlas, muchachos.

Rolando llegó a la conclusión de que ya había tomado suficiente té y había aguantado suficiente hipocresía por una mañana. Inclinó la cabeza, apuró el contenido del vaso, esbozó una sonrisa (confiando en que pareciera más sincera que la que Avery le estaba dirigiendo a él en aquellos momentos) y se levantó. Cutberto y Alain

captaron la insinuación e imitaron su ejemplo.

—Gracias por el té y por la bienvenida—dijo Rolando—. Le ruego transmita al Alcalde Thorin nuestra gratitud por su amabilidad, y le comunique que nos verá mañana a las ocho en punto de la noche.

—Así lo haré.

Rolando se volvió hacia Dave. El ilustre personaje se sorprendió tanto de que alguien volviera a fijarse en él que retrocedió y a punto estuvo de golpearse la cabeza con el tablón de anuncios.

—Y, por favor, dele las gracias a su esposa por el té. Estaba estupendo.

—Lo haré. Muchas gracias, señor.

Salieron al exterior, acompañados por el Sheriff Avery, como si se tratara de un simpático y obeso perro pastor.

—En cuanto a su alojamiento dijo Avery mientras bajaban los peldaños y echaban a andar por el camino.

Tan pronto como les dio el sol, el Sheriff empezó a sudar.

—Ah, la tierra, olvidé preguntárselo —dijo Rolando, dándose un pequeño golpe en la frente con el canto de la mano—. Hemos acampado en aquella larga ladera donde hay tantos caballos que bajan a la dehesa, estoy seguro de que ya sabe usted adónde me refiero...

—Sí, a la Pendiente.

—... pero sin permiso, porque aún no sabemos a quién preguntar.

—Éstas son las tierras de John Croydon y estoy seguro de que a él no le molestaría, pero tenemos intención de ofrecerles algo mejor. Al noroeste de aquí hay unas tierras, la Mecedora B. Pertenecían a la familia Garber, pero las abandonaron y se fueron de aquí después del incendio. Ahora pertenecen a la Asociación de Criadores de Caballos, un pequeño grupo local de rancheros y agricultores. Les hablé de ustedes a Francis Lengyll, el actual presidente de la AC, y me dijo: «Los alojaremos en la vieja propiedad de Garber, ¿por qué no?»

—¿Por qué no? —convino Cutberto en tono pensativo.

Rolando le dirigió una severa mirada, pero Cutberto estaba mirando hacia el puerto, donde las pequeñas embarcaciones de pesca navegaban arriba y abajo como si fueran unas chinches de agua.

—Eso es justo lo que yo le dije, ¿por qué no? La casa quedó convertida en cenizas, pero el barracón de los peones todavía permanece en pie y también la cuadra

y el contiguo cobertizo de la cocina. Por orden del alcalde Thorin me he tomado la libertad de abastecer la despensa y mandar barrer y ordenar un poco el barracón. Puede que vean algún que otro bicho, pero no de los que muerden o pican... y tampoco serpientes, a menos que haya algunas bajo el suelo, pero si las hay, yo creo que es mejor dejarlas donde están, ¿no les parece, muchachos? ¡Que se queden donde están!

—Que se queden donde están bajo el suelo, que es el sitio que más les gusta —convino Cutberto con los brazos cruzados sobre el pecho, sin apartar la vista del puerto.

Avery le dirigió una breve y recelosa mirada mientras su sonrisa parpadeaba levemente en las comisuras de sus labios. Cuando se volvió hacia Rolando, su sonrisa resplandecía con la misma fuerza que al principio.

—No hay agujeros en el techo, muchachos, así que si llueve no se mojarán. ¿Qué les parece? ¿Les suena bien?

—Mucho mejor de lo que merecemos. Creo que ha sido usted muy diligente y que el Alcalde Thorin ha sido demasiado amable. —Rolando lo creía de verdad, sin saber por qué—. Pero le agradecemos su consideración, ¿no es cierto, chicos?

Cutberto y Alain asintieron con unos enérgicos movimientos de cabeza.

—Y aceptamos con gratitud.

Avery inclinó la cabeza.

—Así se lo diré. Vayan tranquilos, muchachos.

Habían llegado a la barandilla donde estaban atados los caballos.

Avery estrechó una vez más las manos de sus visitantes, y esta vez reservó su mirada más penetrante para los caballos.

—¿Hasta mañana por la noche entonces, jóvenes caballeros?

—Hasta mañana por la noche —convino Rolando.

—¿Creen que podrán encontrar por su cuenta la Mecedora B?

A Rolando le llamó una vez más la atención el tácito desprecio y el paternalismo de aquel hombre. Pero quizá todo fuera para bien. Si el Sheriff pensaba que eran tontos, ¿quién sabía lo que podía salir de todo aquello?

—La encontraremos —dijo Cutberto, montando en su caballo.

Avery estaba contemplando recelosamente el cráneo de cuervo del arzón de la silla de montar de Cutberto. Cutberto se dio cuenta, pero por una vez consiguió mantener la boca cerrada. Rolando se alegró de aquella inesperada reserva.

—Que le vaya bien, Sheriff.

—Lo mismo le deseo a usted, muchacho.

El gordinflón sheriff se quedó allí de pie junto al poste de atar los caballos, con unas manchas de sudor alrededor de los sobacos de la camisa caqui y unas botas negras demasiado relucientes para los pies de un sheriff. «¿Dónde está el caballo capaz de aguantar su peso a lo largo de un día de recorrido por los campos? -pensó Rolando-. Me gustaría ver la pinta de este bicho.»

Avery los saludó con la mano mientras se alejaban. Los otros agentes bajaron a la calzada, encabezados por el agente Dave. Ellos también saludaron con la mano.

3

En cuanto los mocosos de la Afiliación montados en los caros caballos de sus progenitores doblaron la esquina para bajar por la Calle Mayor, el Sheriff y los agentes dejaron de saludarlos con la mano. Avery se volvió hacia Dave Hollis, cuya expresión de embobado asombro había dado paso a otra ligeramente más inteligente.

—¿Tú qué piensas, Dave?

Dave se acercó el monóculo a la boca y empezó a mordisquear nerviosamente su montura de latón, una costumbre que el Sheriff Avery ya hacía tiempo que había dejado de reprocharle. Hasta Judy, su mujer, se había dado por vencida a este respecto, y eso que Judy Renfrew -es decir, Judy Wertner- era una locomotora cuando se le metía alguna cosa en la cabeza.

—Blandos —contestó Dave—. Blandos como unos huevos recién salidos del trasero de una gallina.

—Es posible —dijo Avery, balanceando su gigantesca mole hacia delante y hacia atrás, con los pulgares metidos en el cinturón—, pero el que más hablaba, el del sombrero de ala plana, no se cree un blando.

—No importa lo que él se crea —dijo Dave sin dejar de mordisquear el monóculo—. Ahora está en Hambria. Puede que tenga que cambiar su manera de pensar por la nuestra.

A su espalda, los otros dos agentes se echaron a reír. Y hasta Avery sonrió. Dejarían en paz a los chicos ricos si los chicos ricos los dejaban en paz a ellos. Éstas eran las órdenes directamente recibidas de la Casa del Alcalde, pero Avery tenía que reconocer que no le hubiera importado enzarzarse en una pelea con ellos, en absoluto. Le hubiera encantado acercar la bota a los cojones del que llevaba aquel estúpido cráneo de pájaro en el arzón de su silla de montar y que se había pasado el rato

tomándole el pelo pensando que Herk Avery era demasiado palurdo como para darse cuenta de lo que él se llevaba entre manos, pero lo que de verdad le hubiera encantado habría sido darle una buena paliza al del sombrero de predicador para borrarle a golpes aquella fría expresión de los ojos y ver surgir otra más caliente de puro temor cuando el señor Will Dearborn de Hemphill comprendiera que Nuevo Canaán estaba muy lejos y su acaudalado padre no podía echarle una mano.

—Sí —dijo, dándole a Dave una palmada en el hombro—. Puede que tenga que cambiar de manera de pensar. —Esbozó una sonrisa muy distinta de la que les había mostrado a los contadores de la Afiliación—. Puede que todos la tengan que cambiar.

4

Los tres muchachos cabalgaron en fila india hasta más allá del Descanso de los Viajeros (un joven visiblemente retrasado de cabello negro y rizado dejó de fregar el suelo de ladrillo del porche y los saludó con la mano; ellos le devolvieron el saludo). Después cabalgaron de frente, Rolando en medio.

—¿Qué os ha parecido nuestro nuevo amigo el Sheriff? —preguntó Rolando.

—Yo no tengo ninguna opinión —contestó alegremente Cutberto—. Ninguna en absoluto. La opinión es política, y la política es un mal que ha llevado a más de uno a la horca cuando todavía era joven y guapo. —Se inclinó hacia delante y golpeó con los nudillos el cráneo del pájaro—. Pero al centinela no le ha gustado. Lamento decir que a nuestro fiel centinela el Sheriff Avery le ha parecido una gigantesca bolsa de intestinos sin un solo hueso de confianza en todo el cuerpo.

Rolando se dirigió a Alain.

—¿Y tú, mi joven señor Stockworth?

Alain reflexionó un poco, tal como tenía por costumbre hacer, mascando unas briznas de hierba que había arrancado del borde del camino, inclinándose desde su silla de montar. Al final contestó:

—Si nos viera ardiendo en la calle, no creo que se nos meara encima para apagar las llamas.

Cutberto se rió de buena gana al oírlo.

—¿Y tú, Will? ¿Qué dices, querido capitán?

—No me interesa demasiado... pero algo que ha dicho sí me interesa. Puesto que esta dehesa que llaman la Pendiente tiene por lo menos treinta ruedas de largo y se

adentra en el polvoriento desierto unas cinco o más, ¿cómo creéis que el Sheriff Avery sabía que nosotros estábamos en la parte de ella que pertenece al Rancho Piano de Croydon?

Sus compañeros le miraron primero con asombro y después con expresión inquisitiva. Al cabo de un rato, Cutberto se inclinó hacia delante y golpeó una vez más con los nudillos el cráneo del cuervo.

—¿Estamos siendo vigilados, y tú no nos lo habías dicho? ¡Te vas a quedar sin cena, señorito, y la próxima vez que ocurra, te enviamos a la empalizada!

Pero antes de que hubieran recorrido un gran trecho, los pensamientos de Rolando acerca del Sheriff Avery dieron paso a otros más placenteros acerca de Susan Delgado. La vería a la noche siguiente, de eso estaba seguro. Se preguntó si llevaría el cabello suelto.

Estaba deseando verlo.

5

Ahora ya estaban allí, en la Casa del Alcalde. Que empiece el juego, pensó Rolando, sin saber muy bien lo que significaba aquella frase que le había venido a la mente y sin pensar en modo alguno en Castillos... por lo menos en aquel momento.

Los mozos de cuadra se llevaron sus caballos, y los tres jóvenes permanecieron al pie de los peldaños casi apretujados unos contra otros como hacen los caballos cuando hace mal tiempo, con sus barbilampiños rostros iluminados por la luz de las antorchas.

—¿Llamamos a la puerta —preguntó Cutberto—, o abrimos simplemente y entramos sin más?

A Rolando le ahorraron la respuesta. La puerta principal se abrió de par en par y aparecieron dos mujeres, ambas con unos largos vestidos de cuello blanco que a los tres chicos les recordaron las esposas de los ganaderos de su tierra. Llevaban el cabello recogido en unas redecillas de las que se escapaban unos brillantes destellos bajo la luz de las antorchas.

La más gruesa de las dos se adelantó sonriendo y se inclinó ante ellos en una profunda reverencia. Sus pendientes de diamantes, que parecían unas cuadradas llamas de fuego, relumbraron al oscilar.

—Son los jóvenes de la Asociación, ¿verdad?, bienvenidos sean. ¡Buenas noches, señores, que sus días sean largos en la tierra!

Ellos se inclinaron al unísono, adelantando las botas y le dieron las gracias en un involuntario coro que la hizo reír y batir palmas. La mujer que tenía al lado les dirigió una sonrisa tan exigua como su figura.

—Soy Olive Thorin —dijo la más gruesa—, la esposa del Alcalde. Y ésta es mi cuñada Coral.

Coral Thorin, todavía con aquella breve sonrisa que apenas le fruncía los labios y no alcanzaba en absoluto a los ojos, les hizo una reverencia simbólica. Rolando, Cutberto y Alain volvieron a inclinarse sobre sus piernas estiradas hacia delante.

—Les doy la bienvenida a la Costa —dijo Olive Thorin, cuya sincera sonrisa y cuyo visible deslumbramiento ante el aspecto de aquellos jóvenes visitantes del Mundo Interior suavizaron y confirieron un toque agradable a la dignidad de su elevada posición—. Entren en nuestra casa con alegría. Se lo digo de todo corazón.

—Así lo haremos, señora, pues su saludo nos ha alegrado de verdad —contestó Rolando.

Dicho lo cual, tomó su mano y, de una forma espontánea, se la acercó a los labios y la besó. La complacida risa de la dama le hizo sonreír. A primera vista, Olive Thorin le caía bien y quizá fue bueno que conociera a alguien como ella tan al principio pues, con la problemática excepción de Susan Delgado, en toda aquella noche no tuvo ocasión de conocer a ninguna otra persona que le inspirara confianza.

6

Hacía calor a pesar de la brisa marina y no parecía que el encargado de recoger las capas y las chaquetas en el vestíbulo estuviera muy acostumbrado a hacerlo. Rolando no se sorprendió demasiado de ver que era el agente Dave, con el poco cabello que le quedaba peinado hacia atrás con una especie de reluciente grasa, y el monóculo descansando ahora sobre la inmaculada pechera blanca de una chaqueta de criado. Rolando lo saludó con una inclinación de la cabeza. Dave, con las manos a la espalda, le devolvió el saludo.

Dos hombres -el Sheriff Avery y un anciano caballero tan enjuto como el Viejo Doctor Muerte de los dibujos animados- se acercaron a ellos. Más allá, al otro lado de una puerta de doble hoja abierta de par en par, se veía una estancia llena de gente con copas de cristal de ponche en las manos, conversando animadamente y tomando canapés de las bandejas que unos criados estaban pasando.

Rolando tuvo tiempo de dirigirle una breve mirada de advertencia a Cutberto:

«Todo. Todos los nombres, todos los rostros... todos los matices. Sobre todo estos últimos.»

Cutberto arqueó una ceja -su discreta versión de una inclinación de la cabeza- y después Rolando se vio arrastrado quieras que no a la velada, su primera velada auténtica de servicio como pistolero en ejercicio. Y raras veces había trabajado tan duro.

El Viejo Doctor Muerte resultó ser Kimba Rimer, el Canciller y Ministro de Inventarios de Thorin (Rolando sospechaba que el cargo había sido creado especialmente para su visita). Éste le llevaba unos quince centímetros de estatura a Rolando, el cual era considerado alto en Gilead, y su piel era tan pálida como la cera. No tenía un aspecto enfermizo sino que estaba pálido, simplemente. Una especie de alas de cabello gris acero finas como telarañas parecían volar a ambos lados de su cabeza, cuya parte superior estaba completamente calva. Unos quevedos se mantenían en equilibrio sobre una nariz que parecía un caracol marino.

—¡Muchachos míos! —exclamó una vez finalizadas todas las presentaciones. Tenía una voz tan suave y tristemente sincera como la de un político o un enterrador—. ¡Bienvenidos a Mejis! ¡A Hambria! ¡Y a la Costa, nuestra humilde Casa del Alcalde!

—Si eso es humilde, me pregunto cómo sería el palacio que su gente podría construir —dijo Rolando.

Era un comentario muy delicado que tenía más de cumplido que de frase ingeniosa (por regla general, los comentarios ingeniosos los dejaba para Berto), pero el Canciller Rimer soltó una sonora carcajada. Y lo mismo hizo el Sheriff Avery.

—¡Vamos, muchachos! —dijo Rimer cuando le pareció que ya había expresado con la suficiente claridad el regocijo que la frase le había producido—. Estoy seguro de que el Alcalde les espera con impaciencia.

—Sí —dijo una tímida voz a su espalda. La esbelta cuñada Coral había desaparecido, pero Olive Thorin aún estaba allí, contemplando a los recién llegados con las manos decorosamente cruzadas sobre la parte de su cuerpo que antaño debía de haber sido su cintura. Seguía esbozando la misma esperanzada y complacida sonrisa de antes—. Hart está deseando conocerles. ¿Los acompaño yo, Kimba, o...?

—No, no, tú no tienes que molestarte habiendo tantos otros invitados a los que atender —contestó Rimer.

—Supongo que tienes razón.

La mujer hizo una última reverencia a Rolando y a sus compañeros y, a pesar de

que seguía sonriendo y su sonrisa parecía absolutamente auténtica, Rolando pensó: «A pesar de todo hay algo que le disgusta, y creo que desesperadamente. »

—¿Caballeros? —dijo Rimer. Los dientes de su sonrisa eran desconcertantemente grandes—. ¿Me acompañan?

Los acompañó pasando por delante del sonriente Sheriff hasta la sala de recepción.

7

Rolando no se impresionó demasiado; al fin y al cabo había estado en la Gran Sala de Gilead -la Sala de los Abuelos, la llamaban a veces- e incluso había visto a escondidas la gran fiesta que allí se celebraba cada año, la llamada Danza de Oriente, que marcaba el final de la Ancha Tierra y el advenimiento de la Siembra. En la Gran Sala no había una araña de cristal sino cinco, todas iluminadas con bombillas eléctricas y no con lámparas de petróleo. Los atuendos de los participantes (muchos de ellos acaudalados jóvenes y muchachas que no habían trabajado en toda su vida, un detalle que John Farson comentaba en todas las ocasiones que podía) eran más lujosos, la música era de más calidad y los asistentes pertenecían a unos linajes más nobles y antiguos que se iban juntando cada vez más entre sí cuanto más se acercaban a Arturo Eld, el del caballo blanco y la espada unificadora.

Pero allí había vida, y mucha por cierto. Había una solidez que faltaba en Gilead y no sólo en Oriente. La textura que percibió al entrar en la sala de recepción de la Casa del Alcalde, pensó Rolando, era de esas que uno no echaba enteramente de menos cuando desaparecía, pues se iba en silencio y sin dolor. Como la sangre de una vena que uno se corta en una bañera llena de agua caliente.

La estancia -que no llegaba a ser lo bastante espaciosa como para considerarse una sala- era circular y sus paredes revestidas de madera estaban decoradas con lienzos (en su mayoría muy malos) de los anteriores Alcaldes. En una plataforma situada a la derecha de la puerta que daba acceso a la zona del comedor, cuatro sonrientes guitarristas con chaquetas tati y sombreros mexicanos estaban interpretando algo que parecía un vals espolvoreado con un poco de pimienta. En el centro de la estancia había una mesa con dos poncheras de cristal tallado, una de ellas grande y suntuosa, la otra más pequeña y sencilla. El tipo con chaqueta blanca encargado del reparto era otro de los agentes de Avery.

Contrariamente a lo que el Sheriff les había dicho la víspera, varios hombres

lucían bandas de distintos colores, pero Rolando no se sintió demasiado fuera de lugar con su camisa blanca de seda, su corbatín negro y unos pantalones de vestir. Por cada hombre con banda, vio tres vestidos con aquel tipo de anticuada chaqueta recta con faldones que él asociaba con los ganaderos cuando iban a la iglesia, y vio varios más (en su mayor parte jóvenes) que ni siquiera llevaban chaqueta. Algunas mujeres lucían joyas (aunque ninguna pieza tan cara como los pendientes de brillantes de la señora Thorin), y otras parecía que llevaran varios días sin comer, pero vestían atuendos que Rolando también reconoció: vestidos largos de cuello redondo con enaguas ribeteadas de encaje asomando por debajo del dobladillo, zapatos oscuros de tacón bajo y cabello recogido en unas redecillas (casi todas adornadas con relucientes abalorios como las que llevaban Olive y Coral Thorin).

Después vio a una mujer muy distinta.

Era Susan Delgado, naturalmente, tan resplandeciente de belleza que casi deslumbraba, con un vestido largo de seda azul estilo Imperio y un corpiño de escote cuadrado que dejaba al descubierto la parte superior de sus pechos. Alrededor del cuello lucía un colgante de zafiros, en comparación con el cual los pendientes de Olive parecían de plástico. Estaba al lado de un hombre que lucía una banda del color de los ardientes carbones de un fuego de leña. Aquel rojo anaranjado intenso era el color de la Baronía, por lo que Rolando supuso que aquel hombre era su anfitrión a pesar de que al principio apenas se había fijado en él. Sus ojos estaban clavados en Susan Delgado: su vestido azul, su bronceada piel, los triángulos de color que le subían por las mejillas, demasiado pálidos y perfectos como para ser maquillaje; y sobre todo el cabello que esta noche llevaba suelto y le llegaba hasta la cintura, en un trémulo resplandor de palidísima seda. De repente, la quiso plenamente, con una desesperada profundidad de sentimiento que era como una enfermedad. Le pareció que todo lo que él era y todo lo que había venido a buscar eran secundarios respecto a ella.

Después ella se volvió levemente y lo miró. Sus ojos (Rolando observó ahora que eran grises) se abrieron un poco más y a él le pareció ver que el color de sus mejillas se intensificaba ligeramente. Sus labios -los labios que habían rozado los suyos mientras ambos se encontraban en aquel oscuro camino, pensó Rolando con asombro- se entreabrieron. Después, el hombre que permanecía al otro lado de Thorin -también alto y delgado, con bigote y un largo cabello blanco que descansaba sobre los oscuros hombros de su chaqueta- dijo algo y ella se volvió hacia él. Poco después el grupo que rodeaba a Thorin se echó a reír, incluida Susan. El hombre del cabello blanco no se

unió a las risas sino que se limitó a esbozar una leve sonrisa.

Rolando, confiando en que su rostro no dejara traslucir el martilleo de su corazón en el pecho, fue acompañado directamente al lugar donde se encontraba aquel grupo, muy cerca de las poncheras. Sintió como de muy lejos la huesuda confederación de los dedos de Rimer asiéndole el brazo por encima del codo. Con un poco más de claridad pudo aspirar una mezcla de perfumes, el petróleo de las lámparas de la pared, el aroma del océano. Y pensó, sin ninguna razón en absoluto, «Me estoy muriendo. Me estoy muriendo. Tranquilízate, Rolando de Gilead. Déjate de tonterías, por tu padre. ¡Tranquilízate! ».

Lo intentó... en cierto modo lo consiguió... y comprendió que estaría perdido la próxima vez que ella le mirara. Eran sus ojos. La otra noche en medio de la oscuridad no había podido verle aquellos ojos color niebla. «No comprendí la suerte que tuve», pensó con ironía.

—Alcalde Thorin —dijo Rimer—, permítame presentarle a nuestros invitados de las Baronías Interiores.

Thorin se apartó del hombre del largo cabello blanco y de la mujer que tenía al lado y su rostro se iluminó. Era más bajo que su canciller e igual de delgado, pero la configuración de su cuerpo era muy curiosa: un tronco corto y estrecho de hombros sobre unas piernas imposiblemente largas y delgadas. A Rolando le recordó uno de aquellos pájaros que se podían ver de madrugada en un pantano, moviendo el largo cuello arriba y abajo en busca del desayuno.

—Por supuesto que sí —contestó con voz poderosa—. ¡Faltaría más, hemos estado esperando este momento con impaciencia, con gran impaciencia! ¡Inmensamente encantado de conocerles! ¡Bienvenidos, señores! ¡Que su velada en esta casa de la que yo soy el propietario provisional sea feliz, y que sean largos sus días en la tierra!

Rolando tomó la huesuda mano que le tendía, oyó el crujido de los nudillos bajo su apretón, buscó una expresión de malestar en el rostro del Alcalde y lanzó un suspiro de alivio al no ver ninguna. Entonces hizo una profunda reverencia sobre su pierna extendida.

—William Dearborn para servirle, Alcalde Thorin. Gracias por la bienvenida; yo también le deseo que sus días sean largos en la tierra.

A continuación se presentó «Arthur Heath» y después lo hizo «Richard Stockworth». La sonrisa de Thorin se ensanchó ante cada una de las reverencias de

los muchachos. Rimer hizo lo posible por mostrarse radiante de felicidad, pero daba la impresión de no estar muy acostumbrado a hacerlo. El hombre del largo cabello blanco tomó una copa de ponche y se la ofreció a su compañera sin dejar de sonreír.

Rolando se dio cuenta de que todos los presentes en la sala -los invitados debían de sumar unos cincuenta en total- les estaban mirando, pero lo que más sentía sobre su piel, batiendo como una suave ala, era la mirada de ella. Veía por el rabillo de un ojo la seda azul de su vestido, pero no se atrevía a mirarla directamente.

—¿Ha sido difícil su viaje? —preguntó Thorin—. ¿Han tropezado con muchas aventuras y peligros? Nos encantará oír todos los detalles durante la cena, ya lo creo que nos encantará, porque últimamente recibimos muy pocas visitas del Arco Interior. —Su ansiosa y algo vana sonrisa se desvaneció mientras sus pobladas cejas se juntaban—. ¿Se tropezaron con alguna patrulla de Farson?

—No, Excelencia —contestó Rolando—. Nosotros...

—No, muchacho, no... nada de Excelencia, no puedo aceptar este tratamiento, y los pescadores y caballerizos a los que sirvo tampoco lo aceptarían, aunque yo quisiera. Simplemente Alcalde Thorin, se lo ruego.

—Gracias. Hemos visto muchas cosas raras durante nuestro viaje, Alcalde Thorin, pero no a los Hombres Buenos.

—¡Los Hombres Buenos! —exclamó Rimer, levantando el labio superior en una sonrisa que le confirió cara de perro—. ¡Menudos Hombres Buenos están hechos!

—Queremos que nos lo cuenten todo —dijo Thorin—. Pero antes de que en mi afán de escucharles me olvide de los buenos modales, mis jóvenes caballeros, permítanme presentarles a las personas que me rodean. A Kimba ya le conocen; este impresionante sujeto que tengo a mi izquierda es Eldred Jonas, el jefe de mi nuevo cuerpo de seguridad. —Thorin esbozó una sonrisa momentáneamente turbada—. No estoy muy convencido de que necesite reforzar mi seguridad pues el Sheriff Avery siempre ha sido suficiente para mantener la paz en nuestro rincón del mundo, pero Kimba insiste. Y cuando Kimba insiste, el Alcalde tiene que inclinar la cabeza.

—Muy prudente de su parte, señor —dijo Rimer, inclinando la suya.

Todos se rieron menos Jonas, el cual siguió con su sonrisa inicial. Jonas asintió con la cabeza.

—Encantado de conocerles, caballeros.

La voz era trémula y chirriante. Deseó a los tres largos días en la tierra, y al estrecharles la mano dejó a Rolando para el final. Su apretón era seco y firme, sin nada

que ver con el temblor de su voz. De pronto Rolando reparó en el extraño tatuaje azul del dorso de su mano derecha, en la zona comprendida entre el índice y el pulgar. Parecía un ataúd.

—Largos días y gratas noches —dijo Rolando sin pensar.

Era un saludo de su infancia y sólo más tarde se dio cuenta de que era más propio de Gilead que de un lugar rural como Hemphill. Un pequeño fallo, pero estaba empezando a pensar que quizás el margen para tales fallos era mucho más estrecho de lo que su padre había imaginado al enviarle allí para apartarle del camino de Marten.

—Lo mismo le deseo a usted —dijo Jonas.

Sin soltarle la mano, sus claros ojos estudiaron a Rolando con una minuciosidad rayana con la insolencia. Después se la soltó y dio un paso atrás.

—Cordelia Delgado —dijo el Alcalde Thorin, inclinándose ante la mujer que estaba hablando con Jonas. Cuando le hizo una reverencia, Rolando observó el familiar parecido... salvo el hecho de que lo que en el rostro de Susan era generoso y encantador, en el rostro que tenía delante era contraído y arrugado. No era la madre de la chica; Rolando pensó que Cordelia Delgado era demasiado joven como para eso.

—Y nuestra amiga especial, la señorita Susan Delgado —terminó diciendo Thorin con voz un tanto azorada (Rolando pensó que ése debía de ser el efecto que ella producía en todos los hombres, incluso en un viejo como el Alcalde).

Thorin la invitó a adelantarse, inclinando la cabeza con una sonrisa en los labios. Mientras una de sus manos de anquilosados nudillos se apoyaba en su región lumbar, Rolando experimentó una inmediata punzada de envenenados celos. Ridículos dada la edad de aquel hombre y la existencia de su regordeta y agradable esposa, pero a pesar de todo allí estaba aquella punzada, y muy aguda por cierto. Tan aguda como el trasero de una abeja, hubiera dicho Cort.

Entonces ella levantó el rostro y él volvió a contemplar sus ojos. En un poema o relato había oído que alguien se ahogaba en los ojos de una mujer, y le había parecido ridículo. Le seguía pareciendo ridículo, aunque a pesar de todo lo consideraba perfectamente posible. Y ella lo sabía. Rolando vio preocupación en sus ojos, y hasta es posible que temor.

«Prométame que si nos vemos en la Casa del Alcalde, nos veremos por primera vez.»

El recuerdo de aquellas palabras ejerció un efecto tranquilizador y clarificador, y

pareció ampliar un poco su visión. Lo suficiente como para darse cuenta de que la mujer que estaba al lado de Jonas, la que compartía los rasgos de Susan, estaba mirando a la chica con una mezcla de alarma y curiosidad.

Se inclinó en una profunda reverencia, pero apenas rozó la mano sin sortija que ella le estaba tendiendo. Aun así, tuvo la sensación de que una especie de chispa saltaba entre los dedos de ambos. Y, en la momentánea dilatación de aquellos ojos, le pareció ver que ella también experimentaba lo mismo.

—Encantado de conocerla, señora —dijo. Su intento de mostrarse indiferente le sonó hueco y falso, incluso a él. No obstante, puesto que ya había empezado y le parecía que todo el mundo (ellos) lo estaba mirando, no tenía más remedio que seguir adelante. Se dio tres palmadas en la garganta—. Que sus días sean largos...

—Gracias, le deseo que los suyos también lo sean, señor Dearborn. —Susan se volvió hacia Alain con una rapidez rayana en la grosería y después pasó a Cutberto, el cual hizo una reverencia, se dio las preceptivas palmadas en la garganta y dijo con la cara muy seria:

—¿Puedo reclinarme brevemente a sus pies, señorita? Su belleza me ha aflojado las rodillas. Estoy seguro de que me recuperaría si pudiera pasar unos momentos contemplando su perfil desde abajo, con la parte posterior de la cabeza apoyada en este frío mosaico.

Todos se echaron a reír, incluso Jonas y la señorita Cordelia. Susan se ruborizó seductoramente y le dio a Cutberto una palmada en el dorso de la mano. Por una vez, Rolando bendijo el implacable sentido bufonesco de su amigo.

Otro hombre se incorporó al grupo que estaba reunido junto a la ponchera. El recién llegado era fornido y gozosamente grueso en el interior de su chaqueta recta con faldones. En sus mejillas ardía un rubor que más parecía efecto del viento que del alcohol, y sus pálidos ojos estaban rodeados por unas redes de arrugas. Un ranchero. Rolando había cabalgado las suficientes veces con su padre como para conocer aquel aspecto.

—Podrán ustedes conocer a montones de chicas esta noche, muchachos —dijo el desconocido, esbozando una cordial sonrisa—. Se embriagarán de perfume como no se anden con cuidado. Pero me gustaría charlar un momento con ustedes antes de que las conozcan. Fran Lengyll, para servirles.

Su apretón fue muy rápido y fuerte y no estuvo acompañado de reverencias ni de ninguna otra bobada.

—Soy el propietario de Mecedora B... o ésta es mi propietaria, según se mire. También soy el jefe de la Asociación de Criadores de Caballos, por lo menos hasta que me echen. La idea de la Mecedora B fue mía. Espero que les parezca bien.

—Es perfecta, señor —dijo Alain—. Limpio, seco y con espacio para veinte personas. Muchas gracias. Ha sido usted muy amable. —Faltaría más —dijo Lengyll, bebiéndose una copa de ponche con expresión complacida—. Todos estamos juntos en esto, muchacho. Hoy en día John Farson no es más que una paja mala en un campo de terquedad. El mundo ha seguido adelante según dicen. Vaya si ha seguido, pero lo que ha hecho ha sido recorrer un buen trecho del camino que conduce al infierno. Nuestra misión es impedir que el heno vaya a parar al horno durante todo el tiempo que podamos. Por nuestros hijos, más que por nuestros padres.

—Bravo, bravo —dijo el alcalde Thorin con un tono de voz que pretendía ser solemne, pero que sin embargo cayó de lleno en la simple necedad.

Rolando observó que el esquelético anciano sostenía una de las manos de Susan en la suya (ella parecía no darse cuenta mientras miraba atentamente a Lengyll). De repente Rolando lo comprendió: el alcalde debía de ser su tío o tal vez un primo no lejano. Lengyll no les prestó la menor atención y se concentró en los tres recién llegados, estudiándolos concienzudamente uno a uno hasta terminar en Rolando.

—Cualquier cosa que podamos hacer en Mejis para ayudarles, no tiene usted más que pedirlo, muchacho... a mí, a John Croydon, a Hash Renfrew, Jake White, Hank Wertner, a cualquiera de nosotros o a todos. Los conocerán ustedes esta noche junto con sus mujeres, sus hijos y sus hijas, y no tienen más que pedirlo. Aunque estemos bastante lejos de Nuevo Canaán, nos sentimos muy unidos a la Afiliación. Pero que muy unidos.

—Bien dicho —dijo Rimer en voz baja.

—Y ahora —dijo Lengyll—, vamos a brindar debidamente por su llegada. Han tenido que esperar el ponche demasiado rato. Deben de estar más secos que el polvo.

Se volvió hacia las poncheras e introdujo el cucharón en la más grande y ornamentada de las dos, haciendo señas al sirviente de que se alejara, con el visible propósito de tener el honor de servir personalmente a los invitados.

—Señor Lengyll —dijo Rolando con una suavidad no exenta de autoridad.

Fran Lengyll se volvió al oírle.

—La ponchera más pequeña contiene ponche sin alcohol, ¿no es cierto?

Lengyll reflexionó, sin comprenderle muy bien al principio. Después enarcó las

cejas. Por primera vez pareció considerar a Rolando y a los otros dos no unos símbolos vivientes de la Afiliación y de las Baronías Interiores sino unos simples seres humanos. Unos jóvenes.

Sólo unos niños si bien se miraba.

—¿Sí?

—Sírvanos de ésta si es usted tan amable.

Rolando sintió que todos los ojos los estaban mirando. Particularmente los de ella. Mantuvo los suyos clavados en el ranchero, pero su excelente visión periférica le permitió ver que la leve sonrisa de Jonas: había reaparecido. Jonas ya sabía de qué iba todo aquello. Thorin y' Rimer también. Aquellos ratones de campo sabían muchas cosas. Más de las que hubieran debido, lo cual significaba que más tarde él tendría que reflexionar cuidadosaamente al respecto. Sin embargo, en aquellos momentos ésa era la menor de sus preocupaciones.

—Hemos olvidado los rostros de nuestros padres en una cuestión relacionada en cierto modo con nuestro envío a Hambria. —Rolando era desagradablemente consciente de que ahora estaba pronunciando un discurso tanto si le gustaba como si no. Aunque no se dirigía a toda la estancia (gracias fueran dadas a los dioses por los pequeños beneficios que otorgaban), el círculo de sus oyentes había crecido mucho respecto al grupo inicial. Ahora ya no tenía más remedio que terminar; la embarcación ya había zarpado—. No es necesario que entre en detalles y sé que ustedes tampoco los esperan, pero debo decir que prometimos abstenernos de bebidas alcohólicas durante el tiempo que permanezcamos aquí. Como castigo, ¿comprenden?

La mirada de la chica. Le pareció sentirla todavía en su piel.

Se hizo un silencio total en el pequeño grupo que rodeaba las poncheras. Después Lengyll dijo:

—Su padre estaría orgulloso de oírle hablar con tanta franqueza, Will Dearborn, vaya si estaría. ¿Qué muchacho que se precie no ha armado un poco de alboroto de vez en cuando? —Le dio a Rolando una palmada en el hombro, pero a pesar de que su apretón de manos había sido firme y de que su sonrisa parecía sincera, sus ojos eran impenetrables y, en lo más profundo de aquellos lechos de arrugas sólo cabía vislumbrar unos fugaces destellos de conjeturas—. ¿Me permite que yo me enorgullezca de usted en su lugar?

—Sí —contestó Rolando sonriendo—. Y le doy las gracias.

—Yo también —dijo Cutberto.

—Y yo —añadió Alain en un susurro, tomando la copa de ponche sin alcohol que le ofrecían e inclinándose ante Lengyll.

Lengyll llenó más copas y las repartió rápidamente a su alrededor. Los que ya sostenían copas en sus manos se las vieron arrebatar de ellas y sustituir por otras de ponche sin alcohol. Cuando cada uno de los componentes del grupo inmediato tuvo una copa en la mano, Lengyll se volvió con el aparente propósito de ofrecer el brindis. Rimer le dio una palmada en el hombro, sacudió ligeramente la cabeza y señaló con la mirada al Alcalde. Aquel digno caballero los estaba mirando con los ojos un tanto salidos de las órbitas y la mandíbula ligeramente caída. A Rolando le hizo recordar a un entusiasmado espectador de teatro sentado en el gallinero; lo único que le hubiera hecho falta habría sido tener las rodillas cubiertas de pieles de naranja. Lengyll siguió la dirección de la mirada del Canciller y asintió con la cabeza.

Después Rimer buscó con los ojos la mirada del guitarrista que permanecía de pie en el centro de los músicos. Éste dejó de tocar y lo mismo hicieron los demás. Los invitados miraron en aquella dirección y después de nuevo hacia el centro de la sala, donde Thorin había empezado a hablar. Su voz no tenía nada de ridícula cuando la utilizaba en la forma en que lo estaba haciendo en aquel momento, en tono agradable y convincente.

—Señoras y señores, amigos míos todos —dijo—. Quisiera pedir les que me ayudaran a dar la bienvenida a tres nuevos amigos, unos jóvenes de las Baronías Interiores, unos jóvenes excelentes que se han atrevido a recorrer grandes distancias y a enfrentarse con múltiples peligros en nombre de la Afiliación y al servicio de la paz y el orden.

Susan Delgado apartó la copa de ponche a un lado, recuperó (con cierta dificultad) la mano que su tío sostenía en la suya y empezó a aplaudir. Otros se unieron a ella. El aplauso que arrastró a los presentes fue breve pero cordial. Rolando observó que Eldred Jonas no posaba la copa para unirse a los aplausos.

Thorin se volvió hacia Rolando con una sonrisa en los labios. Levantando la copa, le preguntó:

—¿Me permite unas palabras de presentación, Will Dearborn?

—Faltaría más, y con toda mi gratitud —contestó Rolando.

Se oyeron unas risas y unos renovados aplausos ante su curiosa sintaxis.

Thorin levantó todavía más la copa. Todos los presentes en la sala imitaron su ejemplo; el cristal brillaba como puntitos de estrellas bajo la luz de la araña del techo.

—Señoras y señores, les ofrezco a William Dearborn e Hemphill, Richard Stockworth de Pennilton y Arthur Heath de' Gilead. —Al oír esto último se oyeron unos jadeos y murmullos, como si su Alcalde les hubiera presentado a Arthur Heath del Cielo—. Recíbanlos bien, denles lo que necesiten, hagan que sus días en Mejis resulten placenteros y que sus recuerdos lo sean todavía más. Ayúdenles en su trabajo y en la promoción de las causas que nos son tan queridas a todos. Que sus días sean largos en la tierra. Eso dice vuestro Alcalde.

—¡LO MISMO DECIMOS TODOS! —tronaron los presentes al unísono.

Thorin tomó un sorbo de ponche; los demás siguieron su ejemplo y hubo nuevos aplausos. Rolando se volvió sin poderlo evitar y al instante encontró de nuevo los ojos de Susan. Ella lo miró directamente un segundo, y en su sincera mirada él vio que estaba casi tan trastornada por su presencia como él por la suya. Después la mujer de más edad que se parecía a ella se inclinó y le murmuró algo al oído. Susan se apartó con el rostro tan impasible como el de una máscara... pero él había visto la mirada de sus ojos. Y volvió a pensar que lo que se había hecho se podía deshacer, y que lo que se había hablado quizá se pudiera deshablar.

8

Mientras pasaban al comedor en el que aquella noche se habían colocado unas largas mesas de tijera (tan juntas entre sí que apenas quedaba espacio para moverse entre ellas), Cordelia tiró de la mano de su sobrina para apartarla del Alcalde y de Jonas que estaban conversando con Fran Lengyll.

—¿Por qué le miraba de esta manera, señorita? —preguntó Cordelia en un enfurecido susurro. En su frente se había dibujado la línea vertical que aquella noche parecía tan honda como una trinchera—. ¿Qué es lo que le ocurre a su estúpida y preciosa cabecita?

El tratamiento de usted fue suficiente para indicarle a Susan que su tía estaba furiosa.

—¿A quién miraba? ¿Y cómo?

Su forma de hablar parecía normal, pensó Susan, pero, oh, su corazón...

La mano que sujetaba la suya se la comprimió con tal fuerza que le hizo daño.

—¡A mí no me vengas con cuentos, Señorita Tan joven y Guapa! ¿Has visto antes a este dechado de virtudes? ¡Dime la verdad!

—No, ¿cómo quieres que lo haya visto? Me haces daño, tía.

Tía Cord esbozó una triste sonrisa y comprimió la mano de su sobrina con más fuerza todavía.

—Mejor un pequeño daño ahora que otro grande más tarde. Domina tu descaro. Y domina tus miradas de coqueta. —Tía, no sé de qué estás...

—Pues yo creo que sí lo sabes —dijo Cordelia con la cara muy seria, empujando a su sobrina contra el revestimiento de madera de la pared para que los invitados pudieran pasar por su lado. Cuando el ranchero propietario del cobertizo de embarcación contiguo al suyo las saludó, tía Cordelia le dirigió una cordial sonrisa y le deseó buenas noches antes de volverse de nuevo hacia Susan.

—Ten cuidado con lo que te digo, señorita, ten mucho cuidado. Si yo he visto esta mirada de vaca, ten por seguro que la mitad de los invitados también la habrá visto. Bueno, lo hecho, hecho está, pero ahora ya basta. El tiempo para estos juegos de muchacha-niña ha terminado. ¿Has comprendido?

Susan guardó silencio y en su rostro se dibujó aquella expresión de terquedad que Cordelia aborrecía más que ninguna otra; era una expresión que siempre le provocaba el impulso de abofetear a aquella terca sobrina hasta que le sangrara la nariz y sus grandes ojos grises de corza derramaran lágrimas.

—Has concertado un compromiso y un contrato. Se han intercambiado documentos, se ha consultado a la bruja, ha habido una entrega de dinero. Y has hecho una promesa. Si eso no significa nada para ti, muchacha, recuerda lo que significaría para tu padre.

Las lágrimas volvieron a asomar a los ojos de Susan, y Cordelia se alegró de verlas. Su hermano había sido un incordio imprevisor que sólo había sido capaz de producir a aquella niña excesivamente bonita... pero incluso después de muerto podría resultar útil.

—Ahora prométeme que te guardarás las miradas, y que si ves acercarse a este chico darás un rodeo lo más amplio que puedas para no cruzarte en su camino.

—Te lo prometo, tía —murmuró Susan—. De veras.

Cordelia sonrió. Era francamente bonita cuando sonreía.

—Bueno, pues entonces entremos de una vez. Nos están mirando. ¡Tómame del brazo, niña!

Susan rodeó el empolvado brazo de su tía con el suyo y ambas entraron en la estancia, la una al lado de la otra, rozándose mutuamente los vestidos mientras el colgante de zafiros relumbraba sobre el pecho de Susan y muchos invitados

comentaban lo parecidas que eran y lo contento que hubiera estado el pobre Pat Delgado de verlas.

9

Rolando estaba sentado cerca de la cabecera de la mesa del centro entre Hash Renfrew (un ranchero todavía más corpulento y cuadrado que Lengyll) y Coral, la hermana de Thorin, un tanto malhumorada. Renfrew había colaborado en distribuir el ponche, y cuando llevaron la sopa a la mesa se dispuso a demostrar su habilidad en servir la cerveza. Habló del negocio de la pesca («ya no es como antes, muchacho, aunque hoy en día se atrapan menos raños en las redes y eso es una ventaja»), del negocio de la agricultura («aquí la gente puede cultivar casi de todo, pero lo que más tenemos es maíz y judías»), y finalmente de las cosas que más le interesaban: la cría de caballos, la caza de la liebre y la ganadería. Aquellas cosas marchaban como siempre, aunque durante cuarenta años o más se habían vivido períodos muy duros en las Baronías costeras y en las de las tierras de pastoreo.

¿Se estaban definiendo las razas?, preguntó Rolando. Allí de donde él venía ya se estaba empezando a hacer.

Sí, convino Renfrew, apartando a un lado la sopa de patata para zamparse las tiras de carne de buey asadas que tomaba directamente con la mano y regaba con cerveza. Sí, las razas se estaban definiendo maravillosamente bien, ya lo creo, tres potros de cada cinco eran de raza, purasangres o razas comunes, ¿ sabe usted?, y el cuarto te lo podías quedar para tiro o para cría. Y sólo uno de cada cinco nacía con patas u ojos de más o con las tripas por fuera, lo cual estaba muy bien. Pero los índices de natalidad eran muy bajos; al parecer los sementales tenían la misma fuerza de siempre en el cargador, pero menos pólvora y cojones.

—Perdón, señora —dijo Renfrew, inclinándose brevemente hacia Coral Thorin por delante de Rolando.

Ella esbozó la misma leve sonrisa de antes (que a Rolando le recordaba mucho la de Jonas), introdujo la cuchara en la sopa y no dijo nada. Renfrew apuró su copa de cerveza, chasqueó ruidosamente los labios y levantó nuevamente la copa. Mientras se la volvían a llenar, se volvió de nuevo hacia Rolando.

Las cosas no marchaban muy bien, no tanto como antes, pero hubieran podido marchar peor. Y marcharían peor si el muy maricón de Farson se saliera con la suya. (Esta vez no se molestó en pedirle perdón a la señorita Thorin.) Tenían que unirse

todos, eso era lo que se tenía que hacer, los ricos y los pobres, los grandes y los pequeños; puede que la unión todavía fuera beneficiosa. Después secundó a Lengyll, diciéndole a Rolando que cualquier cosa que él y sus amigos necesitaran, no tenían más que pedirla.

—Creo que la información será suficiente —dijo Rolando—. Las cantidades de las cosas.

—Claro, no puede haber un contador si no hay números —convino Renfrew, soltando una sonora carcajada de bebedor de cerveza.

A la izquierda de Rolando, Coral mordisqueó un poco de ensalada (las tiras de carne de buey ni siquiera las había tocado), esbozó su sonrisa de siempre y siguió paseando su cuchara por el plato. Aun así, Rolando no creía que fuera dura de oído y estaba seguro de que su hermano recibiría un exhaustivo informe de la conversación. O quizás el informe lo recibiera Rimer, pues aunque todavía era un poco temprano para decirlo con certeza, Rolando sospechaba que tal vez la verdadera fuerza de allí era Rimer. Quizá junto con el señor Jonas.

—Por ejemplo —dijo Rolando—, ¿cuántos caballos de montar cree usted que podremos incluir en nuestro informe a la Afiliación?

—¿El diezmo o el total?

—El total.

Renfrew posó la copa y pareció calcular. Mientras, Rolando miró hacia el otro lado de la mesa y vio que Lengyll y Henry Wertner, el criador de la Baronía, se intercambiaban una rápida mirada. Lo habían oído. Y vio también otra cosa cuando volvió a centrar su atención en su compañero de mesa: Hash Renfrew estaba borracho, pero probablemente no tanto como él quería hacerle creer al joven Will Dearborn.

—El total dice usted... no sólo lo que le debemos a la Afiliación o lo que podríamos enviar en caso de necesidad.

—Sí.

—Bueno, vamos a ver, mi joven señor. Fran debe de tener unas ciento cuarenta cabezas; John Croydon tiene casi cien. Hank Wertner tiene cuarenta de su propiedad más las sesenta y tantas que atiende en la Pendiente por cuenta de la Baronía. Caballos del Gobierno, señor Dearborn.

Rolando esbozó una sonrisa.

—Lo sé muy bien. Pezuñas hendidas, cuellos bajos, falta de velocidad, vientres interminables.

Renfrew soltó una sonora carcajada y asintió con la cabeza, pero Rolando se preguntó si de veras le habría hecho gracia su comentario. Al parecer, en Hambria las aguas superficiales y las profundas discurrían en distintas direcciones.

—En cuanto a mí, he tenido diez o doce años muy malos... ceguera, fiebre cerebral... Hubo un tiempo en que había doscientos ejemplares de caballos del hierro Lazy Susan corriendo por la Pendiente; ahora no debe de haber más de ochenta.

Rolando asintió con la cabeza.

—O sea que unas cuatrocientas veinte cabezas.

—Bueno, algo más que eso —contestó Renfrew riéndose.

Fue a tomar la copa de cerveza, la golpeó con el canto de una mano envejecida por el trabajo y la intemperie, la derribó, soltó una maldición, la volvió a poner de pie y maldijo al muchacho que tardó demasiado en volvérsela a llenar.

—¿Algo más que eso? —lo espoleó Rolando cuando vio que ya estaba finalmente dispuesto a reanudar la acción.

—Tiene usted que recordar, señor Dearborn, que ésta es una tierra más de caballos que de pesca. Nos gastamos mutuamente bromas con los pescadores, pero más de un rascador de escamas ha cobijado a un jamelgo en la parte de atrás de su casa o en los establos de la Baronía si no tenía un techo para impedir que la lluvia le cayera encima a su caballo. Su pobre padre era el que tenía a su cargo las caballerizas de la Baronía.

Renfrew señaló con la cabeza a Susan, sentada tres asientos más arriba de Rolando al otro lado de la mesa, a sólo un lugar de la mesa del

Alcalde, el cual ocupaba naturalmente la cabecera. A Rolando le pareció curiosa su colocación en aquel lugar, sobre todo teniendo en cuenta que la señora del Alcalde estaba sentada casi en el otro extremo, entre Cutberto y un ranchero al que todavía no habían sido presentados.

Rolando pensó que a lo mejor a un viejo como Thorin le gustaba tener al lado a una joven pariente que lo ayudara a atraer la atención de los comensales hacia su persona, o que quizá le alegrara la vista, pero aun así le parecía un poco raro. Casi un insulto a la esposa. Si estaba harto de aguantar su conversación, ¿por qué no la había colocado en la cabecera de otra mesa?

«Tienen sus costumbres, eso es todo, y las costumbres de esta tierra no son asunto tuyo. Tu asunto es este enloquecido recuento de caballos.»

—¿Cuántos caballos más, diría usted? —le preguntó a Renfrew—. En total.

Renfrew le dirigió una astuta mirada.

—Si le doy una respuesta sincera, no tendré que arrepentirme, ¿verdad, hijito? Soy un hombre de la Afiliación, lo soy hasta la médula, grabarán la palabra Excalibur en mi lápida sepulcral tanto si quiero como si no, pero no quisiera que Hambria y Mejis se vieran despojadas de todo su tesoro.

—Eso no ocurrirá, señor. ¿Cómo podríamos obligarle a entregar lo que usted no quiere? Todas las fuerzas que tenemos están empeñadas en la lucha contra el Hombre Bueno en el norte y el oeste.

Renfrew meditó la cuestión y asintió con la cabeza.

—¿No podría llamarme Will?

Renfrew pareció alegrarse, volvió a asentir y le ofreció la mano por segunda vez. Esbozó una ancha sonrisa cuando esta vez Rolando se la tomó entre las suyas, una encima y otra debajo, utilizando el apretón de manos propio de los caballerizos y los vaqueros.

—Vivimos unos tiempos muy malos, Will, y estos tiempos han propiciado la proliferación de los malos modales. Creo que debe de haber otros ciento cincuenta ejemplares de caballo en Mejis y sus alrededores. Me refiero a los buenos.

—Raza Sombrero Grande.

Renfrew asintió con la cabeza, le dio a Rolando una palmada en la espalda y tomó un buen trago de cerveza.

—Sombreros Grandes, en efecto.

Desde la cabecera de su mesa les llegó un estallido de carcajadas. Al parecer, Jonas había dicho algo muy divertido. Susan se rió sin reservas con la cabeza echada hacia atrás y las manos cruzadas sobre el colgante de zafiros. Cordelia, con la chica sentada a su izquierda y Jonas a su derecha, también se estaba riendo de buena gana. Thorin se estaba desternillando de risa, balanceándose hacia delante y hacia atrás en su asiento y enjugándose los ojos con un pañuelo.

—Una chica encantadora —dijo Renfrew casi en tono reverente.

Rolando no lo hubiera podido jurar, pero le pareció oír un pequeño rumor -tal vez un bufido femenino- a su otro lado. Miró en aquella dirección y vio a la señorita Thorin jugando todavía con su sopa. Volvió a mirar hacia la cabecera de la mesa.

—¿Acaso el Alcalde es su tío o quizá su primo? —preguntó.

Lo que ocurrió a continuación se le quedó grabado en la memoria con tanta claridad como si alguien hubiera encendido todos los colores y sonidos del mundo. Los

festones de terciopelo rojo situados detrás de Susan adquirieron de repente un color rojo más fuerte; la carcajada de Coral Thorin fue como el rumor de una rama que se rompe, tan fuerte, pensó Rolando, que todos los que se encontraban cerca de ella interrumpirían su conversación para mirarla... pero eso sólo lo hicieron Renfrew y los dos rancheros del otro lado de la mesa.

—¡Su tío! —Fue lo primero que decía Coral en toda la velada—. Su tío, ésa sí que es buena. ¿Verdad, Rennie?

Renfrew no dijo nada; se limitó a apartar la copa de cerveza y finalmente se tomó la sopa.

—Me sorprende usted, joven. Ya sé que procede del Mundo Interior, pero quienquiera que le educara acerca del mundo real, el que no está en los libros ni en los mapas, yo diría que se quedó un poco corto. Ella es su...

Y entonces vino una palabra con tanto acento dialectal que Rolando no tuvo la menor idea de lo que era. Le pareció haber oído seefin, o quizá sheevin.

—¿Perdón?

Rolando sonrió, pero la sonrisa le supo falsa y fría en los labios. Se notaba pesadez en el vientre, como si el ponche y la sopa y la única tira de carne de buey que había comido por educación se le hubieran apelotonado en el estómago. «¿Sirve usted?», le había preguntado; queriendo decir si servía a la mesa. Puede que sirviera, pero probablemente en una habitación más privada que aquella. De repente, no quiso oír nada más. Y no tuvo el menor interés en averiguar el significado de la palabra que la hermana del Alcalde había utilizado.

Otro estallido de risa sacudió la cabecera de la mesa. Susan se estaba riendo con la cabeza echada hacia atrás, las mejillas arreboladas y los ojos brillantes. Un tirante de su vestido le había resbalado hacia el brazo, dejando al descubierto el tierno hueco de su hombro. Mientras él la miraba con el corazón rebosante de anhelo y temor, ella se volvió a colocar el tirante en su sitio con un distraído gesto de la palma de la mano.

—Significa «mujercita tranquila» —dijo Renfrew, visiblemente incómodo—. Un término antiguo que en la actualidad ya no se utiliza demasiado...

—Ya basta, Rennie —dijo Coral Thorin. Dirigiéndose a Rolando añadió—: No es más que un viejo vaquero y no puede dejar de recoger paletadas de mierda de caballo ni siquiera cuando está lejos de sus queridos jamelgos. Sheevin significa «esposa secundaria». En tiempos de mi bisabuela significaba «puta»... pero de una clase especial. —Miró con un pálido ojo a Susan, que en aquellos momentos estaba tomando

un sorbo de cerveza, y se volvió de nuevo hacia Rolando. En su mirada se veía una especie de melancólica diversión, una expresión que a Rolando le gustó muy poco—. La clase de puta a la que se tenía que pagar en monedas, demasiado fina para la gente corriente.

—¿Es su querida? —preguntó Rolando a través de unos labios que parecían haberse congelado.

—Sí —contestó Coral—. La cosa aún no se ha consumado, no se hará hasta la Siega... y no creo que a mi hermano le haga mucha gracia, pero compró y pagó tal como se hacía antiguamente. Eso es ella. —Coral añadió tras una pausa—: Su padre se moriría de vergüenza si la viera.

Hablaba con una especie de melancólica satisfacción.

—Creo que no debemos juzgar con demasiada dureza al Alcalde —dijo Renfrew, azorado, en tono sentencioso.

Coral no le prestó atención. Estudió la línea de la mandíbula de Susan, la suave prominencia de su pecho por encima del borde del escote de su vestido y la ondulación de su cabello suelto. La leve expresión burlona había desaparecido del rostro de Coral Thorin y se había convertido en una especie de gélido desprecio.

Muy a su pesar, Rolando empezó a imaginarse las manos nudosas del Alcalde, apartando los tirantes del vestido de Susan, reptando por sus hombros desnudos y arrojándose como cangrejos grises a la cueva situada por debajo de su cabello. Apartó la mirada hacia el fondo de la mesa y lo que allí vio no fue mucho mejor. Sus ojos encontraron a Olive Thorin, Olive, relegada al fondo de la mesa, Olive mirando a la gente que se reía en la cabecera. Mirando a su marido, que la había sustituido por una preciosa joven, y le había regalado a aquella joven un colgante que hacía que sus pendientes de brillantes parecieran una baratija. En su rostro no había la menor muestra del odio ni el enfurecido desprecio de Coral. El hecho de mirarla hubiera resultado más fácil en tal caso. Olive se limitaba a mirar a su marido con una humilde, esperanzada y triste expresión. Rolando comprendió ahora por qué razón le había parecido una mujer triste. Tenía motivos más que sobrados para estarlo.

Más risas procedentes del grupo del Alcalde; Rimer se había inclinado hacia él desde la mesa de al lado que presidía para participar en el jolgorio. Debía de haber sido un chiste muy bueno. Esta vez hasta Jonas se reía. Susan se apoyó una mano en el pecho, tomó su servilleta y se enjugo con una lágrima de risa. Thorin apoyó su mano en la otra. Susan miró a Rolando y, mientras se reía, sus ojos se cruzaron con los

suyos. Rolando pensó en Olive Thorin, sentada al fondo de la mesa con la sal y las especias, un cuenco de sopa todavía intacto delante y aquella triste sonrisa en el rostro. Sentada en un lugar donde la chica también la podía ver a ella. Y entonces pensó que, si hubiera ido armado, habría podido sacar una pistola y alojar una bala en el frío corazoncito de puta de Susan Delgado.

Y pensó: «¿A quién pretendes engañar?»

Uno de los chicos que servían le colocó delante un plato de pescado. Rolando pensó que jamás en su vida se había sentido más desganado... pero comería a pesar de todo y volvería a pensar en las cuestiones que se habían planteado en su conversación con Hash Renfrew a propósito del Rancho Lazy Susan. Recordaría el rostro de su padre.

«Sí, lo recordaré muy bien —pensó—. Si puedo olvidar el que hay por encima de aquel zafiro de allí.»

10

La cena fue interminable y después no hubo manera de escapar. La mesa del centro de la sala de recepción había sido retirada y, cuando los invitados regresaron por allí -como una marea que ha llegado a su máximo nivel y ahora se está retirando-, formaron dos círculos contiguos de cara al lugar donde se encontraba un jovial hombrecillo pelirrojo a quien más tarde Cutberto puso el apodo de Ministro de Juergas del Alcalde Thorin.

El círculo chico-chica, chico-chica se consiguió entre grandes risotadas y con una cierta dificultad (Rolando sospechaba que unas tres cuartas partes de los invitados estaban borrachos como cubas) y entonces los guitarristas tocaron una quesa, lo cual resultó ser una especie de corro muy sencillo. Los círculos giraban en direcciones contrarias y todos los participantes se tomaban de la mano hasta que la música se detenía de golpe. La pareja que se creaba en el lugar donde se tocaban los dos círculos bailaba en el centro del círculo al que pertenecía la mujer mientras los demás batían palmas y lanzaban vítores.

El principal músico dirigía aquella antigua y apreciada tradición con un sentido muy agudo del ridículo, mandando detenerse a sus «muchachos» en el momento en el que se podían formar las parejas más divertidas: mujer alta-hombre bajito, mujer gorda-hombre flaco, mujer vieja-hombre joven. (Cutberto acabó pegando brincos con una mujer tan vieja como su bisabuela entre las cascadas de risas y jadeos de la dama y

los rugidos de aprobación de los presentes). Después, cuando Rolando ya estaba empezando a pensar que aquella estúpida danza no iba a terminar jamás, cesó la música y él se encontró de cara con Susan Delgado.

Por un instante no pudo hacer otra cosa que mirarla fijamente, sintiendo que los ojos estaban a punto de escapársele de las órbitas y que no podía mover ninguno de sus estúpidos pies. Acto seguido ella levantó los brazos, dio comienzo la música, el círculo (éste incluía al Alcalde Thorin y al vigilante y ligeramente sonriente Eldred Jonas) aplaudió, y él la guió en el baile. Al principio, mientras evolucionaba con ella en uno de los pasos del baile (sus pies se movían con la habitual gracia y precisión a pesar de lo entumecidos que estaban), se sintió un hombre de cristal. Después notó que los cuerpos de ambos se tocaban, percibió el susurro de su vestido y volvió a ser excesivamente humano.

Ella se acercó un poco más por un instante y, al hablarle, su aliento le cosquilleó el oído. Se preguntó si una mujer podía volver loco a un hombre, literalmente loco. Antes de aquella noche no lo hubiera creído posible, pero ahora todo había cambiado.

—Gracias por su discreción y su corrección —le susurró ella.

Él se apartó un poco mientras la hacía girar, apoyando la mano en su región lumbar, con la palma sobre el frío raso y los dedos rozando su cálida piel. Los pies de Susan seguían los suyos sin la menor pausa ni vacilación, moviéndose con perfecta gracia sin temer que los pisaran sus grandes pies enfundados en las botas, a pesar de ir calzados con unos finos escarpines de seda.

—Puedo ser discreto, señora —dijo él—. En cuanto a la corrección, me sorprende que conozca usted esta palabra tan siquiera.

Ella levantó la vista hacia su frío rostro y su sonrisa se desvaneció. Rolando vio entonces una expresión de cólera, pero antes de que apareciera la cólera captó una mirada de dolor, como si él la hubiera abofeteado. Se alegró y lo lamentó al mismo tiempo.

—¿Por qué hablas así? —le preguntó ella en voz baja.

La música terminó antes de que él pudiera contestar... aunque Rolando no tenía ni la menor idea de lo que hubiera contestado. Ella hizo una reverencia y él inclinó la cabeza mientras los que los rodeaban aplaudían y silbaban. Regresaron cada uno a su círculo y las guitarras volvieron a tocar. Rolando sintió que le tomaban las manos y empezó a girar una vez más con el círculo.

Riéndose. Pegando brincos. Batiendo palmas al compás. Sintiéndola hacer lo

mismo en algún lugar a su espalda. Preguntándose si desearía tanto como él salir de allí, estar a solas con él en la oscuridad, donde él pudiera apartar a un lado su falso rostro antes de que el auténtico que había debajo llegara a encenderse.

CAPÍTULO VI

SHEEMIE

1

Hacia las diez en punto el trío de jóvenes de las Baronías Interiores se despidió cortésmente del anfitrión y la anfitriona y se perdió en la perfumada noche estival. Cordelia Delgado, que casualmente se encontraba muy cerca de Henry Wertner, el criador de ganado de la Baronía, comentó que debían de estar muy cansados. Wertner soltó una carcajada al oírlo y dijo con un acento tan marcado que casi resultaba cómico:

—No, señora, los chicos de esta edad son como las ratas que exploran un montón de leña después de un fuerte aguacero. Aún tardarán muchas horas en regresar a las literas de la Franja K.

Olive Thorin abandonó la fiesta poco después que los muchachos, alegando dolor de cabeza. Estaba tan pálida que casi parecía creíble.

A las once, el Alcalde, su Canciller y el jefe de su recién creado equipo de seguridad estaban conversando en el estudio del Alcalde con los últimos invitados (todos ellos rancheros y miembros de la Asociación de Criadores de Caballos). La conversación fue breve, pero muy intensa. Varios de los rancheros presentes expresaron su alivio por el hecho de que los emisarios de la Afiliación fueran tan jóvenes. Eldred Jonas no dijo nada a este respecto, se limitó a mirarse las pálidas manos de largos dedos y a esbozar su leve sonrisa de siempre.

Hacia la medianoche Susan ya estaba en casa, desnudándose para irse a la cama. Por lo menos ya no tenía que preocuparse por el zafiro; era una joya de la Baronía y, antes de irse, la habían vuelto a guardar en la caja fuerte de la Casa del Alcalde, a pesar de lo que el señor Will Qué-Bien-Estamos ¿Verdad? Dearborn pudiera pensar del zafiro y de ella. Se lo había quitado el mismo Alcalde Thorin (no conseguía llamarlo Hart, a pesar de lo mucho que él le había pedido que lo hiciera, no podía hacerlo ni siquiera en su fuero interno). Lo había hecho en el pasillo justo al lado de la sala de recepción, junto al tapiz en el que se representaba a Arturo Eld saliendo con la espada desenvainada de la pirámide en la que estaba enterrado. Y él (Thorin, no Eld) había aprovechado la oportunidad para besarla en la boca y manosearle brevemente los pechos, una parte de su persona que había estado demasiado desnuda durante aquella interminable velada.

—Ardo en deseos de que llegue la Siega —le había susurrado melodramáticamente al oído. Le olía el aliento a brandy—. Cada día de este verano me parece un siglo.

Ahora, en su habitación, mientras se cepillaba el cabello con enérgicos y rápidos movimientos y contemplaba la luna menguante, pensó que jamás en su vida había estado más enojada que en aquellos momentos: enojada con Thorin, enojada con tía Cord y furiosa con aquel mojigato santurrón de Will Dearborn. Pero por encima de todo estaba enojada consigo misma.

«Hay tres cosas que puedes hacer en cualquier situación, muchacha -le había dicho su padre una vez-. Puedes decidir hacer una cosa, puedes decidir no hacer nada... y puedes decidir no decidir.»

Esto último su padre jamás se lo había dicho exactamente así (ni falta que hacía) pues era la opción de los pusilánimes y los necios. Ella le había prometido no elegirla jamás... y sin embargo se había dejado arrastrar a aquella desagradable situación. Ahora todas las opciones le parecían malas y deshonrosas, todos los caminos estaban llenos de piedras o cubiertos de barro.

En su habitación de la Casa del Alcalde (llevaba diez años sin compartir una habitación con Hart y cinco sin compartir una cama, ni siquiera brevemente), Olive se sentó vestida con su camisón de algodón blanco liso, contemplando también la luna menguante. Tras haberse encerrado en aquel lugar seguro y privado, se había puesto a llorar, aunque no por mucho rato. Ahora ya tenía los ojos secos y se sentía tan hueca como un árbol muerto.

¿Qué era lo peor? Que Hart no comprendiera lo humillada que ella se sentía, y no sólo por sí misma. Él estaba demasiado ocupado presumiendo y exhibiéndose (y también demasiado ocupado intentando mirar dentro del escote de la señora Delgado a cada oportunidad que se le ofrecía) como para darse cuenta de que los suyos -entre ellos su propio Canciller- se burlaban de él a su espalda. Puede que la cosa cambiara cuando la chica regresara a casa de su tía con una buena barriga, pero para eso faltaban todavía muchos meses. La bruja ya se había encargado de que así fuera. Y aún faltaría más si la chica tardara en concebir. ¿Y qué era lo más estúpido y humillante de todo? Que ella, Olive, la hija de John Haverty, aún amara a su esposo. Hart era un tipo arrogante, presumido y jactancioso, pero ella todavía lo quería.

Había otra cosa, que no tenía absolutamente nada que ver con el hecho de que Hart se hubiera convertido en un viejo verde: ella creía que había una especie de

intriga, algo peligroso y muy probablemente deshonroso. Hart sabía algo al respecto, pero ella creía que sólo sabía lo que Kimba Rimer y aquel odioso cojo querían que supiera.

En una época no muy lejana Hart no habría permitido que los tipos como Rimer le tomaran el pelo de aquella manera, una época en que habría echado un vistazo a Eldred Jonas y a sus amigos y los habría enviado al oeste antes de que tuvieran tiempo de tomar una comida caliente tan siquiera. Pero todo eso habría sido antes de que se encaprichara de los ojos grises, el alto busto y el liso vientre de la señorita Delgado.

Olive apagó la lámpara, sopló la llama y se deslizó entre las sábanas de la cama, donde permanecería despierta hasta el amanecer.

A la una en punto ya no quedaba nadie en las salas públicas de la Casa del Alcalde, excepto un cuarteto de mujeres de la limpieza que estaban llevando a cabo sus tareas en silencio (y con muchos nervios) bajo la mirada de Eldred Jonas. Cuando una de ellas levantó los ojos y vio que éste había desaparecido del asiento de la ventana donde estaba sentado fumando, se lo comunicó en voz baja a sus amigas y todas se relajaron un poco. Pero no cantaban ni reían. Tal vez el espectro, el hombre del ataúd azul en la mano, sólo se hubiera escondido en las sombras. Quizás aún las estuviera observando.

A las dos en punto hasta las mujeres de la limpieza se fueron. Era una hora en la que una fiesta en Gilead hubiera estado a punto de alcanzar su apogeo de chismes y resplandor, pero Gilead estaba muy lejos, no simplemente en otra Baronía sino casi en otro mundo. Aquél era el Arco Exterior y los Exteriores, incluso los aristócratas se iban a la cama temprano.

Sin embargo, en el Descanso del Viajero no había ningún aristócrata a la vista bajo la escrutadora mirada de La Retozona, y la noche era todavía bastante joven.

2

En un extremo del local unos pescadores todavía calzados con sus botas enrolladas bebían y jugaban a las cartas con apuestas muy bajas. A su derecha había una mesa de póquer, y a su izquierda un grupo de hombres que gritaban y daban voces de ánimo -casi todos ellos vaqueros- de pie a lo largo del Pasillo de Satanás, observando cómo los dados bajaban brincando por la pendiente de terciopelo. En el otro extremo de la sala, Sheb McCurdy estaba aporreando un sincopado bugui agitando la mano derecha en el aire mientras la izquierda subía y bajaba y el sudor le

resbalaba por el cuello y las pálidas mejillas. A su lado y por encima de él, borracha como una cuba y encaramada a un taburete, Pettie la Trotona meneaba su enorme trasero y berreaba la letra de la canción a pleno pulmón:

—Ven nena, tenemos gallinas en el granero, qué granero, el granero de quién, mi granero. Ven, nena, la nena ha agarrado el toro por los cuernos...

Sheemie se detuvo al lado del piano con el cubo de los restos en la mano, levantó la vista sonriendo y trató de cantar con ella. Pettie le dio una palmada al pasar, sin perder una sola palabra ni un solo meneo o topetazo, y Sheemie se fue con su curiosa risa estridente pero no desagradable en cierto modo.

Otros estaban jugando a los dardos; en un reservado de la parte de atrás, una puta que se hacía llamar condesa Jillian de Upard Killian (miembro exiliado de la realeza de Garlan, queridos míos, nosotros somos muy especiales) estaba haciendo dos trabajos manuales simultáneamente mientras fumaba en pipa. Y en la barra, toda una hilera de hombres duros de distintas clases, mineros, vaqueros, caballerizos, cocheros, carreteros, carpinteros, estafadores, ganaderos, barqueros y pistoleros bebían bajo la doble cabeza de La Retozona.

Los únicos pistoleros auténticos del lugar se encontraban al fondo de la barra, eran dos y bebían apartados de los demás. Nadie trató de unirse a ellos y no sólo porque llevaban unas pistolas en unas fundas colgadas muy bajas sobre las caderas según el estilo propio de los pistoleros. En Mejis las armas de fuego no eran frecuentes pero tampoco desconocidas por aquel entonces ni resultaban necesariamente temidas, pero aquellos dos tenían pinta de haberse pasado un largo día haciendo un trabajo que no les gustaba, la pinta de unos hombres capaces de enzarzarse en una pelea sin motivo y de terminar la jornada enviando a toda prisa a casa en un carro al marido de alguna nueva viuda.

Stanley el barman les servía un whisky tras otro sin intentar conversar con ellos, ni siquiera un «Qué calor hace hoy, ¿verdad, caballeros?». Apestaban a sudor y tenían las manos pegajosas de resina de pino, lo cual no fue obstáculo para que Stanley viera en ellas los tatuajes de los ataúdes azules. Menos mal que no estaba allí su amigo, el viejo buitre renco del cabello de muchacha y la pierna baldada. A juicio de Stanley, Jonas era con mucho el peor de los Grandes Cazadores de Ataúdes, aunque aquellos dos no le fueran demasiado a la zaga, razón por la cual él no tenía la menor intención de cruzarse en su camino a poco que pudiera evitarlo. Con un poco de suerte, nadie lo haría; aquellos hombres estaban lo bastante cansados como para retirarse con una

noche de adelanto.

Reynolds y Depape estaban muertos de agotamiento tras haberse pasado todo el día en Citgo, camuflando toda una hilera de depósitos de acero vacíos con unas palabras sin sentido grabadas en sus costados (TEXACO, CITGO, SUNOCO, EXXON), tenían la sensación de haber acarreado y amontonado mil millones de ramas de pino, pero no habían forjado ningún plan específico para dejar de beber temprano. Depape habría podido hacerlo si Su Señoría hubiera estado disponible, pero aquella joven belleza (cuyo verdadero nombre era Gert Moggins) tenía un trabajo en un rancho y no regresaría hasta dentro de dos noches.

—Y puede que tarde una semana si le ofrecen buen dinero en efectivo —dijo Depape en tono malhumorado, empujándose las gafas hacia arriba sobre el caballete de la nariz.

—Que se joda—dijo Reynolds.

—Eso es lo que yo haría si pudiera, pero no puedo.

—Voy a agenciarme un plato de aquel almuerzo de balde —dijo Reynolds, señalando hacia el otro extremo de la barra, donde un cubo de hojalata de almejas al vapor acababa de salir de la cocina—. ¿Quieres un poco?

—Parecen mocos y te bajan por la garganta como si lo fueran. Tráeme un poco de cecina.

—Muy bien, compañero.

Reynolds se dirigió al fondo de la barra. La gente le abrió paso; abrió paso incluso a su capa forrada de seda.

Depape, más malhumorado que nunca tras haberse imaginado a Su Señoría zampándose unas chuletas de cerdo allá en el Rancho Piano, apuró su vaso, hizo una mueca al aspirar el olor de la resina de pino de su mano y levantó el vaso en dirección a Stanley Ruiz.

—¡Llénamelo, perro! —le gritó.

Un vaquero apoyado con la espalda, el trasero y los codos contra la barra se inclinó hacia delante al oír el rugido de Depape; fue suficiente para que se armara el jaleo.

Sheemie se estaba dirigiendo al pasadizo del que acababan de salir las almejas al vapor, sosteniendo el cubo de los restos con ambas manos. Más tarde, cuando el Descanso de los Viajeros empezara a vaciarse, su tarea consistiría en limpiarlo todo. Pero ahora el muchacho se limitaba a circular con el cubo, vertiendo en él el contenido

de todos los vasos a medio apurar. Aquel elixir combinado iba a parar a un recipiente situado al otro lado de la barra. El líquido se conocía con el acertado nombre de «pis de camello» y un trago doble costaba tres centavos. Era una bebida reservada exclusivamente a los temerarios o a los que estaban sin blanca, un considerable número de los cuales pasaba cada noche bajo la severa mirada de La Retozona; Stanley raras veces tenía problemas para vaciar el recipiente. Si éste no se vaciaba al final de la noche, se guardaba para la siguiente, en la que sin duda no faltaría un gran contingente de sedientos insensatos.

Pero en esta ocasión Sheemie no consiguió llegar al recipiente de pis de camel situado al fondo de la parte interior de la barra. Tropezó con la bota del vaquero que se había inclinado hacia delante y cayó de rodillas, soltando un gruñido de sorpresa. El contenido del cubo se derramó por delante de él y, siguiendo la Primera Ley de la Maldad de Satanás -a saber, siempre que puede ocurrir lo peor, eso es lo que suele ocurrir-, empapó a Roy Depape de las rodillas para abajo con una alcohólica mezcla de cerveza, Graf y aguardiente.

Cesaron las conversaciones de la barra y ello dio lugar a que también se interrumpieran las de los hombres congregados alrededor del tobogán de los dados. Sheb se volvió, vio a Sheemie arrodillado delante de uno de los hombres de Jonas y dejó de tocar. Pettie, con los ojos cerrados y poniendo toda el alma en la canción, siguió cantando a palo seco durante dos o tres compases hasta que se dio cuenta del silencio que se estaba extendiendo a su alrededor como los escarceos del agua. Entonces dejó de cantar y abrió los ojos. Aquella clase de silencio solía anunciar que estaban a punto de matar a alguien. En caso de que así fuera, ella no quería perdérselo.

Depape permaneció absolutamente inmóvil, inhalando los ásperos efluvios que estaban subiendo desde el alcohol derramado. El olor del alcohol le importaba un bledo; en conjunto apestaba como la resina de pino batida de seis maneras distintas bajo la Luna del Buhonero. Tampoco le importaba que los pantalones se le pegaran a las rodillas. Le hubiera molestado un poco que el jugo de la alegría le entrara en las botas, pero no había entrado.

Su mano se deslizó hacia la culata de la pistola. Aquello, por el dios y por la diosa, era algo que sí podría apartar su mente de sus pegajosas manos y de la puta ausente. Y una buena diversión merecía regarse con algo.

Ahora el silencio cubría la sala como una manta. Stanley permaneció inmóvil

como un soldado detrás de la barra, tirando nerviosamente de uno de los brazales que sujetaban las mangas de su camisa. En el otro extremo de la barra, Reynolds contemplaba a su compañero con profundo interés. Tomó una almeja del humeante cubo y rompió el caparazón contra el canto de la barra como si fuera un huevo duro. A los pies de Depape, Sheemie miró hacia arriba con sus grandes y atemorizados ojos bajo la enmarañada mata de su cabello negro. Estaba haciendo todo lo posible por sonreír.

—Bueno, muchacho —dijo Depape—, me has mojado a base de bien.

—Perdón, jefe, he tropezado.

Sheemie se acercó una mano al hombro y de las puntas de sus dedos se escapó volando un poco de pis de camel. En algún lugar, alguien carraspeó nerviosamente... La sala estaba llena de ojos y en ella reinaba el suficiente silencio como para que todos pudieran oír no sólo el aullido del viento en los aleros del tejado sino también el rumor de las olas rompiendo contra las rocas de Punta Hambria a tres kilómetros de distancia.

—Y una mierda —dijo el vaquero que se había inclinado hacia delante. Tenía veinte años y, de repente, le había entrado el miedo de no volver a ver a su madre—. No intentes echarme a mí la culpa de tus males, idiota.

—Me importa un bledo cómo haya sido —dijo Depape. Era consciente de estar actuando ante un público y sabía que lo que más quiere el público es que lo diviertan.

El señor R.B. Depape, siempre actor, tenía intención de complacerlo.

Se pellizcó la pana de los pantalones por encima de las rodillas y levantó las piernas, dejando al descubierto las puntas de las botas. Estaban relucientes y mojadas.

—Fíjate en eso. Mira cómo me has dejado las botas.

Sheemie lo miró con una aterrorizada sonrisa en los labios.

Stanley Ruiz llegó a la conclusión de que no podía permitir que aquello ocurriera sin intentar por lo menos impedirlo. Conocía a Dolores Sheemer, la madre del chico; cabía incluso la posibilidad de que él fuera el padre del chico. En cualquier caso le tenía simpatía a Sheemie. Era un poco tonto, pero tenía buen corazón, jamás bebía un trago y siempre hacía su trabajo. Además era capaz de dedicarte una sonrisa, incluso en el más frío y nublado día invernal. Tenia una humanidad de la que carecían muchas personas de inteligencia normal.

—Señor Depape —dijo, adelantándose y hablando en un respetuoso susurro—. Siento mucho lo ocurrido. Tendré mucho gusto en invitarle a todos los tragos del resto de esta noche si pudiéramos olvidar este lamentable...

El movimiento de Depape fue tan rápido y borroso que apenas se pudo ver, pero no fue lo que dejó boquiabiertas de asombro a las personas que aquella noche se encontraban en el Descanso; ya era de esperar que un hombre que trabajaba por cuenta de Jonas fuera muy rápido. Lo asombroso fue que éste no mirara a su alrededor para buscar el blanco. Localizó a Stanley sólo por la voz.

Depape sacó el arma y la desvió hacia la izquierda en un amplio arco. El golpe alcanzó a Stanley Ruiz directamente en la boca, machacándole los labios y destrozándole tres dientes. La sangre salpicó el espejo situado detrás de la barra y algunas gotas volaron hacia arriba y decoraron la punta de la nariz de La Retozona. Stanley lanzó un grito, se cubrió el rostro con las manos y se tambaleó hacia el estante que tenía detrás. El ruidoso tintineo de las botellas sonó muy fuerte en medio de aquel silencio.

Al fondo de la barra, Reynolds rompió otra almeja y contempló la escena fascinado. Como espectáculo, era muy bueno.

Depape volvió a centrar su atención en el chico arrodillado.

—Límpiame las botas —le dijo.

Una expresión de confuso alivio se dibujó en el rostro de Sheemie. ¡Limpiar las botas! ¡Sí! ¡Faltaría más! ¡Ahora mismo! Sacó el trapo que siempre guardaba en el bolsillo de atrás. Aún no lo había ensuciado. No mucho por lo menos.

—No —dijo pacientemente Depape. Sheemie lo miró, perplejo—. Guárdate este cochino trapo en el sitio de donde lo has sacado... no quiero ni verlo.

Sheemie se lo volvió a guardar en el bolsillo de atrás.

—Lámelas —dijo Depape con el mismo tono paciente de antes—. Eso es lo que yo quiero. Me vas a lamer las botas hasta que estén tan limpias y brillantes que puedas ver en ellas esta estúpida cara de conejo que tienes.

Sheemie vaciló sin estar todavía muy seguro de lo que se le exigía. O a lo mejor sólo estaba procesando la información.

—Yo que tú lo haría, chico —dijo Barkie Callahan desde lo que él consideraba un lugar seguro detrás del piano de Sheb—. Si quieres volver a ver la salida del sol, yo que tú lo haría.

Depape ya había decidido que aquel cerebro reblandecido no volviera a ver ningún otro amanecer, pero no dijo nada. Jamás le habían lamido las botas. Quería ver qué tal resultaba. En caso de que fuera agradable -si resultara sexualmente excitante en cierto modo-, puede que obligara a Su Señoría a hacerlo.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó Sheemie con los ojos llenos de lágrimas—. ¿No podría... perdón, lustrarlas muy bien? —Lame, estúpido —dijo Depape.

El cabello de Sheemie le cayó sobre la frente. La lengua le asomó insegura a través de los labios, y mientras inclinaba la cabeza sobre las botas de Depape le cayó la primera lágrima.

—Ya basta, ya basta, ya basta —dijo una voz. Resultó sorprendente en medio de aquel silencio, aunque no por lo súbito ni desde luego por su tono enojado. Resultó sorprendente porque sonaba divertido—. No puedo permitirlo de ninguna manera. Ni hablar. Lo haría si pudiera, pero no puedo. Es antihigiénico, ¿comprende? ¿Quién sabe qué enfermedad se podría propagar de esta manera? ¡La mente se encoge! ¡Se encoge totalmente!

Justo delante de la puerta de vaivén estaba el autor de aquella estúpida y potencialmente fatídica perorata: un joven de estatura media cuyo sombrero de ala plana echado hacia atrás dejaba al descubierto un alborotado caracolillo de cabello castaño. Sólo que Depape se dio cuenta de que el joven no lo estaba apuntando realmente; el joven estaba sacando el arma muy despacio. Y era sólo un niño. Alrededor del cuello, sólo los dioses sabrían por qué, llevaba un cráneo de pájaro a modo de enorme y cómico colgante que pendía de una cadena que pasaba a través de las cuencas de los ojos. Y en sus manos no empuñaba una pistola («¿de dónde hubiera podido sacar una pistola un imberbe mocoso como aquél?», se preguntó Depape) sino un maldito tirachinas.

Depape estalló en una sonora carcajada.

El chico también se echó a reír, asintiendo con la cabeza como si comprendiera lo ridícula que resultaba la situación, lo ridículo que resultaba todo aquello. Tenía una risa contagiosa; Pettie, todavía encaramada al taburete, se rió entre dientes antes de cubrirse la boca con las manos.

—Éste no es lugar para un muchacho como tú —dijo Depape. Su viejo revólver de cinco balas aún descansaba en su puño, apoyado sobre la barra, con la mira chorreando sangre de Stanley Ruiz. Depape lo movió ligeramente sin levantarlo de la superficie de madera de jabí—. Los chicos que vienen a lugares como éste adquieren malas costumbres. Y una de ellas puede ser la muerte. Así que te doy una sola oportunidad. Largo de aquí.

—Gracias, señor, le agradezco que me dé esta oportunidad —dijo el chico, hablando con cautivadora sinceridad... pero sin moverse. Seguía estando justo pegado

a la parte interior de la puerta de vaivén, con la ancha tira elástica del tirachinas extendida hacia atrás. Depape no podía ver muy bien lo que había en el hueco, pero era algo que brillaba bajo la luz de gas. Una especie de bola metálica.

—Bueno, ¿qué hacemos? —dijo Depape, soltando un gruñido.

Aquello estaba empezando a quedarse antiguo por momentos.

—Ya sé que soy un incordio, señor, por no decir un grano en el trasero y una gota de leche en la punta de una polla irritada, pero si a usted no le importa, mi querido amigo, quisiera cederle mi oportunidad a este chico que está de rodillas a sus pies. Déjele disculparse, déjele limpiarle las botas con su trapo hasta que quede usted enteramente satisfecho y déjele seguir viviendo su vida.

Se oyó un confuso murmullo de aprobación procedente del lugar donde los jugadores de cartas estaban observando la escena. A Depape no le hizo la menor gracia y adoptó una repentina decisión. El chico también moriría ejecutado por un delito de impertinencia. El patán que le había derramado encima el cubo de porquería era evidentemente un retrasado mental. Pero aquel mocoso ni siquiera tenía aquella excusa. Se creía simplemente gracioso.

Por el rabillo del ojo Depape vio que Reynolds se estaba acercando al chico con tanta suavidad como la seda engrasada. Depape le agradeció el detalle a su compañero, pero no creía que necesitara mucha ayuda contra aquel especialista del tirachinas.

—Muchacho, me parece que has cometido un grave error —dijo amablemente—. De veras lo creo...

El hueco del tirachinas se desplazó un poco... o a Depape se lo pareció. Y éste entró en acción.

3

En Hambria se habló de ello durante muchos años; tres décadas después de la caída de Gilead y del final de la Afiliación, aún se seguía comentando. Para entonces ya había más de quinientos vejestorios (y algunas abuelitas) que decían haber estado bebiendo cerveza en el Descanso aquella noche y haberlo visto todo.

Depape era joven y se movía con la rapidez de una serpiente. Pese a ello, no llegó a acercarse tan siquiera para descerrajarle un tiro a Cutberto Allgood. Se oyó un sibilante ¡TUANG! cuando el elástico se soltó, un brillo de acero surcó la atmósfera llena de humo del local como una línea en una pizarra, y Depape lanzó un grito. Su

revólver cayó al suelo y un pie lo empujó lejos sobre el aserrín (nadie reclamaría la propiedad de aquel pie mientras los Grandes Cazadores de Ataúdes estuvieran en Hambria; pero centenares de personas la reclamaron cuando éstos se fueron). Sin dejar de gritar -pues no podía resistir el dolor-, Depape levantó la ensangrentada mano y se la miró con aterrados e incrédulos ojos. En realidad había tenido suerte. La bala de Cutberto le había destrozado la punta del segundo dedo y le había arrancado la uña. De haber impactado más abajo, Depape hubiera podido soplar espirales de humo a través de la palma de su mano.

Entretanto, Cutberto había vuelto a cargar el tirachinas y había tensado el elástico hacia atrás.

—Y ahora, mi buen señor, si me presta usted atención...

—No puedo responder de la suya —dijo Reynolds a su espalda—, pero tienes la mía, compañero. No sé si eres bueno con este trasto o si simplemente has tenido una suerte de cojones, pero en cualquiera de ambos casos se acabó. Suelta el elástico y déjalo. Quiero verlo en esta mesa que tienes delante.

—Me ha fallado la vista —dijo tristemente Cutberto—. He sido traicionado una vez más por mi inexperta juventud.

—No sé nada de tu inexperta juventud, hermano, pero está clarísimo que te ha fallado la vista —convino Reynolds. Se encontraba situado detrás y ligeramente a la izquierda de Cutberto, y en ese momento adelantó ligeramente su revólver hasta que el chico sintió el cañón en la nuca. Reynolds acarició el gatillo. En medio del charco de silencio que se había producido en el Descanso de los Viajeros, el sonido se oyó con toda claridad—. Y ahora deja este trasto.

—Con todos mis respetos, mi buen señor, creo que me tengo que negar a hacerlo.

—¿Cómo?

—Verá, estoy apuntando con mi fiel tirachinas contra la cabeza de su gentil amigo... —empezó a decir Cutberto, pero, cuando Depape se agitó con inquietud contra la barra, la voz de Cutberto restalló como un látigo cuyo sonido no tuvo nada de inexperto—. ¡Quieto! ¡Como se mueva es hombre muerto!

Depape se quedó petrificado, sosteniéndose la ensangrentada mano contra su camisa pegajosa de resina de pino. Por primera vez parecía asustado, y por primera vez aquella noche, en realidad por primera vez desde que se juntara con Jonas, Reynolds sintió que el dominio de una situación estaba a punto de escapársele de las

manos... por más que no acertara a comprender que fuera posible tal cosa. ¿Cómo era posible, tras haber conseguido burlar a aquel pedante jovenzuelo y haberle inmovilizado? Aquello ya hubiera tenido que terminar.

Cutberto bajó la voz a su inicial tono de conversación en modo alguno humorístico y dijo:

—Si me pega un disparo, la bala sale volando y su amigo también muere.

—No lo creo —replicó Reynolds, pero no le gustó el tono de su voz. Le pareció dubitativo—. Nadie puede efectuar un disparo de esta clase.

—¿Por qué no dejamos que lo decida su amigo? —Cutberto levantó alegremente la voz—. ¡Oiga usted, señor Cuatro Ojos! ¿Le gustaría que su amigo me pegara un tiro?

—¡No! —Depape soltó un estridente grito rayano en el pánico—. ¡No, Clay! ¡No dispares!

—Estamos en situación de tablas —dijo Reynolds, perplejo.

De pronto, su perplejidad se trocó en terror al sentir la hoja de un cuchillo de grandes proporciones acariciándole la garganta justo por encima de la delicada piel de la nuez.

—No, no lo estamos —dijo suavemente Alain—. Suelte el revólver, amigo, si no quiere que le corte la garganta.

4

Al otro lado de la puerta de vaivén, tras haber llegado por una venturosa casualidad justo a tiempo para presenciar aquel vergonzoso espectáculo, Jonas se lo quedó mirando con una mezcla de asombro, desprecio y algo muy cercano al horror. Primero uno de los mocosos de la Afiliación pone en un brete a Depape y, cuando Reynolds parece que lo tiene dominado, el muchachote de la cara redonda y los hombros de vaquero le coloca a Reynolds un cuchillo en la garganta. Ninguno de los dos mocosos rebasa ni en un día tan siquiera los quince años, y ninguno va armado. Maravilloso. Le hubiera parecido mucho mejor y más divertido que un circo ambulante de no haber sido por los problemas que se plantearían después como no se arreglaran debidamente las cosas. ¿Qué clase de trabajo podrían llevar a cabo en Hambria si se corriera la voz de que los cocos tenían miedo de los niños en lugar de que ocurriera lo contrario?

«Puede que aún haya tiempo para acabar con todo eso antes de que se produzca

alguna muerte. Si tú quieres. ¿Quieres?»

Jonas llegó a la conclusión de que sí, de que podrían alzarse con el triunfo si supieran jugar bien las cartas. También llegó a la conclusión de que los mocosos de la Afiliación no abandonarían vivos la Baronía de Mejis a menos que tuvieran muchísima suerte.

«¿Dónde está el otro? ¿Dearborn?»

Buena pregunta. Una pregunta muy importante. La vergüenza se convertiría en humillación absoluta en caso de que a él le tomaran el pelo, tal como se lo habían tomado a Roy y Clay.

Dearborn no estaba en la barra, eso seguro. Jonas giró sobre sus talones y echó un vistazo a la Calle Mayor Sur en ambas direcciones. Bajo aquella Luna Besadora que había sido llena hacía apenas dos días, todo estaba casi tan claro como a la luz del día. No había nadie ni en la calle, ni al fondo donde estaba el almacén mercantil de Hambria. El mercantil tenía un porche, en el que no había más que unos tótems labrados que reproducían los Guardianes del Haz: el Oso, la Tortuga, el Pez, el Águila, el León, el Murciélago y el Lobo. Siete de los doce que había, tan relucientes como el mármol bajo la luz de la luna, sin duda los preferidos de los chiquillos. Pero allí no había hombres. Bueno. Estupendo.

Jonas aguzó la vista para mirar hacia el estrecho callejón situado entre el mercantil y la carnicería, vio una sombra detrás de un montón de cajas desechadas, se puso en tensión y se relajó al ver los relucientes ojos verdes de un gato. Asintió con la cabeza y volvió a centrar su atención en el asunto que tenía entre manos, empujando la hoja izquierda de la puerta de vaivén y entrando en el Descanso de los Viajeros. Alain oyó el chirrido de una bisagra, pero el revólver de Jonas se plantó en su sien antes de que él pudiera empezar a volverse tan siquiera.

—Mira, hijito, a menos que seas un barbero, será mejor que sueltes este venablo de caza de jabalís. No te lo volveré a repetir.

—No —dijo Alain.

Jonas, que no esperaba otra cosa que obediencia y no estaba preparado para nada más, se quedó pasmado.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído —dijo Alain—. He dicho que no.

Tras haber hecho los correspondientes cumplidos y haberse retirado de la Costa, Rolando había dejado que sus amigos se fueran a divertir por su cuenta; suponía que acabarían en el Descanso de los Viajeros, pero no se quedarían mucho rato ni se meterían en demasiados líos cuando no tuvieran dinero para las partidas de cartas o no pudieran beber nada más excitante que un poco de té helado. Se había dirigido a la ciudad cabalgando en otra dirección, había dejado atado su caballo en uno de los postes públicos en la plaza de más abajo de las dos que había en la ciudad (Rusher había soltado un breve relincho de perplejidad ante aquel trato, pero nada más) y desde entonces había estado paseando por las desiertas y dormidas calles, con el sombrero encasquetado sobre los ojos y las manos en la espalda, entrelazadas en un doloroso nudo.

Tenía la mente llena de preguntas. Las cosas de allí estaban mal, pero que muy mal. Al principio había pensado que eran sólo figuraciones suyas, que la parte infantil de su personalidad estaba buscando dificultades imaginarias e intrigas de cuentos de hadas porque lo habían apartado de la auténtica acción. Pero tras su conversación con «Rennie» Renfrew, sabía que no era así. Había preguntas y misterios absolutos, pero lo más terrible de todo era que él no podía concentrarse en ellos y tanto menos hacer algún progreso que le permitiera desentrañarlos. Cada vez que lo intentaba, se interponía el rostro de Susan Delgado... su rostro o el movimiento de su cabello, e incluso la graciosa e intrépida manera en que sus pies calzados de seda habían seguido el ritmo de sus botas durante el baile sin el menor asomo de duda ni vacilación. Una y otra vez oía lo último que él le había dicho, hablando con aquel ampuloso y mojigato tono de predicador infantil. Hubiera dado cualquier cosa por retirar aquel tono y aquellas palabras. Cuando llegara el tiempo de la Siega, ella descansaría sobre la almohada de Thorin y concebiría un hijo suyo antes de que cayeran las primeras nieves, quizás un heredero varón, ¿y qué? Los hombres ricos, los famosos y los aristócratas habían tenido queridas desde que el mundo era mundo; el propio Arturo Eld había tenido más de cuarenta según los relatos. Por consiguiente, ¿qué le importaba a él?

«Creo que me he enamorado de ella. Por eso me importa.»

Una idea que lo consternaba, pero que no podía pasar por alto; conocía demasiado bien el paisaje de su corazón. La amaba, era muy probable que así fuera, pero una parte de sí mismo también la odiaba y se aferraba a la inquietante idea que se le había ocurrido durante la cena: si hubiera ido armado, le hubiera pegado un tiro a

Susan Delgado en el corazón. Parte de ello se debía a los celos, pero no todo; a lo mejor ni siquiera la parte más grande. Había establecido una indefinible pero poderosa relación entre Olive Thorin -su triste y dócil sonrisita al fondo de la mesa- y su propia madre. ¿Acaso no había visto en los ojos de su madre una expresión de tristeza y dolor muy parecida el día en que él la había sorprendido con el asesor de su padre? ¿Marten con el cuello de la camisa desabrochado y Gabrielle Deschain vestida con una túnica que le había resbalado de un hombro en una estancia que apestaba a lo que ambos habían estado haciendo en aquella calurosa mañana?

Su mente, a pesar de lo endurecida que ya estaba se llenó de terror al recordar aquella imagen, por lo que regresó a la de Susan Delgado... a sus ojos grises y a su sedoso cabello. La veía riéndose, con la barbilla levantada y las manos sobre el zafiro que Thorin le había dado.

Rolando pensaba que podía perdonarle el hecho de que fuera una querida. Lo que no le podía perdonar, a pesar de la fuerte atracción que sentía por ella, era aquella horrible sonrisa del rostro de Olive Thorin mientras la contemplaba sentada en el que hubiera tenido que ser su sitio. Sentada en su sitio y riéndose.

Éstas eran las cosas que le pasaban por la cabeza mientras recorría varios kilómetros bajo la luz de la luna. No tenía por qué pensar en todo aquello, Susan Delgado no era la razón de su presencia allí ni tampoco lo era aquel ridículo Alcalde al que le crujían los nudillos ni su pobre y rústica esposa... y sin embargo no se los podía quitar de la cabeza y dedicarse a lo suyo. Había olvidado el rostro de su padre y paseaba bajo la luz de la luna en la esperanza de volverlo a encontrar. Así llegó a la dormida y plateada Calle Mayor caminando de norte a sur mientras pensaba vagamente que quizá podría reunirse con Cutberto y Alain para echar un trago y lanzar una o dos veces los dados por el Pasillo de Satanás antes de ir a recoger a Rusher y retirarse a descansar. Y así fue como acertó a ver a Jonas -la enjuta figura y el largo cabello blanco resultaban inconfundibles- en la parte exterior de la puerta de vaivén del Descanso de los Viajeros, mirando hacia el interior del local. Jonas tenía una mano en la culata de su revólver y el cuerpo contraído de tal forma que Rolando apartó inmediatamente a un lado cualquier otro pensamiento de su mente. Algo estaba ocurriendo, y si Berto y Alain estaban dentro, quizás este algo tuviera que ver con ellos. A fin de cuentas, eran los forasteros de la ciudad y cabía la posibilidad -e incluso la probabilidad- de que no todo el mundo en Hambria amara la Afiliación con el fervor que

les habían profesado durante la cena de aquella noche. O puede que fueran los amigos de Jonas los que estaban en dificultades. En cualquier caso, algo estaba ocurriendo.

Sin tener una idea muy clara del porqué lo estaba haciendo, Rolando subió sigilosamente los peldaños del porche del almacén mercantil, en el que había toda una hilera de figuras de animales labradas (y probablemente fuertemente aseguradas con clavos a las tablas de madera del suelo para que los borrachos del local del otro lado de la calle no se las pudieran llevar mientras entonaban las canciones de su infancia). Rolando se situó detrás de la última figura de la hilera -el Oso- y dobló las rodillas para que no se viera la parte superior de su sombrero. Vio que Jonas se volvía, miraba hacia el otro lado de la calle y después su mirada se concentraba en algo situado a su izquierda...

Un levísimo rumor: ¡Miau! ¡Miau!

«Es un gato. En el callejón.»

Jonas miró un poco más y después entró en el Descanso. Rolando salió de detrás del Oso, bajó los peldaños y echó a andar por la calle. No tenía el don del tacto de Alain, pero a veces tenía unas intuiciones muy fuertes. Y la de ahora le estaba diciendo que tenía que darse prisa.

Arriba, la Luna Besadora se ocultó detrás de una nube.

6

Pettie la Trotona aún estaba encaramada en el taburete, pero ya se le había pasado la borrachera y en lo que menos pensaba era en cantar. Apenas podía creer lo que estaba viendo: Jonas tenía atrapado a un chico que tenía atrapado a Reynolds que tenía atrapado a otro chico (este último llevaba el cráneo de un pájaro colgado de una cadena alrededor del cuello) que tenía atrapado a Roy Depape, y que de hecho había derramado un poco de sangre de Roy Depape. Y cuando Jonas le dijo al chicarrón que soltara el cuchillo que tenía colocado en la garganta de Reynolds, el chicarrón se había negado a hacerlo.

«Ya me podéis apagar las luces y enviarme al claro del final del camino -pensó Pettie-, pues ahora ya lo he visto todo, vaya si lo he visto.» Pensaba que hubiera tenido que bajar del taburete -era probable que hubiera un tiroteo de un momento a otro —y probablemente muy grande-, pero a veces hay que correr algún riesgo. Porque ciertas cosas eran tan impresionantes que una no se las podía perder.

7

—Estamos en esta ciudad por unos asuntos de la Afiliación —dijo Alain. Tenía una mano hundida en el sudoroso cabello de Reynolds; la otra ejercía una constante presión sobre el cuchillo apoyado en la garganta de Reynolds, aunque no la suficiente como para rajarle la piel—. Si usted nos hace daño, la Afiliación tomará nota. Y nuestros padres también. Los perseguirán como perros, y cuando los atrapen los colgarán boca abajo.

—Hijito, no hay ninguna patrulla de la Afiliación en doscientas o probablemente trescientas ruedas a la redonda —dijo Jonas— y me importaría una mierda que hubiera una al otro lado de aquella colina. Y vuestros padres también me importan una mierda. Suelta este cuchillo o te vuelo la tapa de los sesos.

—No.

—Las futuras consecuencias de esta acción podrían ser maravillosas —dijo alegremente Cutberto a pesar de que, por debajo de sus parloteos, estaba hecho un manojo de nervios. Puede que no se debieran al temor ni siquiera al nerviosismo, simples nervios. Y probablemente de los buenos, pensó amargamente Jonas. Había subestimado el temple de aquellos chicos; si algo estaba claro, era eso—. Usted dispara contra Richard y Richard le corta la garganta al señor Capa mientras el señor Capa dispara contra mí; mis pobres dedos moribundos sueltan el elástico del tirachinas y colocan una bala de acero en lo que figura que es el cerebro del señor Cuatro Ojos. Si usted se retira, supongo que por lo menos será un consuelo para sus amigos muertos.

—Vamos a dejarlo en un empate —le dijo Alain al hombre que le había colocado un revólver en la sien—. Todos lo dejamos y nos vamos.

—No, hijito —dijo Jonas. Hablaba en tono paciente y no creía que se le notara la furia, pero ésta era cada vez más intensa. ¡Dioses, tener que aguantar un desafío como aquél, aunque sólo fuera con carácter provisional!—. Nadie se comporta de esta manera con los Grandes Cazadores de Ataúdes. Ésta es vuestra última oportunidad de...

Algo duro, frío y muy apropiado empujó la espalda de la camisa de Jonas, justo entre las paletillas. Inmediatamente supo lo que era y quién lo empuñaba, comprendió que había perdido la partida, pero no acertaba a comprender cómo era posible que se

hubiera producido aquella ridícula y exasperante cadena de acontecimientos.

—Enfunde el revólver —dijo la voz situada detrás de la afilada punta metálica. Era una voz en cierto modo vacía... no sólo serena sino exenta de emoción—. Hágalo ahora mismo o se lo hundo en el corazón. Se acabaron las palabras. Ya se ha dicho todo lo que se tenía que decir. O lo hace o muere.

Jonas oyó dos cosas en aquella voz: juventud y verdad. Enfundó el revólver.

—Y usted, el del cabello negro. Aparte el revólver de la oreja de mi amigo y guárdeselo en la funda. Ahora mismo.

Clay Reynolds no necesitó que le repitieran la invitación y lanzó un prolongado y trémulo suspiro cuando Alain apartó el cuchillo de su garganta y retrocedió. Cutberto no miró a su alrededor, se limitó a mantener el elástico del tirachinas tensado y el codo doblado.

—Usted, el de la barra—dijo Rolando—. Enfunde el arma.

Depape así lo hizo, y su rostro se contrajo en una mueca de dolor cuando se rozó el dedo herido con el cinto del revólver. Sólo cuando lo tuvo guardado en su funda Cutberto aflojó el elástico del tirachinas y dejó que la bala le cayera en la palma de la mano.

La causa de todo el jaleo quedó olvidada en cuanto cesaron los efectos. Sheemie se levantó y cruzó a toda prisa el local. Tenía las mejillas mojadas de lágrimas. Tomó una mano de Cutberto, la besó varias veces (haciendo unos ruidosos chasquidos que hubieran resultado cómicos en otras circunstancias) y se la acercó a la mejilla un momento. Después pasó por delante de Reynolds, empujó la hoja de la derecha de la puerta de vaivén y cayó directamente en los brazos de un adormilado Sheriff todavía medio borracho. Sheb había ido a buscar a Avery a la cárcel, donde el Sheriff de la Baronía estaba durmiendo la mona de la cena de gala del Alcalde en una de las celdas.

8

—Menudo jaleo, ¿verdad?

Hablaba Avery. Nadie le contestó. No esperaba que lo hicieran, a poco listos que fueran.

La zona del despacho de la cárcel era demasiado pequeña como para acoger cómodamente a tres hombres, tres robustos no-del-todo hombres y un Sheriff extragrueso, por lo que Avery los acompañó a la cercana Sala de Reuniones Municipal, donde se oía el suave zureo de las palomas del tejado y el regular tic-tac-tic-tac del

reloj de pared situado detrás de la tribuna.

Aunque la estancia era muy sencilla, la elección había sido muy acertada. Allí se habían reunido durante cientos de años los ciudadanos y los terratenientes de la Baronía para tomar decisiones, aprobar leyes y, de vez en cuando, enviar al oeste a alguna persona especialmente molesta. Se respiraba una sensación de seriedad en aquella oscuridad iluminada por la luna, y a Rolando le pareció que hasta el viejo Jonas la percibió un poco. De lo que no cabía duda era de que infundía al Sheriff Herk Avery una autoridad que de otro modo no hubiera podido proyectar. La estancia estaba llena de lo que en aquel lugar y momento se llamaban «bancos pelados», unos bancos de roble sin cojines para las posaderas ni para la espalda. Había sesenta en total, treinta a cada lado con un ancho pasillo en medio. Jonas, Depape y Reynolds se sentaron en el primer banco a la izquierda del pasillo. Rolando, Cutberto y Alain lo hicieron en el primero de la derecha. Reynolds y Depape parecían enfurruñados y avergonzados; Rolando parecía distante y circunspecto. La pequeña tripulación de Will Dearborn se mostraba tranquila. Rolando le había dirigido a Cutberto una mirada confiando en que éste la pudiera comprender: «Como se te ocurra hacer un comentario gracioso, te arranco la lengua de cuajo.» Pensaba que el mensaje había sido recibido. Berto se había guardado el estúpido «centinela» en alguna parte, lo cual era una buena señal.

—Menudo jaleo —repitió Avery, arrojándoles una vaharada de alcohol en un profundo suspiro. Estaba sentado en el borde de la plataforma, con las piernas colgando, y los miraba con una especie de enojado asombro.

Se abrió la puerta lateral y entró el agente Dave sin la chaqueta blanca de servicio y con el monóculo guardado en el bolsillo de su habitual camisa caqui. En una mano sostenía una copa y en la otra un trozo de papel doblado con algo que a Rolando le pareció un trozo de corteza de abedul.

—¿Has hervido la primera mitad, David? —preguntó Avery.

En ese momento su expresión era más propia de alguien de cuya amabilidad se está abusando.

—¿La has hervido dos veces?

—Sí, dos veces.

—Ésas eran las instrucciones.

—Sí —repitió Dave en tono resignado.

Le entregó a Avery la jarra y echó el resto de la corteza de abedul contenida en el papel cuando el Sheriff levantó la copa para que lo hiciera. Avery agitó el contenido de

la copa, contempló el líquido con expresión insegura y se lo bebió haciendo una mueca.

—¡Qué malo es eso! —exclamó—. ¿Puede haber algo más desagradable?

—¿Qué es? —preguntó Jonas.

—Unos polvos para el dolor de cabeza. Unos polvos para la resaca, podríamos decir. De la vieja bruja. La que vive en Cos. ¿Sabe dónde quiero decir?

Avery miró intencionadamente a Jonas. Aunque el viejo pistolero fingió no darse cuenta, Rolando pensó que sí se había dado. ¿Qué significaba aquello? Otro misterio.

Depape levantó los ojos al oír la palabra Cos y después se siguió chupando el dedo herido. Al otro lado de Depape, Reynolds estaba arrebujado en su capa, mirándose las rodillas con la cara muy seria.

—¿Da resultado? —preguntó Rolando.

—Pues sí, muchacho, pero hay que pagar un precio a cambio de la medicina de la bruja. Recuérdelo: siempre hay que pagar. Le quita a uno el dolor de cabeza cuando ha bebido demasiada cantidad del maldito ponche del Alcalde Thorin, pero te retuerce las tripas que no veas. ¡Y los pedos...! —Agitó una mano por delante de su rostro para ilustrar sus palabras, tomó otro sorbo de la copa y la posó. Después recuperó su seriedad inicial, pero la atmósfera de la sala se había despejado un poco y todos lo notaron—. ¿Y ahora, chicos, qué vamos a hacer con este asunto?

Herk Avery los recorrió lentamente a todos con la mirada, desde Reynolds a su extrema derecha hasta Alain -«Richard Stockworth»- a su extrema izquierda.

—Por un lado tenemos a los hombres del Alcalde y por otro a los ... hombres.... de la Afiliación, seis sujetos a punto de matarse, ¿y por qué? Por un medio bobo y un cubo derramado de agua sucia. —Señaló primero a los Grandes Cazadores de Ataúdes y después a los contadores de la Afiliación—. Dos barriles de pólvora y un sheriff gordinflón en medio. ¿Qué piensan ustedes? Digan algo, no sean tímidos. ¡Si no eran tímidos en la casa de putas de Coral de unas puertas más abajo, no lo sean aquí!

Nadie dijo nada. Avery tomó otro sorbo de su desagradable bebida, posó la copa y los miró con más determinación. Lo que dijo a continuación no sorprendió demasiado a Rolando; era exactamente lo que cabía esperar de un hombre como Avery, incluso con el tono de voz con el que dio a entender que se consideraba un hombre capaz de tomar duras decisiones cuando tenía que hacerlo, por los dioses.

—Yo les diré lo que vamos a hacer: Vamos a olvidarlo.

Ahora asumió el aire de alguien que espera un clamor y está preparado para

hacerle frente.

Al ver que nadie hablaba ni siquiera restregaba un pie por el suelo, pareció desconcertarse, pues tenía un trabajo que hacer y la noche ya se estaba haciendo vieja. Echó los hombros hacia atrás y siguió adelante.

—No me pasaré los próximos tres o cuatro meses esperando a ver quién de entre ustedes ha matado a quién. ¡Ni hablar! Y tampoco me colocaré en una situación en la que pueda recibir un castigo por culpa de su estúpida pelea por este pobre imbécil de Sheemie.

»Apelo a su sentido práctico si les digo que yo puedo ser su amigo o su enemigo durante su estancia aquí... pero cometería un error si no apelara también a sus más nobles naturalezas, que yo estoy seguro de que son muy grandes y sensibles.

El Sheriff intentó entonces utilizar un tono exaltado, que a juicio de Rolando no resultó demasiado eficaz. Avery se dirigió a Jonas.

—Señor, no puedo creer que quieran ustedes causar problemas por tres jóvenes de la Afiliación, la Afiliación que ha sido como la leche materna y la protectora mano paterna desde hace por lo menos cincuenta generaciones; no querrán ser ustedes tan irrespetuosos como para eso, ¿verdad?

Jonas sacudió la cabeza y esbozó su leve sonrisa de siempre. Avery volvió a asentir con la cabeza. Aquel asentimiento quería decir que las cosas iban muy bien.

—Todos tienen sus tareas y ocupaciones y ninguno de ustedes querrá que algo así entorpezca su labor, ¿no es cierto? Esta vez todos sacudieron la cabeza.

—Ahora quiero que se levanten, que se miren a la cara, que se estrechen la mano y que se pidan mutuamente perdón. Si no lo hacen, por mí ya pueden irse todos al oeste al amanecer.

Tomó la copa y esta vez bebió un trago más grande. Rolando observó que le temblaba un poco la mano y no le extrañó. Todo era pura fachada. El Sheriff debía de haber comprendido que Jonas, Reynolds y Depape no estaban bajo su autoridad en cuanto vio los pequeños ataúdes azules tatuados en sus manos; y después de aquella noche, debía de pensar lo mismo respecto a Dearborn, Stockworth y Heath. Sólo podía abrigar la esperanza de que comprendieran lo que tenían que hacer por su propio bien. Rolando lo comprendía. Y al parecer Jonas también, pues cuando Rolando se levantó, Jonas hizo lo propio.

Avery se echó un poco hacia atrás, como si temiera que Jonas extrajera el revólver y Rolando se sacara el cuchillo de la cintura, el que sostenía contra la espalda

de Jonas cuando él había entrado jadeando en el local.

Pero nadie sacó revólveres ni cuchillos. Jonas se volvió hacia Rolando y le tendió la mano.

—Tiene razón, muchacho —dijo Jonas con una chirriante y trémula voz.

—Sí.

—¿Quiere estrechar la mano de un viejo y comprometerse a empezar de nuevo?

—Sí.

Rolando tendió su mano. Jonas la tomó.

—Le pido perdón.

—Y yo se lo pido a usted, señor Jonas.

Rolando se dio unas palmadas en la garganta con la mano izquierda, tal como era costumbre hacer cuando uno se dirigía a alguien de más edad.

Mientras ambos se sentaban, Alain y Reynolds se levantaron con tanta precisión como unos hombres que hubieran ensayado previamente una ceremonia. Finalmente se levantaron Cutberto y Depape. Rolando estaba completamente seguro de que las payasadas de Cutberto saltarían como un muñeco de resorte... el muy insensato no podría evitarlo aunque se hubiera dado cuenta de que Depape no estaba para bromas aquella noche.

—Le pido perdón —dijo Berto con una admirable seriedad en la voz.

—Y yo se lo pido a usted —musitó Depape, tendiéndole la ensangrentada mano.

Rolando tuvo una visión de pesadilla de Berto estrechándola con todas sus fuerzas y obligando al pelirrojo a gritar como una lechuza sobre una estufa encendida, pero el apretón de manos de Berto fue tan comedido como su voz.

Avery, sentado en el borde de la plataforma, con las rechonchas piernas colgando, lo contemplaba todo con la satisfacción propia de un benévolo tío. Hasta el agente Dave estaba sonriendo.

—Ahora les propongo que me estrechen la mano a mí y después se vayan cada cual por su camino, pues ya es muy tarde y las personas como yo necesitan dormir para estar guapas.

Soltó una risita y se volvió a sentir incómodo al ver que nadie lo secundaba. Bajó de la plataforma y empezó a estrechar manos con el entusiasmo propio de un clérigo que finalmente ha conseguido casar a una recalcitrante pareja tras un largo y tormentoso noviazgo.

9

Cuando salieron a la calle, la luna ya se había ocultado y se veían las primeras luces del alba al fondo del Mar Limpio.

—Puede que nos volvamos a ver, señor —dijo Jonas.

—Puede que sí —contestó Rolando, montando en su caballo.

10

Los Grandes Cazadores de Ataúdes se alojaban en la casa del vigilante a poco más de un kilómetro al sur de la Costa... y a unos ocho kilómetros de la ciudad.

A medio camino de allí, Jonas se detuvo al llegar a un recodo del sendero. Allí se iniciaba una empinada y pedregosa ladera que descendía hacia el resplandeciente mar.

—Baje usted, señor —dijo.

Estaba mirando a Depape.

—Jonas... Jonas, yo...

—Baje.

Mordiéndose nerviosamente el labio, Depape desmontó.

—Quítese las gafas.

—¿Qué es eso, Jonas? Yo no...

—Si lo que quiere es que se rompan, déjeselas puestas. A mí me da lo mismo.

Depape se quitó las gafas de montura dorada mientras se mordía el labio todavía con más fuerza. Acababa de quitárselas y las sostenía en la mano cuando Jonas le arreó un tortazo en la cara.

Depape lanzó un grito y patinó hacia la pendiente. Jonas se adelantó, moviéndose con la misma rapidez con que lo había pegado, y lo agarró por la camisa justo antes de que cayera rodando por el borde. Después enrolló la mano en el tejido de su camisa y atrajo a Depape hacia sí. Respiró hondo e inhaló el fuerte olor de la resina de pino y el sudor de Depape.

—Te tendría que arrojar por el precipicio —le dijo en un entrecortado jadeo—. ¿Sabes el daño que has hecho?

—Yo... Jonas, no quería... ha sido sólo para divertirme un poco... cómo podíamos nosotros saber que ellos...

Lentamente la mano de Jonas aflojó la presa. Las últimas palabras habían surtido

efecto. «Cómo podíamos nosotros saber» era una frase gramaticalmente incorrecta, pero se ajustaba a la verdad. De no haber sido por lo de aquella noche, tal vez jamás lo hubieran sabido. En este sentido, Depape les había hecho un favor. El demonio conocido era siempre preferible al demonio por conocer. De todos modos, se correría la voz y la gente se mondaría de risa. Pero puede que hasta eso estuviera bien. A su debido tiempo, la gente dejaría de reírse.

—Jonas, te pido perdón.

—¡Cállate! —gritó Jonas. El sol no tardaría en asomar por el horizonte, hacia el este, arrojando los primeros rayos de un nuevo día sobre este mundo de fatigas y dolores—. No te voy a arrojar por el precipicio porque entonces también tendría que arrojar a Clay y arrojarme yo mismo. Nosotros estamos a sus órdenes lo mismo que tú, ¿comprendes?

Depape hubiera querido decir que sí, pero le pareció peligroso hacerlo y prefirió guardar un prudente silencio.

—Ven aquí, Clay.

Clay desmontó.

—Y ahora, agáchate.

Los tres se pusieron en cuclillas sobre las suelas de las botas, con los talones levantados. Jonas arrancó un puñado de hierba y se lo colocó entre los labios.

—Nos dijeron que eran unos mocosos de la Afiliación y no teníamos ningún motivo para no creerlo —dijo—. A los chicos malos los envían a Mejis, Baronía del Mar Limpio, y les encomiendan una tarea ficticia que es dos partes de penitencia y tres de castigo. ¿No es eso lo que nos dijeron?

Ellos asintieron con la cabeza.

—¿Alguno de vosotros lo cree después de lo de esta noche?

Depape sacudió la cabeza. Y lo mismo hizo Clay.

—Es posible que sean unos chicos ricos, pero son algo más que eso —dijo Depape—. Su manera de comportarse de esta noche... Se comportaban como...

Su voz se perdió sin terminar la frase. Todo era demasiado absurdo.

Jonas se mostraba bien dispuesto.

—Se comportaban como pistoleros.

Ni Depape ni Reynolds contestaron al principio.

—Son demasiado jóvenes, Eldred —dijo Reynolds por fin—. Les faltan años para eso.

—No demasiado jóvenes para ser aprendices tal vez. En cualquier caso, ya lo averiguaremos. —Jonas se volvió hacia Depape—. Tendrás que cabalgar un poquito, muchacho.

—¡Vamos, Jonas...!

—No es que ninguno de nosotros se haya cubierto exactamente de gloria, pero tú has sido el insensato que ha empezado a armar el jaleo. —Jonas miró a Depape, pero éste se limitó a dirigir los ojos al suelo—. Les seguirás la pista, Roy, y harás preguntas hasta que obtengas las respuestas que a tu juicio puedan satisfacer mi curiosidad. Clay y yo nos limitaremos a esperar. Y a observar. Juega a los Castillos con ellos, si quieres. Cuando yo considere que ha transcurrido el tiempo suficiente como para que podamos fisgonear un poco sin que nos peguen un tiro, puede que lo hagamos.

Jonas mordisqueó la hierba que sujetaba entre los labios. El trozo más grande cayó al suelo entre sus botas.

—¿Sabéis por qué le estreché la mano, la maldita mano del muchacho Dearborn? Porque no podemos romper la calma, muchachos. No podemos provocar peligrosos movimientos en el barco justo cuando éste se está acercando al puerto. Ahora Latigo y la gente que hemos estado esperando no tardarán en venir. Hasta que lleguen, nos conviene mantener la paz. Pero os voy a decir una cosa. Nadie que le haya puesto un cuchillo a la espalda a Eldred Jonas puede vivir. Y ahora escúchame, Roy. No me hagas repetir nada de todo eso dos veces.

Jonas empezó a hablar, inclinándose sobre las rodillas hacia Depape. Al cabo de un rato, Depape asintió con la cabeza. Puede que le gustara efectuar un viajecito. Después de la reciente comedia en el Descanso de los Viajeros, un cambio de aires no le vendría mal.

11

Los chicos ya casi habían llegado a la Franja K y el sol estaba asomando por el horizonte cuando Cutberto rompió el silencio.

—¡Bueno! Ha sido una velada muy divertida e instructiva, ¿verdad? —Al ver que ni Rolando ni Alain contestaban, se inclinó sobre el cráneo del cuervo, que ya había vuelto a colocar en su lugar habitual en el arzón de la silla de montar—. ¿Tú qué dices, viejo amigo? ¿Nos lo hemos pasado bien? ¿Hemos disfrutado de la velada? Una cena, un baile de corros y por poco nos matan como colofón. ¿Te lo has pasado bien?

El centinela se limitó a mirar más allá del caballo de Cutberto con sus grandes

ojos oscuros.

—Dice que está demasiado cansado para hablar —dijo Cutberto, bostezando—. Y la verdad es que yo también. —Miró a Rolando—. He echado un buen vistazo a los ojos del señor Jonas cuando te ha estrechado la mano, Will. Tiene intención de matarte.

Rolando asintió con la cabeza.

—Tienen intención de matarnos a todos —dijo Alain. Rolando volvió a asentir con la cabeza.

—Se lo pondremos difícil, pero ahora ya saben más sobre nosotros de lo que sabían en la cena. No volveremos a quedarnos rezagados de esta manera.

Se detuvo, como había hecho Jonas a menos de cinco kilómetros del lugar donde ellos se encontraban ahora. Sólo que en lugar de mirar directamente hacia el Mar Limpio, Rolando y sus amigos estaban mirando hacia el fondo de la larga ladera de la Pendiente. Una manada de caballos se estaba desplazando de oeste a este, apenas unas sombras bajo las primeras luces del alba.

—¿Qué ves, Rolando? —preguntó Alain casi con timidez.

—Contratiempos —contestó Rolando—, y en nuestro camino.

Espoleó su montura y reanudó la marcha. Antes de llegar a su barracón de la Franja K, ya estaba pensando de nuevo en Susan. Cinco minutos después de haber apoyado la cabeza en su plana almohada de arpillera, empezó a soñar con ella.

CAPÍTULO VII

EN LA PENDIENTE

1

Habían transcurrido tres semanas desde la cena de bienvenida en la Casa del Alcalde y el incidente en el Descanso de los Viajeros. No habían surgido más dificultades entre el ka-tet de Rolando y el de Jonas. La Luna Besadora había menguado y la Luna del Buhonero había hecho su primera y tímida aparición en el cielo nocturno. Los días eran claros y templados, y hasta los más veteranos reconocían que era uno de los veranos más hermosos que se recordaban.

Una media mañana tan bella como cualquier otra de aquel verano, Susan Delgado galopaba al norte de la Pendiente a lomos de un rosillo de dos años llamado Pylon. El viento le secaba las lágrimas de las mejillas y le hacía volar el cabello suelto a su espalda. La joven instó a Pylon a galopar todavía más rápido, dándole unos golpecitos en los costados con sus botas sin espuelas. Inmediatamente Pylon galopó un poco más rápido, echando las orejas hacia atrás. Susan, causante de todos los problemas, vestida con unos vaqueros y con la holgada camisa caqui (una de las de su padre) se inclinó sobre la silla de montar de adiestramiento, sujetando el arzón con una mano mientras con la otra acariciaba el fuerte y sedoso cuello del caballo.

—¡Más! —le dijo en un susurro—. ¡Más y más rápido! ¡Vamos, muchacho!

Pylon galopó más rápido aún. Ella sabía que podía forzar la marcha todavía más y que su resistencia era más grande de lo que ella sospechaba.

Estaban cabalgando velozmente por la cresta más alta de la Pendiente y Susan apenas prestaba atención a la soberbia ladera toda verde y dorada que tenía a sus pies, ni a la forma en que ésta se confundía con la azulada bruma del Mar Limpio. En cualquier otro día, la contemplación del panorama y la fresca brisa salada le hubieran alegrado el corazón. Aquel día sólo quería oír el continuo y sordo retumbo de los cascos de Pylon y sentir la contracción de sus músculos debajo de su cuerpo; aquel día sólo quería correr más que sus propios pensamientos.

Y todo porque aquella mañana había bajado vestida para salir a dar un paseo a caballo con una de las viejas camisas de su padre.

2

Tía Cord se encontraba junto a la estufa, envuelta en su bata de estar por casa y

con el cabello todavía recogido en la redecilla. Se llenó un cuenco de gachas de avena y lo llevó a la mesa. Susan se dio cuenta de que las cosas no iban bien en cuanto su tía se volvió hacia ella con el cuenco en la mano; vio el enojado temblor de sus labios y la mirada de reproche que dirigió a la naranja que estaba pelando. Su tía aún estaba furiosa por la plata y el oro que ya esperaba tener en la mano para entonces, unas monedas que todavía no podría cobrar por culpa de la caprichosa decisión de la bruja de que Susan conservara su virginidad hasta el otoño.

Pero eso no era lo más importante, y Susan lo sabía. Lo que ocurría era que las dos se habían hartado la una de la otra. El dinero era sólo una de las frustradas expectativas de tía Cord; aquel verano ésta contaba con tener a su disposición la casa del borde de la Pendiente para ella sola... salvo tal vez alguna que otra visita del señor Eldred Jonas, con quien parecía simpatizar bastante. En su lugar, allí estaban todavía, una delgada mujer de finos labios apretados, rostro enfurruñado, menudos pechos de manzana bajo unos vestidos de cuello alto adornados con gargantillas (El Cuello, le decía con frecuencia a Susan, era lo Primero que se Estropeaba), y un cabello que estaba perdiendo su antiguo brillo castaño y en el que ya se advertían algunas hebras grises; y otra mujer joven, inteligente, ágil, a punto de alcanzar la cima de su belleza física. Chirriaban la una contra la otra y cada palabra parecía provocar una chispa, lo cual no era en modo alguno de extrañar. El hombre que las había amado a las dos lo bastante como para que ellas se amaran entre sí había desaparecido.

—¿Vas a salir con aquel caballo? —preguntó tía Cord, posando el cuenco y sentándose bajo un haz de los primeros rayos del sol. Era un mal sitio en el que ella jamás hubiera permitido que la vieran si el señor Jonas hubiera estado presente. La intensa luz hacía que su rostro pareciera una labrada máscara. En una de las comisuras de la boca le había salido un herpe labial, como le ocurría siempre que no dormía bien.

—Sí —contestó Susan.

—Tendrías que comer un poco más. Con eso no aguantas hasta las nueve.

—Aguantaré perfectamente bien —contestó Susan, comiéndose con más rapidez los gajos de naranja.

Ya estaba viendo adónde iría a parar todo aquello, estaba viendo la mirada de desagrado y reproche de los ojos de su tía y quería levantarse de la mesa antes de que empezara la discusión.

—¿Por qué no dejas que te ponga un plato de esto? —preguntó tía Cord,

metiendo la cuchara de Susan en su cuenco de gachas. A Susan le sonó como un casco de caballo hundiéndose en el barro (o en la mierda) y se le revolvió el estómago—. Así aguantarás hasta la hora del almuerzo, si tienes previsto dar un paseo tan largo. Supongo que una señorita tan fina como tú no se puede tomar la molestia de cumplir las tareas...

—Ya están hechas.

«Y tú sabes que lo están -se abstuvo de añadir Susan-. Las hice mientras tú estabas sentada delante del espejo, hurgándote esa llaga de la boca.»

Tía Cord se echó un trozo de cremosa mantequilla en el cuenco -Susan no entendía cómo era posible que se pudiera mantener tan esbelta, francamente no lo entendía- y observó cómo la mantequilla empezaba a fundirse. Por un momento, pensó que a lo mejor el desayuno terminaría de una manera razonablemente civilizada.

Pero entonces empezó la cuestión de la camisa.

—Antes de que salgas, Susan, quiero que te quites este trapo que llevas puesto y te pongas una de las nuevas blusas de montar que Thorin te envió hace un par de semanas. Es lo menos que puedes hacer para manifestar tu...

Cualquier cosa que hubiera podido decir su tía a partir de aquel momento hubiera terminado en un estallido de furia, aunque Susan no la hubiera interrumpido. Se pasó una mano por la manga de la camisa y se complació en percibir su textura casi de terciopelo debido a las muchos lavados.

—¡Este trapo pertenecía a mi padre!

—Sí, a Pat —dijo tía Cord en tono despectivo—. Es demasiado grande para ti, está muy gastada, y en cualquier caso no es correcta. Cuando eras más joven, puede que fuera aceptable que llevaras una camisa de hombre, pero ahora que se te ha desarrollado el pecho...

Las blusas de montar estaban colgadas en unas perchas del rincón, pero Susan ni siquiera se había dignado subírselas a su dormitorio.

Eran tres, una roja, una verde y una azul, todas de seda, y seguramente costaban una pequeña fortuna. Le desagradaba su pretencioso aspecto, sus ridículos volantes, sus holgadas mangas destinadas a ondear artísticamente al viento, sus grandes y estúpidos cuellos... y, naturalmente, sus profundos escotes que probablemente serían lo único que vería Thorin si ella compareciera ante su presencia con una de aquellas blusas... cosa que no ocurriría a poco que ella pudiera evitarlo.

—El «pecho desarrollado», como tú lo llamas, no me interesa para nada, y no es

posible que le interese a nadie cuando salgo a pasear a caballo —dijo Susan.

—Puede que sí y puede que no. Si te viera uno de los caballerizos de la Baronía, el propio Rennie sale constantemente a cabalgar, como tú bien sabes, no vendría mal que le comentara a Hart que te ha visto con una de las «camisas» que él ha tenido la gentileza de regalarte. ¿No te parece? ¿Por qué tienes que ser tan obstinada? ¿Por qué pones siempre tantas dificultades y eres tan injusta?

—¿Y qué más te da a ti una cosa que otra? —replicó Susan—. Ya tienes el dinero, ¿no? Y aún tendrás más. Cuando él me haya follado.

Tía Cord, con el rostro pálido, escandalizado y enfurecido, se inclinó sobre la mesa y le propinó un bofetón.

—¿Cómo te atreves a utilizar esta palabra en mi casa, malhablada? ¿Cómo te atreves?

Al oír que ella la consideraba «su casa», Susan se echó a llorar.

—¡Era la casa de mi padre! ¡Suya y mía! Tú estabas sola y no tenías dónde ir como no fuera quizás a los Barracones, y él te acogió en su casa. ¡Te acogió en su casa, tía!

Susan aún tenía en la mano los dos últimos gajos de naranja. Se los arrojó a la cara a su tía y se levantó de la mesa con tal furia que se le tambaleó la silla y la hizo caer al suelo. La sombra de su tía se proyectó sobre ella. Susan se alejó rápidamente a gatas, con el cabello colgando como una cortina, la mejilla pulsando, los ojos ardiendo a causa de las lágrimas y la garganta irritada. Al final encontró los pies.

—Muchacha ingrata... —dijo su tía con una voz tan suave y llena de veneno que casi parecía una caricia—. Después de todo lo que he hecho por ti y todo lo que Hart Thorin ha hecho por ti... Pero si hasta el caballo con el que pretendes salir a pasear esta mañana fue un regalo de Hart por respeto a...

—¡PYLON ERA NUESTRO! —gritó Susan casi enloquecida de furia ante aquel deliberado falseamiento de la verdad—. ¡TODO! ¡TODO ERA NUESTRO! ¡LOS CABALLOS, LAS TIERRAS... TODO ERA NUESTRO!

—Baja la voz —dijo tía Cord.

Susan respiró hondo y procuró dominarse. Se apartó el cabello de la cara y dejó al descubierto la enrojecida huella de la mano de tía Cord en su mejilla. Cordelia hizo una pequeña mueca al verlo.

—Mi padre jamás hubiera permitido que ocurriera todo esto —dijo Susan—. Jamás hubiera permitido que yo pasara por la fulana de Hart Thorin. Cualquier cosa

que pensara de Hart como Alcalde ... o como su patrono... jamás lo hubiera permitido. Y tú lo sabes. Tú lo sabes muy bien.

Tía Cord puso los ojos en blanco e hizo girar un dedo en su sien como si Susan se hubiera vuelto loca.

—Tú misma estuviste de acuerdo, Señorita Tan joven y Bonita, vaya si lo estuviste. Y ahora, si tus caprichos de niña te inducen a lamentar lo que se ha hecho...

—Sí —convino Susan—. Acepté el trato, es cierto. Después de que tú me hubieras dado la lata día y noche, después de que me hicieras llorar...

—¡Yo jamás hice tal cosa! —gritó Cordelia, dolida.

—¿Tan pronto lo has olvidado, tía? Supongo que sí. Esta noche habrás olvidado el tortazo que me has dado a la hora del desayuno. Bueno, pues yo no lo he olvidado. Te pusiste a gritar y me dijiste que tenías miedo de que nos echaran de las tierras porque ya no teníamos derecho legal a ellas, que nos dejarían en la calle, te pusiste a llorar diciendo...

—¡Deja de decirme estas cosas! —gritó tía Cord. Nada le atacaba tanto los nervios como el hecho de que le echaran en cara sus acciones—. ¡No tienes derecho a decirme estas cosas y a venirme ahora con tus estúpidos balidos de oveja! ¡Vamos! ¡Largo de aquí!

Pero Susan siguió adelante. Su cólera se había desbordado y ya no podía contenerla.

—¡Te pusiste a llorar diciendo que nos iban a echar, que nos enviarían al oeste, que jamás volveríamos a ver la casa de mi padre ni Hambria! Y entonces, cuando yo ya estaba muerta de miedo, me hablaste del precioso bebé que tendría. Nos devolverían las tierras que ya eran nuestras. También nos devolverían los caballos que ya eran nuestros. Y en prenda de la honradez del Alcalde, tengo un caballo que yo misma ayudé a nacer. ¿Y qué he hecho yo para merecer estas cosas que hubieran sido mías de todos modos de no haber sido por la pérdida de un documento? ¿Qué he hecho yo para que él te dé dinero? ¿Qué he hecho yo salvo prometerle que follaré con él mientras la mujer que tiene desde hace cuarenta años duerme al fondo del pasillo?

—Entonces lo que quieres es el dinero, ¿verdad? —preguntó tía Cord, esbozando una enfurecida sonrisa—. ¿Es eso lo que quieres? Pues lo tendrás. Tómalo, guárdatelo, piérdelo, dáselo a comer a los cerdos. ¡Me importa un bledo!

Se volvió hacia su bolso, colgado de un palo junto a la estufa. Empezó a rebuscar en su interior, pero sus movimientos perdieron rápidamente velocidad y convicción.

Había un espejo ovalado a la izquierda de la puerta de la cocina y en él Susan podía ver el rostro de su tía. Y lo que vio en él -una mezcla de odio, consternación y codicia- la sumió en un profundo desaliento.

—No te preocupes, tía. Veo que te duele tener que dármelo, y además no lo quiero. Es dinero de puta.

Tía Cord se volvió a mirarla con expresión escandalizada, olvidándose debidamente del bolso.

—¡Eso no significa ser una puta, estúpida! Algunas de las mujeres más grandes de la historia han sido fulanas, y algunos de los hombres más grandes de la historia han sido hijos de fulanas. ¡Eso no significa ser una puta!

Susan tomó violentamente la blusa roja de la percha donde colgaba y se la colocó sobre el busto. La blusa le moldeó el pecho como si llevara mucho rato deseando tocarlo.

—¿Pues entonces por qué me envía esta ropa de puta?

—¡Susan!

Los ojos de tía Cord se llenaron de lágrimas.

Susan arrojó la blusa contra su tía, como había hecho con los gajos de naranja. La blusa cayó sobre los zapatos de su tía.

—Recógela y póntela tú si tanto te gusta. Y ábrete de piernas para él si quieres.

Susan dio media vuelta y se encaminó enfurecida hacia la puerta, perseguida por los gritos medio histéricos de su tía.

—¡No te vayas con esos pensamientos tan estúpidos, Susan! ¡Los pensamientos estúpidos conducen a cometer estupideces, y ya es demasiado tarde para cualquiera de las dos cosas! ¡Se ha llegado a un acuerdo!

Susan lo sabía. Y por muy rápido que galopara Pylon por la Pendiente, no podría correr más que aquello que ella sabía. Había aceptado y, por mucho que se hubiera horrorizado Pat Delgado ante aquel pacto que la habían obligado a aceptar, una cosa hubiera estado clara para él: ella había hecho una promesa, y las promesas se tenían que cumplir. El Infierno era el destino de los que no lo hacían.

3

Aminoró la marcha del rosillo cuando a éste le quedaba todavía mucho fuelle. Se volvió a mirar y vio que había recorrido casi un kilómetro y medio e hizo que el caballo aminorara todavía más la marcha a medio galope, al trote y al paso. Aspiró una buena

bocanada de aire y la exhaló. Por primera vez aquella mañana reparó en la clara belleza de aquel día: gaviotas volando en medio del brumoso aire hacia el oeste, altas hierbas a su alrededor, flores de todos los colores: acianos, altramuces y polemonio, y sus preferidas, las delicadas flores azules de la seda. En todas partes se oía el soñoliento zumbido de las abejas. El sonido la tranquilizó y, cuando sus exaltadas emociones empezaron a calmarse, pudo reconocer una cosa en su fuero interno... reconocerla y expresarla en voz alta.

—Will Dearborn —dijo estremeciéndose al pronunciar su nombre a pesar de que no había nadie que pudiera oírlo, aparte Pylon y las abejas. Lo repitió, y cuando la palabra hubo brotado de sus labios giró bruscamente la muñeca hacia dentro, se la acercó a la boca y besó el lugar donde la sangre latía cerca de la superficie. Aquella acción la sobresaltó porque no sabía que iba emprenderla, y sobre todo porque el sabor de su piel y su sudor la excitó casi al instante. Y entonces sintió el impulso de calmarse de la misma manera que había hecho en la cama tras su encuentro con él. Tal y como estaba en aquellos momentos, le hubiera costado muy poco hacerlo.

Pero en vez de ello masculló la maldición preferida de su padre -«¡Muérdelo ya!»- y soltó un escupitajo más allá de sus botas. Will Dearborn había sido el culpable de todo el trastorno que se había producido en su vida en el transcurso de las últimas tres semanas; Will Dearborn, con sus inquietantes ojos azules y su oscura mata de cabello; y su severa y mojigata actitud. «Puedo ser discreto, señora. Y, en cuanto a la corrección, me sorprendería que conociera usted tan siquiera la palabra.» Cada vez que lo pensaba, la sangre le hervía de rabia y de vergüenza. Pero sobre todo de rabia. ¿ Cómo se atrevía a juzgar su comportamiento? Él, que debía de haber crecido en medio del lujo, sin duda con criados que satisfacían todos sus caprichos y con una enorme cantidad de oro que probablemente ni siquiera necesitaba pues le debían de dar de balde las cosas que le interesaban para pagar favores. ¿ Qué podía un niño como aquél -pues eso era realmente, sólo un niño- saber de las duras opciones que ella había tenido que tomar? ¿Y cómo podían comprender los que eran como el señor Will Dearborn de Hemphill, que en realidad ella no había hecho aquellas opciones en absoluto? ¿ Sabía acaso que la habían llevado como lleva una gata a una gatito desobediente a la caja donde tiene a la camada, agarrándolo por el pescuezo?

Pero aun así, no podía quitárselo de la cabeza; sabía, por más que tía Cord no lo supiera, que un invisible tercero en discordia había estado presente en su disputa de aquella mañana.

Will Dearborn tampoco la había olvidado.

4

Aproximadamente una semana después de la cena de bienvenida y del desastroso y doloroso comentario que Dearborn le había hecho, el retrasado que se encargaba de la limpieza en el Descanso de los Viajeros -Sheemie lo llamaba la gente- se presentó en la casa que Susan y su tía compartían.

Llevaba en la mano un gran ramillete hecho sobre todo con flores de la Pendiente mezcladas con alguna que otra rosa silvestre. Parecían unos signos de puntuación de color de rosa. El rostro del muchacho estaba iluminado por una ancha y alegre sonrisa cuando empujó la verja sin esperar a que lo invitaran a entrar.

En aquel momento Susan estaba barriendo la calzada de la fachada; tía Cord se hallaba en el jardín de la parte de atrás. Fue una suerte, pero no tuvo nada de extraño pues últimamente ambas procuraban mantenerse apartadas la una de la otra todo lo que podían.

Susan había contemplado a Sheemie subiendo por la calzada con una radiante sonrisa en los labios, por detrás del cargamento de flores que sostenía en alto delante de su rostro, con una mezcla de horror y fascinación.

—Buenos días, Susan Delgado, hija de Pat —dijo Sheemie jovialmente—, vengo a ti para cumplir un encargo y te pido perdón por la molestia, pues siempre soy un problema para la gente y lo sé muy bien. Éstas son para ti. Toma.

Cuando se las ofreció ella vio un sobrecito doblado oculto entre las flores.

—¿Susan? —dijo la voz de tía Cord desde el otro lado de la esquina de la casa... y cada vez más cerca—. Susan, ¿has oído la verja?

—¡Sí, tía! —le contestó ella, levantando la voz.

¡Maldito fuera el fino oído de aquella mujer! Susan sacó hábilmente el sobre del lugar que ocupaba entre las margaritas y el polemonio y se lo guardó en el bolsillo del vestido.

—Son del tercer mejor amigo que tengo —dijo Sheemie—. Ahora tengo tres amigos distintos. Tres. —Levantó dos dedos, frunció el ceño, añadió otros dos y esbozó una espléndida sonrisa—. Arthur Heath es el mejor, Dick Stockworth es el segundo. Y mi tercer mejor amigo...

—¡Ssss! —siseó Susan con una severidad que hizo desaparecer la sonrisa del rostro de Sheemie—. Ni una sola palabra de tus tres amigos.

Un gracioso arrebol casi como el de una pequeña fiebre de bolsillo le recorrió la piel, bajándole desde las mejillas al cuello y deslizándose desde allí hasta sus pies. En Hambria se había hablado mucho de los nuevos amigos de Sheemie en el transcurso de la última semana... al parecer no se había hablado de otra cosa. Las historias que había oído contar Susan eran muy extravagantes, pero si no eran ciertas, ¿por qué las versiones que contaban tantos testigos distintos eran tan parecidas?

Susan aún estaba tratando de dominar su emoción cuando tía Cord apareció doblando la esquina de la casa. Sheemie retrocedió al verla y su perplejidad se convirtió en pura consternación. La tía de Susan era alérgica a las picaduras de las abejas y en aquellos momentos estaba envuelta desde lo alto de su sombrero de paja hasta el dobladillo de su desteñido vestido de jardín en una especie de gasa que le confería un extraño aspecto bajo la fuerte luz del sol y una apariencia totalmente espectral a la sombra. El toque final de su atuendo eran unas tijeras de jardín manchadas de tierra que sostenía en una mano enguantada.

Al ver el ramillete, Cordelia se lanzó hacia él con las tijeras levantadas. Al llegar a la altura de su sobrina, se introdujo las tijeras en una presilla del cinturón (casi a regañadientes, le pareció a la sobrina) y se apartó el velo del rostro.

—¿Quién las manda?

—No lo sé, tía —contestó Susan con más tranquilidad de la que sentía—. Éste es el chico de la posada...

—¡La posada! —dijo tía Cord soltando un resoplido.

—Por lo visto él no sabe quién las manda —añadió Susan. ¡Si pudiera conseguir que el chico se largara!—. Él es, bueno, se podría decir que...

—Es un tonto, sí, eso ya lo sé. —Tía Cord le dirigió a Susan una breve mirada de irritación. Con las manos enguantadas apoyadas en las rodillas y gritándole al chico directamente a la cara, le preguntó—: ¿QUIÉN... HA ENVIADO... ESTAS... FLORES... MUCHACHO?

Las alas levantadas del velo que le cubría el rostro volvieron de nuevo a su sitio. Sheemie dio un paso atrás, asustado.

—¿HA SIDO... TAL VEZ... ALGUIEN DE LA... COSTA?... ¿DEL... ALCALDE... THORIN?... DIMELO... Y... TE... DOY... UN... CENTAVO.

El corazón de Susan le dio un vuelco en el pecho; estaba segura de que él lo diría ... no tendría el suficiente ingenio como para comprender que la iba a meter en un lío. Y

probablemente también a Will.

Pero Sheemie se limitó a sacudir la cabeza.

—No recuerdo. Tengo una cabeza muy hueca, señora, de verdad que la tengo. Stanley dice que soy un zoquete.

Su sonrisa volvió a brillar en su rostro, una espléndida sonrisa llena de blancura, incluso en los dientes. Tía Cord contestó con una mueca.

—¡Anda ya! Lárgate entonces. Directamente a la ciudad... no te quedes por ahí esperando que te caiga algo. ¡Un chico que no puede recordar no se merece ni siquiera un centavo! Y no se te ocurra volver por aquí, sea quien sea el que quiera enviarle unas flores a la joven señora. ¿Me has oído?

Sheemie asintió enérgicamente con la cabeza y después dijo:

—¿Señora?

Tía Cord lo miró enfurecida. Aquel día la línea vertical de su frente era muy pronunciada.

—¿Por qué va usted toda envuelta en telarañas, señora?

—¡Largo de aquí, descarado! —gritó tía Cord. Tenía un vozarrón muy poderoso cuando le convenía, y Sheemie pegó un salto hacia atrás, alarmado. Cuando estuvo segura de que el chico se estaba dirigiendo a la Calle Mayor para volver a la ciudad y no tenía intención de regresar a su verja para ver si le daban una propina, tía Cord se volvió hacia Susan—: Ponlas en un poco de agua antes de que se marchiten, Señorita Tan joven y Bonita, y no te quedes alelada, preguntándote qué secreto admirador puede ser.

Entonces tía Cord esbozó una sonrisa. Una sonrisa auténtica. Lo que más le dolía y desconcertaba a Susan era que su tía no era un ogro de cuento de hadas ni una bruja como Rea de Cos. No era un monstruo sino una dama con ciertas ínfulas sociales, una especial afición al oro y la plata y un profundo temor a que la arrojaran al mundo sin un céntimo.

—Las personas como nosotras, Susanita—dijo Cordelia, hablando con una dulzura terriblemente agobiante— es mejor que nos limitemos a nuestras tareas domésticas y dejemos los sueños para la gente que se los puede permitir.

5

Estaba segura de que las flores eran de Will, y no se equivocaba. Su nota había sido escrita con una caligrafía muy clara y aceptablemente bonita.

Querida Susan Delgado,

La otra noche me pasé y le pido perdón. ¿Podría verla y hablar con usted? Tiene que ser en privado. Es una cuestión importante. Si quiere verme, dele un mensaje al chico que le trae esto.

Es de fiar.

WILL DEARBORN

Una cuestión importante. Subrayado. Susan experimentó el vehemente deseo de averiguar qué podía ser tan importante para él, pero se puso en guardia contra el peligro de cometer alguna locura. A lo mejor estaba enamorado de ella... En caso afirmativo, ¿quién tendría la culpa? ¿Quién había hablado con él, montado en su caballo y le había enseñado las piernas, desmontando con una llamativa y carnavalesca exhibición? ¿Quién había apoyado las manos en sus hombros y lo había besado?

Le ardieron las mejillas y la frente al pensarlo y otro anillo caliente pareció resbalarle por el cuerpo. No estaba segura de arrepentirse del beso, pero no cabía duda de que había sido un error tanto si lo sentía como si no. El hecho de volver a verle ahora sería un error todavía más grande.

Y sin embargo quería verle, y sabía en lo más hondo de su ser que estaba dispuesta a olvidar el enfado que él le había provocado. Pero había hecho una promesa.

La maldita promesa.

Aquella noche no pudo dormir y se pasó el rato dando vueltas en la cama, primero pensando que sería mejor y mucho más digno guardar silencio, y después redactando notas mentales a pesar de todo; algunas arrogantes, otras frías, otras con ribetes de coquetería.

Cuando oyó la campanada de medianoche que marcaba el final de un día y el comienzo del siguiente, llegó a la conclusión de que ya era suficiente. Se levantó de la cama, abrió la puerta de su habitación y asomó la cabeza al pasillo. Cuando oyó los ronquidos de flauta de tía Cord, volvió a cerrar la puerta, se acercó a su pequeño escritorio junto a la ventana y encendió la lámpara. Tomó una hoja de papel pergamino del primer cajón, la partió por la mitad (en Hambria, el segundo delito más grande después del desperdicio de papel era el desperdicio de razas de ganado) y escribió rápidamente, consciente de que cualquier mínima vacilación la condenaría a nuevas horas de indecisión. Sin saludo y sin firma, escribió la respuesta en un santiamén:

Puede que no le pueda ver. No sería correcto.

La dobló varias veces, apagó la lámpara y regresó a la cama, donde guardó la nota bajo la almohada. En dos minutos se quedó dormida.
Al día siguiente, cuando el mercado la llevó a la ciudad, entró en el Descanso de los Viajeros, que a las once de la mañana tenía todo el encanto de algo que se ha muerto de mala manera al borde del camino.
El patio del local era un cuadrado de tierra batida partido por una larga barandilla de atar caballos, con un abrevadero debajo. Sheemie estaba empujando una carretilla junto a la barandilla y recogiendo con una pala los excrementos de caballo de la víspera. Llevaba un cómico sombrero de color de rosa y estaba cantando Zapatillas de Oro. Susan dudaba que muchos parroquianos del Descanso se levantaran sintiéndose tan a gusto como evidentemente se sentía Sheemie aquella mañana... por consiguiente, ¿quiénes eran en realidad los tontos?

Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie la miraba, se acercó a Sheemie y le dio una palmada en el hombro. Él se asustó al principio, pero Susan no se lo reprochó... según las historias que le habían contado, Depape, el amigo de Jonas, había estado a punto de matar al pobre chico por haberle derramado una bebida en las botas.

Pero entonces Sheemie la reconoció.

—Hola, Susan Delgado de las afueras de la ciudad —dijo en tono de camaradería—. Te deseo buenos días.

Hizo una reverencia, una divertida imitación de la reverencia de las Baronías Interiores que solían hacer sus tres nuevos amigos. Susan le miró sonriendo y le devolvió la reverencia (con los vaqueros que llevaba, no tuvo más remedio que fingir sostenerse la falda, pero las mujeres de Mejis estaban acostumbradas a hacer reverencias con inexistentes faldas).

—¿Has visto mis flores, señorita? —preguntó Sheemie, señalándole la parte sin pintar del Descanso. A Susan la conmovió profundamente lo que vio: una hilera de flores de seda blancas y azules en la base del edificio. Su aspecto resultaba valiente y patético, movidas por la suave brisa matinal con aquel pelado patio lleno de boñigas delante y la destartalada taberna detrás.

—¿Las has plantado tú, Sheemie?

—Pues sí. Y el señor Arthur Heath de Gilead me ha prometido otras de color amarillo.

—Yo nunca he visto flores de seda amarillas.

—Ni yo tampoco, pero el señor Arthur Heath dice que en Gilead las hay. —Sheemie miró solemnemente a Susan, sosteniendo la pala como un soldado hubiera sostenido un arma de fuego o una lanza—. El señor Arthur Heath me salvó la vida. Haría cualquier cosa por él.

—¿De veras, Sheemie? —preguntó Susan, conmovida.

—¡Además, tiene un centinela! ¡Es una cabeza de pájaro! ¡Cuando le habla con tanto cariño me parto de risa!

Susan volvió a mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie miraba (exceptuando los tótems labrados del otro lado de la calle) y se sacó del bolsillo de los vaqueros la nota muy doblada.

—¿Le querrás dar esto de mi parte al señor Dearborn? Él también es tu amigo, ¿verdad?

—¿Will? ¡Pues claro!

Sheemie tomó la nota y se la guardó cuidadosamente en su bolsillo.

—Y no se lo digas a nadie.

—¡Ssss! —convino él, acercándose un dedo a los labios. Sus ojos parecían graciosamente redondos bajo aquel ridículo sombrero rosa de paja, de señora—. Como cuando te llevé las flores. ¡Ssss!

—Exacto, ¡ssss! Que te vaya bien, Sheemie.

—Y a ti también, Susan Delgado.

Sheemie reanudó sus tareas de limpieza. Susan se lo quedó mirando un momento, sintiéndose incómoda y perpleja. Ahora que había conseguido entregar con éxito la nota, experimentaba el impulso de pedirle a Sheemie que se la devolviera, tachar lo que había escrito y prometerle a Will que se reuniría con él. Aunque sólo fuera para poder volver a ver aquellos ojos azules, mirándola fijamente a la cara.

En aquel momento, el otro amigo de Jonas, el de la capa, salió del almacén mercantil. Susan estaba segura de que no la había visto -tenía la cabeza inclinada y estaba liando un cigarrillo-, pero no quería tentar la suerte. Reynolds hablaba con Jonas y Jonas hablaba -¡demasiado!- con tía Cord. Como tía Cord se enterara de que se había pasado un rato charlando con el chico que le había llevado las flores, lo más probable era que le hiciera preguntas. Unas preguntas que ella no quería contestar.

6

«Todo eso ya es historia pasada, Susan, agua bajo el puente. Mejor que apartes tus pensamientos del pasado.»

Refrenó a Pylon y contempló los caballos que se movían y pacían en la Pendiente. Había muchos aquella mañana.

No le dio resultado. Su mente seguía girando en torno a Will Dearborn. ¡Qué mala suerte la suya al encontrarle! De no haber sido por aquel encuentro casual durante el camino de vuelta de Cos, ahora hubiera podido reconciliarse con su situación; a fin de cuentas, ella era una chica práctica y una promesa era una promesa. No cabía duda de que no hubiera sido tan remilgada con la pérdida de su virginidad y la perspectiva de quedar embarazada, y la de dar a luz un hijo la excitaba.

Pero Will Dearborn había cambiado las cosas; se le había metido en la cabeza y ahora estaba alojado en ella como un inquilino que se resistiera a ser desahuciado. El comentario que le había hecho mientras ambos bailaban se le había quedado grabado como una canción que una no puede dejar de canturrear, a pesar de aborrecerla. Había sido un comentario cruel y estúpidamente mojigato... pero, ¿acaso no contenía una cierta dosis de verdad? Rea había tenido razón a propósito de Hart Thorin, de eso ella ya no tenía la menor duda. Suponía que las brujas no se equivocaban al hablar de los deseos de los hombres aunque se equivocaran en todo lo demás. La idea no resultaba muy agradable, pero probablemente era cierta.

Will Maldita Fuera Su Estampa Dearborn había sido el causante de que le resultara difícil aceptar lo que se tenía que aceptar, el que la había inducido a entrar en unas discusiones en las que apenas reconocía su desesperada y chillona voz, el que se presentaba en sus sueños, unos sueños en los que la rodeaba con sus brazos y la besaba, besaba y besaba.

Desmontó del caballo y bajó un poco por la ladera, con las riendas enrolladas alrededor del puño. Pylon la siguió dócilmente, y cuando ella se detuvo para contemplar la lejana bruma azulada del suroeste él agachó la cabeza y se puso nuevamente a pacer.

Creía que necesitaba ver a Will Dearborn una vez más, aunque sólo fuera para que su innato carácter práctico tuviera la oportunidad de reafirmarse. Necesitaba verle con su tamaño real y no en el que su mente había creado en sus cálidos pensamientos

y sus sueños más cálidos aún. Una vez lo hubiera hecho, podría seguir adelante con su vida y con lo que tuviera que hacer. A lo mejor por eso había tomado aquel camino, el mismo por el que había cabalgado la víspera, la antevíspera y la anterior. Él paseaba a caballo por aquella zona de la Pendiente; lo había oído en el mercado inferior.

Se apartó de la Pendiente, imaginando de pronto que él estaría allí, como si lo hubieran llamado sus pensamientos... o su ka.

Sólo vio el cielo azul y un perfil de colinas que se curvaba suavemente como la línea del muslo, la cadera y la cintura de una mujer tendida de lado en la cama. Susan sintió que una amarga decepción se apoderaba de ella. Casi la saboreó en la boca como las hojas mojadas del té.

Se acercó de nuevo a Pylon con la intención de regresar a casa y afrontar la cuestión de la disculpa que a su juicio tendría que pedir. Cuanto antes lo hiciera, mejor. Fue a tomar el estribo izquierdo que estaba un poco torcido y, mientras lo hacía, un jinete se acercó por el horizonte, rompiendo el cielo en el punto que a ella le parecía una cadera de mujer. Era sólo una silueta a caballo, pero ella supo inmediatamente quién era.

«¡Corre! -se dijo, presa de un repentino pánico-. ¡Monta y lánzate al galope! ¡Aléjate de aquí! ¡Rápido! ¡Antes de que ocurra algo terrible... antes de que sea realmente ka y se te lleve como el viento lejos de aquí con todos tus planes!»

No echó a correr. Permaneció de pie con las riendas de Pylon en la mano y le dijo algo en un susurro cuando el rosillo levantó la cabeza y le dirigió un relincho de saludo al gran bayo castrado que estaba por la ladera de la colina.

Will se plantó a su lado, primero por encima de ella, mirándola desde arriba y después desmontando con un fácil y nítido movimiento que ella no se consideraba capaz de igualar a pesar de sus muchos años de practicar la equitación. Esta vez Will no extendió la pierna adelante ni clavó el tacón en el suelo y tampoco hizo un floreo con el sombrero en una reverencia divertidamente solemne; esta vez la mirada que él le dirigió fue profundamente seria e inquietantemente adulta.

Se miraron el uno al otro en el gran silencio de la Pendiente, Rolando de Gilead y Susan de Mejis, y entonces ella sintió en lo más hondo de su ser que se estaba levantando un vendaval. Lo temió y lo recibió con agrado, por igual.

7

—Buenos días, Susan —dijo él—. Me alegro de volver a verla.

Ella esperó sin decir nada y observó. ¿Estaría él oyendo los latidos de su corazón con tanta claridad como los oía ella? Por supuesto que no; eso no era más que una romántica bobada. Pero, aun así, le pareció que cualquier cosa que hubiera dentro de un radio de cincuenta metros debía de estar oyendo aquellos latidos.

Will dio un paso al frente y ella retrocedió, mirándole con recelo. Él inclinó la cabeza un instante y la volvió a levantar con los labios firmemente apretados.

—Le pido perdón —dijo.

—¿De veras?

La voz de Susan sonaba muy fría.

—Lo que dije aquella noche fue injustificado.

Al oír aquellas palabras, Susan experimentó un destello de auténtica cólera.

—No me importa que fuera injustificado. Me importa que fuera injusto. Eso es lo que me dolió.

Una lágrima asomó a su ojo izquierdo y le bajó por la mejilla. Al parecer, aún no se le habían agotado los deseos de llorar.

Pensó que a lo mejor lo que acababa de decir lo avergonzaría pero, aunque una leve mancha de rubor tiñó sus mejillas, los ojos de Will permanecieron firmemente clavados en ella.

—Me enamoré de usted —dijo Will—. Por eso lo dije. Ocurrió antes de que usted me besara, creo.

Ella se echó a reír... pero la sencillez con la cual él había hablado hizo que su risa sonara falsa en sus propios oídos. Metálica.

—Señor Dearborn...

—Will. Por favor.

—Señor Dearborn —repitió ella con la paciencia de un profesor que está trabajando con un alumno adulto—, la idea me parece ridícula. ¿Sobre la base de un único encuentro? ¿De un único beso? ¿De un beso fraternal? —Ahora ella fue la que se ruborizó, pero aun así se apresuró a seguir adelante—. Estas cosas ocurren en los cuentos, pero no en la vida real. Yo creo que no.

Sin embargo, los ojos de Rolando no se apartaban de los suyos y ella creyó ver en ellos una parte de su verdad: su naturaleza profundamente romántica, enterrada como una fabulosa veta de metal extraño en el granito de su sentido práctico. Aceptaba el amor más como un hecho que como una flor, lo cual hacía que el cordial desprecio de Susan no ejerciera el menor poder sobre ninguno de ellos.

—Pido perdón —repitió Rolando con una obstinación en cierto modo brutal que la exasperó, le hizo gracia y la dejó consternada a la vez—. No le pido que corresponda a mi amor, no me he dirigido a usted para pedirle eso. Me comentó que su situación era complicada... —Ahora apartó los ojos y miró hacia la Pendiente, e incluso se rió un poco—. Dije que él era un necio, ¿verdad? Se lo dije a usted a la cara. Pero ¿quién es el necio en realidad?

Susan sonrió sin poderlo evitar.

—También me dijo que había oído decir que era aficionado a las bebidas fuertes y a las chicas jóvenes.

Rolando se golpeó la frente con el canto de la mano. Si su amigo Arthur Heath lo hubiera hecho, ella lo hubiera tomado como un gesto deliberadamente cómico. Pero tratándose de Will, no. Tenía la impresión de que no era muy aficionado a la comedia.

Otra vez el silencio entre ambos, pero en esta ocasión no tan incómodo como el de antes. Los dos caballos, Rusher y Pylon, estaban paciendo tranquilamente el uno al lado del otro. «Si ambos fuéramos caballos, todo eso sería mucho más fácil», y a punto estuvo de echarse a reír.

—Señor Dearborn, usted sabe que yo he concertado un acuerdo, ¿verdad?

—Sí. —Rolando sonrió al ver que ella enarcaba las cejas con asombro al oírle imitar su acento—. No lo hago por burla, lo que ocurre es que este dialecto... se pega.

—¿Quién le habló de mi asunto?

—La hermana del Alcalde.

—Coral. —Susan arrugó la nariz y no se sorprendió. Pensaba que otros habrían podido explicar su situación en términos mucho más crueles. Eldred Jonas, por ejemplo. Rea de Cos. Mejor dejarlo—. Por consiguiente, si lo sabe y no me pide que corresponda a su... a eso que usted cree sentir por mí... ¿por qué estamos hablando? ¿Por qué me busca? Creo que todo eso lo hace sentirse incómodo...

—Sí —dijo Rolando, añadiendo como si expusiera un simple hecho—: Me hace sentir muy incómodo. Apenas puedo mirarla sin perder la cabeza.

—¡En tal caso, quizá sea mejor que no mire, que no hable y que no piense! —Su voz sonaba áspera, pero también un poco trémula. ¿Cómo podía tener el valor de decirle aquellas cosas directamente a la cara y mirándola fijamente a los ojos?—. ¿Por qué me envió el ramillete de flores con aquella nota? ¿No comprende usted los problemas que me hubiera podido causar? ¡Si conociera a mi tía...! Ya me ha hablado de usted, como si supiera lo de la nota... o nos hubiera visto juntos allí afuera...

Susan miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los miraba. Nadie los miraba, por lo menos que ella supiera. Él alargó la mano y le rozó el hombro. Susan lo miró, y entonces él apartó los dedos como si hubiera tocado un objeto caliente.

—Dije lo que dije para que usted lo comprendiera —dijo—. Eso es todo. Siento lo que siento y usted no es culpable de nada.

«La tengo -pensó Susan-. Te besé. Creo que soy algo más que culpable de lo que ambos sentimos, Will.»

—Me arrepiento con toda el alma de lo que dije mientras bailábamos. ¿No me querrá usted perdonar?

—Sí —contestó ella, y si él la hubiera estrechado en sus brazos en aquel momento, le hubiera permitido hacerlo y que se fueran a tomar viento las consecuencias.

Pero él se limitó a quitarse el sombrero, le hizo una encantadora y pequeña reverencia y el vendaval amainó.

—Gracias, señora.

—No me llame así. Lo aborrezco. Me llamo Susan.

—¿Querrá usted llamarme Will?

Ella asintió en silencio.

—Muy bien, Susan, quiero preguntarle una cosa... no como el sujeto que la insultó y le hizo daño porque estaba celoso. Se trata de algo totalmente distinto. ¿Puedo?

—Supongo que sí —contestó ella con cierto recelo.

—¿Es usted partidaria de la Afiliación?

Susan lo miró, desconcertada. Era la pregunta que menos se hubiera podido esperar... pero él la estaba mirando con la cara muy seria.

—Pensaba que usted y sus amigos habían venido a contar vacas, armas, lanzas, embarcaciones y qué sé yo qué otras cosas —dijo—, pero no sabía que vos también tuvierais que contar a los partidarios de la Afiliación.

Vio su mirada de asombro y la ligera sonrisa que apareció en las comisuras de sus labios. Esta vez la sonrisa le confirió un aspecto de persona mucho más adulta de lo que era. Susan pensó en lo que acababa de decir, comprendió lo que a él le habría llamado la atención y soltó una breve carcajada de turbación.

—Mi tía utiliza muy a menudo el «vos». Mi padre también lo hacía. Procede de una secta del Pueblo Antiguo conocida con el nombre de los Amigos.

—Lo sé. En la parte del mundo donde yo vivo aún quedan algunos representantes

del Pueblo Amigo.

—¿De veras?

—Sí, señora... o Susan, si lo prefiere. También se me está pegando. Y me gusta cómo hablan los Amigos. Suena muy gracioso.

—No cuando lo utiliza mi tía —dijo Susan, recordando la discusión a propósito de la camisa—. Respondiendo a su pregunta, sí... soy partidaria de la Afiliación, supongo. Porque mi padre lo era. Si me pregunta si soy una acérrima partidaria, supongo que no. Últimamente no se dejan ver ni oír demasiado. Más que nada rumores e historias que traen las gentes que vagan sin rumbo y los viajantes que vienen de lejanos lugares. Ahora que ya no tenemos tren...

Susan se encogió de hombros.

—Casi todas las personas corrientes con quienes he hablado parece que piensan lo mismo. Y sin embargo su Alcalde Thorin...

—No es mi Alcalde Thorin —dijo ella con un tono más áspero de lo que hubiera querido.

—Y sin embargo el Alcalde Thorin de la Baronía nos ha prestado toda la ayuda que le hemos pedido e incluso la que no le hemos pedido. Me basta chasquear los dedos para que Kimba Rimer se presente ante mí.

—Pues no los chasquee —dijo ella, mirando a su alrededor muy a pesar suyo.

Trató de sonreír para que pareciera una broma, pero no lo consiguió por entero.

—Los ciudadanos, los pescadores, los agricultores, los vaqueros... todos hablan bien de la Afiliación, aunque con cierta distancia. Pero el Alcalde, su Canciller y los miembros de la Asociación de Criadores de Caballos, Lengyll, Garber y los...

—Los conozco —lo cortó Susan.

—Su apoyo es absolutamente entusiasta. Basta mencionar la Afiliación para que el Sheriff Avery se ponga prácticamente a bailar. En todos los salones de los ranchos se nos ofrece un trago en una copa conmemorativa de Eld.

—¿Un trago de qué? —preguntó Susan con una pizca de picardía—. ¿Cerveza? ¿Cerveza amarga? ¿Graf?

—Y también vino, whisky y pettibone —dijo él sin devolverle la sonrisa—. Es casi como si quisieran que incumpliéramos nuestra promesa. ¿Le suena extraño?

—Sí, un poco; o puede que me suene a hospitalidad de Hambria. Aquí, cuando alguien, especialmente un joven, dice que ha hecho una promesa, la gente tiende a considerarle tímido, no serio.

—Y este entusiasta apoyo a la Afiliación entre los peces gordos, ¿cómo le suena?

—Raro.

Y era verdad. La actividad de Pat Delgado le había obligado a mantener un contacto casi diario con aquellos terratenientes y criadores de caballos y ella, que acompañaba a su padre siempre que éste se lo permitía, los conocía muy bien. En general los consideraba una gente muy fría. No acertaba a imaginarse a John Croydon o a Jake White levantando una jarra de Arthur Eld en un sentimental brindis... y menos aún en pleno día, cuando tenían ganado que atender y vender.

Los ojos de Will se clavaron directamente en ella como si le estuviera leyendo estos pensamientos.

—Pero seguramente usted no ve a los peces gordos tan a menudo como antes —dijo Will—. Me refiero a antes de la muerte de su padre.

—Puede que no... pero ¿cree usted que los ineptos pueden aprender a leer al revés?

Esta vez no hubo una cautelosa sonrisa; esta vez él sonrió de verdad y la sonrisa le iluminó todo el rostro. ¡Dioses, qué guapo era!

—Supongo que no. De la misma manera que los gatos tampoco cambian las manchas de su pelaje, tal como decimos nosotros. ¿Y el Alcalde Thorin no le habla de nosotros, de mí y de mis amigos, cuando usted y él están solos? ¿O acaso es una pregunta que rebasa lo que yo tengo derecho a preguntar? Supongo que sí.

—Eso no me preocupa —contestó Susan, sacudiendo la cabeza con la suficiente gracia como para que la larga trenza oscilara de uno a otro lado—. Entiendo muy poco de corrección, tal como algunos han tenido la bondad de recordarme. —Pero se preocupó más de lo esperado por su arrebol de turbación y su cabizbaja mirada. Conocía a algunas chicas muy aficionadas a coquetear y a burlarse de los chicos, y algunas de ellas a burlarse cruelmente, pero, al parecer, ella no tenía las mismas aficiones. Estaba claro que no sentía el menor deseo de clavarle las uñas, y cuando reanudó su respuesta lo hizo con dulzura—. En cualquier caso, no me quedo sola con él.

«Oh, qué bien mientes», pensó con tristeza, recordando cómo Thorin la había abrazado en el pasillo la noche de la fiesta y le había apresado los pechos como un niño metiendo la mano en un recipiente de caramelos mientras le decía que ardía por ella. «Oh, qué grandísima embustera eres.»

—En cualquier caso, Will, no creo que la opinión de Hart sobre usted y sus

amigos deba preocuparle demasiado. Usted tiene un trabajo que hacer, eso es todo. Si él lo ayuda, ¿por qué no aceptar y mostrarse agradecido?

—Porque aquí ocurre algo —contestó él con un tono de voz tan serio y sombrío que ella se asustó un poco.

—¿Que ocurre algo? ¿Con el Alcalde? ¿Con la Asociación de Criadores de Caballos? ¿De qué está usted hablando?

La miró fijamente y después le dijo, como si hubiera tomado una súbita decisión:

—Voy a confiar en usted, Susan.

—No estoy muy segura de que su confianza me interese más de lo que me interesa su amor —contestó ella.

Él asintió con la cabeza.

—Y, sin embargo, para cumplir la tarea que me han enviado a cumplir, tengo que confiar en alguien. ¿Lo comprende?

Susan le miró a los ojos y asintió con la cabeza.

Will se acercó tanto a ella que a Susan le pareció sentir el calor de su piel.

—Mire allá abajo. Dígame qué es lo que ve.

Ella miró y se encogió de hombros.

—La Pendiente. Igual que siempre —contestó con una leve sonrisa en los labios—. Y tan bonita como siempre. Siempre ha sido mi lugar del mundo preferido.

—Sí, es preciosa, desde luego. ¿Qué otra cosa ve?

—Caballos de carreras de los que corren. —Sonrió para dar a entender que era una broma (una vieja broma de su padre, en realidad), pero él no le devolvió la sonrisa.

Buena planta y valiente, si las historias que circulaban por la ciudad eran ciertas; rápido de pensamiento y de movimiento. Pero sin demasiado sentido del humor. Bueno, había defectos mucho peores. Apresarle el pecho a una chica cuando ella no lo esperaba podía ser uno de ellos.

—Caballos, sí. Pero ¿le parece correcto su número? Usted ha visto caballos en la Pendiente toda la vida y seguramente nadie que no pertenezca a la Asociación de Criadores de Caballos estaría en mejores condiciones de decirlo.

—¿Y usted no se fía de ellos?

—Nos han dado todo lo que hemos pedido y son tan simpáticos como unos perros debajo de la mesa del comedor, pero no... creo que no me fío de ellos.

—Y en cambio se fía de mí.

La miró fijamente con sus bellos y aterradores ojos... de un azul más intenso de lo

que más adelante serían, pero todavía no desteñidos por los soles de diez mil días sin rumbo.

—Tengo que confiar en alguien —repitió.

Susan bajó la vista casi como si él le hubiera hecho un reproche. Él alargó la mano, apoyó delicadamente los dedos bajo su barbilla y le levantó suavemente el rostro.

—¿Le parece correcto su número? Piénselo bien.

Pero ahora que él se lo había comentado, ya casi no necesitaba pensarlo. Debía de haber advertido un cambio, pero éste había sido gradual y le habría pasado fácilmente inadvertido.

—No —contestó al final—. No es correcto.

—¿Demasiados o demasiado pocos? ¿Cuál de las dos cosas?

Susan se detuvo a pensarlo un momento. Aspiró una bocanada de aire y la expulsó en un prolongado suspiro.

—Demasiados. Un número excesivo.

Will Dearborn levantó las manos cerradas en puño a la altura de los hombros y las sacudió con fuerza. Sus ojos azules brillaron como las chispas eléctricas de que su abuelo solía hablarle a Susan.

—Lo sabía —dijo—. Lo sabía.

8

—¿Cuántos caballos hay allí abajo? —preguntó.

—¿Por debajo de nosotros, o en toda la Pendiente?

—Sólo por debajo de nosotros.

Susan los miró cuidadosamente, pero sin hacer el menor intento de contarlos. Vio cuatro grupos de unos veinte caballos cada uno, moviéndose en el prado casi como los pájaros que volaban en el azul del cielo por encima de ellos. Había unos nueve grupos más reducidos que oscilaban entre los cuatro y los ocho caballos cada uno... varias parejas (que le recordaron a los enamorados, pero últimamente cualquier cosa se los recordaba)... unos pocos galopando en solitario... jóvenes sementales casi todos ellos...

—¿Ciento sesenta? —preguntó él en un vacilante susurro.

Ella lo miró sorprendida.

—Sí. Ciento sesenta es el número que estaba pensando. Exacto.

—¿Y cuánta parte de la Pendiente estamos viendo? ¿Una cuarta parte? ¿Un tercio?

—Mucho menos. —Susan le dedicó una leve sonrisa—. Tal como creo que vos ya sabéis. Puede que una sexta parte de los pastizales.

—Si hay unos ciento sesenta caballos pastando en cada sexta parte, eso hace...

Susan esperó a que él sumara la cantidad de novecientos sesenta. Cuando él lo hizo, asintió con la cabeza. Rolando miró un poco más y soltó un gruñido de sorpresa cuando Rusher le empujó la espalda con el morro. Susan se cubrió la boca con la mano para reprimir una carcajada. Por la impaciente manera con que él apartó el hocico del animal, comprendió que aún no estaba para bromas.

—¿Cuántos más calcula usted que están estabulados o en fase de adiestramiento o trabajando? —preguntó Will.

—Uno por cada tres de aquí. Más o menos.

—O sea que estamos hablando de unos mil doscientos caballos. Todos de raza, no bastardos.

Ella le miró con una expresión de leve sorpresa.

—Sí. Aquí en Mejis casi no hay caballos de raza indefinida... y tampoco los hay en ninguna de las Baronías Exteriores.

—¿Ustedes dedican a la cría más de tres de cada cinco?

—¡Los dedicamos todos! Claro que de vez en cuando sale algún monstruo y entonces lo tenemos que sacrificar, pero...

—¿No hay un monstruo por cada cinco crías vivas? ¿Uno que nazca con...? (¿Cómo había dicho Renfrew?) ¿Con patas de más o las tripas por fuera?

La mirada de asombro de Susan fue una respuesta suficiente. —¿Quién le ha dicho tal cosa?

—Renfrew. Me dijo también que aquí en Mejis había unos quinientos setenta ejemplares de pura raza.

—Eso es... —Susan soltó una breve carcajada de desconcierto—. ¡Una simple locura! Si estuviera aquí mi padre...

—Pero no está —dijo Rolando con un tono más seco que el sonido de una rama que se quiebra—. Ha muerto.

Por un instante pareció que Susan no reparaba en el cambio de tono que se había producido. Después, como si se hubiera iniciado un eclipse en algún lugar del interior de su cabeza, todo su aspecto se ensombreció.

—Mi padre sufrió un accidente. ¿Lo comprende, Will Dearborn? Un accidente. Fue muy triste, pero ocurre algunas veces. Un caballo lo pisoteó. Ocean Foam. Fran dice que Foam vio una serpiente entre la hierba.

—¿Fran Lengyll?

—Sí. —La piel de Susan estaba muy pálida, salvo las dos rosas silvestres (de color de rosa como las del ramillete que él le había enviado por medio de Sheemie) que brillaban en sus pómulos—. Fran solía recorrer muchos kilómetros a caballo con mi padre. No es que fueran muy amigos, porque entre otras cosas no pertenecían a la misma clase social, pero cabalgaban juntos. Guardo un gorro no sé dónde que me hizo la primera mujer de Fran para mi bautizo. Recorrían juntos los senderos. No puedo creer que Fran Lengyll mintiera respecto a la muerte de mi padre, y menos aún que él tuviera algo que ver con ella.

Pero contempló con expresión dubitativa los caballos de abajo. Muchos. Demasiados. Su padre lo hubiera visto. Y su padre se hubiera preguntado lo que ella se preguntaba ahora: ¿de qué hierro eran los que había de más?

—Resulta que Fran Lengyll y mi amigo Stockworth tuvieron una discusión a propósito de los caballos —dijo Will en tono casi indiferente, por más que la expresión de su rostro distara mucho de serlo—. Mientras se tomaban unos vasos de agua mineral, tras haber rechazado la cerveza que les ofrecían. Hablaron mucho de caballos, como yo también hice con Renfrew en la cena de bienvenida en la Casa del Alcalde. Cuando Richard le preguntó al señor Lengyll cuántos ejemplares de caballos calculaba él que había, Lengyll le contestó que unos cuatrocientos.

—Un disparate.

—Eso parece —convino Will.

—¿Acaso no saben que los caballos están aquí y ustedes pueden verlos?

—Lo que ellos saben es que acabamos de empezar —dijo Will— y que hemos empezado por los pescadores. Estoy seguro de que deben de pensar que aún tardaremos un mes en empezar a interesarnos por la carne de caballo de aquí. Y entretanto adoptan con nosotros una actitud... ¿cómo diría? Bueno, da igual. A mí no se me dan muy bien las palabras, pero mi amigo Arthur lo llama «desprecio cordial». Creo que dejan los caballos delante de nuestros ojos porque piensan que no sabremos lo que estamos viendo. O porque piensan que no podremos creer lo que vemos. Me alegro mucho de haberla encontrado aquí.

«¿Porque le he podido facilitar un recuento de caballos más preciso? ¿Esta es la

única razón?»

—Pero ustedes conseguirán contar los caballos. Al final, quiero decir. Supongo que ésta debe de ser una de las principales necesidades de la Afiliación.

Él la miró con extrañeza, como si le hubiera pasado por alto algo de todo punto evidente. Se sintió un poco cohibida.

—¿Qué? ¿Qué es?

—A lo mejor esperan que los caballos de más ya se hayan ido cuando nosotros lleguemos a esta faceta de los asuntos de la Baronía.

—Se hayan ido, ¿adónde?

—No lo sé. Pero eso no me gusta nada. Eso que le he dicho quedará entre nosotros, ¿verdad, Susan?

Ella asintió con la cabeza. Sería una insensata si le dijera a alguien que había estado con Will Dearborn en la Pendiente sin más carabinas que Rusher y Pylon.

—Es posible que no sea nada, pero si lo fuera, el hecho de saberlo podría ser peligroso.

Lo cual llevó de nuevo a la cuestión del padre de Susan. Lengyll le había dicho a ésta y a tía Cord que Pat había sido derribado y pisoteado por Ocean Foam. Ninguna de ellas había tenido motivos para dudar de las palabras de aquel hombre. Pero Fran Lengyll también le había dicho al amigo de Will que en Mejis sólo había cuatrocientos ejemplares de caballos de carreras, lo cual era una mentira descarada.

Will se volvió hacia su caballo, y Susan se alegró.

Una parte de ella deseaba que se quedara y que permaneciera a su lado mientras las nubes arrojaban sus alargadas sombras sobre el prado, pero ya llevaban demasiado rato allí juntos. No había razón para pensar que alguien pasara por allí y los viera, pero aquella idea, en lugar de consolarla, la puso más incomprensiblemente nerviosa que nunca.

Will enderezó el estribo que colgaba al lado del asta enfundada de su lanza (Rusher relinchó desde lo más profundo de su garganta, como diciendo, «ya era hora») y se volvió de nuevo hacia ella. Susan se sintió casi a punto de desmayarse cuando él la miró. Ahora la idea de ka era demasiado fuerte como para poder rechazarla. Intentó decirse que era la «oscuridad» -aquella sensación de haber vivido algo anteriormente-, pero no era la oscuridad; era la sensación de haber encontrado el camino que una ha estado buscando desde el principio.

—Hay otra cosa que quiero decirle. No me gusta regresar al lugar en el que

hemos empezado, pero tengo que hacerlo.

—No —dijo Susan con un hilillo de voz—. Eso ya está cerrado.

—Le dije que la amaba y que estaba celoso —dijo Will, y por primera vez la voz le salió un poco extraviada, como si le temblara en la garganta. Susan se alarmó al ver las lágrimas de sus ojos—. Había algo más.

—Will, no quiero que...

Susan se volvió hacia su caballo. Él la asió por el hombro y la obligó a volverse de nuevo de cara a él. No lo hizo con aspereza, pero el carácter inexorable de su acción fue terrible. Susan contempló su rostro con impotencia, vio que era joven y estaba lejos de casa, y de repente comprendió que no podría resistírsele mucho tiempo. El deseo de él era tan intenso que casi resultaba doloroso. Hubiera dado un año de su vida para poder apoyar las palmas de las manos en sus mejillas y sentir el contacto de su piel.

—¿Echa de menos a su padre, Susan?

—Sí —contestó ella en un susurro—. Con toda mi alma.

—Yo echo de menos a mi madre de la misma manera.

Ahora él la sujetó por ambos hombros. Una lágrima trazó una línea plateada en su mejilla.

—¿Ha muerto?

—No, pero ocurrió una cosa. Acerca de ella. A ella. ¡Mierda! ¿Cómo es posible que hable de algo si ni siquiera sé cómo pensar en este algo? En cierto modo, ella murió. Para mí.

—Will, eso es terrible.

Él asintió con la cabeza.

—La última vez que la vi, ella me miró de una manera que me perseguirá hasta la tumba. Vergüenza, amor y esperanza, las tres cosas juntas. Vergüenza por lo que yo había visto y sabía acerca de ella, esperanza quizá de que comprendiera y perdonara... —Will lanzó un profundo suspiro—. La noche de la fiesta, hacia el final de la cena, Rimer dijo algo gracioso. Todos ustedes se rieron...

—Si lo hice, fue sólo porque hubiera resultado extraño que yo fuera la única que no lo hiciera —dijo Susan—. No me gusta. Creo que es un intrigante y un conspirador.

—Todos ustedes se rieron y yo miré casualmente hacia el fondo de la mesa. Hacia Olive Thorin. Y por un instante, sólo un instante, me pareció que era mi madre. La expresión era la misma, ¿comprende? La misma que vi aquella mañana cuando abrí una puerta equivocada en el momento equivocado y me encontré con mi madre y con

su...

—¡Ya basta! —gritó ella, apartándose de sus manos. Todo en su interior se puso repentinamente en movimiento y todos los cabos de amarre, las hebillas y las abrazaderas que había utilizado para no desintegrarse parecieron derretirse—. ¡Ya basta, ya basta, no puedo oírle hablar de ella!

Alargó la mano hacia Pylon, pero ahora todo el mundo se había convertido en unos mojados prismas. Rompió en sollozos. De nuevo sintió las manos de Will sobre sus hombros obligándola a darse la vuelta, y no opuso resistencia.

—Me muero de vergüenza —dijo—. Me muero de vergüenza y de miedo y lo siento en el alma. He olvidado el rostro de mi padre y... y...

Y jamás lo volveré a encontrar, hubiera querido decir, pero no tuvo que decir nada. Él la hizo callar con sus besos. Al principio se dejó besar... pero después le devolvió los besos y lo besó casi con furia. Le secó la humedad de debajo de los ojos con unos suaves golpecitos de los dedos pulgares y después deslizó hacia arriba las palmas de las manos por sus mejillas tal como ansiaba hacer. La sensación fue deliciosa; hasta la suave aspereza de su hirsuta barba cerca de la piel fue deliciosa. Deslizó los brazos alrededor de su cuello, con la boca abierta en la suya, lo abrazó y lo besó con toda la fuerza de su alma, lo besó entre los dos caballos que se miraron el uno al otro y después siguieron comiendo hierba, como si tal cosa.

9

Fueron los mejores besos de toda la vida de Rolando, jamás olvidados: la flexible docilidad de sus labios y la recia forma de los dientes, urgente y sin el menor asomo de timidez; la fragancia de su aliento, la dulce línea de su cuerpo pegado al suyo. Él subió la mano hacia su pecho izquierdo, lo comprimió suavemente y percibió los rápidos latidos de su corazón. La otra mano subió hacia el sedoso cabello y lo peinó junto a la sien. Jamás olvidaría su textura.

Después ella se apartó con el rostro encendido de rubor y pasión mientras se acercaba una mano a los labios que él había besado hasta dejarlos entumecidos. Un hilillo de sangre se escapaba del ángulo del labio inferior. Sus grandes ojos estaban clavados en los suyos. Su pecho subía y bajaba como si acabara de participar en una carrera. Y entre ambos discurría una corriente distinta a cualquier otra cosa que él jamás hubiera sentido en su vida. Discurría como un río y provocaba febriles estremecimientos.

—Ya basta —dijo ella con trémula voz—. Ya basta, por favor. Si de veras me quieres, no permitas que me deshonre. He hecho una promesa. Cualquier cosa que pudiera ocurrir después del cumplimiento de la promesa, supongo... si todavía me quisieras...

—Esperaría eternamente —dijo él con profunda serenidad— y haría cualquier cosa por ti menos apartarme y verte alejarte con otro hombre.

—Pues, si me quieres, apártate de mí. ¡Por favor, Will! —Otro beso.

Ella se adelantó, levantó confiadamente el rostro hacia el suyo y entonces él comprendió que podría hacer con ella lo que quisiera. Por un momento al menos, ella dejó de ser dueña de sí misma, y por consiguiente podía ser suya. Podía hacer con ella lo que Marten había hecho con su madre si quisiera.

Aquella idea destruyó su pasión y la convirtió en unos carbones que cayeron como una brillante ducha, apagándose uno a uno en medio de un oscuro desconcierto. La aceptación de su padre («Hace dos años que lo sé») era en muchos sentidos lo peor de todo lo que le había ocurrido aquel año; ¿cómo podía enamorarse de aquella chica -de cualquier chica en un mundo en el que tales maldades del corazón parecían necesarias e incluso se podían repetir?

Y sin embargo la amaba.

En lugar del apasionado beso que ansiaba, apoyó levemente los labios en la comisura de su boca, en el lugar de donde había manado el hilillo de sangre. Lo besó, saboreando una sal semejante a la de sus propias lágrimas. Cerró los ojos y se estremeció cuando ella le acarició el cabello y la nuca.

—No quisiera hacerle el menor daño a Olive Thorin por nada del mundo —le susurró al oído—. No se lo quisiera hacer en la misma medida en la que no te lo quisiera hacer a ti, Will. No lo comprendí y ahora ya es demasiado tarde para arreglarlo. Pero gracias por no... por no haber tomado lo que hubieras podido tomar. Te recordaré siempre. Recordaré la sensación de tus besos. Creo que es lo mejor que jamás me ha ocurrido. Como el cielo y la tierra envueltos en una sola cosa.

—Yo también te recordaré.

La vio montar en su caballo y recordó el brillo de sus piernas desnudas en la oscuridad la noche en que la había conocido. Y, de repente, no pudo permitir que se fuera. Alargó la mano y le rozó la bota.

—Susan...

—No —dijo ella—. Por favor.

Él se apartó un poco.

—Éste es nuestro secreto —dijo ella—. ¿De acuerdo?

—Sí.

Ella sonrió... pero fue una sonrisa triste.

—Apártate de mí a partir de ahora, Will. Por favor. Y yo me apartaré de ti.

Él lo pensó un poco.

—Si podemos.

—Tenemos que hacerlo, Will. Tenemos que hacerlo.

Susan se alejó muy rápido. Rolando permaneció de pie junto al estribo de Rusher, viéndola alejarse. Y cuando la perdió de vista en el horizonte, siguió mirando.

10

El Sheriff Avery, el agente Dave y el agente George Riggins estaban sentados en el porche del despacho y la prisión del Sheriff cuando el señor Stockworth y el señor Heath (este último todavía con aquel estúpido cráneo de pájaro colocado en el arzón de su silla de montar) pasaron por delante de ellos cabalgando a buen ritmo. Hacía quince minutos que había sonado la campanada del mediodía, por lo que el Sheriff Avery supuso que debían de dirigirse a almorzar, quizás al Molino o quizás al Descanso, donde se servían unos platos aceptables. Avery quería cosas más sustanciosas; medio pollo o una pierna de vaca le iba muy bien.

El señor Heath sonrió y los saludó con la mano.

—¡Buenos días, caballeros! ¡Larga vida! ¡Dulces brisas! ¡Felices siestas!

Ellos saludaron con la mano y sonrieron. Cuando los perdieron de vista, Dave dijo:

—Se han pasado toda la mañana allá abajo, en los muelles, contando redes. ¡Redes! ¿Se imagina?

—Sí, señor —dijo el Sheriff Avery, levantando ligeramente una mofletuda nalga desde el asiento de la mecedora para soltar un ruidoso pedo—. Sí, señor. Me lo imagino.

—De no ser por la manera con que se enfrentaron a los chicos de Jonas —dijo George—, yo hubiera creído que eran un hatajo de imbéciles.

—Y no es probable que a ellos les importara.

Miró a Dave, que estaba dando vueltas a su monóculo en el extremo de su cinta, mirando en la dirección que los chicos habían tomado. Había gente en la ciudad que ya

llamaba a los Mocosos de la Afiliación Pequeños cazadores de Ataúdes. Avery no sabía muy bien qué pensar. Había arreglado las cosas entre ellos y los chicos duros de Thorin, Rimer lo había premiado con una mención honorífica y una moneda de oro por sus esfuerzos, pero aun así... no sabía qué pensar de ellos.

—El día que vinieron —le dijo a Dave—, pensaste que eran unos blandengues. ¿Qué dices ahora?

—¿Ahora? —Dave hizo girar una última vez su monóculo y después se lo acercó al ojo y miró al Sheriff a través de él—. Ahora pienso que a lo mejor son un poco más duros de lo que yo pensaba al principio.

«Pues sí —pensó Avery—. Pero duro no equivale a listo, gracias a los dioses. Sí, gracias fueran dadas a los dioses por aquella merced.»

—Tengo un hambre de toro —dijo levantándose. Se inclinó, apoyando las manos en las rodillas y soltó otro sonoro pedo. Dave y George se miraron el uno al otro. George se abanicó la cara con la mano. El Sheriff Herkimer Avery, el Sheriff de la Baronía, se enderezó con aliviada expresión de placer anticipado—. Hay más sitio fuera que dentro —dijo—. Vamos, chicos. Bajemos al final de la calle a zamparnos un bocado.

11

Ni siquiera la puesta de sol mejoraba el panorama que se divisaba desde el porche del barracón de la Franja K. El edificio -exceptuando el cobertizo de la cocina y la cuadra, el único que todavía quedaba en pie en lo que antaño fuera el terreno de la vivienda- tenía forma de L, y el porche estaba construido en la parte interior del brazo más corto. En él les habían dejado justo el número exacto de asientos: dos desvencijadas mecedoras y una caja de madera, sobre la cual se había clavado una inestable tabla que servía de respaldo.

Aquella noche Alain estaba acomodado en una de las mecedoras y Cutberto en el asiento de la caja, que era su preferido. En la barandilla, contemplando la tierra batida del patio de la entrada y el incendiado esqueleto del hogar de Garber, se encontraba el centinela.

Alain estaba muerto de cansancio, y aunque los dos se habían bañado en el río que había a dos pasos del extremo oriental del terreno de la vivienda, pensaba que aún no se había quitado de encima el olor de pescado y de algas marinas. Se habían pasado el día contando redes. El trabajo duro no le importaba, ni siquiera cuando era

monótono, pero no le gustaba el trabajo absurdo, y aquél lo era. Hambria estaba dividida en dos partes: los pescadores y los criadores de caballos. Para ellos no había nada de interés entre los pescadores, y al cabo de tres semanas los tres así lo habían comprendido. Las respuestas que buscaban estaban en la Pendiente, a la que de momento sólo habían echado un vistazo. Por orden de Rolando.

El viento soplaba en ráfagas, y por un instante los tres pudieron oír el chirriante murmullo de la raedura.

—Aborrezco este sonido —dijo Alain.

Cutberto, insólitamente taciturno e introspectivo aquella noche, asintió con la cabeza y se limitó a decir:

—Sí.

Todos estaban hablando con el acento del lugar, y Alain sospechaba que los tres conservarían Hambria en la lengua mucho después de que se hubieran sacudido su polvo de las botas.

A su espalda, desde el interior del barracón, les llegó un sonido menos desagradable: el arrullo de las palomas. Y después, desde la vuelta de la esquina del barracón, otro sonido más que él y Cutberto habían estado oyendo sin darse cuenta mientras contemplaban la puesta de sol: los cascos de un caballo. De Rusher.

Rolando dobló la esquina, cabalgando a buen paso, y entonces, ocurrió algo que a Alain le pareció un extraño prodigio... una especie de presagio. Se oyó un batir de alas, apareció una oscura forma en el aire, y de repente un pájaro se posó en el hombro de Rolando.

Éste no se sobresaltó y apenas volvió la cabeza. Se acercó al poste de atar el caballo y permaneció sentado allí, con la mano extendida.

—Hile —dijo en un susurro, y la paloma saltó a la palma de su mano.

Atada a una de sus patas, la paloma llevaba una cápsula. Rolando la retiró, la abrió y sacó una estrecha tira de papel, apretadamente enrollada. En su otra mano sostenía a la paloma.

—Hile —dijo Alain, extendiendo la mano.

La paloma voló hacia ella. Mientras Rolando desmontaba, Alain llevó a la paloma al interior del barracón, donde las jaulas estaban colocadas debajo de una ventana. Abrió la del centro. La paloma que acababa de llegar saltó al interior de la jaula; y la del interior de la jaula salió y saltó a la palma de su mano. Alain cerró la puerta de la jaula, la aseguró, cruzó la estancia y levantó la almohada de la litera de Berto. Debajo había

un sobre de lino que contenía varias tiras de papel en blanco y una minúscula pluma de escribir. Tomó una de las tiras y la pluma que disponía de su propio depósito de tinta y no se tenía que mojar.

Salió al porche. Rolando y Cutberto estaban estudiando la tira de papel desenrollada que la paloma les había traído desde Gilead. En la tira había toda una

serie de pequeñas figuras geométricas:

—¿Qué dice? —preguntó Alain.

La clave era muy sencilla, pero él no lograba aprendérsela de memoria ni leerla a primera vista tal como habían conseguido hacer enseguida Rolando y Berto. El talento de Alain -su capacidad de rastreo y su fácil acceso al tacto- discurría por otro camino.

—«Farson se desplaza hacia el este —leyó Cutberto—. Las fuerzas se dividen, una grande y otra pequeña. Veis algo insólito.» —Miró a Rolando, casi ofendido—. Algo insólito, ¿qué significa eso?

Rolando sacudió la cabeza. No lo sabía. Dudaba mucho que los hombres que habían enviado el mensaje -de los cuales uno debía de ser con toda seguridad su propio padre- lo supieran.

Alain le entregó a Cutberto la tira y la pluma. Con un dedo Cutberto acarició la cabeza de la paloma que estaba zureando suavemente y erizando las plumas de las alas como si ya estuviera deseando volar hacia el oeste.

—¿Qué tengo que escribir? —preguntó Cutberto—. ¿Lo mismo? Rolando asintió con la cabeza.

—¡Pero hemos visto cosas que son insólitas! —dijo Alain—. ¡Y sabemos que aquí ocurre algo! Los caballos... y, en el pequeño rancho del sur... no recuerdo el nombre...

Cutberto lo recordaba.

—La Mecedora K.

—Sí, la Mecedora K. Allí hay bueyes. ¡Bueyes! ¡Dioses míos, en mi vida los había visto como no fuera en las ilustraciones de los libros!

Rolando pareció alarmarse.

—¿Sabe alguien que los visteis?

Alain se encogió impacientemente de hombros.

—No creo. Había unos caballerizos por allí... tres, quizá cuatro...

—Cuatro —dijo Cutberto.

—... pero no se fijaron en nosotros. Incluso cuando vemos cosas, ellos creen que no las vemos.

—Y así tiene que ser.

Los ojos de Rolando estudiaron a sus compañeros, pero por su expresión parecía un poco ausente, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos. Se volvió para contemplar el ocaso y entonces Alain vio algo en el cuello de su camisa. Lo quitó con un movimiento tan hábil y rápido que ni siquiera Rolando se dio cuenta. Berto no lo hubiera podido hacer, pensó Alain con cierto orgullo.

—Sí, pero...

—El mismo mensaje —dijo Rolando. Se sentó en el peldaño superior y contempló el rojizo color del anochecer hacia el oeste—. Paciencia, señor Richard Stockworth y señor Arthur Heath. Sabemos ciertas cosas y creemos otras. Pero ¿recorrería John Farson todo este camino simplemente para reabastecerse de caballos? No lo creo. No estoy seguro, los caballos valen mucho, desde luego... pero no estoy seguro. Tenemos que esperar.

—Muy bien pues, el mismo mensaje —dijo Cutberto, alisando la tira de papel sobre la barandilla del porche y trazando después en ella toda una serie de pequeños símbolos.

Alain pudo leer el mensaje; había visto varias veces la misma secuencia desde su llegada a Hambria. «Mensaje recibido. Estamos bien. Nada que comunicar en este momento.»

El mensaje se colocó en la cápsula y se aseguró a la pata de la paloma. Alain bajó los peldaños, se situó al lado de Rusher (el cual aún estaba esperando pacientemente a que le quitaran la silla de montar) y sostuvo el pájaro en su mano en dirección al pálido ocaso.

¡Hile!

La paloma levantó el vuelo y desapareció en medio de un batir de alas. Por un instante sólo la vieron ellos, una oscura forma recortada contra el cielo cada vez más oscuro.

Sentado en el peldaño, Rolando se la quedó mirando con la misma expresión soñadora de antes. Alain se preguntó si la decisión que había tomado Rolando aquella noche sería la más acertada. Jamás en su vida se le había ocurrido pensarlo. Ni se le había pasado por la cabeza que alguna vez pudiera pensarlo.

—¿Rolando?

—¿Mmmmm? —Como un hombre al que acabaran de medio despertar de un profundo sueño.

—Yo lo desensillo si quieres —dijo, señalando con la cabeza a Rusher—. Y lo almohazo.

Durante un buen rato no hubo respuesta. Alain estaba a punto de volver a preguntar cuando Rolando dijo:

—No, ya lo haré yo. Dentro de un minuto o dos.

Y siguió contemplando la puesta de sol.

Alain subió los peldaños del porche y se sentó en su mecedora.

Berto había vuelto a ocupar su lugar en el asiento de la caja. Ambos se encontraban ahora a espaldas de Rolando. Cutberto miró a Alain enarcando las cejas. Señaló a Rolando y volvió a mirar a Alain.

Alain le pasó lo que había recogido en el cuello de Rolando. A pesar de que era algo casi demasiado fino como para que se pudiera ver con tan poca luz, Cutberto tenía ojos de pistolero y lo tomó fácilmente y sin ninguna vacilación.

Era un largo cabello del color del oro hilado. Alain adivinó por la expresión del rostro de Cutberto que éste sabía de qué cabeza procedía el cabello. Desde su llegada a Hambria, sólo habían conocido a una muchacha de largo cabello rubio. Los ojos de ambos jóvenes se encontraron. En los de Berto Alain vio consternación y risa por igual.

Cutberto Allgood se acercó el anular a la sien y fingió apretar un imaginario gatillo.

Alain asintió con la cabeza.

Sentado en los peldaños, de espaldas a ellos, Rolando contempló el moribundo ocaso con ojos soñadores.

CAPÍTULO VIII

BAJO LA LUNA DEL BUHONERO

1

La ciudad de Ritzy, a casi seiscientos kilómetros al oeste de Mejis, lo era todo menos lujosa. Roy Depape llegó allí tres noches antes de que la Luna del Buhonero -que algunos llamaban la Luna de Finales de Verano- alcanzara su plenitud, y se fue un día más tarde.

En realidad Ritzy era una miserable aldea minera situada en la ladera oriental de las Montañas Vi Castis, a unos ochenta kilómetros del Atajo de Vi Castis. La ciudad sólo tenía una calle que en aquellos momentos estaba labrada por multitud de rodadas más duras que el hierro y que se convertiría en un lago de barro unos tres días después del inicio de las tormentas otoñales. Había el Almacén Mercantil del Oso y la Tortuga & Artículos Variados, donde la Compañía Vi Castis tenía prohibido comprar a los mineros, y un economato de la empresa, donde sólo compraban los pobretones; también había una combinación de cárcel y Sala de Reuniones Municipal con un molino de viento y una horca delante de la fachada principal; y seis ruidosas tabernas a cual más sórdida y peligrosa.

Ritzy era como una fea cabeza inclinada entre dos inmensos hombros encogidos: las estribaciones de la montaña. Por encima de la ciudad y hacia el sur se levantaban las chozas de chilla donde la Compañía alojaba a sus mineros; cada soplo de brisa llevaba consigo el hedor de los pozos negros de sus retretes colectivos. Al norte estaban las minas: unas peligrosas galerías sin entibar que bajaban hasta unos quince metros de profundidad y después se extendían como unos dedos en busca de oro, plata, cobre y algún nido ocasional de brillantes. Por fuera no eran más que unos agujeros abiertos en la rocosa y desnuda tierra, unos agujeros que parecían ojos, cada uno con su propio montón de arcilla y raspaduras junto a la entrada.

Allí arriba había habido en otros tiempos minas de pequeños propietarios, pero todas ellas habían desaparecido por obra de la Compañía Vi Castis. Depape lo sabía porque los Grandes Cazadores de Ataúdes habían intervenido en el espectáculo. Fue poco después de haberse unido a Jonas y Reynolds. Incluso se habían hecho tatuar aquellos ataúdes en las manos a menos de ochenta kilómetros de allí, en la ciudad de Wind, un lodazal todavía menos elegante que Ritzy. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? No

podía decirlo exactamente, a pesar de que hubiera tenido que recordarlo. Sin embargo, en lo tocante al pasado, Depape se sentía a menudo perdido. Le costaba incluso recordar su edad. Porque el mundo había seguido adelante y ahora era distinto. Más suave.

Pero había una cosa que no tenía ninguna dificultad en recordar: le refrescaba la memoria la punzada de dolor que sentía cada vez que se daba un golpe en el dedo herido. Aquello era la promesa que él se había hecho de ver muertos a Dearborn, Stockworth y Heath, en fila y con las manos unidas como los monigotes de papel de una niña. Se proponía preparar para la acción aquella parte de su persona que tan infructuosamente había deseado a Su Señoría en el transcurso de las últimas tres semanas y de utilizarla como manguera para regar sus rostros muertos. La parte principal del chorro la reservaría para Arthur Stockworth de Gilead, Nuevo Canaán. Aquel sonriente y charlatán hijo de puta no tardaría en recibir un manguerazo de primera.

Depape salió a lomos de su caballo por el extremo oriental de la única calle de Ritzy, subió al trote por la ladera de la primera colina, y al llegar a la cima se detuvo para echar un vistazo hacia atrás. La víspera, cuando había hablado con aquel viejo hijo de puta detrás de la taberna Hattigan's, Ritzy era una juerga. Ahora, a las siete de la mañana, su aspecto era tan espectral como el de la Luna del Buhonero que todavía perduraba en el cielo por encima de las saqueadas colinas. Pero se oían los metálicos golpes del interior de las minas. Faltaría más. Aquellos nenes trabajaban siete días a la semana. Los malos no podían descansar... y suponía que él estaba incluido en dicha categoría. Hizo volver la cabeza a su caballo con la habitual y desconsiderada fuerza de sus manos, le comprimió los costados con las botas y se dirigió hacia el este, pensando en el viejo hijo de puta. Creía haberle tratado aceptablemente bien. Le había prometido una recompensa y había pagado la información recibida.

—Sí —dijo Depape mientras el nuevo sol arrancaba destellos de los cristales de sus gafas (era una de aquellas insólitas mañanas en que no tenía resaca y se sentía bastante animado)—. Creo que el viejo asqueroso no se podrá quejar.

Depape no tuvo ninguna dificultad en seguir la pista de aquellos jóvenes imbéciles; al parecer, habían llegado al este por el Gran Camino directamente desde Nuevo Canaán, y en todas las ciudades donde se habían detenido, su presencia no había pasado inadvertida. No había pasado inadvertida ni siquiera en aquellas que simplemente se habían limitado a cruzar. Era lógico que así hubiera sido. Unos jóvenes

montados en unos estupendos caballos sin cicatrices en la cara ni tatuajes registrados en las manos, vestidos con elegantes prendas y tocados con sombreros caros. Se les recordaba especialmente bien en las posadas y tabernas, donde se habían detenido a tomar refrigerios, pero no habían probado las bebidas alcohólicas. Ni siquiera la cerveza o el Graf. Sí, los recordaban muy bien. Unos chicos que viajaban por la carretera y casi parecían despedir destellos. Como si procedieran de unos tiempos pasados y mejores.

«Me mearé en sus caras -pensó Depape mientras cabalgaba-. Uno a uno. El último será el señor Arthur "Ja-Ja" Heath. Te guardaré el suficiente como para ahogarte, en caso de que no hayas llegado todavía al claro del final del camino.»

Se habían fijado en ellos, pero eso no era suficiente; si regresara a Hambria sólo con eso, lo más probable era que Jonas le arrancara la nariz de un disparo. Y se lo tendría merecido. «Puede que sean unos chicos ricos, pero son algo más que eso.» Lo había dicho él mismo. El caso era averiguar qué otra cosa eran. Y finalmente, en medio del pestazo a mierda y azufre de Ritzy, lo había averiguado. No todo tal vez, pero lo suficiente como para dar media vuelta con su caballo antes de que llegara sin darse cuenta hasta el maldito Nuevo Canaán.

Había estado en otras dos tabernas donde le habían servido cerveza aguada antes de entrar en Hattigan's. Pidió otra cerveza aguada y se estaba preparando para trabar conversación con el tipo de la barra. Sin embargo, antes de que empezara a sacudir el árbol, la manzana que él quería le cayó limpiamente en la palma de la mano. Era la voz de un viejo (de un viejo hijo de puta), hablando con aquella estridente e insoportable intensidad que es prerrogativa exclusiva de los viejos hijos de puta con varias copas de más. Estaba hablando de los viejos tiempos, como suelen hacer los viejos hijos de puta, y de cómo había adelantado el mundo y de lo mucho mejor que estaban las cosas cuando él era joven. De pronto, dijo algo que indujo a Depape a aguzar el oído: algo acerca de la posibilidad de que regresaran los viejos tiempos, pues ¿acaso él no había visto a tres jóvenes lores hacía apenas dos meses o puede que menos e incluso había invitado a un trago a uno de ellos, aunque sólo fuera de zarzaparrilla con gaseosa?

—Tú no sabrías distinguir la diferencia entre un joven lord y una joven cagarruta —dijo una señorita a la que, al parecer, sólo le quedaban cuatro dientes en la boca.

El comentario provocó las carcajadas de los presentes. El viejo hijo de puta se volvió a mirarla, ofendido.

—¡Ya lo creo que la sé distinguir! —dijo—. He olvidado muchas más cosas de las que tú aprenderás en tu vida. Uno de ellos por lo menos pertenecía a la estirpe de Eld, pues vi a su padre en su rostro con tanta claridad como veo tus colgantes tetas, Jolene.

Y entonces el viejo hijo de puta había hecho algo que Depape había admirado bastante: había tirado de la pechera de la blusa de la puta de la taberna y le había vertido lo que le quedaba de cerveza por el escote. Ni siquiera las sonoras carcajadas ni los fuertes aplausos que provocó aquella acción pudieron ahogar el graznido de furia de la chica, o los gritos del viejo cuando ésta empezó a golpearlo y a propinarle puñetazos en la cabeza y los hombros. Al principio, los gritos del viejo hijo de puta fueron sólo de indignación, pero cuando la chica agarró su jarra de cerveza y la rompió contra la parte lateral de su cabeza, se convirtieron en gritos de verdadero dolor. La sangre, mezclada con las heces de la cerveza aguada, empezó a bajar por el rostro del viejo hijo de puta.

—¡Largo de aquí! —le gritó ella, empujándolo hacia la puerta. Varios saludables puntapiés de los mineros presentes (que habían cambiado de bando con la misma facilidad con que el viento cambia de dirección) lo ayudaron a salir—. ¡Y no se te ocurra volver! ¡Te huelo la hierba en el aliento, viejo asqueroso! ¡Largo de aquí y llévate tus malditas historias de los viejos tiempos y de los jóvenes lores!

El viejo hijo de puta había sido empujado de esta guisa a través del local, pasando por delante del trompetista que estaba distrayendo con su música a los parroquianos de la taberna Hattigan's (aquel digno caballero tocado con un bombín había añadido su propio puntapié al trasero de los polvorientos pantalones del viejo hijo de puta sin perder un solo compás de Jueguen, señoras, jueguen) y lo había arrojado desde la puerta de vaivén a la calle en cuyo suelo el viejo se había desplomado boca abajo.

Depape se había acercado a él y lo había ayudado a levantarse. Mientras lo hacía, había percibido en el aliento del viejo un agrio olor -que no era de cerveza- y había observado las reveladoras manchas verde grisáceas de las comisuras de sus labios. Marihuana, sin la menor duda. Probablemente el viejo hijo de puta se estaba iniciando en su consumo (por la razón de siempre: la «hierba del diablo» crecía espontáneamente en las colinas, a diferencia de la cerveza y el whisky que se vendían en la ciudad), pero cuando empezaban, no tardaban mucho en espicharla.

—No tienen respeto —dijo el viejo hijo de puta con la voz pastosa—. Y tampoco entienden nada.

—Muy cierto —dijo Depape, hablando con el acento de la costa y la Pendiente.

El viejo hijo de puta le miró, tambaleándose, mientras trataba infructuosamente de secarse la sangre que le bajaba por las arrugadas mejillas desde la herida de la cabeza.

—Hijo mío, ¿me invitas a un trago? ¡Recuerda el rostro de tu padre e invita a este pobre viejo a un trago!

—No soy muy partidario de dar limosna, viejo amigo —contestó Depape—, pero quizá tu mismo podrías ganar para un trago. Sal de aquí, ven a mi despacho y vamos a ver qué ocurre.

Ayudó al viejo hijo de puta a abandonar la calzada y subir a la acera de tablas de madera y se dirigió con él a la izquierda de la negra puerta de vaivén, por encima y por debajo de la cual unos dorados haces de luz se derramaban al exterior.

Esperó a que pasara un trío de mineros cantando a pleno pulmón («La mujer que yo amo... es alta y delgada... y mueve el cuerpo como un cañonazo...») y después, sujetando al viejo hijo de puta por el codo, lo había acompañado al callejón que había entre Hattigan's y la empresa de pompas fúnebres de al lado. Para algunas personas, pensó Depape, puede que una visita a Ritzy equivaliera a una única parada de compras: te bebes un trago, te pegan un balazo y te entierran en la puerta de al lado.

—Tu despacho —graznó el viejo hijo de puta mientras Depape lo acompañaba por el callejón hasta la valla de tablones de madera y los montones de basura del fondo. El viento llevaba hasta la nariz de Depape los olores de azufre y ácido fénico de las minas. A su derecha, la barahúnda de la juerga de los borrachos traspasaba la pared lateral de Hattigan's—. Conque tu despacho, ¿eh?, pues muy bien.

—Sí, mi despacho.

El viejo lo miró bajo la luz de la luna que se desplazaba por la rendija de cielo visible desde el callejón.

—¿Eres de Mejis o de Tepachi?

—Puede que de un sitio, puede que del otro y puede que de ninguno.

—¿Te conozco?

El viejo hijo de puta lo estaba mirando con más detenimiento y hasta se había puesto de puntillas como si esperara un beso. Qué asco.

Depape lo empujó.

—No te acerques tanto, papi.

Pero se sintió un poco animado. Él, Jonas y Reynolds habían estado allí en otra

ocasión, y si el viejo recordaba su rostro, lo más probable era que estuviera diciendo la verdad respecto a unos tipos que había visto mucho más recientemente.

—Háblame de estos tres jóvenes lores, papi. —Depape dio unas palmadas a la pared de Hattigan's—. Puede que a estos de aquí dentro no les interese, pero a mí sí.

El viejo hijo de puta lo miró con un ojo calculador y legañoso.

—¿Y eso me podría reportar un poco de metal?

—Sí —contestó Depape—. Si me dices lo que yo quiero oír, te daré el metal.

—¿Oro?

—Dímelo y ya veremos.

—No, señor. Primero la pasta y después te cuento.

Depape lo sujetó por el brazo, le hizo dar la vuelta y tiró de una muñeca que parecía un haz de palillos que llegaba hasta las huesudas paletillas del viejo hijo de puta.

—Como juegues conmigo, papi, empezaremos por romperte el brazo.

—¡Suelta! —gritó el viejo hijo de puta casi sin resuello—. ¡Suelta, me fío de tu generosidad, muchacho! ¡Tienes cara de generoso! ¡De veras que sí!

Depape lo soltó. El viejo hijo de puta se frotó el hombro, mirándolo con recelo. Bajo la luz de la luna, la sangre que se estaba secando en sus mejillas parecía de color negro.

—Eran tres —dijo el viejo—. Tres chicos de buena cuna.

—¿Chicos o lores? ¿Cuál de las dos cosas, papi?

El viejo hijo de puta meditó la cuestión. El golpe recibido en la cabeza, el aire nocturno y el hecho de que le hubieran retorcido el brazo le habían hecho pasar la borrachera, por lo menos de momento.

—Las dos cosas, creo —dijo al final—. Uno era un lord, con toda seguridad, tanto si los de allí dentro lo creen como si no. Yo vi a su padre, y su padre llevaba pistolas. No estas cosas tan vulgares que tú llevas; con perdón, sé que son de lo mejorcito que hay actualmente, pero lo que él llevaba eran pistolas de verdad, como las que había cuando mi padre era pequeño. De esas grandes con culata de madera de sándalo.

Depape miró al viejo y sintió una oleada de emoción... y también, muy a su pesar, una especie de reverente temor. Se comportaban como pistoleros, había dicho Jonas. Al protestar Reynolds diciendo que eran demasiado jóvenes, Jonas había contestado que a lo mejor eran aprendices, y ahora él pensaba que probablemente el jefe estaba en lo cierto.

—¿Culatas de madera de sándalo? —preguntó—. ¿Culatas de auténtica madera de sándalo, papi?

—Sí.

Al ver su emoción y aquello en lo que creía, el viejo se tranquilizó visiblemente.

—Un pistolero, quieres decir. El padre de este joven llevaba grandes pistolas.

—Sí, un pistolero. Uno de los últimos lores. La estirpe está desapareciendo, pero mi padre lo conocía mucho. Steven Deschain de Gilead. Steven, hijo de Henry.

—Y ese que viste no hace mucho tiempo...

—Su hijo, el hijo de Henry el Alto. Los otros parecían de noble cuna, como si también pertenecieran a la estirpe de los lores, pero el que yo vi era descendiente directo de Arturo Eld, a través de alguno de los distintos linajes. Tan seguro como que tú caminas con dos piernas. ¿Ya me he ganado el metal?

Depape estaba a punto de decir que sí, pero entonces se dio cuenta de que no sabía a cuál de los tres imbéciles se refería el viejo hijo de puta.

—Tres jóvenes —dijo en tono meditabundo—. Tres jóvenes de noble cuna. ¿Y llevaban pistolas?

—No en un sitio donde los mineros de esta ciudad pudieran verlas —contestó el viejo hijo de puta, soltando una desagradable carcajada—. ¡Pero vaya si las llevaban! Seguramente escondidas en sus sacos de dormir. Me apostaría el reloj.

—Sí —dijo Depape—, me lo imagino. Y tres jóvenes, uno de los cuales es hijo de un lord. Tú crees que de un pistolero. De Steven de Gilead.

El nombre también le resultaba familiar.

—Steven Deschain de Gilead, exactamente.

—¿Y cómo dijo llamarse este joven lord?

El viejo hijo de puta hizo una alarmante mueca, tratando de recordarlo.

—¿Deerfield? ¿Deeerstine? No lo recuerdo muy bien...

—No importa, ya lo sé. Te has ganado el metal.

—¿De veras? —El viejo hijo de puta se acercó un poco más, con su dulzón y vomitivo aliento a hierba—. ¿De oro o de plata? ¿De qué, amigo mío?

—De plomo —contestó Depape, levantando el cuero y pegándole al viejo dos tiros en el pecho. Con lo cual le hizo un favor, en realidad. Ahora ya estaba regresando a Mejis. El viaje de vuelta sería mucho más rápido, pues no tendría que detenerse en todas las pequeñas ciudades de mierda para hacer preguntas.

Oyó un revoloteo de alas por encima de su cabeza. Una paloma -gris oscuro y

con un anillo blanco alrededor del cuello- se posó en una roca justo un poco más adelante, como si quisiera descansar. El aspecto del pájaro era muy curioso. No era una paloma silvestre, pensó Depape. ¿Una paloma doméstica que se le había escapado a alguien? No acertaba a imaginar que alguien de aquella desolada parte del mundo pudiera tener como animal doméstico otra cosa que no fuera un perro medio salvaje capaz de arrancarle la cabeza de un mordisco a cualquier presunto ladrón (por más que él no supiera muy bien qué podía tener aquella gente que mereciera la pena robar), aunque suponía que todo era posible. En cualquier caso, una paloma asada se le antojaría un bocado exquisito cuando por la noche se detuviera a descansar.

Sacó el arma, pero antes de que pudiera amartillarla, la paloma levantó el vuelo y se alejó hacia el este. De todos modos, él efectuó un disparo. A veces, uno tenía suerte; pero al parecer, esta vez no la había tenido; la paloma efectuó un leve descenso, volvió a subir y desapareció en la misma dirección que estaba siguiendo Depape. Éste permaneció sentado en su silla de montar, no excesivamente desconcertado; pensaba que Jonas se mostraría muy complacido con lo que él acababa de averiguar.

Al cabo de un rato apretó los costados de su caballo con las botas y se lanzó a un medio galope por el Camino del Mar de la Baronía en dirección este para regresar a Mejis, donde los chicos que lo habían puesto en un aprieto lo estaban esperando para recibir su merecido. Puede que fueran lores e hijos de pistoleros, pero últimamente hasta ésos podían morir. Tal como sin duda el viejo hijo de puta hubiera dicho, el mundo había avanzado mucho.

2

A última hora de una tarde, tres días después de que Roy Depape abandonara Ritzy para regresar con su caballo a Hambria, Rolando, Cutberto y Alain abandonaron la ciudad para dirigirse al norte y al oeste, bajando primero por la larga ladera de la Pendiente para adentrarse en el paraje que la gente de Hambria llamaba la Mala Hierba, y desde allí a los desiertos páramos. Por delante de ellos, y claramente visibles en cuanto salieron de nuevo a campo abierto, se levantaban unos desgastados y medio desintegrados riscos en cuyo centro había una oscura y casi vaginal hendidura con los bordes tan mellados que parecía haber sido creada por una malhumorada divinidad a golpes de hacha.

Entre el final de la Pendiente y los riscos habría unos diez kilómetros. Cuando

llevaban recorridas unas tres cuartas partes del camino, pasaron por delante del único rasgo geográfico auténtico de aquella llanura: una formación rocosa proyectada hacia arriba en forma de dedo, con la primera falange doblada. Por debajo de ella se extendía un pequeño prado en forma de bumerán y, cuando Cutberto lanzó un grito para oír el eco de su voz desde los riscos, una manada de parlanchines brambos emergió del prado y se alejó corriendo hacia el sudeste en dirección a la Pendiente.

—Es la Roca Colgante —dijo Rolando—. En su base hay un manantial, el único de la zona según dicen.

Fue la única conversación que había habido entre ellos durante su recorrido a caballo, pero Cutberto y Alain se intercambiaron una inconfundible mirada de alivio. Durante las últimas tres semanas Rolando no se había movido demasiado del lugar y había dejado que el verano pasara por su lado y a su alrededor. Les parecía muy bien que Rolando les dijera que tenían que esperar, prestar la mayor atención posible a las cosas que no importaban y contar las que sí importaban por el rabillo del ojo, pero ninguno de los dos se fiaba demasiado de la soñadora y distante expresión que mostraba Rolando aquellos días y que era como una especie de versión suya especial de la capa de Clay Reynolds. No lo comentaban entre sí; no era necesario. Ambos sabían que si Rolando empezara a cortejar a la bonita muchacha que el Alcalde Thorin deseaba convertir en su querida (¿y a qué otra persona hubiera podido pertenecer aquel largo cabello rubio?), los tres se verían metidos en graves dificultades. Pero Rolando no parecía tener intención de cortejar a nadie, ninguno de sus dos compañeros había visto más cabellos rubios en los cuellos de sus camisas, y aquella noche parecía ser el mismo de siempre, como si hubiera apartado a un lado aquella capa de abstracción. Provisionalmente quizá. Permanentemente, con un poco de suerte. Lo único que podían hacer era esperar a ver qué ocurría. Al final, ka lo diría, tal como siempre hacía.

A cosa de dos kilómetros de los riscos amainó de repente la fuerte brisa marina que había soplado a su espalda durante todo el recorrido, y oyeron el bajo y átono chillido procedente de la hendidura llamada el Cañón de la Armella. Alain se incorporó en su silla de montar, haciendo una mueca como un hombre que acabara de hincar el diente en un fruto extremadamente agrio. Sólo se le ocurría pensar en un puñado de afilados guijarros apretados en un fuerte puño. Los buitres sobrevolaban el cañón como atraídos por el sonido.

—Al centinela no le gusta, Will —dijo Cutberto, golpeando con los nudillos el

cráneo de cuervo—. Y a mí tampoco me gusta demasiado. ¿Para qué hemos venido aquí?

—Para contar —contestó Rolando—. Nos enviaron para que lo contáramos todo y lo viéramos todo y eso es algo que tenemos que contar y ver.

—Sí, claro —dijo Cutberto, refrenando su caballo con cierto esfuerzo; el bajo y chirriante gemido de la raedura lo había puesto nervioso—. Mil seiscientas catorce redes de pescar, setecientas diez pequeñas embarcaciones, doscientas catorce embarcaciones grandes, setenta bueyes cuya existencia nadie reconoce y, al norte de la ciudad, una raedura. Vete tú a saber lo que es eso.

—Vamos a averiguarlo —dijo Rolando.

Estaban cabalgando en dirección al sonido y ninguno sugirió la posibilidad de dar media vuelta, a pesar de que a ninguno de ellos le gustaba. Habían efectuado un largo recorrido para llegar hasta allí y Rolando tenía razón: ése era su trabajo. Además, sentían curiosidad.

La entrada del cañón estaba muy bien cubierta con maleza, tal como Susan le había dicho a Rolando que estaría. Probablemente en otoño la maleza se habría muerto, pero en aquellos momentos las amontonadas ramas aún conservaban las hojas y resultaba muy difícil ver el cañón a través de ellas. Un camino conducía al centro del montón de arbustos, pero era demasiado estrecho para los caballos (los cuales es posible que de todos modos se hubieran reapropiado) y Rolando apenas podía distinguir nada en medio de la declinante luz.

—¿Vamos a entrar? —preguntó Cutberto—. Que el Ángel Registrador tome nota de que soy contrario, aunque no me amotinaré.

Rolando no tenía intención de hacerles cruzar la maleza para conducirlos al origen de aquel sonido pues sólo tenía una idea muy vaga de lo que era una raedura. En el transcurso de las últimas semanas había hecho algunas preguntas al respecto, y las respuestas recibidas no le habían sido muy útiles. «Yo que ustedes no me acercaría», había sido el único consejo del Sheriff Avery. Hasta entonces, su mejor información era la que le había facilitado Susan la noche en que él la había conocido.

—Tranquilízate, Bert. No vamos a entrar.

—Muy bien —dijo Alain en un susurro. Rolando lo miró sonriendo.

Había un camino que subía por el lado oeste del cañón: era muy estrecho y empinado, pero podrían pasar por allí si iban con cuidado. Avanzaron en fila y sólo se detuvieron una vez para eliminar unas rocas que se habían desprendido y arrojar los

trozos astillados de pizarra y las hojas de esquisto a la quejumbrosa trinchera que tenían a su derecha. Una vez cumplida aquella tarea y cuando los tres se disponían a volver a montar en sus cabalgaduras, un ave de gran tamaño -quizás un urogallo o quizás una chachalaca de las praderas- levantó el vuelo en el borde del cañón con un explosivo rumor de plumas. Rolando deslizó la mano hacia sus caderas y vio que Alain y Cutberto hacían lo mismo. Teniendo en cuenta que sus armas de fuego estaban envueltas en una lona protectora y guardadas bajo las tablas del suelo del barracón de la Franja K, la cosa tuvo gracia.

Se miraron los unos a los otros sin decir nada (exceptuando la mirada de sus ojos que decía muchas cosas) y siguieron su camino. Rolando descubrió que el efecto de estar tan cerca de la raedura era acumulativo; no era un sonido al que uno pudiera llegar a acostumbrarse. En realidad ocurría justo todo lo contrario: cuanto más permanecía uno en las cercanías del Cañón de la Armella, tanto más el sonido le raspaba el cerebro. El sonido penetraba en los dientes y en los oídos; vibraba en el nudo de nervios situado por debajo del esternón y parecía devorar el húmedo y delicado tejido de la parte posterior de las orejas. Pero, por encima de todo, se le metía a uno en la cabeza y le decía que todo aquello de lo que siempre había tenido miedo se encontraba a la vuelta de la siguiente curva del camino, o más allá de aquel montón de rocas desprendidas, esperando para salir de su escondrijo y echársele a uno encima.

Cuando llegaron al plano y desierto paraje situado en lo alto del camino y el cielo volvió a abrirse ante ellos, la situación mejoró un poco, pero para entonces ya había oscurecido, y cuando desmontaron y se acercaron a pie al mellado borde del cañón, apenas pudieron ver otra cosa que no fueran unas sombras.

—Es inútil —dijo Cutberto en tono hastiado—. Hubiéramos tenido que salir más temprano, Rolando... Will, quiero decir. ¡Somos unos tontos!

—Aquí puedo ser Rolando, si quieres. Veremos lo que tenemos que ver y contaremos lo que tenemos que contar... una raedura, tal como tú dijiste. Tú espera.

Esperaron un poco y a los veinte minutos la Luna del Buhonero se elevó por encima del horizonte, una perfecta luna estival, enorme y anaranjada, que permanecía en suspenso en medio del violeta oscuro del cielo como si fuera un planeta a punto de caer. En su rostro se veía con toda claridad al Buhonero que venía de Nonas con su saco lleno de almas que gritaban. Una figura encorvada, hecha de sombras y con un saco claramente visible sobre un hombro encogido. A su espalda, la luz anaranjada

parecía despedir unos destellos de llamas infernales.

—¡Oh! —exclamó Cutberto—. ¡Qué espectáculo tan siniestro en combinación con el sonido que viene de abajo!

Pero se mantuvieron firmes (y lo mismo hicieron sus caballos, que tiraban periódicamente de las riendas como para decirles que ya era hora de que abandonaran aquel lugar), y la luna se elevó en el cielo y su tamaño se redujo ligeramente cuando se volvió de color plateado. Al final se elevó lo bastante como para arrojar su pálida luz sobre el Cañón de la Armella. Los tres muchachos miraron hacia abajo en silencio. Rolando no sabía lo que hubieran hecho sus amigos, pero él no hubiera podido hablar ni siquiera en caso necesario.

«Un cañón que parece una caja, muy corto y con paredes muy verticales», había dicho Susan, y la descripción se ajustaba a la verdad. También había dicho que la Armella parecía una chimenea tendida de lado y Rolando suponía que así debía de ser, siempre y cuando uno admitiera que, al caer, una chimenea se rompiera como consecuencia del golpe y se doblara un poco por el centro.

Hasta llegar a la parte doblada, el suelo del cañón parecía bastante normal; ni siquiera los huesos diseminados que se veían bajo la luz de la luna tenían nada de particular. Muchos animales que entraban en los cañones no sabían encontrar el camino para volver a salir y, en el caso de la Armella, las posibilidades de escapar de allí se reducían como consecuencia de la maleza amontonada en su entrada. Las paredes eran demasiado verticales como para poder trepar por ellas, exceptuando tal vez un lugar poco antes de llegar a la pequeña combadura. Allí Rolando pudo ver una especie de pequeño surco que subía por la pared del cañón, provisto -¡quizá!- de los suficientes salientes como para poder agarrarse a ellos. No había ninguna razón para que se hubiera fijado en aquel detalle; se había fijado en él porque sí, tal como seguiría fijándose en las posibles rutas de huida a lo largo de toda su existencia.

Más allá de la combadura, el suelo del cañón era algo que ninguno de ellos había visto jamás... cuando regresaron al barracón varias horas más tarde, todos estuvieron de acuerdo en que no sabían exactamente lo que habían visto. La segunda parte del Cañón de la Armella estaba oscurecida por una sombría y plateada licuescencia, de la que se elevaban como gallardetes una especie de serpientes de humo o de niebla. El líquido parecía moverse muy despacio, lamiendo las paredes que lo contenían. Más tarde descubrirían que tanto el líquido como la niebla eran de color verde claro; sólo la luz de la luna hacía que parecieran plateados.

Mientras miraban, una oscura forma volante -tal vez la misma que anteriormente ya los había asustado- descendió hacia la superficie de la raedura. Atrapó algo en el aire -¿un bicho?, ¿otro pájaro de tamaño más pequeño?- y empezó a elevarse de nuevo en el aire. Pero antes de que pudiera hacerlo, un plateado brazo de líquido surgió del suelo del cañón. El chirriante murmullo se intensificó levemente y se convirtió casi en una voz. Atrapó el pájaro en el aire y lo arrastró hacia abajo. Una verdosa luz, fugaz y desenfocada, se encendió en la superficie de la raedura como si fuera electricidad, e inmediatamente desapareció.

Los tres muchachos se miraron entre sí con ojos atemorizados.

«Salta pistolero», dijo repentinamente una voz. Era la voz de la raedura; era la voz de su padre; y también la voz de Marten el encantador, de Marten el seductor. Pero lo más terrible de todo fue que era su propia voz.

«Salta y deja que cesen todas tus inquietudes. Aquí no hay ningún amor de muchachas por el que preocuparse y ningún duelo de madres perdidas que puedan afligir tu corazón de niño. Sólo el zumbido de la cavidad que está creciendo en el centro del universo; sólo la repugnante dulzura de la carne putrefacta. Ven, pistolero. Conviértete en una parte de la raedura.»

Con expresión soñadora y mirada distante, Alain echó a andar por el borde del cañón, con la bota derecha tan cerca de él que el tacón levantaba unas pequeñas nubes de polvo sobre el precipicio y arrojaba guijarros a su interior. Antes de que pudiera dar más de cinco pasos, Rolando lo agarró por el cinturón y tiró bruscamente de él hacia atrás.

—¿Adónde crees que vas?

Alain lo miró con unos ojos de sonámbulo que poco a poco empezaron a despejarse.

—No lo... sé, Rolando.

Por debajo de ellos la raedura zumbaba, gruñía y cantaba. Y se oía además otra cosa: un húmedo y cenagoso murmullo.

—Yo lo sé —dijo Cutberto—. Sé adónde vamos todos. Regresamos a la Franja K. Vamos, larguémonos de aquí. —Miró a Rolando con expresión suplicante—. Por favor. Es horrible.

—Muy bien.

Pero antes de acompañar de nuevo a sus amigos al camino, Rolando se acercó al borde y contempló el húmedo y brumoso líquido plateado de abajo.

—Contando —dijo en una especie de claro desafío—. Contando una raedura. —Después añadió, bajando la voz—: Maldita seas.

3

Recuperaron la calma durante el camino de vuelta. La brisa marina que les acariciaba el rostro fue un bálsamo maravilloso después del olor a muerte y a quemado que se aspiraba en el cañón y la raedura.

—¿Qué hacemos ahora, Ronaldo? —le preguntó Alain mientras subían hacia la Pendiente (en sentido ligeramente diagonal para ahorrarles un poco de esfuerzo a los caballos).

—Pues la verdad es que no lo sé.

—Una cena no sería un mal comienzo —dijo alegremente Cutberto, dando una enérgica palmada al cráneo del centinela para subrayar mejor sus palabras.

—Ya sabéis lo que quiero decir.

—Sí —convino Cutberto—. Y te voy a decir una cosa, Rolando...

—Will, por favor. Ahora que hemos regresado a la Pendiente, déjame ser Will.

—De acuerdo. Te voy a decir una cosa, Will; ya no podemos seguir por más tiempo contando redes y embarcaciones y telares y ruedas de hierro. Se nos están terminando las cosas que no tienen importancia. Creo que nos resultará mucho más difícil conservar esta pinta de tontos cuando nos dediquemos a estudiar la faceta de la cría de caballos tal y como la viven en Hambria.

—Sí —dijo Rolando. Refrenó a Rusher, volvió la vista hacia atrás y se sintió momentáneamente cautivado por la contemplación de los caballos que corrían y retozaban por la plateada hierba, como si estuvieran aquejados de una especie de locura lunar—. Pero os lo vuelvo a repetir a los dos, eso no es sólo una cuestión de caballos. ¿Los necesita Farson? Puede que sí. Pero la Afiliación también. Y bueyes. Pero hay caballos por todas partes, puede que no tan buenos como éstos, lo reconozco, pero dicen que cualquier puerto es bueno cuando hay tormenta. Por consiguiente, si no son los caballos, ¿qué es? Hasta que lo sepamos o lleguemos a la conclusión de que jamás lo sabremos, seguiremos adelante como hasta ahora.

Parte de la respuesta los estaba aguardando en la Franja K, posada en la barandilla de atar los caballos, moviendo descaradamente la cola. Cuando la paloma saltó a la mano de Rolando, éste observó que una de sus alas tenía las plumas extrañamente alborotadas. Pensó que algún animal —probablemente un gato— se

habría acercado a ella y se le habría echado encima.

La nota doblada que la paloma llevaba en la pata era muy corta, pero explicaba buena parte de lo que ellos no habían comprendido.

«Tendré que volverla a ver», dijo Rolando tras leer la nota, lleno de júbilo. Se le aceleró el pulso y, bajo la plateada luz de la Luna del Buhonero, esbozó una sonrisa.

CAPÍTULO IX

CITGO

1

La Luna del Buhonero empezó a menguar; se llevaría consigo la parte más bella y calurosa del verano cuando se fuera. Una tarde, cuatro días después de la luna llena, el viejo mozo de la Casa del Alcalde (Miguel estaba allí mucho antes de que apareciera Hart Thorin y era probable que allí estuviera mucho después de que Thorin hubiera regresado a su rancho) se presentó en la casa que Susan compartía con su tía. Conducía por la brida una preciosa yegua zaina. Era el segundo de los tres caballos prometidos y Susan reconoció inmediatamente a Felicia, una de las yeguas preferidas de su infancia.

Susan abrazó a Miguel y cubrió de besos sus barbadas mejillas. La ancha sonrisa del viejo hubiera dejado al descubierto todos los dientes de su boca si le hubiera quedado alguno.

—Gracias, gracias —le dijo Susan.

—De nada —contestó él, entregándole la brida—. Es el regalo más importante del Alcalde.

Susan se lo quedó mirando mientras la sonrisa se borraba lentamente de sus labios. Felicia permaneció dócilmente a su lado con el reluciente pelaje castaño oscuro brillando como un sueño bajo el sol estival. Pero aquello no era un sueño. Al principio lo había parecido (ahora ella comprendía que la sensación de irrealidad había sido otro de los alicientes que la habían empujado a caer en la trampa), pero no lo era. Había demostrado su honestidad; y ahora se había convertido en la destinataria de «importantes regalos» de un hombre rico. La frase era una concesión al tópico, naturalmente... o un cruel chiste, según el estado de ánimo y el punto de vista que una tuviera. Felicia tenía tan poco de regalo como Pylon; ambos eran las distintas fases del contrato que ella había aceptado. Tía Cord se hubiera escandalizado al oírla, pero Susan sabía la verdad: lo que tenía por delante era pura y llanamente convertirse en puta.

Tía Cord estaba junto a la ventana de la cocina cuando Susan acompañó su regalo (que a su juicio era una simple devolución de una propiedad) al establo. Su tía le dijo algo aceptablemente cordial a propósito de lo bien que le iría la yegua pues

mientras la cuidaba no tendría tiempo para sus murrias. Susan sintió que una enfurecida respuesta le subía a los labios, pero la reprimió. Se había establecido una cautelosa tregua entre ambas desde el día de la acalorada disputa sobre las blusas, y Susan no quería ser la primera en romperla. Tenía demasiadas cosas en la mente y en el corazón.

Pensaba que una sola discusión más con su tía bastaría para que se quebrara como una rama seca bajo una bota. «Porque a veces el silencio es lo mejor», le había dicho su padre cuando, hacia los diez años más o menos, ella le había preguntado por qué motivo siempre se mostraba tan taciturno. La respuesta la había desconcertado, pero ahora la comprendía mejor.

Estabuló a Felicia al lado de Pylon, la almohazó y le dio de comer avena. Mientras la yegua comía, Susan le examinó los cascos. No le gustaba mucho el aspecto de las herraduras -eran las típicas de la Costa-, por lo que tomó la bolsa de herraduras de su padre que colgaba de un clavo junto a la puerta de la cuadra, se la echó al hombro pasándose las correas por encima de la cabeza y recorrió los dos kilómetros que la separaban de los Establos y Caballerizas de Hookey. La sensación de la bolsa de cuero golpeando contra su cadera le trajo a la memoria un recuerdo tan vivo y tan claro de su padre que la pena se volvió a apoderar de ella y sintió deseos de echarse a llorar. Pensó que su padre se hubiera consternado si hubiera visto la situación en que ella se encontraba en aquel momento, y hasta es posible que hubiera sentido repugnancia. Y ella estaba segura de que Will Dearborn le hubiera gustado y le hubiera dado su aprobación como novio suyo. Ése era el triste toque final.

2

Sabía herrar caballos desde toda la vida, y cuando estaba de humor incluso disfrutaba; era un trabajo polvoriento y elemental en el que siempre cabía la posibilidad de recibir una saludable coz en el trasero capaz de disipar el aburrimiento y devolver a una chica a la realidad. Pero de hacer herraduras no sabía nada ni le apetecía saber. Brian Hookey las hacía en la fragua que tenía detrás del granero y la fonda; Susan eligió fácilmente cuatro herraduras nuevas de tamaño apropiado, aspirando complacida el olor de los caballos y el heno fresco. Y también de la pintura reciente. La verdad es que los Establos y Caballerizas de Hookey ofrecían un aspecto francamente estupendo. Cuando levantó la vista no vio un solo agujero en el techo. Por lo visto, las cosas le habían ido bien a Hookey.

Éste anotó las nuevas herraduras en una viga, todavía con su delantal de herrero puesto, estudiando con un ojo horriblemente entornado las cifras que acababa de escribir. Al comentarle Susan en tono dubitativo la cuestión del pago de la factura, él se echó a reír, le dijo que ya sabía que ella saldaría sus deudas en cuanto pudiera, los dioses la bendijeran, pues claro que sí. Ja, ja. Y entretanto, la iba empujando amablemente a través de los fragantes perfumes del heno y de los caballos hacia la puerta. Un año atrás no se hubiera tomado con tanta despreocupación ni siquiera un asunto tan poco importante como cuatro herraduras de caballo, pero ahora ella era una buena amiga del Alcalde Thorin y las cosas habían cambiado.

El radiante sol de la tarde la deslumbró al salir de la lobreguez del establo de Hookey, por lo que avanzó casi a tientas hacia la calle con la bolsa de cuero golpeándole la cadera y las herraduras tintineando suavemente dentro de la bolsa. Sólo tuvo un instante para percatarse de la forma que apareció ante ella en medio de la claridad del exterior, por lo que el encontronazo fue lo bastante fuerte como para que le castañetearan los dientes y las nuevas herraduras de Felicia resonaran en el interior de la bolsa. Hubiera caído al suelo si unas fuertes manos no se hubieran extendido rápidamente hacia ella y la hubieran sujetado por los hombros. Para entonces, sus ojos ya se habían adaptado a la luz y vio con cierta consternación y complacencia que el joven que había estado casi a punto de derribarla al suelo era Richard Stockworth, uno de los amigos de Will.

—¡Oh, le pido perdón, señorita! —dijo Richard, dándole unas palmadas en las mangas del vestido como si efectivamente la hubiera derribado al suelo—. ¿No se ha hecho daño? ¿No se ha hecho ningún daño?

—Estoy perfectamente bien —contestó Susan sonriendo—. Por favor, no se disculpe —añadió, sintiendo el repentino impulso de ponerse de puntillas, darle un beso en la boca y decirle: «¡Dele eso de mi parte a Will y dígale que no tenga en cuenta lo que le dije! ¡Dígale que hay mil más en el lugar de donde éste procede! ¡Dígale que venga a buscarlos todos! »

Pero en lugar de esto, se concentró en una cómica imagen: aquel Richard Stockworth estampando un beso en la boca de Will y diciéndole que era de parte de Susan Delgado. Se echó a reír, se cubrió la boca con la mano, pero todo fue inútil. El señor Stockworth esbozó una vacilante sonrisa. «Probablemente piensa que estoy loca... ¡Y lo estoy! ¡Vaya si lo estoy!»

—Buenos días, señor Stockworth —le dijo, reanudando su camino antes de que

pudiera cometer alguna tontería que la avergonzara más de lo que ya estaba.

—Buenos días, Susan Delgado —le contestó él.

Susan se volvió a mirarle cuando ya había recorrido unos cincuenta metros de calle, pero él ya había desaparecido, aunque no en el interior del establecimiento de Hookey, de eso estaba completamente segura. Se preguntó qué debía de estar haciendo el señor Stockworth en aquella parte de la ciudad.

Media hora después, cuando sacó las nuevas herraduras del interior de la bolsa de su padre, lo descubrió.

Había un trozo de papel doblado entre dos herraduras; antes de desdoblarlo, comprendió que su encontronazo con el señor Stockworth no había sido casual.

Reconoció inmediatamente la caligrafía de Will por haberla visto antes en la nota del ramillete.

Susan, ¿puedes reunirte conmigo en Citgo esta noche o mañana por la noche? Es muy importante. Tiene que ver con lo que comentamos antes. Por favor.

W.

P.D. Es mejor que quemes esta nota.

La quemó inmediatamente y, mientras contemplaba cómo subían las llamas y se apagaban después, musitó una y otra vez la única palabra que más poderosamente le había llamado la atención: «Por favor.»

3

Ella y tía Cord tomaron en silencio su sencilla cena -pan y sopa- y, cuando terminaron, Susan se fue a dar un paseo con Felicia por la Pendiente para contemplar la puesta de sol. No pensaba reunirse con él aquella noche. Su comportamiento impulsivo y atolondrado ya le había producido demasiados sufrimientos. Pero ¿mañana?

«¿Por qué Citgo?»

«Tiene que ver con lo que comentamos antes.»

Sí, probablemente. No dudaba de su honor, aunque se preguntaba si él y sus amigos eran quienes decían ser. Probablemente él la quería ver por algo relacionado con su misión (aunque ella no acertaba a comprender qué podía tener que ver el yacimiento de petróleo con la existencia de un número excesivo de caballos en la

Pendiente), pero ahora había algo entre ellos, algo dulce y peligroso. Puede que empezaran hablando y que acabaran besándose... y los besos serían sólo el principio. Sin embargo, el hecho de saberlo no modificaba el sentimiento. Ella deseaba verlo. Necesitaba verlo.

Por consiguiente permaneció sentada a horcajadas en su nuevo caballo -otro de los pagos por adelantado de Hart Thorin a cambio de su virginidad- y contempló cómo el sol parecía dilatarse y se volvía de color rojo por el oeste. Oyó el leve murmullo de la raedura y, por primera vez en sus dieciséis años, sintió que se debatía en la indecisión. Todo lo que quería chocaba contra todo lo que creía acerca del honor, y su mente se desesperaba en medio de aquel conflicto. A su alrededor, como un viento que soplara cada vez con más fuerza en torno a una destartalada casa, percibía el desarrollo de la idea de ka. Sin embargo, perder el honor por aquella razón era muy fácil, ¿verdad? Disculpar la pérdida de la virtud atribuyéndola al todopoderoso ka. Eran unos pensamientos consoladores.

Se sentía tan ciega como se había sentido al abandonar la oscuridad del establecimiento de Brian Hookey y salir a la claridad de la calle. En determinado momento se echó a llorar silenciosamente de rabia, sin darse cuenta, y sintió que sus esfuerzos por pensar con claridad y lógica se mezclaban con su deseo de volver a besar a Will y sentir su mano en su pecho.

Jamás había sido una chica religiosa, apenas creía en los oscuros dioses del Mundo Medio, por lo que, en último extremo, cuando el sol se ocultó en el horizonte y el cielo por encima del lugar donde éste se había ocultado pasó de rojo a púrpura, trató de rezar a su padre. Y obtuvo una respuesta, aunque no supo si ésta le vino de su padre o de su propio corazón.

«Que ka se ocupe de sus propios asuntos, le dijo la voz de su mente. De todos modos, lo hará; siempre lo hace. Si ka declara en contra de tu honor, así será. Entretanto, Susan, no hay nadie que se ocupe de ello más que tú misma. Deja que ka se encargue de la virtud de tu promesa, por muy duro que ello pueda ser.»

—Muy bien —dijo. En el estado en que se encontraba, había descubierto que cualquier decisión, incluso la que le costaría perder otra oportunidad de ver a Will, era un alivio—. Cumpliré mi promesa. Ka ya cuidará de sí mismo.

En medio de las crecientes sombras, le chasqueó la lengua a Felicia y regresó a casa.

4

El día siguiente era domingo, el día tradicional de descanso de los vaqueros. El pequeño grupo de Rolando también se tomó el día libre.

—Es justo que descansemos —dijo Cutberto—, puesto que en realidad ni siquiera sabemos lo que estamos haciendo.

Aquel domingo en particular -el sexto desde su llegada a Hambria- Cutberto se encontraba en el mercado superior (el inferior era mucho más barato, aunque para su gusto olía demasiado a pescado), contemplando unos sarapes de vivos colores mientras hacía un esfuerzo por no llorar pues su madre tenía un sarape, una de sus prendas preferidas, y el hecho de recordarla cuando a veces salía a pasear a caballo con el sarape volando a su espalda lo llenó de una añoranza tan grande que casi no pudo resistirlo. ¡«Arthur Heath», el kai-mai de Rolando, echaba tanto de menos a su mamá que se le habían llenado los ojos de lágrimas! Era un chiste digno de... bueno, digno de Cutberto Allgood.

Mientras contemplaba los sarapes y un expositor de mantas «dolina» con las manos entrelazadas a la espalda como si fuera un visitante de una galería de arte (parpadeando todo el rato para que no se le escaparan las lágrimas), sintió que alguien le daba una ligera palmada en el hombro. Se volvió y vio a la chica del cabello rubio.

A Cutberto no le extrañaba que Rolando se hubiera enamorado locamente de ella. La chica le cortaba a uno la respiración, incluso vestida con vaqueros y un blusón de campesino. Llevaba el cabello recogido hacia atrás con una serie de coleteros de áspero cuero sin curtir y tenía los ojos grises más bellos que Cutberto había visto en su vida. Le pareció asombroso que Rolando hubiera podido seguir ocupándose de los demás aspectos de su vida, incluso de la simple tarea de cepillarse los dientes. Ciertamente fue una cura para él; sus pensamientos sentimentales acerca de su madre desaparecieron en un santiamén.

—Señorita —fue lo único que pudo decirle, por lo menos para empezar.

Ella asintió con la cabeza y le alargó lo que la gente de Mejis llamaba una «corbeta»; la definición literal era «paquetito»; la práctica era «bolsita». Aquellos pequeños accesorios de cuero, suficientes para llevar unas cuantas monedas, pero no mucho más, los solían llevar las damas más que los caballeros, aunque la norma no era muy estricta.

—Se le ha caído esto, amigo —dijo Susan.

—No, muchas gracias, señorita.

La bolsita de cuero negro hubiera podido pertenecer a un hombre pues era muy sencilla y no llevaba ningún adorno ni ringorrango, pero él jamás la había visto. Y de hecho, jamás llevaba «corbeta».

—Es suya —le dijo ella, mirándolo con tal intensidad que la mirada le quemó la piel—. Le digo que es suya.

Hubiera tenido que comprenderlo de inmediato, pero su repentina aparición lo había dejado estupefacto. Y no sólo su aparición, reconoció, sino también su inteligencia. Normalmente uno no esperaba que una chica tan guapa pudiera ser inteligente; en general las chicas guapas no tenían que ser inteligentes. Que Berto supiera, lo único que tenían que hacer las chicas guapas era despertarse por la mañana.

—Ah, sí—dijo casi arrebatándole la bolsita de la mano. Sintió que una estúpida sonrisa le iluminaba poco a poco el rostro—. Ahora que usted lo dice, señorita...

—Susan. —La expresión de sus ojos era seria y cautelosa por encima de su sonrisa—. Déjeme ser Susan para usted, se lo ruego.

—Con mucho gusto. Le pido perdón, Susan, es que, al darme cuenta de que era domingo, mi mente y mi memoria se han tomado de la mano y se han ido de vacaciones juntas, más bien podría decir que se han fugado, dejándome provisionalmente sin cerebro.

Se hubiera podido pasar una hora soltando sandeces como aquélla (lo había hecho en otras ocasiones, tal como Rolando y Alain hubieran podido atestiguar), pero ella lo cortó con la rapidez propia de una hermana mayor.

—Comprendo que no pueda usted ejercer control sobre su mente, señor Heath, o sobre la lengua que tiene debajo de ella, pero quizá convenga que en el futuro tenga un poco más de cuidado con su bolsa. Buenos días.

Y se fue antes de que él pudiera pronunciar una palabra.

5

Berto encontró a Rolando en el lugar donde éste solía estar últimamente: aquella parte de la Pendiente que muchos habitantes de Hambria llamaban el Mirador de la Ciudad. Desde allí se podía contemplar muy bien Hambria, pasando soñolientamente la tarde del domingo bajo la azulada bruma, pero Cutberto dudaba mucho que la contemplación de Hambria fuera la razón de la repetida presencia de su amigo en aquel lugar. Pensó que la razón más probable era la contemplación de la casa de las

Delgado.

Aquel día Rolando estaba con Alain, pero ninguno de los dos decía una sola palabra. Cutberto no tenía la menor dificultad en aceptar la idea, según la cual algunas personas podían pasar largos períodos de tiempo sin dirigirse la palabra, pero dudaba que alguna vez pudiera comprenderlo.

Se acercó a ellos al galope, se introdujo la mano en la camisa y sacó la «corbeta».

—De Susan Delgado. Me lo dio en el mercado superior. Es guapa y más astuta que una serpiente. Lo digo con la máxima admiración.

El rostro de Rolando se llenó de luz y de vida. Cuando Cutberto le lanzó la corbeta, la atrapó al vuelo con una sola mano y tiró de la cinta con los dientes. Dentro, donde un viajero hubiera podido guardar un poco de dinero suelto, encontró un trozo de papel doblado. Lo leyó rápidamente mientras se apagaba la luz de su rostro y se borraba la sonrisa de sus labios.

—¿Qué dice? —preguntó Alain.

Rolando le entregó la nota y volvió a contemplar la Pendiente. Hasta que no vio la profunda desolación de los ojos de su amigo, Cutberto no comprendió plenamente hasta qué extremo había entrado Susan Delgado en la vida de Rolando, y por consiguiente en la de todos ellos.

Alain le pasó la nota. Eran dos frases en una sola línea:

Es mejor que no nos veamos. Lo siento.

Cutberto la leyó dos veces, como si el hecho de volverla a leer pudiera cambiar su significado, y se la devolvió a Rolando. Rolando guardó la nota en la «corbeta», ató la cinta y se guardó la bolsita en el interior de la camisa.

Cutberto aborrecía el silencio más que el peligro (pues para su mente era algo muy peligroso), pero todos los intentos de iniciar una conversación que trató de inventarse le parecían ineficaces y crueles a la vista de la expresión del rostro de su amigo. Era como si Rolando hubiera sido envenenado. A Cutberto le repugnaba la idea de aquella encantadora muchacha juntando las caderas con el alto y huesudo Alcalde de Hambria, pero la expresión del rostro de Rolando dejaba entrever otras emociones más fuertes. Cabía la posibilidad de que odiara a la chica.

Al final, Alain habló casi con timidez.

—¿Y ahora qué, Rolando? ¿Vamos a organizar una cacería en el yacimiento de petróleo sin ella?

Cutberto lo admiró. Cuando lo veían por primera vez, muchas personas rechazaban a Alain Jonns por considerarlo un bobalicón. Pero nada más lejos de la verdad. Ahora, con una diplomacia que Cutberto jamás hubiera podido igualar, había señalado que la primera experiencia amorosa desdichada de Rolando no podía influir en las responsabilidades que ellos tenían.

Rolando contestó levantándose del arzón e incorporándose en la silla de montar. La intensa luz dorada de aquella tarde estival iluminaba su rostro con marcados contrastes, y por un instante aquel rostro se convirtió en el espectro del hombre en el que más adelante se convertiría. Cutberto vio el espectro y se estremeció, sin saber lo que veía, pero sabiendo que era algo horrible.

—Los Grandes Cazadores de Ataúdes —dijo Rolando—. ¿Los habéis visto en la ciudad?

—A Jonas y Reynolds, sí —contestó Cutberto—. Pero todavía no hay ni rastro de Depape. Creo que Jonas lo debe de haber estrangulado y arrojado al mar desde los farallones, enojado por lo que aquella noche ocurrió en la taberna.

Rolando sacudió la cabeza.

—Jonas necesita demasiado a los hombres en quienes confía como para librarse de ellos... está pisando un terreno tan delicado como nosotros. No, Depape ha sido enviado a algún sitio durante algún tiempo.

—Enviado, ¿adónde? —preguntó Alain.

—A un sitio donde tendrá que cagar entre los arbustos y dormir bajo la lluvia en caso de que haga mal tiempo. —Rolando soltó una breve carcajada no demasiado alegre—. Lo más probable es que Jonas lo haya enviado a recorrer el camino que nosotros seguimos para venir aquí.

Alain soltó un suave gruñido de asombro, a pesar de que no se sorprendía demasiado. Rolando permaneció sentado en la silla de Rusher contemplando en la soñadora profundidad de la tierra los caballos que pacían. Con una mano tocó sin querer la «corbeta» que guardaba en el interior de la camisa. Al final, se volvió a mirar de nuevo a sus amigos.

—Esperaremos un poco más —dijo—. A lo mejor, Susan cambia de idea.

—Rolando... —dijo Alain, utilizando un tono increíblemente dulce.

Rolando levantó las manos antes de que Alain pudiera seguir adelante.

—No tengas miedo, Alain. Hablo como el hijo de mi padre que soy.

—Muy bien.

Alain extendió la mano y asió brevemente el hombro de Rolando.

Por su parte, Cutberto se reservó su opinión. Puede que Rolando actuara como el hijo de su padre que era, y puede que no; a aquellas alturas, Cutberto pensaba que Rolando ya no sabía muy bien lo que hacía.

—¿Recordáis cuál decía Cort que era la principal debilidad de los gusanos como nosotros? —preguntó Rolando con una leve sonrisa en los labios.

—«Cuando corres sin pensar, caes en un agujero» —dijo Alain en una burda imitación que indujo a Cutberto a soltar una carcajada.

La sonrisa de Rolando se ensanchó un poco más.

—Sí. Son palabras que tengo intención de no olvidar, muchachos. No volcaré este carro para ver lo que hay dentro... a menos que no tenga más remedio que hacerlo. Es posible que Susan todavía rectifique, si lo piensa un poco. Creo que ya hubiera accedido a reunirse conmigo de no ser por... otras cosas que hay entre nosotros.

Rolando hizo una pausa y los tres permanecieron un rato en silencio.

—Ojalá nuestros padres no nos hubieran enviado aquí —dijo finalmente Alain, a pesar de que quien los había enviado había sido el padre de Rolando, y los tres lo sabían muy bien—. Somos demasiado jóvenes para estas cosas. Demasiado jóvenes en muchos años.

—Lo hicimos muy bien la noche del Descanso —dijo Cutberto.

—Fue fruto del adiestramiento y no de la astucia, y además no nos tomaron en serio. No volverá a ocurrir.

—Ni mi padre ni los vuestros nos hubieran enviado si hubieran sabido lo que íbamos a encontrar —dijo Rolando—. Pero ahora lo hemos encontrado y tenemos que seguir. ¿De acuerdo?

Alain y Cutberto asintieron con la cabeza. Estaban dispuestos a seguir, desde luego... de eso ya no cabía la menor duda.

—En cualquier caso, ahora ya es demasiado tarde para preocuparnos. Confiaremos en que venga Susan. Preferiría no acercarme a Citgo sin alguien de Hambria que conozca la configuración del lugar... pero si regresa Depape tendremos que arriesgarnos. Sólo Dios sabe lo que puede haber descubierto o qué historias se puede inventar para complacer a Jonas, o qué puede hacer Jonas cuando haya hablado con él. Puede que haya un tiroteo.

—Después de todo este sigilo, casi lo preferiría —dijo Cutberto. —¿Le enviarás otra nota, Will Dearborn? —preguntó Alain. Rolando lo pensó. Cutberto hizo en su fuero interno una apuesta sobre lo que respondería Rolando. Y la perdió.

—No —contestó Rolando al final—. Tendremos que darle tiempo, por muy duro que nos resulte. Y confiar en que su curiosidad la induzca a cambiar de parecer.

Dicho esto, dio media vuelta con Rusher para regresar al barracón abandonado que ahora les servía de hogar. Cutberto y Alain lo siguieron.

6

Susan se pasó el resto de aquel domingo trabajando muy duro, limpiando las cuadras, acarreando agua y fregando todos los peldaños. Tía Cord lo observó todo en silencio con una expresión a medio camino entre la duda y el asombro. A Susan no le importó lo que pudiera pensar su tía. Sólo quería estar rendida de cansancio para evitar pasarse otra noche sin dormir. Todo había terminado. Ahora Will también lo debía de saber y todo sería para bien. Lo hecho, hecho estaba.

—¿Acaso eres tonta, chica? —fue lo único que le preguntó tía Cord mientras ella vaciaba el último cubo de agua sucia en la parte de atrás de la cocina—. ¡Hoy es domingo!

—De tonta no tengo ni un pelo —contestó lacónicamente Susan sin mirar a su alrededor.

Alcanzó la primera mitad de su objetivo, irse a dormir poco después de la salida de la luna con los brazos cansados, las piernas doloridas y la espalda palpitante... pero no pudo dormir. Permaneció tendida en la cama con los ojos abiertos, triste. Pasaron las horas. Cuando se escondió la luna, ella siguió sin poder conciliar el sueño. Se preguntó si habría alguna posibilidad, por remota que ésta fuera, de que su padre hubiera sido asesinado, para callarle la boca y cerrarle los ojos.

Al final, llegó a la conclusión a la que ya había llegado Rolando: si los ojos, si el contacto de sus manos y sus labios no la hubieran atraído, habría acudido al instante a la cita que él le pedía. Aunque sólo hubiera sido para tranquilizar su mente.

Al comprenderlo así, se sintió invadida por una profunda sensación de alivio y consiguió conciliar el sueño.

7

Al final de aquella tarde, mientras Rolando y sus amigos tomaban un refrigerio en

el Descanso de los Viajeros (unos bocadillos fríos de carne y muchos litros de té helado, no tan bueno como el que hacía la mujer de Dave, pero tampoco malo), entró Sheemie desde el exterior donde había estado regando sus flores. Llevaba su sombrero rosa de costumbre y sonreía de oreja a oreja. Sostenía en la mano un paquetito.

—¡Hola, Pequeños Cazadores de Ataúdes! —dijo alegremente, en una excelente imitación de las reverencias que ellos hacían. A Cutberto le hizo gracia ver a alguien hacer una de aquellas reverencias, calzado con sandalias de jardín—. ¿Cómo están ustedes? ¡Supongo que bien, como yo!

—Estamos estupendamente bien —contestó Cutberto—, pero a ninguno de nosotros nos gusta que nos llames Pequeños Cazadores de Ataúdes, así que será mejor que te moderes un poco, ¿de acuerdo?

—Sí—contestó Sheemie, tan contento como siempre—. ¡Sí, señor Arthur Heath, el hombre bueno que me salvó la vida! —Hizo una pausa y pareció momentáneamente desconcertado, como si no pudiera recordar por qué razón se había acercado a ellos. Después se le despejaron los ojos, esbozó una sonrisa y le entregó el paquetito a Rolando—. ¡Para usted, Will Dearborn!

—¿De veras? ¿Qué es?

—¡Son unas semillas!

—¿De las tuyas, Sheemie?

—Oh, no.

Rolando tomó el paquetito, un sobre doblado y cerrado sin nada escrito ni por delante ni por detrás. Sus dedos no notaban ninguna semilla en su interior.

—¿De quién, pues?

—No me acuerdo —contestó Sheemie, apartando la mirada. Su cerebro ya había trabajado lo suficiente, pensó Rolando, y ya no podría mantenerse alegre mucho rato ni sería capaz de mentir debidamente. Después, sus tímidos y esperanzados ojos volvieron a mirar a Rolando—. Pero recuerdo lo que tenía que decir.

—¿De veras? Pues dilo, Sheemie.

—Éstas son las semillas que sembraste en la Pendiente —dijo con orgullo y nerviosismo, como si recitara una frase dolorosamente aprendida de memoria.

Los ojos de Rolando se iluminaron con tal fuerza que Sheemie dio un paso atrás. Se tocó rápidamente el sombrero, dio media vuelta y regresó a la seguridad de sus flores. Le gustaba Will Dearborn y los amigos de Will (sobre todo el señor Arthur Heath,

que a veces le decía cosas que lo hacían desternillar de risa), pero en aquellos momentos había visto en los ojos del señor Will algo que lo había asustado mucho. En aquel instante comprendió que Will era tan asesino como el de la capa o el que había exigido que él le limpiara las botas a lengüetazos o el viejo Jonas, el del cabello blanco y la temblorosa voz.

Tan malo como ellos, o quizá peor.

8

Rolando se guardó el «paquetito de semillas» en el interior de la camisa y no lo abrió hasta que los tres se encontraron de vuelta en el porche de la Franja K. El distante rumor de la raedura hacía que sus caballos movieran nerviosamente las orejas.

—¿Y bien? —preguntó Cutberto al final, incapaz de contenerse por más tiempo.

Rolando se sacó el sobre del interior de la camisa y lo rasgó para abrirlo, mientras pensaba que Susan había sabido muy bien lo que tenía que decir. Con toda exactitud.

Los otros se inclinaron hacia delante, Cutberto a su izquierda y Alain a su derecha, en tanto él desdoblaba el trozo de papel. Vio una vez más la sencilla y pulcra escritura de Susan en un mensaje no mucho más largo que el anterior, aunque de contenido muy distinto.

Hay un naranjal a un kilómetro y medio del camino en el lado de la ciudad de Citgo. Reúnete allí conmigo cuando salga la luna. Ven solo. S.

Y debajo, escrito con pequeñas letras de imprenta:

QUEMA ESTO

—Montaremos guardia—dijo Alain. Rolando asintió con la cabeza.

—Sí. Pero de lejos.

Después quemó la nota.

9

El naranjal era un pulcro rectángulo de unas doce hileras de árboles, al final de un

camino de carros parcialmente cubierto de malas hierbas. Rolando llegó allí después del anochecer, pero aún faltaba media hora larga para que el Buhonero en fase rápidamente menguante asomara una vez más por el horizonte.

Mientras paseaba junto a una hilera de árboles, escuchando los esqueléticos ruidos del yacimiento de petróleo al norte (pistones que chillaban, engranajes que trituraban, ejes propulsores que palpitaban), experimentó una profunda añoranza al sentir la suave fragancia de las flores de azahar, que eran como una vistosa alfombra tendida sobre el más apagado olor del petróleo. Aquel naranjal de juguete no se parecía en nada a los grandes manzanales de Nuevo Canaán, aunque en cierto modo sí. Se respiraba en él el mismo grado de dignidad y civilización que presupone el dedicar mucho tiempo a algo no estrictamente necesario. Y en aquel caso tampoco muy útil, sospechaba él. Las naranjas cultivadas tan al norte de las latitudes más cálidas debían de ser casi tan amargas como los limones. Sin embargo, cuando la brisa agitó los árboles, el perfume le hizo recordar Gilead con amarga añoranza, y por primera vez consideró la posibilidad de que jamás pudiera volver a ver su hogar y de que se convirtiera en un ser tan errante como la vieja Luna del Buhonero en el cielo.

La oyó, pero sólo cuando ya casi la tuvo encima. Si hubiera sido un enemigo y no una amiga, quizá le hubiera dado tiempo a sacar el arma y disparar, aunque muy justo. Se quedó profundamente admirado al contemplar su rostro bajo la luz de las estrellas. Sintió que se le alegraba el corazón.

Cuando él se volvió, Susan se detuvo y se limitó a mirarle con las manos entrelazadas sobre la cintura en una actitud dulce e inconscientemente infantil. Al acercarse, ella levantó las manos en un gesto que él interpretó como de alarma. Se detuvo desconcertado. Pero había interpretado erróneamente su gesto bajo la escasa luz. Susan hubiera podido detenerse en aquel momento, pero decidió no hacerlo. Se adelantó deliberadamente hacia él, una alta mujer vestida con una falda de montar abierta a los lados y calzada con unas sencillas botas negras. El sombrero le colgaba a la espalda sobre el cabello recogido.

—Will Dearborn, nuestra reunión es buena y mala a la vez —dijo con trémula voz.

Él empezó a besarla y ambos se encendieron el uno contra el otro mientras la Luna del Buhonero se elevaba con su famélico último cuarto.

10

En el interior de su solitaria choza en la cumbre de Cos, Rea permanecía sentada

junto a la mesa de la cocina, inclinada sobre la bola de cristal que los Grandes Cazadores de Ataúdes le habían entregado un mes y medio antes. Su rostro estaba bañado por su rosado resplandor, pero ya nadie lo hubiera podido confundir con el de una muchacha. Rea poseía una extraordinaria vitalidad que la había sostenido a lo largo de muchos años (tan sólo los más viejos de Hambria tenían cierta idea de lo vieja que realmente era Rea de Cos, aunque una idea muy vaga), pero ahora la bola de cristal se la estaba arrebatando y chupando, como un vampiro chupa la sangre. A su espalda, la estancia más grande de la choza estaba más sucia y desordenada que de costumbre. Aquellos días no tenía tiempo ni siquiera para hacer una somera limpieza; la bola de cristal ocupaba todo su tiempo. Cuando no la miraba, estaba pensando en mirarla, y... ¡oh la de cosas que había visto!

Ermot se restregó contra una de sus huesudas piernas soltando un nervioso silbido, pero ella ni siquiera se dio cuenta y aún se inclinó más sobre el venenoso resplandor rosado de la bola, extasiada ante lo que estaba viendo en ella.

Era la muchacha que había acudido a verla para que le hiciera la prueba de la honra, y el joven que había visto la primera vez que había consultado la bola. El que había confundido con un pistolero antes de comprender que era demasiado joven para eso.

La insensata muchacha que había ido cantando a visitar a Rea y que había regresado en un silencio más circunspecto, había demostrado ser virgen, y hasta es posible que aún lo fuera (ciertamente besaba y tocaba al chico con una mezcla de ansia y timidez), pero no seguiría siendo virgen por mucho tiempo si ambos seguían el camino que habían emprendido. ¿No se llevaría Hart Thorin una sorpresa cuando se acostara en la cama con su presuntamente pura y joven fulana? Había varias maneras de engañar a los hombres a este respecto (los hombres pedían prácticamente a gritos que los engañaran); un dedalito de sangre de cerdo iría de maravilla, pero eso ella no lo debía de saber. ¡Oh, qué bueno era lo que estaba viendo ahora! ¡Y pensar que podía contemplar cómo caía la señorita Arrogante allí mismo, en aquella maravillosa bola de cristal! ¡Oh, era demasiado bueno! ¡Demasiado maravilloso!

Se inclinó un poco más hacia delante y las hundidas cuencas de sus ojos se llenaron de rosado fuego. Ermot, intuyendo que su ama era inmune a sus zalamerías, se arrastró desconsolada por el suelo en busca de bichos. Musty se apartó de un brinco, soltando felinas maldiciones mientras su sombra de seis patas se proyectaba deforme y gigantesca contra la pared iluminada por el resplandor de las llamas.

11

Rolando intuyó que el momento se estaba acercando. Consiguió apartarse de ella y ella se apartó de él con los ojos enormemente abiertos y las mejillas arreboladas... distinguió el arrebol incluso bajo la luz de la luna que acababa de salir. Le pulsaban los testículos. Se sentía la ingle llena de plomo líquido.

Susan se medio apartó de él, y Rolando vio que el sombrero se le había torcido en la espalda. Alargó una trémula mano y lo volvió a poner recto. Ella le asió breve pero fuertemente los dedos, y después se agachó para recoger los guantes de montar que se había quitado en su deseo de percibir mejor el contacto de su piel. Cuando volvió a enderezar la espalda, el arrebol desapareció súbitamente de su rostro y se tambaleó. Si las manos de Rolando no la hubieran sujetado por los hombros, se hubiera podido caer. Se volvió y lo miró con tristeza.

—¿Qué vamos a hacer? Oh, Will, ¿qué vamos a hacer?

—Lo mejor que podamos —contestó él—. Tal como hemos hecho siempre. Tal como nuestros padres nos enseñaron a hacer.

—Eso es una locura.

Rolando, que jamás en su vida había experimentado unos sentimientos más sensatos -hasta el intenso dolor de la ingle le parecía sensato y correcto- no dijo nada.

—¿Sabes lo peligroso que es eso? —preguntó Susan, añadiendo sin darle tiempo a contestar—: Sí lo sabes. Veo que lo sabes. Si nos vieran juntos, sería gravísimo. Si nos vieran tal como estábamos...

Susan se estremeció. Él alargó la mano y ella se echó hacia atrás.

—Mejor que no, Will. Si lo haces, no habrá entre nosotros otra cosa que no sean unos besos. ¿O acaso era ésta tu intención?

—Tú sabes que no.

Susan asintió con la cabeza.

—¿Tus amigos están montando guardia?

—Sí —contestó él, y entonces su rostro se iluminó con la sonrisa que a ella tanto le gustaba—. Pero no en un lugar desde el que nos puedan ver.

—Gracias a los dioses —dijo ella, soltando una breve carcajada. Después se acercó un poco más a él, tan cerca que él tuvo que hacer un esfuerzo para no volver a estrecharla en sus brazos. Le miró con curiosidad—. ¿Quién eres realmente, Will?

—Casi quien he dicho que soy. Ahí está la gracia, Susan. A mis amigos y a mí no

nos enviaron aquí porque nos emborrachamos y armamos jaleo, pero tampoco nos enviaron para que descubriéramos una intriga o una conspiración secreta. Nos quisieron enviar lejos en momentos de peligro. Todo lo que ha ocurrido desde... —Rolando sacudió la cabeza para dar a entender lo impotente que se sentía y Susan volvió a recordar a su padre, diciéndole que ka era como un viento... cuando aparecía, se podía llevar tus gallinas, tu casa y tu granero. E incluso tu vida.

—¿Y Will Dearborn es tu verdadero nombre? Rolando se encogió de hombros.

—Supongo que da lo mismo un nombre que otro, siempre y cuando el corazón que responda a él sea sincero. Susan, hoy has estado en la Casa del Alcalde. Mi amigo Richard te ha visto subir por...

—Sí, para probarme unos vestidos —dijo ella—. Este año voy a ser la Reina de la Siega; lo ha decidido Hart, yo jamás lo hubiera querido, que conste. Es una tontería y creo que será muy duro para Olive.

—Serás la Reina de la Siega más guapa que jamás se haya visto —dijo Rolando, y la clara sinceridad de su voz hizo que Susan sintiera un hormigueo de placer y que la sangre afluyera de nuevo a sus mejillas.

Tendría que cambiarse cinco veces de vestido entre la fiesta del mediodía y la hoguera del anochecer, a cual más complicado (en Gilead se hubiera puesto nueve; en eso Susan no sabía la suerte que había tenido), pero lo hubiera hecho con gusto para Will si éste hubiera sido el Rey de la Siega (el Rey de aquel año sería Jamie McCann, un pálido y anodino sustituto de Hart Thorin, que era unos cuarenta años demasiado viejo y gris para aquel papel). Y con más gusto hubiera lucido el sexto, una fina camisola plateada con unos tirantes muy estrechos y un dobladillo que le llegaba a medio muslo. Aquel vestido sólo lo vería su dama de honor Conchetta, su costurera, y Hart Thorin. Era el que se pondría cuando terminara la fiesta para acudir a la cama del viejo como su querida.

—Cuando subiste allí arriba, ¿viste a esos que se llaman los Grandes Cazadores de Ataúdes?

—Vi a Jonas y al de la capa, hablando juntos en el patio —contestó Susan.

—¿No era Depape, el pelirrojo?

Susan negó con la cabeza.

—¿Conoces el juego de los Castillos, Susan?

—Sí. Mi padre me lo enseñó cuando era pequeña.

—Pues entonces ya sabes que las piezas rojas se colocan en un extremo del

tablero y las blancas en el otro. Y que éstas rodean las Lomas y se van acercando sigilosamente las unas a las otras al amparo de distintas pantallas protectoras. Lo que está ocurriendo aquí en Hambria es muy parecido. Y puesto que es un juego, se trata de ver quién quedará primero al descubierto. ¿Comprendes?

Susan asintió inmediatamente con la cabeza.

—En el juego, el primero que rodea su Loma se encuentra en posición vulnerable.

—En la vida también. Siempre. Pero a veces hasta el hecho de permanecer escondido resulta difícil. Mis amigos y yo hemos contado casi todo lo que nos atrevemos a contar. Contar el resto...

—Los caballos de la Pendiente, por ejemplo.

—Sí, exacto. Para contarlos tendríamos que salir de nuestro escondrijo. Y también tendríamos que hacerlo para contar los bueyes que sabemos...

Susan enarcó las cejas.

—En Hambria no hay bueyes. Os habréis equivocado.

—No nos hemos equivocado.

—¿Dónde?

—En la Mecedora H.

Susan bajó las cejas y frunció el ceño con expresión pensativa.

—Es la propiedad de Laslo Rimer.

—Sí, el hermano de Kimba. Y no son ésos los únicos tesoros que hoy en día permanecen ocultos en Hambria. Hay más carros, más arreos escondidos en los graneros de los miembros de la Asociación de Criadores de Caballos, más reservas secretas de alimentos...

—¡No, Will!

—Sí. Todo eso y mucho más. Pero si lo contáramos, si nos sorprendieran contándolo, tendríamos que abandonar nuestro escondrijo y correr el riesgo de que nos vieran. Los últimos días han sido una pesadilla... procuramos fingir que estamos provechosamente ocupados sin acercarnos al lado de la Pendiente de Hambria, donde corremos más peligro. Es algo que cada vez nos resulta más duro. Después recibimos un mensaje...

—¿Un mensaje? ¿Cómo? ¿De quién?

—Creo que es mejor que no lo sepas. Pero el caso es que el mensaje nos ha llevado a creer que algunas de las respuestas que andamos buscando podrían estar en Citgo.

—Will, ¿crees que lo que hay allí me podría ayudar a saber algo más sobre lo que le ocurrió a mi padre?

—No lo sé. Es posible, pero no probable. Lo único que yo sé con certeza es que finalmente tengo la ocasión de contar algo importante sin que me vean hacerlo.

La sangre se le había enfriado lo bastante como para poder alargar la mano y tomar la de Susan; y la de Susan también se había enfriado lo bastante como para poder tomar la suya con toda tranquilidad. Pero, se había vuelto a poner el guante, por si acaso. Todas las precauciones eran pocas.

—Ven —dijo—. Conozco un camino.

12

Susan salió con él del naranjal bajo la pálida luz de la luna y lo acompañó a los chirridos y los sordos golpes del yacimiento de petróleo. Aquellos sonidos le produjeron a Rolando un hormigueo en la espalda y le hicieron sentir el deseo de tener a mano una de las armas escondidas bajo las tablas del suelo de la Franja K.

—Puedes confiar en mí, Will, pero eso no significa que yo te pueda ser de mucha ayuda —dijo Susan, levantando ligeramente la voz—. Me he pasado toda la vida oyendo los ruidos de Citgo, pero podría contar con los dedos de la mano las ocasiones que he estado allí. Las primeras dos o tres veces fueron como consecuencia de unas apuestas cruzadas con mis amigos.

—¿Y después?

—Con mi padre. Él siempre había sentido mucho interés por el Pueblo Antiguo, y mi tía Cord siempre decía que acabaría mal, removiendo su basura. —Susan tragó saliva—. Y acabó mal, pero dudo que el responsable fuera el Pueblo Antiguo. Pobre papá.

Llegaron a una valla metálica. Al otro lado, los puentes transversales de las grúas se recortaban contra el cielo como unos centinelas del tamaño de Lord Perth. ¿Cuántas torres de extracción había dicho Susan que todavía estaban en funcionamiento? Creía recordar que diecinueve. Producían un ruido siniestro... parecían los gritos de unos monstruos a los que estuvieran estrangulando. Como es natural, era la clase de lugar en el que los chiquillos se desafiaban unos a otros a entrar. Una especie de casa encantada al aire libre.

Separó dos alambres para que ella pudiera deslizarse entre ellos y Susan hizo lo mismo para él. Al pasar, vio una hilera de blancos cilindros de porcelana descendiendo

por el poste que tenía más cerca. Cada uno de ellos estaba atravesado por un alambre.

—¿Sabes lo que son, o eran? —le preguntó Rolando a Susan, dando una palmada a uno de los cilindros.

—Sí. Cuando había electricidad, pasaba un poco por aquí. Para evitar la entrada de los intrusos. —Susan hizo una pausa y después añadió tímidamente—: Es lo que siento cuando tú me tocas.

Rolando le besó la mejilla junto al oído. Susan se estremeció y acercó brevemente una mano a su mejilla antes de retirarla.

—Espero que tus amigos vigilen bien.

—Lo harán.

—¿Habéis establecido alguna señal?

—El silbido de un chotacabras. Esperemos que no lo oigamos.

—Sí, esperemos.

Susan lo tomó de la mano y lo acompañó al yacimiento de petróleo.

13

La primera vez que el chorro de gas se encendió delante de ellos, Will soltó una maldición por lo bajo (una obscena y rotunda maldición que Susan no había vuelto a oír desde la muerte de su padre), y deslizó la mano que no sostenía la de Susan hacia el cinto.

—¡Calma! ¡Es sólo la vela! ¡El conducto de gas!

Rolando se tranquilizó poco a poco.

—Que ellos utilizan, ¿verdad?

—Sí. Para el funcionamiento de algunas máquinas, que en realidad son prácticamente como de juguete. Sobre todo para fabricar hielo.

—Nos pusieron unos cuantos en el vaso el día en que fuimos a ver al Sheriff.

Cuando la llama intensamente amarilla y con un núcleo azulado volvió a surgir repentinamente, Rolando no se sobresaltó. Contempló sin demasiado interés los tres depósitos de gas que había detrás de lo que los habitantes de Hambria llamaban «la vela». Cerca de allí había un montón de oxidados recipientes para el embotellamiento y el transporte del gas.

—¿Lo habías visto alguna vez? —le preguntó ella. Rolando asintió con la cabeza.

—Las Baronías Interiores deben de ser muy extrañas y maravillosas —dijo

tímidamente Susan.

—Estoy empezando a pensar que no son más extrañas que las del Arco Exterior—dijo Rolando, volviéndose muy despacio—. ¿Qué es aquel edificio de allí? —preguntó, señalándolo—. ¿Unos restos del Pueblo Antiguo?

—Sí.

Al este de Citgo, el terreno descendía bruscamente por una boscosa ladera cortada por un camino que, bajo la luz de la luna, resultaba tan claramente visible como una crencha del cabello. No lejos del pie de la ladera se levantaba un ruinoso edificio rodeado de escombros. Los cascotes eran los restos de muchas chimeneas caídas, cosa que se podía deducir del aspecto de la que todavía quedaba en pie. Independientemente de las demás cosas que hubiera podido hacer el Pueblo Antiguo, no cabía duda de que había producido mucho humo.

—Allí dentro había muchas cosas útiles cuando mi padre era pequeño —dijo Susan—. Papel y cosas por el estilo... incluso plumas de tinta que todavía funcionaban, por lo menos durante algún tiempo, si las sacudías con fuerza. —Señaló hacia la izquierda del edificio donde se veía un extenso cuadrado de pavimento en estado de ruina y unos cuantos armatostes oxidados que eran el extraño medio de transporte sin caballos del Pueblo Antiguo—. Antes había allí unas cosas que parecían depósitos de gas, sólo que mucho más grandes. Parecían unos gigantescos bidones plateados, pero no se oxidaban como estos que aún se conservan. No sé qué debió ser de ellos, a menos que alguien se los llevara para usarlos como depósitos de agua. Yo jamás lo hubiera hecho. Habría pensado que traerían mala suerte aunque no estuvieran contaminados.

Volvió el rostro hacia él y Rolando la besó en la boca bajo la luz de la luna.

—Oh, Will. Qué lástima para ti.

—Qué lastima para los dos —dijo él mientras ambos se dirigían unas prolongadas y dolorosas miradas como sólo los adolescentes son capaces. Al final apartaron los ojos y reanudaron el camino tomados de la mano.

Susan no sabía qué cosa de las dos la asustaba más, si las pocas torres que todavía bombeaban petróleo o las varias docenas que habían enmudecido. Lo que sí sabía con toda certeza era que ningún poder sobre la faz de la tierra la hubiera podido obligar a pasar al otro lado de la valla de aquel lugar sin la compañía de un amigo. Las bombas silbaban, y de vez en cuando un tubo chillaba como alguien que acabara de recibir una puñalada; a intervalos regulares, «la vela» se encendía con un sonido

semejante a la respiración de un dragón, arrojando unas alargadas sombras por delante de ellos. Susan prestaba atención por si oía la penetrante nota del silbido del chotacabras, pero no oyó nada.

Llegaron a un ancho camino, sin duda una antigua vía de mantenimiento, que dividía la explotación petrolífera en dos mitades. Por su centro discurría un conducto de acero con las juntas oxidadas, encajado en un profundo tubo de hormigón; el arco superior de su oxidada circunferencia asomaba por encima del nivel del suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Rolando.

—Supongo que el conducto que transportaba el petróleo hasta aquel edificio de allí. No significa nada, lleva muchos años seco.

Rolando dobló una rodilla y deslizó cuidadosamente la mano hacia el espacio que había entre el tubo de hormigón y la oxidada parte lateral del conducto. Ella lo observó muy nerviosa, mordiéndose los labios para no decir algo que seguramente parecería una bobada femenina: ¿Y si hubiera arañas que picaran en aquella olvidada oscuridad? ¿Y si se le quedara la mano atrapada? ¿Qué harían entonces?

Cuando él volvió a sacar la mano, Susan vio que no había peligro de que esto ocurriera. Estaba resbaladiza y cubierta de negro petróleo.

—¿Conque seco desde hace años? —dijo él, esbozando una leve sonrisa.

Susan sacudió la cabeza, perpleja.

14

Siguieron el conducto hasta un lugar en el que una podrida verja cortaba el camino. El conducto (a pesar de la débil luz de la luna Susan vio que las viejas juntas rezumaban petróleo) pasaba por debajo de la verja. Ellos la saltaron. Susan sintió que el contacto de las manos de Rolando era demasiado íntimo como para que sólo fuera un cortés intento de ayudarla, y se llenaba de júbilo cada vez que lo percibía.

Como no deje de hacerlo, la cabeza me explotará como «la vela», pensó, riéndose.

—¿Susan?

—No es nada, Will; los nervios, simplemente.

Se intercambiaron otra larga mirada al otro lado de la verja y después bajaron por la ladera de la colina. Mientras lo hacían, Susan observó un curioso detalle: muchos pinos habían sido despojados de las ramas inferiores. Las marcas del hacha y las

señales de la resina de pino resultaban claramente visibles bajo la luz de la luna y parecían recientes. Cuando se lo comentó a Will, éste asintió con la cabeza pero no dijo nada.

Al pie de la colina, el conducto se levantaba del terreno y, apoyado en toda una serie de oxidados soportes de acero, se prolongaba unos setenta metros en dirección al edificio abandonado antes de quedar bruscamente cortado con la mellada precipitación de una amputación practicada en un campo de batalla. Por debajo de aquel punto se veía algo que parecía un somero lago de pegajoso y reseco petróleo. Susan supuso que el lago llevaba allí algún tiempo, por la cantidad de cadáveres de pájaros diseminados por su superficie: habían bajado a investigar, se habían quedado pegados y habían muerto de una manera asquerosamente lenta.

Lo contempló abriendo enormemente los ojos sin comprender lo que era hasta que Will, que se había agachado, le dio una palmada en la pierna. Ella se arrodilló a su lado y siguió el amplio movimiento de su dedo con creciente incredulidad y desconcierto. Se veían unas huellas. Muy grandes. Sólo podían ser de un animal.

—Bueyes —dijo.

—Sí. Vinieron de allí. —Rolando señaló el lugar donde terminaba el conducto—. Y van hacia...

Se dio la vuelta sobre las suelas de las botas, todavía agachado, y señaló la ladera en la que empezaba el bosque. Ahora que él se las había indicado, Susan comprendió fácilmente lo que hubiera tenido que comprender de inmediato, siendo hija de un experto jinete. Alguien había hecho un apresurado intento de borrar las huellas y aplanar la tierra removida en una zona por la que se había arrastrado o hecho rodar algo muy pesado. El tiempo había aplanado posteriormente la tierra, pero las huellas resultaban todavía claramente visibles. Susan creyó saber lo que habían arrastrado los bueyes y vio que Will también lo sabía.

Desde el final del conducto, las huellas se bifurcaban en dos arcos. Susan y «Will Dearborn» siguieron el de la derecha. Susan no se sorprendió al ver surcos de ruedas mezcladas con las huellas de los bueyes. Eran muy poco profundos -había sido un verano muy seco y el terreno estaba casi tan duro como el hormigón-, pero allí estaban. El hecho de que todavía resultaran visibles significaba que se había arrastrado algo que pesaba muchísimo. Claro; ¿para qué otra cosa se hubieran necesitado bueyes?

—Mira —dijo Will mientras se acercaban al lindero del bosque, al pie de lanolina.

Al final Susan vio lo que le había llamado la atención a Rolando, pero tuvo que

ponerse a gatas para verlo. ¡Qué fina era su vista! ¡Casi parecía sobrenatural! Allí había unas huellas de botas. No recientes, aunque sí más recientes que las huellas de los bueyes y las rodadas.

—Éste fue el de la capa—dijo Rolando, señalando el visible par de huellas—. Reynolds.

—¡No puedes saberlo, Will!

Él la miro sorprendido y se echó a reír.

—Pues claro que puedo. Camina con un pie un poco torcido hacia dentro... el pie izquierdo. Y aquí lo tenemos. Agitó el dedo por encima de las huellas y volvió a reírse al ver la sorprendida expresión del rostro de Susan—. Eso no es nada de brujería, Susan, hija de Patrick; sólo conocimientos técnicos.

—¿Y cómo sabes tú tantas cosas, siendo tan joven? —le preguntó ella—. ¿Quién eres, Will?

Él se levantó y la miró a los ojos. No tuvo que inclinar mucho la mirada; Susan era una chica alta.

—No me llamo Will sino Rolando —contestó él—. Ahora he depositado mi vida en tus manos, cosa que no me importa, pero es posible que con ello haya puesto en peligro también la tuya. Tienes que mantenerlo en absoluto secreto.

—Rolando —dijo ella con asombro, como si saboreara el nombre.

—Sí. ¿Cuál te gusta más?

—El verdadero —contestó ella sin vacilar—. Es un nombre noble, ya lo creo.

Rolando esbozó una sonrisa de alivio que le volvió a conferir su juvenil apariencia de antes.

Susan se puso de puntillas y le cubrió los labios con los suyos. El beso, casto y con la boca cerrada, se abrió como una flor y se volvió húmedo y lento. Susan sintió que la lengua de Rolando le rozaba el labio inferior y, tímidamente al principio, le acercó la suya. Rolando apoyó las manos en su espalda y después las deslizó hacia delante. Le tocó los pechos, también tímidamente al principio, y después las palmas subieron por las pendientes inferiores hasta la punta mientras emitía un gemido directamente dentro de su boca. Mientras él la atraía hacia sí recorriéndole el cuello con sus besos, Susan sintió una dureza de piedra por debajo de su cintura, una delgada y cálida longitud que coincidía exactamente con la sensación de derretimiento que ella estaba experimentando en el mismo lugar; aquellos dos lugares estaban hechos el uno para el otro, de la misma manera que ella estaba hecha para él y él

estaba hecho para ella. Al final, había resultado ser ka, ka como el viento, y ella lo seguiría voluntariamente, dejando a su espalda el honor y las promesas.

Abrió la boca para decírselo, pero entonces experimentó una extraña sensación sin el menor asomo de duda: los estaban observando. Era ridículo, pero lo presentía. Incluso supo quién los estaba observando. Se apartó de Rolando mientras los tacones de sus botas se tambaleaban en inestable equilibrio sobre las medio borradas huellas de buey.

—Largo de aquí, vieja bruja—dijo en su susurro—. Si nos has estado espiando, no sé cómo, ¡largo de aquí!

15

En la colina de Cos, Rea se apartó de la bola de cristal, soltando maldiciones en un susurro tan áspero que su voz parecía la de su serpiente. No sabía lo que había dicho Susan -a través de la bola no se oía nada, sólo se podía ver-, pero sabía que la chica había percibido su presencia. Y en el momento en que eso había ocurrido, toda la visión se había borrado. La bola había parpadeado con un brillante resplandor rosado y después se había quedado a oscuras sin que nada de lo que ella había hecho hubiera conseguido volver a encenderla.

—Bueno, pues muy bien, que así sea —dijo, dándose finalmente por vencida.

Recordó a la maldita y remilgada chica (aunque con el joven no lo era tanto, desde luego), mirándola como hipnotizada desde la puerta, recordó lo que ella le había dicho que hiciera cuando perdiera la virginidad y esbozó una sonrisa que le devolvió el buen humor, pues si la chica perdiera la virginidad con aquel muchacho errante en lugar de hacerlo con Hart Thorin, el Lord Alcalde de Thorin, la comedia sería todavía más divertida.

Sentada en las sombras de su maloliente choza, Rea se puso a reír con su cascada voz de vieja.

16

Rolando miró boquiabierto de asombro a Susan y, mientras ésta le explicaba con un poco más de detenimiento lo de Rea (omitiendo el humillante examen final que constituía la esencia de la «prueba de la honra» su deseo se fue enfriando lo bastante como para permitirle recuperar el dominio de sí mismo. Semejante actitud no tuvo nada que ver con el temor a poner en peligro la situación que él y sus amigos estaban

tratando de mantener en Hambria (o eso pensó él por lo menos) sino más bien con su deseo de mantener la de Susan; la situación de Susan era importante y su honra lo era todavía más.

—Supongo que habrá sido cosa de tu imaginación —le dijo cuando ella terminó.

—No creo —dijo ella con un toque de frialdad.

—¿Ni siquiera de tu conciencia?

Susan bajó los ojos y no contestó.

—Susan, no quisiera hacerte daño por nada del mundo.

—¿Tú me quieres? —preguntó Susan, todavía sin levantar la vista.

—Sí.

—Pues en tal caso es mejor que no me toques ni me beses más... al menos esta noche. Si lo haces, no podré resistir la tentación.

Rolando asintió en silencio y alargó la mano. Ella la tomó y ambos echaron a andar en la misma dirección que estaban siguiendo en el momento en que habían experimentado aquella dulce distracción.

Cuando todavía se encontraban a unos diez metros del lindero del bosque, vieron un brillo metálico a pesar del denso follaje; demasiado denso, pensó Susan. Demasiado denso.

Eran las ramas de los pinos, naturalmente; las ramas que les habían cortado a los árboles de la ladera. Lo que habían tratado de camuflar eran los grandes depósitos plateados que ahora habían desaparecido de la zona pavimentada. Los plateados depósitos habían sido arrastrados hasta allí —probablemente utilizando los bueyes— y después los habían ocultado. Pero ¿por qué?

Rolando examinó la hilera de enredadas ramas de pino y después se detuvo y apartó unas cuantas, creando una abertura como si se tratara de una puerta. Le hizo señas a Susan de que pasara.

—Ten cuidado —le dijo—. No creo que se hayan molestado en poner trampas o tender alambres para que tropiecen los intrusos, pero siempre es mejor ser precavidos.

Detrás de las ramas de camuflaje, los depósitos estaban tan pulcramente ordenados como soldados de juguete al término de la jornada, y Susan captó al instante una de las razones por las que los habían escondido: les habían acoplado unas ruedas muy bien hechas de madera maciza de roble que a ella le llegaban a la altura del pecho, todas ellas rodeadas por unas finas llantas de hierro. Las ruedas eran nuevas, las llantas de hierro también, y los ejes se habían hecho a la medida. Susan

sólo conocía un herrero de la Baronía capaz de realizar un trabajo tan excelente: Brian Hookey, el que le había vendido las nuevas herraduras para Felicia. Brian Hookey, el que la había mirado sonriendo y le había dado una palmada en la espalda como un colega cuando ella había entrado con la bolsa de herraduras de su padre colgada del hombro. Brian Hookey, uno de los mejores amigos de Pat Delgado.

Recordaba que miró a su alrededor y que pensó que las cosas le habían ido bien a Hookey, y no se había equivocado. En primer lugar, Hookey se había estado dedicando a hacer muchas ruedas y llantas de hierro, y alguien le debía de haber pagado para que las hiciera. Eldred Jonas era una posibilidad; Kimba Rimer, otra más posible aún. ¿Hart? Simplemente no podía creerlo. Aquel verano Hart tenía la mente -la poca que le quedaba- puesta en otros asuntos.

Detrás de los depósitos había una especie de rudimentario camino. Rolando avanzó muy despacio por él, paseando con las manos entrelazadas en la espalda como un predicador mientras leía las incomprensibles palabras escritas en la parte posterior de los depósitos: CITGO. SUNOCO. EXXON. CONOCO. Se detuvo y leyó con voz vacilante:

—Combustible más limpio para un mañana mejor. —Soltó un resoplido por lo bajo—. ¡Maldición! Esto es mañana.

—Rolando, quiero decir, Will, ¿para qué son?

Al principio él no contestó. Se limitó a dar media vuelta y a regresar siguiendo la hilera de brillantes recipientes de acero. Catorce a aquel lado del conducto de petróleo misteriosamente reactivado, e imaginó que el mismo número al otro. Mientras caminaba, Rolando golpeó con el puño el lateral de cada uno de los recipientes. El sonido era sordo y metálico. Estaban llenos de inservible petróleo del yacimiento de Citgo.

—Supongo que los acondicionaron hace algún tiempo —dijo—. Dudo que lo hicieran personalmente los Grandes Cazadores de Ataúdes, pero no cabe duda de que supervisaron la tarea... primero la colocación de las nuevas ruedas en sustitución de las anteriores de goma, y después el llenado. Utilizaron los bueyes para transportarlos hasta aquí, en la base de la colina, porque les convenía. Como también les convenía que los caballos de más corrieran libremente por la Pendiente. Y cuando nosotros llegamos, les pareció prudente esconderlos. Es posible que seamos unos niños estúpidos, pero quizá lo bastante listos como para que nos sorprendiera ver unos veintiocho depósitos de petróleo provistos de ruedas nuevas. Vinieron aquí y los

taparon con ramas.

—Jonas, Reynolds y Depape.

—Sí.

—Pero ¿para qué? —Susan lo agarró por el brazo y le repitió la pregunta—. ¿Para qué son?

—Para Farson —contestó Rolando con una tranquilidad que distaba mucho de sentir—. Para el Hombre Bueno. La Afiliación sabe que ha encontrado unas cuantas máquinas bélicas; éstas proceden del Pueblo Antiguo o de algún otro lugar. Pero la Afiliación no las teme porque no funcionan. Están mudas. Algunos creen que Farson se ha vuelto loco porque tiene puestas sus esperanzas en estos trastos rotos, pero...

—Pero a lo mejor no están rotos. A lo mejor sólo necesitan esta cosa. Y a lo mejor Farson lo sabe.

Rolando asintió con la cabeza.

Ella tocó la parte lateral de uno de los depósitos. Sus dedos se mancharon de petróleo. Se restregó las puntas de los dedos, aspiró el olor y se agachó para arrancar unas hierbas con que secarse las manos.

—Nuestras máquinas no funcionan con eso. Lo han probado. Las atasca.

Rolando volvió a asentir con la cabeza.

—Mi pad... mi gente del Creciente Interior también lo sabe. Y cuenta con ello. Pero si Farson se ha tomado esta molestia y ha enviado un destacamento de sus hombres para que vengan a buscar estos depósitos, eso significa que conoce el medio de fluidificarlo para que se pueda utilizar, o que cree conocerlo. Si puede atraer a las fuerzas de la Afiliación para que traben combate con él en algún lugar donde resulte imposible una rápida retirada, y si puede utilizar máquinas bélicas como las que funcionan con ruedas, podría ganar más de una batalla. Podría liquidar a diez mil jinetes y ganar la guerra.

—Pero seguramente vuestros padres lo deben de saber, ¿no crees?

Rolando sacudió la cabeza, irritado. Una cosa era lo que sabían sus padres, y otra muy distinta lo que harían, basándose en aquellos conocimientos. Además estaban los impulsos que los movían: la necesidad, el temor, el inmenso orgullo que se había transmitido de padre a hijo a lo largo de la estirpe de Arturo Eld. Lo único que él podía hacer era exponerle a Susan sus conjeturas.

—Creo que no se atreven a esperar demasiado para descargarle a Farson un golpe mortal. Si esperan, la Afiliación se pudrirá por dentro. Y si eso ocurre, una buena

parte del Mundo Medio desaparecerá con ella.

—Pero... —Susan hizo una pausa, se mordió el labio y sacudió la cabeza— pero seguramente hasta el propio Farson debe saber... y comprender... —Miró a Rolando con los ojos muy abiertos—. Los caminos del Pueblo Antiguo son caminos de muerte. Todo el mundo lo sabe y ellos también.

Rolando de Gilead recordó a un cocinero llamado Hax, colgado del extremo de una soga mientras unos cuervos picoteaban unas migas de pan esparcidas bajo los pies del ajusticiado. Hax había muerto por Farson. Pero antes había envenenado niños por cuenta de Farson.

—La muerte —dijo— es lo único que trama John Farson.

17

Otra vez en el naranjal.

Los amantes (pues eso eran ahora en todo menos en el sentido más físico de la palabra) tenían la sensación de que habían transcurrido varias horas, pero en realidad sólo habían pasado cuarenta y cinco minutos. La última luna estival, más reducida pero todavía brillante, seguía iluminándolos con su luz.

Susan acompañó a Rolando por un camino hasta el lugar donde había dejado atado su caballo. Pylon inclinó la cabeza y saludó a Rolando con un suave relincho. Éste vio que el animal había sido preparado para no hacer ruido: todas las hebillas estaban acolchadas y hasta los estribos se habían envuelto con fieltro.

Entonces se volvió hacia Susan.

¿Quién puede recordar las zozobras y las dulzuras de aquellos primeros años? Recordamos nuestro primer amor de verdad de una forma tan vaga como los espejismos que nos hicieron delirar durante un acceso de fiebre. Baste decir que aquella noche, bajo la pálida luz de la luna, Rolando Deschain y Susan Delgado estuvieron casi a punto de no poder resistir el deseo que sentían; buscaban torpemente lo que era justo y experimentaban unos dolorosos sentimientos muy profundos, pero al mismo tiempo desesperados.

Lo cual quiere decir que se acercaron el uno al otro, se apartaron, se miraron a los ojos con impotente fascinación, volvieron a acercarse y se detuvieron. Susan recordaba con cierto horror lo que él le había dicho: que haría cualquier cosa por ella menos compartirla con otro hombre. Ella no quería -y quizá no podía- romper la promesa que le había hecho al Alcalde Thorin y, al parecer, Rolando no quería -o no

podía- romperla en su nombre. Y aquí estaba lo más terrible de todo: por muy fuerte que fuera el viento de ka, el honor y las promesas que habían hecho serían, al parecer, mucho más fuertes.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Susan a través de sus resecos labios.

—No lo sé. Tengo que pensar y hablar con mis amigos. ¿Tendrás problemas con tu tía cuando regreses a casa? ¿Querrá saber dónde has estado y qué has hecho?

—¿Estás preocupado por mí, o por ti y por tus planes, Willy?

Él se limitó a mirarla sin responder. Al cabo de un rato, Susan bajó los ojos.

—Perdona, ha sido una crueldad. No, no me atosigará. Suelo salir a dar un paseo a caballo por la noche, aunque por regla general no me alejo mucho de casa.

—¿No querrá saber hasta dónde has llegado?

—No. Estos días las dos tenemos mucho cuidado la una con la otra. Es como tener dos polvorines en la misma casa. —Alargó las manos. Se había guardado los guantes en la parte interior del cinturón y los dedos que asieron los suyos estaban muy fríos—. Eso no puede terminar bien —añadió en un susurro.

—No digas eso, Susan.

—Sí lo digo. Tengo que decirlo. Pero, cualquier cosa que ocurra, yo te amo, Rolando.

Rolando la estrechó en sus brazos y la besó. Cuando su boca se apartó de sus labios, ella los acercó a su oído y le dijo en voz baja:

—Si me quieres, quiéreme. Oblígame a romper mi promesa.

Durante un prolongado instante en el que su corazón dejó de latir, Rolando no contestó, y ella sintió renacer su esperanza. Después Rolando sacudió la cabeza... sólo una vez, pero sin la menor vacilación.

—No puedo, Susan.

—¿Eso quiere decir que tu honor es mucho más grande que el amor que me tienes? En tal caso, que así sea.

Susan se apartó de sus brazos y se echó a llorar sin prestar atención a la mano que le rozó la bota mientras montaba en su cabalgadura... y tampoco al susurro que le rogaba que esperara. Soltó el nudo con que había atado a Pylon y lo obligó a dar media vuelta con un pie sin espuela. Rolando todavía la estaba llamando, ahora con más fuerza, pero ella lanzó a Pylon al galope y se alejó antes de que su breve estallido de cólera se le escapara de las manos. Él no la aceptaría después de que otro la hubiera utilizado, y ella le había hecho la promesa a Thorin antes de conocer la

existencia de Rolando sobre la faz de la tierra. Siendo así, ¿cómo se atrevía él a empeñarse en decir que la pérdida del honor y la consiguiente vergüenza le concernían sólo a ella? Más tarde, tendida en su cama y sin poder dormir, comprendería que él no se había empeñado en decir nada. Aún no había salido del naranjal cuando se acercó la mano izquierda a la parte lateral de su rostro, notó que estaba mojada y comprendió que también él había llorado.

18

Rolando recorrió a caballo los caminos del exterior de la ciudad hasta mucho después de la desaparición de la luna en el cielo, tratando de dominar en cierto modo sus desbordadas emociones. Se pasaba un rato preguntándose qué iba a hacer con lo que había descubierto en Citgo, y después sus pensamientos volvían a Susan. ¿Era un tonto por no tomarla cuando ella lo estaba deseando? ¿Era un tonto por no compartir con ella lo que ella quería compartir? Si me quieres, quiéreme. Aquellas palabras lo habían destrozado. Pero, en lo más hondo de su corazón -allí donde la voz más clara que se escuchaba era la de su padre-, sentía que no se había equivocado. Tampoco era una simple cuestión de honor, por mucho que ella así lo creyera. Que lo creyera, si quería; mejor que lo odiara un poco en lugar de comprender el grave peligro que ambos corrían.

Hacia las tres de la madrugada, cuando ya estaba a punto de regresar a la Franja K, oyó el rápido tamborileo de los cascos de un caballo en el camino principal, acercándose por el oeste. Sin pararse a pensar en la razón por la que le parecía tan importante hacerlo, retrocedió en aquella dirección y obligó a Rusher a detenerse detrás de un alto y enmarañado seto. Durante unos diez minutos siguió creciendo la intensidad del ruido de los cascos de caballo -el sonido se transmitía hasta muy lejos en la quietud de las primeras horas de la mañana- y fue suficiente para que Rolando comprendiera quién estaba cabalgando hacia Hambria a toda velocidad dos horas antes del amanecer. No se equivocó. La luna se había ocultado, pero él no tuvo ninguna dificultad, a pesar de los espinosos intersticios del seto a través de los cuales estaba mirando, en reconocer a Roy Depape. Al amanecer, los Grandes Cazadores de Ataúdes volverían a ser tres.

Rolando regresó con Rusher al camino que previamente estaba siguiendo para reunirse con sus amigos.

CAPÍTULO X

PÁJARO Y OSO Y LIEBRE Y PEZ

1

El día más importante de la vida de Susan Delgado -el día en que su vida giró como una piedra en un eje- llegó aproximadamente dos semanas después de su visita bajo la luz de la luna al yacimiento de petróleo en compañía de Rolando. Desde entonces, sólo le había visto una media docena de veces, siempre desde lejos, y ambos se habían saludado con la mano tal como hacen las personas que se conocen cuando se ven en el transcurso de sus ocupaciones. En cada ocasión Susan había experimentado un dolor tan agudo como si alguien le hubiera retorcido un cuchillo dentro... y a pesar de ser una indudable crueldad, había deseado que él sintiera el mismo retorcimiento del cuchillo. Si algo habían tenido de bueno aquellas dos desdichadas semanas había sido el hecho de que su gran temor -que empezaran a circular chismes sobre ella y el joven que decía llamarse Will Dearborn- hubiera disminuido, y ella incluso lo había lamentado. ¿Chismes? No había nada sobre lo que chismorrear.

Un día, entre la desaparición de la Luna del Buhonero y la aparición de la Cazadora, llegó finalmente ka y se la llevó... con la casa, el granero y todo lo demás. Todo empezó cuando alguien llamó a la puerta.

2

Estaba terminando de lavar la ropa -una tarea muy liviana pues sólo había dos mujeres en casa- cuando se produjo la llamada.

—¡Si es el trapero, dile que se vaya! —le gritó tía Cord desde la habitación en la que estaba aireando la ropa de la cama.

Pero no era el trapero. Era María, su sirvienta de la Costa, mirándola con semblante afligido. El segundo vestido que Susan tenía que lucir el Día de la Siega -el de seda con el que asistiría al almuerzo en la Casa del Alcalde y participaría después en la Conversación- se había estropeado, le dijo María, y ella estaba muerta de miedo. ¿La enviarían de nuevo a Onnie's Ford si tuviera mala suerte, siendo ella el único sostén de su padre y su madre? Oh, qué desgracia, qué desgracia tan grande. ¿Podía Susan acompañarla, por favor?

Susan se alegró de hacerlo... últimamente siempre se alegraba de salir de casa y

de alejarse de la malhumorada y molesta voz de su tía. Al parecer, cuanto más se acercaba la Siega, su tía y ella menos se soportaban.

Tomaron a Pylon, el cual se alegró de llevar en su grupa a dos chicas en medio del frescor de la mañana, y María contó rápidamente su historia. Susan comprendió de inmediato que la situación de María en la Costa no corría demasiado peligro; la pequeña sirvienta morena había echado mano de su innata y encantadora afición al melodrama para inventarse un conflicto que en realidad tendría muy poco de melodramático.

El segundo vestido de la Siega (que Susan llamaba el Vestido Azul con Abalorios; el primero, el del desayuno, era el Vestido Blanco de la Cintura Alta y las Mangas Holgadas) había sido apartado de los demás porque necesitaba unos retoques, y un bicho había entrado en el cuarto de costura de la planta y se lo había comido, dejándolo convertido en poco más que un harapo. Si hubiera sido el vestido que ella tendría que llevar cuando se encendiera la hoguera o el que tendría que ponerse para el baile una vez encendida la hoguera, la cuestión hubiera sido muy grave. Pero el Vestido Azul de los Abalorios no era más que un vestido de visita un poco más recargado de lo habitual, y se podía sustituir fácilmente por otro en los dos meses que faltaban para la Siega. ¡Sólo dos!

En cierta ocasión -la noche en que la vieja bruja le había concedido una tregua- le había parecido que faltaban siglos para el servicio de cama que tendría que prestar al Alcalde Thorin. ¡Y ahora eran sólo dos meses! Se estremeció en un gesto de involuntaria protesta, simplemente de pensarlo.

—¿Mami? —preguntó María. Susan no quería que la chica la llamara «señorita» y María, que parecía incapaz de llamar a su ama por su nombre, había optado por aquella solución de compromiso. A Susan le hacía gracia la palabra pues ella tenía dieciséis años, y María probablemente sólo dos o tres años más que ella—. Mami, ¿se encuentra mal?

—Sólo un calambre en la espalda, María, no te preocupes.

—Sí, a mí también me pasa. Qué malos son. Tres tías mías murieron de esta enfermedad, y cuando me dan estos calambres siempre pienso que...

—¿Qué animal se comió el Vestido Azul? ¿Lo sabes?

María se inclinó hacia delante para poder hablar confidencialmente al oído de su ama, como si estuvieran en un mercado lleno de gente y no en el camino de la Costa.

—Dicen que fue un mapache que entró por una ventana que estaba abierta

durante las horas de calor del día y que alguien olvidó cerrar por la noche, pero yo olfateé muy bien aquella habitación y Kimba Rimer también lo hizo cuando vino para echar un vistazo. Poco antes de enviarme a buscarla a usted.

—¿Y a qué se olía?

María volvió a inclinarse hacia ella y esta vez habló en un auténtico susurro a pesar de que en el camino no había nadie que pudiera oírla.

—A pedos de perro.

Tras un momento de pasmado silencio, Susan se echó a reír. Se rió tanto que le dolió el estómago, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Estás diciendo que W-W-Wolf, el p-p-perro del Alcalde... entró en el cuarto de costura de la planta baja y se comió mi vestido de la C-C-C ... ?

Pero no pudo terminar porque se moría de risa.

—Sí —contestó valerosamente María sin extrañarse de las carcajadas de Susan, lo cual era una de las cosas que a Susan más le gustaba de ella—. Pero yo creo que no hay que echarle la culpa de nada porque un perro sigue su instinto natural siempre que puede. Las criadas de la planta baja... —María dejó la frase sin terminar—. No se lo irá usted a decir al Alcalde o a Kimba Rimer, ¿verdad, Mami?

—Me avergüenzo de ti, María. ¿Por quién me tomas?

—No, Mami, la tomo por lo que es, pero siempre es mejor asegurarse. Lo único que quería decirle es que cuando hace calor, las criadas de la planta baja a veces entran en el cuarto de costura para comer un bocado. Está directamente bajo la sombra de la Atalaya, ¿sabe?, y es la habitación más fresca de la casa, más fresca incluso que los principales salones de recepción.

—Lo recordaré —dijo Susan. Pensó en la posibilidad de celebrar el Almuerzo y la Conversación en el cuarto de costura que había más allá de la cocina cuando llegara el gran día, y le volvió a dar un ataque de risa—. Sigue.

—Ya no hay más que decir, Mami —dijo María como si todo lo demás fuera demasiado obvio como para comentarlo—. Las criadas se comen los pastelitos y dejan las migajas. Supongo que Wolf debió de olerlas y esta vez habían dejado la puerta abierta. Cuando se terminó de comer las migajas, probó a comerse el vestido. Como si fuera el segundo plato.

Esta vez las dos se rieron al unísono.

3

Pero Susan no se rió al regresar a casa.

Cordelia Delgado, que pensaba que el día más feliz de su vida iba a ser aquel en que viera salir por la puerta a su difícil sobrina y terminara de una vez aquel enojoso asunto de la desfloración, se levantó de un salto de la silla y corrió a la ventana de la cocina al oír los cascos de un caballo que se acercaba al galope dos horas después de que Susan se fuera con aquella criadita de mierda para que le arreglaran el vestido. No tuvo la menor duda de que era Susan, y tampoco la tuvo de que se habría producido algún problema. En circunstancias normales, la muy estúpida jamás hubiera obligado a galopar a uno de sus amados caballos en un día tan caluroso como aquél.

Observó, restregándose nerviosamente las manos, cómo Susan refrenaba a Pylon con un áspero gesto muy impropio de los Delgado y desmontaba con un salto totalmente impropio de una dama. Se le había medio deshecho la trenza y su maldito cabello rubio, que era su orgullo (y su maldición), se escapaba en todas direcciones. Estaba muy pálida, exceptuando las dos manchas de color que destacaban en sus pómulos. A Cordelia no le gustaron lo más mínimo. Pat siempre enrojecía en aquel mismo sitio cuando estaba furioso o asustado.

Permaneció de pie junto al fregadero, mordiéndose los labios sin dejar de restregarse las manos. Oh, cuánto se alegraría cuando desapareciera de una vez a aquella chica tan molesta.

—No habrás hecho una de las tuyas, ¿verdad? —murmuró mientras Susan le quitaba a Pylon la silla de montar y lo acompañaba a la cuadra. Más te vale que no, Señorita Tan joven y Bonita. Más te vale que no.

4

Cuando Susan entró veinte minutos más tarde, no se observaba en su tía la menor muestra de furia ni de tensión. Cordelia las había guardado como hubiera podido guardar un arma peligrosa -una pistola, por ejemplo- en uno de los estantes más altos de un armario. Estaba haciendo calceta sentada en su mecedora, y el rostro que se volvió a mirar a Susan cuando ésta entró era la viva imagen de la serenidad. Observó cómo la chica se acercaba al fregadero, echaba agua fría en la cubeta y se arrojaba el agua al rostro. En lugar de tomar una toalla para secarse, Susan se limitó a mirar por la ventana con una expresión que a Cordelia le dio muy mala espina. La chica

debía de pensar que su expresión era de angustia y desesperación; pero para Cordelia aquello no era más que una muestra de infantil testarudez.

—Muy bien, Susan —dijo con voz serena y modulada. La chica jamás podría imaginar el esfuerzo que le había costado conseguir aquel tono, y sobre todo mantenerlo. A no ser que algún día tuviera que habérselas con una testaruda adolescente—. ¿Qué es lo que te ha alterado tanto?

Susan se volvió a mirarla y vio a Cordelia Delgado sentada en su mecedora, impertérrita. En aquel momento, Susan pensó que hubiera sido capaz de abalanzarse sobre su tía y arrancarle a tiras la piel de su santurrona cara, gritando: «¡Tú tienes la culpa! ¡Tú tienes la culpa! ¡Toda la culpa es tuya! » Se sentía manchada... no, la palabra no era suficientemente fuerte; se sentía sucia a pesar de que no había ocurrido nada. En cierto modo, eso era lo más horrible. En realidad todavía no había ocurrido nada.

—¿Se nota? —se limitó a preguntar.

—Pues claro que se nota —contestó Cordelia—. Y ahora dime, muchacha. ¿Ha estado él contigo?

—Sí... no ... no.

Tía Cord se sentó con la labor de punto sobre el regazo y enarcó las cejas, esperando el resto.

Susan acabó por contarle lo ocurrido, hablando casi sin la menor inflexión en la voz; al final hubo un breve temblor, pero eso fue todo. Tía Cord empezó a experimentar una especie de cauteloso alivio. ¡A lo mejor todo se reducía a una simple manifestación de nervios de chica tonta!

El vestido que tenía que reemplazar al anterior, tal como siempre ocurría en tales casos, no estaba terminado; había habido demasiadas cosas que hacer. Por consiguiente, María había encomendado a Susan a la carilarga Conchetta Morgenstern, la modista principal, y ésta había acompañado a Susan al cuarto de costura de la planta baja sin decir nada. Si las palabras ahorradas fueran oro, pensaba a veces Susan, Conchetta sería tan rica como decían que era la hermana del Alcalde.

El Vestido Azul con Abalorios estaba drapeado sobre un maniquí sin cabeza, y aunque Susan podía ver algunos desgarrones en el dobladillo y un agujerito en la espalda, no era en modo alguno la ruina absoluta que ella esperaba.

—¿No se podría salvar? —preguntó con cierta timidez.

—No —contestó lacónicamente Conchetta—. Quítate los pantalones, chica. Y la

camisa también.

Susan hizo lo que le decía y se quedó descalza en la fría estancia, con los brazos cruzados sobre el pecho... pero no porque Conchetta hubiera mostrado el menor interés por lo que ella tenía detrás o delante, arriba o abajo.

Al parecer, el Vestido Azul con Abalorios había sido sustituido por el Vestido Rosa con Aplicaciones. Susan se lo puso, levantó los tirantes y esperó pacientemente mientras Conchetta se inclinaba, medía y murmuraba, utilizando a veces un trozo de tiza para escribir los números en una piedra y tomando a veces una tira de tela y ajustándola alrededor de la cadera o la cintura de Susan para estudiar el efecto en el espejo a toda altura que había en la pared del fondo. Tal como siempre ocurría durante aquel proceso, Susan permitió que su mente vagara libremente. Y en los últimos tiempos, a donde ésta más quería ir era a una ensoñación en la que ella cabalgaba con Rolando por la Pendiente, el uno al lado del otro, hasta detenerse en una salceda que ella conocía y que daba al Arroyo de Hambria.

—Estate quieta aquí si puedes —le dijo secamente Conchetta—. Vuelvo enseguida.

Susan apenas se dio cuenta que se había ido; apenas se dio cuenta de que se encontraba en la Casa del Alcalde. La parte de su persona que importaba realmente no estaba allí. Aquella parte estaba en la salceda con Rolando. Aspiraba el perfume agridulce de los árboles y oía el suave murmullo del arroyo mientras ambos permanecían tendidos con las frentes juntas. Él seguía los perfiles de su rostro con la palma de la mano antes de estrecharla en sus brazos...

La ensoñación era tan fuerte que al principio Susan respondió a los brazos que le rodearon la cintura por detrás y arqueó la espalda mientras éstos le acariciaban el vientre y subían después para apresarle los pechos. A continuación oyó una especie de ronquido en su oído, aspiró olor a tabaco y comprendió lo que estaba ocurriendo. No eran los dedos de Rolando los que le estaban acariciando los pechos sino los largos y huesudos dedos de Hart Thorin. Miró hacia el espejo y lo vio asomando por encima de su hombro izquierdo como un íncubo. Sus ojos estaban desorbitados, unas gruesas gotas de sudor le cubrían la frente a pesar de la frialdad de la estancia, y tenía la lengua fuera como un perro en un día de calor. La repugnancia le subió por la garganta como el sabor de un alimento en mal estado. Trató de apartarse, pero las manos de Thorin la apretaron con más fuerza, atrayéndola hacia sí. Los nudillos le crujían obscenamente y ahora ella percibía el duro bulto de su entrepierna.

Algunas veces en el transcurso de las semanas anteriores, Susan había abrigado la esperanza de que, cuando llegara el momento, Thorin fuera incapaz de cumplir su misión y no pudiera hacer hierro en la fragua. Había oído decir que era algo que les ocurría a los hombres cuando se hacían mayores. La dura y palpitante columna pegada contra su trasero le quitó rápidamente de la cabeza aquella esperanzadora idea.

Había conseguido actuar con una cierta diplomacia, apoyando las manos sobre las suyas y tratando de apartárselas de sus pechos en lugar de apartarse ella de él. (Cordelia la escuchó con semblante impasible sin dar a entender el gran alivio que sentía.)

—Alcalde Thorin... Hart... no debe... no es el lugar ni el momento... Rea dijo...

—¡A la mierda Rea y todas las brujas! —Su cultivada voz de político había cedido el lugar a un acento tan marcado como el de la voz de cualquier bracero del campo de Onnie's Ford—. Necesito algo, un bombón, ya lo creo. ¡Que se vaya al carajo la bruja! ¡Que se vaya a la puta mierda! —A Susan se le estaba metiendo el olor del tabaco en la cabeza y pensó que le entrarían ganas de vomitar como tuviera que aspirarlo por más tiempo—. Pero estate quieta, muchacha. ¡Estate quieta, tentación mía! ¡Pórtate bien conmigo!

Y Susan así lo hizo en cierto modo. Hubo incluso una lejana parte de su mente, una parte enteramente entregada a su instinto de conservación, que abrigó la esperanza de que él interpretara erróneamente sus estremecimientos de repulsión y los tomara por una muestra de virginal excitación. La había atraído fuertemente contra sí y le estaba manoseando enérgicamente los pechos al tiempo que le arrojaba su fétido aliento de motor de vapor contra el oído. Ella se encontraba de espaldas a él, con los ojos cerrados, pero las lágrimas se le escapaban por debajo de los párpados y a través de las pestañas. Al final sintió con alivio que él empezaba a contraerse espasmódicamente.

—¡Oh, sal de una vez, maldito veneno! —dijo Thorin con una voz que casi parecía un chillido.

La empujó con tal fuerza que tuvo que apoyar las manos contra la pared para evitar que la aplastara contra la misma. Finalmente se apartó.

Por un instante, Susan se limitó a permanecer inmóvil, tal como estaba, con las palmas de las manos apoyadas contra la dura y fría piedra de la pared del cuarto de costura. Vio a Thorin reflejado en el espejo, y en su imagen percibió el vulgar destino que la esperaba, el vulgar destino del que aquel episodio no había sido más que una

anticipación: el término de su doncellez, el término del idilio y de las ensoñaciones en las que ella y Rolando permanecían tendidos en la salceda con las frentes unidas. El hombre reflejado en el espejo tenía el curioso aspecto de un muchacho que acabara de cometer una fechoría de la que no deseaba que su madre se enterara. Un muchacho alto y desgarbado, con un extraño cabello gris, unos estrechos hombros que se contraían espasmódicamente y una mancha de humedad en la entrepierna de los pantalones. Hart Thorin tenía pinta de no saber muy bien dónde estaba. En aquel momento, la lujuria había desaparecido de su rostro pero había dado paso a algo que no era mucho mejor: una vacía expresión de desconcierto. Parecía un balde con un agujero en el fondo: cualquier cosa que se le echara y por mucha cantidad que se le echara, siempre se quedaba vacío.

«Lo volverá a hacer -pensó Susan, y sintió que un profundo cansancio se apoderaba de ella-. Ahora que ya lo ha hecho una vez, lo más probable es que lo haga siempre que tenga ocasión. A partir de ahora, el hecho de venir aquí será como... bueno...»

Como los Castillos. Como jugar a los Castillos.

Thorin se la quedó mirando un momento. Poco a poco, como en un sueño, se sacó del interior de los pantalones los faldones de su blanca y holgada camisa y los dejó colgando a su alrededor como una falda para que taparan la mancha húmeda. Le brillaba la barbilla; en su excitación, se le había caído la baba. Pareció darse cuenta y se la secó con el dorso de la mano sin dejar de mirarla con aquellos ojos vacíos. Al final adquirieron una cierta expresión y, sin decir nada más, Thorin dio media vuelta y abandonó la estancia.

Se oyó un leve y apagado rumor en el pasillo, donde Thorin acababa de chocar con alguien. Susan le oyó murmurar por lo bajo «¡Perdón! ¡Perdón!» (una petición de disculpa que ella no había recibido, ni siquiera por lo bajo) e inmediatamente después Conchetta entró en la habitación con el trozo de tela que había ido a buscar colgado del hombro, como si fuera una estola. Reparó enseguida en el pálido rostro de Susan y en las lágrimas que surcaban sus mejillas.

«No dirá nada -pensó Susan-. Ninguno de ellos dirá nada, de la misma manera que ninguno de ellos levantará un solo dedo para ayudarme a salir del lío en el que me he metido. "Tú misma te lo has buscado, fulana", me dirían si pidiera auxilio, y éste sería su pretexto para dejar que me las arreglara yo solita.

Pero Conchetta la sorprendió.

—La vida es muy dura, señorita, vaya si lo es. Mejor será que te vayas acostumbrando.

5

La voz de Susan -seca y ya desprovista en buena parte de emoción- enmudeció finalmente. Tía Cord apartó a un lado su labor de punto, se levantó y puso la tetera al fuego para preparar el té.

—Dramatizas demasiado, Susan —dijo, tratando infructuosamente de hablar en tono amable y prudente—. Es un rasgo que te viene de tu herencia de Manchester. La mitad de ellos se creían poetas y la otra mitad pintores, y casi todos se pasaban las noches borrachos como cubas. Te ha agarrado las tetas y te ha dado un achuchón. No hay por qué tomárselo tan a la tremenda. Y desde luego no es tan grave como para que te quite el sueño.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Susan. Era una falta de respeto, pero le daba igual. Creía haber llegado a un punto en el que podía aguantarlo todo de su tía menos aquel mundano y paternalista tono de voz. Le dolía como un arañazo.

Cordelia enarcó una ceja y habló sin rencor.

—¡Cómo disfrutas echándomelo en cara! Tía Cord, la vieja reseca. Tía Cord, la solterona. Tía Cord la doncella canosa, ¿verdad? Pues bien, Señorita Tan joven y Bonita, puede que sea una doncella, pero tuve uno o dos enamorados en mis tiempos... antes de que el mundo siguiera adelante, se podría decir. Puede que uno de ellos fuera el gran Fran Lengyll.

Y puede que no, pensó Susan; Fran Lengyll le llevaba a su tía nada menos que unos veinticinco años.

—Yo también he sentido algunas veces la cabra del viejo Tom detrás. Y también delante.

—¿Y alguno de estos enamorados tenía sesenta años, mal aliento y unos nudillos que le crujían cuando te sobaba las tetas, tía? ¿Alguno de ellos te empujó contra la pared cuando el viejo Tom empezó a menear la barba y a decir «ba-ba-ba»?

No se produjo el estallido de furia que esperaba. Lo que ocurrió fue mucho peor: una expresión muy parecida al vacío que ella había visto en el rostro de Thorin a través del espejo.

—La cosa ya está hecha, Susan. —Una fugaz y horrible sonrisa aleteó como un párpado en el estrecho rostro de su tía—. La cosa ya está hecha.

—¡A mi padre le hubiera asqueado! ¡Le hubiera asqueado! ¡Y te hubiera odiado a ti por permitir que ocurriera! ¡Por alentarlo!

—Es posible —dijo tía Cord, esbozando de nuevo la horrible sonrisa—. Puede que sí. Pero ¿sabes qué cosa le hubiera asqueado todavía más? El deshonor de una promesa incumplida, la vergüenza de una hija desleal. Él querría que siguieras adelante, Susan. Si recordaras su rostro, seguirías adelante.

Susan la miró con la boca convertida en un trémulo arco mientras los ojos se le volvían a llenar de lágrimas. «¡He conocido a alguien a quien amo! -Le hubiera gustado poderle decir eso-. ¿No comprendes que eso cambia la situación? ¡He conocido a alguien a quien amo!» Pero si tía Cord hubiera sido una de esas personas a quien ella hubiera podido decir semejante cosa, lo más probable habría sido que ella jamás se hubiera metido en aquel lío. Por consiguiente dio media vuelta y salió a trompicones de la casa sin decir nada mientras las lágrimas le empañaban la vista y teñían de tristeza el mundo de finales de verano.

6

Cabalgó sin saber muy bien adónde iba, pero alguna parte de sí misma debía de tener en la mente un destino muy concreto, pues a los cuarenta minutos de haber salido de casa descubrió que había tomado el camino de la salceda, con la que estaba soñando despierta cuando Thorin se le había acercado por detrás como un mal espíritu de un cuento de viejas.

En la salceda hacía un fresco muy agradable. Susan ató a Felicia (a la que había montado a pelo) a una rama y se encaminó muy despacio al pequeño claro que había en el centro del bosquecillo. Por allí discurría el arroyo y allí se sentó sobre el suave musgo que tapizaba el suelo. Era lógico que se hubiera dirigido a aquel lugar; era el sitio al que llevaba todas sus penas y alegrías secretas desde que tenía ocho o nueve años, cuando lo había descubierto. Allí había acudido una y otra vez en los interminables días que sucedieron a la muerte de su padre, cuando le parecía que el mundo —por lo menos la versión que ella tenía de él— había terminado con la muerte de Pat Delgado. Sólo aquel claro había sido testigo del verdadero alcance de su dolor; se lo había contado al arroyo, y el arroyo se lo había llevado lejos.

Ahora volvió a experimentar un acceso de llanto. Apoyó la cabeza sobre las rodillas y rompió en sollozos, unos sonidos impropios de una dama que más parecían el graznido de unos cuervos que se estuvieran peleando. En aquel momento le pareció

que lo hubiera dado todo -cualquier cosa- para que su padre regresara un minuto y ella le pudiera preguntar si tenía que seguir adelante.

Lloró en la orilla del arroyo y, cuando oyó el rumor de una rama que se quebraba, se sobresaltó y volvió la cabeza, presa del terror. Era su escondrijo secreto y no quería que la encontraran allí, y mucho menos cuando estaba berreando como una chiquilla que se ha caído y se ha hecho un chichón en la cabeza. Otra rama se rompió. Alguien andaba por allí, invadiendo su escondrijo secreto en el peor momento posible.

—¡Váyase! —gritó con una voz tan deformada por las lágrimas que apenas reconoció—. ¡Váyase, quienquiera que sea, y déjeme en paz!

Pero la figura seguía avanzando. Cuando vio quién era, al principio pensó que Will Dearborn («Rolando, su verdadero nombre es Rolando») debía de ser un producto de la fuerte tensión de su imaginación. No estuvo enteramente segura de que la figura era real hasta que él se arrodilló y la rodeó con sus brazos. Entonces ella lo abrazó con aterrorizada fuerza.

—¿Cómo sabías que yo...?

—Te vi cabalgando por la Pendiente. Estaba en un sitio al que a veces acudo para pensar, y te vi. No te hubiera seguido si no hubiera visto que montabas a pelo. Pensé que te debía de haber ocurrido algo.

—Me ha ocurrido todo.

De una forma deliberada, con los ojos abiertos y la cara muy seria, él empezó a besarle las mejillas. Ya lo había hecho varias veces a ambos lados de su rostro, cuando ella se dio cuenta de que le estaba borrando las lágrimas con sus besos. Después Rolando la asió por los hombros y la apartó un poco para poder contemplar sus ojos.

—Dilo otra vez y lo haré, Susan. No sé si eso es una promesa, una advertencia o ambas cosas a la vez, pero... dilo otra vez y lo haré.

No hubo necesidad de que ella le preguntara a qué se refería. Le pareció que la tierra se movía bajo sus pies, y más tarde llegaría a pensar que, por primera y única vez en su vida, había experimentado ka, un viento que procedía no del cielo sino de la tierra. «Al final ha venido a mí –pensó-. Mi ka, para bien o para mal.»

—¡Rolando!

—Sí, Susan.

Susan deslizó la mano por debajo de la hebilla del cinturón de Rolando y agarró lo que allí había sin apartar los ojos de los suyos.

—Si me quieres, quiéreme.

—Sí, señora. Así lo haré.

Se desabrochó la camisa confeccionada en un lugar del Mundo Medio que ella no vería jamás y la estrechó en sus brazos.

7

Ka.

Se ayudaron mutuamente a desnudarse y se tendieron desnudos el uno en brazos del otro sobre un musgo estival tan suave como el más fino plumón de ganso. Permanecieron tendidos con las frentes unidas como en la ensoñación de Susan y, cuando él encontró el camino hacia su interior, ella experimentó un dolor mezclado con una dulzura semejante a la de una exótica hierba silvestre que sólo se puede saborear una vez en la vida. Procuró conservar el sabor todo lo que pudo hasta que, al final, se impuso la dulzura y ella se entregó gimiendo en lo más profundo de su garganta mientras rozaba el cuello de Rolando con los antebrazos. Hicieron el amor en la salceda, apartando a un lado las cuestiones del honor, rompiendo las promesas sin la más mínima vacilación, y al final Susan descubrió que había algo más que dulzura; había una especie de gozosa contracción de los nervios que empezaban en la parte de su persona que se había abierto ante él como una flor; una contracción que empezaba por allí y se extendía por todo su cuerpo. Gritó una y otra vez, pensando que no podía haber un placer mayor en el mundo mortal; un placer capaz de causarle la muerte. Rolando unió su voz a la suya y el rumor del arroyo sobre las piedras los envolvió. Mientras ella lo estrechaba con más fuerza, entrelazando los tobillos detrás de sus rodillas y cubriéndole el rostro de apasionados besos, el placer de Rolando corrió en pos del suyo como si tratara de darle alcance. Así se unieron los amantes en la Baronía de Mejis, hacia el final de la última gran era, y el verde musgo sobre el que se juntaban los muslos de la muchacha se tiñó del hermoso color rojo de la pérdida de su virginidad; así se unieron y así sellaron su condena.

Ka.

8

Permanecieron tendidos el uno en brazos del otro compartiendo besos de bienestar bajo la dulce mirada de Felicia hasta que al final Rolando notó que se estaba

quedando dormido. Era comprensible; la tensión de aquel verano había sido muy grande y él no había dormido muy bien. A pesar de que entonces no lo sabía, Rolando se iba a pasar toda la vida durmiendo mal.

—¿Rolando?

La voz de Susan sonaba lejana. Y también dulce.

—¿Sí?

—¿Cuidarás de mí?

—Sí.

—No puedo ir con él cuando llegue el momento. Puedo soportar su contacto y sus pequeños robos, si te tengo a ti, puedo, pero no puedo ir con él la Noche de la Siega. No sé si he olvidado el rostro de mi padre o no, pero no puedo acudir al lecho de Hart Thorin. Hay maneras de disimular la pérdida de la virginidad, creo, pero no las utilizaré. Simplemente no puedo acudir a su lecho.

—De acuerdo —dijo Rolando—. Muy bien. —Al ver que Susan abría los ojos sobresaltada, miró a su alrededor. No había nadie. Volvió a mirar a Susan, completamente despierto ya—. ¿Qué ocurre?

—Puede que ya lleve un hijo tuyo en las entrañas —dijo Susan—. ¿Se te ha ocurrido pensarlo?

No se le había ocurrido. Pero ahora se le ocurrió. Un hijo. Otro eslabón de la cadena que se remontaba a la oscuridad en la que Arturo Eld se había puesto al frente de sus pistoleros blandiendo la gran espada Excalibur por encima de su cabeza, con la frente ceñida por la corona de Todo el Mundo. Pero aquello no importaba. ¿Qué pensaría su padre? ¿Qué pensaría Gabrielle al saber que se había convertido en abuela?

Una leve sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios, pero el recuerdo de su madre la borró. Pensó en la señal que él había visto en su cuello. Últimamente, cuando su madre le venía a la memoria, siempre pensaba en la señal que había visto en su cuello cuando había entrado inesperadamente en su aposento, y en la leve y triste sonrisa de sus labios.

—Si llevas un hijo mío en las entrañas, para mí será una suerte —dijo.

—Y también para mí. —Ahora le correspondía a ella sonreír, pero su sonrisa fue un poco triste—. Supongo que somos demasiado jóvenes, poco más que unos niños.

Rolando se tendió boca arriba y contempló el azul del cielo. Tal vez fuera cierto lo que ella decía, pero daba igual. A veces la verdad no era lo mismo que la realidad; ésta

era una de las certezas que anidaban en el hueco y cavernoso lugar del centro de su dividida naturaleza. El hecho de que él pudiera elevarse por encima de ambas cosas y abrazar voluntariamente la locura del idilio era un regalo de su madre. Todo el resto de su naturaleza carecía de humor y, quizá todavía más importante, de metáfora. ¿Que eran demasiado jóvenes para ser padres? ¿Y qué? Si él había plantado una semilla, ésta se desarrollaría.

—Cualquier cosa que suceda, haremos lo que tengamos que hacer. Y yo siempre te amaré, ocurra lo que ocurra.

Susan sonrió. Lo había dicho como un hombre que se limitara a exponer un hecho irrefutable: el cielo está arriba, la tierra está abajo, el agua discurre hacia el sur.

—¿Qué edad tienes, Rolando?

A veces a Susan le preocupaba la idea de que, a pesar de lo joven que era ella, Rolando fuera más joven aún. Cuando se concentraba en algo, su mirada era tan dura que a veces ella se asustaba. Pero cuando sonreía, no parecía un amante sino un hermano pequeño.

—Más de la que tenía cuando vine aquí —contestó él—. Mucha más. Y si tengo que pasarme otros seis meses bajo la mirada de Jonas y de sus hombres, empezaré a renquear y me tendrán que levantar el trasero para montar a caballo.

Ella sonrió, y él le besó la punta de la nariz.

—¿Y cuidarás de mí?

—Sí —contestó Rolando, devolviéndole la sonrisa.

Susan asintió con la cabeza y se tendió también boca arriba. Y así permanecieron tendidos, cadera contra cadera, contemplando el cielo. Susan tomó su mano y la apoyó sobre su pecho. Él le acarició el pezón, que se puso duro, y empezó a experimentar un hormigueo. La sensación se propagó rápidamente a la parte inferior de su cuerpo, al lugar que todavía le palpitaba entre las piernas. Apretó fuertemente los muslos y tuvo una sensación de alegría y consternación al mismo tiempo al descubrir que al hacerlo empeoraba la situación.

—Tienes que cuidar de mí —dijo en un susurro—. Lo he apostado todo en ti. Y he apartado a un lado todo lo demás.

—Haré todo lo que pueda —dijo Rolando—. No te quepa la menor duda. Pero de momento, Susan, tienes que seguir adelante como hasta ahora. Tiene que transcurrir más tiempo; lo sé porque ha vuelto Depape y habrá contado su historia, pero ellos aún no han hecho nada contra nosotros. Haya averiguado lo que haya averiguado, Jonas

piensa que le conviene esperar. Lo cual puede que lo haga más peligroso cuando decida actuar, pero de momento aún estamos en el juego de los Castillos.

—Pero después de la Hoguera de la Siega... de Thorin...

—Jamás tendrás que acudir a su lecho. De eso puedes estar segura. Me apuesto la orden que he recibido.

Un poco escandalizada ante su audacia, Susan deslizó la mano por debajo de su cintura.

—Aquí tienes otra orden que puedes ejecutar conmigo si quieres —le dijo.

Quería. Podía. Y lo hizo.

Cuando terminaron (para Rolando fue todavía más dulce que la primera vez, en el caso de que ello fuera posible), él preguntó:

—Aquella sensación que tuviste en Citgo, Susan... la sensación de que alguien nos estaba observando, ¿la has tenido esta vez?

Susan lo miró con expresión pensativa.

—No lo sé. Como comprenderás, mis pensamientos estaban en otra parte.

Lo tocó suavemente y se rió al ver que él pegaba un brinco; por lo visto, los nervios de la parte medio dura y medio blanda que la palma de su mano estaba acariciando aún se hallaban a flor de piel.

Apartó la mano y contempló el círculo de cielo que se veía desde el claro.

—Qué bien se está aquí —musitó, cerrando lentamente los ojos.

Rolando también sintió que se le cerraban los ojos. Qué curioso, pensó. Esta vez ella no había tenido la sensación de ser observada... pero la segunda vez él sí la había tenido. Y sin embargo hubiera jurado que no había nadie cerca del claro de la salceda.

Daba igual. La sensación, fantasía o realidad, ya había desaparecido. Tomó la mano de Susan y los dedos de ésta se entrelazaron con toda naturalidad con los suyos.

Cerró los ojos.

9

Rea lo había visto todo en la bola de cristal y había sido muy interesante, francamente interesante. Pero ya había visto follar a la gente en otras ocasiones -a veces tres, cuatro o más personas a la vez (y a veces con parejas que no estaban muy vivas que digamos), pero los retozos ya no la atraían demasiado a su avanzada edad.

Lo interesante para ella era lo que iba a ocurrir después del retozo.

«¿Ya ha terminado nuestro asunto?», le había preguntado la chica.

«Puede que haya otra cosita», le había contestado Rea, y entonces le había explicado a la muy puta descarada lo que tenía que hacer.

Sí, le había dado a la chica instrucciones muy precisas mientras ambas permanecían en la puerta de la choza bajo la luz de la Luna Besadora y Susan Delgado dormía su extraño sueño y ella le acariciaba la trenza y le susurraba las instrucciones al oído. Ahora vendría el cumplimiento de aquel interludio... y eso era lo que ella quería ver, no dos criaturas follando como si fueran las dos primeras de la tierra que descubrían cómo se hacía.

Lo habían hecho dos veces sin apenas una pausa para conversar (hubiera dado cualquier cosa por oír su conversación). Rea no se sorprendía; a la edad que el mocoso tenía, éste debía de tener la suficiente fuerza como para darle toda una semana de dobles y, a juzgar por la forma en que la pequeña pelandusca había reaccionado, puede que tal cosa le gustara. Algunas lo descubrían y ya jamás se conformaban con menos; y la chica era de ésas, pensó Rea.

«Pero vamos a ver lo excitada que te sientes dentro de unos minutos, perra asquerosa», pensó, inclinándose un poco más sobre la palpitante y rosada luz de la bola de cristal. A veces le parecía que aquella luz le dolía en los huesos de la cara, pero era un dolor agradable. Sumamente agradable.

Al final terminaron, por lo menos de momento. Entrelazaron las manos y se quedaron dormidos.

—Ahora —murmuró Rea—. Ahora, mi pequeña. Sé buena chica y haz lo que te dijeron.

Como si la hubiera oído, Susan abrió los ojos, pero en ellos no había nada. Estaban despiertos y dormidos al mismo tiempo. Rea vio cómo apartaba suavemente la mano de la de Rolando. Se incorporó, con los pechos desnudos contra los muslos desnudos, y miró a su alrededor. Se levantó...

Fue entonces cuando Musty, el gato de seis patas, saltó sobre el regazo de Rea, pidiendo con sus maullidos comida o cariño. La vieja lanzó un grito de sorpresa y la bola de cristal del mago se apagó al instante como la llama de una vela bajo una ráfaga de viento.

Rea volvió a gritar, pero esta vez de rabia, y agarró al gato antes de que pudiera escapar. Lo arrojó al otro lado de la estancia, donde estaba la chimenea, un agujero tan

apagado como sólo puede estar una chimenea en verano, pero cuando Rea alargó su deformada y huesuda mano hacia ella, una amarillenta llama se elevó del tronco medio carbonizado que allí había. Musty soltó un maullido y huyó de la chimenea con los ojos enormemente abiertos y la cola bifurcada echando humo como la colilla de un puro mal apagada.

—¡Sí, vete ya! —le escupió Rea a su espalda—. ¡Largo, maldito bicharraco!

Se volvió de nuevo hacia la bola de cristal y extendió las manos sobre ella, juntando los dos pulgares. Pese a que se concentró todo lo que pudo e hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, sólo consiguió devolverle a la bola su natural resplandor rosado. Pero no apareció ninguna imagen. Rea sufrió una amarga decepción, pero no había nada que hacer. A su debido tiempo, podría ver el resultado con sus propios ojos naturales si se tomaba la molestia de bajar a la ciudad.

Todo el mundo lo podría ver.

Tras haber recuperado el buen humor, Rea volvió a guardar la bola de cristal en su escondrijo.

10

Apenas unos momentos antes de hundirse en un profundo sueño que no le hubiera permitido oírlo, en la mente de Rolando se disparó un timbre de advertencia. A lo mejor fue la vaga sensación de no tener la mano de Susan entrelazada con la suya, o a lo mejor fue una simple intuición. Hubiera podido desechar aquel débil sonido y a punto estuvo de hacerlo, pero al final la fuerza del adiestramiento al que se había sometido fue demasiado poderosa. Abandonó el umbral del sueño y se esforzó en regresar a la claridad, tal como hace un buzo moviendo las piernas para subir a la superficie. Al principio le costó, pero poco a poco le fue más fácil; a medida que se acercaba al estado de vigilia, su alarma se fue intensificando.

Abrió los ojos y miró hacia la izquierda. Susan ya no estaba allí. Se incorporó, miró a la derecha y no vio nada por encima del arroyo... y sin embargo presentía que ella se encontraba allí.

—¿Susan?

No hubo respuesta. Se levantó, buscó sus pantalones y entonces Cort -un visitante al que jamás hubiera esperado en una glorieta tan romántica como aquella- le dijo en su mente «No hay tiempo, gusano.»

Se acercó desnudo a la orilla del arroyo y miró. Susan estaba allí, también

desnuda y de espaldas a él. Se había soltado la trenza y el cabello dorado le llegaba casi hasta las caderas. La fresca brisa que se levantaba de la superficie de la corriente le agitaba las puntas de sus cabellos como si fueran una bruma.

Susan había doblado una rodilla y tenía un brazo sumergido en el agua, casi hasta el codo; al parecer, estaba buscando algo.

—¿Susan?

No hubo respuesta. Un frío pensamiento cruzó por su mente: «Un demonio se ha apoderado de ella. Mientras yo dormía incautamente, un demonio se ha apoderado de ella.» Pero no estaba muy seguro. Si hubiera habido un demonio cerca de aquel claro, él lo habría intuido. Probablemente lo habrían intuido los dos; y también los caballos. Pero algo le ocurría a Susan.

Ésta sacó un objeto del arroyo y lo sostuvo delante de sus ojos con la mano chorreando agua. Una piedra. La examinó y la volvió a arrojar al agua... plaf. Volvió a introducir la mano inclinando la cabeza y las dos cortinas de su cabello flotaron sobre el agua siguiendo la caprichosa dirección de la corriente.

—¡Susan!

Silencio. Sacó otra piedra del arroyo. Era un cuarzo blanco de forma triangular, afilado de tal manera que casi parecía la punta de una lanza. Susan inclinó la cabeza a la izquierda y tomó un mechón de cabello como si quisiera peinarse los enredos. Pero no tenía peine sino tan sólo aquella afilada piedra. Rolando se quedó paralizado de horror en la orilla, pensando que Susan quería cortarse la garganta, acosada por la vergüenza y el remordimiento de lo que ambos habían hecho. En las semanas sucesivas, no pudo quitarse de la cabeza una idea clarísima: si ella hubiera querido cortarse la garganta, él no habría tenido tiempo de impedírselo.

Cuando logró reponerse, bajó por la orilla sin preocuparse por las afiladas piedras que le lastimaban las plantas de los pies. Antes de llegar al lugar donde ella se encontraba, Susan ya había utilizado el afilado cuarzo para cortarse una parte de la dorada trenza que sostenía en su mano.

Rolando la asió por la muñeca y tiró de ella hacia atrás. Ahora podía ver su rostro con toda claridad. Lo que desde lo alto de la orilla se hubiera podido interpretar como serenidad, ahora parecía lo que efectivamente era: vacío y vacuidad.

Al sujetarla, la suavidad de su rostro dio paso a una vaga y nerviosa sonrisa; la boca le temblaba como si experimentara un lejano dolor, mientras de sus labios se escapaba casi un informe sonido de negación:

—Nnnnnn...

Parte del cabello que se había cortado descansaba sobre su muslo como unos alambres dorados; casi todo había caído al agua y la corriente se lo había llevado. Susan tiró de la mano de Rolando, tratando de acercarse el cortante cuarzo al cabello para reanudar su insensata tarea de peluquera. Ambos forcejearon como dos individuos que estuvieran echando un pulso en una taberna. Y Susan estaba ganando. Rolando era físicamente más fuerte, pero no más fuerte que el hechizo que se había adueñado de ella. Poco a poco, el blanco triángulo de cuarzo se acercó de nuevo a la cortina de cabello mientras de su boca

se escapaba aquel temible sonido...

—Nnnnnnn...

—¡Susan, ya basta! ¡Despierta!

—Nnnnnnn...

Su brazo desnudo temblaba visiblemente en el aire y los músculos contraídos parecían unas rocas pequeñas y duras. El cuarzo estaba cada vez más cerca del cabello, de la mejilla, de la cuenca de su ojo.

Sin pensarlo -era la manera con que siempre solía alcanzar el éxito-, Rolando acercó el rostro a la parte lateral del de Susan, cediendo para ello otros diez centímetros al puño que sujetaba la piedra. Acercó los labios al oído de Susan y chasqueó la lengua contra el velo del paladar, torciendo incluso la boca.

Susan se sobresaltó al oír aquel sonido que debió de atravesarle la cabeza como si fuera una lanza. Movió rápidamente los párpados y la presión que estaba ejerciendo contra el puño de Rolando disminuyó levemente. Rolando aprovechó la ocasión para retorcerle la muñeca.

—¡Ay! ¡Aaaaay!

La piedra salió volando de la mano abierta y cayó al agua. Susan miró a Rolando completamente despierta y con los ojos llenos de lágrimas y de perplejidad. Se estaba frotando la muñeca. Rolando pensó que probablemente se le hincharía.

—¡Me has hecho daño, Rolando! ¿Por qué me has hecho...?

Miró a su alrededor sin terminar la frase. Ahora no era sólo su rostro el que expresaba perplejidad sino también toda la postura de su cuerpo. Fue a cubrirse con las manos, pero al darse cuenta de que todavía estaban solos, las dejó colgando a los costados. Volvió la cabeza y vio que las huellas de sus pies descalzos bajaban hacia la orilla.

—¿Cómo he bajado aquí? —preguntó—. ¿Me has traído tú cuando me he quedado dormida? ¿Y por qué me has hecho daño? Oh, Rolando, con lo mucho que te quiero... ¿por qué me has hecho daño?

Rolando tomó el mechón de cabello que todavía descansaba sobre su muslo y se lo mostró.

—Tomaste una piedra con un canto muy afilado. Pretendías cortarte con ella y no querías detenerte. Te he hecho daño porque me he asustado. Me alegro de no haberte roto la muñeca... bueno, creo que no te la he roto.

Rolando le tomó la muñeca y la hizo girar suavemente a ambos lados, prestando atención por si oía el crujido de los pequeños huesos.

Pero la muñeca giraba sin dificultad. Mientras Susan lo observaba confusa y aturdida, él se acercó su muñeca a los labios y besó suavemente la parte interior por encima de la delicada tracería de las venas.

11

Rolando había atado a Rusher en un lugar lo bastante escondido de la salceda como para que el enorme castrado no pudiera ser visto por nadie que cabalgara por la Pendiente.

—Tranquilo —dijo acercándose al caballo—. Espera un poco más, bonito.

Rusher soltó un relincho como si quisiera decirle que esperaría hasta el fin de los tiempos si él quisiera.

Rolando abrió la alforja y sacó el recipiente de acero que—le servía de olla o sartén según las necesidades. Estaba a punto de alejarse, pero volvió sobre sus pasos. Su saco de dormir estaba atado detrás de la silla de montar, pues tenía intención de pasar la noche en la Pendiente, meditando. Había estado pensando mucho y ahora tenía todavía más cosas en las que pensar.

Tiró de una de las correas de cuero sin curtir, rebuscó entre las mantas y sacó una cajita de metal que abrió con una llavecita que llevaba colgada alrededor del cuello. Dentro de la cajita había un pequeño medallón cuadrado con una preciosa cadena de plata (el medallón contenía un dibujo a pluma de su madre) y un puñado de caparazones de molusco... no llegaban a la docena. Tomó uno, se lo guardó en la mano cerrada y regresó junto a Susan. Ella lo miró con los ojos enormemente abiertos a causa del temor.

—No recuerdo nada de lo ocurrido después de haber hecho el amor por segunda

vez —dijo—. Únicamente recuerdo que estaba contemplando el cielo y pensaba en lo bien que se estaba aquí y me entraban ganas de dormir. Oh, Rolando, ¿es muy malo lo que ha ocurrido?

—Yo creo que no, pero tú sabrás. Mira.

Llenó el recipiente de agua y lo depositó en la orilla. Susan se inclinó hacia él con inquietud mientras apoyaba el cabello de la parte izquierda en el antebrazo y movía el brazo hacia delante extendiendo muy despacio el cabello en una franja de brillante color dorado. Inmediatamente vio el mellado corte. Lo examinó con cuidado y soltó el cabello, lanzando un suspiro más de alivio que de tristeza.

—Lo puedo disimular —dijo—. Cuando me trence el cabello, nadie lo notará. Y además, es sólo cabello, una simple vanidad de mujer. Pero ¿por qué, Rolando? ¿Por qué lo he hecho?

A Rolando se le ocurrió una idea. Si el cabello era un motivo de vanidad para una mujer, era probable que el hecho de cortarlo fuera el fruto de la maldad de una mujer... a un hombre jamás se le hubiera ocurrido semejante cosa. ¿Habría sido la esposa del Alcalde? No lo creía. Le parecía más probable que Rea, desde las alturas que miraban al norte hacia La Mala Hierba, la Roca Colgante y el Cañón de la Armella, hubiera tendido aquella horrible trampa. Quería que el Alcalde Thorin se despertara a la mañana siguiente de la Siega con una resaca impresionante y una fulana calva.

—Susan, ¿me permites que pruebe una cosa? Ella lo miró sonriendo.

—¿Algo que todavía no has probado allí arriba? Sí, lo que tú quieras.

—No es nada de todo eso. —Rolando abrió la mano y le mostró el caparazón de molusco—. Quiero averiguar quién te ha hecho esto y por qué.

Y también otras cosas que todavía no sabía lo que eran.

Susan contempló el caparazón de molusco. Rolando empezó a deslizarlo por el dorso de su mano con un hábil movimiento hacia delante y hacia atrás, como si estuviera tejiendo. Sus nudillos subían y bajaban como los lizos de un telar. Ella lo observó con infantil y fascinado deleite.

—¿Dónde lo aprendiste?

—En casa. No tiene importancia.

—¿Me vas a hipnotizar?

—Sí... y no creo que sea la primera vez. —Hizo bailar el caparazón un poco más rápido a lo largo de sus ondulantes nudillos, y primero hacia el este y luego hacia el oeste.

—¿Me permites?

—Sí —contestó ella—. Si puedes.

12

Y por supuesto que pudo. La velocidad con la que ella se durmió le confirmó que Susan ya había pasado por aquella situación, y muy recientemente por cierto. Pero no pudo conseguir de ella lo que quería. Susan se mostró muy dispuesta a colaborar (algunas personas se duermen muy bien, hubiera dicho Cort), pero más allá de un determinado punto se negó a seguir. Sin embargo no fue ni por vergüenza ni por modestia. Mientras dormía con los ojos abiertos junto a la orilla del arroyo, le habló con voz lejana pero serena del examen a que la había sometido la vieja y de la manera en que Rea había tratado de excitarla. (Al oírlo, Rolando apretó los puños con tal fuerza que se clavó las uñas de los dedos en las palmas de las manos.) Pero llegó un momento en que ella ya no pudo recordar nada más.

Ella y Rea se habían dirigido a la puerta de la choza, donde la luz de la Luna Besadora les había iluminado el rostro. La anciana le había acariciado el cabello, eso Susan lo recordaba. El contacto de sus manos le produjo repugnancia, sobre todo después de los anteriores contactos de la bruja, pero no había podido impedirlo. Los brazos le pesaban demasiado y no los podía levantar; la lengua también le pesaba y no podía hablar. No había tenido más remedio que permanecer allí mientras la bruja le hablaba en susurros al oído.

—¿Qué? —preguntó Rolando—. ¿Qué te susurró?

—No lo sé —contestó Susan—. Lo demás es de color de rosa.

—¿De color de rosa? ¿Qué quieres decir?

—De color de rosa —repitió Susan. Casi parecía que le hiciera gracia, como si pensara que Rolando se estaba haciendo pasar deliberadamente por tonto—. Me dice: «Eso es, muy bien, buena chica» y después todo se vuelve de color de rosa. De rosa muy brillante.

—Brillante.

—Sí, como la luna. Y después... —Susan hizo una pausa—. Después creo que la luz se transforma en la luna. Quizás en la rosada Luna Besadora, redonda y llena como un pomelo.

Rolando trató infructuosamente de refrescarle la memoria de otra manera... todos

los caminos que probaba terminaban en aquella brillante luz de color de rosa que primero le borraba el recuerdo y después se transformaba en una luna llena. Todo aquello no significaba nada para Rolando. Había oído hablar de lunas azules, pero jamás de lunas de color de rosa. De lo único que estaba seguro era de que la vieja le había dado a Susana la poderosa orden de olvidar.

Pensó en la posibilidad de llevarla a niveles más profundos -ella lo aceptaría-, pero no se atrevió a hacerlo. Buena parte de su experiencia la había adquirido hipnotizando a sus amigos durante unos ejercicios escolares en broma que a veces adquirían un carácter peligroso. Pero siempre lo hacía en presencia de Cort o de Vannay, y éstos enderezaban la situación cuando algo se torcía. Ahora no tenía ningún maestro que pudiera ayudarlo; para bien o para mal, los alumnos eran ahora los responsables de la escuela. ¿Y si la llevara a niveles más profundos y no consiguiera hacerla subir? Le habían dicho que en la mente inferior también había demonios. Cuando uno descendía al lugar donde estaban los demonios, éstos salían a veces de sus cuevas...

Dejando aparte otras consideraciones, se estaba haciendo tarde. No sería prudente permanecer allí mucho tiempo.

—Susan, ¿me oyes?

—Sí, Rolando, te oigo muy bien.

—Bueno. Voy a decir un verso. Cuando termine, te despertarás por completo y recordarás todo lo que hemos dicho. ¿Comprendido?

—Sí.

—Presta atención: Pájaro y oso y liebre y pez, a mi amor su deseo concededle de una vez.

La sonrisa de Susan cuando recuperó el conocimiento fue una de las cosas más bellas que él jamás hubiera contemplado. Susan se desperezó, le rodeó el cuello con sus brazos y le cubrió el rostro de besos.

—Tú, tú, tú, tú —dijo—. Tú eres mi mayor deseo, Rolando. Mi único deseo. Tú y tú por siempre jamás.

Volvieron a hacer el amor junto a la orilla del arroyo, abrazándose con toda la fuerza que pudieron, respirando el uno en la boca del otro y viviendo el uno del aliento del otro. Tú, tú, tú, tú.

Veinte minutos después, Rolando ayudó a Susan a montar sobre la grupa de Felicia. Susan se inclinó hacia abajo, tomó su rostro entre sus manos y le dio un apasionado beso.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —le preguntó.

—Muy pronto. Pero tenemos que andarnos con cuidado.

—Sí. Con el máximo cuidado que jamás hayan tenido unos amantes. Gracias a Dios que eres tan listo.

—Podemos utilizar a Sheemie, sin abusar demasiado.

—Sí. Oye, Rolando, ¿tú conoces el pabellón del Corazón Verde, que está cerca del lugar donde sirven té, pastas y otras cosas cuando hace buen tiempo? —Rolando lo conocía. Corazón Verde, a unos cincuenta metros de la cárcel y la Sala de Reuniones Municipal, en la parte de arriba de la calle de la Loma, era uno de los lugares más agradables de la ciudad, con sus hermosas veredas, sus mesas bajo la sombra de unos parasoles, el pabellón de baile y el zoo. Hay una roca en la parte de atrás —dijo Susan—. Entre el pabellón y el zoo. Si me necesitas mucho...

—Yo siempre te necesito mucho —dijo Rolando.

Susan sonrió al ver la seriedad de su rostro.

—Hay una roca en uno de los senderos de abajo... de color rojizo. Mi amiga Amy y yo la usábamos para dejarnos mensajes cuando éramos pequeñas. Iré a mirar cuando pueda. Haz tú lo mismo.

—Sí.

Sheemie les podría ser útil durante algún tiempo si tenían cuidado. La roca roja también la podrían utilizar si tenían cuidado. Pero por mucho cuidado que tuvieran, al final cometerían algún fallo porque ahora era probable que los Grandes Cazadores de Ataúdes ya supieran más cosas acerca de Rolando y sus amigos de lo que a éste le hubiera gustado. Pero tenía que ver a Susan, fueran cuales fueran los peligros. Pensaba que se moriría de pena si no la veía. Le bastó con mirar a Susan para comprender que ella sentía lo mismo.

—Vigila especialmente a Jonas y a los otros dos —le dijo.

—Lo haré. ¿Otro beso si no te importa?

La besó con mucho gusto, y con mucho gusto la hubiera obligado a bajar de la grupa de su yegua para celebrar una cuarta sesión, pero ya era hora de dejar de cometer locuras y empezar a tener cuidado.

—Cuídate, Susan. Te quiero... —Rolando hizo una pausa y la miró sonriendo—.

Te quiero.

—Y yo a ti, Rolando. Todo el corazón que tengo es tuyo.

Tenía un corazón muy grande, pensó Rolando mientras ella se alejaba entre los sauces, y él ya sentía su peso en el suyo. Esperó hasta estar seguro de que ya debía de estar lejos. Entonces fue en busca de Rusher y se alejó en dirección contraria, sabiendo que acababa de empezar una nueva y peligrosa fase del juego.

14

No mucho después de que Susan y Rolando se hubieran separado, Cordelia Delgado salió del Mercantil de Hambria con una caja de comestibles y la mente profundamente turbada. La causa de la mente turbada era Susan, naturalmente, siempre Susan, y el temor de Cordelia de que la chica cometiera una estupidez antes de que llegara finalmente la Siega.

Aquellos pensamientos se borraron de su mente cuando unas manos -unas manos muy fuertes- le arrebataron la caja que ella sostenía en sus brazos. Cordelia soltó un grito de asombro, se protegió los ojos del sol con la mano y vio a Eldred Jonas entre los tótems del Oso y la Tortuga, mirándola con una sonrisa en los labios. El blanco cabello largo (muy hermoso, en opinión de Cordelia) se derramaba sobre sus hombros.

Cordelia sintió que se le aceleraban ligeramente los latidos del corazón. Siempre le habían gustado los hombres como Jonas, capaces de abrirse camino con sonrisas y bromas hasta rozar los límites de lo escabroso... y que mantenían sus cuerpos como si fueran espadas.

—La he asustado. Le pido perdón, Cordelia.

—No —dijo ella, y le pareció que jadeaba levemente, como si se le hubiera cortado la respiración—. Es el sol que calienta mucho a esta hora del día...

—La ayudaré un ratito si usted me lo permite. Subo por la calle Mayor justo hasta la esquina y después giraré a la de la Loma, pero, ¿me permite que la ayude hasta allí?

—Con toda mi gratitud —contestó ella.

Ambos bajaron los peldaños y echaron a andar por la acera de tablas de madera. Cordelia miró furtivamente a su alrededor para ver quién la estaba observando en compañía del apuesto señor Jonas, que casualmente le estaba llevando la bolsa de la

compra. Vio un satisfactorio número de mirones. Y en primer lugar a Millicent Ortega, que apartó la mirada del escaparate de Ann's Dresses con una satisfactoria O de asombro en aquella estúpida cara de vaca que tenía.

—Confío en que no la moleste que la llame Cordelia. —Jonas se colocó bajo el brazo sin ninguna dificultad la caja que ella sostenía con ambas manos—. Desde la cena de bienvenida en la Casa del Alcalde tengo la sensación de que la conozco.

—Cordelia me parece muy bien.

—¿Y podría usted llamarme Eldred?

—Creo que «señor Jonas» será mejor —contestó ella, dedicándole una sonrisa en la esperanza de que a él le pareciera coqueta.

Los latidos de su corazón se aceleraron un poco más. (No se le ocurrió pensar que, a lo mejor, Susan no era la única estúpida de la familia Delgado.)

—Como quiera —dijo Jonas con una cara de decepción tan graciosa que Cordelia no pudo por menos que echarse a reír—. ¿Y su sobrina? ¿Qué tal está?

—Muy bien. Gracias por preguntármelo. A veces me da algunos quebraderos de cabeza...

—¿Ha habido alguna vez una muchacha de dieciséis años que no los haya dado?

—Supongo que no.

—Sin embargo, este otoño tiene usted unas responsabilidades adicionales con respecto a ella. Aunque dudo que la chica se dé cuenta.

Cordelia no dijo nada, no hubiera sido discreto, pero le dirigió una significativa mirada que lo dijo todo.

—Salúdela de mi parte, se lo ruego.

—Lo haré. —Pero no pensaba hacerlo. Susan experimentaba una profunda antipatía (irracional, en opinión de Cordelia) por los vigilantes del Alcalde Thorin. Lo más probable era que el hecho de intentar modificar su visión no sirviera de nada; las chicas jóvenes siempre creían saberlo todo. Echó un vistazo a la estrella que asomaba discretamente por debajo del chaleco de Jonas—. Tengo entendido que ha asumido usted una responsabilidad adicional en nuestra indigna ciudad, señor Jonas.

—Sí, estoy echando una mano al Sheriff Avery —convino Jonas con su trémula y chirriante voz que a Cordelia le resultaba sumamente cautivadora—. Uno de sus agentes, el llamado Claypool...

—Frank Claypool, sí.

—... se cayó de su barca y se rompió la pierna. ¿Cómo puede uno caerse de una

barca y romperse la pierna, Cordelia?

Cordelia se echó a reír (la idea de que todos los habitantes de Hambria los estaban mirando no debía de ser cierta, pero a ella le parecía que sí, y la sensación no le resultaba desagradable) y contestó que no lo sabía.

Jonas se detuvo en la confluencia de la Calle Mayor y Camino Vega y la miró con semblante pesaroso.

—Aquí es donde tengo que girar —dijo devolviéndole la caja—. ¿Está segura de que podrá llevarla? Si quiere, la acompaño hasta su casa...

—No es necesario, no es necesario. Gracias. Gracias, Eldred.

El rubor que le subió por el cuello y las mejillas quemaba tanto como el fuego, pero la sonrisa de Jonas merecía todo el calor del mundo. Éste la saludó levantando dos dedos y se alejó colina arriba en dirección al despacho del Sheriff.

Cordelia regresó a casa. La caja que le había parecido una carga tan pesada al salir del Mercantil se le antojaba ahora tan liviana como una pluma. La sensación perduró a lo largo de aproximadamente un kilómetro. Sin embargo, cuando ya estaba llegando a casa, Cordelia percibió una vez más el sudor que le bajaba por los costados y el dolor de los brazos. Menos mal que el verano ya estaba tocando a su fin... ¿no era Susan la que estaba cruzando la verja con su yegua?

—¡Susan! —gritó, tras haber recuperado la suficiente serenidad como para que su pasada irritación con la chica se le volviera a notar en la voz—. ¡Ven a ayudarme antes de que esto se me caiga y se rompan los huevos!

Susan se acercó, dejando a Felicia entretenida con la hierba del patio anterior de la casa. Diez minutos antes Cordelia no hubiera observado ningún cambio en el aspecto de la chica pues sus pensamientos estaban tan ocupados con Eldred Jonas que apenas le quedaba espacio para otra cosa. Pero el ardiente sol la había obligado a pisar de nuevo la tierra. Mientras Susan tomaba la caja (casi con tanta soltura como Jonas), Cordelia pensó que le importaba un bledo el aspecto de la chica, entre otras cosas porque su estado de ánimo había cambiado, pasando de una confusión medio histérica a una agradable y risueña serenidad. Susan volvía a ser la misma chica de los años anteriores y no la quejumbrosa y melancólica víctima de aquel año. Sin embargo, Cordelia no conseguía identificar ninguna otra cosa, a no ser...

Pero sí había algo. Una cosa. Alargó la mano y tomó la trenza de la chica, insólitamente despeinada aquella tarde. Ciertamente Susan había salido a dar un paseo a caballo y eso podía explicar aquel desorden. Pero no explicaba el

oscurecimiento del cabello, como si aquella brillante masa dorada hubiera empezado a deslustrarse. La chica casi pegó un respingo de culpabilidad cuando percibió el roce de Cordelia. ¿Cuál sería la razón?

—Tienes el cabello mojado, Susan —dijo Cordelia—. ¿Has ido a nadar a algún sitio?

—No. Me he parado y he puesto la cabeza bajo la bomba de agua que hay delante del establo de Hookey. A él no le importa porque el pozo es muy profundo. Hace un calor tremendo. A lo mejor después me tomo una ducha. Le he dado también de beber a Felicia.

Los ojos de la chica eran tan directos y sinceros como siempre, pero, aun así, Cordelia creyó ver en ellos algo extraño. Sin embargo, no sabía decir qué. La idea de que Susan pudiera estar ocultando algo realmente grave no cruzó de inmediato por su mente; Cordelia no creía que su sobrina fuera capaz de guardar un secreto de importancia superior a un regalo de cumpleaños o una fiesta sorpresa... y hasta éstos no los podía guardar más allá de uno o dos días. Y sin embargo, algo había. Cordelia acercó los dedos al cuello de la camisa de montar de la chica.

—Esto está seco.

—He tenido mucho cuidado —dijo Susan, mirando a su tía con cara de perplejidad—. La suciedad se pega más a una camisa mojada. Tú misma me lo enseñaste, tía.

—Pero tú te has echado hacia atrás cuando te he tocado el cabello, Susan.

—Sí, es verdad —dijo Susan—. Aquella mujer tan rara de allí arriba me lo tocó de la misma manera. Y desde entonces me molesta que me lo toquen. Bueno, ¿puedo entrar con todo esto y sacar a mi yegua del sol?

—No seas impertinente, Susan.

Sin embargo, el tono irritado de la voz de su sobrina tranquilizó en cierto modo a Cordelia. La sensación de que de alguna forma Susan había cambiado -aquella sensación como de lejanía- empezó a disiparse poco a poco.

—Y tú no me des la lata.

—¡Susan! ¡Pídeme disculpas!

Susan aspiró una bocanada de aire, la retuvo y la volvió a expulsar.

—Sí, tía, te pido disculpas. Pero hace mucho calor.

—Ya lo sé. Pon estas cosas en la despensa. Y gracias.

Susan se encaminó hacia la casa con la caja en brazos. Cuando la chica se hubo

alejado lo bastante como para que ambas no tuvieran que caminar juntas, Cordelia la siguió. Había sido una estupidez por su parte sin la menor duda -un recelo provocado por su flirteo con Eldred-, pero la chica estaba en una edad peligrosa y de su comportamiento a lo largo de las siete semanas siguientes dependían cosas muy importantes. A partir de entonces, la chica pasaría a convertirse en un problema de Thorin pero de momento la responsabilidad era suya. Cordelia pensaba que, en último extremo, Susan sería fiel a su promesa, pero hasta la Feria de la Siega ella tenía que vigilarla muy de cerca. En cuestiones como la virginidad de una chica, las precauciones nunca estaban de más.

ENTREACTO

KANSAS, EN ALGÚN LUGAR, EN ALGUN MOMENTO

Eddie se movió. A su alrededor, la raedura seguía gimoteando como una suegra regañona; las estrellas brillaban por encima de ellos con tanto fulgor como unas nuevas esperanzas... o unas malas intenciones. Miró a Susana, sentada con las piernas cruzadas bajo el cuerpo; miró a Jake que se estaba comiendo un burrito y miró a Acho cuyo hocico descansaba sobre el tobillo de Jake, mirando al chico con expresión de serena adoración.

La hoguera estaba a punto de apagarse, pero aún ardía. Al igual que la Luna del Demonio allá lejos hacia el oeste.

—Rolando ——dijo Eddie con una voz que sonó antigua y oxidada a sus propios oídos.

El pistolero, que se había detenido para tomar un sorbo de agua, lo miró enarcando las cejas.

—¿Cómo puedes conocer todos los rincones de esta historia?

Rolando lo miró como si la pregunta le hubiera hecho gracia.

—No creo que eso sea lo que tú quieres saber realmente, Eddie.

En eso tenía razón... el viejo largo, alto y feo solía tener razón. A juicio de Eddie, ésta era una de sus más molestas características.

—De acuerdo. ¿Cuánto rato has estado hablando? Eso es lo que yo quiero saber realmente.

—¿Te sientes incómodo? ¿Quieres irte a la cama?

Me está tomando el pelo, pensó Eddie, pero, mientras lo pensaba, comprendió que no era cierto. No, no se sentía incómodo. No se notaba las articulaciones anquilosadas a pesar de que llevaba sentado con las piernas cruzadas desde el momento en que Rolando había empezado a contarles la historia de Rea y la bola de cristal, y ni siquiera necesitaba ir al lavabo. Tampoco tenía apetito. Jake se estaba comiendo el último burrito que quedaba, pero probablemente lo estaba haciendo por la misma razón por la que la gente escalaba el Everest... porque estaba ahí. ¿Por qué hubiera tenido que estar hambriento, tener sueño o sentirse anquilosado? ¿Por qué, si la hoguera aún no se había apagado y la luna aún no se había ocultado?

Contempló los burlones ojos de Rolando y comprendió que el pistolero le estaba leyendo el pensamiento.

—No, no quiero irme a la cama. Tú sabes que no. Pero, mira, Rolando... llevas hablando mucho rato. —Hizo una pausa, se miró las manos y volvió la vista, sonriendo con expresión turbada—. Yo diría que llevas días.

—Pero aquí el tiempo es distinto. Ya te lo he dicho; y ahora lo puedes ver por ti mismo. Últimamente no todas las noches han tenido la misma duración. Y los días tampoco, pero el tiempo se nota más por la noche, ¿verdad? Sí, yo creo que sí.

—¿Acaso la raedura estira el tiempo?

Ahora que lo había dicho, Eddie podía oírla en toda su inquietante gloria; era un sonido parecido al de un metal que vibrara o quizás al del mosquito más grande del mundo.

—Puede que ésta tenga en parte algo que ver con ello, pero sobre todo depende de cómo son las cosas en mi mundo.

Susannah se agitó como una mujer que despierta parcialmente de un sueño que la tiene atrapada como unas dulces arenas movedizas y le dirigió a Eddie una mirada distante y paciente a la vez.

—Deja hablar al hombre, Eddie.

—Sí —dijo Jake—. Déjale hablar.

Y Acho, sin levantar el hocico del tobillo de Jake:

—An. Auk.

—De acuerdo —dijo Eddie—. No hay problema.

La mirada de Rolando los recorrió a todos.

—¿Estáis seguros? El resto es...

Rolando dejó la frase sin terminar, y Eddie comprendió que tenía miedo.

—Sigue —le dijo éste—. Deja que el resto sea lo que sea. Lo que fue.

Miró a su alrededor. Kansas, estaban en Kansas. En algún lugar, en algún momento. Pero a él le parecía que Mejis y aquellas personas a las que jamás había visto -Cordelia y Jonas y Brian Hookey y Sheemie y Pettie la Trotona y Cutberto Allgood- ahora estaban muy cerca. Y que la perdida Susan de Rolando también estaba muy cerca. Pues allí la realidad era muy delgada -tan delgada como los fondillos de unos viejos vaqueros- y la oscuridad perduraría hasta que Rolando lo necesitara. Eddie dudaba incluso de que Rolando hubiera reparado en la oscuridad. ¿Por qué hubiera tenido que hacerlo? Eddie pensaba que en el interior de la mente de Rolando era de noche desde hacía mucho tiempo... y el amanecer aún estaba muy lejos.

Alargó la mano y tocó una de aquellas encallecidas manos de asesino. La acarició

suavemente y con amor.

—Sigue, Rolando. Cuenta tu historia. Todo seguido hasta el final.

—Todo seguido hasta el final —dijo Susannah en tono soñador—. Corta la vena.

Sus ojos estaban llenos de luz de luna.

—Todo seguido hasta el final —dijo Jake.

—El final —murmuró Acho.

Rolando sostuvo un momento la mano de Eddie en la suya y después la soltó. Contempló el fuego medio apagado, pero no se puso a hablar enseguida. Eddie comprendió que estaba tratando de encontrar la manera. Probando una puerta tras otra hasta encontrar la que se abría. Lo que vio al otro lado lo indujo a sonreír y a mirar a Eddie.

—El verdadero amor es aburrido —dijo.

—¿Cómo?

—El verdadero amor es aburrido —repitió Rolando—. Tan aburrido como cualquier otra droga fuerte que crea hábito. Y como cualquier otra droga fuerte...

TERCERA PARTE

VENID A SEGAR

CAPÍTULO I

BAJO LA LUNA CAZADORA

1

El verdadero amor, como cualquier otra droga fuerte que crea hábito, es aburrido; cuando se termina la historia del encuentro y el descubrimiento, los besos no tardan en marchitarse y las caricias cansan... menos para los que comparten los besos, claro, y que reciben y hacen las caricias mientras todos los sonidos y los colores del mundo parecen intensificarse y avivarse a su alrededor. Tal como ocurre con todas las drogas fuertes, el primer amor verdadero sólo es interesante para aquellos que se convierten en prisioneros suyos.

Y tal como ocurre con cualquier otra droga fuerte que crea hábito, el primer amor verdadero es peligroso.

2

Algunos llamaban a la Cazadora la última luna del verano; otros la llamaban la primera del otoño. En cualquier caso, aquella luna marcaba un cambio en la vida de la Baronía. Los hombres salían a la bahía con jerséis bajo los impermeables pues los vientos empezaban a soplar cada vez más hacia el camino este-oeste del otoño y a ser cada vez más fuertes. En los grandes vergeles de la Baronía, al norte de Hambria (y en los vergeles más pequeños de John Croydon, Henry Wertner, Jake White y la arisca pero acaudalada Coral Thorin), empezaron a presentarse los recolectores, llevando a cuestas sus extrañas escalas de mano descompuestas; los seguían unos carros tirados por caballos, llenos de toneles vacíos. Con el viento a favor soplando desde las sidrerías y especialmente la gran mansión de la sidra de la

Baronía a un kilómetro y medio al norte de la Costa, se aspiraba en el suave aire el dulce aroma de las carretadas de frutos prensados. Lejos de la orilla del Mar Limpio, los días seguían siendo templados mientras la Cazadora menguaba y los cielos se mantenían despejados día y noche, pero el fuerte calor del verano se había marchado con el Buhonero. En una semana empezó y terminó la siega del heno, que era siempre

muy escaso, y tanto los rancheros como los terratenientes se rascaban la cabeza y se preguntaban por qué se molestaban en cortarlo, pero cuando llegaba el lluvioso y ventoso marzo y los heniles y los cajones se vaciaban rápidamente, siempre lo sabían. En los huertos de la Baronía -los grandes de los rancheros, los más pequeños de los terratenientes y los minúsculos huertos de la parte de atrás de las casas de los habitantes de la ciudad-, los hombres, las mujeres y los niños se vestían con ropas viejas, se calzaban las botas, se encasquetaban los sombreros y se ataban fuertemente las perneras de los pantalones a los tobillos, pues, en la estación de la Cazadora entraba gran número de serpientes y escorpiones por el este, desde el desierto. Para cuando la vieja Luna del Demonio empezaba a crecer, tanto en los postes de atar los caballos del Descanso de los Viajeros como del Mercantil de la acera de enfrente, colgaba una hilera de serpientes de cascabel. Otros negocios decoraban sus postes de la misma manera, pero cuando se indicaba el precio de casi todas las pieles el Día de la Siega, siempre ganaba la posada o bien el mercado. En los campos y los huertos, las mujeres con el cabello protegido por pañuelos y con amuletos de la siega en el pecho, colocaban los cestos de la recogida junto a las hileras de hortalizas y cereales. Y se recolectaban los últimos tomates, los últimos pepinos, el último maíz, los últimos pareys y los últimos mingos. Detrás de ellos, cuando los días refrescaran y empezaran a llegar las tormentas otoñales, vendrían las cidras, las aguaturmas, las calabazas y las patatas. En Mejis había empezado la época de la siega mientras en lo alto del cielo, cada vez más clara en la noche estrellada, la Cazadora tensaba su arco y contemplaba hacia el este aquellas extrañas y pálidas ligas que ningún hombre y ninguna mujer del Mundo Medio había visto jamás.

3

Los que se encuentran bajo los efectos de una fuerte droga -la heroína, la hierba del demonio, el verdadero amor-, a menudo tratan de mantener un precario equilibrio entre el sigilo y el éxtasis mientras caminan por la cuerda floja de su vida. Mantener el equilibrio en la cuerda floja es muy difícil, por muy sereno que esté uno; hacerlo en estado de delirio es prácticamente imposible. Y completamente imposible a la larga.

Rolando y Susan vivían inmersos en el delirio, pero tenían por lo menos la ventaja de saberlo. Y además, el secreto no lo tendrían que guardar eternamente sino tan sólo hasta la Feria del Día de la Siega, lo más tarde. Y puede que las cosas terminaran

antes si los Grandes Cazadores de Ataúdes salieran de su escondrijo. Tal vez el primer movimiento lo hiciera uno de los demás jugadores, pensaba Rolando, pero quienquiera que hiciera el primer movimiento, Jonas y sus hombres estarían allí y formarían parte de él. La parte que seguramente sería más peligrosa para los tres muchachos.

Rolando y Susan tenían cuidado, todo el cuidado que pueden tener las personas que viven en estado de delirio. Jamás se reunían en el mismo lugar dos veces seguidas, nunca disimulaban cuando se dirigían a sus citas. En Hambria los jinetes eran muy habituales, pero la gente que trataba de disimular se notaba. Susan nunca intentaba ocultar sus «paseos a caballo» recabando la ayuda de algún amigo (a pesar de que tenía amigos que gustosamente le hubieran hecho este favor); las personas que buscaban coartadas eran personas que ocultaban secretos. Susan tenía la sensación de que su tía Cord estaba cada vez más nerviosa debido a sus paseos a caballo -y sobre todo de los que daba a primera hora de la noche-, pero hasta el momento había aceptado la explicación que ella le había dado: necesitaba tiempo para estar sola, para meditar acerca de su promesa y asumir su responsabilidad. Curiosamente, aquellas sugerencias se las había hecho inicialmente la bruja de Cos.

Se reunían en la salceda, en algunos de los distintos cobertizos para embarcaciones que había en la curva norte de la bahía, en una cabaña de pastor del desértico paraje de Cos, en la choza abandonada de un squatter, oculta en la Mala Hierba. Los escenarios eran en general tan sórdidos como los que suelen elegir los drogadictos para practicar su vicio, pero Rolando y Susan no veían las putrefactas paredes de la choza ni los agujeros del techo de la cabaña ni percibían el olor a moho de las redes amontonadas en los rincones de los viejos y húmedos cobertizos para embarcaciones. Estaban drogados de amor y, para ellos, todas las cicatrices del rostro del mundo eran signos de belleza.

Al principio de aquellas delirantes semanas, dos veces habían utilizado la roca roja de la parte de atrás del pabellón para concertar sus citas, pero después una profunda voz había hablado en el interior de la cabeza de Rolando, diciéndole que ya no podían seguir haciéndolo; aunque la roca hubiera sido utilizada por unos niños para jugar a los secretos, él y su amor ya no eran niños; en caso de que los descubrieran, el destierro sería el más leve de los castigos que pudieran esperar.

La roca roja estaba demasiado a la vista y el hecho de escribir cosas encima -aunque los mensajes no llevaran firma y fueran deliberadamente vagos- podía ser tremendamente peligroso.

Ambos consideraban más seguro utilizar a Sheemie. Bajo su sonriente bobaliconería se ocultaba una sorprendente discreción. Rolando lo había pensado mucho antes de elegir la palabra discreción, que era la más apropiada: una capacidad de guardar silencio que era algo más que una simple manifestación de astucia. En cualquier caso, la astucia estaba más allá de Sheemie y siempre lo estaría. Un hombre que no podía decir una mentira sin apartar los ojos de los tuyos, era un hombre al que jamás se podría considerar astuto.

Utilizaron a Sheemie media docena de veces a lo largo de las cinco semanas de máximo ardor físico: tres de ellas fueron para concertar citas, dos para cambiar los lugares de las citas y una para cancelar una cita cuando Susan vio a unos jinetes del Rancho Piano buscando animales extraviados cerca de la choza de la Mala Hierba.

Aquella profunda voz de advertencia jamás le hablaba a Rolando de Sheemie, tal como le había hablado de los peligros de la roca roja, pero sí le habló su conciencia, y cuando al final él se lo dijo a Susan (mientras ambos permanecían desnudos en el interior del sudadero en el que se habían envuelto el uno en brazos del otro), Rolando descubrió que la conciencia de Susan también estaba preocupada. No era justo mezclar al chico en sus posibles problemas. Rolando y Susan decidieron concertar las citas utilizando estrictamente sus propios medios. En caso de que no pudiera reunirse con él, Susan tendería una blusa roja en el alféizar de su ventana como si la hubiera puesto a secar. Y si él no pudiera reunirse con ella, debería colocar una piedra blanca en el rincón nordeste del patio, al otro lado del camino en sentido diagonal desde el establo de Hookey, en el lugar donde se encontraba la bomba hidráulica de la ciudad. Como último recurso, utilizarían la roca roja del pabellón, por muy peligrosa que ésta fuera, en lugar de volver a mezclar a Sheemie en sus asuntos, o mejor dicho, su asunto.

Cutberto y Alain contemplaron el descenso de Rolando hacia la adicción, primero con incredulidad, envidia y preocupada diversión, y después con una especie de silencioso horror. Los habían enviado a algo que hubiera tenido que ser un lugar seguro y habían descubierto un lugar de conspiración; habían ido a hacer el censo en una Baronía en la que buena parte de la aristocracia había abandonado su lealtad a la Afiliación, y se había pasado al peor enemigo de ésta; además se habían convertido en los enemigos personales de tres hombres duros que probablemente habían matado a la suficiente cantidad de personas como para llenar un cementerio de considerable tamaño. Y sin embargo habían conseguido estar a la altura de la situación porque se

habían trasladado allí bajo el liderazgo de su amigo, el cual había alcanzado a sus ojos unas proporciones casi míticas al vencer a Cort -¡utilizando como arma un halcón!- y convertirse en pistolero a la inaudita edad de catorce años. El hecho de que les hubieran entregado unas pistolas para aquella misión había significado mucho para ellos en el momento de emprender su viaje desde Gilead, pero perdió todo su significado cuando empezaron a darse cuenta de todo lo que estaba ocurriendo en la ciudad de Hambria y en la Baronía de la que ésta formaba parte. Cuando lo comprendieron, Rolando se convirtió en la única arma con que contaban. Pero ahora...

—¡Es como un revólver arrojado al agua! —exclamó Cutberto una noche, no mucho después de que Rolando hubiera salido a caballo para reunirse con Susan. Más allá del porche del barracón, la Cazadora se elevó en su primer cuarto—. Los dioses saben si podrá volver a disparar, aunque lo saquen del agua y se seque.

—Sss, espera —dijo Alain, mirando hacia la barandilla del porche. Confiando en sacar a Cutberto de su mal humor (una tarea muy fácil en circunstancias normales), añadió—: ¿Dónde está el centinela? Por una vez se ha ido a la cama temprano, ¿verdad?

Las palabras sólo sirvieron para aumentar la irritación de Cutberto. Llevaba varios días sin ver el cráneo de cuervo -no sabía cuántos- y la pérdida se le antojaba un mal presagio.

—Se ha ido, pero no a la cama —contestó, mirando con tristeza hacia el oeste, por donde Rolando había desaparecido a lomos de su desgarbado caballo—. Se ha perdido, supongo. Como la cabeza, el corazón y el sentido común de cierto sujeto que yo me sé.

—No le ocurrirá nada —dijo Alain con cierta turbación—. Tú lo conoces tan bien como yo, Berto... lo conocemos de toda la vida. No le ocurrirá nada.

—Ahora tengo la impresión de que no lo conozco —dijo Cutberto sin el menor atisbo de su habitual buen humor.

Ambos habían intentado hablar con Rolando, cada uno a su manera, y ambos habían recibido una respuesta parecida, que no tenía nada de auténtica respuesta. La soñadora (y quizás algo turbada) mirada de los ojos de Rolando en el transcurso de aquellas conversaciones unilaterales le hubiera resultado familiar a cualquier persona que alguna vez haya intentado convencer a un drogadicto. Era una mirada que decía que la mente de Rolando estaba centrada en la forma del rostro de Susan, el olor de su piel y la sensación de su cuerpo. Pero decir que su mente estaba centrada era

quedarse muy corto. Lo suyo era una obsesión.

—Odio un poco a esta chica por lo que ha hecho —dijo Cutberto con una nota en su voz que Alain jamás había percibido anteriormente: una mezcla de celos, frustración y temor—. Y es posible que algo más que un poco.

—¡No debes! —Alain habló en tono escandalizado, sin poderlo evitar—. Ella no tiene la culpa de...

—¿Que no? Fue a Citgo con él. Ella vio lo que él vio. Sólo Dios sabe qué otras cosas le ha dicho él después de haber hecho con ella la bestia de dos espaldas. Y ella lo es todo menos tonta. La sola manera con que ha llevado el asunto lo demuestra. —Berto estaba pensando, dedujo Alain, en el astuto truco de la «corbeta»—. Debe de saber que se ha convertido en parte del problema. ¡Tiene que saberlo!

Ahora su amargura estaba clarísima. «Le tiene celos por haberle robado a su mejor amigo -pensó Alain-, pero la cosa no acaba ahí. También está celoso de su mejor amigo porque ha conquistado a la chica más guapa que hemos visto en nuestra vida.»

Alain se inclinó hacia delante y asió el hombro de Cutberto. Cuando Berto apartó los malhumorados ojos de la puerta para mirar a su amigo, se sobresaltó al ver la severa expresión del rostro de su amigo.

—Es ka —dijo Alain.

Cutberto estuvo casi a punto de soltar un bufido de desprecio.

—Si yo tuviera una cena caliente por cada vez que alguien atribuyera a ka un robo, un acto de lujuria o cualquier otra estupidez...

La presa de Alain se intensificó hasta el punto de resultar dolorosa. Cutberto hubiera podido apartarse, pero no lo hizo. Estudió detenidamente a Alain. El bromista había desaparecido, por lo menos de momento.

—La culpa es justo lo que ninguno de nosotros dos se puede permitir —dijo Alain—. ¿Acaso no lo ves? Si ka se los ha llevado, no necesitamos echar la culpa a nadie. No podemos echar la culpa a nadie. Tenemos que estar por encima de todo eso. Necesitamos a Rolando. Y puede que también la necesitemos a ella.

Cutberto miró a Alain a los ojos durante lo que a éste se le antojó una eternidad.

Alain veía que la cólera de Berto estaba en guerra con su sentido común. Al final -y puede que sólo de momento-, ganó el sentido común.

—De acuerdo, muy bien. Es ka, el chivo expiatorio preferido de todo el mundo. Para eso sirve el gran mundo invisible, ¿verdad? Para que no tengamos que asumir la

responsabilidad de nuestras estupideces. Y ahora, Al, suéltame antes de que me rompas el hombro.

Alain lo soltó y se reclinó de nuevo en su asiento, lanzando un suspiro de alivio.

—Ojalá supiéramos lo que tenemos que hacer en la cuestión de la Pendiente. Si no empezamos muy pronto a contar...

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Cutberto—. Pero hay que elaborarla un poco. Estoy seguro de que Rolando podría echar una mano... siempre y cuando uno de nosotros pueda conseguir que le preste atención unos minutos.

Ambos amigos permanecieron un rato en silencio contemplando la puerta. En el interior del barracón, las palomas -otro elemento de discusión entre Berto y Rolando aquellos días- estaban zureando. Alain se lió un cigarrillo. Fue una tarea muy lenta, y el producto terminado resultó un poco cómico aunque aguantó sin deshacerse cuando lo encendió.

—Tu padre te arrancaría la piel a tiras si viera lo que tienes en la mano —dijo Cutberto no sin cierta admiración. Cuando apareciera la Cazadora del año siguiente, los tres serían unos consumados fumadores, unos curtidos jóvenes cuyos ojos ya habrían perdido buena parte de su infancia.

Alain asintió con la cabeza. El fuerte tabaco del Creciente Exterior le produjo una sensación de aturdimiento en la cabeza y de aspereza en la garganta, pero un cigarrillo siempre conseguía calmarle los nervios y justo en aquel momento sus nervios necesitaban un poco de calma. No sabía si a Berto le ocurría lo mismo, pero aquellos días él aspiraba sangre en el aire. Y puede que una parte de ella fuera la suya. No estaba asustado -por lo menos, aún no-, pero sí muy, pero que muy preocupado.

4

A pesar de que habían sido adiestrados como halcones en el manejo de las armas de fuego desde su más tierna infancia, Cutberto y Alain aún seguían aferrados a una errónea creencia muy común entre los chicos de su edad: la de que sus mayores eran también mejores que ellos, por lo menos en cosas tales como la planificación y la inteligencia; creían de veras que los adultos sabían lo que hacían. Rolando en cambio, sabía que no, incluso en medio de su enamoramiento, pero sus amigos habían olvidado que en el juego de los Castillos, ambos bandos llevaban los ojos vendados. Se hubieran sorprendido de saber que por lo menos dos de los Grandes Cazadores de Ataúdes se habían puesto tremendamente nerviosos por culpa de los tres jóvenes del

Mundo Interior y estaban muy cansados del juego de la espera que ambas partes habían estado jugando.

Una mañana temprano, cuando la Cazadora ya se estaba acercando a la mitad de su ciclo, Reynolds y Depape bajaron juntos del primer piso del Descanso de los Viajeros. El local principal estaba en silencio, a excepción de los distintos ronquidos y los resuellos provocados por las flemas. En el bar más ruidoso de Hambria, la fiesta ya había terminado por aquella noche.

Jonas, acompañado por un silencioso invitado, estaba sentado alrededor de la mesa de Coral a la izquierda de la puerta de vaivén, jugando una partida de Paciencia del Canciller. Aquella noche llevaba puesto su guardapolvo y el aliento le brotaba ligeramente condensado en vapor mientras permanecía inclinado sobre las cartas. No hacía frío suficiente como para que se produjeran heladas -todavía no-, aunque no tardarían en aparecer. Nadie abrigaba la menor duda al respecto, dada la temperatura del ambiente.

El aliento de su invitado también humeaba. La esquelética figura de Kimba Rimer estaba prácticamente escondida en el interior de un sarape de color gris, animado por unas franjas de color anaranjado pálido. Ambos estaban a punto de ir al grano cuando Roy y Clay (Pinch y Jilly, pensó Rimer) hicieron su aparición tras haber terminado por aquella noche su tarea de arada y siembra en los cuartuchos del piso de arriba.

—Eldred... —dijo Reynolds, añadiendo de inmediato—: Señor Rimer.

Rimer contestó a su saludo con una inclinación de la cabeza, mirando de Reynolds a Depape con una expresión de leve desagrado.

—Largos días y placenteras noches, caballeros.

Pues claro que el mundo había seguido adelante, pensó. El solo hecho de que dos individuos tan bajos como aquellos dos ocuparan puestos importantes lo demostraba. El propio Jonas apenas era mejor que ellos.

—¿Podríamos hablar contigo un momento, Eldred? —preguntó Clay Reynolds—. Roy y yo hemos estado hablando...

—Cosa muy imprudente —comentó Jonas con su trémula voz. Rimer no se hubiera sorprendido de averiguar al final de su vida que el Ángel de la Muerte tenía una voz como aquélla—. Hablar puede llevar a pensar, y pensar es muy peligroso para unos chicos como vosotros. Algo así como si os hurgarais la nariz con unas balas de plomo.

Depape soltó su maldita carcajada que sonaba a rebuzno, como si no se diera

cuenta de que la broma estaba dirigida a él.

—Escucha, Jonas —dijo Reynolds, mirando indeciso a Rimer.

—Podéis hablar delante del señor Rimer —dijo Jonas, distribuyendo una nueva mano de cartas—. A fin de cuentas, es nuestro principal patrono. Juego a la Paciencia del Canciller en su honor.

Reynolds pareció sorprendido.

—Yo pensaba... bueno, quiero decir que yo creía que el Alcalde Thorin era...

—Hart Thorin no quiere conocer ninguno de los detalles de nuestro acuerdo con el Hombre Bueno —dijo Rimer—. Lo único que exige es una participación en los beneficios, señor Reynolds. La principal preocupación del Alcalde en estos momentos es que la Feria del Día de la Siega vaya bien y que sus acuerdos con la joven se puedan... consumar debidamente.

—Sí, es una manera muy diplomática de expresarlo —dijo Jonas, hablando con un marcado acento de Mejis—. Pero como veo que Roy parece un poco perplejo, lo voy a traducir. El Alcalde Thorin se pasa el día en el meadero tirándose de la polla, y el sueño de su mano es la cajita de Susan Delgado. Pero yo apuesto a que cuando al final se abra el caparazón de molusco y aparezca la perla, él no la podrá tomar... el corazón le reventará de emoción y caerá muerto encima de ella, ya lo veréis.

Más carcajadas de asno por parte de Depape. Éste le dio un codazo a Reynolds.

—La tiene arrugada, ¿verdad, Clay? Es lo más probable en estos casos.

Reynolds sonrió, pero sus ojos aún estaban preocupados. Rimer consiguió esbozar una sonrisa tan frágil como una capa de hielo de noviembre y señaló el siete que acababa de salir de la baraja.

—Rojo sobre negro, mi querido Jonas.

—Yo no soy su querido nada —replicó Jonas, colocando el siete de diamantes sobre un ocho de sombras— y hará usted bien en recordarlo. —Dirigiéndose a Reynolds y Depape, preguntó—: ¿Y ahora qué queréis, muchachos? Rimer y yo estábamos a punto de iniciar una pequeña charla.

—Quizá convendría que juntáramos todos nuestras cabezas —dijo Reynolds, apoyando la mano en el respaldo de una silla—. Para ver si nuestros pensamientos coinciden.

—Será mejor que no —dijo Jonas, recogiendo sus cartas. Parecía irritado, por lo que Clay Reynolds se apresuró a retirar la mano del respaldo de la silla—. Suelta lo que tengas que decir y termina de una vez. Es tarde.

—Estábamos pensando que ya es hora de que vayamos a la Franja K —dijo Depape—. A echar un vistazo. A ver si hay algo que confirme lo que dijo el viejo de Ritzy.

—Y ver qué otra cosa tienen por allí —terció Reynolds—. El tiempo apremia, Eldred, y no podemos correr el riesgo de fallar. Podrían tener...

—¿Qué? ¿Pistolas? ¿Luces eléctricas? ¿Quizás hadas embotelladas? ¿Quién sabe? Ya lo pensaré, Clay.

—Pero...

—He dicho que lo pensaré. Y ahora volved a subir arriba los dos, con vuestras hadas.

Reynolds y Depape lo miraron, se miraron el uno al otro y se apartaron de la mesa. Rimer los vio alejarse con una media sonrisa en los labios.

Al llegar al pie de la escalera, Reynolds se volvió. Jonas dejó de barajar las cartas y lo miró enarcando las pobladas cejas.

—Los subestimamos una vez y nos hicieron hacer el ridículo. No quiero que eso vuelva a ocurrir. Eso es todo.

—Aún te escuece, ¿verdad? A mí también. Y vuelvo a repetir que pagarán lo que hicieron. Tengo preparada la factura, y cuando llegue el momento se la pasaré al cobro con los correspondientes intereses. Entretanto, no conseguirán asustarme lo bastante como para obligarme a dar yo el primer paso. El tiempo está de nuestra parte, no de la suya. ¿Lo habéis comprendido?

—Sí.

—¿Lo recordaréis?

—Sí —repitió Reynolds, que parecía satisfecho. —Roy, ¿tú confías en mí?

—Sí, Eldred. Con los ojos cerrados.

Jonas había alabado su actuación en Ritzy, y Depape se había deleitado en ello como un perro se deleita en el olor de una perra en celo.

—Pues entonces arriba los dos y dejadme hablar con el jefe y terminar de una vez. Soy demasiado viejo para acostarme tan tarde.

En cuanto se retiraron, Jonas distribuyó una nueva mano de cartas y miró a su alrededor. Debía de haber unas doce personas, incluidos Sheb el pianista y Barkie el vigilante, durmiendo la mona. Ninguno de ellos se encontraba lo bastante cerca como para poder oír la conversación entre los dos hombres sentados junto a la puerta, aun en el caso de que por alguna razón uno de los borrachines que roncaban hubiera

fingido dormir. Jonas colocó una reina roja sobre una sota negra y miró a Rimer.

—Suelte lo que tenga que decir.

—En realidad, esos dos ya lo han dicho por mí. El señor Depape nunca tendrá que avergonzarse por culpa de un exceso de inteligencia, pero Reynolds es bastante listo para ser un sujeto tan basto, ¿no cree?

—Clay se luce cuando se ha afeitado y la luna está en la fase adecuada —convino Jonas—. ¿Me está usted diciendo que ha venido desde la Costa sólo para indicarme que estas tres criaturas necesitan una vigilancia más estrecha?

Rimer se encogió de hombros.

—Es posible, y yo sería el encargado de hacerlo si así fuera, desde luego. Pero ¿qué se podría descubrir?

—Es lo que está por ver —contestó Rimer, dando una palmada a una de las cartas de Jonas—. Aquí hay un Canciller.

—Sí. Casi tan feo como uno con quien yo estoy sentado. —Jonas puso el Canciller (era Pablo) sobre sus cartas. En la siguiente tirada sacó a Lucas, que colocó al lado de Pablo. Aún no habían salido ni Pedro ni Mateo. Jonas miró sagazmente a Rimer—. Usted lo disimula mejor que mis compañeros, pero por dentro está tan nervioso como ellos. ¿Quiere saber lo que hay en el barracón? Yo se lo diré: botas de repuesto, fotos de sus mamás, apestosos calcetines, unas sábanas tiesas de unos chicos a quienes se ha enseñado que es propio de las clases bajas perseguir ovejas... y armas de fuego escondidas en algún lugar. Bajo las tablas del suelo seguramente.

—¿Cree de veras que tienen armas de fuego?

—Sí, Roy lo pudo comprobar muy bien. Son de Gilead, probablemente de la estirpe de Eld o de familias que gustan de creerlo así, y es posible que sean aprendices del oficio, enviados hasta aquí con unas pistolas que todavía no se han ganado. Tengo mis dudas con respecto al más alto, el que pone cara de Me-importa-una-mierda. Podría ser un pistolero, supongo, pero ¿le parece probable? No lo creo. Y aunque lo fuera, yo podría darle un buen vapuleo. Yo lo sé, y él también lo sabe.

—Pues entonces, ¿por qué los han enviado aquí?

—No porque los de las Baronías Interiores sospechen su traición, señor Rimer... a este respecto puede usted estar tranquilo.

La cabeza de Rimer asomó por encima del sarape mientras se incorporaba con cara de pocos amigos.

—¿Cómo se atreve usted a llamarme traidor? ¿Cómo se atreve?

El canoso Eldred Jonas se dignó obsequiar al Ministro de Inventarios de Hambria con una desagradable sonrisa que le confirió el aspecto de un zorro.

—Yo siempre he llamado las cosas por su nombre a lo largo de toda mi vida y no voy a dejar de hacerlo ahora. Lo único que tiene que importarle a usted es que jamás he traicionado a un patrón.

—Si yo no creyera en la causa de...

—¡Al diablo lo que usted crea! Ya es tarde y me quiero ir a la cama. La gente de Nuevo Canaán y de Gilead no tiene ni la más remota idea de lo que ocurre o deja de ocurrir aquí en el Creciente; apuesto a que no hay muchas personas de allí que hayan visitado esta región. Últimamente están demasiado ocupados tratando de evitar que todo se venga abajo a su alrededor como para dedicarse a viajar.

No, todo lo que saben procede de los libros ilustrados que les leían cuando eran pequeños: alegres vaqueros galopando entre el ganado, alegres pescadores recogiendo en sus barcas unas redes llenas a rebosar de peces, graneros abarrotados de gente durante las reuniones y gente bebiendo grandes jarras de graf en el pabellón del Corazón Verde. Por el amor del Hombre Jesús, Rimer, no se ponga usted pesado conmigo... es una cosa con la que tengo que habérmelas un día sí y otro también.

—Tienen la idea de que Mejis es un lugar de paz y tranquilidad.

—Sí, de bucólico esplendor y cosas por el estilo, de eso no cabe la menor duda. Saben que todo su estilo de vida (toda esta monserga de la nobleza, la caballería y la adoración de los antepasados) está a punto de arder. La batalla final podría tener lugar nada menos que a doscientas ruedas al noroeste de sus fronteras, pero cuando Farson eche mano de sus carros de fuego y sus robots para borrar su ejército, el problema se desplazará rápidamente al sur. Hay algunos en las Baronías Interiores que llevan veinte años o más viéndolo venir. No han enviado a estos mocosos aquí para descubrir sus secretos, Rimer; este tipo de gente no envía deliberadamente a sus criaturas a situaciones de peligro. Los han enviado aquí para que no estorben, eso es todo. Lo cual no quiere decir que estén ciegos o sean tontos pero, por el amor de los dioses, no perdamos la cabeza. No son más que unos chiquillos.

—¿Qué más podría descubrir si fuera usted a echar un vistazo por allí?

—Tal vez algún medio de enviar mensajes. Muy probablemente un heliógrafo. Y más allá de la Armella, un pastor o quizás un terrateniente susceptible de ser sobornado... alguien a quien pueden haber adiestrado para que reciba un mensaje y lo envíe por medio de un destello o lo lleve a pie. Pero dentro de poco ya será tarde para

que los mensajes sirvan de algo, ¿verdad?

—Es posible, pero ahora todavía no es demasiado tarde. Y tiene usted razón. Por muy chiquillos que sean, estoy preocupado.

—No tiene por qué estarlo, se lo digo yo. Muy pronto yo tendré un montón de dinero y usted será inmensamente rico. Podrá ser Alcalde, si quiere. ¿Quién se lo va a impedir? ¿Thorin? Carece de fuerza. ¿Coral? Apuesto a que lo ayudará a apretar la soga. ¿O quizá preferirá ser un Barón si vuelven a desenterrarse estos títulos? —Jonas vio un momentáneo destello en los ojos de Rimer y se echó a reír. Mateo salió de la baraja y él lo colocó al lado de los otros Cancilleres—. Sí, veo que eso es lo que más le gusta. Las joyas están muy bien y el oro vale dos veces más, pero no hay nada como ver que la gente te hace una reverencia, ¿verdad?

—Ahora ya tendrían que andar por los parajes de los vaqueros —dijo Rimer.

Las manos de Jonas se detuvieron sobre las cartas. Era una idea que había cruzado por su mente más de una vez, sobre todo durante las dos últimas semanas.

—¿Cuánto tiempo cree usted que se tarda en contar las redes y las embarcaciones y en evaluar las capturas de peces? —preguntó Rimer—. Ahora ya tendrían que estar en la Pendiente, contando vacas y caballos, examinando cuadras y estudiando los registros de las parideras. En realidad, ya tendrían que estar allí desde hace un par de semanas. A no ser que ya sepan lo que pueden encontrar.

Jonas comprendió lo que Rimer estaba insinuando, pero no podía creerlo. No quería creerlo. No era posible que unos chicos que sólo tenían que afeitarse una vez a la semana fueran tan increíblemente astutos.

—No —dijo—, eso lo cree usted porque le remuerde la conciencia. Están tan firmemente decididos a hacerlo bien que andan por ahí como unos vejestorios con mala vista. No tardarán mucho en acercarse a la Pendiente y empezar a contar con todo el entusiasmo de sus juveniles corazoncitos.

—¿Y si no lo hacen?

Buena pregunta. Habría que buscar la manera de deshacerse de ellos, supuso Jonas. Con una emboscada tal vez. Tres disparos desde un escondrijo y se acabó. Después la gente lo sentiría y se armaría alboroto porque los chicos eran apreciados en la ciudad, pero Rimer podría capear el temporal hasta el Día de la Feria, y después de la Siega ya no tendría importancia. Aun así...

—Echaré un vistazo por los alrededores de la Franja K —dijo Jonas por fin—. Lo haré yo mismo... no dejaré que Clay y Roy me acompañen.

—Me parece muy bien.

—Quizá le gustaría venir a echarme una mano.

Kimba Rimer esbozó una gélida sonrisa.

—Creo que no.

Jonas asintió con la cabeza y volvió a distribuir las cartas. El hecho de ir a la Franja K sería un poco arriesgado, pero no creía que se produjera ningún problema grave, sobre todo en caso de que acudiera allí él solo. Al fin y al cabo, eran sólo unos niños y buena parte del día la pasaban fuera.

—¿Cuándo puedo esperar un informe, señor Jonas?

—Cuando yo esté preparado para hacerlo. No me agobie.

Rimer levantó las manos y las extendió hacia Jonas con las palmas hacia arriba.

—Le pido perdón, señor —le dijo.

Jonas asintió con la cabeza, ligeramente calmado. Sacó otra carta. Era Pedro, el Canciller de las Llaves. Colocó la carta en la hilera superior y la estudió, pasándose los dedos por el largo cabello blanco. Levantó los ojos de la carta para mirar a Rimer y éste le devolvió la mirada enarcando las cejas.

—Veo que sonríe —dijo Rimer.

—¡Sí! —dijo Jonas, distribuyendo de nuevo las cartas—. ¡Me siento feliz! Ya han salido todos los Cancilleres. Creo que voy a ganar la partida.

5

Para Rea, el período de la Cazadora había sido un período de frustración y de anhelos insatisfechos. Le habían fallado los planes y no sabía ni cómo ni por qué, por culpa del horriblemente inoportuno brinco de su gato. El muchacho que le había arrebatado la virginidad a Susan Delgado había impedido probablemente que ésta se cortara el cabello... pero ¿cómo? ¿Y quién era realmente? Se lo preguntaba cada vez con más insistencia, pero su curiosidad ocupaba el segundo lugar después de su furia. Rea de Cos no estaba acostumbrada a que la contrariaran.

Miró al otro lado de la estancia donde Musty estaba acurrucado, mirándola fijamente. Por regla general el gato se hubiera relajado en la chimenea (por lo visto, le gustaban las corrientes de aire que bajaban por el cañón), pero desde que se chamuscó el pelo, Musty prefería el montón de leña... Teniendo en cuenta el humor de Rea, era lo más prudente.

—Tienes suerte de que te dejara vivir, maldito brujo — rezongó la vieja.

Se volvió de nuevo hacia la bola de cristal y empezó a pasarle las manos por encima, pero la bola se limitó a despedir una brillante luz de color de rosa sin que apareciera ni una sola imagen. Al final se acercó a la puerta, la abrió y levantó los ojos hacia el cielo nocturno. Ahora la luna había menguado hasta un poco más de la mitad, y la Cazadora estaba surgiendo con toda claridad en su resplandeciente rostro. Rea dirigió toda la sarta de improperios que no se atrevía a dirigirle a la bola de cristal (¿quién sabía qué clase de ser podía acechar en su interior y sentirse ofendido por aquel lenguaje?), a la mujer de la luna. Dos veces golpeó con su huesudo puño el dintel de la puerta mientras soltaba maldiciones, echando mano de todos los insultos que le vinieron a la mente, incluso de las bobadas que se dicen los niños en un polvoriento patio de recreo. Jamás en su vida había estado tan furiosa. Le había dado una orden a la chica y la chica, por la razón que fuera, había desobedecido. La muy puta merecía morir por haberse enfrentado a Rea de Cos.

—Pero no ahora mismo —murmuró la vieja—. Primero la tienen que revolcar por el suelo y después mearla encima hasta que el barro del suelo y su precioso cabello rubio queden bien empapados. Humillada... lastimada... escupida...

Volvió a golpear con el puño el marco de la puerta y esta vez se hizo sangre en los nudillos. No era sólo porque la chica no hubiera obedecido la orden que ella le había dado en estado de hipnotismo. Había otra cosa que guardaba relación con la anterior, mucho más seria: Ahora Rea estaba demasiado alterada como para poder utilizar la bola de cristal, como no fuera brevemente y de forma imprevisible. Sabía que los pases de las manos que había hecho y los encantamientos que había musitado eran inútiles; las palabras y los gestos eran simplemente los medios que ella utilizaba para concentrar su voluntad. A eso respondía la bola de cristal: a la voluntad y al pensamiento concentrado. Pero ahora, por culpa de la muy puta de aquella chica y de su amante, Rea estaba demasiado furiosa como para poder hacer acopio de la suave concentración que necesitaba para abrirse camino a través de la rosada niebla que se arremolinaba en el interior de la bola de cristal. En realidad, era su furia la que le impedía ver.

—¿Cómo puedo conseguir que todo vuelva a ser tal como era? —le preguntó Rea a la mujer que se entreveía en la luna—. ¡Dímelo! ¡Dímelo!

Pero la Cazadora no le dijo nada, y al final Rea regresó al interior de su choza, chupándose los ensangrentados nudillos.

Al verla entrar, Musty se apretujó en el espacio lleno de telarañas que había entre

el montón de leña y la chimenea.

CAPÍTULO II

LA CHICA DE LA VENTANA

1

Ahora la Cazadora se había «llenado el vientre», como decían los viejos, e incluso se la podía vislumbrar al mediodía en el cielo, cual pálida vampiresa en medio de la clara luz del sol otoñal. Delante de locales como el Descanso de los Viajeros y en los porches de las grandes casas de los ranchos como la Mecedora B de Lengyll y el Lazy Susan de Renfrew empezaron a aparecer unos muñecos de trapo con la cabeza rellena de paja por encima de los monos de trabajo que llevaban. Cada uno lucía un sombrero y sostenía en sus brazos un cesto de productos del campo, cada uno contemplaba el mundo que se estaba vaciando con sus cosidos ojos en forma de cruz. Los carros llenos de frutas atascaban los caminos; había montones de calabazas anaranjadas y montones de aguaturmas rojo oscuro junto a los laterales de las cuadras. En los campos, las carretillas llenas de patatas avanzaban seguidas por los recolectores. Delante del Mercantil de Hambria habían aparecido como por arte de magia los amuletos de la siega colgados de los Guardianes labrados como si fueran campanillas de llamar a la puerta.

En todo Mejis las chicas cosían sus vestidos para la Noche de la Siega -a veces lloraban, si el trabajo les salía mal- mientras soñaban con los chicos con quienes bailarían en el pabellón del Corazón Verde. Sus hermanos pequeños empezaban a tener dificultades para dormir, pensando en los paseos a caballo y los juegos y los premios que quizá podrían ganar durante las fiestas. Y a veces hasta los mayores permanecían despiertos a pesar de las arañadas manos y las doloridas espaldas, pensando en los placeres de la Siega.

El verano se había ido con un último revoleo de su verde falda y había llegado la estación de la cosecha.

2

A Rea le importaban un bledo los bailes de la Siega y los juegos de las fiestas, pero estaba tan desvelada como aquellos a quienes sí les importaban. Casi todas las noches permanecía despierta en su maloliente catre hasta el amanecer, con la cabeza palpitándole de rabia. Una noche, no mucho después de la conversación de Jonas con el Canciller Rimer, decidió beber para olvidar. Su estado de ánimo no mejoró al

descubrir que su barril de graf estaba casi vacío. Entonces vomitó toda una serie de maldiciones.

Estaba respirando hondo para soltar una nueva sarta de improperios cuando se le ocurrió una idea, una idea maravillosa, una idea brillante. Quería que Susan Delgado se cortara el cabello. La cosa no había dado resultado y ella no sabía por qué... pero sabía algo sobre la chica, ¿no es cierto? Algo muy interesante, francamente interesante.

No le apetecía irle a contar a Thorin lo que sabía; abrigaba la dulce (y probablemente insensata) esperanza de que el Alcalde se hubiera olvidado de aquella maravillosa bola de cristal. Pero la tía de la chica... ¿y si Cordelia Delgado descubriera que su sobrina no sólo había perdido la virginidad sino que además la chica llevaba camino de convertirse en toda una puta? Rea no pensaba que Cordelia fuera a ver al Alcalde -la mujer era una mojigata, pero no tenía un pelo de tonta-, aunque la cosa sería algo así como poner un gato entre las palomas, ¿verdad?

—¡Albricias!

Por cierto, Musty estaba en el porche bajo la luz de la luna, mirándola con una mezcla de esperanza y recelo. Rea abrió los brazos y esbozó una horrible sonrisa.

—¡Ven, precioso mío! ¡Ven, mi cariñito!

Musty, comprendiendo que había sido perdonado, corrió a los brazos de su ama y empezó a ronronear mientras Rea le lamía los costados con su vieja y amarillenta lengua. Aquella noche la bruja de Cos durmió como un tronco por primera vez en una semana, y cuando tomó la bola de cristal a la mañana siguiente, su niebla se disipó de inmediato. Se pasó el día convertida en su esclava, espiando a la gente que aborrecía, sin apenas beber y sin comer nada. Hacia la puesta de sol salió de su estado hipnótico el tiempo suficiente como para darse cuenta de que no había hecho nada con respecto a la desvergonzada mujerzuela. Pero no importaba; ya sabía cómo se podía hacer, y podría ver los resultados en la bola de cristal... ¡Tantas protestas, tantos gritos y tantos reproches! Vería las lágrimas de Susan. Eso sería lo mejor, ver sus lágrimas.

—Mi pequeña cosecha particular —le dijo a Ermot, quien ahora subió por su pierna hacia el lugar que a ella más le gustaba. No había muchos hombres capaces de hacerle a una lo que Ermot te podía hacer, desde luego que no. Sentada allí, con el regazo enteramente ocupado por la serpiente, Rea soltó una carcajada.

—Recuerda tu promesa —dijo nerviosamente Alain mientras oía acercarse los cascos de Rusher—. No pierdas los estribos.

—No los perderé —dijo Cutberto, pero tenía sus dudas.

Mientras Rolando rodeaba el ala más larga del barracón y entraba en el patio bajo la luz del ocaso, Cutberto apretó los puños. Hizo un esfuerzo por abrirlos y lo consiguió. Después, mientras Rolando desmontaba, se le volvieron a cerrar y las uñas se le clavaron en las palmas de las manos.

«Otra discusión -pensó Cutberto-. Dioses, qué harto estoy de broncas.»

La de la víspera había sido por las palomas... otra vez. Cutberto quería utilizar una para enviar un mensaje al oeste sobre los depósitos de petróleo; y Rolando no quería. Y ambos habían discutido. Sólo que (y ésta era otra de las cosas que lo sacaban de quicio, que le atacaban los nervios tanto como el sonido de la raedura) Rolando no discutía. Últimamente Rolando no se dignaba discutir. Sus ojos miraban con expresión distante, como si sólo su cuerpo estuviera presente. El resto de su persona -mente, alma, espíritu, ka- estaba con Susan Delgado.

—No —se había limitado a decir—. Ya es tarde para eso.

—No puedes saberlo —había replicado Cutberto—. Y aunque sea demasiado tarde para recibir ayuda desde Gilead, no lo será para que nos envíen un consejo desde allí. ¿Tan ciego estás que no puedes verlo?

—¿Y qué consejo nos pueden enviar? —había contestado Rolando sin que aparentemente se hubiera dado cuenta del áspero tono de voz de Cutberto.

Cutberto pensó que la suya sonaba muy tranquila. Razonable. Y totalmente desconectada de la urgencia de la situación.

—Si lo supiéramos —había dicho—, no tendríamos que pedirlo, ¿no te parece, Rolando?

—Lo único que podemos hacer es esperar y pararles los pies cuando den el primer paso. Lo que tú buscas, Cutberto, es que te consuelen, no que te den un consejo.

«Quieres decir esperar mientras tú follas con ella de todas las maneras posibles y en todos los lugares que puedas imaginar -pensó Cutberto-. Por dentro, por fuera, de lado y boca abajo.»

—No piensas con claridad —había dicho fríamente Cutberto.

Y había oído jadear a Alain. Ninguno de ellos se había atrevido en toda su vida a decirle una cosa semejante a Rolando, así que una vez dicha, Cutberto esperó con

inquietud la explosión que probablemente se iba a producir.

Pero no se produjo.

—Sí, pienso —contestó Rolando.

Y entró en el barracón sin decir nada más.

Mientras Rolando desataba las cinchas de Rusher y le quitaba la silla de montar, Cutberto pensó: «Pues no piensas, te lo digo yo. Pero más te vale que medites con claridad acerca de eso. Por todos los dioses, más te vale.»

—Hile —dijo mientras Rolando se acercaba al porche con la silla de montar y la dejaba en el peldaño—. ¿Has tenido una tarde muy ocupada?

Sintió que Alain le propinaba un puntapié en el tobillo, pero no hizo caso.

—He estado con Susan —contestó Rolando.

Sin ninguna defensa, vacilación ni excusa. Por un instante, Cutberto tuvo una visión escandalosamente clara: los vio a los dos en una cabaña de algún sitio a última hora de la tarde mientras el sol penetraba a través de los agujeros del techo y les moteaba los cuerpos. Ella estaba encima y lo montaba. Cutberto vio sus rodillas sobre las viejas y esponjosas tablas del suelo y la tensión de sus largos muslos. Vio sus bronceados brazos y su blanco vientre. Vio cómo las manos de Rolando apresaban los globos de sus pechos y los estrujaban mientras ella se balanceaba hacia delante y hacia atrás encima de él, y vio su cabello iluminado por el sol y convertido en una fina red.

«¿Por qué tienes siempre que ser el primero? -le gritó mentalmente a Rolando-. ¿Por qué siempre tienes que ser tú? ¡Los dioses te maldigan, Rolando! ¡Los dioses te maldigan! »

—Hemos estado en el muelle —dijo Cutberto, tratando de imitar su habitual jovialidad—. Contando botas, instrumentos náuticos y eso que se llama rastras de almejas. Qué bien nos lo hemos pasado, ¿verdad, Al?

—¿Necesitabais mi ayuda para eso? —preguntó Rolando. Regresó junto a Rusher y le quitó el sudadero—. ¿Por eso estás tan enojado?

—Estoy enojado porque casi todos los pescadores se burlan de nosotros a nuestra espalda. Volvemos una y otra vez. Creen que somos unos tontos, Rolando.

Rolando asintió con la cabeza.

—Tanto mejor —dijo.

—Puede que sí —dijo pausadamente Alain—, pero Rimer no cree que lo seamos. Se nota en la forma en que nos mira cuando pasamos. Y Jonas tampoco. Y si no creen

que somos tontos, Rolando, ¿qué es lo que creen?

Rolando permaneció de pie en el segundo peldaño con el sudadero olvidado sobre su brazo. Por una vez parecía que habían conseguido despertar su interés, pensó Cutberto. Qué maravilla, alabados fueran los prodigios.

—Cutberto tiene un plan.

La mirada de Rolando -suave, interesada, pero a punto de perderse- se desplazó hacia Cutberto. Cutberto el bromista. Cutberto el aprendiz que no se había ganado de ninguna manera el arma que se había llevado al este, al Creciente Exterior. Cutberto el virgen y el eterno segundo. «Dioses, no quiero odiarlo. No quiero, pero ahora es tan fácil hacerlo...»

—Mañana nosotros dos tendríamos que ir a ver al Sheriff Avery —dijo Cutberto—. Simularemos una visita de cortesía. Ya nos hemos ganado la fama de ser tres amables muchachos ligeramente estúpidos, ¿verdad?

—Desde luego —convino Rolando con una sonrisa.

—Diremos que finalmente hemos terminado con la costa de Hambria y ahora esperamos ser igual de precisos con el campo y los vaqueros. Pero en modo alguno quisiéramos causar molestias o entorpecer la tarea de nadie. A fin de cuentas, estamos en la época de más ajetreo del año tanto para los rancheros como para los agricultores, y hasta unos necios urbanitas como nosotros nos damos cuenta. Por consiguiente, le entregaremos al amable Sheriff una lista...

A Rolando se le iluminaron los ojos. Dejó el sudadero en la barandilla del porche, agarró a Cutberto por los hombros y le dio un abrazo. Cutberto aspiró un perfume de lilas alrededor del cuello de Rolando y experimentó el insensato pero poderoso impulso de rodearle el cuello con las manos para tratar de estrangularlo, aunque se limitó a darle una indiferente palmada en la espalda.

Rolando se apartó, esbozando una ancha sonrisa.

—Una lista de los ranchos que pensamos visitar —dijo—. ¡Espléndido! Y así, tras haber sido previamente advertidos, podrán llevar el ganado que no quieran que veamos al rancho siguiente o al del final. Y lo mismo harán con los arreos, la comida, el equipo... ¡Me parece sensacional, Cutberto! ¡Eres un genio!

—Nada más lejos de la verdad —dijo Cutberto—. Me he limitado a dedicar un poco de tiempo a pensar en un problema que nos atañe a todos. Que quizás atañe a toda la Afiliación. Tenemos que pensar, ¿no te parece?

Alain hizo una mueca, pero Rolando no pareció darse cuenta. Aún estaba

sonriendo. Semejante expresión en su rostro de catorce años resultaba un poco inquietante. Porque cuando Rolando sonreía, parecía que estuviera un poco loco.

—Hasta puede que nos traigan unas cuantas cabezas de ganado de raza indefinida para que las veamos y nos sigamos creyendo las trolas que ya nos han contado sobre la impureza de sus razas. —Hizo una pausa como si estuviera pensando y después añadió—: ¿Por qué no vais tú y Alain a ver al Sheriff, Cutberto?

En aquel momento, Cutberto estuvo casi a punto de abalanzarse sobre Rolando y gritarle: «Sí, ¿por qué no? ¡Así tú te podrías pasar toda la mañana follándola y después por la tarde! ¡Serás idiota! ¡Estás tan enfermo de amor que te has vuelto idiota!»

Al lo salvó... y quizá los salvó a todos.

—No seas necio —dijo éste severamente, y Rolando se volvió a mirarle, sorprendido. No estaba acostumbrado a que Alain le hablara con severidad—. Tú eres nuestro jefe, Rolando, así lo ven Thorin, Avery y los habitantes de la ciudad. Así lo vemos nosotros también.

—Nadie me nombró...

—¡Ni falta que hacía! —gritó Cutberto—. ¡Tú te ganaste las pistolas! Esta gente no lo creería y yo casi no me lo creo últimamente, pero eres un pistolero. ¡Tienes que ir! ¡Tan claro como el agua! ¡No importa quién de nosotros te acompañe, pero tú tienes que ir!

Hubiera podido decir más, mucho más, pero en caso de haberlo hecho, ¿en qué hubiera acabado todo aquello? Probablemente en la ruptura irreparable de su comunidad. Por eso mantuvo la boca cerrada, esta vez sin necesidad de que Alain le propinara un puntapié, y esperó una vez más la explosión. Pero una vez más no la hubo.

—Muy bien —dijo Rolando siguiendo con su nuevo estilo, aquel suave estilo de no—importa—demasiado que despertaba en Cutberto el deseo de morderle para que despertara—. Mañana por la mañana, tú y yo, Berto. ¿A las ocho te parece bien?

—Perfecto —contestó Cutberto.

Ahora que la discusión ya había terminado y se había tomado una decisión, el corazón de Berto latía apresuradamente y los músculos de la parte superior de sus muslos parecían de goma. Era lo mismo que le había ocurrido tras su enfrentamiento con los Grandes Cazadores de Ataúdes.

—Nos vestiremos de punta en blanco —dijo Rolando—. Unos buenos chicos de las Interiores con muy buenas intenciones, pero con muy poco seso. Estupendo.

Y entró en el barracón sin esbozar una ancha sonrisa (lo cual fue un alivio) sino otra más leve.

Cutberto y Alain se miraron el uno al otro y lanzaron simultáneamente un suspiro. Cutberto ladeó la cabeza hacia el patio y los dos muchachos bajaron los escalones y permanecieron de pie en el centro del rectángulo de tierra, con el barracón a su espalda. La luna llena estaba saliendo por detrás de unas nubes transparentes, hacia el este.

—Lo ha hipnotizado —dijo Cutberto—. Tanto si lo pretende como si no, acabará matándonos. Ya lo verás.

—No deberías decir estas cosas ni siquiera en broma.

—Bueno, pues, nos coronará con las joyas de Eld y viviremos eternamente.

—Tienes que dejar de enfadarte con él, Berto. Es necesario.

—No puedo —dijo tristemente Cutberto.

4

Aún faltaba por lo menos un mes para el comienzo de las grandes tormentas de otoño, pero el día amaneció gris y lluvioso. Rolando y Cutberto se envolvieron en unos sarapes y se dirigieron a la ciudad, dejándole a Alain las pocas tareas domésticas. En el interior de su cinturón Rolando guardaba la lista de las granjas y los ranchos -empezando por las tres pequeñas fincas propiedad de la Baronía- que ellos tres habían inspeccionado la tarde anterior. El ritmo que se deducía del programa era ridículamente lento -los obligaría a permanecer en la Pendiente y en los vergeles casi hasta la Feria de Fin de Año-, pero era el mismo que habían seguido en los muelles.

Ahora ambos se dirigían en silencio a la ciudad, perdidos en sus propios pensamientos. Pasaron por delante de la casa de las, Delgado. Rolando levantó la vista y vio a Susan sentada junto a su ventana, una clara visión en medio de la grisácea luz de aquella mañana otoñal. El corazón le dio un vuelco en el pecho y, aunque entonces aún no lo sabía, así la recordaría siempre, la encantadora Susan, la chica de la ventana. Así pasamos por delante de los fantasmas que más adelante nos persiguen en la vida; los vemos, si es que llegamos a verlos por el rabillo del ojo, sentados sin el menor dramatismo al borde del camino como pobres pordioseros. Raras veces se nos pasa por la cabeza la idea de que nos hayan estado esperando allí. Pero ellos esperan y, cuando ya hemos pasado, recogen sus fardos de recuerdos y

siguen nuestros pasos, acortando poco a poco la distancia que los separa de nosotros.

Rolando levantó la mano para saludarla. Primero se la acercó a la boca para enviarle un beso, pero comprendió que hubiera sido una locura. Apartó la mano antes de que le rozara los labios y se acercó un dedo a la frente, dirigiéndole un atrevido saludo.

Susan sonrió y le devolvió otro parecido. Ninguno de ellos vio a Cordelia, la cual había salido bajo la llovizna para echar un vistazo a sus últimas cidras y aguaturmas. La señora se quedó donde estaba, con el sombrero encasquetado casi hasta los ojos, medio escondida por el espantapájaros que vigilaba el camino de las calabazas. Vio pasar a Rolando y Cutberto (aunque apenas reparó en Cutberto pues su interés estaba centrado en el otro). Su mirada se desplazó desde el muchacho montado a caballo hasta Susan, sentada junto a su ventana, cantando tan despreocupadamente como un pájaro en una jaula dorada.

Una aguda espina de sospecha se abrió sigilosamente camino hasta el corazón de Cordelia. El cambio de humor de Susan -desde la alternancia de arrebatos de tristeza y temerosa cólera hasta una especie de aturdida, pero sobre todo gozosa aceptación- había sido demasiado repentino. Y puede que no fuera aceptación en absoluto.

—Estás loca —musitó Cordelia para sus adentros, pero su mano apretó con fuerza el mango del machete que sostenía en ella. Cayó de rodillas sobre el barro del huerto y empezó a cortar bruscamente las hojas de las aguaturmas, arrojando los tubérculos hacia la parte lateral de la casa con rápidos y precisos movimientos—. No hay nada entre ellos. Yo lo sabría. Los muchachos de esta edad tienen tan poca discreción como... como los borrachines del Descanso.

Pero su manera de sonreír, la manera en que ambos se habían sonreído el uno al otro...

—Perfectamente normal —murmuró, cortando y arrojando.

Sin darse cuenta estropeó una aguaturma, cortándola casi por la mitad. Recientemente había adquirido la costumbre de hablar sola, a medida que se acercaba el Día de la Siega y aumentaba la tensión de sus relaciones con la problemática hija de su hermano. Las personas se sonríen las unas a las otras, eso es todo.

Lo mismo cabía decir del saludo y del que Susan había devuelto. Abajo, el apuesto caballero reconociendo la belleza de la doncella; y arriba la doncella, complacida de que se le reconozca la belleza. Era la juventud que llamaba a la

juventud, simplemente. Y sin embargo...

«La mirada de los ojos del chico... y la de los de Susan.»

«Pero tú has visto otra cosa.»

Sí, tal vez. Por un instante le pareció que el chico estaba a punto de lanzarle un beso a Susan... pero en el último momento había cambiado de idea y le había dirigido un saludo.

«Aunque efectivamente hayas visto algo, eso no significa nada.

Los jóvenes caballeros son muy atrevidos, sobre todo cuando no están bajo la mirada de sus padres. Y esos tres ya tienen una historia, como tú sabes muy bien.»

Muy cierto, pero todas aquellas reflexiones no consiguieron librarla de la gélida espina que tenía clavada en el corazón.

5

Jonas contestó a la llamada de Rolando e hizo pasar a los dos chicos al despacho del Sheriff. Lucía la estrella de agente en la camisa y los miró con semblante inexpresivo.

—Muchachos —les dijo—, pasen que se están mojando.

Se apartó a un lado para franquearles la entrada. Su cojera era más pronunciada de lo que jamás hubiera visto Rolando; éste pensó que debía de ser por la humedad.

Rolando y Cutberto entraron. En un rincón había una estufa de gas -alimentada sin duda con la «vela» de Citgo- y en la espaciosa estancia en la que tan fresco se estaba el día en que ellos habían acudido allí por primera vez reinaba ahora un agradable calor. Las tres celdas estaban ocupadas por cinco miserables borrachos, dos pares de hombres y una mujer sola en la celda de en medio, sentada en la litera con las piernas separadas, dejando totalmente al descubierto unas bragas de color rojo. Rolando temió que, como la mujer siguiera hurgándose tanto la nariz con el dedo, acabara por introducírselo tan adentro que no pudiera recuperarlo. Clay Reynolds estaba apoyado contra el tablón de anuncios, mondándose los dientes con una ramilla de escoba. El agente Dave estaba sentado junto al escritorio de tapa corredera, acariciándose la barbilla mientras contemplaba con el ceño fruncido, a través del monóculo, el tablero que tenía delante. Rolando no se sorprendió al ver que él y Cutberto acababan de interrumpir una partida de Castillos.

—¡Mira, Eldred! —dijo Reynolds—. ¡Son dos de los chicos del Mundo Medio! ¿Ya

saben sus mamás que han salido?

—Sí —contestó alegremente Cutberto—. Le veo muy bien, señor Reynolds. El mal tiempo le ha aliviado las pústulas, ¿verdad?

Sin mirar a Berto y sin dejar de esbozar su amable sonrisa, Rolando apoyó un codo en el hombro de su amigo.

—Perdone a mi amigo, señor. Su sentido del humor traspasa muy a menudo los límites del buen gusto; al parecer, no puede evitarlo. No hay ninguna necesidad de que sigamos pinchándonos los unos a los otros... llegamos al acuerdo de olvidar lo pasado, ¿no es cierto?

—Por supuesto que sí, todo fue un malentendido —contestó Jonas mientras regresaba renqueando al tablero del juego. En el momento de sentarse, su sonrisa se transformó en una pequeña mueca—. Estoy peor que un perro viejo —añadió—. Alguien tendría que liquidarme. La tierra está fría, pero no duele, ¿verdad, muchachos?

Estudió el tablero y movió una pieza al otro lado de la Loma. Se había apartado del Castillo y se encontraba en una posición vulnerable, aunque no mucho en aquel caso, pensó Rolando; el agente Dave no parecía un rival demasiado peligroso.

—Veo que ahora están ustedes trabajando para ganarse la sal por cuenta de la Baronía —dijo Rolando, señalando con la cabeza la estrella de la camisa de Jonas.

—La sal y poco más, en efecto —convino afablemente Jonas—. Un tipo se rompió la pierna y estoy echando una mano.

—¿Y los señores Reynolds y Depape? ¿Ellos también echan una mano?

—Creo que sí —contestó Jonas—. ¿Qué tal va su trabajo con los pescadores? Muy lento, según me han dicho.

—Por fin lo hemos terminado. El trabajo no era tan lento como nosotros. El hecho de venir aquí con deshonra ya era suficiente para nosotros; no tenemos intención de irnos de la misma manera. Despacito y buena letra.

—Eso dicen —convino Jonas—. Quienquiera que lo diga.

Desde algún lugar de las interioridades del edificio llegó el ruido del agua de un inodoro. «En casa del Sheriff de Hambria se disfruta de todas las comodidades hogareñas», pensó Rolando. El ruido del agua fue inmediatamente sustituido por el rumor de unas fuertes pisadas bajando por la escalera, y poco después apareció Herk Avery. Con una mano se estaba abrochando el cinturón mientras con la otra se enjugaba la despejada y sudorosa frente. Rolando admiró su habilidad manual.

—¡Uf! —exclamó el Sheriff—. Las alubias que comí anoche han tomado un atajo.

—Miró de Rolando a Cutberto y de éste nuevamente a Rolando—. Llueve demasiado como para andar por ahí contando redes de pesca, ¿verdad, muchachos?

—Precisamente el señor Dearborn estaba diciendo que sus días de contar redes ya han tocado a su fin —dijo Jonas, alisándose el largo cabello hacia atrás con las puntas de los dedos.

A su espalda, Clay Reynolds había vuelto a apoyar la espalda contra el tablón de anuncios, mirando a Rolando y Cutberto con visible antipatía.

—Ah, ¿sí? Pues qué bien. ¿Y ahora qué, jovenzuelos? ¿Les podemos ayudar en algo? Es lo que más nos complace, echar una mano cuando hace falta.

—El caso es que podrían ayudarnos —dijo Rolando, sacándose la lista del cinturón—. Tenemos que desplazarnos a la Pendiente, pero no quisiéramos causarle ninguna molestia a nadie.

Esbozando una ancha sonrisa, el agente Dave deslizó su Caballero alrededor de su Loma. Jonas se apuntó inmediatamente un tanto, abriendo todo su flanco izquierdo. La sonrisa de Dave se borró de su rostro, dejando en su lugar un perplejo vacío.

—¿Cómo lo has hecho?

—Muy fácil —contestó Jonas sonriendo antes de apartarse del escritorio para dirigirse a todos los presentes en la estancia—. Tienes que recordar, Dave, que yo juego para ganar. No puedo evitarlo. Lo llevo en la sangre. —Sin dejar de sonreír, se volvió para centrarse exclusivamente en Rolando—. Tal como le dijo el escorpión a la doncella mientras ésta yacía moribunda: «Tú sabías que yo era un veneno cuando me tomaste.»

6

Cuando regresó de dar de comer al ganado, Susan fue directamente a la fresquera para tomarse un zumo, tal como tenía por costumbre. No vio a su tía observándola desde el rincón de la chimenea, por lo que se sobresaltó al oír la voz de Cordelia, no sólo por lo inesperado de la voz sino también por su frialdad.

—¿Lo conoces?

La jarra del zumo le resbaló entre los dedos y tuvo que colocar la otra mano debajo para que no se le cayera. El zumo de naranja era algo demasiado valioso como para malgastarlo, sobre todo en aquella época del año. Se volvió y vio a su tía junto a la pila de leña. Cordelia había colgado el sombrero en un gancho de la entrada y aún llevaba puestos el sarape y las botas manchadas de barro. Había dejado el cuchillo

encima de los troncos, todavía con verdes restos de hojas de aguaturma adheridos al filo. El tono de su voz era frío, pero en sus ojos ardía la sospecha.

Una repentina claridad llenó la mente y todos los sentidos de Susan. «Si dices que no, estás perdida, pensó. Si preguntas a quién, podrías estar perdida. Tienes que decir...»

—Los conozco a los dos —contestó con indiferencia—. Los conocí en la fiesta, lo mismo que tú. Me has pegado un susto, tía...

—¿Por qué te ha saludado de esta manera?

—¿Y yo qué sé? Porque habrá querido.

Su tía dio un salto hacia delante, resbaló con las botas manchadas de barro, recuperó el equilibrio y la agarró por los brazos. Ahora sus ojos ardían como llamas.

—¡No seas insolente conmigo, muchacha! No seas arrogante conmigo, Señorita tan Joven y Bonita, si no quieres que...

Susan se echó hacia atrás con tal fuerza que Cordelia se tambaleó y hubiera caído al suelo de no haberse agarrado a la mesa. A su espalda, las huellas de sus botas en el limpio suelo de la cocina eran como unas acusaciones.

—¡Como me vuelvas a llamar así... te pego un tortazo! —gritó Susan—. ¡Te aseguro que lo haré!

Los labios de Cordelia esbozaron una seca y feroz sonrisa que dejó al descubierto sus dientes.

—¿Le pegarías un tortazo a la única pariente viva de tu padre? ¿Serías capaz?

—¿Y por qué no? ¿Acaso tú no me pegas a mí?

De los ojos de su tía desapareció una parte de la furia mientras la sonrisa se borraba de sus labios.

—¡Susan, no lo hago casi nunca! Lo habré hecho una media docena de veces desde que eras una chiquilla que lo tocaba todo, hasta una olla de agua hirviendo en la...

—Hoy en día pegas más bien con la boca —dijo Susana—. Lo he soportado porque he sido una tonta, pero ahora ya estoy harta. Ya no lo aguanto más. Si soy lo bastante mayor como para que me envíen a la cama de un viejo por dinero, también lo soy para que tú me hables con corrección.

Cordelia abrió la boca para defenderse —la furia y las acusaciones de la muchacha la habían pillado desprevenida—, pero enseguida se dio cuenta de la habilidad con la que su sobrina la estaba apartando del tema de los chicos. Mejor

dicho, del chico.

—¿Sólo le conoces de la fiesta, Susan? Me refiero a Dearborn.

«Tal como creo que tú sabes muy bien.»

—Lo he visto por la ciudad —contestó Susan, mirando fijamente a su tía a pesar del esfuerzo que le costaba hacerlo; las mentiras seguían a las medias verdades como la oscuridad sigue al crepúsculo—. Los he visto a los tres por la ciudad. ¿Ya estás satisfecha?

No, Susan vio con creciente desaliento que no.

—¿Me juras por el nombre de tu padre, Susan, que no te has estado viendo con este chico Dearborn?

«Todos los paseos a caballo por las tardes —pensó Susan—. Todas las excusas. Todo el cuidado que pusimos en que nadie nos viera. Todo ha quedado reducido a un imprudente saludo en una lluviosa mañana. Así de fácil se pone en peligro todo lo demás. ¿Acaso pensábamos que podría ocurrir otra cosa? ¿Tan necios hemos sido?»

Sí... y no. La verdad era que habían sido unos insensatos. Y lo seguían siendo.

Susan recordaba una y otra vez la expresión de los ojos de su padre en las pocas ocasiones en que la había sorprendido mintiendo. Aquella expresión de semicuriosa decepción. La sensación de que sus mentiras, por muy inocentes que fueran, le dolían como el arañazo del espino de una planta.

—No pienso jurar nada —contestó—. No tienes ningún derecho a pedírmelo.

—¡Júralo! —gritó Cordelia con estridente voz, buscando a tientas la mesa para no perder el equilibrio—. ¡Júralo! ¡Júralo! Eso no es un juego del escondite. ¡Ya no eres una niña! ¡Júramelo! ¡Júrame que todavía eres pura!

—No —contestó Susan, dando media vuelta para retirarse.

El corazón le palpitaba fuertemente en el pecho, pero aquella horrible claridad seguía perdurando en su mente. Rolando hubiera comprendido lo que era. Susan estaba viendo las cosas con mirada de pistolero. La ventana de la cocina daba a la Pendiente y, en su cristal, Susan vio a su tía acercándose a ella con el puño en alto. Sin volverse, levantó el brazo en gesto de advertencia.

—A mí no me levantes la mano —dijo—. ¡No me la levantes, perra!

Vio en el cristal cómo los espectrales ojos se abrían de par en par con expresión escandalizada y consternada. Vio que el espectral puño se relajaba y volvía a convertirse en una mano que caía al costado de la mujer.

—Susan —dijo Cordelia en un dolido susurro—, ¿cómo me puedes llamar así?

¿Qué te ha endurecido la lengua y el respeto que me debes?

Susan se fue sin contestar. Cruzó el patio y entró en la cuadra. Allí los olores que conocía desde su infancia —caballos, leña, heno— le llenaron la cabeza y disiparon la horrible claridad. Regresó a la infancia y se perdió en las sombras del desconcierto. Pylon se volvió a mirarla y soltó un relincho. Ella apoyó la cabeza contra su cuello y se deshizo en lágrimas.

7

—¡Ya está! —dijo el Sheriff Avery cuando se fueron los señores Dearborn y Heath—. Es lo que ustedes dicen... los chicos son lentos y muy considerados. —Mostró la lista cuidadosamente escrita, la estudió un instante y soltó una alegre carcajada—. ¡Y fíjense en eso! ¡Qué maravilla! ¡Ja, ja! Podremos retirar con varios días de adelanto todo lo que no nos interese que vean.

—Son tontos —dijo Reynolds, pero aun así estaba deseando tener otra oportunidad de enfrentarse con ellos.

Si Dearborn creía de veras que el pequeño incidente en el Descanso de los Viajeros se tenía que olvidar, eso significaba que pasaba de tonto y entraba de lleno en el terreno de la imbecilidad.

El agente Dave no dijo nada. Estaba contemplando con desconsuelo a través de su monóculo el tablero de Castillos, donde su ejército blanco había sido clamorosamente derrotado en seis rápidas jugadas. Las fuerzas de Jonas habían rodeado la Loma Roja como si fueran una riada y las esperanzas de Dave habían perecido en la inundación.

—Siento la tentación de ponerme el impermeable e irme a la Costa con eso —dijo Avery, todavía tronchándose de risa a propósito del papelito con su impecable lista de granjas y ranchos y las previstas fechas de inspección. Llegaban hasta Fin de Año e incluso lo rebasaban. ¡Dioses!

—¿Por qué no lo hace? —dijo Jonas, levantándose. El dolor le subió por la pierna con la rapidez de un rayo.

—¿Otra partida, señor Jonas? —preguntó Dave, volviendo a colocar las piezas.

—Prefiero jugar al perro que come hierba —contestó Jonas, experimentando un perverso placer al ver el arrebol que subía por el cuello de Dave hasta su ingenuo rostro de idiota.

Se acercó renqueando a la puerta, la abrió y salió al porche. La llovizna se había

convertido en una fina y persistente lluvia. La calle de la Loma estaba desierta y los mojados adoquines brillaban como espejos.

Reynolds lo había seguido.

—Eldred...

—Vete —dijo Jonas sin volverse.

Clay vaciló un instante y después entró de nuevo y cerró la puerta.

«¿Qué demonios te ocurre?», se preguntó Jonas.

Hubiera tenido que alegrarse de la lista de aquellos dos cachorros, hubiera tenido que alegrarse tanto como Avery y como Rimer cuando éste se enterara de la visita de aquella mañana. A fin de cuentas, ¿acaso él no le había dicho a Rimer hacía apenas tres días que los chicos no tardarían en ir a la Pendiente y se pondrían a contar como locos? Sí. Por consiguiente, ¿por qué estaba tan inquieto y tan tremendamente nervioso? ¿Porque todavía no se había producido ningún contacto por parte de Latigo, el hombre de Farson? ¿Porque un día Reynolds había regresado de la Roca Colgante con las manos vacías y porque al siguiente Depape también había regresado con las manos vacías? Seguro que no. Latigo llegaría con un buen contingente de tropas, pero era todavía muy pronto y él lo sabía. Aún faltaba casi un mes para la Siega.

«O sea que es el mal tiempo que te afecta la pierna y hurga en la vieja herida y te pone de mal humor...»

No. El dolor era muy molesto, pero antes lo era todavía más. El problema estaba en su cabeza. Jonas se apoyó en un poste bajo el voladizo, prestó atención al rumor de la lluvia en los adoquines y recordó que a veces, en una partida de Castillos, un jugador inteligente asomaba un instante la cabeza alrededor de su Loma y después la volvía a esconder. Eso era lo que ahora experimentaba: Estaba todo tan bien que le olía a chamusquina. Una idea absurda, pero no tanto si bien se miraba.

—¿Estás intentando jugar a los Castillos conmigo, pequeñajo? —murmuró para sí—. En tal caso, muy pronto pensarás que ojalá te hubieras quedado en casa con tu Mami. Ya lo verás.

8

Rolando y Cutberto regresaron a la Franja K bordeando la Pendiente... Aquel día no podrían contar nada. Pese a la lluvia y a los grises cielos encapotados, al principio el buen humor de Cutberto no sufrió el menor menoscabo.

—¿Los has visto? —preguntó, soltando una carcajada—. ¿Los has visto,

Rolando... quiero decir, Will? Se lo han tragado, ¿verdad? ¡Se han tragado el anzuelo los muy incautos!

—Sí.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Cuál será el siguiente paso?

Rolando lo miró un momento con semblante inexpresivo, como si acabara de despertar de una siesta.

—El siguiente paso lo darán ellos. Contamos con que lo den. Y vamos a esperar.

El buen humor de Cutberto se desinfló como un globo y una vez más tuvo que reprimir una oleada de reproches, todos ellos en torno a dos ideas esenciales: que Rolando demoraba el cumplimiento de su deber para poder seguir disfrutando de los innegables encantos de cierta joven y -algo mucho más importante- que Rolando había perdido la cabeza cuando todo el Mundo Medio más la necesitaba.

Pero ¿qué deber estaba incumpliendo Rolando? ¿Y qué le hacía estar a él tan seguro de que Rolando se equivocaba? ¿La lógica? ¿La intuición? ¿O unos simples celos de mierda? Cutberto recordó el poco esfuerzo que le había costado a Jonas desbaratar el ejército del agente Dave cuando éste había movido una pieza antes de lo debido.

Pero la vida no era como el juego de los Castillos, ¿verdad? No lo sabía.

No obstante creía tener por lo menos una intuición acertada: Rolando estaba abocado al desastre. Y ellos también.

«Despierta -pensó Cutberto-. Por favor, Rolando, despierta antes de que sea demasiado tarde.»

CAPÍTULO III

EL JUEGO DE LOS CASTILLOS

1

La semana siguiente hizo esa clase de tiempo que induce a la gente a querer regresar a la cama después del almuerzo, hacer una larga siesta y despertarse sintiéndose estúpida y desorientada. No llovía a cántaros, pero el mal tiempo hacía que la fase final de la recolección de las manzanas resultara peligrosa (varias personas se habían roto la pierna y en el Huerto de las Siete Millas una joven había caído de su escala de mano y se había roto la columna) y en los campos de patatas casi no se podía trabajar, pues había que dedicar casi tanto tiempo a desatascar los carros hundidos en el barro como a recoger las patatas. En el Corazón Verde, todos los adornos de la Feria de la Siega se quedaron tan empapados de lluvia que hubo que retirarlos. Los voluntarios estaban esperando con creciente nerviosismo a que cesara la lluvia para volver a empezar.

El tiempo era malo para los jóvenes cuya misión era hacer inventario, aunque por lo menos pudieron empezar a visitar establos y a contar el ganado. El tiempo era bueno para un chico y una chica que habían descubierto los placeres del amor físico, pero Rolando y Susan sólo se vieron un par de veces durante el mal tiempo. Ahora el peligro de lo que estaban haciendo resultaba casi palpable.

La primera vez fue en un cobertizo de barcas abandonado del Camino del Litoral. La segunda fue en el fondo del edificio en ruinas que había por debajo y al este de Citgo, donde hicieron el amor con ardiente intensidad encima de uno de los sudaderos de Rolando extendido sobre el suelo de la antigua cafetería de la refinería. Al llegar al punto culminante, Susan gritó una y otra vez el nombre de Rolando. Las atemorizadas palomas llenaron con su suave aleteo las oscuras estancias y los ruinosos pasillos.

2

Justo cuando ya parecía que la llovizna jamás iba a terminar y que el chirriante sonido de la raedura en el silencioso aire acabaría volviendo locos a todos los habitantes de Hambria, un fuerte viento -casi un vendaval- empezó a soplar desde el océano y se llevó las nubes. Un día la ciudad amaneció con un cielo tan azul como el acero y un sol que por la mañana pintó de oro la bahía y por la tarde la convirtió en un blanco fuego. La sensación de letargo desapareció. Los carros volvieron a circular sin

dificultad por los campos de patatas. En el Corazón Verde, un ejército de mujeres empezó a adornar una vez más con flores la plataforma en la que Jamie McCann y Susan Delgado serían aclamados aquel año el Rey y la Reina de la Siega.

En la parte de la Pendiente más próxima a la Casa del Alcalde, Rolando, Cutberto y Alain cabalgaron con renovada determinación, contando los caballos que ostentaban en sus costados el hierro de la Baronía. Los claros cielos y los frescos vientos los llenaban de energía y buen humor, y durante varios días -tres o quizá cuatro- los jóvenes galoparon juntos, gritando y riéndose alegremente como antes, tras haber recuperado su antiguo compañerismo.

Una de aquellas frescas y soleadas mañanas, Eldred Jonas salió del despacho del Sheriff y subió por la calle de la Loma para dirigirse al Corazón Verde. Aquella mañana se había librado de Reynolds y Depape -éstos se habían ido juntos a la Roca Colgante, para salir al encuentro de los batidores de Latigo que no tardarían en llegar- y su plan consistía simplemente en tomarse una cerveza en el pabellón y contemplar los preparativos que allí se estaban haciendo: los hoyos para los asadores, las ramas para encender las hogueras, las discusiones acerca de la colocación de los morteros de los fuegos artificiales, las damas que estaban adornando con flores el estrado donde el Rey y la Reina de las fiestas de aquel año serían objeto de la admiración de la ciudad. A lo mejor, pensó Jonas, él se buscaría una muchacha en flor para disfrutar con ella de una o dos horas de recreo. La manutención de las putas de la taberna se la dejaba exclusivamente a Roy y Clay; en cambio, una muchacha en flor de unos diecisiete años ya era otra cosa.

El dolor de la cadera se le había calmado con la llegada del buen tiempo; el intenso dolor que había acompañado sus pasos en el transcurso de la última semana se había convertido de nuevo en una simple cojera. Tal vez bastara una o dos cervezas al aire libre, pero la idea de la chica no se apartaba de su mente. Joven, de piel clara y busto alto. Lozana y de dulce aliento. Suaves y dulces labios...

—¿Señor Jonas? ¿Eldred?

Se volvió sonriendo hacia la propietaria de la voz. Nada de muchacha en flor con tez de rocío, grandes ojos y húmedos labios entreabiertos sino una huesuda mujer en las postrimerías de la mediana edad, pecho plano, culo plano, finos y pálidos labios apretados y cabello alisado a más no poder sobre el cráneo. Sólo sus grandes ojos correspondían a su visión soñada. «Me parece que he hecho una conquista», pensó con sorna.

—¡Vaya, Cordelia! —exclamó, extendiendo los brazos para tomar una de sus manos entre las suyas—. ¡Está usted encantadora esta mañana!

Un fino rubor apareció en las mejillas de Cordelia mientras se reía brevemente. Por un instante aparentó cuarenta y cinco años y no sesenta. «Y no tiene sesenta -pensó Jonas-. Las arrugas que le rodean la boca y las sombras bajo los ojos... son recientes.»

—Es usted muy amable —dijo Cordelia—, pero bien sé yo que no. No duermo bien, y cuando las mujeres de mi edad no duermen bien, envejecen enseguida.

—Siento que no haya dormido bien —dijo Jonas—. Pero ahora que el tiempo ha cambiado quizá...

—No es cosa del tiempo. ¿Podría hablar con usted, Eldred? He estado pensando y pensando y usted es la única persona a quien me atrevo a recurrir para pedirle consejo.

La sonrisa de Jonas se ensanchó. Se pasó la mano de Cordelia bajo el brazo y la cubrió con la suya. Ahora el arrebol de Cordelia era casi una llama. Con la sangre que tenía en la cabeza, era capaz de pasarse varias horas hablando. Y Jonas barruntaba que todas sus palabras serían interesantes.

3

Con las mujeres de cierta edad y cierto temperamento, el té era más eficaz que el vino para soltarles la lengua. Jonas abandonó su plan de tomarse una lager (y buscarse tal vez una muchacha en flor), sin pensarlo tan siquiera. Sentó a la señorita Delgado en un soleado rincón del pabellón del Corazón Verde (no lejos de la roca roja que Rolando y Susana conocían tan bien) y pidió una buena tetera; con pastas. Mientras esperaban que les sirvieran contemplaron los preparativos de la Feria de la Siega. El soleado parque estaba lleno de ruidos de martillos y sierras, de gritos y carcajadas.

—Todos los días de feria son bonitos, pero el de la Siega nos convierte de nuevo a todos en niños, ¿no le parece? —dijo Cordelia.

—Sí, ciertamente —contestó Jonas, que jamás se había sentido un niño ni siquiera cuando lo era.

—Lo que más me sigue gustando todavía es la hoguera —añadió Cordelia, contemplando el gran montón de leña y tablas de madera que se estaba levantando al

fondo del parque en diagonal con respecto a la plataforma. Parecía una enorme choza india—. Me encanta ver cómo la gente trae sus espantapájaros y los arroja al fuego. Es un poco bárbaro, pero siempre me produce un agradable estremecimiento.

—Sí —dijo Jonas, preguntándose si Cordelia experimentaría un agradable estremecimiento al saber que quizá tres de los espantapájaros que arderían en la hoguera de la Noche de la Siega olerían a cerdo y gritarían como arpías cuando ardieran. Con un poco de suerte, el que más gritaría sería el de los ojos azul claro.

Les sirvieron el té y las pastas y Jonas ni siquiera echó un vistazo a la pechuga de la chica cuando ésta se inclinó para depositar la bandeja. Sólo tenía ojos para la fascinante señora Delgado, sus nerviosos movimientos sincopados y la extraña y desesperada mirada de sus ojos.

Cuando la chica se retiró, sirvió el té, dejó nuevamente la tetera en el salvamanteles y cubrió la mano de Cordelia con la suya.

—Vamos, Cordelia —dijo con su tono de voz más cordial—. Ya veo que algo la preocupa. Suéltelo. Confíe en su amigo Eldred.

Cordelia apretó tanto los labios que éstos casi desaparecieron, pero ni siquiera este esfuerzo pudo impedir que le temblaran. Sus ojos se llenaron de lágrimas, nadaron en ellas y se desbordaron. Jonas tomó una servilleta y se inclinó sobre la mesa para enjugárselas.

—Cuénteme —le dijo con ternura.

—Lo haré. Tengo que contárselo a alguien para no enloquecer. Pero tiene que hacerme una promesa, Eldred.

—Por supuesto, cariño. —La vio enrojecer con más violencia que antes al oír aquel inofensivo cumplido y comprimió su mano con más fuerza—. Lo que usted quiera.

—No le diga nada a Hart. Y tampoco a esa asquerosa araña del Canciller, pero sobre todo no le diga nada al Alcalde. ¡Si es cierto lo que sospecho y él lo descubre, la podría enviar al oeste! —Estuvo casi a punto de soltar un gemido al decirlo, como si comprendiera por primera vez que era una auténtica posibilidad—. ¡Nos podría enviar al oeste a las dos!

—Ni una palabra al Alcalde Thorin, ni una palabra a Kimba Rimer —dijo Jonas sin dejar de esbozar su comprensiva sonrisa—. Se lo prometo.

Jonas pensó por un instante que Cordelia no se lanzaría... o quizá no podría hacerlo. Pero después, en un entrecortado susurro que sonó como el rumor de una tela

desgarrada, Cordelia dijo:

—Dearborn.

Jonas sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho al oír de sus labios el nombre que tanto había ocupado sus pensamientos. Sin dejar de sonreír, apretó involuntariamente los dedos de Cordelia con tanta fuerza que ésta hizo una mueca de dolor.

—Perdone —le dijo—. Es que me ha dejado usted un poco sorprendido. Dearborn... un muchacho muy bien hablado, pero no sé si es enteramente de fiar.

—Temo que haya estado con mi Susan. —Ahora le correspondió a ella apretar, pero a Jonas no le importó. De hecho, apenas lo notó. Éste siguió sonriendo en la esperanza de que su expresión no dejara traslucir el desconcierto que sentía—. Temo que haya estado con ella... tal como está un hombre con una mujer. ¡Oh, qué horrible es todo eso!

Cordelia lloró con silenciosa amargura, mirando a hurtadillas a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba observando. Jonas había visto a algunos coyotes y perros salvajes mirar de aquella misma manera mientras devoraban sus malolientes cenas. Dejó que soltara todo lo que llevaba dentro. Quería que se tranquilizara, porque las incoherencias no le servirían de nada. Cuando vio que sus lágrimas amainaban, le ofreció una taza de té.

—Bébase esto.

—Sí. Muchas gracias.

El té estaba tan caliente que echaba humo, pero ella apuró ansiosamente la taza. «Debe de tener la garganta forrada de pizarra», pensó Jonas. Cordelia posó la taza y, mientras Jonas se la volvía a llenar, sacó un pañuelo ribeteado de encaje para enjugarse furiosamente las lágrimas del rostro.

—No me gusta este chico —dijo—. No me gusta, no me fío de él ni de los otros, con sus elegantes reverencias del Mundo Interior y su extraña manera de hablar, pero el que menos me gusta es él. Sin embargo, si hubiera algo entre ellos dos (y temo que lo haya), la culpa sería de ella, ¿verdad? Al fin y al cabo es la mujer la que tiene que rechazar los impulsos bestiales.

Él se inclinó sobre la mesa, mirándola con cálida comprensión.

—Cuéntemelo todo, Cordelia.

Y ella se lo contó.

4

A Rea le encantaba la bola de cristal, pero sobre todo su forma de mostrarle a la gente en las peores facetas de su personalidad. Entre sus rosados resplandores, jamás veía a un niño consolando a otro niño que se hubiera caído en el transcurso de un juego, o a un esposo cansado con la cabeza apoyada en el regazo de su mujer o a unos ancianos cenando tranquilamente juntos al término de la jornada; al parecer, todo aquello tenía tan poco interés para la bola como para ella.

En cambio había visto actos de incesto, madres pegando a sus hijos, maridos pegando a sus mujeres. Había visto a un grupo de muchachos al oeste de la ciudad (a Rea le hubiera hecho gracia saber que aquellos niños de ocho años se llamaban a sí mismos los Grandes Cazadores de Ataúdes) atrayendo a los perros extraviados con un hueso para cortarles el rabo por pura diversión. Había presenciado robos y un asesinato: un vagabundo había clavado una horca a su compañero tras una discusión sin importancia. Había ocurrido durante la primera noche de lluvia. El cuerpo aún se estaba pudriendo en una zanja del Gran Camino Occidental, cubierto por una capa de paja y maleza. Puede que se descubriera antes de que las tormentas de otoño ahogaran el año, y puede que no.

Había visto también a Cordelia Delgado y al duro de Jonas sentados ante una de las mesas exteriores del Corazón Verde, hablando de ... bueno, eso ella no podía saberlo, claro. Pero sí había visto la mirada de aquella perra solterona. Estaba enamorada de él y tenía toda la cara colorada. Se había enamorado como una loca de un tirador por la espalda y pistolero fracasado. Tenía gracia, pensó Rea, y decidió echarles un vistazo de vez en cuando. Probablemente sería muy interesante.

Tras mostrarle a Cordelia y a Jonas, la bola se volvió a empañar. Rea la guardó de nuevo en la caja que tenía un ojo en la cerradura. La contemplación de Cordelia en la bola le había hecho recordar que aún tenía un asunto pendiente con la muy puta de su sobrina. El hecho de que todavía no lo hubiera resuelto era curioso, pero comprensible... en cuanto supo de qué manera podría arreglarle las cuentas a la señorita, su mente y sus emociones volvieron a tranquilizarse, las imágenes del baile aparecieron de nuevo y, en medio de la fascinación que éstas le habían producido, había olvidado momentáneamente que Susan Delgado aún estaba viva. Pero ahora acababa de recordar su plan. Colocar un gato entre las palomas. Por cierto...

—¡Musty! Musty, ¿dónde estás?

El gato salió del montón de leña con los ojos fulgurando en medio de la oscura suciedad de la choza (tras la racha de mal tiempo, Rea también había subido las persianas), meneando la bifurcada cola, y saltó a su regazo.

—Tengo un recado para ti —le dijo, inclinándose para lamerlo. El exquisito sabor del pelaje de Musty le llenó la boca y la garganta.

Musty arqueó el lomo contra sus labios. Para ser un gato de seis patas y de raza indefinida, su vida la tenía bien resuelta.

5

Jonas se libró de Cordelia tan pronto como pudo, aunque no tanto como hubiera querido pues tenía que engatusar a aquella estúpida. Puede que le resultara útil en otra ocasión. Al final le dio un beso en la comisura de los labios (lo cual la hizo enrojecer tan violentamente que temió sufrir una conmoción cerebral), y le dijo que comprobaría la cuestión que tanto la preocupaba.

—¡Pero con discreción! —dijo ella, alarmada.

Él dijo que sí, que sería discreto, mientras la acompañaba a casa; la discreción formaba parte de su personalidad. Sabía que Cordelia no se tranquilizaría, no podría hacerlo, hasta que no lo supiera con certeza, aunque él pensaba que sus temores eran infundados. A los adolescentes les gustaba dramatizarlo todo, y si la muchacha sabía que su tía tenía miedo de que ocurriera algo, era muy capaz de alimentar los temores de su tita en lugar de tranquilizarla.

Cordelia se había detenido junto a la blanca valla de estacas que separaba el jardín de su casa del camino, mirando a Jonas con una expresión de sublime alivio. Jonas pensó que parecía una mula a la que estuvieran rascando la grupa con un cepillo de cerdas duras.

—Bueno, no se me había ocurrido pensarlo... pero es probable, ¿verdad?

—Muy probable —dijo Jonas—, pero aun así lo comprobaré con sumo cuidado. Más vale prevenir que curar —añadió, volviéndola a besar en la comisura de los labios—. Y ni una sola palabra a los tipos de la Costa. Ni la más mínima insinuación.

—Gracias, Eldred. No sabe cuánto se lo agradezco. —Y lo había abrazado antes de entrar apresuradamente en la casa, comprimiendo sus pechos duros como piedras contra la pechera de su camisa—. ¡A ver si esta noche consigo dormir!

Puede que lo consiguiera, pero Jonas se preguntó si podría dormir él.

Se dirigió al establo de Hookey donde tenía su caballo, con la cabeza gacha y las

manos entrelazadas a la espalda. Un grupo de niños subió corriendo por la otra acera; dos de ellos agitaban unos rabos cortados de perros con sangre reseca en los extremos.

—¡Cazadores de Ataúdes! ¡Somos Grandes Cazadores de Ataúdes como tú! —le gritó uno de ellos con insolencia.

Jonas desenfundó el arma y los apuntó. Lo hizo en un santiamén, y por un instante los aterrorizados muchachos le vieron tal como era realmente. Con los ojos encendidos de furia y una sonrisa que dejaba al descubierto todos los dientes, Jonas parecía un lobo de pelo blanco vestido de hombre.

—¡Largo de aquí, hijos de puta! —les gritó—. ¡Largo de aquí antes de que os haga saltar por los aires sin zapatos y dé a vuestros padres un motivo para celebrarlo!

Al principio los muchachos se quedaron petrificados, pero después huyeron soltando aullidos. Uno de ellos había dejado abandonado su trofeo, y el rabo de perro yacía sobre la acera de tablas de madera como si fuera un siniestro abanico. Jonas hizo una mueca al verlo, enfundó el arma, volvió a entrelazar las manos a la espalda y reanudó su camino cual párroco meditando sobre la naturaleza de los dioses. ¿Cómo era posible, en nombre de los dioses, que hubiera desenfundado el arma para apuntar de aquella manera contra un grupo de jóvenes bribones?

«Estás disgustado –pensó-. Estás preocupado.»

Y por supuesto que lo estaba. Los recelos de la solterona sin tetas lo habían trastornado en gran manera. No por Thorin; si por él hubiera sido, Dearborn hubiera podido follar con la chica al mediodía en la plaza de la ciudad el Día de la Feria de la Siega... sino porque semejante hecho significaba que quizá Dearborn se había burlado de él en otras cosas.

«Se te acercó por detrás una vez y juraste que jamás volvería a ocurrir. Pero si ha estado follando con la chica, eso quiere decir que ha vuelto a ocurrir, ¿verdad?»

En efecto. Si el chico había tenido la impertinencia de iniciar unas relaciones con la futura fulana del Alcalde y había tenido la increíble habilidad de hacerlo sin que lo descubrieran, ¿en qué quedaba el concepto que él tenía de tres mocosos del Mundo Interior incapaces de encontrarse el trasero ni siquiera con las dos manos y una vela?

«Los subestimamos una vez y nos hicieron hacer el ridículo -había dicho Clay-. No quiero que eso vuelva a ocurrir.»

¿Había vuelto a ocurrir? ¿Cuánto sabían realmente Dearborn y sus amigos? ¿Cuántas cosas habían averiguado? ¿Y quién se las había contado? Si Dearborn

había conseguido tirarse a la elegida del Alcalde... sin que Eldred Jonas se diera cuenta de algo tan importante... sin que nadie se diera cuenta...

—Buenos días, señor Jonas —dijo Brian Hookey, esbozando una cordial sonrisa y casi arrodillándose en el suelo con el sombrero aplastado contra su ancho pecho de herrero—. ¿Le apetece un poco de graf fresco, señor? Acabo de recibir el de la nueva cosecha y...

—Yo lo único que quiero es mi caballo —lo cortó secamente Jonas—. Tráemelo ahora mismo y deja de parlotear.

—Sí, ahora mismo, con mucho gusto, gracias, señor.

Brian se apresuró a obedecer, volviendo nerviosamente la cabeza con una sonrisa en los labios para asegurarse de que no iba a recibir un tiro por la espalda.

Diez minutos más tarde, Jonas ya estaba cabalgando hacia el oeste por el Gran Camino. Experimentaba el ridículo pero vehemente deseo de lanzar su caballo al galope para dejar a su espalda todas aquellas bobadas: Thorin, el anciano burlado, Rolando y Susan con su indudable y empalagoso amor adolescente, Roy y Clay con sus rápidas manos y sus cortos ingenios, Rimer con sus ambiciones, Cordelia Delgado con sus horribles visiones de ellos dos en un claro del bosque, él recitando poesías mientras ella trenzaba una guirnalda de flores para su frente.

Se había alejado de otras cosas anteriormente, cuando su intuición le aconsejaba que lo hiciera; de muchas cosas. Pero esta vez no podría hacerlo. Había jurado vengarse de aquellos mocosos y, aunque había roto muchas de las promesas que había hecho a otras personas, jamás había roto ninguna que se hubiera hecho a sí mismo.

Y no podía olvidar la cuestión de John Farson. Jonas jamás había hablado personalmente con el Hombre Bueno (y tampoco le apetecía hacerlo; Farson tenía fama de estar caprichosa y peligrosamente loco), pero había mantenido tratos con George Latigo, que probablemente estaría al mando de los hombres de Farson que tenían que llegar de un momento a otro. Era Latigo quien había contratado inicialmente a los Grandes Cazadores de Ataúdes, pagándoles una crecida suma por adelantado (que Jonas aún no se había repartido con Reynolds y Depape) y prometiéndoles un botín todavía más espléndido en caso de que las principales fuerzas de la Afiliación fueran expulsadas de los Montes Shavéd y de sus alrededores.

Latigo era un bicho de considerable tamaño, pero no podía compararse con el bicho que lo seguía. Además, nunca se había obtenido una gran recompensa sin correr

riesgos. Si ellos entregaran los caballos, los bueyes, los carros de verdura fresca, la viscosidad, el petróleo, la bola de cristal -sobre todo la bola de cristal-, todo iría bien. Si fallaban, lo más probable era que sus cabezas sirvieran para que Farson y sus ayudantes jugaran al polo por la noche. Podía ocurrir, y Jonas lo sabía. No cabía duda de que algún día ocurriría. Pero cuando su cabeza se separara finalmente de sus hombros, el divorcio no se debería a la acción de unos mequetrefes como Dearborn y sus amigos, por muy noble que fuera la estirpe a la que pertenecieran.

«Pero si ha mantenido relaciones con el exquisito bocado destinado al vejestorio de Thorin... si ha sabido mantenerlo en secreto, ¿qué otras cosas puede haber ocultado? A lo mejor, está jugando a los Castillos contigo.»

En caso de que así fuera, no jugaría mucho tiempo. La primera vez que el joven señor Dearborn asomara la nariz por su Loma, Jonas estaría esperándole para arrancársela de un disparo.

La cuestión, de momento, era decidir adónde ir primero. ¿A la Franja K para echar finalmente un vistazo a la vivienda de los chicos? Podía hacerlo; los tres debían de estar contando los caballos de la Baronía en la Pendiente. Pero no era por los caballos por lo que él podía perder la cabeza. No, los caballos no eran más que una pequeña atracción añadida para el Hombre Bueno.

Jonas decidió en su lugar trasladarse a Citgo.

6

Primero examinó los depósitos. Estaban tal como tenían que estar, pulcramente alineados con las nuevas ruedas que les habían acoplado, listos para que los pudieran empujar cuando llegara el momento, ocultos detrás de su nuevo camuflaje. Algunas ramas de pino estaban empezando a amarillear por las puntas, pero las recientes lluvias las habían conservado admirablemente. No se observaba ninguna manipulación, que él pudiera ver.

Después subió a la colina, bordeando el conducto y deteniéndose varias veces a descansar; cuando llegó a la podrida verja que separaba el yacimiento petrolífero de la ladera, la pierna mala le dolía enormemente. Estudió la verja y frunció el ceño al ver unas tiznaduras en el travesaño superior. Quizá no significaran nada, pero él pensó que a lo mejor alguien se había encaramado a la verja en lugar de correr el riesgo de abrirla y desgoznarla.

Se pasó una hora paseando entre las torres de extracción, prestando especial

atención a las que todavía funcionaban, en busca de alguna señal. Descubrió muchas huellas, pero le fue imposible (especialmente después de una semana de lluvias) interpretarlas con precisión. Cabía la posibilidad de que los chicos del Mundo Interior hubieran estado allí; la pequeña banda de gamberros de la ciudad podía haber estado allí; y también podían haber estado allí Arturo Eld y todos sus caballeros. La ambigüedad lo puso de mal humor, como siempre (menos cuando se producía en el tablero del juego de los Castillos).

Se dispuso a regresar por el camino que había seguido a la ida para bajar por la ladera hasta el lugar donde había dejado el caballo y regresar a la ciudad. Le dolía terriblemente la pierna y necesitaba tomarse un buen trago de una bebida fuerte para calmar el dolor. El barracón de la Franja K podría esperar otro día.

Cuando se encontraba a medio camino de la verja, vio el apartadero cubierto de maleza que unía Citgo con el Gran Camino, y lanzó un suspiro. No habría nada que ver en aquel pequeño tramo de camino pero, puesto que ya estaba allí, mejor sería que terminara el trabajo.

«Que se vaya a la mierda el trabajo, yo lo que quiero es un buen trago.»

Pero Rolando no era el único cuyos deseos se veían a veces contrariados por la obligación. Jonas lanzó un suspiro, se frotó la pierna y regresó a los gemelos surcos cubiertos por la maleza, donde al parecer había algo que encontrar. Lo encontró en la zanja cubierta de hierba a menos de doce pasos del lugar donde el viejo camino se juntaba con el Gran Camino. Al principio sólo vio una suave forma blanca entre la hierba y creyó que era una piedra. Después vio una negra redondez que solo podía ser una cuenca de ojo. O sea que no era una piedra sino un cráneo. Soltó un gruñido y lo tomó en sus manos mientras las pocas torres que todavía funcionaban seguían chillando a su espalda y bombeando ruidosamente. Un cráneo de cuervo. Lo había visto antes. Estaba seguro de que casi toda la ciudad lo habría visto. Pertenecía al fantasmón Arthur Heath... que como todos los fantasmones necesitaba su pequeña utilería.

—Lo llamaba su centinela —murmuró Jonas—. A veces lo colocaba en el arzón de la silla de montar, y a veces se lo ponía alrededor del cuello como si fuera un colgante. Así lo llevaba la noche del Descanso del Viajero en que...

Jonas dio la vuelta al cráneo del pájaro. Algo tintineaba en su interior como si se tratara de un último pensamiento solitario. Lo ladeó, lo sacudió sobre la palma de su mano y cayó un fragmento de cadena de oro. Así lo llevaba el chico. En determinado

momento, la cadena se debió de romper, el cráneo habría caído a la zanja y el señor Heath no se habría tomado la molestia de buscarlo. Probablemente no se le debió de pasar por la cabeza la idea de que alguien pudiera encontrarlo. Los muchachos eran descuidados. Resultaba asombroso que pudieran crecer y convertirse en hombres.

Su rostro no se alteró mientras permanecía arrodillado examinando el cráneo del pájaro, pero por detrás de su frente sin arrugas estaba más furioso de lo que jamás hubiera estado en su vida. Los chicos habían estado por allí, vaya si habían estado; era otra de las cosas que la víspera misma hubiera descartado con gesto burlón. Tenía que suponer que habían visto los depósitos, con camuflaje o sin él, y si él no hubiera encontrado el cráneo por casualidad, jamás hubiera podido saber con certeza si ellos habían estado en aquel lugar o no.

—Cuando acabe con ellos, las cuencas de sus ojos estarán tan vacías como las suyas, señor Cuervo. Yo mismo las vaciaré.

Hizo ademán de arrojar el cráneo, pero lo pensó mejor. Tal vez le resultara útil en otro momento. Sosteniéndolo en la mano, regresó al lugar donde había dejado su caballo.

7

Coral Thorin bajó por la Calle Mayor hacia el Descanso de los Viajeros, con la cabeza pulsándole pesadamente como si la tuviera oxidada y el corazón palpitando amargamente en su pecho. Se había levantado hacía apenas una hora, pero tenía tal resaca que era como si ya hubiera transcurrido todo un día. Últimamente bebía demasiado -casi todas las noches-, pero cuando había gente delante procuraba beber sólo uno o dos tragos, siempre ligeros. De momento creía que nadie lo sospechaba. Y mientras nadie lo sospechara, suponía que seguiría haciéndolo. ¿Cómo hubiera podido aguantar si no al imbécil de su hermano? ¿Cómo hubiera podido aguantar aquella ciudad tan imbécil? ¿Cómo hubiera podido aguantar sabiendo que casi todos los rancheros de la Asociación de Criadores de Caballos y más de la mitad de los terratenientes eran unos traidores?

—Que se vaya al carajo la Asociación —murmuró—. Más vale pájaro en mano.

Pero ¿de veras tenía un pájaro en la mano? ¿Lo tenían ellos? ¿Cumpliría Farson sus promesas, unas promesas que había hecho un tal Latigo y que habían sido transmitidas por el inefable Kimba Rimer? Coral tenía sus dudas; los déspotas tenían la mala costumbre de olvidar sus promesas, y los pájaros en la mano tenían la irritante

costumbre de picarte los dedos, cagarse en la palma de tu mano y escapar volando. Y no es que eso le importara ahora; ella ya se había ganado las habichuelas. Además, la gente siempre querría beber, apostar en el juego y follar, independientemente de quien fuera la persona ante la cual hincara la rodilla o en cuyo nombre le cobraran los impuestos.

No obstante, cuando la voz del demonio de la conciencia le hablaba en susurros, unos cuantos tragos servían para sellar sus labios.

Se detuvo delante del establecimiento Pompas Fúnebres Craven y contempló a los alegres muchachos que, encaramados a unas escalas de mano, estaban colgando farolillos de papel de los postes y los aleros de las casas situadas más arriba. Las lámparas se encenderían la noche de la Feria de la Siega, llenando la calle principal de Hambria con las suaves y contradictorias luces de centenares de sombras.

Coral recordó a la niña que había sido, contemplando con asombro los vistosos farolillos de papel, escuchando los gritos de la gente, el estallido de los fuegos artificiales y la música de baile del Corazón Verde, tomada de la mano de su padre a un lado y de su hermano mayor Hart al otro. En su recuerdo, Hart lucía con orgullo sus primeros pantalones largos.

Se sintió invadida por una sensación de nostalgia, primero dulce y después amarga. La niña se había convertido en una pálida mujer propietaria de una taberna y una casa de putas (por no hablar de los inmensos terrenos que bordeaban la Pendiente), una mujer cuyo único compañero sexual era en aquellos momentos el Canciller de su hermano, una mujer cuyo principal objetivo cuando se levantaba por la mañana era arreglarle cuanto antes las cuentas al perro que la había mordido. ¿Qué había ocurrido exactamente para que las cosas hubieran salido así? La mujer cuyos ojos utilizaba ahora era la última mujer en la que la niña de antaño hubiera imaginado convertirse.

—¿En qué me equivoqué? —se preguntó, soltando una carcajada—. Oh, querido Jesús, ¿en qué se equivocó esta extraviada niña pecadora? Decid aleluya.

Sus palabras se parecían tanto a la de la predicadora que había visitado la ciudad el año anterior -Pittston se llamaba, Sylvia Pittston- que volvió a reírse, esta vez con más naturalidad, y se encaminó hacia el Descanso un poco más animada.

Sheemie estaba fuera, cuidando las últimas flores de seda que le quedaban. Agitó la mano y le gritó un saludo. Un buen chico Sheemie. Se alegraba de que Depape no lo hubiera matado, aunque ella habría encontrado otro sin ninguna dificultad. El bar

estaba casi vacío aunque brillantemente iluminado, con todas las lámparas de gas encendidas. Y además estaba muy limpio. Sheemie debía de haber limpiado las escupideras, pero Coral pensaba que el resto lo habría hecho la rechoncha mujer que se encontraba al otro lado de la barra. El maquillaje no podía disimular la palidez de sus mejillas, sus hundidos ojos ni las incipientes arrugas de su cuello (cuando contemplaba aquella especie de piel de lagarto en el cuello de una mujer, Coral siempre se estremecía por dentro).

Era Pettie la Trotona la que estaba atendiendo la barra bajo la severa mirada de La Retozona. En caso de que se lo permitieran, lo seguiría haciendo hasta que apareciera Stanley y la echara. Pettie no le había dicho nada a Coral -se hubiera guardado mucho de hacerlo pero aun así había dejado perfectamente claro sus deseos. Sus días de puta estaban tocando a su fin y ansiaba desesperadamente trabajar en la barra. Había un precedente, y Coral lo sabía: una mujer en la taberna Árboles del Bosque de Paso del Río, y otra que había trabajado en la localidad costera de Glencove en Tavares hasta que había muerto de cólera. Pero lo que Pettie se negaba a ver era que Stanley Ruiz tenía quince años menos que ella y gozaba de mejor salud. Seguiría sirviendo tragos bajo La Retozona mucho después de que Pettie se estuviera pudriendo (en lugar de trotando) en una fosa común de pobres.

—Buenas tardes, señorita Thorin —dijo Pettie.

Antes de que Coral pudiera abrir la boca tan siquiera, la puta colocó un vaso en la barra y lo llenó de whisky. Coral lo contemples consternada. ¿Entonces, es que todos lo sabían?

—No lo quiero —replicó secamente—. ¿Por qué lo iba a querer, en nombre de Eld? ¡Ni siquiera se ha puesto el sol! Guarda la botella, por tu padre, y sal de aquí detrás. ¿A quién quieres servir a las cinco de la tarde? ¿A los fantasmas?

A Pettie se le alargó la cara y hasta pareció que su gruesa capa de maquillaje se cuarteaba. Tomó el embudo que había debajo de la barra, lo introdujo en el cuello de la botella y volvió a verter el whisky del vaso. Parte de él se derramó en la barra a pesar del embudo; sus regordetas manos (ahora sin anillos, pues ella los había cambiado tiempo atrás por comida en el mercantil de la otra acera) estaban temblando.

—Perdón, señorita. Le pido perdón. Yo sólo...

—No me importa lo que tú sólo —dijo Coral, volviéndose a mirar con sus ojos inyectados en sangre a Sheb, el cual estaba sentado al piano, pasando las hojas de unas viejas partituras. Ahora estaba mirando con la boca abierta hacia la barra—. ¿Y tú

qué estás mirando, rana del demonio?

—Nada, señorita Thorin. Yo...

—Pues vete a mirar otra cosa. Y llévate a esta cerda. Y dale un revolcón, hombre. Le irá bien para la piel. Y puede que a ti también te vaya.

—Yo...

—¡Largo! ¿Estás sordo o qué? ¡Fuera de aquí los dos!

Pettie y Sheb se retiraron a la cocina en lugar de subir a los cuchitriles del piso de arriba, pero a Coral no le importó. Por ella se hubieran podido ir al infierno, a cualquier lugar con tal de que se quitaran de su vista. Se situó detrás de la barra y miró a su alrededor. Dos hombres estaban jugando a las cartas en el rincón del otro lado. El duro Reynolds los estaba mirando mientras se tomaba una cerveza. Había otro hombre al fondo de la barra, pero tenía la mirada perdida en el espacio y estaba enfrascado en su propio mundo. Nadie prestaba ninguna atención especial a la señorita Thorin, y además, ¿qué más daba? Si Pettie lo sabía, todos lo debían de saber.

Pasó el dedo por el charco de whisky de la barra, se lo chupó, volvió a pasarlo y se lo volvió a chupar. Tomó la botella, pero antes de que pudiera llenarse un vaso, una monstruosidad de ojos verde grises que parecía una araña, saltó a la barra, soltando un silbido. Coral lanzó un grito y pegó un brinco hacia atrás derribando la botella de whisky, que cayó entre sus pies y no se rompió de puro milagro. Por un instante temió que le estallara la cabeza, que su hinchado y pulsante cerebro le abriera el cráneo como si fuera una cáscara de huevo podrido. Se oyó un estruendo cuando los jugadores de cartas derribaron la mesa al levantarse. Reynolds acababa de desenfundar su arma.

—No —dijo Coral con una trémula voz que casi no reconoció como suya. Los ojos le palpitaban y el corazón se le había desbocado. En ese momento comprendió que algunas personas pudieran morirse de miedo.

—No, caballeros, no ocurre nada.

El monstruo de seis patas que se encontraba en la barra abrió la boca dejando al descubierto sus afilados colmillos y volvió a soltar un silbido. Coral se inclinó (cuando su cabeza estuvo por debajo del nivel de la barra, más segura que nunca de que le iba a estallar), recogió la botella, vio que todavía le quedaba una cuarta parte del líquido y bebió directamente de la botella sin preocuparse de que alguien la viera o de lo que pudiera pensar.

Como si hubiera oído sus pensamientos, Musty volvió a soltar un silbido. Aquella

tarde llevaba un collar de color rojo que en él resultaba siniestro y no alegre. Debajo del collar había un trozo de papel.

—¿Quiere que le pegue un tiro? —preguntó una voz pastosa—. Lo haré si usted quiere. Una bala y sólo quedarán unas garras.

Era Jonas, de pie junto a la puerta de vaivén. A juzgar por su aspecto, no parecía que se encontrara mucho mejor que ella, aunque Coral no tuvo la menor duda de que podría hacerlo.

—No. La vieja puta nos convertiría a todos en langostas o algo por el estilo si matara usted a su familiar.

—¿Qué puta? —preguntó Jonas, cruzando el local.

—Rea Dubativo. Rea de Cos la llaman.

—¡Ah! No la puta sino la bruja.

—Es ambas cosas.

Jonas pasó la mano por encima del lomo del gato. Éste permitió que lo acariciaran en incluso arqueó el lomo de gusto, pero Jonas sólo lo acarició una vez pues tenía el pelaje desagradablemente húmedo.

—¿Le importaría compartirlo conmigo? —preguntó, señalando la botella con la cabeza—. Es temprano pero me duele la pierna de mala manera.

—A usted la pierna y a mí la cabeza, tanto si es tarde como si es temprano. Invita la casa. —Jonas arqueó las blancas cejas—. Anímese y tome un trago, amigo.

Coral alargó la mano hacia Musty. Éste soltó otro silbido, pero dejó que ella sacara la nota de debajo de su collar. Coral la abrió y leyó las cinco palabras que

contenía:

—¿Puedo verlo? —preguntó Jonas.

Tras haber ingerido el primer sorbo y haber sentido su calor en el vientre, el mundo ya tenía un aspecto mucho mejor.

—¿Por qué no?

Coral le pasó la nota.

Jonas casi se había olvidado de Rea, lo cual hubiera sido terrible. Pero es que uno no podía acordarse de todo. En lugar de sentirse un revólver a sueldo, últimamente se sentía un cocinero que tratara de servir al mismo tiempo los nueve platos de un banquete oficial. Menos mal que la vieja se había encargado de recordarle ella misma

su existencia. Dios bendijera su sed. Y también la suya, que lo había llevado hasta aquel lugar en el momento adecuado.

—¡Sheemie! —berreó Coral.

También ella estaba empezando a notar los efectos del whisky y casi volvía a sentirse humana.

Llegó incluso a preguntarse si a Eldred Jonas le podría interesar una noche guarra con la hermana del Alcalde... ¿quién sabía lo que el transcurso de las horas le podía deparar?

Sheemie entró por la puerta de vaivén con las manos sucias y el sombrero brincando a su espalda en el extremo de su cuerda.

—¡Sí, Coral Thorin! ¡Aquí estoy!

Ella miró más allá de él, estudiando el cielo. Aquella noche no, ni siquiera para Rea. No pensaba enviar a Sheemie allá arriba cuando se hiciera de noche, y sanseacabó.

—Nada —dijo en un tono de voz más amable que de costumbre—. Vuelve a tus flores y procura taparlas bien. Parece que habrá escarcha.

mañana

Dio la vuelta a la nota de Rea y garabateó en ella una sola palabra:

Jonas estudió la proposición y asintió con la cabeza. Le brillaban los ojos y estaba tan flaca como Cordelia Delgado... pero menuda diferencia. ¡Menuda diferencia!

—De acuerdo.

—Es bien sabido que digo ciertas cosas desagradables... el que avisa no es traidor.

—Mi querida señora, seré todo oídos.

Ella sonrió. Se le había pasado el dolor de cabeza.

—Sí, estoy segura de que lo será.

—Espere un momento. No se mueva que ahora vuelvo.

Jonas cruzó el local para dirigirse al lugar donde Reynolds estaba sentado.

—Acerca una silla, Eldred.

—No puedo, me espera una dama.

La mirada de Reynolds se desplazó brevemente hacia la barra.

—Bromeas.

—Yo jamás bromeo con las mujeres, Clay. Escúchame bien.

Reynolds se inclinó hacia delante y le miró fijamente. Jonas se alegró de que no fuera Depape. Roy hacía lo que él le ordenaba y lo solía hacer bien, pero sólo cuando él se lo había explicado media docena de veces.

—Vete a ver a Lengyll —le dijo Jonas—. Dile que queremos colocar a una docena de hombres (no menos de diez) en el yacimiento de petróleo. Unos hombres bien preparados que puedan agachar la cabeza y mantenerla agachada y no disparar la trampa antes de tiempo en una emboscada, en caso de que haya que tender una emboscada. Dile que la operación la tiene que dirigir Brian Hookey. Tiene la cabeza en su sitio, cosa que no se puede decir de la mayoría de estos pobrecillos.

A Roy se le iluminaron los ojos de felicidad.

—¿Esperas a los mocosos?

—Ya han estado allí una vez y puede que vuelvan. En caso de que lo hagan, se les tiene que someter a un fuego cruzado y acabar con ellos. Inmediatamente y sin previo aviso. ¿Has entendido?

—Sí. ¿Y qué habrá que decir después?

—Pues que lo que les interesaba era el petróleo y los depósitos. —Jonas esbozó una torcida sonrisa—. Para que unos confederados desconocidos los llevaran a Farson bajo sus órdenes. Nos llevarán a hombros por las calles cuando llegue la Siega. Nos aclamarán como los hombres que eliminamos a los traidores. ¿Dónde está Roy?

—Ha regresado a la Roca Colgante. Le vi al mediodía. Dice que vienen, Eldred; dice que cuando el viento sopla hacia el este, puede oír los caballos que se acercan.

—A lo mejor sólo oye lo que quiere oír.

Dobló la nota y se la entregó a Jonas.

—Póngala debajo del collar de este bicho, si no le importa. No quiero tocarlo.

Jonas hizo lo que ella le pedía. El gato les dedicó una última y salvaje mirada verde, saltó de la barra al suelo y desapareció bajo la puerta de vaivén.

—El tiempo apremia —dijo Coral. No tenía ni idea de lo que quería decir, pero Jonas asintió con la cabeza como si lo hubiera comprendido a la perfección.

—¿Le apetece subir arriba con una borracha vergonzante? Mi aspecto no es muy bueno que digamos, pero aún puedo separarlas hasta el borde de la cama, y no me limito a permanecer tendida.

Pero Jonas sospechaba que Depape tenía razón. Tenía el humor por los suelos al llegar al Descanso de los Viajeros, pero ahora estaba mucho más animado.

—Pronto empezaremos a trasladar los depósitos, tanto si vienen los mocosos

como si no. Por la noche y de dos en dos, como los animales que subieron al arca del Viejo Padre. —Soltó una carcajada mientras lo decía—. Pero dejaremos unos cuantos, ¿eh? Como el queso de una trampa.

—¿Y si no vienen los ratones?

Jonas se encogió de hombros.

—Si no se hace de una manera, se hará de otra. Mañana quiero hostigarlos un poco más. Quiero que se enfaden, quiero desconcertarlos. Y ahora vete a cumplir el encargo. Tengo a la dama esperando.

—Tú eres mejor que yo, Eldred.

Jonas asintió con la cabeza. Calculaba que en cuestión de media hora se habría olvidado del dolor de la pierna.

—Es verdad —dijo—. A ti se te zamparía como si fueras un helado de crema.

Regresó a la barra donde Coral estaba esperando con los brazos cruzados. Los descruzó y tomó sus manos, colocándole la derecha sobre su pecho izquierdo. El pezón se endureció y se irguió bajo sus dedos. Después se puso el índice de su mano izquierda en la boca y se lo mordió suavemente.

—¿Nos llevamos la botella? —preguntó Jonas.

—¿Por qué no?

8

Si se hubiera ido a dormir tan borracha como había adquirido la costumbre de hacer en los últimos meses, el crujido de los muelles de la cama no la hubiera despertado. Para eso hubiera hecho falta una bomba. Pero a pesar de que se habían llevado la botella, ésta todavía se encontraba en la mesilla de noche del dormitorio que tenía reservado en el Descanso (tan espacioso como los tres cuchitriles de las putas juntos), y el nivel del whisky no había variado. Tenía todo el cuerpo dolorido, pero la cabeza muy clara; el sexo servía por lo menos para eso.

Mientras se ponía los pantalones junto a la ventana, Jonas contempló las primeras luces grises del día. Su espalda desnuda estaba cubierta de cicatrices entrecruzadas. Coral hubiera querido preguntarle quién le había propinado aquellos azotes tan bárbaros y cómo había sobrevivido a ellos, pero llegó a la conclusión de que era mejor no hacerlo.

—¿Adónde va? —le preguntó.

—Creo que voy a empezar buscando un poco de pintura (cualquier color servirá)

y un perrucho callejero todavía en posesión de su cola. Después, señora, no creo que usted quiera saber lo que pienso hacer.

—Muy bien.

Coral se tendió y se subió los cobertores hasta la barbilla. Tenía la sensación de que hubiera podido pasarse una semana seguida durmiendo.

Jonas se puso las botas y se encaminó hacia la puerta, abrochándose el cinturón. Se detuvo con la mano en el tirador. Ella lo miró con unos ojos grises, ya casi medio cerrados por el sueño.

—Nunca lo había pasado mejor —dijo Jonas. Coral lo miró sonriendo.

—Ni yo, amigo —contestó.

CAPÍTULO IV

ROLANDO Y CUTBERTO

1

Rolando, Cutberto y Alain salieron al porche del barracón de la Franja K casi dos horas después de que Jonas abandonara el dormitorio de Coral en el Descanso de los Viajeros. Para entonces el sol ya se había levantado muy por encima del horizonte. No eran dormilones por naturaleza pero, tal como decía Cutberto, «Tenemos que conservar una cierta imagen del Mundo Interior. No de holgazanería sino de afición a la comodidad».

Rolando estiró los brazos hacia el cielo en una amplia Y, y después dobló la cintura para agarrarse las puntas de las botas. El gesto le hizo crujir el espinazo.

—Me fastidia este ruido —dijo Alain en tono malhumorado y soñoliento.

Se había pasado la noche turbado por unos extraños sueños y premoniciones, cosas a las que sólo él era propenso. Tal vez a causa del toque... que en él siempre había sido muy fuerte.

—Por eso lo hace —dijo Cutberto, dándole a Alain una palmada en el hombro—. Ánimo, muchacho. Eres demasiado guapo como para estar tan abatido.

Rolando enderezó la espalda y juntos cruzaron el polvoriento patio para dirigirse a la cuadra. A medio camino Rolando se detuvo tan de repente que Alain estuvo a punto de chocar con su espalda. Rolando estaba mirando hacia el este.

—Oh —dijo con un curioso y pensativo tono de voz, esbozando una leve sonrisa.

—¿Oh? —repitió Cutberto como un eco—. ¿Oh qué, gran jefe? ¿Oh, qué alegría, muy pronto veré a la perfumada dama de mis sueños, o, oh, maldición, me voy a tener que pasar todo el día trabajando con mis malolientes compañeros?

Alain se miró las botas, nuevas e incómodas cuando habían salido de Gilead, pero ahora flexibles, deformadas, con los tacones un poco gastados y tan cómodas como suelen ser las botas de trabajo. De momento, mirarse las botas era mejor que mirar a sus amigos. Últimamente las bromas de Cutberto siempre tenían un canto hiriente y su antiguo sentido del humor había sido sustituido por algo de carácter mezquino y desagradable. Alain temía constantemente que Rolando se encendiera ante alguna de las burlas de Cutberto y, como un eslabón restregado con un afilado pedernal, golpeara a Berto y lo dejara tendido en el suelo. En cierto modo, Alain casi lo deseaba. Tal vez así se despejara un poco la atmósfera.

Pero no la de aquella mañana.

—Simplemente oh —contestó dulcemente Rolando, reanudando su camino.

—Pido perdón porque ya sé que no te gusta oír hablar de eso, pero sigo insistiendo en lo de las palomas —dijo Cutberto mientras los tres amigos ensillaban sus monturas—. Sigo pensando que un mensaje...

—Te voy a prometer una cosa —dijo Rolando sonriendo. Cutberto lo miró con cierto recelo.

—¿De veras?

—Si mañana por la mañana sigues pensando en la conveniencia de enviar un mensaje volando, lo haremos. La paloma que tú elijas será enviada al oeste a Gilead con el mensaje que tú mismo hayas redactado, atado a la pata. ¿Qué dices a eso, Arthur Heath? ¿Te parece bien?

Cutberto lo miró con una desconfianza que a Alain le dolió en el alma.

—Muy bien —contestó, sonriendo a su vez—. Gracias.

Entonces Rolando añadió algo que a Alain se le antojó extraño, haciendo que la presente parte de su mente se estremeciera de inquietud.

—No me des las gracias todavía.

2

—Yo no quiero subir allí arriba, señorita Thorin —dijo Sheemie. Una insólita expresión había arrugado su rostro, normalmente terso—. Aquella señora me da miedo. Más miedo que un oso. Tiene una verruga aquí mismo, en la nariz.

Sheemie se tocó con el dedo pulgar una punta de la nariz muy pequeña, suave y bien formada.

Coral, que la víspera le hubiera armado una bronca por su reticencia, se mostró insólitamente paciente con él.

—Es verdad —dijo—. Pero, mira, Sheemie, ha pedido expresamente que vayas tú y te dará una propina. Sabes que las da, y muy buenas.

—De nada me servirá si me convierte en un escarabajo —dijo Sheemie en tono malhumorado—. A los escarabajos no les sirven de nada las monedas.

Pese a sus protestas, dejó que lo acompañaran al lugar donde estaba atado Caprichoso, el mulo de carga de la posada. Barkie había cargado en su grupa dos pequeños barriles. Uno, lleno de arena, servía sólo de contrapeso, mientras que el otro contenía una buena cantidad del graf recién prensado que tanto le gustaba a Rea.

—Ya se acerca el Día de la Feria —dijo alegremente Coral—. Ahora ya faltan menos de tres semanas.

—Sí.

Sheemie pareció animarse un poco. Le encantaban los Días de Feria, las luces, los petardos, los bailes, los juegos, las risas. Cuando llegaba el Día de la Feria todo el mundo estaba contento y nadie decía cosas desagradables.

—Un chico con dinero en el bolsillo seguro que se lo pasa bien en la Feria —dijo Coral.

—Es verdad, señorita Thorin. —Parecía como si Sheemie acabara de descubrir uno de los grandes principios de la vida—. Sí, es cierto, ya lo creo.

Coral depositó el ronzal de Caprichoso en la palma de la mano de Sheemie y le dobló los dedos encima.

—Que tengas un buen viaje, muchacho. Sé educado con la vieja, hazle una buena reverencia... y procura bajar de la colina antes de que oscurezca.

—Mucho antes, espero —dijo Sheemie, temblando ante la sola idea de que todavía pudiera estar en Cos después del anochecer—. Mucho antes, se lo aseguro.

—Buen chico. —Coral lo vio alejarse con el sombrero rosa encasquetado en la cabeza, llevando por el ronzal al mulo de carga. Cuando lo perdió de vista detrás de la cima del primer altozano, repitió—: Buen chico.

3

Cuando los mocosos salieron de la Franja K, Jonas se pasó una hora tendido boca abajo sobre la hierba, esperando junto a la ladera de un cerro. Entonces subió al cerro y los vio, tres puntos a unos seis kilómetros de distancia en la parda ladera. Iban a cumplir su cotidiano deber. No parecía que sospecharan nada. Eran más listos de lo que él había pensado al principio, pero no tan listos como ellos se creían.

Cabalgó hasta unos ochocientos metros de la Franja K -que salvo el barracón y el establo era una destartalada construcción bajo el claro sol de aquella mañana otoñal- y ató su caballo en una chopera que crecía alrededor de la fuente del rancho. Allí los chicos habían puesto a secar la colada. Jonas sacó los pantalones y las camisas de las ramas donde estaban colgados, lo amontonó todo en el suelo, meó encima y regresó junto a su caballo.

El animal piafó enérgicamente cuando Jonas sacó la cola de perro de una de las alforjas, como queriendo decir que se alegraba de que se la quitaran de encima. Jonas

también se alegraba de sacársela de encima. Estaba empezando a despedir un inconfundible olor. Sacó de la otra alforja un pequeño recipiente de cristal con pintura roja y una brocha. Ambas cosas se las había proporcionado el hijo mayor de Hookey, que aquel día era el encargado de cuidar del negocio. El señor Hookey ya debía de estar en Citgo en aquellos momentos.

Jonas se acercó al barracón sin hacer el menor intento de ocultarse... aunque allí apenas había nada donde esconderse. Y tampoco nadie de quien esconderse, ahora que los chicos no estaban.

Uno de ellos había dejado un libro en el asiento de la mecedora del porche, las Homilías y meditaciones de Mercer. Los libros eran unos objetos de exquisita rareza en el Mundo Medio, sobre todo cuanto más se alejaba uno del centro. Aquél era el primero que veía Jonas desde su llegada a Mejis, exceptuando los pocos que había en la Costa. Lo abrió. «A mi queridísimo hijo, de su amorosa MADRE», leyó. La frase estaba escrita con firme caligrafía femenina. Jonas arrancó la página, abrió el recipiente de pintura e introdujo los dos últimos dedos de la mano en él. Con la yema del tercer dedo tachó la palabra MADRE y, utilizando la uña del meñique, escribió PUTA por encima de la palabra MADRE. Traspasó la hoja con un oxidado clavo y la clavó en un lugar donde no habría más remedio que verla. Seguidamente arrancó las hojas del libro y las pisoteó después de romperlas. ¿A cuál de los chicos debía de pertenecer? Esperaba que perteneciera a Dearborn, aunque en realidad le daba igual.

Lo primero que vio Jonas al entrar en el barracón fueron las palomas zureando en sus jaulas. ¡Pensaba que los chicos utilizarían un heliógrafo para enviar sus mensajes, pero mira que usar palomas! ¡Lo que había que ver! ¡Les debía de parecer más fino!

—Enseguida estoy con vosotras —dijo—. Tened un poco de paciencia, encantos; picotead y cagad mientras podáis.

Miró a su alrededor con cierta curiosidad mientras el suave arrullo de las palomas le serenaba el oído. ¿Muchachos o lores? Roy se lo había preguntado al viejo de Ritzy. El viejo dijo que tal vez ambas cosas. Unos muchachos muy aseados por lo menos, a juzgar por lo limpia que tenían su vivienda, pensó Jonas. Muy bien preparados. Las tres literas estaban hechas. Al pie de cada una de ellas estaban pulcramente amontonados los efectos personales de cada uno de los chicos. En cada montón encontró la fotografía de una madre -qué buenos chicos eran- y en uno de ellos las fotografías de ambos progenitores. Esperaba encontrar algún nombre y quizás algún tipo de documento (incluso cartas de amor de una chica), pero no halló nada de todo eso.

Tanto si eran muchachos como si eran lores, estaba claro que eran muy precavidos. Jonas arrancó las fotografías de sus marcos y las rompió en pedazos. Después esparció los efectos personales en todas direcciones, destruyendo todo lo que pudo en el limitado espacio de tiempo de que disponía. Al encontrar un pañuelo de hilo en el bolsillo de un pantalón de vestir, se sonó la nariz con él y después lo extendió cuidadosamente sobre las botas de vestir del chico para que la verdosa porquería se viera bien. ¿Qué puede resultar más doloroso e inquietante que regresar a casa tras una dura jornada, contando cabezas de ganado, y descubrir que un desconocido ha estado fisgoneando en tus cosas?

Ahora las palomas ya se habían puesto nerviosas; no podían hacer reproches como las urracas o los cuervos, pero trataron de huir cuando él abrió las jaulas. De nada les sirvió, naturalmente. Las atrapó una a una y les retorció el cuello. Luego depositó cada una de ellas debajo de la almohada de paja de cada chico.

Debajo de una almohada encontró un regalito: unas tiras de papel y una pluma con depósito de tinta, destinados sin duda a la redacción de los mensajes. Rompió la pluma y la arrojó al otro extremo de la estancia. Las tiras de papel se las guardó en el bolsillo. El papel nunca venía mal.

Una vez liquidadas las palomas, podía oír mejor. Empezó a pasear lentamente arriba y abajo sobre el suelo de tablas de madera, ladeando la cabeza para oír mejor.

4

Cuando Alain regresó al galope, Rolando no prestó atención al pálido y tenso rostro del chico ni a sus ardientes y atemorizados ojos.

—Yo he contado treinta y uno, todos con el hierro de la Baronía, la corona y el escudo —dijo—. ¿Y tú?

—Tenemos que regresar —dijo Alain—. Ha ocurrido algo. Es el toque. Jamás lo había percibido con tanta claridad.

—¿Cuántos has contado? —volvió a preguntarle Rolando.

Algunas veces, como en aquel momento, la capacidad de Alain de utilizar el toque le resultaba más molesta que útil.

—Cuarenta. O cuarenta y uno, no me acuerdo. ¿Eso qué importa ahora? Se han llevado de aquí lo que no quieren que contemos. ¿Me has oído, Rolando? ¡Tenemos que regresar! ¡Ha ocurrido algo malo en nuestra casa!

Rolando miró hacia Berto, que cabalgaba tranquilamente a unos quinientos

metros de distancia. Después volvió a mirar a Alain, enarcando las cejas en una silenciosa pregunta.

—¿Berto? Él es insensible al toque y siempre lo ha sido, lo sabes muy bien. Yo no. ¡Tú sabes que yo no! ¡Por favor, Rolando! ¡Quienquiera que sea, verá las palomas! ¡Y es posible que encuentre nuestras pistolas! —El habitualmente flemático Alain estaba a punto de echarse a llorar de angustia y consternación—. ¡Si no quieres acompañarme, dame permiso para ir solo! ¡Dame permiso, Rolando, por tu padre!

—Por el tuyo, no te lo doy —dijo Rolando—. Yo he contado treinta y uno. Tú, cuarenta. Sí, vamos a poner cuarenta. Cuarenta es un buen número, tan bueno como cualquier otro, supongo. Ahora nos cambiaremos el sitio y volveremos a contar.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Alain casi en un susurro.

Miraba a Rolando como si éste se hubiera vuelto loco.

—Nada.

—¡Ya lo sabías! ¡Lo sabías cuando hemos salido esta mañana!

—Bueno, puede que haya visto algo —dijo Rolando—. Un reflejo quizá, pero... ¿tú confías en mí, Al? Eso es lo que importa. ¿Confías en mí o crees que he perdido la cabeza porque he perdido el corazón, como cree él?

Señaló con la cabeza a Cutberto. Después miró a Alain con una sonrisa en los labios, pero su mirada era implacable y parecía distante... era su típica mirada más allá del horizonte. Alain se preguntó si Susan Delgado habría visto aquella expresión y de ser así qué habría pensado.

—Confío en ti.

Ahora Alain estaba tan desconcertado que no sabía con certeza si lo que había dicho era mentira o verdad.

—Muy bien. Pues entonces cámbiate de sitio conmigo. Recuerda que he contado treinta y uno.

—Treinta y uno —convino Alain. Levantó las manos y las dejó caer con tal fuerza sobre los muslos que su caballo, habitualmente tranquilo, echó las orejas hacia atrás y pegó un leve respingo bajo su cuerpo—. Treinta y uno.

—Creo que hoy podremos regresar temprano, si eso te sirve de satisfacción—dijo Rolando, alejándose.

Alain se lo quedó mirando. Siempre se había preguntado qué había en su cabeza, pero jamás con tanta insistencia como en aquellos momentos.

5

Cric. Cric-cric.

Eso era lo que estaba buscando y había encontrado justo cuando ya estaba a punto de darse por vencido. Jonas esperaba encontrar el pequeño escondrijo más cerca de las camas, pero eran listos los chicos, ya lo creo que lo eran.

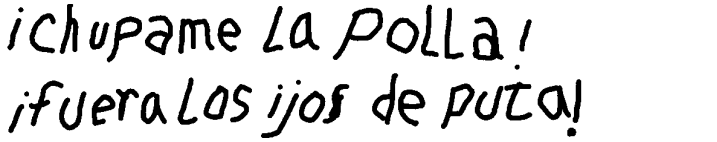
Hincó una rodilla y utilizó la hoja de su cuchillo para levantar la tabla del suelo que había crujido. Debajo había tres fardos, cada uno de ellos cerrado con unas oscuras tiras de algodón. Las tiras resultaban húmedas al tacto y olían a aceite lubrificante de armas de fuego. Jonas sacó los fardos y los desenvolvió para ver qué calibres llevaban los chicos. La respuesta resultó ser útil pero un poco decepcionante. Dos de los fardos contenían cada uno un revólver de cinco disparos cada uno, del tipo que entonces se llamaba (sin que sepa por qué) «trinchantes». El tercero contenía dos armas de seis disparos de calidad superior a la de los trinchantes. De hecho, y por un instante sobrecogedor, Jonas creyó haber encontrado los grandes revólveres propios de un pistolero: cañones de auténtico acero, culatas de madera de sándalo, almas que parecían pozos de mina. Semejantes armas no las hubiera podido dejar allí por muy caro que le hubiera costado en sus planes. El hecho de ver aquellas sencillas culatas fue por tanto un alivio. La decepción nunca era agradable, pero tenía la virtud de despejarle a uno la mente.

Envolvió de nuevo las armas, las dejó en su sitio y volvió a cerrar la tabla de madera. Una pandilla de malhechores de la ciudad podía haber saqueado el desprotegido barracón y esparcido por el suelo lo que él había destrozado pero ¿encontrar un escondrijo como aquél? No, amigo. Eso no era probable que lo hubieran hecho.

«¿Crees de veras que van a pensar que eso lo han hecho unos gamberros de la ciudad?»

Puede que sí. El simple hecho de que él los hubiera subestimado al principio no significaba que ahora tuviera que cambiar de parecer y empezara a sobrevalorarlos. Y se podía permitir el lujo de no preocuparse. En cualquiera de los dos casos, los chicos se enfurecerían lo bastante como para rodear precipitadamente su Loma, arrojar al viento las precauciones... y cosechar una tempestad.

Jonas colocó la cola cortada de perro en una de las jaulas de las palomas de tal forma que asomara como una enorme y burlona pluma. Después utilizó la pintura para



escribir encantadoras y juveniles frases en las paredes, tales como:

Después salió un momento al porche para comprobar que aún tenía la Franja K para él solo. Pues claro que la tenía. Pero por un breve instante, hacia el final, había experimentado una cierta inquietud, casi como si alguien le hubiera encontrado el rastro. Tal vez por una especie de telepatía del Mundo Interior.

«Tú sabes que eso existe. Lo llaman el toque.»

Sí, pero eso era un instrumento de los pistoleros, los artistas y los lunáticos. No de unos chicos, tanto si eran lores como si eran sólo unos muchachos.

Pese a ello, Jonas volvió casi trotando al lugar donde se encontraba su caballo, montó y regresó a la ciudad. Las cosas se estaban acercando al punto de ebullición y aún quedaba mucho por hacer antes de que la Luna del Demonio alcanzara su fase de plenitud en el cielo.

6

La choza de Rea, con sus paredes de piedra y los guijarros de su tejado cubierto de musgo se levantaba en la última colina del Cos. Más allá, hacia el noroeste, se divisaba un soberbio panorama -la Mala Hierba, el desierto, la Roca Colgante, el Cañón de la Armella-, pero los grandiosos panoramas eran lo que menos le importaba a Sheemie cuando entró cautelosamente con Caprichoso en el patio de Rea, poco después del mediodía. Llevaba una hora hambriento, pero ahora ya se le había pasado el apetito. Aborrecía aquel lugar más que ningún otro de la Baronía, más todavía que Citgo con sus grandes y ruidosas torres, con sus perennes clocotoclocs y clancataclanes.

—¿Señora? —dijo, entrando con el mulo en el patio. Capri se puso nervioso al acercarse a la choza, plantó los cascos en el suelo y agachó el cuello, pero se puso de nuevo en marcha cuando Sheemie tiró del ronzal. Sheemie casi lo lamentó.

—¿Señora? ¿Simpática señora que no sería capaz de hacer daño ni a una mosca? ¿Está usted ahí? Es el bueno de Sheemie con su graf.

Esbozó una sonrisa y extendió las manos con las palmas hacia arriba para demostrar su exquisito carácter inofensivo, pero no hubo ninguna respuesta desde el interior de la choza. Sheemie sintió que primero se le revolvían las tripas y después se le encogían. Por un instante temió cagarse en los pantalones como un bebé; después soltó un pedo y se encontró un poco mejor. En las tripas por lo menos.

Siguió esperando, cada vez más inquieto. El patio estaba cubierto de pedruscos y

maleza amarillenta, como si la habitante de la choza hubiera agostado la tierra con su contacto. Había un huerto, y Sheemie observó que las hortalizas que todavía quedaban en él -calabazas y aguaturmas sobre todo- eran de especie bastarda. Después vio el espantapájaros del huerto, que también era bastardo, una cosa feísima con dos sombreros de paja en lugar de uno y algo que parecía una mano rellena de paja enfundada en un guante de raso de mujer, asomando a la altura del pecho.

«La señorita Thorin no me volverá a convencer de que suba de nuevo aquí arriba –pensó-. No lo haré ni por todo el dinero del mundo.»

La puerta de la choza estaba abierta y a Sheemie se le antojó una boca abierta. Un nauseabundo olor a humedad se escapaba de su interior.

Sheemie se detuvo a unos quince pasos de la choza, y cuando Capri le hocicó el trasero -como para preguntarle qué demonios estaban haciendo allí- soltó un breve grito. Al oírlo estuvo a punto de echar a correr, y sólo haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad consiguió mantenerse firme donde estaba. El día estaba muy claro, pero en lo alto de la colina el sol era casi insignificante. No era el primer viaje que hacía allí arriba, y aunque la colina de Rea jamás había sido un lugar agradable, en aquellos momentos lo era todavía menos. Le producía la misma sensación que el sonido de la raedura cuando se despertaba y lo oía en mitad de la noche. Como si algo horrible se estuviera deslizando hacia él, algo que no era más que unos enloquecidos ojos inyectados en sangre y unas garras abiertas.

—¿S—s—señora? ¿Hay alguien ahí? ¿Es...?

—Acércate. —La voz emergió de la puerta abierta—. Ven aquí que te vea, idiota.

Sheemie hizo lo que la voz le decía, procurando no gemir ni gritar. Pensó que jamás volvería a bajar de aquella colina. Quizá Caprichoso consiguiera hacerlo, pero no él. El pobre Sheemie acabaría en la olla: cena caliente esta noche, sopa mañana, y fiambre hasta Fin de Año. Eso sería él.

Se acercó a regañadientes al porche de Rea, caminando con unas piernas que parecían de goma; si hubiera juntado más las rodillas, éstas le hubieran sonado como unas castañuelas. La vieja ni siquiera hablaba en el mismo tono de otras veces.

—¿S-señora? Tengo miedo. Mucho m-miedo.

—Como debe ser —dijo la voz, emergiendo del interior de la choza hacia la luz del sol como una nauseabunda nube de humo—. Pero no importa... haz lo que te digo. Acércate un poco más, Sheemie, hijo de Stanley.

Sheemie así lo hizo, más aterrado a cada paso que daba. El mulo lo siguió con la

cabeza gacha. Capri se había pasado toda la subida graznando como un ganso, graznando sin cesar, pero ahora se había callado.

—Conque aquí estás —murmuró la voz oculta en medio de las sombras—. Aquí estás, en efecto.

Rea salió a la luz del sol que iluminaba la puerta abierta de la choza, haciendo una mueca al sentirse momentáneamente deslumbrada. Sostenía en sus brazos una botella vacía de graf. Ermot estaba enroscada en su cuello, como si fuera un collar.

Sheemie había visto la serpiente otras veces y jamás había dejado de preguntarse qué clase de tormentos podría padecer antes de morir como consecuencia de la mordedura de semejante animal. Comparada con Rea, Ermot parecía casi normal. Las mejillas de la vieja se habían hundido, confiriendo al resto de su rostro el aspecto de una calavera. Unos puntos parduscos hormigueaban entre su ralo cabello y sobre su abombada frente cual ejército de invasores insectos. Por debajo de su ojo izquierdo había una llaga abierta, y sus sonrientes labios dejaban al descubierto unos cuantos dientes.

—No te gusta la pinta que tengo, ¿verdad? —preguntó—. ¿A que se te hiela el corazón?

—N-no —contestó Sheemie, y al darse cuenta de que su respuesta no sonaba bien rectificó—: ¡Quiero decir sí! —Por los dioses, eso sonaba todavía peor—. ¡Es usted muy guapa, señora! —añadió de repente.

Rea soltó una carcajada casi silenciosa y le arrojó la garrafa vacía a los brazos con tal fuerza que a punto estuvo de derribarlo al suelo, de culo. El roce de sus dedos fue breve aunque lo bastante prolongado como para ponerle la carne de gallina.

—Vaya, hombre. Dicen que quien tuvo retuvo, ¿verdad? Me encanta. Me encanta a rabiar lo que has dicho. Dame mi graf, chico idiota.

—¡S-sí, señora! ¡Ahora mismo, señora!

Sheemie tomó la garrafa vacía, regresó junto al mulo, la dejó en el suelo y deshizo torpemente el nudo de la cuerda que sujetaba el barrilito de graf. Estaba nervioso porque sabía que ella lo miraba, pero al final consiguió deshacer el nudo. El barrilito estuvo a punto de resbalarle de las manos, y durante un momento de pesadilla creyó que se le caería al pedregoso suelo y se rompería, pero en el último segundo consiguió sujetarlo. Se lo llevó a Rea y observó que la serpiente ya no estaba enroscada alrededor de su cuello; enseguida la sintió reptar por sus botas. Ermot lo miró, lanzando un silbido mientras esbozaba una especie de espectral sonrisa que dejó

al descubierto una doble hilera de dientes.

—No te muevas demasiado rápido, hijo mío. No sería prudente... Hoy Ermot tiene mal día. Deja el barrilito al otro lado de la puerta. Pesa demasiado para mí. Últimamente me he saltado unas cuantas comidas.

Sheemie dobló el espinazo («Hazle una buena reverencia», le había dicho la señorita Thorin, y ahora él estaba haciendo justo lo que ella le había mandado) y sonrió sin atreverse a suavizar la tensión de la espalda con un movimiento de los pies porque la serpiente aún se encontraba encima de ellos. Cuando enderezó la espalda, Rea sostenía en la mano un viejo y manchado sobre. La solapa se había sellado con una gota de cera roja. Sheemie no se atrevía tan siquiera a pensar qué clase de material se habría disuelto para elaborar aquella cera.

—Toma esto y dáselo a Cordelia Delgado. ¿La conoces?

—S-sí —consiguió contestar Sheemie—. La tiíta de la señorita Susan.

—Exacto. —Sheemie alargó dubitativamente la mano para tomar el sobre, pero ella lo retuvo un momento—. Tú no sabes leer, ¿verdad, idiota?

—No. Las palabras y las letras no me entran en la cabeza.

—Muy bien. Procura que eso no lo vea nadie que sí sepa leer, de lo contrario una noche te podrías encontrar a Ermot debajo de la almohada. Yo veo muy lejos, ¿comprendes, Sheemie? Veo muy lejos.

Era un simple sobre, pero a Sheemie le resultaba pesado y le producía una sensación desagradable en los dedos, como si estuviera hecho de piel humana y no de papel. Y además, ¿qué clase de carta podía enviarle Rea a Cordelia Delgado? Sheemie recordó el día en que había visto el rostro de la señorita Delgado todo cubierto de telarañas, y se estremeció. La horrible criatura que acechaba en la puerta de su choza podía ser la que había tejido aquellas telarañas.

—Como la pierdas, yo me enteraré —dijo Rea en voz baja—. Si le cuentas eso a alguien, yo me enteraré. Recuerda, hijo de Stanley, que yo veo muy lejos.

—Tendré cuidado, señora.

Quizá fuera mejor que perdiera aquel sobre, pero no lo perdería. Sheemie era un poco corto de entendederas, todo el mundo lo decía, pero no tanto como para no comprender por qué razón lo habían llamado allí arriba: no para entregar el barrilito de graf sino para recibir aquella carta y entregarla.

—¿Te apetece entrar un ratito? —preguntó Rea, señalando con un dedo su entrepierna—. Si comes un poco de una seta que yo tengo, una seta muy especial,

tendré el aspecto de cualquier mujer que tú quieras.

—No puedo —contestó Sheemie, agarrándose los pantalones mientras esbozaba una ancha sonrisa que más parecía un grito que pugnara por escaparse de su boca—. Este trasto tan molesto se me cayó la semana pasada, en serio.

Rea se lo quedó mirando, auténticamente sorprendida por una vez en su vida, y a continuación estalló una vez más en toda una serie de sonoras carcajadas. Se sostuvo el vientre con sus pálidas manos y se balanceó hacia delante y hacia atrás sin poder contener la risa. Sobresaltada, Ermot regresó a la choza reptando sobre su verde y alargado vientre. Desde las interioridades de la choza, el gato soltó un silbido.

—Vete —dijo Rea muerta todavía de risa. Se inclinó hacia delante y le echó tres o cuatro centavos en el bolsillo de la camisa—. ¡Largo de aquí, grandísimo zoquete! ¡Y no te entretengas ni a mirar las flores!

—No, señora...

Antes de que Sheemie pudiera añadir algo más, la puerta se cerró con tal violencia que una nube de polvo se escapó de entre las rendijas de las tablas.

7

Rolando sorprendió a Cutberto diciéndole a las dos de la tarde que quería regresar a la Franja K. Al preguntarle Berto por qué, Rolando se limitó a encogerse de hombros y no quiso añadir nada más. Berto miró a Alain y vio en su rostro una extraña expresión pensativa.

Cuanto más se acercaban al barracón, más se intensificaba la inquietud de Cutberto. Al llegar a la cumbre de un altozano, contemplaron la Franja K. La puerta del barracón estaba abierta.

—¡Rolando! —exclamó Alain, señalando la chopera donde estaba la fuente del rancho. Su ropa pulcramente tendida a secar en las ramas estaba diseminada de cualquier manera por el suelo.

Cutberto desmontó y bajó corriendo a la chopera. Tomó una camisa, la olfateó y la arrojó lejos.

—¡Se le han meado encima! —dijo indignado.

—Venid conmigo —dijo Rolando—. Vamos a ver los daños.

8

Había muchos daños que ver. «Tal como tú ya sabías», pensó Cutberto, mirando

a Rolando. Después se volvió hacia Alain, que parecía muy triste aunque no sorprendido. «Tal como vosotros dos ya sabíais.»

Rolando se inclinó sobre una de las palomas muertas y recogió algo tan fino que al principio Cutberto no pudo ver lo que era. Después Rolando se incorporó y se lo mostró a sus amigos. Un solo cabello. Muy largo y muy blanco. Separó el índice y el pulgar y lo dejó caer al suelo. Allí quedó entre los destrozados restos de la madre y el padre de Cutberto Allgood.

—Si sabías que este viejo demonio iba a venir, ¿por qué no hemos regresado para acabar con él? —preguntó Cutberto casi sin darse cuenta.

—Porque no era el momento apropiado —contestó suavemente Rolando.

—Él lo habría hecho si nosotros hubiéramos ido a su casa a destrozarle las cosas.

—Nosotros no somos como él —contestó suavemente Rolando.

—Iré a buscarlo y le romperé los dientes.

—No lo harás —dijo suavemente Rolando.

Como Rolando le siguiera hablando con tanta suavidad, Cutberto se volvería loco. Todos los pensamientos de compañerismo y ka-tet se borraron de su mente, que se encerró en su cuerpo y fue inmediatamente sustituida por una furia asesina. Jonas había estado allí. Jonas se había meado en su ropa, Jonas había llamado puta a la madre de Alain, había destrozado sus más preciadas fotografías, había pintado infantiles groserías en las paredes y había matado a las palomas. Rolando lo sabía... y no había hecho nada... y tenía intención de seguir sin hacer nada... como no fuera follar con su joven fulana. Lo haría en cantidad, pues eso era lo único que ahora le importaba.

«Pero a ella no le gustará la cara que vas a poner la próxima vez que subas a tu silla de montar -pensó Cutberto-. Ya me encargaré yo de eso.»

Echó el puño hacia atrás. Alain se lo apresó. Rolando empezó a recoger las sábanas diseminadas por el suelo como si el enfurecido rostro y el puño de Cutberto no le importaran lo más mínimo.

Cutberto cerró el otro puño para obligar a Alain a soltarle de la manera que fuera, pero la contemplación del redondo y sincero rostro de su amigo, tan ingenuo y consternado, acalló ligeramente su enojo. No tenía nada contra Alain. Cutberto estaba seguro de que el otro chico había intuido que algo malo estaba ocurriendo allí, pero también estaba seguro de que Rolando había insistido en que Alain no hiciera nada

hasta que Jonas se hubiera ido.

—Ven conmigo —musitó Alain, rodeando los hombros de Berto con su brazo—. Vayamos fuera. Te lo pido por tu padre. Ven, tienes que serenarte. No es un buen momento para pelearnos.

—Tampoco es un buen momento para que todo el cerebro de nuestro jefe se le escape por la polla —dijo Cutberto sin molestarse en bajar la voz.

Sin embargo, la segunda vez que Alain tiró de él, Berto permitió que éste lo acompañara hacia la puerta.

«Reprimiré mi furia contra él por última vez —pensó—, pero creo, mejor dicho, sé, que más no podré hacer. Le pediré a Alain que se lo diga.»

La idea de utilizar a Alain como intermediario entre él y su mejor amigo -de saber que las cosas habían llegado a semejante extremo llenó a Cutberto de una encolerizada y desesperada rabia, y al llegar al porche se volvió hacia Rolando.

—Esta chica te ha convertido en un cobarde —dijo, utilizando el Alto Lenguaje.

A su lado, Alain emitió un brusco jadeo.

Rolando se detuvo como si se hubiera petrificado de golpe, de espaldas a ellos y con los brazos llenos de sábanas. Cutberto tuvo la certeza de que Rolando se daría la vuelta y se abalanzaría sobre él. Entonces ambos lucharían hasta que uno de ellos muriera o quedara ciego o perdiera el conocimiento. Y lo más probable sería que éste fuera él, pero ahora ya no le importaba.

Pero en lugar de darse la vuelta, Rolando contestó en el mismo tono de antes:

—Ha venido para robarnos la astucia y la cautela. Y contigo lo ha conseguido.

—No —dijo Cutberto, volviendo al lenguaje bajo—, yo sé que una parte de ti lo cree, pero no es así. Lo cierto es que has perdido el rumbo. Llamas amor a tu imprudencia y has convertido la irresponsabilidad en virtud. Yo...

——¡Ven aquí, por todos los dioses! —dijo Alain casi a gritos, tirando de él para sacarlo de allí.

9

Fuera de la vista de Rolando, Cutberto sintió que su cólera se desviaba hacia Alain muy a pesar suyo, girando como una veleta cuando cambia la dirección del viento. Los dos se miraron el uno al otro en el soleado patio; Alain, afligido y trastornado, y Cutberto con los puños tan apretados que le temblaban contra los costados.

—¿Por qué siempre lo disculpas? ¿Por qué?

—En la Pendiente me preguntó si confiaba en él. Le dije que sí. Y es verdad.

—Pues entonces eres un tonto.

—Él es un pistolero. Si dice que tenemos que esperar un poco más, tenemos que hacerlo.

—¡Es un pistolero por casualidad! ¡Por pura chiripa! ¡Un elemento espurio!

Alain le miró en sobrecogido silencio.

—Ven conmigo, Alain. Ya es hora de que se termine este absurdo juego. Buscaremos a Jonas y lo mataremos. Nuestro ka-tet se ha roto. Tú y yo estableceremos otro.

—No se ha roto. Si se rompe, tú serás el responsable y yo jamás te lo perdonaré.

Ahora le tocó a Cutberto guardar silencio.

—Anda, sal a dar un paseo a caballo. Muy largo. Necesitas serenarte. De nuestra unión dependen muchas cosas...

—¡Eso díselo a él!

—No, te lo digo a ti. Jonas ha escrito una palabrota sobre mi madre. ¿Crees que no iría contigo a vengarme si pensara que Rolando no tiene razón? ¿No es eso lo que quiere Jonas, que perdamos la cabeza y salgamos imprudentemente de detrás de nuestra Loma?

—Es verdad, pero no lo es —contestó Cutberto. Pero sus manos se estaban aflojando lentamente y sus puños se estaban volviendo a convertir en dedos—. Tú no lo ves y yo no tengo palabras para explicártelo. Si digo que Susan ha envenenado el pozo de nuestro ka-tet, tú dirías que estoy celoso. Pero yo creo que lo ha hecho sin darse cuenta y sin querer. Ha envenenado la mente de Rolando y ahora se ha abierto la puerta del infierno. Rolando percibe el calor de esta puerta abierta y cree que es el sentimiento que ella le inspira... pero nosotros tenemos que hacerlo mejor, Al. Tenemos que pensar mejor. Por él, por nosotros y por nuestros padres.

—¿Estás diciendo que ella es nuestra enemiga?

—¡No! Sería más fácil si lo fuera. —Cutberto aspiró una gran bocanada de aire, la expulsó, aspiró otra, la soltó, aspiró una tercera y la soltó—. No importa. No hay nada más que decir de momento. Acepto tu consejo: voy a salir a dar un paseo a caballo. Muy largo.

Berto se encaminó hacia el lugar donde estaba su caballo y volvió sobre sus pasos.

—Dile que está equivocado. Dile que aunque tenga razón en cuanto a la conveniencia de esperar, la tiene por motivos equivocados, lo cual hace que esté totalmente equivocado. —Cutberto dudó un instante—. Dile lo que te he dicho acerca de la puerta del infierno. Dile que es fruto de mi toque. ¿Se lo dirás?

—Sí. Mantente apartado de Jonas, Berto. Cutberto montó en su caballo.

—No te prometo nada.

—No eres un hombre. —Alain parecía muy triste; de hecho estaba casi al borde de las lágrimas—. Ninguno de nosotros lo es.

—Será mejor que te equivoques en eso —dijo Cutberto— porque nos espera una tarea de hombres.

Dio la vuelta en su cabalgadura y se alejó al galope.

10

Subió hasta el Camino del Litoral para intentar no pensar en nada. Había descubierto que a veces le entraban a uno cosas inesperadas en la cabeza si les dejaba la puerta abierta. A menudo cosas muy útiles.

Pero aquella tarde no le ocurrió tal cosa. Confuso, abatido y sin ninguna idea nueva en la cabeza (y sin la esperanza tan siquiera de tenerla), Berto regresó finalmente a Hambria. Recorrió la Calle Mayor de arriba abajo, saludando o deteniéndose a conversar con las personas que lo saludaban. Los tres habían conocido a muchas personas buenas en la ciudad. A algunas las consideraban amigas y creía que la gente corriente de la ciudad de Hambria los había aceptado por ser unos chicos que estaban muy lejos de sus hogares y de su familia. Y cuanto más conocía y veía Berto a aquellas personas corrientes, tanto más se convencía de que no tenían nada que ver con el desagradable jueguecito que Rimer y Jonas se llevaban entre manos. ¿Por qué razón había elegido Hambria el Hombre Bueno sino porque aquel lugar constituía una tapadera tan estupenda?

Aquel día había mucha gente por las calles. El mercado de los granjeros ofrecía un aspecto muy próspero, los tenderetes callejeros se encontraban llenos de gente, los niños estaban disfrutando con un espectáculo de Pinch y Jilly (en aquellos momentos Jilly estaba persiguiendo a Pinch de un lado para otro y golpeando al pobre desgraciado con una escoba) y los adornos de la Feria de la Siega seguían adelante a muy buen ritmo. Pero la idea de la Feria apenas despertaba el menor entusiasmo o interés en Cutberto. ¿Porque no era la suya, porque no era la Siega de Gilead? Tal

vez, pero sobre todo porque su mente y su corazón estaban muy afligidos. Si el proceso de crecer era eso, de buena gana hubiera prescindido de aquella experiencia.

Abandonó la ciudad, ahora con el océano a su espalda y el sol dándole directamente en la cara, mientras su sombra se iba alargando progresivamente. Pensó que no tardaría en apartarse del Gran Camino y cruzar la Pendiente para regresar a la Franja K. Pero antes de poder hacerlo, apareció su viejo amigo Sheemie conduciendo un mulo. Sheemie caminaba con la cabeza gacha y los hombros encorvados, con el sombrero rosa torcido y las botas llenas de polvo. Parecía que acabara de regresar de un recorrido a pie desde los confines de la tierra.

—¡Sheemie! —le gritó Cutberto, pensando que muy pronto vería su alegre sonrisa y oiría su parloteo de simplón—. ¡Largos días y placenteras noches! ¿Cómo es...?

Cuando Sheemie levantó la cabeza y apareció el borde de su sombrero, Cutberto enmudeció de golpe. Vio el temor del rostro del chico, sus pálidas mejillas, la alucinada mirada de sus ojos y el temblor de su boca.

11

Hacía dos horas que Sheemie habría podido estar en la casa de las Delgado, pero había caminado a paso de tortuga pues era como si la carta que guardaba en el interior de la camisa le obligara a arrastrar los pies. Era horrible, horrible. Ni siquiera podía pensar porque tenía la mollera vacía.

Cutberto desmontó en un santiamén, se acercó corriendo hacia Sheemie y apoyó las manos sobre sus hombros.

—¿Qué te ocurre? Cuéntaselo a tu viejo amigo. Te aseguro que no me voy a reír.

Al oír la amable voz de «Arthur Heath» y al ver la preocupada expresión de su rostro, Sheemie rompió a llorar, olvidando la severa orden de Rea de no contarle nada a nadie. Sin dejar de sollozar, le explicó a Cutberto todo lo ocurrido desde aquella mañana. Éste le pidió que se calmara y lo acompañó a un árbol para sentarse con él a la sombra. Cutberto lo escuchó con creciente inquietud. Al término de su relato, Sheemie se sacó el sobre del interior de la camisa.

Cutberto rompió el sello y leyó la nota con los ojos abiertos de par en par.

12

Roy Depape lo estaba esperando en el Descanso de los Viajeros cuando Jonas regresó de muy buen humor de su excursión a la Franja K. Al anunciarle Depape que

finalmente había aparecido un batidor, Jonas se animó todavía más. Sólo que Roy no parecía tan contento como Jonas hubiera esperado. Más bien todo lo contrario.

—El tipo se ha ido a la Costa, donde supongo que alguien lo espera —dijo Depape—. Quiere verte inmediatamente. Yo que tú no me entretendría ni en comer unas palomitas ni en tomar un trago. Necesitarás una cabeza muy clara para tratar con éste.

—Hoy te ha dado por los consejos, ¿verdad, Roy?

Jonas hablaba en tono sarcástico, pero cuando Pettie le sirvió un vaso de whisky lo rechazó y pidió un vaso de agua. Menuda cara ponía Roy, pensó Jonas. El bueno de Roy estaba muy pálido. Cuando Sheb se sentó al piano y tocó un compás, Depape pegó un brinco en aquella dirección mientras su mano bajaba hacia la culata del revólver. Curioso. Y un poco inquietante.

—Suéltalo, hijo... ¿qué es lo que te ha puesto los pelos de punta?

Roy sacudió la cabeza con expresión malhumorada.

—No lo sé muy bien.

—¿Cómo se llama el tipo?

—Ni se lo he preguntado ni me lo ha dicho, aunque me enseñó el sigul de Farson. Ya sabes. —Depape bajó un poco más la voz—. El ojo.

Jonas lo sabía, por supuesto. Aborrecía aquel ojo abierto y no acertaba a imaginar por qué razón Farson lo habría elegido. ¿Por qué no un guantelete, o unas espadas cruzadas, o un ave? Un halcón, por ejemplo... un halcón hubiera sido un sigul estupendo. Pero aquel ojo...

—Muy bien —dijo, apurando el vaso de agua que le sentó mejor que un whisky pues tenía la garganta seca como un desierto—. El resto ya lo averiguaré yo mismo, ¿verdad?

Cuando llegó a la puerta de vaivén y la empujó para abrirla, Depape lo llamó.

—Tiene la misma pinta que otras personas —dijo Depape.

—¿Qué quieres decir?

—La verdad es que no lo sé. —Depape parecía turbado y perplejo... pero también obstinado. Y no apartaba la mano del revólver—. Sólo hablamos unos cinco minutos en total, pero en determinado momento le miré y me pareció que era el viejo hijo de puta de Ritzy, el que maté de un disparo. Poco después le eché otro vistazo y pensé «La madre que lo parió, pero si es el vejete». La sensación desapareció, y el tipo volvió a ser el mismo de antes.

—¿Y eso cómo es posible?

—Tú mismo lo verás, supongo. Pero no creo que te guste demasiado.

Jonas permaneció de pie, sujetando una de las hojas de la puerta con expresión pensativa.

—Roy, ¿no sería Farson en persona, el Hombre Bueno disfrazado?

Depape dudó un poco, frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No.

—¿Estás seguro? Recuerda que sólo lo vimos una vez y no muy de cerca. Latigo nos lo señaló. Fue hace unos dieciséis meses.

—Estoy seguro. ¿Recuerdas lo alto que era?

Jonas asintió con la cabeza. Farson no era Lord Perth, pero medía metro ochenta o más y era muy ancho de hombros y de muslos.

—Este hombre tiene la estatura de Clay, o un poco menos. Y la estatura no varía aunque cambie de aspecto. —Tras dudar un momento, Depape añadió—: Se ríe como un muerto. Casi no pude resistirlo.

—¿Qué significa «como un muerto»?

Depape sacudió la cabeza.

—No lo sé muy bien.

13

Veinte minutos después, Eldred Jonas pasó por debajo del ENTRAD EN PAZ y se encontró en el patio de la Costa, muy nervioso porque él esperaba a Latigo y, a no ser que Roy estuviera muy equivocado, no iba a ver a Latigo.

Miguel se acercó arrastrando los pies por el suelo, esbozó su empalagosa sonrisa de siempre y tomó las riendas de su caballo.

—Reconocimiento.

—Por nada, jefe.

Jonas entró, vio a Olive Thorin sentada en el salón de la parte anterior como un desvalido fantasma y la saludó con la cabeza. Ella le devolvió el saludo y consiguió esbozar una leve sonrisa.

—Señor Jonas, qué buen aspecto tiene usted. Si ve a Hart...

—Le pido perdón, señora, pero he venido a ver al Canciller—dijo Jonas.

Subió rápidamente al piso de arriba, donde estaban las habitaciones del Canciller y bajó por un estrecho pasillo de paredes de piedra, no demasiado bien iluminado por

toda una serie de lámparas de gas.

Al llegar al final del pasillo llamó a una impresionante puerta de madera de roble y latón encajada en un arco. A Rimer no le importaban las chicas como Susan Delgado pero le encantaban los signos del poder; eso era lo que lo ayudaba a enderezar las cosas torcidas que tenía en la cabeza. Jonas llamó.

—Entre, amigo mío —dijo una voz que no era la de Rimer.

A continuación se oyó una risita que le puso a Jonas la carne de gallina. «Se ríe como un muerto», había dicho Depape.

Jonas empujó la puerta y entró. A Rimer el incienso le importaba tan poco como las caderas y los labios de las mujeres, pero allí se estaba quemando un incienso cuya fragancia de leña a Jonas le hizo recordar la corte de Gilead y los actos oficiales en la Gran Sala. Las luces de gas estaban totalmente encendidas y las colgaduras -en tonos violeta morado, el color de la realeza, el preferido de Rimer- se estremecían levemente bajo la brisa marina que penetraba a través de las ventanas abiertas. No se veía ni rastro de Rimer ni de nadie más. Había un balconcito abierto, pero allí afuera tampoco se veía a nadie.

Jonas dio unos cuantos pasos y miró hacia un espejo de marco dorado que había al fondo de la estancia para poder ver si había alguien a su espalda sin necesidad de volver la cabeza. Tampoco. Delante de él y a la izquierda había una mesa puesta para dos personas y una cena fría ya servida, pero no había nadie sentado en ninguna de las dos sillas. Sin embargo, alguien le había hablado. Alguien que estaba situado directamente detrás de la puerta, a juzgar por el sonido de la voz. Jonas desenfundó su revólver.

—Vamos —dijo la voz que lo había invitado a entrar. Procedía directamente de detrás del hombro izquierdo de Jonas—. Eso no es necesario, aquí todos somos amigos y estamos en el mismo lado, ¿sabe?

Jonas giró sobre sus talones, y de repente se sintió viejo y lento. Vio a un hombre de estatura media y complexión fuerte, claros ojos azules y unas sonrosadas mejillas de buena salud o de buen vino. Sus sonrientes labios entreabiertos mostraban unos dientecitos tan puntiagudos que se debían de haber afilado artificialmente. Vestía una túnica negra, una túnica de santo varón con la capucha echada hacia atrás. Jonas se dio cuenta de que se había equivocado al pensar inicialmente que aquel hombre era calvo. Llevaba el cabello tan corto que no era más que una pelusa.

—Guarde el tiraalubias —dijo el hombre de negro—. Le digo que aquí somos

todos amigos, todos somos compinches. Partiremos el pan y hablaremos de muchas cosas, de bueyes y de depósitos de petróleo, y de si Frank Sinatra era o no mejor cantante que Der Binge.

—¿Quién? ¿Mejor qué?

—No lo conoce, pero no importa.

El hombre de negro volvió a soltar la risita. Jonas pensó que era la clase de risa que uno esperaba oír a través de los barrotes de las ventanas de un manicomio.

Se volvió y miró de nuevo hacia el espejo. Esta vez vio al hombre de negro, mirándole con una inmensa sonrisa en los labios. Dioses, ¿había estado allí desde el principio?

«Sí, pero tú no le has podido ver hasta que él ha estado preparado para que lo vieran. No sé si es un mago, pero no cabe duda de que es un hechicero. Puede que incluso sea un brujo de Farson.»

Volvió la cabeza. El hombre de las vestiduras sacerdotales seguía sonriendo. Ahora sus dientes no eran puntiagudos, pero antes sí. Jonas hubiera apostado su reloj a que sí.

—¿Dónde está Rimer?

—Lo envié a trabajar con la joven señorita Delgado en sus catecismos del Día de la Siega —contestó el hombre de negro. Rodeó con un amistoso brazo los hombros de Jonas y lo acompañó a la mesa—. Creo que es mejor que charlemos solos.

Jonas no quería ofender al hombre de Farson, pero no soportaba la sensación de aquel brazo. No podía decir por qué, pero era insoportable. Irritante. Se lo quitó de encima y se acercó a una de las sillas, procurando no temblar. No le extrañaba que Depape hubiera regresado de la Roca Colgante con la cara tan pálida. No le extrañaba en absoluto.

En lugar de ofenderse, el hombre de negro volvió a soltar una risita («Sí -pensó Jonas-, se ríe como un muerto, desde luego.») Jonas pensó por un instante que era Fardo, el padre de Cort, el que estaba en aquella estancia con él -el hombre que lo había enviado al oeste muchos años atrás-, y acercó una vez más la mano al revólver. Pero el sujeto enseguida volvió a ser el hombre de negro, sonriendo con una expresión desagradablemente astuta mientras sus ojos azules bailaban como las llamas de las luces de gas.

—¿Ve usted algo interesante, señor Jonas?

—Sí —contestó Jonas, sentándose—. Veo manduca.

Tomó un trozo de pan y se lo introdujo en la boca. El pan se le pegó a la reseca lengua, pero él siguió mascando con determinación.

—Buen chico. —El otro también se sentó y escanció el vino, llenando primero la copa de Jonas—. Y ahora, amigo mío, cuénteme todo lo que ha hecho desde que llegaron aquellos tres importunos muchachos, todo lo que sabe y todo lo que ha planeado. No quiero que omita ni una coma.

—Primero muéstreme su sigul.

—Por supuesto. Qué prudente es usted.

El hombre de negro se introdujo la mano en el interior de la túnica y sacó un cuadrado de metal, de plata, pensó Jonas. Lo arrojó sobre la mesa y la placa cayó tintineando en el plato de Jonas. Tenía grabado lo que éste esperaba: aquel horrible ojo abierto.

—¿Satisfecho?

Jonas asintió con la cabeza.

—Empújelo de nuevo hacia mí.

Jonas alargó la mano, pero su mano, normalmente firme, se pareció a su cascada y temblorosa voz. Vio que los dedos le temblaban por un instante y se apresuró a apoyar la mano en la mesa.

—No... no quiero.

No. No quería. Comprendió de repente que si lo tocara, el ojo labrado en la plata se movería... y lo miraría directamente a él.

El hombre de negro volvió a reírse e hizo un gesto de «ven aquí» con los dedos de la mano derecha. La hebilla de plata (eso le parecía a Jonas) se deslizó hacia él... y subió por la manga de su rústica túnica.

—¡Abracadabra! ¡Zas! ¡Se acabó! Bueno —dijo el hombre de negro, tomando delicadamente un sorbo de vino—, si hemos terminado con los molestos cumplidos...

—Hay otra cosa —dijo Jonas—. Usted conoce mi nombre; me gustaría conocer el suyo.

—Llámeme Walter —dijo el hombre de negro, poniéndose súbitamente muy serio—. El bueno de Walter, ése soy yo. Y ahora veamos dónde estamos y adónde vamos. En resumen, hablemos de una vez.

14

Cuando Cutberto regresó al barracón, ya había anochecido. Rolando y Alain

estaban jugando a las cartas. Habían limpiado tanto el lugar que éste había quedado casi tal como estaba antes (gracias al aguarrás que habían encontrado en un armario del despacho del antiguo capataz, hasta las frases escritas en las paredes no eran más que unos rosados espectros de sí mismas) y ahora ambos estaban profundamente concentrados en una partida de Casa Fuerte, o de Emplasto Caliente, tal como lo llamaban en la parte del mundo de donde ellos procedían. En cualquiera de los dos casos se trataba fundamentalmente de una versión de dos jugadores del Vigílame, el juego de cartas que se llevaba jugando en las tabernas, en los barracones y alrededor de las hogueras desde que el mundo era joven.

Rolando levantó la vista una vez tratando de adivinar el tiempo emocional de Berto. Por fuera, Rolando se mostraba tan impasible como siempre e incluso había jugado cuatro manos muy difíciles con Alain, pero por dentro se debatía en un torbellino de sufrimiento e indecisión. Alain le había comunicado lo que había dicho Cutberto cuando ambos habían salido a hablar al patio y eran cosas muy dolorosas de oír de labios de un amigo, aunque se las hubiera dicho otro. Sin embargo, lo que más le obsesionaba era lo que Berto le había dicho antes de irse: «Llamas amor a tu imprudencia y has convertido en virtud tu irresponsabilidad.» ¿Cabía, aunque sólo fuera una pequeña posibilidad, que hubiera hecho tal cosa? Una y otra vez se decía que no que el camino que él les había ordenado seguir a sus compañeros era duro pero razonable. Los gritos de Cutberto eran un simple arrebato provocado por los nervios y por la rabia que le había causado el hecho de que su hogar hubiera sido tan atrozmente profanado. Sin embargo...

«Dile que tiene razón por motivos equivocados, lo cual hace que esté totalmente equivocado.»

Podía ser.

¿De veras?

Cutberto sonreía y tenía las mejillas sonrosadas, como si hubiera realizado el camino de vuelta cabalgando todo el rato al galope. Parecía joven, apuesto y rebosante de vida. En realidad parecía contento, casi como el Cutberto de siempre, el que era capaz de musitarle bobadas al cráneo de un cuervo hasta que alguien le decía que, por favor, tuviera la bondad de callarse.

Pero Rolando no se fiaba de lo que veía. Algo raro había en aquella sonrisa. El color de las mejillas de Cutberto podía estar motivado por la furia y no por la buena salud, y el brillo de sus ojos parecía de fiebre más que de buen humor. Rolando no dejó

traslucir en su rostro lo que sentía, pero por dentro se sumió en un profundo abatimiento. Pensaba que la tormenta pasaría con un poco de tiempo, pero no creía que ya hubiera pasado. Miró a Alain y vio que éste pensaba lo mismo.

«Cutberto, todo habrá terminado dentro de tres semanas. Ojalá te lo pudiera decir. »

El pensamiento que le vino a la mente era sorprendentemente sencillo: «¿Y por qué no puedes?»

Comprendió que no sabía por qué. ¿Por qué se había mostrado reticente y reservado? ¿Con qué objeto? ¿Acaso estaba ciego? Oh, dioses, ¿de veras lo estaba?

—Hola, Berto —le dijo—, ¿has dado un buen pa...?

—Sí, un paseo estupendo, un paseo muy instructivo. Sal aquí afuera. Te quiero enseñar una cosa.

A Rolando le gustaba cada vez menos aquella fina capa de hilaridad de los ojos de Cutberto, pero dejó las cartas sobre la mesa, en un pulcro abanico boca abajo, y se levantó.

Alain tiró de su manga.

—¡No! —dijo en un aterrorizado murmullo—. Pero ¿no ves la cara que pone?

—La veo —contestó Rolando, profundamente consternado.

Por primera vez, mientras se acercaba muy despacio al amigo que ya no parecía un amigo, se le ocurrió pensar que había estado tomando decisiones en un estado muy parecido a una borrachera. Pero ¿de veras había tomado decisiones? Ya no estaba seguro.

—¿Qué me quieres enseñar, Berto?

—Una cosa maravillosa —contestó Berto, echándose a reír. La risa encerraba odio, y hasta es posible que ansias asesinas—. Estoy seguro de que te gustará echarle un buen vistazo.

—¿Qué te pasa, Berto? —preguntó Alain.

—¿Que qué me pasa? A mí no me pasa nada, Al. Soy tan feliz como un dardo al amanecer, como una abeja en una flor y un pez en el mar.

Mientras se volvía para salir, soltó otra carcajada.

—No salgas —le dijo Alain a Rolando—. Ha perdido el juicio.

—Si se ha roto nuestra unión, cualquier posibilidad de salir con vida de Mejis ha desaparecido —dijo Rolando—. Si así fuera, prefiero morir a manos de un amigo que de un enemigo.

Y salió. Tras un instante de duda, Alain lo siguió. Su rostro era la viva imagen de la desolación.

15

La Cazadora ya se había ido y el Demonio aún no había empezado a mostrar su rostro, pero el cielo estaba lleno de estrellas y su luz era suficiente para poder ver. El caballo de Cutberto, todavía ensillado, estaba atado a la barandilla. Más allá, el cuadrado del polvoriento patio brillaba como un dosel de plata empañada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rolando. Ninguno de ellos iba armado, lo cual era de agradecer—. ¿Qué quieres enseñarme?

—Está aquí. —Cutberto se detuvo a medio camino entre el barracón y los calcinados restos de la vivienda. Señaló con gran seguridad, pero Rolando no veía nada fuera de lo corriente. Se acercó a Cutberto y miró al suelo.

—Yo no veo...

Una brillante luz -la luz de las estrellas multiplicada por mil estalló en su cabeza cuando Cutberto le descargó un puñetazo en la barbilla. Era la primera vez, exceptuando una representación teatral cuando ambos eran muy pequeños, que Berto lo golpeaba. Rolando no perdió el conocimiento, pero sí el control de sus brazos y sus piernas.

Estaban allí, aunque aparentemente en otro país, agitándose como las extremidades de un muñeco de trapo. Cayó de espaldas. Se levantó polvo a su alrededor. Las estrellas parecían moverse de una manera muy rara, describiendo arcos y dejando unas colas lechosas. Le silbaban fuertemente los oídos.

Oyó gritar a Alain desde lejos.

—¡Imbécil! ¡Eres un estúpido y un imbécil!

Rolando consiguió volver la cabeza con un tremendo esfuerzo. Vio que Alain intentaba acercarse a él y que Cutberto lo apartaba de un empujón.

—Esto es un asunto entre nosotros dos, Al. Tú no te metas.

—¡Le has pegado, eres un mal nacido!

Alain, que no se enojaba fácilmente, estaba ahora tan enfurecido que cabía la posibilidad que Cutberto lo lamentara. «Tengo que levantarme -pensó Rolando-. Tengo que interponerme entre ellos antes de que ocurra algo peor.» Sus brazos y piernas empezaron a nadar débilmente en medio del polvo.

—Sí, eso es lo que nos ha hecho él a nosotros —dijo Cutberto—. Me he limitado a

devolverle el favor. —Miró al suelo—. Eso es lo que yo quería enseñarte, Rolando. Este trozo de suelo. Esta nube de polvo sobre la que estás tendido. Para que la saborees. A lo mejor eso te despierta.

Rolando se estaba empezando a poner furioso. Sintió la frialdad que estaba penetrando en sus pensamientos, trató de luchar contra ella y se dio cuenta de que estaba perdiendo. Jonas ya no le importaba; los depósitos de Citgo no le importaban; la conspiración de suministros que ellos habían descubierto no le importaba. Muy pronto la Afiliación y el ka-tet que tanto esfuerzo le había costado conservar dejarían también de importarle.

Sus brazos y sus piernas se estaban librando del entumecimiento superficial y ahora ya podía incorporarse. Miró serenamente a Berto, con las manos apoyadas en el suelo y la cara muy seria. La luz de las estrellas le nadaba en los ojos.

—Te quiero, Cutberto, pero no voy a tolerar más insubordinaciones ni berrinches de celos. Si tuviera que devolverte todas las ofensas, creo que acabarías hecho pedazos, así que sólo te haré pagar el que me hayas pegado cuando yo ni siquiera sabía que lo ibas a hacer.

—No me cabe duda de que lo podrías hacer, muchacho —dijo Cutberto, hablando sin el menor esfuerzo con el acento del dialecto de Hambria—. Pero primero puede que te interese echar un vistazo a esto.

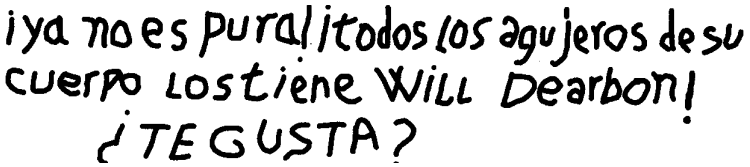
Casi con desprecio, Cutberto le arrojó a Rolando la hoja doblada de papel. Ésta alcanzó el pecho de Rolando y cayó sobre sus rodillas.

Rolando la tomó mientras los afilados cantos de su furia se suavizaban.

—¿Qué es?

—Ábrelo y míralo. La luz de las estrellas es suficiente para leer.

Poco a poco y con dedos renuentes, Rolando desdobló la hoja de papel y leyó lo



que en ella estaba escrito.

Lo leyó dos veces. La segunda vez le resultó más difícil porque le estaban temblando las manos. Vio todos los lugares donde él y Susan se habían reunido -el cobertizo de barcas, la cabaña, la choza-, pero ahora los vio bajo una nueva luz,

sabiendo que alguien más los había visto también. Qué listos había creído él que eran. Qué seguro había estado de su sigilo y discreción. Y sin embargo alguien los había estado observando constantemente. Susan tenía razón. Alguien los había visto.

«Lo he puesto todo en peligro. Su vida y las nuestras.»

«Dile lo que he dicho acerca de la puerta del infierno.»

Y también la voz de Susan: «Ka es como un viento... si me quieres, quiéreme.»

Y lo había hecho, creyendo en su juvenil arrogancia que todo saldría bien por la simple razón -sí, en el fondo lo había creído- de que él era él y ka tendría que estar al servicio de su amor.

—He sido un necio —dijo con una voz tan temblorosa como sus manos.

—Desde luego que sí —dijo Cutberto—, ya lo creo. —Cayó de rodillas sobre el polvo, de cara a Rolando—. Ahora ya puedes empezar a pegarme si quieres. Todas las veces y con toda la fuerza que te dé la gana. No te devolveré los golpes. He hecho todo lo que he podido para despertar tu sentido de la responsabilidad. Si sigues durmiendo, que así sea. En cualquiera de los dos casos, te quiero.

Berto apoyó las manos en los hombros de Rolando y besó brevemente la mejilla de su amigo.

Rolando se echó a llorar.

En parte eran lágrimas de gratitud, pero sobre todo una mezcla de rabia y desconcierto; había incluso una pequeña y oscura parte de sí mismo que odiaba a Cutberto y siempre lo odiaría. Aquella parte odiaba a Cutberto más por el beso que por el puñetazo en la mandíbula; más por el perdón que por el despertar.

Se levantó, sosteniendo todavía la carta en su polvorienta mano, mientras con la otra se daba unas inútiles palmadas en las mejillas, dejando en ellas unas húmedas tiznaduras. Cuando Cutberto extendió la mano para ayudarle porque perdía el equilibrio, Rolando lo apartó con tal fuerza que hubiera caído al suelo si Alain no lo hubiera sujetado por los hombros.

Poco a poco se arrodilló, esta vez delante de Cutberto con las manos levantadas y la cabeza inclinada.

—¡No, Rolando! —gritó Cutberto.

—Sí —dijo Rolando—. He olvidado el rostro de mi padre y te pido perdón.

—¡Sí, de acuerdo, sí, por el amor de los dioses! —Ahora era Cutberto el que parecía que estuviera llorando—. ¡Pero, por favor, levántate! ¡Se me parte el corazón de verte así!

«Y a mí también -pensó Rolando-. Sentirme tan humillado. Pero yo me lo he buscado. Este oscuro patio, la pulsante cabeza y el corazón tan lleno de vergüenza y temor. Todo eso es mío, yo lo he comprado y pagado.»

Lo ayudaron a levantarse y él no opuso resistencia.

—Menudo izquierdazo, Berto —dijo Rolando con una voz que casi sonaba normal.

—Sólo porque lo ha recibido alguien que no lo esperaba —replicó Cutberto.

—Esta carta... ¿de dónde la has sacado?

Cutberto le refirió su encuentro con Sheemie, el cual estaba temblando de inquietud como si esperara una intervención de ka... y ka había intervenido en la persona de «Arthur Heath».

—De la bruja —dijo Rolando en tono pensativo—. Sí, pero ¿ella cómo lo sabía? Nunca abandona Cos, al menos eso me ha dicho Susan.

—No lo sé ni me importa. Lo que me preocupa ahora mismo es asegurarme de que Sheemie no sufra ningún daño por lo que me ha dicho y lo que me ha dado. En segundo lugar me preocupa que lo que la vieja bruja Rea ha intentado decir una vez, lo intente decir otra.

—He cometido un terrible error por lo menos —dijo Rolando—, pero no considero que el hecho de amar a Susan sea otro. Eso no estaba en mi mano cambiarlo. Ni tampoco en la suya. ¿Vosotros también lo creéis?

—Sí —contestó inmediatamente Alain.

Al poco rato y casi a regañadientes, Cutberto dijo:

—Sí, Rolando.

—He sido arrogante y estúpido. Si esta nota hubiera llegado a manos de su tía, la hubieran podido enviar al exilio.

—Y a nosotros nos hubieran enviado al demonio con unas sogas de ahorcar —añadió secamente Cutberto—. Aunque ya sé que eso para ti es un asunto de menor importancia en comparación con lo otro.

—¿Y la bruja? —preguntó Alain—. ¿Qué hacemos con ella?

Rolando esbozó una leve sonrisa y se volvió de cara hacia el noroeste.

—Rea —dijo—. Aparte cualquier otra cosa que pueda ser, no cabe duda que es un pájaro de cuenta, y a los pájaros de cuenta hay que ponerles las peras a cuarto.

Después se encaminó hacia el barracón con la cabeza gacha. Cutberto miró a Alain y vio que éste también tenía los ojos llenos de lágrimas. Berto alargó la mano.

Alain se la quedó mirando, asintió con la cabeza -al parecer más para él mismo que para Cutberto- y se la estrechó.

—Has hecho lo que tenías que hacer —dijo Alain—. Al principio tenía mis dudas, pero ahora ya no.

Cutberto lanzó un suspiro.

—Y lo he hecho tal como lo tenía que hacer. Si no lo hubiera pillado por sorpresa...

—Te habría pegado una soberana paliza que te hubiera dejado todo el cuerpo negro y azul.

—Y de muchos más colores —dijo Cutberto—. Hubiera parecido un arco iris.

—El Arco Iris del Mago —dijo Alain—. Más colores por el mismo dinero.

A Cutberto le hizo gracia el comentario. Ambos se encaminaron juntos hacia el barracón, donde Rolando estaba desensillando el caballo de Berto.

Cutberto hizo ademán de acercarse a él para ayudarlo, pero Alain se lo impidió.

—Déjalo un rato solo —le dijo—. Es mejor para ti.

Reanudaron su camino hacia el barracón, y cuando Rolando entró diez minutos más tarde, sorprendió a Cutberto jugando su mano. Y ganando con ella.

—Berto —dijo.

Cutberto lo miró.

—Mañana tú y yo tenemos un asunto que resolver. Allí arriba, en Cos.

—¿La vamos a matar?

Rolando lo pensó con mucho detenimiento.

—Tendríamos que hacerlo.

—Sí, tendríamos que hacerlo. Pero ¿lo vamos a hacer?

—No, a menos que nos veamos obligados. —Más tarde lamentaría amargamente aquella decisión (en caso de que hubiera sido una decisión), pero no hubo ni un solo momento en que no la comprendiera. Era un muchacho no mucho mayor que Jake Chambers durante aquel otoño en Mejis y a casi todos los muchachos les resulta muy difícil la decisión de matar—. A menos que ella nos obligue.

—Quizá sería mejor que nos obligara —dijo Cutberto.

Eran unas duras palabras de pistolero, pero Cutberto estaba muy alterado.

—Sí, es posible. Pero no es probable, sobre todo tratándose de una persona tan taimada como ella. Prepárate para levantarte temprano.

—De acuerdo. ¿Quieres que te devuelva tu mano de cartas?

—¿Ahora que estás a punto de ganar? De ninguna manera.

Rolando pasó por delante de sus compañeros para dirigirse a su litera. Se sentó en ella, contemplando sus manos cruzadas sobre las rodillas. A lo mejor, estaba rezando; o a lo mejor sólo estaba enfrascado en sus pensamientos. Cutberto se lo quedó mirando un instante y después volvió a prestar atención a sus cartas.

16

El sol acababa de asomar por el horizonte cuando Rolando y Cutberto salieron a primera hora de la mañana. La Pendiente, todavía empapada de rocío matinal, parecía arder con un fuego de color anaranjado bajo las primeras luces del alba. El aliento de ambos y, el de sus caballos se condensaba en el aire. Fue una mañana que ninguno de ellos olvidaría jamás. Por primera vez en su vida salían con sus revólveres enfundados; por primera vez en su vida salían al mundo como pistoleros.

Cutberto no dijo ni una sola palabra; sabía que si hubiera empezado no habría podido detener la corriente de sus habituales tonterías, y Rolando era taciturno por naturaleza. Sólo hubo un intercambio entre ellos, y fue muy breve.

—Dije que había cometido por lo menos un error muy grave —le dijo Rolando a su amigo—. El que esta nota me ha hecho comprender —añadió, tocándose el bolsillo de la camisa—. ¿Sabes cuál fue este error?

—No el hecho de querer a la chica, eso no —dijo Cutberto—. Dijiste que eso era ka, y yo también digo que lo es.

Fue un alivio poder decirlo, y otro todavía mayor creerlo. Cutberto incluso pensaba que ahora habría podido aceptar a Susan, no como la novia de su mejor amigo y como la chica que él hubiera deseado para sí la primera vez que la vio sino como parte de su destino común.

—No —dijo Rolando—. No el hecho de quererla a ella sino el hecho de haber pensado que el amor puede en cierto modo separarse de todo lo demás y que yo podía vivir dos existencias, una contigo y con Alain, cumpliendo nuestro trabajo de aquí, y otra con ella. Pensé que el amor me podría elevar por encima de ka, al igual que las alas de un pájaro lo pueden elevar por encima de todas las cosas que de otro modo lo matarían y devorarían. ¿Me comprendes?

—Te cegó.

Cutberto hablaba con una dulzura totalmente desconocida, tratándose de un

muchacho que llevaba los dos últimos meses sufriendo.

—Sí —dijo tristemente Rolando—. Me cegó... pero ahora ya veo. Vamos un poco más rápido si no te importa. Quiero terminar este asunto cuanto antes.

17

Subieron por el camino de carros lleno de rodadas por el que Susan (una Susan que conocía muchas menos cosas acerca del mundo) había subido cantando «Amor desconsiderado» bajo la luz de la Luna Besadora, y se detuvieron en el punto en que el camino se abría al patio de Rea.

—Una vista maravillosa —musitó Rolando—. Se ve todo el desierto desde aquí.

—En cambio la vista que tenemos directamente delante no es gran cosa que digamos.

Era cierto. El huerto lleno de hortalizas silvestres sin recoger y el espantapájaros que lo presidía eran como una broma de mal gusto o un funesto presagio. En el patio sólo había un árbol que ahora se estaba desprendiendo de unas otoñales hojas de aspecto enfermizo, y que parecía un buitre que estuviera mudando el plumaje. Más allá del árbol estaba la choza de tosca piedra rematada por una hollinienta chimenea que ostentaba un signo de brujería pintado en un burlón color amarillo. En el rincón de atrás, más allá de una ventana cubierta de maleza, había un montón de leña.

Rolando había visto muchas chozas como aquélla -los tres amigos habían pasado por delante de unas cuantas en su camino hacia allí desde Gilead-, pero ninguna que pareciera tan claramente fuera de lugar como aquélla. No veía nada incorrecto en ella, pero experimentaba la inequívoca sensación de una presencia demasiado fuerte como para poder pasar inadvertida. Una presencia que observaba y esperaba.

Cutberto también la sentía.

—¿Hace falta que nos acerquemos más? —preguntó éste, tragando saliva—. ¿Tenemos que entrar? Porque... Rolando, la puerta está abierta. ¿Lo ves?

Rolando lo veía. Como si ella los estuviera esperando, como si los estuviera invitando a entrar y deseara que se sentaran a tomar con ella un inefable desayuno.

—Quédate aquí —dijo Rolando, espoleando a Rusher para que siguiera adelante.

—¡No! ¡Voy contigo!

—No, cúbreme la espalda. Si tengo que entrar dentro, te llamaré para que te reúnas conmigo... pero si tengo que entrar dentro, la vieja que vive aquí dejará de respirar. Tal como tú has dicho, puede que sea lo mejor.

A cada paso lento que daba Rusher, aumentaba en el corazón y en la mente de Rolando la sensación de encontrarse en presencia de algo fuera de lugar. Se aspiraba un pestazo de carne podrida y tomates putrefactos. Debía de proceder de la choza, pero parecía brotar de la tierra circundante en intensas vaharadas. Y a cada paso, el gemido de la raedura parecía más fuerte, como si la atmósfera de aquel lugar lo amplificara. «Susan subió aquí arriba sola y en medio de la oscuridad –pensó-. Dioses, no estoy seguro de que yo hubiera podido subir en medio de la oscuridad en compañía de mis amigos.»

Se detuvo debajo del árbol y miró a través de la puerta abierta situada a unos veinte pasos de distancia. Vio lo que podía ser una cocina: las patas de una mesa, el respaldo de una silla, un sucio suelo de piedra de chimenea. Pero ni rastro de la señora de la casa. Sin embargo, ella estaba allí. Rolando sentía sus ojos reptando sobre su cuerpo como si fueran unos bichos.

«No la puedo ver porque ha echado mano de su arte para hacerse invisible... pero está aquí.»

Y puede que la estuviera viendo. El aire del interior de la choza parecía despedir un extraño fulgor apagado justo a la derecha de la puerta, como si se hubiera calentado. A Rolando le habían dicho que se podía ver a una persona invisible girando la cabeza y mirando de soslayo. Lo hizo.

—¿Rolando? —lo llamó Cutberto a su espalda.

—Todo bien por ahora, Berto —dijo Rolando sin apenas prestar atención a las palabras que estaba diciendo porque...

Sí, ahora aquel fulgor era más claro y tenía aproximadamente la forma de una mujer. Podían ser figuraciones suyas, claro, pero...

Pero en aquel momento, como si se hubiera percatado de que él la había visto, el fulgor se ocultó en las sombras del interior de la choza. Rolando vislumbró el movimiento del dobladillo de un viejo vestido negro que inmediatamente desapareció.

No importaba. No había acudido allí para verla sino tan sólo para hacerle una sola advertencia... una más sin duda de las que hubieran podido hacerle a la bruja sus padres.

—¡Rea! —gritó en tono severo y autoritario.

Dos amarillas hojas cayeron del árbol como si se hubieran desprendido por efecto del sonido de su voz, y una de ellas se posó sobre su negro cabello. Desde el interior de la choza sólo contestó un expectante silencio... y después el discordante y burlón

maullido de un gato.

—¡Rea, hija de nadie! ¡He venido a devolverte una cosa, mujer! ¡Algo que debes de haber perdido! —Se sacó del interior de la camisa la carta doblada y la arrojó al pedregoso suelo—. Hoy he sido tu amigo, Rea... si esto hubiera llegado a donde tú querías que llegara, lo hubieras pagado con la vida. —Hizo una pausa. Cayó otra hoja del árbol. Ésta se posó en las crines de Rusher—. Óyeme bien, Rea, hija de nadie, y presta mucha atención. He venido aquí bajo el nombre de Will Dearborn, pero Dearborn no es mi nombre y estoy al servicio de la Afiliación. Más aún, a todo lo que hay detrás de la Afiliación, al poder del Blanco. Has cruzado el camino de nuestro ka y te lo advierto una sola vez: no vuelvas a cruzarlo. ¿Has comprendido?

Sólo un expectante silencio.

—No le toques un solo cabello de la cabeza al chico que llevó tu perversa maldad desde aquí, de lo contrario morirás. No le digas ni una sola palabra más a nadie de las cosas que sabes o crees saber, ni a Cordelia Delgado, ni a Jonas, ni a Rimer, ni a Thorin, de lo contrario morirás. Guarda tu paz y nosotros guardaremos la nuestra. Si la quebrantas, te destruiremos. ¿Has comprendido?

Más silencio. Unas sucias ventanas lo estaban mirando como si fueran ojos. Un soplo de brisa hizo caer más hojas a su alrededor mientras el horrible espantapájaros chirriaba en lo alto de su estaca. Rolando recordó fugazmente al cocinero Hax, colgando del extremo de la soga.

—¿Has comprendido?

No hubo respuesta. Ahora ni siquiera se podía ver el apagado fulgor a través de la puerta.

—Muy bien —dijo Rolando—. Quien calla otorga.

Espoleó su caballo para dar media vuelta. Mientras lo hacía levantó un poco la cabeza y vio una cosa verde moviéndose por encima de él, entre las hojas amarillas. De repente oyó una especie de silbido.

—¡Cuidado, Rolando! ¡Una serpiente! —gritó Cutberto, pero antes de que éste hubiera tenido tiempo de articular la segunda palabra, Rolando ya había desenfundado uno de sus revólveres.

Se inclinó lateralmente sobre la silla de montar, sujetándose con la pierna y el tacón izquierdo mientras Rusher cabriolaba. Efectuó tres disparos y el trueno del enorme revólver se propagó por el silencioso aire y regresó desde las cercanas colinas. Con cada disparo, la serpiente se lanzaba hacia delante y su sangre punteaba de rojo

el fondo de cielo azul y hojas amarillas. La última bala le arrancó la cabeza. Cuando la serpiente cayó definitivamente, lo hizo partida en dos trozos. Desde el interior de la choza surgió un grito de rabia y de dolor tan horrible que la columna vertebral de Rolando se convirtió en una cuerda de hielo.

—¡Grandísimo hijo de puta! —gritó una voz de mujer desde las sombras—. ¡Miserable asesino! ¡Mi amiga! ¡Mi amiga!

—Si era tu amiga, no debieras haberla enviado para que me atacara—dijo Rolando—. Recuerda, Rea, hija de nadie.

La voz soltó otro grito y volvió a enmudecer.

Rolando enfundó el revólver y regresó junto a Cutberto, que tenía los ojos abiertos de par en par y una expresión de asombro.

—¡Qué disparos, Rolando! ¡Dioses, qué disparos!

—Vámonos de aquí.

—¡Pero seguimos sin saber cómo se enteró de todo!

—¿Crees que nos lo diría?

La voz de Rolando se estremeció levemente. Por la forma en que la serpiente había salido de aquel árbol dispuesta a morderlo, apenas podía creer que todavía estuviera vivo. Gracias fueran dadas a los dioses por aquella puntería que le había permitido resolver el asunto.

—La podríamos obligar a hablar —dijo Cutberto, pero Rolando adivinó por el tono de su voz que no le apetecía hacerlo.

Quizá más adelante, después de varios años de seguir rastros y actuar como pistoleros, pero en aquellos momentos le apetecían tan poco las torturas como las muertes inmediatas.

—Aunque pudiéramos, no podríamos obligarla a decir la verdad. Ella miente con la misma naturalidad que otras personas respiran. Si la hemos convencido de que guarde silencio, ya hemos hecho suficiente por hoy. Vamos. Aborrezco este lugar.

18

Mientras regresaban a la ciudad, Rolando dijo:

—Tenemos que reunirnos.

—Los cuatro. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

—Sí. Quiero revelar todo lo que sé y lo que deduzco. Quiero revelaros mi plan tal y como es. Deciros qué hemos estado esperando.

—Sería muy interesante.

—Susan nos puede ayudar. —Rolando hablaba como para sus adentros. A Cutberto le hizo gracia ver que la solitaria hoja aún seguía atrapada en su negro cabello como si fuera una corona—. El propósito de la presencia de Susan era ayudarnos. ¿ Cómo es posible que no lo viera?

—Porque el amor es ciego —dijo Cutberto, soltando una carcajada y dándole a Rolando una palmada en el hombro—. El amor es ciego, hijo mío.

19

Cuando estuvo segura de que los chicos se habían ido, Rea se acercó cautelosamente a la puerta y salió a la odiada luz del sol. Se acercó al árbol, cayó de rodillas junto al guiñapo de su serpiente y rompió a llorar ruidosamente.

—¡Ermot, Ermot! —gritó—. ¡Mira en qué te has convertido!

Allí estaba la cabeza con la boca abierta y los dobles dientes chorreando todavía veneno en unas claras gotas que brillaban como prismas bajo la intensa luz del día. Los empañados ojos mostraban una expresión de furia. Tomó a Ermot, besó la escamosa boca y lamió los últimos restos de veneno que quedaban en los afilados dientes sin dejar de gemir y llorar. Después tomó el cuerpo desgarrado con la otra mano, sollozando al contemplar los dos orificios de las balas en la satinada piel de la serpiente y los orificios y la roja carne desgarrada que había debajo de ellos. Dos veces juntó la cabeza de la serpiente con el cuerpo musitando encantamientos, pero no ocurrió nada. Por supuesto que no. Ermot se encontraba más allá de sus encantamientos. Pobre Ermot.

Acercó la cabeza a un aplanado y reseco pezón y el cuerpo al otro. Después, mojándose la parte superior del vestido con la sangre de la serpiente, miró en la dirección en la que se habían alejado los odiosos muchachos.

—Me lo pagaréis —murmuró—. Por todos los dioses que jamás han existido, me lo pagaréis. Rea se presentará cuando menos lo esperéis, y vuestros gritos os desgarrarán la garganta ¿Me habéis oído? ¡Vuestros gritos os desgarrarán la garganta!

Permaneció arrodillada un momento más y después se levantó y se encaminó hacia la choza, abrazando a Ermot contra su pecho.

CAPÍTULO V

EL ARCO IRIS DEL MAGO

1

Una tarde, tres días después de la visita de Rolando y Cutberto a Cos, Roy Depape y Clay Reynolds bajaron desde el piso de arriba del Descanso de los Viajeros para dirigirse al espacioso dormitorio de Coral Thorin. Clay llamó con los nudillos y la voz de Jonas les dijo que entraran pues la puerta estaba abierta.

Lo primero que vio Depape fue a la señorita Thorin sentada en una mecedora junto a la ventana. Vestía un vaporoso camisón de seda blanca y una «bufanda» roja en la cabeza, y tenía el regazo lleno de labores de punto. Depape la miró asombrado mientras ella les dedicaba a Reynolds y a él una enigmática sonrisa.

—Hola, caballeros.

Dicho esto, volvió de nuevo a su calceta. Fuera se escuchaba el estallido de los petardos (los muchachos nunca conseguían esperar hasta la llegada del gran día, cuando tenían petardos en las manos, les prendían fuego), el nervioso relincho de un caballo y las roncas carcajadas de los chicos.

Depape se volvió a mirar a Reynolds, el cual se encogió de hombros y cruzó los brazos para sujetarse los extremos de la capa. Era su manera de expresar sus dudas, su desaprobación o ambas cosas a la vez.

—¿Problemas?

Jonas se encontraba en la puerta del cuarto de baño secándose la espuma de afeitar del rostro con el extremo de la toalla que llevaba colgada del hombro. Iba desnudo de cintura para arriba. Depape lo había visto de aquella guisa muchas veces, pero el blanco entrecruzamiento de cicatrices siempre le provocaba una leve sensación de náuseas en el estómago.

—Bueno... ya sabía que estábamos usando la habitación de la señora, pero lo que no sabía era que la señora estaba incluida en el lote.

—Lo está. —Jonas arrojó la toalla al cuarto de baño, se acercó a la cama y tomó la camisa que estaba colgada en uno de los pilares de los pies de la misma. Coral levantó la vista, dirigió una anhelante mirada a su espalda desnuda y reanudó una vez más su labor—. ¿Qué tal van las cosas en Citgo, Clay?

—Tranquilas, pero podría haber jaleo si ciertos jóvenes vagabundos meten las narices por allí.

—¿Cuántos hay por allí y cómo están distribuidos?

—Diez durante el día y una docena por la noche. Roy o yo nos acercamos por allí una vez en cada turno, pero ya te he dicho que todo está tranquilo.

Jonas asintió con la cabeza, aunque no parecía satisfecho. A aquellas horas ya confiaba en haber apartado a los muchachos de aquel lugar de la misma manera que había esperado empujarlos a un enfrentamiento con ellos cometiendo actos de vandalismo en su alojamiento y matando sus palomas. Pero de momento los chicos seguían sin moverse de detrás de su maldita Loma. Se imaginaba en el papel de un hombre enfrentado con tres jóvenes toros. El torero ha sacado la muleta y la está agitando desesperadamente, pero los toros se niegan a embestir. ¿Por qué?

—¿Qué tal va la operación del traslado?

—Con precisión absoluta —contestó Reynolds—. Cuatro depósitos por noche, de dos en dos, en las últimas cuatro noches. Renfrew, el del Lazy Susan, lo supervisa todo. ¿Sigues empeñado en dejar media docena como cebo?

—Sí —contestó Jonas mientras alguien llamaba a la puerta. Depape pegó un brinco.

—¿Es el...?

—No —dijo Jonas—. Nuestro amigo el de la túnica negra ha levantado el campamento. A lo mejor se ha ido a confortar a las tropas del Hombre Bueno antes del comienzo de la batalla.

Depape soltó una estruendosa carcajada al oírlo. Sentada junto a la ventana, la mujer en camisón bajó la vista hacia su labor de punto sin decir nada.

—¡Está abierto! —gritó Jonas.

El hombre que entró llevaba el sombrero, el sarape y las sandalias propias de un campesino o un vaquero, pero tenía el rostro muy pálido y el pelo rubio. Era Latigo, un duro incuestionable, pero aun así bastante mejor que el sonriente sujeto de la túnica negra.

—Me alegro de verles, caballeros —dijo entrando en la habitación y cerrando la puerta. Su rostro, hosco y ceñudo, era el propio de un hombre que lleva muchos años sin ver nada bueno. Puede que desde su nacimiento—. ¿Qué tal está, Jonas? ¿Marchan bien las cosas?

—Bien, gracias —contestó Jonas tendiéndole la mano.

Latigo le dio un seco y breve apretón y lo mismo hizo con Depape y Reynolds, pero a Coral se limitó a mirarla.

—Largos días y agradables noches, señora.

—Que tenga usted el doble, señor Latigo —contestó ella sin levantar los ojos de su labor.

Latigo se sentó a los pies de la cama, se sacó una bolsa de tabaco de debajo del sarape y empezó a liar un cigarrillo.

—No me quedaré mucho tiempo —dijo, hablando con el brusco y cortante tono de voz del septentrional Mundo Interior, donde (o eso por lo menos había oído decir Depape) follar con los renos todavía estaba considerado el deporte principal. Eso cuando uno corría menos que la propia hermana, claro—. No sería prudente. Si bien se mira, no acabo de encajar.

—No —dijo Reynolds en tono burlón—. Más bien no.

Latigo le dirigió una severa mirada y se volvió de nuevo hacia Jonas.

Casi todos los míos están acampados a treinta ruedas de aquí, en el bosque que hay al oeste del Cañón de la Armella... y por cierto, ¿qué es aquel ruido tan desagradable del interior del cañón? Asusta a los caballos.

—Y también a los hombres si se acercan demasiado —dijo Reynolds—. Mejor no acercarse demasiado, capitán.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó Jonas.

—Cien. Y muy bien armados.

—Así dicen que estaban los hombres de Lord Perth.

—No diga sandeces.

—¿Han visto algún combate?

—Los suficientes como para saber lo que son —contestó Latigo, pero Jonas comprendió que mentía.

Farson conservaba a sus veteranos en sus refugios de las montañas. Lo de allí era una pequeña fuerza expedicionaria, en la que sin duda sólo los sargentos debían de saber hacer algo más con los martillos de sus armas que enjuagarlos con agua.

—Hay una docena en la Roca Colgante, vigilando los depósitos que sus hombres han trasladado allí hasta ahora —dijo Latigo.

—Más de los necesarios, probablemente.

—No he corrido el riesgo de venir a esta mierda de ciudad dejada de la mano de Dios para discutir mis disposiciones con usted, Jonas.

—Le pido perdón, señor —dijo Jonas, aunque sólo por cumplir.

Se sentó en el suelo al lado de la mecedora de Coral y empezó a liarse un

cigarrillo. Ella apartó a un lado la labor y empezó a acariciarle el cabello. Depape no comprendía qué debía de ver Eldred en ella. Cuando la miraba, sólo veía a una tía muy fea, de nariz larga y tetas insignificantes.

—En cuanto a los tres jóvenes —dijo Latigo, yendo directamente al grano—, el Hombre Bueno se disgustó mucho al enterarse de que en Mejis había unos visitantes del Mundo Interior. Y ahora usted me dice que no son lo que alegan ser. Bueno, pues ¿qué son entonces?

Jonas apartó la mano de Coral de su cabello como si fuera un insecto molesto. Ella reanudó su labor sin alterarse.

—No son unos jóvenes sino tan sólo unos muchachos, y si su venida aquí es ka, cosa que me consta que a Farson le interesa en gran manera, puede que sea nuestro ka y no el de la Afiliación.

—Por desgracia tendremos que prescindir de revelarle al Hombre Bueno sus conclusiones teológicas —dijo Latigo—. Disponemos de radios, pero o están averiadas o no pueden funcionar a tanta distancia. Nadie conoce la razón. En cualquier caso, yo aborrezco estos juguetes. Los dioses se burlan de ellos. Nos valemos por nosotros mismos, amigo, para bien o para mal.

—No hace falta que Farson se preocupe innecesariamente —dijo Jonas.

—El Hombre Bueno quiere que estos chicos sean tratados como una amenaza para sus planes. Supongo que Walter le habrá dicho lo mismo.

—Sí. Y yo no he olvidado ni una sola palabra. El señor Walter es uno de esos hombres que no se olvidan fácilmente.

—En efecto —convino Latigo—. Es el que subraya las cosas que más le interesan al Hombre Bueno. La principal razón de su venida aquí fue la de subrayar la importancia de estos chicos.

—Y lo hizo. Roy, cuéntale al señor Latigo tu visita de anteayer al Sheriff.

Depape carraspeó nerviosamente.

—El Sheriff... Avery...

—Lo conozco. Está gordo como un cerdo de la Tierra Llena —dijo Latigo—. Siga.

—Uno de los agentes de Avery entregó un mensaje a los tres chicos mientras contaban caballos en la Pendiente.

—¿Qué mensaje?

—Salgan de la ciudad el Día de la Siega; manténganse alejados de la Pendiente el Día de la Siega; mejor que no se alejen mucho de casa el Día de la Siega pues a la

gente de la Baronía no le gusta ver forasteros, ni siquiera a los que aprecia, cuando ellos celebran sus festejos.

—¿Y cómo lo recibieron?

—Accedieron inmediatamente a quedarse en casa el Día de la Siega —contestó Depape—. Siempre han hecho lo mismo, siempre se han mostrado de acuerdo cuando se les ha pedido algo. Se guardarían muy bien de hacer otra cosa, naturalmente. Aquí la gente, cuando llega el Día de la Siega, no está más en contra de los forasteros de lo que está en otros lugares. De hecho, muy a menudo los forasteros participan del jolgorio y yo estoy seguro de que los chicos lo saben. La idea...

—... es hacerles creer que tenemos previsto actuar el Día de la Feria, ya sé —dijo Latigo, terminando la frase con impaciencia—. Lo que yo quiero saber es si los chicos están convencidos de ello. ¿Los podrán ustedes pillar desprevenidos la víspera del Día de la Siega, tal como prometió hacer, o ellos les estarán esperando?

Depape y Reynolds miraron a Jonas. Éste alargó el brazo hacia atrás y apoyó la mano en el delgado pero interesante muslo de Coral. Lo que dijera a continuación sería considerado vinculante sin remisión.

Si estuviera en lo cierto, los Grandes Cazadores de Ataúdes serían objeto de gratitud, recibirían su paga... y puede que incluso recibieran una gratificación adicional.

Si se equivocara, lo más probable era que los colgaran tan alto y con tal fuerza que las cabezas se separaran de sus cuerpos cuando llegaran al extremo de la soga.

—Los pillaremos con tanta facilidad como se atrapa un pájaro en el suelo —dijo Jonas—. Acusados de traición. Tres jóvenes de noble cuna al servicio de John Farson. Escandaloso. ¿Qué otra cosa podría ser más reveladora de los malos tiempos en que vivimos?

—¿Basta gritar traición para que aparezca el populacho?

Jonas miró a Latigo con una fría sonrisa en los labios.

—Como concepto, la traición está un poco fuera del alcance de la gente corriente, incluso cuando la multitud está borracha y el núcleo ha sido comprado y pagado por la Asociación de Criadores de Caballos. El asesinato en cambio... especialmente el de un Alcalde muy estimado...

Los sorprendidos ojos de Depape se desviaron rápidamente hacia la hermana del Alcalde.

—Sería una lástima —comentó la dama, lanzando un suspiro—. Puede que yo misma sintiera el impulso de ponerme al frente de los disturbios.

Depape creyó comprender finalmente la atracción que sentía Eldred por aquella mujer: tenía una sangre tan fría como la del propio Jonas.

—Otra cosa —dijo Latigo—. Se les encomendó a ustedes un objeto propiedad del Hombre Bueno para su custodia. ¿Una cierta bola de cristal?

Jonas asintió con la cabeza.

—Sí, en efecto. Una preciosa bagatela.

—Tengo entendido que se la dejaron en custodia a la bruja de aquí.

—Así es.

—Tienen que recuperarla. Muy pronto.

—No le enseñe a su abuelo a sorber huevos —dijo Jonas con un toque de irritación—. Primero quiero atrapar a los mocosos.

—¿La ha visto usted, señor Latigo? —preguntó cautelosamente Reynolds.

—De cerca no, pero he conocido a hombres que sí la han visto. —Latigo hizo una pausa—. Uno se volvió loco y tuvieron que pegarle un tiro. Sólo otra vez vi a alguien en semejante estado, y eso fue hace treinta años en el borde del gran desierto. Era el habitante de una cabaña mordido por un coyote rabioso.

—Bendita sea la Tortuga —musitó Reynolds, dándose tres palmadas en la garganta. La rabia lo aterrorizaba.

—No bendecirá nada si el Arco Iris del Mago se apodera de usted —dijo siniestramente Latigo, volviéndose de nuevo hacia Jonas—. Deberán tener más cuidado al recuperarla del que tuvieron al entregarla. Probablemente la vieja bruja ya se encuentra bajo su hechizo a estas horas.

—Tengo intención de enviar a Rimer y Avery. Avery no es muy listo que digamos, pero Rimer sí lo es.

—Me temo que eso no servirá de nada —dijo Latigo.

—Ah, ¿no? —dijo Jonas, sujetando con una mano la pierna de Coral mientras miraba con una desagradable sonrisa a Latigo—. ¿Podría usted decirle a su humilde servidor por qué no?

Fue Coral quien contestó.

—Porque cuando se recupere el objeto del Mago del Arco Iris que Rea tiene ahora en su poder, el Canciller estará ocupado acompañando a mi hermano al lugar de su último descanso.

—¿De qué está hablando, Eldred? —preguntó Depape.

—Está diciendo que Rimer también morirá —contestó Jonas sonriendo—. Otro

crimen que se depositará a los sucios pies de los juveniles espías de John Farson.

Coral esbozó una dulce sonrisa de asentimiento, apoyó las manos sobre la de Jonas, se la subió un poco más por su muslo y reanudó una vez más su calceta.

2

La chica, a pesar de su juventud, estaba casada.

El chico, a pesar de su apostura, era inestable.

Ella se reunió con él una noche en un lejano lugar para comunicarle que sus relaciones, a pesar de lo dulces que habían sido, tenían que terminar. Él le contestó que no terminarían jamás, pues estaba escrito en las estrellas. Ella le dijo que tal vez, pero que en determinado momento las constelaciones habían cambiado. Quizás él se echó a llorar. Quizás ella se rió... probablemente de nervios. Cualquiera que fuera el motivo, su risa fue desastrosamente inoportuna. El chico tomó una piedra y le machacó el cráneo con ella. Después, al serenarse y comprender lo que había hecho, se sentó con la espalda apoyada en una pared de granito, apoyó la machacada cabeza de la pobre chica sobre sus rodillas y se cortó la garganta bajo la mirada de una lechuza posada en la rama de un árbol cercano. Murió cubriéndole el rostro de besos y, cuando los encontraron, sus labios estaban sellados con la sangre de ambos.

Una vieja historia. Cada ciudad tiene su versión. El lugar suele ser el camino donde se reúnen los enamorados, un recóndito tramo de la orilla del río o el cementerio de la ciudad. Cuando los detalles de lo que realmente ocurrió se deforman lo bastante como para satisfacer el morboso romanticismo de la gente, se empiezan a componer canciones. Las suelen cantar unas doncellas que tocan muy mal la guitarra o la mandolina y que ni siquiera saben conservar el tono. Los coros tienden a incluir lacrimógenos estribillos tales como «Tra-la-rí-tra-la-ró, así murieron los dos».

En la versión de Hambria de esta bella historia, los enamorados se llamaban Roberto y Francesca y el argumento se desarrollaba en los viejos tiempos, antes de que el mundo siguiera adelante. El lugar del presunto asesinato—suicidio era el cementerio de Hambria, la piedra con la que se machacaba el cráneo de Francesca era un trozo de pizarra, y la pared de granito contra la cual se había apoyado Roberto para cortarse la garganta era el panteón de los Thorin. (Cabía dudar que hubiera algún Thorin en Hambria o en Mejis cinco generaciones atrás, pero en el mejor de los casos, los cuentos populares no suelen ser más que unas mentiras en verso.)

Tanto si era verdad como si era mentira, la gente pensaba que el cementerio

estaba habitado por los fantasmas de los enamorados, los cuales se podían ver (decían) paseando tomados de la mano entre las lápidas, cubiertos de sangre y con la cara muy triste. De ahí que nadie visitara el cementerio por la noche, y que éste fuera el lugar más lógico para la cita de Rolando, Cutberto, Alain y Susan.

Cuando tuvo lugar la cita, Rolando ya empezaba a estar cada vez más preocupado... e incluso desesperado. El problema era Susan, o más bien la tía de Susan. Incluso sin la existencia de la venenosa carta de Rea, las sospechas de Cordelia a propósito de Susan y Rolando se habían convertido en una certeza casi absoluta. Un día, menos de una semana antes de la reunión en el cementerio, Cordelia se puso a gritar como una loca al ver entrar a Susan con su cesta colgada del brazo.

—¡Has estado con él! ¡Has estado con él, muchacha perversa, se te lee en la cara!

Susan, que aquel día no había visto para nada a Rolando, al principio se quedó mirando a su tía boquiabierta de asombro.

—¿Que he estado con quién?

—¡A mí no me vengas con evasivas, Señorita tan joven y Bonita! ¡No me engañes, te lo ruego! ¿Quién es el que menea la lengua cuando pasa por delante de nuestra puerta? ¡Dearborn, ése es! ¡Dearborn! ¡Dearborn! ¡Lo diré mil veces! ¡Avergüénzate! ¡Qué vergüenza! ¡Mírate el pantalón! ¡Todo verde de la hierba sobre la que os habéis revolcado! ¡Me sorprende que no tenga la entrepierna rota! —Para entonces, tía Cord estaba prácticamente chillando y las venas del cuello le sobresalían como cuerdas.

Perpleja, Susan se había mirado los viejos pantalones caqui que llevaba puestos.

—Eso es pintura, tía, ¿es que no lo ves? Chetta y yo hemos estado haciendo adornos para el Día de la Feria en la Casa del Alcalde. Lo que tengo en el trasero es obra de Hart Thorin, no de Dearborn sino de Thorin, que me sorprendió en el cobertizo donde están almacenados los adornos y los petardos. Pensó que era un buen lugar y un buen momento para otro pequeño forcejeo. Se me echó encima, volvió a soltar el chorro en sus pantalones y se largó más contento que unas pascuas. Se fue tarareando alegremente.

Susan arrugó la nariz, aunque lo que más le inspiraba Thorin últimamente era una especie de triste repugnancia. El miedo que le tenía ya había desaparecido.

Entretanto, tía Cordelia se había pasado el rato echando chispas por los ojos. Susan empezó a dudar realmente de la cordura de su tía.

—Una historia bastante verosímil —musitó Cordelia al final. Tenía unas minúsculas gotas de sudor en la frente, y las azules venas de sus sienes pulsaban como si fueran relojes. Aquellos días incluso olía muy raro, tanto si se bañaba como si no: un olor a rancio y agrio—. ¿Os la habéis inventado juntos cuando os habéis achuchado después?

Susan se adelantó, tomó la huesuda muñeca de su tía y la acercó a la mancha de una de sus rodillas. Cordelia gritó y trató de apartarse, pero Susan no aflojó la presa. Después le acercó la mano a la cara y la mantuvo allí hasta cerciorarse de que Cordelia había olfateado el olor.

—¿A qué huele eso, tía? ¡A pintura! ¡Hemos estado pintando los farolillos de papel de arroz!

La muñeca que Susan sostenía en su mano fue perdiendo poco a poco la tensión, y los ojos de Cordelia parecieron serenarse.

—Sí —dijo ésta al final—. Pintura. —Una pequeña pausa—. En esta ocasión.

Desde aquel día, Susan había vuelto la cabeza alguna vez y había visto una figura de estrechas caderas siguiéndola por la calle, o una de las muchas amigas de su tía observando con recelo el camino que tomaba. Cuando se dirigía con su caballo a la Pendiente, siempre tenía la sensación de que alguien la estaba vigilando. Dos veces antes de que los cuatro se reunieran en el cementerio, había accedido a ver a Rolando y sus amigos. En ambas ocasiones se había visto obligada a marcharse, la segunda vez en el último momento. Aquella vez había visto que el hijo mayor de Brian Hookey la observaba de una manera muy rara. Había sido una simple intuición, pero una intuición muy fuerte.

Sin embargo lo peor de todo para ella era que ahora estaba tan ansiosa de reunirse con Rolando como el propio Rolando, y no sólo para hablar. Necesitaba ver su rostro y tomar una de sus manos entre las suyas. Lo demás, por muy dulce que fuera, podía esperar. Necesitaba verle y tocarle, necesitaba asegurarse de que no era un simple sueño forjado por una muchacha sola y asustada para consolarse.

Al final, María la había ayudado; los dioses bendijeran a la criadita que tal vez entendía más cosas de las que pensaba Susan. Fue María la que se presentó ante Cordelia con una nota diciendo que Susan pasaría la noche en el ala de invitados de la Costa. La nota era de Olive Thorin. A pesar de todos sus recelos, Cordelia no creyó que fuera falsa. Y no lo era. Olive la había escrito con total indiferencia y sin hacer preguntas cuando Susan se lo había pedido.

—¿Qué le ocurre a mi sobrina? —preguntó secamente Cordelia.

—Está cansada, señora. Y tiene dolor de garganta.

—¿Que le duele la garganta? Precisamente ahora que falta tan poco para el Día de la Feria... ¡Eso es ridículo! ¡No puedo creerlo! ¡Susan nunca ha estado enferma!

—Dolor de garganta —repitió María con un semblante tan impasible como sólo puede mostrar una campesina ante la incredulidad de alguien.

Con esto, Cordelia se dio por satisfecha. La propia María ignoraba lo que Susan se traía entre manos, y eso era justo lo que Susan quería.

Salió al balcón, se descolgó ágilmente por los cuatro metros de enredadera que crecían en la pared norte del edificio y salió por la puerta de servicio de la parte de atrás. Allí la esperaba Rolando y, al cabo de dos ardientes minutos que aquí no interesan, ambos se dirigieron a lomos de Rusher al cementerio donde Alain y Cutberto aguardaban con nerviosa expectación.

3

Susan miró al plácido rubio de la cara redonda cuyo nombre no era Richard Stockworth sino Alain Johns. Después miró al otro, el que había adivinado que recelaba de ella y que tal vez incluso estuviera enojado. Se llamaba Cutberto Allgood.

Estaban sentados el uno al lado del otro en una lápida caída cubierta de hiedra, con los pies hundidos en un riachuelo de bruma. Susan desmontó de Rusher y se acercó lentamente a ellos. Ellos se levantaron. Alain hizo una reverencia del Mundo Interior, extendiendo la pierna hacia delante con la rodilla trabada y el tacón firmemente plantado en el suelo.

—Señora —le dijo—. Largos días...

Ahora el otro se había situado a su lado. Era delgado y moreno y, de no haber ofrecido un aspecto tan inquieto, su rostro hubiera sido hermoso. Sus ojos oscuros eran muy bellos.

—... y agradables noches —dijo Cutberto, terminando la frase y repitiendo la reverencia de Alain.

Ambos se parecían tanto a unos cortesanos de un espectáculo cómico de Día de Feria que Susan se rió sin poder evitarlo. Después se inclinó ante ellos en una profunda reverencia y extendió los brazos para simular la falda que no llevaba.

—Y que ustedes disfruten del doble, caballeros —contestó.

Acto seguido los tres jóvenes se miraron sin saber exactamente qué hacer.

Rolando no les prestó la menor ayuda; se limitó a observar atentamente la escena, sentado a horcajadas sobre la grupa de Rusher. Susan se adelantó con paso vacilante. Ahora no se reía. Tenía unos hoyuelos junto a las comisuras de los labios, pero sus ojos miraban con inquietud.

—Confío en que no me odiéis —dijo—. Comprendería que lo hicierais porque me he interpuesto en vuestros planes... y también entre vosotros tres, pero no puedo evitarlo. —Levantó las manos que mantenía a los costados hacia Alain y Cutberto, con las palmas hacia arriba—. Le quiero.

—No te odiamos —dijo Alain—. ¿Verdad, Berto?

Cutberto guardó un silencio inquietante y miró más allá del hombro de Susan como si estuviera estudiando la Luna del Demonio en fase menguante. Susan sintió que se le detenía el corazón. Después Cutberto la volvió a mirar con una sonrisa tan dulce que un confuso pero brillante pensamiento cruzó por la mente de Susan con la rapidez de un cometa («Si hubiera conocido primero a éste...», empezaba el pensamiento).

—El amor de Rolando es mi amor —dijo Cutberto. Alargó los brazos, tomó las manos de Susan y la atrajo hacia delante de tal forma que ella quedó situada entre él y Alain como si fuera una hermana con sus dos hermanos—. Porque somos amigos desde la cuna y seguiremos siéndolo hasta que uno de nosotros abandone el camino y entre en el claro. —Después sonrió como un niño—. Tal y como están las cosas, puede que encontremos el final del camino juntos.

—Y muy pronto —añadió Alain.

—Confiemos en que mi tía Cordelia no nos acompañe como carabina —dijo Susan Delgado terminando la frase.

4

—Somos ka-tet—dijo Rolando—. Somos uno entre muchos.

Los miró uno a uno y no vio disconformidad en sus ojos. Se habían refugiado en el panteón y el aliento les salía humeando de la boca y la nariz. Rolando estaba sentado en cuclillas, mirando a los otros tres, sentados en fila en un banco de piedra flanqueado por unos esqueléticos ramilletes en unas macetas de piedra. El suelo se hallaba cubierto de pétalos de rosas muertas. Cutberto y Alain, a ambos lados de Susan, la rodeaban con sus brazos con toda naturalidad. A Rolando le vino nuevamente a la mente la imagen de una hermana con sus dos protectores hermanos.

—Somos más grandes de lo que éramos —dijo Alain—. Lo percibo con mucha fuerza.

—Yo también —dijo Cutberto, mirando a su alrededor—. Precioso lugar para una cita. Sobre todo para un ka-tet como el nuestro.

Rolando no sonrió; las réplicas que intentan ser agudas jamás habían sido su fuerte.

—Vamos a hablar de lo que está ocurriendo en Hambria —dijo—, y después hablaremos del futuro inmediato.

—No nos enviaron aquí a cumplir una misión, ¿sabes? —le dijo Alain a Susan—. Nos enviaron nuestros padres para sacarnos de allí, eso es todo. El padre de Rolando se ganó la inquina de un hombre que probablemente es un aliado de John Farson...

—«Ganarse la inquina» —dijo Cutberto—. Una frase muy buena. Redonda. Quiero recordarla para poder usarla en todas las ocasiones.

—Contrólate —le dijo Rolando—. No me apetece pasarme toda la noche aquí.

—Te pido perdón, oh, gran jefe —dijo Cutberto, pero los ojos le bailaban sin el menor asomo de contrición.

—Vinimos aquí con unas palomas mensajeras para enviar y recibir mensajes —añadió Alain—, pero creo que nuestros padres nos dieron las palomas para asegurarse de que estábamos bien.

—Sí —dijo Cutberto—. Lo que pretende decir Alain es que nos han pillado desprevenidos. Rolando y yo no estábamos... de acuerdo... sobre la forma en que debíamos... seguir adelante. Él quería esperar. Y yo no. Ahora creo que él tenía razón.

—Por motivos equivocados —comentó secamente Rolando—. En cualquier caso, ya hemos resuelto nuestras diferencias.

Susan miraba de uno a otro con cierta alarma. Al final sus ojos se posaron en la magulladura de la mandíbula de Rolando, claramente visible incluso bajo la débil luz que penetraba por la puerta entreabierta de la sepultura.

—¿Y cómo las resolvisteis?

—Eso no importa —dijo Rolando—. Farson pretende librar una batalla o tal vez toda una serie de ellas en las Montañas Shavéd, al noroeste de Gilead. Cuando las fuerzas de la Afiliación avancen contra él, éstas creerán que lo tienen atrapado. Si los acontecimientos se desarrollaran con normalidad, puede que fuera así. Farson quiere trabar combate con ellos, atraparlos y destruirlos con las armas del Pueblo Antiguo. Y las hará funcionar con el petróleo de Citgo. El petróleo de los depósitos que vimos,

Susan.

—¿Y dónde se refinará el petróleo para que Farson lo pueda utilizar?

—En algún lugar de su camino, al oeste de aquí —contestó Cutberto—. Nosotros creemos que probablemente Vi Castis. ¿Lo conoces? Es un territorio minero.

—He oído hablar de él, pero la verdad es que yo no he salido de Hambria en toda mi vida. —Mirando directamente a Rolando, Susan añadió—: Creo que eso pronto va a cambiar.

—Queda mucha maquinaria de los tiempos del Pueblo Antiguo en aquellas montañas —dijo Alain. Dicen que casi toda está en arroyos y cañones. Robots y luces asesinas, rayos—cuchilla los llaman porque te cortan por la mitad si te tropiezas con ellas. Y los dioses saben qué otras cosas. Muchas de las cosas que se cuentan deben de ser simples leyendas, pero cuando el río suena, agua lleva. En cualquier caso, parece el lugar más probable para refinar el petróleo.

—Y desde allí lo transportarán al lugar donde Farson esté esperando —dijo Cutberto—. No es que eso nos importe a nosotros; ya tenemos suficiente trabajo aquí en Mejis.

—He estado esperando para apoderarme de todo —dijo Rolando—. De todo su maldito botín.

—Por si no te hubieras dado cuenta, aquí nuestro amigo es un poquito ambicioso —dijo Cutberto, guiñando el ojo.

Rolando no le prestó atención. Estaba mirando hacia el Cañón de la Armella. Aquella noche no se escuchaba ningún ruido desde allí; el viento había cambiado de dirección y se había alejado de la ciudad.

—Si pudiéramos incendiar el petróleo, todo lo demás ardería con él... y el petróleo es lo más importante. Quiero destruirlo y largarme de aquí. Los cuatro.

—Pretenden entrar en acción el Día de la Siega, ¿verdad? —preguntó Susan.

—Pues sí, eso parece —contestó Cutberto, echándose a reír con una risa sonora y contagiosa, balanceándose hacia delante y hacia atrás, sujetándose el estómago como hubiera hecho un niño.

Susan lo miró, perpleja.

—¿Qué ocurre? ¿De qué te ríes?

—No puedo decirlo —contestó sin dejar de reírse—. Es demasiado para mí. Me pasaré todo el rato riendo, y Rolando se enfadará. Cuéntaselo tú, Al. Cuéntale la visita que nos hizo el agente Dave.

—Vino a vernos a la Franja K —dijo Alain con una sonrisa en los labios—. Nos habló como si fuera nuestro tío. Nos dijo que a la gente de Hambria no le gusta que haya forasteros en sus fiestas y que lo mejor sería que el día de la luna llena nos quedáramos en casa.

—¡Eso es un disparate! —exclamó Susan indignada, como cuando alguien oye hablar mal de su ciudad—. ¡Nosotros recibimos con agrado a los forasteros en nuestras ferias y siempre lo hemos hecho! ¡No somos... un hatajo de salvajes!

—Calma, calma—dijo Cutberto, riéndose—. Ya lo sabemos, pero el agente Dave no sabe que lo sabemos, ¿verdad? Sabe que su mujer hace el mejor té blanco en muchos kilómetros a la redonda, pero de todo lo demás el agente Dave no tiene ni idea. Supongo que el Sheriff Herk sabe algo más, aunque no demasiado.

—Las molestias que se han tomado para avisarnos significan dos cosas —dijo Rolando—. La primera, que pretenden entrar en acción el Día de la Siega, tal como tú has dicho, Susan. Y la segunda, que creen que pueden robar los bienes de Farson delante mismo de nuestras narices.

—Y tal vez echarnos después la culpa a nosotros —dijo Alain.

Susan miró con curiosidad de uno a otro.

—Y entonces, ¿qué habéis planeado?

—Destruir lo que han dejado en Citgo como cebo para nosotros y atacarlos en el lugar donde se reúnen —dijo en voz baja Rolando—. Es la Roca Colgante. Por lo menos la mitad de los depósitos que piensan trasladar al oeste ya está allí. Dispondrán de un contingente de hombres. Puede que sean doscientos, aunque yo creo que al final serán menos. Tengo intención de provocar la muerte de todos estos hombres.

—Si ellos no mueren, moriremos nosotros —dijo Alain.

—¿Y cómo podemos nosotros cuatro matar a doscientos soldados?

—No podemos. Pero si conseguimos prender fuego a uno o dos depósitos se producirá una explosión, probablemente espantosa. Los soldados supervivientes quedarán aterrorizados y los jefes supervivientes se pondrán furiosos. Nos verán porque dejaremos que nos vean...

Alain y Cutberto lo estaban mirando sin apenas respirar. Lo demás se lo había dicho o ellos lo habían adivinado, pero aquella parte era la que Rolando se había guardado hasta aquel momento.

—Y después, ¿qué? —preguntó Susan, asustada.

—Creo que podremos empujarlos al Cañón de la Armella —contestó Rolando—.

Creo que podremos empujarlos a la raedura.

5

Un silencio sobrecogedor siguió a sus palabras. Después Susan le dijo, no sin cierto respeto:

—Estás loco.

—No —replicó Cutberto en tono pensativo—. No lo está. Estás pensando en aquella especie de grieta de la pared del cañón, ¿verdad, Rolando? La que hay justo antes de la formación rocosa del suelo del canon.

Rolando asintió con la cabeza.

—Cuatro podrían encaramarse por allí sin demasiada dificultad. Arriba amontonaremos una considerable cantidad de rocas. Suficiente para provocar un corrimiento de tierras sobre cualquiera que intente seguirnos.

—Eso es horrible —dijo Susan.

—Es el instinto de supervivencia —contestó Alain—. Si se apoderan del petróleo y lo utilizan, matarán a todos los hombres de la Afiliación que se les pongan por delante. El Hombre Bueno no hace prisioneros.

—No he dicho que esté mal sino que es horrible.

Guardaron silencio un instante. Eran cuatro niños que se proponían asesinar a doscientos hombres. Sólo que no todos serían hombres; muchos, quizá la mayoría, serían muchachos de aproximadamente su misma edad.

Susan rompió por fin el silencio:

—Y los que no queden atrapados en el corrimiento de tierras, volverán a salir del cañón.

—No, no saldrán.

Alain había visto la configuración del terreno y ahora había comprendido la situación casi por completo. Rolando estaba asintiendo con la cabeza y su boca esbozaba una leve sonrisa.

—¿Por qué no?

—La maleza de la entrada del cañón. Le vamos a prender fuego, ¿verdad, Rolando? Y si los vientos dominantes soplan aquel día... el humo...

—Los empujará hacia dentro —convino Rolando—. Hacia el interior de la raedura.

—¿Y cómo prenderéis fuego a la maleza? —preguntó Susan—. Ya sé que está muy seca, pero no tendréis tiempo de utilizar un fósforo y tampoco el eslabón con el

pedernal.

—En eso tú nos podrías ayudar —dijo Rolando—, y también en prender fuego a los depósitos de petróleo. No podemos tener la certeza de que los disparos de nuestras armas provoquen una explosión; el crudo es mucho menos inflamable de lo que cree la gente. Y yo espero que Sheemie te eche una mano.

—Dime lo que quieres.

6

Se pasaron otros veinte minutos hablando, pero sin ultimar demasiado los detalles del plan; todos comprendían que si planificaban demasiado y las cosas cambiaban de repente, podrían quedarse paralizados. Ka los había empujado hasta allí y quizá fuera mejor que confiaran en ka -y en su propia valentía- para expulsar a aquella gente.

Cutberto no era muy partidario de implicar a Sheemie, pero al final lo aceptó. La participación del muchacho sería mínima aunque no exactamente de bajo riesgo, y Rolando estaba de acuerdo en llevárselo consigo cuando abandonaran Mejis para siempre. Un grupo de cinco personas sería tan bueno como uno de cuatro, dijo.

—Muy bien —dijo Cutberto al final. Después se volvió hacia Susan—. Tú o yo tendremos que hablar con él.

—Lo haré yo.

—Asegúrate de que comprenda que no tiene que decirle ni una sola palabra a Coral Thorin —dijo Cutberto—. No es porque el Alcalde sea su hermano; es que no me fío de esa perra.

—Puedo darle otra razón mejor que la de Hart para no confiar en ella —dijo Susan—. Mi tía dice que está liada con Eldred Jonas. ¡Pobre tía Cord! Ha tenido el peor verano de su vida. Y no creo que el otoño sea mucho mejor. La gente la llamará la tía de una traidora.

—Algunos sabrán que eso no es cierto —dijo Alain—. Siempre los hay.

—Puede ser, pero mi tía Cordelia es de esas mujeres a las que nunca le cuentan chismorreos agradables. Y ella tampoco los cuenta. A ella también le gustaba Jonas.

Cutberto se quedó de piedra.

—¿Que le gustaba Jonas? ¡Por todos los frívolos dioses! ¡Hay que ver! Si ahorcaran a las personas por su mal gusto en amor, su tita sería de las primeras, ¿no cree?

Susan se echó a reír, abrazándose las rodillas y asintiendo con la cabeza.

—Ya es hora de que nos vayamos —dijo Rolando—. Si ocurriera algo que Susan tuviera que saber de inmediato, utilizaríamos la piedra roja del muro de roca del Corazón Verde.

—Muy bien —dijo Cutberto—. Vámonos de aquí. El frío de este lugar le devora a uno los huesos.

Rolando estiró las piernas para reanimarlas.

—Lo importante es que hayan decidido dejarnos libres mientras ellos nos rodean y corren. Es la ventaja que tenemos, y es muy buena. Y ahora...

La pausada voz de Alain lo interrumpió.

—Hay otra cuestión. Muy importante.

Rolando volvió a sentarse en cuclillas y miró a Alain con curiosidad.

—La bruja.

Susan se sobresaltó, pero Rolando se limitó a soltar una impaciente carcajada.

—Ella no tiene ni idea de lo que nos traemos entre manos, Al... no veo cómo podría saberlo. No creo que forme parte de la conspiración de Jonas...

—Yo tampoco —dijo Alain.

—... y Cutberto y yo la convencimos de que mantuviera la boca cerrada respecto a Susan y a mí. De no haberlo hecho, a estas horas la tía de Susan habría armado una buena.

—Pero ¿es que no lo ves? —dijo Alain—. Lo importante no es a quién se lo hubiera podido decir Rea. Lo importante es cómo se enteró.

—Es de color de rosa —dijo Susan de repente. Se estaba acariciando la parte del cabello que se había cortado y que ya le estaba empezando a crecer de nuevo.

—¿Qué es de color de rosa? —preguntó Alain.

—La luna —contestó Susan, sacudiendo la cabeza—. No sé. No sé lo que me digo. Tengo tan poco seso como Pinch y Jilly... ¿Rolando? ¿Qué ocurre? ¿Te duele algo?

Rolando ya no estaba sentado en cuclillas; se había sentado sobre el suelo cubierto de pétalos de flores y parecía que estuviera haciendo un esfuerzo por no desmayarse. En el exterior del panteón se oyó el rugido de las hojas caídas y el grito de un chotacabras.

—Queridos dioses —dijo en voz baja—. No puede ser. No puede ser cierto.

Sus ojos se cruzaron con los de Cutberto.

La expresión burlona había desaparecido del rostro de éste dando paso a un

semblante despiadado y pétreo que ni su propia madre hubiera reconocido... o no hubiera querido reconocer.

—Rosa —dijo Cutberto—. Qué curioso... la misma palabra que tu padre pronunció casualmente poco antes de nuestra partida, ¿no es cierto, Rolando? Nos advirtió que tuviéramos cuidado con el rosa. Y nosotros pensamos que era una broma. Casi.

—¡Joder! —exclamó Alain, abriendo enormemente los ojos.

Al darse cuenta de lo que había dicho en presencia de la novia de su mejor amigo, se cubrió la boca con las manos y se puso colorado como un tomate.

Susan apenas se dio cuenta. Estaba mirando a Rolando con creciente temor y desconcierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué es lo que sabes? ¡Dímelo! ¡Dímelo!

—Me gustaría volver a hipnotizarte, tal como hice aquel día en la salceda —dijo Rolando—. Quiero hacerlo ahora mismo, antes de que sigamos hablando de este asunto y arrojemos más barro sobre tus recuerdos.

Rolando se había metido la mano en el bolsillo mientras ella hablaba. Sacó un caparazón de molusco y lo hizo bailar una vez más sobre el dorso de su mano. Los ojos de Susan se clavaron en él de inmediato como si fueran un trozo de acero atraído por un imán.

—¿Me permites? —le preguntó él—. Dame permiso, cariño.

—Sí, como tú quieras. —Los ojos de Susan se estaban abriendo y empañando progresivamente—. No sé por qué crees que esta vez tiene que ser distinta, pero...

Dejó de hablar y sus ojos siguieron la danza del caparazón de molusco sobre la mano de Rolando. Cuando éste dejó de moverlo y lo apresó en su puño, los ojos de Susan se cerraron. Su respiración era suave y regular.

—Dioses, se ha quedado dormida como un tronco —musitó Cutberto, sorprendido.

—Ha sido hipnotizada antes. Creo que por Rea. —Rolando hizo una pausa—. Después dijo—: Susan, ¿me oyes?

—Sí, Rolando, te oigo muy bien.

—Quiero que también oigas otra voz.

—¿La de quién?

Rolando le hizo señas a Alain de que se acercara. Si alguien podía traspasar el bloqueo de la mente de Susan (o encontrar la manera de rodearlo), sería él.

—La mía, Susan —dijo Alain, acercándose a Rolando—. ¿La conoces?

Susan sonrió con los ojos cerrados.

—Sí, tú eres Alain. El que se llamaba Richard Stockworth.

—Exacto.

Alain dirigió a Rolando una nerviosa e inquisitiva mirada «¿Qué tengo que preguntarle?», pero Rolando no contestó. Se encontraba en dos lugares simultáneamente y oía dos voces distintas.

Susan, junto al arroyo de la salceda: «Ella dice "Sí, encanto, eso es, eres una buena chica", y todo se volvió de color de rosa.»

Su padre, en el patio de la parte de atrás de la Gran Sala: «Es el pomelo. Con lo cual quiero decir que es la de color de rosa.»

La de color de rosa.

7

Los caballos ya estaban ensillados y cargados: los tres muchachos se situaron delante de ellos, externamente tranquilos, pero por dentro presa de una febril ansia de marcharse. El camino y los misterios que éste encierra a nadie atraen tanto como a los jóvenes.

Estaban en el patio situado al este de la Gran Sala, no lejos del lugar donde Rolando había vencido a Cort, poniendo con ello en marcha todas aquellas cosas. Eran las primeras horas del día, el sol aún no había salido y la bruma cubría los verdes campos en forma de cintas grises. A una distancia de unos veinte pasos, los padres de Cutberto y de Alain montaban guardia con las piernas separadas y las manos apoyadas en las culatas de sus armas de fuego. No era probable que Marten (que, de momento, se había ausentado del palacio y, que ellos supieran, de la propia Gilead) organizara algún ataque contra ellos -allí no-, pero tampoco se podía excluir por entero aquella posibilidad.

Así pues, sólo les habló el padre de Rolando mientras montaban en sus cabalgaduras para iniciar su viaje al este hacia Mejis y el Arco Exterior.

—Una última cosa —les dijo mientras ajustaban las cinchas de sus sillas de montar—. Dudo que veáis algo que guarde relación con nuestros intereses, en Mejis no creo, pero quiero que estéis atentos a la presencia de un color del arco iris. Del Arco Iris del Mago, quiero decir. —Soltó una risita y añadió—: Es el pomelo. Con lo cual quiero decir que es la de color de rosa.

—El Arco Iris del Mago es sólo un cuento de hadas —dijo Cutberto, respondiendo

a la sonrisa de Steven con otra sonrisa. Pero entonces debió de ver algo en los ojos de Steven Deschain pues su sonrisa vaciló—. ¿Verdad?

—No todas las antiguas historias son ciertas, pero creo que la del Arco Iris de Merlín sí lo es —contestó Steven—. Se dice que antiguamente había trece bolas de cristal en él, una por cada uno de los Doce Guardianes y otra que representaba el punto de unión de los Haces.

—Una para la Torre —dijo Rolando en voz baja notando que se le ponía la carne de gallina—. Una para la Torre Oscura.

»Sí, se llamaba Trece cuando yo era pequeño. A veces contábamos historias sobre la bola negra alrededor del fuego y nos moríamos de miedo... a no ser que nuestros padres nos sorprendieran. Mi padre decía que no era prudente hablar de la Trece pues cuando ésta oía pronunciar su nombre, podía rodar hacia ti. Pero la Trece Negra a vosotros no os importa... ahora no os importa en absoluto. No, es la de color de rosa. El Pomelo de Merlín.

No había manera de saber hasta qué extremo hablaba en serio... o si realmente hablaba en serio.

—Si existieron de verdad las otras bolas del Arco Iris del Mago, ahora casi todas están rotas. Estas cosas nunca permanecen mucho tiempo en un lugar o en unas mismas manos, ¿sabéis?, y hasta el cristal encantado se puede romper. Es posible sin embargo que por lo menos tres o cuatro curvas del Arco Iris aún estén girando alrededor de este triste mundo nuestro. La azul casi con toda seguridad. Una tribu del desierto de lentos mutantes (los Cerdos Totales se llamaban) lo tuvo en su poder hace menos de cincuenta años, aunque desde entonces se le ha vuelto a perder la pista. La verde y la de color anaranjado dicen que están en Lud y Dis respectivamente. Y puede que también la de color de rosa.

—¿Qué hacen exactamente? —preguntó Rolando—. ¿Para qué sirven?

—Para ver. Según se cree, algunos colores del Arco Iris del Mago ven el futuro. Otros ven otros mundos, los mundos en los que viven los demonios, los mundos a los que, al parecer, se fue el Pueblo Antiguo cuando abandonó el nuestro. Es posible que también muestren el lugar donde se encuentran las puertas secretas entre los mundos. Dicen que otros colores pueden ver muy lejos en nuestro mundo y cosas que la gente preferiría mantener en secreto. Nunca ven lo bueno; sólo lo malo. Nadie sabe a ciencia cierta hasta qué punto eso es verdad y hasta qué punto es un mito. —Steven los miró mientras la sonrisa se iba borrando poco a poco de sus labios—. Sin embargo,

sabemos que, al parecer, John Farson posee un talismán, algo que brilla en su tienda hasta muy entrada la noche... a veces antes de las batallas, y a veces antes de que se produzcan grandes movimientos de tropas y caballos o antes de que se anuncien tormentosas decisiones. Y este talismán despide un resplandor rosado.

—A lo mejor tiene una luz eléctrica y le coloca encima un pañuelo de color de rosa cuando reza —dijo Cutberto, mirando a sus amigos un poco a la defensiva—. No es una broma, hay gente que lo hace.

—Es posible —dijo el padre de Rolando—. A lo mejor es eso o algo parecido. Pero a lo mejor es algo mucho más importante. Lo único que yo puedo decir, por lo que sé, es que nos sigue derrotando, se nos sigue escapando y sigue apareciendo donde menos se le espera. Si la magia está en él y no en un talismán que posee, los dioses se apiaden de la Afiliación.

—Si quieres vigilaremos —dijo Rolando—, pero Farson está en el norte o en el oeste. Y nosotros vamos al este. Como si su padre no lo supiera.

—Si es un trozo del Arco Iris —contestó Steven—, podría estar en cualquier parte, tanto en el este como en el sur o en el oeste. No lo puede llevar constantemente consigo, ¿comprendéis? Por mucho que eso le tranquilizara la mente y el corazón. Nadie lo puede llevar.

—¿Por qué no?

—Porque están vivos y tienen hambre —contestó Steven—. Uno empieza utilizándolos y acaba siendo utilizado por ellos. Si Farson tiene en su poder un trozo del Arco Iris, lo más seguro es que lo envíe lejos y lo reclame sólo cuando lo necesite. Comprende el riesgo que corre de perderlo, pero también comprende el riesgo que supone el hecho de conservarlo consigo demasiado tiempo.

Había otra pregunta que los otros dos no podían preguntar por educación. Rolando sí podía y lo preguntó.

—¿Hablas en serio, papá? Porque no nos estarás tomando el pelo, ¿verdad?

—Os envío lejos de aquí a una edad en que muchos chicos todavía no duermen bien si su madre no les da un beso de buenas noches —dijo Steven—. Espero veros a los tres sanos y salvos; Mejis es un lugar tranquilo y encantador, o lo era cuando yo era chico, pero nunca se sabe. Tal y como están hoy en día las cosas, nadie puede estar seguro de nada. No os enviaría lejos de aquí con una broma y una carcajada. Me asombra que me lo preguntes.

—Te pido perdón —dijo Rolando.

Se había establecido una precaria paz entre él y su padre y no quería romperla. Pero estaba deseando marcharse. Rusher se agitó bajo su cuerpo como si secundara sus pensamientos.

—No espero que veáis la bola de cristal de Merlín, pero tampoco esperaba despediros a los catorce años con unos revólveres guardados en vuestros sacos de dormir. Ka está actuando y, cuando actúa ka, todo es posible.

Steven se quitó lentamente el sombrero, dio un paso atrás y les hizo una reverencia.

—Id en paz, muchachos. Y regresad sanos y salvos.

—Largos días y agradables noches, señor —dijo Alain.

—Buena suerte —dijo Cutberto.

—Te quiero —dijo Rolando.

Steven asintió con la cabeza.

—Gracias, yo también a ti. Os doy mi bendición, muchachos.

Esto último lo dijo levantando la voz mientras los otros dos hombres, Robert Allgood y Christopher Johns -que en la época de su alocada juventud había sido conocido con el sobrenombre de El Ardiente Chris- añadían sus propias bendiciones.

De esta manera los tres muchachos cabalgaron hacia su correspondiente extremo del Gran Camino, rodeados por todas partes por un verano tan sofocante como un jadeo. Rolando levantó la vista y vio algo que le hizo olvidar todo lo que su padre le había dicho acerca del Arco Iris del Mago. Era su madre, asomada a la ventana del dormitorio de su apartamento: el óvalo de su rostro enmarcado por la eterna piedra gris del ala oeste del castillo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero ella levantó la mano en un amplio gesto de saludo. De los tres muchachos, sólo la vio Rolando.

Y no le devolvió el saludo.

8

—¡Rolando! —Un codo le golpeó las costillas con la suficiente fuerza como para disipar aquellos poderosos y brillantes recuerdos y devolverlo al presente. Era Cutberto—. ¡Haz algo, si tienes intención de hacerlo! ¡Sácanos de esta casa de muerte antes de que los temblores me arranquen la piel de los huesos!

Rolando acercó los labios al oído de Alain. —Prepárate para ayudarme.

Alain asintió con la cabeza.

Rolando se volvió hacia Susan.

—Después de la primera vez que estuvimos juntos an-tet, tú bajaste a la orilla del arroyo de la salceda.

—Sí.

—Y te cortaste una parte del cabello.

—Sí. —Con el mismo tono de voz soñador—. Es cierto.

—¿Te lo hubieras cortado todo?

—Sí, todos los rizos y mechones.

—¿Sabes quién te dijo que te lo cortaras?

Una prolongada pausa. Rolando estaba a punto de volverse hacia Alain cuando ella dijo:

—Rea. —Otra pausa—. Quería estropeármelo.

—Sí, pero ¿qué ocurrió después? ¿Qué ocurrió mientras estabas en la puerta?

—Ah, pero antes había ocurrido otra cosa.

—¿Qué?

—Fui por leña —dijo Susan sin añadir nada más.

Rolando miró a Cutberto y éste se encogió de hombros. Alain extendió las manos. Rolando estaba a punto de pedirle a éste que se adelantara, pero pensó que todavía no era el momento.

—Dejemos ahora lo de la leña —dijo— y lo que ocurrió antes. Quizás hablaremos de eso después, pero no ahora. ¿Qué ocurrió cuando ya te ibas? ¿Qué te dijo sobre el cabello?

—Me habló en voz baja al oído. Y tenía un hombre Jesús.

—¿Qué te dijo en voz baja?

—No lo sé. Esta parte es rosa.

Ya estaba. Rolando le hizo una seña a Alain. Éste se mordió el labio y se adelantó. Parecía asustado, pero cuando tomó las manos de Susan en las suyas y le habló, su voz sonaba serena y tranquilizadora.

—¿Susan? Soy Alain Johns. ¿Me conoces?

—Sí, eres Richard Stockworth.

—¿Qué te susurró Rea al oído?

Un frunce tan leve como una sombra en día nublado le arrugó la frente.

—No puedo verlo. Está rosa.

—No es necesario que lo veas —dijo Alain—. Ahora no nos interesa ver nada. Cierra los ojos para no ver.

—Están cerrados —replicó ella con cierta irritación en la voz. «Está asustada», pensó Rolando. Estuvo muy tentado de decirle a Alain que se detuviera y la despertara, pero se abstuvo de hacerlo.

—Los de dentro —le dijo Alain—. Los que miran desde la memoria. Ciérralos, Susan. Ciérralos por tu padre y dime no lo que ves sino lo que oyes. Dime lo que ella dijo.

De una forma estremecedoramente inesperada, los ojos del rostro de Susan se abrieron mientras los de su mente se cerraban.

Miró a Rolando y le traspasó el cuerpo con los ojos de una estatua antigua. Rolando reprimió un grito.

—¿Estabas en la puerta, Susan? —preguntó Alain.

—Sí, estábamos las dos.

—Vuelve allí.

—Sí. —Una voz soñadora, débil, pero muy clara—. Incluso con los ojos cerrados puedo ver la luz de la luna. Es tan grande como un pomelo.

«Es el pomelo -pensó Rolando-. Con lo cual quiero decir que es la de color de rosa.»

—¿Y qué oyes? ¿Qué te dice?

—No, digo yo. —Una irritada voz de niña pequeña—. Primero hablo yo, Alain. Digo, «¿Ya ha terminado nuestro asunto?» y ella me dice «Puede que haya otra cosita»... y entonces... entonces...

Alain le apretó levemente las manos, para transmitirle el toque o cualquier otro don que él pudiera poseer. Ella hizo un pequeño intento de apartarse, pero él no se lo permitió.

—¿Y entonces qué? ¿Qué ocurrió a continuación?

—Ella tiene una medallita de plata.

—¿Sí?

—Se inclina hacia delante y me pregunta si la oigo. Aspiro su aliento. Huele a ajo. Y a otras cosas todavía peores. —El rostro de Susan se contrae en una mueca de desagrado—. Le digo que la oigo. Ahora puedo ver. Veo la medalla que tiene.

—Muy bien, Susan —dijo Alain—. ¿Qué otra cosa ves? .

—A Rea. Parece una calavera bajo la luz de la luna. Una calavera con cabello.

—Dioses —murmuró Cutberto, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Dice que tengo que escuchar. Le digo que escucharé. Dice que tengo que

obedecer. Le digo que obedeceré. Me dice «Eso es, eres una buena chica». Me acaricia el cabello. Todo el rato. La trenza. —Susan levantó una pálida y soñadora mano hacia su rubio cabello en medio de las sombras de la cripta—. Y después me dice que tendré que hacer una cosa cuando pierda la virginidad. Me dice «Espera a que esté dormido a tu lado y entonces córtate el cabello. Todos los mechones. A ras del cráneo».

El muchacho la miró con creciente horror mientras su voz se convertía en la de Rea, con los mismos gruñidos y las mismas cadencias quejumbrosas de la vieja de Cos. Hasta su rostro -salvo los fríos ojos soñadores- se había transformado en el rostro de una bruja.

—«¡Córtatelo todo, chica, todos los mechones de puta que tienes, y regresa junto a él tan calva como te parió tu madre! ¡A ver si entonces le gustas!»

Susan se calló. Alain volvió su pálido rostro hacia Rolando. Le temblaban los labios, pero aún sostenía las manos de Susan entre las suyas.

—¿Por qué es de color de rosa la luna? —preguntó Rolando—. ¿Por qué es la luna de color de rosa cuando intentas recordar?

—Es su hechizo. —Susan parecía entre sorprendida y contenta. Confiada—. La guarda debajo de la cama. No sabe que yo la vi.

—¿Estás segura?

—Sí —contestó Susan, añadiendo con toda naturalidad—: Me hubiera matado si lo hubiera sabido. —Soltó una risita que los escandalizó a todos—. Rea guarda la luna en una caja debajo de la cama.

Esto último lo dijo con un sonsonete de niña pequeña.

—¿Una luna de color de rosa? —dijo Rolando.

—Sí.

—¿Debajo de la cama?

—Sí. —Esta vez Susan consiguió soltar sus manos de la presa de Alain. Describió con ellas un círculo en el aire y, mientras lo contemplaba, se dibujó en su rostro una expresión de codicia muy parecida a una mueca—. Me gustaría tenerla, Rolando. Me gustaría mucho. ¡Una luna preciosa! La vi cuando ella me envió por la leña. A través de su ventana. Ella... parecía joven. Me gustaría tener una cosa así —añadió.

—No, mejor que no la tengas. Pero ¿dices que estaba debajo de su cama?

—Sí, en un mágico lugar que ella crea con los movimientos de sus manos.

—Tiene un trozo del Arco Iris de Merlín —dijo Cutberto en tono asombrado—. La vieja bruja tiene aquello de lo que nos habló tu padre. ¡No me extraña que sepa todo lo que ella hace!

—¿Necesitamos algo más? —preguntó Alain—. Se le han enfriado mucho las manos. No quiero llevarla a un nivel tan profundo. Ha ido todo muy bien, pero...

—Creo que ya es suficiente.

—¿Le digo que olvide?

Rolando sacudió inmediatamente la cabeza. Eran ka-tet para bien o para mal. Tomó los dedos de Susan y comprobó que efectivamente estaban muy fríos.

—¿Susan?

—Sí, cariño.

—Voy a decir un verso. Cuando termine, lo recordarás todo tal como has hecho antes. ¿De acuerdo?

Susan sonrió y volvió a cerrar los ojos.

—Pájaro y oso y liebre y pez...

Con una sonrisa en los labios, Rolando terminó el verso:

—A mi amor su deseo concededle de una vez.

Susan abrió los ojos, sonriendo.

—Tú —repitió, besándolo—. Todavía tú, Rolando. Todavía tú, amor mío.

Sin poder evitarlo, Rolando la rodeó con sus brazos.

Cutberto apartó la mirada. Alain se miró las botas y carraspeó.

9

Mientras regresaban a la Costa, Susan le preguntó a Rolando, rodeándole la cintura con sus brazos:

—¿Le arrebatarás la bola de cristal?

—De momento es mejor dejarla donde está. Jonas la dejó bajo su custodia en nombre de Farson, estoy seguro. La tienen que enviar al oeste con el resto del botín; de eso también estoy seguro. Ya abordaremos esta cuestión cuando tratemos los depósitos de petróleo y los hombres de Farson.

—¿Y nos la llevaremos?

—Nos la llevaremos o la romperemos. Creo que será mejor que se la lleve a mi padre, aunque eso también tiene sus riesgos. Tendremos que andarnos con cuidado. Es un hechizo muy poderoso.

—¿Y si ella ve nuestros planes? ¿Y si advierte a Jonas o a Kimba Rimer?

—Si no nos ve acercarnos para llevarnos su precioso juguete, no creo que le importen los planes que tengamos. Me parece que le hemos pegado un buen susto, y si de veras la bola de cristal se ha apoderado de ella, lo que más querrá hacer en estos momentos será pasarse el rato mirándola.

—Y quedarse con ella. Eso también lo querrá.

—Sí.

El camino que estaba recorriendo Rusher atravesaba los bosques que cubrían los farallones. A través de las ramas podían ver el muro gris cubierto de hierba de la Casa del Alcalde y oír el rítmico rumor de las olas que rompían en el guijarral de abajo.

—¿Puedes entrar sin peligro, Susan?

—No temas.

—¿Y sabes lo que tú y Sheemie tendréis que hacer?

—Sí. Me siento mejor de lo que jamás me he sentido desde hace muchos años. Es como si mi mente se hubiera librado finalmente de unas antiguas sombras.

—En tal caso, tienes que darle las gracias a Alain. Yo no lo hubiera podido hacer.

—Sus manos tienen poderes mágicos.

—Sí.

Ya habían llegado a la puerta de servicio. Susan desmontó con toda soltura. Ronaldo también desmontó y le rodeó la cintura con su brazo. Susan estaba contemplando la luna.

—Mira, ha crecido tanto que ya se empieza a ver la cara del Demonio. ¿La ves?

Una nariz afilada, una sonrisa siniestra. Aún no se veían los ojos, pero ya se distinguía algo.

—Cuando era pequeña me daba mucho miedo. —Susan hablaba en susurros, pensando en las personas que había al otro lado del muro—. Bajaba las persianas cuando había Luna llena del Demonio. Temía que alargara la mano si me veía, que me llevara allí arriba y se me comiera. —Le temblaban los labios—. Los niños son muy tontos, ¿verdad?

—A veces. —Rolando no tenía miedo de la Luna del Demonio cuando era pequeño, pero a ésta sí se lo tenía. El futuro estaba muy oscuro y el camino hacia la luz era muy estrecho—. Te quiero, Susan. Con todo mi corazón.

—Lo sé. Y yo te quiero a ti.

Susan le dio un beso en la boca con sus dulces labios abiertos. Tomó su mano, la

apoyó brevemente sobre su pecho y besó la cálida palma. Él la estrechó en sus brazos mientras ella contemplaba la luna creciente.

—Falta una semana para la Siega —dijo Susan—. «Fin de año», así la llaman los vaqueros y los labradores. ¿La llaman también así en vuestra tierra?

—Algo muy parecido —contestó Rolando—. Allí la llamamos el cierre del año. Las mujeres andan por allí repartiendo mermeladas y besos.

Susan se rió suavemente contra su hombro.

—En el fondo las cosas no me parecen tan distintas.

—Tienes que guardar los mejores besos para mí.

—Lo haré.

—Cualquier cosa que ocurra, tú y yo estaremos juntos —dijo Rolando, pero la Luna del Demonio se rió en medio de la estrellada oscuridad que se cernía sobre el Mar Limpio, como si conociera un futuro distinto.

CAPÍTULO VI

EL CIERRE DEL AÑO

1

O sea que ahora llega a Mejis el «fin de año» que en el centro del Mundo Medio se llama el «cierre del año». Viene tal como siempre ha venido otras mil veces... o diez mil, o cien mil. Nadie lo sabe con certeza; el mundo ha seguido adelante y el tiempo se ha vuelto muy raro. En Mejis dicen «El tiempo es un rostro en el agua».

En los campos, los hombres y las mujeres recogen las últimas patatas envueltos en gruesos sarapes y con las manos protegidas por guantes pues ahora la dirección del viento ha cambiado bruscamente y sopla con fuerza de este a oeste y en el aire siempre se aspira un olor a sal que es como un olor de lágrimas. Los campesinos recogen alegremente las últimas hileras, hablando de lo que harán y de las juergas que se correrán en la Feria de la Siega, pero perciben en el viento toda la antigua tristeza otoñal; la desaparición del año que se les escapa como el agua de una corriente tal como todos ellos saben muy bien aunque nadie lo diga.

En los huertos de árboles frutales, unos jóvenes se ríen alegremente mientras recogen las últimas peras que están más arriba y se balancean como los nidos de los cuervos (cuando soplan aquellos vientos tan fuertes, que sin embargo no pueden considerarse vendavales, los últimos días de la recogida les pertenecen sólo a ellos). Arriba, en los azules y brillantes cielos sin nubes, las bandadas de gansos vuelan hacia el sur, gritand9 adiós con sus roncos graznidos.

Las pequeñas embarcaciones de pesca se sacan del agua y sus propietarios, casi todos ellos desnudos de cintura para arriba a pesar del aire frío, les rascan los cascos y los vuelven a pintar, entonando viejas canciones mientras trabajan...

¡Soy un hombre de un mar azul turquí, y todo lo que vi, lo que vi, soy un hombre de la Baronía de aquí, y era mío todo lo que vi!

Soy un hombre de la clara y azul bahía, y todo lo que decía, lo que decía, hasta que mis redes llenar podía, todo era bueno lo que yo decía.

Y a veces se lanzaba un barrilito de graf de uno a otro muelle. Ahora sólo quedan en la bahía las embarcaciones más grandes, trazando en el agua unos grandes círculos que señalan el lugar donde han echado las redes, como un perro pastor que rodea un rebaño de ovejas. Al mediodía la bahía se convierte en una ondulada sábana de fuego otoñal y los hombres se sientan a almorzar en sus embarcaciones con las

piernas cruzadas y saben que todo lo que ven es suyo... por lo menos hasta que aparezcan por el horizonte las grises tormentas otoñales y empiecen a escupir sus ráfagas de nieve y cellisca.

El cierre del año.

Ahora en las calles de Hambria se encienden por la noche las luces de la Siega y los espantapájaros tienen las manos pintadas de rojo. Por todas partes cuelgan amuletos de la Siega y la actividad sexual se interrumpe casi por completo aunque las mujeres besen y sean besadas a menudo por hombres desconocidos. Ésta se reanuda (casi se podría decir que a toque de trompeta) la Noche de la Siega. Y al año siguiente habrá la consabida cosecha de bebés de la Siega.

En la Pendiente, los caballos galopan desesperadamente como si comprendieran (probablemente lo comprenden) que su período de libertad está a punto de terminar. Dan media vuelta y se detienen de cara al oeste cuando sopla el viento, mostrando sus traseros al invierno. En los ranchos se retiran las redes de los porches y se vuelven a colocar las persianas. En las grandes cocinas de los ranchos y en las más pequeñas de las granjas nadie roba besos de Siega y nadie piensa tan siquiera en el sexo. Es el momento de la preparación de conservas y la acumulación de provisiones, y las cocinas se llenan de vapor y palpitan de calor desde antes del amanecer hasta mucho después del anochecer. Se huele a manzanas y remolachas, a alubias y aguaturmas, y a tiras de carne curada. Las mujeres trabajan noche y día sin descanso, se van a la cama como unas sonámbulas y permanecen tendidas como cadáveres hasta que la oscura mañana las vuelve a llamar a las cocinas.

Se queman hojas en los patios de la ciudad y, a medida que avanza la semana y el rostro del Viejo Demonio se va dibujando con más claridad, se van echando cada vez más espantapájaros de manos rojas a las hogueras. Las hacinas de maíz arden como antorchas en los campos, y a menudo los espantapájaros arden con ellas y sus rojas manos y sus ojos en forma de cruz se ondulan en medio del calor. Los hombres rodean las hogueras en solemne silencio. Nadie dirá qué terribles y antiguas costumbres y a qué inefables y antiguos dioses se pretende aplacar con la quema de los espantapájaros, pero ellos lo saben muy bien. De vez en cuando, alguno de ellos murmura por lo bajo dos palabras: «árbol charyou».

Ya están cerrando el año.

En las calles se oyen los estallidos de los petardos, y a veces una traca más sonora que asusta incluso a los plácidos caballos de tiro mientras resuenan las risas de

los niños. En el porche del Mercantil y en el Descanso de los Viajeros de la acera de enfrente, se intercambian besos -a veces húmedamente abiertos y con dulce meneo de lenguas-, pero las putas de Coral Thorin («criaditas de algodón» gustan de llamarse a sí mismas las más pizpiretas como Gert Moggins) se mueren de aburrimiento. Pocos clientes van a tener esta semana.

Eso no es el Fin de Año en que se queman los troncos y en todos los graneros de Mejis se organizan bailes, pero en realidad lo es. Éste es el verdadero fin de año, el «árbol charyou», y todo el mundo, desde Stanley Ruiz en la barra bajo La Retozona, hasta los más lejanos vaqueros de Fran Lengyll allá junto al borde de la Mala Hierba, lo sabe. En el claro aire resuena una especie de eco, se siente en la sangre un ansia de otros lugares y en el corazón se percibe el latido de una soledad que canta como el viento.

Pero este año hay además otra cosa: una sensación de que algo no marcha bien, aunque nadie la puede expresar con palabras. Muchas personas que jamás en su vida han tenido pesadillas se despiertan gritando durante la semana de fin de año; y muchos hombres que se consideran pacíficos no sólo se enzarzan en peleas sino que incluso las provocan; los muchachos insatisfechos que otros años se hubieran limitado a soñar con escaparse, este año lo hacen en serio y la mayoría de ellos no regresa tras haber pasado la primera noche durmiendo al raso.

Se tiene la sensación -imprecisa pero muy presente- de que esta estación las cosas no han ido bien. Es el cierre del año; es también el cierre de la paz pues aquí, en la soñolienta Baronía de Mejis del Mundo Exterior, está a punto de comenzar el último gran conflicto del Mundo Medio; aquí se empezará a derramar la sangre. Dentro de dos años, no más, el mundo tal como ha sido hasta ahora será destruido. Aquí es donde empieza. Desde su campo de rosas, la Torre Oscura grita con su voz de bestia. El tiempo es un rostro en el agua.

2

Coral Thorin estaba bajando por la Calle Mayor desde el hotel Vista de la Bahía cuando vio a Sheemie, que llevaba a Caprichoso por el ronzal en dirección contraria. El muchacho estaba cantando Amor desconsiderado con una fuerte y melodiosa voz. Caminaba despacio; los barriles que llevaba Capri en su grupa eran la mitad de grandes que los que había trasladado a Cos hacía muy poco tiempo.

Coral llamó alegremente a su chico para todo. Tenía motivos para estar alegre; a

Eldred Jonas la abstinencia de fin de año no le iba. Para ser un hombre con una pierna mala, su ingenio era extraordinario.

—¡Sheemie! —lo llamó—. ¿Adónde vas? ¿A la Costa?

—Sí —contestó Sheemie—. Les llevo el graf que han pedido. Todo el mundo viene a la Feria de la Siega, montones de gente. Bailan mucho, les entra calor y beben mucho graf para enfriarse. Qué guapa está usted, señorita Thorin, con estas mejillas tan sonrosadas.

—¡Vaya, hombre! ¡Eres muy amable, Sheemie!

Bailan mucho y les entra calor, había dicho Sheemie. A Coral el baile le daba igual, pero estaba segura de que la Siega de aquel año sería muy calurosa, pero que muy calurosa.

3

Miguel salió al encuentro de Sheemie en la arcada de la Costa, le dirigió la mirada de desprecio que reservaba a las clases inferiores, y a continuación sacó el tapón de corcho del primer barril y después el del segundo. El primero sólo lo olfateó, pero en el segundo introdujo el pulgar y se lo chupó con expresión pensativa. Las arrugadas mejillas hundidas y el movimiento de su vieja boca desdentada le conferían el aspecto de un antiguo niño con barba.

—Está bueno, ¿verdad? —le preguntó Sheemie—. Está más bueno que el pan. ¿Verdad viejo Miguel que llevas mil años aquí?

Sin dejar de chuparse el pulgar, Miguel miró a Sheemie con expresión avinagrada.

—Ándale. Ándale, simplón.

Sheemie rodeó con su mulo la casa para dirigirse a la cocina. Allí la brisa del océano era tan fuerte que hasta producía temblores. Saludó con la mano a las mujeres de la cocina, pero ni una sola de ellas le devolvió el saludo; lo más probable era que ni siquiera le hubieran visto. Una olla hervía en cada uno de los quemadores de la enorme cocina. Las mujeres -envueltas en las típicas túnicas de algodón de manga larga y con el cabello recogido hacia arriba y envuelto en unos pañuelos de vivos colores- se movían de un lado para otro cual fantasmas entrevistos en medio de la niebla.

Primero Sheemie tomó uno de los barriles de la grupa de Capri y después el otro. Soltando un gruñido, los llevó al gran depósito de madera de roble que había junto a la

puerta de atrás. Levantó la tapa del depósito, se inclinó y se apartó del fuerte olor del añejo graf que hacía llorar los ojos.

—¡Uf! —exclamó, sosteniendo en alto el primer barril—. ¡Sólo con oler esta cosa tan fuerte se podría uno emborrachar!

Vació el primer barril, procurando no derramar su contenido. Cuando terminó, el depósito ya estaba casi lleno. Tanto mejor, pues en la Noche de la Siega la cerveza de manzana saldría de los grifos de la cocina como si fuera agua.

Volvió a colocar los barriles vacíos en sus soportes, miró una vez más hacia el interior de la cocina para asegurarse de que nadie lo miraba (no lo miraba nadie; el chico bobalicón de la taberna de Coral era en lo que menos pensaba la gente aquella mañana) y entonces condujo a Capri, no por el camino por el que habían venido sino por un sendero que conducía a los cobertizos de almacenamiento de la Costa.

Eran tres, el uno al lado del otro y cada uno con su propio espantapájaros de rojas manos sentado delante. Los espantapájaros parecían mirarle y Sheemie se estremeció. Entonces recordó su visita a la casa de la muy bruja de la vieja Rea. Ella sí le había dado miedo. En cambio aquello no eran más que unos muñecos rellenos de paja.

—¿Susan? —llamó sin levantar la voz—. ¿Está ahí?

La puerta del cobertizo central estaba entreabierta. Ahora se abrió un poco más.

—¡Entra! —le dijo ella también en voz baja—. ¡Trae el mulo! ¡Date prisa!

Sheemie acompañó a Capri al cobertizo que olía a paja, alubias y arreos... y a otra cosa. Una cosa más fuerte. «Fuegos artificiales –pensó-. Y también pólvora.»

Susan, que se había pasado toda la mañana aguantando las pruebas finales de los vestidos, iba envuelta en una fina bata de seda y calzaba unas grandes botas de cuero. Llevaba el cabello recogido en unos rizadores de papel de color azul y rojo.

Sheemie se rió.

—Está usted muy graciosa, Susan, hija de Pat. Me entra risa.

—Sí, me tendría que pintar un artista —dijo Susan, un poco aturdida—. Tenemos que darnos prisa. Dispongo de veinte minutos antes de que me echen en falta. Y me echarán en falta mucho antes si este rijoso cabrón me busca... ¡corre!

Tomaron los barriles que Capri llevaba en su grupa. Susan se sacó del bolsillo de la bata un bocado roto de caballo y utilizó el extremo afilado para hacer palanca y levantar una de las tapas. Después le arrojó el bocado a Sheemie para que hiciera lo mismo con el otro. El áspero olor de manzana del graf llenó el cobertizo.

—¡Toma! —dijo Susan, arrojándole un suave trapo a Sheemie—. Sécalo todo lo

bien que puedas. No tiene que ser perfecto, están envueltos, pero es mejor asegurarse.

Limpiaron el interior de los barriles mientras Susan miraba continua y nerviosamente hacia la puerta.

—Bueno, muy bien ——dijo—. Los hay... de dos clases. Estoy segura de que no los echarán en falta; allí dentro hay cantidad suficiente como para volar medio mundo. —Se dirigió a la oscuridad del fondo del cobertizo, sosteniéndose el dobladillo de la bata con una mano mientras caminaba ruidosamente con las botas. Cuando regresó llevaba los brazos llenos de paquetes—. Éstos son los más grandes —dijo.

Sheemie los introdujo en uno de los barriles. Había una docena de paquetes en total, y Sheemie notaba unos objetos redondos en su interior, cada uno del tamaño del puño de un niño. Eran cohetes de los más gordos. Para cuando él terminó de colocarlos y de encajar la tapa del barril, ella ya había regresado con los brazos llenos de otros paquetes más pequeños. Sheemie los colocó en el otro barril. Al tacto parecían más pequeños; eran de los que no sólo explotaban sino que además se iluminaban con fuegos de colores.

Susan lo ayudó a colocar de nuevo los barriles en la grupa de Capri sin dejar de mirar hacia la puerta. Cuando consiguieron asegurar los barriles a los costados de Caprichoso, Susan lanzó un suspiro de alivio y se enjugó la sudorosa frente con el dorso de las manos.

—Gracias a los dioses que esta fase ya ha terminado —dijo—. ¿Ahora ya sabes adónde los tienes que llevar?

—Sí, Susan, hija de Pat. A la Franja K. Mi amigo Arthur Heath los guardará en lugar seguro.

—¿Y si alguien te pregunta qué estás haciendo por allí?

—Llevándoles un poco de graf a los chicos del Mundo Interior porque éstos han decidido no bajar a la ciudad para la Feria... ¿por qué no bajarán, Susan? ¿No les gustan las ferias?

—Muy pronto lo sabrás. No te preocupes por eso ahora, Sheemie. Vete... es mejor que te vayas.

Pero él seguía sin moverse.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Susan, procurando disimular su impaciencia—. Sheemie, ¿qué te pasa?

—Me gustaría que usted me diera un beso de fin de año, me gustaría mucho.

El rostro de Sheemie había adquirido un alarmante color rojo.

Susan se rió muy a pesar suyo; después se puso de puntillas y le besó la comisura de los labios. Tras el beso, Sheemie se dirigió flotando a la Franja K con su carga de fuego.

4

Al día siguiente Reynolds se fue a Citgo, galopando con la cabeza envuelta en un pañuelo que sólo le dejaba al descubierto los ojos. Se alegraría mucho de poder largarse de aquel maldito lugar que no sabía si era tierra de rancho o litoral. La temperatura no era muy baja, pero el viento cortaba como una navaja tras soplar por encima del agua. Sin embargo, eso no era todo: en Hambria y en todo Mejis se percibía una sensación como de tristeza a medida que los días se acercaban a la Siega; una inquietante sensación que no le gustaba ni un pelo. Roy también la notaba. Reynolds se lo veía en los ojos.

No, él se alegraría mucho de que aquellos tres infantiles caballeros se convirtieran en ceniza esparcida al viento y de que aquel lugar no fuera más que un recuerdo.

Desmontó en el aparcamiento medio en ruinas de la refinería, ató el caballo al parachoques de un oxidado cacharro en cuyo tablero posterior figuraba la misteriosa palabra CHEVROLET apenas legible, y se dirigió al yacimiento de petróleo. El viento soplaba con fuerza y le helaba los huesos a pesar de la chaqueta de piel de cordero que llevaba; dos veces había tenido que encasquetarse nuevamente el sombrero sobre las orejas para que no se lo llevara volando. En conjunto, prefería no ver la pinta que tenía pues probablemente debía de parecer un maldito granjero.

Pero aquel lugar estaba muy bien... lo cual quería decir que estaba desierto. El viento emitía un desolado zumbido al pasar a través de los pinos que flanqueaban el conducto. Nadie hubiera podido imaginar la presencia de doce pares de ojos observándole mientras paseaba por allí.

—¡Eh! —gritó—. Sal, compañero, vamos a charlar un ratito.

Por un instante no hubo respuesta; después Hiram Quint del Rancho Piano y Barkie Callahan del Descanso de los Viajeros se acercaron medio agachados entre los árboles. «Joder -pensó Reynolds con una mezcla de burla y temerosa admiración-. No hay tanta carne ni en una carnicería.» Quint llevaba un viejo mosquetón metido en el cinto. Hacía años que Reynolds no veía ninguno. Pensó que, con un poco de suerte, Quint sólo fallaría el tiro cuando apretara el gatillo. Si no tuviera suerte, la cosa le

estallaría en la cara y lo dejaría ciego.

—¿Está todo tranquilo? —les preguntó.

Quint le contestó con el dialecto de Mejis. Barkie prestó atención y tradujo:

—Todo bien, señor. Dice que él y sus hombres se están impacientando. —Barkie esbozó una cordial sonrisa, sin que por la expresión de su rostro se pudiera adivinar lo que estaba diciendo, y añadió—: Si el cerebro fuera pólvora, este pobre idiota no se podría sonar la nariz.

—Pero ¿es un idiota de confianza?

Barkie se encogió de hombros en un gesto que tal vez fue de asentimiento.

Avanzaron entre los árboles. En el lugar donde Susan y Rolando habían contabilizado casi treinta depósitos, ahora sólo había media docena y únicamente dos de ellos estaban llenos de petróleo. Los hombres se hallaban sentados en el suelo o estaban haciendo la siesta con los rostros tapados por sus sombreros. Casi todos ellos llevaban unas armas tan poco de fiar como la que Quint llevaba al cinto. Algunos de los vaqueros más pobres iban armados con «bolas». Reynolds pensó que éstas serían más eficaces.

—Dile a este Lord Perth de aquí que si vienen los chicos deberán tenderles una emboscada, y sólo tendrán una ocasión de hacer bien el trabajo —le dijo Reynolds a Barkie.

Barkie habló con Quint. Los labios de Quint se entreabrieron en una sonrisa, dejando al descubierto un temible piquete de colmillos negros y amarillos. Éste pronunció unas breves palabras, extendió las manos y las cerró en unos enormes puños llenos de cicatrices, el uno encima del otro como si retorciera el cuello de un invisible enemigo. Cuando Barkie empezó a traducir, Clay Reynolds lo rechazó con un gesto de la mano. Había captado una sola palabra, pero era suficiente: muerto.

5

Rea se pasó toda la semana anterior a la Feria sentada delante de la bola de cristal, contemplando sus profundidades. Se había tomado la molestia de coser la cabeza de Ermot al cuerpo con unas torpes puntadas de hilo negro y ahora llevaba la putrefacta serpiente alrededor del cuello mientras contemplaba y soñaba, sin percatarse del hedor que despedía el reptil a medida que pasaba el tiempo. Las dos veces que Musty se había acercado maullando en demanda de comida, Rea lo había apartado de un manotazo sin mirarlo tan siquiera. Por su parte, ella estaba cada vez

más reseca y ahora sus ojos parecían las cuencas de las calaveras que guardaba en el interior de una red junto a la puerta de su dormitorio. Algunas veces se quedaba un poco traspuesta con la bola sobre el regazo, la maloliente serpiente alrededor del cuello, la cabeza inclinada y la puntiaguda barbilla clavada en su pecho mientras unos hilos de saliva le colgaban de sus labios arrugados y flojos, pero jamás se dormía del todo. Tenía demasiadas cosas que ver.

Y allí estaban, delante de su vista. Aquellos días ni siquiera tenía que pasar las manos por encima de la bola para que se abriera su rosada bruma. Toda la mezquindad de la Baronía, todas sus miserables (y las no tan miserables) crueldades, todos sus engaños y mentiras estaban delante de sus ojos. Casi todo lo que veía eran cosas pequeñas y sin demasiada importancia: muchachos que se masturbaban mientras contemplaban por el ojo de la cerradura a sus hermanas desnudas, esposas que saqueaban los bolsillos de sus maridos en busca de más dinero o tabaco. El pianista Sheb lamiendo el asiento de la silla donde se había sentado su puta preferida, una criada de la Costa escupiendo en la funda de la almohada de Kimba Rimer después de que el Canciller le hubiera propinado un puntapié por no haberse apartado con la suficiente rapidez de su camino.

Todas aquellas cosas confirmaban la opinión que ella tenía de la sociedad que había dejado a su espalda. A veces se reía como una loca; a veces les hablaba a las personas que veía en la bola como si éstas pudieran oírla. Al tercer día de la semana anterior a la Siega, dejó de ir al retrete a pesar de que podía llevarse la bola a donde quisiera, y empezó a despedir un agrio olor a orines.

Al cuarto día, Musty dejó de acercarse a ella.

Rea soñaba con la bola de cristal y se perdía en sus sueños tal como otras personas habían hecho antes que ella; entregada de lleno a los mezquinos placeres de la clarividencia, no se percataba de que la bola de color de rosa le estaba robando los arrugados restos de su ánima. De haberlo sabido, lo más probable era que lo hubiese considerado justo. Veía todo lo que las personas hacían en la sombra y eso era lo único que le importaba; a cambio de ello, gustosamente hubiera entregado su fuerza vital.

6

—Venga —dijo el muchacho—, deja que te lo encienda, que los dioses lo maldigan.

Jonas hubiera reconocido la voz del que hablaba; era el muchacho que había agitado en el aire la cola de perro cortada desde la otra acera y le había dicho: «¡Somos Grandes Cazadores de Ataúdes como usted!»

El niño a quien aquel encantador chiquillo se había dirigido trató de sujetar el trozo de hígado que le había birlado al matarife de la parte de atrás del Mercado Inferior.

El otro crío le agarró la oreja y se la retorció. El segundo chico lanzó un grito ofreciendo el trozo de hígado mientras la oscura sangre le resbalaba por los sucios nudillos.

—Así está mejor —dijo el primer chico, tomándolo—. Te conviene recordar quién es el que manda aquí.

Se encontraban detrás del tenderete de una tahona del Mercado Inferior. Cerca de allí, atraído por el aroma del pan recién hecho, había un perro sarnoso y tuerto. El perro los miró con famélica esperanza.

En el trozo de carne cruda había una hendidura por la que asomaba una mecha verdosa de petardo. Por debajo del petardo, el hígado estaba hinchado como el vientre de una mujer embarazada. El primer chico tomó un fósforo, se lo colocó entre los prominentes dientes y lo encendió.

—¡No picará! — dijo un tercer chico, debatiéndose entre la esperanza y la anticipación.

—¿Con lo flaco que está? —dijo el primer chico—. Ya lo creo que picará. Me apuesto mi baraja de cartas contra tu cola de caballo.

El tercer chico lo pensó y sacudió la cabeza. El primer chico esbozó una sonrisa.

—Eres muy prudente —dijo, encendiendo la mecha del petardo—. ¡Eh, chucho! —dijo, llamando al perro—. ¿Te apetece un bocado de una cosa muy buena? ¡Pues ahí va!

Arrojó el trozo de hígado crudo. El flaco perro no tuvo la menor duda ante el silbido del petardo y se lanzó hacia delante con el ojo sano clavado en la primera comida decente que veía desde hacía muchos días.

Mientras lo agarraba al vuelo, estalló el petardo que los chicos habían colocado en el interior del trozo de hígado. Hubo un rugido y un destello. La cabeza del perro se desintegró de la mandíbula para abajo. El perro se quedó allí chorreando sangre y mirándolos con el ojo sano; después se desplomó al suelo.

—¡Toma! —dijo el primer chico en tono burlón—. ¡Toma ya, lo ha pillado! Feliz

Siega para todos, ¿eh?

—Pero ¿qué estáis haciendo, sinvergüenzas? —gritó de pronto una mujer—. ¡Largo de aquí, cuervos del demonio!

Los chicos huyeron entre risas en la clara tarde. Sus voces parecían efectivamente graznidos de cuervos.

7

Cutberto y Alain se detuvieron con sus caballos a la entrada del Cañón de la Armella. A pesar de que el viento se llevaba el sonido de la raedura, éste se metía en la cabeza, zumbaba en su interior y hacía castañetear los dientes.

—Lo aborrezco —dijo Cutberto apretando los dientes—. Dioses, démonos prisa.

—Sí —dijo Alain.

Desmontaron envueltos en sus gruesas chaquetas de rancheros y ataron los caballos a la maleza que había al otro lado de la entrada del cañón. Por regla general, no hubiera sido necesario que ataran los caballos, pero ambos muchachos sabían que los caballos aborrecían el quejumbroso sonido de la raedura tanto como ellos. A Cutberto le parecía oírlo dentro de su cabeza, dirigiéndole palabras de invitación con una chirriante voz horriblemente persuasiva.

«Ven, Berto. Deja toda esta locura: los tambores, el orgullo, el temor a la muerte, la soledad de la que te burlas porque lo único que se te ocurre hacer es reírte. Y deja también a la chica. Tú la amas, ¿verdad? Y, aunque no la amaras, la deseas. Es triste que ella ame a tu amigo y no a ti, pero, si vienes a mí, todo eso dejará muy pronto de preocuparte. Venga, ven. ¿A qué esperas?»

—¿A qué espero? —murmuró.

—¿Cómo?

—Digo que a qué esperamos. Terminemos de una vez y larguémonos inmediatamente de aquí.

Sacaron de sus alforjas sendas bolsitas de algodón. Las bolsitas contenían pólvora extraída de los petardos más pequeños. Sheemie se los había llevado dos días antes. Alain se arrodilló, sacó un cuchillo y empezó a gatear hacia atrás, excavando una zanja hasta llegar tan por debajo del montón de maleza como pudo.

—Excava muy hondo —le dijo Cutberto—. Para que no se la lleve el viento.

Alain le dirigió una mirada llena de enojo.

—¿Quieres hacerlo tú para asegurarte que está bien hecho?

«Es la raedura —pensó Cutberto—. A él también lo está afectando.»

—No, Al —le contestó humildemente—. Lo estás haciendo muy bien, teniendo en cuenta que estás ciego y que tienes el cerebro reblandecido. Sigue.

Alain volvió a mirarlo con rabia, esbozó una sonrisa y siguió excavando la zanja por debajo de la maleza.

—Morirás joven, Berto.

—Sí, es muy probable.

Cutberto se arrodilló a su vez y empezó a gatear detrás de Alain, echando pólvora en la zanja sin prestar atención al halagador zumbido de la raedura. No, probablemente el viento no se llevaría la pólvora, a menos que soplara un vendaval. Pero si lloviera, ni siquiera la maleza la podría proteger. Si lloviera...

«No pienses en eso -se dijo-. Eso es ka.»

En sólo diez minutos terminaron de llenar de pólvora unas zanjas a ambos lados de la barrera de maleza, pero a ellos les pareció que habían tardado mucho más. Y al parecer a los caballos también se lo pareció pues estaban piafando con impaciencia en los extremos de sus cuerdas, con las orejas echadas hacia atrás y los ojos en blanco. Cutberto y Alain los desataron y montaron. El caballo de Cutberto llegó a corcovear un par de veces, pero a Cutberto le pareció más bien que el pobre animal estaba temblando.

A media distancia, la clara luz del sol arrancaba destellos de un brillante acero. Los depósitos de la Roca Colgante. Los habían amontonado lo más pegados posible a la formación rocosa de piedra arenisca, pero cuando el sol estaba en lo alto del cielo casi todas las sombras desaparecían y resultaba imposible la ocultación.

—Casi no puedo creerlo —dijo Alain mientras iniciaban el camino de regreso. Sería un paseo muy largo, y tendrían que dar un amplio rodeo alrededor de la Roca Colgante para que no los vieran—. Deben de pensar que estamos ciegos.

—Es una estupidez que lo piensen —dijo Cutberto—, pero supongo que todo se reduce a lo mismo.

Mientras dejaban a su espalda el Cañón de la Armella, se sentía casi aturdido de alivio. ¿Adónde irían dentro de unos días? ¿De veras se acercarían a escasos metros de distancia del lugar donde empezaba aquel maldito charco? No podía creerlo, y por este motivo decidió dejar de pensar en ello antes de que pudiera empezar a creerlo.

—Otros jinetes que se dirigen a la Roca Colgante—dijo Alain, señalando el bosque del otro lado del cañón—. ¿Los ves?

Desde lejos parecían unas hormiguitas, pero Berto los vio muy bien.

—El cambio de guardia. Lo importante es que ellos no nos vean a nosotros... No nos pueden ver, ¿verdad?

—¿Desde allí? No es probable.

Cutberto tampoco lo creía.

—Cuando llegue la Siega todos estarán allí abajo, ¿verdad? —preguntó Alain—. No sería bueno que sólo atrapáramos a unos pocos.

—Sí, estoy casi seguro de que estarán todos allí.

—¿Jonas y sus compinches?

—También, por supuesto.

Por delante de ellos, la Mala Hierba estaba cada vez más cerca.

El viento les azotaba la cara con fuerza y les arrancaba lágrimas de los ojos, pero a Cutberto no le importaba. El sonido de la raedura se había convertido en un ligero zumbido a su espalda, y muy pronto desaparecería del todo. En aquellos momentos eso era justo lo que él necesitaba para ser feliz.

—¿Crees que conseguiremos nuestro propósito, Berto?

—No lo sé —contestó Cutberto. Pensó en las zanjas de pólvora que había bajo los montones de reseca maleza y sonrió—. Pero te diré una cosa, Al: sabrán que hemos estado aquí.

8

En Mejis, como en todas las demás Baronías del Mundo Medio, la semana anterior al Día de la Feria tenía un marcado carácter político. Llegaban importantes personajes desde los rincones más distantes de la Baronía y se celebraban muchas Conversaciones que culminaban en la principal Conversación del Día de la Siega. Se esperaba que Susan estuviera presente en ellas, sobre todo en calidad de testimonio decorativo del continuado poderío del Alcalde. Olive también se hallaría presente y, en una pantomima cruelmente cómica que sólo las mujeres podían comprender en toda su plenitud, se sentarían una a cada lado del vejestorio, Susan llenando tazas de café y Olive repartiendo el pastel, y ambas aceptarían benévolamente los cumplidos que les harían por una comida y una bebida en cuya preparación no habrían intervenido para nada.

A Susan le resultaba casi imposible contemplar el sonriente y triste rostro de

Olive. Su esposo jamás llegaría a acostarse con la hija de Pat Delgado, pero la señora Thorin no lo sabía y Susan no podía decírselo. Le bastaba con mirar por el rabillo del ojo a la esposa del Alcalde para recordar lo que Rolando le había dicho aquel día en la Pendiente: «Por un instante, pensé que era mi madre.» Pero éste era el problema. Olive Thorin no era la madre de nadie, y precisamente esa circunstancia había dado lugar a aquella horrible situación.

Susan había tenido muchas cosas en las que pensar debido a todas las actividades que se estaban desarrollando en la Casa del Alcalde, pero tres días antes de la Siega se le ofreció la ocasión.

Finalmente, al término de la última Conversación, pudo quitarse el Vestido Rosa con Aplicaciones (¡cómo lo aborrecía, cómo los aborrecía todos!) y ponerse de nuevo unos vaqueros, una sencilla camisa de montar y una chaqueta de ranchera. No tuvo tiempo de trenzarse el cabello pues la esperaban para el Té del Alcalde pero María se lo recogió, y así salió de la casa que no tardaría en abandonar para siempre.

Tenía algo que hacer en el cuarto de atrás del establo -el cuarto que su padre utilizaba como despacho-, pero primero entró en la casa y oyó lo que esperaba oír: los sibilantes ronquidos de su tía. Estupendo.

Tomó una rebanada de pan y miel y se la llevó al establo, protegiéndola lo mejor que pudo de las nubes de polvo que el viento estaba levantando en el patio. El espantapájaros de su tía chirriaba en lo alto de su estaca del huerto.

Entró en las dulces y aromáticas sombras del establo. Pylon y Felicia la saludaron con un relincho y se repartió con ellos lo que no había comido. Ambos parecieron alegrarse de recibirlo. Dispensó un trato especial a Felicia; a quien muy pronto tendría que abandonar.

Había evitado entrar en el pequeño despacho desde la muerte de su padre, temiendo experimentar la angustia que se apoderaba de ella cada vez que levantaba la aldaba y entraba. Las estrechas ventanas estaban cubiertas de telarañas, pero aún dejaban entrar la suficiente luz otoñal como para que ella pudiera ver la pipa en el cenicero -la de color rojo, la preferida de su padre, la que él llamaba la pipa de pensar- y un trozo de guarnición sobre el respaldo de la silla de su escritorio. Lo habría estado arreglando bajo la luz de la lámpara de gas y lo habría dejado allí con la intención de terminarlo al día siguiente... pero entonces la serpiente había efectuado su danza bajo los cascos de Foam y ya no había habido un día siguiente. No había habido un día siguiente para Pat Delgado.

—Oh, papá —dijo con una entrecortada vocecita—, cuánto te echo de menos.

Acarició con los dedos el tablero del escritorio, dejando unas huellas en el polvo. Se sentó en la silla de su padre, oyó el crujido bajo su cuerpo, el mismo que se producía cuando él se sentaba, y se sintió invadida por la emoción. Estuvo cinco minutos llorando y restregándose los ojos con los puños, como solía hacer cuando era pequeña. Sólo que ahora ya no había ningún Gran Pat que pudiera acercarse a ella y librarla de su pena, sentándola sobre sus rodillas y besándole aquel sensible lugar de la barbilla (especialmente sensible a la hirsuta barba de su labio superior) hasta que las lágrimas se transformaban en risas. El tiempo era un rostro en el agua, y aquel tiempo era el rostro de su padre.

Poco a poco sus lágrimas se fueron convirtiendo en resuellos. Abrió los cajones del escritorio uno a uno, encontró otras pipas (muchas de ellas casi inservibles como consecuencia de la manía de su padre de morder constantemente la boquilla), un sombrero, una de sus muñecas (tenía un brazo roto que Pat Delgado jamás había conseguido arreglar), unas plumas de ave para escribir, un botellín vacío, aunque todavía con un ligero aroma de whisky alrededor del cuello. El único objeto interesante estaba en el último cajón: un par de espuelas. Una de ellas conservaba todavía la rodaja con la estrella, pero la otra estaba rota. Casi tenía la seguridad de que debían de ser las espuelas que llevaba su padre el día que murió.

«Si mi padre estuviera aquí», había dicho aquel día en la Pendiente. «Pero no está -le había replicado Rolando-. Ha muerto.»

Tomó las espuelas y vio mentalmente a Ocean Foam encabritarse, derribar a su padre (una espuela se engancha en el estribo y la rodaja se rompe), tropezar de lado y caerle encima. Lo vio con toda claridad, pero no vio la serpiente de que Fran Lengyll les había hablado. La serpiente no la vio en absoluto.

Volvió a guardar las espuelas donde las había encontrado. Se levantó y miró hacia el estante situado a la derecha del escritorio, al alcance de la hábil mano de Pat Delgado. En ella había toda una hilera de libros mayores encuadernados en cuero, un tesoro de valor incalculable en una sociedad que había olvidado cómo se fabricaba el papel. Su padre había sido el caballerizo de la Baronía durante casi treinta años y allí estaban sus libros sobre las razas para demostrarlo.

Susan tomó el último y empezó a hojearlo. Esta vez casi recibió con agrado el sobresalto de emoción que se apoderó de ella cuando vio la conocida caligrafía de su padre, los trabajados trazos de la escritura y los firmes y más seguros trazos de los

números.

Nacidos de Henrietta (2) potros, ambos sanos. Nacido muerto de Delia, un roano (MUTANTE). Nacido de Yolanda, un PURASANGRE, un BUEN POTRO MACHO.

Y detrás de cada uno, la fecha. Qué preciso y ordenado. Qué...

De pronto se detuvo, consciente de que acababa de encontrar lo que andaba buscando sin saber a ciencia cierta lo que estaba haciendo allí. Alguien había arrancado las últimas doce páginas del último libro de razas de su padre.

¿Quién lo habría hecho? Su padre no; en buena parte era un autodidacta y reverenciaba el papel, como otras personas reverenciaban a los dioses o el oro.

¿Y por qué lo habrían hecho?

Eso creía saberlo: por los caballos de carreras. Había demasiados en la Pendiente. Y los rancheros -Lengyll, Croydon, Renfrew- mentían respecto a la calidad garantizada de la raza. Y también mentía Henry Wertner, el hombre que había sucedido a su padre en aquel puesto.

«Si mi padre estuviera aquí...»

«Pero no está. Ha muerto.»

Le había dicho a Rolando que no podía creer que Fran Lengyll hubiera mentido respecto a la muerte de su padre... pero ahora ya podía creerlo.

Que los dioses se apiadaran de ella, ahora sí podía creerlo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Susan lanzó un leve grito, soltó el libro y giró en redondo. Allí estaba Cordelia, enfundada en uno de sus anticuados vestidos negros. Los tres botones de arriba estaban desabrochados y Susan podía ver las clavículas de su tía asomando por encima de su sencilla camiseta de algodón blanco. Al ver aquellos huesos tan prominentes comprendió Susan lo mucho que había adelgazado su tía Cord en el transcurso de los últimos tres meses. Vio en su mejilla izquierda la roja huella de la almohada, como si fuera la señal de un bofetón. Los ojos le brillaban desde unas oscuras concavidades de carne de magullada apariencia.

—¡Tía Cord! ¡Me has asustado! Tú...

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió tía Cord. Susan se inclinó y recogió el libro.

—He venido para recordar a mi padre —contestó, volviendo a colocar el libro en el estante. ¿Quién habría arrancado aquellas páginas? ¿Lengyll? ¿Rimer? Tenía sus dudas. Lo más probable es que lo hubiera hecho la mujer que en aquellos momentos

tenía delante. Tal vez a cambio de una miseria, como una simple moneda de oro rojo. «Nada se pregunta, nada se dice y todo está bien», habría pensado, guardándose la moneda en su caja del dinero, no sin antes haber mordido su canto para asegurarse de que era auténtica.

—¿Recordarlo? Lo que tendrías que hacer es pedirle perdón porque has olvidado su rostro. Lo más doloroso es que lo hayas olvidado, Sue.

Susan se limitó a mirarla, sin decir nada.

—¿Has estado hoy con él? —preguntó Cordelia en un quebradizo y burlón tono de voz. Acercó la mano a la señal de la almohada y se la empezó a frotar. Su estado se había ido agravando progresivamente, pero mucho más desde que empezaron a circular los chismorreos sobre Jonas y Coral Thorin, pensó Susan—. ¿Has estado con el señor Dearborn? ¿Aún tienes la raja mojada con lo que él te ha soltado? Ven, deja que lo vea por mí misma.

Su tía se deslizó hacia delante -con su espectral vestido negro, su cuello desabrochado y sus pies calzados con zapatillas-, y Susan la empujó. Presa del miedo y la repugnancia, la empujó con tanta fuerza que Cordelia se golpeó contra la pared, al lado de la ventana cubierta de telarañas.

—La que tendrías que pedir perdón eres tú —dijo Susan—. Mira que hablarle así a su hija en este lugar. Precisamente en este lugar. —Sus ojos se desviaron hacia el estante de los libros y después se volvieron a posar en su tía. La expresión de atemorizada astucia que vio en el rostro de Cordelia Delgado le dijo todo lo que quería o necesitaba saber. No había participado en el asesinato de su hermano, eso Susan no podía creerlo, pero algo sabía al respecto. Sí, algo.

—Eres una perra desleal —murmuró Cordelia.

—No ——dijo Susan—, yo he sido fiel.

Comprendió que así era, en efecto. Pareció quitarse un gran peso de encima al pensarlo. Se encaminó hacia la puerta del despacho y se volvió para mirar a su tía.

—He pasado mi última noche aquí —dijo—. Ya no volveré a oír nada de todo eso. Ni pienso verte tal como estás ahora. Se me parte el corazón y me arrebata el cariño que te he tenido desde que era pequeña, cuando tú hacías todo lo posible por ser mi madre.

Cordelia se cubrió el rostro con las manos, como si el hecho de mirar a Susan le doliera.

—¡Pues vete! —le gritó—. ¡Vuelve a la Costa o dondequiera que te revuelques

con ese chico! ¡Me daré por satisfecha si no vuelvo a ver tu cara de puta!

Susan sacó a Pylon del establo. Al salir con él al patio, lloraba tanto que casi no podía montar. Cuando por fin lo hizo sintió alivio y tristeza en el alma. En la Calle Mayor lanzó a Pylon al galope, sin mirar hacia atrás.

9

En una oscura hora de la mañana siguiente, Olive Thorin abandonó sigilosamente la habitación donde ahora dormía y se dirigió a la que había compartido con su esposo durante casi cuarenta años. El suelo estaba frío bajo sus pies y temblaba cuando llegó a la cama, aunque la frialdad del suelo no era la única causa de su temblor. Se deslizó al lado del delgado hombre que roncaba con la cabeza protegida por un gorro de dormir, y cuando él se dio la vuelta (y la espalda y las rodillas le crujieron ruidosamente al hacerlo) se comprimió contra él y lo abrazó con fuerza. No hubo pasión en su gesto sino tan sólo un deseo de compartir un poco de su calor. El pecho de Hart -estrecho, pero casi tan conocido para ella como su propio y exuberante busto- se elevó y descendió bajo sus manos y ella empezó a tranquilizarse. Hart se agitó, y Olive temió por un instante que se despertara y la sorprendiera compartiendo su lecho por primera vez en sólo los dioses sabían cuánto tiempo.

«Sí, despierta», pensó. No se atrevía a despertarlo ella misma -había gastado todo el valor que tenía acercándose sigilosamente allí en medio de la oscuridad, siguiendo una de las peores pesadillas de su vida-, pero si él se despertara, ella lo interpretaría como una señal y le diría que había soñado con un pájaro enorme, con un cruel rocho de ojos dorados que sobrevolaba la Baronía con las alas chorreando sangre.

«Dondequiera que caía su sombra, había sangre -le diría-, y su sombra caía por todas partes. Había sombra por toda la Baronía, desde Hambria hasta el Cañón de la Armella. Y yo aspiraba el olor de un gran incendio en el aire. Corría para decírtelo, pero tú estabas muerto en tu estudio, sentado junto a la chimenea con los ojos vaciados y una calavera sobre las rodillas.»

Pero en lugar de despertarse, Hart tomó en sueños su mano tal como solía hacer antes de empezar a mirar a las chicas -incluso a las criadas- cuando pasaban por su lado, y entonces Olive decidió quedarse allí acostada sin moverse y dejar que él tomara su mano. Que todo fuera un poco como en los viejos tiempos, cuando todo marchaba

bien entre ambos.

Se quedó un ratito dormida. Al despertar, las primeras luces grises del alba estaban penetrando por las ventanas. Él le había soltado la mano e incluso se había apartado totalmente de ella en su lado de la cama. Olive pensó que no convenía que se despertara y la sorprendiera allí. La urgencia de su pesadilla ya había desaparecido. Empujó los cobertores hacia abajo, sacó los pies y miró una vez más a Hart. Tenía el gorro de dormir torcido. Ella se lo volvió a poner recto y le acarició la huesuda frente. Hart se movió una vez más. Olive esperó un poco y se levantó. Después regresó a su habitación como un fantasma.

10

Las barracas de la avenida central del Corazón Verde abrían dos días antes de la Feria de la Siega, y los primeros visitantes acudían para probar suerte con el torno de hilar, el lanzamiento de botellas y el círculo de las cestas. También había un tren de caballitos... un carro lleno de niños que se reían alegremente, tirado por un caballito a lo largo de unos carriles de vía estrecha en forma de ocho.

[—¿Se llamaba Charlie el caballito? —le preguntó Eddie Dean a Rolando.

—Creo que no —contestó Rolando—. En el Lenguaje Alto tenemos una palabra un tanto desagradable que suena así.

—¿Qué palabra? —preguntó Jake.

—La que significa muerte —contestó el pistolero.]

Roy Depape contempló cómo el caballito efectuaba dos vueltas siguiendo el recorrido previsto y recordó con cierta nostalgia sus paseos infantiles en un carro como aquél. Sólo que casi todos los suyos habían sido robados.

Cuando se hartó de mirar, bajó al despacho del Sheriff y entró. Herk Avery, Dave y Frank Claypool estaban limpiando todo un extraño y asombroso surtido de armas de fuego. Avery saludó con la cabeza a Depape y reanudó su tarea. Algo extraño había en él, y un par de minutos después Depape se dio cuenta de lo que era: el Sheriff no estaba comiendo. Era la primera vez que entraba allí y que el Sheriff no tenía a mano un plato de algo.

—¿Todo listo para mañana? —preguntó Depape.

Avery le dirigió una mirada entre sonriente e irritada.

—¿Qué coño de pregunta es ésta?

—La que Jonas me ha pedido que hiciera —contestó Depape, y entonces la

extraña y nerviosa sonrisa de Avery vaciló ligeramente.

—Sí, ya estamos listos. —Avery extendió el grueso brazo sobre las armas—. ¿Acaso no se ve?

Depape hubiera podido contestarle con el viejo dicho según el cual la prueba del budín estaba en el hecho de comérselo, pero ¿de qué hubiera servido? Las cosas darían resultado si los tres chicos estuvieran tan en Babia como Jonas creía; en caso de que no fuera así, lo más probable sería que trincharan el voluminoso extremo superior de las piernas de Herk Avery y se lo ofrecieran a la primera manada de zorros que apareciera por allí. A Roy Depape no le importaba demasiado ni una cosa ni la otra.

—Jonas también me ha pedido que le recuerde que vayan temprano.

—Sí, sí, estaremos allí temprano —convino Avery—. Estos dos, y otros seis hombres. Fran Lengyll ha pedido acompañarnos y tiene una ametralladora. —Esto último lo dijo con enorme orgullo, como si la ametralladora la hubiera inventado él. Después le dirigió a Depape una astuta mirada—. ¿Y tú, mano del ataúd? ¿Quieres ir con nosotros? Te podrías convertir en agente en un abrir y cerrar de ojos.

—Tengo otra tarea que hacer. Reynolds también. —Depape esbozó una sonrisa—. Todos nosotros tenemos muchas cosas que hacer, Sheriff... A fin de cuentas estamos en la Siega.

11

Aquella tarde Susan y Rolando se reunieron en la cabaña de la Mala Hierba. Ella le contó lo del libro con las páginas arrancadas y Rolando le mostró a ella lo que había dejado en el rincón norte de la cabaña, debajo de un montón de mohosos pellejos.

Ella lo contempló y después lo miró a él con grandes ojos asustados.

—¿Qué ocurre? ¿Qué sospechas tú que ocurre?

Rolando sacudió la cabeza. No ocurría nada, al menos que él supiera. Y sin embargo había sentido la apremiante necesidad de hacer lo que había hecho y dejar lo que había dejado. No era el toque ni mucho menos, sino tan sólo una intuición.

—Creo que todo va bien, o todo lo bien que pueden ir las cosas cuando la proporción puede ser de cincuenta hombres de ellos por cada uno de nosotros. Nuestra única posibilidad, Susan, es sorprenderlos. Pero tú no vas a ponerla en peligro, ¿verdad? ¿No irás a Lengyll, enseñando por ahí el libro de las razas de tu padre?

Susan sacudió la cabeza. Si Lengyll había hecho lo que ahora ella sospechaba,

recibiría su paga dentro de dos días. Habría una siega, ya lo creo. Pero aquello de allí le daba miedo y lo dijo.

—Mira —Rolando tomó su rostro entre sus manos y clavó los ojos en los suyos—, yo sólo pretendo tener cuidado. Si las cosas van mal, podrían ir mal, tú serás probablemente la única persona que saliera bien librada. Tú y Sheemie. Si eso ocurre, Susan, tú tienes que venir aquí y tomar mis armas. Llévalas al oeste, a Gilead. Busca a mi padre. Dile lo que ocurrió aquí. Eso es todo.

—Si algo te ocurriera, Rolando, yo no podría hacer nada, salvo morirme.

Las manos de Rolando aún estaban en su rostro. Ahora éste las utilizó para hacerle girar lentamente la cabeza de uno a otro lado.

—Tú no te morirás —dijo. La frialdad de sus ojos y su voz no la asustaron sino que más bien le inspiraron un reverente temor. Susan pensó en lo antigua que debía de ser su sangre y en lo fría que algunas veces le debía de circular por las venas—. No lo harás sin antes haber cumplido esta misión. Prométemelo.

—Te... te lo prometo, Rolando.

—Dime en voz alta lo que me prometes.

—Vendré aquí, recogeré tus armas, se las llevaré a tu padre y le diré lo que ocurrió.

Rolando asintió con la cabeza y la soltó. El contorno de sus manos quedó ligeramente grabado en las mejillas de Susan.

—Me has asustado —dijo Susan, pero inmediatamente sacudió la cabeza. No era eso—. Me asustas.

—No puedo evitar ser lo que soy.

—Y yo no quisiera cambiarlo. —Susan le dio un beso en la mejilla derecha y en la boca. Introdujo la mano en su camisa y le acarició la tetilla, que se endureció inmediatamente bajo la yema de su dedo—. Pájaro y oso y liebre y pez —dijo recorriéndole el rostro con suaves besos de mariposa—, a mi amor su deseo concededle de una vez.

Después se tendieron bajo una piel de oso que Rolando llevaba consigo y escucharon el silbido del viento a través de la hierba.

—Me encanta este sonido —dijo Susan—. Siempre me hace pensar que me gustaría formar parte del viento, ir a donde él va y ver lo que él ve.

—Este año, si ka lo permite, lo podrás hacer.

—Sí. Contigo. —Susan se incorporó, apoyándose sobre un codo. La luz que

penetraba por los agujeros del ruinoso tejado le jaspeó el rostro—. Te quiero, Rolando.

Lo besó, y después se echó a llorar.

Él la abrazó, preocupado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te inquieta, Sue?

—No lo sé —contestó ella, arreciando en su llanto—. Sólo sé que tengo una sombra en el corazón. —Lo miró mientras las lágrimas le seguían brotando de los ojos—. Tú no me abandonarías, ¿verdad, amor mío? Tú no te irías sin Sue, ¿verdad?

—No.

—Porque yo te he dado todo lo que tengo. Y mi virginidad es lo menos importante, como tú sabes.

—Jamás te abandonaré —contestó Rolando, pero experimentó una sensación de frío a pesar de la piel de oso y a pesar de que el viento del exterior, tan consolador hacía apenas un momento, parecía el aliento de una bestia—. Jamás, te lo juro.

—Pero yo tengo miedo. Mucho miedo.

—No tienes por qué —dijo Rolando muy despacio y con mucho cuidado, pues de repente todas las palabras equivocadas pugnaban por salir de su boca.

«Vamos a irnos, Susan, no pasado mañana, el Día de la Siega, sino ahora, en este mismo momento. Vístete y nos iremos cruzando el viento; cabalgaremos hacia el sur y no miraremos hacia atrás. Estaremos...

... perseguidos.»

Así estarían. Perseguidos por los rostros de Alain y Cutberto; perseguidos por los rostros de los hombres que tal vez morirían en las Montañas Shaved, destrozados por las armas arrancadas de unos arsenales secretos de donde no se hubieran tenido que sacar. Perseguidos sobre todo por los rostros de sus padres durante todo el resto de sus vidas. No podrían huir de aquellos rostros ni aunque se fueran al Polo Sur.

—Lo único que tienes que hacer pasado mañana es alegar que estás indispuesta a la hora del almuerzo. —Habían repasado minuciosamente todos los detalles, pero ahora, en medio de aquel repentino y absurdo temor, no se le ocurría decirle otra cosa—. Sube a tu habitación y sal como hiciste la noche que nos reunimos en el cementerio. Quédate un ratito escondida y, cuando sean las tres de la tarde, cabalga hasta aquí y mira debajo de los pellejos de aquel rincón. Si mis armas han desaparecido, y juro que habrán desaparecido, eso significará que todo va bien. Entonces reúnete con nosotros en aquel lugar que hay por encima del cañón, aquel lugar del que te hablamos. Nosotros...

—Sí, ya lo sé, pero hay algo que no está bien. —Susan lo miró y le acarició el rostro—. Temo por ti y por mí, Rolando, y no sé por qué.

—Todo irá bien —dijo Rolando—. Ka...

—¡No me hables de ka! —gritó Susan—. ¡Por favor, no me hables! Ka es como el viento, decía mi padre, y se lleva lo que quiere sin preocuparse de la apurada situación de ningún hombre y ninguna mujer. ¡El voraz y viejo ka! ¡No sabes cuánto lo odio!

—Susan...

—No, no digas más.

Susan se tendió y empujó la piel de oso hasta sus rodillas, dejando al descubierto un cuerpo por el que hombres mucho más grandes que Hart Thorin hubieran dado reinos. Unas cuentas de luz solar le recorrían la piel como si fueran gotas de lluvia. Extendió los brazos hacia Rolando. A Rolando jamás le había parecido más bella que en aquel momento, con el cabello derramándose a su alrededor y aquel rostro tan angustiado. Más adelante pensaría: «Ella lo sabía. Una parte de ella lo sabía.»

—Ya basta de hablar—dijo Susan—. El hablar ya ha terminado. Si me quieres, quiéreme.

Y por última vez, Rolando lo hizo. Se balancearon juntos piel contra piel y aliento contra aliento mientras el viento rugía hacia el oeste como una ola gigantesca.

12

Aquella noche, mientras el sonriente Demonio se elevaba en el cielo, Cordelia abandonó la casa y cruzó muy despacio el césped de su jardín, rodeando el montículo de hojas que aquella tarde había recogido con el rastrillo. Sostenía en sus brazos un fardo de ropa. Lo soltó delante de la estaca a la que estaba atado su espantapájaros y contempló con expresión arrobada la luna que emergía: el sagaz guiño del ojo, la sonrisa del demonio; la luna era totalmente plateada, un botón blanco sobre seda violeta.

Le dirigió una sonrisa a Cordelia, y Cordelia se la devolvió. Al final, como una mujer que acabara de despertar de un trance hipnótico, se adelantó y arrancó el espantapájaros de su estaca. La cabeza del muñeco le cayó sobre los hombros como la de un hombre que estuviera demasiado borracho como para poder bailar. Las rojas manos le colgaban a los lados.

Le quitó la ropa al muñeco y dejó al descubierto una forma vagamente humanoide sobre dos astiles de azada de su difunto hermano. Sacó una de las prendas que

llevaba en el fardo y la sostuvo en alto bajo la luz de la luna. Una blusa de montar de seda roja, uno de los regalos del Alcalde Thorin a la Señorita Tan joven y Bonita. Una de las que ella se había negado a ponerse. Ropa de puta, había dicho ella. ¿Y eso en qué convertía a Cordelia Delgado, que había cuidado de ella incluso después de que su testarudo padre se empeñara en plantarles cara a los tipos como Fran Lengyll y John Croydon? Suponía que la había convertido en una madam de burdel.

La idea la indujo a imaginarse a Eldred Jonas y Coral Thorin follando desnudos mientras, en el piso de abajo, alguien tocaba en un destartalado piano Red Dirt Boogie. Soltó un aullido de perro.

Le puso la blusa de seda al espantapájaros, pasándosela por la cabeza. Después le puso una falda de montar de Susan con corte delantero y un par de zapatillas también de Susan. Finalmente sustituyó su sombrero por uno de los gorritos de primavera de su sobrina. ¡Listo! Ahora el espantapájaros era una «espantapájaras».

—Y te he pillado con las rojas manos en la masa —dijo en un susurro—. Lo sé. Ya lo creo que lo sé. No nací ayer.

Se dirigió con el espantapájaros al montículo de hojas del césped, lo depositó a su lado y después recogió unas cuantas y las introdujo en la blusa de montar para simular un rudimentario busto. A continuación se sacó una cerilla del bolsillo y la encendió.

El viento cesó de repente como si quisiera colaborar. Cordelia acercó la cerilla a las hojas secas. El fuego prendió enseguida. Tomó el espantapájaros y contempló la hoguera. No oía el estallido de los petardos de la ciudad ni los asmáticos resuellos del organillo del Corazón Verde, ni la banda de mariachis tocando en el Mercado Inferior; cuando una hoja en llamas se elevó en el aire y le rozó el cabello amenazando con quemárselo, no pareció darse cuenta. Sus inexpresivos ojos estaban enormemente abiertos.

Cuando el fuego alcanzó su punto culminante, se acercó a él y le arrojó el espantapájaros. Las llamas se elevaron y lo rodearon con destellos anaranjados; las chispas y las hojas ardiendo subían en remolino como en un embudo.

—¡Que se haga! —gritó Cordelia. El resplandor del fuego convertía sus lágrimas en sangre—. ¡Árbol charyou! ¡Sí, que así sea!

El fuego prendió en el muñeco vestido con ropas de montar y le lamió la cara mientras las rojas manos ardían y los ojos en forma de cruz se ennegrecían. El gorro se encendió y la cara se empezó a quemar.

Cordelia contempló el espectáculo abriendo y cerrando las manos, sin prestar atención a las chispas que le rozaban la piel ni a las hojas ardiendo que se arremolinaban hacia la casa. Si la casa se hubiera incendiado, probablemente no se habría dado cuenta.

Siguió mirando hasta que el espantapájaros vestido con la ropa de su sobrina no fue más que un montón de ceniza sobre otro montón de ceniza. Entonces, como un robot con el mecanismo oxidado, regresó al interior de la casa, se tendió en el sofá y durmió como los muertos.

13

Eran las tres y media de la madrugada de la víspera de la Siega y Stanley Ruiz pensó que ya era hora de terminar por aquella noche. La música había cesado hacía unos veinte minutos; Sheb había durado aproximadamente una hora más que los mariachis y ahora roncaba tendido boca abajo sobre el aserrín del suelo. La señorita Thorin estaba arriba, y a los Grandes Cazadores de Ataúdes no se les había visto el pelo. Stanley barruntaba que aquella noche debían de estar allá arriba, en la Costa. También barruntaba que debía de haber trabajo negro, pero eso no lo sabía con certeza. Contempló la empañada mirada bicéfala de La Retozona.

—Ni quiero saberlo, amigo —le dijo—. Yo lo único que quiero son nueve horas de sueño... mañana se celebrará la gran fiesta y la gente no se irá hasta el amanecer. O sea que...

Se oyó un estridente grito procedente de la parte de atrás del edificio. Stanley sufrió una sacudida, cayó hacia atrás y se golpeó contra la barra. Al lado del piano, Sheb levantó brevemente la cabeza, preguntó en un susurro «¿Qué es eso?» y la dejó caer de nuevo con un sordo rumor.

Stanley no tenía la menor prisa en averiguar el origen del grito, aunque imaginaba que de todos modos lo tendría que hacer. Le había parecido la voz de la muy puta de Pettie la Trotona.

—Yo a ti te haría salir trotando de la ciudad con tu colgante trasero de mierda —murmuró, inclinándose para tomar los dos sólidos palos de madera de fresno que había debajo de la barra, el Calmante y el Asesino. El Calmante era de suave y nudosa madera y apagaba las luces durante un par de horas cuando se golpeaba con él la cabeza de algún alborotador en el lugar adecuado.

Stanley consultó sus sentimientos y tomó el otro palo. Era más corto que el

Calmante y más ancho por la parte de arriba. Y el extremo decisivo del Asesino estaba claveteado.

Stanley se dirigió al fondo de la barra, cruzó la puerta y atravesó un oscuro cuarto de suministros lleno de barriles de graf y de whisky. Al fondo había una puerta que daba al patio de atrás. Stanley se acercó a ella, respiró hondo y abrió la cerradura. Esperaba que Pettie soltara otro grito desgarrador, pero no hubo ninguno. Sólo el rumor del viento.

«A lo mejor, has tenido suerte y la han matado», pensó. Abrió la puerta y salió blandiendo el palo claveteado. Pettie no estaba muerta.

Vestida con una manchada camisa (una prenda típica de Pettie, se hubiera podido decir), la puta se encontraba de pie en el camino que conducía al retrete de la parte de atrás, con las manos cruzadas sobre el pecho y bajo las papadas de su cuello. Mirando al cielo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Stanley, acercándose a toda prisa a ella—. Me has quitado diez años de vida con el susto que me has dado.

—¡La luna, Stanley! —dijo Pettie en voz baja—. ¡Mira la luna!

A Stanley se le aceleraron los latidos del corazón cuando miró hacia arriba, procuró disimularlo hablando en tono razonable y sereno.

—Vamos, Pettie, eso es polvo, nada más. Sé juiciosa, cariño. Ya sabes que ha soplado mucho viento estos últimos días y no ha habido lluvia. Es polvo y nada más.

Pero no parecía polvo.

—Yo sé lo que veo —musitó Pettie.

Por encima de ellos, la Luna del Demonio sonreía y guiñaba el ojo a través de algo que parecía un transparente lienzo de sangre.

CAPÍTULO VII

LA CAPTURA DE LA BOLA DE CRISTAL

1

Mientras cierta puta y cierto barman seguían contemplando la ensangrentada luna, Kimba Rimer se despertó estornudando.

«Maldita sea, me he resfriado precisamente ahora que viene la Siega –pensó-. Con la de cosas que tengo que hacer en los próximos dos días. Estaré de suerte si eso no se convierte en...»

Algo le cosquilleó la punta de la nariz y volvió a estornudar. El estornudo que surgió de su angosto pecho y de la seca ranura de su boca sonó como el disparo de una pistola de pequeño calibre en la habitación a oscuras.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

No hubo respuesta. De repente Rimer pensó que debía de ser un pájaro, desagradable y de mal genio, que habría entrado allí de día, que estaría revoloteando en la oscuridad y que le habría rozado el rostro mientras dormía. Se le puso la carne de gallina -no soportaba los pájaros, los bichos, los murciélagos, los aborrecía a todos- y buscó a tientas la lámpara de gas de la mesita de noche con tantas prisas que a punto estuvo de derribarla al suelo. Mientras la acercaba, volvió a percibir el revoloteo. Esta vez en la mejilla. Lanzó un grito y se acurrucó contra las almohadas, apretando la lámpara contra su pecho. Hizo girar el botón, oyó el silbido del gas y le acercó una cerilla. Cuando la lámpara se encendió, no vio un pájaro volando bajo el círculo de su resplandor sino a Clay Reynolds, sentado en el borde de su cama. Reynolds sostenía en una mano la pluma con la que había estado cosquilleando al Canciller de Mejis. La otra mano estaba escondida bajo su capa y ésta descansaba sobre sus rodillas.

Reynolds le tenía antipatía a Rimer ya desde su primer encuentro en los bosques del oeste de la ciudad, los mismos bosques, al otro lado del Cañón de la Armella, en los que ahora Latigo, el hombre de Farson, tenía acuartelado el principal contingente de sus tropas. Había sido una noche de mucho viento, y mientras él y los demás Cazadores de Ataúdes entraban en el pequeño claro del bosque donde Rimer en compañía de Lengyll y Croydon estaba sentado alrededor de una pequeña hoguera, la capa de Reynols había revoloteado a su alrededor.

—El señor Manto —había dicho Rimer, y los otros dos se habían echado a reír.

Había sido una broma inofensiva, pero a Reynolds no se lo había parecido. En

muchos países por donde él había viajado, «manto» no significaba capa sino uno que se inclina o se dobla. De hecho, era un término de lenguaje coloquial que significaba «marica». La posibilidad de que Rimer (un sujeto provinciano bajo su barniz de cínica sofisticación) no lo supiera, ni siquiera se le pasó por la cabeza. Él sabía cuándo la gente le tomaba el pelo, y si pudiera hacérselo pagar a aquel hombre lo haría.

A Kimba Rimer le había llegado el día de pagar.

—¿Reynolds? ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha entrado en la...?

—Debe usted de estar pensando en otro vaquero —contestó el hombre sentado en el borde de la cama—. Aquí no hay ningún Reynolds. Sólo el señor Manto.

Sacó la mano que escondía bajo la capa. En ella empuñaba un afilado cuchillo. Lo había comprado en el Mercado Inferior con aquel propósito. Lo levantó y clavó la hoja de treinta centímetros en el pecho de Rimer. La hoja se hundió hasta el fondo y traspasó a Rimer como si fuera un insecto. «Un bicho de cama», pensó Reynolds.

La lámpara cayó de las manos de Rimer y rodó desde la cama a la alfombra del suelo, pero no se rompió. En la pared del fondo se veía la sombra deformada de Kimba Rimer tratando de forcejear. La sombra del otro hombre se inclinó sobre ella como un buitre hambriento.

Reynolds levantó la mano en la que antes empuñaba el cuchillo y la giró de tal manera que el pequeño ataúd azul tatuado entre el índice y el pulgar quedara delante de los ojos de Rimer. Quería que fuera lo último que viera Rimer a este lado del claro.

—Ahora vamos a ver si te burlas de mí —dijo Reynolds sonriendo—. Vamos a ver.

2

Poco antes de las cinco de la madrugada, el Alcalde Thorin se despertó de una terrible pesadilla. En ella, un pájaro de ojos de color de rosa sobrevolaba lentamente arriba y abajo el territorio de la Baronía.

Dondequiera que caía su sombra, la hierba se volvía amarilla, las hojas se caían de los árboles y las cosechas se morían. La sombra estaba convirtiendo su verde y hermosa Baronía en un erial. «Puede que sea mi Baronía, pero es también mi pájaro - pensó poco antes de despertarse, convertido en una trémula bola acurrucada a un lado de la cama-. El pájaro es mío, yo lo traje aquí y le abrí la puerta de la jaula.»

Aquella noche ya no podría conciliar el sueño, y Thorin lo sabía. Se bebió un vaso de agua y se dirigió a su estudio tirando del camisón, que se le había introducido en la

hendidura de su viejo y huesudo trasero mientras caminaba. El pompón del extremo de su gorro de dormir se balanceaba entre sus paletillas, y las rodillas le crujían a cada paso que daba.

En cuanto a los remordimientos que se habían manifestado en el sueño... bueno, a lo hecho, pecho. Faltaba un día para que Jonas y sus amigos consiguieran lo que habían ido a buscar (y por lo que tan generosamente se les había pagado); al día siguiente se irían. Vuela lejos, pájaro de ojos de color de rosa y pestilente sombra; vuela lejos al lugar del que has venido y llévate a los Grandes Cazadores de Ataúdes. Tenía la impresión de que cuando llegara el fin de año estaría demasiado ocupado metiendo la polla como para pensar en aquellas cosas, o tener aquellos sueños.

Además, los sueños sin signos visibles eran sólo sueños, no presagios.

Los signos visibles hubieran podido ser las botas que asomaban por debajo de las cortinas del estudio -sólo se veían sus arañadas puntas-, pero Thorin no miró en ningún momento en aquella dirección. Sus ojos estaban clavados en la botella que había al lado de su sillón preferido. Beber clarete a las cinco de la madrugada no era una buena costumbre, pero por una vez no le haría daño. Había tenido una pesadilla espantosa, por el amor de los dioses, y después de todo...

—Mañana es la Siega —dijo sentándose en el sillón orejero junto a la chimenea—, y cuando llega la Siega un hombre puede echar una cana al aire.

Se llenó una copa, la última que bebería en este mundo, y tosió cuando el fuego le alcanzó el vientre y le subió por la garganta, calentándosela agradablemente. Ahora ya estaba mucho mejor. Se acabaron los pájaros gigantescos y las maléficas sombras. Extendió los brazos, entrelazó los largos y huesudos dedos y los hizo crujir perversamente.

—Me molesta que hagas eso, viejo indecente —dijo una voz directamente contra su oído izquierdo.

Thorin pegó un brinco, y el corazón le dio un impresionante vuelco en el pecho. La copa vacía se le escapó volando de la mano y no hubo ninguna alfombra para amortiguar su caída. Se rompió en el suelo de la chimenea.

Antes de que Thorin pudiera soltar un grito, Roy Depape le sacó de un manotazo su gorro de dormir, agarró sus ralos cabellos y tiró violentamente de su cabeza hacia atrás. El cuchillo que Depape sostenía en la otra mano era mucho más humilde que el que había utilizado Reynolds, pero cortó con mucha eficacia la garganta del viejo. La sangre salpicó de escarlata la estancia medio a oscuras. Depape soltó los cabellos de

Thorin, volvió a las cortinas, detrás de las cuales se había ocultado, y recogió algo del suelo. Era el centinela de Cutberto. Se acercó de nuevo al sillón y depositó el cráneo de cuervo sobre las rodillas del moribundo alcalde.

—Pájaro... —gorgoteó Thorin con toda la boca llena de sangre—. ¡Pájaro!

—Pues sí, vejestorio, reconozco que eres muy listo para haberte dado cuenta de lo que es en un momento como éste.

Depape echó de nuevo la cabeza de Thorin hacia atrás y le sacó los ojos con dos rápidos movimientos del cuchillo. Uno fue a parar a la chimenea apagada; el otro fue a dar contra la pared y resbaló por detrás de los atizadores del fuego. El pie derecho de Thorin se estremeció brevemente y se quedó inmóvil.

Aún quedaba otra tarea.

Depape miró a su alrededor, vio el gorro de dormir de Thorin y llegó a la conclusión de que el pompón le podría ser útil. Lo empapó en el charco de sangre que se había formado en el regazo del Alcalde y dibujó en la pared el sigul del Hombre

Bueno.

—Ya está —musitó, dando un paso atrás—. Si eso no acaba con ellos, no habrá nada en el mundo que pueda acabar.

Muy cierto. La única pregunta que aún quedaba por responder era la de si el ka-tet de Rolando se podría capturar vivo.

3

Jonas le había dicho a Fran Lengyll dónde colocar exactamente a sus hombres: dos dentro del establo y otros seis fuera, tres de estos últimos escondidos detrás de unos viejos y oxidados aperos de labranza, dos en los calcinados restos de la vivienda y uno -Dave Hollis- agachado encima del establo, observándolo todo desde el tejado, por así decirlo. Lengyll se alegró de ver que los hombres de su cuadrilla se tomaban el trabajo en serio. Claro que eran sólo unos muchachos, pero unos muchachos que en cierta ocasión les habían ganado la partida a los Grandes Cazadores de Ataúdes.

El Sheriff Avery dio la impresión de tenerlo todo muy bien controlado hasta que llegaron al alcance de la voz de la franja K. Entonces Lengyll, con la ametralladora colgada del hombro (y sentado tan tieso en la silla de montar como cuando tenía veinte

años) asumió el mando. Avery, que estaba nervioso y casi sin resuello, lanzó un suspiro de alivio en lugar de ofenderse.

—Yo os diré adónde tenéis que ir, tal como a mí me lo han dicho, pues se trata de un buen plan y yo no tengo nada en contra —les había dicho Lengyll a sus hombres. En medio de la oscuridad, sus rostros no eran más que unas borrosas sombras—. Sólo os diré una cosa de mi propia cosecha. Aunque no es necesario, sería mejor que los atrapáramos vivos. Queremos que sea la Baronía la que les exija responsabilidades, el pueblo llano, que se exijan responsabilidades por todo lo ocurrido. Cerrad la puerta a todo eso si queréis. Así pues, os digo lo siguiente: si hay razón para disparar, disparad. Pero le arrancaré la piel del rostro a tiras a cualquiera que dispare sin motivo. ¿Habéis comprendido?

No hubo respuesta. Al parecer, lo habían comprendido.

—Muy bien —dijo Lengyll con rostro impenetrable—. Os doy un minuto para que os aseguréis de que lleváis el equipo bien amortiguado e inmediatamente nos ponemos en marcha. A partir de ahora, ni una sola palabra más.

4

Rolando, Cutberto y Alain salieron del barracón a las seis y cuarto de la mañana y permanecieron juntos en el porche. Alain se estaba terminando el café. Cutberto estaba bostezando y desperezándose. Rolando se estaba abrochando la camisa y mirando al suroeste, hacia la Mala Hierba. No pensaba en las emboscadas sino en Susan. En sus lágrimas. «¡El voraz y viejo ka, no sabes cuánto lo odio! », le había dicho ella.

Sus instintos no se despertaron; el toque de Alain, que había intuido la presencia de Jonas el día en que éste había matado las palomas, no experimentó ni el más leve estremecimiento. En cuanto a Cutberto...

—¡Un día más de tranquilidad! —exclamó el digno joven, contemplando el cielo del amanecer—. ¡Un día más de indulgencia! ¡Un día más de silencio, roto tan sólo por el suspiro del enamorado y el tamborileo de los cascos de los caballos!

—Un día más de tus mierdas —dijo Alain—. Vamos.

Cruzaron el patio sin percibir los ocho pares de ojos que los estaban observando. Entraron en el establo, pasando por delante de los dos hombres que flanqueaban la puerta, uno escondido detrás de una vieja grada y otro oculto detrás de un desordenado montón de heno, ambos con las armas a punto. Sólo Rusher intuyó que

algo malo ocurría. Piafó, puso los ojos en blanco, y mientras Rolando intentaba sacarlo de su casilla trató de encabritarse.

—Tranquilo, muchacho —le dijo Rolando, mirando a su alrededor—. Habrá visto alguna araña. No las soporta.

Fuera, Lengyll se levantó y señaló con ambas manos hacia delante. Los hombres avanzaron en silencio hacia la parte anterior del establo. En el tejado, Dave Hollis esperaba con el arma a punto. Se había guardado el monóculo en el bolsillo del chaleco para que no despidiera un inoportuno destello.

Cutberto sacó su cabalgadura del establo. Alain lo siguió. Rolando lo hizo en último lugar, sujetando muy corto al nervioso caballo castrado que no paraba de piafar.

—Mirad —dijo alegremente Cutberto, todavía sin percatarse de la presencia de los hombres que se encontraban directamente tras ellos. Estaba señalando hacia el norte—. ¡Una nube en forma de oso! Es una señal de buena suerte para...

—Alto ahí, compañeros —gritó Fran Lengyll—. No se os ocurra mover tan siquiera estos ruidosos pies.

Alain hizo ademán de volverse -más por la sorpresa que por otra cosa- e inmediatamente se oyeron toda una serie de leves sonidos metálicos, como de muchas ramas que se quebraran simultáneamente. El sonido de las pistolas y los mosquetones amartillados.

—¡No, Al! —gritó Rolando—. ¡No te muevas! ¡No lo hagas! —La desesperación le subió por la garganta como un veneno, y unas lágrimas de rabia le escocieron en los ojos... pero se quedó donde estaba. Cutberto y Alain tampoco tenían que moverse. En caso de que lo hicieran, los matarían—. ¡No os mováis! —volvió a gritar—. ¡Ninguno de los dos!

—Sabia determinación, compañero. —Ahora la voz de Lengyll sonaba más próxima, y la acompañaban varios pares de pisadas—. Las manos a la espalda.

Dos alargadas sombras flanquearon a Rolando bajo las primeras luces. A juzgar por la mole de la que tenía a su izquierda, debía de ser la del Sheriff Avery. Probablemente aquel día no les ofrecería ninguna taza de té blanco. La otra sombra debía de ser la de Lengyll.

—Date prisa, Dearborn o como coño te llames. Colócalas a tu espalda. Sobre los riñones. Hay armas apuntando contra tus compañeros, y si al final acabamos capturando sólo a dos de vosotros en lugar de tres, la vida seguirá igual que antes.

«No quiere correr ningún riesgo con nosotros», pensó Rolando, experimentando

un momentáneo y perverso orgullo, acompañado por un sabor que era casi de diversión. Pero amargo; el sabor seguía siendo muy amargo.

—¡Rolando! —Era Cutberto, hablando en tono angustiado—. ¡No lo hagas, Rolando!

Pero no tenía más remedio que hacerlo. Rolando colocó las manos a la espalda. Rusher soltó un leve relincho de reproche como diciéndole que aquello estaba muy mal, y se alejó al trote en dirección al porche del barracón.

—Vas a sentir el metal en las muñecas —dijo Lengyll—. Esposas.

Dos fríos círculos se deslizaron por las manos de Rolando. Se oyó un clic y, de repente, los arcos de las esposas se cerraron fuertemente contra sus muñecas.

—Muy bien —dijo otra voz—. Y ahora tú, hijo mío.

—¡Y una mierda!

La voz de Cutberto vacilaba al borde de la histeria.

Se oyó un sordo rumor y un ahogado grito de dolor. Al volverse, Rolando vio a Alain con una rodilla doblada, comprimiéndose la frente con la parte inferior de la muñeca de la mano izquierda. La sangre le bajaba por el rostro.

—¿Queréis que pegue otro? —preguntó Jake White. Sostenía en la mano una vieja pistola al revés, con la culata hacia fuera—. Puedo hacerlo, ¿sabéis? Me noto el brazo muy suelto tan de mañana.

—¡No! —gritó Cutberto, temblando de horror y de algo muy parecido al pesar.

A su espalda, tres hombres armados lo miraban con nerviosa avidez.

Cutberto, tratando todavía de reprimir las lágrimas, hizo lo que le mandaban. El agente Bridger le colocó las esposas. Los otros dos hombres tiraron de Alain para levantarlo. Éste se tambaleó un poco, pero se mantuvo firme mientras lo esposaban. Trató de sonreír cuando sus ojos se cruzaron con los de Rolando. Fue en cierto modo el peor momento de aquella terrible emboscada matutina. Rolando asintió con la cabeza y se hizo a sí mismo una promesa: jamás lo volverían a apresar de aquella manera, aunque viviera mil años.

Aquella mañana Lengyll llevaba una larga bufanda en lugar de corbatín, pero a Rolando le pareció que iba envuelto en la misma chaqueta recta que llevaba en la fiesta de bienvenida del Alcalde, varias semanas atrás. A su lado, jadeando de emoción, inquietud y engreimiento, estaba el Sheriff Avery.

—Muchachos —dijo el Sheriff—, han sido ustedes detenidos por quebrantamiento de las leyes de la Baronía. Se les acusa en concreto de traición y asesinato.

—¿A quién hemos asesinado? —preguntó suavemente Alain mientras uno de los hombres del grupo soltaba una escandalizada o cínica carcajada. Rolando no supo decir cuál de las dos cosas.

—Al Alcalde y al Canciller, tal como ustedes saben muy bien —contestó Avery—. Y ahora...

—¿Cómo puede usted hacer eso? —preguntó Rolando con curiosidad. Se estaba dirigiendo a Lengyll—. Mejis es su tierra natal; he visto la estirpe de sus padres en el cementerio de la ciudad. ¿Cómo puede usted hacerle eso a su lugar natal, señor Lengyll?

—No tengo intención de perder el tiempo charlando contigo —contestó Lengyll. Miró por encima del hombro de Rolando—. ¡Álvarez! ¡Trae su caballo! Unos chicos tan listos no tendrán ningún problema para montar con las manos atadas a la...

—No, dígamelo, Lengyll —lo interrumpió Rolando—. No se prive, señor Lengyll. Ha venido aquí con sus amigos y no con gentes que no pertenecen a su círculo. ¿Cómo puede hacer eso? ¿Violaría usted a su madre si la viera durmiendo con la falda levantada?

La boca de Lengyll se contrajo espasmódicamente, no de vergüenza ni de turbación sino como consecuencia de una momentánea y gazmoña sensación de hastío, y el viejo ranchero miró a Avery.

—Qué bien les enseñan a hablar en Gilead, ¿verdad?

Avery iba armado con un rifle. Ahora se acercó al esposado pistolero, levantando la culata del arma.

—¡Ya le enseñaré yo a hablar como es debido a un hombre de la nobleza! Si usted quiere, le arranco los dientes, Fran.

Lengyll le sujetó el brazo con aire cansado.

—No sea necio. No quiero llevarlo tendido sobre una silla de montar a menos que esté muerto.

Avery bajó el arma. Lengyll se volvió hacia Rolando.

—No vivirás lo bastante como para aprovechar los consejos, Dearborn —le dijo—, pero de todos modos te voy a dar algunos: arrímate a los ganadores de este mundo. Y averigua hacia dónde sopla el viento para que te des cuenta cuando cambie de dirección.

—Ha olvidado el rostro de su padre, gusano asqueroso —dijo Cutberto con toda claridad.

Sus palabras afectaron a Lengyll mucho más que el comentario de Rolando acerca de su madre. Se le notó en el súbito rubor que le tiñó las mejillas curtidas por la intemperie.

—¡Ayudadlos a montar! —dijo—. ¡Quiero que antes de una hora estén encerrados!

5

Rolando fue empujado hacia la silla con tal fuerza que a punto estuvo de caer por el otro lado... y hubiera caído si Dave Hollis no hubiera estado allí para sujetarlo y encajar su bota en la espuela. Dave le dirigió al pistolero una nerviosa sonrisa medio turbada.

—Lamento verle aquí —le dijo Rolando con la cara muy seria.

—Y yo lamento estar aquí —dijo el agente—. Si se proponían ustedes cometer unos asesinatos, hubiera preferido que lo hicieran antes. Su amigo no debiera haber sido tan arrogante como para dejar su tarjeta de visita —añadió, señalando con la cabeza a Cutberto.

Rolando no tenía ni la menor idea de a qué se refería el agente Dave, pero le daba igual. Todo formaba parte de la encerrona y ninguno de aquellos hombres creía demasiado en ello, probablemente ni siquiera el propio Dave. Rolando pensaba sin embargo que con el paso de los años se lo llegarían a creer y se lo contarían a sus hijos y a sus nietos como si fuera una verdad indiscutible. Aquel glorioso día en que habían cabalgado con una cuadrilla de hombres armados y habían capturado a los traidores.

El pistolero utilizó las rodillas para hacer girar a Rusher y allí, junto a la verja del patio de la Franja K y el sendero que conducía al Gran Camino, vio nada menos que a Jonas, montado a horcajadas en un caballo bayo de ancho pecho, con un sombrero de fieltro verde de vaquero y un viejo guardapolvo de color gris. En la funda situada junto a su rodilla derecha había un rifle. El lado izquierdo del guardapolvo estaba levantado para dejar al descubierto la culata del revólver. El blanco cabello de Jonas, que aquel día lo llevaba suelto, se derramaba sobre sus hombros.

Jonas se quitó el sombrero y lo alargó hacia Rolando en gesto de cortés saludo.

—Una partida muy buena —dijo—. Ha sabido usted jugar muy bien, para ser alguien que hasta no hace mucho tiempo tomaba la leche amorrado a una teta.

—Ha vivido usted demasiado, viejo —replicó Rolando.

Jonas esbozó una sonrisa.

—Y usted lo remediaría si pudiera, ¿verdad? Sí, supongo que sí. —Jonas miró a Lengyll—. Búsqueles los juguetes, Fran. Busque con especial cuidado la presencia de cuchillos. Tienen armas de fuego, pero no las han utilizado. Yo sé algo más de lo que ellos creen sobre estos hierros que disparan. Y el gracioso es un hondero. No lo olvide, por el amor de los dioses. Estuvo a punto de arrancarle la cabeza a Roy no hace mucho tiempo.

—¿Está usted hablando del cabeza de zanahoria? —preguntó Cutberto. Su caballo bailaba bajo su cuerpo, y para no caerse oscilaba hacia delante y hacia atrás y de uno a otro lado como un artista circense—. Ése jamás hubiera echado de menos la cabeza. Los cojones puede que sí, pero no la cabeza.

—Tal vez sea cierto —convino Jonas, contemplando cómo los hombres recogían las lanzas y el arco de Rolando.

El tirachinas se encontraba en la parte posterior del cinturón de Cutberto, dentro de una funda que él mismo había confeccionado. Rolando sabía que era mucho mejor que Depape no le hubiera acabado la paciencia a Berto pues éste era capaz de alcanzar el ala de un pájaro desde sesenta metros de distancia. En el lado izquierdo del chico colgaba una bolsa con proyectiles de acero. Bridger también la tomó.

Entretanto, Jonas estaba mirando a Rolando con una amistosa sonrisa en los labios.

—¿Cuál es tu verdadero nombre, mocoso? Pierde cuidado, ahora ya no hay peligro en decirlo. Pronto vas a cabalgar con la muerte y ambos lo sabemos.

Rolando no dijo nada. Lengyll miró a Jonas enarcando las cejas. Jonas se encogió de hombros y movió la cabeza en dirección a la ciudad. Lengyll asintió con la cabeza y empujó a Rolando con un duro y agrietado dedo.

—Vamos a cabalgar, muchacho.

Rolando apretó las rodillas contra los costados de Rusher; el caballo se acercó trotando a Jonas. De repente, Rolando comprendió una cosa. Tal como le había ocurrido con sus mejores y más auténticas intuiciones, le vino de ninguna parte y de todas partes... inexistente en determinado momento y presente y totalmente vestido al siguiente.

—¿Quién lo envió al oeste, gusano? —preguntó al pasar junto a Jonas—. No pudo ser Cort, es usted demasiado viejo. ¿Fue acaso su padre?

La burlona expresión ligeramente aburrida del rostro de Jonas huyó volando de su

rostro como si le hubieran propinado un manotazo. Durante un asombroso momento, el hombre del cabello blanco volvió a convertirse en un niño: asustado, avergonzado y dolido.

—Sí, el padre de Cort, lo leo en sus ojos. Y ahora está aquí, en el Mar Limpio, sólo que en realidad está en el oeste. El alma de un hombre como usted jamás podrá abandonar el oeste.

Jonas desenvainó y amartilló el arma con tal rapidez que sólo los extraordinarios ojos de Rolando pudieron captar el movimiento. Se oyó un murmullo de voces de los hombres situados a la espalda de ambos, en parte de escandalizado asombro, pero sobre todo de reverente temor.

—¡No sea necio, Jonas! —gritó Lengyll—. No irá usted a matarlos después del tiempo que nos ha costado y de los riesgos que hemos corrido para echarles el guante, ¿verdad?

Jonas pareció no prestarle atención. Tenía los ojos enormemente abiertos y le temblaban las comisuras de los agrietados labios.

—Cuida tus palabras, Will Dearborn —dijo en un áspero susurro—. Cuídalas bien. En este mismo instante tengo el gatillo a medio apretar.

—Bueno, pues dispare —dijo Rolando, levantando la cabeza para mirar a Jonas desde arriba—. Dispare, exiliado. Dispare, gusano. Dispare, fracasado. Seguirá viviendo en el exilio y morirá tal como ha vivido.

Rolando estuvo seguro de que Jonas iba a disparar y le pareció que la muerte sería suficiente, un final aceptable después de la vergüenza de haber sido apresado con tanta facilidad. En aquel instante, Susan no estaba en sus pensamientos. Nada respiraba en aquel momento, nada llamaba, nada se movía. Las sombras de los hombres que estaban presenciando aquel enfrentamiento tanto a pie como a caballo apenas se distinguían en el suelo.

Después Jonas desamartilló su arma y la volvió a enfundar.

—Llévelos a la ciudad y métalos en chirona —le dijo a Lengyll—. Y cuando yo aparezca, no quiero ver ni un solo pelo arrancado de la cabeza de nadie. Si yo he podido aguantarme y no matar a éste, bien pueden ustedes aguantarse y no hacer daño a los demás. Y ahora váyanse.

—En marcha —dijo Lengyll.

Su voz había perdido en parte su ficticia autoridad. Ahora era la voz de un hombre que se da cuenta (demasiado tarde) de que ha comprado fichas de un juego cuyas

apuestas serán probablemente demasiado altas.

Se pusieron en marcha y Rolando volvió la cabeza por última vez. El desprecio que Jonas vio en aquellos ojos fríos y jóvenes le dolió más que los azotes que años atrás le habían dejado la espalda llena de cicatrices en Garlan.

6

Cuando los perdió de vista, Jonas entró en el barracón, levantó la tabla bajo la cual los muchachos ocultaban su pequeño arsenal y encontró sólo dos armas de fuego. La pareja de pistolas de seis disparos con culatas oscuras -las pistolas de Dearborn seguramente- habían desaparecido.

«Está en el oeste. El alma de un hombre como usted jamás podrá abandonar el oeste. Vivirá en el exilio y morirá tal como ha vivido.»

Las manos de Jonas entraron en acción y desmontaron los revólveres que Cutberto y Alain habían llevado consigo al oeste. El de Alain jamás se había utilizado como no fuera en el campo de tiro. Jonas arrojó al exterior las distintas piezas, diseminándolas por todas partes. Las arrojó lo más lejos que pudo, tratando de librarse de aquella fría mirada azul y del espanto de haber oído lo que él creía que nadie sabía. Roy y Clay lo sospechaban, pero ni siquiera ellos lo sabían con certeza.

Antes de la puesta del sol, todo el mundo en Mejis sabría que Eldred Jonas, el regulador del cabello blanco y el tatuaje del ataúd en la mano, no era más que un pistolero fracasado.

«Vivirá en el exilio y morirá tal como ha vivido.»

—Es posible —dijo, contemplando la incendiada vivienda del rancho sin verla realmente—. Pero viviré más que tú, joven Dearborn, y moriré mucho después de que tus huesos se estén pudriendo en la tierra.

Montó en su cabalgadura y dio media vuelta, tirando violentamente de las riendas para dirigirse a Citgo donde Roy y Clay lo estarían esperando; cabalgó al galope, pero los ojos de Rolando galopaban con él.

7

—¡Despierte! ¡Despierte, señora! ¡Despierte! ¡Despierte!

Al principio le pareció que las palabras venían de muy lejos y se estaban desplazando por algún medio mágico al oscuro lugar donde ella dormía. Incluso

cuando la voz fue acompañada por una mano que la estaba sacudiendo con fuerza y comprendió que tenía que despertarse, la lucha fue muy larga y denodada.

Llevaba muchas semanas sin poder disfrutar de una buena noche de sueño reparador, y la víspera había pensado que ocurriría lo de siempre... especialmente la víspera. Había permanecido despierta en su lujoso dormitorio de la Costa, dando incesantes vueltas en la cama mientras su mente se poblaba de toda suerte de posibilidades, ninguna de ellas buena. El camisón se le había enrollado alrededor de las caderas y se le había arrugado en la espalda. Cuando se levantó para ir al lavabo, se quitó aquella odiosa prenda, la arrojó a un rincón y regresó desnuda a la cama.

Inmediatamente después de librarse de aquella pesada prenda se quedó dormida. Pero más que quedarse dormida, fue como si cayera en una grieta de la tierra sin pensamientos y sin sueños.

Y ahora aquella voz entrometida. Aquel brazo entrometido que la estaba sacudiendo con tal fuerza que su cabeza se movía de un lado a otro sobre la almohada. Susan trató de librarse de él doblando las rodillas hasta el pecho y musitando confusas protestas, pero el brazo insistía. Se reanudaron las sacudidas y la molesta voz que la llamaba sin cesar.

—¡Despierte, señora! ¡Despierte! ¡En nombre de la Tortuga y del Oso, despierte!

Era la voz de María. Susan no la había reconocido al principio porque María parecía muy trastornada. Susan jamás la había oído hablar de aquella manera. La criada parecía al borde del histerismo.

Susan se incorporó. Pero de pronto le cayeron encima tantas cosas -todas malas- que fue incapaz de moverse. El edredón bajo el cual había dormido le resbaló hasta el regazo, dejando al descubierto su busto, y sólo tuvo ánimos para tirar débilmente de él con las puntas de los dedos.

La primera cosa mala fue la luz que penetraba a través de las ventanas con más fuerza que nunca porque, ahora se dio cuenta, jamás había estado en aquella habitación hasta tan tarde. Dioses, debían de ser las diez o quizá más tarde.

La segunda cosa mala fueron los ruidos de abajo. La Casa del Alcalde solía ser un lugar muy tranquilo por la mañana; hasta el mediodía sólo se oía a los vaqueros de la casa sacando a los caballos para sus ejercicios matinales, el chirriante ruido de la escoba de Miguel barriendo el patio y el constante rugido de las olas que rompían en la orilla. Pero aquella mañana había gritos, maldiciones, rumor de caballos al galope y ocasionales estallidos de extrañas y sincopadas risas. En el exterior de su habitación -

puede que no en aquella ala, pero muy cerca de ella-, oyó el ruido de unos pies que corrían calzados con botas.

Pero lo peor de todo era la propia María, con las mejillas muy pálidas a pesar del aceitunado color de su piel. El cabello que siempre llevaba pulcramente peinado, lo tenía ahora totalmente alborotado. Susan pensó que sólo un terremoto le había podido provocar aquel efecto.

—¿Qué ocurre, María?

—Tiene que irse, señora. La Costa no es ahora un lugar seguro para usted. Su casa puede ser mejor. Cuando antes no la he visto, he pensado que se había ido temprano. Ha elegido un mal día para quedarse dormida.

—¿Que me tengo que ir? —preguntó Susan. Poco a poco se fue subiendo el edredón hasta la nariz y miró a María por encima de él con sus grandes ojos abotagados—. ¿Qué quieres decir con eso de que me tengo que ir?

—Por la puerta de atrás. —María arrancó el edredón de las adormiladas manos de Susan y se lo bajó hasta los tobillos—. Tal como hizo la otra vez. ¡Hágalo ahora mismo, señorita! ¡Vístase y váyase! A los chicos los han encerrado pero ¿y si tienen amigos? ¿Y si vuelven y la matan también a usted?

Susan se estaba levantando, pero ahora sus piernas se quedaron sin fuerzas y tuvo que volver a sentarse en la cama.

—¿Los chicos? —preguntó en un susurro—. ¿Los chicos han matado a quién? ¿Los chicos han matado a quién?

La sintaxis era muy mala, pero María comprendió el significado.

—Dearborn y sus compañeros —contestó María.

—¿A quién dicen que han matado?

—Al Alcalde y al Canciller. —La criada miró a Susan con una especie de trastornada simpatía—. Levántese le digo y váyase ahora mismo. Este lugar se ha vuelto loco.

—No han podido hacer tal cosa —dijo Susan, y a duras penas pudo reprimir el impulso de añadir: «No figuraba en el plan.»

—El señor Thorin y el señor Rimer están muertos, quienquiera que los haya matado. —Ahora se oían más gritos desde abajo e incluso una pequeña detonación que no parecía un petardo. María miró en aquella dirección y empezó a lanzarle la ropa a Susan—. Al Alcalde le han vaciado los ojos.

—¡No pueden haber sido ellos! Yo los conozco, María...

—Pues yo no sé nada de ellos ni me importa, pero usted sí me importa. Vístase y váyase, se lo digo yo. Con toda la rapidez que pueda.

—¿Y qué ha sido de ellos? —Un terrible pensamiento cruzó por su mente. Se levantó de un salto y la ropa cayó al suelo, a su alrededor. Agarró a María por los hombros y la sacudió—. No los habrán matado, ¿verdad? ¡Dime que no los han matado!

—Ha habido miles de gritos y han corrido diez mil rumores. Yo creo que los han encarcelado, pero...

No hizo falta que María terminara la frase; sus ojos se apartaron de los de Susan y aquel movimiento involuntario (junto con los confusos gritos de abajo) le dijeron a Susan todo lo demás.

Aún no los habían matado, pero Hart Thorin era muy apreciado y pertenecía a una familia muy antigua. Rolando, Cutberto y Alain eran forasteros.

Aún no los habían matado... pero mañana era la Siega y mañana por la noche se encendería la Hoguera de la Siega. Susan empezó a vestirse tan deprisa como pudo.

8

Reynolds, que llevaba más tiempo con Jonas que Depape, echó un vistazo a la figura que se estaba acercando a ellos cabalgando al paso a través de las espectrales torres del yacimiento de petróleo, y se volvió hacia su compañero.

—No le hagas ninguna pregunta; esta mañana no está de humor para preguntas estúpidas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—No importa. Tú mantén la boca cerrada.

Jonas refrenó su montura delante de ellos y se hundió en su silla de montar, pálido y pensativo. Su aspecto indujo a Roy Depape a formularle una pregunta, pese a la advertencia de Reynolds.

—¿Te ocurre algo, Eldred?

—¿Y a quién no? —replicó Jonas sin añadir nada más.

Detrás de ellos, las pocas bombas que todavía funcionaban en Citgo chillaban con aire cansado.

Jonas reaccionó por fin y se incorporó un poco en su silla de montar.

—A estas horas los cachorros ya deben de ser unas provisiones almacenadas. Les he dicho a Avery y a Lengyll que efectuaran dos tandas de disparos de pistola si

ocurriera algo, y no se ha oído ningún disparo de este tipo.

—Nosotros tampoco los hemos oído, Eldred —dijo ansiosamente Depape—. Nada en absoluto.

Jonas hizo una mueca.

—¿Y cómo los ibais a oír en medio de este ruido? ¡Necio!

Depape se mordió el labio, vio algo que necesitaba un ajuste en su estribo derecho y se inclinó para arreglarlo.

—¿Os han visto mientras hacíais el trabajo? —preguntó Jonas—. Quiero decir cuando liquidasteis a Rimer y Thorin. ¿Hay alguna posibilidad de que alguien os haya visto?

Reynolds sacudió la cabeza en nombre de los dos.

—Se ha hecho con toda la limpieza posible.

Jonas asintió con la cabeza, como si el tema sólo tuviera un interés secundario para él, y desvió la mirada hacia el yacimiento de petróleo y las oxidadas torres.

—Puede que la gente tenga razón —dijo en un susurro casi inaudible—. Puede que los miembros del Pueblo Antiguo fueran unos demonios. —Se volvió a mirarles—. Bueno, pues ahora los demonios somos nosotros. ¿No es cierto, Clay?

—Lo que tú pienses, Eldred —contestó Reynolds.

—He dicho lo que pienso. Ahora nosotros somos los demonios, y por los dioses que nos comportaremos como si lo fuéramos. ¿Qué hay de Quint y de los de allí abajo?

Jonas ladeó la cabeza hacia la boscosa ladera en la que se había preparado la emboscada.

—Aún están allí, esperando tus órdenes —contestó Reynolds.

—Ahora no los necesitamos. —Jonas le dirigió a Reynolds una siniestra mirada—. Este Dearborn es un mocoso muy simpático. Ojalá pudiera estar mañana por la noche en Hambria para poder colocar una antorcha entre sus pies. He estado a punto de dejarle seco de un disparo en la Franja K. De no haber sido por Lengyll, lo hubiera hecho. Un mocoso muy simpático

Jonas se hundió de nuevo en su silla de montar mientras hablaba. Su rostro estaba cada vez más sombrío, como si unas nubes de tormenta estuvieran pasando por delante del sol. Reynolds no contestó. ¿Para qué? Si Eldred se volviera loco en aquel momento (él lo había visto otras veces), ellos no podrían alejarse a tiempo de su zona homicida.

—Eldred, aún nos queda una cosa muy importante que hacer.

Reynolds hablaba en voz baja pero consiguió hacerse entender. Jonas volvió a enderezar la espalda. Se quitó el sombrero, lo colgó en el arzón de la silla como si éste fuera una percha y se alisó distraídamente el cabello con los dedos.

—Sí, es muy importante, tienes razón. Id allí abajo. Decidle a Quint que pida bueyes para arrastrar los dos últimos depósitos llenos que quedan hasta la Roca Colgante. Tendría que quedarse con cuatro hombres para cargarlos y llevarlos a Latigo. Los demás pueden adelantarse.

Reynolds pensó que ya le podía hacer una pregunta.

—¿Cuándo llegarán los restantes hombres de Latigo?

—¿Hombres? —dijo Jonas en tono despectivo—. ¡Qué más quisiéramos! Los restantes chicos de Latigo saldrán de la Roca Colgante a medianoche haciendo ondear sin duda sus pendones para que todos los coyotes y los demás perros del desierto los vean y se asusten. Calculo que estarán preparados para prestar servicio de escolta sobre las diez de la mañana, aunque si son la clase de muchachos que yo imagino, los fallos estarán a la orden del día. Pero lo bueno de la situación es que de todos modos nosotros no los vamos a necesitar demasiado. Parece que las cosas están bastante controladas. Ahora id allí abajo, encargaos de que hagan lo que tienen que hacer, y volved conmigo tan rápidamente como podáis.

Jonas dio media vuelta y miró hacia las onduladas colinas del noroeste.

—Tenemos cosas que hacer en la ciudad —dijo—. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos. Quiero sacudirme el polvo de la maldita Mejis del sombrero y de las botas a la mayor brevedad posible. Ya no me encuentro a gusto aquí. En absoluto.

9

Theresa María Dolores O'Shyven tenía cuarenta años y era una mujer regordeta y agraciada, madre de cuatro hijos. Su marido se llamaba Pedro y era un vaquero de jovial temperamento. La mujer se dedicaba también a la venta de alfombras y cortinajes en el Mercado Superior; muchas de las más bellas y delicadas citas de la Costa habían pasado por las manos de Theresa O'Shyven, cuya familia gozaba de muy buena posición. Aunque su marido era propiamente un vaquero, el clan O'Shyven hubiera pertenecido a la clase media en otro lugar y otra época. Sus dos hijos mayores ya se habían independizado, y uno de ellos incluso había abandonado la Baronía. El tercero era un galán y esperaba casarse con su amada por fin de año. Sólo la más pequeña

sospechaba que algo raro le ocurría a mamá, y eso que no sabía lo cerca que estaba Theresa de la locura obsesiva más absoluta.

«Muy pronto -pensó Rea, contemplando ávidamente a Theresa en la bola de cristal-. Muy pronto lo empezará a hacer, pero primero se tiene que librar de la mocosa.»

Por la Feria de la Siega los chicos no iban a la escuela y los tenderetes sólo abrían unas cuantas horas por la tarde, por lo que Theresa envió a su hija menor con una empanada. Un obsequio de la Siega para alguna vecina, dedujo Rea, aunque no había podido oír las instrucciones que la mujer le había dado a su hija mientras le encasquetaba un gorro de punto hasta las orejas. La vecina no debía de vivir muy cerca; Theresa María Dolores O'Shyven necesitaba un poco de tiempo para hacer todas las tareas domésticas. Era una casa muy grande, con muchos rincones que se tenían que limpiar.

Rea se rió por lo bajo y su risa se convirtió en un cavernoso acceso de tos. Desde un rincón, Musty miró a la anciana con expresión fantasmagórica. Aunque distaba mucho de ser el demacrado esqueleto en que se había convertido su ama, Musty tampoco tenía muy buen aspecto.

La niña salió con la empanada bajo el brazo; se detuvo para mirar con semblante preocupado a su madre y después ésta le cerró la puerta.

—¡Ahora! —graznó Rea—. ¡Los rincones están esperando! ¡De rodillas, mujer, y ponte a trabajar!

Primero Theresa se acercó a la ventana. Tras comprobar lo que quería -su hija cruzando la verja y bajando probablemente por la Calle Mayor-, regresó a la cocina. Se acercó a la mesa y allí se quedó, contemplando el espacio con expresión soñadora.

—¡No, ahora nada de todo eso! —exclamó Rea, impacientándose.

Ya no veía la suciedad de su choza, ya no aspiraba sus malos olores ni la fetidez que despedía su propia persona. Había entrado en el Arco Iris del Mago. Estaba con Theresa O'Shyven, cuya casa tenía los rincones más limpios de todo Mejis, y hasta es posible que de todo el Mundo Medio.

—¡Date prisa, mujer! —dijo Rea casi a gritos—. ¡Empieza a hacer las labores domésticas!

Como si la oyera, Teresa se desabrochó la bata de estar por casa, se la quitó y la depositó cuidadosamente en una silla. Tiró del dobladillo de su limpia y remendada camisa para cubrirse las rodillas, se dirigió al rincón y se puso a gatas.

—¡Eso es, corazón mío! —exclamó Rea, casi atragantándose con una flema producida por la tos y la risa—. ¡Haz las tareas y hazlas bien!

Theresa O'Shyven estiró el cuello, abrió la boca, sacó la lengua y empezó a lamer el rincón, dándole unos lametones parecidos a los que daba Musty a la leche. Rea contempló el espectáculo, golpeándose las rodillas y lanzando gritos de entusiasmo mientras se le ponía la cara cada vez más colorada y se balanceaba de un lado a otro. ¡Theresa era su preferida, desde luego! Se pasaría horas y horas gateando con el culo al aire, lamiendo los rincones y pidiéndole a algún desconocido dios -ni siquiera al Dios Jesús-Hombre- perdón por cualquiera sabía qué pecados mientras realizaba aquella tarea como penitencia. A veces se clavaba astillas en la lengua y tenía que interrumpir su trabajo para escupir sangre en el fregadero de la cocina. Hasta aquel momento, un sexto sentido la había inducido a levantarse y volver a ponerse la bata antes de que regresara algún miembro de su familia, pero Rea sabía que más pronto o más tarde su obsesión la llevaría demasiado lejos y la sorprenderían. A lo mejor hoy sería el día; la niña regresaría a casa temprano, quizá para pedir una moneda que pudiera gastarse en la ciudad, y descubriría a su madre de rodillas, lamiendo el suelo de los rincones. ¡Oh, qué espectáculo tan divertido! Cuánto hubiera deseado...

De repente Theresa O'Shyven desapareció. El interior de su pulcra casita desapareció. Todo desapareció, perdido en las móviles cortinas de la luz de color de rosa. Por primera vez en varias semanas, la bola de cristal del mago se había quedado en blanco.

Rea tomó la bola entre sus huesudos dedos de largas uñas y la sacudió.

—¿Qué te ocurre, maldito trasto? ¿Qué demonios te ocurre?

La bola pesaba mucho, y a Rea le estaban fallando las fuerzas. Tras sacudirla fuertemente dos o tres veces, la bola le resbaló de las manos.

Rea la acunó contra los desinflados restos de su pecho, temblando de miedo.

—No, no, cariño —le canturreó—. Vuelve cuando estés preparada, Rea ha perdido un poco los estribos, pero ahora ya se ha calmado, no quería sacudirte de esta manera ni dejarte caer, sólo...

Guardó silencio y ladeó la cabeza para prestar atención. Se acercaban unos caballos. No, no se acercaban, ya estaban allí. Tres jinetes, a juzgar por el ruido de los cascos. Se habían acercado mientras ella estaba distraída.

¿Los chicos? ¿Aquellos chicos tan latosos?

Rea apretó la bola contra su pecho, abrió los ojos y se humedeció los labios. Sus

manos estaban tan esqueléticas que el resplandor rosado de la bola las traspasaba, iluminando los oscuros radios de sus huesos.

—¡Rea! ¡Rea de Cos! No, no eran los chicos.

—¡Sal de ahí y entréganos lo que recibiste! Peor todavía.

—¡Farson quiere que le devuelvan lo que es suyo! ¡Hemos venido para llevárnoslo!

No eran los chicos sino los Grandes Cazadores de Ataúdes.

—Nunca, sucio y viejo pelmazo canoso —contestó Rea en voz baja—. No te la llevarás.

Sus ojos miraban a hurtadillas en todas direcciones. Con el cabello desgreñado y los labios temblorosos, parecía un coyote enfermo que hubiera llegado a su último arroyo.

Contempló la bola de cristal y un gemido se escapó de su garganta. Ahora había desaparecido incluso el resplandor rosado. La esfera estaba tan oscura como la cuenca del ojo de un cadáver.

10

Un grito se escapó de la choza.

Depape miró a Jonas con los ojos enormemente abiertos. Se le había puesto la carne de gallina. La cosa que había lanzado aquel grito no parecía humana.

—¡Rea! —volvió a llamarla Jonas—. ¡Sácala y dánosla! ¡No tengo tiempo para jugar contigo!

La puerta de la choza se abrió. Depape y Reynolds sacaron sus armas al ver salir a la bruja parpadeando frente a la luz del sol como si se hubiera pasado toda la vida en una cueva. Sobre su cabeza sostenía el juguete preferido de John Farson. En el patio había muchas piedras contra las que hubiera podido estrellar la bola de cristal, y además la bola se podía romper aunque le fallara la puntería y no alcanzara ninguna.

Jonas sabía que la cosa podía ser muy grave. Había muchas personas que no estaban en condiciones de amenazar. Había centrado tanto su atención en los mocosos (que por una curiosa ironía habían sido capturados con una pasmosa facilidad) que ni siquiera se le había ocurrido preocuparse por aquella otra cuestión. Kimba Rimer, el hombre que les había aconsejado a Rea como la mejor guardiana del Arco Iris de Merlín, había muerto. En caso de que allí les fueran mal las cosas, no le podrían echar la culpa a Rimer.

Entonces, para agravar la situación cuando él ya creía imposible que ésta pudiera estar peor de lo que estaba, oyó que Depape amartillaba su arma.

—¡Guarda eso, idiota! —le gritó.

—¡Pero mírala! —dijo Depape gimoteando—. ¡Mírala, Eldred!

La miró. La cosa que había en el interior del vestido negro parecía llevar alrededor del cuello una serpiente putrefacta a modo de collar. Estaba tan escuálida que parecía un esqueleto ambulante. Su cráneo casi pelado sólo conservaba un mechón; el resto del cabello se le había caído.

Tenía la frente y las mejillas llenas de llagas, y una señal que parecía la picadura de una araña a la izquierda de la boca. Jonas pensó que a lo mejor esta última era una manifestación de escorbuto, aunque en realidad no le importaba ni una cosa ni otra. Lo que le preocupaba era la bola de cristal que la moribunda mujer sostenía en alto entre sus largas y trémulas garras.

11

La luz del sol deslumbró hasta tal extremo los ojos de Rea que ésta no vio el arma que la apuntaba y, cuando se le despejó la vista, Depape ya la había vuelto a enfundar. Miró a los hombres situados el uno al lado del otro delante de ella -el pelirrojo de las gafas, el de la capa y el Viejo Pelo Blanco Jonas- y soltó una risotada que sonó como un graznido. ¿Le habían dado miedo aquellos poderosos Cazadores de Ataúdes? Creía que sí, pero ¿por qué? Eran hombres, nada más que hombres, y ella se había pasado toda la vida derrotándolos. Ellos se creían los amos del cotarro, desde luego -nadie en el Mundo Medio acusaba a nadie de olvidar el rostro de su madre-, pero en el fondo eran unos pobres desgraciados que se conmovían hasta las lágrimas cuando escuchaban una triste canción, se quedaban totalmente atontados cuando contemplaban un pecho desnudo y eran mucho más fáciles de manipular por el simple hecho de creerse fuertes, duros y sabios.

La bola de cristal se había quedado a oscuras, pero aquella oscuridad que ella tanto aborrecía le había despejado la mente.

—¡Jonas! —gritó—. ¡Eldred Jonas!

—Aquí estoy, vieja madre —contestó él—. Largos días y agradables noches.

—Déjate de cumplidos, no hay tiempo para eso.

Rea avanzó otros cuatro pasos y se detuvo, sosteniendo todavía la bola sobre su cabeza. Cerca de ella asomaba entre la hierba del suelo un trozo de piedra gris. Lo

miró y volvió a mirar a Jonas. La tácita insinuación era inequívoca.

—¿Qué quieres? —le preguntó Jonas.

—La bola se ha quedado a oscuras —dijo ella, respondiendo de manera indirecta—. Durante todo el tiempo que yo la he guardado estaba viva, incluso cuando no mostraba nada que yo pudiera entender. Estaba viva, brillante y rosada, pero se ha quedado a oscuras en cuanto ha oído tu voz. No quiere ir contigo.

—Aun así, tengo orden de llevármela. —La voz de Jonas sonaba amable y conciliadora. Casi era el tono que utilizaba cuando estaba en la cama con Coral—. Piénsalo un minuto y comprenderás mi situación. Farson la quiere, ¿y quién soy yo para oponerme a los deseos de un hombre que será el más poderoso del Mundo Medio cuando salga la Luna del Demonio el año que viene? Si regreso sin ella y digo que Rea de Cos se ha negado a devolvérmela, me matará.

—Si regresas y le dices que te la rompí en tu fea y vieja cara, también te matará —dijo Rea. Se había acercado lo bastante a Jonas como para que éste viera hasta qué extremo la enfermedad la había devorado. Por encima de los pocos pelos que le quedaban en la cabeza, la bola temblaba hacia delante y hacia atrás. No podría sujetarla por mucho tiempo. Un minuto como mucho. Jonas sintió que unas gotas de sudor le brotaban en la frente.

—Es cierto, madre. Pero, mira, si me dieran a elegir la muerte que quiero, preferiría llevarme la causa de mi problema. Y ésa eres tú, cariño.

Rea volvió a soltar una carcajada, que más pareció un graznido y asintió en gesto de aprobación.

—De todos modos, a Farson no le servirá de nada sin mí —dijo—. Creo que la bola ha encontrado a su dueña, por eso se ha quedado a oscuras al oír tu voz.

Jonas se preguntó cuántas personas se habrían creído que la bola era suya. Quería enjugarse el sudor de la frente antes de que le resbalara hacia los ojos, pero mantenía las manos pulcramente entrelazadas sobre el arzón de su silla de montar. No se atrevía a mirar ni a Reynolds ni a Depape y esperaba que éstos le dejaran interpretar la comedia a él solo. Rea se mantenía en equilibrio sobre el filo de una navaja física y mental; el más ligero movimiento podía provocar su caída a uno u otro lado.

—Dices que ha encontrado a la persona que ella quiere, ¿verdad? —Jonas creyó ver una salida. Con un poco de suerte. Una suerte que quizá también se podría extender a ella—. ¿Qué vamos a hacer?

—Llévame contigo. —El rostro de Rea se contrajo en una horrible mueca de codicia; parecía un cadáver que estuviera a punto de estornudar.

«No se da cuenta de que se está muriendo -pensó Jonas-. Gracias sean dadas a los dioses.»

—Toma la bola de cristal, pero llévame también a mí. Iré contigo a ver a Farson. Me convertiré en su adivina y nada se nos resistirá si yo le leo las predicciones de la bola de cristal. ¡Llévame contigo!

—Muy bien —dijo Jonas. Era lo que esperaba—. Pero las decisiones de Farson no dependen de mí. Tú ya lo sabes, ¿verdad?

—Sí

—Muy bien. Ahora dame la bola y yo te la dejaré nuevamente en custodia, pero primero tengo que asegurarme que está intacta.

Poco a poco Rea la bajó. Jonas temía que la bola no estuviera completamente a salvo ni siquiera en el caso de que ella la acunara en sus brazos, pero aun así respiró un poco más tranquilo.

Jonas se inclinó hacia abajo desde la silla de montar, extendiendo las manos para tomar la bola.

Rea le miró con astucia por debajo de sus viejos párpados llenos de costras. Incluso llegó al extremo de guiñarle un ojo con expresión de complicidad.

—Sé lo que estás pensando, Jonas. Piensas, «Tomaré la bola de cristal, sacaré el arma y la mataré, ¿qué mal habrá en ello?» ¿Acaso no es así? Pero se produciría un mal que os afectaría a ti y a los tuyos. Si me matas, la bola jamás volverá a brillar para Farson. Para otra persona puede que algún día volviera a brillar, pero no para él; ¿ crees que te perdonará la vida si cuando le devuelvas el juguete descubre que está roto?

Jonas ya lo había pensado.

—Hemos hecho un trato, vieja madre. Tú te irás al este con la bola de cristal, a menos que alguna noche te mueras al borde del camino. Perdóname que te lo diga, pero no tienes muy buena cara.

Rea soltó una trémula carcajada.

—Estoy mejor de lo que parezco, te lo aseguro. Faltan muchos años para que a este viejo reloj se le acabe la cuerda.

«Puede que en eso te equivoques, vieja madre», pensó Jonas. Pero guardó silencio y extendió las manos para tomar la bola.

Rea la retuvo un instante. Ambos habían llegado a un acuerdo, pero ella se resistía a desprenderse de su tesoro. La codicia brillaba en sus ojos como la luz de la luna a través de la niebla.

Jonas mantuvo las manos pacientemente extendidas sin decir nada, esperando que la mente de Rea aceptara la realidad... si Rea soltaba la bola, habría alguna posibilidad. Si la retenía, lo más probable sería que todos los presentes en aquel pedregoso patio lleno de malas hierbas no tardaran en palmarla... incluida la propia Rea.

Con un suspiro de pesadumbre, Rea depositó finalmente la bola en sus manos. En el instante en que ésta pasó de las manos de Rea a las de Jonas, un resplandor rosado empezó a pulsar en sus profundidades. Jonas experimentó una punzada de dolor en la cabeza y un estremecimiento de placer en los cojones.

Oyó a Depape y Reynolds amartillando sus pistolas, como si el sonido llegara desde muy lejos.

—Guardadlas —les ordenó.

—Pero... —dijo Reynolds en tono desconcertado.

—Pensaban que ibas a traicionar a Rea —dijo la anciana, soltando una temblorosa carcajada—. Menos mal que el que manda eres tú, Jonas, y no ellos. A lo mejor sabes algo que ellos ignoran.

Por supuesto que Jonas sabía algo: sabía lo peligrosa que era aquella suave cosa de cristal que sostenía en sus manos. Si quería se podía apoderar de él en un santiamén y en cuestión de un mes él tendría el mismo aspecto que el de la bruja: demacrado, lleno de llagas y demasiado obsesionado como para darse cuenta o para que le importara.

—¡Os he dicho que las guardéis! —gritó.

Reynolds y Depape se intercambiaron una mirada y volvieron a enfundar las pistolas.

—Eso iba dentro de una bolsa —dio Jonas—. Una bolsa que se cerraba con una cinta. Ve por ella.

—Sí —dijo Rea, esbozando una desagradable sonrisa—. Pero la bolsa no impedirá que la bola te arrebate la vida si quiere. Ni se te ocurra pensarlo. —La bruja estudió a los otros dos y sus ojos se clavaron en Reynolds—. En mi cobertizo hay un carretón y dos cabras grises para tirar de él. —Se estaba dirigiendo a Reynolds, pero Jonas observó que sus ojos se desviaban constantemente hacia la bola de cristal... y

se dio cuenta de que ahora sus propios ojos también querían contemplar la bola.

—Tú a mí no me das órdenes —dijo Reynolds.

—No, pero yo sí —dijo Jonas. Sus ojos se desplazaron hacia la bola, deseando y al mismo tiempo temiendo ver aquel rosado resplandor de vida de su interior. Nada. Fría y oscura. Miró nuevamente a Renolds—. Ve por el carretón.

12

Reynolds oyó el zumbido de las moscas antes incluso de cruzar la desvencijada puerta del cobertizo y al instante comprendió que a las cabras de Rea ya se les habían terminado los días de tirar del carretón. Yacían hinchadas y muertas con las patas hacia arriba y las cuencas de los ojos llenas de gusanos. Imposible saber el tiempo que llevaba Rea sin darles de comer y beber, pero Reynolds calculaba, a juzgar por el olor, que por lo menos haría una semana.

«Estaba demasiado ocupada contemplando lo que ocurre en esta bola de cristal como para preocuparse por eso –pensó-. ¿Y para qué llevará esta serpiente muerta alrededor del cuello?»

—No quiero saberlo —murmuró por detrás del pañuelo del cuello que se había levantado para taparse la boca.

Lo único que él quería en aquellos momentos era largarse de allí cuanto antes.

Vio el carretón pintado de negro con dibujos cabalísticos dorados. Parecía un carrito de curandero, y también un coche fúnebre. Asió las varas y lo empujó fuera del cobertizo tan deprisa como pudo. Por los dioses, que Depape se encargara de lo demás, de enganchar el carretón a su caballo y arrastrar la pestilente carga de la vieja... ¿adónde? ¿Quién podía saberlo? Eldred tal vez.

Rea salió renqueando de la choza con la bolsa de la bola de cristal, pero se detuvo en seco y ladeó la cabeza para prestar atención al oír la pregunta de Reynolds.

Jonas lo pensó y contestó:

—Supongo que de momento a la Costa. Sí, será suficiente para ella y para esta bola hasta que termine la fiesta de mañana.

—Sí, a la Costa, yo nunca he estado allí —dijo Rea, acercándose a Jonas.

Cuando se detuvo junto a su caballo (que trató de apartarse de ella), la anciana abrió la bolsa. Tras dudar un poco, Jonas echó la bola en su interior. La bola combó el fondo de la bolsa, confiriéndole la forma de una lágrima.

Rea esbozó una taimada sonrisa.

—Puede que veamos a Thorin. Si lo vemos, quiero enseñarle una cosa del juguete del Hombre Bueno que a lo mejor le interesará mucho.

—Si lo ves —dijo Jonas, desmontando para ayudar a enganchar el carretón negro al caballo de Depape—, será en un lugar donde no hace falta ninguna magia para practicar la clarividencia.

Rea lo miró con el rostro fruncido, pero de pronto esbozó una taimada sonrisa.

—¡Creo que nuestro Alcalde ha sufrido un accidente!

—Podría ser —convino Jonas.

Rea soltó una risita que enseguida se transformó en una sonora carcajada. Aún se estaba riendo cuando salieron del patio, ella sentada en el carretón negro adornado con signos cabalísticos como si fuera la Reina de los Lugares Oscuros en su trono.

CAPÍTULO VIII

LAS CENIZAS

1

El pánico es altamente contagioso, sobre todo en las situaciones en que nada se sabe y todo está revuelto. Fue la contemplación de Miguel, el viejo mozo, la que indujo a Susan a rodar por su resbaladiza pendiente. Miguel estaba en el centro del patio de la Costa, abrazando la escoba contra su pecho y mirando con expresión de perpleja desolación a todos los jinetes que iban de acá para allá. Su sombrero estaba torcido a su espalda y Susan observó con cierto horror que Miguel -normalmente peinado y aseado- se había puesto el sarape al revés. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, y mientras se volvía hacia uno y otro lado y seguía con la mirada a los jinetes que pasaban, tratando de llamar a los que conocía, su aspecto le recordó a Susan el de un niño que una vez había visto caminar con paso inseguro delante de una diligencia que se estaba acercando por el camino. El padre lo había apartado a tiempo pero ¿quién apartaría a Miguel?

Cuando se disponía a acercarse a él, un vaquero montado en un fogoso roano manchado pasó galopando por su lado y le rozó la cadera con el estribo mientras la cola del caballo le golpeaba el antebrazo. Susan soltó una extraña risita. ¡Estaba preocupada por Miguel y por poco no la derriban a ella! ¡Hubiera tenido gracia!

Esta vez miró a ambos lados, se adelantó, pero tuvo que retroceder porque un carro cargado acababa de doblar la esquina, inclinándose sobre dos ruedas, casi a punto de volcar. No pudo ver qué transportaba pues la mercancía estaba cubierta con una lona, pero vio que Miguel se adelantaba hacia él, abrazado todavía a la escoba. Susan recordó de nuevo al niño delante de la diligencia y lanzó un entrecortado grito de alarma. Miguel se apartó en el último momento v el carro pasó volando junto a él, atravesó el patio brincando e inclinándose hacia un lado hasta desaparecer cruzando el arco.

Miguel soltó la escoba, se acercó las manos a las mejillas, cayó de hinojos y se puso a rezar con quejumbrosa voz. Susan se lo quedó mirando un momento, movió la boca sin decir nada y corrió en dirección a los establos sin tener la precaución de mantenerse pegada al muro lateral del edificio. Había contraído la enfermedad que al mediodía aquejaría a casi todos los habitantes de Hambria y, aunque consiguió ensillar bastante bien a Pylon (un día cualquiera habría habido tres mozos de cuadra

compitiendo entre sí por el privilegio de ayudar a la bella señorita), cuando comprimió con sus talones los costados del sorprendido animal para que saliera al trote del establo, ya había perdido la capacidad de pensar.

Cuando pasó por delante de Miguel, todavía rezando arrodillado y con las manos levantadas hacia el claro cielo, lo miró con la misma indiferencia con que lo habían hecho todos los jinetes que anteriormente habían pasado por allí.

2

Bajó directamente por la Calle Mayor, golpeando con los tacones sin espuelas los costados de Pylon hasta que el enorme caballo casi volaba. Pensamientos, preguntas, posibles planes de acción... nada de todo aquello tenía un lugar en su cabeza mientras galopaba. Sólo fue vagamente consciente de las personas que abarrotaban la calle y a través de las cuales Pylon se abrió camino. Sólo fue consciente de un nombre que resonaba en su cabeza como un grito: ¡Rolando, Rolando, Rolando! Todo estaba del revés. El pequeño y valiente ka-tet que habían formado aquella noche en el cementerio se había roto pues tres de sus miembros estaban en la cárcel y no vivirían mucho tiempo (eso si es que todavía se hallaban con vida) y el último miembro estaba aturdido, confuso y tan muerto de miedo como un pájaro en una cuadra.

Si su pánico hubiera persistido, las cosas tal vez habrían adquirido un sesgo muy distinto. Sin embargo, mientras cruzaba el centro de la ciudad y salía por la otra punta, su camino la condujo a la casa que había compartido con su padre y su tía. La dama estaba esperando a la amazona que ahora acababa de aparecer.

Mientras Susan se acercaba, se abrió la puerta y Cordelia, vestida de negro de pies a cabeza, bajó corriendo por la calzada particular hasta la calle, gritando de horror, de alegría, o tal vez de ambas cosas a la vez. La contemplación de su figura atravesó la bruma de pánico que envolvía la mente de Susan... aunque no porque ésta la hubiera reconocido.

—¡Rea! —gritó Susan, tirando de las riendas con tal fuerza que el caballo se encabritó y a punto estuvo de caer hacia atrás, lo cual hubiera provocado probablemente la muerte por aplastamiento de su ama, pero Pylon consiguió conservar la firmeza de sus piernas traseras mientras con las delanteras piafaba hacia el cielo, soltando unos sonoros relinchos. Susan le rodeó el cuello con su brazo y se agarró con toda la fuerza que pudo.

Cordelia Delgado, ataviada con su mejor vestido negro y tocada con una mantilla,

permaneció de pie delante del caballo tan tranquila como si estuviera en el salón de su casa, sin prestar atención a los cascos que cortaban el aire a menos de medio metro de su nariz. En una mano enguantada sostenía una caja de madera.

Susan comprendió con retraso que no era Rea, aunque su error había sido bastante comprensible. Tía Cord no estaba tan delgada como Rea (al menos aún no) e iba más pulcramente vestida (exceptuando los sucios guantes; Susan no sabía por qué razón se había puesto guantes su tía ni por qué estaban tan tiznados), pero la enloquecida mirada de sus ojos era horriblemente similar.

—¡Buenos días tenga usted, Señorita Tan joven y Bonita! —la saludó tía Cord con una voz cascada y risueña que hizo temblar de angustia el corazón de Susan. Tía Cord hizo una reverencia con una mano mientras con la otra apretaba la cajita contra su pecho—. ¿Adónde vas tan deprisa en este día de otoño tan precioso? ¡Supongo que no irás a los brazos de ningún amante, pues uno está muerto y el otro también!

Cordelia soltó otra carcajada que dejó al descubierto sus grandes y blancos dientes. Unos dientes casi de caballo. Sus ojos miraban con expresión enfurecida bajo la luz del sol.

«Ha perdido la cabeza -pensó Susan-. Pobrecita, qué pena me da.»

—¿Le dijiste a Dearborn que lo hiciera? —preguntó tía Cord, acercándose a Pylon y mirándola con sus líquidos y luminosos ojos—. ¿Fuiste tú? ¡Sí, claro! A lo mejor hasta le diste el cuchillo que utilizó tras haber besado su hoja para darle suerte. Los dos estáis confabulados. ¿Por qué no lo reconoces? Por lo menos confiesa que te has acostado con este chico pues yo lo sé. ¡Vi cómo te miró aquel día que estabas sentada junto a la ventana y cómo le miraste tú a él!

—Si quieres saber la verdad, te la voy a decir —dijo Susan—. Somos amantes. Y nos convertiremos en marido y mujer antes de Fin de Año.

Cordelia levantó un sucio guante hacia el cielo azul y lo agitó en el aire como si estuviera saludando a los dioses mientras soltaba una sonora y triunfal carcajada.

—¿Cree que se va a casar? ¡No me digas! Y seguramente os beberéis la sangre de vuestras víctimas en el altar nupcial, ¿verdad? ¡Oh, qué gran perversidad! ¡Me entran ganas de llorar!

Pero en lugar de llorar, Cordelia soltó otro aullido de alegría hacia el ciego y azul rostro del cielo.

—No hemos planeado ningún asesinato —dijo Susan, trazando mentalmente una línea divisoria entre los asesinatos que habían tenido lugar en la Casa del Alcalde y la

trampa que pensaban tender a los soldados de Farson—. Y él no ha cometido ningún asesinato. No, yo creo que eso es obra de tu amigo Jonas. Su plan, su cochino trabajo.

Cordelia introdujo una mano en la caja que sostenía en la otra y entonces Susan comprendió de inmediato por qué estaban tan sucios los guantes: había estado escarbando en la estufa.

—¡Te maldigo con las cenizas! —gritó Cordelia, arrojando una negra nube de ellas a la pierna de Susan y a la mano en la que ésta sujetaba las riendas de Pylon—. ¡Yo os maldigo a los dos y os condeno a las tinieblas! ¡Que seáis muy felices juntos, traidores! ¡Asesinos! ¡Embaucadores! ¡Embusteros! ¡Fornicadores! ¡Estás perdida y te repudio!

A cada grito que daba, Cordelia Delgado arrojaba otro puñado de cenizas. Y a cada grito, la mente de Susan se iba despejando y enfriando. Susan permaneció inmóvil, permitiendo que su tía le fuera arrojando cenizas encima; es más, cuando Pylon percibió aquella polvorienta lluvia contra su costado y trató de apartarse, Susan lo obligó a estarse quieto. Unos espectadores estaban contemplando aquel antiguo ritual de repudio (Sheemie se encontraba entre ellos, con los ojos muy abiertos y los labios temblando), pero ella se dio cuenta. Su mente se había vuelto a encerrar en sí misma; ahora ya tenía una vaga idea de lo que tenía que hacer, y sólo por eso pensaba que en cierto modo tenía que estarle agradecida a su tía.

—Te perdono, tía.

La caja que contenía las cenizas de la estufa, ya casi vacía, se le cayó a Cordelia de las manos como si Susan le hubiera propinado un bofetón.

—¿Cómo? —murmuró Cordelia—. ¿Qué has dicho?

—Por lo que le hiciste a tu hermano y mi padre —dijo Susan—. Por aquello en lo que tú participaste.

Susan se frotó una pierna con la mano y antes de que su tía pudiera apartarse, se inclinó hacia ella y le tiznó una mejilla. La tiznadura semejaba una ancha y negra cicatriz.

—Pero de todos modos, quiero que lleves esta ceniza en la cara —dijo—. Lávatela si quieres, pero creo que la llevarás mucho tiempo en el corazón. Creo que ya la llevas. Adiós.

—¿Adónde crees que vas? —Tía Cord se estaba frotando la tiznadura del rostro con la mano enguantada, y al abalanzarse sobre Pylon para intentar sujetar sus riendas tropezó con la caja y estuvo a punto de caer al suelo. Susan, todavía inclinada hacia

ella, la asió por el hombro y la sostuvo. Cordelia se apartó como si la hubiera tocado una víbora—. ¡No irás a verle ahora, insensata!

Susan dio media vuelta con su caballo.

—Eso no es asunto tuyo, tía. Todo ha acabado entre nosotras. Pero óyeme bien: nos casaremos para finales de año. Nuestro primer hijo ya ha sido concebido.

—¡Te casarás mañana por la noche si te acercas a él! ¡Os uniréis en medio del humo, os casaréis en medio del fuego y os acostaréis entre las cenizas! Os acostaréis entre las cenizas, ¿me oyes?

Avanzó hacia ella desvariando, como una loca, pero Susan ya no tenía tiempo para seguir escuchándola. El día estaba volando. Habría tiempo de hacer las cosas que se tenían que hacer, pero sólo si se daba prisa.

—Adiós —repitió, alejándose al galope. La siguieron las últimas palabras de su tía: «Entre las cenizas, ¿me oyes?»

3

Mientras se alejaba de la ciudad galopando por el Gran Camino, Susan vio acercarse unos jinetes y se apartó del camino. Le pareció que no sería un buen momento para cruzarse con unos peregrinos. Se escondió con Pylon detrás de un granero que había cerca y acarició el cuello del animal, diciéndole en voz baja que se estuviera quieto.

Los jinetes tardaron más de lo que ella pensaba en llegar a aquel lugar, y cuando finalmente llegaron, Susan comprendió el motivo de la tardanza. Rea iba con ellos, sentada en un carretón negro cubierto de símbolos mágicos. La bruja ofrecía un aspecto espantoso cuando Susan la había visto la noche de la Luna Besadora, pero todavía conservaba una cierta apariencia humana; en cambio lo que vio pasar ahora por delante de ella, balanceándose de un lado a otro y abrazada a la bolsa que sostenía en el regazo, era una asexuada criatura llena de llagas que más parecía un espectro que un ser humano. La acompañaban los Grandes Cazadores de Ataúdes.

—¡A la Costa! —gritó la cosa del carretón—. ¡Adelante, a toda velocidad! ¡Esta noche dormiré en la cama de Thorin o sabré por qué razón! ¡Dormiré en ella y me mearé en ella si me da la gana! ¡Adelante!

Depape -el carretón estaba enganchado a su caballo- la miró con temor y repugnancia.

—Calla la boca.

La respuesta de Rea fue un estallido de carcajadas. La bruja se balanceó de un lado a otro, sujetando con una mano la bolsa que sostenía en su regazo mientras señalaba a Depape con la larguísima uña del retorcido dedo índice de la otra mano. Susan se quedó aterrorizada al verla y sintió que el pánico volvía a apoderarse de ella como si fuera un oscuro líquido que gustosamente le habría ahogado el cerebro a la menor ocasión que se le hubiera ofrecido.

Luchó contra aquel sentimiento con todas sus fuerzas, procurando sujetar su mente para que no se convirtiera en lo que antes había sido y volvería a ser a poco que ella se lo permitiera: un pájaro sin seso atrapado en un establo, golpeándose contra las paredes sin ver la ventana abierta por la que había entrado.

Incluso cuando el carretón desapareció al otro lado de la colina más cercana y no quedó más que una nube de polvo suspendida en el aire, Susan pudo oír la cascada risa de Rea.

4

Llegó a la cabaña de la Mala Hierba a la una en punto. La miró un instante, sentada a horcajadas sobre la grupa de Pylon. ¿Era posible que ella y Rolando hubieran estado allí apenas veinticuatro horas antes, haciendo el amor y elaborando planes? Le parecía increíble, pero cuando desmontó y entró en la cabaña, el cesto de mimbre en el que llevaba la comida fría se lo confirmó. Aún estaba sobre la desvencijada mesa.

Al ver el cesto, se dio cuenta que la víspera apenas había comido: una desagradable cena con Hart Thorin en la que casi no había probado bocado, demasiado consciente de la mirada de los ojos del Alcalde sobre su cuerpo.

Bueno, había sido la última vez que aquellos ojos la miraban. Jamás tendría que bajar por ningún otro pasillo de la Costa, preguntándose por qué puerta iba a salir él como un muñeco de resorte con sus ávidas manos y su polla tiesa y rijosa.

«Cenizas –pensó-. Cenizas y cenizas. Pero nosotros no, Rolando. Te lo juro, amor mío, nosotros no.»

Se moría de miedo y estaba en tensión porque necesitaba ordenar todo lo que tenía que hacer, siguiendo un proceso tan normal como cuando se ensilla un caballo, pero ella tenía dieciséis años y estaba sana. Una sola mirada al cesto despertó en ella un hambre canina.

Al abrirlo vio que los dos bocadillos de carne fría que quedaban estaban llenos de

hormigas, las apartó con la mano y se los comió. Aunque el pan estaba un poco duro apenas se dio cuenta. Había media botella de sidra dulce y hasta un trozo de pastel.

Cuando hubo acabado con todo se dirigió al rincón norte de la cabaña y apartó a un lado los pellejos que alguien había empezado a curtir pero que había dejado abandonados. Debajo de ellos había un hueco. En su interior, envueltas en suave cuero, estaban las pistolas de Rolando.

«Si van mal las cosas, tienes que venir aquí a recogerlas y llevarlas al oeste, a Gilead. Busca a mi padre.»

Susan se preguntó con sincera curiosidad si Rolando esperaba realmente que ella se dirigiera a caballo a Gilead con su hijo en el vientre mientras a él y a sus amigos los asaban vivos entre gritos en la hoguera de la Noche de la Siega.

Sacó uno de los revólveres de su funda. Enseguida descubrió cómo se abría, y observó que estaba cargado. Lo volvió a cerrar y examinó el otro revólver.

A continuación los ocultó en la manta que llevaba enrollada detrás de la silla de montar, tal como había hecho Rolando, montó en su cabalgadura y volvió a dirigirse al este, aunque no en dirección a la ciudad. Todavía no. Primero tenía que hacer otra parada.

5

Hacia las dos de la tarde se corrió la voz por toda la ciudad de Mejis de que Fran Lengyll hablaría en la Sala de Reuniones Municipal. Nadie supo dónde estaba el origen de la noticia (era algo demasiado concreto y específico como para ser un rumor) ni tampoco importaba demasiado; la gente se había limitado a transmitirla.

A las tres de la tarde la Sala de Reuniones estaba abarrotada de gente y unas doscientas personas o más permanecían en el exterior, escuchando a los que les estaban repitiendo en voz baja la breve alocución de Lengyll. Coral Thorin, que había empezado a comunicar la noticia de la inminente aparición de Lengyll en el Descanso de los Viajeros, no estaba presente. Sabía lo que Lengyll iba a decir; es más, había respaldado el consejo de Jonas de que la alocución fuera lo más sencilla y directa posible. No convenía ocasionar disturbios; los habitantes de la ciudad se convertirían en una multitud cuando se pusiera el sol el Día de la Siega, y una multitud siempre elegía a sus dirigentes más apropiados.

Lengyll habló a los presentes con el sombrero en la mano y un amuleto de la siega colgado en la pechera del chaleco. Casi todos lo conocían de toda la vida y no

dudaron de la veracidad de sus palabras.

Hart Thorin y Kimba Rimer habían sido asesinados por Dearborn, Heath y Stockworth, les dijo Lengyll a los hombres vestidos con ropas de algodón grueso y a las mujeres, que llevaban desteñidas prendas de zaraza. Habían conseguido averiguar la autoría gracias a cierto objeto -un cráneo de pájaro- que los asesinos habían dejado sobre las rodillas del Alcalde Thorin.

Unos murmullos acogieron sus palabras. Muchos de los presentes en la sala habían visto el cráneo del pájaro en el arzón de la silla de montar de Cutberto o colgado alrededor de su cuello. Y la cosa les había hecho gracia. Ahora pensaban que el chico se había burlado de ellos desde un principio. Sus rostros se ensombrecieron.

El arma utilizada para cortarle la garganta al Canciller, añadió Lengyll, pertenecía a Dearborn. Los tres jóvenes habían sido apresados aquella mañana cuando se disponían a huir de Mejis. Los móviles no estaban muy claros, pero lo más probable era que quisieran llevarse los caballos. En caso de que así fuera, debían de ser para John Farson, de quien se sabía que pagaba bien y en efectivo a cambio de buenos caballos. En otras palabras, los chicos eran unos traidores a su propia tierra y a la causa de la Afiliación.

Lengyll había colocado a Rufus, el hijo de Brian Hookey, en la tercera fila. Justo en ese momento, Rufus Hookey gritó:

—¿Han confesado?

—Sí —contestó Lengyll—. Han confesado con mucho orgullo la autoría de los dos asesinatos.

Las palabras fueron acogidas con unos fuertes murmullos que casi se convirtieron en un retumbo, propagándose como una oleada y corriendo de boca en boca: mucho orgullo, mucho orgullo, mucho orgullo, habían cometido unos asesinatos al amparo de la noche y hablaban de ello con mucho orgullo.

La gente torció el gesto y apretó los puños.

—Dearborn dijo que Jonas y sus amigos los habían sorprendido con las manos en la masa y habían ido a informar a Rimer. Por eso habían matado al Canciller Rimer, para callarle la boca, y luego habían matado a Thorin por si Rimer le hubiera dicho algo.

No tenía demasiado sentido, había comentado Latigo. Jonas había sonreído, asintiendo con la cabeza. «No -había dicho Jonas-, no tiene el menor sentido, pero da igual.»

Lengyll estaba preparado para responder a cualquier pregunta, pero no le hicieron ninguna. Sólo hubo murmullos, miradas sombrías y los cic-clic de los amuletos de la siega mientras la gente se levantaba de los asientos.

Los chicos estaban en la cárcel. Lengyll no hizo la menor referencia a lo que se iba a hacer con ellos, pero tampoco se lo preguntaron. Dijo que algunas de las actividades programadas para el día siguiente -los juegos, los paseos a caballo, las carreras de pavos, el concurso de labrado de calabazas, la rebatiña de cerdos, el concurso de acertijos y el baile- se habían anulado en señal de duelo por la tragedia. Sin embargo, como era natural, las cosas más importantes seguirían adelante, como siempre se había hecho y se tenía que continuar haciendo: el concurso de ganado mayor y menor, la sofrenada de caballos, la trasquila de ovejas, las reuniones sobre las razas y las subastas de caballos, cerdos, vacas y ovejas. Y la hoguera al amanecer. La hoguera y la quema de los espantapájaros. El árbol charyou marcaba el final del Día de la Feria de la Siega desde tiempo inmemorial. Nada lo podía impedir salvo el fin del mundo.

—La hoguera arderá y los espantapájaros arderán en ella —le había dicho Eldred Jonas a Lengyll—. Eso es lo único que deberá usted decir. Lo único que necesitará decir.

Y ahora Lengyll se dio cuenta de que Jonas tenía razón. Se veía en todas las caras. No sólo la determinación de hacer lo que se tenía que hacer sino una especie de obsceno afán. Existían unos antiguos procedimientos y unos antiguos ritos, de los cuales los espantapájaros de rojas manos eran un vestigio que todavía perduraba. Estaban «los ceremoniosos»: el árbol charyou. Hacía muchas generaciones que no se practicaban (excepto alguna que otra vez en lugares secretos de las colinas), pero a veces, cuando el mundo seguía adelante, éste retrocedía al lugar donde estaba anteriormente.

«Procure ser breve», le había dicho Jonas, y el consejo había sido estupendo, francamente estupendo. Jonas no era la clase de hombre que Lengyll hubiera querido tener a su alrededor en tiempos más pacíficos, pero era útil en tiempos tan revueltos como aquellos.

—Que los dioses os concedan la paz —dijo ahora, dando un paso atrás y doblando los brazos con las manos sobre los hombros para dar a entender que había terminado—. Que los dioses nos concedan a todos la paz.

—Largos días y pacíficas noches —contestaron los presentes en un automático

coro en voz baja.

Y después todos se limitaron a dar media vuelta para ir a cualquiera de los sitios donde se reunía la gente la víspera de la Siega. Lengyll sabía que muchos se irían al Descanso de los Viajeros o al Hotel Vista de la Bahía. Levantó una mano para secarse el sudor de la frente. No le gustaba comparecer en público y menos aún en un día como aquél, pero le parecía que todo había ido muy bien. Francamente bien.

6

La gente salió sin hablar. Tal como Lengyll había previsto, casi todo el mundo se encaminó hacia las tabernas. Muchos tuvieron que pasar por delante de la cárcel, y los pocos que miraron lo hicieron con tímidas ojeadas furtivas. El porche estaba vacío (exceptuando el espantapájaros de rojas manos repantigado en la mecedora del Sheriff Avery) y la puerta se hallaba entornada, como solía estar en las calurosas y soleadas tardes. Los chicos se encontraban dentro, de eso no cabía la menor duda, pero no se veía la menor señal de que los estuvieran vigilando con un celo especial.

Si los hombres que bajaban por allí en su camino al Descanso o al Vista de la Bahía hubieran formado un grupo, habrían podido llevarse a Rolando y a sus amigos sin la menor dificultad. Sin embargo, todos pasaban por allí con la cabeza gacha, dirigiéndose en impasible silencio al lugar donde los esperaba la bebida. Aquel día no era el día. Ni tampoco aquella noche.

Pero al día siguiente...

7

No lejos de la Franja K, Susan vio algo en la larga ladera de pastizales de la Baronía que la indujo a refrenar el caballo y a permanecer sentada en la silla de montar, boquiabierta de asombro. Por debajo de ella y mucho más hacia el este, por lo menos a cinco kilómetros de distancia, un grupo de una media docena de vaqueros había reunido la mayor manada de caballos de la Pendiente que jamás había visto en su vida, tal vez unos cuatrocientos en total. Los animales corrían perezosamente, dirigiéndose sin la menor dificultad hacia donde los vaqueros les indicaban.

«Probablemente creen que los llevan a pasar el invierno a otro sitio», pensó Susan.

Pero no los llevaban a los ranchos que bordeaban la cresta de la Pendiente; la manada, tan inmensa que corría sobre la hierba como la sombra de una nube, se

estaba dirigiendo hacia el oeste, a la Roca Colgante.

Susan se había creído todo lo que le había dicho Rolando, pero aquello hizo que lo comprendiera de una manera personal, que ella podía relacionar directamente con su difunto padre.

Caballos de carreras.

—Hijos de puta —murmuró—, ladrones de caballos.

Dio media vuelta con Pylon y se dirigió al rancho incendiado. A su derecha, su sombra era cada vez más alargada. Por encima de su cabeza la Luna del Demonio brillaba como un espectro en el cielo diurno.

8

Temía que Jonas hubiera dejado algún hombre en la Franja K, aunque no sabía por qué razón lo habría hecho, pero ahora vio que sus temores eran infundados. El rancho estaba tan vacío como había estado a lo largo de los cinco o seis años transcurridos entre el incendio que lo había destruido y la llegada de los chicos del Mundo Interior. Sin embargo vio las señales del enfrentamiento de aquella mañana y, cuando entró en el barracón donde los tres habían dormido, reparó inmediatamente en el agujero de las tablas del suelo. Jonas había olvidado volverlo a cerrar tras haberse apoderado de las armas de Alain y Cutberto.

Bajó por el pasillo entre las literas, se arrodilló y miró al interior del agujero. Nada. Sin embargo, dudaba que lo que ella había acudido a buscar en aquel lugar hubiera estado allí: el agujero no era lo suficientemente grande.

Hizo una pausa para contemplar las tres literas. ¿Cuál de ellas habría sido la de Rolando? Lo hubiera podido averiguar -su nariz se lo hubiera dicho pues conocía muy bien el olor de su piel y su cabello-, pero pensó que era mejor apartar a un lado aquel impulso tan tierno. Lo que ahora necesitaba era ser dura y rápida... para poder moverse sin descanso y sin mirar hacia atrás.

«Cenizas», murmuró tía Cord en su mente, pero lo hizo en un susurro tan débil que apenas se podía oír. Sacudió la cabeza con impaciencia como si quisiera librarse de aquella voz, y salió del barracón.

No había nada en la parte de atrás, nada detrás del retrete ni a ninguno de los dos lados. A continuación rodeó la vieja cabaña de la cocina y allí encontró lo que había ido a buscar, dejados de cualquier manera y sin el menor intento de ocultarlos: los dos barriletes que ella había visto por última vez colgados sobre la grupa de

Caprichoso. La idea del mulo le hizo recordar a Sheemie, mirándola desde su estatura de hombre con su esperanzado rostro de niño. «Me gustaría que me diera un beso de fin de año.»

Sheemie, a quien el «señor Arthur Heath» había salvado la vida. Sheemie, que había corrido el peligro de encolerizar a la bruja, entregándole a Cutberto la nota destinada a su tía. Los habían cubierto de hollín para camuflarlos un poco, y ella se ensució las manos y las mangas de la camisa al levantar las tapas: más ceniza. Pero los petardos aún estaban dentro: los más grandes y redondos que estallaban con gran estruendo, y los más pequeños que llamaban dedos-de-dama.

Tomó la mayor cantidad que pudo de ambas variedades, se llenó los bolsillos hasta dejarlos completamente abultados y recogió en sus brazos todos los que le cupieron. Los guardó en las alforjas y levantó los ojos al cielo. Las tres y media. Quería regresar a Hambria no antes del crepúsculo, lo cual significaba que tendría que esperar una hora por lo menos. Al final le sobraría un poco de tiempo para ser tierna.

Entró de nuevo en el barracón y encontró sin dificultad la cama en la que había dormido Rolando. Se arrodilló a su lado como una niña que estuviera rezando sus oraciones de antes de irse a dormir, apoyó la cabeza en la almohada y aspiró profundamente.

—Rolando —dijo en voz baja—. Cuánto te quiero. Cuánto te quiero, amor mío.

Se tendió en la cama y miró hacia la ventana mientras la luz iba menguando poco a poco. En determinado momento extendió las manos delante de sus ojos y examinó las tiznaduras de hollín de sus dedos. Pensó que podría lavarse las manos en la bomba que había delante de la cocina, pero decidió no hacerlo. Que se quedaran tal como estaban. Eran ka-tet, uno entre muchos; fuertes en sus propósitos y fuertes en amor.

Que las cenizas se queden donde están y lo hagan lo peor que puedan.

9

«Mi Susie tiene algunos defectos, pero siempre es puntual -solía decir Pat Delgado-. Esta chica mía es tremendamente puntual.»

Lo fue la víspera de la Siega. Rodeó su propia casa y subió al Descanso de los Viajeros, cuando no hacía ni diez minutos que el sol se había ocultado finalmente detrás de las colinas, llenando la Calle Mayor de densas sombras color malva.

La calle estaba pavorosamente desierta, teniendo en cuenta que era la víspera de

la Siega; la banda que se había pasado todas las noches tocando en el Corazón Verde a lo largo de toda la semana había enmudecido; se oía el estallido de algún que otro petardo, pero nada de gritos ni de risas infantiles. Sólo se habían encendido algunas lámparas de colores.

Los espantapájaros parecían atisbar desde todos los porches, envueltos en las sombras. Susan se estremeció al ver sus inexpresivos ojos en forma de cruz.

Las actividades del Descanso también eran muy raras. Las barras de atar los caballos estaban totalmente ocupadas (otros caballos habían sido atados a las barandillas del Mercantil de la acera de enfrente) y la luz brillaba en todas las ventanas; eran tantas las ventanas y las luces que la posada parecía un gigantesco barco en un mar a oscuras, pero no había el habitual bullicio y jolgorio, y todo seguía el ritmo sincopado de las melodías que brotaban del piano de Sheb.

Susan descubrió que no le costaba el menor esfuerzo imaginarse a los clientes del interior; debía de haber unos cien hombres o algo más, de pie y con una copa en la mano. Sin hablar ni reír y sin arrojar dados por el Callejón de Satanás ni lanzar vítores o soltar gruñidos ante el resultado. Seguramente nadie acariciaba ni pellizcaba traseros; nadie robaba besos de la Siega; y nadie se enzarzaba en las típicas discusiones provocadas por comentarios que solían acabar en enfrentamientos a puñetazos. Simplemente unos hombres tomando unas copas a menos de trescientos metros del lugar en el que su amor y sus compañeros estaban encerrados. Pero aquella noche los hombres que estaban allí dentro se limitarían a tomar unas copas. Y si ella tuviera suerte, si fuera valiente y tuviera suerte...

Mientras ataba a Pylon delante de la taberna y le dirigía unas palabras en voz baja, una figura emergió de las sombras. Se tensó un momento pero se tranquilizó de inmediato al ver el rostro de Sheemie iluminado por la primera luz anaranjada de la luna creciente. Sheemie formaba parte de su ka-tet y ella lo sabía. ¿Acaso era de extrañar que él también lo supiera?

—Susan —murmuró Sheemie, quitándose el sombrero y sosteniéndolo sobre su pecho—. La estaba esperando.

—¿Por qué? —le preguntó ella.

—Porque sabía que vendría. —Sheemie volvió la cabeza hacia el Descanso, una oscura mole que derramaba su extravagante luz hacia todos los puntos del compás—. Vamos a liberar a Arthur y a los demás, ¿verdad?

—Así lo espero —contestó Susan.

—Tenemos que hacerlo. La gente de aquí dentro no habla, pero no hace falta que hable. Yo lo sé, Susan, hija de Pat. Yo lo sé.

Susan suponía que sí.

—¿Está dentro Coral?

Sheemie sacudió la cabeza.

—Se ha ido a la Casa del Alcalde. Le ha dicho a Stanley que iba a ayudar a amortajar los cuerpos para el entierro de pasado mañana, pero yo no creo que asista al entierro. Creo que los Grandes Cazadores de Ataúdes se van a largar, y que ella se largará con ellos.

Sheemie levantó la mano para enjugarse unas lágrimas.

—Tu mulo, Sheemie...

—Ya ensillado y con el ronzal largo.

Susan lo miró, boquiabierta de asombro.

—¿Cómo sabías que...?

—De la misma manera que sabía que iba usted a venir, señorita Susan. Simplemente lo sabía. —Sheemie se encogió de hombros y señaló con la mano hacia un punto indefinido. Capri está en la parte de atrás. Lo he atado a la bomba de la cocina.

—Muy bien. —Susan rebuscó en la alforja en la que había guardado los petardos más pequeños—. Mira, toma unos cuantos. ¿Tienes fósforos?

—Sí.

Sheemie se guardó los petardos en el bolsillo anterior del pantalón sin hacer preguntas. En cambio ella, que jamás en su vida había cruzado la puerta de vaivén del Descanso de los Viajeros, tenía otra pregunta que hacerle a él.

—¿Qué hacen con los sombreros, las chaquetas y los sarapes cuando entran, Sheemie? Se los deben de quitar porque la bebida calienta el cuerpo.

—Sí, claro. Los dejan encima de una mesa alargada que hay junto a la puerta. Y algunos se pelean al salir porque no se ponen de acuerdo en cuál es de cada uno.

Susan asintió con la cabeza mientras pensaba con rapidez. Sheemie permaneció de pie delante de ella, todavía con el sombrero sobre el pecho, dejándole hacer a ella lo que él no podía hacer, por lo menos no de la manera que normalmente se entendía. Al final, Susan volvió a levantar la cabeza.

—Sheemie, si me ayudas ya no podrás seguir viviendo en Hambria ni en Mejis ni en el Arco Exterior. Si nosotros nos vamos, tendrás que irte con nosotros. Tienes que

comprenderlo. ¿Lo comprendes?

Susan vio que sí; el rostro de Sheemie se iluminó ante aquella idea.

—¡Sí, Susan! ¡Irme con usted y con Will Dearborn y Richard Stockworth y mi mejor amigo, el señor Arthur Heath! ¡Irme al Mundo Interior! Veremos grandes edificios y estatuas y mujeres vestidas como princesas y...

—Si nos atrapan, nos matarán.

Sheemie dejó de sonreír, pero sus ojos no vacilaron.

—Sí, lo más seguro es que nos maten si nos pillan.

—¿Sigues dispuesto a ayudarme?

—Capri está ensillado —repitió Sheemie.

A Susan le pareció una respuesta suficiente. Tomó la mano con la que Sheemie apretaba el sombrero contra su pecho (la copa estaba muy aplastada y no era la primera vez que ocurría). Asiendo los dedos de Sheemie con una mano y apoyando la otra en el arzón de su silla de montar, Susan besó al muchacho en la mejilla. Él la miró sonriendo.

—Haremos todo lo que podamos, ¿verdad?

—Sí, Susan, hija de Pat. Haremos todo lo que podamos por nuestros amigos. Todo lo que podamos.

—Bueno, ahora escúchame bien, Sheemie. Presta mucha atención. Susan empezó a hablar, y Sheemie la escuchó.

10

Veinte minutos más tarde, mientras la hinchada luna de color anaranjado se esforzaba por elevarse por encima de los edificios de la ciudad cual mujer embarazada subiendo la empinada cuesta de una colina, un solitario vaquero, conduciendo un mulo por el ronzal, echó a andar por la calle de la Loma para dirigirse a la oficina del Sheriff. Aquel extremo de la calle de la Loma estaba envuelto en las sombras. Había un poco de luz alrededor del Corazón Verde, pero hasta el parque (que otro año hubiera estado abarrotado de gente, brillantemente iluminado y lleno de ruido) estaba prácticamente desierto. Casi todas las casetas estaban cerradas, y de las pocas que permanecían abiertas sólo la de la adivina tenía clientes. Aquella noche todas las suertes eran malas, pero se podían adivinar... como siempre ocurre.

El vaquero llevaba un grueso sarape; en caso de que aquel vaquero en particular tuviera pechos de mujer, no se notaba. El vaquero se tocaba con un gran sombrero

manchado de sudor; en caso de que el vaquero tuviera rostro de mujer, tampoco se notaba. Por debajo de la ancha ala del sombrero, una voz cantaba Amor desconsiderado.

La pequeña silla de montar del mulo estaba cubierta por un gran bulto que le habían atado encima con unas cuerdas; hubiera podido ser un fardo de ropa, pero las sombras cada vez más oscuras del crepúsculo no permitían asegurarlo con certeza. Sin embargo, lo más gracioso de todo era lo que colgaba de una cuerda alrededor del cuello del mulo como si fuera un curioso amuleto de la siega: dos sombreros de campesino y un sombrero de ganadero.

Cuando ya estaba más cerca de la oficina del Sheriff, el vaquero dejó de cantar. De no haber sido por la mortecina luz de una ventana, el lugar hubiera parecido desierto. En la mecedora del porche había un divertido espantapájaros que lucía uno de los blusones bordados de Herk Avery y una estrella de hojalata. No había ningún guardia ni se observaba la menor señal de que los tres hombres más odiados de Mejis estuvieran encerrados allí dentro. Ahora el vaquero pudo oír muy débilmente el rasgueo de una guitarra.

Un estallido de petardos lo eclipsó. Al volverse, el vaquero vio una borrosa figura. La figura lo saludó con la mano. El vaquero asintió con la cabeza, devolvió el saludo y ató el mulo al mismo poste que Rolando y sus amigos habían atado sus caballos cuando habían acudido allí para presentarse ante el Sheriff un lejano día estival.

11

La puerta se abrió -nadie se había molestado en cerrarla bajo llave- mientras Dave Hollis estaba intentando interpretar por milésima vez Capitán Mills, Hijo de Puta. Delante de él, el Sheriff Avery estaba repantigado en el sillón de su escritorio con las manos cruzadas sobre la prominente barriga. La estancia se hallaba iluminada por la trémula y suave luz anaranjada de una lámpara.

—Si usted se mantiene firme, agente Dave, no habrá ninguna ejecución —dijo Cutberto Allgood, de pie junto a la puerta de una de las celdas, rodeando con sus dedos los barrotes de la puerta—. Nosotros nos suicidamos. En defensa propia.

—Cállese, gusano —dijo el Sheriff Avery.

Estaba medio dormido tras haberse zampado cuatro chuletas durante la cena, pensando cómo le contaría a su hermano de la Baronía de al lado (y a la mujer de su hermano, que era guapa a rabiar) su heroica actuación de aquel día. Procuraría ser

modesto, pero les daría a entender con toda claridad que él había desempeñado el principal papel; de no haber sido por él, aquellos tres jóvenes ladrones hubieran podido...

—No cante, por favor —le dijo Cutberto a Dave—. Me confesaré autor del asesinato del mismísimo Arturo Eld si deja de cantar.

A la izquierda de Berto, Alain permanecía sentado en su litera, con las piernas cruzadas. Rolando estaba tendido en la suya con las manos cruzadas detrás de la cabeza, mirando al techo. Pero en cuanto oyó el clic de la aldaba de la puerta se incorporó, como si lo estuviera esperando.

—Debe de ser Bridger —dijo el agente Dave, apartando gustosamente a un lado su guitarra.

No soportaba aquel servicio y estaba deseando que lo relevaran. Las bromas de Heath eran lo peor. Y el hecho de que éste pudiera seguir tomándose las cosas a broma a pesar de lo que iba a ocurrirles a los tres al día siguiente.

—Yo creo que debe de ser uno de ellos —dijo el Sheriff Avery, refiriéndose a los Grandes Cazadores de Ataúdes. Pero resultó que no era ninguno de los dos. Era un vaquero envuelto en un sarape demasiado grande para él (hasta el punto de que los extremos rozaban las tablas del suelo cuando entró ruidosamente y cerró la puerta a su espalda) y con un sombrero encasquetado hasta los ojos. A Herk Avery el tipo le recordó un vaquero de trapo confeccionado por alguien sin demasiada idea de cómo se hacían estas cosas.

—¡Hola, forastero! —dijo esbozando una sonrisa... porque aquello debía de ser una broma, y Herk Avery era capaz de aguantar una broma tan bien como cualquier otro hombre, sobre todo tras haberse zampado cuatro chuletas y una montaña de puré de patatas—. ¿Qué tal está? ¿Qué lo trae por...?

La mano que no había cerrado la puerta estaba escondida bajo el sarape. Cuando salió, lo hizo sosteniendo un arma que los tres reclusos reconocieron de inmediato. Avery se la quedó mirando mientras la sonrisa se borraba lentamente de su boca. Descruzó las manos y bajó al suelo los pies que tenía apoyados sobre el escritorio.

—Bueno, compañero —dijo muy despacio—, será cuestión de que hablemos.

—Tome las llaves de la pared y abra las puertas de las celdas —dijo el vaquero hablando con una áspera voz artificialmente grave.

Fuera, sin que nadie se diera cuenta excepto Rolando, se oyó el seco estallido de varios petardos.

—No puedo hacerlo —dijo Avery, abriendo con el pie el último cajón de su escritorio, en cuyo interior había varias armas de fuego que habían sobrado aquella mañana—. Yo no sé si este trasto está cargado, pero no creo que un perro de rastreo como tú...

El recién llegado apuntó al escritorio con el arma y apretó el gatillo. La detonación fue ensordecedora en la pequeña estancia, pero Rolando confió en que al estar la puerta cerrada hubiera sonado como un petardo más. Más potente que algunos y menos potente que otros.

«Buena chica –pensó-. Muy buena chica, pero ten cuidado. Por el amor de los dioses, Sue, ten cuidado.»

Los tres, estaban ahora junto a las puertas de sus celdas, con los ojos muy abiertos y los labios apretados.

La bala alcanzó la esquina del escritorio de tapa corredera del Sheriff y arrancó una gran astilla. Avery soltó un grito, se echó nuevamente hacia atrás en su sillón y cayó tendido en el suelo. El pie le quedó enganchado en el tirador del cajón, se abrió de golpe y se volcó, dejando diseminadas por el suelo tres antiguas armas de fuego.

—¡Cuidado, Susan! —gritó Cutberto, e inmediatamente añadió—: ¡No, Dave!

Al final de su vida fue el sentido del deber y no el temor a los Grandes Cazadores de Ataúdes lo que indujo a Dave Hollis a entrar en acción. Siempre había abrigado la esperanza de convertirse en Sheriff de Mejis cuando Avery se retirara, y que a veces incluso le había dicho a su mujer Judy que sería un sheriff mucho mejor de lo que jamás hubiera soñado ser el Gordinflón. Olvidó las serias dudas que tenía acerca de la forma en que habían sido atrapados los muchachos y de lo que éstos podían haber hecho o dejado de hacer. En aquel momento sólo pensó que eran unos prisioneros de la Baronía y que nadie los sacaría de allí a poco que él pudiera evitarlo.

Se abalanzó sobre el vaquero de la ropa demasiado grande para arrebatarle el arma de las manos y pegarle un tiro con ella en caso necesario.

12

Susan estaba contemplando el amarillo destello de la madera recién arrancada de la esquina del escritorio del Sheriff, presa del asombro y sin pensar en nada -¡cuánto estropicio por el simple movimiento de un dedo!- cuando el desesperado grito de Cutberto la despertó de su estado.

Retrocedió hacia la pared, evitando el primer manotazo de Dave a su sarape

demasiado grande y volvió a apretar el gatillo sin pensar. Se produjo otra ensordecedora detonación y Dave Hollis -un joven apenas dos años mayor que ella- se vio lanzado hacia atrás con un humeante orificio entre dos puntas de la estrella que lucía en su camisa. Dave abrió desmesuradamente los ojos con expresión de incredulidad. El monóculo con su cinta de seda negra se encontraba junto a una mano abierta. Uno de sus pies rozó la guitarra y la derribó al suelo, arrancándole un sonido casi tan musical como los acordes que él había intentado tocar.

—Dave —murmuró Susan—. Oh, Dave, cuánto lo siento, ¿qué te he hecho?

Dave trató de incorporarse pero se desplomó boca abajo, hacia delante. El orificio de entrada era muy pequeño, pero el que ella estaba contemplando ahora, el de salida por la espalda, era enorme y horrible, todo negro y rojo y con los bordes de la camisa carbonizados, como si lo hubiera traspasado con un atizador al rojo vivo en lugar de haberle disparado con un arma de fuego, lo cual se consideraba un medio más misericordioso y civilizado, por más que no fuera evidentemente ninguna de las dos cosas.

—Dave —musitó Susan—. Dave, yo...

—¡Cuidado, Susan! —gritó Rolando.

Era Avery. Acercándose a gatas, la agarró por los tobillos y tiró de ella. Susan cayó ruidosamente sentada, cara a cara delante de él y de sus ojos de rana, su rostro de dilatados poros y el agujero de su boca, del que se escapaban unos fuertes efluvios de ajo.

—Dioses, menuda chica estás hecha —murmuró Avery, alargando las manos hacia ella.

Susan volvió a apretar el gatillo del arma de Rolando, prendió fuego a la parte anterior de su sarape y abrió un orificio en el techo. Una lluvia de polvo de yeso les cayó encima. Las manazas de Avery le rodearon la garganta y le cortaron la respiración. A lo lejos, Rolando volvió a gritar su nombre.

Aún le quedaba una oportunidad.

Tal vez.

«Una sola basta, Sue -le dijo mentalmente la voz de su padre-. Una es suficiente, querida.»

Amartilló el revólver de Rolando con la parte lateral del pulgar, hundió el cañón en la papada que colgaba de la parte inferior de la cabeza del Sheriff Herk Avery y apretó el gatillo.

El desastre fue muy considerable.

13

La cabeza de Avery, tan pesada y húmeda como un trozo de carne medio asada, le cayó sobre el regazo. Por encima de ella, Susan experimentaba un calor cada vez más intenso. En la parte inferior de su campo visual le pareció ver el amarillo resplandor de una llama.

—¡En el escritorio! —gritó Rolando, sacudiendo la puerta de su celda con tal fuerza que ésta crujió contra el marco—. ¡La jarra de agua, Susan! ¡Por tu padre!

Susan apartó de un empujón la cabeza de Avery de su regazo, se levantó y se acercó tambaleándose al escritorio, con la pechera del sarape ardiendo. Aspiró el olor a quemado y, en un recóndito rincón de su mente, se alegró de haber tenido tiempo, mientras esperaba a que anocheciera, de recogerse el cabello en la nuca.

La jarra estaba casi llena, pero no de agua; Susan aspiró el agridulce aroma del graf. Se lo echó encima y se oyó un rápido silbido en el momento en que el líquido alcanzó las llamas. Se quitó el sarape (el sombrero demasiado grande se fue con él) y lo arrojó al suelo. Volvió a contemplar a Dave, un chico con el que había crecido y al que incluso había besado detrás de la puerta de Hookey en un tiempo muy antiguo.

—¡Susan! —Era la voz de Rolando, áspera y apremiante—. ¡Las llaves! ¡Date prisa!

Susan tomó el llavero que colgaba de un clavo de la pared, se acercó a la celda de Rolando y le arrojó el llavero a través de los barrotes. En el aire se aspiraban los intensos olores de la pólvora, de la lana quemada y de la sangre. A Susan se le revolvía el estómago cada vez que respiraba.

Rolando tomó la llave de su celda, sacó entre los barrotes la mano en la que sostenía el llavero e introdujo la llave en la cerradura. Poco después salió y abrazó torpemente a Susan mientras ésta rompía a llorar. Un momento después salieron también Cutberto y Alain.

—¡Eres un ángel! —dijo Alain, abrazando a Susan.

—No lo soy —dijo ella, arreciando en su llanto mientras le arrojaba el arma a Rolando. Se le antojaba una cosa sucia y no quería volver a tocarla—. Él y yo habíamos jugado juntos de pequeños. Era un buen chico, no era un matón y jamás tiraba a las niñas de las trenzas, y al crecer siguió siendo bueno. Ahora yo he acabado con él; ¿quién se lo dirá a su mujer?

Rolando volvió a estrecharla en sus brazos y la mantuvo abrazada un momento.

—Has hecho lo que tenías que hacer. O él o nosotros. ¿Es que no te das cuenta?

Ella asintió con la cabeza apoyada en su pecho.

—Lo de Avery no me importa tanto, pero Dave...

—Vamos —dijo Rolando—. Alguien podría identificar los disparos de armas de fuego. ¿Era Sheemie el que estaba tirando petardos?

Susan asintió con la cabeza.

—Traigo ropa para vosotros. Sombreros y sarapes.

Susan corrió a abrir la puerta, miró arriba y abajo de la calle y salió sigilosamente en medio de la creciente oscuridad.

Cutberto tomó el sarape quemado y cubrió con él el rostro del agente Dave.

—Mala suerte, compañero —le dijo—. Te viste atrapado en medio, ¿verdad? Creo que no eras malo.

Susan regresó cargada con las prendas robadas que había atado a la silla de Capri. Sheemie ya se había ido a cumplir su siguiente misión sin necesidad de que se lo dijeran. El chico de la posada era medio lerdo, pero les daba ciento y raya a muchas personas que ella había conocido.

—¿De dónde has sacado todo esto? —le preguntó Alain.

—Del Descanso de los Viajeros. Pero no he sido yo sino Sheemie. —Sacó los sombreros—. Vamos, tenemos que darnos prisa.

Cutberto tomó los sombreros y los repartió. Rolando y Alain ya se habían puesto los sarapes. Con los sombreros bien echados sobre la cara, hubieran podido ser unos vaqueros de la Pendiente de la Baronía.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alain cuando salieron al porche.

La calle seguía tan oscura y desierta como antes. Los disparos de arma de fuego no habían llamado la atención de nadie.

—Primero al establo de Hookey —contestó Susan—. Allí están los caballos.

Bajaron juntos por la calle formando un pequeño grupo de cuatro personas. Capri no estaba; Sheemie se lo había llevado. Susan tenía frío a pesar de que el corazón le latía fuertemente en el pecho y de que notaba la frente empapada de sudor. Tanto si lo que había hecho era un asesinato como si no, estaba claro que había cruzado una línea que jamás podría descruzar. Lo había hecho por Rolando, por su amor, y el hecho de saber que no le había quedado otra alternativa le sirvió un poco de consuelo.

«Sed felices juntos, desleales, embaucadores y asesinos. Yo te maldigo con las

cenizas.»

Susan tomó la mano de Rolando y, cuando él le apretó la suya, ella le devolvió el apretón. Mientras levantaba los ojos hacia la Luna Del Demonio, cuyo perverso rostro había perdido el violento color rojo anaranjado y había adquirido un fulgor plateado, pensó que al apretar el gatillo contra el pobre y honrado Dave Hollis, había pagado su amor con la moneda más cara que pudiera haber: había pagado con su alma. Si ahora Rolando la abandonara, se cumpliría la maldición de su tía pues sólo quedarían las cenizas.

CAPÍTULO IX

LA SIEGA

1

Al entrar en el establo, iluminado tan sólo por la débil llama de una lámpara de gas, una sombra salió de una de las casillas. Rolando sacó las dos pistolas que llevaba al cinto. Sheemie lo miró con una incierta sonrisa en los labios, sosteniendo un estribo en la mano. Después su sonrisa se hizo más abierta, los ojos le brillaron de felicidad y pareció correr al encuentro de Rolando.

Éste enfundó las pistolas y se dispuso a abrazar al chico, pero Sheemie pasó por su lado y se arrojó a los brazos de Cutberto.

—Bueno, bueno —dijo Cutberto, tambaleándose cómicamente hacia atrás y levantando después a Sheemie en el aire—. ¡Por poco me derribas, muchacho!

—¡Ella los ha sacado de allí! —gritó Sheemie—. ¡Ya sabía yo que lo haría! ¡La buena de Susan!

Sheemie se volvió a mirar a Susan y la vio de pie al lado de Rolando. Estaba todavía muy pálida, aunque parecía más tranquila. Sheemie miró de nuevo a Cutberto y le estampó un beso en la frente.

—¡Bueno! —repitió Cutberto—. ¿Y eso por qué?

—¡Porque le quiero, mi buen Arthur Heath! ¡Usted me salvó la vida!

—Es posible —dijo Cutberto, riéndose para disimular su turbación (el sombrero prestado, que era demasiado grande para él, se le había torcido cómicamente)—, pero como no nos pongamos en marcha, no te la habré salvado para mucho tiempo.

—Los caballos ya están ensillados —dijo Sheemie—. Susan me dijo que lo hiciera y lo he hecho. Justo a tiempo. Sólo me falta colocar este estribo en el caballo del señor Richard Stockworth porque el que tiene ya está muy gastado.

—Eso lo haremos después —dijo Alain, tomando el estribo. Luego apartó a Rolando a un lado y le preguntó—: ¿Adónde vamos?

Lo primero que se le ocurrió a Rolando fue regresar al panteón de los Thorin.

Sheemie se horrorizó.

—¿Al cementerio? ¿Estando la Luna del Demonio llena? —Sacudió la cabeza con tanta energía que se le cayó el sombrero y el cabello le voló de uno a otro lado—. Allí dentro hay muertos, señor Dearborn, y si alguien los molesta durante el período del Demonio, a lo mejor se levantan y echan a andar.

—De todos modos no servirá de nada —dijo Susan—. Las mujeres de la ciudad estarán adornando con flores el camino desde la Costa y también cubrirán con ellas el panteón. Olive se pondrá al frente de todo, si puede, pero lo más probable es que estén presentes mi tía y Coral. Y no nos interesa ver a estas señoras.

—De acuerdo —dijo Rolando—. Montemos y salgamos de aquí. Piensa en ello, Susan. Y tú también, Sheemie. Necesitamos un lugar donde poder ocultarnos, por lo menos hasta el amanecer, y tendría que ser un lugar al que pudiéramos llegar en menos de una hora. Tomando el Gran Camino y siguiendo cualquier dirección desde Hambria, menos el noroeste.

—¿Por qué no el noroeste? —preguntó Alain.

—Porque allí es adonde vamos. Tenemos una tarea que cumplir... y les haremos saber que la estamos cumpliendo. Sobre todo a Eldred Jonas —dijo Rolando con una leve sonrisa en los labios—. Quiero que sepa que el juego ha terminado. Se acabaron los Castillos. Los verdaderos pistoleros están aquí. Veamos si puede enfrentarse con ellos.

2

Una hora después, cuando la luna ya se había elevado muy por encima de los árboles, el ka-tet de Rolando llegó al yacimiento de petróleo de Citgo. Por motivos de seguridad cabalgaban en sentido paralelo al Gran Camino, pero resultó que sus precauciones habían sido inútiles: no vieron a ningún jinete cabalgando por el camino ni en una ni en otra dirección. «Es como si este año se hubiera anulado la Siega», pensó Susan... después recordó los espantapájaros de las manos rojas y se estremeció. Al día siguiente por la noche habrían pintado de rojo las manos de Rolando y puede que todavía lo hicieran si los atraparan. «Y no sólo a él sino también a todos nosotros. Incluido Sheemie.»

Dejaron los caballos (y a Caprichoso, que los había seguido, trotando de muy mal humor pero con gran rapidez) atados a un paralizado equipo de bombeo del extremo sudoriental del yacimiento, y se dirigieron lentamente a pie a las torres que todavía funcionaban, todas ellas agrupadas en la misma zona. Cada vez que hablaban lo hacían en voz baja. Rolando no creía que fuera necesario, pero allí los susurros parecían lo más natural. Para él, Citgo era un lugar más espectral que el cementerio y, aunque dudaba que los muertos de allí se despertaran cuando la Luna del Demonio estaba llena, en el yacimiento había unos cadáveres muy inquietos, unos zombis que

lanzaban unos desagradables chillidos y permanecían de pie extrañamente oxidados bajo la luz de la luna mientras sus émbolos subían y bajaban como si fueran unos pies caminando.

A pesar de ello, Rolando los condujo a la zona más activa del yacimiento, pasando por delante de un letrero que decía ¿CÓMO ESTÁ SU CASCO DE PROTECCIÓN?, y otro que decía PRODUCIMOS PETRÓLEO, REFINAMOS SEGURIDAD. Se detuvieron al pie de una torre que chirriaba tan fuerte que Rolando tuvo que gritar para que lo oyeran.

—¡Sheemie! ¡Dame un par de petardos de los grandes!

Sheemie, que se había llenado el bolsillo de petardos sacados de las alforjas del caballo de Susan, le entregó un par a Rolando. Éste asió a Berto por el brazo y lo empujó hacia delante. Alrededor de la torre había un cuadrado de oxidada valla. Cuando los muchachos trataron de encaramarse a las barras horizontales, éstas se quebraron como si fueran unos huesos viejos. Ambos se miraron, nerviosos y divertidos, en medio de las sombras combinadas de la maquinaria y la luz de la luna.

Susan rozó el brazo de Rolando.

—¡Ten cuidado! —le gritó sobre el rítmico trasfondo del estruendo de la maquinaria.

Rolando observó que no parecía asustada sino tan sólo emocionada y alerta.

Sonrió, la atrajo hacia delante y le besó el lóbulo de la oreja.

—Prepárate para echar a correr —le susurró—. Si lo hacemos bien, surgirá una nueva vela aquí, en Citgo. Una vela infernalmente gigantesca.

Él y Cutberto pasaron por debajo del puntal inferior de la oxidada torre y permanecieron de pie a su lado, haciendo una mueca de desagrado ante su insoportable cacofonía. Rolando se sorprendió de que no se hubiera partido años atrás. Casi toda la maquinaria estaba protegida por oxidados bloques metálicos, pero él vio una especie de gigantesco eje giratorio mojado por un petróleo que debía de recibir por medio de unos chorros automáticos. El olor a gas que allí se percibía le hizo recordar a Rolando el chorro que surgía rítmicamente al otro lado del yacimiento.

—¡Pedos de gigante! —gritó Cutberto.

—¿Cómo?

—He dicho que eso huele... ¡bueno, da igual! Hagámoslo si podemos... ¿crees que podremos?

Rolando no lo sabía. Se acercó a la maquinaria que chillaba bajo unas cubiertas

pintadas de un desteñido y oxidado color verde. Berto lo siguió de mala gana. Ambos se deslizaron hacia un corto y maloliente pasillo tan caliente como un horno, el cual los condujo casi debajo de la torre. Por delante de ellos, el eje encajado en el extremo del émbolo giraba sin cesar mientras unas gotas de petróleo bajaban por sus suaves costados. A su lado había una tubería, casi con toda seguridad un rebosadero, pensó Rolando. De su boca caía de vez en cuando una gota de crudo que había formado un negro charco debajo. Lo señaló con el dedo y Cutberto asintió con la cabeza.

Allí los gritos no hubieran servido de nada; el mundo era un rugiente y ensordecedor estruendo. Rolando puso una mano alrededor del cuello de su amigo y acercó el oído de Cutberto a sus labios mientras con la otra le mostraba un petardo de los más grandes.

—Enciéndelo y echa a correr—le dijo—. Yo lo sostendré y te daré todo el tiempo que pueda. Eso me beneficiará no sólo a mí sino también a vosotros. Quiero abrir un camino hasta la parte de atrás a través de aquella maquinaria, ¿comprendes?

Cutberto asintió contra los labios de Rolando, y a continuación hizo girar la cabeza del pistolero para poder hablarle de la misma manera.

—¿Y si cuando encienda una chispa, hay suficiente gas como para que se encienda el aire?

Rolando se apartó y levantó las palmas de las manos como diciendo «¿Cómo puedo saberlo?». Cutberto se echó a reír y sacó una caja de fósforos que había tomado del escritorio de Avery antes de salir. Después le preguntó con las cejas a Rolando si estaba preparado. Rolando asintió con la cabeza.

La maquinaria que rodeaba la torre protegía del aire que soplaba, y la llama del fósforo se elevó sin parpadear. Rolando extendió la mano en la que sostenía el petardo y tuvo un momentáneo y doloroso recuerdo de su madre: lo mucho que ella odiaba aquellas cosas y lo segura que siempre estaba de que algún día él perdería un ojo o un dedo por este motivo.

Cutberto se golpeó el pecho a la altura del corazón y besó la palma de su mano en un universal gesto de buena suerte. Después acercó la llama a la mecha. Ésta empezó a chisporrotear. Berto se volvió, simuló hacer estallar un bloque de maquinaria -así era Berto, pensó Rolando; hubiera gastado bromas incluso en la horca-, dio media vuelta y echó a correr por el corto pasillo que habían utilizado para entrar.

Rolando sostuvo en su mano el redondo petardo todo el tiempo que se atrevió a hacerlo y después lo arrojó al rebosadero. Hizo una mueca y se volvió, casi esperando

lo que Berto había temido: que el mismo aire estallara. Pero no estalló. Bajó corriendo por el corto pasillo, salió al exterior y vio a Cutberto al otro lado de la parte rota de la valla metálica. Le hizo un gesto con ambas manos

—¡Vete, idiota!— y justo en aquel momento el mundo estalló a su espalda.

Se produjo una tremenda explosión que pareció empujarle los tímpanos hacia dentro y succionarle el aliento de la garganta. El suelo se estremeció bajo sus pies como una ola bajo una embarcación mientras una enorme y ardiente mano se apoyaba en el centro de su espalda y lo empujaba hacia delante. Le pareció que corría con ella un paso o quizá dos o tres, pero después se sintió levantado en el aire y empujado contra la valla, donde Cutberto ya no se encontraba de pie sino tendido boca arriba, contemplando algo que había detrás de Rolando, boquiabierto de asombro. Rolando lo veía todo muy bien pues ahora Citgo estaba tan claro como en pleno día. Al parecer habían encendido su propia hoguera de la Siega con una noche de adelanto y mucho más brillante de lo que jamás podría ser la de la ciudad.

Patinó de rodillas hasta el lugar donde se encontraba Cutberto y lo agarró por el brazo. A su espalda se oía un inmenso rugido e inmediatamente empezaron a caer trozos de metal a su alrededor. Se levantaron y echaron a correr hacia el lugar donde Alain se encontraba situado delante de Susan y Sheemie, tratando de protegerlos.

Cuando Rolando volvió la cabeza para echar un rápido vistazo vio que los restos de la torre -aproximadamente la mitad todavía se mantenía en pie- brillaban con un resplandor rojo negruzco como el de una herradura de caballo al rojo vivo alrededor de una amarilla antorcha de unos ochenta metros de altura. Era el principio. No sabía cuántas torres podría volar antes de que empezara a llegar la gente de la ciudad, pero estaba decidido a que fueran todas las que pudiera, por muy grandes que fueran los riesgos. La voladura de los depósitos de la Roca Colgante era sólo la mitad del trabajo. Se tenía que destruir la fuente de Farson.

Otros petardos que se arrojaron a otros rebosaderos resultaron innecesarios. Había toda una red de conductos conectados entre sí por debajo de la superficie, casi todos ellos llenos de gas natural que se había filtrado a través de las viejas y defectuosas juntas. Rolando y Cutberto acababan de llegar al lugar donde estaban los otros cuando se produjo una nueva explosión, y otra columna de llamas surgió de una torre situada a la derecha de aquella a la que ellos habían prendido fuego. Momentos después, una tercera torre situada a una distancia de más de sesenta metros de las dos primeras estalló con un rugido de dragón. La estructura de hierro se separó de los

pilares de hormigón que la sujetaban al suelo como un diente arrancado de una encía enferma. Se elevó sobre una especie de cojín de color azul y amarillo, alcanzó una altura de unos veinticinco metros y después se inclinó hacia un lado y cayó en medio de un fragor infernal, escupiendo chispas en todas direcciones.

Otra. Otra. Y otra.

Los cinco aturdidos jóvenes permanecieron de pie en su rincón, cubriéndose los ojos con las manos para protegerlos del resplandor. Ahora todo el yacimiento brillaba como un pastel de cumpleaños y les llegaba un calor sofocante.

—Que los dioses sean benévolos —musitó Alain.

Rolando comprendió que si permanecían mucho tiempo allí, acabarían tostados como unas palomitas de maíz. Tenían que pensar también en los caballos; estaban muy lejos del foco principal de las explosiones, pero no se podía garantizar que el foco se quedara donde estaba; Rolando vio que las llamas habían devorado dos torres que ni siquiera funcionaban. Los caballos estarían aterrorizados.

Incluso él estaba aterrorizado.

—¡Vamos! —gritó.

Echaron a correr hacia el lugar donde se encontraban los caballos en medio de un fluctuante resplandor de color amarillo anaranjado.

3

Al principio Jonas pensó que eran figuraciones suyas, que las explosiones formaban parte de su relación amorosa.

¿De su relación amorosa? En realidad él y Coral hacían el amor en la misma medida en que los asnos hacían sumas. Pero era algo. Vaya si lo era.

A veces se había acostado con mujeres apasionadas, de esas que lo llevan a uno a una especie de estufa y lo retienen allí, mirándolo con codiciosa intensidad mientras mueven las caderas, pero hasta conocer a Coral jamás se había acostado con una mujer que fuera capaz de tocarle una fibra tan poderosamente armónica. En cuestión de sexo, siempre había sido un hombre que lo tomaba cuando venía y se olvidaba de él cuando se iba. Pero con Coral sólo quería tomar, tomar y tomar. Cuando estaban juntos hacían el amor como los gatos o los hurones, retorciéndose y utilizando unas manos que parecían garras; se mordían y maldecían mutuamente, pero hasta la fecha nada había sido ni remotamente suficiente. Cuando estaba con ella, Jonas tenía a veces la sensación de que lo estaban friendo en dulce aceite.

Aquella noche se había celebrado una reunión con la Asociación de Criadores de Caballos, que últimamente se había convertido en algo así como la Asociación de Farson. Jonas los había puesto al día, había contestado a sus estúpidas preguntas y se había asegurado que comprendieran lo que ellos iban a hacer al día siguiente. Después había ido a ver a Rea, a la que habían instalado en la vieja suite de Kimba Rimer. Rea ni siquiera se había dado cuenta de que Jonas la estaba mirando. Sentada en el sillón tapizado del enorme estudio lleno de libros, detrás del escritorio de madera de jabí, parecía tan fuera de lugar como las bragas de una puta en el altar de una iglesia. Sobre el escritorio de Rimer estaba el Arco Iris del Mago. Rea le estaba pasando las manos por encima hacia delante y hacia atrás, musitando rápidamente palabras por lo bajo, pero la bola no se iluminaba.

Donas había cerrado la puerta bajo llave y se había ido a ver a Coral. Ésta lo estaba aguardando en el salón en el que al día siguiente tendría lugar la Conversación. Había muchos dormitorios en aquella ala del edificio, pero ella lo había acompañado al de su difunto hermano... y no por casualidad, de eso Jonas estaba seguro. Hicieron el amor en la cama con dosel que Hart Thorin jamás podría compartir con su querida.

Fue tan violento como siempre, y cuando Jonas estaba a punto de alcanzar el orgasmo, se oyó la explosión de la primera torre petrolífera. «Qué bárbara -pensó Jonas-. Jamás ha habido una mujer como esta en todo el mundo...»

Después se produjeron otras dos explosiones en rápida sucesión, y Coral se quedó momentáneamente paralizada debajo de él antes de reanudar el meneo de caderas.

—Citgo —dijo con un entrecortado jadeo.

—Sí —replicó él, embistiéndola con fuerza. Había perdido el interés por el sexo, pero ambos habían llegado a un extremo en el que ya no era posible detenerse, ni siquiera bajo la amenaza de muerte o descuartizamiento.

Un par de minutos después se acercó desnudo al pequeño balcón de Thorin con el miembro en semierección, moviéndose de un lado para otro delante de él como si fuera la plasmación de la idea que sólo un imbécil hubiera podido tener de lo que era una varita mágica. Coral lo siguió tan desnuda como él.

—¿Por qué ahora? —preguntó mientras Jonas abría el balcón—. ¡Habría podido alcanzar el orgasmo tres veces más!

Jonas no le hizo caso. La campiña del noroeste estaba sumida en una oscuridad iluminada por la dorada luz de la luna... excepto el lugar donde se encontraba el

yacimiento de petróleo, en el que se veía un núcleo de luz intensamente amarilla. Mientras él miraba, el resplandor se fue extendiendo e intensificándose, y una serie de explosiones sucesivas se propagaron a través de la distancia.

Jonas experimentó una curiosa ofuscación de la mente; aquella sensación lo había acompañado desde que el mocoso Dearborn, gracias a un febril arrebato de intuición, había identificado quién era y lo que era. El hecho de hacer el amor con la encantadora y fogosa Coral había atenuando un poco aquella sensación, pero ahora, mientras contemplaba el ardiente revoltijo de fuego que cinco minutos antes habían sido las reservas de petróleo del Hombre Bueno, volvió a experimentarlo con debilitante fuerza, como una fiebre palúdica que a veces abandona la carne pero se oculta en los huesos y jamás desaparece del todo. «Está en el oeste -le había dicho Dearborn-. El alma de un hombre como usted nunca puede abandonar el oeste.» Como es natural, él sabía que era cierto y no necesitaba que un mono como Will Dearborn se lo dijera, pero ahora que se lo habían dicho, cierta parte de su mente no podía dejar de pensar en ello.

Maldito Will Dearborn. ¿Dónde demonios debían estar él y sus dos compañeros? ¿En el calabozo de Avery? Jonas no lo creía. Ya no.

Otras explosiones rasgaron la noche. Abajo, los hombres que habían corrido y gritado tras los asesinatos de primera hora de aquella mañana, ahora estaban volviendo a correr y a gritar.

—Son los fuegos artificiales de la Siega más impresionantes que he oído en mi vida —dijo Coral en voz baja.

Antes de que Jonas pudiera contestar, se oyó una apremiante llamada a la puerta del dormitorio. La puerta fue derribaba un segundo después y Clay Reynolds entró en la estancia vestido tan sólo con unos vaqueros azules; tenía el cabello alborotado y los ojos como trastornados.

—Malas noticias de la ciudad, Eldred —dijo—. Dearborn y los otros dos mocosos del Mundo Interior...

Otras tres explosiones, casi simultáneas. Desde el rugiente yacimiento de Citgo, una gran bola de fuego rojo anaranjada se elevó perezosamente en la negra noche, fue palideciendo y desapareció. Reynolds salió al balcón, se acercó a la barandilla y se situó entre ellos dos sin prestar atención a su desnudez. Contempló la bola de fuego con asombro hasta que desapareció. Tal como habían desaparecido los mocosos. Jonas notó que aquella extraña y debilitante sensación de ofuscamiento trataba de

apoderarse nuevamente de él.

—¿Cómo se han escapado? —preguntó—. ¿Lo sabes? ¿Lo sabe Avery?

—Avery ha muerto. Y el agente que estaba con él también. Los descubrió Todd Bridger, otro agente... Eldred, ¿qué está ocurriendo allí afuera? ¿Qué ha sucedido?

—Son vuestros muchachos —dijo Coral—. No han tardado mucho en montar su propia fiesta de la Siega, ¿verdad?

«¿Cuánto corazón tienen?», se preguntó Jonas. Era una buena pregunta... tal vez la única que importaba. ¿Habrían terminado de armar jaleo... o simplemente estarían empezando?

Experimentó una vez más el deseo de irse de allí, de la Costa, de Hambria, de Mejis. De repente y por encima de todo, sentía el deseo de encontrarse a muchos kilómetros, ruedas y leguas de allí. Había rodeado su Loma y ya era demasiado tarde para regresar; se sentía terriblemente vulnerable.

—Clay.

—¿Sí, Eldred?

Pero los ojos y la mente de aquel hombre aún estaban en la conflagración de Citgo. Jonas asió a Reynolds por los hombros y lo obligó a volverse de cara a él. Sintió que su mente adquiría velocidad y que pasaba por encima de los puntos y los detalles, y la sensación le resultó muy placentera. Aquella extraña y oscura sensación de fatalismo palideció y desapareció.

—¿Cuántos hombres hay? —preguntó.

Reynolds frunció el ceño, pensativo.

—Unos treinta y cinco —contestó.

—¿Cuántos armados?

—¿Con pistolas?

—No, con lanzaguisantes si te parece.

—Probablemente... —Reynolds proyectó el labio inferior hacia fuera, frunciendo más aún el ceño—. Probablemente unos doce. Con pistolas que funcionen, quiero decir.

—¿Los peces gordos de la Asociación aún siguen aquí? .

—Creo que sí.

—Por lo menos a ésos no tendrás que despertarlos; ya estarán todos despiertos y la mayoría de ellos allí abajo. —Jonas señaló el patio con el pulgar—. Ve en busca de Lengyll y Renfrew, y dile a Renfrew que organice una avanzadilla. Que se enganche el

carretón de la vieja al pony más fuerte y resistente que haya por aquí. Dile al imbécil de Miguel que si el pony que elige se muere por el camino entre aquí y la Roca Colgante, tendrá que utilizar sus arrugadas pelotas como tapones para los oídos.

Coral Thorin soltó una breve y áspera carcajada. Reynolds la miró, miró dos veces sus pechos y tuvo que hacer un cierto esfuerzo para volver a desviar la mirada hacia Jonas.

—¿Dónde está Roy? —preguntó Jonas.

Reynolds levantó los ojos.

—En el tercer piso. Con una criadita.

—Sácalo de allí de un puntapié —dijo Jonas—. Tiene que preparar a la bruja para el viaje.

—¿Nos vamos?

—En cuanto podamos. Tú y yo primero, seguidos de los chicos de Lengyll y Renfrew, con el resto de los hombres. Asegúrate de que Hash Renfrew está con nosotros, Clay; este hombre tiene arena en el buche.

—¿Y los caballos de la Pendiente?

—No te preocupes por los malditos caballos.

Se oyó otra fuerte explosión desde Citgo; otra bola de fuego se elevó flotando hacia el cielo. Jonas no vio las oscuras nubes de humo que seguramente la debieron de acompañar ni aspiró el olor del petróleo; el viento que soplaba de este a oeste se llevaría ambas cosas lejos de la ciudad.

—Pero...

—Tú haz lo que te digo.

Jonas tenía muy claras sus prioridades en orden ascendente. Los caballos estaban al final; Farson podría encontrar caballos prácticamente en cualquier sitio. Por encima de ellos estaban los depósitos de petróleo almacenados en la Roca Colgante. Ahora éstos eran más importantes que nunca pues la fuente había desaparecido. Si se perdieran los depósitos, los Grandes Cazadores de Ataúdes ya podrían olvidarse de regresar a casa.

Pero lo más importante de todo era el pedacito de Arco Iris del Mago de Farson. Era el único elemento auténticamente insustituible. Si se tenía que romper, que se rompiera cuando lo tuviera en custodia George Latigo, no Eldred Jonas.

—En marcha —le dijo éste a Reynolds—. Depape nos seguirá con los hombres de Lengyll. Tú vas conmigo. Andando.

—¿Y yo? —preguntó Coral.

Jonas alargó el brazo y la atrajo hacia sí.

—No me olvido de ti, cariño —le dijo.

Coral asintió con la cabeza y acercó la mano a su entrepierna sin prestar atención a la mirada de Clay Reynolds.

—Sí —dijo—. Ni yo de ti.

4

Huyeron de Citgo ligeramente chamuscados y con los oídos silbando, pero sin haber sufrido auténticos daños, Sheemie cabalgando detrás de Cutberto en la misma montura mientras Caprichoso lo seguía chacoloteando, atado al extremo de su largo ronzal.

Fue a Susan a quien se le ocurrió el lugar al que deberían dirigirse. Como suele ocurrir con la mayoría de las soluciones, fue algo completamente obvio... en cuanto a alguien se le ocurrió proponerlo. Y así, no mucho después de que la víspera de la Siega se hubiera convertido en la Mañana de la Siega, los cinco llegaron a la cabaña de la Mala Hierba, en la que Susan y Rolando se habían reunido varias veces para hacer el amor.

Cutberto y Alain desenrollaron unas mantas y se sentaron en ellas para examinar las armas que habían encontrado en la oficina del Sheiff junto con el tirachinas de Berto.

—Son de calibres duros —dijo Alain, abriendo el tambor y mirando con un solo ojo por el cañón—. Si no disparan demasiado alto o demasiado lejos del blanco, Rolando, creo que podrían servirnos.

—Ojalá tuviéramos la ametralladora de aquel ranchero —dijo Cutberto en tono nostálgico.

—¿Sabes lo que diría Cort a propósito de un arma como aquélla? —dijo Rolando.

Cutberto soltó una carcajada y lo mismo hizo Alain.

—¿Quién es Cort? —preguntó Susan.

—Un hombre tan duro como Eldred Jonas cree ser —contestó Alain—. Fue nuestro maestro.

Rolando sugirió la idea de dormir una o dos horas, habida cuenta que el día siguiente prometía ser un tanto agitado. No se sintió obligado a decir que quizá también fuera el último día de sus vidas.

—¿Estás escuchando, Alain?

Alain, que sabía muy bien que Rolando no se refería a sus oídos ni a su atención, asintió con la cabeza.

—¿Oyes algo?

—Todavía no.

—Sigue con ello.

—Así lo haré... pero no puedo prometerte nada. El toque es veleidoso. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Tú sigue intentándolo.

Sheemie había extendido cuidadosamente dos mantas en el rincón, al lado de su mejor amigo declarado.

—Él es Rolando... y él es Alain... ¿quién es usted, mi buen Arthur Heath? ¿Quién es usted realmente?

—Me llamo Cutberto —dijo Berto, extendiendo la mano—. Encantado, encantado y otra vez encantado.

Sheemie estrechó la mano que le ofrecían y se echó a reír. Fue un alegre e inesperado sonido que los hizo sonreír a todos. Rolando notó que el hecho de sonreír le dolía un poco, y pensó que si se hubiera podido ver la cara habría observado en ella una buena quemadura causada por su cercanía a las torres que habían hecho estallar.

—Cut-ber-to —dijo Sheemie, soltando una risita—. ¡Vaya! Cut-ber-to, qué nombre tan gracioso, no me extraña que sea usted tan bromista. Cut-ber-to. ¡Qué bonito, cuánto me gusta!

Cutberto sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Si ya no lo necesitamos más, podría matarlo, Rolando.

—Espera un poco, hombre —contestó éste. Después se volvió hacia Susan con la cara un poco más seria—: ¿Te apetece salir a pasear un poco conmigo, Sue? Quiero hablar contigo.

Susan lo miró, tratando de leer la expresión de su rostro.

—De acuerdo —dijo, tendiéndole la mano.

Rolando la tomó y ambos salieron juntos a la luz de la luna. Bajo aquella luz, Susan sintió que el temor se apoderaba nuevamente de su corazón.

5

Pasearon entre la perfumada hierba que tanto les gustaba a las vacas y a los

caballos, a pesar de que primero les producía una hinchazón del vientre y finalmente les causaba la muerte. La hierba era muy alta -por lo menos treinta centímetros más alta que la cabeza de Rolando- y aún estaba tan verde como en verano. A veces algún niño se perdía en la Mala Hierba y allí se moría, pero Susan jamás había pasado miedo estando allí con Rolando, a pesar de que no había ninguna señalización que pudiera guiarlos; el sentido de la orientación de Rolando era misteriosamente perfecto.

—Sue, me desobedeciste en la cuestión de las armas —le dijo finalmente Rolando.

Ella lo miró con una sonrisa entre burlona y enojada.

—¿Acaso quieres volver a la celda con tus amigos?

—No, por supuesto que no. ¡Qué valiente has sido! —La estrechó en sus brazos y la besó. Al apartarse, respiraban afanosamente. Volvió a abrazarla—. Pero esta vez no me tienes que desobedecer.

Ella le miró fijamente a los ojos sin decir nada.

—Tú ya lo sabes —dijo Rolando—. Ya sabes lo que te voy a decir.

—Creo que sí.

—Pues dilo. Quizás es mejor que lo digas tú.

—Me tendré que quedar en la cabaña mientras tú y los demás os vais. Sheemie y yo nos tendremos que quedar.

Rolando asintió con la cabeza.

—¿Lo harás? ¿Lo haréis?

Susan recordó lo extraño y desagradable que le había resultado sostener en la mano el arma de Rolando oculta bajo el sarape; los ojos incrédulamente abiertos de Dave cuando la bala que ella le había disparado al pecho lo había lanzado hacia atrás; la primera vez que había disparado contra el Sheriff Avery y había prendido fuego a su propia ropa a pesar de tenerlo directamente delante. No tenían una pistola para ella (a menos que tomara una de las de Rolando) y en cualquier caso no la hubiera sabido utilizar debidamente... pero lo más importante de todo era que ella no deseaba utilizarla. Dadas las circunstancias y sabiendo que había que pensar también en Sheemie, lo mejor era quitarse de en medio.

Rolando estaba esperando pacientemente. Susan asintió con la cabeza.

—Sheemie y yo os esperaremos. Lo prometo.

Él esbozó una sonrisa de alivio.

—Y ahora recompénsame como es debido, Rolando.

—Si puedo.

Susan levantó los ojos hacia la luna, se estremeció al contemplar su agorero rostro y volvió a mirar a Rolando.

—¿Qué posibilidades hay de que regreses junto a mí?

—Muchas más de las que Jonas cree —contestó Rolando después de pensarlo cuidadosamente—. Esperaremos en los confines de la Mala Hierba y seguramente lo veremos acercarse.

—Sí, la manada de caballos que yo vi...

—Puede que venga sin los caballos —dijo Rolando sin saber lo bien que había adivinado el pensamiento de Jonas—, pero su gente armará ruido aunque vengan sin la manada. Si hay muchos hombres, también los podremos ver porque abrirán en la hierba una línea parecida a una crencha del cabello.

Susan asintió con la cabeza. Lo había visto muchas veces desde la Pendiente: aquella misteriosa separación de la Mala Hierba cuando la atravesaban grupos de hombres a caballo.

—¿Y si te buscan, Rolando? ¿Y si Jonas envía exploradores por delante?

—Dudo mucho que se tome esta molestia. —Rolando se encogió de hombros—. Si vienen, los mataremos. En silencio a ser posible. Nos prepararon para matar, y eso haremos.

Susan extendió las manos con las palmas hacia arriba, y ahora fue ella quien le agarró los brazos a él y no al revés. Parecía impaciente y asustada.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Qué posibilidades tengo de volverte a ver?

Rolando lo pensó.

—Empate —dijo al final.

Susan cerró los ojos como si le hubieran asestado un golpe, aspiró una bocanada de aire y la expulsó, abriendo nuevamente los ojos.

—Malo —dijo—, pero quizá no tan malo como yo pensaba. ¿Y si no vuelves? ¿Sheemie y yo nos tendremos que ir al oeste tal como me dijiste?

—Sí, a Gilead. Allí habrá un lugar para ti en el que serás respetada y estarás a salvo, ocurra lo que ocurra, querida... pero es especialmente importante que vayas en caso de que no oigas estallar los depósitos de petróleo. Ya lo sabes, ¿no es cierto?

—Para advertir a los tuyos, a tu ka-tet.

Rolando asintió con la cabeza.

—Les advertiré, no temas. Y cuidaré de Sheemie. Gracias a su ayuda hemos

podido llegar aquí.

Rolando contaba con Sheemie para mucho más de lo que ella pensaba. En caso de que él, Berto y Alain murieran, sería Sheemie quien ayudaría a Susan a recuperar la entereza y le daría un motivo para seguir adelante.

—¿Cuándo os vais? —preguntó Susan—. ¿Tenemos tiempo de hacer el amor?

—Tenemos tiempo, pero quizá sea mejor que no lo hagamos —dijo Rolando—. Bastante me dolerá separarme de ti sin haberlo hecho. A no ser que tú lo desees realmente... —añadió, medio suplicándole con la mirada que dijera que sí.

—Vamos a regresar y a descansar un poco —dijo Susan, tomándolo de la mano.

Por un instante le tembló en los labios el deseo de decirle que estaba embarazada de un hijo suyo, pero en el último momento prefirió no decir nada. Rolando ya tenía bastantes cosas en que pensar como para que encima ella añadiera otra preocupación... y además no quería comunicarle aquella venturosa noticia bajo una luna tan siniestra. Estaba segura de que le hubiera traído mala suerte.

Regresaron a través de la alta hierba que ya estaba brotando al borde de su camino. Antes de entrar en la cabaña, Rolando la hizo volver de cara hacia él, apoyó las manos en sus mejillas y la volvió a besar con dulzura.

—Siempre te amaré, Susan —le dijo—, sean cuales sean las tormentas que se desencadenen.

Ella lo miró sonriendo, pero un par de lágrimas escaparon de sus ojos.

—Sean cuales sean las tormentas que se desencadenen —repitió ella. Lo volvió a besar, y ambos entraron en la cabaña.

6

La luna ya había empezado a bajar cuando el grupo de ocho personas cruzó el arco, por encima del cual campeaban las palabras ENTRAD EN PAZ escritas con las Letras Grandes. Jonas y Reynolds cabalgaban al frente del grupo. Los seguía el negro carretón de Rea, tirado por un pony trotador de aspecto tan resistente como para seguir cabalgando toda la noche y la mitad del día siguiente. Jonas le había ofrecido un conductor, pero Rea había rechazado el ofrecimiento.

—Jamás ha habido un animal con el que yo no me haya llevado mejor de lo que cualquier hombre pueda llevarse —le contestó, y al parecer era verdad. Las riendas descansaban sobre su regazo, y el pony cabalgaba perfectamente sin ellas. Los cinco hombres restantes eran Hash Renfrew, Quint y tres de los mejores vaqueros de

Renfrew.

Coral quería ir con ellos, pero Jonas era de otra opinión.

—Si nos matan, tú podrás seguir más o menos como antes —le dijo—. No habrá nada que te ate a nosotros.

—Sin ti, no estoy muy segura de que tenga algún motivo para seguir adelante —contestó ella.

—Vamos, déjate de todas estas mierdas de colegiala que no van contigo. Tendrás montones de motivos para seguir bajando por el camino a poco que te esfuerces. Si todo va bien, tal como yo espero, y sigues queriendo estar conmigo, monta en tu caballo y sal de aquí en cuanto te enteres de nuestro éxito. Al oeste de aquí, en las Montañas Vi Castis, hay una ciudad llamada Ritzy. Dirígete allí con el caballo más rápido que encuentres. Llegarás varios días antes que nosotros, por mucho que nos demos prisa en llegar. Busca una posada respetable que acepte a una mujer sola... si es que la hay en Ritzy. Y espera. Cuando nosotros lleguemos allí con los depósitos de petróleo, incorpórate a la columna y sitúate a mi derecha. ¿Lo has entendido?

Lo había entendido. Coral Thorin era una mujer entre mil... más lista que Lord Satanás y capaz de follar como la puta preferida de Satanás. Ojalá las cosas fueran tan sencillas como él las presentaba.

Jonas aminoró la velocidad hasta que su caballo cabalgó al lado del carretón negro. La bola estaba fuera de su bolsa y descansaba sobre el regazo de Rea.

—¿Hay algo? —le preguntó.

Esperaba y al mismo tiempo temía ver pulsar de nuevo en su interior aquel intenso resplandor rosado.

—No. Ya hablará cuando necesite hacerlo. Cuenta con ello.

—Pues entonces, ¿de qué sirves tú, vieja?

—Lo sabrás cuando llegue el momento —contestó Rea, mirándolo con arrogancia (y con cierto temor, tal como él tuvo el placer de observar).

Jonas espoleó su caballo para ponerse nuevamente al frente de la pequeña columna. Había decidido arrebatarle la bola a Rea a la menor señal de peligro. En realidad la bola ya le había introducido en la cabeza la extraña droga de su dulzura; pensaba en aquella rosada vibración de luz que ya había contemplado demasiado.

«Bobadas -se dijo-. Lo único que me ocurre es que estoy preocupado por la inminente batalla. Cuando todo esto termine, volveré a ser el mismo de antes.»

Sería bonito si fuera cierto, pero...

... pero en realidad estaba empezando a dudarlo.

Ahora Renfrew cabalgaba al lado de Clay. Jonas introdujo su caballo entre ellos. La pierna enferma lo estaba matando; otra mala señal.

—¿Y Lengyll? —le preguntó a Renfrew.

—Está reuniendo a un buen grupo —contestó Renfrew—, no te preocupes por Fran Lengyll. Treinta hombres.

—¿Treinta hombres? ¡La madre que lo parió! Te dije que quería cuarenta, cuarenta por lo menos

Renfrew lo estudió con sus pálidos ojos e hizo una mueca al sentir el azote de una ráfaga de viento frío especialmente molesta. Se cubrió la boca y la nariz con el pañuelo que llevaba anudado al cuello. Los vaqueros que cabalgaban a su espalda ya lo habían hecho.

—¿Hasta qué extremo te preocupan estos tres muchachos, Jonas.

—Creo que me preocupan por ti y por mí, porque tú eres demasiado estúpido como para saber quiénes son o qué son capaces de hacer. —Se subió el pañuelo y trató de hablar en tono más razonable. Más le valía hacerlo; de momento todavía necesitaba a aquellos palurdos. En cuanto entregara la bola de cristal a Latigo, tal vez las cosas cambiaran—. Aunque puede que jamás los veamos.

—Lo más probable es que ya se encuentren a cincuenta kilómetros de aquí, cabalgando hacia el oeste tan deprisa como les permitan sus caballos —convino Renfrew—. Daría una corona por saber cómo consiguieron salir.

«¿Y eso qué más da, idiota?», pensó Jonas, aunque no dijo nada.

—En cuanto a los hombres de Lengyll, ten por cierto que serán los más duros que haya podido encontrar. En caso de que haya que pelear, los treinta combatirán como sesenta.

Los ojos de Jonas se cruzaron brevemente con los de Clay. «Lo creeré cuando lo vea», dijo la mirada de Clay, y Jonas comprendió por qué razón éste siempre le había gustado más que Roy Depape.

—¿Cuántos de ellos armados?

—¿Con pistolas? Puede que la mitad. Deben de estar a menos de una hora de camino de nosotros.

—Muy bien.

Por lo menos tenían la puerta trasera cubierta. Les bastaría. Estaba deseando librarse de aquella bola de cristal tres veces maldita.

«¿De veras? -dijo una voz burlona y medio enojada desde un lugar mucho más profundo que su corazón-. ¿Lo dices en serio?»

Jonas hizo caso omiso de la voz hasta que ésta se calló. Media hora más tarde se apartaron del camino y se adentraron en la Pendiente. Varios kilómetros más allá, agitada por el viento como si fuera un mar de plata, estaba la Mala Hierba.

7

Mientras Jonas y su grupo bajaban por la Pendiente, Rolando, Cutberto y Alain subieron a sus sillas de montar. Tomados de la mano en la puerta de la cabaña, Susan y Sheemie los miraron solemnemente.

—Oiréis las explosiones cuando volemos los depósitos y notaréis el olor del humo —dijo Rolando—. Aunque el viento no sople a favor, creo que lo oleréis. Después, aproximadamente una hora más tarde, habrá más humo. Allí. —Señaló con la mano—. Será la maleza amontonada a la entrada del cañón.

—¿Y si no vemos estas cosas?

—Al oeste. Pero las veréis, Sue. Juro que las veréis.

Ella se adelantó, apoyó las manos en su muslo y lo miró bajo la tardía luz de la luna. Él se inclinó, apoyó suavemente la mano en su nuca y le cubrió la boca con la suya.

—Sigue tu camino sano y salvo —le dijo ella, apartándose.

—Sí —añadió de repente Sheemie—. Que los tres se mantengan firmes y sean fieles.

Dicho lo cual, se adelantó y tocó tímidamente la bota de Cutberto. Cutberto se inclinó y tomó su mano.

—Cuídala bien, muchacho.

Sheemie asintió con la cara muy seria.

—Lo haré.

—Vamos —dijo Rolando. Temió romper a llorar si volvía a contemplar el solemne rostro de Susan—. En marcha.

Se alejaron lentamente de la cabaña. Antes de que la hierba se cerrara a su espalda, Rolando volvió la cabeza por última vez.

—Te quiero, Sue.

Ella esbozó una hermosa sonrisa.

—Pájaro y oso y liebre y pez —dijo.

La siguiente vez que Rolando la vio, Susan estaba atrapada en el interior de la bola de cristal del Mago.

8

Lo que Rolando y sus amigos vieron al oeste de la Mala Hierba poseía una áspera y desolada belleza. El viento estaba levantando grandes sábanas de arena sobre el pedregoso desierto y la luz de la luna las convertía en unos veloces fantasmas. En determinados momentos, la Roca Colgante era visible a unas dos ruedas de distancia, y la entrada del Cañón de la Armella a dos ruedas más allá. En otras ocasiones, ambas cosas desaparecían detrás de un velo de polvo. A su espalda la alta hierba emitía una especie de melodioso susurro.

—¿Qué tal estáis, muchachos? —les preguntó Rolando a sus compañeros—. ¿Todo bien?

Ambos asintieron con la cabeza.

—Recordaremos los rostros de nuestros padres —dijo Cutberto.

—Sí —convino Rolando casi con aire ausente—. Los recordaremos muy bien. —Se desperezó en su silla de montar—. El viento sopla a nuestro favor, no al suyo... es una ventaja. Los oiremos acercarse. Tenemos que calcular el tamaño del grupo. ¿De acuerdo?

Sus dos compañeros asintieron sin decir nada.

—Si Jonas sigue confiando en su fuerza, no tardará en venir con el pequeño grupo de hombres armados que haya podido reunir y tendrá en su poder la bola de cristal. En caso de que así sea, les tenderemos una emboscada, los mataremos a todos y nos apoderaremos del Arco Iris del Mago.

Alain y Cutberto permanecían atentos y silenciosos. El viento soplaba en ráfagas y Rolando tenía que sujetarse el sombrero con la mano para que no se le escapara volando.

—Si teme que podamos producir más quebraderos de cabeza, vendrá más tarde con un grupo más numeroso de jinetes. En tal caso los dejaremos pasar de largo y, si el viento sigue siendo nuestro aliado, nos situaremos a su espalda.

Cutberto esbozó una sonrisa.

—Oh, Rolando —dijo—, qué orgulloso se sentiría tu padre. ¡Sólo catorce años, pero más astuto que el demonio!

—Cumplo quince cuando vuelva a salir la luna —dijo Rolando con la cara muy seria—. Si lo hacemos de esta manera, puede que tengamos que matar a los jinetes de su retaguardia. Estad atentos a mis señales.

—¿Nos dirigiremos a la Roca Colgante como si formáramos parte de su grupo? —preguntó Alain. Éste siempre iba uno o dos pasos por detrás de Cutberto, pero a Rolando no le importaba; a veces la formalidad era mejor que la rapidez mental—. ¿Es eso?

—Si las cartas salen de esta manera, sí.

Cutberto pareció sorprendido. Rolando se mordió el labio, pensando que a veces Alain era muy rápido. Aquella pequeña idea tan desagradable se le había ocurrido antes que a Berto... e incluso antes que al propio Rolando.

—Tenemos muchas cosas que esperar esta mañana, pero jugaremos las cartas tal como salgan de la baraja.

Desmontaron y se sentaron en silencio al lado de sus caballos, al borde de la hierba. Rolando contempló las plateadas nubes de polvo que se perseguían unas a otras sobre el desierto, y pensó en Susan. Se imaginó casado con ella en sus propias tierras al sur de Gilead. Para entonces, Farson ya habría sido derrotado, el extraño declive del mundo se habría invertido (la parte infantil de su personalidad daba simplemente por supuesto que el hecho de acabar con John Farson bastaría para que así fuera) y sus días de pistolero habrían tocado a su fin. Había transcurrido menos de un año desde que se ganara el derecho a utilizar los revólveres de seis disparos que llevaba colgados del cinto sobre las caderas y a llevar los grandes revólveres de su padre cuando Steven Deschain decidiera cedérselos, pero ya estaba cansado de ellos. Los besos de Susan le habían suavizado el corazón y le habían acelerado en cierto modo sus latidos, haciéndole comprender la posibilidad de otra vida. Una vida tal vez mejor, con una casa, unos hijos y...

—Ya vienen, ya vienen —dijo Alain, despertando a Rolando de su ensoñación.

El pistolero se levantó, con las riendas de Rusher en un puño. Cutberto se tensó, muy cerca de él.

—¿Un grupo grande o pequeño?

De cara al sudeste, Alain mantenía las manos extendidas con las palmas hacia arriba. Por encima de su hombro, Rolando observó que la Vieja Estrella estaba a punto de ocultarse en el horizonte, lo cual significaba que faltaba una hora para el amanecer.

—Aún no puedo decirlo —contestó Alain.

—¿Puedes decir por lo menos si la bola...?

—No. ¡Cállate, Rolando, y déjame prestar atención!

Rolando y Cutberto miraron ansiosamente a Alain, aguzando al mismo tiempo el oído por si oían rumor de cascos de caballo, chirrido de ruedas o murmullos de hombres llevados por el viento. El tiempo iba pasando. El viento, lejos de amainar coincidiendo con la desaparición de la Vieja Estrella y la cercanía del amanecer, soplaba con más fuerza que nunca. Rolando miró a Cutberto, quien había sacado el tirachinas y estaba jugueteando nerviosamente con él. Berto encogió un hombro.

—Es un grupo pequeño —dijo repentinamente Alain—. ¿Alguno de vosotros lo puede tocar?

Ambos sacudieron la cabeza.

—No más de diez, puede que sólo seis.

—¡Dioses! —murmuró Rolando, levantando un puño hacia el cielo sin poderlo evitar—. ¿Y la bola de cristal?

—No la puedo tocar —contestó Alain, hablando con voz adormilada—. Pero debe de estar con ellos, ¿no crees?

Rolando así lo creía. Un pequeño grupo de seis u ocho hombres que probablemente viajaban con la bola de cristal. Perfecto.

—Preparaos, muchachos —dijo—. Vamos a atraparlos.

9

El grupo de Jonas bajó rápidamente por la Pendiente y se adentró en la Mala Hierba. Las estrellas que los guiaban brillaban en el cielo otoñal y Renfrew las conocía todas. Tenía un instrumento automático de medición entre las dos estrellas que él llamaba las Gemelas, y a cada veinte minutos mandaba detenerse al grupo para medirlas. Jonas no tenía la menor duda de que el viejo vaquero los conduciría a través de la alta hierba y los haría salir directamente delante de la Roca Colgante. Cuando ya hacía aproximadamente una hora que habían entrado en la Mala Hierba, Quint se acercó a él.

—La señora dice que quiere verle, señor. Dice que es importante.

—¿Ahora? —preguntó Jonas.

—Sí. —Quint bajó la voz—. La bola de cristal que sostiene en su regazo está toda iluminada.

—¿De veras? Mira, Quint, hazles compañía a mis chicos mientras yo voy a ver

qué ocurre.

Aminoró la velocidad de su cabalgadura hasta que estuvo al lado del carretón negro. Rea levantó el rostro hacia él y por un instante, iluminado por la rosada luz de la bola, a Jonas le pareció el rostro de una muchacha.

—Bueno —dijo Rea—. Ya estás aquí, muchacho. Ya sabía yo que vendrías enseguida.

Soltó una carcajada, y mientras en su rostro se dibujaban las amargas arrugas de la risa, Jonas la volvió a ver tal como estaba en realidad: prácticamente seca debido a la cosa que sostenía en su regazo. Sintió que aquel resplandor rosado penetraba en los más profundos pasillos y huecos de su mente y los encendía como jamás habían sido encendidos. Ni siquiera Coral, en sus más cochinas actividades, era capaz de encenderle de aquella manera.

—Te gusta, ¿verdad? —le preguntó Rea medio riendo y medio canturreando—. Vaya si te gusta, ¿a quién no? ¡Con lo bonita que es! Pero ¿qué ves en ella, Jonas?

Jonas se inclinó hacia abajo con la mano en el arzón de la silla y el largo cabello colgándole como una cortina, y contempló la bola con atención. Al principio sólo vio el voluptuoso y labial color de rosa, pero después éste se empezó a abrir. Ahora se veía una cabaña rodeada de hierba muy alta. El tipo de cabaña que sólo le podía gustar a un ermitaño. La puerta, pintada de un rojo brillante que ya se estaba desprendiendo, estaba abierta. Y sentada en el peldaño de piedra con las manos sobre el regazo, las mantas en el suelo a sus pies y el cabello suelto derramado sobre sus hombros, estaba...

—¡Maldita sea! —musitó Jonas.

Se había inclinado tanto hacia abajo que parecía un artista de un espectáculo circense; sus ojos habían desaparecido y en su lugar sólo había unas cuencas iluminadas por una rosada luz.

Rea se rió alegremente.

—¡Pues sí, es la fulana de Thorin que nunca lo llegó a ser! ¡La amante de Dearborn! —Su risa se interrumpió de golpe—. La amante del miserable que mató a mi Ermot. Pero lo pagará, ya lo creo que lo pagará. ¡Fíjate bien, Jonas! ¡Fíjate bien!

Ahora todo estaba tan claro que Jonas no comprendió cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes. Todo lo que temía la tía de la chica había sido verdad. Rea lo sabía, pero Jonas no comprendía por qué no le había dicho a nadie que la chica estaba follando con uno de los muchachos del Mundo Interior. Susan había hecho algo

más que follar con Will Dearborn; los había ayudado a escapar a él y a sus compañeros y cabía la posibilidad de que además hubiera matado a dos representantes de la ley.

La figura del interior de la bola se acercó un poco más, como si flotara. El hecho de mirar le producía una cierta sensación de aturdimiento, pero era un aturdimiento agradable. Detrás de la chica estaba la cabaña, suavemente iluminada por una lámpara con la llama al mínimo. A Jonas le pareció que había alguien durmiendo en un rincón, pero al volver a mirar vio que era un montón de pellejos de animal cuya forma recordaba vagamente la de un cuerpo humano.

—¿Ves a los chicos? —preguntó Rea como desde muy lejos—. ¿Los ves, milord?

—No —contestó Jonas con una voz que parecía proceder de la misma lejanía. Sus ojos estaban clavados en la bola de cristal. Percibía su luz, cociéndole unas zonas cada vez más profundas de su cerebro. Era una sensación placentera, como la de una hoguera en una noche muy fría—. Está sola. Parece que espera a alguien.

—Ya.

Rea hizo un gesto por encima de la bola -un breve movimiento de las manos como si quitara el polvo- y la rosada luz desapareció. Jonas lanzó un leve grito de protesta, pero todo fue inútil; la bola se había vuelto a quedar a oscuras. Hubiera deseado alargar las manos y pedirle a Rea que la volviera a encender -suplicárselo incluso en caso necesario-, pero se contuvo echando mano de toda su fuerza de voluntad, y recordando también que los gestos de Rea eran tan poco importantes como las marionetas de un espectáculo de Pinch y Jilly. La bola hacía lo que ella quería, no lo que Rea le mandaba.

Entretanto, la vieja lo estaba mirando con unos ojos perversamente astutos y despejados.

—¿Qué crees tú que está esperando? —le preguntó.

Sólo podía estar esperando una cosa, pensó Jonas cada vez más alarmado. A los chicos. A los tres imberbes hijos de puta del Mundo Interior. Si éstos no estaban con ella, tal vez ya se hubieran adelantado por su cuenta y estuvieran esperando otra cosa.

Esperándolo a él. Y tal vez esperando...

—Escúchame bien —le dijo a Rea—. Sólo hablaré una vez y será mejor que tu respuesta sea sincera. ¿Saben algo esos chicos del Arco Iris?

Rea apartó los ojos de los suyos. Su respuesta fue suficiente en un sentido, pero no en otro. Se había pasado demasiado tiempo saliéndose siempre con la suya allí

arriba, en la colina; ya era hora de que supiera quién mandaba allí abajo. Jonas se inclinó una vez más desde su silla de montar y la asió por el hombro. La sensación fue tan horrible como agarrar un hueso descarnado pero que aún estuviera vivo. Rea se puso a gemir y a retorcerse, pero él siguió apretando.

—¡Dímelo, bruja del demonio! ¡Mueve la maldita boca!

—Tal vez sepan algo —contestó Rea con voz quejumbrosa—. Puede que la chica viera algo la noche que subió... ¡ay, suéltame, me estás matando!

—Si quisiera matarte ya estarías muerta. —Jonas volvió a contemplar con expresión anhelante la bola de cristal, se incorporó de nuevo en su silla de montar, ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó—: ¡Clay! ¡Detente!

Mientras Reynolds y Renfrew refrenaban sus monturas, Jonas levantó una mano para mandar detenerse a los vaqueros que lo seguían. El viento susurraba a través de la hierba, doblándola, rizándola y creando remolinos de dulce arena. Jonas miró hacia delante en medio de la oscuridad, aunque sabía que era inútil buscarlos. Podían estar en cualquier parte, y la posibilidad de una emboscada no le hacía la más mínima gracia. Se acercó al lugar donde Clay y Renfrew lo estaban esperando. Renfrew lo miró con impaciencia.

—¿Qué ocurre ahora? Pronto va a amanecer. Tenemos que seguir adelante.

—¿Conoces las cabañas de la Mala Hierba?

—Sí, casi todas. ¿Por qué...?

—¿Conoces una que tiene la puerta pintada de rojo?

Renfrew asintió con la cabeza y señaló hacia el norte.

—La ocupaba el Viejo Soony. Tuvo una especie de conversión religiosa, un sueño o una visión de no sé que. Fue cuando pintó la puerta de la cabaña de rojo. Se fue hace cinco años con el Pueblo Manni.

Renfrew ya no volvió a preguntar por qué; había visto en el rostro de Jonas algo que había acallado todas sus preguntas.

Jonas levantó la mano, contempló brevemente el tatuaje del ataúd azul, se volvió y llamó a Quint.

—Tú ostentas el mando —le dijo a éste.

Quint arqueó de inmediato las pobladas cejas.

—¿Yo?

—Sí, pero no seguirás adelante... Ha habido un cambio de planes.

—¿Cómo...?

—Presta atención y no abras la boca a no ser que haya algo que no comprendas. Haz que el maldito carretón negro dé media vuelta. Coloca a tus hombres a su alrededor y regresa por donde hemos venido. Reúnete con Lengyll y sus hombres. Diles que Jonas quiere que esperen en el lugar donde tú los encuentres hasta que lleguemos Renfrew, Reynolds y yo. ¿Está claro?

Quint asintió con la cabeza. Estaba perplejo, pero no dijo nada.

—Muy bien, entonces ponte en marcha. Y dile a la bruja que vuelva a guardar el juguete en la bolsa. La situación es muy inquietante.

Jonas se pasó una mano por la frente. Los dedos, que raramente le temblaban, experimentaban ahora un leve temblor.

Quint hizo ademán de retirarse, pero volvió la cabeza cuando Jonas lo llamó.

—Creo que los chicos del Mundo Interior están aquí, Quint. Probablemente más adelante de donde nosotros estamos ahora, pero si regresan por el camino que tú vas a seguir es probable que se te echen encima.

Quint contempló nerviosamente la hierba que lo rodeaba, más alta que su propia cabeza. Apretó los labios y volvió a mirar a Jonas.

—Si atacan, intentarán apoderarse de la bola de cristal —añadió Jonas—. Escucha bien lo que te voy a decir: cualquier hombre que no muera protegiéndola, deseará haber muerto. —Jonas señaló con la barbilla a los vaqueros, montados en fila detrás del carretón negro—. Díselo a los hombres.

—Sí, jefe —dijo Quint.

—Cuando os reunáis con el grupo de Lengyll, estaréis a salvo.

—¿Cuánto tiempo deberemos esperar si ustedes no vienen?

—Hasta que el infierno se congele. Y ahora, márchate. —Mientras Quint se retiraba, Jonas se volvió hacia Reynolds y Renfrew—: Vamos a hacer un viajecito adicional, muchachos —les dijo.

10

—Rolando. —Alain hablaba en un apremiante susurro—. Han dado media vuelta.

—¿Estás seguro?

—Sí. Hay otro grupo que los sigue. Mucho más numeroso. Se dirigen allí.

—Porque la cantidad les da más seguridad, eso es todo —dijo Cutberto.

—¿Tienen la bola de cristal en su poder? —preguntó Rolando—. ¿Ya la puedes tocar?

—Sí, la tienen. Ahora es fácil tocarlos aunque se desplacen en dirección contraria. Cuando encuentras la bola, ésta brilla como una lámpara en el pozo de una mina.

—¿Rea conserva todavía su custodia?

—Creo que sí. Es horrible tocarla.

—Jonas nos tiene miedo —dijo Rolando—. Quiere tener más hombres a su alrededor cuando llegue. Así es y así tiene que ser.

No se dio cuenta de que tenía razón y de que al mismo tiempo estaba muy equivocado. No se dio cuenta de que, por una vez desde que abandonaron Gilead, se había deslizado hacia una desastrosa certeza infantil.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alain.

—Sentarnos aquí. Prestar atención y esperar. Si van a la Roca Colgante, vendrán por este camino con la bola. No tienen más remedio.

—¿Y Susan? —preguntó Cutberto—. Susan y Sheemie. ¿Qué ocurrirá? ¿Cómo sabremos que están bien?

—Creo que no podremos saberlo. —Rolando se sentó con las piernas cruzadas y las riendas de Rusher sobre las rodillas—. Pero Jonas y sus hombres no tardarán en regresar. Y cuando aparezcan, haremos lo que tenemos que hacer.

11

Susan no había querido dormir en el interior de la cabaña; sin Rolando, no le parecía bien. Había dejado a Sheemie acurrucado bajo los pellejos y se había llevado sus mantas fuera. Se pasó un rato sentada a la puerta de la cabaña, contemplando las estrellas y rezando a su manera por Rolando. Cuando empezó a sentirse un poco mejor, se tendió sobre una manta y se cubrió con la otra. Le parecía que había transcurrido una eternidad desde que María la despertara de su profundo sueño, y los guturales ronquidos que surgían de la cabaña no la molestaban demasiado. Se durmió con la cabeza apoyada en un brazo y no se despertó cuando, veinte minutos más tarde, Sheemie salió a la puerta, la miró parpadeando con expresión adormilada y se adentró en la hierba para orinar. El único que lo vio fue Caprichoso, el cual extendió su largo hocico y pellizcó el trasero de Sheemie cuando el muchacho pasó por su lado. Sheemie, todavía medio dormido, alargó la mano hacia atrás y apartó el hocico. Conocía muy bien las bromas de Capri.

Susan soñó con la salceda -pájaro y oso y liebre y pez-, pero lo que la despertó no fue el regreso de Sheemie de hacer sus necesidades sino un frío círculo de acero

alrededor de su cuello. Oyó un sonoro clic que ella identificó inmediatamente por haberlo oído en la oficina del Sheriff: el ruido de una pistola que alguien estaba amartillando. La salceda desapareció del ojo de su mente.

—Brilla, pequeño rayo de sol —dijo una voz.

Su desconcertada mente medio despierta trató de creer que era la víspera y que María estaba intentando conseguir que se levantara y abandonara la Costa antes de que quien hubiera matado al Alcalde Thorin y al Canciller Rimer regresara y la matara también a ella.

Todo fue inútil. Sus ojos no se abrieron a la fuerte luz de la media mañana sino al pálido resplandor ceniciento de las cinco de la madrugada. Y no era la voz de una mujer sino la de un hombre. Y no había una mano sacudiendo su hombro sino el cañón de una pistola contra su cuello.

Levantó los ojos y vio un arrugado y alargado rostro enmarcado por un cabello blanco. Unos labios que no eran más que una cicatriz. Unos ojos del mismo color azul desteñido que los de Rolando. Eldred Jonas. El hombre que se encontraba a su espalda había invitado una vez a su padre a tomar una copa en tiempos más felices. Hash Renfrew. Un tercer hombre, uno de los que pertenecían al ka-tet de Jonas, se agachó para entrar en la cabaña. Experimentó una sensación de frío temor en el cuerpo, en parte por ella y en parte por Sheemie. No estaba segura de que el muchacho llegara a comprender lo que estaba ocurriendo. «Éstos son dos de los tres hombres que intentaron matarlo –pensó-. Eso sí lo comprenderá.»

—Aquí estás, Rayo de Sol, ya vienes —dijo jovialmente Jonas mientras ella parpadeaba para librarse de la niebla del sueño—. ¡Muy bien. Una chica tan guapa como usted no tendría que estar aquí durmiendo tan solita. Pero no se preocupe, yo me encargaré de llevarla al sitio que le corresponde. —Sus ojos parpadearon al ver salir de la cabaña al pelirrojo de la capa. Solo—. ¿Clay? ¿Hay algo?

Reynolds sacudió la cabeza.

—Estarán todavía cabalgando por ahí.

«Sheemie -pensó Susan-. ¿Dónde estás, Sheemie?»

Jonas alargó la mano y le acarició brevemente un pecho.

—Muy bonito—dijo—. Dulce y suave. No me extraña que a Dearborn le guste.

—Quíteme las cochinas manos de encima, hijo de puta.

Jonas obedeció con una sonrisa en los labios. Volvió la cabeza y miró al mulo.

—A éste lo conozco. Pertenece a mi buena amiga Coral. ¡Aparte de todo lo

demás, se ha convertido usted en una ladrona de ganado! Qué vergüenza, qué vergüenza tan grande para esta generación más joven. ¿No te parece, Renfrew?

Pero el viejo socio del padre de Susan no dijo nada. Su rostro se mostraba cuidadosamente inexpresivo, y Susan pensó que a lo mejor se avergonzaba un poco de estar allí.

Jonas volvió a mirarla con un amago de benevolente sonrisa en los labios.

—Bueno, supongo que después de haber cometido un asesinato, robar un mulo es la cosa más fácil del mundo, ¿no es así?

Susan se limitó a observar cómo Jonas acariciaba el hocico de Capri.

—¿Qué trasladaron aquellos chicos para que necesitaran un mulo?

—Mortajas —contestó ella a través de sus entumecidos labios—. Para usted y sus amigos. Pesaban tanto que a punto estuvieron de romperle el espinazo al pobre animal.

—Hay un dicho en la tierra de donde yo vengo —dijo Jonas sin dejar de sonreír—. Las chicas listas van al infierno. ¿Lo ha oído alguna vez? —Seguía acariciando el hocico de Capri. Al mulo le gustaba; mantenía el cuello estirado en toda su longitud y los estúpidos ojillos entornados de placer—. ¿Se le ha pasado por la cabeza pensar que los tipos que descargan a su bestia de tiro, se reparten lo que ésta llevaba y no suelen regresar?

Susan no dijo nada.

—La han dejado plantada, Rayo de Sol. Siento decirle que lo que se folla rápido se olvida rápido. ¿Sabe adónde fueron?

—Sí —contestó Susan en un susurro.

Jonas la miró complacido.

—Si nos lo dice, es posible que le vayan mejor las cosas. ¿Estás de acuerdo, Renfrew?

—Sí —contestó Renfrew—. Son unos traidores, Susan... trabajan para el Hombre Bueno. Si sabes dónde están o qué se proponen, dínoslo.

Sin apartar los ojos de Jonas, Susan le dijo:

—Acérquese un poco más.

Sus entumecidos labios no querían moverse y le salió algo así como «cérguese un pogo más», pero Jonas la entendió y se inclinó hacia delante, estirando el cuello de tal forma que su aspecto resultó absurdamente parecido al de Caprichoso. En cuanto lo hizo, Susan le escupió a la cara.

Jonas se apartó, haciendo una mueca de asombro y repugnancia.

—¡PERRA! —gritó, propinándole un fuerte manotazo que la derribó al suelo.

Susan cayó de lado mientras unas negras estrellas estallaban en su campo visual. Notó que la mejilla derecha se le empezaba a hinchar como un globo y pensó: «Si me hubiera golpeado unos seis centímetros más abajo, me hubiera podido romper el cuello. Y quizás hubiera sido mejor.» Se acercó la mano a la nariz y se secó la sangre que le manaba del orificio derecho.

Jonas se volvió hacia Renfrew, quien se había adelantado un paso pero luego se había detenido.

—Colócala en tu caballo y átale las manos delante. Muy fuerte. —Miró a Susan y le propinó un violento puntapié en el hombro que la arrojó rodando hacia la cabaña—. Conque me has escupido, ¿eh, perra? Te has atrevido a escupir a Eldred Jonas.

Reynolds le ofreció su pañuelo. Jonas lo tomó, se secó el escupitajo de la cara y se agachó al lado de Susan. Tomó un mechón de su cabello y limpió cuidadosamente el pañuelo con él. Después la levantó. Unas lágrimas de dolor estaban asomando por los ángulos de sus ojos, pero permaneció en silencio.

—Puede que jamás vuelva a ver a tu amigo, dulce Sue, la de las suaves tetitas, pero te tengo a ti, ¿verdad? Y si Dearborn nos causa quebraderos de cabeza, yo te causaré el doble a ti. Y me encargaré de que Dearborn se entere. Cuenta con ello.

La sonrisa se borró de sus labios mientras le propinaba a Susan un repentino empujón que a punto estuvo de volverla a derribar al suelo.

—Y ahora monta antes de que decida cambiarte un poco la cara con mi cuchillo.

12

Sheemie observó aterrorizado y llorando en silencio cómo Susan arrojaba un escupitajo a la cara del perverso Cazador de Ataúdes y era derribada al suelo por éste con un fuerte golpe capaz de matarla. En aquel momento estuvo casi a punto de salir, pero algo le dijo -quizá la voz de su amigo Arthur hablándole mentalmente- que con ello sólo conseguiría que lo mataran a él.

Vio montar a Susan. Uno de los hombres -no un Cazador de Ataúdes sino un corpulento ranchero que él había visto algunas veces en el Descanso- intentaba ayudarla, pero Susan lo empujaba con la suela de su bota. El hombre retrocedió con la cara colorada.

«No los haga enfadar, Susan -pensó Sheemie-. ¡Oh, dioses, no lo haga porque le

van a seguir pegando! ¡Qué cara le han puesto! ¡Y le sangra la nariz!»

—Es la última oportunidad —le dijo Jonas a Susan—. ¿Dónde están y qué pretenden hacer?

—Váyase al infierno.

Jonas esbozó una leve sonrisa ofendida.

—Lo más probable es que te encuentre allí cuando llegue —dijo. Después, dirigiéndose al otro Cazador de Ataúdes, añadió—: ¿Has registrado bien la cabaña?

—Se han llevado todo lo que pudieran tener —contestó el pelirrojo—. Sólo han dejado la conejita de Dearborn.

Jonas soltó una ofensiva carcajada mientras montaba en su cabalgadura.

—Vamos —dijo éste—. A cabalgar.

Regresaron a la Mala Hierba. Ésta se cerró a su alrededor y fue como si jamás hubieran estado allí... pero Susan había desaparecido y Capri también. El corpulento ranchero que cabalgaba al lado de Susan sujetaba el ronzal del mulo.

Cuando estuvo seguro de que ya no iban a regresar, Sheemie volvió muy despacio al claro, desabrochándose por el camino el botón superior de los pantalones. Su mirada se desplazó desde el camino que Rolando y sus amigos habían tomado hasta el que habían emprendido los hombres que se habían llevado a Susan. ¿Cuál de los dos?

Tras reflexionar un instante, comprendió que no había ninguna alternativa. El camino que habían tomado Rolando, Alain y el buen Arthur Heath (así lo seguía considerando) había desaparecido. En cambio el que habían abierto Susan y sus secuestradores aún se distinguía. Y tal vez si él la siguiera podría hacer algo por ella. Ayudarla.

Primero caminando y después apurando el paso tras haber superado el temor de que ellos regresaran y lo atraparan, Sheemie se adentró por el camino que Susan había tomado. Casi todo aquel día se lo pasó siguiéndola.

13

La impaciencia de Cutberto, que no solía ser demasiado optimista en ninguna situación, se fue intensificando a medida que el cielo se iba aclarando en su camino hacia el amanecer. «Es la Siega –pensó-. Finalmente ha llegado la Siega y aquí estamos nosotros con los cuchillos afilados y sin nada que cortar.»

Dos veces le preguntó a Alain qué «oía». La primera vez, Alain se limitó a soltar

un gruñido. La segunda vez preguntó qué esperaba que oyera, habiendo alguien que parloteaba sin cesar junto a su oído.

Cutberto, que no pensaba que dos preguntas en el espacio de quince minutos se pudieran considerar un «parloteo», se apartó de Alain y se sentó con expresión malhumorada delante de su caballo. Al cabo de un rato, Rolando se le acercó y se sentó a su lado.

—Esperar —dijo Cutberto—. A eso hemos dedicado casi todo el tiempo que hemos estado en Mejis y es lo que peor se me da.

—Ya no tendrás que hacerlo mucho más tiempo —dijo Rolando.

14

Aproximadamente una hora después de la aparición del sol en el horizonte, el grupo de Jonas llegó al lugar donde los hombres de Fran Lengyll habían levantado un improvisado campamento. Quint, Rea y los vaqueros de Renfrew ya estaban tomando café. Jonas se alegró de verlos.

Lengyll se adelantó, vio a Susan sentada en la silla de montar con las manos atadas y dio un paso atrás como si quisiera buscar un rincón donde esconderse. Pero como por allí no había ningún rincón, tuvo que quedarse donde estaba, aunque no parecía muy contento.

Susan espoleó su montura con las rodillas, y cuando Reynolds trató de sujetarla por el hombro, ella se apartó, esquivándolo momentáneamente.

—¡Vaya, Francis Lengyll! ¡Jamás hubiera imaginado encontrarle aquí!

—Susan, siento mucho verte en esta situación —dijo Lengyll. El rubor le iba subiendo progresivamente a la frente como sube una ola a la escollera—. Te juntaste con malas compañías, muchacha... y, al final, las malas compañías siempre te dejan en la estacada. Susan soltó una carcajada.

—¡Malas compañías! —dijo—. Usted sabe mucho de eso, ¿verdad, Fran?

Lengyll se volvió rígidamente de espaldas para disimular su turbación. Susan levantó un pie calzado con una bota y antes de que nadie pudiera impedirlo, le propinó limpiamente un puntapié entre las paletillas. Lengyll cayó boca abajo mientras su rostro mostraba una expresión de escandalizado asombro.

—Y tú no sabes nada, ¿verdad, puta de mierda? —gritó Renfrew, soltándole un revés en la cara.

Fue en el lado izquierdo, y por lo menos equilibró un poco las cosas, pensaría ella

más tarde cuando se le despejara la mente y fuera capaz de pensar. Se tambaleó sobre la silla de montar pero consiguió mantenerse en ella. No miraba a Renfrew sino tan sólo a Lengyll, el cual se encontraba a gatas en el suelo, mirándola con expresión profundamente aturdida.

—¡Usted mató a mi padre! —le gritó Susan—. ¡Usted mató a mi padre, cobarde y miserable caricatura de hombre! —Miró al grupo de vaqueros y rancheros, todos ellos pendientes de sus palabras—. ¡Aquí está Fran Lengyll, el presidente de la Asociación de Criadores de Caballos, la serpiente más rastrera que jamás ha habido en este mundo! ¡Una basura peor que una mierda de coyote!

—Ya basta —dijo Jonas, estudiando con cierto interés a Lengyll mientras éste se apresuraba a escabullirse para regresar junto a sus hombres. Susan se alegró de ver que era un escabullimiento en toda regla, incluso con los hombros encorvados. Balanceándose de uno a otro lado, Rea soltó una entrecortada carcajada que sonó como unas uñas arañando un trozo de pizarra. Susan se sobresaltó al oírla, pero no se sorprendió en absoluto de su presencia entre aquella gente.

—Nunca era suficiente —añadió, mirando de Jonas a Lengyll con una expresión de desprecio tan grande que no parecía tener fin—. Para él nunca era suficiente.

—Bueno, puede que sí, pero tú no lo has hecho nada mal en el poco tiempo que has tenido, señorita —dijo Jonas—. ¡Mira cómo se ríe la bruja! Es tan desagradable como echar sal en una herida, pero muy pronto la haremos callar. —Volviendo la cabeza, gritó—: ¡Clay!

Reynolds se acercó.

—¿Crees que podrás llevar de nuevo a Rayo de Sol a la Costa?

—Creo que sí. —Reynolds procuró disimular el alivio que sentía ante el hecho de que lo enviaran de nuevo al este en lugar de tener que ir al oeste. No las tenía todas consigo cuando pensaba en la Roca Colgante, Latigo, los depósitos de petróleo... y todo lo demás. Sólo Dios sabía por qué—. ¿Ahora?

—Espera un momento —dijo Jonas—. Puede que se produzca un asesinato aquí mismo. ¿Quién sabe? Las preguntas sin respuesta son las que hacen que merezca la pena levantarse por la mañana aunque a uno le duela la pierna como una muela picada, ¿no te parece?

—No sé, Eldred.

—Renfrew, vigila un momento a nuestro precioso Rayo de Sol. Tengo que recuperar una cosa.

Su voz se oía muy bien; la había levantado precisamente con este propósito, y las carcajadas de Rea habían cesado de golpe como si alguien se las hubiera arrancado de la garganta con un garfio. Con una sonrisa en los labios, Jonas se acercó con su caballo al carretón negro con su abigarrado adorno de símbolos dorados. Reynolds cabalgaba a su izquierda y Jonas presintió más que vio a Depape situándose a su derecha. En realidad Roy era un buen chico; un poco tonto, desde luego pero el corazón lo tenía en su sitio y no era necesario decírselo todo.

A cada paso que daba el caballo de Jonas, Rea se echaba un poco más hacia atrás en el carretón. Sus ojos miraban de uno a otro lado desde sus hundidas cuencas, buscando un inexistente medio de escapar.

—¡Apártate de mí, mercenario! —gritó, levantando una mano hacia él. Con la otra sujetaba fuertemente la bolsa de la bola de cristal—. ¡Apártate si no quieres que invoque el rayo y te deje muerto aquí mismo donde estás, sentado en tu caballo! ¡Y a tus devastadores amigos también!

A Jonas le pareció que Roy vacilaba un poco al oír las palabras de la bruja, pero Clay no vaciló ni él tampoco. Pensó que Rea era capaz de hacer muchas cosas... o lo había sido en otro momento. Pero eso había sido antes de que la voraz bola de cristal entrara en su vida.

—Dámela —le dijo, inclinándose hacia el carretón y alargando la mano para que ella le diera la bola de cristal—. No es tuya y nunca lo ha sido. No te quepa duda de que algún día el Hombre Bueno te dará las gracias por lo bien que la has guardado, pero ahora me la tienes que dar.

Rea lanzó un grito tan penetrante que algunos vaqueros dejaron caer al suelo las tazas metálicas de café y se cubrieron los oídos con las manos.

Al mismo tiempo se enrolló la cinta de la bolsa alrededor de la mano y la levantó por encima de su cabeza. La curvada forma de la bola se balanceó hacia delante y hacia atrás en su extremo como si se tratara de un péndulo.

—¡No te la daré! —rugió—. ¡La estrellaré contra el suelo antes de dársela a alguien como tú!

Jonas dudaba mucho que la bola, arrojada por los débiles brazos de Rea sobre la pisoteada alfombra del suelo de la Mala Hierba, se rompiera, pero prefería no tener ocasión de averiguarlo.

—Clay —dijo—, saca tu arma.

No tuvo necesidad de mirar a Clay para saber que éste ya lo había hecho; vio la

desesperación de Rea cuando ésta desplazó la mirada hacia la izquierda donde estaba Clay.

—Voy a contar —dijo Jonas—. Muy poco. Si cuando llegue a tres ella no ha entregado la bolsa, vuélale la tapa de los sesos. —De acuerdo.

—Uno —dijo Jonas, contemplando el péndulo de la bola al final de la cinta de la bolsa. La bola estaba iluminada y su apagado color de rosa se transparentaba a través de la tela—. Dos. Que te lo pases bien en el infierno, Rea. Adiós. Tr...

—¡Toma! —gritó Rea, arrojándole la bola mientras se protegía el rostro con la mano libre—. ¡Aquí la tienes, tómala! ¡Y que te haga todo el daño que me ha hecho a mí!

—Gracias, señora.

Jonas agarró la bolsa justo por debajo del extremo de la cinta y tiró de ella. Rea lanzó un grito cuando la cinta le despellejó los nudillos y le arrancó una uña. Pero Jonas apenas lo oyó. Su mente era una explosión de júbilo. Por primera vez en su dilatada vida profesional se olvidó de su trabajo, del ambiente que lo rodeaba y de las mil cosas que cualquier día podían acabar con su vida. Ya la tenía; tenía la bolsa. ¡Por todos los sepulcros de todos los malditos dioses, ya tenía en su poder la condenada bolsa!

«¡Es mía!» pensó, y eso fue todo. Consiguió reprimir el impulso de abrir la bolsa e introducir la cabeza en ella tal como un caballo introduce la cabeza en una bolsa de avena, y enrolló dos veces la cinta alrededor del arzón de su silla. Respiró todo lo hondo que le permitieron los pulmones y exhaló el aire. Mejor. Un poco mejor.

—Roy.

—Sí, Jonas.

Sería bueno largarse de allí, pensó Jonas y no por primera vez. Abandonar a todos aquellos palurdos. Estaba hasta la coronilla de sus estúpidas respuestas.

—Roy, esta vez le vamos a dar a la muy puta hasta diez. Si para entonces no se ha quitado de mi vista, le vuelas el trasero. Vamos a ver si sabes contar. Ten cuidado, no vayas a saltarte algún número.

—Uno —dijo afanosamente Depape—. Dos. Tres. Cuatro.

Rea tomó las riendas del carretón, escupiendo maldiciones, y golpeó con ellas la grupa del pony. El pony echó las orejas hacia atrás y tiró con tal fuerza del carro que Rea cayó hacia atrás en su asiento, con los pies levantados y las huesudas y blancas piernas asomando por los negros zapatos cerrados hasta los tobillos y los

desparejados calcetines de lana. Los vaqueros se echaron a reír. Incluso Jonas se rió. Tenía gracia ver a Rea tendida boca arriba con las patas al aire.

—Ci-ci-cinco —dijo Depape, que de tanto reír le había entrado hipo—. ¡Se-se-seis!

Rea volvió a incorporarse y se sentó con toda la gracia de un pez moribundo, mirándolos con una enfurecida expresión de desprecio.

—¡Os maldigo a todos! —gritó. Sus palabras los impresionaron hasta tal punto que dejaron de reírse mientras el carretón se acercaba brincando al borde del pisoteado claro—. ¡A todos y cada uno de vosotros os maldigo! ¡A ti... y a ti... y a ti! —Su curvado dedo apuntó finalmente a Jonas—. ¡Ladrón! ¡Miserable ladrón!

«Como si eso fuera tuyo -pensó Jonas con asombro (a pesar de que lo primero que se le había ocurrido decir al recibir en sus manos la bola de cristal había sido "¡Ya es mía!")-. Como si una maravilla como ésta pudiera pertenecer a una palurda adivina de tripas de gallo como tú.»

El carretón se adentró brincando en la Mala Hierba mientras el pony tiraba con todas sus fuerzas, con las orejas echadas hacia atrás; los gritos de la vieja lo arreaban mejor de lo que hubiera podido hacer un látigo. Lo negro se perdió en lo verde. Vieron cómo el carro vacilaba como el truco de un prestidigitador antes de desaparecer. Pero se pasaron un buen rato oyéndola soltar maldiciones e invocando para ellos la muerte bajo la Luna del Demonio.

15

—Vamos —le dijo Jonas a Clay Reynolds—. Llévate a nuestro Rayo de Sol. Y si quieres hacer un alto en el camino y aprovecharte de ella, te doy permiso. —Miró a Susan para ver qué efecto le habían hecho sus palabras, pero se sintió decepcionado pues Susan parecía aturdida, como si el último golpe que le había propinado Renfrew le hubiera alterado el cerebro, por lo menos de momento—. Pero encárgate de que al final de toda la juerga vaya a parar a manos de Coral.

—Así lo haré. ¿Algún mensaje para la señorita Thorin?

—Dile que encierre a la chica en lugar seguro hasta que reciba noticias mías. Por cierto... ¿por qué no te quedas con ella, Clay? Me refiero a Coral... a partir de mañana no creo que tenga que preocuparme por todo eso, en cambio Coral... acompáñala a Ritzy cuando se vaya. Como si fueras su escolta.

Reynolds asintió con la cabeza. Las cosas estaban yendo cada vez mejor. Se iría

a la Costa y le parecía muy bien. Quizá probara un poquito a la chica cuando llegara allí, pero no por el camino. No quería hacerlo a pleno día bajo el espectral rostro de la Luna del Demonio.

—Vete ya. En marcha.

Reynolds cruzó el claro con Susan, dirigiéndose a un punto muy alejado de la franja de hierba doblada por el paso del carretón de Rea. Susan cabalgaba en silencio, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en sus muñecas atadas.

Jonas se volvió de cara a sus hombres.

—Los tres jóvenes del Mundo Interior se han fugado de la cárcel con la ayuda de esta arrogante perra —dijo, señalando la espalda de Susan.

Se oyó un murmullo. Sabían que «Will Dearborn» y sus amigos se habían escapado; pero ignoraban que la señorita Delgado los hubiera ayudado a escapar... y quizá fue bueno para Susan que en aquellos momentos Reynolds se estuviera adentrando con ella en la Mala Hierba y apartándola de la vista de aquellos hombres.

—¡Pero no importa! —dijo Jonas, levantando la voz para que volvieran a prestarle atención. Alargó cuidadosamente una mano y acarició el curvado fondo de la bolsa. El solo hecho de tocar la bola de cristal le hizo experimentar la sensación de ser todopoderoso, incluso con las manos atadas a la espalda—. ¡No importa lo que haya hecho ella ni lo que hayan hecho ellos! —Sus ojos se desplazaron desde Fran Lengyll a Wertner y desde éste a Croydon, Brian Hookey y Roy Depape—. Somos casi cuarenta hombres y nos vamos a reunir con otros ciento cincuenta. Ellos son tres y no superan los dieciséis años. ¿Tenéis miedo de tres jovenzuelos?

—¡No! —gritaron al unísono.

—¿Qué haremos si nos tropezamos con ellos, muchachos? —¡MATARLOS!

El rugido fue tan ensordecedor que unos cuervos levantaron el vuelo graznando bajo el sol matutino mientras iban en busca de un lugar más apacible.

Jonas se sentía satisfecho. Su mano aún estaba apoyada en la dulce curva de la bola de cristal y sentía que ésta le estaba comunicando su fuerza. «Una rosada fuerza», pensó con una sonrisa en los labios.

—Vamos, muchachos. Quiero que los depósitos estén en los bosques del oeste de la Armella antes de que la gente de la ciudad encienda su Hoguera de la Noche de la Siega.

Sheemie, agachado entre la hierba, estuvo a punto de ser arrollado por el carretón negro de Rea cuando ésta abandonó el claro; la bruja, gritando y soltando maldiciones, pasó tan cerca de él que hasta pudo aspirar el agrio olor de su piel y de su sucio cabello. Si Rea hubiera bajado la vista, lo habría visto y lo habría convertido sin dudar en un pájaro, un abejorro o tal vez en un mosquito.

Tras haber visto cómo Jonas le cedía la custodia de Susan al de la capa, el muchacho había empezado a rodear el claro. Oyó a Jonas arengar a los hombres (a muchos de ellos los conocía y se sintió avergonzado al ver cuántos vaqueros de Mejis estaban a las órdenes de aquel malvado Cazador de Ataúdes), pero no prestó atención a lo que decía. Sheemie se quedó paralizado donde estaba mientras ellos montaban en sus cabalgaduras, temiendo por un instante que se acercaran a él, pero ellos se alejaron en dirección contraria, hacia el oeste. El claro se quedó vacío casi por arte de magia... aunque no del todo. Habían dejado a Caprichoso, arrastrando el ronzal sobre la pisoteada hierba. Capri miró una sola vez a los jinetes que se alejaban, soltó un bufido como diciéndoles que se fueran al infierno, se volvió y vio a Sheemie mirando cautelosamente hacia el claro. El mulo movió las orejas a modo de saludo y trató de pastar. Lamió la Mala Hierba una sola vez, levantó la cabeza y volvió a bufar mirando a Sheemie como si le echara la culpa de todo.

Sheemie contempló con expresión pensativa a Caprichoso, diciéndose que le sería mucho más fácil cabalgar que ir a pie. Dioses, pues claro que sí... sin embargo, el segundo bufido le hizo comprender que no. Quizás el mulo soltara un bufido de desagrado en el momento equivocado y alertara al hombre que se había llevado a Susan.

—Supongo que sabrás volver a casa —le dijo—. Hasta luego, amigo. Hasta luego, mi buen Capri. Nos veremos camino abajo.

Encontró el camino que habían abierto Susan y Reynolds y se puso a trotar tras ellos una vez más.

17

—Ya vuelven —dijo Alain momentos antes de que el propio Rolando lo percibiera bajo la forma de un breve relámpago rosado en su cabeza—. Todos.

Rolando se agachó delante de Cutberto, el cual le miró sin el menor atisbo de su habitual buen humor.

—Buena parte dependerá de ti —dijo Rolando, dando una palmada al tirachinas—

. Y de esto.

—Lo sé.

—¿Cuánto tienes en el arsenal?

—Casi cuatro docenas de bolas de acero. —Berto sostuvo en alto una bolsa de algodón que en tiempos más tranquilos había servido para guardar el tabaco de su padre—. Más un variado surtido de petardos en la alforja.

—¿Cuántos de los gordos?

—Suficientes, Rolando —respondió sin sonreír. Sin sus risueñas carcajadas, las cuencas de sus ojos eran las de un simple asesino—. Suficientes.

Rolando se alisó con la mano el sarape que llevaba, dejando que la palma se acostumbrara de nuevo a la aspereza de aquel tejido. Miró a Cutberto y a Alain y pensó que la cosa podía dar resultado; siempre y cuando no se amilanaran y no pensaran que eran tres contra cuarenta, podía dar resultado.

—Los de la Roca Colgante oirán las explosiones cuando empecemos, ¿verdad? —preguntó Al.

Rolando asintió con la cabeza.

—Si el viento sopla de nosotros a ellos, seguro que sí.

—En tal caso, tenemos que darnos prisa.

—Haremos todo lo que podamos.

Rolando se imaginó de pie entre los enmarañados setos de la parte posterior de la Gran Sala, con el halcón David posado en su brazo mientras un aterrorizado sudor le bajaba por la espalda. «Creo que hoy vas a morir», le había dicho al halcón, y no se había equivocado. Pero él había vivido, había superado la prueba y había salido del pasillo de la prueba mirando al este. Aquel día les tocaría a Cutberto y Alain someterse a la prueba, no en Gilead, en el lugar donde tradicionalmente se celebraban las pruebas detrás de la Gran Sala sino allí, en Mejis, en los confines de la Mala Hierba, en el desierto y en el cañón. El Cañón de la Armella.

—Superar la prueba o morir —dijo Alain como si hubiera leído los pensamientos del pistolero—. A eso se reduce todo.

—Sí. En última instancia, a eso se reduce siempre todo. ¿Cuánto crees que tardarán en llegar aquí?

—Yo diría que una hora por lo menos. Probablemente dos.

—Vendrán en plan de «echar un vistazo y largarse».

Alain asintió con la cabeza.

—Creo que sí.

—Eso no es bueno —dijo Cutberto.

—Jonas teme que le tiendan una emboscada en la hierba —dijo Rolando—. Y que quizá prendamos fuego a su alrededor. Se relajarán cuando lleguen al claro.

—Eso es lo que tú esperas —dijo Cutberto. Rolando asintió con la cara muy seria.

—Sí. Eso es lo que yo espero.

18

Al principio, Reynolds se conformó con conducir a la chica a paso rápido por el irregular camino de vuelta, pero media hora después de haber dejado a Jonas, Lengyll y los demás, se lanzó al trote. Pylon se adaptó sin dificultad al caballo de Reynolds y lo mismo hizo cuando éste aceleró hasta alcanzar un ligero, pero constante medio galope. Susan se agarró al arzón de su silla con las manos atadas y cabalgó a la derecha de Reynolds con el cabello suelto volando a su espalda. Pensó que su cara debía de ofrecer una pinta muy pintoresca; notaba la piel de las mejillas dolorida y llena de ronchas. Hasta la caricia del viento le hacía daño.

Reynolds se detuvo en el punto donde la Mala Hierba cedía el lugar a la Pendiente. Desmontó, se volvió de espaldas a ella y meó. Mientras lo hacía, Susan contempló la ladera y vio la gran manada de caballos, ahora desatendida y desparramándose por los bordes. Puede que aquello fuera obra suya. No era mucho, pero ya era algo.

—¿Tiene que hacer sus necesidades? —le preguntó Reynolds—. La ayudaré a desmontar si quiere, pero no me diga ahora que no y después se ponga a gimotear.

—Tiene miedo —le dijo Susan—. Por muy fuerte y valiente que sea, tiene miedo, ¿verdad? A pesar de su tatuaje del ataúd.

Reynolds trató de esbozar una sonrisa de desprecio, pero ésta no encajaba muy bien con su cara de aquella mañana.

—Tendría que dejar las adivinaciones para los que saben hacerlas, señorita. Bueno, ¿tiene que hacer sus necesidades o no?

—No. Pero usted tiene miedo. ¿De qué?

Reynolds, que sólo sabía que su sensación de inquietud no había desaparecido al alejarse de Jonas tal como él esperaba, esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes manchados por el tabaco.

—Si no puede hablar con sensatez, será mejor que se calle.

—¿Por qué no me suelta? A lo mejor mis amigos harán lo mismo con usted cuando nos den alcance.

Esta vez Reynolds soltó una carcajada casi sincera. Se inclinó sobre la silla, soltó un regüeldo y escupió. Por encima de ellos, la Luna del Demonio era una pálida e hinchada bola en el cielo.

—Puede usted soñar, señorita —dijo Reynolds—. Los sueños son libres. Pero no volverá a ver a esos tres. Ésos son para los gusanos. Y ahora vamos a seguir cabalgando.

Y siguieron cabalgando.

19

La Víspera de la Siega, Cordelia no se había ido a la cama. Se pasó toda la noche sentada en el sillón del salón, donde a pesar de tener una labor sobre el regazo no había dado ni una sola puntada. Ahora, cuando la luz cada vez más clara de la mañana se iba acercando a las diez, seguía sentada en el mismo sillón sin mirar nada. ¿Qué hubiera podido mirar? Todo se había venido estruendosamente abajo: todas sus esperanzas sobre la fortuna que Thorin derramaría sobre Susan y el hijo de ésta, tal vez incluso en vida y ciertamente en su testamento; todas sus esperanzas sobre el lugar que le correspondía en la comunidad; todos sus planes para el futuro. Todo destruido por dos obstinados jovenzuelos que no habían podido sujetarse los pantalones.

Sentada en su viejo sillón con la labor de punto sobre las rodillas y las cenizas con que Susan le había tiznado la mejilla destacando como si fueran una marca de hierro, pensó: «Me encontrarán muerta en este sillón algún día... vieja, pobre y olvidada. ¡Qué muchacha tan desagradecida! ¡Después de todo lo que yo he hecho por ella!»

La sacó de sus reflexiones un débil arañazo en la ventana. No tenía ni idea del rato que habría durado aquel ruido antes de penetrar finalmente en su conciencia, pero cuando penetró, dejó su labor de punto para ir a ver. Tal vez un pájaro. O unos niños gastando bromas de la Siega sin darse cuenta de que el mundo ya había terminado. Fuera lo que fuese, ella lo apartaría de allí.

Al principio Cordelia no vio nada. Después, cuando estaba a punto de dar media vuelta, vio un pony y un carretón junto al patio. El carretón era un poco inquietante -negro y con unos signos dorados- y el pony en las limoneras mantenía la cabeza

inclinada, pero comía y daba la impresión de que lo hubieran hecho correr hasta casi matarlo.

Aún estaba frunciendo el ceño cuando una sucia y retorcida mano se elevó en el aire directamente delante de ella y volvió a arañar el cristal. Cordelia se llevó las manos al pecho, jadeando, mientras el corazón le daba un sobresaltado vuelco. Retrocedió y lanzó un breve grito cuando su pantorrilla rozó el guardafuego de la estufa.

Las largas y sucias uñas arañaron el cristal un par de veces más y desaparecieron. Por un instante, Cordelia se quedó donde estaba, sin saber qué hacer; después se dirigió a la puerta, se detuvo junto a la caja de la leña y tomó una vara de fresno. Por si acaso. Acto seguido abrió la puerta, se dirigió a la esquina de la casa, respiró hondo para tranquilizarse y dobló la esquina para dirigirse a la parte del jardín, sosteniendo en alto la vara de fresno.

—¡Fuera de aquí, quienquiera que sea! Lárguese antes de que...

El espectáculo que vio la dejó muda: en el parterre pegado al muro de la casa una mujer increíblemente anciana se arrastraba sobre la tierra congelada por la escarcha... acercándose a ella. El lacio y escaso cabello blanco de la vieja colgaba sobre su rostro. Unas llagas le cubrían la frente y las mejillas; tenía los labios partidos y la sangre le bajaba por la puntiaguda barbilla llena de verrugas. Las córneas de sus ojos eran de un sucio color amarillo grisáceo, y jadeaba como un fuelle resquebrajado cuando se movía.

—Ayúdeme, buena mujer —dijo el espectro con voz entrecortada—. Ayúdeme, se lo ruego, estoy destrozada.

La mano que sostenía la vara de fresno se inclinó. Cordelia apenas podía creer lo que estaba viendo.

—¿Rea? —preguntó en un susurro—. ¿Es Rea?

—Sí —contestó Rea, arrastrándose implacablemente sobre las flores de seda marchitas y hundiendo las manos en la fría tierra—. Ayúdeme.

Cordelia retrocedió, con el improvisado garrote colgando a la altura de su rodilla.

—No, yo... yo no puedo tener a nadie como usted en mi casa... lamento verla así, pero... pero tengo que defender mi reputación, ¿comprende?... la gente me vigila muy de cerca...

Miró hacia la Calle Mayor mientras lo decía, como si esperara ver una cola de ciudadanos al otro lado de la verja, contemplando ansiosamente la escena, ávidos de contar su miserable chisme aderezado con sus propias mentiras, pero no había nadie.

Hambria estaba muy tranquila, sus paseos y caminos estaban desiertos y el habitual bullicio del día de la Feria de la Siega había enmudecido. Volvió a contemplar la cosa que había aparecido en su marchito parterre.

—Su sobrina... lo ha hecho ella... —dijo la cosa desde el parterre—. Es la culpable de todo...

Cordelia soltó la vara de fresno, que le arañó el tobillo aunque no se dio cuenta.

—Ayúdeme —murmuró Rea—. Yo sé... dónde está... tenemos un trabajo que hacer nosotras dos... un trabajo... de mujeres...

Cordelia vaciló un instante, pero después se acercó a la mujer y se arrodilló. La rodeó con su brazo y consiguió levantarla. Despedía un olor nauseabundo, un olor de carne putrefacta.

Unos huesudos dedos acariciaron la mejilla y la parte lateral del cuello de Cordelia mientras ayudaba a la bruja a entrar en la casa. Cordelia notó que se le ponía la carne de gallina, pero no se apartó hasta que Rea se hundió en un sillón, jadeando por un extremo y soltando pedos por el otro.

—Escúcheme bien —dijo la vieja con voz sibilante.

—La escucho.

Cordelia acercó una silla y se sentó a su lado. Puede que la mujer estuviera a las puertas de la muerte, pero, cuando sus ojos se posaban en alguien, era muy difícil que ese alguien pudiera apartar la mirada. Los dedos de Rea rebuscaron en el interior de su sucio vestido, sacaron una especie de amuleto de plata y empezaron a moverlo rápidamente hacia delante y hacia atrás como si rezara el rosario. Cordelia, que no había tenido sueño durante toda la noche, ahora lo estaba empezando a sentir.

—Los otros no están a nuestro alcance —dijo Rea— y la bola de cristal se me ha escapado de las manos. ¡Pero... ella! La han llevado de nuevo a la Casa del Alcalde y es posible que podamos ocuparnos de ella... eso por lo menos lo podríamos hacer.

—Usted no puede ocuparse de nada —le dijo Cordelia en tono distante—. Se está muriendo.

Rea soltó una carcajada, y un hilillo de amarillenta saliva se le escapó de la boca.

—¿Que me estoy muriendo? ¡De eso ni hablar! Simplemente estoy cansada y necesito un refrigerio. ¡Escúcheme, Cordelia, hija de Hiram y hermana de Pat!

Rodeó con un huesudo (y sorprendentemente fuerte) brazo el cuello de Cordelia y la atrajo hacia sí. Al mismo tiempo, levantó la otra mano e hizo girar el medallón de plata delante de sus ojos enormemente abiertos. La vieja bruja habló en susurros, y al

poco rato Cordelia empezó a asentir con la cabeza.

—Pues hágalo —le dijo la vieja, soltándola y reclinándose de nuevo contra el respaldo de su sillón—. Ahora mismo, porque no duraría mucho en el estado en que me encuentro. Y después tenga en cuenta que necesitaré un poco de tiempo. Para reanimarme.

Cordelia cruzó la estancia para dirigirse a la cocina. Allí, en el mostrador que había al lado de la bomba manual, había un tajo de madera con los dos cuchillos más afilados de la casa. Cordelia tomó uno y regresó al salón. Sus ojos estaban tan perdidos y distantes como los de Susan cuando ésta y Rea habían permanecido de pie a la entrada de la choza de la bruja bajo la luz de la Luna Besadora.

—¿Le quiere hacer pagar a su sobrina el mal que ha hecho? —preguntó Rea—. Para eso he venido a verla.

—La Señorita Tan joven y Bonita —musitó Cordelia en un susurro casi inaudible. La mano que no sostenía el cuchillo se acercó flotando a su rostro y rozó la mejilla tiznada de ceniza—. Si, me gustaría hacérselo pagar.

—¿Con la muerte?

—Sí. La suya o la mía.

—Será la suya, no tema —dijo Rea—. Y ahora reanime mis fuerzas, Cordelia. ¡Deme lo que necesito!

Cordelia se desabrochó el vestido y dejó al descubierto un busto poco generoso y un vientre que se había empezado a curvar desde hacía cosa de un año, formando una suave barriguita. Pero aún conservaba un vestigio de cintura y fue allí donde hundió el cuchillo, cortando la camisa y las capas superiores de la carne que había debajo. El blanco algodón empezó a teñirse inmediatamente de rojo a lo largo de la raja.

—Sí —musitó Rea—. Como las rosas. Sueño a menudo con rosas en flor y con lo negro que hay entre ellas en el confín del mundo. ¡Acérquese un poco más! —Rea apoyó la mano en la espalda de Cordelia para que ésta se acercara. Examinó sus ojos, sonrió y se humedeció los labios con la lengua—. Bien. Muy bien.

Cordelia miró con aire ausente por encima de la cabeza de Rea de Cos mientras ésta hundía el rostro contra la roja rasgadura de la camisa y empezaba a beber.

20

Al principio Rolando se alegró cuando oyó acercarse el tintineo de unas guarniciones al lugar donde ellos tres permanecían agachados en medio de la alta

hierba, pero cuando empezó a oír el murmullo de unas voces por encima del suave rumor de los cascos de los caballos, se asustó. Una cosa era que los jinetes pasaran cerca de allí, y otra muy distinta que ellos tuvieran la mala suerte de que se les echaran encima, pues en tal caso los tres morirían como unos topos cuyas galerías hubieran quedado al descubierto como consecuencia del paso de la reja de un arado.

No podía creer que ka los hubiera conducido por aquel camino para que terminaran de aquella manera. ¿Cómo era posible que entre todos los kilómetros de la Mala Hierba aquel grupo de jinetes fuera a pasar precisamente por el lugar donde él y sus amigos estaban escondidos? Pero lo cierto era que se estaban acercando y que los arneses y las voces sonaban cada vez con más claridad.

Alain miró consternado a Rolando y señaló hacia la izquierda. Rolando sacudió la cabeza y dio unas palmadas al suelo para darle a entender que se quedarían donde estaban. Ya era demasiado tarde para moverse sin que los oyeran.

Rolando sacó sus pistolas.

Cutberto y Alain hicieron lo mismo.

Al final, el arado no pasó por encima de los topos por menos de veinte metros. Los muchachos llegaron a ver los caballos y a los jinetes a través de la alta hierba, y Rolando observó sin ninguna dificultad que el grupo estaba encabezado por Jonas, Depape y Lengyll, cabalgando los tres de frente. Los seguían por lo menos tres docenas de hombres, entrevistos a través de la hierba con retazos de caballos roanos y con los vistosos rojos y verdes de los sarapes. Estaban bastante desperdigados y Rolando pensó que él y sus amigos podían abrigar la razonable esperanza de que aún se desperdigaran más cuando llegaran al desierto.

Esperaron a que pasara el grupo, sujetando las cabezas de sus caballos para evitar que a alguno de ellos se le ocurriera saludar con un relincho a los jamelgos que estaban pasando por allí. Cuando se alejaron, Rolando, muy pálido y con la cara muy seria, se volvió hacia sus amigos.

—Montad —les dijo—. Ha llegado la Siega.

21

Se acercaron llevando los caballos por la brida al confín de la Mala Hierba y encontraron el camino del grupo de Jonas en un lugar donde la hierba daba paso a una zona de achaparrados arbustos y después al desierto propiamente dicho.

El solitario viento aullaba con fuerza llevando consigo retazos de arena bajo un

despejado cielo de color azul oscuro. La Luna del Demonio miraba desde arriba como el empañado ojo de un cadáver. Doscientos metros más adelante, los jinetes que acompañaban al grupo de Jonas se desplegaron en una línea de tres con los sombreros bien encasquetados en la cabeza, los hombros encorvados y los sarapes hinchados por el viento.

Rolando se apartó un poco para que Cutberto pudiera cabalgar en el centro del trío. Berto, que llevaba el tirachinas en la mano, le entregó a Alain media docena de bolas de acero y otra media docena a Rolando. Después arqueó inquisitivamente las cejas. Rolando asintió con la cabeza y los tres empezaron a cabalgar. La arena pasaba volando por su lado formando crujientes sábanas y a veces convertía a los jinetes que tenían delante en unos fantasmas mientras que otras los ocultaba por completo, pero ellos proseguían su avance. Rolando estaba nervioso, temiendo que alguno de los jinetes se volviera en su silla y los viera, pero ninguno lo hizo pues nadie quería exponer el rostro a aquel cortante viento tan lleno de arena. Tampoco pudieron oír ningún ruido de advertencia. Ahora los cascos de los caballos pisaban un lecho de arena que apenas se movía.

Cuando se encontraban a tan sólo veinte metros de distancia de los jinetes, Cutberto asintió con la cabeza. Ya estaban lo bastante cerca como para que él pudiera empezar a trabajar. Alain le entregó una bola. Berto, erguido en su silla de montar, colocó la bola en el hueco del tirachinas, tensó la cinta elástica esperando que cesara un poco el viento y la soltó. El jinete de la izquierda experimentó una sacudida como si lo hubiera picado algún bicho, levantó un poco una mano y cayó de la silla de montar. Curiosamente, ninguno de sus dos compañeros pareció darse cuenta. Rolando creyó ver la reacción del de la derecha cuando Berto volvió a tensar el tirachinas y el jinete del centro cayó hacia delante sobre el cuello de su caballo. El caballo, asustado, se encabritó. El jinete se aflojó hacia atrás, perdió el sombrero y cayó de la silla. El viento amainó lo bastante como para que Rolando oyera cómo se le quebraba la rodilla al quedarle enganchado el pie en el estribo.

Ahora el tercer jinete estaba volviendo la cabeza. Rolando vio fugazmente un rostro con barba, un cigarrillo apagado por el viento colgando de sus labios y un ojo asombrado, antes de que el tirachinas de Cutberto entrara de nuevo en acción con un sordo zumbido. El ojo asombrado se convirtió en una cuenca ensangrentada. El jinete resbaló de la silla, quiso agarrarse al arzón pero no pudo.

«Tres fuera de combate», pensó Rolando.

Espoleó a Rusher. Los otros hicieron lo mismo y se lanzaron al galope en medio de una gran polvareda, separados entre sí por la distancia de una espuela. Afortunadamente los caballos de los jinetes eliminados se desplazaron en grupo hacia el sur. Por regla general los caballos sin jinete no causaban extrañeza en Mejis, pero si estaban ensillados...

Por delante de ellos aparecieron otros jinetes: uno cabalgando en solitario, después dos, el uno al lado del otro, después otro solitario.

Rolando sacó el cuchillo y se acercó al tipo que estaba a punto de morir sin saberlo.

—¿Qué noticias tenemos? —le preguntó afablemente.

Cuando el hombre se volvió, le hundió el cuchillo en el pecho. Los ojos castaños del vaquero se abrieron de par en par por encima del pañuelo con que éste se había cubierto la boca y la nariz al estilo de los forajidos, e inmediatamente el vaquero cayó de la silla de montar.

Cutberto y Alain pasaron cabalgando velozmente por su lado y, sin aminorar la marcha, Berto alcanzó con su tirachinas a los dos jinetes que cabalgaban por delante de él. El tipo que cabalgaba algo más allá oyó algo a pesar del viento y se volvió en su silla de montar. Alain había sacado el cuchillo y lo sostenía por el extremo de la hoja. Lo arrojó con fuerza con el exagerado movimiento de todo el brazo que les habían enseñado a hacer, y a pesar de que la distancia era excesiva para semejante trabajo -seis metros por lo menos y con viento-, no falló el lanzamiento. El mango se detuvo en el centro del pañuelo que el hombre llevaba anudado alrededor del cuello. El vaquero se acercó la mano al cuello, emitiendo unos entrecortados gorgoteos alrededor del cuchillo clavado en su garganta y después cayó de la silla.

Ya iban siete.

«Como en el cuento del zapatero y las moscas», pensó Rolando. Cuando alcanzó a Alain y Cutberto, el corazón le latía muy despacio y muy fuerte en el pecho. El viento lanzaba un solitario silbido. El polvo se levantaba, se arremolinaba y volvía a posarse en el suelo. Por delante de ellos vieron a otros tres jinetes y, más allá, el grupo principal.

Rolando señaló a los tres más próximos e imitó el movimiento del tirachinas. Apuntó más allá de ellos e imitó el disparo de un revólver. Cutberto y Alain asintieron con la cabeza. Cabalgaron una vez más estribo contra estribo, acortando distancias.

Bert eliminó limpiamente a dos de los tres que tenían delante, pero el tercero se movió en el momento que no debía y la bola de acero que le hubiera tenido que penetrar por la parte posterior de la cabeza sólo le pasó rozando el lóbulo de la oreja. Rolando, que ya había sacado su arma, le alojó al hombre una bala en la sien en el instante en que se volvía. Ya eran diez, una buena cuarta parte del grupo de Jonas, sin que los jinetes se hubieran dado cuenta de que ocurría algo. Rolando ignoraba si ello sería una ventaja suficiente, pero lo que sí sabía era que la primera parte de su tarea ya se había cumplido. Ahora se había terminado el sigilo; ahora era cuestión de matar a lo bestia.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó con una voz retumbante—. ¡A mí, pistoleros! ¡A mí! ¡Dadles alcance! ¡Sin prisioneros!

Espolearon sus monturas hacia al grupo principal, entrando en batalla por vez primera; se acercaron a ellos como unos lobos a unas ovejas y efectuaron disparos antes de que los hombres que tenían delante tuvieran tiempo de averiguar a quién tenían detrás o qué estaba ocurriendo. Los tres muchachos habían sido adiestrados como pistoleros, y lo que les faltaba de experiencia lo suplían con la agudeza visual y la rapidez de reflejos propia de los jóvenes. Bajo sus pistolas, el desierto al este de la Roca Colgante se convirtió en el escenario de una matanza.

Lanzando estentóreos gritos y sin pensar en otra cosa que no fueran las muñecas de sus mortíferas manos, penetraron en el desprevenido grupo de Mejis como una hoja de tres filos, disparando a diestro y siniestro. No todos los disparos alcanzaron a sus enemigos, pero tampoco fueron enteramente inútiles.

Los hombres salían despedidos de sus sillas y eran arrastrados por las botas enganchadas en los estribos mientras sus caballos se desbocaban; otros hombres, algunos ya muertos y otros solamente heridos, eran pisoteados por los cascos de sus atemorizados caballos.

Rolando cabalgaba disparando con sus dos pistolas y sujetando las riendas de Rusher con los dientes para que éstas no colgaran por el costado del animal y le hicieran tropezar. Dos hombres cayeron a su derecha y otros dos a su izquierda bajo sus disparos. Por delante de ellos Brian Hookey se volvió en su silla de montar con el hirsuto rostro alargado en una expresión de asombro. Alrededor de su cuello oscilaba y tintineaba un amuleto en forma de campana. Sacó una escopeta de la funda que llevaba colgada de su poderoso hombro de herrero, pero antes de que pudiera acercar

la mano a la culata de su arma, Rolando hizo saltar de un disparo el amuleto de plata que colgaba de su pecho y reventó el corazón que había debajo. Hookey cayó de su silla soltando un gruñido.

Cutberto dio alcance a Rolando, situándose a su derecha, e hizo saltar a otros dos hombres de sus caballos. Miró a Rolando con una orgullosa y radiante sonrisa.

—¡Al tenía razón! —dijo—. ¡Éstos son de grueso calibre!

Los hábiles dedos de Rolando hacían su trabajo, volviendo a cargar los tambores de sus armas mientras cabalgaba al galope con asombrosa y sobrenatural velocidad. Inmediatamente reanudaba sus disparos. Ahora ya casi habían atravesado todo el grupo, alcanzando a los hombres que tenían a ambos lados e incluso a los que estaban delante. Alain dio media vuelta con su caballo y retrocedió para cubrir a Rolando y Cutberto desde atrás.

Rolando vio a Jonas, Depape y Lengyll refrenando sus monturas para dar media vuelta y enfrentarse con sus atacantes. Lengyll estaba tratando de asir su ametralladora, pero la correa se había enredado con el ancho cuello del guardapolvo que llevaba, y cada vez que intentaba agarrar la culata ésta se movía y se alejaba de su mano. Por debajo de su poblado y canoso bigote su boca estaba torcida en una mueca de furia.

De pronto apareció Hash Renfrew y se interpuso entre Rolando y Cutberto y Jonas y sus dos hombres, sosteniendo en su mano una enorme arma de color azul acero de cinco disparos.

—¡Los dioses os maldigan! —gritó éste—. ¡Miserables violadores de hermanas!

Soltó las riendas y se apoyó el arma en el hueco del codo para afianzarla. Las ráfagas de viento lo envolvían en una nube de arena parda.

Rolando no tenía intención de retirarse ni de apartarse a un lado. En realidad no tenía intención de hacer nada. La fiebre se había apoderado de su mente y ardía en su interior como una antorcha en un cilindro de cristal. Gritando a través de las riendas que sujetaba entre sus dientes, se lanzó al galope contra Hash Renfrew y los tres hombres que éste tenía a su espalda.

23

Jonas no tuvo una idea muy clara de lo que estaba ocurriendo hasta que oyó gritar a Dearborn:

(¡Aquí! ¡A mí! ¡Sin prisioneros!)

Era un grito de batalla que él conocía desde hacía mucho tiempo. Entonces todo empezó a encajar y a cobrar sentido el matraqueo de los disparos. Dio media vuelta, consciente de que Roy estaba haciendo lo mismo a su lado, pero consciente sobre todo de la presencia de la bola de cristal en el interior de la bolsa, un objeto poderoso y frágil a la vez que oscilaba hacia delante y hacia atrás contra el cuello de su caballo.

—¡Son aquellos jovenzuelos! —exclamó Roy.

Su expresión de absoluto asombro hizo que pareciera más estúpido que nunca.

—¡Dearborn, hijo de la gran puta! —gritó Renfrew mientras retumbaba el arma que sostenía en la mano.

Jonas vio que el sombrero de Dearborn se levantaba de su cabeza con un trozo de ala arrancada. El chico abrió fuego inmediatamente y lo hizo muy bien, mucho mejor de lo que Jonas jamás hubiera visto en su vida. Renfrew saltó de su silla de montar, dando patadas en el aire y sin soltar su monstruosa arma. Disparó dos veces contra el polvoriento cielo azul antes de caer de espaldas y rodar por el suelo hasta morir, tendido de lado. Lengyll apartó la mano de la escurridiza culata de su ametralladora y se quedó mirando con total incredulidad la aparición que se estaba acercando a él en medio de la polvareda.

—¡Atrás! —gritó—. En nombre de la Asociación de Criadores de Caba...

Un enorme orificio negro surgió en el centro de su frente justo por encima del lugar donde sus cejas se habían juntado. Elevó las manos hasta los hombros con las palmas hacia fuera en gesto de rendición. Así fue como murió.

—¡Hijo de puta, pequeño hijo de puta violador de hermanas! —aulló Depape mientras trataba de sacar el revólver enredado en su sarape. Aún lo estaba intentando cuando una bala de Rolando le abrió la boca en un rojo grito que le llegó casi hasta la nuez.

«Eso no puede estar ocurriendo -pensó estúpidamente Jonas-. No es posible, nosotros somos muchos más.»

Pero estaba ocurriendo. Los muchachos del Mundo Interior habían golpeado infaliblemente la línea de fractura y estaban protagonizando algo que equivalía a un ejemplo de manual de la manera en que tenían que atacar los pistoleros cuando estaban en situación de inferioridad.

La coalición de rancheros, vaqueros y chicos duros de la ciudad había quedado destrozada. Los que no habían muerto huían en todas direcciones, espoleando sus monturas como si los persiguieran cien demonios del infierno. Los muchachos no eran

cien, pero luchaban como si lo fueran. Los cuerpos estaban diseminados por todas partes.

Mientras contemplaba la escena, Jonas vio que el que actuaba de puerta trasera –Stockworth- se acercaba a otro hombre, lo hacía saltar de la silla y le alojaba una bala en la cabeza mientras caía. «¡Dioses de la tierra -pensó-, éste era Croydon, el propietario del Rancho Piano! »

Pero Croydon ya no era propietario de nada.

Y ahora Dearborn se estaba acercando a él con la pistola en la mano.

Jonas agarró la cinta de la bolsa enrollada en el arzón de su silla y la desenrolló con dos rápidos movimientos de muñeca. Después sostuvo la bolsa en alto en medio del viento y mostró los dientes mientras su larga melena blanca volaba a su espalda.

—¡Como te acerques más, la rompo! ¡Hablo en serio, maldito cachorro! ¡Quédate donde estás!

Rolando no interrumpió su temerario galope ni se detuvo un solo instante a pensarlo; ahora sus manos pensaban por él. Cuando más adelante recordó la escena, la vio lejana, silenciosa y extrañamente deformada, como vista a través de un espejo defectuoso... o de la bola de cristal de un mago.

«¡Dioses, es él! ¡Es el mismísimo Arturo Eld que ha venido para llevarme! », pensó Jonas.

Mientras el cañón de la pistola de Rolando se abría en su ojo como la entrada de un túnel o el pozo de una mina, Jonas recordó lo que el mocoso le había dicho en el polvoriento patio de aquel rancho incendiado: «El alma de un hombre como usted jamás puede abandonar el oeste.»

«Lo sabía -pensó Jonas-. Sabía incluso que mi ka se había agotado. Pero no creo que quiera poner en peligro la bola de cristal... él es el dinh de este ka-tet y no la puede poner en peligro...»

—¡A mí! —gritó Jonas—. ¡A mí, muchachos! ¡Sólo son tres, por el amor de los dioses! ¡A mí, cobardes!

Pero estaba solo: Lengyll había muerto con su estúpida ametralladora al lado, Roy era un cadáver mirando con furia al amargo cielo, Quint había huido, Hookey estaba muerto, y los rancheros que los acompañaban se habían largado. Sólo Clay estaba vivo, pero a varios kilómetros de allí.

—¡La romperé! —gritó mientras el muchacho de la fría mirada se acercaba a él como la más refinada de las máquinas letales—. ¡Delante de todos los dioses la...!

Rolando apretó el gatillo de su revólver y disparó. La bala alcanzó el centro de la mano tatuada que sostenía la cinta y la pulverizó dejando sólo unos dedos que se agitaron brevemente desde una masa esponjosa y roja. Rolando vio por un instante el ataúd azul antes de que la sangre lo cubriera. La bolsa cayó. Mientras Rusher chocaba contra el caballo de Jonas y lo empujaba hacia un lado, Rolando atrapó hábilmente la bolsa en el hueco de un brazo. Jonas gritó consternado al ver que le arrebataban el trofeo, agarró el brazo de Rolando, lo asió por el hombro y a punto estuvo de desarzonarlo. Su sangre llovió sobre el rostro de Rolando en cálidas gotas.

—¡Devuélvemela, mocoso! —Jonas buscó bajo su sarape y sacó otra arma—. ¡Devuélvemela, es mía!

—Ya no —dijo Rolando.

Mientras Rusher interpretaba una rápida y delicada danza para ser un animal tan grande, Rolando efectuó dos disparos a bocajarro contra el rostro de Jonas. El caballo de éste salió disparado de debajo de su cuerpo y el hombre del cabello blanco cayó espatarrado boca arriba con un ruido sordo. Sus brazos y sus piernas experimentaron unas espasmódicas sacudidas, temblaron y se quedaron inmóviles.

Rolando se enrolló la cinta de la bolsa alrededor del hombro y regresó junto a Alain y Cutberto dispuesto a prestar ayuda... pero ya no era necesario. Éstos permanecían sentados en sus sillas de montar, el uno al lado del otro, en medio del fuerte viento al final de un reguero de cuerpos diseminados por el suelo, mirando a su alrededor con ojos aturdidos, los ojos de unos muchachos que acaban de pasar por primera vez por la prueba del fuego y no aciertan a comprender que no se hayan quemado. Sólo Alain había resultado herido; una bala le había desgarrado la mejilla izquierda, produciéndole una limpia herida que se curó muy bien aunque le dejó una cicatriz hasta el día de su muerte. Durante el tiroteo no había sido consciente de nada y sólo conservaba un vago recuerdo de lo que había ocurrido tras el inicio del ataque. Cutberto dijo más o menos lo mismo.

—Rolando —dijo Cutberto acariciándose la mejilla con una trémula mano—. Salud, pistolero.

—Salud.

Los ojos de Cutberto estaban tan enrojecidos e irritados a causa de la arena que parecía que hubiera estado llorando. Tomó las plateadas bolas que Rolando le entregaba como si no supiera lo que eran.

—Estamos vivos, Rolando.

—Sí.

Alain miraba a su alrededor, aturdido.

—¿Dónde están los otros?

—Yo diría que unos veinticinco por lo menos están allí —contestó Rolando, señalando el camino de cadáveres—. Los demás... —Describió un amplio semicírculo con la mano en la que todavía empuñaba el revólver—. Se han ido. Supongo que se han hartado de las guerras del Mundo Medio.

Rolando se descolgó la bolsa del hombro, la depositó delante de él en el arzón de la silla y la abrió. Por un instante fue de color negro, pero de pronto se llenó con el irregular parpadeo de una hermosa luz de color de rosa.

La luz subió por las tersas mejillas del pistolero como si se tratara de unos dedos y penetró nadando en sus ojos.

—Rolando —dijo Cutberto, súbitamente nervioso—, creo que no deberías jugar con eso. Y ahora menos que nunca. Habrán oído el tiroteo allá en la Roca Colgante. Si tenemos que terminar lo que hemos empezado, no hay tiempo para...

Rolando no le prestó atención. Introdujo ambas manos en la bolsa y sacó la bola de cristal del mago. La sostuvo delante de sus ojos sin saber que la había manchado con las gotas de sangre de Jonas. Pero a la bola no le importó; no era la primera vez que se manchaba de sangre. Su luz brilló y se arremolinó por un instante, y después sus rosados vapores se abrieron como unas cortinas. Rolando vio lo que había y se perdió en su interior.

CAPÍTULO X

BAJO LA LUNA DEL DEMONIO (II)

1

La presa de Coral en el brazo de Susan era firme, aunque no dolorosa. Su manera de acompañar a Susan por el pasillo de la planta no era especialmente cruel, pero su inexorabilidad resultaba descorazonadora. Susan no intentó protestar pues sabía que hubiera resultado inútil. Las seguían dos vaqueros (armados con cuchillos y bolas; todas las armas de fuego que había se las había llevado Jonas al oeste). Y detrás de los vaqueros, como un malhumorado espectro que careciera de la necesaria energía psíquica como para adquirir forma visible, caminaba Laslo, el hermano del difunto Canciller. Reynolds, a quien su creciente inquietud le había quitado las ganas de cometer una violación al término del viaje, o bien se había quedado en el piso de arriba o bien había abandonado la ciudad.

—Te voy a encerrar en la fría despensa hasta que sepa mejor lo que tengo que hacer contigo, querida —le dijo Coral—. Allí estarás segura... y calentita. Qué suerte que lleves un sarape. Después, cuando regrese Jonas...

—Jamás volverá a ver al señor Jonas —dijo Susan—. Él nunca...

Un nuevo dolor estalló en su sensible rostro. Por un instante le pareció que todo el mundo había explotado. Susan retrocedió dando vueltas hasta golpearse contra la pared de piedra del pasillo inferior, lo cual le produjo una visión borrosa que poco a poco se fue despejando. Sintió que la sangre le rodaba por la mejilla desde la herida que le había causado la piedra de la sortija de Coral al propinarle un revés. Y también le sangraba la nariz. La maldita nariz le estaba volviendo a sangrar.

Coral la estaba mirando con una gélida expresión de para-mí-eso-no-es-más-que-un-trabajo, pero Susan creyó ver algo distinto en sus ojos. Tal vez temor.

—A mí no me hables de Eldred, señorita. Lo han enviado para que atrape a los chicos que mataron a mi hermano. Los chicos a los que tú soltaste.

Susan se limpió la nariz, contempló la sangre que se había concentrado en la palma de su mano y se la limpió en la pernera de los pantalones.

—Yo sé tan bien como usted quién mató a Hart, o sea que no me tome el pelo y yo no se lo tomaré a usted. —Vio que Coral levantaba la mano para propinarle otro golpe en la cara y consiguió soltar una seca carcajada—. Anda, pártame el otro lado de la cara si quiere. ¿Acaso eso evitará que esta noche duerma sin un hombre que le

caliente la cama?

La mano de Coral bajó con fuerza, pero, en lugar de golpear a Susan la volvió a agarrar por el brazo. Esta vez apretó lo bastante como para hacerle daño, pero Susan apenas lo notó. Aquel día le habían hecho daño unos expertos, y no le habría importado sufrir más daño si con ello hubiera podido acelerar el momento de su reunión con Rolando.

Coral la llevó a rastras por el pasillo y cruzó con ella la cocina (aquella espaciosa estancia que cualquier otro Día de la Siega hubiera sido un hervidero de humeante actividad, pero que aquel día estaba pavorosamente desierta) hasta llegar a la puerta blindada del otro lado. Al abrirla, un penetrante olor de patatas, calabazas y aguaturmas escapó de su interior.

—Entra aquí. Rápido, antes de que te pegue una patada en este precioso trasero que tienes.

Susan la miró sonriendo.

—Quisiera maldecirla por ser la compañera de cama de un asesino, señorita Thorin, pero usted misma se ha condenado. Y lo sabe muy bien... lo lleva escrito en la cara. Así pues, me limitaré a hacerle una reverencia —hizo lo que acababa de decir con una sonrisa en los labios—, y le desearé muy buenos días.

—¡Entra y calla la cochina boca! —gritó Coral, empujándola al interior de la despensa.

A continuación cerró ruidosamente la puerta, corrió el pestillo y miró enfurecida a los vaqueros que se habían quedado a una prudencial distancia.

—Vigiladla bien, muchachos. Tened mucho cuidado.

Pasó por su lado sin prestar atención a sus respuestas y subió a la suite de su difunto hermano para esperar a Jonas o noticias suyas. La guarra de pálido rostro que estaba encerrada allí abajo entre las zanahorias y las patatas no lo sabía, pero ahora Coral no podía quitarse de la cabeza sus palabras («jamás volverá a ver al señor Jonas»), que resonaban en ella como un eco y no se querían ir.

2

El achaparrado campanario de la Sala de Reuniones Municipal dio las doce. Si el insólito silencio que se cernía sobre el resto de Hambria resultaba extraño cuando la mañana de la Siega se convirtió en tarde, el silencio que reinaba en el Descanso de los Viajeros era decididamente espectral. Más de doscientas almas se apretujaban bajo la

fría mirada de La Retozona; todas ellas bebían, pero apenas se oía el menor ruido como no fuera el de los pies arrastrados por el suelo o el impaciente golpe de los vasos sobre la barra para dar a entender que se quería otro trago.

Sheb había tratado de interpretar una vacilante melodía al piano -El Bugui de la Botella-, pero un vaquero con la cicatriz de una cornada en la cara le había acercado la punta de la navaja al oído y le había dicho que no metiera ruido si quería conservar aquello que en él hacía las veces de cerebro en la banda de estribor de su tímpano. Sheb, a quien habría gustado seguir respirando mil años más si los dioses se lo hubieran permitido, abandonó inmediatamente la banqueta y se acercó a la barra para ayudar a Stanley y a Pettie a servir alcohol a los clientes.

El estado de ánimo de los bebedores era de confusión y mal humor. Les habían privado de la Feria de la Siega y no sabían qué hacer. Se encendería la hoguera y se quemarían muchos espantapájaros, pero aquel día no habría besos de la Siega y por la noche no habría baile; nada de acertijos, carreras, arrebatiña de cerdos, chistes... ¡nada de diversión, maldita sea! ¡No despedirían alegremente el fin de año! En lugar de alegría, se habían producido unos asesinatos en la oscuridad. Los culpables habían huido, y ahora no les quedaba la certeza del castigo sino tan sólo la esperanza de que lo hubiera.

Aquellos hombres borrachos, malhumorados y tan potencialmente peligrosos como unas nubes de tormenta cargadas de truenos y relámpagos, necesitaban concentrarse en alguien que les dijera lo que tenían que hacer.

Y como es natural, necesitaban a alguien a quien arrojar a la hoguera como en los tiempos de Eld.

Fue entonces, poco después de que la última campanada del mediodía se desvaneciera en el aire frío, cuando se abrió la puerta de vaivén y entraron dos mujeres. Muchos conocían a la vieja bruja que había entrado en primer lugar, y algunos de ellos se cruzaron los ojos con el dedo pulgar para alejar el mal de ojo. Un murmullo recorrió el local. Era la vieja bruja de Cos, y aunque tenía el rostro cubierto de llagas y unos ojos tan hundidos en las cuencas que apenas se podían ver, emanaba de ella una curiosa sensación de vitalidad. Tenía los labios tan rojos como si hubiera estado comiendo bayas de acebo.

La mujer que la seguía caminaba muy despacio y se comprimía el vientre con una mano. Su rostro estaba tan blanco como roja estaba la boca de la bruja.

Rea se situó en el centro del local, pasando por delante de las mesas de los

boquiabiertos jugadores de Vigílame sin dignarse mirarlos tan siquiera. Cuando llegó al centro de la barra y estuvo directamente debajo de la mirada de La Retozona, se volvió a mirar a los silenciosos vaqueros y habitantes de la ciudad.

—¡Casi todos vosotros me conocéis! —gritó con una oxidada voz que lindaba con la estridencia—. Y a los que nunca habéis querido un elixir de amor, ni habéis necesitado ponerle las peras a cuarto a nadie ni os habéis hartado de la lengua de una suegra insoportable, os diré que soy Rea, la sabia de Cos, y esta dama que me acompaña es la tía de la chica que anoche ayudó a escapar a tres asesinos, la misma chica que asesinó al Sheriff y a un excelente joven que estaba casado y tenía un hijo. ¡El joven permaneció de pie delante de ella, con las indefensas manos levantadas, suplicándole que le perdonara la vida en nombre de su mujer y del niño que estaba en camino, pero ella le pegó un tiro! ¡Esa chica es cruel, cruel y despiadada!

Un murmullo recorrió el local. Rea levantó las viejas y retorcidas garras y lo acalló al instante. Después describió un lento círculo para verlos a todos, todavía con las manos levantadas como si fuera la más vieja y fea campeona de boxeo del mundo.

—¡Vinieron unos forasteros y los recibisteis! —gritó con su oxidada voz de cuervo—. ¡Los recibisteis, les ofrecisteis el pan y ellos os lo han pagado con la ruina! Os lo han pagado con las muertes de aquellos a quienes amabais y en quienes confiabais, con la destrucción de las fiestas de la Siega, y sólo los dioses saben con qué otras maldiciones cuyos efectos se dejarán sentir pasado el fin de año.

Más murmullos, ahora más fuertes. Rea había puesto el dedo en su más profundo temor: el de que los males de aquel año se extendieran y llegaran incluso a alcanzar a la nueva raza de ganado que tan lentamente y con tanta esperanza había empezado a emerger a lo largo del Arco Exterior.

—Pero ellos se han ido y probablemente no volverán —añadió Rea—. Puede que sea mejor. ¿Por qué razón su extraña sangre hubiera tenido que manchar nuestra tierra? Sin embargo hay otra persona que ha crecido entre nosotros, una joven que se ha convertido en traidora a su ciudad y en una descastada entre los de su clase.

Su voz se convirtió en un áspero susurro al pronunciar la última frase; los presentes se inclinaron hacia delante con la cara muy seria y los ojos muy abiertos. Rea ayudó a adelantarse a la pálida y delgada mujer vestida de negro, la colocó delante de ella como si fuera un maniquí o la muñeca de un ventrílocuo y le murmuró algo al oído, pero todos los presentes pudieron oír el murmullo.

—Vamos, querida. Cuénteles lo que me ha dicho a mí.

Cordelia tomó la palabra con una voz tan muerta que impresionó a todos los presentes.

—Dijo que no quería ser la fulana del Alcalde. Que no era lo bastante bueno para ella. Después sedujo a Will Dearborn. El precio de su cuerpo era una elevada posición como consorte suya en Gilead... y el asesinato de Hart Thorin. Dearborn pagó el precio. La deseaba mucho y pagó gustosamente. Sus amigos lo ayudaron. Por lo que yo sé, es posible que éstos también se acostaran con ella. El Canciller Rimer se debió de interponer en su camino. O a lo mejor Dearborn lo vio y decidió acabar también con él.

—¡Hijos de puta! —gritó Pettie—. ¡Miserables!

—Y ahora dígales lo que hay que hacer para que no se eche a perder la nueva temporada —dijo Rea con su voz cascada.

Cordelia Delgado levantó la cabeza y miró a los hombres que la rodeaban. Respiró hondo e introdujo en sus pulmones de solterona todos los agrios efluvios entremezclados de la cerveza, el graf, el humo y el whisky.

—Atrapadla. Tenéis que atraparla. Lo digo con amor y tristeza.

Los presentes la miraron en silencio.

—Pintadle las manos.

La empañada mirada de la cosa de la pared estaba juzgando a los presentes.

—Árbol charyou —murmuró Cordelia.

No manifestaron su conformidad con gritos sino con un suspiro semejante al viento de otoño a través de las desnudas ramas de los árboles.

3

Sheemie corrió tras el malvado Cazador de Ataúdes y la señorita Susan hasta que literalmente no pudo más; le ardían los pulmones y la punzada en el costado se había convertido en un calambre. Cayó de bruces sobre la hierba de la Pendiente, asiéndose con la mano izquierda la axila derecha mientras su rostro se contraía en una mueca de dolor.

Permaneció un buen rato tendido, con la cara hundida en la perfumada hierba, sabiendo que ellos se estaban alejando cada vez más, pero sabiendo también que de nada le habría servido levantarse y echar a correr tras ellos si antes no le hubiera desaparecido la punzada. Si intentara acelerar el proceso, la punzada volvería a aparecer y le obligaría a detenerse. Así pues, permaneció tendido donde estaba y levantó la cabeza para contemplar las huellas dejadas por el malvado Cazador de

Ataúdes y la señorita Susan. Cuando estaba a punto de levantarse para probar qué tal tenía los pies, Caprichoso le pegó un mordisco. No un pellizco sino un buen bocado. Capri había pasado unas veinticuatro horas muy difíciles y no le había gustado ver al causante de todos sus males tendido sobre la hierba, al parecer haciendo la siesta.

—¡Aaaayyy! —gritó Sheemie, poniéndose de pie de un salto.

Un hombre con inclinaciones más filosóficas habría pensado que no había nada más mágico que un buen bocado en el trasero, pues hacía que otras preocupaciones, por muy grandes o dolorosas que fueran, se desvanecieran como el humo. Sheemie giró en redondo.

—¿Por qué me has hecho eso, Capri, grandísimo cobarde? —Sheemie se estaba frotando enérgicamente el trasero mientras unos lagrimones de dolor se le escapaban de los ojos—. Me duele más... ¡más que un maldito hijo de puta!

Caprichoso estiró el cuello al máximo, mostró los dientes en aquella satánica sonrisa de la que sólo son capaces los mulos y los dromedarios y soltó un resoplido que a Sheemie le pareció burlón.

El ronzal del mulo seguía arrastrándose por la hierba entre sus pequeños y afilados cascos. Sheemie se inclinó para recogerlo, y cuando Capri estaba a punto de pegarle otro mordisco, le soltó un guantazo en la parte lateral de la cabeza. Capri soltó un resoplido y parpadeó.

—Te lo tienes merecido, Capri —le dijo Sheemie—. Ahora me tendré que pasar una semana cagando en cuclillas. No me podré sentar sobre las malditas posaderas.

Se enrolló el ronzal en la mano y montó en el mulo. Capri no trató de encabritarse para derribarlo, pero Sheemie hizo una mueca cuando apoyó la zona herida sobre la grupa del mulo. A pesar de todo había tenido suerte, pensó mientras propinaba un puntapié al animal para que se pusiera en marcha. Le dolía el trasero, pero por lo menos no tendría que ir a pie... o que correr con la punzada en el costado.

—¡Vamos, bobo! —dijo—. ¡Date prisa! ¡Lo más rápido que puedas, grandísimo hijo de puta!

Sheemie se pasó una hora entera llamando a Capri «grandísimo hijo de puta» todas las veces que pudo. Había descubierto, como otras muchas personas, que sólo la primera maldición es realmente dura; después no hay nada mejor que ellas para aliviar los propios sentimientos.

El rastro de Susan cortaba diagonalmente la Pendiente en dirección a la costa y el impresionante edificio de adobe que allí se levantaba. Al llegar a la Costa, Sheemie desmontó en la parte exterior del arco y allí se quedó sin saber qué hacer. No tenía la menor duda de que ellos se encontraban en aquel lugar; Pylon, el caballo de Susan, y el caballo del malvado Cazador de Ataúdes estaban atados a la sombra el uno al lado del otro y de vez en cuando inclinaban la cabeza y la introducían en el abrevadero de piedra rosada que había en el patio.

¿Qué hacer ahora? Los jinetes que entraban y salían bajo el arco (casi todos ellos canosos vaqueros que habían sido considerados demasiado viejos como para incorporarse al grupo de Lengyll) no prestaban la menor atención al chico de la posada ni a su mulo, pero Miguel ya sería otra cosa. El viejo mozo jamás le había tenido simpatía y se comportaba como si Sheemie pudiera convertirse en un ladrón en cuanto se le presentara la oportunidad, por lo que siempre que veía al chico del cubo del agua sucia de Coral por las inmediaciones del patio, Miguel lo echaba de allí.

«No, no lo hará -pensó Sheemie con la cara muy seria-. Hoy no, hoy no puedo permitir que me dé órdenes. No se lo permitiré aunque se ponga a gritar.»

Pero ¿y si el viejo se pusiera a gritar y diera la voz de alarma? ¿Entonces qué? Puede que el malvado Cazador de Ataúdes saliera y lo matara. Sheemie había llegado a un extremo en que estaba dispuesto a morir por sus amigos, pero no a menos que ello tuviera alguna utilidad.

Así pues, permaneció de pie bajo la fría luz del sol, apoyando el peso del cuerpo alternativamente en uno y otro pie sin saber qué hacer, pensando que ojalá fuera más listo de lo que era y pudiera elaborar un plan. El tiempo tardaba mucho en pasar y cada momento era un ejercicio de frustración. Se daba cuenta de que se le estaba escapando de las manos la oportunidad de ayudar a la señorita Susan, pero no sabía que hacer al respecto aunque ya habían pasado un par de horas. En determinada ocasión le pareció oír un trueno desde el oeste, aunque en un día de otoño tan claro como aquél no era probable que tronara.

Estaba a punto de arriesgarse a cruzar el patio -no había nadie y quizá consiguiera cruzarlo y entrar en el edificio principal-, cuando el hombre al que más temía salió tambaleándose de los establos.

Miguel Torres lucía toda suerte de amuletos de la Siega y estaba más borracho que una cuba. Se acercó al centro del patio haciendo eses, con la cinta del sombrero retorcida contra el huesudo cuello y el largo cabello blanco volando al viento. La parte

delantera de su pantalón estaba mojada, como si hubiera intentado mear sin recordar que primero tenía que sacar el chisme fuera. Sostenía en la mano una jarrita de loza y sus ojos miraban con expresión perpleja y furiosa.

—¿Quién lo ha hecho? —gritó Miguel, levantando los ojos al cielo de la tarde y a la Luna del Demonio que parecía flotar en él. A pesar del poco aprecio que sentía por el viejo, Sheemie sintió que se le encogía el corazón. Traía mala suerte mirar a la Luna del Demonio, vaya si la traía—. ¿Quién lo ha hecho? ¡Pido que me lo digas, señor! ¡Por favor! —Una pausa seguida de un grito tan impresionante que Miguel se tambaleó y estuvo a punto de caer. Levantó los puños como si quisiera arrancar una respuesta a puñetazos del rostro de la luna y los dejó caer con gesto cansado. Derramó un poco de licor de maíz de la jarrita y se mojó un poco más—. Maricón —dijo entre dientes.

Después se acercó a trompicones a la pared (casi tropezando con las patas traseras del caballo del malvado Cazador de Ataúdes) y se sentó con la espalda apoyada en el muro de adobe. Bebió un buen trago de la jarra, se puso el sombrero y se lo encasquetó hasta los ojos. Luego tomó trémulamente la jarra y la volvió a dejar como si pesara demasiado. Sheemie esperó a que el dedo pulgar del viejo se apartara del asa de la jarra y la mano se quedara inmóvil sobre los adoquines. Fue a cruzar el patio, pero decidió esperar un poco más. Miguel era viejo y tenía muy mala idea, pero Sheemie pensaba que a lo mejor también era tramposo. Muchas personas lo eran, especialmente las que tenían mala idea.

Permaneció un instante en el rectángulo de sol que penetraba a través de la puerta abierta, con los hombros levantados hasta las orejas, esperando que de un momento a otro una mano se posara en su cogote (que la gente mala siempre conseguía encontrar por mucho que uno levantara los hombros), y que una enfurecida voz le preguntara qué demonios estaba haciendo allí.

El vestíbulo estaba desierto y silencioso. En la pared del fondo había un tapiz que representaba a unos vaqueros conduciendo a unos caballos por la Pendiente; una guitarra con una cuerda rota estaba apoyada contra el tapiz. Los pies de Sheemie resonaban aunque caminaba muy despacio. Se estremeció. Ahora aquello era una casa de muerte, un sitio siniestro. Probablemente habría fantasmas.

Pero Susan estaba allí. En algún lugar. Cruzó la puerta de doble hoja del otro lado del vestíbulo y entró en la sala de recepción. Bajo su alto techo, sus pisadas resonaban más fuerte que nunca. Unos alcaldes muertos desde hacía mucho tiempo lo miraban desde los retratos de las paredes; casi todos ellos tenían unos ojos de fantasma que

parecían seguirle dondequiera que fuera, como si lo consideraran un intruso. Él sabía que sus ojos estaban pintados, pero aun así...

Uno de ellos lo inquietaba especialmente: un hombre grueso con unas nubes de cabello pelirrojo, unos ojos muy fieros y una boca de buldog, que lo miraba como si quisiera preguntar qué estaba haciendo el tonto de la posada en la Gran Sala de la Casa del Alcalde.

—Deja de mirarme así, grandísimo hijo de puta —musitó Sheemie, y enseguida se sintió un poco mejor. Por lo menos de momento.

Entró en el comedor, que también estaba desierto, con sus largas mesas de tijera desplazadas hasta la pared. En una de ellas quedaban las sobras de una comida: un plato de pollo frío, unas rebanadas de pan y media jarra de cerveza. El hecho de contemplar aquellas sobras en aquella mesa que se había utilizado para acoger a docenas de comensales en tantas ferias y festejos —y que justo aquel día hubiera tenido que acoger a otras docenas— le hizo recordar la enormidad de lo que había ocurrido. Aquello le produjo una profunda sensación de tristeza. Las cosas habían cambiado en Hambria y probablemente jamás volverían a ser como antes.

Todas aquellas reflexiones no le impidieron zamparse el pollo y las rebanadas de pan sobrantes, y regarlo todo con la cerveza que quedaba en la jarra. Se había pasado todo un largo día sin comer.

Soltó un eructo, se cubrió la boca con ambas manos mientras sus ojos miraban rápidamente en todas direcciones con expresión culpable por encima de sus dedos pringosos, y siguió adelante.

La puerta del fondo de la estancia estaba cerrada con pestillo pero no con llave. Sheemie la abrió y asomó la cabeza al pasillo que atravesaba toda la Casa del Alcalde. Se hallaba iluminado con arañas de cristal de gas y era tan ancho como una avenida. El pasillo estaba desierto, por lo menos de momento, pero se oía el murmullo de unas voces procedentes de otras habitaciones y quizá de otros pisos de la casa. Debían de ser las criadas y otros sirvientes, pero aun así le sonaban muy espectrales. Tal vez una de ellas perteneciera al Alcalde Thorin, vagando por el pasillo directamente delante de él (si Sheemie pudiera verle... pero se alegró de no poder hacerlo). El Alcalde Thorin vagando por la casa y preguntándose qué le había ocurrido, qué era aquella fría cosa que parecía gelatina y le empapaba la camisa de dormir y quién...

Una mano asió el brazo de Sheemie por encima del codo. Sheemie estuvo a punto de lanzar un grito.

—¡No! —le susurró una voz de mujer—. ¡No grites, por tu padre!

Sheemie consiguió reprimir el grito. Se volvió. Y allí, con unos pantalones vaqueros y una sencilla camisa a cuadros de ranchero, el cabello recogido hacia atrás, el pálido rostro sereno y los negros ojos brillando con un extraño fulgor, estaba la esposa del Alcalde.

—S-s-señora Thorin... yo... yo... yo...

No se le ocurría decir otra cosa. «Ahora llamará a los guardias, si es que queda alguno», pensó Sheemie. En cierto modo, sería un alivio.

—¿Vienes a buscar a la chica? ¿A la Delgado?

En cierto modo, el dolor había sido clemente con Olive. Su rostro parecía menos mofletudo y curiosamente joven. Con sus ojos oscuros clavados en los suyos, le estaba prohibiendo mentir. Sheemie asintió con la cabeza.

—Muy bien. Me vas a ser muy útil, muchacho. Está abajo, en la despensa, y la están vigilando.

Sheemie se la quedó mirando boquiabierto de asombro, sin dar crédito a lo que oía.

—¿Crees que tuvo algo que ver con el asesinato de Hart? —preguntó Olive, como si Sheemie hubiera puesto reparos a lo que ella pensaba—. Aunque esté un poco gorda y me falte agilidad en las piernas, no soy ninguna idiota. Ven conmigo. La Costa no es un buen lugar para la señorita Delgado en este momento, demasiada gente de la ciudad sabe dónde está.

5

«Rolando.»

Oirá su voz en inquietantes sueños durante todo el resto de su vida, jamás dejará de recordar lo que ha soñado y sólo sabrá que los sueños le producen una extraña sensación de enfermedad. .. caminará presa de una profunda inquietud, enderezará los cuadros de estancias abandonadas y escuchará la llamada del almuédano en extrañas plazas.

«Rolando de Gilead.»

Esta voz, que él casi reconoce; una voz tan parecida a la suya que un psiquiatra del cuándo-y-el-dónde de Eddie, Susana o Jake diría que es la suya, la voz de su subconsciente, pero Rolando sabe que no; Rolando sabe que muchas veces las voces que más se parecen a la nuestra cuando hablan en el interior de nuestra cabeza son

las de los más terribles forasteros; las de los más peligrosos intrusos.

«Rolando, hijo de Steven.»

La bola de cristal lo ha llevado primero a Hambria y a la Casa del Alcalde, donde vería otras cosas que estaban ocurriendo allí, pero la bola se lo lleva, lo llama con aquella extraña voz tan conocida, y él se tiene que ir. No hay más remedio, porque a diferencia de Rea o de Jonas, él no contempla la bola y a las criaturas que hablan en silencio en su interior; él está dentro de la bola, forma parte de su interminable tormenta rosa.

«Rolando, ven. Rolando, mira.»

La tormenta primero lo arrebata como en un remolino hacia arriba y se lo lleva lejos. Vuela por encima de la Pendiente, elevándose cada vez más a través de unos estratos de aire primero calientes y después fríos, y no está solo en la rosada tormenta que lo lleva al oeste a lo largo del Camino del Haz. Sheb pasa volando por su lado con el sombrero ladeado sobre la cabeza; está cantando «Hey, Jude» a pleno pulmón mientras sus dedos manchados de nicotina pulsan unas inexistentes teclas... Transportado por la melodía, Sheb no parece darse cuenta de que la tormenta se ha llevado su piano.

«Rolando, ven,» dice la voz -la voz de la tormenta, la voz del cristal- y Rolando va. La Retozona pasa volando por su lado con sus empañados ojos iluminados por una rosada luz. Un hombre delgado vestido con un mono de campesino pasa con el largo cabello rojo volando a su espalda. «Vida para ti y para tu cosecha», dice -o algo por el estilo- y desaparece. Después, girando como un extraño molino de viento, viene una silla de hierro provista de ruedas (que a Rolando le parece un instrumento de tortura), y el pistolero piensa La Dama de las Sombras sin saber lo que piensa ni lo que significa.

Ahora la tormenta rosa se lo lleva por encima de unas desoladas montañas y por encima de un fértil y verde delta en el que un ancho río fluye con sus ondulantes meandros como si fuera una vena y refleja un plácido cielo azul que adquiere el color de las rosas silvestres cuando la tormenta rosa pasa por encima de él. Más adelante, Rolando ve una elevada y oscura columna y el corazón le da un vuelco en el pecho, pero aquí es donde lo lleva la tormenta rosa y aquí es donde tiene que ir.

Quiero salir, piensa, pero no es tonto y comprende la verdad: puede que jamás consiga salir. La bola de cristal del mago se lo ha tragado. Puede que permanezca para siempre en su tormentoso y turbio ojo.

Me abriré paso a tiros si no hay más remedio, piensa, pero no, no tiene pistolas.

Está desnudo en la tormenta y vuela con el trasero al aire hacia aquella virulenta infección negro azulada que ha enterrado todo el paisaje.

Pero oye unos cantos.

Débiles pero muy hermosos, un sonido dulcemente armonioso que le provoca un estremecimiento y le hace pensar en Susan: pájaro y oso y liebre y pez.

De repente, el mulo de Sheemie (Caprichoso, piensa Rolando, un nombre muy bonito) pasa galopando por el aire con unos ojos tan fulgurantes como piedras preciosas en medio de la lumbre de fuego de la tormenta. Detrás de él, tocada con un sombrero adornado con una guirnalda de amuletos de la Siega y cabalgando en una escoba, aparece Rea de Cos. «¡Ya te pillaré, encanto!», le grita al mulo que se aleja. Después desaparece de golpe, barriendo el aire con su escoba.

Rolando se arroja a la negrura, y de repente se queda sin respiración. El mundo que lo rodea es una malsana oscuridad; el aire parece reptar por su piel como una espesa capa de insectos. Se siente azotado y golpeado de acá para allá por unos puños invisibles, y después empujado hacia abajo en una inmersión tan violenta que teme estrellarse contra el fondo: así cayó Lord Perth.

En medio de las tinieblas aparecen campos muertos y aldeas desiertas; Rolando ve unos árboles marchitos que no darán sombra, aunque aquí todo son sombras y muerte pues eso es el confín del Mundo Final, al que él vendrá algún oscuro día, aquí todo es muerte.

«Pistolero, esto es el Tronido.»

—El Tronido —dice él.

«Aquí están los que no respiran; los rostros blancos.»

—Los que no respiran. Los rostros blancos.

Sí, él en cierto modo ya lo sabe. Éste es el lugar de los soldados despiadadamente muertos, el yelmo hendido, la oxidada alabarda; de aquí vienen los pálidos guerreros. Esto es el Tronido, donde los relojes funcionan al revés y los cementerios vomitan a sus muertos.

Más adelante hay un árbol que parece una garra retorcida; en la rama más alta han ensartado un brambo. Tendría que estar muerto, pero cuando Rolando pasa por su lado empujado por la tormenta rosa, el brambo levanta la cabeza y lo mira con indescriptible dolor y cansancio.

—¡Acho! —grita, y después desaparece también para no ser recordado durante muchos años.

«Mira hacia delante, Rolando; contempla tu destino.»

Ahora, de repente, Rolando reconoce la voz; es la voz de la Tortuga.

Mira y ve un brillante resplandor azul dorado que atraviesa la sucia oscuridad del Tronido. Antes de que pueda hacer algo más que el simple hecho de verlo, pasa de la oscuridad a la luz como algo surgido de un huevo, una criatura que finalmente está naciendo.

«¡La luz! ¡Que se haga la luz!» grita la voz de la Tortuga, y Rolando tiene que cubrirse los ojos y mirar a través de los dedos para no quedar deslumbrado. Por debajo de él hay un campo de sangre, o al menos eso cree él, un muchacho de catorce años que aquel día ha matado realmente por primera vez a una persona. Ésta es la sangre que ha brotado del Tronido y amenaza con ahogar nuestro lado del mundo, piensa, y pasarán años sin cuento antes de que él vuelva a descubrir finalmente su tiempo en el interior de la bola de cristal y recomponga su recuerdo con el sueño de Eddie y les diga a sus compadres, mientras permanecen sentados en el arcén de la autopista al final de la noche, que estaba equivocado, que se confundió por culpa del resplandor que surgió con tanta fuerza de entre las tinieblas del Tronido.

—No era sangre sino unas rosas —les dice a Eddie, Susana y Jake.

«Mira, Pistolero, mira allí.»

Sí, allí está una polvorienta columna negro grisácea que se levanta en el horizonte: la Torre Oscura, el lugar en el que convergen todos los Haces, todas las líneas de fuerza. En sus ventanas en espiral ve un intermitente fuego eléctrico y oye los gritos de todos los que están encerrados allí dentro y percibe al mismo tiempo la fuerza de aquel lugar y su maldad; percibe el error que está esparciendo sobre todas las cosas y difuminando las divisiones entre los mundos, percibe que su potencial de maldad se fortalece mientras la enfermedad debilita su verdad y su coherencia como un cuerpo aquejado de cáncer; este brazo de oscura piedra gris que se proyecta hacia fuera es el gran misterio del mundo y su última y horrible adivinanza.

Es la Torre, la Torre Oscura que se eleva hacia el cielo, y, mientras corre hacia ella llevado por la tormenta rosa, Rolando piensa: Penetraremos en tu interior, mis amigos y yo, y venceremos la maldad que anida en ti. Puede que tengan que transcurrir varios años, pero juro por el pájaro y el oso y la liebre y el pez, por todo lo que amo, que...

Pero ahora el cielo se cubre de unas nubes que surgen del Tronido, y el mundo se empieza a oscurecer; la luz azul de las altas ventanas de la Torre brilla como unos

ojos enloquecidos y Rolando oye millares de voces que gimen y gritan.

«Lo matarás todo y a todos los que amas,» dice la voz de la Tortuga, una voz que ahora es cruel, dura y cruel, «pero la Torre permanecerá cerrada contra ti.»

El pistolero aspira todo su aliento y hace acopio de toda su fuerza; cuando grita su respuesta a la Tortuga, lo hace para todas las generaciones de su estirpe:

¡NO! ¡NO PERMANECERÁ EN PIE! ¡CUANDO YO VENGA CON MI CUERPO, NO PERMANECERÁ EN PIE! ¡JURO POR EL NOMBRE DE MI PADRE QUE NO PERMANECERÁ EN PIE!

«Pues entonces, muere,» dice la voz, y Rolando es arrojado contra el costado de piedra negro grisácea de la Torre para que se quede allí aplastado como un insecto contra una roca. Pero antes de que eso ocurra...

6

Cutberto y Alain estaban mirando a Rolando con creciente inquietud. Éste sostenía con ambas manos el trozo del Arco Iris de Merlín delante de su rostro, como un hombre hubiera podido sostener una copa ceremonial antes de hacer un brindis. La bolsa yacía arrugada sobre las polvorientas puntas de sus botas; sus mejillas y su frente estaban bañadas por un rosado resplandor que a ninguno de los muchachos le gustaba pues parecía que estuviera vivo y hambriento.

Ambos pensaron simultáneamente: «No veo sus ojos. ¿Dónde están sus ojos?»

—¿Rolando? —repitió Cutberto—. Si queremos llegar a la Roca Colgante antes de que ellos estén preparados para nosotros, tienes que guardar esta cosa.

Rolando no hizo el menor ademán de bajar la bola de cristal. Musitó algo entre dientes; más tarde, cuando Cutberto y Alain tuvieron ocasión de comparar sus notas, ambos coincidieron en que había sido el Tronido.

—¿Rolando? —preguntó Alain, adelantándose. Deslizó la mano derecha entre la curva de la bola de cristal y el inclinado y afanoso rostro de Rolando, con el mismo cuidado con que un cirujano desliza el escalpelo en el cuerpo de un paciente. No hubo respuesta. Alain se apartó y regresó junto a Cutberto.

—¿Lo puedes tocar? —le preguntó Berto. Alain sacudió la cabeza.

—En absoluto. Es como si se hubiera ido muy lejos.

—Tenemos que despertarlo.

Tenía la garganta seca a causa del polvo, y su voz sonaba ligeramente temblorosa.

—Vannay nos dijo que una persona puede enloquecer si se la despierta bruscamente de un trance hipnótico —dijo Alain—. ¿No lo recuerdas? No sé si me atrevo...

Rolando se movió. Las rosadas cuencas en las que antes estaban sus ojos parecieron aumentar de tamaño. En su boca se dibujaba aquella línea de amarga determinación que ambos conocían tan bien.

—¡No! ¡No permanecerá en pie! —gritó con una voz que les puso la carne de gallina a los dos; aquélla no era en modo alguno la voz de Rolando, por lo menos tal y como éste era en aquellos momentos; era la voz de un hombre.

—No —dijo Alain mucho más tarde, cuando Rolando estaba durmiendo y él y Cutberto permanecían sentados delante de la hoguera—. Era la voz de un rey.

Ahora, sin embargo, ambos se limitaban a mirar a su ausente y rugiente amigo, paralizados por el miedo.

«¡Cuando venga aquí con mi cuerpo, no permanecerá en pie! ¡Juro por el nombre de mi padre que NO PERMANCERA EN PIE! »

Después, mientras el rostro anormalmente rosado de Rolando se contraía como el de un hombre enfrentado a algún inimaginable horror, Cutberto y Alain se precipitaron sobre él. Ya no era la posibilidad de que pudieran destruirlo en un intento de salvarlo; si no hacían algo, la bola de cristal lo mataría delante mismo de sus ojos.

En el patio de la Franja K había sido Cutberto el que había golpeado a Rolando; esta vez los honores los hizo Alain, propinándole al pistolero un puñetazo en el centro de la frente. Rolando se dobló hacia delante, la bola de cristal le resbaló de las manos y la terrible luz rosada se apartó de su rostro. Cutberto sujetó al muchacho y Alain atrapó la bola. Su intenso resplandor rosado poseía una extraña insistencia, le golpeaba los ojos y atraía su mente, pero Alain resistió el impulso de mirarla y la volvió a guardar sin contemplaciones en la bolsa; mientras tiraba de la cinta y cerraba la boca de la bolsa, vio que la rosada luz parpadeaba como si supiera que había perdido la partida. Por lo menos, de momento. Se volvió e hizo una mueca al ver la magulladura que se le estaba formando a Rolando en la frente.

—¿Está...?

—Totalmente sin sentido —dijo Cutberto.

—Será mejor que lo recupere cuanto antes.

Cutberto lo miró con expresión sombría y sin el menor atisbo de su habitual buen humor.

—Sí —dijo—, en eso tienes mucha razón, desde luego.

7

Sheemie esperó al pie de la escalera que bajaba a la zona de la cocina, desplazando nerviosamente el peso del cuerpo de uno a otro pie mientras esperaba a que la señora Thorin regresara o lo llamara. No supo cuánto rato permaneció la mujer en la cocina, pero a él le pareció una eternidad. Quería que regresara, pero más que eso -más que nada-, quería que lo hiciera con la señorita Susan. Aquel lugar le producía una sensación terriblemente desagradable, una sensación que se ensombrecía como el cielo que ahora se estaba oscureciendo a causa del humo que venía del oeste. Sheemie no sabía lo que estaba ocurriendo por allí ni si ello tenía algo que ver con los truenos que había oído anteriormente, pero él quería largarse de allí antes de que el sol, envuelto en la bruma del humo, se ocultara, y la auténtica Luna del Demonio, y no su pálido espectro diurno, se elevara en el cielo.

Se abrió una de las puertas de vaivén que separaban el pasillo de la cocina y Olive salió corriendo. Iba sola.

—Está en la despensa —dijo, pasándose los dedos por el cabello entrecano—. He conseguido que los dos pupuras me lo dijeran, pero sólo eso. En cuanto se pusieron a hablar en su estúpida jerigonza comprendí que no me iban a decir nada más.

No había ninguna palabra apropiada para designar el dialecto de los vaqueros de Mejis, pero a los ciudadanos de más alto rango de la Baronía les bastaba con decir «jerigonza». Olive conocía vagamente a los dos vaqueros que vigilaban la despensa, tal como los podía conocer una persona acostumbrada a montar a caballo y a intercambiarse chismes y comentarios sobre el tiempo con otros jinetes de la Pendiente, y sabía muy bien que aquellos dos muchachos sabían hacer algo más que hablar en su jerigonza. Se habían expresado en ella para poder fingir que no la habían entendido y evitarse y evitarle a ella la vergüenza de una negativa directa. Y ella les había seguido la corriente por la misma razón, a pesar de que, de haberlo querido, habría podido contestarles perfectamente con su propia jerigonza y dirigirles unos epítetos que sus madres jamás utilizaban.

—Les he dicho que arriba había unos hombres y que temía que quisieran robar la plata —dijo—. Les he dicho que quería que echaran a aquellos «maleficios». Pero ellos se han hecho los tontos. «No habla, señora.» Mierda. ¡Mierda!

Sheemie pensó en la posibilidad de llamarles hijos de la gran puta, pero decidió callarse. Olive paseaba arriba y abajo delante de él, y de vez en cuando dirigía una incendiaria mirada a la puerta cerrada de la cocina. Al final se detuvo de cara a él.

—Ponte los bolsillos del revés —le dijo—. Vamos a ver si llevas algo que nos pueda ser útil.

Sheemie hizo lo que Olive le mandaba y sacó de uno de ellos una pequeña navaja de bolsillo (regalo de Stanley Ruiz). Del otro sacó tres petardos pequeños, un petardo de los grandes y unos cuantos fósforos.

Los ojos de Olive se iluminaron al verlos.

—Escúchame bien, Sheemie —le dijo.

8

Cutberto dio infructuosamente una palmada al rostro de Rolando. Alain lo apartó a un lado, se arrodilló y tomó las manos del pistolero. Jamás había utilizado el toque de aquella manera, pero le habían dicho que era posible, que se podía llegar a la mente de otras personas, en algunos casos por lo menos.

—¡Rolando! ¡Rolando, despierta! ¡Por favor! ¡Te necesitamos!

Al principio no hubo ninguna reacción. Después Rolando se movió, murmuró algo y apartó las manos de las de Alain. Justo antes de que abriera los ojos, los dos muchachos se sintieron invadidos por el mismo temor, pensando que quizá sólo verían una ausencia absoluta de ojos y una impresionante luz de color rosa.

Pero eran los ojos de Rolando, sin la menor duda, aquellos fríos ojos azules de pistolero.

Rolando trató de levantarse, pero falló al primer intento. Entonces extendió las manos. Cutberto tomó una de ellas y Alain la otra. Mientras lo ayudaban a levantarse, Cutberto vio un detalle extraño y aterrador: en el cabello de Rolando había unas hebras de plata. Hubiera jurado que por la mañana no tenía ninguna, pero había transcurrido mucho tiempo desde aquella mañana.

—¿Cuánto rato he estado inconsciente? —preguntó Rolando. Se tocó la magulladura del centro de la frente e hizo una mueca.

—No mucho —contestó Alain—. Tal vez unos cinco minutos. Siento haberte pegado, Rolando, pero he tenido que hacerlo. Ha sido... pensé que la bola te estaba matando.

—Puede que lo haya hecho. ¿Está a salvo?

Alain señaló en silencio la bolsa.

—Muy bien. De momento es mejor que la lleve uno de vosotros. Yo podría... —buscó la palabra adecuada, y cuando por fin la encontró, una leve y fría sonrisa apareció en la comisura de sus labios—... caer en la tentación —terminó diciendo—. Vamos a la Roca Colgante. Aún tenemos que terminar un trabajo.

—Rolando... —dijo Cutberto.

Rolando se volvió, con una mano apoyada en el arzón de la silla de montar.

Cutberto se humedeció los labios con la lengua, y Alain creyó por un instante que no se atrevería a preguntarlo. «Si no lo haces tú, lo haré yo», pensó... pero Berto lo consiguió, pronunciando las palabras de carrerilla.

—¿Qué has visto?

—Muchas cosas —contestó Rolando—. He visto muchas cosas, pero casi todas se me están borrando de la mente, como ocurre con los sueños cuando uno se despierta. Os contaré lo que recuerdo por el camino. Tenéis que saberlo porque eso lo cambia todo. Regresaremos a Gilead, pero no por mucho tiempo.

—Y después, ¿adónde iremos? —preguntó Alain, montando en su cabalgadura.

—Al oeste. En busca de la Torre Oscura. Siempre y cuando hoy vivamos para contarlo. Vamos a apoderarnos de aquellos depósitos.

9

Los dos vaqueros estaban liando unos cigarrillos cuando oyeron un sonoro estallido en el piso de arriba. Pegaron un brinco y se miraron el uno al otro mientras el tabaco se esparcía por el suelo en pequeñas ráfagas marrones. Una mujer lanzó un grito. La puerta se abrió de par en par. Era la viuda del Alcalde, esta vez en compañía de una criada. Los vaqueros la conocían muy bien; era María Tomas, la hija de un viejo compadre del Rancho Piano.

—¡Los malditos ladrones han prendido fuego a la casa! —dijo María, utilizando su jerigonza—. ¡Venid a echar una mano!

—Pero María, tenemos órdenes de vigilar...

—¿A la putita encerrada en la despensa? —replicó María con los ojos encendidos de rabia—. ¡Vamos, idiotas, antes de que arda toda la casa, o tendréis que explicarle al señor Lengyll por qué os quedasteis aquí, tapándoos el culo con el dedo para que no se os escaparan los pedos, mientras toda la Costa ardía a vuestro alrededor!

—¡Vamos! —dijo Olive en tono tajante—. ¿O es que sois unos cobardes?

Se oyeron otras explosiones de menor intensidad por encima de sus cabezas en el gran salón, donde Sheemie había hecho estallar unos petardos más pequeños. Con la misma cerilla había prendido fuego a las cortinas.

Los dos viejos se intercambiaron una mirada.

—Ándele —dijo el mayor de los dos. Después se volvió hacia María, y sin molestarse en utilizar la jerigonza le dijo—: Vigila esta puerta.

—Como un halcón —contestó la criada.

Los viejos abandonaron la cocina, uno de ellos sujetando las correas de las bolas y el otro extrayendo un cuchillo de grandes dimensiones de la funda que llevaba colgada del cinturón.

En cuanto las mujeres oyeron sus pisadas en la escalera del final del pasillo, Olive le hizo una seña a María y ambas cruzaron la estancia. María descorrió los cerrojos y Olive abrió la puerta. Susan salió de inmediato, mirando de la una a la otra con una vacilante sonrisa en los labios. María lanzó un grito sofocado al ver el hinchado rostro de su ama y la sangre reseca alrededor de su nariz.

Susan tomó la mano de María antes de que la criada pudiera tocarle el rostro, y le apretó los dedos con suavidad.

—¿Crees que ahora Thorin me querría? —preguntó; de pronto, pareció darse cuenta de quién era su segunda salvadora—. Olive... señora Thorin... lo siento. No quería ser cruel. Pero tiene que creer que Rolando, el que ustedes conocían como Will Dearborn, jamás...

—Lo sé muy bien —dijo Olive—, pero no hay tiempo para eso ahora. Ven.

Ella y María salieron con Susan de la cocina, pero en lugar de dirigirse a la escalera que conducía a la parte principal de la casa, se dirigieron a los cuartos de almacenamiento situados en el extremo norte del nivel inferior. Olive les dijo que esperaran allí. Sólo estuvo ausente unos cinco minutos, pero a Susan y María les parecieron una eternidad.

Olive regresó enfundada en un sarape de vivos colores que le iba muy grande. Tal vez fuera de su marido, pero Susan pensó que también parecía demasiado grande para el difunto Alcalde. Olive se había remetido un trozo en la parte lateral de los vaqueros para no tropezar. Colgados del brazo como si fueran unas mantas, llevaba otros dos más pequeños y ligeros.

—Ponéoslos —les dijo—. Hará frío.

Salieron del almacén y bajaron por un angosto pasadizo de servicio que conducía

al patio de atrás. Si tuvieran suerte (y Miguel aún estuviera durmiendo la mona), Sheemie las estaría aguardando allí con unos caballos. Olive esperaba con toda su alma que la tuvieran. Quería que Susan se encontrara lejos de Hambria antes de que se pusiera el sol.

Y antes de que saliera la luna.

10

—Susan ha sido hecha prisionera —les explicó Rolando a los otros dos mientras los tres se dirigían a la Roca Colgante—. Es lo primero que he visto en la bola de cristal.

Hablaba en un tono tan ausente que Cutberto estuvo a punto de detenerse. Aquél no era el fogoso amante de los últimos meses. Era como si Rolando hubiera encontrado un sueño con el que cabalgar a través del rosado aire del interior de la bola de cristal y una parte de él estuviera todavía dentro. «¿O acaso es el sueño el que cabalga con él?», se preguntó Cutberto.

—¿Cómo? —dijo Alain—. ¿Que Susan ha sido hecha prisionera? ¿Y por quién? ¿Se encuentra bien?

—La ha hecho prisionera Jonas. Le hizo daño, aunque no mucho. Se curará... y vivirá. Daría media vuelta de inmediato si supiera que su vida corre serio peligro.

Por delante de ellos, apareciendo y desapareciendo en medio de las nubes de arena como un espejismo, estaba la Roca Colgante. Cutberto vio cómo la luz del sol arrancaba brumosos destellos de los depósitos de petróleo, y vio hombres, muchos hombres. Y también muchos caballos. Dio unas palmadas al cuello de su montura y después volvió la cabeza para asegurarse de que Alain tuviera la ametralladora de Lengyll. La tenía. Cutberto se llevó la mano a los riñones para asegurarse de que tenía el tirachinas. Allí estaba. Y también su bolsa de municiones confeccionada en piel de venado, en la que ahora guardaba varios de los potentes petardos que Sheemie había robado junto con una bola de acero.

«Pero, de todos modos, está echando mano de toda su fuerza de voluntad para no dar media vuelta», pensó Cutberto. El hecho de que así fuera lo reconfortó; a veces Rolando le daba miedo. Había algo en él más fuerte que el acero, algo que parecía una locura. Cuando Rolando ponía de manifiesto aquel rasgo, él se alegraba de tenerlo de su parte, aunque muchas veces pensaba que ojalá no existiera. Y no estuviera de la parte de nadie.

—¿Dónde la tienen? —preguntó Alain.

—Reynolds la llevó a la Costa. Está encerrada en la despensa... o estaba. No lo sé exactamente porque... —Rolando hizo una pausa para pensar—. La bola ve a mucha distancia, pero a veces ve algo más. A veces ve un futuro que ya está ocurriendo.

—¿Cómo es posible que el futuro ya esté ocurriendo? —preguntó Alain.

—No lo sé, y no creo que siempre fuera así. Me parece que es algo que guarda más relación con el mundo que con el Arco Iris de Merlín. Ahora el tiempo es muy extraño. Y nosotros lo sabemos, ¿verdad? Sabemos que a veces parece que las cosas... resbalan. Es como si en todas partes hubiera una raedura que descompusiera las cosas. Pero Susan está a salvo. Lo sé, y eso me basta. Por una extraña razón, Jonas no vio a Sheemie y éste siguió a Susan.

—¡Bien por Sheemie! —exclamó Alain, golpeando el aire con el puño—. ¡Hurra! —Tras una pausa, añadió—: ¿Y nosotros? ¿Nos viste en el futuro?

—No. Esta parte fue toda muy rápida... Apenas tuve tiempo de echar un último vistazo cuando la bola de cristal se me llevó. Al parecer, se me llevó volando. Pero... vi humo en el horizonte. Eso lo recuerdo muy bien. Podía ser el humo de los depósitos incendiados, el de la maleza amontonada a la entrada de la Armella o ambas cosas. Creo que triunfaremos.

Cutberto estaba mirando a su viejo amigo con una expresión de extrañeza. Aquel joven tan perdidamente enamorado que él había tenido que derribar al suelo del patio de un puñetazo para que despertara y asumiera sus responsabilidades... ¿dónde estaba exactamente? ¿Qué lo había cambiado y cuál había sido la causa de la aparición de aquellas inquietantes hebras de cabello blanco?

—Si sobrevivimos a lo que tenemos por delante —dijo Cutberto, estudiando detenidamente al pistolero—, ella se reunirá con nosotros por el camino. ¿Verdad, Rolando?

Vio el dolor del rostro de Rolando y lo comprendió todo: el enamorado estaba allí, pero la bola de cristal le había arrebatado la alegría y sólo le había dejado pesadumbre. Eso y algún nuevo propósito -sí, Cutberto lo percibía con toda claridad- que aún no se había formulado.

—No lo sé —contestó Rolando—. Casi espero que no, porque ya nunca podremos ser tal como éramos.

—¿Cómo?

Esta vez Cutberto se detuvo.

Rolando lo miró serenamente, pero ahora con lágrimas en los ojos.

—Somos unos locos de ka —dijo el pistolero—. Ka es como un viento, dice Susan. —Miró primero a Cutberto a su izquierda y después a Alain a su derecha—. La Torre es nuestro ka; el mío sobre todo. Pero no le pertenece, de la misma manera que ella no me pertenece a mí. John Farson tampoco es nuestro ka. No nos dirigimos hacia sus hombres para derrotarlo sino tan sólo porque se interpone en nuestro camino.

Rolando levantó las manos y las dejó caer de nuevo como diciendo. «¿Qué más queréis que os cuente?».

—No hay ninguna Torre, Rolando —dijo Pacientemente Cutberto—. Yo no sé qué has visto en esta bola de cristal, pero no hay ninguna Torre. Bueno, como símbolo supongo que sí, como la copa de Arturo o la Cruz del hombre-Jesús, pero no como una cosa real, un edificio real...

—Sí —dijo Rolando—. Es real.

Lo miraron con inquietud al ver que su rostro no reflejaba la menor duda.

—Es real y nuestros padres lo saben. Más allá de la tierra oscura, ahora no recuerdo su nombre, es una de las cosas que he olvidado, está el Mundo Final, y la Torre Oscura se levanta en el Mundo Final. Su existencia es el gran secreto que guardan nuestros padres; es lo que los ha mantenido unidos como ka-tet durante los años del declive del mundo. Cuando regresemos a Gilead, si es que regresamos y ahora yo creo que sí, les diré lo que he visto y ellos confirmarán lo que digo.

—¿Todo eso has visto en la bola de cristal? —le preguntó Alain totalmente sorprendido.

—He visto muchas cosas.

—Pero no a Susan Delgado —dijo Cutberto.

—No. Cuando terminemos con aquellos hombres de allí y ella termine con Mejis, su papel en nuestro ka-tet se habrá acabado. En el interior de la bola de cristal se me dio a elegir: Susan y mi vida como esposo suyo y padre del hijo que ella lleva ahora en sus entrañas... o la Torre. —Rolando se secó las lágrimas del rostro con una trémula mano—. Yo hubiera elegido a Susan sin ninguna duda de no haber sido por una cosa: la Torre se está derrumbando, y si se derrumba, todo lo que conocemos será destruido. Se produciría un caos inimaginable. Tenemos que ir... e iremos.

Por encima de sus jóvenes y tersas mejillas sin arrugas y por debajo de su joven y tersa frente sin arrugas, estaban los antiguos ojos de asesino que Eddie Dean vería por

vez primera en el espejo del lavabo de un avión. Pero ahora aquellos ojos estaban inundados de lágrimas.

Sin embargo, su voz distaba mucho de ser infantil.

—Elijo la Torre. Tengo que hacerlo. Que ella viva una larga y venturosa vida con otro; lo hará con el tiempo. En cuanto a mí, yo elijo la Torre.

11

Susan montó en Pylon, que Sheemie se había apresurado a conducir al patio de atrás tras prender fuego a las cortinas del gran salón. Olive Thorin montó en uno de los grandes castrados de la Baronía, con Sheemie montado detrás de ella sujetando el ronzal de Capri. María abrió la puerta de atrás, les deseó suerte y los tres se alejaron al trote. El sol ya estaba bajando por el oeste, pero el viento había empujado lejos de allí casi todo el humo que antes había. Cualquier cosa que hubiera ocurrido en el desierto, ahora ya habría terminado... o estaría ocurriendo en otra capa del mismo presente.

«Rolando, te deseo que estés bien -pensó Susan-. Pronto te veré, querido... en cuanto pueda.»

—¿Por qué nos dirigimos al norte? —preguntó tras pasarse media hora cabalgando en silencio.

—Porque el Camino del Litoral es el mejor.

—Pero...

—¡Calla! Descubrirán que has desaparecido y primero registrarán la casa, siempre y cuando el incendio no la haya derribado al suelo. Cuando no te encuentren, irán a buscarte al oeste, siguiendo el Gran Camino. —Olive miró a Susan con una expresión que no era muy propia de la indecisa y un tanto charlatana Olive Thorin que la gente de Hambria conocía o creía conocer—. Si yo sé que ésa es la dirección que tú elegirías, también lo sabrán otras personas que haremos bien en evitar.

Susan guardó silencio. Su desconcierto le impedía hablar, pero al parecer Olive sabía lo que hacía y ella se lo agradeció.

—Cuando terminen de olfatear por el oeste, ya habrá oscurecido. Esta noche nos quedaremos en una de las cuevas marinas que hay a unos ocho kilómetros de aquí. Soy hija de un pescador y conozco muy bien todas aquellas cuevas. —El recuerdo de las cuevas en las que había jugado en su infancia pareció animarla—. Mañana nos desviaremos hacia el oeste, tal como tú quieres. Me temo que vas a tener que aguantar a una vieja viuda como carabina durante algún tiempo. Será mejor que te vayas

acostumbrando a la idea.

—Es usted demasiado buena —dijo Susan—. Tendría que habernos enviado a Sheemie y a mí solos, señora.

—¿Para regresar a qué? Pero si ni siquiera consigo que un par de vaqueros que prestan servicio en la cocina obedezcan mis órdenes. Ahora Fran Lengyll es el amo del cotarro y yo no tengo el menor interés en esperar a ver qué tal lo hace. O a que llegue a la conclusión de que estará mejor si me declaran loca y me encierran en una hacienda con barrotes en las ventanas. ¿O acaso quieres que me quede a ver qué tal lo hace Hash Renfrew como alcalde, poniendo las botas sobre mis mesas?

Olive soltó una carcajada.

—Lo siento, señora.

—Más adelante lo sentiremos todos —comentó Olive en tono jovial—. Lo más importante de momento es llegar a las cuevas sin que nos vean. Creerán que nos hemos desvanecido en el aire. Detente. Olive refrenó su montura, se puso de pie sobre las espuelas para ver mejor dónde estaba y se volvió en su silla de montar para dirigirse a Sheemie.

—Muchacho, ya es hora de que montes en tu fiel mulo y regreses a la Costa. En el caso de que nos sigan jinetes, deberás desviarlos del camino con unas cuantas palabras bien escogidas. ¿Querrás hacerlo?

Sheemie la miró con semblante afligido.

—Yo no tengo palabras bien escogidas, señora Thorin, se lo aseguro. Apenas tengo ninguna palabra.

—No digas bobadas —dijo Olive, dándole un beso en la frente—. Regresa a buen trote. Si ves que no nos sigue nadie cuando el sol alcance las colinas, vuelve de nuevo al norte y síguenos. Te esperaremos junto al poste del letrero. ¿Sabes dónde te digo?

Sheemie creía que sí, a pesar de que el letrero señalaba el confín más septentrional de su pequeño trozo de geografía.

—¿El rojo? ¿El del sombrero pintado y la flecha que señala el camino de la ciudad?

—Justo. Ya habrá oscurecido cuando llegues, pero esta noche brillará la luna. Si no regresas enseguida, te esperaremos. Pero tienes que regresar y desviar a todos los hombres que nos estén siguiendo. ¿Has comprendido?

Sheemie lo había comprendido. Desmontó del caballo de Olive, chasqueó la lengua para que Caprichoso se acercara, subió a lomos del mulo e hizo una mueca de

dolor cuando apoyó la parte de su trasero mordida por el mulo.

—Así se hará, mi señora Olive.

—Muy bien, Sheemie. Muy bien. Y ahora ya te puedes ir.

—¿Sheemie? —lo llamó Susan—. Acércate un momento, por favor. Sheemie así lo hizo, sujetando el sombrero a la altura de su pecho mientras miraba a Susan con adoración. Susan se inclinó y lo besó, no en la frente sino en plena boca. Sheemie estuvo a punto de desmayarse—. Gracias —le dijo Susan—. Gracias por todo.

Sheemie asintió con la cabeza.

—Sólo fue ka —dijo en un susurro—. Lo sé... pero yo la quiero, señorita Susan. Que le vaya bien. Pronto nos volveremos a ver.

—Así lo espero.

Pero para ellos tampoco hubo ni un pronto ni un más tarde. Sheemie volvió la vista hacia atrás mientras se alejaba con su mulo hacia el sur y saludó con la mano. Susan correspondió con la suya. Fue la última vez que Sheemie la vio, y en muchos sentidos fue una suerte.

12

Latigo había colocado piquetes a un kilómetro y medio de la Roca Colgante, pero el muchacho rubio que Rolando, Cutberto y Alain encontraron en su camino hacia los depósitos parecía confuso e inseguro de sí mismo y no constituía ningún peligro para nadie. Tenía unas llagas de escorbuto alrededor de la boca y la nariz, lo cual significaba que los hombres que Farson había enviado a cumplir aquel servicio habían cabalgado muy rápido y sin apenas provisiones frescas.

Cuando Cutberto hizo el sigul del Hombre Bueno -manos cruzadas sobre el pecho, la izquierda encima de la derecha, y después las dos extendidas hacia la persona a la que se saludaba- el muchacho rubio hizo lo mismo, esbozando una sonrisa de alivio.

—¿Qué hay por allí? —preguntó el muchacho, hablando con un marcado acento del Mundo Interior.

A Rolando le pareció que hablaba como un nordita.

—Tres chicos que mataron a dos mandamases y después se alejaron hacia las colinas —contestó Cutberto. Era un actor fabuloso e imitó el acento del muchacho a la perfección—. Hubo una pelea. Ahora ya habrá terminado, pero ha sido tremenda.

—¿Qué...?

—No hay tiempo —dijo Rolando bruscamente—. Tenemos que entregar unos despachos. —Cruzó las manos sobre el pecho y las extendió—. ¡Salud! ¡Farson!

—¡Hombre Bueno! —contestó el muchacho rubio.

Devolvió el saludo, diciendo con su sonrisa que le habría gustado preguntarle a Cutberto de dónde era y con quién estaba emparentado si hubiera habido más tiempo. Pasaron por su lado y penetraron en el perímetro de Latigo. Así de fácil.

—Recordad que tenemos que atacar y largarnos —dijo Rolando—. No hay que aminorar la marcha para nada. Lo que no consigamos al primer intento, lo tendremos que dejar. No habrá una segunda oportunidad.

—Dioses, ni siquiera insinúes tal cosa —dijo Cutberto, aunque estaba sonriendo.

Sacó el tirachinas de la rudimentaria funda y probó la elasticidad de la correa con el pulgar. Después se lamió el pulgar y lo levantó al viento. No tropezarían con demasiados problemas si entraran tal como estaban en aquellos momentos; soplaba un viento muy fuerte, pero a su espalda.

Alain se descolgó del hombro la ametralladora de Lengyll, la estudió con expresión dubitativa y tiró con fuerza del gatillo.

—No las tengo todas conmigo, Rolando. Está cargada y creo que ya sé cómo usarla, pero...

—Pues úsala —dijo Rolando. Los tres jóvenes habían acelerado la marcha y los cascos de sus caballos resonaban sobre el duro suelo. El viento soplaba a rachas, hinchando la parte delantera de sus sarapes—. Está destinada a este tipo de trabajo. Si se encasquilla, déjala y utiliza el revólver. ¿Estáis preparados?

—Sí, Rolando.

—¿Berto?

—Sí —contestó Cutberto con un exagerado acento de Hambria—, lo estoy, lo estoy.

Por delante de ellos, unos grupos de jinetes levantaban grandes polvaredas al pasar por delante y por detrás de los depósitos, preparando la columna para la partida. Los hombres de a pie miraron con curiosidad a los que se acercaban, pero con una fatídica ausencia de alarma.

Rolando sacó sus dos revólveres.

—¡Gilead! —gritó—. ¡Salud! ¡Gilead!

Lanzó a Rusher al galope y los otros dos muchachos hicieron lo mismo con sus cabalgaduras. Cutberto estaba situado nuevamente en medio, sentado sobre las

riendas, con el tirachinas en la mano y unas cerillas asomando en abanico por entre sus labios fuertemente apretados.

Los pistoleros se arrojaron sobre la Roca Colgante como unas furias.

13

Veinte minutos después de haber enviado a Sheemie al sur, Susan y Olive doblaron una cerrada curva y se encontraron cara a cara con tres hombres. Bajo los oblicuos rayos del sol poniente, Susan vio que el de en medio tenía un tatuaje de un ataúd azul en la mano. Era Reynolds. El corazón de Susan se estremeció.

Ésta no conocía al hombre situado a la izquierda de Reynolds -se tocaba con un manchado sombrero blanco de ganadero y miraba de soslayo-, pero el de la derecha, con su pinta de despiadado predicador, era Laslo Rimer. Reynolds miró primero a éste y luego se dirigió sonriente a Susan.

—Las y yo ni siquiera pudimos despedir con un trago a su difunto hermano, el Canciller de lo Que Usted Quiera y el Ministro de Muchas Gracias —dijo Reynolds—. Acabábamos de llegar a la ciudad cuando nos convencieron de que viniéramos aquí. Yo no quería, pero... menuda es aquella vieja, maldita sea. Es capaz de obligar a un cadáver a hacer una mamada, y ustedes me perdonarán la grosería. Me parece que su tía ha perdido un par de tornillos, señorita Delgado. Se...

—Sus amigos han muerto —le dijo Susan.

Reynolds hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Bueno. Puede que sí y puede que no. Yo creo que he decidido viajar sin ellos aunque estén vivos. Pero es posible que me quede aquí una noche más. Este asunto de la Siega... He oído hablar mucho de las cosas que hace la gente en las Exteriores. Especialmente lo de la hoguera.

El que miraba de soslayo soltó una carcajada.

—Déjennos pasar—dijo Olive—. La chica no ha hecho nada y yo tampoco.

—Ayudó a escapar a Dearborn—dijo Rimer—, el que asesinó a su esposo y a mi hermano. Yo no diría que eso sea no hacer nada.

—Es posible que los dioses devuelvan la vida a Kimba Rimer en el claro del bosque —dijo Olive—, pero la verdad es que saqueó la mitad del tesoro de esta ciudad y lo que no entregó a John Farson se lo quedó para él.

Rimer se echó hacia atrás como si lo hubieran abofeteado.

—¿No sabía usted que yo lo sabía? —prosiguió Olive— Podría ofenderme por el

hecho de que ustedes me despreciaran tanto... si no fuera porque me importa un bledo lo que la gente como usted pueda pensar de mí. Sólo le diré que sabía lo suficiente como para estar asqueada. Sé que el hombre que ahora se encuentra a su lado...

—Cállese —murmuró Rimer.

—... fue el que probablemente le partió el negro corazón a su hermano; me han dicho que vieron al señor Reynolds a primera hora de la mañana en aquella ala del edificio...

—¡Cállese, puta de mierda!

—Y yo lo creo.

—Será mejor que haga lo que él le dice, señora, y calle la boca —dijo Reynolds.

«No le gusta que la gente sepa lo que hizo. Ni siquiera siendo él el que manda y sabiendo que no le pueden hacer daño. Sin Jonas tiene menos fuerza. Mucha menos. Y eso también lo sabe.»

—Déjenos pasar—dijo Olive.

—No, señora, no puedo.

—Pues entonces permítame que lo ayude.

La mano de Olive, que se había deslizado por debajo del enorme sarape mientras hablaban, sacó una enorme y antigua pistola con una culata de amarillento marfil y un cañón de vieja plata deslustrada, adornado con filigranas. En la parte de arriba tenía un depósito de latón para la pólvora y la chispa del pedernal.

Olive ni siquiera sabía cómo se sacaba aquella cosa pues se le enganchó con el sarape y tuvo que forcejear para desengancharla. Tampoco sabía amartillarla, un proceso que requería la utilización por dos veces consecutivas de los pulgares de ambas manos. Pero los tres hombres se quedaron totalmente estupefactos ante el espectáculo de aquel viejo pistolón en las manos de Olive, y Reynolds tanto como los otros dos; permaneció sentado en su silla de montar boquiabierto de asombro. Jonas se hubiera echado a llorar.

—¡A por ella! —gritó una cascada voz a la espalda de los hombres que bloqueaban el camino—. ¿Qué os pasa, imbéciles? ¡A por ella!

Reynolds se sobresaltó e hizo ademán de sacar su revólver. Fue rápido, pero le había dado a Olive demasiada ventaja y estaba perdido, totalmente perdido. Mientras apartaba la funda de cuero con el cañón de su revólver, la viuda del Alcalde sostuvo el arma con ambas manos y, cerrando fuertemente los ojos como una chiquilla obligada a comer algo que no le gusta, apretó el gatillo.

La chispa se encendió, pero la húmeda pólvora sólo hizo un «flop» en medio de una azulada nube de humo. La bala -lo bastante grande como para haberle volado a Clay Reynolds la cabeza de la nariz para arriba en caso de que se hubiera disparado- se quedó en el cañón.

Un instante después, el arma de Reynolds rugió en su puño. El caballo de Olive soltó un relincho y se encabritó. Olive cayó de cabeza de la silla de montar de su caballo castrado; tenía un negro orificio en la franja anaranjada de su sarape, la franja que estaba a la altura de su corazón.

Susan oyó su propio grito, como si viniera de muy lejos. Hubiera podido seguir gritando, pero entonces oyó el rumor de los cascos de un pony que se acercaba por detrás de los hombres del camino... y lo comprendió. Antes de que el hombre del ojo perezoso se apartara para que lo viera, ella lo comprendió y dejó de gritar.

El agotado pony que había llevado a la bruja a Hambria había sido sustituido por otro, pero el carretón negro con los dorados símbolos cabalísticos era el mismo y la conductora también era la misma. Rea sostenía las riendas en sus pálidas manos y movía la cabeza de un lado a otro como un oxidado robot, mirando a Susan con una sonrisa carente de alegría, con una sonrisa de cadáver.

—Hola, encanto —le dijo, llamándola de la misma manera que aquella noche de muchas semanas y muchos meses atrás en que ella había acudido a su choza para hacerse la prueba de la honra. La noche en que Susan había recorrido casi todo el camino corriendo, simplemente porque estaba contenta. Había acudido a la choza bajo la luz de la Luna Besadora, con la sangre alterada por el ejercicio y la piel arrebolada, cantando Amor desconsiderado.

—Tus amiguetes y compañeros de juergas se han llevado mi bola de cristal, ¿sabes? —dijo Rea, chasqueando la lengua para que el pony se detuviera a unos pasos de los jinetes. Hasta Reynolds la miró con inquietud—. Esos chicos malos se han llevado mi precioso juguete mágico. Pero vi en él muchas cosas mientras lo tuve en mi poder. Ve muy lejos y ve cosas muy distintas. Buena parte de lo que vi lo he olvidado... pero no el camino por el que tú vendrías, encanto. No he olvidado el camino por el que te llevaría esta maldita perra que ahora yace muerta en el suelo. Y ahora tienes que regresar a la ciudad. —Su sonrisa se ensanchó y se convirtió en algo indescriptible—. Ya es la hora de la feria, ¿sabes?

—Déjeme ir —dijo Susan—. Déjeme ir si no quiere responder de sus actos ante Rolando de Gilead.

Rea no le prestó atención y se dirigió a Reynolds.

—Átale las manos delante y colócala en la parte de atrás del carretón. Hay personas que la querrán ver. Le querrán echar un buen vistazo, pero eso es lo único que podrán hacer. Si su tía ha hecho bien su trabajo, habrá mucha gente en la ciudad. Levántala de la silla de montar y haz bien las cosas.

14

Alain tuvo tiempo para detenerse en un pensamiento muy claro: «Los hubiéramos podido rodear; si es cierto lo que dice Rolando, lo único que importa es la bola de cristal del mago, y eso ya lo tenemos. Los hubiéramos podido rodear.»

Sólo que no hubiera sido posible. Cien generaciones de sangre de pistoleros no lo hubieran permitido. Tanto si la Torre existía como si no, no se podía tolerar que los ladrones se quedaran con su botín. Siempre que tal cosa se pudiera impedir.

Alain se inclinó hacia delante y habló directamente al oído de su caballo:

—Como te muevas o te encabrites cuando yo empiece a disparar, te salto la tapa de los sesos.

Rolando los guió, adelantándose a ellos gracias a la superior fuerza de su caballo.

El grupo de hombres que tenían más cerca -cinco o seis montados y una docena o más a pie, examinando la yunta de bueyes que había arrastrado los depósitos hasta allí- lo miraron estúpidamente hasta que él abrió fuego. Entonces se desperdigaron como unos cobardes y sus caballos huyeron abriéndose en un abanico cada vez más amplio, con las riendas colgando (y en un caso arrastrando un soldado muerto). En algún lugar, alguien estaba gritando:

—¡Devastadores! ¡Devastadores! ¡Montad en vuestras cabalgaduras, insensatos!

—¡Alain! —gritó Rolando mientras los tres se lanzaban al ataque. Delante de los depósitos de petróleo se estaban reuniendo varios jinetes y soldados de a pie armados, arremolinándose todos juntos en un torpe intento de formar una línea defensiva—. ¡Ahora! ¡Ahora!

Alain levantó la ametralladora, cuya oxidada culata descansaba en el hueco de su hombro, y recordó lo poco que sabía sobre el funcionamiento de las armas de fuego racheado: apuntar hacia abajo y disparar rápida pero suavemente.

Tocó el gatillo y, con un fuerte retroceso contra su hombro, la ametralladora rugió en el polvoriento aire en toda una serie de rápidos golpes, escupiendo un brillante fuego a través del extremo de su perforado cañón. Alain la desplazó de derecha a

izquierda, situando la mira por encima de los desperdigados y vociferantes defensores y hacia los altos costados de acero de los depósitos.

De hecho, el tercer depósito estalló espontáneamente. El estruendo que produjo fue totalmente distinto al de cualquier otra explosión que Alain jamás hubiera oído en su vida: un ronco sonido como de un gigantesco desgarro muscular, acompañado de un brillante destello de fuego rojoanaranjado. La cáscara de acero se elevó partida en dos mitades. Una de ellas voló unos treinta metros por el aire y cayó sobre el suelo del desierto convertida en una impresionante estructura en llamas; la otra se elevó en medio de una columna de humo negro y grasiento. Una rueda de madera en llamas voló por el aire como si fuera un plato y volvió a caer, dejando un reguero de chispas y astillas en llamas.

Los hombres huían entre gritos, algunos a pie y otros tendidos sobre la grupa de sus monturas y agarrados a sus cuellos con los ojos abiertos de espanto.

Cuando Alain llegó al final de la hilera de depósitos invirtió la dirección del cañón. Ahora la ametralladora le ardía en las manos, pero su dedo seguía apretando el gatillo. En este mundo, uno tenía que utilizar lo que podía mientras siguiera funcionando. Bajo su cuerpo, su caballo corría como si hubiera comprendido todo lo que él le había murmurado al oído.

«¡Otro! ¡Quiero otro!»

Pero antes de que pudiera hacer volar otro depósito, la ametralladora dejó de disparar, tal vez porque se había encasquillado o probablemente porque estaba vacía. Alain la arrojó a un lado y sacó su revólver. Oyó a su lado el sordo silbido del tirachinas de Cutberto sobre el trasfondo de los gritos de los hombres, los cascos de los caballos y el zumbido del depósito en llamas. Alain vio en el cielo un trémulo y gigantesco arco, bajando justo sobre el lugar al que Cutberto había apuntado: el charco de petróleo que había alrededor de las ruedas de madera de un depósito en el que figuraba la palabra SUNOCO. Alain pudo ver durante un instante con toda claridad una línea de una docena de orificios abiertos en el brillante costado del depósito -abiertos con la ayuda de la ametralladora del señor Lengyll- e inmediatamente se escuchó el fragor y se vieron las llamas de la gran explosión. Instantes después, los orificios abiertos en el costado del depósito empezaron a brillar. El petróleo que había debajo de ellos estaba ardiendo.

—¡Fuera de aquí! —gritó un hombre tocado con un desteñido sombrero de campaña—. ¡Está a punto de estallar! Van a saltar por...

Alain disparó contra él, reventándole la parte lateral del rostro y haciéndole salir disparado de una de sus viejas y torcidas botas. Poco después estalló el segundo depósito. Un panel de acero en llamas salió volando y aterrizó en el charco de crudo cada vez más grande que se había formado bajo un tercer depósito, provocando su estallido. Un denso humo negro semejante a los vapores de una pira funeraria se elevó en el aire, oscureciendo el día y extendiendo un grasiento velo por delante del sol.

15

A Rolando -y a los catorce pistoleros en período de prácticas- les habían sido descritos con todo detalle los seis principales lugartenientes de Farson, y ahora aquél identificó de inmediato al hombre que estaba corriendo hacia la «remuda»: George Latigo. Rolando hubiera podido abrir fuego contra él mientras corría, pero, por una curiosa ironía, ello hubiera permitido que la huida fuera más limpia de lo que él quería.

En su lugar disparó contra el hombre que estaba corriendo a su encuentro. Latigo giró sobre los talones de sus botas y lo miró con unos ardientes ojos rebosantes de odio. Después reanudó su carrera, llamando a otro hombre y a los jinetes que se habían apretujado más allá de la zona que estaba ardiendo.

Estallaron otros dos depósitos cuyos sordos puños de hierro golpearon los tímpanos de Rolando y parecieron aspirar el aire de sus pulmones como una resaca. Según el plan, Alain tenía que perforar los depósitos y Cutberto tenía que disparar toda una serie ininterrumpida de grandes petardos para prender fuego en el petróleo que se estaba derramando. El único petardo que disparó pareció confirmar la viabilidad del plan, pero fue el último trabajo que hizo Cutberto aquel día con su tirachinas. La facilidad con la que los pistoleros habían penetrado en el perímetro del enemigo y la confusión que provocó su ataque inicial se hubieran podido atribuir al cansancio y a la falta de experiencia, pero la ubicación de los depósitos había sido un error exclusivamente de Latigo y de nadie más. Los había amontonado sin pensar y ahora estaban estallando todos, uno tras otro. En cuanto empezó la conflagración, ya no hubo manera de detenerla. El trabajo ya estaba hecho antes incluso de que Rolando levantara el brazo izquierdo y lo hiciera girar en el aire para indicarles a Alain y Cutberto que se retiraran. El campamento de Latigo se había convertido en un infierno, y los planes de John Farson de un ataque motorizado ya no eran más que una densa humareda negra dispersada por el viento de fin de año.

—¡Alejaos de aquí! —gritó Rolando—. ¡Alejaos ahora mismo!

Galoparon hacia el oeste en dirección al Cañón de la Armella. Mientras se alejaban, Rolando oyó el silbido de una bala que pasó junto a su oído izquierdo. Que él supiera, fue el único disparo que efectuaron contra ellos durante su ataque a los depósitos de petróleo.

16

Latigo estaba enteramente dominado por un éxtasis de furia y de cólera que parecía estallarle en el cerebro y que probablemente fue muy clemente con él pues le impidió pensar en lo que haría el Hombre Bueno cuando se enterara de su fracaso. Lo único que de momento le importaba era atrapar a los hombres que le habían tendido la emboscada, siempre y cuando se considerara posible una emboscada en una zona desértica.

¿Hombres? No.

Los muchachos que habían provocado aquel desastre.

Latigo sabía muy bien quiénes eran. No sabía cómo habían llegado hasta allí, pero sabía quiénes eran y estaba firmemente decidido a conseguir que su carrera terminara allí mismo, al este de los bosques y de las lomas.

—¡Hendricks! —rugió. Por lo menos Hendricks había conseguido mantener a sus hombres, media docena, todos montados, cerca de la «remuda»—. ¡Hendricks, ven aquí!

Mientras Hendricks se acercaba cabalgando, Latigo dio media vuelta y vio a un grupo de hombres contemplando los depósitos en llamas. Al ver sus bocas abiertas y sus estúpidos y jóvenes rostros de oveja sintió deseos de ponerse a gritar y de pegar saltos de furia, pero se negó a ceder a su impulso. Conservó un angosto rayo de concentración dirigido contra los atacantes a los que bajo ninguna circunstancia se les debería dejar escapar.

—¡Tú! —les gritó a los hombres. Sólo uno de ellos se volvió. Latigo se acercó a ellos y sacó la pistola mientras avanzaba. La depositó en la mano del hombre que se había vuelto a mirarle al oír el sonido de su voz y señaló al azar a uno de los que no lo habían hecho—. Dispara contra ese necio.

Aturdido y con la expresión propia de un hombre que cree estar soñando, el hombre levantó la pistola y abrió fuego contra el individuo al que Latigo había señalado. El desventurado se desplomó al suelo convertido en un espasmódico amasijo de rodillas, codos y manos. Los otros se volvieron.

—Muy bien —dijo Latigo, recuperando su revólver.

—¡Señor! —gritó Hendricks—. ¡Los estoy viendo, señor! ¡Tengo al enemigo claramente a la vista!

Se oyó la explosión de otros dos depósitos. Fragmentos quejumbrosos de acero volaron hacia el lugar donde se encontraban. Algunos hombres se agacharon, pero Latigo ni siquiera parpadeó. Hendricks tampoco. Gracias fueran dadas a Dios porque al menos había uno como él en medio de aquella pesadilla.

—¿Quiere que vaya tras ellos, señor?

—Me pondré al frente de tus hombres y yo mismo los perseguiré, Hendricks. Ordena montar a estos que tenemos aquí delante. —Señaló con un movimiento del brazo a los hombres cuya estúpida atención se había desplazado desde los depósitos en llamas a su compañero muerto—. Reúne a todos los que puedas. ¿Tienes un corneta?

—Sí, señor. A Raines, señor.

Hendricks miró a su alrededor e hizo unas señas con la mano. Inmediatamente se acercó a lomos de su caballo un muchacho de rostro granujiento y expresión atemorizada. Una abollada corneta con una deshilachada correa colgaba ladeada sobre la pechera de su camisa.

—Raines —dijo Latigo—, tú estás con Hendricks.

—Sí, señor.

—Reúne a todos los hombres que puedas, Hendricks, pero no te entretengas demasiado. Se dirigen a aquel cañón y creo que alguien me dijo que es una ratonera. En caso de que así sea, lo vamos a convertir en una galería de tiro al blanco.

Los labios de Hendricks se entreabrieron en una malévola sonrisa.

—Sí, señor.

A su espalda, los depósitos seguían estallando.

17

Al volverse, Rolando se quedó asombrado al observar el tamaño de la negra columna de humo que se estaba elevando en el aire. Por delante de él podía ver con toda claridad la maleza que bloqueaba buena parte de la entrada del cañón. Aunque el viento no soplaba a favor, se oía el enloquecedor zumbido de la raedura.

Dio unas palmadas al aire para indicarles a Cutberto y Alain que aminoraran la marcha. Mientras ambos lo miraban, se quitó el pañuelo del cuello, lo enrolló formando

una cuerda y se lo ató de tal forma que le cubriera las orejas. Ellos imitaron su ejemplo. Mejor eso que nada.

Los pistoleros reanudaron su marcha hacia el oeste mientras sus alargadas sombras se proyectaban a su espalda sobre la arena del desierto.

Rolando se volvió de nuevo y vio dos grupos de jinetes que los estaban persiguiendo. Le pareció que al frente del primero de ellos iba Latigo, que estaba aminorando deliberadamente la marcha de sus hombres para que ambos grupos se pudieran juntar y atacar simultáneamente.

«Muy bien», pensó.

Los tres cabalgaban hacia el Cañón de la Armella en una apretada fila, refrenando sus caballos para que sus perseguidores pudieran acortar distancias. De vez en cuando la explosión de alguno de los depósitos restantes rasgaba el aire y estremecía el suelo. Rolando estaba sorprendido de lo fácil que había sido todo. Aquello le hizo recordar unas fiestas de la Siega de muchos años atrás, cuando él y Cutberto no tendrían más de siete años y, armados con unos palos, corrían por delante de toda una hilera de espantapájaros, derribándolos uno a uno.

El rumor de la raedura le estaba penetrando en el cerebro a pesar del pañuelo que le cubría los oídos, y le hacía llorar los ojos. Oía a su espalda los gritos de sus perseguidores. Le encantaba. Los hombres de Latigo habían calculado sus posibilidades -dos docenas contra tres hombres, sin contar los restantes hombres de sus fuerzas que estaban cabalgando al galope para incorporarse a la batalla-, y su entusiasmo había vuelto a renacer.

Rolando miró al frente y dirigió a Rusher hacia la hendidura de la maleza que señalaba la entrada del Cañón de la Armella.

18

Hendricks se situó al lado de Latigo, respirando afanosamente y con las mejillas arreboladas.

—¡Señor! ¡Pido permiso para informar!

—Hazlo.

—Tengo veinte hombres y puede que haya aproximadamente el triple galopando a toda velocidad para reunirse con nosotros.

Latigo no le prestó atención. Sus ojos eran unas claras manchas de hielo azul. Por debajo del bigote sus labios esbozaban una ávida sonrisa.

—Rodney —dijo llamando a Hendricks por su nombre de pila casi con cariño de enamorado.

—¿Señor?

—Creo que van a entrar, Rodney. Sí, fíjate. Estoy seguro. Dos minutos más y será demasiado tarde para que puedan dar media vuelta. —Levantó su arma, apoyó el cañón sobre el antebrazo y disparó contra los tres jinetes que cabalgaban por delante de él, casi con alegría.

—Sí, señor, muy bien, señor.

Hendricks se volvió e hizo insistentes señas a sus hombres de que se acercaran.

19

—¡Desmontad! —gritó Rolando cuando llegaron a la línea de enmarañada maleza que olía a seco y a grasiento, como si estuviera a punto de producirse un incendio. No sabía si el hecho de que ellos no entraran en el cañón pondría a Latigo sobre aviso o no, pero tampoco le importaba. Tenían unos excelentes caballos de la mejor raza de Gilead y, a lo largo de los últimos meses, Rusher se había convertido en su amigo. No quería llevarlo ni a él ni a ninguno de los caballos al interior del cañón, donde quedarían atrapados entre el fuego y la raedura.

Los jóvenes desmontaron en un santiamén. Alain tomó la bolsa de la bola de cristal que estaba en el arzón de su silla de montar y se la colgó del hombro. Su caballo y el de Cutberto corrieron inmediatamente en sentido paralelo a la maleza soltando relinchos, pero Rusher permaneció inmóvil un momento, mirando a Rolando.

—Vete —le dijo Rolando, dándole una palmada en el costado—. Corre.

Rusher corrió con la cola volando detrás. Cutberto y Alain se deslizaron a través de la hendidura de la maleza. Rolando los siguió, mirando al suelo para asegurarse de que el reguero de pólvora seguía en su sitio. Allí estaba, y todavía seco pues no había caído ni una sola gota de lluvia desde el día que lo colocaron.

—Cutberto —dijo—. Cerillas.

Cutberto le entregó unas cuantas. Esbozaba una sonrisa tan ancha que era un milagro que las cerillas no se le hubieran caído de la boca.

—Les hemos calentado el día, ¿verdad, Rolando?

—En efecto —contestó Rolando, sonriendo a su vez—. Entra y dirígete a aquella especie de chimenea.

—Déjame hacerlo a mí —dijo Cutberto—. Por favor, Rolando. Entra tú con Alain y

deja que me quede yo. En mi fuero interno soy un pirómano y siempre lo he sido.

—No —contestó Rolando—. Esto me corresponde a mí. No discutas conmigo. Entra. Y dile a Alain que cuide de la bola de cristal del mago, ocurra lo que ocurra.

Cutberto se lo quedó mirando un momento y después asintió con la cabeza.

—No tardes demasiado.

—No tardaré.

—Que crezca tu suerte, Rolando.

—Y que la tuya crezca el doble.

Cutberto se alejó a toda prisa, pisando ruidosamente con sus botas las piedras sueltas que alfombraban el suelo del cañón. Llegó al lugar donde estaba Alain, el cual levantó una mano hacia Rolando. Rolando asintió con la cabeza y se agachó cuando una bala pasó tan cerca de su sien que le llegó a rozar el ala del sombrero.

Se agachó a la izquierda de la hendidura de la maleza y miró a su alrededor mientras el viento le azotaba el rostro. Los hombres de Latigo se estaban acercando con gran rapidez, con más rapidez de la que él esperaba. Si el viento apagara las cerillas...

«Déjate de síes. Mantente firme, Rolando... mantente firme... espéralos...»

Se mantuvo firme, sosteniendo una cerilla sin encender en cada mano mientras miraba a través de las ramas entrelazadas. Los orificios de su nariz aspiraban el fuerte aroma del mezquite y del petróleo en llamas. El zumbido de la raedura le llenaba la cabeza y le producía una sensación de aturdimiento que lo hacía sentirse un extraño. Recordó la sensación que había experimentado en el interior de la rosada tormenta, volando por el aire... y cómo lo habían apartado de la visión de Susan. «Gracias a Dios que está Sheemie -pensó con cierta distancia-. Él se encargará de que termine el día en algún lugar seguro.» Pero el gemido de la raedura parecía burlarse de él y preguntarle si había algo más que ver allí dentro.

Ahora Latigo y sus hombres estaban cubriendo al galope los últimos trescientos metros que los separaban de la entrada del cañón, y los que iban rezagados estaban acortando rápidamente distancias. Sería muy difícil que los que iban delante se detuvieran de repente sin correr el riesgo de ser derribados.

Había llegado el momento. Rolando sujetó una de las cerillas entre los dientes y la rascó hacia adelante. La cerilla se encendió, soltando una cálida y agria chispa en su húmeda lengua. Antes de que la cabeza de la cerilla ardiera del todo, Rolando la acercó a la pólvora de la trinchera. Ésta se encendió de inmediato, corriendo hacia la

izquierda por debajo del extremo norte de la maleza en forma de brillante hilo amarillo. Rolando se inclinó sobre la abertura de la maleza -lo bastante ancha como para que entraran dos caballos muy pegados el uno al otro-, con la segunda cerilla entre los dientes. La encendió en cuanto estuvo un poco resguardado del viento y la arrojó a la pólvora. Al oír el chisporroteo y el silbido, se volvió y echó a correr.

20

«Madre y padre», fue el primer y sobresaltado pensamiento de Rolando, un recuerdo tan profundo e inesperado que fue como un bofetón. «En el lago Saroni.»

¿Cuándo habían ido al hermoso lago Saroni en el norte de la Baronía de Gallad? Rolando no podía recordarlo. Sólo sabía que entonces era muy pequeño y que había una preciosa franja de playa de fina arena para jugar, ideal para un joven aspirante a constructor de castillos como él. Eso era lo que estaba haciendo un día de sus («¿vacaciones? ¿habían sido unas vacaciones? ¿se tomaron sus padres alguna vez unas auténticas vacaciones?») de su excursión, y él había levantado los ojos porque algo -quizá simplemente unos pájaros que sobrevolaban el lago- lo había inducido a levantarlos, y allí estaban su padre y su madre, Steven y Gabrielle Deschain, junto a la orilla del lago, de espaldas a él, enlazados mutuamente por el talle mientras contemplaban las azules aguas bajo el azul cielo estival. ¡Cómo se le había llenado el corazón de amor por ellos! Qué infinito era el amor que se entrelazaba con la esperanza y el recuerdo como una trenza hecha con tres gruesos mechones, casi como la Torre Brillante de toda vida y alma humanas.

Pero ahora no experimentaba amor sino terror. Las figuras que se encontraban delante de él mientras corría al lugar donde terminaba el cañón (donde terminaba la parte «racional» del cañón) no eran Steven de Gilead y Gabrielle de Arten sino sus compañeros Cutberto y Alain. No se enlazaban mutuamente el talle con los brazos ni se tomaban de la mano como los niños del cuento extraviados en un siniestro bosque encantado. Unos pájaros sobrevolaban la zona, aunque eran buitres y no gaviotas, y la reluciente cosa cubierta de bruma que había delante de los dos jóvenes no era agua.

Era la raedura. Mientras Rolando los miraba, Cutberto y Alain echaron a andar hacia ella.

—¡Deteneos! —les gritó—. ¡Por vuestros padres, deteneos!

Pero no se detuvieron. Caminaban tomados de la mano hacia el blanco borde de aquel verde y borroso brillo. La raedura gemía de placer, murmuraba requiebros,

prometía recompensas. Entumecía los nervios y atontaba el cerebro.

Como no había tiempo para alcanzarlos, Rolando hizo lo único que se le ocurrió: levantó uno de sus revólveres y disparó por encima de sus cabezas. El disparo fue como un martillazo en el interior del cañón, y por unos instantes, el gemido del rebote fue más fuerte que el de la raedura. Los dos muchachos se detuvieron a pocos centímetros del nauseabundo fulgor. Rolando temía que de un momento a otro la raedura se alargara hacia ellos y los agarrara, como había hecho con el pájaro que volaba a baja altura la noche en que ellos habían estado allí bajo la luz de la Luna del Buhonero.

Efectuó otros dos disparos al aire cuyo sonido rebotó en las paredes del cañón.

—¡Pistoleros! —gritó—. ¡A mí! ¡A mí!

Alain fue el primero que se volvió hacia él con unos aturdidos ojos que parecían flotar en su rostro cubierto de polvo. Cutberto avanzó otro paso y las puntas de sus botas desaparecieron en la espuma verdoso plateada del borde de la raedura (el insoportable gemido de la cosa se elevó media nota como anticipándose a lo que estaba a punto de ocurrir), pero entonces Alain tiró de él hacia atrás, agarrándolo por la cinta del sombrero. Cutberto tropezó con un trozo de roca desprendida y cayó al suelo. Cuando levantó la vista, sus ojos ya se habían despejado.

—¡Dioses! —musitó levantándose.

Rolando observó que las puntas de sus botas habían sido tan limpiamente cercenadas como si se hubieran cortado con unas tijeras de jardinero. Los dedos gordos de sus pies asomaban por los agujeros.

—Rolando —dijo con voz entrecortada mientras él y Alain se acercaban—. Rolando, hemos estado a punto de entrar. ¡Esta cosa habla!

—Sí. Ya lo he oído. Venid. No hay tiempo.

Los acompañó hasta un corte en la pared del cañón, rezando para que pudieran subir con la suficiente rapidez como para que no los acribillaran a balazos, tal como sin duda ocurriría si Latigo llegara antes de que ellos hubieran podido cubrir por lo menos una parte del camino.

Un acre y amargo olor empezó a llenar el aire, un olor como de bayas de enebro hervidas. Y los primeros zarcillos de humo blanco grisáceo empezaron a flotar por su lado.

—Tú primero, Cutberto. Y tú después, Alain. Yo subiré en último lugar. Trepad rápido, muchachos. Trepad rápido si no queréis que os acribillen.

21

Los hombres de Latigo entraron a través de la rendija del muro de maleza como el agua que entra en un embudo, abriendo poco a poco la hendidura a medida que iban penetrando. La capa del fondo de la vegetación muerta ya estaba ardiendo, pero en su nerviosismo ninguno de los que entraban había reparado en aquellas pequeñas llamas iniciales, o en caso de que hubiera reparado en ellas no lo había comentado. El acre olor también les pasó inadvertido; su sentido del olfato estaba amortiguado por el colosal hedor del petróleo en llamas. Latigo, al frente de los hombres y seguido de cerca por Hendricks, sólo pensaba en una cosa; dos palabras le habían martilleado el cerebro en una especie de perverso triunfo: « ¡La ratonera del cañón! ¡La ratonera del cañón! »

Sin embargo, algo empezó a penetrar en aquel mantra mientras se adentraba al galope en la Armella, los cascos de su caballo chacoloteaban ágilmente a través de los fragmentos de roca y los («huesos») blanquecinos montones de esqueletos de vaca. Era una especie de enloquecedor, insistente y quejumbroso zumbido de insecto. Le hacía llorar los ojos. Pero a pesar de lo fuerte que era aquel sonido (en caso de que fuera efectivamente un sonido pues casi parecía surgir de su interior), él lo apartó a un lado y siguió con su mantra («la ratonera del cañón la ratonera del cañón los tengo en la ratonera de un cañón»).

Tendría que enfrentarse con Walter cuando terminara todo aquello y hasta es posible que con el propio Farson, y no tenía ni idea de cuál sería el castigo que le impondrían por haber perdido los depósitos... pero eso lo dejaba para más tarde. Ahora sólo quería matar a aquellos entrometidos hijos de puta.

Más adelante, el cañón giraba un poco hacia el norte. Debían de estar más allá de aquel punto, aunque probablemente no mucho más. Pegados a la última pared del cañón, tratando de esconderse detrás de las rocas desprendidas que pudiera haber por allí. Reuniría todas las armas que pudiera y los obligaría a salir de su escondrijo con los rebotes de las balas. Probablemente saldrían con las manos en alto, esperando clemencia. Pero esperarían en vano. Después de lo que habían hecho y de los daños que habían producido...

Mientras rodeaba la curva de la pared del cañón ya con la pistola a punto, su caballo se puso a gritar como una mujer y se encabritó. Latigo consiguió sujetarse al arzón, pero los cascos posteriores del animal resbalaron lateralmente sobre las piedras

y cayó. Latigo soltó el arzón y se arrojó al suelo, consciente de que el sonido que había estado penetrando en sus oídos se había vuelto de repente diez veces más fuerte y de que su zumbido era lo bastante intenso como para que los globos oculares le pulsaran en las cuencas, como para que los cojones experimentaran un desagradable hormigueo y como para obligarlo a apartar a un lado el mantra que con tanta insistencia le había martilleado la cabeza.

La insistencia de la raedura era mucho mayor que la de cualquier otra cosa que George Latigo hubiera podido resistir.

Unos caballos pasaron velozmente por su lado mientras aterrizaba medio tendido y medio agachado, unos caballos empujados a la fuerza por la presión de los jinetes que cabalgaban detrás de ellos y que habían penetrado por la brecha de la maleza de dos en dos (y más adelante de tres en tres a medida que el agujero de la maleza, que ahora ardía en toda su longitud, se iba ensanchando) y después se habían vuelto a desparramar tras haber superado el cuello de botella de la entrada sin que ninguno de ellos se diera claramente cuenta de que todo el cañón era un cuello de botella.

Latigo tuvo una confusa visión de colas negras, patas grises y menudillos moteados; vio zahones, pantalones vaqueros y botas metidas en estribos. Trató de levantarse y un casco de caballo le golpeó la parte posterior de la cabeza. El sombrero lo salvó de perder el conocimiento pero cayó pesadamente sobre las rodillas con la cabeza inclinada hacia abajo como un hombre que estuviera rezando, mientras la visión se le llenaba de estrellas y el cuello se le empapaba inmediatamente de la sangre que manaba de la herida abierta en la cabeza por el casco del caballo.

Oyó otros gritos de caballos. Y también de hombres. Volvió a levantarse, expulsando de sus pulmones mediante varios accesos de tos el polvo levantado por los caballos (un polvo muy acre que se pegaba a la garganta como si fuera humo) y vio que Hendricks trataba de espolear su caballo hacia el sur y el este contra la nueva oleada de jinetes. No pudo hacerlo. El tercio posterior del cañón era una especie de pantano lleno de una verdosa agua que parecía despedir vapor y debajo de la cual debía de haber arenas movedizas pues el caballo de Hendricks se había detenido en seco. El caballo soltó otro grito y trató de encabritarse. Sus cuartos traseros resbalaron de lado. Hendricks golpeó una y otra vez con sus botas los costados del animal para que volviera a ponerse en movimiento, pero el caballo no quería moverse, o no podía. El hambriento zumbido penetraba en los oídos de Latigo y parecía llenar el mundo.

—¡Atrás! ¡Dad media vuelta!

Quería hablar a gritos, pero sólo le salió un graznido. Los jinetes seguían pasando velozmente por su lado, levantando un polvo demasiado denso como para ser sólo polvo. Latigo respiró hondo para poder gritar más fuerte -tenían que dar media vuelta, algo horrible ocurría en el Cañón de la Armella-, pero sólo pudo toser y no dijo nada.

Gritos de caballos.

Humo pestilente.

Y por todas partes, llenando el mundo como si todo hubiera enloquecido, aquel quejumbroso y plañidero zumbido.

El caballo de Hendricks se hundió, poniendo los ojos en blanco, mordiendo con los dientes el brumoso aire y echando por la boca una espesa espuma. Hendricks cayó en la humeante agua estancada que no era agua en modo alguno, pues cobró vida cuando él cayó en ella; al agua que no era agua le crecieron manos y una boca móvil de color verde; le tocó la cara a Hendricks y le fundió la carne, le tocó la nariz y se la arrancó, le tocó los ojos y se los sacó de las órbitas. Tiró de él hacia abajo, y Latigo pudo ver su mandíbula desnuda, un ensangrentado émbolo que empujaba los dientes a través de los cuales se escapaban sus gritos.

Al ver aquello, los hombres trataron de apartarse de la verde trampa. Los que consiguieron hacerlo a tiempo fueron desplazados a un lado por la nueva oleada de jinetes, algunos de los cuales, por increíble que resulte, seguían lanzando gritos de batalla a pleno pulmón. Los caballos y los jinetes continuaban cayendo al verde resplandor y éste los aceptaba con entusiasmo. Latigo, aturdido y sangrando como un hombre que se encontrara en medio de una estampida (como efectivamente así era) vio el soldado a quien había entregado su arma. El tipo, que había obedecido la orden de Latigo y había disparado contra uno de sus compadres para despabilar a los demás, saltó de su silla de montar aullando y se apartó a gatas del borde de aquella cosa verdosa mientras su caballo caía en ella. Trató de levantarse, vio acercarse a dos jinetes y se cubrió el rostro con las manos. Un momento después los caballos lo empujaron y cayó.

Los gritos de los heridos y los moribundos resonaban en el cañón, pero Latigo apenas los oía. Lo que oía sobre todo era aquel zumbido que casi parecía una voz, invitándolo a saltar a su interior y a terminar allí. ¿Por qué no? Todo había acabado, ¿no? Todo había terminado.

Al final se apartó como pudo y consiguió hacer algún progreso; la corriente de jinetes que penetraban en el cañón estaba disminuyendo. Algunos de los que se

encontraban a unos cincuenta o sesenta metros de la curva habían conseguido incluso dar media vuelta con sus caballos, pero parecían unos espectros y estaban totalmente aturdidos en medio de un humo cada vez más denso.

«Los muy hijos de puta han prendido fuego a la maleza a nuestra espalda. Dioses del cielo, dioses de la tierra, creo que estamos atrapados aquí dentro.»

No podía dar ninguna orden porque cada vez que respiraba hondo para intentarlo sufría un acceso de tos y expulsaba el aire sin conseguir nada. Lo que sí logró fue agarrar a un jinete que aparentaba unos diecisiete años y derribarlo de su silla de montar. El muchacho cayó de cabeza y se produjo una herida en la frente con el afilado canto de una roca. Latigo montó en su cabalgadura antes de que los pies del muchacho dejaran de estremecerse en espasmódicas sacudidas.

Tiró de las riendas para que el caballo girara la cabeza y lo espoleó para dirigirse a la parte anterior del cañón, pero cuando aún no había recorrido ni veinte metros, el humo se condensó en una asfixiante nube blanca. El viento soplaba hacia allí. Latigo pudo distinguir vagamente el cambiante resplandor anaranjado de la maleza en llamas en el extremo del desierto. Dio media vuelta con su nuevo caballo para regresar al lugar de donde procedía. Otros caballos aparecieron entre la niebla. Latigo chocó con uno de ellos y fue derribado de la silla por segunda vez en cinco minutos. Aterrizó de rodillas, se levantó como pudo y se tambaleó con el viento de espaldas en medio de unos fuertes accesos de tos y náuseas, con los ojos llorosos y enrojecidos.

La situación era un poco mejor más allá de la curva del cañón que viraba hacia el norte, pero no lo sería durante mucho tiempo. El borde de la raedura era un revoltijo de caballos, muchos de ellos con las patas rotas, y de hombres que gritaban y se arrastraban por el suelo. Latigo vio varios sombreros flotando sobre la verdosa superficie del quejumbroso organismo que ocupaba la parte posterior del cañón; vio también botas, muñequeras, pañuelos del cuello, y el abollado instrumento del corneta, arrastrando todavía su deshilachada correa.

«Ven -le decía el verdoso resplandor, y entonces el zumbido le pareció curiosamente atractivo... casi íntimo-. Ven a visitarme, siéntate, descansa, recupera la paz.»

Latigo levantó su arma con intención de dispararle. No creía que lo pudiera matar, pero recordaría el rostro de su padre y se hundiría disparando.

Pero no lo hizo. El arma se le cayó de la mano y avanzó -otros a su alrededor estaban haciendo lo mismo- hacia la raedura. La intensidad del zumbido fue

aumentando y le llenó los oídos hasta que no hubo nada más.

Nada en absoluto.

22

Rolando y sus amigos lo vieron todo desde el hueco de la pared del cañón donde se habían detenido, formando una fila de unos seis metros por debajo del borde superior. Oyeron los gritos y vieron la confusión, el terror, los hombres pisoteados, los hombres y los caballos empujados a la raedura, y los hombres que al final se habían acercado voluntariamente a ella.

Cutberto era el que estaba más cerca del borde superior de la pared del cañón, después venía Alain y finalmente Rolando, de pie en un saliente de la roca de un palmo y agarrado a otro que había justo por encima de su cabeza. Desde aquella ventajosa posición habían visto algo que los hombres que luchaban en el infierno de abajo no habían podido ver: que la raedura estaba creciendo y extendiéndose hacia ellos como una marea.

Rolando, perdida el ansia de batallar, no quería ver lo que estaba ocurriendo abajo, pero no podía apartar los ojos. El gemido de la raedura -cobarde y triunfal, feliz y desdichado, perdido y encontrado aun tiempo- lo tenía amarrado como si se tratara de una dulce y pegajosa cuerda. Se quedó donde estaba, contemplándolo todo como hipnotizado, y lo mismo hicieron sus amigos desde más arriba, incluso cuando creció el humo y su penetrante y acre olor le produjo un seco acceso de tos.

Los hombres gritaban como locos en medio de la humareda de abajo, luchaban como fantasmas y se desvanecían cuando el humo se condensaba y subía por las paredes del cañón como si fuera agua. Los caballos relinchaban con desesperación, tratando de librarse de aquella acre muerte blanca. El viento arremolinaba el humo en extraños torbellinos. La raedura zumbaba y, por encima de ella, el humo se teñía de un pálido y místico color verde.

Al final los hombres de John Farson dejaron de gritar.

«Los hemos matado -pensó Rolando con una especie de malsano y fascinado horror. Después se corrigió-: No, nosotros no. Yo. Los he matado yo.»

Rolando no supo cuánto tiempo habría podido permanecer allí... tal vez hasta que el humo lo devorara también a él, pero entonces Cutberto, que había empezado a trepar de nuevo por la pared, pronunció tres palabras desde más arriba en tono de sorpresa y consternación:

—¡Rolando! ¡La luna!

Rolando levantó los ojos sobresaltado y vio que el cielo había adquirido un aterciopelado color morado. Su amigo miraba al este, y su figura se perfilaba contra el cielo con el rostro iluminado por el febril color anaranjado de la luz de la luna.

«Sí, anaranjado -zumbó la raedura en el interior de su cabeza. Se rió dentro de su cabeza-. Era anaranjada la noche en que tú viniste a verme aquí y a contarme. Anaranjada como el fuego. Anaranjada como una hoguera.»

«¿Cómo es posible que sea casi de noche?», se preguntó interiormente, pero lo sabía, sí, lo sabía muy bien. El tiempo se había encogido y vuelto a juntar, eso era todo, como las capas de tierra que vuelven a hacer las paces después del terremoto provocado por una de sus discusiones.

Había llegado el crepúsculo.

Había salido la luna.

El terror lo golpeó como un puño descargado contra el corazón y lo hizo tambalearse hacia atrás en el pequeño saliente de la roca en el que se encontraba. Se agarró al saliente de arriba que tenía forma de cuerno, pero su intento de recuperar el equilibrio fue un acto lejano pues buena parte de él ya estaba de nuevo en el interior de la tormenta rosa antes de que lo apartaran de ella y había visto la mitad del cosmos. A lo mejor la bola de cristal del mago sólo le había mostrado lo que había a muchos mundos de distancia para no tener que enseñarle lo que muy pronto ocurriría tan cerca de casa.

«Daría media vuelta si pensara que su vida corre auténtico peligro -había dicho-. En un santiamén.»

¿Y si la bola de cristal lo supiera? ¿Y si la bola no pudiera mentir pero sí desencaminar? ¿Y si pudiera llevárselo y mostrarle una tierra oscura, una torre más oscura? Le había mostrado otra cosa, algo que acababa de recordar precisamente ahora: un hombre delgado vestido con un mono de campesino que había dicho... ¿qué? No exactamente lo que él había creído oír y estaba acostumbrado a oír toda la vida; no «Vida para ti y vida para tu cosecha», sino...

—Muerte —les susurró a las piedras que lo rodeaban—. Muerte para ti, vida para mi cosecha. Árbol charyou. Eso era lo que había dicho el hombre, árbol charyou. Venid a segar.

«Anaranjado, pistolero —dijo entre carcajadas una cascada voz dentro de su cabeza. La voz de Cos—. El color de las hogueras. Árbol charyou, fin de año, éstas son

las antiguas costumbres de las que sólo quedan los espantapájaros con sus rojas manos... hasta esta noche. Esta noche las antiguas costumbres renacerán, tal como tiene que ser de vez en cuando. Árbol charyou, maldito crío, árbol charyou: esta noche pagarás por mi dulce Ermot. Esta noche lo pagarás todo. Venid a segar.»

—¡Trepa! —gritó estirando la mano y dando una palmada al trasero de Alain—. ¡Trepa, por tu padre!

—Pero Rolando, ¿qué...?

La voz de Alain parecía desconcertada, pero empezó a trepar, agarrándose a los salientes y arrojando piedrecitas al rostro levantado de Rolando. Éste cerró los ojos para protegerse de ellas, estiró la mano y volvió a dar otra palmada al trasero de Alain para espolearlo, como si fuera un caballo.

—¡Trepa, maldita sea tu estampa! —gritó—. ¡A lo mejor aún no es demasiado tarde!

Pero él sabía que sí. La Luna del Demonio había salido y él había visto su resplandor anaranjado iluminando el rostro de Cutberto como un delirio, y sabía que ya era demasiado tarde. El enloquecido rumor de la raedura, aquella putrefacta llaga que devoraba la carne de la realidad, se confundía en su cabeza con la enloquecida carcajada de la bruja, y él sabía que ya era demasiado tarde.

«Muerte para ti, vida para la cosecha.» Árbol charyou.

«Oh, Susan...»

23

Nada estuvo claro para Susan hasta que vio al hombre del largo cabello pelirrojo y el sombrero de paja que no conseguía ocultar del todo sus ojos de matarife de corderos; el hombre de las raspas de maíz en la mano. Fue el primero, un simple campesino (ella creía haberle visto en el Mercado Inferior; incluso lo había saludado con la cabeza tal como suele hacer la gente del campo, y él le había devuelto el saludo), solo cerca del cruce del Camino del Rancho de la Seda y el Gran Camino, bajo la luz de la luna naciente. Hasta que no lo vieron, nada estuvo claro; cuando él arrojó el manojo de raspas de maíz a su paso, estando ella de pie en el carretón con las manos atadas delante, la cabeza inclinada y una cuerda alrededor del cuello, todo estuvo claro.

—Árbol charyou —gritó el hombre, pronunciando casi con dulzura las palabras del Pueblo Antiguo que ella llevaba sin oír desde la infancia, unas palabras que

significaban «Venid a segar»... y también otra cosa. Una cosa oculta y secreta, una cosa que guardaba relación con la raíz char, la palabra cuyo único significado era «muerte». Cuando las secas raspas cayeron alrededor de sus botas, Susan comprendió muy bien el secreto: comprendió que no habría ningún bebé para ella; ninguna boda en el lejano país encantado de Gilead, ninguna sala en la que ella se uniría a Rolando y ambos serían saludados bajo las luces eléctricas, no habría marido ni noches de dulce amor; todo aquello ya había terminado. El mundo había seguido adelante y todo aquello había terminado antes de que empezara la feria.

Sabía que la habían colocado en la parte de atrás del carretón y que el Cazador de Ataúdes superviviente le había colocado un lazo corredizo alrededor del cuello.

—No intente sentarse —le había dicho casi en tono de disculpa—. No tengo intención de asfixiarla, muchachita. Si el carretón pega un brinco y usted se cae, procuraré mantener el nudo flojo, pero si usted intenta sentarse, tendré que darle un pellizco. Órdenes suyas. —Señaló con la cabeza a Rea, la cual permanecía sentada en el asiento del carretón, sujetando las riendas del pony con sus retorcidas manos—. Ahora ella es la que manda.

Y así había sido y así seguía siendo cuando se acercaron a la ciudad. Cualesquiera que fueran los daños que hubiera producido en el cuerpo y en la mente de Rea, la bola de cristal no había destruido su poder; en todo caso se lo había aumentado, como si la bruja hubiera encontrado otra fuente de alimento, por lo menos durante algún tiempo. Unos hombres que habrían podido quebrarla sobre una rodilla como una tea obedecían sus órdenes sin rechistar, como si fueran niños.

Los hombres eran cada vez más numerosos a medida que la tarde de la Siega se iba acercando a la noche: media docena delante del carretón, cabalgando con Rimer y el hombre que miraba de soslayo, una docena cabalgando detrás con Reynolds, el cual llevaba enrollada alrededor de la mano tatuada la cuerda que rodeaba el cuello de Susan. Ésta no sabía quiénes eran aquellos hombres ni cómo habían sido convocados.

Rea había conducido aquel grupo cada vez más numeroso un poco más al norte, y después había girado al sudoeste tomando el Camino del Rancho de la Seda que daba la vuelta y regresaba a la ciudad. En el confín oriental de Hambria, el camino se juntaba con el Gran Camino. A pesar de su aturdimiento, Susan se había dado cuenta de que la bruja se movía muy despacio, calculando el descenso del sol y sin chasquear la lengua para que el pony corriera sino más bien refrenándolo, por lo menos hasta que se disipó la dorada luz de la tarde. Cuando pasaron por delante del solitario campesino

de enjuto rostro, sin duda un buen hombre dueño de sus propias tierras, que debía de trabajar desde el amanecer hasta el ocaso y que debía de amar a su familia con todo su corazón (oh, pero qué ojos de matarife de corderos tenía bajo el ala de su viejo sombrero), Susan comprendió también la razón de aquel pausado paseo. Rea estaba esperando la salida de la luna.

Como no tenía dioses a quienes rezar, Susan le rezó a su padre.

«¿Papá? Si estás ahí, ayúdame a ser todo lo fuerte que pueda y a mantenerme fiel a él y a su recuerdo. Ayúdame para que también pueda ser fiel a mí misma. No para ser rescatada ni para que me salven sino para no darles la satisfacción de ver mi dolor y mi miedo. Y ayúdalo también a él...»

—Ayúdale a mantenerse a salvo —musitó—. Mantén a salvo a mi amor; lleva a mi amor sano y salvo al lugar al que vaya, dale alegría en las personas que vea y haz que él cause alegría a las personas que lo vean.

—¿Estás rezando, cariño? —preguntó la vieja sin volverse en su asiento. Su cascada voz rezumaba una falsa compasión—. Sí, es bueno que te pongas a bien con los Poderes mientras puedas... antes de que te arranquen con fuego la saliva de la garganta. —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una entrecortada carcajada mientras los dispersos restos de su cabello de paja de escoba volaban al viento teñidos de anaranjado bajo la luz de la hinchada luna.

24

Los caballos, encabezados por Rusher, habían acudido al grito consternado de Rolando. No estaban muy lejos. Sus crines volaban al viento y ellos sacudían la cabeza y relinchaban para manifestar su desagrado cada vez que el viento amainaba lo bastante como para que les llegara una vaharada del espeso humo blanco que surgía del cañón.

Rolando no prestó atención ni a los caballos ni al humo. Sus ojos estaban clavados en la bolsa que Alain llevaba colgada del hombro. La bola de su interior se había vuelto a encender, y la bolsa parpadeaba en medio de la creciente oscuridad como si fuera una extraña luciérnaga de color rosa.

—¡Dámela!

—Rolando, no sé si...

—¡Dámela, maldita sea tu estampa!

Alain miró a Cutberto y éste asintió con la cabeza y levantó las manos al cielo en

un aturdido gesto de cansancio.

Rolando le arrebató la bolsa a Alain casi antes de que éste tuviera tiempo de descolgársela del hombro. El pistolero introdujo la mano en su interior y sacó la bola de cristal, que en aquellos momentos despedía un intenso fulgor. Parecía una Luna del Demonio de color rosa y no anaranjado.

Detrás y por debajo de ellos, el molesto gemido de la raedura subía y bajaba sin cesar.

—No la mires directamente —le murmuró Cutberto a Alain—. Por tu padre, no lo hagas.

Cuando Rolando inclinó el rostro sobre la palpitante bola de cristal, su luz le bañó las mejillas y la frente como si fuera un líquido y le inundó los ojos con su resplandor.

En el Arco Iris de Merlín, Rolando vio a Susan, la hija del caballerizo, la encantadora muchacha de la ventana. La vio de pie en la parte posterior del carretón negro adornado con símbolos dorados, el carretón de la bruja. Reynolds cabalgaba detrás de ella, sosteniendo en su mano el extremo de la cuerda que ella llevaba alrededor del cuello. El carretón se dirigía al Corazón Verde, avanzando con ceremoniosa lentitud de procesión. Las aceras de la Calle de la Loma estaban abarrotadas de personas, de las cuales el campesino de mirada de matarife de corderos había sido sólo la primera: eran las gentes de Hambria y de Mejis, a las que se había privado de su feria, pero a las que en su lugar se había ofrecido este antiguo y siniestro espectáculo: el del árbol charyou, venid a segar, muerte para ti, vida para nuestras cosechas.

Un silencioso murmullo se propagó como una ola y la gente empezó a arrojarle primero raspas de maíz y después tomates podridos, patatas y manzanas. Una manzana le dio en la mejilla. Susan se tambaleó y estuvo a punto de caer, pero consiguió recuperar el equilibrio y mantener levantado su rostro hinchado aunque todavía encantador iluminado por la luz de la luna y mirando directamente hacia delante.

«Árbol charyou», murmuraba la gente. Rolando no podía oírlo pero veía las palabras en sus labios. Allí estaban Stanley Ruiz, Pettie, Gert Moggins y Frank Claypool, el agente de la pierna rota, y también Jamie McCann, el que hubiera tenido que ser el Rey de la Siega de aquel año. Rolando vio a cien personas a las que había conocido (y en buena parte apreciado) durante su estancia en Mejis. Ahora aquellas personas estaban arrojando raspas de maíz y hortalizas podridas a su amor y ella

permanecía de pie en la parte posterior del carretón de Rea, con las manos atadas delante.

El carretón llegó finalmente al Corazón Verde, con sus multicolores farolillos de papel y su silencioso tiovivo, en cuyos caballitos no cabalgaba ningún alegre chiquillo... no, este año, no. La multitud, que seguía pronunciando aquellas dos palabras -ahora parecía que las estaba cantando- abrió paso. Rolando vio la pirámide de leña de la hoguera que aún no se había encendido. A su alrededor, con la espalda apoyada en la columna central y las toscas piernas extendidas hacia adelante, había un anillo de espantapájaros de rojas manos; sólo se veía un hueco vacío en el anillo; uno solo a la espera de ser ocupado.

De repente surgió una mujer de entre la multitud: llevaba un deslustrado vestido negro y sostenía un cubo en la mano. En una de sus mejillas ostentaba una tiznadura de ceniza que parecía una marca de hierro. Ella...

Rolando se puso a gritar una sola palabra, una y otra vez: «¡No, no, no, no, no, no!» La luz rosada de la bola de cristal aumentaba de intensidad a cada repetición, como si el horror que experimentaba Rolando la renovara y fortaleciera. Y en ese momento, con cada una de las pulsaciones luminosas, Cutberto y Alain pudieron ver la forma del cráneo del pistolero por debajo de su piel.

—Se la tenemos que quitar—dijo Alain—. Lo está absorbiendo y resecando. ¡Lo está matando!

Cutberto asintió con la cabeza y se adelantó. Tomó la bola de cristal, pero no pudo arrancarla de las manos de Rolando. Era como si los dedos del pistolero estuvieran soldados a ella.

—¡Golpéalo! —le dijo Cutberto a Alain—. ¡Golpéalo otra vez, tienes que hacerlo!

Pero fue como si Alain golpeara un poste. Rolando ni siquiera se tambaleó. Siguió gritando una sola palabra «¡No! ¡No! ¡No! ¡No!» mientras la luz de la bola de cristal pulsaba con creciente rapidez, penetrando en su interior a través de la herida que le había abierto y succionándole la pena como si fuera sangre.

25

—¡Árbol charyou! —gritó Cordelia Delgado, saliendo como una flecha del lugar donde estaba esperando. La muchedumbre la acogió con vítores y, por detrás de su hombro izquierdo, la Luna del Demonio, parpadeó como si con ello quisiera expresar su complicidad—. ¡Árbol charyou, perra desleal! ¡Árbol charyou!

Después Cordelia arrojó el cubo de pintura a su sobrina, salpicándole los pantalones y cubriendo sus manos atadas con unos húmedos guantes escarlata. Miró con una sonrisa a Susan mientras el carretón pasaba por delante de ella. La tiznadura de ceniza destacaba poderosamente en su mejilla mientras en el centro de su pálida frente una sola vena pulsaba como un gusano.

—¡Perra! —gritó Cordelia. Mantenía los puños apretados y bailaba una especie de divertida giga, brincando arriba y abajo y doblando las huesudas rodillas bajo la falda—. ¡Vida para las cosechas! ¡Muerte para la perra! ¡Árbol charyou! ¡Venid a segar!

El carretón pasó por delante de ella; Cordelia desapareció de la vista de Susan como un cruel fantasma de un sueño que estaba a punto de terminar. «Pájaro y oso y liebre y pez -pensó Susan-. Que estés a salvo, Rolando; vete acompañado de mi amor. Éste es mi deseo.»

—¡Lleváosla! —gritó Rea—. ¡Llevaos a esta perra asesina y asadla con sus rojas manos! ¡Árbol charyou!

—¡Árbol charyou! —contestó la multitud. Un bosque de manos espontáneas creció bajo la luz de la luna.

En algún lugar sonaron unos petardos y se oyeron las excitadas risas de unos niños.

Susan fue levantada del carretón y llevada hacia el montón de leña por encima de las cabezas de los presentes, pasando de unas manos a otras como una heroína que regresara triunfalmente de la guerra. Sus manos derramaban rojas lágrimas sobre sus tensos y ansiosos rostros. La luna lo contemplaba todo, ahogando el resplandor de los farolillos de papel.

—Pájaro y oso y liebre y pez —murmuró Susan mientras la bajaban del carretón. Luego la empujaron contra la pirámide de leña seca y la colocaron en el hueco reservado para ella.

Toda la multitud empezó a cantar al unísono:

—¡ÁRBOL charyou! ¡ÁRBOL charyou! ¡ÁRBOL charyou!

—Pájaro y oso y liebre y pez.

Intentó recordar cómo había bailado con él aquella noche. Intentó recordar cómo Rolando había hecho el amor con ella en la salceda. Trató de recordar el primer encuentro entre ambos por el camino: «Gracias, señora, ha sido un buen encuentro», le había dicho él, y en efecto, a pesar de todo, a pesar de aquel desdichado final en el que las personas que habían sido sus vecinas se habían convertido en unos demonios

bailando bajo la luz de la luna, a pesar del dolor y la traición y a pesar de lo que estaba a punto de ocurrir, Rolando había dicho la verdad: ambos habían tenido un buen encuentro, un encuentro francamente bueno.

—¡ÁRBOL charyou! ¡ÁRBOL charyou! ¡ÁRBOL charyou!

Las mujeres empezaron a amontonar raspas secas de maíz alrededor de sus pies. Algunas la abofetearon (no importaba; su rostro hinchado y con magulladuras ya había perdido la sensibilidad) y una de ellas -Misha Álvarez, con cuya hija Susan había aprendido a montar- le escupió a los ojos, se apartó brincando y levantó las manos al cielo entre risas. Por un instante, Susan vio a Coral Thorin, adornada con varios amuletos de la siega y con los brazos llenos de hojas secas que inmediatamente le empezó a arrojar encima; las hojas volaron a su alrededor en una especie de crujiente y aromática ducha. Entonces apareció de nuevo su tía, acompañada de Rea. Cada una sostenía una antorcha en la mano. Se situaron delante de ella y Susan aspiró el olor y el chisporroteo de la pez encendida.

Rea levantó la antorcha hacia la luna.

—¡ÁRBOL charyou! —gritó con su voz vieja y oxidada.

—¡ÁRBOL charyou! —contestó la multitud. Cordelia levantó su antorcha.

—¡VENID A SEGAR!

—¡VENID A SEGAR! —contestó la gente.

—Y ahora, perra —canturreó Rea—, ahora vienen unos besos más ardientes que los que jamás te haya dado tu amante.

—Muere, traidora —murmuró Cordelia—. Vida para las cosechas, muerte para ti.

Fue ella quien primero arrojó la antorcha sobre las raspas de maíz amontonadas hasta las rodillas de Susan; un segundo después Rea arrojó la suya. Las raspas de maíz se encendieron enseguida, deslumbrando a Susan con su amarillo resplandor.

Susan aspiró una última bocanada de aire fresco, lo calentó con su corazón y lo exhaló con un grito desafiante:

—¡TE QUIERO, ROLANDO!

Al final de su vida percibió calor, pero no dolor. Tuvo tiempo de pensar en los ojos de Rolando, en aquellos descoloridos ojos azules del mismo color del cielo bajo las primeras luces del alba. Tuvo tiempo de pensar en él en la Pendiente, cabalgando inclinado sobre el cuello de Rusher con su negro cabello volando hacia atrás desde las sienes y el pañuelo del cuello hinchado por el viento; tuvo tiempo de verle riéndose con una soltura y una libertad que él jamás volvería a encontrar en la larga vida que tenía

por delante más allá de la suya, que ya estaba tocando a su fin, y fue la risa de Rolando lo que se llevó consigo al morir, huyendo de la luz y del calor para hundirse en la sedosa y consoladora oscuridad, llamándole una y otra vez mientras se iba, llamando al pájaro y al oso y la liebre y la perdiz.

26

Al final, en los gritos de Rolando no hubo ninguna palabra, ni siquiera un «no». Aulló como un animal destripado, con las manos soldadas a la bola de cristal que latía como un corazón desbocado mientras él veía arder a Susan en la hoguera.

Cutberto trató de arrebatarle una vez más aquella maldita cosa pero no pudo. Hizo lo único que se le ocurrió hacer: sacar el revólver, apuntar a la bola de cristal y acariciar el gatillo. Cabía la posibilidad de que hiriera a Rolando y un fragmento del cristal lo dejara ciego, pero no había alternativa. Si no hacían algo, la bola lo mataría.

Pero no fue necesario. Como si viera el arma de Cutberto y comprendiera lo que ésta significaba, la bola se quedó inmediatamente muerta y oscura en las manos de Rolando. Todos los tendones y músculos que estaban temblando de horror e indignación, se relajaron. Cayó como una piedra y sus dedos soltaron finalmente la bola. Su vientre la amortiguó mientras él golpeaba el suelo; la bola se alejó rodando y se detuvo lentamente junto a una de sus manos extendidas. Ahora nada ardía en su oscuridad como no fuera tal vez un malsano destello anaranjado, el minúsculo reflejo de la Luna del Demonio.

Alain contempló la bola con una especie de reverente y asqueado temor; la contempló como alguien podría contemplar un peligroso animal que está dormido, pero que cuando despierte, volverá a morder.

Se acercó a ella con la intención de pulverizarla bajo su bota.

—No te atrevas a hacerlo —le dijo Cutberto con la voz ronca; estaba arrodillado junto al relajado cuerpo de Rolando, pero miraba a Alain. La luna naciente brillaba en sus ojos, dos pequeñas y brillantes piedras luminosas—. No te atrevas después de todas las penalidades y las muertes por las que hemos tenido que pasar para recuperarla. Ni se te ocurra pensarlo.

Alain lo miró un instante indeciso, pensando que a pesar de todo tendría que destruir aquella maldita cosa; las calamidades sufridas no justificaban las que todavía les quedaban por sufrir, y mientras aquella cosa que ahora estaba en el suelo se conservara intacta, lo único que les traería a todos sería calamidades. Era una máquina

de fabricar calamidades, era eso y nada más que eso, y había sido la causante de la muerte de Susan Delgado y lo sería de otras muertes si se conservara intacta.

Pero entonces pensó en ka y se echó atrás. Más adelante lamentaría amargamente haberlo hecho.

—Vuélvela a guardar en la bolsa —le dijo Cutberto— y ayúdame a atender a Rolando. Tenemos que salir de aquí.

La bolsa de la bola estaba en el suelo, agitada por el viento. Alain recogió la bola y no le gustó su suave y curvada superficie. Temía que volviera a cobrar vida bajo su contacto. Pero no la cobró. La introdujo en la bolsa y se la volvió a colgar del hombro. Después se arrodilló junto a Rolando. No supo cuánto rato se pasaron tratando infructuosamente de reanimarlo... No lo consiguieron hasta que la luna estuvo lo bastante alta en el cielo como para recuperar de nuevo su plateado brillo y hasta que el humo que salía del cañón empezó a disiparse; eso fue lo único que supo. Hasta que Cutberto le dijo que ya era suficiente; tendrían que colocarlo tendido sobre la silla de montar de Rusher y cabalgar con él de aquella manera. Si pudieran llegar a los boscosos parajes del oeste de la Baronía antes del amanecer, dijo Cutberto, estarían a salvo, pero tenían que llegar por lo menos hasta allí. Habían destrozado a las fuerzas de Farson con asombrosa facilidad, pero era probable que los restos de las mismas se reagruparan al día siguiente. Lo mejor sería que ellos ya estuvieran lejos cuando tal cosa ocurriera.

Así abandonaron el Cañón de la Armella y la parte del litoral de Mejis, cabalgando hacia el oeste bajo la Luna del Demonio, con Rolando tendido sobre la silla de montar de su caballo como si fuera un cadáver.

27

El día siguiente lo pasaron en el Bosque del oeste de Mejis, esperando a que Rolando despertara. Al ver que por la tarde seguía sin recuperar el conocimiento, Cutberto dijo:

—Mira a ver si lo puedes tocar.

Alain tomó las manos de Rolando en las suyas, hizo acopio de toda su concentración, se inclinó sobre el pálido y dormido rostro de su amigo y se mantuvo en la misma posición durante casi media hora. Al final sacudió la cabeza, soltó las manos de Rolando y se levantó.

—¿Nada? —preguntó Cutberto.

Alain lanzó un suspiro y sacudió la cabeza.

Construyeron una rastra con ramas de pino para que Rolando no tuviera que pasarse otra noche tendido sobre la silla de montar (entre otras cosas porque Rusher se ponía nervioso transportando a su amo de aquella manera) y se pusieron nuevamente en marcha sin utilizar el Gran Camino, que hubiera sido demasiado peligroso, sino un sendero paralelo. Cuando al día siguiente vieron que Rolando seguía inconsciente (Mejis ya había quedado atrás y ambos muchachos experimentaban una profunda e inexplicable añoranza, absolutamente auténtica), se sentaron uno a cada lado de él y se miraron por encima de la lenta subida y bajada de su pecho.

—¿Puede una persona inconsciente morirse de hambre o de sed? —preguntó Cutberto—. No puede, ¿verdad?

—Sí —contestó Alain—, yo creo que sí.

Había sido una larga y agotadora noche de viaje. Ninguno de ellos había dormido bien la víspera, pero aquel día durmieron como troncos, cubriéndose la cabeza con unas mantas para protegerse del sol. Se despertaron con pocos minutos de diferencia cuando el sol ya se estaba poniendo y la Luna del Demonio, que ya llevaba dos noches llena, empezaba a asomar a través de unas turbulentas nubes que presagiaban la primera gran tormenta otoñal.

Rolando se había incorporado. Había sacado la bola de cristal de su bolsa y acunaba entre sus brazos aquel apagado objeto mágico, ahora tan muerto como los ojos de vidrio de La Retozona. Los ojos de Rolando, también muertos, contemplaban con indiferencia los pasillos del bosque iluminados por la luna. Comía, pero no dormía. Bebía agua de los arroyos junto a los que pasaban, pero no hablaba. Y no quería separarse del trozo del Arco Iris de Merlín que habían conseguido llevarse de Mejis a cambio de aquel precio tan alto. Pero la bola no se encendía para él.

«No -pensó Cutberto en determinado momento-, en cualquier caso, no lo hará mientras Al y yo estemos despiertos y lo veamos.»

Alain no pudo conseguir que las manos de Rolando se apartaran de la bola de cristal y se vio obligado a tocarlo, apoyando las suyas en sus mejillas. Sin embargo no había nada que tocar, nada en absoluto. La cosa que cabalgaba con ellos hacia Gilead no era Rolando, y ni siquiera el espectro de Rolando. Como la luna al término de su ciclo, Rolando había desaparecido.

CUARTA PARTE

TODOS LOS HIJOS DE DIOS TIENEN ZAPATOS

CAPÍTULO I

KANSAS POR LA MAÑANA

1

Por primera vez en (¿horas? ¿días?) el pistolero guardó silencio. Permaneció sentado un momento, contemplando el edificio situado al este del lugar donde ellos se encontraban (teniendo el sol a su espalda, el palacio de cristal era una negra forma rodeada por un halo dorado), con los antebrazos apoyados sobre las rodillas. Después tomó la bota de agua que había a su lado en el suelo, la acercó a su rostro, abrió la boca e inclinó la bota.

Bebió lo que le caía en la boca -los demás vieron cómo se le movía la nuez mientras él echaba la cabeza hacia atrás en el arcén-, pero la bebida no parecía ser su principal propósito. El agua que le bajaba por la frente fuertemente arrugada y que rebotaba en sus párpados cerrados se estancó en el hueco triangular de la base de su garganta y resbaló desde las sienes a su cabello, mojándoselo y confiriéndole una tonalidad más oscura.

Al final apartó a un lado la bota de agua y se limitó a permanecer tendido con los ojos cerrados y los brazos estirados por encima de la cabeza, como si se hubiera quedado dormido. El vapor se elevaba de su rostro mojado en delicados zarcillos.

—Aaahh —dijo.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Eddie.

Los párpados del pistolero se abrieron, dejando al descubierto aquellos desteñidos y alarmantes ojos azules.

—Sí. No comprendo cómo es posible, con lo mucho que yo temía contaros esto... pero así es.

—Seguramente un especialista-de-la-psique te lo podría explicar —dijo Susannah—, pero dudo que tú lo escucharas.

Apoyó las manos en la espalda, a la altura de los riñones, se estiró y dio un respingo... pero el respingo fue un simple reflejo. El dolor y la rigidez que esperaba no estaban presentes, y aunque hubo un pequeño crujido en la base de su columna vertebral, no logró producir la serie de chasquidos y crepitaciones que esperaba.

—Te diré una cosa —dijo Eddie—, eso confiere un nuevo significado a la palabra «desahogarse». ¿Cuánto tiempo llevamos aquí, Rolando?

—Sólo una noche.

—Los espíritus lo han hecho todo en una sola noche —dijo Jake en tono soñador. Tenía las piernas cruzadas a la altura de los tobillos; Acho estaba sentado en el rombo formado por las rodillas dobladas del muchacho y lo miraba con sus grandes ojos negro dorados.

Rolando se incorporó, se secó las húmedas mejillas con el pañuelo del cuello y miró a Jake con la cara muy seria.

—¿Qué has dicho?

—Yo no. Eso lo escribió un tipo llamado Charles Dickens. En una narración titulada Cuento de Navidad. Todo en una sola noche, ¿verdad?

—¿Alguna parte de tu cuerpo te dice que ha sido más?

Jake sacudió la cabeza. No, se sentía más o menos igual que cualquier mañana, y mucho mejor que en algunas. Tenía que ir a mear, pero no le flotaban las muelas ni nada por el estilo.

—¿Eddie? ¿Susannah?

—Yo me encuentro bien —dijo Susannah—. No parece que me haya pasado toda una noche en vela, y tanto menos varias.

—Eso me recuerda en cierto modo mi época de yonqui... —dijo Eddie.

—¿Acaso todo lo demás no te la recuerda? —le preguntó secamente Rolando.

—Qué gracioso —dijo Eddie—. Como para troncharse. Hazle estas preguntas tan tontas al próximo tren que se vuelva loco encima de nosotros. Lo que quiero decir es que te pasabas tantas noches colocado que estabas acostumbrado a despertarte por la mañana, sintiéndote como cinco kilos de mierda metidos en una bolsa de cuatro kilos, con dolor de cabeza, nariz tapada, corazón desbocado y cristal en el espinazo. Créete lo que te dice tu amigo Eddie: por la forma en que te encuentras por la mañana, puedes saber qué efecto te produce la droga. En cualquier caso, te acostumbrabas tanto a eso, por lo menos yo, que cuando te tomabas una noche de descanso, al despertarte a la mañana siguiente te sentabas en el borde de la cama pensando «¿Qué coño me pasa? ¿Estaré enfermo? ¿Habré sufrido un ataque durante la noche?».

Jake soltó una carcajada y se cubrió tan violentamente la boca con la mano que más que acallar su risa parecía que quisiera anularla.

—Perdón ——dijo—. Eso me ha hecho pensar en mi padre.

—Uno de los míos, ¿verdad? —dijo Eddie—. En cualquier caso, doy por sentado que cuando camine me sentiré dolorido y cansado y me crujirán todos los huesos, aunque en realidad piense que lo único que necesito para volver a encontrarme bien sea echar una rápida meada entre los arbustos.

—¿Y un bocado para comer? —preguntó Rolando. La leve sonrisa de Eddie se desvaneció.

—No —dijo éste—. Después de escuchar esta historia, no tengo demasiado apetito. Es más, lo he perdido por completo.

2

Eddie llevó a Susannah en su silla de ruedas al pie del terraplén y la dejó detrás de unos arbustos de laurel para que hiciera sus necesidades. Jake se encontraba a unos sesenta o setenta metros hacia el este, en un bosquecillo de abedules. Rolando había dicho que utilizaría la tirita terapéutica para hacer sus necesidades matinales y arqueó las cejas al ver que sus amigos de Nueva York se reían.

Susannah no se reía cuando salió de detrás de los arbustos. Las lágrimas surcaban sus mejillas. Eddie no le preguntó nada; lo sabía. Él también había estado luchando contra sus propios sentimientos. La estrechó en sus brazos y ella apoyó el rostro en su hombro. Así permanecieron un buen rato.

—Árbol charyou —dijo Susannah al final, pronunciando las palabras tal como había hecho Rolando, con la última vocal ligeramente acentuada.

—Sí —dijo Eddie, pensando que un Charlie, aunque se llamara de otra manera, siempre era un Charlie. De la misma manera, suponía él, que una rosa era una rosa era una rosa—. [5] Venid a segar.

Ella levantó la cabeza y se enjugó las lágrimas de los ojos.

—Haber tenido que pasar por todo eso —dijo en voz baja, mirando hacia el terraplén de la autopista para asegurarse de que Rolando no los estuviera mirando desde allí—. Y nada menos que a los catorce años.

—Sí. Comparado con eso, mis aventuras en busca de la escurridiza bolsa de monedas de diez centavos en Tompkins Square resultan más bien insustanciales. Pero en cierto modo me siento casi aliviado.

—¿Aliviado? ¿Por qué?

---

[5] Famosa frase de la novelista Gertrude Stein. (N. de la. T)

—Porque pensaba que nos iba a decir que él la mató. Por culpa de su maldita Torre.

Susannah lo miró directamente a los ojos.

—Pero es que él así lo cree. ¿No te das cuenta?

3

Cuando volvieron a reunirse y tuvieron comida a la vista, todos llegaron a la conclusión de que a pesar de todo podrían comer un poco. Rolando repartió los últimos burritos («A lo mejor, más tarde podremos detenernos en el Boeing Boeing Burgers más próximo y ver qué les ha sobrado», pensó Eddie) y se pusieron a comer. Bueno, todos, excepto Rolando. Él tomó su burrito, lo miró y apartó los ojos. Eddie vio en el rostro del pistolero una tristeza que le confería un aspecto de persona vieja y desorientada. Se le partió el corazón de pena, pero no sabía qué hacer.

Jake, que tenía diez años menos, sí lo sabía. Se arrodilló delante de Rolando y lo abrazó.

—Siento mucho que perdieras a tu amiga —le dijo.

El rostro de Rolando se contrajo en una mueca, y por un momento Eddie estuvo seguro de que iba a hacer el ridículo y se iba a echar a llorar. Tal vez fuera el efecto del mucho tiempo que había transcurrido entre los abrazos. Un tiempo larguísimo. Eddie tuvo que apartar la vista un instante. «Kansas por la mañana –pensó-. Un espectáculo que jamás hubieras soñado ver. Entretente un ratito con eso y deja en paz a este hombre.»

Cuando volvió a mirar, Rolando ya había conseguido dominar su emoción. Jake estaba sentado a su lado y Acho mantenía apoyado el largo hocico en una de las botas del pistolero. Rolando había empezado a comerse su burrito. Poco a poco y sin demasiado placer... pero estaba comiendo.

Una fría mano -la de Susannah- se deslizó en la de Eddie. Éste la tomó y dobló los dedos sobre ella.

—Una noche —dijo Susannah en tono asombrado.

—Por lo menos en nuestros relojes corporales. En nuestra cabeza...

—¿Quién sabe? —convino Rolando—. Pero la narración de historias siempre modifica el tiempo. Por lo menos en mi mundo.

Esbozó una sonrisa. Fue inesperada, como siempre, y como siempre transformó su rostro en algo casi hermoso. Al verlo, Eddie pensó que era comprensible que una

chica se hubiera enamorado de Rolando en otros tiempos, cuando era alto, estaba creciendo y puede que no fuera tan feo; en una época en la que la Torre aún no se había apoderado totalmente de él.

—Creo que en todos los mundos ocurre lo mismo, cariño —dijo Susannah—. ¿Te podría hacer un par de preguntas antes de que volvamos a ponernos en marcha?

—Como tú quieras.

—¿Qué fue de ti? ¿Cuánto tiempo estuviste... ausente?

—Estuve ausente, por supuesto, en eso tienes razón. Estuve viajando. Vagando. No exactamente en el Arco Iris de Merlín... no creo que jamás hubiera podido regresar de allí si me hubiera ido cuando todavía estaba... enfermo, pero todo el mundo tiene una mágica bola de cristal. Aquí —dijo con la cara muy seria, dándose una palmada en la frente justo por encima del entrecejo—. Me fui aquí. Viajé por aquí mientras mis amigos viajaban hacia el este conmigo. Poco a poco fui mejorando. Asiendo con mis manos la bola de cristal y viajando por el interior de mi mente, mejoré. Pero la bola de cristal no volvió a iluminarse hasta el final... cuando ya se divisaban las almenas del castillo y las torres de la ciudad. Si se hubiera iluminado antes...

Rolando se encogió de hombros.

—Si se hubiera iluminado antes de que yo hubiera conseguido recuperar una parte de mi fuerza mental —prosiguió—, no creo que ahora estuviera aquí. Porque cualquier mundo, incluso un mundo rosa con un cielo de cristal, habría sido preferible a un mundo en el que no estuviera Susan. Supongo que la fuerza que confiere vida a la bola de cristal lo sabía, y por eso esperó.

—Pero cuando se volvió a iluminar, la bola te contó todo lo demás —dijo Jake—. Seguro que sí. Te debió de contar las cosas que tú ignorabas porque no estabas presente.

—Sí. Sé todo lo que sé respecto a esta historia gracias a lo que vi en la bola de cristal.

—Una vez nos dijiste que John Farson quería tu cabeza en una estaca —dijo Eddie— porque tú le habías robado una cosa. Una cosa que él apreciaba mucho. Era la bola de cristal, ¿verdad?

—Sí. Se puso furioso cuando se enteró. Se volvió loco de rabia. En tu jerga, Eddie, se «volvió nuclear».

—¿Cuántas otras veces se volvió a iluminar? —preguntó Susannah.

—¿Y qué ocurrió con ella? —añadió Jake.

—Pude ver tres veces lo que había en ella tras nuestra partida de la Baronía de Mejis —contestó Rolando—. La primera fue la víspera de nuestro regreso a Gilead. Fue entonces cuando hice el más largo de mis viajes por su interior, en cuyo transcurso me mostró lo que os he contado. Algunas cosas son sólo conjeturas, pero casi todo lo demás me lo mostró. Y me lo mostró no para impartirme una enseñanza o instruirme sino para herirme y hacerme daño. Los restantes trozos del Arco Iris del Mago son cosas perversas. El hecho de hacer daño les confiere fuerza. La bola de cristal esperó a que mi mente hubiera recuperado la suficiente fuerza como para comprender y resistir, y entonces me mostró todas las cosas que se me habían pasado por alto por culpa de mi estúpida complacencia de adolescente. Mi ofuscamiento de enamorado. Mi orgulloso engreimiento.

—No, Rolando —dijo Susannah—. No permitas que te siga haciendo daño.

—La segunda vez que vi cosas en la bola de cristal, la segunda vez que entré en ella, fue a los tres días de mi regreso a casa. Mi madre no estaba, aunque tenía que regresar aquella noche. Se había ido a Debaria, una especie de retiro femenino, a esperar y rezar por mi regreso. Maiten tampoco estaba. Se encontraba con Farson en Cresia.

—Pero entonces tu padre ya tenía la bola de cristal, ¿verdad? —preguntó Eddie.

—No —contestó Rolando. Se miró las manos y Eddie vio que sus mejillas se teñían ligeramente de arrebol—. Al principio no se la di. Me costaba mucho desprenderme de ella.

—Me lo imagino —dijo Susannah—. A ti y a cualquier otra persona que hubiera contemplado aquella maldita cosa.

—La tercera tarde, antes de que empezara el banquete que se había organizado para celebrar nuestro feliz regreso a casa...

—Seguro que estarías deseando divertirte —dijo Eddie.

Rolando esbozó una sonrisa no demasiado alegre sin apartar los ojos de sus manos.

—Sobre las cuatro de la tarde Cutberto y Alain acudieron a mis habitaciones. Formábamos un trío digno de ser inmortalizado por un pintor, con los rostros quemados por el viento, los ojos hundidos en las cuencas, las manos destrozadas por los cortes y arañazos que nos habíamos hecho trepando por la pared del cañón, y flacos como unos espantapájaros. Hasta Alain, que era más bien fornido, prácticamente desaparecía cuando se volvía de lado. Podría decirse que se enfrentaron conmigo.

Habían guardado el secreto de la bola hasta aquel momento, por respeto a mí y a la pérdida que yo había sufrido, me dijeron, y yo les creí, pero sólo lo guardarían hasta el banquete de aquella noche. En caso de que yo no quisiera entregar voluntariamente la bola, nuestros padres decidirían lo que se tenía que hacer. Estaban tremendamente avergonzados, sobre todo Cutberto, pero su decisión era firme.

Les dije que entregaría la bola de cristal a mi padre antes del comienzo del banquete, antes incluso de que mi madre regresara en coche de Debaria. Les pedí que acudieran temprano para comprobar que yo había cumplido mi promesa. Cutberto vaciló y dijo que no sería necesario, pero estaba claro que sí lo era.

—Sí —dijo Eddie como si comprendiera perfectamente aquella parte de la historia—. Puedes ir al retrete por tu cuenta, pero es mucho más fácil echar el agua para que se vaya toda la mierda si tienes a alguien contigo.

—Alain sabía que sería mejor para mí, más fácil, no tener que entregar la bola de cristal yo solo. Hizo callar a Cutberto y dijo que allí estarían. Y estuvieron. Y yo entregué la bola de cristal, a pesar de que no quería hacerlo. Mi padre palideció como el papel cuando echó un vistazo al interior de la bolsa y vio lo que contenía, se excusó y se la llevó. Al regreso tomó su copa de vino y nos siguió hablando de nuestras aventuras en Mejis como si nada hubiera ocurrido.

—Pero entre el momento en que tus amigos te convencieron y el momento en que la entregaste a tu padre, tú volviste a contemplar la bola —dijo Jake—. Entraste en ella. Viajaste por ella. ¿Qué te mostró esta vez?

—En primer lugar, otra vez la Torre —contestó Rolando— y el principio del camino para llegar hasta ella. Vi la caída de Gilead y el triunfo del Hombre Bueno. La destrucción de los depósitos de petróleo y del yacimiento sólo sirvió para retrasar los acontecimientos unos veinte meses. Yo no podía impedirlo, pero la bola me mostró algo que sí podía hacer. Había un cierto cuchillo cuya hoja había sido tratada con un veneno especialmente potente, una sustancia procedente de un lejano Reino del Mundo Medio llamado Garlan. Era tan fuerte que un minúsculo corte provocaba una muerte casi instantánea. Un cantor errante -en realidad era el sobrino mayor de John Farson-, había llevado aquel cuchillo a la corte. El hombre a quien se lo entregó era el jefe de la servidumbre del castillo. Aquel hombre tenía que entregar el cuchillo al asesino propiamente dicho. Estaba previsto que mi padre no volviera a ver la luz del sol a la mañana siguiente del banquete. —Rolando miró a sus amigos con una triste sonrisa en los labios—. Gracias a lo que yo vi en la Bola de Cristal del Mago, el cuchillo

jamás llegó a la mano que lo habría utilizado, y al término de aquella semana ya había un nuevo jefe de la servidumbre. Os estoy contando unas historias muy bonitas, ¿verdad? Sí, francamente bonitas.

—¿Viste a la persona a quien estaba destinado el cuchillo? —preguntó Susannah—. ¿Al verdadero asesino?

—Sí.

—¿Alguna otra cosa? ¿Viste alguna otra cosa? —preguntó Jake.

El plan para asesinar al padre de Rolando no parecía tener demasiado interés para él.

—Sí —contestó Rolando, perplejo—. Unos zapatos. Sólo durante un minuto. Unos zapatos que volaban por el aire. Al principio pensé que eran unas hojas de otoño. Cuando comprendí lo que eran realmente, las hojas desaparecieron y yo me quedé tendido en la cama, sosteniendo la bola entre mis brazos como había hecho durante el camino de regreso desde Mejis. Mi padre... tal como ya he dicho, se llevó una sorpresa muy grande cuando miró al interior de la bolsa.

«Tú le dijiste quién tenía en su poder el cuchillo impregnado con aquel veneno especial -pensó Susannah-, Jeeves el Mayordomo o quien fuera, pero no le dijiste quién tenía que usarlo, ¿verdad, cariño? ¿Por qué no? ¿Porque querías encargarte tú mismo de aquel trabajito?» Pero, antes de que pudiera preguntarlo, Eddie se le adelantó con otra pregunta.

—¿Unos zapatos que volaban por el aire? ¿Significa eso algo para ti?

Rolando sacudió la cabeza.

—Cuéntanos qué otras cosas viste en la bola de cristal —dijo Susannah.

Rolando le dirigió una mirada tan llena de dolor que aquello que para Susannah era sólo una sospecha se consolidó en su mente y se convirtió en un hecho real. Entonces Susannah apartó la mirada y buscó a tientas la mano de Eddie.

—Te pido perdón, Susannah, pero no puedo. Ahora me es imposible. De momento os he contado todo lo que he podido.

—Muy bien—dijo Eddie—. De acuerdo, Rolando, no te preocupes.

—Upes —convino Acho.

—¿Volviste a ver a la bruja? —preguntó Jake.

Durante un buen rato pareció que Rolando tampoco iba a contestar a aquella pregunta, pero al final lo hizo.

—Sí. Aún no había terminado conmigo. Me siguió, lo mismo que mis sueños con

Susan. Me siguió desde Mejis.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jake en un atemorizado susurro—. Coño, Rolando, ¿qué quieres decir?

—Ahora no. —Rolando se levantó—. Ya es hora de que nos pongamos nuevamente en camino. —Señaló el edificio que flotaba a lo lejos; justo en aquellos momentos el sol estaba abandonando sus almenas—. Aquel fulgurante edificio está a una considerable distancia de aquí, pero yo creo que podremos llegar esta tarde si nos damos prisa. Sería lo mejor. A poco que podamos evitarlo, me gustaría no llegar allí de noche.

—¿Ya sabes lo que es? —preguntó Susannah. —Problemas —repitió Rolando—. En nuestro camino.

4

Aquella mañana la raedura se pasó un buen rato canturreando tan fuerte que ni siquiera las balas que se habían colocado en los oídos pudieron bloquear por entero su sonido; llegó un momento en que Susannah creyó que se le iba a desintegrar el caballete de la nariz, y cuando miró a Jake vio que estaba llorando abundantemente, pero no tal como llora la gente cuando está triste sino cuando tiene los senos nasales totalmente revolucionados. No podía quitarse de la cabeza el tipo de la sierra del que le había hablado el muchacho. «Suena hawaiano -pensó una y otra vez mientras Eddie empujaba su nueva silla de ruedas, haciendo eses entre los vehículos atascados-. Suena hawaiano, ¿verdad? Suena cochinamente hawaiano, ¿verdad, Señorita Tan Joven y Bonita?»

A ambos lados de la autopista, la raedura subía casi hasta el terraplén con sus móviles y deformados reflejos de los árboles y los silos, contemplando a los peregrinos que pasaban, como los hambrientos animales de un zoo podrían contemplar a unos rollizos niños. Susannah pensaba en la raedura del Cañón de la Armella, estirando sus hambrientos brazos en medio del humo para atrapar a los hombres de Latigo y atraerlos hacia abajo (algunos se habían acercado espontáneamente a ella caminando como los zombis de una película de terror), pero después volvía a pensar en el tipo del Central Park, el chalado de la sierra, «Suena hawaiano, ¿verdad? Contando una raedura, suena hawaiano, ¿verdad?».

Cuando ya pensaba que no podría resistirlo ni un momento más, la raedura empezó a alejarse de nuevo de la 1-70 y el zumbido de su gorjeo se desvaneció. Al

final se pudo quitar las balas de los oídos y guardarlas con una mano que le temblaba ligeramente en el bolsillo lateral de su silla de ruedas.

—Ha sido horrible —dijo Eddie. Hablaba con voz llorosa y entrecortada. Ella se volvió a mirarle y vio que tenía las mejillas mojadas y los ojos enrojecidos—. Tranquilízate, Suzie —le dijo—. Son los senos nasales, eso es todo. Este ruido los mata.

—A mí también —dijo Susannah.

—Los senos nasales los tengo bien, pero me duele la cabeza —dijo Jake—. Rolando, ¿te queda alguna aspirina?

Rolando se detuvo y rebuscó hasta encontrar el frasco.

—¿Volviste a ver alguna vez a Clay Reynolds? —preguntó Jake, tras haberse tragado las pastillas con un poco de agua de la bota que llevaba.

—No, pero sé qué fue de él. Reunió a un grupo de hombres, algunos de ellos desertores del ejército de Farson, y se dedicó a atracar bancos... fue en nuestra parte del mundo, pero entonces los atracadores de bancos y los asaltantes de diligencias no tenían que temer demasiado a los pistoleros.

—Porque los pistoleros estaban ocupados con Farson —dijo Eddie.

—Sí. Pero Reynolds y sus hombres fueron atrapados por un sheriff muy listo que convirtió la calle principal de una ciudad llamada Oakley en una zona de caza. Seis de los diez de la banda murieron allí mismo. Los demás fueron ahorcados. Reynolds fue uno de ellos. Ocurrió menos de un año después, durante la época de la Tierra Ancha. —Rolando hizo una pausa antes de añadir—: Una de las personas que murieron en la zona de caza fue Coral Thorin. Se había convertido en la mujer de Reynolds; cabalgaba y mataba como los demás.

Caminaron un rato en silencio. A lo lejos, la raedura gorjeaba su interminable canción. De repente Jake echó a correr hacia una caravana aparcada más adelante. Habían dejado una nota en la hoja del parabrisas del lado del conductor. Se puso de puntillas, para alcanzarla, y le echó un vistazo, frunciendo el ceño.

—¿Qué dice? —le preguntó Eddie.

Jake le entregó la nota. Eddie la leyó y se la pasó a Susannah, la cual la leyó a su vez y se la pasó a Rolando. Éste la leyó y sacudió la cabeza.

—Sólo puedo entender algunas palabras... vieja, hombre oscuro. ¿Qué dice el resto? Leédmelo.

Jake volvió a tomar la nota.

—«La vieja de los sueños está en Nebraska. Se llama Abigail.» —Hizo una pausa—. Después, aquí abajo dice: «El hombre oscuro está en el oeste. Tal vez en Las Vegas.»

Con la nota temblando en su mano, Jake miró al pistolero sin poder disimular su inquietud y desconcierto.

Pero Rolando estaba contemplando el palacio que resplandecía al otro lado de la autopista, el palacio que no estaba en el oeste sino en el este, el palacio que era luz y no oscuridad.

—En el oeste —dijo Rolando—. El hombre oscuro, la Torre Oscura, y siempre en el oeste.

—Nebraska también está al oeste de aquí —dijo Susannah con un cierto titubeo—. No sé si eso tiene importancia, si esta tal Abigail...

—Yo creo que pertenece a otra historia —dijo Rolando.

—Pero a otra historia muy próxima a ésta —terció bruscamente Eddie—. Quizás a una historia de la casa de al lado situada lo bastante cerca de ella como para que ambas se intercambien azúcar y sal... o para que surjan discusiones.

—Estoy seguro de que tienes razón —dijo Rolando— y es posible que todavía tengamos que tratar con la «vieja» y el «hombre oscuro»... pero hoy tenemos que dirigirnos al este. Vamos. Reanudaron la marcha.

5

—¿Qué fue de Sheemie? —preguntó Jake al cabo de un rato.

Rolando se echó a reír, en parte sorprendido por la pregunta y en parte complacido por aquel recuerdo.

—Nos siguió. La situación no hubiera sido fácil para él y debió de pasarlo muy mal en algunos lugares; entre Mejis y Gilead había ruedas y más ruedas de territorio salvaje y también gentes salvajes. Tal vez peor que simples gentes. Pero ka estaba con él y consiguió llegar a tiempo para la Feria de Fin de Año. Él y su condenado mulo.

—Capri ——dijo Jake.

—Apri —repitió Acho, caminando pegado a los talones de Jake.

—Cuando mis amigos y yo fuimos en busca de la Torre, Sheemie nos acompañó. Como una especie de escudero, diríais vosotros. Él...

Rolando dejó la frase sin terminar, se mordió el labio y ya no quiso decir nada más.

—¿Y Cordelia? —preguntó Susannah—. La tía loca.

—Murió antes de que la hoguera se redujera a pavesas. Puede que fuera una tormenta del corazón o una tormenta del cerebro, eso que Eddie llama un ataque.

—Puede que de vergüenza —dijo Susannah—. De horror por lo que había hecho.

—Es posible —dijo Rolando—. Despertar a la verdad cuando ya es demasiado tarde es algo terrible. Bien lo sé yo.

—Allí arriba hay algo —dijo Jake, señalando un largo tramo de carretera del que se habían retirado todos los automóviles—. ¿Lo ves?

Rolando lo vio -al parecer, con sus ojos lo veía todo-, pero transcurrieron unos quince minutos más antes de que Susannah empezara a distinguir las pequeñas motitas negras que había más adelante. Estaba segura de que sabía lo que eran, si bien lo que ella creía no se debía tanto a la visión cuanto a la intuición. Diez minutos más tarde, ya estuvo segura.

Eran zapatos. Seis pares de zapatos pulcramente alineados sobre los carriles de la Interestatal 70 que se dirigían al este.

CAPÍTULO II

ZAPATOS EN LA CARRETERA

1

Llegaron a los zapatos a media mañana. Más allá, ahora más claramente visible, se levantaba el palacio de cristal, el cual brillaba con un delicado matiz verde semejante al reflejo de un nenúfar en las tranquilas aguas de un estanque. Tenía en su fachada unas resplandecientes puertas, y en sus torres ondeaban unos rojos estandartes movidos por la suave brisa.

Los zapatos también eran rojos.

La impresión de Susannah de que había seis pares era comprensible pero errónea -en realidad eran cuatro pares y un cuarteto. Este último -cuatro botines de color rojo oscuro hechos de suave cuero- estaba indudablemente destinado al miembro de cuatro patas de su ka-tet. Rolando tomó uno de ellos y lo examinó por dentro. No sabía cuántos brambos habrían llevado zapatos en la historia del mundo, pero se atrevía a suponer que ninguno de ellos había podido disfrutar jamás de unos botines de cuero forrados de seda.

—Bally, Gucci, la marca que queráis —dijo Eddie—. Todo eso es fabuloso.

Los de Susannah fueron los más fáciles de elegir, y no sólo por los femeninos y brillantes adornos laterales. En realidad no eran unos zapatos propiamente dichos; los habían hecho para que encajaran en los muñones de sus piernas, que terminaban justo por encima de las rodillas.

—Fijaos en esto —dijo Susannah en tono asombrado, tomando uno de ellos para que el sol pudiera arrancar destellos de las falsas piedras preciosas que lo adornaban... en caso de que efectivamente fueran falsas. Tenía la absurda idea de que a lo mejor eran pedacitos de diamantes—. Son unos casquetes. Después de pasarme cuatro años apañándomelas con lo que mi amiga Cynthia llama «circunstancias de espacio pernal reducido», al final he conseguido un par de casquetes.

—Casquetes —dijo Eddie en tono pensativo—. ¿Así los llaman?

—Así los llaman, cariño.

Las de Jake eran unas deportivas botas de llamativo color rojo anudadas con cordones; de no ser por el color, hubieran resultado ideales en las elegantes aulas de la Escuela Piper. Dobló una de ellas y le dio la vuelta. La suela era de color claro y no llevaba grabada ninguna marca. No había ningún sello del fabricante, ni en realidad él

lo esperaba. Su padre tenía una media docena de excelentes zapatos hechos a mano, y Jake los conocía muy bien.

Las de Eddie eran unas botas bajas con tacón cubano («A lo mejor, en este mundo se llaman tacones Mejis», pensó) y puntas puntiagudas, lo que en la otra vida se llamaban «zapatos de batalla». Los chicos de mediados de los sesenta -una era que Odetta/Detta/Susannah no había llegado a conocer- las hubieran podido llamar «botas-Beatle». Y las de Rolando eran naturalmente unas botas vaqueras. Pero de fantasía, de esas con las que uno hubiera ido a bailar más que a conducir el ganado. Puntadas de cadeneta, adornos laterales, arrogantes y estrechos arcos plantares. Rolando las examinó sin tomarlas y después miró a sus compañeros de viaje, frunciendo el ceño. Los tres se estaban mirando entre sí. Alguien habría señalado que eso lo podían hacer dos personas y no tres... pero sólo alguien que jamás hubiera formado parte de un ka-tet.

Rolando aún compartía khef con ellos; percibía la poderosa corriente de su pensamiento mezclado, pero no podía comprenderla. «Porque es de su mundo. Vienen de diferentes cuandos de ese mundo, pero aquí ven algo que es común a los tres.»

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Qué significan estos zapatos?

—No creo que ninguno de nosotros lo sepa exactamente —contestó Susannah.

—No —dijo Jake—. Es otra adivinanza. —Contempló con expresión de desagrado el extraño zapato deportivo rojo sangre que sostenía en sus manos—. Otra maldita adivinanza.

—Decidme lo que sabéis. —Rolando miró de nuevo hacia el palacio de cristal. Ahora debía de encontrarse a unos veintidós kilómetros neoyorquinos de distancia y resplandecía en el claro día, tan delicado como un espejismo pero tan real como... bueno, tan real como unos zapatos—. Por favor, decidme lo que sabéis acerca de estos zapatos.

—Yo tengo zapatos, tú tienes zapatos, todos los hijos de Dios tienen zapatos —dijo Odetta—. Ésa es por lo menos la opinión más generalizada.

—En todo caso —dijo Eddie—, nosotros los tenemos. Y tú estás pensando lo que yo pienso, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¿Y tú, Jake?

En lugar de responder con palabras, Jake tomó la otra bota deportiva (Rolando estaba seguro de que todos los zapatos, incluidos los de Acho, encajarían a la

perfección) y la golpeó enérgicamente tres veces contra la otra. El gesto no significó nada para Rolando, pero tanto Eddie como Susannah reaccionaron mirando a su alrededor y especialmente hacia el cielo, como si esperaran una tormenta nacida de aquel claro sol otoñal. Acabaron mirando de nuevo hacia el palacio de cristal y después mirándose el uno al otro con aquella expresión de asombrada sagacidad que a Rolando le hacía experimentar el impulso de sacudirlos a los dos hasta que les castañetearan los dientes. Pero decidió esperar. A veces eso era lo único que podía hacer un hombre.

—Después de haber matado a Jonas contemplaste otra vez el interior, la bola —dijo Eddie, volviéndose hacia él.

—Sí.

—Viajaste por el interior de la bola.

—Sí, pero no quiero volver a hablar de ello ahora; no tiene nada que ver con estos...

—Pues yo creo que sí —dijo Eddie—. Volaste por el interior de la tormenta rosa. Dentro de un vendaval [6] rosa, se podría decir. Se puede utilizar la palabra vendaval para describir una tormenta, ¿verdad? Sobre todo cuando uno está inventando una adivinanza.

—Pues claro —dijo Jake en tono soñador, casi como un muchacho que hablara en sueños—. ¿Cuándo vuela Dorothy por encima del Arco Iris del Mago? Cuando es una Gale.

—Ya no estamos en Kansas, cariño —dijo Susannah, y después soltó un extraño y seco ladrido que Rolando interpretó como una especie de carcajada—. Puede que eso se le parezca, pero Kansas nunca fue... ¿cómo diría?, tan raída.

—No entiendo nada de lo que decís —dijo Rolando.

Tenía frío y el corazón le latía demasiado deprisa. ¿Acaso ahora había raeduras por todas partes? ¿No era eso lo que él les había dicho, que los mundos se fundirían entre sí cuando las fuerzas de la Torre se debilitaran, cuando se acercara el día en que la rosa quedara enterrada?

—Viste cosas mientras volabas —dijo Eddie—. Antes de llegar a la tierra oscura, eso que tú llamas el Tronido, viste cosas. Al pianista Sheb, que más tarde apareció de nuevo en tu vida, ¿verdad?

—Sí, en Tull.

—¿Y el habitante del cabello pelirrojo?

—A ése también. Tenía un pájaro llamado Zoltan. Pero, cuando él y yo nos conocimos, dijimos lo que suele decirse normalmente: «Vida para ti, vida para tu cosecha», cosas de ese tipo. Creo que yo oí lo mismo cuando pasó volando por mi lado en la tormenta rosa, pero en realidad él dijo otra cosa. —Rolando miró a Susannah—. También vi tu silla de ruedas. La antigua.

—Y viste a la bruja.

—Sí. Yo...

Con una chirriante carcajada que a Rolando le hizo recordar con cierto desaliento la de Rea, Jake Chambers gritó:

—¡Ya te pillaré, bonita! ¡Y a tu perrito también!

Rolando lo miró, procurando disimular su asombro.

—Sólo que en la película la bruja no cabalgaba en una escoba —dijo Jake—. Iba montada en su bicicleta, la que tenía un cesto detrás.

—Sí, y tampoco llevaba ningún amuleto de la siega —dijo Eddie—. Hubiera sido un bonito detalle. Te aseguro, Jake, que cuando yo era pequeño su manera de reírse me producía pesadillas.

—Pues a mí lo que me causó repelús fueron los monos —dijo Susannah—. Los monos voladores. No podía quitármelos de la cabeza, y al final tuve que acostarme en la cama de mis padres. Cuando me quedé dormida, aún estaban discutiendo a quién de ellos se le había ocurrido la brillante idea de llevarme a ver aquel espectáculo.

—A mí no me preocupaba lo de juntar los tacones —dijo Jake—. En absoluto. —Se estaba dirigiendo a Susannah y Eddie; de momento era como si Rolando ni siquiera estuviera presente—. Al fin y al cabo, no los llevaba.

—Cierto —dijo severamente Susannah—, pero ¿sabes lo que solía decir mi padre?

—No, pero tengo la sensación de que enseguida lo vamos a averiguar —contestó Eddie.

Susannah le dirigió una fugaz mirada de reproche y después se volvió a mirar a Jake.

—«Nunca silbes para llamar al viento a menos que quieras que sople» —dijo—. Y es un buen consejo piense lo que piense el Señor Necio.

—Me han vuelto a dar una zurra —dijo Eddie sonriendo.

---

[6] En inglés, «gale», apellido de Dorothy, la heroína de El mago de Oz. (N. de la T).

—¡Urra! —dijo Acho, mirando con la cara muy seria a Eddie.

—Explicádmelo —dijo Rolando con su tono de voz más suave—. Quiero oírlo. Quiero compartir vuestro khelf. Y quiero compartirlo ahora mismo.

2

Le contaron una historia que casi todos los niños norteamericanos del siglo XX conocían, acerca de una pequeña campesina de Kansas llamada Dorothy Gale arrebatada por un ciclón, que finalmente la había depositado, junto con su perro, en el País de Oz. En Oz no había ninguna 1-70 sino un camino de baldosas amarillas que servía para lo mismo, y había brujas buenas y malas. Había un ka-tet integrado por Dorothy, Totó y tres amigos que ella encontró por el camino: el León Cobarde, el Hombre de Hojalata y el Espantapájaros. Cada uno de ellos tenía (pájaro y oso y liebre y pez) un ardiente deseo, pero con quien más estrechamente se identificaban los nuevos amigos de Rolando (e incluso el propio Rolando) era con Dorothy, por ser la que quería volver a encontrar el camino de regreso a casa.

—Los Munchkins le dijeron que tenía que seguir el camino de baldosas amarillas de Oz —dijo Jake—, y allá se fue. A los demás los conoció por el camino, más o menos como tú nos conociste a nosotros, Rolando...

—Aunque la verdad es que tú no te pareces mucho a Judy Garland —terció Eddie—, y al final llegaron allí. A Oz, al Palacio Esmeralda y al tipo que vivía en el Palacio Esmeralda.

Jake contempló el palacio de cristal que se levantaba a lo lejos y cuyo color verde era cada vez más intenso bajo la tonificante luz, y después se volvió a mirar de nuevo a Rolando.

—Sí, lo comprendo —dijo éste—. ¿El tal Oz era un dinh muy poderoso? ¿Un Barón? ¿Tal vez un Rey?

Una vez más los tres amigos se intercambiaron una mirada, de la que Rolando quedó excluido.

—Eso ya es más complicado —contestó Jake—. Era una especie de timo...

—¿Un timo? ¿Y eso qué es?

—Un timo —repitió Jake entre risas—. Un farsante. Uno que se limita a hablar pero no hace nada. Pero quizá lo más importante es que el Mago procedía realmente...

—¿El Mago? —preguntó bruscamente Rolando, asiendo a Jake por el hombro con su mano derecha reducida—. ¿Por qué lo llamáis así?

—Pues porque éste era su título, cariño —dijo Susannah—. El Mago de Oz. —Con una suavidad no exenta de firmeza, apartó la mano de Rolando del hombro de Jake—. Deja que él te lo cuente. No hace falta que se lo exprimas a la fuerza.

—¿Te he hecho daño? Te pido perdón, Jake.

—No, tranquilo —contestó Jake—. No te preocupes por eso. Sea como fuere, Dorothy y sus amigos vivieron muchas aventuras antes de descubrir que el Mago era un moti, ¿comprendes? —Jake se rió, acercándose las manos a la frente y apartándose los mechones de cabello como si fuera un niño de cinco años—. No pudo conferir valor al León, ni cerebro al Espantapájaros, ni corazón al Hombre de Hojalata. Y lo peor de todo es que no pudo enviar a Dorothy de nuevo a Kansas. El Mago tenía un globo, pero se fue sin ella. No creo que lo hiciera a propósito, pero lo hizo.

—Por la manera en que cuentas la historia —dijo Rolando en un susurro—, me parece que los amigos de Dorothy ya tenían las cosas que querían.

—Ésta es la moraleja del relato —dijo Eddie—. Quizá por eso es un gran relato. Pero resulta que Dorothy se quedó en Oz. Y entonces apareció Glinda. Glinda la Buena. Y como regalo por haber aplastado a una de las brujas malas bajo su casa y haber fundido a otra, Glinda le reveló a Dorothy cómo utilizar las zapatillas rubí. Las que ella misma le dio.

Eddie tomó las rojas botas de batalla de tacones cubanos, las que habían dejado para él en la línea discontinua de la 1-70.

—Glinda le dijo a Dorothy que juntara tres veces los tacones de las zapatillas rubí. Eso la llevaría de nuevo a Kansas, le dijo. Y así fue.

—¿Y éste es el final del relato?

—Bueno —contestó Jake—, el cuento se hizo tan famoso que el hombre que lo escribió decidió escribir unos mil cuentos más acerca de Oz...

—Sí —dijo Eddie—. Todo menos La guía de Glinda para tener unos muslos firmes, y también hubo un absurdo refrito titulado El Mago, protagonizado por negros...

—¿De veras? —preguntó Susannah, estupefacta—. Qué idea tan curiosa.

—... pero creo que el que importa realmente —terminó diciendo Jake— es el primero.

Rolando se agachó e introdujo las manos en las botas que habían dejado para él. Después de levantarlas y examinarlas, las volvió a dejar en el suelo.

—¿Creéis que nos las tenemos que poner, ahora y aquí?

Sus tres amigos de Nueva York se miraron los unos a los otros con expresión

dubitativa. Al final, Susannah habló en nombre de todos, proporcionándole el khef que él podría sentir, pero no compartir por entero.

—Ahora quizá mejor que no. Aquí hay demasiados espíritus perversos.

—Espíritus Takuro —musitó Eddie, casi hablando solo. Después añadió—: Mirad, vamos a hacer una cosa. Nos las vamos a llevar. Si tenemos que ponérnoslas, creo que lo sabremos cuando llegue el momento. Creo que tenemos que guardarnos de los motis que hacen regalos.

Jake soltó una carcajada, tal como Eddie ya sabía que iba a ocurrir; a veces una palabra o una imagen se te introduce en el hueso de la risa como un virus y allí se queda durante algún tiempo. Puede que al día siguiente la palabra «moti» no significara nada para el muchacho, pero aquel día se iba a reír cada vez que la oyera. Eddie tenía intención de utilizarla mucho, sobre todo cuando el bueno de Jake menos lo esperara.

Tomaron los zapatos rojos que habían dejado para ellos en los carriles de la autopista que se dirigían al este (Jake tomó los de Acho) y reanudaron la marcha hacia el resplandeciente palacio de cristal.

«Oz», pensó Rolando. Rebuscó en su memoria, pero no creía haber oído jamás aquel nombre ni tampoco una palabra del Alto Lenguaje disfrazada, tal como «char» se había disfrazado de Charlie. Pero su sonido guardaba relación con aquel asunto; era un sonido más de su mundo que del de Jake, Susannah y Eddie, del que procedía el cuento.

3

Jake seguía esperando que el Palacio Verde empezara a parecer un edificio normal conforme ellos se fueran acercando, tal como las atracciones de Disney World empezaban a parecer normales conforme uno se iba acercando a ellas; no esperaba que fueran necesariamente corrientes sino normales, unas cosas tan propias del mundo como la parada del autobús de la esquina, el buzón de correos o un banco del parque, cosas que se podían tocar y en las que uno podía escribir, si quisiera, PIPER MIERDA.

Pero eso no ocurrió ni iba a ocurrir. Mientras se acercaban al Palacio Verde, Jake reparó en otro detalle: era la cosa más bella y radiante que jamás había visto en su vida. El hecho de que no se fiara de él -porque no se fiaba- no alteraba la situación. Era como el dibujo de un cuento de hadas, que por su verosimilitud se hubiera convertido en cierto modo en realidad. Y, como la raedura, también zumbaba... sólo que el sonido

era mucho más débil y no resultaba desagradable.

Unos muros de pálido color verde se elevaban hasta las almenas que se proyectaban hacia fuera y hasta las altas torres que casi parecían rozar las nubes que flotaban sobre las llanuras de Kansas. Las torres estaban rematadas por unas agujas de un verde esmeralda más oscuro; allí ondeaban los estandartes rojos. En cada estandarte se había pintado el símbolo del ojo abierto en color amarillo.

«Es la marca del Rey Carmesí -pensó Jake-. En realidad este sigul es suyo y no de John Farson.» No sabía cómo lo sabía (¿cómo podía saberlo si la única cosa carmesí que él conocía era la Marea Carmesí de Alabama?), pero el caso era que lo sabía.

—Qué bonito —musitó Susannah. Cuando Jake la miró, le pareció que estaba casi llorando—. Pero en realidad no lo es. Es algo que no es bueno. Puede que no sea totalmente malo como la raedura, pero...

—Pero no es bonito —dijo Eddie—. Sí. Eso es. Quizá no es una luz roja, pero sí intensamente amarilla. —Se frotó la parte lateral del rostro (un gesto que había imitado de Rolando sin darse cuenta tan siquiera) y miró a su alrededor con expresión perpleja—. Casi parece que no sea serio... parece más bien una broma pesada.

—Pues yo dudo mucho que sea una broma —dijo Rolando—. ¿Creéis que es una copia del lugar donde Dorothy y su ka-tet conocieron al falso mago?

Una vez más los tres antiguos neoyorquinos intercambiaron una mirada de consulta. Después, Eddie habló en nombre de todos.

—Sí, sí, es probable. No es el mismo que el de la película, pero si esto hubiera surgido de nuestra mente, no lo sería. Porque nosotros vemos también el del libro de L. Frank Baum. Tanto el de las ilustraciones del libro...

—Como los de nuestra imaginación —dijo Jake.

—De eso precisamente se trata —dijo Susannah—. Yo diría que nos hemos puesto en camino para ir a ver al Mago.

—Y que lo digas —dijo Eddie—. Porque-porque-porque-porque-porque...

—¡Por todas las cosas maravillosas que hace! —dijeron Jake y Susannah, terminando la frase al unísono.

Después se echaron a reír, muy complacidos el uno del otro mientras Rolando los

miraba frunciendo el ceño. Estaba perplejo y se sentía excluido.

—Pero yo os tengo que decir, muchachos —dijo Eddie—, que bastará un solo nuevo prodigio para enviarme al lado oscuro de la Luna Psicópata. Probablemente para siempre.

4

Cuando estuvieron un poco más cerca, vieron que la Interestatal-70 se perdía en las verdes profundidades de la muralla exterior del castillo, la cual presentaba una forma ligeramente redondeada. El castillo flotaba como una ilusión óptica.

Al acercarse un poco más oyeron el rumor de los estandartes ondeando al viento y vieron sus propios y ondulados reflejos, como unos ahogados que caminaran por el fondo de sus acuáticos sepulcros tropicales.

Había un reducto interior de cristal azul oscuro -el color que Jake asociaba con los frascos de tinta para plumas estilográficas- y un adarve de color herrumbre entre el reducto y la muralla exterior. Aquel color le hizo recordar a Susannah el de las botellas de cerveza de remolacha Hires de su infancia.

La entrada estaba bloqueada por una puerta de barrotes de aspecto etéreo a pesar de su gran tamaño. Parecía de hierro forjado, posteriormente convertido en cristal. Los barrotes habían sido hábilmente construidos y cada uno de ellos era de un color distinto; los colores parecían proceder de su interior, como si los barrotes estuvieran llenos de gas o de líquido.

Los viajeros se detuvieron delante de la puerta. Más allá de la misma no se veía ni rastro de la autopista; en lugar de carretera había un patio de cristal plateado, que en realidad era un inmenso espejo plano. Las nubes flotaban serenamente a través de sus profundidades, al igual que las imágenes de los pájaros que ocasionalmente lo sobrevolaban. La luz del sol se reflejaba en aquel patio de cristal y acariciaba los verdes muros del castillo en ondulantes escarceos. Al otro lado, el muro del baluarte interior del castillo se elevaba como si fuera un fulgurante farallón de color verde, interrumpido por unas aspilleras protegidas con cristales de color negro como el azabache. El arco de la entrada de aquel muro le hizo recordar a Jake la catedral de San Patricio. A la izquierda de la puerta principal había una garita hecha de cristal color crema, jaspeado con unas vetas de brumoso color anaranjado. Su puerta, pintada con franjas rojas, estaba abierta. El interior, del mismo tamaño que el de una cabina telefónica, estaba vacío, aunque en el suelo había algo que a Jake le pareció un

periódico.

Por encima de la entrada y flanqueando su oscuridad, había dos agazapadas y siniestras gárgolas de cristal violeta muy oscuro. Sus puntiagudas lenguas asomaban cual si fueran unas magulladuras. Los estandartes que ondeaban en lo alto de las torres parecían las banderas del patio de recreo de una escuela.

Los cuervos graznaban sobrevolando unos maizales vacíos desde que una semana atrás finalizara la Siega.

A lo lejos, la raedura gemía y gorjeaba.

—Fijaos en los barrotes de la puerta —dijo Susannah, impresionada y casi sin resuello—. Fijaos bien.

Jake se inclinó hacia el barrote amarillo hasta casi rozarlo con la nariz y entonces una ligera franja amarilla le bajó por el centro del rostro. Al principio no vio nada, pero después soltó un jadeo. Lo que había tomado por motas eran unas criaturas -unas criaturas vivas aprisionadas en el interior del barrote, nadando en pequeños bancos. Parecían unos pececitos de acuario, pero también parecían («las cabezas -pensó Jake-, creo que es sobre todo por las cabezas») unos seres extraña e inquietantemente humanos. Era como si estuviera contemplando, pensó Jake, un dorado océano vertical, todo el océano en una vara de cristal en cuyo interior flotaban unos míticos seres vivos no mayores que las motas de polvo. Una mujercita con cola de pez y una larga melena rubia flotando a su espalda pasó nadando junto al cristal, pareció mirar al gigantesco muchacho (sus bellos ojos redondos estaban un poco asustados) y volvió a alejarse.

Jake se sintió súbitamente cansado y aturdido. Cerró los ojos para que se le pasara la sensación de vértigo, los volvió a abrir y miró los demás.

—¡Coño! ¿Son todos iguales?

—Pues yo creo que son todos distintos —dijo Eddie, que ya había contemplado el interior de dos o tres barrotes. Se inclinó sobre uno de color morado y sus mejillas se iluminaron como si se encontraran bajo el resplandor de un anticuado fluoroscopio.

Jake se dio cuenta entonces de que Eddie tenía razón: dentro del barrote morado de la puerta había bandadas de pájaros de tamaño no superior al de unos insectos estivales. Revoloteaban vertiginosamente en su eterno crepúsculo los unos por encima y por debajo de los otros y sus alas dejaban unas plateadas estelas de burbujas.

—¿Están aquí de verdad? —preguntó Jake, respirando afanosamente—. ¿Están aquí, Rolando, o simplemente los imaginamos?

—No lo sé. Pero lo que sí sé es lo que han pretendido que parezca esta puerta.

—Yo también —dijo Eddie.

Contempló los relucientes barrotes, cada uno de ellos con su propia columna de luz y vida aprisionadas. Cada una de las hojas de la puerta tenía seis barrotes. El del centro -ancho y plano en lugar de redondo, se dividía en dos cuando se abría la puerta- era el decimotercero. Éste era totalmente negro y en su interior no se movía nada.

«Bueno, a lo mejor tú no lo ves, pero aquí dentro hay cosas que se mueven -pensó Jake-. Aquí dentro hay vida, una vida terrible. Y puede que también haya rosas. Ahogadas.»

—Es una Puerta de Mago —dijo Eddie—. Cada barrote se ha construido de tal forma que parezca una de las bolas de cristal del Arco Iris de Merlín. Mirad, aquí está el de color de rosa.

Jake se inclinó hacia él con las manos apoyadas en los muslos. Sabía lo que vería dentro antes incluso de mirar: caballos de carreras. Minúsculas manadas que galopaban a través de aquella sustancia de color rosa que no era ni luz ni líquido. Unos caballos que galopaban en busca de una pendiente que tal vez jamás podrían encontrar.

Eddie alargó las manos para apoyarlas en los lados del barrote central, el de color negro.

—¡No lo hagas! —le gritó Susannah.

Eddie no le hizo caso, pero Jake vio que su pecho se paralizaba un instante y que apretaba fuertemente los labios mientras sus manos rodeaban el barrote negro a la espera de que algo -quizás enviado con urgencia desde la Torre Oscura- lo cambiara o lo hiciera caer muerto. Al ver que no ocurría nada, volvió a respirar hondo y se atrevió a sonreír.

—Aquí no hay electricidad, y sin embargo... —Tiró hacia fuera, pero la puerta se mantuvo cerrada—. Tampoco se puede empujar. Veo la separación de las hojas en el centro, pero no hay manera. ¿Quieres probar tú, Rolando?

Rolando hizo ademán de acercarse a la puerta, pero Jake apoyó una mano en su brazo y se lo impidió antes de que pudiera hacer algo más que darle a la puerta una sacudida.

—No te molestes. Ésta no es la manera.

—Pues entonces, ¿cuál es?

En lugar de contestar, Jake se sentó delante de la puerta, cerca del lugar donde terminaba aquella extraña versión de la 1-70, y empezó a ponerse los zapatos que

habían dejado en la carretera para él.

—Creo que tenemos que probarlo —dijo—, aunque seguramente será otro moti.

Se echó a reír, sacudió la cabeza y empezó a anudarse los cordones de las botas deportivas color rojo sangre. Él y Eddie sabían que aquello no era un moti. Esta vez no.

5

—Muy bien —dijo Jake en cuanto todos se hubieron puesto su calzado rojo (le pareció que el aspecto del calzado resultaba extremadamente estúpido, sobre todo el de Eddie)—. Contaré hasta tres y entrechocaremos los tacones. Así.

Juntó enérgicamente los tacones de sus botas deportivas... y la puerta se estremeció como una persiana mal cerrada, agitada por un fuerte viento. Susannah lanzó un grito. Se oyó una especie de dulce tañido desde el interior del Palacio Verde, como si las murallas hubieran vibrado.

—Creo que éste es el truco —dijo Eddie—. Pero os advierto que no pienso cantar En algún lugar del Arco Iris. Eso no figura en el contrato.

—El arco iris está aquí —dijo el pistolero en un suave susurro, alargando su reducida mano hacia la puerta.

La sonrisa del rostro de Eddie se desvaneció de golpe.

—Sí, lo sé. Tengo un poco de miedo, Rolando.

—Y yo también —dijo el pistolero, y en efecto, a Jake le pareció que estaba un poco pálido y parecía mareado.

—Adelante, cariño —dijo Susannah—. Cuenta antes de que se nos acabe a todos el valor.

—Uno... dos... tres.

Juntaron solemnemente los tacones al unísono: toc, toc, toc. Esta vez la puerta se estremeció con más violencia y los colores de los barrotes se intensificaron imperceptiblemente. El tañido que se produjo a continuación fue más alto y más dulce, como el de un fino cristal golpeado con el mango de un cuchillo. Su eco resonó con una soñadora armonía que hizo estremecer a Jake, en parte de placer y en parte de dolor.

Pero la puerta no se abrió.

—¿Qué...? —dijo Eddie.

—Ya lo sé —dijo Jake—. Hemos olvidado a Acho.

—Vaya por Dios —dijo Eddie—. Dejé el mundo que conocía para ver cómo un muchacho intentaba ponerle botines a una maldita comadreja. Pégame un tiro,

Rolando, antes de que pueda engendrar. Rolando no le hizo caso y observó detenidamente a Jake mientras el muchacho se sentaba en la autopista y llamaba:

—¡Acho! ¡Aquí!

El brambo acudió obediente a su llamada y, a pesar de que debía de ser una criatura salvaje antes de que lo encontraran en el Camino del Haz, permitió que Jake le calzara las patas con los botines rojos sin crear dificultades; es más, en cuanto comprendió la idea, él mismo introdujo las patas en los últimos dos. Cuando los cuatro zapatitos rojos estuvieron en su sitio (de hecho, eran los que más se parecían a las zapatillas rubí de Dorothy), Acho husmeó uno de ellos y volvió a mirar atentamente a Jake.

Jake juntó tres veces los tacones mirando al brambo, sin prestar atención al chirrido de la puerta y al suave tañido de las murallas del Palacio Verde.

—¡Tú, Acho!

—¡Acho!

El brambo rodó por el suelo y se quedó boca arriba como un perro que hace el muerto y después se miró las patas con una expresión de asqueada perplejidad. Mientras lo contemplaba, Jake evocó un recuerdo: la vez en que intentó darle unas palmadas en la tripa y acariciarle la cabeza al mismo tiempo, y su padre se burló de él al ver que no conseguía hacerlo de inmediato.

—Rolando, ayúdame. Él sabe lo que tiene que hacer, pero no sabe cómo hacerlo. —Jake miró a Eddie—. Y ahora no te hagas el gracioso, ¿de acuerdo?

—No —dijo Eddie—, nada de hacerme el gracioso, Jake. ¿Crees que esta vez tiene que hacerlo sólo Acho o tendrá que ser un esfuerzo conjunto de todo el grupo?

—Creo que sólo él.

—Pero no estaría de más que nosotros juntáramos los tacones junto con Mitch —dijo Susannah.

—¿Mitch? —preguntó Eddie, desconcertado.

—No importa. Seguid, Jake, Rolando. Volved a contar.

Eddie tomó las patas delanteras de Acho y Rolando tomó suavemente las de atrás. Acho se puso nervioso -como si temiera que lo lanzaran al aire según la antigua costumbre del manteo-, pero no se rebeló.

—Un, dos, tres.

Jake y Rolando juntaron al unísono las patas anteriores y las posteriores de Acho, al tiempo que juntaban los tacones de su propio calzado. Eddie y Susannah hicieron lo

mismo.

Esta vez el armonioso tañido fue un profundo y sordo rumor, como el de una campana de iglesia de cristal. El barrote de cristal negro que discurría por el centro de la puerta de doble hoja no se abrió, pero se hizo añicos, arrojando fragmentos de cristal de obsidiana en todas direcciones. Algunos de ellos fueron a parar sobre el cuerpo de Acho, que pegó un rápido brinco, se libró de la presa de Jake y Rolando y se alejó trotando a prudencial distancia. Después se sentó sobre la blanca línea discontinua de separación entre el carril de circulación rápida y el de vehículos pesados de la autopista, con las orejas echadas hacia atrás, mirando hacia la puerta con respiración anhelante.

—Vamos —dijo Rolando. Se acercó a la hoja izquierda de la puerta y la abrió, empujándola lentamente hacia dentro. Permaneció de pie junto al extremo del patio de suelo de espejo, alto y desgarbado, con sus pantalones de vaquero, una vieja camisa de color indefinido y unas improbables botas vaqueras de color rojo—. Entremos y veamos qué tiene que decir en su defensa el Mago de Oz.

—Si es que todavía está aquí —dijo Eddie.

—Yo creo que está —musitó Rolando—. Sí, creo que sí.

Se acercó a la puerta principal, flanqueada por la vacía garita del centinela. Los demás lo siguieron, con sus zapatos rojos aparentemente soldados a sus imágenes reflejadas en el espejo del suelo del patio como si fueran unas parejas de hermanos siameses.

Acho caminaba en último lugar, deslizándose hábilmente con sus zapatillas rubí y deteniéndose sólo una vez para husmear el reflejo de su propio hocico.

—¡Acho! —le gritó al brambo que flotaba por debajo de él antes de apurar el paso para seguir a Jake.

CAPÍTULO III

EL MAGO

1

Rolando se detuvo junto a la garita, miró a su interior y tomó la cosa que había en el suelo. Los demás le dieron alcance y se apretujaron a su alrededor. Parecía un periódico y era justamente eso... aunque rarísimo. Aquello no era el Capital Journal de Topeka y allí no se hablaba para nada de ninguna peste que estuviera diezmando la población.

El Zumhtño !tarta bre (N

«Zumbido Diario, Diario Zumbido, Bueno Ez y Bueno ha Zido» Vol. MDLXVIII N.° 96 Tiempo: Hoy aquí, mañana ya no Previsión: Mala

Bla bla bla bla bla bla malo y lo malo es bueno todo bla bla bla bla bla bla es lo mismo pasa despacio por bla bla bla bla bla bla delante de los cajones todo es bla bla bla bla bla bla lo mismo bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla Blaine es un pelma todo es lo bla bla bal bla bla bla mismo tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal árbol charyou todo es tal tal tal tal tal tal tal lo mismo bla tal bla tal bla bla tal tal tal tal tal tal tal tal tal tal bla bla bla tal tal tal pavo tal tal bla bla bla lo bla asado ganso hervido todo es lo bueno es malo lo malo es bueno mismo bla bla tal tal sube a un todo es lo mismo lo bueno es tren muere con dolor todo es lo mismo bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla

—No tengo miedo —dijo Eddie—, pero eso pasa de broma. Viví muchos años con Henry Dean y sé cuándo se está urdiendo una conspiración para echarme. Lo sé muy bien. —Miró con curiosidad a Rolando—. Espero que no te importe que te lo diga, pero el que parece asustado eres tú, Rolando.

—Estoy aterrorizado —se limitó a decir Rolando.

2

El arco de la entrada le hizo recordar a Susannah una canción famosa unos diez años antes de que la arrancaran de su mundo para arrojarla al de Rolando. «Vi un ojo atisbando a través de una humeante nube detrás de la Puerta Verde -decía la letra-. Al decir yo "Me envía Joe", alguien se rió en voz alta detrás de la Puerta Verde.» En realidad allí había dos puertas en lugar de una, y ninguna mirilla a través de la cual alguien pudiera mirar. Susannah tampoco probó de utilizar el viejo santo y seña de las tabernas clandestinas, diciendo que la enviaba Joe. Pero se inclinó hacia delante para leer el letrero que colgaba de uno de los redondos tiradores de la puerta: TIMBRE AVERIADO. POR FAVOR, LLAMEN CON LOS NUDILLOS.

—No te molestes —le dijo a Rolando, que ya tenía el puño preparado para seguir las instrucciones del letrero—. Pertenece al cuento, eso es todo.

Eddie retiró un poco su silla, se situó delante y asió los tiradores redondos. Las puertas se abrieron fácilmente y los goznes giraron en silencio. Se adelantó para ver algo que parecía una oscura y verde gruta, ahuecó las manos alrededor de la boca y llamó:

—¡Oiga!

El sonido de su voz se alejó rodando y regresó cambiado... pequeño, sonoro, perdido. Parecía moribundo.

—Qué barbaridad —exclamó Eddie—. ¿Tenemos que hacer todo eso?

—Si queremos regresar al Haz, creo que sí.

Rolando estaba más pálido que nunca, pero los hizo pasar. Jake ayudó a Eddie a levantar la silla de Susannah por encima del umbral (un lechoso bloque de cristal de color jade) y a pasarla al otro lado. Apenas habían avanzado diez pasos cuando la puerta se cerró ruidosamente a su espalda con un golpe inapelable que pasó retumbando por su lado antes de que su eco se alejara hacia las profundidades del Palacio Verde.

3

No había ninguna sala de recepción, sólo un oscuro pasillo abovedado que no parecía tener fin. Las paredes estaban iluminadas por un débil resplandor verde. «Es como el pasillo de la película -pensó Jake-, donde el León Cobarde se pegó un susto al pisarse él mismo la cola.»

Para añadir un toque más de verosimilitud, del que Jake gustosamente hubiera prescindido, Eddie habló con una trémula (y más que aceptable) imitación de Bert Lahr:

—Un momento, tíos, estaba pensando... la verdad es que no me apetece demasiado ver al Mago. ¡Será mejor que os espere fuera!

—¡Ya basta! —le reprendió severamente Jake.

—¡Asta! —convino Acho.

Caminaba pegado al tacón de Jake, moviendo la cabeza de un lado a otro en gesto vigilante. Jake sólo oía el sonido de sus propios pasos, pero intuyó otra cosa: un sonido que no era tal. Le pareció que era como contemplar las campanillas de una puerta a las que basta un ligero soplo de brisa para que se pongan a sonar.

—Perdón —dijo Eddie—. Lo digo en serio. —Señaló con el dedo—. Mirad allí abajo.

El pasillo verde terminaba unos cuarenta metros más allá en una estrecha puerta verde de asombrosa altura; tal vez midiera nueve metros desde el suelo hasta su puntiagudo arco superior. Desde el otro lado, Jake pudo oír un monótono sonido como de rasgueo de un instrumento de cuerda. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para recorrer los últimos doce pasos que lo separaban de la puerta. Conocía aquel sonido; lo conocía de la visita que había hecho con el Chirlas bajo Lud y de la visita que él y sus amigos le habían hecho a Blaine el Mono. Era un uniforme latido de motores slotrans.

—Esto es como una pesadilla —dijo con una trémula vocecita casi al borde de las lágrimas—. Hemos vuelto justo al sitio donde empezamos.

—No, Jake —dijo el pistolero, rozándole el cabello—. Ni se te ocurra pensarlo. Lo que tú sientes es una ilusión. Mantente firme y leal.

El letrero de la puerta no pertenecía a la película y sólo Susannah sabía que era Dante.

Abandonad toda esperanza los que entréis, decía.

Rolando alargó su mano derecha de dos dedos y abrió la puerta de nueve metros de altura.

4

A los ojos de Jake, Susannah y Eddie, lo que había al otro lado era una estrambótica combinación de El mago de Oz y Blaine el Mono. Una gruesa alfombra (de color azul pálido como la del Coche de la Baronía) cubría el suelo. La estancia era como la nave de una catedral y se elevaba hasta unas impenetrables alturas de color negro verdoso. Las columnas que sostenían las resplandecientes paredes eran unas costillas de cristal que alternaban las luces de color verde y rosa; el rosa era exactamente del mismo tono que el del cráneo de Blaine. Jake observó que las columnas se habían labrado con un billón de imágenes distintas, ninguna de las cuales resultaba demasiado consoladora; golpeaban el ojo e inquietaban el corazón. Predominaban los rostros de seres que gritaban.

Delante de ellos, empequeñeciendo a los visitantes y convirtiéndolos en unas criaturas de tamaño no superior al de las hormigas, se encontraba el único mueble de la estancia: un enorme trono de cristal de color verde. Jake trató de calcular su tamaño pero no pudo: no tenía ningún punto de referencia en el que basarse. Pensó que el respaldo del trono debía de medir unos quince metros de altura, pero igual hubieran podido ser veinte o treinta. Estaba presidido por el símbolo del ojo abierto, esta vez pintado en rojo en lugar de amarillo. La rítmica pulsación de la luz hacía que el ojo pareciera vivo y que latiera como un corazón.

Por encima del trono, elevándose como los tubos de un gigantesco órgano medieval, había trece grandes cilindros, cada uno de los cuales irradiaba un color distinto, menos el tubo que bajaba directamente por el centro del respaldo del trono. Éste era tan negro como la noche y estaba tan inmóvil como la muerte.

—¡Eh! —gritó Susannah desde su silla de ruedas—. ¿Hay alguien aquí?

Al oír su voz, los tubos lanzaron unos destellos tan deslumbradores que Jake se tuvo que cubrir los ojos. Por un instante, toda la sala del trono resplandeció con la misma fuerza que la explosión de un arco iris. Después los tubos se apagaron y se quedaron tan muertos y oscuros como la bola de cristal del mago de la historia de Rolando cuando decidió (o quizá lo decidió la fuerza que habitaba dentro de ella) enmudecer durante algún tiempo. Ahora sólo quedaba la negra columna del centro y la verde y regular pulsación del trono vacío.

A continuación se abrió paso hasta sus oídos una especie de quejumbroso y cansado zumbido semejante al de un viejo servomecanismo obligado a entrar en

funcionamiento por última vez. En los brazos del trono se abrieron unos paneles, cada uno de ellos de por lo menos dos metros de longitud por sesenta centímetros de anchura. De las negras ranuras que habían quedado al descubierto empezó a brotar y a elevarse en el aire un humo de color rosa. A medida que se elevaba en el aire, el color rosa cambiaba a rojo encendido. Y en él apareció una línea en zigzag terriblemente conocida. Jake supo lo que era antes incluso de que las palabras (Lud Candleton Rilea Las Cataratas de los Galgos Dasherville Topeka) aparecieran brillando en medio del humo.

Era el mapa de carreteras de Blaine.

Por mucho que Rolando dijera que las cosas habían cambiado y que la sensación de Jake de sentirse atrapado en una pesadilla («Es la peor pesadilla de mi vida, ésta es la verdad») no era más que una ilusión creada por su confusa mente, Jake sabía que no. Aunque aquel lugar se pareciera un poco a la sala del trono de Oz el Grande y Terrible, en realidad era Blaine el Mono. Se encontraban de nuevo a bordo de Blaine y no tardarían en empezar las adivinanzas.

Jake sintió el impulso de ponerse a gritar.

5

Eddie reconoció la voz que surgió como un trueno del humoso mapa de carreteras que colgaba por encima del trono verde, pero no se creía que fuera Blaine el Mono y tampoco el Mago de Oz. Tal vez fuera algún mago, pero aquello no era la Ciudad Esmeralda, y Blaine estaba tan muerto como una mierda de perro. Eddie lo había enviado a casa con una maldita ruptura.

—¡HOLA OTRA VEZ, PEQUEÑAS MANOS TREPADORAS!

El humoso mapa de carreteras pulsó, pero Eddie ya no lo asoció con la voz aunque intuyó que eso era lo que ellos hubieran tenido que hacer. No, la voz procedía de los tubos.

Bajó la mirada, vio el rostro blanco como el papel de Jake y se arrodilló a su lado.

—Eso es una mentira, muchacho —le dijo.

—No... no... es Blaine... no está muerto...

—Pues claro que está muerto. Eso no es más que una versión amplificada de los anuncios postescolares... quién ha sido castigado con arresto y quién se tiene que presentar en el Aula Seis para una Terapia de Lenguaje. ¿Me captas?

—¿Qué? —Jake lo miró con expresión aturdida y labios húmedos y trémulos—.

¿Qué me...?

—Estos tubos son altavoces. Hasta un mequetrefe puede hablar con voz de trueno a través de un sistema de sonido Dolby de doce altavoces. ¿No recuerdas la película? Tiene que sonar muy fuerte porque es un moti, Jake... un simple moti.

—¿QUÉ LE ESTÁS DICIENDO, EDDIE DE NUEVA YORK? ¿LE ESTÁS CONTANDO UNO DE TUS ESTÚPIDOS Y MALINTENCIONADOS CHISTECITOS, UNA DE TUS INJUSTAS ADIVINANZAS?

—Sí —contestó Eddie—. Esa que dice: «¿Cuántos ordenadores bipolares se necesitan para enroscar una bombilla?» ¿Quién eres, amigo? Sé muy bien que no eres Blaine el Mono, por consiguiente, ¿quién eres?

—¡YO... SOY... OZ ! —tronó la voz. Las columnas de cristal parpadearon y lo mismo hicieron los tubos situados detrás del trono—. ¡OZ EL GRANDE! ¡OZ EL PODEROSO! ¿QUIÉNES SOIS VOSOTROS?

Susannah se adelantó con su silla de ruedas hasta la base de los peldaños de apagado color verde situados al pie de aquel trono capaz de empequeñecer al mismísimo Lord Perth.

—Soy Susannah Dean, la pequeña y tullida —contestó— y me enseñaron a ser educada, pero no a aguantar mentiras. Estamos aquí porque tenemos que estar... ¿por qué si no nos dejaron los zapatos?

—¿QUÉ QUIERES DE MÍ, SUSANNAH? ¿QUÉ TE GUSTARÍA TENER, PEQUEÑA VAQUERA?

—Lo sabes muy bien —contestó Susannah—. Queremos lo que quiere todo el mundo, que yo sepa... regresar a casa porque no hay como estar en casa. Nosotros...

—Tú no puedes regresar a casa —dijo Jake en un rápido y atemorizado susurro—. No puedes regresar a casa, lo dijo Thomas Wolfe, y es la verdad.

—Eso es mentira, cariño —dijo Susannah—. Una mentira descarada. Tú puedes regresar a casa. Lo único que tienes que hacer es encontrar el arco iris adecuado y caminar por debajo de él. Nosotros lo hemos encontrado. Tú ya sabes que lo demás es simple juego de pies.

—¿QUERÉIS REGRESAR A NUEVA YORK, SUSANNAH DEAN, JAKE CHAMBERS? ¿ES ESO LO QUE LE PEDÍS A OZ, EL FUERTE Y PODEROSO?

—Nueva York ya no es nuestra casa —contestó Susannah. Se la veía muy desvalida, y al mismo tiempo extremadamente intrépida al pie del enorme y palpitante trono—. De la misma manera que Gilead ya no es la casa de Rolando. Llévanos de

nuevo al Camino del Haz. Allí es a donde queremos ir porque es nuestro camino para volver a casa. El único camino de regreso que tenemos.

—¡IROS! ¡IROS Y REGRESAD MAÑANA! ¡ENTONCES HABLAREMOS DEL HAZ! ¡TONTERÍAS, DIJO ESCARLATA, MAÑANA HABLAREMOS DEL HAZ PORQUE MAÑANA SERÁ OTRO DÍA!

—No —dijo Eddie—. Hablaremos de él ahora.

—¡NO PROVOQUES LA CÓLERA DEL GRAN Y PODEROSO OZ! —gritó la voz mientras los tubos parpadeaban furiosamente a cada palabra. Susannah estaba segura de que el propósito de todo aquello era infundir miedo, pero ella lo encontraba casi divertido. Era como contemplar a un vendedor que enseña el funcionamiento de un juguete infantil. «¡Mirad, niños! ¡Cuando habláis, los tubos parpadean con brillantes colores! ¡Venid a probarlo!»

—Será mejor que nos escuches tú, cariño —dijo Susannah—. No te conviene provocar la cólera de gente que va armada. Sobre todo, viviendo como tú vives en una casa de cristal.

—¡HE DICHO QUE REGRESÉIS MAÑANA!

Un humo de color rojo empezó a salir una vez más a través de las ranuras de los brazos del trono. Ahora el humo era más espeso. El mapa de carreteras de Blaine se disgregó y se fundió con él. Esta vez el humo formó un rostro. Era estrecho, duro y vigilante y estaba enmarcado por un largo cabello.

«Es el hombre al que Rolando mató de un disparo en el desierto -pensó Susannah asombrada-. Éste es Jonas. Lo sé.»

Ahora Oz habló con una voz ligeramente temblorosa.

—¿OS ATREVÉIS A AMENAZAR AL GRAN OZ? —Los labios del enorme y humoso rostro situado por encima del trono se entreabrieron en una siniestra sonrisa a medio camino entre la amenaza y el desprecio—. ¡CRIATURAS INGRATAS! ¡OH, QUÉ CRIATURAS TAN INGRATAS!

Eddie, que sabía identificar muy bien el humo y los espejos, se volvió a mirar en otra dirección. Sus ojos se abrieron enormemente mientras asía el brazo de Susannah por encima del codo.

—Mira —le dijo en un susurro—. ¡Por Dios bendito, Suze, mira a Acho!

El brambo no tenía el menor interés por los fantasmas de humo, tanto si éstos eran mapas de carreteras para monorraíles como si eran Cazadores de Ataúdes muertos o simples efectos especiales de Hollywood de los de antes de la Segunda

Guerra Mundial. Había visto (o tal vez olfateado) otra cosa mucho más interesante.

Susannah asió a Jake, lo obligó a volverse y le señaló al brambo. Vio que los ojos del muchacho se abrían de asombro tras haber comprendido lo que estaba ocurriendo momentos antes de que Acho alcanzara un pequeño hueco de la pared de la izquierda. El hueco estaba separado de la sala principal mediante una cortina verde que hacía juego con las paredes de cristal. Acho estiró el largo cuello, asió con sus dientes la tela de la cortina y tiró de ella.

6

Detrás de la cortina parpadeaban unas luces de color verde y rojo; unos cilindros giraban en el interior de unas cajas de cristal y unas agujas se movían hacia delante y hacia atrás en el interior de unas largas hileras de esferas luminosas. Pero Jake apenas se fijó en aquellas cosas. Lo que había llamado poderosamente su atención era el hombre sentado junto a la consola, de espaldas a ellos. El repugnante cabello lleno de tierra y sangre le llegaba hasta los hombros en enmarañados mechones. Llevaba puestos una especie de auriculares y estaba hablando frente a un pequeño micrófono que colgaba delante de su boca. Se encontraba de espaldas a ellos, y al principio no se dio cuenta de que Acho había olfateado su presencia y descubierto su escondrijo.

—¡FUERA! —tronó la voz desde los tubos... sólo que ahora Jake vio de dónde salía realmente—. ¡REGRESAD MAÑANA SI QUERÉIS, PERO AHORA OS TENÉIS QUE IR! ¡OS LO ADVIERTO!

—Es Jonas, Rolando no lo debió de matar —murmuró Eddie, pero Jake sabía que sí. Había reconocido la voz. ¿Cómo había podido pensar que era la voz de Blaine?

—OS LO ADVIERTO, SI OS NEGÁIS...

Acho soltó un estridente y un tanto molesto ladrido. El hombre sentado delante de la consola hizo ademán de volverse.

«Dime, muchacho -recordó Jake que había dicho aquella voz antes de que su propietario descubriera las dudosas ventajas de la amplificación-. Dime todo lo que sabes sobre los ordenadores bipolares y los circuitos transitivos. Dímelo y te invitaré a un trago.»

No era Jonas ni el Mago de nada. Era el nieto de David Quick. Era el señor Tic-Tac.

Jake lo miró horrorizado. La retorcida y peligrosa criatura que había vivido bajo Lud con sus compañeros -el Chirlas, el Claxon, Brandon y Tilly- ya no existía. Lo que había en su lugar hubiera podido ser el arruinado padre... o el abuelo del monstruo. Su ojo izquierdo -el que Acho había destrozado con sus garras- sobresalía blanco y deformado, en parte en la cuenca y en parte sobre su mejilla de barba hirsuta. El lado derecho de su cabeza tenía el cuero cabelludo medio arrancado y el cráneo se veía a través de un largo desgarrón triangular. Jake evocó el lejano recuerdo medio borrado por el pánico de un trozo de piel colgando sobre el rostro del señor Tic-Tac, pero en aquellos momentos él ya estaba al borde de la histeria... y ahora lo volvía a estar.

Acho también había reconocido al hombre que había intentado matarle y, enseñando los dientes, estaba ladrando como un loco, con la cabeza gacha y el lomo arqueado. Tic-Tac lo miró con asombro.

—No le hagáis caso a este hombre del otro lado de la cortina —les dijo una voz situada a su espalda, soltando una risita—.Mi amigo Andrew está pasando por toda una mala temporada. Pobre chico. Creo que me equivoqué sacándolo de Lud, pero parecía tan desvalido...

El propietario de la voz soltó otra risita.

Al volverse, Jake vio a un hombre sentado en el centro del gran trono, con las piernas indiferentemente cruzadas. Vestía pantalones vaqueros, una chaqueta oscura y unas viejas y gastadas botas vaqueras. En la chaqueta llevaba una insignia que representaba una cabeza de cerdo con un orificio de bala entre los ojos. El recién llegado sostenía sobre las rodillas una bolsa cerrada con una cinta. Se levantó, se puso de pie en el asiento del trono como un niño en la silla de su papá y la sonrisa se le cayó del rostro como un trozo de piel suelta. Se le encendieron los ojos y abrió los labios, dejando al descubierto unos dientes inmensos y hambrientos.

—¡Atrápalos, Andrew! ¡Atrápalos! ¡Mátalos! ¡Mata a todos estos condenados violadores de hermanas!

—¡Mi vida por ti! —gritó el hombre del hueco de la pared. Jake vio por vez primera la ametralladora apoyada en el rincón. Tic-Tac se apresuró a tomarla y la levantó en alto—. ¡Mi vida por ti!

Cuando se volvió, Acho se le echó nuevamente encima, saltando hacia delante y hacia arriba y clavando profundamente los dientes en su muslo izquierdo, justo por debajo de la entrepierna.

Eddie y Susannah sacaron sus armas al unísono, levantando cada uno de ellos

uno de los grandes revólveres de Rolando. Dispararon en perfecta consonancia sin que se produjera la más mínima superposición en el sonido de sus disparos. Uno de ellos voló la parte superior de la miserable cabeza de Tic-Tac, fue a incrustarse en el equipo y dio lugar a todo un sonoro aunque afortunadamente breve rugido amplificado. El otro disparo le alcanzó en la garganta. Tic-Tac se tambaleó y dio uno o dos pasos. Acho saltó al suelo y se apartó de él con un gruñido. Un tercer paso llevó a Tic-Tac al salón del trono propiamente dicho. Cuando levantó los brazos hacia Jake, el muchacho pudo ver el odio reflejado en el verde ojo que le quedaba y le pareció oír su último pensamiento: «Maldito y pequeño hijo de puta...»

Después Tic-Tac se desplomó hacia delante como se había desplomado en la Cuna de los Grises... sólo que esta vez ya no se volvería a levantar.

—Así cayó Lord Perth y la tierra se estremeció con el estruendo que se produjo —dijo el hombre del trono.

«Sólo que no es un hombre -pensó Jake-. No es un hombre en absoluto. Creo que, al final, hemos encontrado al Mago. Estoy casi seguro de que sé lo que hay dentro de la bolsa que tiene.»

—Marten —dijo Rolando. Levantó el brazo izquierdo, el que todavía conservaba intacto—. Marten Broadcloak. Después de tantos años. Después de todos estos siglos.

—¿Quieres eso, Rolando?

Eddie depositó en la mano de Rolando el revólver que había utilizado para matar al señor Tic-Tac. Una cinta de humo azulado salía todavía de su cañón. Rolando contempló el viejo revólver como si jamás lo hubiera visto, lo tomó muy despacio y apuntó con él contra la sonriente figura de sonrosadas mejillas, sentada con las piernas cruzadas en el trono del Palacio Verde.

—Finalmente —dijo Rolando, acariciando el gatillo—. Finalmente te tengo en la mira.

8

—Este revólver de seis disparos no te servirá de nada, creo que ya lo sabes —dijo el hombre del trono—. Contra mí no te servirá. Contra mí fallará, Rolando, viejo amigo. Por cierto, ¿cómo está la familia? Con el paso de los años perdí el contacto con ellos. Siempre se me dio mal escribir cartas. ¡Alguien me tendría que pegar un buen azote con una fusta, ya lo creo!

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Rolando apretó el gatillo del

arma que sostenía en la mano. Cuando cayó el percutor sólo se oyó un apagado clic.

—Debes de haberlo cargado por error con algunas de aquellas balas que se mojaron, las de la pólvora inactiva—dijo el hombre del trono—. Buenas para bloquear el ruido de la raedura, pero no tan buenas para disparar contra los viejos magos, ¿verdad? Lástima. Y tu mano, Rolando, ¡pero qué mano tienes, pero si sólo tiene un par de dedos! Habrá sido muy duro para ti, ¿verdad? Las cosas podrían ser más fáciles. Tú y tus amigos podríais vivir una estupenda y fructífera existencia... y, tal como diría Jake, ésta es la verdad. Ya basta de langostruosidades, ya basta de trenes locos, ya basta de inquietantes y peligrosos viajes a otros mundos. Lo único que tendríais que hacer es abandonar esta estúpida y desesperada búsqueda de la Torre.

—No —dijo Eddie.

—No —dijo Susannah.

—No —dijo Jake.

—¡No! —dijo Acho, añadiendo un ladrido.

El hombre oscuro del trono verde siguió sonriendo con expresión imperturbable.

—¿Rolando? —preguntó—. ¿Y tú qué dices? —Lentamente levantó la bolsa cerrada con una cinta. Parecía vieja y polvorienta. Colgaba del puño del mago como una lágrima, y de repente lo que había en su interior empezó a parpadear con una luz de color rosa—. Di que no y jamás tendrán que ver lo que hay aquí dentro, jamás tendrán que ver la última escena de está triste comedia de antaño. Di que no. Apártate de la Torre y sigue tu camino.

—No —dijo Rolando. Empezó a sonreír, y a medida que su sonrisa se ensanchaba, la del hombre del trono parecía vacilar—. Supongo que puedes hechizar mis armas, las de este mundo —añadió.

—Rolando, no sé en qué estás pensando, muchacho, pero te advierto que no...

—¿Que no provoque la ira de Oz el Grande? ¿De Oz el Poderoso? Pues creo que voy a hacerlo, Marten... o Merlín... o como te llames ahora...

—En realidad me llamo Flagg —dijo el hombre del trono—. Y nos hemos visto antes. —Esbozó una sonrisa que en lugar de ensancharle el rostro tal como suelen hacer las sonrisas se lo contrajo en una estrecha mueca de desprecio—. En la destrucción de Gilead. Tú y tus compañeros supervivientes (recuerdo que aquel idiota de Cutberto Allgood, el que siempre se reía, formaba parte del grupo, y también DeCurry, el tipo del antojo) os dirigíais al oeste, en busca de la Torre. O en la jerga del mundo de Jake, os dirigíais a ver al Mago. Sé que me viste, pero dudo que hayas

sabido hasta ahora que yo también te vi a ti.

—Y supongo que me volverás a ver —dijo Rolando—. A no ser que ahora yo te mate y ponga fin a tus intromisiones.

Con el revólver todavía en su mano izquierda, hizo ademán de sacar con la derecha la Ruger de Jake que llevaba en el cinturón de sus vaqueros, un arma de otro mundo, y tal vez por esta razón inmune a los hechizos de aquella criatura. Y fue tan rápido como siempre había sido; su rapidez fue cegadora.

El hombre del trono lanzó un grito y se echó hacia atrás. La bolsa se le cayó de las rodillas y la bola de cristal -antaño en poder de Rea, antaño en poder de Jonas y antaño en poder del propio Rolando- se deslizó hacia fuera a través de su abertura. De las ranuras de los brazos del trono empezó a salir humo, esta vez de color verde en lugar de rojo. El humo se elevó en espesas nubes que oscurecieron al aire. Sin embargo, Rolando aún hubiera podido disparar contra la figura que estaba desapareciendo en medio del humo si hubiera podido sacar limpiamente el arma. Pero no lo hizo; la Ruger resbaló en su reducida mano y se inclinó. La mira frontal quedó enganchada en la hebilla del cinturón. Sólo tardó un cuarto de segundo en soltarla, pero fue el cuarto de segundo que necesitaba. Efectuó tres disparos contra las oleadas de humo y echó a correr hacia delante sin prestar atención a los gritos de los demás.

Trató de apartar el humo con las manos. Sus disparos habían destrozado el respaldo del trono, rompiéndolo en gruesas láminas de cristal verde, pero la criatura en forma de hombre que se hacía llamar Flagg había desaparecido. Rolando empezó a preguntarse si él -o ello- habría estado efectivamente allí en algún momento.

Sin embargo la bola seguía allí, intacta y con aquel mismo resplandor de color rosa que él recordaba y que tanto lo había atraído mucho tiempo atrás en Mejis, cuando era joven y estaba enamorado. Aquella superviviente del Arco Iris de Merlín había rodado casi hasta el borde del asiento del trono; cinco centímetros más y se habría hecho añicos contra el suelo. Pero no había caído; aquel seductor objeto que Susan Delgado había entrevisto por vez primera a través de la ventana de la choza de Rea bajo la luz de la Luna Besadora, seguía allí.

Rolando la tomó -qué bien encajaba en su mano, con qué naturalidad la percibía contra su palma a pesar de todos los años transcurridos- y contempló sus brumosas y revueltas profundidades.

—Siempre tuviste una vida encantada —le dijo en un susurro.

Pensó en Rea, tal y como él la había visto allí dentro, con sus viejos y burlones

ojos. Recordó las llamas de la hoguera de la Noche de la Siega elevándose alrededor de Susan y haciendo resplandecer delicadamente su belleza en medio del calor. Haciéndola vibrar como un espejismo.

«¡Maldito objeto encantado! –pensó-. Si te arrojara al suelo, seguramente nos ahogaríamos en el mar de lágrimas que brotaría de tu vientre abierto, las lágrimas de todos aquellos a quienes llevaste a la perdición.»

¿Por qué no hacerlo? Si la dejara intacta, quizás aquella maldita cosa los ayudaría a encontrar de nuevo el Camino del Haz, pero él no creía que la necesitaran para eso. Pensaba que Tic-Tac y la criatura que se hacía llamar Flagg habían sido su último desafío en este sentido. El Palacio Verde era la puerta a través de la cual podrían regresar al Mundo Medio... y ahora era suyo. Lo habían conquistado con la fuerza de las armas.

«Pero aún no te puedes ir, pistolero. No puedes hacerlo hasta que hayas terminado tu relato y hayas contado la última escena.»

¿A quién pertenecía la voz? ¿A Vannay? No. ¿A Cort? No. Tampoco era la voz de su padre, que una vez lo había sacado desnudo de la cama de una puta. Era la voz más dura, la que oía a menudo en sus turbados sueños, aquella a la que tanto deseaba complacer y raras veces podía. No, no era aquella voz, esta vez no.

Esta vez lo que oía era la voz de ka... ka, que era como el viento. Había contado tantas cosas de aquel decimocuarto año tan horrible... pero no había terminado la historia. Como en el plato especial de Detta Walker y la Dama Azul, había otra cosa. Una cosa oculta. Comprendía que la cuestión no era la de si los cinco podrían encontrar la manera de salir del Palacio Verde y recuperar el Camino del Haz; la cuestión era saber si podían o no seguir como ka-tet. En caso de que siguieran, no podría ocultarles nada. Tendría que hablarles de la última vez que había contemplado la bola de cristal del mago aquella noche de hacía tantos años. Había sido tres noches después de la celebración del banquete de bienvenida. Tendría que contárselo...

«No, Rolando -murmuró la voz-. No simplemente contarlo. Esta vez no. Tú sabes muy bien que no.»

Sí. Lo sabía muy bien.

—Venid —dijo, volviéndose hacia ellos.

Ellos se acercaron muy despacio, con los asombrados ojos iluminados por la pulsante luz rosada de la bola. Ya estaban medio hipnotizados por ella, incluso Acho.

—Somos ka-tet —les dijo Rolando, alargándoles la bola de cristal que sostenía en

su mano—. Somos uno de los muchos que hay. Perdí a mi único y verdadero amor al principio de mi búsqueda de la Torre Oscura. Ahora contemplad el interior de este desdichado objeto si queréis, y ved lo que perdí no mucho tiempo después. Vedlo de una vez por todas; quiero que lo veáis muy bien.

Ellos miraron. La bola de cristal, sostenida por las manos de Rolando, empezó a pulsar con más rapidez. Los atrajo a su interior y se los llevó. Atrapados en el torbellino de aquella tormenta rosa, volaron sobre el Arco Iris del Mago hasta la Gilead que había sido y ya no era.

CAPÍTULO IV

LA BOLA DE CRISTAL

Jake de Nueva York se encuentra en un pasillo superior del Gran Palacio de Gilead que allí, en la tierra verde, es más castillo que la Casa del Alcalde. Mira a su alrededor y ve a Susannah y a Eddie de pie junto a un tapiz, con los ojos enormemente abiertos de asombro y las manos fuertemente entrelazadas. Susannah ha recuperado las piernas, por lo menos de momento, y los que ella llamaba «casquetes» han sido sustituidos por unas zapatillas rubí exactamente iguales que las que llevaba Dorothy cuando salió de su versión del Gran Camino para encontrar aquel moti del Mago de Oz.

«Ha recuperado las piernas porque esto es un sueño», piensa Jake, pero sabe que no lo es. Mira al suelo y ve a Acho mirándolo a él con sus inquietos e inteligentes ojos orlados de oro. Aún lleva puestos los botines rojos. Jake se inclina y acaricia la cabeza de Acho. La sensación del pelaje del brambo bajo su mano es totalmente real. No, esto no es un sueño.

Pero observa que Rolando no está allí; son cuatro en lugar de cinco. También observa otra cosa: el aire del pasillo es ligeramente rosado y unos pequeños halos rosados giran alrededor de las graciosas y anticuadas bombillas que iluminan el pasillo. Algo va a ocurrir; alguna historia va a tener lugar delante de sus ojos. Ahora, como si su pensamiento las hubiera conjurado, el muchacho oye el clic de unas pisadas que se acercan.

«Es una historia, ya lo sé -piensa Jake-. Una historia que ya me han contado otras veces. »

Cuando Rolando aparece por la esquina, comprende de qué historia se trata: aquella historia en la que Marten Broadcloak detiene a Rolando cuando éste pasa por su lado para subir al tejado, pensando que tal vez allí se estará más fresco. «Oye, chico -dirá Marten-. ¡Entra! ¡No te quedes en el pasillo! Tu madre quiere hablar contigo.» Pero no era verdad, claro está; jamás fue verdad y jamás lo será, por mucho tiempo que pase y por mucho que éste se tuerza. Lo que quiere Marten es que el chico vea a su madre y comprenda que Gabrielle Deschain se ha convertido en la amante del mago de su padre. Marten quiere incitar al muchacho a someterse a una temprana prueba de hombría, aprovechando que su padre está ausente y no lo podrá impedir; quiere quitar de en medio al cachorro antes de que le crezcan unos dientes lo bastante largos como para morder.

Ahora ellos lo verán todo; la triste comedia seguirá su triste y preordenado camino

delante de sus ojos. «Soy demasiado joven», piensa Jake pero, como es natural, no lo es; Rolando sólo tendrá tres años más que él cuando llegue a Mejis con sus amigos y conozca a Susan en el Gran Camino. Sólo tres años más cuando la ame; sólo tres años más cuando la pierda.

«No me importa, no quiero verlo... »

Comprende que no lo verá cuando Rolando se acerca un poco más; todo aquello ya ha ocurrido pues no estamos en agosto, el tiempo de la Tierra Llena, sino a finales de otoño o principios de invierno. Lo adivina por el sarape que lleva Rolando, un recuerdo de su viaje al Arco Exterior, y por el vapor que sale de su boca y su nariz cada vez que exhala el aire: en Gilead no hay calefacción central y aquí arriba hace frío.

Jake observa también otros cambios: ahora Rolando lleva las armas que le corresponden por derecho, las grandes con la culata de madera de sándalo. «Su padre se las entregó durante aquel banquete», piensa Jake. No sabe cómo lo sabe, pero lo sabe. Y el rostro de Rolando, a pesar de que todavía es el de un muchacho, no es el rostro abierto, todavía no puesto aprueba por las calamidades, del muchacho que holgazaneaba por aquel pasillo cinco meses atrás; el muchacho engañado por Marten ha sufrido muchos contratiempos desde entonces y su batalla con Cort ha sido el menos importante de todos ellos.

Jake ve también otra cosa: el muchacho pistolero lleva puestas las rojas botas de vaquero. «Pero él no lo sabe. Porque eso no está ocurriendo de verdad. »

Pero en cierto modo sí. Se encuentran en el interior de la bola de cristal, dentro de la tormenta rosa (aquellos halos rosados que giran alrededor de las bombillas le recuerdan a Jake Las Cataratas de los Galgos y los arcos de la luna que giran en medio de la niebla), y todo esto está volviendo a ocurrir.

—¡Rolando! —lo llama Eddie desde el lugar en el que él y Susannah se encuentran junto al tapiz. Susannah le comprime el hombro para que se calle, pero él no le hace caso—. ¡No, Rolando! ¡No lo hagas! ¡Es una mala idea!

—¡No! ¡Lando! —ladra Acho.

Rolando no hace caso a ninguno de los dos y pasa por delante de Jake, a un palmo de distancia, sin verle. Para él, no están allí; tanto con las botas rojas como sin ellas, este ka-tet se ha adentrado mucho en su futuro.

Se detiene delante de una puerta al final del pasillo, titubea y después levanta el puño y llama. Eddie echa a andar por el pasillo tras él sin soltar la mano de Susannah... ahora casi parece que la lleva a rastras.

—Vamos, Jake —dice Eddie.

—No, no quiero.

—No se trata de lo que tú quieras o dejes de querer, lo sabes muy bien. Tenemos que verlo. Si no podemos impedir que lo haga, por lo menos podemos hacer lo que hemos venido a hacer.

Con el corazón rebosante de miedo y el estómago encogido, Jake sigue a sus compañeros. Mientras ellos se acercan, Rolando —los revólveres parecen enormes junto a sus estrechas caderas, y la contemplación de su terso pero ya cansado rostro hacen que a Jake le entren ganas de llorar— vuelve a llamar.

—¡Ella no está aquí, cariño! —le grita Susannah—. ¡No está o no quiere abrir la puerta, a ti qué más te da una cosa que otra!¡Déjalo correr! ¡Déjala! ¡No lo merece! ¡El hecho de que sea tu madre no quiere decir que lo merezca! ¡Vete!

Pero Rolando tampoco le hace caso y no se va. Mientras Jake, Eddie, Susannah y Acho se le acercan por detrás, Rolando prueba a abrir la puerta de la habitación de su madre y observa que no está cerrada con llave. La abre y aparece una habitación en la semipenumbra, decorada con colgaduras de seda. En el suelo hay una alfombra que parece la persa que tanto aprecia la madre de Jake... Jake sabe que sólo esta alfombra procede de la provincia de Kashamin.

Al otro lado del salón, junto a una ventana cerrada para que no entren los vientos invernales, Jake ve una silla de respaldo bajo y sabe que es aquella en la que estaba sentada la madre de Rolando el día en que éste se sometió a la prueba de hombría; es la silla donde ella estaba sentada cuando su hijo vio el mordisco de amor en su cuello.

Ahora la silla está desocupada, pero mientras el pistolero se adentra en la estancia y se vuelve para contemplar el dormitorio del apartamento, Jake observa un par de zapatos -no rojos sino negros- asomando por debajo de las cortinas de la ventana cerrada.

—¡Rolando! —grita—. ¡Rolando, detrás de las cortinas! ¡Hay alguien detrás de las cortinas! ¡Mira!

Pero Rolando no le oye.

—¿Madre? —llama, y aunque su voz es la misma y Jake la reconocería en cualquier lugar, es como una versión mágicamente rejuvenecida. Joven y no resquebrajada por todos los años de polvo y viento y humo de cigarrillos—. ¡Madre, soy Rolando! ¡Quiero hablar contigo!

No hay respuesta. Rolando baja por el corto pasillo que conduce al dormitorio.

Una parte de Jake desea quedarse en el salón; acercarse a la cortina y separarla, pero sabe que no es así como se tienen que desarrollar los acontecimientos. Aunque lo intentara, duda que pudiera servir de algo. Probablemente su mano atravesaría la tela como la de un fantasma.

—Ven —dice Eddie—. No te apartes de él.

Entran apretujados de una manera que resultaría cómica en otras circunstancias, pero no en éstas; aquí se trata de unas personas que necesitan desesperadamente el consuelo de unos amigos.

Rolando contempla la cama adosada a la pared de la izquierda de la habitación. La mira como si estuviera hipnotizado. A lo mejor, está tratando de imaginarse a Marten acostado en ella con su madre; a lo mejor, recuerda a Susan, con quien jamás se acostó en una auténtica cama, y menos aún en una lujosa cama con dosel como ésta. Jake ve la vaga silueta del pistolero en un espejo de tres paneles de un gabinete que hay al otro lado del dormitorio. El triple espejo se encuentra delante de una mesita que el muchacho identifica con la que hay en el lado de su madre del dormitorio de sus padres; es un tocador.

El pistolero experimenta una sacudida y regresa de los pensamientos que se habían apoderado de su mente. Va calzado con aquellas horribles botas; en medio de la penumbra parecen las botas de un hombre que ha cruzado un arroyo de sangre.

—¡Madre!

Se acerca a la cama e incluso se agacha un poco, como si pensara que ella se ha escondido debajo. Pero si se ha escondido, ahora no está. Los zapatos que vio Jake debajo de las cortinas eran de mujer, y la forma que ahora se encuentra al final del corto pasillo, justo junto a la puerta del dormitorio, lleva un vestido de mujer. Jake ve el dobladillo.

Y ve algo más que eso. Jake comprende las angustiosas relaciones de Rolando con su madre y su padre mucho mejor de lo que Eddie y Susannah las podrían comprender, porque sus propios padres se parecen mucho a los de Rolando: Elmer Chambers es un pistolero de la Cadena, y Megan Chambers tiene una larga historia de infidelidades con amigos enfermos. Eso nadie se lo ha dicho, pero Jake lo sabe; ha compartido khef con su madre y su padre y sabe lo que sabe.

También sabe algo acerca de Rolando: que vio a su madre en la bola de cristal del mago. Era Gabrielle Deschain, recién llegada de su retiro en Debaria, Gabrielle, la que le confesaría a su esposo los errores de su comportamiento y de su manera de

pensar después del banquete, la que le pediría perdón y le suplicaría que la recibiera de nuevo en su lecho... y cuando Steven se quedara adormilado tras hacer el amor con ella, le hundiría el cuchillo en el pecho... o quizá simplemente le arañaría el brazo con él sin despertarlo tan siquiera. Con aquel cuchillo se llegaría al mismo resultado en cualquiera de los dos casos.

Rolando lo había visto todo en el espejo antes de entregar finalmente aquella desdichada cosa a su padre, y Rolando había puesto fin a aquella situación. Para salvar la vida de Steven Deschain, hubieran dicho Eddie y Susannah si hubieran visto el desarrollo de los acontecimientos hasta aquel momento, pero Jake posee la desgraciada sabiduría de los niños desgraciados y ve más allá. Para salvar también la vida de su madre. Para darle una última oportunidad de recuperar la cordura, una última oportunidad de permanecer al lado de su marido y serle fiel. Una última oportunidad de arrepentirse de Marten Broadcloak.

¡Y ella se arrepentirá, tiene que arrepentirse! Rolando vio su rostro aquel día, lo triste que estaba, ¡y seguro que se arrepentirá!¡No es posible que haya elegido al mago! Si él consiguiera hacerle comprender...

Por consiguiente, sin percatarse de que ha caído una vez más en la imprudencia propia de los muy jóvenes -Rolando no entiende que a menudo la desdicha y la vergüenza no pueden competir con la fuerza del deseo-, ha venido aquí para hablar con su madre y rogarle que vuelva junto a su marido antes de que sea demasiado tarde. La salvó de sí misma una vez, le dirá, pero ya no puede volverlo a hacer.

Y si ella sigue sin querer irse de allí -piensa Jake-, o intenta desafiarlo fingiendo que no sabe de qué le habla, él le dará a elegir entre dos posibilidades: abandonar Gilead con su ayuda -ahora, esta misma noche- o ser encadenada mañana por la mañana como una traidora cuya infamia casi con toda certeza hará que la ahorquen, como ahorcaron a Hax el cocinero.

—¿Madre? —llama Rolando sin haberse percatado de la forma que se encuentra a su espalda envuelta en las sombras. Se adentra un poco más en la estancia y entonces la forma se mueve. La forma levanta las manos. Sostiene algo en las manos. No es un arma de fuego, se da cuenta Jake, pero tiene un aspecto mortífero, un aspecto en cierto modo traicionero...

—¡Cuidado, Rolando! —grita Susannah, y su voz parece una varita mágica.

Hay algo en el tocador: la bola de cristal, naturalmente; Gabrielle la ha robado, es lo que le ofrecerá a su amante como premio de consolación por el asesinato que su hijo

impidió, y ahora la bola se ilumina en respuesta a la voz de Susannah. Su brillante luz rosada alcanza al triple espejo y el resplandor se difunde desde allí a toda la estancia.

Bajo aquella luz y en el triple espejo Rolando ve finalmente la figura que tiene a su espalda.

—¡Santo cielo! —exclama Eddie Dean, horrorizado—. ¡Oh, Dios mío, Rolando! ¡Ésta no es tu madre! Ésta...

En realidad ni siquiera es una mujer; ya no. Es una especie de cadáver viviente, envuelta en un vestido negro lleno de polvo del camino. Sólo le quedan unos cuantos mechones de cabello dispersos en la cabeza y tiene un agujero donde antes estaba la nariz, pero sus ojos siguen ardiendo y la serpiente que se retuerce en sus manos está muy viva. En medio de su horror, Jake tiene tiempo para preguntarse si la habrá sacado de debajo de la misma piedra donde encontró a la que mató Rolando.

Es Rea, que ha estado esperando al pistolero en el apartamento de su madre; es la bruja de Cos que ha venido no sólo para recuperar su objeto mágico sino también para acabar con el chico que tantos problemas le ha causado.

—¡Ahora verás, hijo de ramera! —grita, soltando una estridente carcajada—. ¡Me las vas apagar!

Pero Rolando la ha visto, la ha visto en el espejo, Rea, traicionada precisamente por la bola de cristal que ha venido a recuperar, y ahora Rolando da media vuelta y baja las manos con mortífera velocidad hacia sus nuevas armas. Tiene catorce años, sus reflejos son más rápidos y agudos de lo que jamás serán en su vida, y se lanza como la pólvora cuando estalla.

—¡No, Rolando, no lo hagas! —grita Susannah—. ¡Es una trampa, es un hechizo!

Jake tiene tiempo de mirar desde el espejo a la mujer que se encuentra en la puerta; tiene tiempo de comprender que él también ha sido engañado.

A lo mejor Rolando también comprende la verdad en la última décima de segundo, tiene tiempo de darse cuenta de que la mujer que realmente se encuentra en la puerta es su madre y de que la cosa que sostiene en la mano no es una serpiente sino un cinturón, algo que ella ha confeccionado para él, un ofrecimiento de paz tal vez, de que la bola de cristal lo ha engañado de la única manera en la que puede hacerlo... por medio de un reflejo.

En cualquier caso, ya es demasiado tarde. Las armas ya están fuera y escupen su rugido mientras unos destellos intensamente amarillos iluminan la estancia. Aprieta dos veces el gatillo de cada uno de los revólveres antes de poder detenerse, y las

cuatro balas empujan a Gabrielle Deschain de nuevo al pasillo todavía con aquella esperanzada sonrisa en los labios de podemos-hacer-las-paces.

Y así muere, sonriendo.

Rolando se queda donde está, con las humeantes armas en las manos y el rostro contraído en una mueca de asombro y horror mientras empieza a comprender la verdad de lo que tendrá que llevar consigo durante todo el resto de su vida: ha utilizado los revólveres de su padre para matar a su madre.

Una trémula carcajada llena la estancia. Rolando no se vuelve; la mujer que yace ensangrentada en el suelo del pasillo con su vestido azul y sus zapatos negros lo ha dejado paralizado; la mujer a la que había venido a salvar y a la que, en su lugar, ha matado. Yace en el suelo con el cinturón tejido a mano sobre su vientre sangrante.

Jake se vuelve en su lugar y no se sorprende de ver a una mujer de rostro verdoso con un puntiagudo sombrero negro, flotando en el interior de la bola de cristal. Es la Malvada Bruja del Este; sabe que es también Rea de Cos. Ésta contempla al muchacho que sostiene los revólveres en las manos y le muestra los dientes en la más horrible sonrisa que Jake ha visto en su vida.

—He quemado a la estúpida chica a la que querías, pistolero, sí, la he quemado viva... y ahora he cometido un matricidio. ¿Aún no te arrepientes de haber matado a mi serpiente, a mi pobre y dulce Ermot? ¿No te arrepientes de haber jugado a estos juegos tan peligrosos con alguien mucho más listo de lo que tú jamás serás en tu vida miserable?

Rolando no da muestras de haberla oído; se limita a mirar a su madre. Muy pronto se acercará a ella, se arrodillará junto a ella; pero todavía no, todavía no.

El rostro de la bola se vuelve ahora hacia los tres peregrinos y, mientras lo hace, cambia y se convierte en el de un ser viejo, calvo y con las mejillas arreboladas; se convierte en el rostro que Rolando vio en el espejo mentiroso. El pistolero no ha podido ver a sus futuros amigos, pero Rea sí los ve; los ve muy bien.

—¡Renunciad! —grazna; es el graznido de un cuervo posado en una rama sin hojas bajo un encapotado cielo invernal—. ¡Renunciad! ¡Renunciad a la Torre!

—¡Nunca, perra! —contesta Eddie.

—¡Ya veis lo que es! ¡El monstruo que es! ¡Y eso no es más que el principio! ¡Preguntadle qué le ocurrió a Cutberto! ¡A Alain, a quien su toque, a pesar de lo inteligente que era, no le sirvió para salvarse! ¡Preguntadle qué fue de Jamie de Curry! ¡Jamás tuvo un amigo al que no matara, jamás tuvo una amante que no se convirtiera

en polvo arrojado al viento!

—Sigue tu camino —le dice Susannah— y deja que nosotros sigamos el nuestro.

Los verdosos y agrietados labios de Rea se tuercen en una horrible mueca.

—¡Ha matado a su propia madre! ¿Qué hará contigo, estúpida perra de piel morena?

—No la ha matado —dice Jake—. ¡La has matado tú! ¡Largo de aquí!

Jake se adelanta hacia la bola de cristal con la intención de tomarla y arrojarla al suelo... y comprende que puede hacerlo pues la bola es real. Es lo único de la visión que es real. Pero antes de que pueda acercar las manos, la bola estalla en una silenciosa explosión de luz rosada. Jake levanta las manos delante de su rostro para evitar que lo ciegue y (derritiendo, me estoy derritiendo qué mundo oh qué mundo) cae, el remolino de la tormenta rosa lo empuja hacia abajo, lo saca de Oz y lo devuelve a Kansas, lo saca de Oz y lo devuelve a...

CAPÍTULO V

EL CAMINO DEL HAZ

1

—... a casa —musitó Eddie. Su propia voz le sonaba tan pastosa como si estuviera bebido—. Volvemos a casa porque en ningún sitio se está mejor que en casa, eso está claro.

Trató de abrir los ojos, pero al principio no pudo. Parecía que tuviera los párpados pegados con cola. Apoyó la parte inferior de la muñeca en la frente y tiró hacia arriba para tensar la piel del rostro. Dio resultado. Los ojos se le abrieron de golpe. No vio ni el salón del trono del Palacio Verde ni (y eso era lo que él esperaba realmente) el lujoso aunque un tanto claustrofóbico dormitorio en el que estaba hacía apenas un momento.

Se encontraba fuera, tendido en un pequeño claro de pálida hierba invernal. Cerca de allí vio un grupo de árboles que aún conservaban en sus ramas las últimas hojas parduscas. Y una rama mostraba una curiosa hoja blanca, una hoja albina. Un pequeño riachuelo de cristalinas aguas penetraba en la arboleda. Abandonada en medio de la alta hierba vio la nueva silla de ruedas de Susannah. Los neumáticos estaban manchados de barro y en los rayos habían quedado prendidas algunas crujientes y doradas hojas y también algún que otro resto de hierba. El cielo estaba cubierto por unas inmóviles nubes blancas tan poco interesantes como un cesto de la colada lleno de sábanas.

«El cielo estaba despejado cuando entramos en el palacio», pensó, comprendiendo que el tiempo había pasado volando. No estaba seguro de querer saber si había sido mucho o poco; el mundo de Rolando era como una correa de transmisión con todos los dientes del engranaje arrancados; nunca sabías en qué momento el tiempo se mantendría en situación neutral o se te llevaría lejos a una velocidad de vértigo.

Pero ¿de veras era éste el mundo de Rolando? Y en caso de que lo fuera, ¿cómo habían conseguido regresar a él?

—¿Cómo puedo saberlo? —graznó Eddie, levantándose muy despacio mientras su rostro se contraía en una mueca de dolor.

No creía que tuviera resaca, pero se notaba las piernas doloridas, y era como si acabara de despertar de la siesta de la tarde del domingo más soporífera del mundo.

Rolando y Susannah dormían en el suelo bajo los árboles. El pistolero se estaba empezando a mover, pero Susannah descansaba tendida boca arriba y con los brazos extravagantemente estirados, roncando de una manera tan impropia de una dama que Eddie no pudo por menos que sonreír.

Jake estaba allí cerca, con Acho dormido de lado junto a una de sus rodillas. Mientras Eddie los miraba, Jake abrió los ojos y se incorporó. Sus ojos estaban muy abiertos, pero carecían de expresión; había despertado de un sueño tan profundo que aún no se había dado cuenta de que estaba despierto.

—El Grouse —dijo Jake, bostezando.

—Sí —dijo Eddie—, a mí también me hace este efecto.

Giró lentamente en círculo, y cuando había recorrido unas tres cuartas partes de la circunferencia para regresar al punto de partida vio el Palacio Verde en el horizonte. Desde allí parecía muy pequeño y el día con nubes le había robado su resplandor. Eddie calculó que debía de estar a unos cincuenta kilómetros de distancia. Acercándose hacia ellos desde aquella dirección se veían las huellas de la silla de ruedas de Susannah.

Eddie oía el rumor de la raedura, pero muy débilmente. Le pareció que incluso podía verla, un tenue brillo de mercurio como el del agua de un pantano extendiéndose por el llano territorio hasta secarse finalmente unos ocho kilómetros más allá. Pero ¿unos ocho kilómetros al oeste de aquí?

Dada la localización del Palacio Verde y teniendo en cuenta que ellos viajaban en dirección este por la 1-70, era la suposición más lógica, pero ¿quién lo sabía realmente, sobre todo sin la presencia del sol, que les hubiera permitido orientarse?

—¿Dónde está la autopista? —preguntó Jake, con voz espesa y pegajosa.

Acho se unió a ellos, estirando primero una pata posterior y después la otra. Eddie observó que había perdido uno de los botines.

—A lo mejor la han cancelado por falta de interés.

—Creo que ya no estamos en Kansas —dijo Jake. Eddie lo miró con severidad, pero no creía que el muchacho estuviera imitando conscientemente El mago de Oz—. No en la que juegan los miembros de la realeza de la ciudad de Kansas y tampoco en aquella en la que juegan los Monarchs.

—¿Por qué lo dices?

Jake levantó un pulgar hacia el cielo, y cuando Eddie miró hacia arriba vio que se había equivocado: no todo el cielo estaba cubierto de blancas nubes ni resultaba tan

aburrido como un cesto lleno de sábanas. Directamente por encima de sus cabezas, una banda de nubes se estaba desplazando hacia el horizonte con tanta rapidez como una correa de transmisión.

Habían regresado al Camino del Haz.

2

—¿Eddie? ¿Dónde estás, cariño?

Eddie apartó la vista de las nubes del cielo y vio a Susannah incorporada, frotándose la espalda. No sabía muy bien dónde estaba. A lo mejor ni siquiera sabía quién era. Los casquetes rojos que llevaba resultaban curiosamente apagados en medio de aquella luz, pero seguían siendo las cosas más vistosas que Eddie tenía a la vista, hasta que se miró sus propios pies y vio los zapatos de batalla con sus tacones cubanos. Pero también ésos resultaban apagados y ahora Eddie ya no creía que fuera por culpa del cielo nublado. Contempló los zapatos de Jake, las tres zapatillas restantes de Acho y las botas vaqueras de Rolando (ahora el pistolero se había incorporado y permanecía en silencio con los brazos alrededor de las rodillas y la inexpresiva mirada perdida en la distancia).

Todos los zapatos eran del mismo color rojo rubí, pero era un rojo en cierto modo deslucido. Como si se hubiera agotado la magia especial que poseían.

De repente Eddie experimentó el impulso de quitárselos.

Se sentó al lado de Susannah, le dio un beso y le dijo:

—Buenos días, Bella Durmiente. O buenas tardes, si es que estamos a la tarde.

Rápidamente, como si no soportara la idea de tocarlos (era como tocar una piel muerta), Eddie se quitó los zapatos de batalla. Mientras lo hacía, vio que éstos tenían las puntas arañadas y los tacones manchados de barro y ya no parecían nuevos. Antes se había preguntado cómo habían llegado hasta allí; ahora el dolor de los músculos de las piernas y el recuerdo de las huellas de la silla de ruedas de Susannah se lo hicieron comprender. Habían estado caminando. Habían caminado dormidos.

—Ésta es la mejor idea que has tenido desde... bueno, desde hace mucho tiempo —dijo Susannah quitándose los casquetes. Muy cerca de ellos, Jake vio cómo Eddie le quitaba los botines a Acho—. ¿Estábamos allí, Eddie? —le preguntó Susannah—. ¿De veras estábamos allí cuando él...?

—Cuando yo maté a mi madre —contestó Rolando—. Sí, estabais allí. Y yo también. Que los dioses se apiaden de mí, pero yo también estaba. Y lo hice.

Rolando se cubrió el rostro con las manos y rompió en desagarradores sollozos.

Susannah se acercó a rastras a él con aquella agilidad suya que era casi una versión del caminar. Lo rodeó con un brazo y con la mano del otro intentó apartarle las manos del rostro. Al principio Rolando se resistió, pero al final se quitó las manos de la cara -aquellas manos de asesino- y dejó al descubierto unos atormentados ojos anegados en lágrimas.

Susannah le obligó a apoyar la cabeza sobre su hombro.

—Tranquilízate, Rolando —le dijo—. Tranquilízate y déjalo. Esta parte ya pasó. Tú ya la has superado.

—Un hombre jamás puede superar una cosa así —dijo Rolando—. No, no lo creo. Jamás.

—Tú no la mataste —dijo Eddie.

—Eso es demasiado fácil. —El rostro del pistolero aún estaba hundido en el hombro de Susannah, pero sus palabras sonaban con toda claridad—. Algunas responsabilidades no se pueden eludir. Algunos pecados no se pueden eludir. Sí, Rea estaba allí, en cierto modo por lo menos, pero no puedo atribuirle enteramente la culpa a la bruja de Cos, a pesar de lo mucho que me gustaría hacerlo.

—Tampoco fue ella —dijo Eddie—. No es eso lo que quiero decir.

Rolando levantó la cabeza.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ka —contestó Eddie—. Ka es como un viento.

3

En sus mochilas había una comida que ninguno de ellos había puesto allí, paquetes de galletas con enanitos Keebler dibujados en la envoltura, bocadillos envueltos en plástico como los que uno compra (cuando está desesperado) en las máquinas automáticas de las autopistas, y una marca de cola que ni Eddie, ni Susannah ni Jake conocían. Sabía como una Coca-Cola y se presentaba en una lata roja y blanca, pero la marca era Nozz-A-La.

Comieron de espaldas a la arboleda y de cara al lejano resplandor encantado del Palacio Verde, y lo llamaron el almuerzo. «Si empieza a oscurecer dentro de aproximadamente una hora, podríamos llamarlo cena, por votación oral», pensó Eddie, pero no creía que tuvieran que hacerlo. Ahora su reloj interior se había vuelto a poner en marcha, y aquel misterioso aunque por lo general preciso artilugio le indicaba que

estaban a primeras horas de la tarde.

En determinado momento se levantó y sostuvo en alto la lata, sonriendo ante una cámara invisible.

—¡Cuando viajo por el País de Oz con mi nuevo Espíritu Takuro, bebo Nozz-A-La! —proclamó—. ¡Me llena por dentro, pero nunca por fuera! ¡Me hace sentir muy feliz de ser hombre! ¡Me hace conocer a Dios! ¡Me confiere apariencia de ángel y cojones de toro! Cuando bebo Nozz-A-La, digo «Jo, cuánto me alegro de estar vivo!» Digo...

—Siéntate, moti —le dijo Jake riéndose.

—Ti —convino Acho.

El brambo, con el hocico apoyado sobre el tobillo de Jake, estaba contemplando el bocadillo del muchacho con gran interés.

Eddie fue a sentarse y entonces la hoja albina le volvió a llamar la atención.

«Eso no es una hoja», pensó, acercándose a ella. No, no era una hoja sino un trozo de papel. Le dio la vuelta y leyó las columnas de «bla blash bla» y «tal tal tal» y «todo es lo mismo». Por regla general, los periódicos no presentaban hojas con una cara en blanco, pero a él no le extrañó que aquél la tuviera, pues a fin de cuentas El Zumbido Diario de Oz era sólo una broma.

Además, la cara en blanco no lo estaba del todo. Escrito con cuidadosas letras,

La próxima vez no me iré.
Renunciad a la Torre.
Ésta es la última advertencia.
¡Que tengáis un día estupendo! —R. F.

Debajo, un dibujito:

figuraba en ella el siguiente mensaje:

Eddie llevó la nota al lugar donde los demás estaban comiendo. Todos la leyeron.

Rolando lo hizo en último lugar, la recorrió pensativamente con el pulgar, acariciando la textura del papel, y se la devolvió a Eddie.

—R. F. —dijo Eddie—. El hombre que dirigía Tic-Tac. Eso es suyo, ¿verdad?

—Sí. Habrá sacado al señor Tic-Tac de Lud.

—Claro —dijo Jake en tono sombrío—. Se notaba que el tal Flagg sabía

reconocer muy bien lo que es un moti de primera categoría. Pero ¿cómo llegaron aquí antes que nosotros? ¿Qué puede ser más rápido que Blaine el Mono, maldita sea?

—Una puerta —dijo Eddie—. A lo mejor entraron por una de aquellas puertas especiales.

—¡Premio! —dijo Susannah, extendiendo la mano con la palma hacia arriba.

Eddie le dio una palmada.

—En cualquier caso, lo que él sugiere no es un mal consejo —dijo Rolando—. Os invito a considerarlo muy en serio. Si queréis regresar a vuestro mundo, yo os lo permitiré.

—Rolando, no puedo creerte —dijo Eddie—. ¿Después de habernos llevado a rastras a mí y a Suze hasta aquí, gritando y pataleando? ¿Sabes lo que diría mi hermano de ti? Que eres más raro que un cerdo con patines.

—Hice lo que hice antes de aprender a conoceros como amigos —dijo Rolando—. Antes de aprender a amaros tal como amaba a Alain y a Cutberto. Y antes de verme obligado a... revivir ciertas escenas. El hecho de hacerlo ha... —Hizo una pausa y se miró los pies (se había vuelto a poner sus viejas botas) mientras reflexionaba con profunda concentración. Al final volvió a levantar la vista—. Una parte de mí llevaba muchos años sin moverse ni hablar. Yo la creía muerta. No lo está. He aprendido a amar de nuevo y soy consciente de que ésta es probablemente mi última oportunidad de amar. Soy lento, Vannay y Cort lo sabían y mi padre también, pero no tengo un pelo de tonto.

—Pues entonces no te comportes como si lo fueras —dijo Eddie—. Ni nos trates a nosotros como tales.

—Lo que tú llamas «la última frase», Eddie, es lo siguiente: provoco la muerte de mis amigos. Y no estoy muy seguro de que pueda correr tan siquiera el riesgo de volverlo a hacer. Especialmente Jake... yo... no importa. Me faltan las palabras. Por primera vez desde que entré en una habitación a oscuras y maté a mi madre, es posible que haya encontrado algo mucho más importante que la Torre. Dejémoslo así.

—De acuerdo, creo que eso lo puedo respetar.

—Y yo también —dijo Susannah—, pero Eddie tiene razón en lo de ka. —Tomó la nota y le pasó cuidadosamente el dedo por encima con aire pensativo—. Rolando, tú no puedes hablar de eso, me refiero a ka, y después dar media vuelta y desdecirte por el simple hecho de que te falte un poco de fuerza de voluntad y de tesón.

—Fuerza de voluntad y tesón son unas buenas palabras —observó Rolando—.

Pero hay una que es mala y significa lo mismo: «obsesión».

Susannah rechazó el comentario con un impaciente movimiento de los hombros.

—Mira, cielo, o todo este asunto es ka, o no lo es en absoluto. Y por muy temible que pueda ser ka (esta idea del destino con ojos de águila o nariz de sabueso), más temible me parece la idea de su inexistencia.

Apartó a un lado, sobre la hierba, la nota de R. F

—Cualquier cosa que lo llames, uno se muere cuando eso lo arrolla —dijo Rolando—. Rimer... Thorin... Jonas... mi madre... Cutberto... Susan. Pregúntaselo a ellos. A cualquiera de ellos. Si puedes hacerlo.

—No tomas en consideración lo más importante —dijo Eddie—. No nos puedes enviar de nuevo al sitio de donde venimos. ¿Es que no te das cuenta, palurdo? Aunque hubiera una puerta, no podríamos cruzarla. ¿Me equivoco?

Eddie miró a Jake y a Susannah. Ambos sacudieron la cabeza. Hasta Acho sacudió la suya. No, no se equivocaba.

—Hemos cambiado —añadió Eddie—. Nosotros... —Ahora era él quien no sabía cómo seguir adelante, cómo expresar su necesidad de ver la Torre... y su segunda necesidad, tan imperiosa como la primera, de seguir llevando el revólver de culata de madera de sándalo. «El gran hierro», como lo llamaba él mentalmente. Como en aquella vieja canción de Marty Robbins sobre el hombre que llevaba «el gran hierro» en la cadera—. Es ka —dijo. Fue lo único que se le ocurrió decir para expresar la enormidad de la idea.

—Kaka —replicó Rolando, tras reflexionar un momento.

Los tres se lo quedaron mirando, boquiabiertos de asombro.

Rolando de Gilead acababa de hacer un chiste.

4

—Hay una cosa en lo que vimos que no entiendo —dijo Susannah con cierto titubeo—. ¿Por qué se escondió tu madre detrás de la cortina cuando tú entraste, Rolando? ¿Acaso quería...? —Se mordió un momento el labio—. ¿Quería matarte?

—Si hubiera querido matarme, no habría elegido un cinturón como arma. El hecho de que me hubiera confeccionado un regalo (porque eso era, tenía mis iniciales entretejidas) indica que me quería pedir perdón, que había cambiado de parecer.

«¿Es lo que sabes o lo que quieres creer?», pensó Eddie. Era una pregunta que

jamás formularía. Rolando ya había pasado por suficientes pruebas y les había facilitado el regreso al Camino del Haz, reviviendo aquella terrible visita final al apartamento de su madre, y ya era suficiente.

—Creo que se escondió porque estaba avergonzada —dijo el pistolero—. O porque necesitaba un momento para pensar en lo que me iba a decir, o en cómo me lo iba a explicar.

—¿Y la bola de cristal? —preguntó dulcemente Susannah—. ¿Estaba encima de la mesita del tocador, donde nosotros la vimos? ¿Y es cierto que ella se la había robado a tu padre?

—Respuesta afirmativa a ambas preguntas —contestó Rolando—. Aunque... ¿de veras la robó? —dijo como si él mismo se estuviera haciendo la pregunta—. Mi padre sabía muchas cosas, pero a veces se las guardaba para él.

—Sabía por ejemplo que tu madre y Marten se veían —dijo Susannah.

—Sí.

—Pero, mira, Rolando... ¿no pensarás que tu padre hubiera permitido deliberadamente que tú...?

Rolando la miró con ojos muy abiertos e inquietos. Sus lágrimas habían desaparecido, pero cuando trató de sonreír ante la pregunta de Susannah, no lo consiguió.

—¿Hubiera permitido deliberadamente que su hijo matara a su esposa? —preguntó—. No, eso no puedo decirlo. Me gustaría pero no puedo. No puedo creer que fuera capaz de provocar semejante situación, que la hubiera puesto deliberadamente en marcha como uno que juega a los Castillos. Pero sí le creo capaz de haber permitido que ka siguiera su curso.

—¿Qué ocurrió con la bola de cristal? —preguntó Jake.

—No lo sé. Me desmayé. Cuando recuperé el conocimiento, mi madre y yo aún estábamos solos, ella muerta y yo vivo. Nadie había acudido al oír los disparos; los muros del lugar eran muy gruesos y aquella ala del edificio estaba casi vacía. La sangre de mi madre se había secado. El cinturón que ella me había hecho estaba empapado de sangre, pero yo lo tomé y me lo puse. Durante muchos años llevé aquel ensangrentado regalo. Otro día os contaré cómo lo perdí pues es algo que guarda relación con mi búsqueda de la Torre. Sin embargo, aunque nadie acudió a investigar la razón de los disparos, alguien entró por otro motivo. Mientras yo estaba desmayado junto al cuerpo de mi madre, ese alguien entró y se llevó la bola de cristal del mago.

—¿Rea? —preguntó Eddie.

—Dudo que estuviera físicamente tan cerca... aunque sabía ganarse amigos, ya lo creo. La volví a ver, ¿sabéis?

Rolando ya no dijo nada más, pero en sus ojos se encendió un pétreo fulgor.

Eddie lo había visto en otras ocasiones y sabía que era la manifestación de un instinto asesino. Jake tomó la nota de R. F. y señaló el dibujito que había debajo del mensaje.

—¿Sabes qué quiere decir?

—Tengo la impresión de que es el sigul de un lugar que vi la primera vez que viajé por el interior de la bola del mago. El país llamado Tronido —contestó Rolando, mirándolos uno a uno—. Creo que es allí donde volveremos a encontrar a este hombre, esta cosa, llamado Flagg.

Rolando volvió la cabeza para contemplar el camino que habían recorrido como sonámbulos con sus bonitos zapatos rojos.

—El Kansas que atravesamos era su Kansas, y la peste que diezmó aquel país era su peste. Por lo menos eso es lo que yo creo.

—Pero es posible que ya no esté en el mismo sitio —dijo Susannah.

—Es posible que haya viajado —dijo Eddie.

—A nuestro mundo —dijo Jake.

—A vuestro mundo o a cualquier otro —contestó Rolando, mirando todavía hacia el Palacio Verde.

—¿Quién es el Rey Carmesí? —preguntó de repente Susannah.

—No lo sé, Susannah.

Permanecieron en silencio mientras Rolando contemplaba el palacio en el que se había enfrentado con un falso mago y con un recuerdo auténtico, abriendo con ello la puerta del regreso a su propio mundo. «Nuestro mundo —pensó Eddie, rodeando a Susannah con su brazo—. Ahora nuestro mundo. Si regresamos a Estados Unidos, y puede que lo hagamos antes de que eso termine, lo haremos como forasteros a un país desconocido, cualquiera que sea el momento en que regresemos. Ahora éste es nuestro mundo. El mundo de los Haces, de los Guardianes y de la Torre Oscura.»

—Aún nos queda un poco de luz —le dijo a Rolando, apoyando una vacilante mano en el hombro del pistolero. Cuando éste se la cubrió inmediatamente con la suya, Eddie esbozó una sonrisa—. ¿Quieres aprovecharla?

—Sí —contestó Rolando—. Vamos a aprovecharla.

Se echó la mochila a la espalda.

—¿Y los zapatos? —preguntó Susannah, contemplando indecisa el montoncito rojo que habían formado con ellos.

—Déjalos aquí —contestó Eddie—. Ya han cumplido su misión. Venga, a tu silla de ruedas.

La rodeó con sus brazos y la ayudó a sentarse.

—Todos los hijos de Dios tienen zapatos —contestó Rolando en tono pensativo—. ¿No es eso lo que tú dijiste, Susannah?

—Bueno —respondió ella, acomodándose en el asiento—, el dicho añade otro detallito que le da un poco de sabor, pero sí, ésta es la esencia, cariño.

—Pues entonces seguramente encontraremos más zapatos por la voluntad de Dios —dijo Rolando.

Jake estaba haciendo inventario de la comida que una mano anónima había introducido en su mochila. Sacó un muslo de pollo envasado y miró a Eddie.

—¿Quién crees tú que metió todas estas cosas?

Eddie enarcó una ceja como preguntándole cómo era posible que fuera tan tonto.

—Los enanitos de Keebler —contestó—. ¿Quién si no? Anda, vamos.

5

Los cinco caminantes se reunieron cerca de la arboleda, de cara al desierto territorio.

Por delante de ellos vieron en medio de la hierba una línea que cruzaba la llanura y que coincidía exactamente con el camino que estaban trazando las veloces nubes en el cielo. La línea no era lo que podría llamarse un camino pero, para un ojo perspicaz, la forma en que todas las cosas parecían inclinarse en la misma dirección era tan clara como una franja pintada.

El Camino del Haz. Más adelante, en el punto en el que aquel Haz se cruzaba con todos los demás, se levantaba la Torre Oscura. Eddie pensó que si el viento soplara en la dirección apropiada, casi podría aspirar el olor de sus piedras tenebrosas.

Y el perfume de las rosas, el oscuro perfume de las rosas.

Tomó la mano de Susannah, sentada en su silla de ruedas; Susannah tomó la de Rolando; y Rolando tomó la de Jake. Acho se situó dos pasos por delante de ellos con la cabeza levantada y los ojos orlados de oro muy abiertos, aspirando el aire otoñal que le peinaba el pelaje con sus dedos invisibles.

—Somos ka-tet—dijo Eddie, preguntándose mentalmente cuánto habría cambiado y hasta qué extremo se habría convertido en un extraño incluso para sí mismo—. Somos uno entre muchos.

—Ka-tet —dijo Susannah—. Somos uno entre muchos.

—Uno entre muchos —dijo Jake—. Vamos, pongámonos en marcha.

«Pájaro y oso y liebre y pez.»

Encabezados por Acho, emprendieron una vez más su viaje hacia la Torre Oscura, avanzando por el Camino del Haz.

POSTSCRIPTUM

La escena en la que Rolando persigue a su antiguo maestro Cort y se va de parranda a la zona menos agradable de Gilead se escribió en la primavera de 1970. La escena en la que el padre de Rolando se presenta a la mañana siguiente se escribió en el verano de 1996. A pesar de que en el mundo del relato sólo transcurren dieciséis horas entre ambos acontecimientos, en la vida del autor han transcurrido veintiséis años. Pero llegó finalmente el momento y me tuve que enfrentar desde el otro lado de la cama de una prostituta, por una parte con el escolar sin empleo de largos cabellos negros, y por otra con el renombrado y exitoso novelista (el «maestro de la literatura barata», como me llama mi legión de admirados críticos).

Lo digo tan sólo porque ello resume para mí el esencial misterio de la experiencia de la Torre Oscura. He escrito las suficientes novelas y narraciones cortas como para llenar todo un sistema solar de imaginación, pero la historia de Rolando es mi Júpiter, un planeta que empequeñece a todos los demás (por lo menos, desde mi punto de vista), un lugar de extraña atmósfera, fantástico paisaje y bárbara fuerza gravitatoria. ¿He dicho que empequeñece a los demás? Creo que en realidad se trata de algo más que eso. Estoy empezando a comprender que el mundo (o los mundos) de Rolando encierra en sí todos los demás que yo he creado; existe en el Mundo Medio un lugar para Randall Flagg, Ralph Roberts, los muchachos errantes de Los ojos del dragón, e incluso el padre Callahan, el maldito cura de El destino de Salem, que salió de Nueva Inglaterra en un autocar de la Greyhound y acabó viviendo en la frontera de un terrible Mundo Medio llamado Tronido. Aquí parece que acaban todos, ¿y por qué no? El Mundo Medio estaba primero, antes de que aparecieran ellos, soñando bajo la azul mirada de los ojos de cazabombardero de Rolando.

Este libro ha tardado demasiado en salir -muchos lectores que disfrutan con las aventuras de Rolando han estado casi a punto de aullar de decepción- y pido disculpas por ello. La causa queda perfectamente resumida en el pensamiento de Susannah cuando ésta se dispone a plantearle a Blaine la primera adivinanza de la contienda en la que ambos se hallan enzarzados: «Es difícil empezar.» No hay nada en estas páginas con lo que yo esté más de acuerdo.

Sabía que La bola de cristal significaba regresar a la juventud de Rolando y a su primer amor, y la historia me daba miedo. La intriga es fácil, por lo menos para mí; el amor me resulta más difícil. Por eso me demoraba, contemporizaba, daba largas y el

libro no se escribía.

Al final empecé, trabajando en habitaciones de motel con mi PowerBook Macintosh, atravesando el país desde Colorado a Maine tras haber finalizado mi trabajo en una miniserie de El resplandor. Pensé, mientras viajaba por carretera hacia el norte a través de los vastos territorios del oeste de Nebraska (donde también me encontraba casualmente, regresando por carretera desde Colorado, cuando se me ocurrió la idea de un relato titulado Hijos del maíz) que, si no empezaba pronto, jamás llegaría a escribir el libro.

«Pero es que ya no conozco la verdad del amor romántico -me dije-. Sé lo que es el matrimonio y el amor maduro, pero a los cuarenta y ocho años ya se suele haber olvidado el ardor y la pasión de los diecisiete.»

«Yo te echaré una mano», fue la respuesta. No supe a quién pertenecía la voz aquel día en que me encontraba en las afueras de Thetford, Nebraska, pero ahora lo sé porque lo he visto en sus ojos al otro lado de la cama de una prostituta en un país que existe con toda claridad en mi imaginación. El amor de Rolando por Susan Delgado (y el de ésta por él) es lo que me contó el muchacho que empezó este relato. Si está bien, denle las gracias a él. Y si está mal, échenle la culpa a cualquier cosa que se haya podido perder por el camino.

Denle también las gracias a mi amigo Chuck Verrill, que editó el libro y estuvo a mi lado en todas las etapas del camino. Su estímulo y su ayuda han tenido un valor incalculable, al igual que el estímulo de Elaine Koster, que ha publicado todos estos idilios de vaqueros en edición de bolsillo.

Y la mayor de todas las gratitudes a mi esposa, que me apoya en esta locura lo mejor que puede y me ha ayudado en este libro de una manera que ni siquiera ella puede imaginar. Hace mucho tiempo me regaló una graciosa figurita de goma que me hizo sonreír. Es Rocket J. Squirrel con su casco azul de piloto de aviación y con los brazos valerosamente extendidos. He puesto esta figura encima de mi manuscrito a medida que éste iba creciendo, en la esperanza de que el amor que la acompañó fertilizara en cierto modo la obra. Debe de haber dado resultado, por lo menos hasta cierto punto, pues aquí está el libro. No sé si es bueno o malo (perdí el sentido de la perspectiva hacia la página seiscientas), pero aquí está. Eso solo ya parece un milagro. He empezado a creer que podré vivir para completar este ciclo de relatos. (Toco madera.)

Creo que quedan por lo menos tres, dos ambientados principalmente en el Mundo

Medio y uno casi enteramente en el nuestro; será el correspondiente al solar vacío de la esquina de la Segunda Avenida con la calle Cuarenta y seis, y a la rosa que crece en él. Por cierto, debo decirles que aquella rosa corre un grave peligro.

Al final, el ka-tet de Rolando llegará al paisaje nocturno de Tronido... y a lo que hay más allá de él. Puede que no todos vivan para llegar a la Torre, pero los que lleguen se mantendrán firmes y serán fieles.

STEPHEN KING

Lovell, Maine, 27 de octubre de 1996

ÍNDICE

LA TORRE OSCURA 4 (portada) ..... **¡Error! Marcador no definido.**
LA BOLA DE CRISTAL (portada) 1
LA TORRE OSCURA IV 3
LA BOLA DE CRISTAL 3
ARGUMENTO 4
PRÓLOGO 10
BLAINE 10
PRIMERA PARTE 18
ADIVINANZAS 18
CAPÍTULO 1 19
BAJO LA LUNA DEL DEMONIO (I) 19
CAPÍTULO II 35
LAS CATARATAS DE LOS PERROS 35
CAPíTULO III 50
EL GANSO DEL DÍA DE FERIA 50
CAPÍTULO IV 72
TOPEKA 72
CAPÍTULO V 92
DE AUTOPISTA 92
SEGUNDA PARTE 128
SUSAN 128
CAPÍTULO I 128
BAJO LA LUNA BESADORA 128
CAPÍTULO II 136
LA DEMOSTRACIÓN DE LA HONRA 136
CAPÍTULO III 154
ENCUENTRO EN LA CARRETERA 154
CAPÍTULO IV 178
MUCHO DESPUÉS DE LA PUESTA DE LA LUNA 178
CAPÍTULO V 199
BIENVENIDOS A LA CIUDAD 199
CAPÍTULO VI 236

SHEEMIE....236
CAPÍTULO VII....262
EN LA PENDIENTE....262
CAPÍTULO VIII....296
BAJO LA LUNA DEL BUHONERO....296
CAPÍTULO IX....311
CITGO....311
CAPÍTULO X....342
PÁJARO Y OSO Y LIEBRE Y PEZ....342
ENTREACTO....371
KANSAS, EN ALGÚN LUGAR, EN ALGUN MOMENTO....371
TERCERA PARTE....374
VENID A SEGAR....374
CAPÍTULO I....374
BAJO LA LUNA CAZADORA....374
CAPÍTULO II....390
LA CHICA DE LA VENTANA....390
CAPÍTULO III....406
EL JUEGO DE LOS CASTILLOS....406
CAPÍTULO IV....426
ROLANDO Y CUTBERTO....426
CAPÍTULO V....461
EL ARCO IRIS DEL MAGO....461
CAPÍTULO VI....489
EL CIERRE DEL AÑO....489
CAPÍTULO VII....515
LA CAPTURA DE LA BOLA DE CRISTAL....515
CAPÍTULO VIII....541
LAS CENIZAS....541
CAPÍTULO IX....563
LA SIEGA....563
CAPÍTULO X....615
BAJO LA LUNA DEL DEMONIO (II)....615
CUARTA PARTE....670

TODOS LOS HIJOS DE DIOS TIENEN ZAPATOS 670
CAPÍTULO I 670
KANSAS POR LA MAÑANA 670
CAPÍTULO II 682
ZAPATOS EN LA CARRETERA 682
CAPÍTULO III 696
EL MAGO 696
CAPÍTULO IV 710
LA BOLA DE CRISTAL 710
CAPÍTULO V 718
EL CAMINO DEL HAZ 718
POSTSCRIPTUM 729